



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

SEMÁNTICA COGNITIVA DIACRÓNICA DE
LOS VERBOS DE PERCEPCIÓN FÍSICA DEL
ESPAÑOL

Jorge Fernández Jaén



Tesis

Doctorales

www.eltallerdigital.com

UNIVERSIDAD de ALICANTE

SEMÁNTICA COGNITIVA
DIACRÓNICA DE LOS
VERBOS DE PERCEPCIÓN
FÍSICA DEL ESPAÑOL

Jorge Fernández Jaén

TESIS DOCTORAL

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

TESIS DOCTORAL

SEMÁNTICA COGNITIVA DIACRÓNICA DE LOS
VERBOS DE PERCEPCIÓN FÍSICA DEL ESPAÑOL

Tesis Doctoral presentada por Jorge Fernández Jaén, bajo la dirección del Dr. José Luis Cifuentes Honrubia, en el Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alicante. Mayo, 2012.

El autor,

Jorge Fernández Jaén

Vº Bº del Director,

José Luis Cifuentes Honrubia

A mis padres



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

Escucha
cuán rápido me late tu corazón.

Wisława Szymborska



Me despierto en alta mar. Veo voces y algas.
Llevo la lluvia en mí.

Juan Vicente Piqueras

Universitat d'Alicante
Universidad de Alicante

Agradecimientos

Un refrán italiano asegura que *tra il dire e il fare c'è di mezzo il mare*, afirmación que, trasladada al ámbito de la investigación doctoral, viene a decir que entre el inicio de una tesis y su culminación media un océano de aguas procelosas repleto de dragones marinos, continentes perdidos y archipiélagos de hielo. Y no hay Ulises, ni Shackleton ni aventurero escandinavo que sea capaz de llegar a puerto sin la ayuda de los suyos. Ha llegado el momento de desempolvar el diario de a bordo.

En primer lugar, deseo expresar mi más profundo agradecimiento a mi director, el Dr. José Luis Cifuentes Honrubia, no sólo por sugerirme un tema de tesis tan interesante, sino por haberme enseñado, día a día, qué es investigar y qué es ser un profesor universitario. El Dr. Cifuentes ha dirigido este proceso de aprendizaje con extraordinaria diligencia, y ha soportado estoicamente mis excentricidades y rodeos teóricos. Además, gracias a su fe en mi persona, pude iniciar mi andadura profesional, algo por lo que siempre me tendrá en deuda.

Quiero darles las gracias a todos mis compañeros del Área de Lengua Española de la Universidad de Alicante, por tener confianza en mí y por su apoyo y ayuda constantes. Muy particularmente, quisiera mencionar a mis compañeras Susana, Elisa y Ruth, de las que siempre he recibido certeras palabras de aliento en los momentos más oportunos.

Me resulta muy difícil expresar todo lo que debo agradecerles a las doctoras Nicole Delbecque y Hilde Hanegreefs. Desde que tuve la oportunidad de trabajar con ellas en noviembre de 2004 gracias a una estancia predoctoral en la Universidad Católica de Lovaina, hemos mantenido una estrecha colaboración sin la que esta tesis sería (seguro) muy distinta. Durante aquella estancia, las doctoras Delbecque y Hanegreefs me dieron sabias orientaciones y pusieron a mi disposición su riquísimo archivo, gracias a lo cual pude orientar definitivamente mis propósitos científicos.

Son muchos los lingüistas con los que tenido ocasión de hablar en estos años de trabajo, y son también muchos los que me han sugerido ideas, matizado puntos de vista, recomendado libros o dado palabras de ánimo. Muy especialmente quisiera mencionar a Ventura Salazar, María Josep Cuenca, Mar Garachana, Augusto Soares da Silva, Juana Marín

Arrese, Rosa María Espinosa Elorza, Sandra Montserrat, Marta Torres, Daniel Michaud, Mar Galindo y Larissa Timofeeva.

Quiero también lanzar un agradecimiento apasionado a todos mis amigos, tanto a los de aquí, como a los de allí, tanto a los que veo todas las semanas, como a los que veo todos los lustros. Gracias a todos por hacer que me sienta la persona más afortunada del mundo. Con todo, hay seis camaradas que merecen ser citados con nombres y apellidos. Mil gracias a José López, Juanjo Ruiz, Alfredo González, Iván Gangoso, Sergio Sánchez e Israel Adsuar, por las carcajadas, y por haberme hecho tantos favores que ni en mil vidas podría devolvérselos.

A mis hermanos José y Nuria, les quiero agradecer la amorosa paciencia con la que siempre han vigilado mi vida (que por algo son mis hermanos mayores). Sin ellos, sin la certeza de su presencia y de las palabras, gestos y recuerdos que compartimos, creo que me perdería. A mi sobrino Héctor le quiero agradecer que reinventara el lenguaje para enseñármelo como nunca antes lo vi, tejido en palabras de un significado siempre nuevo.

Y no hay lenguaje, ni color, ni música que pueda expresar lo que quiero decirle a Carolina, lo que quiero que sepa, lo que sabe. Por ello sólo le daré las gracias por el olor de la lluvia y por el tacto de la arena.

Para terminar, tomándole prestadas las palabras a mi maestro el profesor Cifuentes diré que en último lugar, pero el primero en importancia, quiero expresar mi máximo reconocimiento y afecto a mis padres, Antonio y Amparo, a quienes dedico esta tesis doctoral, porque sin su apoyo y cariño jamás hubiera escrito ni una sola línea de este trabajo.

Índice

Capítulo 1: objetivos e hipótesis.....	11
1.1. Planteamiento y marco teórico.....	11
1.2. Hipótesis.....	12
1.2.1. Corpus.....	13
1.3. Notación.....	17
Capítulo 2: fundamentos teóricos.....	19
2.1. ¿Por qué la lingüística cognitiva?.....	19
2.2. La categorización como problema epistemológico.....	20
2.3. La semántica estructuralista.....	25
2.4. La semántica en la lingüística generativa.....	31
2.5. La semántica lógica y la semántica neogenerativista.....	32
2.6. La semántica cognitiva.....	36
2.7. La teoría de prototipos.....	38
2.8. La teoría del nivel básico.....	53
2.9. Metáforas y metonimias.....	56
2.9.1. Concepción tradicional de la metáfora.....	56
2.9.2. La metáfora en la lingüística cognitiva: las investigaciones de Lakoff y Johnson.....	58
2.9.3. La universalidad de la metáfora.....	64
2.9.4. Metáfora y gramática.....	69
2.9.5. Metáfora y pragmática.....	72
2.9.6. Concepción tradicional de la metonimia.....	74
2.9.7. Tipos de metonimia: la clasificación de Peirsman y Geeraerts...	76
2.9.7.1. Contigüidad en el espacio y en el dominio material.....	78
2.9.7.2. Contigüidad en el dominio temporal.....	80
2.9.7.3. Contigüidad en acciones, eventos y procesos.....	81
2.9.7.4. Contigüidad en agrupaciones y colecciones.....	86
2.10. La iconicidad lingüística.....	88
2.10.1. Isomorfismo y motivación.....	90
2.10.2. Los principios de iconicidad.....	92
2.11. El concepto de construcción en el paradigma cognitivista.....	96
2.12. El sustrato filosófico: fenomenología y experiencialismo.....	100

2.13. Conclusiones.....	103
Capítulo 3: La semántica diacrónica.....	105
3.1. El problema del cambio semántico.....	105
3.2. Cambio semántico, cambio léxico y etimología.....	107
3.3. La semántica histórica preestructuralista.....	110
3.4. La lexemática histórica y la semántica histórica estructuralista...	116
3.5. La semántica histórica cognitiva.....	122
3.5.1. La hipótesis de Geeraerts.....	126
3.5.2. La polisemia y los límites entre sincronía y diacronía.....	137
3.6. La gramaticalización.....	147
3.7. Conclusiones.....	153
Capítulo 4: Percepción física y lenguaje.....	155
4.1. Introducción: la importancia epistemológica de los procesos perceptivos.....	155
4.2. Tipos de percepción y funcionamiento de los sentidos.....	157
4.3. La jerarquía de los sentidos desde un punto de vista biológico...	164
4.4. La jerarquía de los sentidos desde un punto de vista filosófico.....	171
4.5. Percepción física y configuración lingüística.....	178
4.5.1. Lexicalización del color y simbolismo cromático.....	180
4.5.2. La sinestesia.....	184
4.5.3. Metáforas de la percepción.....	191
4.5.3.1. Metáforas de la visión.....	193
4.5.3.2. Metáforas de la audición.....	201
4.5.3.3. Metáforas del tacto.....	212
4.5.3.4. Metáforas del olfato y el gusto.....	214
4.5.3.5. Metáforas de la percepción: entre lo biológico y lo antropológico.....	217
4.5.3.6. La percepción social.....	233
4.5.4. El proceso de selección de propiedades de Ibarretxe-Antuñano.....	240
4.5.5. Multimodalidad diacrónica.....	246
4.5.5.1. El verbo <i>catar</i>	253
4.5.6. El cuerpo humano y los conceptos fuente.....	256
4.5.7. Percepción y origen del lenguaje.....	261

4.6. Percepción, información y gramática: la evidencialidad.....	266
4.7. Conclusiones.....	279
Capítulo 5: Los verbos de percepción como categoría lingüística.....	281
5.1. Lo verbos de percepción física como objeto de investigación.....	281
5.2. Características fundamentales.....	282
5.3. Dicotomías recurrentes.....	292
5.4. Complementos de los verbos de percepción.....	311
5.4.1. Objetos definidos.....	313
5.4.2. Eventos.....	318
5.4.3. Propositiones flexionadas.....	331
5.4.4. Diacronía construccional de <i>ver</i>	339
5.4.5. El infinitivo con sujeto en nominativo.....	346
5.4.6. Los verbos visuales agentivos: aspectos diacrónicos.....	356
5.5. La percepción valorativa.....	360
5.6. Percepción y causatividad.....	373
5.7. Los verbos de percepción como marcadores del discurso.....	377
5.8. Los verbos de percepción del gusto.....	384
5.9. Conclusiones.....	390
Capítulo 6: <i>Sentir</i> y sus relaciones con los demás verbos de percepción	393
6.1. El verbo <i>sentir</i> : estado de la cuestión y generalidades.....	393
6.2. <i>Sentir</i> : verbo multimodal.....	396
6.3. Significados auditivos: el trinomio <i>sentir, oír y escuchar</i>	399
6.4. <i>Sentir</i> y la percepción física: de la sensación a la constatación....	417
6.5. Percepción abstracta.....	423
6.6. Usos pseudo-copulativos: <i>verse</i> frente a <i>sentirse</i>	436
6.7. Percepción valorativa con <i>sentir</i>	446
6.8. La subjetividad compartida.....	455
6.9. Significados periféricos de <i>sentir</i>	469
6.10. Conclusiones.....	472
Capítulo 7: Evolución diacrónica del verbo <i>tocar</i>	475
7.1. El verbo <i>tocar</i> : caracterización general.....	475
7.2. Estado de la cuestión.....	475
7.3. Planteamiento e hipótesis.....	479
7.4. Semántica histórica de <i>tocar</i>	483

7.4.1. Esquema agentivo.....	484
7.4.2. Esquema estático.....	510
7.4.3. Esquema de movimiento vectorial.....	516
7.4.4. Esquema de flujo invertido pasivo.....	522
7.4.5. Esquema de flujo invertido reactivo.....	536
7.4.6. La construcción <i>tocar a</i>	545
7.5. Prototipicidad diacrónica de <i>tocar</i>	549
7.6. Conclusiones.....	552
Capítulo 8: Evolución diacrónica del verbo <i>oler</i>	555
8.1. Olfato y lenguaje: una relación compleja.....	555
8.2. Naturaleza del olfato humano.....	561
8.3. Investigación sobre <i>oler</i> : estado de la cuestión.....	564
8.3.1. Etimología de <i>oler</i>	566
8.3.2. Estructura de <i>oler</i>	569
8.4. Evolución semántica de <i>oler</i>	575
8.4.1. Significados activos.....	575
8.4.2. Significados pasivos, indeterminados y de capacidad sensorial.....	585
8.4.3. Significados copulativos.....	613
8.5. Comportamiento pragmático de <i>oler</i>	661
8.5.1. El anclaje en el presente.....	662
8.5.2. Prototipicidad sintáctico-semántica.....	669
8.6. <i>Oler</i> como evidencial.....	673
8.7. Conclusiones.....	676
Conclusiones generales.....	679
Referencias bibliográficas.....	689

CAPÍTULO 1: OBJETIVOS E HIPÓTESIS

1. 1. Planteamiento y marco teórico

El objetivo de nuestra tesis doctoral¹ es desarrollar un análisis diacrónico de los principales verbos de percepción física² del español, utilizando las herramientas teóricas y los conceptos explicativos de la lingüística cognitiva. Los verbos de los que nos vamos a ocupar de manera preferente y que constituyen nuestro centro de interés son estos: *ver, escuchar, sentir, tocar y oler*. También analizaremos aspectos puntuales de *mirar, oír y gustar*, aunque de modo más ancilar y solamente para trazar una panorámica completa del comportamiento de la categoría de los verbos perceptivos en su totalidad.

Algunos verbos de percepción ya han sido objeto de estudios semánticos, tanto desde una perspectiva sincrónica como diacrónica. Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se publicaron algunos trabajos interesantes; Wood (1899) examinó la evolución semántica de los verbos del olfato y la vista de numerosas lenguas de Europa, Kroesch (1911) estudió la semántica histórica de los verbos perceptivos de los antiguos dialectos germánicos, Vendryes (1932) analizó la etimología de muchos verbos de percepción en las lenguas indoeuropeas, mientras que Prévot (1934) y Penttilä (1956) se ocuparon, respectivamente, de los verbos de visión del griego y del inglés antiguo. Otras investigaciones posteriores se llevaron a cabo siguiendo las pautas

¹ Nuestra tesis ha sido financiada gracias a una beca de investigación predoctoral (CTBPRA/2003/15) otorgada por la Generalitat Valenciana en la Modalidad A (expediente académico) para el período 2003-2007. Asimismo, también ha recibido financiación del proyecto de investigación FFI2010-19946/FILO concedido por el Ministerio de Educación y Ciencia.

² También se los ha llamado verbos de percepción sensible, verbos de percepción sensorial, verbos perceptivos, *verba sentiendi* (Rabatel, 2003) o, simplemente, verbos de percepción, sin mayores especificaciones. Además, existe la denominación 'verbos de percepción invisibles', que integra los verbos del oído, del tacto, del olfato y del gusto, es decir, los verbos que no expresan visión (Fogwe Chibaka, 2010: 293).

del estructuralismo europeo, cuyas principales características se explicarán en los capítulos 2 y 3. Así, hay trabajos estructuralistas sobre los verbos de visión (García Hernández, 1976, 1999-2000; Rodríguez Fernández, 1991, 1992), sobre los verbos de audición (García Hernández, 1977; García Martín, 1992), sobre los verbos del tacto (Salvador Caja, 1984; González Pérez, 2006) y sobre el léxico del olfato (González Pérez, 1991).

Naturalmente, también se han publicado trabajos de índole cognitiva sobre nuestro objeto de estudio; existe, como se pondrá de manifiesto en los lugares correspondientes, una nada desdeñable literatura situada en este marco de investigación. Con todo, este caudal bibliográfico previo no es óbice para que nuestro trabajo esté justificado, puesto que muchas de estas aportaciones son parciales, al haberse dedicado a aspectos muy concretos del problema, mientras que otras son estudios sobre lenguas distintas del español. Por lo tanto, parecía necesario acometer una investigación renovada que tomara en cuenta los más recientes avances de la ciencia lingüística, sobre todo en lo relativo a los métodos de la semántica diacrónica.

Otro de los objetivos de nuestro trabajo ha sido reconstruir un estado de la cuestión detallado sobre los verbos de percepción y sobre las principales teorías de la lingüística histórica. De este modo, ofreceremos, imbricada con los análisis lingüísticos propiamente dichos, reflexiones sobre múltiples hipótesis y análisis expuestos en trabajos previos, con el propósito de alcanzar una visión de conjunto adecuada de nuestro tema de tesis. En este sentido, también hemos procurado recoger en la bibliografía final todas las referencias fundamentales sobre nuestro campo de trabajo, incluso aquellas de las que discrepamos o que no han tenido ninguna incidencia en nuestras investigaciones, pues pensamos que la bibliografía de una tesis doctoral debe reflejar las pesquisas efectuadas por el autor.

1.2. Hipótesis

Para llevar a cabo nuestro trabajo procuraremos demostrar las siguientes hipótesis:

- a) Consideramos que la evolución histórica de los verbos de percepción física ha estado influida por factores biológicos. Teniendo en cuenta que los sentidos corporales están

inextricablemente unidos a aspectos muy concretos de la condición biológica del *Homo sapiens*, puede suponerse que los verbos que los expresan pueden haberse visto afectados en algún grado por esa influencia biológica. Por ejemplo, ciertos aspectos sintáctico-semánticos de nuestros verbos quizá sean la materialización lingüística de la anatomía y etología de nuestra especie. En este sentido, procuraremos probar que los verbos de percepción no son equivalentes, sino que varían considerablemente dependiendo de cómo sea el funcionamiento anatómico del órgano sensorial implicado en su procesamiento.

b) Entendemos que los aspectos culturales y antropológicos de la percepción también pueden haber intervenido directamente en la configuración de los verbos de percepción del español. Ello puede comprobarse en numerosos aspectos constitutivos de nuestros verbos, como en ciertas proyecciones metafóricas y metonímicas (Lakoff y Johnson, 1986).

c) Pensamos que, como consecuencia de las hipótesis anteriores, la evolución histórica de los verbos de percepción del español no ha podido ser un proceso totalmente arbitrario sino que debe haber sido el producto de una reorganización evolutiva guiada por principios generales, tales como organizaciones prototípicas (Geeraerts, 1997) y procesos de gramaticalización (Heine, Claudi y Hünnemeyer, 1991; Traugott y Dasher, 2002).

1.3. Corpus

La lingüística cognitiva considera que el funcionamiento del lenguaje es inseparable del contexto de uso, por lo que la investigación en este campo debe basarse en el estudio inductivo de textos reales. Para llevar a cabo nuestro trabajo hemos analizado un amplio corpus documental que hemos preparado utilizando la base de datos *CORDE* (*Corpus Diacrónico del Español*). En un primer momento, pensamos en emplear el corpus de textos *ADMYTE II*³, pero las limitaciones de sus contenidos⁴ y su

³ El *Archivo Digital de Manuscritos y Textos Españoles* o *ADMYTE* es una base de datos informática que contiene la transcripción de múltiples documentos del español antiguo. Este proyecto fue creado a finales de los años 80 por F. Marcos Marín, C. Faulhaber y Á. Gómez

obsolescencia (sólo funciona con el sistema operativo Windows 95) hicieron que, finalmente, trabajáramos exclusivamente con el *CORDE*. También hemos acudido a *CREA* (*Corpus de Referencia del Español Actual*) para buscar ejemplos complementarios cuando esto ha sido necesario.

Preparar un corpus lingüístico es una tarea muy dura y no exenta de numerosos inconvenientes. El Dr. Josep Martines escribió en el prólogo al libro de S. Montserrat i Buendia (2007: 20) una reflexión que pensamos que sintetiza con gran acierto las dificultades de elaboración, análisis e interpretación de todo corpus lingüístico:

“L’obtenció de dades d’un corpus textual és feixuga. Són milers les hores esmerçades a obtenir, a clasificar i a interpretar els materials; són anys de tasca (no sempre pacient!) per a formalitzar una descripció i, per ventura, una explicació dels fets de llengua ajustades al mètode i a la duresa de les dades; unes dades a voltes d’aparença contradictòria, a voltes esmunyedisses, a voltes escasses i, tantes altres voltes, massa nombroses, cabaloses, i de mal copsar. És així com una recerca d’aquesta mena ofereix no sols una proposta d’explicació per a qüestions potser no gaire ben resoltes o conegudes; una recerca com aquesta esdevé un model d’acció. Per a saber la realitat (la d’ahir o la d’ara) cal això: tastar-la, experimentar-la. Immerngir-s’hi. Els corpus textuais són un mitjà (potser *el* mitjà) per a acostar la recerca a aqueixa immersió. La intuïció és un instrument important; cal, però, fer-la anar per la drecera que tracen les dades textuais”

En nuestro caso particular, hemos tenido en cuenta sobre todo dos factores a la hora de elaborar nuestro corpus: la cantidad de estudios previos existente sobre cada verbo y sus características propias. Atendiendo al primer criterio, debemos señalar que mientras que los verbos de la vista y el oído han sido muy tratados, los verbos de tacto, olfato y gusto han quedado en un segundo plano en la investigación lingüística. Por ese motivo, decidimos analizar con mayor detenimiento los verbos *sentir*, *tocar* y *oler*, ya que son los más inexplorados. Por otra parte, los verbos de percepción no forman, como a veces se ha creído, una

Moreno, y ha pasado por tres versiones: *ADMYTE 0*, *ADMYTE I* y *ADMYTE II*, la última hasta la fecha.

⁴ Por ejemplo, en *ADMYTE II* sólo aparecen 244 ocurrencias del verbo *oler*, algo insuficiente para nuestros propósitos.

categoría homogénea; en realidad, cada verbo de percepción tiene características particulares, muy marcadas en ocasiones. Desde un punto de vista textual, esto influye sobre la cantidad de materiales existentes sobre ese verbo y sobre su comportamiento lingüístico⁵.

Por todo ello, hemos preparado un corpus muy diverso formado únicamente con ocurrencias de textos españoles⁶. Nuestro corpus contiene, además, textos de todos los registros que *CORDE* ofrece, desde la poesía hasta los textos científicos, por lo que pensamos que es representativo en términos sociolingüísticos. Hemos estudiado algo más de 500 ocurrencias del verbo *ver*, que cubren desde el siglo XIII hasta el XX. Se trata de una muestra aleatoria que contiene todo tipo de formas verbales (presente, futuro, tiempos compuestos, etc). Idénticos criterios hemos seguido con *mirar*, *escuchar* y *tocar*, siendo lo distinto la cantidad de ocurrencias empleadas: unas 150 para *mirar*⁷, unas 1350 para *escuchar* y más de 1600 para *tocar*. Con el verbo *sentir* hemos seguido otro criterio. Este verbo es muy polivalente y extremadamente polisémico; por ese motivo, preparamos un corpus que contiene aproximadamente 25 ocurrencias por forma verbal posible⁸, con el fin de asegurar la máxima representatividad de todas las variantes. Esto configura un corpus de casi 1500 ocurrencias.

⁵ Por ejemplo, hemos analizado un gran número de ocurrencias de *toca* y de otras formas de tercera persona (*ha tocado*, *toque*, *tocó*, etc.) porque dichas variantes condensan usos fundamentales (y muy frecuentes) del verbo *tocar* (capítulo 7). Esa exigencia, sin embargo, carece de importancia con otros verbos, para los que se siguen criterios distintos.

⁶ En los pocos casos en que citamos en nuestra tesis un texto que no es español, se especifica debidamente de qué país procede.

⁷ Hemos analizado tan sólo esta cantidad de ejemplos de *ver* y *mirar* porque ya existen trabajos muy profundos sobre estos dos verbos elaborados con nuestro mismo marco teórico. En efecto, los trabajos de Hanegreefs (2005, 2006a, 2006b, 2007, 2008) resultan decisivos y en muchos aspectos concluyentes. Por ello, nos hemos centrado en una muestra menor compuesta en su mayor parte por ejemplos medievales, a fin de comprobar si el funcionamiento sincrónico descrito por Hanegreefs es igual en etapas más antiguas de estos verbos. A la hora de rastrear en *CORDE* formas antiguas, tanto de *ver* y *mirar* como del resto de verbos (*ueyer*, *mjrar*, *oliesse*, etc.) hemos partido de la información ofrecida por Alvar y Pottier (1983) y de búsquedas aleatorias en *CORDE*.

⁸ Naturalmente, de ciertas formas verbales muy marcadas el *CORDE* recoge menos de esa cantidad. Es lo que ocurre con algunas conjugaciones del pretérito pluscuamperfecto de indicativo o del condicional compuesto. En otros casos, hay formas de las que no aparece ni un solo texto, como ocurre habitualmente con el pretérito anterior.

El verbo *oler* es el que hemos estudiado con más profundidad empírica, debido a que es el menos descrito en la bibliografía. Para analizarlo preparamos un corpus de cerca de 1800 ejemplos que cubren del siglo XIII al XIX y en el que aparecen todas las formas de la conjugación salvo aquellas de las que *CORDE* no da casos para la marca diatópica 'España'. Finalmente, preparamos un corpus auxiliar del verbo *oír* con más de 100 ocurrencias medievales, pero sólo hemos acudido a él para documentar usos que refuercen nuestros análisis. En suma, hemos analizado una por una más de 6800 ocurrencias contextualizadas. Sobre este análisis hemos de hacer algunas precisiones:

a) Hemos eliminado del cómputo de datos todas las formas aparecidas en el corpus que no son en realidad formas conjugadas de nuestros verbos. Esto es muy frecuente, por ejemplo, con *tocar*, pues algunas de sus flexiones (por ejemplo, *toque*) son homófonas de otras palabras, como sustantivos u otros verbos. Otro ejemplo lo tenemos con *sentir*; la forma *sienta* puede pertenecer a *sentir* o a *sentar*.

b) Aunque a lo largo de nuestro trabajo vamos a citar numerosos ejemplos, es necesario tener presente que no todos aparecen en las tablas de cómputo. Sólo hemos computado los ejemplos que admiten una categorización inequívoca y que no presentan dificultades de interpretación, algo complicado en algunos casos, sobre todo con el verbo *sentir* por las razones que se expondrán en su momento. En muchas ocasiones los ejemplos son ambiguos o pueden tener varios significados al mismo tiempo. En estos casos hemos tenido en cuenta esos textos (y los hemos explicado si contienen algún fenómeno interesante) pero no suman en tabla alguna. Aun así, hemos de precisar que en el caso de *tocar* y *oler*, verbos que hemos analizado atendiendo a criterios más semánticos que formales⁹, hemos procurado computar los ejemplos al máximo, incluso aunque alguna ocurrencia tuviera varias lecturas, para fundamentar lo más posible nuestra interpretación.

c) Cuando el *CORDE* es poco preciso a la hora de fechar un texto, hemos descartado esa ocurrencia. Por ejemplo, si una obra tiene la

⁹ En el curso de nuestro trabajo se verán las ventajas de este proceder.

fecha 1550-1625 no la hemos considerado al no poder determinar si fue compuesta en el siglo XVI o XVII. Este criterio, no obstante, no fue empleado con *tocar*, *escuchar* y *oler*, verbos para los que procuramos fijar un siglo de composición único, utilizando diversos criterios¹⁰.

Hemos de matizar que pese a haber analizado minuciosamente un corpus de cierto tamaño, nuestro trabajo es más cualitativo que cuantitativo. Procuramos explorar e interpretar los hechos a partir del contexto de uso, tomando como base los fenómenos que los casos particulares muestran. La cuantificación sólo nos ha sido necesaria para medir ciertas frecuencias de uso y para poder establecer aproximadamente las primeras documentaciones de los significados, pero es el funcionamiento interno de cada variación y sus motivaciones cognitivas lo que más nos interesa descifrar.

1.4. Notación

En nuestra tesis doctoral utilizamos diversos símbolos cuyo significado explicamos a continuación:

- * Indica que la oración es anómala y antinatural o que una palabra es hipotética
- # Indica que la oración es de dudosa naturalidad por factores semánticos o pragmáticos
- ∅ Señala la ausencia de un elemento lingüístico (oposición paradigmática)
- ¬ Signo de la lógica matemática que expresa 'negación'

Siguiendo las convenciones de Fillmore (1982) y Langacker (1987), escribimos en cursiva las expresiones lingüísticas y en mayúsculas las palabras que representan contenido conceptual. Por otro lado, utilizamos indistintamente y atendiendo a criterios estilísticos las abreviaturas más usuales de las funciones sintácticas (CD, CI, etc.) y sus nombres (complemento directo, complemento indirecto, etc.).

¹⁰ Por ejemplo, cuestiones de historia literaria; si un autor es incluido tradicionalmente en el Renacimiento, su texto se ha computado con *escuchar*, *tocar* y *oler* como perteneciente al siglo XVI aunque CORDE feche la obra de este modo: 1490-1537.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 2: FUNDAMENTOS TEÓRICOS

2. 1. ¿Por qué la lingüística cognitiva?

Como se ha explicado en el capítulo precedente, el propósito de nuestra tesis doctoral es estudiar la evolución semántica de los principales verbos de percepción física del español empleando los conceptos y métodos explicativos de la lingüística cognitiva. En este capítulo vamos a exponer cuáles son las principales ideas con las que trabaja la este modelo y cuáles son sus hipótesis teóricas más relevantes. Con todo, y debido a que muchos de los fundamentos en los que se apoya este paradigma lingüístico parten de ideas previas o son el resultado de la oposición a las hipótesis de otros paradigmas, también vamos a explicar muy brevemente las bases de los modelos generativo y estructuralista (con los que tan a menudo choca el modelo cognitivo), con el fin de poder determinar en su auténtica dimensión el grado de originalidad (y rentabilidad) que subyace en los planteamientos del sistema teórico por el que hemos optado.

Pero además de explicar las principales características de estos enfoques teóricos, comentaremos sucintamente al final de este capítulo cuáles son las principales ideas filosóficas en las que la lingüística cognitiva se apoya; no debemos perder de vista que todo paradigma científico tiene siempre detrás una teoría filosófica que le da carta de naturaleza y sin la cual dicho paradigma no sería posible. Esta circunstancia es cierta siempre y para todo tipo de ciencias, pero se vuelve especialmente relevante en el caso de la lingüística, puesto que en esta disciplina convergen elementos procedentes de numerosas ramas del saber (biología, antropología, psicología, etc.), razón por la cual la lingüística es una ciencia que se halla a medio camino entre las ciencias naturales (ya que no cabe duda de que el lenguaje es un fenómeno natural) y las ciencias humanas (pues es imposible separarlo de las relaciones sociales a las que sirve y de los factores culturales que crea y

posibilita), lo que hace de la lingüística una ciencia inherentemente interdisciplinaria.

En lo que a la lingüística cognitiva se refiere, muchas de sus ideas más características se encuentran ya en filósofos como Husserl, Merleau-Ponty o Wittgenstein, auténticos precursores de la visión experiencialista del lenguaje y autores de numerosas teorías sin las que no se entenderían las más modernas especulaciones sobre el lenguaje.

2. 2. La categorización como problema epistemológico

El mundo es caótico, extraño, confuso. Parece que casi nada en él funcione en virtud de pautas regulares o predecibles; a excepción de ciertos hechos constantes (que el sol salga siempre por el este, que la fuerza de la gravedad actúe siempre igual, que el movimiento de traslación de La Tierra alrededor del sol no varíe...) lo cierto es que todo lo que nos rodea parece encontrarse siempre en un constante e irrefrenable proceso evolutivo que lo mezcla y revuelve todo. No existen, por ejemplo, soluciones de continuidad entre las distintas especies animales y vegetales, lo que provoca constantes contradicciones; ¿cómo es posible que un pingüino sea un ave, cuando ni puede volar ni tiene la morfología habitual de los demás pájaros, y en cambio el murciélago, que sí vuela y que se asemeja más a éstos no lo sea? Por otra parte, ¿por qué esta seta es un auténtico manjar y esta otra, prácticamente idéntica, es extremadamente venenosa? La naturaleza pone constantemente a prueba la capacidad racional del ser humano enfrentándolo a un desorden que desafía, al menos en apariencia, el pensamiento lógico.

La física hace tiempo que postuló una teoría para explicar este comportamiento errático, paradójico y caprichoso del mundo natural. Nos referimos a los dos principios generales de la termodinámica que fueron formulados en el siglo XIX y que rezan como sigue:

- 1) La energía del universo es constante.
- 2) La entropía del universo crece constantemente.

Pues bien, estos dos postulados no han sido refutados por la física posterior, puesto que nadie ha logrado encontrar ningún fenómeno que los contradiga. El primero de los dos principios puede resumirse con el

conocido axioma de que la energía ni se crea ni se destruye, simplemente se transforma. En efecto, hace tiempo que se demostró experimentalmente que no existen fluctuaciones en la cantidad de energía que se puede calcular para el universo. En cuanto al segundo principio, el que aquí más nos interesa, se puede sintetizar de este modo: el desorden en el universo no para de crecer¹¹. Si nos fijamos en nuestra habitación de estudio, lo más probable es que no reine en ella un orden perfecto (tendremos libros sobre la mesa, algún papel en el suelo, lápices desparramados, finas películas de polvo por encima de todas las superficies...); podemos ordenarla, dedicando a ello un esfuerzo momentáneo, pero en cuanto nos descuidemos, el desorden volverá a apoderarse paulatinamente de nuestra habitación, sin que nosotros nos percatemos de ello.

Pero además de la física, las matemáticas también nos dicen que cada cosa que sucede en el mundo podría suceder de un modo completamente distinto (idea de desorden entrópico). Las llamadas Ciencias de la Complejidad, y muy especialmente la Teoría del Caos, han revolucionado la manera de entender los fenómenos naturales, ya que gracias a sus interpretaciones matemáticas hoy sabemos que nada es absolutamente predecible y que incluso aquello que parece más estable puede cambiar súbita e inesperadamente.

Ante este caos que es la naturaleza, el hombre no tiene más remedio que categorizar las cosas, para poder así establecer límites conceptuales. Este proceso consiste en crear categorías cerradas que permitan organizar la información que se obtiene del entorno, que es muy diversa. El ser humano debe, por tanto, crear categorías generales con las que poder

¹¹ En física, el orden implica calidad y el desorden pérdida de calidad, lo que tiene unas repercusiones muy interesantes. Pongamos un ejemplo. Para la física es fácil producir temperaturas muy altas en el laboratorio (miles de grados centígrados) porque elevar la temperatura de una sustancia equivale a desordenar sus partículas, lo que supone causar entropía, que es el estado natural del universo. Sin embargo, la criogenia es incapaz de producir artificialmente el cero absoluto (- 273 C°), ya que en ese punto de frío los electrones del átomo se paran, lo que supone, literalmente, que “se para” la materia, algo sólo posible en el marco de la abstracción matemática. El cero absoluto representa, por tanto, el punto de máximo orden concebible, y es inalcanzable. Como vemos, es fácil subir una temperatura miles de grados, pero es imposible bajarla a menos de 272. El desorden y el caos son, por definición, el estado natural de cuanto nos rodea. Para una revisión sencilla de todos estos conceptos véase el libro de Hawking (1990).

clasificar la realidad y, además, debe también establecer criterios válidos para discriminar en qué categoría concreta debe incluir cada fenómeno y cuáles deben ser los rasgos específicos que individualizan cada una de esas categorías (Cuenca y Hilferty, 1999: 32).

El problema de la categorización, dada su decisiva importancia, se convirtió desde que surgió el pensamiento filosófico en un asunto básico. El primer pensador que realizó taxonomías exhaustivas en todas las ramas del saber y puso orden en la caótica confusión de todo lo dado en la realidad fue el filósofo griego Aristóteles. A él le debemos multitud de tratados en los que se exponen pautas para diferenciar especies animales, figuras geométricas, tipos de discurso lingüístico, etc. Su obra, que constituyó un paradigma científico durante siglos, es un ejemplo clásico de trabajo recopilador, elaborado con el firme propósito de enunciar conclusiones estables de ontología.

Para el maestro de Estagira, cada categoría debía tener un número limitado de rasgos básicos obligatorios, y cualquier fenómeno que reuniera, como mínimo, esos rasgos, podía incluirse automáticamente en esa categoría concreta. Para entender esta idea, podemos recurrir al ejemplo clásico de Kleiber (1995: 24-25). Sean las siguientes figuras:

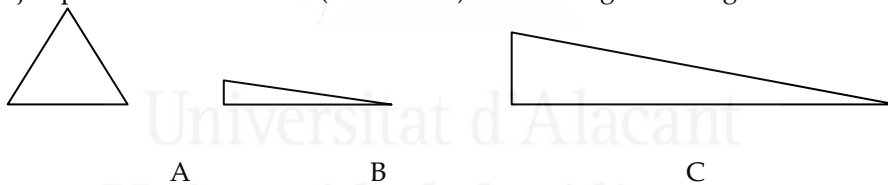


Figura 1. Tipos de triángulo.

Las figuras A, B y C comparten un rasgo común: las tres se caracterizan por tener tres rectas que se cortan mutuamente formando tres ángulos. Por ello, con independencia de que la figura geométrica resultante del entrecruzamiento de esas tres rectas sea más grande o más pequeña, o más alargada o menos, el resultado será siempre el mismo: un triángulo. Por ello, siguiendo a Aristóteles, podemos crear una categoría llamada TRIÁNGULO en la que podemos incluir cualquier figura que reúna las características que hemos mencionado, características que serán necesarias y suficientes; cualquier cosa que las posea podrá estar en la categoría TRIÁNGULO (condiciones necesarias y obligatorias), siendo el

resto de las propiedades del objeto (anchura, color, etc.) innecesarias o no decisivas para determinar cuál es su categoría (con las otras es suficiente). Este modo de categorizar, basado en el criterio de las condiciones necesarias y suficientes (o CNS) continuó empleándose después de Aristóteles y ha tenido mucha influencia en diversas disciplinas científicas.

En el marco de la lingüística los postulados clásicos sobre categorización se emplearon sin objeciones hasta los años 60 del siglo XX (Coseriu, 1990: 241-242; Montserrat i Buendia, 2007). En efecto, las teorías semánticas defendidas por los dos paradigmas lingüísticos más relevantes antes del surgimiento del modelo cognitivo (el estructuralista y el generativista) se han caracterizado por ser objetivistas, es decir, por considerar el significado lingüístico como algo que se puede aislar de su contexto y que, por ello, se puede analizar usando el modelo de las CNS. De este modo, aunque con métodos y objetivos muy distintos, estas escuelas lingüísticas han coincidido en su consideración de que el significado se puede categorizar siguiendo los patrones básicos de la categorización tradicional, que pueden resumirse así (Kleiber, 1995: 24-25; Cuenca y Hilferty, 1999: 62):

- 1) Las categorías son discretas, es decir poseen fronteras claramente delimitadas.
- 2) Las categorías se definen a partir de propiedades necesarias y suficientes.
- 3) La pertenencia de una entidad particular a una categoría responde a un sistema de verdadero o falso: un elemento x cualquiera es por ejemplo un perro, según cumpla o no las condiciones de definición de la categoría PERRO.
- 4) Todos los miembros de una categoría tienen un estatus dentro de ella igual o parecido, puesto que todos cumplen las CNS.

Este modelo comporta una serie de consecuencias de tipo teórico, que Kleiber sintetiza de este modo (Kleiber, 1995: 27-28):

- a) El problema de la categorización se halla reglado; para saber si un elemento pertenece a una categoría o no, basta con verificar si cumple todas las CNS.
- b) El sentido o intensión (es decir, el conjunto de CNS) determina la extensión o referencia. Por tanto, según el planteamiento de una

semántica discreta, para poder utilizar una palabra, es necesario conocer el sentido, esto es el conjunto de CNS.

c) Se establece un doble paralelismo entre intensión y extensión. Por un lado, a una intensión claramente determinada le corresponde en el plano extensional una categoría con fronteras nítidas y bien delimitadas. Por otro lado, a una intensión compuesta por rasgos independientes y equivalentes le corresponde una extensión compuesta por miembros que presentan un estatuto equivalente dentro de la categoría.

El siguiente cuadro resume la propuesta clásica de las CNS (Kleiber, 1995:28):

	Estatuto igual	Delimitación precisa
Extensión o referencia	Miembros equivalentes	Fronteras precisas
Intensión o sentido	Rasgos equivalentes	Conjunción de CNS

Figura 2. Características de la categorización por CNS.

Por lo tanto, en opinión de cualquier modelo semántico objetivista, el significado de las palabras coincide con las CNS que lo fundamentan y permiten que sea una categoría con estructuración lingüística, por lo que el investigador debe limitarse a descubrir cuáles son esas CNS.

Esta situación empezó a cambiar a partir de los experimentos que llevaron a cabo en 1969 B. Berlin y P. Kay y de las investigaciones que, impulsadas por los descubrimientos de estos dos científicos, inició la psicóloga E. Rosch en 1978. Los trabajos de estos autores demostraron que la categorización de ciertas entidades como los colores, las plantas, los animales, los vestidos o los instrumentos musicales es muy similar en muchas lenguas del mundo, por lo que se llegó a la conclusión de que existen pautas cognitivas estables en el proceso de categorización de la realidad que lleva a cabo el ser humano. Gracias a los trabajos de Berlin, Kay y Rosch se formularon hipótesis que habían de cambiar el rumbo de la lingüística y que ponían en tela de juicio algunos de los más firmes

principios de los modelos semánticos dominantes. Tanto fue así, que muchos lingüistas empezaron a trabajar de inmediato siguiendo el camino abierto por Rosch, con lo que comenzó una fase de renovación que propiciaría, pocos años después, el surgimiento de la semántica cognitiva.

En opinión de Geeraerts (1999) desde que apareció la semántica en el siglo XIX hasta la actualidad esta disciplina ha pasado por cinco etapas: la semántica preestructuralista (de la que nos ocuparemos en el capítulo siguiente, por ser una semántica de tipo histórico), la semántica estructuralista, la semántica del modelo generativo, la semántica lógica y la semántica cognitiva. Cada una de estas etapas representa un modelo teórico de análisis del significado lingüístico en el que el problema de la categorización se ha interpretado de un modo particular. En los siguientes apartados revisaremos sucintamente en qué consisten desde un punto de vista sincrónico estos distintos modelos.

2. 3. La semántica estructuralista

El modelo científico denominado estructuralismo nace en Europa a principios del siglo XX a partir de las investigaciones de Saussure. El concepto fundamental de este modelo es el de sistema estructural, que puede definirse como un conjunto de elementos estructurados de modo que cada uno de ellos se define por su relación con los otros. El sistema, no obstante, no se explica solamente por la suma de sus elementos, sino que también se debe explicar por las relaciones que dichos elementos mantienen entre ellos; en consecuencia, según el estructuralismo (y esto es válido no sólo para el estudio de las lenguas, sino también para el estudio de las sociedades o de cualquier otra manifestación antropológica) las cosas son lo que son en virtud de las relaciones de semejanza y disimilitud que mantienen con el resto de unidades de su categoría.

Así, por ejemplo, para un estructuralista, lo interesante de una palabra como *viejo* no sería su etimología, ni lo que puede significar ese vocablo aisladamente, sino cuáles son las relaciones que mantiene con *antiguo* o *vetusto*, los contextos en que puede aparecer (oponiéndose a otros adjetivos de significado próximo), si se puede aplicar a seres vivos o sólo a cosas, etc. La consecuencia de este modo de trabajar es que se asume

que un término como *viejo* sólo se debería estudiar teniendo muy presentes todos los demás elementos léxicos con los que puede guardar algún tipo de relación opositiva.

Los lingüistas estructuralistas le concedieron mucha importancia desde el principio a los estudios de la lengua oral, lo que tuvo consecuencias decisivas en el marco de la lingüística teórica, como el surgimiento de la fonología en 1935 de la mano de Trubetzkoy. Además, este nuevo paradigma se impuso rápidamente por toda Europa y se diversificó en diferentes escuelas y nuevas corrientes, como el Círculo Lingüístico de Praga o la glosemática, desarrollo original del estructuralismo que llevó a cabo Hjelmslev en Dinamarca.

Las características básicas de la lingüística estructural se pueden resumir como sigue (Castellà, 1992: 26):

- a) La lengua se concibe como algo virtual, alejado de la realidad¹². Este postulado únicamente ha sido rechazado por algunos estructuralistas en época reciente.
- b) La gramática se limita a la oración. Sólo algunos estructuralistas han acabado dedicándose al estudio de textos.
- c) Preferencia por el estudio de la lengua oral (con la fonología y la dialectología).
- d) Rechazo inicial del significado. El estructuralismo lingüístico se interesa más por la fonología y la morfosintaxis en un primer momento.
- e) Concepción de la lingüística como una ciencia independiente. Se considera que la lingüística está dentro de la semiótica, y ésta, a su vez, dentro de la psicología social.
- f) El estructuralismo tiende a crear conceptos imitando a otras ciencias. Por ejemplo, adapta a los estudios lingüísticos conceptos de la química.

¹² La negativa a incluir la información cultural o extralingüística en el significado (o al menos a tener en cuenta su decisiva importancia para determinarlo lingüísticamente) es una de las principales señas de identidad de la semántica estructuralista, derivada de su rígida separación de lengua y realidad, elementos absolutamente independientes según esta corriente. Para conocer algunos argumentos a favor de esta tesis véanse los trabajos de Coseriu (1990) y de Gutiérrez Ordóñez (1992, 2000).

- g) El estructuralismo es conductista y positivista: estudia solamente lo que es observable, evitando en lo posible el exceso de abstracción teórica.
- h) El estructuralismo es esencialmente sincrónico: suele estudiar las lenguas en su momento presente.
- i) El estructuralismo tiene espíritu clasificatorio y busca el establecimiento de taxonomías.
- j) El estructuralismo parte de conceptos dicotómicos muy rígidos, como estos: lengua y habla, sincronía y diacronía, significante y significado, relaciones sintagmáticas y paradigmáticas, signo lingüístico y sistema estructural.

La semántica estructural, es decir, la aplicación de los patrones estructuralistas al estudio del significado, aparece con los trabajos clásicos de Weisgerber y Trier, a finales de los años 20 y principios de los 30 (Geeraerts, 1999: 126). Esta semántica asume el postulado básico del sistema estructural; su tarea será, desde el principio de su andadura, la de establecer mediante oposiciones distintivas, los rasgos semánticos inherentes que posee cada palabra. De este modo, se pondrá de manifiesto cuáles son las estructuras de organización signica superior que se dan en cada una de las lenguas.

Trubetzkoy había logrado establecer unos criterios de ordenamiento de las oposiciones fonológicas con los que se podían aislar y clasificar los fonemas de cualquier lengua. Estos criterios eran los siguientes (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 129):

- 1) Según las relaciones que los términos mantienen con el resto de las unidades del sistema: bilaterales / multilaterales, proporcionales / aisladas.
- 2) Según las relaciones existentes entre los términos de la oposición: privativas, graduales y equipolentes.
- 3) Según la extensión de su poder distintivo: constantes y neutralizables.

Con esta clasificación, Trubetzkoy demostró que se podían analizar y establecer las oposiciones del sistema fonológico de cualquier lengua. Lo que hizo el lingüista rumano E. Coseriu fue, simplemente, aplicar estos principios a la lexicología (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 129-130): de la misma manera que un fonema se define por poseer unos rasgos distintivos específicos establecidos mediante las oposiciones fonológicas

mencionadas, las palabras también deben poder analizarse semánticamente estableciendo sus rasgos mínimos (semas¹³), que se obtendrán por medio de la aplicación de estos criterios de oposición. Pongamos un ejemplo concreto.

El fonema /b/ posee los siguientes rasgos distintivos: oclusivo, bilabial, sonoro. Estos rasgos lo aproximan y oponen al fonema /p/, que atesora los rasgos oclusivo, bilabial, sordo. Por ello, en este caso, es el rasgo de sonoridad o no sonoridad el que nos permite establecer la diferencia entre /b/ y /p/. Como vemos, estos fonemas no son nada por sí mismos, sino que encuentran su definición gracias a una oposición que los individualiza.

De la misma manera, pueden establecerse oposiciones similares en el plano léxico. Pensemos en el adjetivo para la edad *viejo*, ya mencionado anteriormente. Este adjetivo puede descomponerse en varios semas, como los siguientes:

- a) 'con muchos años`
- b) 'para personas o animales`

Por su parte, el adjetivo *antiguo* tendría los siguientes semas:

- a) 'con muchos años`
- c) 'para cosas`

Como puede observarse, el sema que establece, en este caso, la oposición que permite diferenciar *viejo* de *antiguo* es el de la posibilidad de ser aplicado a elementos animados o no. Por lo tanto, es imposible entender el significado de *viejo* de forma aislada, pues sólo se puede analizar ese lexema oponiéndolo a *antiguo*, palabra que estaría, naturalmente, dentro de la misma categoría de adjetivos para expresar la edad¹⁴.

Coseriu, a la vista de que, aparentemente, se podían trasladar las teorías de Trubetzkoy al plano léxico, lo hizo, y creó un paralelismo

¹³ En semántica estructural el sema es la unidad mínima de significado en que se puede descomponer una palabra, algo así como cada una de las condiciones necesarias y suficientes de su contenido. Como indica Gutiérrez Ordóñez: "Del mismo modo que los fonemas estaban compuestos de rasgos diferenciadores, los significados lingüísticos estarían constituidos por rasgos distintivos de significación. Son los semas". (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 91).

¹⁴ Un análisis similar puede hacerse de la oposición *joven / nuevo*. Para otros ejemplos más complejos y con más relaciones opositivas, véanse los trabajos de Coseriu (1977 y 1990) y Gutiérrez Ordóñez (1992).

perfecto. De este modo, el análisis semántico del léxico de cualquier lengua podría establecerse aplicando las normas de oposición (Coseriu, 1977 y 1990; Gutiérrez Ordóñez, 1992):

- a) Oposiciones graduales: los términos corresponden a diferentes grados de la misma cualidad. Ej. *getato, freddo, tiepido, caldo, bollente* (adjetivos de temperatura en italiano).
- b) Oposiciones equipolentes: los términos son equivalentes desde un punto de vista lógico. Ej. *blanco, crema, amarillo, verde*, etc. (colores en español).
- c) Oposiciones privativas: un término presenta un rasgo distintivo que falta en el otro. Ej. *albus / candidus* (latín). *Albus* significaba BLANCO en general, mientras que *candidus* significaba BLANCO BRILLANTE. Por tanto, el sema 'brillante' era en latín privativo de *candidus*.
- d) Oposiciones bilaterales y multilaterales: *pobre / rico* (oposición bilateral); *blanco / rosa / amarillo, azul...* (oposición multilateral).
- e) Oposiciones proporcionales y aisladas: *triste / alegre* (oposición proporcional) frente al juego de oposiciones latino *albus / candidus = ater / niger*.

Por supuesto, de la misma manera que en fonología se producen a veces neutralizaciones¹⁵ que dan lugar a archifonemas, en semántica debe pasar lo mismo. En algunas ocasiones, los semas que permiten distinguir semánticamente dos palabras desaparecen, con lo que se origina un archilexema (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 133-136). Por ejemplo, el término *hombre* sólo se opone a *mujer* cuando alude a un ser humano de género masculino. Pero cuando el rasgo del sexo no es pertinente, *hombre* (ser humano en general) alude tanto a hombres como a mujeres, por lo que se convierte en un archilexema, representado en este tipo de estudios por el símbolo Σ .

Todas estas propuestas de análisis de la semántica estructural plantean muchos inconvenientes de aplicación, como han puesto de manifiesto incluso algunos de sus defensores. Por ejemplo, las oposiciones mencionadas no siempre funcionan de un modo homogéneo; si pensamos

¹⁵ En fonología se produce una neutralización cuando en un contexto determinado los rasgos distintivos que diferencian dos fonemas desaparecen (por dejar de ser pertinentes), de manera que esos dos fonemas se vuelven indistinguibles, y pasan a convertirse en uno solo (archifonema).

en la oposición *pobre / rico*, nos daremos cuenta de inmediato de que esa oposición sólo lo es en términos lingüísticos, pero que en la realidad puede ser gradual (es pobre, bastante pobre, muy pobre, algo rico, muy rico, etc.) (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 130). Pero además de establecer oposiciones demasiado ideales, esta perspectiva de análisis no explica el porqué de esas oposiciones, es decir, establece cómo se organizan estructuralmente los significados (abstractos o ideales) de una lengua, pero no busca el motivo de esa concreta organización, ni tampoco indaga en las razones por las que esa organización cambia con el tiempo o difiere de una lengua a otra.

Consideremos un ejemplo concreto. Las lenguas saami o laponas, habladas en Laponia y emparentadas tipológicamente con el finés, disponen de un total de 21 términos para expresar el color blanco, según un estudio de Haarmann (*ápu*d Bernárdez, 2008: 94). Pues bien, para un estructuralista el hecho de que en Laponia la presencia de la nieve sea constante no influiría directamente en la organización léxica del color blanco; en consecuencia, si las lenguas saami tienen un complejísimo y sofisticado sistema léxico para expresar la noción BLANCO sería resultado de un proceso no determinista (cuando no abiertamente azaroso), puesto que, en opinión de este modelo, el entorno en el que se mueven los hablantes no influye directamente en la configuración semántica de las lenguas naturales¹⁶.

En suma, la semántica estructuralista se caracteriza por su naturaleza objetivista y por desatender en el análisis del significado todos los elementos relacionados con la subjetividad del hablante o con el contexto pragmático. Es una semántica, por tanto, discreta o de CNS en la que los aspectos psicológicos de la comunicación humana son irrelevantes. El modelo siguiente sí tendrá en cuenta dichos aspectos psicológicos, aunque sus aportaciones también serán esencialmente objetivistas.

¹⁶ Conviene señalar, sin embargo, que el entorno no siempre influye del mismo modo en la configuración semántica. Por ejemplo, frente a lo que siempre se había creído, las lenguas inuit habladas por los esquimales no tienen tantos términos para el color blanco como las lenguas saami, a pesar de que sus hablantes están más expuestos si cabe que los lapones a ese color (Bernárdez, 2008: 94).

2. 4. La semántica en la lingüística generativa

La lingüística generativo-transformacional es un paradigma de investigación que irrumpió en el ámbito de las ciencias del lenguaje de un modo espectacular en los años 50 y 60 del siglo XX con los primeros trabajos de N. Chomsky. Este modelo surgió como contestación al conductismo, teoría psicológica defendida por R. Skinner que postulaba que el lenguaje es el producto de una concreta conducta humana, a saber: la imitación. Los niños aprenderían el lenguaje, según Skinner y sus seguidores, imitando el hablar de los adultos que les rodean en cada momento, por lo que el aprendizaje de una lengua se vería reducido a un mero proceso de ensayo-error: el niño habla, y si lo hace “correctamente”, se producirá el efecto apetecido, con lo que esa estructura “correcta” (estímulo reforzador) se afianzará en su conciencia lingüística, y así sucesivamente hasta el total desarrollo de la gramática (Fernández Jaén, 2007: 54).

Chomsky se opondrá firmemente a este planteamiento, defendiendo el carácter innato, psicológico y universal del lenguaje¹⁷. En su opinión, los seres humanos nacen con unos conocimientos lingüísticos preinstalados en el cerebro que los vuelven especialmente sensibles a la capacidad lingüística, capacidad que según este modelo se basa en la recursividad sintáctica, que estaría codificada en el ADN. Estos conocimientos prenatales (que Chomsky llama Gramática Universal), bajo los estímulos lingüísticos concretos que recibe el niño, se irán materializando en una o varias lenguas, que constituirán con el tiempo la lengua o las lenguas naturales de cada niño. En consecuencia, el lenguaje se puede entender como una pulsión natural del ser humano, un instinto tan inherente a nuestra especie como lo es el de tejer para las arañas o el de cantar al amanecer para los gallos. Por ello, según esta hipótesis, los niños no aprenderían el lenguaje, sino que lo adquirirían de forma biológicamente programada.

La semántica interpretativa, es decir, la aplicación de las hipótesis de Chomsky al estudio del significado, fue postulada por J. Katz y J. Fodor (1963) aunque ha sido fundamentalmente Katz quien la ha desarrollado

¹⁷ Para una revisión de estos conceptos véanse los trabajos de López García (1991), Castellà (1992) y Fernández Jaén (2007).

(Katz, 1972). Para Katz el estudio del significado debe responder a formalizaciones muy rígidas y estables, basadas, en última instancia, en las matemáticas. La semántica de Katz es también estructuralista, en la medida en que propone la existencia de un plano autónomo de estructura semántica en el que los distintos componentes mantienen diversas relaciones entre sí. Este hecho aproxima el modelo de Katz a los modelos estructuralistas que examinamos en el apartado anterior, aunque existe una diferencia capital entre ellos; mientras que para los estructuralistas europeos (Pottier, Coseriu, Greimas o Lyons, entre otros) las oposiciones entre los elementos semánticos se basan en semas diseñados desde el propio sistema lingüístico, Katz va a partir de oposiciones que tienen que ver con propiedades referenciales (extralingüísticas, podríamos decir) de los conceptos expresados. Este hecho ha sido muy criticado por el estructuralismo europeo puesto que para sus defensores ese modo de operar vuelve demasiado borrosa la línea que separa el conocimiento lingüístico y el conocimiento enciclopédico (Coseriu, 1990), planos que en opinión de esta escuela deben estar, como vimos en el apartado 2.3., claramente diferenciados.

Katz combina, por tanto, los parámetros generativistas con una metodología estructural y crea una semántica muy formalista. De esta semántica, que tuvo un desarrollo muy efímero, van a surgir dos corrientes muy distintas (Geeraerts, 1999); por un lado, algunos autores van a continuar con el formalismo logicista de Katz, con lo que aparecerá la semántica lógica o formal, y por otro, algunos lingüistas se van a oponer firmemente al formalismo generativista, oposición gracias a la cual se originará la semántica cognitiva.

2. 5. La semántica lógica y la semántica neogenerativista

Influidos por las formalizaciones matemáticas de Katz y Fodor y por las teorías gramaticales del filósofo y matemático R. Montague, algunos lingüistas, entre los que destaca D. Dowty, van a proponer una semántica lógica diseñada de un modo altamente formal. Esta semántica se caracteriza fundamentalmente por ser un modelo veritativo-condicional y por analizar el significado de las proposiciones completas, en lugar del de las unidades léxicas aisladas (Geeraerts, 1999; Silva, 1999).

El primer punto tiene que ver con el problema filosófico, básico en pragmática, de si se puede determinar con exactitud el grado de verdad de los mensajes. De este modo, la semántica lógica se propondrá encontrar las formalizaciones matemáticas necesarias para poder considerar como verdadero o falso un determinado enunciado. Por otro lado, el segundo aspecto es en buena medida consecuencia del primero; como el interés se centra en el grado de verdad o falsedad de las proposiciones, la semántica lógica se convierte en una semántica de la oración y no de las palabras. Esto hace que diversas categorías gramaticales, como los cuantificadores o los conectores, reciban mucha atención, en detrimento de las propias unidades léxicas (Geeraerts, 1999: 128-129).

Pero además de la semántica lógica, inspirada por la semántica generativa de Katz, va a aparecer en los últimos años del siglo XX una línea de trabajo caracterizada tanto por su carácter analítico y composicional como por introducir consideraciones de naturaleza contextual. Este tipo de semántica se encontraría, según Geeraerts (1999), entre la semántica lógica y la semántica cognitiva, y ha sido bautizada por el propio Geeraerts como semántica neogenerativista.

Uno de los principales representantes de esta semántica neogenerativista es J. Pustejovsky. Este autor ha propuesto una semántica denominada Teoría del Lexicón Generativo que se ha revelado muy fructífera en el análisis de numerosos fenómenos lingüísticos (Pustejovsky, 1991a, 1991b, 1995). El modelo de Pustejovsky es formal por cuanto que parte de la idealización matemática de Katz, pero “en lugar de basarse en un formalismo de rasgos estáticos introduce un formalismo lógico en un modelo flexible” (De Miguel, 2009: 348). Para Pustejovsky, los modelos teóricos de tipo lógico llevan a cabo una descomposición del significado demasiado rígida que no tiene en cuenta el carácter variable del uso de las palabras. En oposición a eso, Pustejovsky propone reducir el contenido semántico a su esencia básica (formulación claramente composicional) para poder determinar, de este modo, cómo ese núcleo elemental de significación se materializa en los distintos contextos sintácticos de formas muy diversas, o lo que es lo mismo, cómo el significado de base se proyecta a la estructura gramatical (Pustejovsky, 1995). De este modo, este lingüista busca dar una explicación adecuada a múltiples fenómenos lingüísticos como la polisemia, pero sin tener que

recurrir al conocimiento enciclopédico del mundo o a factores culturales o extralingüísticos: cada variación semántica dependerá siempre de cómo el contenido lingüístico fundamental entre en contacto con los elementos sintácticos de su alrededor¹⁸.

Por tanto, en la Teoría del Lexicón generativo el significado siempre está, en un primer momento, infraespecificado, lo que le permite aparecer potencialmente en múltiples contextos pero, ¿cómo se produce su concreción significativa? Se produce gracias a lo que Pustejovsky denomina Estructura de Qualia (Pustejovsky, 1995). Esta estructura relaciona contextualmente los elementos argumentales posibles del término implicado con su estructura eventiva (las fases temporales en que se puede desarrollar). El resultado será un sintagma con un significado preciso. Naturalmente, dependiendo de cuáles sean las condiciones sintácticas, la Estructura de Qualia actuará de un modo u otro.

La Estructura de Qualia se compone de cuatro partes (Pustejovsky, 1995):

- a. Quale constitutivo: Establece las relaciones entre un objeto y sus partes (peso, medida, etc.)
- b. Quale formal: Establece las diferencias entre un objeto y otros de su clase (orientación, dimensiones, color, etc.)
- c. Quale télico: Codifica el propósito o función del objeto.
- d. Quale agentivo: Establece factores relacionados con el origen o producción de un objeto.

Consideremos ahora un ejemplo concreto (De Miguel, 2004: 181-182). El sustantivo *novela*, en un nivel puramente léxico, está infraespecificado, pero dependiendo del contexto su contenido se puede concretar, de manera que el nivel léxico se proyecta al sintáctico para crear una interfaz léxico-sintáctica. Veamos las siguientes oraciones:

- (1) He comprado la novela.
- (2) He empezado la novela.

¹⁸ Como señala De Miguel (2009: 340-341) el modelo de Pustejovsky es heredero de las teorías sobre la concepción del mundo de Aristóteles, presentadas en su *Física* y en su *Metafísica*. El filósofo griego consideraba que los objetos del mundo tenían una naturaleza ontológica siempre dinámica; las cosas son como son en virtud de cuáles sean las entidades con las que se relacionan. Del mismo modo, para Pustejovsky los significados sólo se concretan en el uso sintáctico, razón por la cual el significado es siempre dinámico.

(3) He acabado la novela.

Como se aprecia en estos ejemplos, un sustantivo como *novela* puede condicionar el contexto sintáctico dependiendo de qué aspectos de su naturaleza se activen. Una novela es un objeto físico que puede cambiar de propietario, del mismo modo que es algo que se puede leer y también escribir. Por tanto, podríamos decir que *novela* tiene la siguiente estructura de Qualia:

- a. Quale constitutivo: narrativa.
- b. Quale formal: libro.
- c. Quale télico: leer.
- d. Quale agentivo: escribir.

De este modo, en la oración (1) se proyecta el quale formal (novela como objeto de una compra-venta), mientras que en (2) y en (3) el significado dependerá de qué quale funcione: si es el télico, estas oraciones significarán EMPEZAR / ACABAR DE LEER LA NOVELA, mientras que si es el agentivo significarán EMPEZAR / ACABAR DE ESCRIBIR LA NOVELA.

La aplicación sistemática de estos principios le ha permitido a Pustejovsky realizar interesantes análisis de múltiples fenómenos, entre los que destaca muy especialmente su reformulación de los tipos de eventos aspectuales, trabajo en el que reinterpreta de un modo muy interesante la clasificación aspectual clásica de Vendler (1967).

En definitiva, tras el modelo matemático de Katz van a desarrollarse diversas propuestas semánticas que mantendrán con respecto al modelo precedente el denominador común de prescindir de los factores enciclopédicos de la realidad para explicar el significado desde el propio sistema, sea de un modo proposicional y veritativo-condicional o de un modo dinámico y proyeccionista. No obstante, estos pilares teóricos no satisfarán a todos los lingüistas, por lo que a finales de los años setenta diversos autores van a proponer un modelo totalmente distinto.

2. 6. La semántica cognitiva

Se suele considerar que la lingüística cognitiva aparece en California en el año 1987 y que sus fundadores son G. Lakoff y R. Langacker, dos lingüistas que habían iniciado su trayectoria investigadora en el marco de la semántica generativa¹⁹. Este modelo proponía ideas novedosas con respecto a los postulados semánticos basados en las teorías de Chomsky, y de su paulatino desarrollo surgió lo que con el tiempo había de ser la semántica cognitiva. El planteamiento de Lakoff y Langacker quedó completamente constituido con la publicación de dos libros que vieron la luz en 1987. El primero de ellos, escrito por Lakoff, se titula *Women, Fire and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*; en él se exponen y explican los conceptos fundamentales de la lingüística cognitiva, tales como el experiencialismo conceptual, la teoría de prototipos y su influencia en la configuración del lenguaje, los modelos cognitivos idealizados o la influencia que tiene la cultura en la configuración semántica. El segundo, escrito por Langacker, se tituló *Foundations of Cognitive Grammar Vol I: Theoretical Prerequisites*, y fue complementado en el año 1991 con un segundo volumen titulado *Foundations of Cognitive Grammar Vol. II: Descriptive Application*. Desde su publicación estos libros se han convertido en una inagotable fuente de inspiración para multitud de estudios sobre el lenguaje, por lo que se puede considerar que son obras clásicas sobre la materia²⁰.

Aparte de en estos trabajos de Lakoff y Langacker, los postulados fundamentales de la lingüística cognitiva han sido expuestos en muchos otros libros y artículos²¹. Estos postulados pueden resumirse como sigue:

¹⁹ No debe confundirse la semántica generativa que desarrollaron lingüistas como Fillmore, Lakoff o Langacker con la semántica interpretativa de Katz y Fodor. Para Katz y Fodor el significado no es más que una interpretación que hace el hablante de las estructuras creadas mediante la aplicación de las reglas transformacionales de Chomsky, mientras que para Lakoff o Langacker el significado es una parte más del lenguaje que está fusionada con la sintaxis. En los años 60 hubo un gran debate teórico entre las dos posturas, del que puede encontrarse un adecuado estado de la cuestión en Cifuentes Honrubia (1994).

²⁰ Aparte de esos dos libros, otros trabajos fundamentales de Langacker son los publicados en los años 1990 y 1999b, que completan la visión general de los volúmenes de 1987 y 1991.

²¹ Para una introducción a las teorías de la lingüística cognitiva se pueden consultar, aparte de los libros mencionados, los siguientes trabajos: Cifuentes Honrubia (1994, 1998), Croft y

a) El lenguaje no debe entenderse como un conjunto finito de reglas matemáticas (al estilo generativista) sino como un sistema maleable e irregular, en el que no hay límites discretos entre las distintas unidades gramaticales. En este sentido, la lingüística cognitiva defiende la prototipicidad de las categorías, es decir, la ausencia de equivalencia total de todos los elementos de una categoría concreta. De este modo, este modelo estudia todas las formas lingüísticas, desde las más regulares hasta las más extrañas o periféricas.

b) La sintaxis, la semántica y la pragmática funcionan simultáneamente y son inseparables. En conjunto permiten la existencia de los Modelos Cognitivos Idealizados (MCI²²) que forman nuestro pensamiento, por lo que no existe una separación nítida entre lo lingüístico y lo enciclopédico o cultural.

c) El lenguaje es, por definición, creativo e imaginativo; el hablante interviene en su diseño aplicando su subjetividad. Por esta razón, las metáforas y metonimias (lejos ya de su definición retórica tradicional), pasan a ser en este modelo los vínculos principales entre realidad y lenguaje.

d) Por todo lo anterior, para la lingüística cognitiva lo primordial para el funcionamiento y desarrollo del lenguaje es el uso pragmático, la comunicación diaria entre los hablantes. De este modo, las necesidades comunicativas, el punto de vista de los participantes, las creencias individuales, los límites biológicos que nos caracterizan como especie, etc., son las fuerzas y barreras que pautan la estructuración lingüística: la necesidad es previa al uso, la función previa a la forma y el significado previo a la abstracción gramatical.

Cruse (2008), Cuenca y Hilferty (1999), Delbecque (2008), Inchaurreal y Vázquez (2000), y Ungerer y Schmid (1996).

²² El Modelo Cognitivo Idealizado de Lakoff se aproxima mucho al dominio cognitivo de Langacker, al marco de Fillmore, al espacio mental de Fauconnier, a los esquemas de Talmy o Rumelhart, a los escenarios de Schank y Abelson y a los modelos mentales de Johnson-Laird. No obstante, existen entre estos conceptos algunas diferencias que se pueden revisar en los trabajos de Cifuentes Honrubia (1994: 42-55), Ungerer y Schmid (1996: 205-249) y Ruiz de Mendoza (1999: 29-43)

Estos postulados de la semántica cognitiva se sustentan en una serie de teorías y conceptos muy concretos, algunos de los cuales tienen una larga tradición en campos como la retórica clásica o la psicología. Por ello, si bien es cierto que la semántica cognitiva no es totalmente original, no cabe duda de que sus interpretaciones lingüísticas, basadas en los fundamentos aquí expuestos, sí son completamente nuevas. En los apartados que siguen, vamos a analizar estos conceptos vertebrales del modelo cognitivo para poder explicar cómo ha llegado a desarrollar este paradigma lingüístico las hipótesis que acabamos de resumir.

2. 7. La teoría de prototipos

Como decíamos al principio de este capítulo al hablar del problema epistemológico de la categorización, el mundo es confuso y entrópico, por lo que necesitamos categorizar los elementos que encontramos a nuestro alrededor para poder relacionarnos con el entorno. La semántica cognitiva se diferencia absolutamente del resto de los modelos lingüísticos en lo que a creación de categorías se refiere ya que, desde el principio de su andadura, ha defendido un sistema de categorización continuo o no discreto basado en la llamada teoría de prototipos²³. Esta teoría considera que los fenómenos del mundo no tienen una existencia independiente de los observadores (lo que haría que dichos fenómenos pudieran definirse a partir de condiciones necesarias y suficientes) sino que son recreados psicológicamente por el observador; por ello, la categorización continua que vamos a examinar no es objetivista, sino experiencial: las categorías son creadas por los sujetos a partir de su interacción con el mundo y de su experiencia cultural. Con esas premisas, los hablantes le dan forma a unas categorías difusas, en las que algunos elementos son más prototípicos o centrales que otros.

Lo primero que debemos plantearnos al reflexionar acerca de la teoría de prototipos es lo siguiente: si el mundo es caótico, ¿es también caótico el lenguaje que lo verbaliza? La respuesta es que no. A diferencia de lo que

²³ La teoría de prototipos es una de las más relevantes señas de identidad de la lingüística cognitiva. Para una revisión de sus fundamentos véanse los siguientes trabajos: Cifuentes Honrubia (1994: 149-185), Croft y Cruse (2008), Cuenca y Hilferty (1999: 31-64), Givón (1986), Kleiber (1995), Lakoff (1987: 58-67), Langacker (2006), Taylor (1989) y Ungerer y Schmid (1996: 1-59).

sucede en la realidad, el lenguaje sí tiene categorías relativamente estables. Cuando decimos *cabaña*, estamos nombrando una realidad a la que dotamos, con el acto de nombrarla, de entidad ontológica, puesto que la incluimos en la categoría de los LUGARES PARA VIVIR. El hecho de que nombremos las cosas muestra que hemos reflexionado sobre ellas y les concedemos el estatus de entidad susceptible de ser nombrada y, por ello, de entidad que pertenece de manera natural a alguna categoría específica.

El lenguaje, en opinión de la semántica cognitiva, funciona en nuestra mente como un conceptualizador, es decir, como un mecanismo cognitivo que nos permite crear conceptos y categorías con las que ordenar la realidad del mundo, de por sí desordenada. La presencia de un yo que nombra las cosas²⁴ permite que haya un punto de vista a partir del cual categorizar, puesto que la filosofía fenomenológica de la que se nutre el modelo cognitivo postula que nada existe si no hay un yo que lo exprese lingüísticamente; por tanto, el lenguaje sería el intermediario y ente regulador entre un yo finito y el mundo multiforme e infinito. Pero ¿cómo creamos esas categorías con las que opera el lenguaje? Son varios los factores que intervienen.

En primer lugar, es decisiva nuestra conciencia física. Una persona adulta tiene una estatura media de entre 1,50 y 1,80 cm; eso hace que nuestro punto de vista sobre las cosas se vea afectado por una particular comprensión del espacio. Por ejemplo, si le pedimos a alguien que nos dibuje una casa, o un rostro, o una serpiente o una mesa, es muy poco probable que nos dibuje una casa vista desde el techo, o un rostro boca abajo, o una serpiente vista desde la cara (tenderá a dibujarla de perfil) o una mesa volcada. Debido a su punto de vista elevado casi dos metros del suelo y al estado habitual en que se encuentran las cosas con respecto al yo categorizador, lo lógico es que nuestro informante dibuje una casa vista desde la fachada principal, un rostro de frente, una serpiente entera vista de lado y una mesa perfectamente colocada

²⁴ La tendencia a nombrar las cosas es inherente a la especie humana. De hecho, incluso los niños que aún no saben hablar señalan con el dedo a los objetos; este acto de señalar es exclusivo del *Homo Sapiens* (ningún otro primate lo hace) y demuestra que ya desde muy pequeños tenemos conciencia de nuestra existencia (yo) y de la existencia de cosas (el mundo). Este hecho ha llevado a López García a la conclusión de que los niños no pueden aprender a hablar si no han aprendido antes a sentir la realidad (López García, 2002).

(Langacker, 1987: 122-126). Esto no significa que si hubiese optado por dibujar los objetos de otro modo no hubiese dibujado lo que se le pedía, pero lo normal y esperable es que nuestro informante dibuje las cosas influido por su punto de vista natural (Delbecque, 2008).

Ahora bien, ¿qué tipo de casa o de mesa dibujaría el sujeto? Esto nos lleva a otra de las grandes cuestiones de la categorización experiencial: la de la influencia de la cultura y el conocimiento compartido en la creación de categorías. Como es obvio, la mesa que puede dibujar un alemán será muy distinta de la que puede dibujar un japonés, puesto que la categoría MESA es del todo diferente en ambas culturas. Lo mismo puede decirse de las casas; como es bien sabido, cada cultura crea sus propios modelos de vivienda, modelos que pueden ser muy diferentes entre sí. Por ello, las categorías no pueden ser objetivas, puesto que lo que es una mesa en Japón no tiene por qué serlo en Alemania o en Perú. Lo que las cosas son depende de la cultura que crea las categorías, por lo que éstas son convencionales, es decir, fruto de una abstracción colectiva y social que determina dónde están los límites entre lo que una cosa es y lo que no es. Naturalmente esta circunstancia se relaciona con la anterior; los hablantes no sólo están influidos por su corporeidad sino también por sus hábitos culturales; el hecho de ver determinado tipo de mesa o de casa con mucha frecuencia hace que esos modelos sean los más primarios en su mente, aunque haya otros fenómenos que podrían pertenecer a la misma categoría.

La tercera circunstancia que debemos mencionar tiene que ver con nuestros procesos cognitivos; la creación de categorías en nuestra mente está necesariamente limitada por factores biológicos y psicológicos que son comunes a todas las personas con independencia de su cultura, factores que resultan decisivos en la creación de determinadas categorías. Por ejemplo, ningún hablante incluiría en la categoría COMIDA el plancton, ya que ese sutil conjunto de materia orgánica que vaga por las aguas de los mares sólo es usado como nutriente por determinados animales marinos; existen notables discrepancias culturales sobre los tipos de comida, pero hay cosas que nos están vetadas por cuestiones fisiológicas. De igual modo, los seres humanos no podemos lexicalizar variantes (más oscuras, más brillantes, etc.) del ultravioleta, puesto que,

debido a nuestros umbrales de percepción visual, nuestros ojos son incapaces de percibir ese color (Matlin y Foley, 1996: 50; Candau, 2003)²⁵.

Esta última circunstancia se relaciona directamente con los trabajos de Berlin, Kay y Rosch que están en la base del origen de las reflexiones sobre las categorías no discretas: los trabajos sobre los nombres de los colores²⁶. En 1969 Berlin y Kay llevaron a cabo varios experimentos que demostraban que había unos colores más fáciles de recordar y reconocer que otros (unos colores fundamentales), a partir de los cuales se conceptualizaban los demás. Rosch consideró tiempo después, tras realizar nuevos experimentos, que esos colores más importantes se podían considerar los prototipos de la categoría del color (o colores focales), ya que los experimentos revelaban tres hechos (Ungerer y Schmid, 1996: 9):

- 1) Los colores focales son perceptivamente más salientes o fáciles de identificar que los no focales.
- 2) Los colores focales son más fácilmente recordados en la memoria a corto plazo y más fácilmente retenidos en la memoria a largo plazo.
- 3) Los nombres de los colores focales son más rápidamente lexicalizados que los de los colores no focales. Además, los niños aprenden siempre los nombres de los colores focales antes que los nombres de los demás colores.

Por tanto, la categoría del COLOR estaría constituida por un contínuum²⁷ y no por unos compartimentos estancos en los que cada

²⁵ En este sentido, resultan muy clarificadoras estas palabras de Luque Durán: “El lenguaje tiende a reflejar todo lo que el cerebro humano capta del exterior. Sabemos, sin embargo, que el cerebro humano en su composición y representación del mundo externo no utiliza todos los posibles elementos, formas de energía, etc., capaces de servir de representación del mundo exterior. Nuestro cerebro capta formas, perfiles de los objetos y también otras características como son el color, tacto, olor, etc. Si el cerebro humano fuera también capaz de captar y diferenciar a distancia otras propiedades, como p. ej. El calor de los objetos, sin duda alguna el lenguaje humano también las representaría” (Luque Durán, 2001: 58-59).

²⁶ Sobre esta cuestión véanse los trabajos siguientes: Berlin y Kay (1969), Kay (1975), Kay, Berlin y Merrifield (1991), Rosch (1975, 1977, 1978) y Rosch y Mervis (1975, 1981).

²⁷ En física, el blanco representa la ausencia de color y el negro la fusión de todos los colores. Por tanto, este contínuum cromático tendría el blanco y el negro en sus dos extremos (mínimo color, máximo color) y evolucionaría gracias a la modulación continua de tres variables: tonalidad, brillo y saturación (Lenneberg, 1975: 378-379). De este modo se obtienen todas las posibilidades cromáticas.

color sería independiente del resto, lo que “pondría de manifiesto otro hecho especialmente significativo: que, habitualmente, la identificación de los colores básicos o no focales se realizaría sirviéndose, de manera aproximativa, de las categorías focales más semejantes, lo que implica concebir el espectro cromático, en lugar de como conjunto de clases discretas diferentes, como un continuo en el que, junto a esos puntos focales claramente distintos, las diferentes categorías cromáticas se difuminan en sus límites, en el caso de los colores no básicos” (Cifuentes Honrubia, 1994: 150).

La conclusión a la que llegó Rosch es que esta categorización continua de los colores se podía extrapolar a otros dominios de la experiencia. Así, si retomamos uno de los ejemplos anteriores, podríamos decir que en nuestra cultura hay una mesa prototípica (cuadrada o rectangular, con cuatro patas, a un metro del suelo, etc.) y mesas menos prototípicas (redondas, sin patas, etc.) que se irían distanciando progresivamente del prototipo. Otro ejemplo interesante es el de los nombres de las frutas (Cuenca y Hilferty, 1999: 34); si les pedimos a varios sujetos que nos digan el primer nombre de fruta que les venga a la cabeza, probablemente las peras, las manzanas o las naranjas aparezcan con mucha frecuencia, por lo que se podrían considerar frutas focales en nuestra cultura.

La teoría de prototipos, por tanto, permitió iniciar un nuevo sistema de categorización continua o radial; las categorías no discretas con las que podemos categorizar y ordenar la realidad poseen, según este modelo, un centro o núcleo en el que estarían los mejores ejemplares (las peras, las mesas cuadradas) y una periferia, en la que se situarían los ejemplares menos focales, más alejados del centro cuantos menos rasgos compartieran con el prototipo. Por tanto, categorizar no consistiría en establecer el conjunto de CNS de la categoría, sino en determinar cuál es el ejemplar prototípico de ésta y cuáles son las relaciones que mantiene con los elementos periféricos.

Esta primera versión de la teoría de prototipos planteaba un problema fundamental: ¿cómo se determina cuál es el prototipo de una categoría? Aunque podamos estar de acuerdo en que las peras son frutas muy básicas, siempre podrá alegarse que no lo son más que las fresas o las

moras²⁸. Por otro lado, parece que la determinación del prototipo puede verse afectada por factores diversos (no sólo culturales o relacionados con el punto de vista) como la edad del informante. Pongamos un ejemplo. Si le pedimos a un señor de 60 años que nos diga el primer nombre de juego que se le ocurra, seguramente optará por el ajedrez, el parchís o algún juego de cartas. Sin embargo, si el informante es un adolescente, tal vez su respuesta sea un videojuego (Montserrat i Buendia, 2007). Como vemos, la subjetividad puede complicar notablemente el establecimiento de categorías radiales en las que los elementos no mantienen entre sí relaciones lógicas (como las de los colores en el espectro cromático).

Para resolver este problema se postuló la versión ampliada de la teoría de prototipos, que intentaba superar este escollo de la versión estándar (Kleiber, 1995: 141-174; Cuenca y Hilferty: 1999: 36-41). Esta nueva versión se caracteriza por asumir tres nuevos conceptos, a saber: el Modelo Cognitivo Idealizado (MCI), los efectos de prototipicidad y las relaciones de familia.

²⁸ Con todo, existen diversos experimentos para determinar empíricamente el grado de centralidad de un concepto dentro de su categoría (Croft y Cruse, 2008: 110-129). Uno de los más básicos se basa en la frecuencia y orden de mención; al pedir a los sujetos del experimento que elaboren una lista de miembros de una categoría (por ejemplo, nombres de animales) en un tiempo limitado, pueden considerarse prototípicos los ejemplares que se citan con mayor prioridad y mayor frecuencia. Otro experimento parte de la velocidad de verificación. En estas pruebas los participantes ven en una pantalla dos palabras que parpadean y lo que deben hacer es responder 'sí' lo antes posible en el caso de que la segunda palabra represente un miembro de la categoría designada por la primera o responder 'no' si la segunda palabra no se vincula con la anterior. Un ejemplo serían los pares OFICIO: MAESTRO o VIVIENDA: COCHE (se respondería 'sí' en el primer caso y 'no' en el segundo). Otros experimentos tienen en cuenta el denominado efecto cebador; algunos experimentos de estimulación recurren frecuentemente a las tareas de decisión léxica que consisten en presentar a los participantes una cadena de letras para que digan lo más rápido posible si esa cadena forma una palabra o no. Si antes de la prueba se les muestra a los informantes una palabra relacionada semánticamente con la que deben descifrar o la palabra misma las respuestas en el experimento son más rápidas. Pues bien, este fenómeno, llamado efecto cebador, permite medir la idoneidad prototípica de un elemento; si el cebador es una categoría (por ejemplo FRUTA) el modo en que la respuesta posterior se acelera determina la intensidad del efecto cebador. Así, cuanto más intenso es el efecto cebador en un término, más prototípico será. Naturalmente, este efecto se ve influido por la cultura; por ejemplo FRUTA, para los británicos, acelera mucho antes MANZANA que DÁTIL, algo que quizá en países con muchas palmeras no ocurriría (Croft y Cruse, 2008: 112).

El MCI es un concepto que fue postulado por Lakoff (1987: 68-76). En opinión de este investigador cuando hablamos de prototipos no estamos refiriéndonos a objetos concretos de la realidad, sino a entidades abstractas que únicamente están en nuestra mente y que nos permiten organizar la información que obtenemos al interactuar con nuestro entorno. Un MCI se define como una representación mental de nuestro conocimiento del mundo y, en palabras de Ruiz de Mendoza, “es un modelo porque, sin ser igual a la realidad, intenta semejarse a ella. Es cognitivo porque se construye en la mente. Es idealizado porque es fruto de cierta regularización de los atributos de numerosas experiencias singulares” (Ruiz de Mendoza, 1999: 9). Si recuperamos el ejemplo anterior de la mesa, podríamos decir que el MCI de MESA en nuestra cultura es la imagen mental (creada a base de haber visto determinados tipos de mesas con mayor frecuencia) de un objeto cuadrangular de cuatro patas con una altura media de un metro o metro y medio que se emplea fundamentalmente para comer o trabajar. El hecho de que ése sea nuestro MCI de MESA es lo que hace que sintamos extrañeza al ver el tipo de mesas que se emplean en Japón o en China, países en los que dicho MCI es muy distinto del nuestro.

Para entender el principio de los MCI, también podemos recurrir al ejemplo clásico de Lakoff acerca del concepto de MADRE (Lakoff 1987: 74-76), concepto que, aparentemente, resulta muy fácil de categorizar. En teoría, este concepto se podría definir a partir de condiciones necesarias y suficientes; una madre es la persona que reúne las siguientes características:

- a) Concibe a un niño.
- b) Gesta un niño.
- c) Da a luz al niño.
- d) Cría y educa a su hijo.

Sin embargo, como sabemos, en nuestra sociedad existen madres que no cumplen todas esas características. Por ejemplo, tenemos las madres biológicas, que cumplen con las propiedades a, b y c pero no con la d. También están las madres adoptivas, que cumplen únicamente el rasgo d. Existen por otro lado las madres de alquiler, que sólo cumplen los requisitos b y c. E incluso podríamos hablar (puesto que en nuestra sociedad existe la reproducción asistida) de madres donante, que no cumplirían ningún rasgo de las madres prototípicas, al limitarse a donar

sus óvulos. Como vemos, debido a nuestro conocimiento enciclopédico del mundo, todos creamos un modelo mental idealizado y estable de lo que es una madre; ese modelo posee características prototípicas y es el concepto mental con el categorizamos nuestra idea de la maternidad. Ahora bien, ese modelo mental idealizado, que reuniría todas las propiedades comentadas, no excluye la existencia de otras posibilidades menos habituales.

El MCI es un concepto que se aproxima a la idea de prototipo o mejor ejemplar, pero lo supera; ahora no se trata de determinar de una manera subjetiva y falible cuál es el mejor ejemplar de una realidad tangible (¿la pera o la fresa?) sino de analizar cuál es el esquema mental psicológico e idealizado que tiene cada cultura con respecto a lo que es determinada cosa.

Lakoff establece cuatro tipos de MCI (Lakoff, 1987: 113-114):

- 1) Modelos proposicionales. Es un MCI que contiene información acerca de nuestro conocimiento de un fenómeno u objeto y de sus propiedades. En estos MCI también se incluye información de las relaciones que ese fenómeno mantiene con otros fenómenos. Por ejemplo, nuestro modelo proposicional del FUEGO incluye información acerca de su temperatura, peligrosidad, etc.
- 2) Esquemas de imágenes. Son imágenes esquematizadas o conceptos espaciales. Aquí se incluyen nociones como trayectoria, camino o recipiente. También se encuentran aquí las nociones orientacionales de arriba-abajo o delante-detrás, básicas en el pensamiento humano y en la creación de metáforas, como luego veremos. Para entender este tipo de MCI podemos recurrir a un ejemplo como “Se ha metido en un buen lío”, en el que se combinan la idea de trayectoria (ir hacia un lugar metafórico) y de recipiente (el lío es, simbólicamente, un lugar en el que quedamos atrapados).
- 3) Modelos metafóricos. Se trata de proyecciones o conjuntos de correspondencias entre un modelo proposicional o un esquema de imagen en un dominio y una estructura del mismo orden en otro dominio. Por ejemplo, si decimos “Alberto es un zorro”, estamos proyectando nuestro conocimiento de parte del dominio ALBERTO sobre parte del dominio ZORRO.

4) Modelos metonímicos. Guardan bastante relación con los modelos metafóricos pero, a diferencia de aquellos, en los metonímicos la proyección se produce internamente, dentro de un único dominio. Por ejemplo, si digo “Luis es un cerebro”, establezco una proyección dentro del dominio LUIS por la que una de sus partes pasa a representar a la totalidad del dominio.

Todos estos MCI son herramientas cognitivas que nos permiten crear imágenes idealizadas de nuestro conocimiento del mundo. La idea del MCI guarda notables semejanzas con conceptos de otros investigadores. Por ejemplo coincide, en opinión de Lakoff, con el marco (o ‘frame’) de Fillmore (1985). También se pueden relacionar los MCI con la teoría de los espacios mentales (Fauconnier, 1984, 1997; Fauconnier y Turner, 2002). La diferencia entre ellos es que para Fauconnier y Turner un espacio mental no es algo dado por nuestro conocimiento del mundo, sino creado en nuestra mente gracias a la fusión de propiedades procedentes de diversos modelos cognitivos previos; esa fusión daría lugar a un nuevo espacio mental o espacio de mezcla (en inglés *blended space*), que constituye información cognitiva nueva. Estos espacios mentales explican por qué los hablantes pueden ir integrando en su representación mental nuevos elementos a medida que avanza su conocimiento de la realidad.

Pero, sin duda, el concepto más próximo al MCI de Lakoff es el dominio cognitivo de Langacker (1987: 147-213). Aun así, si bien estos dos conceptos comparten la idea de que la mente opera con representaciones esquemáticas y convencionalizadas de la realidad, existen algunas diferencias entre ellos. La principal radica en el hecho de que, para Langacker, un dominio cognitivo siempre se crea en función de la imposición de un perfil sobre una base. La idea de Langacker es que cada palabra y cada estructura activa en la mente del hablante una escena mental o dominio cognitivo que actúa como base en la que el elemento activado es el perfil, es decir, el elemento más sobresaliente de ese dominio en términos gestálticos. Pongamos un ejemplo (Cuenca y Hilferty, 1999: 70-74); el sustantivo *rodilla* pertenece al dominio cognitivo PIERNA, dominio sin el que el concepto RODILLA carece de sentido. Por ello, al decir *rodilla*, esta palabra no es entendida en la mente del hablante de forma independiente, sino que es entendida en tanto que perfil sobre la base del dominio PIERNA. Esto significa que el hablante actualiza en su mente todo el dominio cognitivo aunque, en ese caso, sólo esté

interesado por una parte de éste, es decir, por la rodilla. Lo interesante es que incluso un concepto tan simple como el de rodilla activa automáticamente en la mente del hablante toda una estructura de conocimiento subyacente en la que cobra sentido el término activado; en este caso, propiedades del dominio PIERNA como flexibilidad, locomoción, articulaciones, etc., son rememorados instantáneamente al emplear el sustantivo *rodilla*.

Esta activación de un conjunto de conocimientos enciclopédicos subyacentes al usar cada palabra explica numerosos fenómenos de las lenguas naturales. Observemos las siguientes oraciones:

- (1) Pablo sacó las manzanas de la cesta.
- (2) *Pablo le sacó las manzanas a la cesta.
- (3) José Luis le quitó la cerradura a la puerta.
- (4) *José Luis quitó la cerradura a la puerta.
- (5) Raúl se compró un coche nuevo, pero el carburador era defectuoso.
- (6) *Raúl se compró un coche nuevo, pero un carburador era defectuoso.

En las oraciones (1) y (2) observamos un fenómeno muy interesante, relacionado con lo que se denomina en lingüística propiedad alienable y propiedad inalienable²⁹. Por nuestro conocimiento del mundo sabemos que una cesta es un recipiente en el que podemos guardar todo tipo de cosas; la oración (1) expresa que Pablo sacó las manzanas que había en la cesta, por lo que la cesta es entendida únicamente como un objeto que puede contener objetos diversos que se pueden sacar en cualquier momento. Sin embargo, la oración (2) es anómala porque el clítico anafórico *le* indica posesión inalienable (es decir, inseparable de su poseedor) y, como es evidente, las manzanas no pertenecen de forma intrínseca a la cesta, que sólo es un recipiente eventual.

En las oraciones (3) y (4) tenemos el caso contrario. Una cerradura sí es posesión inalienable de una puerta, por lo que lo esperable es que

²⁹ Para estos conceptos y un análisis del valor cognitivo de los pronombres de dativo, véanse los trabajos de Haiman (1980, 1983, 1985) y Llopis Ganga (1996-1997).

aparezca el clítico *le*, como en (3), mientras que (4) es una oración agramatical por carecer del clítico que indica posesión inalienable.

Por último, en (5) y (6) tenemos otro caso similar. Por nuestro conocimiento enciclopédico del dominio cognitivo COCHE, sabemos que los coches sólo tienen un carburador; por ello, resulta extraño el empleo del indefinido *un* en la oración (6), ya que sabemos que sólo puede ser uno el carburador defectuoso, por lo que basta con marcarlo con un artículo determinado, como en (5). Como se aprecia en estos ejemplos, al utilizar cada palabra están latentes en la mente del hablante todas las propiedades del dominio cognitivo del que la palabra que se está empleando es perfil, lo que explica que, inconscientemente, sintamos como anómalas oraciones en las que se alteran las propiedades del dominio subyacente.

Lo interesante de la propuesta de Langacker es que permite explicar numerosas conceptualizaciones semánticas y no pocos fenómenos metafóricos y metonímicos, ya que cada lengua puede seleccionar un determinado elemento de un dominio como perfil para crear un concepto, siendo el dominio base siempre el mismo. Un ejemplo ilustrativo puede ser la diferente forma de decir *herradura* en varias lenguas (Inchaurreal y Vázquez, 2000: 15-16); así, *herradura* en inglés se dice *horseshoe* (literalmente 'zapato del caballo'), en francés *fer à cheval* ('hierro para el caballo') y en alemán *Hufeisen* ('hierro de la pezuña'). El dominio cognitivo en los tres casos es el mismo, un instrumento para herrar a un caballo, pero cada lengua selecciona una determinada propiedad de ese dominio (perfil) para crear la imagen mental y lexicalizarla. Así, el inglés focaliza la utilidad del dominio (caminar), y lo hace de un modo antropocéntrico, ya que habla de *zapato* (elemento propio de las personas). Por su parte, el francés focaliza el material del dominio (hierro), mientras que el alemán focaliza también el material pero relacionándolo con la parte del caballo que lo necesita (la pezuña), en lugar de relacionarlo con el animal entero.

Lo importante de los MCI de Lakoff y de los dominios cognitivos de Langacker es que logran superar la división rígida entre lengua y realidad de los modelos anteriores; según la lingüística cognitiva, el conocimiento enciclopédico y el conocimiento lingüístico están en contacto y se influyen mutuamente, por lo que es imposible establecer separaciones entre semántica y pragmática; sólo si sabemos cómo es la realidad y cómo se

puede filtrar cognitivamente para crear esquemas mentales (sean resultado de una idealización o de la selección de un perfil sobre una base) podremos entender cómo se construye el significado de las lenguas naturales y por qué consideramos aceptables o extrañas determinadas oraciones.

Por tanto, la versión ampliada de la teoría de prototipos defiende que los mejores ejemplares de una categoría no se corresponden con objetos reales del mundo, sino que son imágenes mentales o modelos cognitivos idealizados formados a partir de nuestro conocimiento de la realidad y de nuestra cultura. Esta teoría se completa, como señalábamos antes, con los efectos de prototipicidad y la tesis de las semejanzas de familia, concepto este último que, en realidad, está subsumido en el anterior.

Las semejanzas de familia tienen su origen en una hipótesis que formuló el filósofo L. Wittgenstein y que expuso en sus *Investigaciones filosóficas* (1954). En opinión de este autor, las categorías no son nunca discretas, como decían los filósofos griegos, sino continuas y contingentes, por lo que mantienen relaciones de contacto entre sí, ya que sus límites son difusos. Por ejemplo, no cabe duda de que las categorías PEZ y MAMÍFERO poseen, aun siendo muy distintas, muchos elementos en común (límites difusos), puesto que los miembros de ambas categorías comparten ciertas propiedades, como la capacidad de respirar o comer.

Por otro lado, para el filósofo vienen los elementos de una categoría mantienen relaciones de semejanza entre ellos similares a las que mantienen entre sí los miembros de una familia; los hijos se parecerán más a los padres que a los abuelos, y los nietos se distanciarán aún más de aquellos. Esta idea ilustra un hecho decisivo; en una concepción radial, los elementos prototípicos estarán en el centro y los demás elementos guardarán con respecto a ellos semejanzas de familia variables. Por eso, un elemento X no tiene por qué parecerse al prototipo obligatoriamente, sino que puede mantener con él una relación indirecta o mediata (estar relacionado, por ejemplo, con otro elemento que está entre él y el núcleo). Por tanto, podemos decir que los elementos de una categoría se organizan internamente como una familia en la que no todos los miembros son igual de importantes; en el centro estarán los miembros más relevantes, cerca los “hijos” y a partir de ahí, los “nietos”, “primos” etc., es decir, elementos que mantienen con respecto al prototipo semejanzas de familia cada vez más borrosas. Por todo ello, se puede concebir la estructura interna de

una categoría como una red en la que se entrecruzan relaciones múltiples y variadas.

Por su parte, los efectos de prototipicidad surgen del choque entre el prototipo o MCI y la realidad. Retomemos el concepto de MADRE; sabemos que, por nuestra concepción cultural, hemos creado un MCI de MADRE que es el modelo o prototipo de esa categoría (es decir, la imagen mental que responde a un sujeto que cumple las propiedades de concebir, gestar, dar a luz, criar y educar a un hijo). Ahora bien, como las categorías tienen límites difusos y son altamente permeables, dentro de la categoría MADRE se incluyen elementos que se distancian del prototipo al incumplir algunas de sus características (madre biológica, madre de alquiler, etc.). Pues bien, los efectos de prototipicidad explican la relación que se establece entre el núcleo de la categoría y sus elementos más inusuales. Los efectos de prototipicidad son los siguientes (Cuenca y Hilferty, 1999: 62; Kleiber, 1995: 141-180):

- a) Diferencias de relevancia entre los miembros de una categoría (diferencias en el grado de representatividad). Según esta propiedad todos los miembros de una categoría no son igual de importantes, ya que algunos serán más centrales que otros. Por ejemplo, la madre que más se acerque al MCI de MADRE será más central que una madre que no cumpla alguna de las propiedades de dicho MCI.
- b) Agrupación de sentidos por semejanza de familia y por sobreposición. Los elementos de una categoría no sólo no son equivalentes sino que mantienen entre sí semejanzas de familia como las que describió Wittgenstein. Por ejemplo, una madre biológica estará más cerca del prototipo de MADRE que una madre donante, ya que la primera se parece más al prototipo que la segunda.
- c) Fluctuación en los límites de una categoría y ausencia de límites claros. Aunque una madre de alquiler, por ejemplo, no responda a la imagen prototípica de madre, eso no la excluye de la categoría, puesto que los límites entre las categorías y entre los elementos que las integran son difusos.
- d) Ausencia de definiciones en términos de condiciones necesarias y suficientes. Ya que el MCI no se corresponde siempre con la realidad (hay madres que no se parecen del todo al prototipo),

hemos de asumir que las categorías no se pueden crear de modo discreto, como pretendía Aristóteles.

La teoría de prototipos propone, en definitiva, un modo alternativo de categorización que supera muchas de las limitaciones de la categorización tradicional. Contemplar las categorías como cajones estancos cerrados e inmanentes comporta una visión excesivamente férrea y monolítica de la reflexión epistemológica, visión que entra en conflicto con una realidad multiforme que se resiste a encajar en moldes de descripción perfectos. Por el contrario, la categorización continua crea categorías estables pero respetando la pluralidad de los fenómenos. Los MCI son estables, puesto que una categoría ha de tener, por definición, ciertos límites para poder ser una auténtica categoría³⁰; ahora bien, esos MCI son sólo la convencionalización psicológica de lo más frecuente y relevante en términos culturales, por lo que no entran en conflicto con otras opciones más periféricas. De este modo, las categorías y los elementos que las integran tendrían límites, pero límites difusos compartidos con otras categorías y otros elementos. Por ello, los MCI se podrían entender como los puntos focales dentro de un *continuum* parecido al que postularon Berlin y Kay para los colores. Los siguientes dibujos muestran visualmente los dos tipos de categorizaciones, en las que los cuadrados y los círculos representan a las categorías de cada tipo:

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

³⁰ De hecho, algunos investigadores consideran que los dos tipos de categorización son compatibles, puesto que las categorías han de ser estables y flexibles al mismo tiempo. En lo que a las categorías lingüísticas se refiere, dice Langacker: "Acknowledging the indeterminacy of grammatical constructions does not imply their non-existence, or that everything in language is fluid, unstructured, or amorphous. We must in fact posit constructions and describe them explicitly in terms of correspondences between particular elements. It is not a matter of arguing whether or to what extent language is continuous or discrete. The problem is rather to determine, for each aspect of linguistic structure, in precisely which sense it exhibits discreteness or continuity, and to recognize the varied means of discretization and continuization, in both language and linguistic analysis" (Langacker, 2006: 136-137). Todas estas ideas son fundamentales en el trabajo de D. Geeraerts sobre el cambio semántico que examinaremos en el capítulo siguiente.

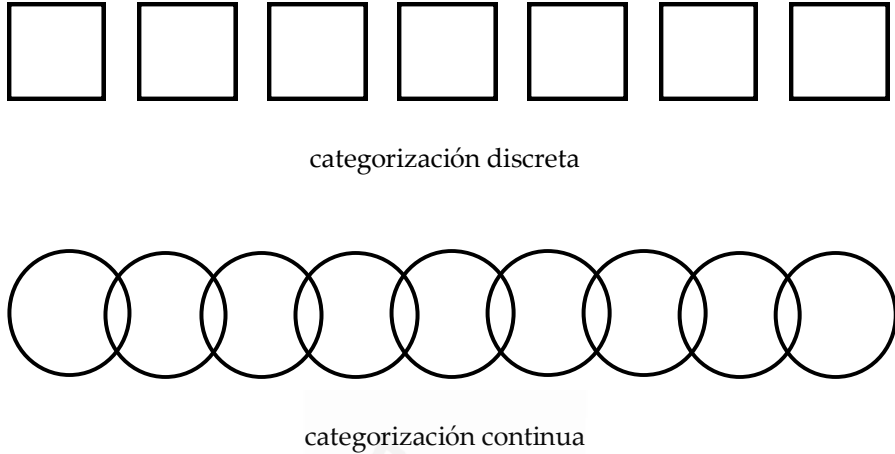


Figura 3. Categorización discreta frente a categorización continua.

La teoría de prototipos ha logrado resolver numerosos problemas lingüísticos y ha facilitado la creación de teorías sumamente interesantes para analizar el lenguaje humano³¹. Por ejemplo, los efectos de prototipicidad permiten explicar numerosos problemas sintácticos, relacionados con el orden de palabras o con otros fenómenos de combinatoria (Padilla García, 2005); cada contenido semántico necesita una determinada configuración sintáctica (aquella que más se ajusta a dicho contenido), por lo que se pueden establecer, a partir de estudios de corpus, cuáles son las estructuras sintácticas más prototípicas o naturales para cada mensaje lingüístico. Esta visión de la sintaxis supera otras perspectivas en las que se consideraba que todas las posibilidades tenían un estatus equivalente, siendo lo diferente entre ellas la ordenación de sus constituyentes.

Las categorías gramaticales también pueden entenderse de un modo nuevo gracias a la teoría de prototipos. Sustantivos, adjetivos, verbos o adverbios no son entidades inequívocamente delimitadas sino que se hallan imbricadas debido a la actuación de lo que Company Company

³¹ Para conocer cómo se puede aplicar la teoría de los prototipos al análisis de los diferentes niveles lingüísticos (fonética, morfología, sintaxis, etc.), consúltese el libro de Taylor (1989).

(1997: 148) ha denominado proceso de 'degradación categorial de las fronteras'. Así, los conceptos prototípicos suelen tener un marcaje gramatical unívoco, mientras que otros elementos se encuentran a medio camino entre diversas categorías a la vez. Pensemos en el término *rápido*, que puede ser sustantivo, adjetivo o adverbio dependiendo del contexto.

Esta teoría también ha ampliado las relaciones interdisciplinarias entre la lingüística y otras especialidades científicas como la antropología o la biología, puesto que al fusionar el conocimiento lingüístico con el conocimiento enciclopédico el estudio del lenguaje se vuelve inseparable del estudio general de la cognición humana y de los patrones antropológicos que permiten la creación de modelos culturales.

En definitiva, se puede afirmar que la teoría de prototipos, abanderada por la semántica cognitiva en el mundo de la lingüística, ha supuesto un avance notable en el campo de la epistemología, al ampliar el punto de vista con el que se puede abordar la descripción de los fenómenos del mundo³².

2. 8. La teoría del nivel básico

La teoría del nivel básico ha sido defendida por la psicolingüística (Rosch *et al.*, 1976) y está relacionada con el grado de especificidad con el que podemos referirnos a cualquier información. Observemos las siguientes oraciones (Cuenca y Hilferty, 1999: 42):

- (1) Ocurrió algo.
- (2) Un animal le hizo algo a alguien.
- (3) Un perro mordió a un hombre.
- (4) Mi pequeño caniche mordió al cartero en la pierna.
- (5) Mi pequeño pero feroz caniche, Fred, mordió al asustado cartero en la pantorrilla con sus increíblemente afilados dientes.

Como se puede apreciar, las anteriores oraciones describen una misma escena, aunque lo hacen con un grado de detalle muy diferente; desde la

³² A pesar de todo lo dicho, hay lingüistas que han formulado teorías que fusionan la semántica estructuralista y la semántica cognitiva de prototipos, haciéndolas compatibles. Pueden verse, por ejemplo, las propuestas de Cifuentes (1990), García Jurado (2003, 2006) o Le Clerc (1998).

oración (1) (en la que se expone la información con un extremo esquematismo conceptual) hasta la oración de (5) (caracterizada por su precisión semántica), vamos asistiendo a una progresiva adición de especificidad informativa que afecta a todos los niveles del lenguaje. Centrándonos en la categoría AGENTE, vemos que estas oraciones responden a la siguiente evolución (Cuenca y Hilferty, 1999: 42):

Entidad > organismo > animal > mamífero > perro > caniche > Fred

Figura 4. Escala de agentividad.

En esta jerarquía, el grado de concreción informativa se hace mayor de izquierda a derecha, de manera que cada nuevo elemento está incluido hiponímicamente en el anterior. Este tipo de fenómenos de inclusión demuestra que los seres humanos somos capaces de categorizar en varios niveles distintos de abstracción, estableciendo relaciones complejas entre distintos tipos de categorías (abstractas y concretas).

Pues bien, en opinión de Rosch y de otros investigadores, estos fenómenos permiten hablar de tres niveles de categorización: el nivel superordinado, el nivel básico y el nivel subordinado (Rosch *et al.*, 1976). En el nivel superordinado se encontrarían los elementos de significado muy general y abstracto, es decir, los hiperónimos de la semántica tradicional (entidad, organismo); en el nivel básico estarían los elementos intermedios en cuanto a cantidad de información (perro). Por último, en el nivel subordinado se situarían todos aquellos elementos dotados de una concreción referencial absoluta (caniche).

Lo interesante es que esta teoría de los tres niveles de categorización apoya muy bien los postulados de la teoría de prototipos. En opinión de la semántica cognitiva, la categorización humana se produce fundamentalmente a partir del nivel básico, ya que es el más eficiente y rico de los tres en términos cognitivos. Esta riqueza del nivel básico se debe a tres razones (Kleiber, 1995: 84-87):

- a) Perceptivamente, los elementos de dicho nivel son los que se identifican de una manera más fácil y rápida (igual que los elementos focales de un continuo), ya que están asociados a una imagen simple y global.

b) Comunicativamente, las palabras de este nivel suelen ser muy cortas y muy frecuentes en el discurso, y también suelen aparecer en contextos generales y neutros. Además, está demostrado que las palabras del nivel básico son las primeras que entienden y utilizan los niños³³.

c) Desde el punto de vista de la organización del conocimiento, el nivel básico es el más informativo y útil, ya que con un esfuerzo cognitivo mínimo se obtiene una cantidad de información muy elevada, debido a que la mayor parte de los atributos de una categoría se memorizan en este nivel³⁴.

Los otros dos niveles son muy poco relevantes si los comparamos con el básico. Por un lado, el nivel superordinado ofrece una abstracción excesiva y crea categorías en las que cabe un número demasiado elevado de elementos, algo poco rentable en el proceso de categorización humana, proceso que busca, como ya hemos explicado, poner límites más o menos concretos a la infinitud de la realidad. Por otro, el nivel subordinado añade poca información a la que ofrece el nivel básico (caniche sólo especifica la raza con respecto a perro) pero requiere un procesamiento mucho más costoso, algo que es poco rentable cognitivamente.

Como vemos, la teoría de prototipos y la teoría del nivel básico se apoyan perfectamente, puesto que los prototipos o elementos focales coinciden con los elementos que se categorizan en el nivel básico. El sustantivo *perro* no sólo es un término propio de ese nivel sino que también es la palabra que más rápidamente activa el MCI de PERRO en nuestra cultura. *Caniche* o *animal*, al ser palabras de los otros dos niveles, actualizan en la mente de los hablantes imágenes o bien excesivamente vagas y dependientes del contexto, o bien demasiado concretas, por lo

³³ Esta idea está directamente relacionada con la iconicidad lingüística y con los fundamentos de la morfología natural, teorías que comentaremos más adelante.

³⁴ Todo esto se relaciona con una hipótesis de Miller y Johnson-Laird (1976: 54-57) que postula que las categorías fundamentales con las que el ser humano descompone e interpreta el mundo deben ser constantes y recurrentes. Ello significa que sólo serán eficaces si ni son demasiado imprecisas ni son demasiado detalladas. Las categorías son útiles para sobrevivir y comunicarse si el conceptualizador ha resaltado lo decisivo y ha descartado lo superfluo. No cabe duda de que las categorías descritas por estos investigadores se asemejan en cuanto a su densidad informativa a las del nivel básico.

que es lógico que no sea a partir de términos de esos niveles con los que se lexicalicen los mejores ejemplares de una categoría.

En definitiva, la teoría del nivel básico complementa la teoría de prototipos y refuerza la idea de que el ser humano tiende a categorizar la realidad guiado por procesos psicológicos muy estables relacionados con la necesidad de crear categorías que resulten útiles en la comunicación, que aporten mucha información y que sean fáciles de recordar.

2. 9. Metáforas y metonimias

Sin duda, una de las tesis más importantes que defiende la lingüística cognitiva es la idea de que las metáforas y las metonimias son algo fundamental en el lenguaje humano. A diferencia de lo que piensan otros modelos lingüísticos, el cognitivismo considera que las metáforas y las metonimias no son meros recursos retóricos destinados a embellecer el discurso sino las herramientas cognitivas fundamentales de que dispone nuestro cerebro para dar forma al significado. Desde que en 1980 Lakoff y Johnson publicaron *Metaphors We Live By* (trabajo traducido al español en 1986), sabemos que estos fenómenos recorren todo nuestro lenguaje y son las responsables de que puedan existir los MCI y el pensamiento creativo.

Las metáforas y las metonimias permiten establecer relaciones entre diferentes dominios de la experiencia, permiten entender cómo recrean la realidad las distintas lenguas del mundo, explican cómo se producen muchos cambios semánticos y gramaticales, y están en la base del carácter esencialmente subjetivo del lenguaje natural. En los siguientes apartados vamos a revisar en qué consisten exactamente estos fenómenos, cuántos tipos hay y qué relación mantienen con respecto a los modelos cognitivos idealizados y los procesos de categorización.

2. 9. 1. Concepción tradicional de la metáfora

Desde la *Poética* y la *Retórica* de Aristóteles se ha defendido que la metáfora es un tropo o juego literario en virtud del cual una palabra cambia de significado debido a una comparación tácita que hace que su significado literal o recto se vuelva figurado (Ruiz Gurillo, 2006: 137). Este planteamiento tradicional ha tenido vigencia durante muchos años, pero en las últimas décadas del siglo XX numerosos trabajos llevados a cabo en

disciplinas como la semántica, la psicología y la pragmática han puesto de manifiesto que la metáfora es un fenómeno mucho más complejo³⁵.

Es evidente que todos los hablantes pueden jugar con el lenguaje y crear metáforas muy variadas, para expresar todo tipo de contenidos. También es posible crear complejas metáforas sólo por diversión sin tener un objetivo comunicativo concreto y, desde luego, también pueden concebirse metáforas para alcanzar fines artísticos, como hacen los poetas. De hecho, la metáfora como mero juego es muy frecuente en el lenguaje cotidiano y en cualquier momento podemos escuchar cosas como “María tuvo tanta fiebre que parecía una estufa” o “La victoria de ese equipo es un terremoto para la liga”. También sucede que algunas metáforas como una “dulce sonrisa” o un “día triste” están tan convencionalizadas en la lengua que apenas se perciben ya como metáforas, de la misma manera que hay otras tan herméticas y complejas que prácticamente no producen efectos comunicativos, como por ejemplo una expresión del tipo “el algodón arenoso se atenúa por la noche”.

Como vemos, el grado de sofisticación de las metáforas y su nivel de convencionalidad comunicativa son cuestiones de grado que forman un continuum desde el máximo nivel de sencillez hasta la máxima complejidad semántica. En este sentido, Chamizo (1998) considera que, al menos sincrónicamente, existen tres grandes tipos de metáforas: las lexicalizadas o muertas, las semilexicalizadas y las creativas o poéticas. Las lexicalizadas se corresponden con esas metáforas que debido a su frecuencia y consolidación ya no son sentidas como tales por los hablantes, como sucede en el caso de una dulce sonrisa. Las semilexicalizadas se hallan en una fase intermedia; el hablante aún percibe que el significado de estas estructuras es una traslación hecha mediante una comparación entre dos dominios, pero dicho significado no le produce un extrañamiento excesivo. Un ejemplo sería utilizar la expresión “gran serpiente metálica” para referirse a un tren. Por último, en el polo más complejo del continuum estarían las metáforas creativas o poéticas, que son las más libres y eventuales, razón por la cual son las que menos posibilidades tienen de convencionalizarse. Es lo que sucede con una estructura como “aromática ráfaga de dicha” para expresar la idea de

³⁵ Puede verse una profunda revisión de los estudios sobre la metáfora desde el mundo antiguo hasta la lingüística cognitiva en Llamas Saíz (2005).

la felicidad; las posibilidades de que esa metáfora se vuelva general en la lengua española son mínimas.

De entre todas estas metáforas las más interesantes para la lingüística cognitiva son las lexicalizadas o muertas (Ruiz Gurillo, 2006: 140). La lingüística cognitiva ha analizado con mucho detalle las características de estas metáforas tan generales y ha descubierto que en ellas se encuentran algunas de las claves fundamentales del funcionamiento del lenguaje; lejos de ser abstracciones secundarias en nuestro pensamiento, estas metáforas constituyen herramientas muy valiosas para entender cómo se construye el sistema lingüístico y cómo se relaciona con la conciencia.

2. 9. 2. La metáfora en la lingüística cognitiva: las investigaciones de Lakoff y Johnson

Lakoff y Johnson son los responsables de uno de los descubrimientos más importantes de la semántica cognitiva: el hecho de que las metáforas son los principales mecanismos cognitivos de conceptualización de la realidad de que dispone el ser humano. En su libro *Metaphors We Live By* ([1980]1986) expusieron con mucho detalle cómo las metáforas nos permiten utilizar los datos más simples y habituales de la experiencia cotidiana para crear a partir de ellos conceptos abstractos. La metáfora, por tanto, no es ni una figura retórica ni una anomalía lingüística (Cuenca y Hilferty, 1999: 98); la metáfora es en realidad un puente entre el mundo real y el pensamiento, el mecanismo gracias al cual podemos transformar las experiencias de la vida diaria en conceptos, imágenes mentales y estructuras gramaticales. El pensamiento, por todo ello, no es un reflejo directo y objetivo de la realidad, sino que es permanentemente una interpretación subjetiva en la que la metáfora es el principal mediador; utilizamos los conocimientos más cercanos y reconocibles para, a partir de ellos, construir cognitivamente conocimientos más nocionales, abstractos y complejos, siendo la metáfora el mecanismo clave de esta traducción conceptual (Montserrat i Buendía, 2007: 50).

Examinemos un ejemplo concreto (Hilferty, 1995: 36). Todos los seres humanos tenemos conciencia perceptiva de que hay objetos en el mundo que son inflexibles, rígidos y difíciles de alterar, como las barras de hierro, las columnas de un edificio o los troncos de los árboles. Pues bien, toda esa información subjetiva y experiencial se puede utilizar para diseñar un

conocimiento abstracto, como el concepto de INTRANSIGENCIA; utilizamos un dominio A de la experiencia (la inflexibilidad de ciertos objetos) para, a partir de él, crear un dominio B de carácter más abstracto (la intransigencia). Así, emerge la metáfora LA INTRANSIGENCIA ES LA INFLEXIBILIDAD. En esta metáfora la INFLEXIBILIDAD es el dominio origen y la INTRANSIGENCIA el dominio destino, dominios entre los que se establece una correspondencia ontológica en virtud de la cual puede entenderse que una persona intransigente constituye un objeto inflexible. A su vez, pueden establecerse correspondencias epistémicas entre los distintos aspectos del dominio A (origen) y el dominio B (destino), tales como “es difícil cambiar la forma de un objeto inflexible” de igual forma que “es difícil cambiar la opinión de una persona intransigente”. De este modo, cada característica del MCI del dominio A puede hallar su correlato en el dominio B, es decir, cada propiedad concreta de la inflexibilidad tiene un equivalente abstracto en el dominio de la intransigencia. Como resultado de este proceso, obtenemos un elevado número de expresiones metafóricas, como las siguientes:

- (1) El profesor Sánchez *es muy rígido* corrigiendo exámenes.
- (2) Rosa nunca *da el brazo a torcer*.
- (3) El alcalde siempre *se mantiene firme* en sus convicciones.
- (4) El discurso del presidente *no hizo mella* en los votantes.
- (5) Mi primo tiene *una voluntad de hierro*.

Como se puede apreciar, propiedades de los objetos inflexibles como la dureza, el material de que están hechos o su inalterabilidad se convierten gracias a esta metáfora en cualidades abstractas relacionadas con el carácter inflexible de determinadas personas.

Lakoff y Johnson (1986) establecen dos grandes tipos de metáforas, las metáforas conceptuales y las metáforas de imagen. A su vez, las metáforas conceptuales se dividen en tres tipos: metáforas estructurales, metáforas orientacionales y metáforas ontológicas. Examinemos en qué consiste cada una de ellas³⁶.

³⁶ La explicación que presentamos a continuación se corresponde con la versión más tradicional de la teoría cognitiva de la metáfora. Conviene aclarar, no obstante, que esta

1) Metáforas conceptuales. Pertenecen a este tipo las metáforas en las que se establece una relación entre un dominio origen y un dominio destino para crear un patrón cognitivo de correspondencias epistémicas, tal y como acabamos de ver en el ejemplo de LA INTRANSIGENCIA ES LA INFLEXIBILIDAD, que pertenece a este tipo. Las correspondencias entre ambos dominios pueden ser múltiples, puesto que cada subdominio del dominio origen puede activar un subdominio abstracto en el dominio destino, lo que permite crear numerosas expresiones metafóricas. Por supuesto, todas las metáforas resultado de ese patrón estarían subsumidas en la metáfora conceptual de la que dependen, que siempre es de carácter más general. Estas metáforas pueden ser de tres tipos.

1a) Metáforas estructurales. En estas metáforas un concepto se estructura en función de otro. Son además las metáforas más frecuentes en los cambios semánticos (Llamas Saíz, 2005: 133). Analicemos el ejemplo de la metáfora LAS IDEAS SON ALIMENTOS (Cuenca y Hilferty, 1999: 101):

Dominio origen: LOS ALIMENTOS

Dominio destino: LAS IDEAS

Correspondencia ontológica: Una idea es un alimento.

Correspondencias epistémicas: Un alimento se come y una idea se come. Un alimento se digiere y una idea se digiere. Un alimento se cocina y una idea se cocina, etc.

Expresiones metafóricas de la metáfora conceptual LAS IDEAS SON ALIMENTOS:

(6) Juan *no se tragó* la explicación de Eduardo.

(7) Algo *se está cocinando* en el rectorado.

(8) Los alumnos de Ana *no pueden digerir* tanta información.

(9) Marina lleva su investigación *a fuego lento*.

En estos ejemplos se puede observar el funcionamiento del patrón cognitivo de estas metáforas; los subdominios del dominio origen “un alimento se traga”, “se cocina”, “se digiere” y puede “cocinarse a fuego” lento sirven de base experiencial y de esquema conceptual para

propuesta clásica ha sido ampliamente revisada por muchos autores y que algunos lingüistas la han complementado y matizado considerablemente. Puede verse un actualizado estado de la cuestión sobre la concepción cognitivista de metáforas y metonimias en Haser (2005) y en Silva (2006: 111-155).

desarrollar en el dominio destino una serie de contenidos más abstractos, relacionados con el pensamiento y las ideas.

1b) Metáforas orientacionales. Estas metáforas no estructuran un concepto en términos de otro, sino que estructuran un sistema global de conceptos con relación a otro (Lakoff y Johnson, 1986: 50). Se las califica de orientacionales porque suelen dar a los conceptos una orientación espacial, basada en nociones como arriba-abajo, dentro-fuera, delante-detrás, profundo-superficial o central-periférico. Como señalan Lakoff y Johnson (1986: 50-58), estas metáforas están motivadas por una base física y fisiológica relacionada con el modo en que el ser humano experimenta el espacio y el entorno con su cuerpo. Así, hechos como que caminamos erguidos sobre nuestras piernas o que tendemos a acostarnos para dormir influyen en la creación de patrones metafóricos.

Por ejemplo, que lo normal sea ver el mundo desde una cierta altura (puesto que los ojos están en la cabeza y ésta se encuentra elevada sobre el suelo debido a la locomoción bípeda) justifica la existencia de metáforas como FELIZ ES ARRIBA o LO BUENO ES ARRIBA . Veamos algunos ejemplos:

- (10) Carmen *ha sido ascendida* en su empresa.
- (11) Luis tiene unas expectativas *muy altas*.
- (12) A María *le levanta la moral* leer poesía clásica.
- (13) Está *en la cumbre* de su carrera.

Naturalmente, la posición normal del cuerpo se puede alterar por una caída o por cualquier otra circunstancia, por lo que también existen las metáforas TRISTE ES ABAJO o LO MALO ES ABAJO. Además, el ser humano, como la mayoría de los mamíferos, duerme tumbado lo que favorece las metáforas LO CONSCIENTE ES ARRIBA y LO INCONSCIENTE ES ABAJO. Tenemos ejemplos de todas estas metáforas a continuación:

- (14) Raúl *ha caído* en una *depresión*³⁷.
- (15) La madre de Natalia *no levanta cabeza*.

³⁷ Como señalan Lakoff y Johnson (1986: 51) *depresión* tenía un significado físico originalmente, ya que se refería a un hundimiento en la tierra. De hecho, *deprimir* procede del latín *dēprimo* que significaba BAJAR, HUNDIR o EXCAVAR UN FOSO. Para un análisis más detallado de las metáforas que relacionan los estados de ánimo con sensaciones físicas consúltese Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 209-211).

(16) La moral de Ramón está *por los suelos*.

(17) *Se hundió* en un sueño muy profundo.

Por supuesto, también existen patrones metafóricos que, aun manteniendo la perspectiva espacial, tiene una motivación cultural y social; por ejemplo, metáforas como LA VIRTUD ES ARRIBA, LO RACIONAL ES ARRIBA o EL HOMBRE ES ARRIBA sólo son posibles porque ciertos conceptos como la bondad, la inteligencia o la supremacía del ser humano frente a otros animales activan una valoración intrínsecamente positiva, lo que los sitúa en el polo espacial asociado a todo lo que es bueno:

(18) A Rafael siempre lo guían *elevados sentimientos*.

(19) Los argumentos científicos de Alfonso son *de mucho nivel*.

(20) Isabel procuró *no caer* en descalificaciones.

(21) El *Homo sapiens* se sitúa *en la cúspide* de la evolución.

Como vemos, la posición del cuerpo y la conciencia del medio físico constituyen una sólida base experiencial con la que organizar multitud de conceptos abstractos.

1c) Metáforas ontológicas. Estas metáforas permiten entender en términos de objetos y sustancias las experiencias abstractas, de manera que éstas adquieren límites concretos. Así, gracias a las metáforas ontológicas podemos desarrollar conceptos abstractos utilizando los esquemas de pensamiento propios de entidades simples como recipientes, máquinas u objetos frágiles (Lakoff y Johnson, 1986: 63-70).

Por ejemplo, no cabe duda de que un concepto como LA MENTE constituye una categoría muy abstracta, por lo que resulta difícil hablar de ella y reflexionar acerca de su funcionamiento y características. No obstante, gracias a la metáfora ontológica LA MENTE ES UNA MÁQUINA podemos referirnos a un concepto muy difuso en términos de un objeto mucho más tangible y discreto categorialmente. A continuación tenemos varias expresiones metafóricas que ejemplifican esta proyección entre los dos dominios:

(22) Antonio ha estudiado tanto que la cabeza *le echa humo*.

(23) A Gonzalo *le falta un tornillo*.

(24) Llevo toda la mañana *revolucionado*.

(25) Lorenzo es una auténtica *máquina* para las matemáticas.

Otro ejemplo interesante lo constituye la metáfora LOS CAMPOS VISUALES SON RECIPIENTES; dado que el campo visual de nuestra

especie es limitado³⁸, es muy operativo en términos cognitivos conceptualizarlo como si fuera un recipiente, con lo que se obtienen expresiones metafóricas como las siguientes:

(26) El lago ha quedado *fuera* de mi vista.

(27) No pude ver los fuegos artificiales porque tenía un edificio *en medio*.

(28) ¡*Sal* de mi vista inmediatamente!

(29) Ese coche está *en el centro* de mi campo visual.

Las metáforas ontológicas también pueden generarse por medio de la personificación, que quizá sea el modo más sencillo de crearlas (Lakoff y Johnson, 1986: 71-72); atribuyéndole cualidades humanas a un concepto abstracto podemos referirnos a él con una amplia gama de matices. Un ejemplo lo constituye la metáfora LA INFLACIÓN ES UN ADVERSARIO, como se aprecia en las siguientes oraciones:

(30) La inflación *ha atacado* la economía americana.

(31) La libra esterlina *ha sido derrotada* por la inflación.

(32) La inflación *le robó* los ahorros a Miguel.

(33) La inflación *ha puesto contra la pared* a los bancos.

En suma, las metáforas ontológicas dotan de uniformidad y propiedades fácilmente reconocibles a los conceptos y fenómenos de la realidad más difusos, de modo que gracias a ellas podemos hablar con mayor facilidad de las ideas más abstractas.

2) Metáforas de imagen. Como hemos comprobado, las metáforas conceptuales funcionan como patrones cognitivos de múltiples correspondencias entre los dominios origen y destino, razón por la cual a cada metáfora conceptual le corresponden numerosas expresiones metafóricas distintas, en virtud de cuál sea el subdominio de partida que se proyecta sobre el dominio destino. Pero además de esas metáforas, existen otras en las que sólo se da una proyección, basada fundamentalmente en una semejanza visual: son las metáforas de imagen (Lakoff, 1987). Éstas son “metáforas concretas que proyectan la estructura

³⁸ El ser humano dispone de dos ojos situados en una sola parte de la cabeza, lo que limita la visión. Además, la vista humana es binocular y estereoscópica, es decir, que los dos ojos enfocan el mismo objeto para recrearlo de un modo tridimensional (Mosterín, 2006: 109). De la influencia de esta disposición anatómica en la configuración lingüística trataremos en el capítulo 4.

esquemática de una imagen sobre la de otra” (Cuenca y Hilferty, 1999: 104). Tenemos dos ejemplos a continuación (Cuenca y Hilferty, 1999: 104-105):

(34) Italia es una bota.

(35) He comprado un ratón para el ordenador.

En el ejemplo (34) se proyecta la forma global de una bota (que funciona como dominio origen) sobre la forma global de Italia (que funciona como dominio destino). De este modo, cada parte de una bota se corresponde con cada parte de Italia, si bien de un modo necesariamente idealizado puesto que numerosos elementos del país mediterráneo (montañas, ríos, etc.) son ignorados en la proyección. El enunciado (35) emplea la forma esquemática de un ratón para generar una metáfora gracias a la cual poder aludir a un instrumento informático. De esta manera, el parecido físico entre dos objetos facilita la lexicalización de uno de ellos.

Este tipo de metáforas son muy interesantes desde un punto de vista cognitivo porque evidencian la capacidad que tiene el ser humano de establecer relaciones entre los objetos a partir de sus semejanzas. De hecho, como comentábamos a propósito del problema de la categorización, las similitudes entre los fenómenos del mundo que se aprecian con el sentido de la vista son una de las principales orientaciones para categorizar la realidad desde el pensamiento científico griego; buscamos el parecido físico entre los objetos y los ordenamos a partir de vínculos generados por dicho parecido. Esta capacidad no es exclusiva del ser humano, ya que muchos mamíferos y prácticamente todos los primates tienen la habilidad cognitiva de clasificar objetos usando sus semejanzas perceptuales (Tomasello, 2003: 28-29); con todo, nuestra especie es la única que puede ir más allá al emplear esas semejanzas para crear conceptos nuevos.

En definitiva, desde los trabajos de Lakoff y Johnson se ha abierto una línea de investigación que sitúa la metáfora en un lugar muy destacado y que reivindica su decisiva importancia en el funcionamiento del lenguaje.

2. 9. 3. La universalidad de la metáfora

Como acabamos de ver, las metáforas tienen la capacidad de transformar las experiencias subjetivas en información abstracta.

Teniendo en cuenta que cada experiencia es siempre relativa, pues depende del punto de vista del experimentador, y que siempre se produce en un contexto cultural específico que la matiza y completa, cabe suponer que las proyecciones metafóricas en las distintas lenguas del mundo serán muy diferentes; cada comunidad interpretará la realidad de un modo y focalizará gestálticamente un determinado elemento u otro para crear sus patrones metafóricos.

Esta circunstancia se aprecia muy especialmente en el caso de las unidades fraseológicas. Estas unidades consisten en estructuras dotadas de fijación formal y de idiomatismo, es decir, que son invariables morfológica y sintácticamente y que tienen un significado unitario que no se obtiene de la suma de las partes. Ejemplos de estas unidades son expresiones como *salir el tiro por la culata*, *hacer la vista gorda* o *meterse en camisa de once varas*. Pues bien, estas unidades suelen ser metáforas que se lexicalizan, y por esa razón en ellas suele depositarse parte de la idiosincrasia cultural de una comunidad lingüística³⁹.

Pensemos en expresiones como *echar un capote*, *coger el toro por los cuernos* o *estar para el arrastre*; en los tres casos, esas estructuras fueron originariamente metáforas creativas que, con el paso del tiempo, se han lexicalizado como bloques semánticos con los siguientes significados: AYUDAR A ALGUIEN, ACTUAR CON FIRMEZA ANTE UN PROBLEMA y ESTAR MUY CANSADO O ENFERMO. Como es evidente, existe una fuerte motivación semántica entre las formas originales y el significado que han desarrollado gracias a las proyecciones metafóricas; de igual modo que el apoderado del torero le ayuda acercándole el capote, un amigo puede ayudar a otro, siendo el capote el dominio fuente de una metáfora ontológica (LA AYUDA ES UN CAPOTE). Los toreros también se enfrentan a los toros, que son animales muy grandes y fuertes, y consiguen doblegarlos, por lo que el toro puede representar los grandes problemas de la vida a los que hay que hacer frente con valentía (UN GRAN PROBLEMA ES UN TORO). Finalmente, cuando el toro está muy malherido tras la corrida, llega el momento del arrastre, es decir, de terminar la faena para que los mozos arrastren el cuerpo del animal para llevárselo de la plaza; de ahí que *estar para el*

³⁹ Para una revisión de las principales propiedades de las unidades fraseológicas puede consultarse el libro de Ruiz Gurillo (2001).

arrastré se relacione metafóricamente con un mal estado de salud o con una gran fatiga física.

Lo que se constata con estas unidades fraseológicas y otras similares, es que la lengua española tiende a verse influida por la cultura en la que se emplea; en este caso, la tradición taurina proporciona numerosos referentes para conceptualizar multitud de contenidos semánticos. Por esta razón, es lógico pensar que las conceptualizaciones lingüísticas serán siempre muy distintas, pues muy distintas son las culturas del mundo.

Sin embargo, desde los primeros trabajos de Lakoff y Johnson se observó que multitud de metáforas y unidades fraseológicas en numerosas lenguas eran sorprendentemente similares lo que hacía pensar que las proyecciones metafóricas y metonímicas esconden una cierta universalidad. Por ejemplo, Pamies e Iñesta (2001) han estudiado la conceptualización cognitiva del MIEDO en multitud de lenguas, como el español, el francés, el catalán, el inglés, el alemán, el húngaro, el checo, etc., y han demostrado que en todas ellas sólo se emplean para diseñar los conceptos relativos al miedo nueve dominios fuente, con los que se crean dieciséis archimetáforas o metáforas básicas impulsadas por siete modelos icónicos de motivación semántica. Los modelos icónicos se basan en nociones generales como el espacio, el movimiento, la temperatura, el color, la posesión, etc., y posibilitan la existencia de las dieciséis archimetáforas generales que son variaciones a partir de los siete modelos básicos. A continuación ofrecemos algunos ejemplos:

- (1) Me quedé *petrificado* (el miedo como ausencia de movimiento).
- (2) María se quedó *helada* (el miedo como descenso de la temperatura).
- (3) Mis amigos se pusieron *blancos* (el miedo como cambio de color)
- (4) La testigo *cayó presa* del pánico (el miedo como poseedor de la persona que teme).

Análisis semejantes se han llevado a cabo para estudiar otros conceptos como EL AMOR, LA IRA, EL DOLOR, etc., y los resultados arrojan luz sobre la misma idea: la configuración semántica muestra una gran regularidad en casi todas las lenguas⁴⁰.

⁴⁰ Los trabajos más importantes que se han realizado hasta ahora en el terreno de la universalidad léxica y semántica teniendo en cuenta factores cognitivos y antropológicos son los de Kövecses (2000, 2005) y los de Wierzbicka (1990, 1992, 1996, 1999).

¿A qué se debe esto? ¿Por qué razón muchos fenómenos culturales se expresan con frecuencia de un modo muy similar en lenguas que son muy distintas desde un punto de vista tipológico y que se hallan muy alejadas geográficamente? La principal explicación radica en un principio fundamental para la escuela cognitiva: el principio de la corporeización lingüística. Según este principio el lenguaje está influido por la conciencia física del cuerpo de modo que dicha conciencia limita las proyecciones metafóricas y metonímicas y sirve de fuente para numerosas conceptualizaciones; de este modo el ser humano genera imágenes encarnadas (Johnson, 1987), que son aquellas configuraciones semánticas que están directamente motivadas por la autoconciencia de nuestra anatomía. Así, y teniendo en cuenta que la configuración corporal es la misma para todos los hablantes, resulta comprensible que existan muchas coincidencias semánticas en las diferentes lenguas del mundo.

Las metáforas orientacionales, de las que tratamos antes, serían un claro ejemplo de esta corporeización; la estatura del ser humano y su modo de dormir son fuente de imágenes universales que reproducen nuestra manera de experimentar físicamente la realidad. Pero no son las únicas. Metáforas que se inspiran en el funcionamiento de órganos internos como el corazón o que se relacionan con lo que nos ocurre cuando nos asustamos son producto de las sensaciones perceptivas que experimentamos en determinadas situaciones; por ello, unidades fraseológicas como *tener el corazón en un puño* o *ponerse la piel de gallina* se caracterizan por su alta transparencia y motivación, ya que son verbalizaciones metafóricas de las sensaciones físicas que produce un fuerte estado de nerviosismo (con el corazón muy acelerado y palpitante) o un instante de pánico (en el que el vello corporal se eriza⁴¹). La corporeización, en definitiva, explica que aun con ciertas diferencias, el armazón conceptual de muchas metáforas sea el mismo en multitud de lenguas.

Pero además del principio de la corporeización lingüística, la conciencia del cuerpo es decisiva para que el cerebro construya unas imágenes que también son básicas para explicar la universalidad de la

⁴¹ De hecho, la clasificación de las metáforas del MIEDO propuesta por Pamies e Iñesta refleja todas estas motivaciones fisiológicas. Por ejemplo, al sentir miedo se segrega adrenalina, lo que explica los sudores fríos, el descenso de la temperatura, el erizamiento del vello, la taquicardia, etc., sensaciones todas involucradas en metáforas de uso muy general.

metáfora: las imágenes esquemáticas o esquemas de imagen (Johnson, 1987). Estas imágenes son una subclase dentro de las metáforas conceptuales y constituyen una esquematización a partir de “experiencias perceptuales y motoras recurrentes en el curso del desarrollo cognitivo” (Cuenca y Hilferty, 1999: 106). Nuestra percepción sensorial, nuestro modo de desplazarnos a través del espacio, nuestra intuición de principios físicos como el de la gravedad o el de la imposibilidad de atravesar objetos sólidos como paredes, son hechos que le facilitan a nuestro sistema cognitivo el desarrollo de imágenes idealizadas que representan esas nociones, imágenes tales como círculos, trayectorias o barreras⁴². Esas imágenes esquemáticas permiten que determinadas metáforas tengan sentido cognitivamente. Observemos el siguiente enunciado (Cuenca y Hilferty, 1999: 108):

(5) El trabajo de Alberto es un callejón sin salida.

En este ejemplo se indica de un modo metafórico que el trabajo de Alberto carece de posibilidades de ascenso. Esa conceptualización es posible porque en esta metáfora se emplean dos imágenes esquemáticas para caracterizar el puesto de trabajo del sujeto: la imagen de una trayectoria y la imagen de una barrera. Del mismo modo que un viandante puede seguir caminando mientras no encuentre un obstáculo físico que le impida proseguir su marcha, una persona puede tener un trabajo (camino) por el que ir ascendiendo si no hay ninguna barrera (ausencia de posibilidades de ascenso). En nuestro ejemplo, la imagen evocada es la de un camino cortado (callejón sin salida), lo que significa que Alberto ya no podrá caminar más (no podrá mejorar su estatus).

Las imágenes esquemáticas, además, permiten reforzar el postulado de que existe una motivación experiencial muy intensa en cada proyección metafórica, motivación que, por ese motivo, tiende a ser semejante en casi todas las lenguas. En opinión de Lakoff y Turner (Lakoff, 1990 y Turner, 1990) las proyecciones metafóricas son relativamente generales y predecibles por la existencia de la llamada hipótesis de la invariabilidad, que defiende que en cualquier proyección metafórica se deben respetar sin alteraciones las imágenes esquemáticas de los dominios fuente y destino; de este modo, la necesidad de que ambas imágenes esquemáticas permanezcan intactas limita y da carta de

⁴² Desarrollaremos estas nociones a propósito del verbo *tocar* en el capítulo 7.

naturaleza a las proyecciones ontológicas y epistémicas. Veamos las siguientes oraciones (Cuenca y Hilferty, 1999: 109-110):

(6) La lengua latina es la madre de la castellana.

(7) *La lengua castellana es la madre de la latina.

La oración de (7) no es aceptable porque contraviene la imagen esquemática en la que se apoya el uso de la relación MADRE / HIJA, que es una relación temporal: primero está la madre (el latín, que es anterior en el tiempo) y luego la hija (el castellano). Por tanto, en la segunda oración la imagen esquemática del dominio origen contradice la del dominio destino⁴³, porque nuestro conocimiento de los hechos históricos de la evolución de las lenguas romances nos dice que las cosas sucedieron en un determinado orden que no se puede contradecir.

En definitiva, puede afirmarse que existen numerosos límites cognitivos, fisiológicos y conceptuales que favorecen la universalidad de una gran cantidad de expresiones metafóricas. Aun así, estas tendencias nunca son totalmente generales y siempre se dan fenómenos semánticos en los que el peso de la tradición cultural o la influencia de la sociedad parecen tener más importancia que los principios rectores de la cognición.

2. 9. 4. Metáfora y gramática

Como hemos visto en los apartados precedentes, las teorías sobre la metáfora que Lakoff y Johnson propusieron en su libro de 1980 desentrañaron en buena medida el modo en que se articula y desarrolla el contenido semántico. Pero el hallazgo no se quedó ahí, y pronto otros investigadores se dieron cuenta de que la metáfora, entendida como un mecanismo cognitivo, podía explicar también otros fenómenos lingüísticos de naturaleza gramatical.

En 1986, Claudi y Heine publicaron un artículo en el que explicaban cómo se podía emplear el trabajo de Lakoff y Johnson para analizar la configuración morfológica y sintáctica de una lengua. Según estos autores, del mismo modo que la metáfora se emplea para crear conceptos abstractos a partir de conocimientos más sencillos, otros conceptos

⁴³ Como señala Turner (1990), parece que habitualmente es la imagen esquemática del dominio destino la que más limitaciones impone a la hora de efectuar proyecciones desde el dominio origen.

complejos de naturaleza gramatical como las nociones de tiempo, aspecto o modo también deberían poder explicarse siguiendo los mismos principios cognitivos, es decir, utilizando una noción simple para crear con ella una noción gramatical más compleja (Claudi y Heine, 1986: 300). En su trabajo de 1986 estos lingüistas describieron las propiedades gramaticales de la lengua ewe (hablada en Benin, Ghana y Togo) con la clasificación de las metáforas propuesta por Lakoff y Johnson, y no sólo demostraron que era un análisis factible sino que también descubrieron algunos de los principios fundamentales de la teoría de la gramaticalización, de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

Un ejemplo de configuración metafórica de la gramática lo tenemos en el uso del diminutivo en ewe. En esta lengua africana se parte de una metáfora ontológica para expresar que algo es pequeño; en concreto, se usa la metáfora UN OBJETO PEQUEÑO ES UN NIÑO (Claudi y Heine, 1986: 304). En ewe NIÑO se dice *vi*; este sustantivo, por medio de la metáfora anterior, puede convertirse en un sufijo para expresar la noción de PEQUEÑO, como se muestra a continuación:

(1) “atí” (ÁRBOL), “ví” (NIÑO): “atí –ví” (ARBOLITO)

Pero estas metáforas no sólo sirven para expresar conceptos morfológicos; otros fenómenos gramaticales de naturaleza más sintáctica, como el aspecto verbal, también se forman por los mismos principios metafóricos. Un ejemplo clásico es el de HACER ALGO ES ESTAR EN UN LUGAR (Claudi y Heine, 1986: 320); a partir de una estructura espacial se proyecta la idea de la acción que allí se realiza. Veamos un ejemplo:

(2) “me-le tó dzi” (estoy en la montaña, ubicación en el espacio)

(3) “me-le yi-yi m” (estoy dirigiéndome a un lugar, acción en el espacio)

En efecto, las metáforas en las que se usa el espacio físico para construir nociones temporales y aspectuales son de las más abundantes en todas las lenguas. Un caso muy bien estudiado es el de las perífrasis verbales aspectuales, en las que el verbo auxiliar es muy a menudo un verbo de movimiento desamentizado (*ir, venir, andar*, etc.). En estas perífrasis se utiliza el movimiento en el espacio físico para conceptualizar

el estado en que se encuentran las acciones o cuándo se van a producir⁴⁴. Observemos las siguientes oraciones:

(4) Voy a Sevilla.

(5) Juan volverá a su casa por la noche.

En estos ejemplos los verbos *ir* y *volver* conservan plenamente su significado de movimiento físico; en (4) el sujeto se dirige físicamente a Sevilla y en (5) Juan regresará a un lugar concreto, su casa. Ahora consideremos estos otros ejemplos:

(6) Voy a comprar el periódico.

(7) Juan volverá a trabajar en la empresa de su padre dentro de un mes.

En estos enunciados el verbo de movimiento se ha desemantizado por medio de la acción de la metáfora. Ahora los sujetos no se desplazan a lugares sino que se disponen a hacer acciones en un tiempo futuro; así, los lugares se han convertido metafóricamente en intervalos temporales en los que se producirán determinadas acciones y los verbos de movimiento nos indican cuándo se van a producir. En (6) la acción futura es inminente porque el verbo *ir* está en presente continuo; en (7) la acción tendrá lugar en un futuro más lejano, acción que, además, ya se ha producido antes en el pasado, puesto que *volver* indica repetición en el tiempo.

Algo muy similar sucede con el verbo deíctico *venir*. Este verbo señala que un sujeto⁴⁵ se desplaza hasta el lugar en el que se encuentra el enunciador de la oración, como se aprecia en el siguiente ejemplo:

(8) Mi hermana viene a mi nueva casa el miércoles.

En esta oración el conceptualizador expresa que su hermana se desplazará físicamente hasta un lugar en el que él se encontrará. Sin embargo, en el siguiente enunciado ocurre algo distinto (Montserrat i Buendía, 2007: 62):

(9) Tengo la entrevista de trabajo la semana que viene.

En este caso no existe un movimiento físico. Por medio de una proyección metafórica conceptualizamos el tiempo como si fuera un

⁴⁴ Para una revisión de estos fenómenos pueden consultarse los trabajos de Cifuentes Honrubia (1999) y Montserrat i Buendía (2007).

⁴⁵ En la bibliografía sobre conceptualización cognitiva del movimiento se emplea el término FIGURA para referirse al elemento que se mueve, sea el causante del movimiento (agente) o el objeto desplazado (complemento directo).

camino por el que los acontecimientos se dirigen hacia nosotros⁴⁶. Gracias a nuestra experiencia corporal sabemos que el tiempo y el movimiento funcionan conjuntamente porque cuando alguien se mueve necesita un período de tiempo para hacerlo. De esa conciencia nace la posibilidad de conceptualizar el paso del tiempo (y, por tanto, las nociones de pasado y futuro) como un camino en el que lo recorrido es el pasado y lo que falta por recorrer es el futuro. Además, las unidades temporales (como un día de la semana) se pueden transformar en entidades que vienen a nuestro encuentro gracias a la metáfora EL TIEMPO ES UNA PERSONA⁴⁷.

En suma, la teoría cognitiva de la metáfora no explica únicamente la configuración semántica, sino que también facilita el análisis de numerosos aspectos gramaticales. Como vemos, la metáfora ha logrado revolucionar las concepciones más tradicionales del estudio del lenguaje y ha permitido interpretar un gran número de aspectos lingüísticos de un modo altamente explicativo.

2. 9. 5. Metáfora y pragmática

La pragmática, en tanto que disciplina lingüística que se ocupa del estudio del funcionamiento del lenguaje que se usa en un contexto concreto, también se ha interesado mucho por la metáfora. Lo que la pragmática ha observado desde sus orígenes es que el significado lingüístico no deriva únicamente del contenido semántico que está codificado y convencionalizado; en muchas ocasiones, las palabras tienen un contenido emergente que no depende sólo de su valor semántico sino que surge por influencia del contexto en que se utilizan y por las intenciones comunicativas del hablante que las emplee. Por tanto, la pragmática ha logrado superar la tesis semiótica del filósofo J. Locke que suponía que el contenido semántico era sólo la codificación de una información objetiva, y ha puesto de manifiesto que el significado en muchas ocasiones responde a una situación comunicativa única que es

⁴⁶ En lingüística cognitiva se utiliza el término 'fictive motion' (movimiento ficticio) para aludir al empleo de conceptos referentes al movimiento de modo metafórico (Talmy, 2000b; Cifuentes Honrubia, 1999: 112-113). Trataremos este concepto de nuevo en el capítulo 7.

⁴⁷ Esto explica que el ser humano tienda a personificar los períodos de tiempo y a transformarlos en entidades que se mueven a su alrededor, como ocurre en oraciones como "Los años pasan", "Ya ha llegado el invierno", etc.

independiente del contenido intrínseco de las palabras (Bustos Guadaño, 1994: 58).

La metáfora, por consiguiente, es un fenómeno esencialmente pragmático ya que en los casos en los que no está lexicalizada del todo conserva un diseño conceptual muy subjetivo; empleamos metáforas en nuestros discursos para verbalizar ideas que de otro modo serían muy costosas de expresar o resultarían poco operativas comunicativamente. Las metáforas nos ayudan a dar mucha información de un modo rápido y generan implicaturas semánticas que de otro modo muy difícilmente podrían transmitirse⁴⁸. Consideremos el siguiente ejemplo:

(1) Cuando vi la factura del teléfono un huracán sacudió mi cuenta corriente.

Si alguien afirma algo similar el receptor obtiene de inmediato una enorme cantidad de información de un modo muy eficaz. Con un enunciado tan breve inferimos que la factura fue inusualmente elevada y que dicha cantidad de dinero supone un serio problema para la economía doméstica de esa persona. Nuestro conocimiento cognitivo del MCI de un término como *huracán* y de un verbo como *sacudir* activa un sinfín de connotaciones asociadas a esos dominios; los huracanes son destructivos e inesperados y causan muchos destrozos por donde pasan, de igual modo que el verbo *sacudir* comporta zarandear violentamente algo causándole alguna molestia o alteración. Por tanto, gracias a la metáfora, un hablante puede dar en un contexto específico una abundante información de una manera muy directa y sintética y con mayor precisión que si explicara pormenorizadamente cuál es su situación económica, a cuánto ascendía la factura, etc.

Hay otra razón por la que estas metáforas deben ser estudiadas por la pragmática: su ausencia de condiciones de verdad (Hilferty, 1995). Desde las primeras formulaciones de la pragmática, una de las hipótesis más sólidas de esta perspectiva lingüística es que el significado no siempre se puede juzgar en términos de verdadero o falso, algo que sí estaba en la base de la semántica lógica; si alguien afirma "Tengo frío" ese enunciado puede ser verdadero o no, pero una petición como "Abra usted la puerta" tiene fuerza pragmática, pero no se puede calificar de verdadera o falsa.

⁴⁸ Para una revisión de las diferentes ideas pragmáticas sobre la metáfora véase Ruiz Gurillo (2006: 137-152).

Igualmente las metáforas no son ni verdaderas ni falsas, simplemente tienen un contenido creado a partir de patrones cognitivos y estrategias comunicativas.

Por estas razones, la metáfora no sólo es decisiva en la configuración semántica y gramatical del lenguaje sino que también es una herramienta básica en la comunicación al permitir transmitir mucha información de una manera muy adecuada. Como vemos, tanto la lingüística cognitiva como la pragmática ven en la metáfora una de las grandes habilidades cognitivas del ser humano. Muy lejos de los tratados clásicos que consideraban este mecanismo mental como un simple tropo creado a partir de una comparación tácita que siempre se podía recuperar⁴⁹, las modernas teorías lingüísticas han evidenciado la complejidad de un fenómeno cognitivo sin el cual el lenguaje humano no podría tener la sofisticación que conocemos.

2. 9. 6. Concepción tradicional de la metonimia

La metonimia, al igual que la metáfora, ha sido considerada desde la retórica clásica como un tropo o figura literaria consistente en aludir a un concepto a partir de uno de sus atributos más próximos, empleando para ello una relación de proximidad. Los ejemplos más citados son las metonimias de EL TODO POR LA PARTE y de LA PARTE POR EL TODO; en el primer caso se expresa un subdominio o parte específica de un dominio mayor a partir del dominio entero y en el segundo caso se expresa el dominio entero a partir de una de sus partes concretas. Un ejemplo de la primera metonimia es “Hemos comido pollo” (sólo la carne, no los huesos) y un ejemplo de la segunda es “Necesitamos más brazos para la siega” (es decir, más trabajadores) (Barcelona, 1998: 366).

La metonimia mantiene algunas diferencias fundamentales con la metáfora (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 47). De entrada, en las metonimias sólo existe un dominio conceptual, dentro del cual se producen las proyecciones entre una de sus partes (dominio origen) y

⁴⁹ La retórica clásica pensaba que en toda metáfora se podía reconstruir la comparación de partida. Por ejemplo, una metáfora como “Las perlas de tu boca” escondía la siguiente comparación: Tus dientes son como perlas. Este planteamiento se denomina teoría sustitutiva de la metáfora (Croft y Cruse, 2008: 254) y siempre ha sido rechazado tanto por la lingüística cognitiva como por la pragmática.

otra (dominio destino); por tanto en las metonimias nunca hay proyecciones entre dos dominios conceptuales distintos, como sucede con las metáforas. Por otra parte, las metonimias son fundamentalmente referenciales, lo cual quiere decir que se emplean para designar una entidad en un esquema a través de otra entidad de ese mismo esquema; de este modo podemos aludir a un concepto abstracto empleando uno de sus subdominios, concretamente el que sea más fácil de codificar. Por último, y como consecuencia de lo anterior, en la metonimia un subdominio está por otro subdominio o bien por el dominio entero. De esta manera, gracias a la metonimia podemos activar un dominio conceptual a partir de uno de sus rasgos, aquel que más importancia cognitiva tenga en cada caso. Por ejemplo, en la metonimia anterior (“necesitamos más brazos para la siega”), se activa el dominio TRABAJADOR a partir de sus brazos, que actúan simbólicamente como elemento más importante y representativo⁵⁰.

En la tradición académica la metonimia ha sido entendida como un fenómeno menos importante que la metáfora, e incluso ha llegado a afirmarse que la metonimia “es intrínsecamente menos interesante que la metáfora, puesto que no descubre relaciones nuevas, sino que surge entre palabras ya relacionadas entre sí” (Ullmann, 1965: 246-247). Sin embargo, la situación ha cambiado considerablemente desde el surgimiento de la lingüística cognitiva, y a partir de los trabajos pioneros de Langacker, Lakoff y Johnson este fenómeno lingüístico ha empezado a estudiarse con la misma intensidad que la metáfora, ya que para estos autores, la metonimia juega también un papel decisivo en la configuración del lenguaje. Incluso hay investigadores que han defendido que la metonimia es, en términos cognitivos, igual de importante que la metáfora (Barcelona, 1998)⁵¹.

⁵⁰ Barcelona propone una definición de metonimia que pensamos que sintetiza bien todas estas propiedades: “La metonimia es la proyección conceptual de un dominio cognitivo sobre otro, pertenecientes ambos al mismo dominio cognitivo común, de suerte que el dominio proyectado (dominio fuente) resalta y proporciona acceso mental al dominio sobre el que se hace la proyección (dominio meta).” (Barcelona, 1998: 366).

⁵¹ Para una aproximación general a la interpretación de la metonimia desarrollada en el marco de la lingüística cognitiva pueden consultarse los trabajos de Cuenca y Hilferty (1999) y de Ruiz de Mendoza (1999).

Debido a que las relaciones que pueden mantener entre sí los distintos subdominios de un dominio cognitivo son múltiples y a que los dominios también son muy variados en términos conceptuales (los hay más complejos y más sencillos), la tipología de las metonimias es muy amplia. A día de hoy, son muchas las clasificaciones defendidas, entre las que destacaría muy especialmente la de Kövecses y Radden (1998). No obstante, aún no hay acuerdos definitivos acerca de cuántas metonimias existen y de cuáles son sus diferencias. En el siguiente apartado presentaremos una de las clasificaciones más originales y atractivas que se han propuesto, la de Peirsman y Geeraerts (2006); esta clasificación permite entender hasta qué punto es compleja la metonimia y arroja luz acerca de la importancia cognitiva que tiene este fenómeno en la conceptualización semántica.

2. 9. 7. Tipos de metonimia: la clasificación de Peirsman y Geeraerts

Y. Peirsman y D. Geeraerts (2006) llevan a cabo un minucioso análisis de la metonimia empleando la teoría de los prototipos. Estos dos autores estudian con gran detalle los tipos de metonimia propuestos por cinco lingüistas preestructuralistas⁵² y establecen un listado de 23 metonimias muy variadas. Peirsman y Geeraerts consideran que la diversidad y heterogeneidad de esas 23 metonimias es sólo aparente y que todas ellas son variaciones, más o menos complejas, de un prototipo o metonimia focal. Concretamente, dentro de la estructura radial de los tipos de metonimia sería la metonimia basada en la relación espacial parte-todo el prototipo a partir del cual van a ir sucediéndose metonimias más complejas y periféricas. Utilizando la teoría de prototipos y considerando esa relación espacial como el núcleo de la categoría, Peirsman y Geeraerts

⁵² Estos lingüistas son: H. Paul, K. Nyrop, A. Waag, G. Esnault y N. R. Norrick. Una de las tesis más intensamente defendidas por D. Geeraerts es que en la semántica preestructural, es decir, en la semántica iniciada en el siglo XIX y que es previa a los postulados que se propondrán con Saussure, se hallan las claves de la lingüística cognitiva. Para Geeraerts todos estos autores propusieron conceptos fundamentales para entender las relaciones entre el lenguaje, la cultura y la cognición, pero debido al rechazo que el estructuralismo mostró hacia estos conceptos, esas líneas de investigación se cerraron hasta que fueron recuperadas por la lingüística cognitiva. De hecho, las ideas básicas del cambio semántico entendido como un proceso cognitivo se encuentran ya en varios autores preestructuralistas (Geeraerts, 1993). Volveremos a tratar este asunto en el capítulo 3.

desarrollan una clasificación de los tipos de metonimia de carácter general en la que la diversidad de metonimias se vuelve completamente explicable.

Para estos dos investigadores la metonimia se puede analizar en función de cuatro dominios cognitivos (Peirsman y Geeraerts, 2006: 278):

- a) Espacio.
- b) Tiempo.
- c) Acciones, eventos y procesos.
- d) Agrupaciones, colecciones.

El primero de esos dominios es el prototipo del que surgen los otros tres como variaciones progresivamente más elaboradas. Ese prototipo se resume en la propiedad espacial de contigüidad parte-todo, que sería origen de las metonimias más elementales. Además, los cuatro dominios se articulan en dos dimensiones:

- 1) Intensidad del contacto.
- 2) Posesión o no de límites del objeto / objetos.

A su vez, la primera dimensión se subdivide en tres fases: contención, contacto y adyacencia. La contención indica que la relación espacial establecida entre los dos dominios de la metonimia es de inclusión, como la relación que se da entre una fruta y el hueso que tiene dentro. En el contacto la relación espacial se vincula al mero contacto físico, como en la relación que se establece entre un libro y la mesa en la que está situado. En tercer lugar, la adyacencia se establece entre dos objetos situados cerca pero sin contacto; un ejemplo sería el de dos cuadros colocados uno al lado del otro en la misma pared.

Por su parte, la segunda dimensión se subdivide en dos fases: posesión de límites y no posesión de límites. Estas fases hacen referencia al hecho de que hay objetos que poseen límites bien delimitados mientras que hay otros más difusos y difíciles de acotar. Un ejemplo de objeto con límites es una caja y un ejemplo de objeto sin límites es un líquido. De este modo, existen fenómenos con límites discretos que se pueden aislar claramente y otros con límites difusos a los que no se les pueden atribuir tan fácilmente límites concretos. Como es evidente, estas fases están directamente relacionadas con el carácter de contable o incontable de un objeto; los elementos con límites son contables y los elementos sin límites son incontables puesto que su naturaleza es más gradual.

Conjugando estos conceptos, Peirsman y Geeraerts obtienen un prototipo de metonimia basado en un contínuum bidimensional, como se aprecia claramente en el siguiente esquema:

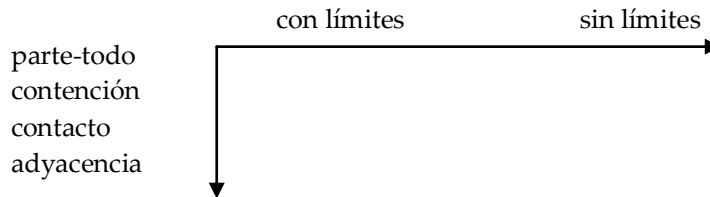


Figura 5. Concepción bidimensional de la metonimia de Peirsman y Geeraerts.

Este contínuum se proyecta en un eje gradual que va desde el espacio (prototipo) hacia los dominios menos prototípicos, conceptualizados desde el espacio: tiempo, acciones / eventos / procesos y agrupaciones / colecciones. A continuación examinaremos cuántos tipos de metonimia se pueden describir situando los cuatro dominios metonímicos en el eje bidimensional anterior.

2. 9. 7. 1. Contigüidad en el espacio y en el dominio material

Este tipo de contigüidad constituye el prototipo de la categoría. Así, la metonimia más prototípica sería la del tipo PARTE ESPACIAL & TODO, de la que habría dos variantes:

- (1) parte por el todo: Necesitamos un buen cerebro en este proyecto (por una persona)
- (2) todo por la parte: Hemos comido pollo (por la carne del pollo)

En este prototipo la intensidad del contacto es extrema ya que el cerebro con respecto a la persona y los huesos del pollo con respecto a la carne son partes inalienables del dominio. No obstante, podemos descender en la intensidad del contacto y llegar a la metonimia CONTENEDOR & CONTENIDO, en la que sólo hay una mera relación de contacto físico:

(3) contenedor por contenido: Le gusta mucho la botella (por el contenido de la botella)

(4) contenido por contenedor: La leche se ha volcado (por la botella que la contiene)

Si descendemos un poco más en la intensidad del contacto llegamos a la metonimia LOCALIZACIÓN & LOCALIZADO, en la que tenemos una relación de adyacencia entre los subdominios:

(5) localización por localizado: Todo el teatro aplaudió (por la gente que aplaudió)

(6) localizado por localización: Vamos a pasar la tarde en los billares (por el lugar donde están)

Otra metonimia muy general en la que la intensidad del contacto es muy débil es la de ENTIDAD & ENTIDAD ADYACENTE como se muestra a continuación:

(7) Prenda de ropa por persona: Le pidió ayuda a unos cascos azules (por las personas que los llevan)

(8) Prenda de ropa por parte del cuerpo: Hay tantas ideas como sombreros⁵³.

Si nos desplazamos hacia la dimensión de posesión o no de límites obtenemos la metonimia MATERIAL & OBJETO. Para Kövecses y Radden (1998: 51) esta metonimia está subsumida en la metonimia PARTE ESPACIAL & TODO; sin embargo Peirsman y Geeraerts (2006: 284) consideran que es un tipo independiente puesto que en esta metonimia uno de los elementos implicados es incontable (ausencia de límites concretos). Tenemos unos ejemplos a continuación:

(9) objeto por material: Tiene unos guantes de cabra (de piel de cabra)

(10) material por objeto: Necesito el hierro para esta reparación (un instrumento de hierro)

Como vemos, en el dominio espacial y material tenemos metonimias relacionadas con las dos dimensiones expuestas anteriormente. Además, como señalan acertadamente Peirsman y Geeraerts, existen casos como las metonimias del tipo PRENDA DE ROPA POR PERSONA que se pueden explicar de varias formas. Ésta concretamente, se relaciona con la

⁵³ Este ejemplo se basa en Hilferty (1995: 39). En su opinión, podemos hacer referencia a las ideas de una persona a partir de su cabeza por la metonimia LO QUE HAY FUERA DE LA CABEZA POR LO QUE HAY DENTRO. A partir de esta metonimia, podemos formar otra en la que la cabeza sea sustituida por una prenda.

metonimia general ENTIDAD & ENTIDAD ADYACENTE, pero también con otros tipos como CARACTERÍSTICA & ENTIDAD o POSEEDOR & POSEÍDO. Este fenómeno, que no entra en conflicto con la hipótesis de la prototipicidad, recibe el nombre de 'motivación múltiple' (Peirsman y Geeraerts, 2006: 296).

2. 9. 7. 2. Contigüidad en el dominio temporal

Como ha puesto de manifiesto la lingüística cognitiva desde las teorías fundacionales de Lakoff y Johnson (1986), tendemos a conceptualizar el tiempo a partir del espacio, que sería el punto de partida conceptual. Así, las relaciones espaciales de parte / todo, contención y contacto tienen un correlato menos prototípico en el dominio temporal. Por ello existen tres metonimias temporales derivadas de esos tres dominios espaciales.

La primera de ellas es la metonimia PARTE TEMPORAL & TODO, vinculada a la relación espacial parte / todo. Un ejemplo de metonimia de parte temporal por todo la tenemos en el sustantivo alemán *Morgen*. Al principio, *Morgen* sólo significaba MAÑANA (desde el amanecer hasta el mediodía) DEL DÍA SIGUIENTE, pero al final acabó significando DÍA SIGUIENTE (desde la mañana hasta la noche) por efecto de una metonimia de este tipo.

La segunda metonimia de este grupo es la de TIEMPO & ENTIDAD, que deriva de la relación espacial de contención física. Tenemos un ejemplo a continuación:

(1) tiempo por entidad: Los años 60 fueron muy progresistas (por las personas de esa época)

En este caso los años 60 (período de tiempo) se conceptualizan como contenedores en los que hay entidades (las personas progresistas que vivieron en ese momento histórico) que son sustituidas por la unidad temporal.

En tercer lugar se da la metonimia ANTECEDENTE & CONSECUENTE; del mismo modo que en el espacio los objetos pueden tocarse, en el tiempo dos eventos también pueden tocarse al estar uno delante del otro (linealidad del tiempo). Esto es especialmente perceptible en las relaciones de causa-consecuencia: hay un evento que causa algo (antecedente) y un evento que indica la consecuencia posterior (consecuente). Un interesante ejemplo de metonimia temporal

antecedente por consecuente se encuentra en el sustantivo griego *φόβος*; esta palabra significaba originalmente HUIDA pero con el tiempo empezó a significar MIEDO, es decir, el término empezó a representar metonímicamente al antecedente habitual de las huidas.

Por tanto, en el dominio temporal tenemos tres metonimias que son proyecciones directas de las relaciones espaciales prototípicas de parte / todo, contención y contacto. No obstante, para Peirsman y Geeraerts algunas de estas metonimias se refieren más a acciones que a entidades temporales en sentido estricto. Por ejemplo, el caso de *φόβος* remite más bien a las acciones de atemorizar y huir que a los lapsos de tiempo en que eso ocurre (Peirsman y Geeraerts, 2006: 289). Por ello, muchas de estas metonimias se explican mejor en el siguiendo dominio cognitivo.

2. 9. 7. 3. Contigüidad en acciones, eventos y procesos

Este dominio surge de una combinación de los dominios anteriores: tenemos al mismo tiempo relaciones espaciales y temporales. Por ello, este dominio se articula en los dos ejes, el de la intensidad del contacto y el de la posesión o no de límites (Peirsman y Geeraerts, 2006: 289).

El primer tipo de metonimia que encontramos es la metonimia general SUBEVENTO & EVENTO COMPLEJO. Este tipo es el núcleo de este dominio y en él se conceptualiza una acción, evento o proceso como parte de otro mayor; de este modo activamos un evento muy complejo a partir de uno de sus componentes (el subevento). Como ya indicó Lakoff (Lakoff, 1987: 78), este tipo de metonimia es muy frecuente, ya que permite expresar mucha información de un modo muy sintético. Veamos un ejemplo:

(1) subevento por evento complejo: Pedro llevó a su novia al altar (por se casó)

Como se aprecia en (1) el subevento LLEVAR A LA NOVIA AL ALTAR representa metonímicamente a todo el evento complejo de contraer matrimonio, en el que están subsumidos multitud de subdominios (tener pareja estable, pedirle la mano, organizar la boda, buscar padrinos, etc.).

Otra metonimia de este dominio es la de ACCIONES / EVENTOS / PROCESOS & ESTADO. En oraciones como “María habla alemán” o “Luis fuma”, las actividades de hablar o fumar surgen metonímicamente de los estados de los que forman parte; hablar es únicamente una

subactividad dentro del conocimiento general de un idioma, del mismo modo que fumar es parte de un estado: ser fumador (Peirsman y Geeraerts, 2006: 291).

También es muy frecuente en este tipo de metonimias la metonimia POTENCIAL POR ACTUAL. En opinión de Peirsman y Geeraerts, los actos de habla indirectos descritos por la pragmática se pueden explicar muy bien con estas metonimias. Si un hablante le pregunta a otro “¿Puedes pasarme el salero?” con un contenido pragmático de orden o mandato, la pregunta enfatiza lo potencial (la posibilidad o no de pasar el salero) que sustituye a la acción misma de pasarlo.

Según Panther y Thornburg (*apud* Peirsman y Geeraerts, 2006: 292) hay tres tipos de metonimia de POTENCIAL POR ACTUAL; metonimias de eventos perceptivos, de actos de habla indirectos y de técnicas adquiridas. Tenemos varios ejemplos a continuación:

- (2) eventos perceptivos: ¿Has visto a Iván últimamente?
- (3) actos de habla indirectos: ¿Puedes abrirme la puerta?
- (4) técnicas adquiridas: Salvador habla cinco idiomas.

En todos estos ejemplos siempre hay un elemento potencial y otro actual, por lo que también se las puede considerar metonimias de ESTADO POR ACCIÓN. En (2) el hecho de ver físicamente a una persona sustituye al evento complejo de verla, hablar con ella, tomar un café, etc. En (3) la capacidad potencial de abrir la puerta sustituye al hecho de hacerlo y en (4) el conocimiento de las lenguas sustituye al hecho de hablarlas.

La siguiente metonimia es la del tipo ACCIÓN / EVENTO / PROCESO & PARTICIPANTE. En estos casos el contenedor no es un lugar físico o un lapso temporal concreto sino algo más abstracto: es una acción, un evento o un proceso dentro del cual se sitúan algunos elementos. Este modelo genera una enorme cantidad de metonimias, como se aprecia a continuación:

- (5) agente por acción / evento / proceso: Me gusta mucho este escritor (por sus libros)
- (6) acción / evento / proceso por agente: Luis necesita ayuda (por alguien que lo ayude)
- (7) acción / evento / proceso por paciente: Llegó ayer el envío (por el paquete enviado)

(8) acción / evento / proceso por localización: Allí está la salida (por el lugar por el que se sale)

(9) localización por acción / evento / proceso: El Watergate cambió la política americana (el lugar por lo que ocurrió en él)

Como se aprecia, en este tipo de metonimias suele participar un agente, un paciente y una localización espacial. Además, en ocasiones, el tiempo también participa como contrapartida metafórica de la localización:

(10) acción / evento / proceso por tiempo: Hizo mucho calor en la siega (por el período de tiempo en que se hace la siega)

(11) tiempo por acción / evento / proceso: El verano en la playa es muy divertido (la estación del año por las cosas que se hacen en ella)

El quinto elemento que puede intervenir en estas metonimias es el instrumento. Hay acciones, como esquiar, que sólo son posibles si se emplea un determinado instrumento, lo que favorece que existan metonimias como ésta:

(12) instrumento por acción / evento / proceso: Me gusta el balón (por jugar al balón)

Como indican Peirsman y Geeraerts (2006: 295), las metonimias de acción / evento/ proceso también se pueden proyectar en el eje de la posesión de límites; de este modo, tendríamos metonimias con pacientes, localizaciones e instrumentos sin límites precisos. Veamos un ejemplo:

(13) acción / evento / proceso por paciente: 'habla' (acción de hablar) por 'lenguaje'

Otra metonimia muy general que cabe considerar en esta sección es la del tipo CAUSA & EFECTO. En este caso se da una relación de contacto entre las acciones, eventos y procesos. Es una forma de metonimia muy similar a la metonimia temporal antecedente / consecuente que vimos antes; en este caso, una acción precedente es causa de una acción subsecuente:

(14) causa por efecto: Le abrió la puerta al prisionero (por dejar libre al prisionero)

(15) efecto por causa: Ha vaciado la botella (por beber la botella)

Al igual que sucedía con las metonimias anteriores, éstas también se pueden situar en el eje de la posesión de límites, puesto que, en ocasiones,

en estos casos existe una causa o un efecto sin límites claros sustituyendo a un efecto o una causa con límites:

(16) causa sin límites por efecto: Este mendigo pide caridad (la caridad abstracta y sin límites es la causa para obtener el efecto de una limosna con límites)

(17) efecto sin límites por causa: Acércame la luz (la luz es el efecto sin límites de la lámpara, causa con límites)

Otra clase de metonimia muy general que se halla en este dominio es la de PARTICIPANTE & PARTICIPANTE. Dentro de este molde básico hay cinco subdivisiones: controlador / controlado, poseedor / poseído, productor / producto, localización / producto y, finalmente, instrumento / resultado. De estas subdivisiones, tres surgen por una relación de adyacencia entre el agente de la acción y el paciente de esta (dos participantes): dependiendo del tipo de acción / evento / proceso la relación de contigüidad puede ser de tipo controlador / controlado, poseedor / poseído o productor / producto:

(18) controlador por controlado: El rey atacó la ciudad (por los soldados del rey)

(19) controlado por controlador: Ha llegado el autobús (por el conductor del autobús)

(20) poseedor por poseído: Este es Raúl (por el objeto que posee Raúl, como un coche, un bocadillo, etc.)

(21) poseído por poseedor: Rosa se ha casado con el dinero (por una persona con mucho dinero⁵⁴)

(22) productor por producto: Le encanta Velázquez (por los cuadros de Velázquez)

A propósito de la metonimia productor / producto, Kövecses y Radden (1998) defienden que se trata de una metonimia irreversible porque en esa relación semántica siempre debe estar primero el productor y después el producto. Sin embargo, para los investigadores belgas hay algunas excepciones en las que el producto sustituye al productor, como en el nombre de algunos pájaros:

(23) producto por productor: Hay un cuco en la rama (el nombre del pájaro está motivado por el sonido que emite)

⁵⁴ Para Peirsman y Geeraerts (2006:298) este ejemplo se sitúa en el eje de los límites porque el dinero es incontable (ausencia de límites discretos).

Las últimas metonimias de este dominio son mucho más extrañas. Por ejemplo, tenemos la metonimia localización / producto que se basa en una relación de adyacencia entre la localización espacial de una acción / evento / proceso y el paciente de dicha acción:

(24) localización por producto: Ha traído para la cena un camembert (queso camembert, hecho en Camembert)

También existe, aunque es muy extraña, la metonimia inversa. Tenemos un ejemplo citado por Nyrop (*ápu*d Peirsman y Geeraerts, 2006: 299):

(25) producto por localización: Alfonso vive en Madeira.

Madeira es MADERA en portugués. La isla que lleva este nombre producía mucha madera y de ahí que el producto se usara para crear el topónimo (producto por localización). Además, este ejemplo demuestra que el dominio PARTICIPANTE & PARTICIPANTE también se puede extender por el eje de la posesión de límites, pues los productos son típicamente difusos.

También se ha hablado en este campo de la metonimia INSTRUMENTO POR RESULTADO:

(26) instrumento por resultado: [en un partido de fútbol] Ya ha llegado el silbato del árbitro (el instrumento por el final del partido)

Esta metonimia puede entenderse también como un subtipo de la metonimia PRODUCTOR & PRODUCTO.

Finalmente, Peirsman y Geeraerts se plantean si podría existir la metonimia RESULTADO POR INSTRUMENTO. Según estos autores es una posibilidad muy extraña, aunque encuentran un posible ejemplo. Imaginemos que unos biólogos están observando un bosque en el que hay muchos lobos y uno de ellos afirma que “ahí hay muchas crías”, aludiendo a las nuevas generaciones de lobos que pueden nacer gracias a los que están observando. Evidentemente, lo que los biólogos ven no es el resultado (las crías) sino el vehículo o instrumento que puede posibilitar su nacimiento (los lobos). En este caso, estaríamos ante una metonimia clara del tipo RESULTADO POR INSTRUMENTO.

2. 9. 7. 4. Contigüidad en agrupaciones y colecciones

Todas las metonimias que hemos visto hasta ahora se pueden relacionar, con mayor o menor intensidad, con factores espaciales o temporales. Pero hay algunas metonimias que no encajan bien en ninguno de los patrones anteriores, como la de característica / entidad. En opinión de Peirsman y Geeraerts, para analizar estas metonimias hay que dar un paso más e ir de la relación parte / todo al dominio conceptual de las agrupaciones y las colecciones.

Para desarrollar este dominio, estos investigadores exponen primero los conceptos de taxonomía, agrupación y colección (Peirsman y Geeraerts, 2006: 301-303). Una taxonomía consiste en la relación que se establece entre una categoría general y otra más concreta; es lo que sucede, por ejemplo, entre la categoría de ÁRBOL y la de ABETO⁵⁵. Una agrupación, por su parte, es una estructura funcional compuesta por diversas partes que no tienen por qué ser iguales y que forman un todo, siendo un buen ejemplo el cuerpo humano, constituido por la agrupación de sus partes (ojos, cabeza, manos, etc.). En tercer lugar, una colección es un conjunto de elementos más o menos equivalentes. Un ejemplo es el que ofrece un enjambre, que podría definirse como una COLECCIÓN DE ABEJAS.

Teniendo estas diferencias en cuenta, Peirsman y Geeraerts determinan que existen algunas metonimias cuyo núcleo básico estaría formado por la contigüidad entre una agrupación y sus constituyentes. Esa relación reactiva la relación parte / todo de otros dominios anteriores y motiva, por ejemplo, la metonimia FACTOR GENERAL & INSTITUCIÓN. A su vez, si desplazamos esta metonimia en el eje de la posesión de límites obtenemos la metonimia CARACTERÍSTICA & ENTIDAD, que permite hacer referencia a una característica para aludir a una entidad con límites o sin ellos, o a la inversa.

Por otro lado, en el eje de la intensidad del contacto, se llega a metonimias relacionadas con las colecciones, en las que las partes del conjunto mantienen vínculos que pueden ir diluyéndose (algo que no

⁵⁵ Este fenómeno se relaciona directamente con el de la hiperonimia y la hiponimia, fenómenos semánticos que son revisados de un modo muy original en el trabajo de Peirsman y Geeraerts.

ocurre con las agrupaciones, en las que las partes son inalienables con respecto al todo). Aquí emergen dos metonimias, COLECCIÓN CONTABLE & INDIVIDUO y COLECCIÓN NO CONTABLE & INDIVIDUO, diferenciadas por el hecho de que en unas la colección tiene límites definidos y en la otra no. Como se aprecia, parece claro que este último dominio se puede analizar perfectamente empleando la misma estructura bidimensional que ya se encontraba en el prototipo espacial. A continuación ofrecemos algunos ejemplos de estas metonimias:

- (1) factor central por institución: Ramón trabaja en una prensa (la máquina por el lugar de trabajo)
- (2) característica por entidad: Es una belleza (una propiedad sustituyendo a la persona entera)
- (3) individuo por colección contable: Ernesto se ha comprado una Kodak (individuo por colección entera de cámaras de la misma marca)

Como puede observarse, en (1) tenemos una agrupación, puesto que la prensa es parte funcional de la empresa. En (2) sucede lo mismo (la belleza es inalienable del objeto bello), aunque sin límites concretos. En (3), por otro lado, la relación es menos intensa porque una cámara no está ligada funcionalmente al conjunto de cámaras de su categoría. Por último, ¿existen metonimias del tipo colección no contable por individuo? Peirsman y Geeraerts encuentran un ejemplo en el sustantivo alemán *Frauenzimmer*. Esta palabra significaba originariamente HABITACIÓN PARA LAS MUJERES; después pasó a significar CONJUNTO DE MUJERES REUNIDAS ALLÍ y, desde el siglo XVIII, sólo MUJER (un único individuo). Esta evolución semántica responde perfectamente a este último tipo de metonimia.

En conclusión, para estos dos investigadores los conceptos de 'dominio' y 'dominio matriz' que suelen emplearse en lingüística cognitiva para analizar las metonimias son demasiado vagos e imprecisos. Por ello proponen un análisis basado en la teoría de prototipos y en el concepto de contigüidad, concepto clásico asociado a la metonimia desde antes de que en el cognitivismo empezara a hablarse de dominios matriz. También puede apreciarse que muchos de los mecanismos de extensión que se producen a partir del prototipo espacial son de naturaleza metafórica, por lo que las distintas metonimias, desde las más prototípicas hasta las más periféricas y extrañas, guardan siempre

parecidos de familia, más o menos directos. En suma, esta propuesta es coherente y ofrece una interpretación unitaria y ordenada de las metonimias.

En nuestra opinión, la abundante presencia de metonimias en el lenguaje muestra que el cerebro es incapaz de tener activada al mismo tiempo toda la información enciclopédica y cognitiva que va asociada a cada MCI; por ello, el cerebro hace funcionar en cada caso sólo el subdominio que le interesa para hacer que la comunicación sea más precisa⁵⁶.

En definitiva, la metonimia se revela, al igual que la metáfora, como un inapreciable mecanismo mental gracias al cual el lenguaje dispone de un diseño funcional tan complejo y eficaz.

2.10. La iconicidad lingüística

Todas las teorías que hemos examinado hasta ahora muestran que para la lingüística cognitiva la configuración del lenguaje está fuertemente influida por aspectos biológicos, psicológicos y culturales. Todo ello hace que para esta corriente científica la relación entre signifiante y significado no sea totalmente arbitraria, como defendían los estructuralistas y los generativistas, sino relativamente icónica. Esto quiere decir que para la lingüística cognitiva el lenguaje, tanto en su gramática como en su contenido semántico, reproduce parcialmente la realidad que expresa.

Desde la antigua Grecia numerosos filósofos se han interesado por el problema de si la relación que existe entre las palabras y las ideas es natural o convencional. Ya Platón en su diálogo *Cratilo o del lenguaje* analiza este asunto y sintetiza las propuestas de las escuelas naturalistas y convencionalistas que años antes habían discutido sobre esta cuestión

⁵⁶ En palabras del neurocientífico F. Mora: "Este cerebro humano, único, a través de un proceso tan extraordinario como ignorado, ha logrado resumir y manejar la realidad de todos los días de una manera simbólica, con ideas. Ello le ha permitido ahorrar de modo considerable tiempo en el procesamiento de la información por su propio cerebro y tiempo en la comunicación a los demás: esto es, la abstracción. ¿Puede uno imaginarse lo que podría significar memorizar todos y cada uno de los objetos y cosas con los que nos tropezamos todos los días y en el contexto de cada conversación tener que evocar todos los detalles concretos?" (Mora, 2001: 27-28).

(Hiraga, 1994: 5). Los naturalistas consideraban que entre sonido y sentido existía una relación natural, mientras que los convencionalistas pensaban que dicha relación obedecía a un pacto establecido por la comunidad idiomática. Platón zanja la cuestión argumentando que lo importante no es si el lenguaje es natural o convencional sino si es un vehículo seguro para llegar al conocimiento, fin último de la filosofía.

Posteriormente, Aristóteles recupera el problema y funda lo que se conoce como el Principio de Arbitrariedad, en virtud del cual: “language is structured on two different levels, sound and meaning, between which there is no significant similarity. Meaning cannot be forecast from form and *viceversa*” (Simone, 1990: 123). Esta tesis aristotélica ha sido respetada durante siglos y muchos autores han vuelto sistemáticamente a ella para matizarla⁵⁷.

Saussure, en los inicios de la lingüística, recupera el antiguo principio de Aristóteles y lo convierte en un eje básico de su concepción del lenguaje. Como vimos a propósito de los planteamientos de la semántica estructuralista, para esta corriente la separación entre código lingüístico y mundo es absoluta, por lo que la relación entre significante y significado es intrínsecamente arbitraria. Este planteamiento sellaba una larga tradición de pensamiento sobre la arbitrariedad lingüística e impregnó a numerosas corrientes posteriores⁵⁸.

Sin embargo, con el desarrollo de la lingüística cognitiva esta tesis se reformula. Autores como J. Haiman (1980, 1983, 1985), T. Givón (1991), R. Simone (1990) o D. Geeraerts (1990, 1997) empiezan a considerar que la relación entre los planos formal y conceptual es considerablemente estrecha, puesto que numerosos aspectos del diseño lingüístico parecen reflejar propiedades de la información expresada. En los siguientes apartados mostraremos las principales ideas de la iconicidad lingüística y explicaremos en qué medida puede el lenguaje imitar la forma de la realidad.

⁵⁷ Para una revisión de la historia de este problema y de su tratamiento filosófico véanse los trabajos de Gensini (1995) y de Simone (1990).

⁵⁸ El principio de iconicidad lingüística entra en conflicto de un modo especialmente intenso con la gramática generativa puesto que un enfoque innatista como el que defiende ese modelo, en el que la sintaxis es totalmente autónoma, es incompatible por defecto con cualquier fenómeno icónico. Para un acercamiento a este conflicto teórico pueden consultarse los trabajos de Croft (1995) y Newmeyer (1992).

2.10.1. Isomorfismo y motivación

El lenguaje humano funciona por medio de conceptos abstractos y está influido por la idiosincrasia cultural de sus hablantes; ¿cómo puede, por tanto, no ser arbitraria la relación entre forma y contenido? Para entender la iconicidad lingüística hay que recuperar la concepción semiótica del filósofo C. S. Peirce. Para Peirce existían tres tipos de signos: los iconos, los índices y los símbolos. Los iconos establecen una relación de semejanza entre el signo y el referente (como en una fotografía), los índices una relación de proximidad espacial (como el humo, índice del fuego) y los símbolos una relación convencional (una cruz para representar un hospital). A su vez, los iconos se dividían en dos tipos: iconos de imagen e iconos de diagrama; los iconos de imagen guardan un parecido muy elevado con su referente (como en un retrato con respecto a la persona retratada), mientras que en los iconos de diagrama la similitud es más compleja y menos evidente, ya que estos iconos consisten en signos complejos que remiten a referentes complejos, de manera que “la semejanza no se establece entre cada parte del diagrama y cada parte del referente designado, sino entre las partes del diagrama y las del referente” (Pérez Saldanya, 1998: 841).

La iconicidad de imagen en las lenguas es muy extraña, y resulta prácticamente inexistente fuera del caso de las onomatopeyas, esas palabras cuya estructura fónica imita el sonido producido por algún elemento del mundo⁵⁹. Sin embargo, la iconicidad de diagrama o iconicidad diagramática es muy frecuente. Haiman (1980, 1985) se da cuenta de que los signos lingüísticos sólo parecen arbitrarios cuando se examinan por separado, porque cuando se observan de forma global, funcionando como un todo, se puede percibir una cierta regularidad, explicable a partir de la iconicidad diagramática.

Para Haiman la iconicidad lingüística representaría el equilibrio natural entre forma y contenido. Ese equilibrio se mantendría a partir de dos fenómenos: el isomorfismo y la motivación (Haiman, 1980). El isomorfismo (o iconicidad del código) es la tendencia del lenguaje a

⁵⁹ Para Saussure las onomatopeyas serían los únicos casos posibles de iconicidad lingüística (Simone, 1990).

mantener una relación biunívoca entre forma y contenido, es decir, a guardar una simetría que se traduce en una máxima: a cada forma le corresponde un único significado, y a la inversa. Un claro ejemplo de isomorfismo es la ausencia de auténticos sinónimos en las lenguas; por muy similares que sean los contenidos de dos palabras, siempre habrá alguna diferencia entre ellas que justifique su existencia (Haiman, 1980). En cuanto a la motivación (o iconicidad cognitiva), ésta consiste en la tendencia del lenguaje a imitar el mundo tal y como lo perciben los hablantes. Un caso de motivación lo encontramos en la ordenación sintáctica de las oraciones, que suele reproducir el orden en que suceden las cosas; por ello, es habitual, por ejemplo, que los elementos que significan CAUSA vayan antes en la cadena sintáctica que aquellos que significan CONSECUENCIA.

Numerosos lingüistas han criticado este planteamiento aduciendo diversos argumentos, como la existencia de la polisemia; si el isomorfismo es un planteamiento correcto, ¿cómo es posible que una palabra tenga varios significados? En opinión de Geeraerts (1990, 1997), entre la polisemia, entendida como una estructura radial con un núcleo prototípico y diversos significados periféricos, y el isomorfismo lingüístico no se establece una relación excluyente sino más bien una relación complementaria; para este autor ambos fenómenos responden a principios cognitivos relacionados con la eficiencia comunicativa, por lo que pueden coexistir perfectamente. Así, la polisemia es eficiente para el hablante puesto que le permite crear e incorporar nuevos significados en su sistema cognitivo utilizando el conocimiento que ya posee (información en forma de estructuras prototípicas), y el isomorfismo es eficiente para el oyente porque tiende a facilitarle la interpretación de los mensajes lingüísticos. Por ello, las lenguas manifiestan en su estructura tanto aspectos cognitivos relacionados con la polisemia como cierta propensión a mantener el equilibrio isomórfico entre las palabras y sus significados⁶⁰.

Pese a todo lo comentado, es importante insistir en que el nivel de iconicidad de las lenguas es variable y, de hecho, tiende a mitigarse con el tiempo, debido a la erosión que produce en el isomorfismo y en la motivación el uso pragmático (Haiman, 1985). En los primeros estadios de

⁶⁰ Volveremos a tratar este asunto en el capítulo 3.

las lenguas, la iconicidad es muy alta, tanto en los aspectos formales como semánticos, pero a medida que pasa el tiempo el sistema se va volviendo más opaco cada vez, lo que genera la sensación de que es totalmente convencional.

Existen diversos ejemplos que muestran usos del lenguaje muy icónicos opuestos a otros sistemas más opacos (Haiman, 1980). El habla infantil posee un gran nivel de isomorfismo y de motivación (ausencia de polisemia y de ambigüedad, uso de los elementos gramaticales más generales, tendencia a la nivelación morfológica), pero a medida que el niño crece, esa iconicidad va desapareciendo parcialmente (opacidad). De igual modo, los lenguajes de especialidad y las jergas son siempre mucho más icónicos que los registros más generales.

Por todo ello, la iconicidad no debe considerarse un principio universal del lenguaje sino sólo como una tendencia relativa que, junto con otros aspectos de la cognición como el desarrollo de la polisemia o el uso de metáforas y metonimias, facilita el uso y comprensión del lenguaje.

2.10.2. Los principios de iconicidad

Como acabamos de ver, la iconicidad es la tendencia natural del lenguaje a mantener el equilibrio entre forma y contenido, por lo que la gramática puede entenderse como un diagrama complejo que refleja las propiedades del diagrama-referente, es decir, de la complejidad del mundo expresado. Aunque, como hemos comentado, esta iconicidad se diluye con el tiempo, siempre es posible recuperar de las lenguas ciertas regularidades que muestran que la iconicidad diagramática subyacente no desaparece nunca por completo. Este hecho es especialmente visible al examinar los denominados principios de iconicidad (Cifuentes y Tornel, 1996; Dotter, 1995; Givón, 1991; Haiman, 1985; Moure, 2001). Estos principios, de carácter universal, muestran que ciertas pautas icónicas guían la lógica interna de la gramática de un modo constante. A continuación mostraremos ejemplificadamente en qué consisten los tres principios de iconicidad.

1) El principio de cantidad. Es el principio icónico por el cual los hablantes tienden a asociar más forma con más significado y menos forma

con menos significado. Este principio explica numerosos fenómenos, como los siguientes:

1a) Las palabras más generales en cualquier lengua y de significado más básico son muy breves (monosílabas o bisílabas) y a la inversa. Así, los conceptos fundamentales tienden a ser más cortos (porque se emplean mucho) y los tecnicismos (que se emplean menos) más largos. Este hecho se relaciona con la teoría del nivel básico que examinamos en el apartado 2.8 y explica por qué los términos de ese nivel (los más polisémicos y frecuentes) tienden a ser más cortos que los de los niveles subordinado y superordinado.

1b) En todas las lenguas la formación del plural supone un aumento de la sustancia fónica con respecto al singular. Hay lenguas, incluso, que forman el plural repitiendo dos veces el singular, fenómeno que se denomina reduplicación (Inchaurrealde y Vázquez, 2000: 11). Por ejemplo, en zulú *cow-cow* significa VACAS (*cows* en inglés).

1c) Existe una tendencia en todas las lenguas a que las formas del subjuntivo tengan más sustancia fónica (o experimenten algún cambio morfológico) que sus correlatos en indicativo. Compárense, por ejemplo, las formas “he comido” o “había comido” (indicativo) con “haya comido” y “hubiera comido” (subjuntivo).

Todos estos hechos han permitido que se desarrolle una teoría denominada morfología natural (Gaeta, 2001; Pérez Saldanya; 1998). Esta morfología natural considera que las palabras se oponen entre sí formando parejas de opuestos con un término no marcado (más general) y otro marcado (más especializado) de modo que los términos no marcados siempre son más icónicos en virtud de la siguiente escala de iconicidad (Pérez Saldanya, 1998: 848):

a) Máxima iconicidad. La forma marcada se obtiene añadiendo un afixo a la no marcada. El plural de *mujer* se forma añadiendo el afixo –es: *mujeres*.

b) Iconicidad intermedia. La forma marcada se obtiene añadiendo un rasgo de modulación a la no marcada. Por ejemplo, en latín el plural de *domus* (CASA) se obtiene alargando la vocal de la desinencia del singular: *dom[u:]s*.

c) Mínima iconicidad. La forma marcada se forma mediante alguna alteración de la no marcada. En inglés el plural *teeth* (DIENTES) y el singular *tooth* presentan una alternancia vocálica.

d) Falta de iconicidad. La forma marcada es igual a la no marcada. El sustantivo *lunes*, por ejemplo, puede ser singular o plural.

e) Contraiconicidad. La forma marcada es formalmente más simple que la no marcada. En español, el plural *currícula* es más simple que el singular *currículum*.

Esta escala es de suma importancia en la configuración léxica de las lenguas y permite establecer “predicciones tanto sincrónicas como diacrónicas. Las oposiciones más altas de la jerarquía son las más naturales, o las más óptimas, ya que la simbolización lingüística está motivada icónicamente. Teniendo en cuenta este hecho, no es de extrañar que las oposiciones más altas de la jerarquía sean las que se documentan en muchas más lenguas, y que los cambios lingüísticos (...) tiendan a reemplazar oposiciones bajas en la jerarquía por oposiciones más altas” (Pérez Saldanya, 1998: 848). Precisamente, por esta razón, en español coloquial es cada vez más frecuente escuchar como plural de *currículum* la forma *currículums*, totalmente icónica.

2) El principio de proximidad. Este principio señala que las entidades próximas funcional, conceptual o cognitivamente tienden a situarse juntas, mientras que aquellas que no mantienen relaciones de dependencia conceptual pueden separarse con más facilidad. Este principio explica fenómenos como los siguientes:

2a) Las funciones sintácticas vinculadas estrechamente al verbo (como el CD, el Suplemento o el Atributo en el predicado nominal) suelen ir inmediatamente detrás de él en la oración. Cuando esto no sucede, la oración puede ser correcta gramaticalmente, pero resulta menos natural, como se aprecia en los siguientes ejemplos:

- (1) Miguel compró el pan por la tarde en la tienda de la esquina (orden icónico)
- (2) Miguel compró en la tienda de la esquina el pan por la tarde (orden poco icónico)
- (3) Miguel es el médico del pueblo desde ayer por la tarde (orden icónico)
- (4) Miguel es desde ayer por la tarde el médico del pueblo (orden poco icónico)

2b) Análogamente, los sintagmas que desempeñan funciones sintácticas periféricas poseen una mayor libertad sintáctica, precisamente porque su ligazón con el núcleo verbal es mucho menor.

2c) También se observa iconicidad en español en el CD preposicional (Delbecque, 1998b; Cifuentes y Tornel, 1996: 26-27). Si no hay preposición, la trabazón conceptual entre la acción verbal y el CD es más inmediata (menos distancia), mientras que cuando hay preposición (más distancia) se le dota de cierta autonomía al CD (que se acerca semánticamente al CI, es decir, un PACIENTE) lo que hace que se pueda interpretar como una entidad dotada de mayor independencia semántica. Veamos unos ejemplos:

(5) Luis venció la pereza de trabajar (lo hizo de forma casi automática)

(6) Luis venció a la pereza de trabajar (la pereza persistió un tiempo)

(7) Aquí fue donde Raúl pescó los peces (lo importante es la acción y el lugar)

(8) Aquí fue donde Raúl pescó a los peces (lo importante son los peces, que se resistieron)

3) El principio de orden secuencial. El orden de los elementos en la secuencia también se articula a partir de ciertas pautas icónicas, puesto que tendemos a considerar que el desarrollo del discurso equivale al paso del tiempo, razón por la cual, los hablantes tienden a ordenar los elementos en la oración siguiendo el orden en que tienen lugar los acontecimientos. Esto explica diversos fenómenos, como los siguientes:

3a) El patrón básico o no marcado SVO (sujeto, verbo, objeto) es el más habitual en todas las lenguas porque es el más icónico y natural, pues presenta la escena descrita ubicando los elementos de acuerdo con su importancia; primero el sujeto, causante prototípico del evento denotado por el predicado, después el verbo, expresión de la acción efectuada por el sujeto y por último el objeto, elemento afectado por la acción verbal⁶¹.

3b) El principio de orden secuencial también explica un fenómeno muy interesante en español: la dislocación del objeto (Padilla García, 2005). En muchas ocasiones, al situar el objeto delante del sujeto surge en español una huella sintáctica: un pronombre átono correferencial con el complemento directo. Este clítico es una evidencia de que el orden natural ha sido alterado violentamente y confirma la validez del principio de

⁶¹ Para un detallado examen de las propiedades icónicas y psicolingüísticas del patrón SVO véase Padilla García (2005: 43-48).

orden secuencial. Naturalmente, la ausencia de ese clítico hace que, en condiciones pragmáticamente neutras, el enunciado sea agramatical. Veamos algunos ejemplos:

- (9) Vi ayer a Luis (orden icónico)
- (10) A Luis *lo* vi ayer (orden contraicónico)
- (11) Regaré las flores por la mañana (orden icónico)
- (12) Las flores *las* regaré por la mañana (orden contraicónico)
- (13) *A Luis vi ayer.
- (14) *Las flores regaré por la mañana.

En suma, la iconicidad lingüística, sin ser una ley absoluta, sí permite explicar numerosos fenómenos lingüísticos y confirma la tesis cognitivista de que los cambios en la forma deben obedecer siempre a algún cambio semántico, puesto que la relación entre forma y contenido tiende a mantener una relación isomórfica. A su vez, la iconicidad también refuerza la tesis de que la experiencia perceptiva de los hablantes le impone una lógica a la gramática, lo que relativiza la hipótesis clásica de que entre el significante y el significado se establece una relación completamente arbitraria⁶².

2. 11. El concepto de construcción en el paradigma cognitivista

Como hemos ido viendo, para la lingüística cognitiva el lenguaje es un sistema simbólico de unidades convencionalizadas que se organiza en categorías prototípicas entre las que se establecen fronteras difusas. Los núcleos de esas categorías (los MCI) sufren transformaciones por efectos metafóricos y metonímicos, razón por la cual estos mecanismos vehiculan la transformación de la información concreta en información más abstracta. Por otro lado, debido a que la experiencia física y cultural juega un papel decisivo en la configuración lingüística y a que el léxico en este modelo tiene carácter enciclopédico (se ve influido por el conocimiento del mundo del hablante), la forma lingüística tiende a mantener un equilibrio icónico con la información conceptualizada. Por todas estas razones, en este paradigma la sintaxis no tiene una existencia

⁶² Las lenguas de signos de los sordomudos no son, aunque pudiera parecerlo, mucho más icónicas que las lenguas orales, y en ellas, al igual que en las orales, los fenómenos icónicos desempeñan la misma función: la búsqueda de un equilibrio natural entre la forma simbólica y el contenido abstracto (Báez, Cabeza y Massone: 2004).

independiente de la semántica o de la pragmática; los tres niveles operan simultáneamente en la mente del hablante, quien activa sucesivamente una serie de MCI según sus necesidades comunicativas.

Este planteamiento de la lingüística cognitiva choca frontalmente con la concepción generativista de la sintaxis. En el modelo chomskyano la sintaxis no sólo es totalmente autónoma, sino que constituye el centro de interés de la investigación lingüística; para los generativistas el lenguaje es fundamentalmente una arquitectura sintáctica gobernada por reglas matemáticas, arquitectura que no se ve influida ni por la mente del hablante ni por el contexto de habla. Los cognitivistas se van a oponer a este planteamiento ya que, por las razones anteriormente expuestas, para ellos no es posible segmentar de un modo discreto los distintos niveles del lenguaje; forma y contenido son parte de un continuo que carece de fronteras nítidas, razón por la cual no sólo existe un significado léxico-semántico sino que también existe un significado construccional.

Langacker (1987, 1991, 1999) propone una visión especialmente intensa de este planteamiento básico. Para él en el lenguaje sólo hay dos polos, el fonológico y el semántico, de manera que la sintaxis no puede existir sin un soporte simbólico. Así, el modelo de la Gramática Cognitiva de Langacker se caracteriza por su naturaleza esencialista, puesto que asume la idea de que no puede existir una forma gramatical “vacía”, es decir, sin contenido léxico. La consecuencia de este punto de vista es que para Langacker la construcción forma una unidad de análisis en sí misma, puesto que cada estructura es siempre reflejo de una conceptualización diferente, de manera que cada cambio en la forma se debe siempre a un cambio semántico.

La tesis de que entre lo léxico y lo gramatical no hay diferencias discretas es aceptada por todos los lingüistas cognitivos, si bien los distintos autores han propuesto interpretaciones propias⁶³. Una de las aportaciones más interesantes es la Gramática de Construcciones de Goldberg (1995). Esta autora reconoce el valor simbólico de las construcciones y su estrecha vinculación con lo léxico aunque introduce una diferencia capital con respecto al modelo langackeriano: para ella el significado léxico y el significado construccional están separados, si bien

⁶³ Puede verse una revisión crítica de las distintas gramáticas de construcción en Croft y Cruse (2008: 333-374).

ambos mantienen gran solidaridad conceptual. De este modo, habría un significado derivado de los elementos léxicos y otro derivado de la construcción.

Para Goldberg este planteamiento resulta muy acertado puesto que permite dar una interpretación alternativa a diversos aspectos lingüísticos. Uno de los fenómenos que reciben una explicación diferente al aplicar este modelo es el de la polisemia. Para Langacker la polisemia sería el resultado de la alteración por efectos metafóricos y metonímicos de un núcleo prototípico o esquema de imagen que va generando conceptualizaciones nuevas que orbitan alrededor de ese núcleo y entre las que se establecerían vínculos nodulares que darían forma de red al contenido semántico del término polisémico. Así, cada alteración del contenido daría lugar a un significado nuevo, significado que puede estar más o menos convencionalizado⁶⁴. Goldberg considera que la polisemia no tiene un alcance tan extremo como cree Langacker, algo que se puede apreciar en el siguiente ejemplo (Mateu Fontanals, 2009: 293-294). Observemos las siguientes oraciones en inglés, en las que aparecen diferentes posibilidades sintácticas del verbo *dance* (BAILAR):

- (1) Sami danced (construcción intransitiva)
Trad. Sami bailó.
- (2) Sami danced a great dance / polka (construcción con objeto)
Trad. Sami bailó un baile / una polca.
- (3) Sami danced across the hall (construcción intransitiva de movimiento)
Trad. Sami atravesó el vestíbulo bailando.
- (4) Marco danced Sami across the hall (construcción transitiva de movimiento causado)
Trad. Marco hizo que Sami atravesara el vestíbulo bailando.
- (5) Sami danced his feet sore (construcción resultativa)
Trad. A Sami le quedaron los pies doloridos de tanto bailar.
- (6) Sami danced his way to the record books (construcción de *one's way*)
Trad. Sami entró en los libros de récords gracias a sus bailes.

⁶⁴ Es decir, para Langacker el afianzamiento de un nuevo valor es gradual, de manera que algunos estarán totalmente convencionalizados y otros serán más inestables. Volveremos a tratar este asunto en el capítulo siguiente.

(7) Sami danced the night away (construcción de *time away*)

Trad. Sami se pasó la noche bailando.

(8) Sami danced his head / butt off (construcción de *one's head / butt off*)

Trad. Sami bailó mucho (lit: A Sami se le fue la cabeza / el culo de tanto bailar)

En opinión de Goldberg, no resulta muy apropiado considerar que *dance* tiene ocho significados distintos, uno por cada configuración sintáctica. Para esta lingüista el significado de *dance* en todas estas oraciones es el mismo, siendo el significado construccional el que cambia. Tendríamos, por tanto, un significado verbal (el que aporta, en este caso, *dance*) derivado de nuestro conocimiento enciclopédico del mundo, y un significado construccional. El significado verbal aporta una serie de participantes ('participant roles') mientras que el significado construccional aporta los argumentos de la construcción ('argument roles'). De esta manera, en la oración intransitiva de movimiento de (3), por ejemplo, hay dos roles argumentales, tema y meta, que se corresponden con un elemento que se mueve y un lugar por el que se mueve, y un rol participante impuesto por la semántica enciclopédica del verbo, 'el bailarín' (Sami en el ejemplo aducido).

Naturalmente, entre los roles participantes y entre los argumentos construccionales se tiene que establecer una relación que respete los dos principios básicos de la Gramática de Construcciones: el principio de la coherencia semántica y el principio de correspondencia (Goldberg, 1995). El principio de coherencia semántica dictamina que sólo se pueden fusionar los roles que sean semánticamente compatibles entre sí, mientras que el principio de la correspondencia establece que cualquier rol verbal que esté destacado y que esté expresado se tiene que fusionar con un rol argumental también destacado. Estos principios explican que en (3) el tema argumental coincida con el rol verbal 'el bailarín' y que la meta argumental coincida con el lugar (el vestíbulo) por el que se mueve el tema. Estas mismas operaciones se pueden aplicar al resto de oraciones con *dance*, de modo que un mismo contenido verbal se materializa en construcciones diferentes, según los roles argumentales que se activen. De hecho, Goldberg considera que los significados construccionales pueden ser más o menos complejos (como queda patente en los ejemplos anteriores); los hay más sencillos y más elaborados cognitivamente.

Además, las construcciones mantienen relaciones entre sí gracias a los enlaces de herencia ('inheritance links'), relaciones que pueden ser polisémicas, de extensión metafórica, de relación parte-todo y de elaboración⁶⁵.

La Gramática de Construcciones de Goldberg ha suscitado un gran interés desde que fue propuesta, aunque también ha recibido algunas críticas por parte de algunos lingüistas cognitivos. Broccias (2006) considera que la propuesta de Goldberg es muy interesante porque ha situado a las construcciones en un lugar destacado dentro de la investigación lingüística y porque ha reivindicado que las construcciones también tienen significado propio, como sucede con las unidades léxicas. Sin embargo, este autor destaca que la propuesta de Goldberg tiene tres puntos débiles. Por un lado, en este modelo se concede más importancia a los significados de la construcción que a los significados de las palabras, algo muy difícil de justificar. Por otra parte, desde un punto de vista cognitivo resulta muy discutible que se pueda establecer una división estricta entre el significado léxico y el construccional. Por último, para Broccias resulta problemático que en la Gramática de Construcciones los distintos significados léxicos y construccionales se puedan separar unos de otros de manera clara.

Al margen de diferencias teóricas concretas, los planteamientos cognitivistas han demostrado que las construcciones tienen una importancia fundamental en el análisis lingüístico y que mantienen múltiples relaciones con los elementos léxicos. Además, según sus planteamientos, es el uso cotidiano del lenguaje el que da forma a los emparejamientos simbólicos entre contenido conceptual y estructura sintáctica, de manera que ambos planos dependen por igual del contexto comunicativo, motor básico de la configuración del lenguaje para la lingüística cognitiva.

2.12. El sustrato filosófico: fenomenología y experiencialismo

Como indicábamos al principio de este capítulo, la lingüística cognitiva se basa en una serie de conceptos que tienen antecedentes filosóficos próximos en el tiempo. Mientras Saussure establecía a

⁶⁵ Para una explicación de estos enlaces véase Goldberg (1995) y Mateu Fontanals (2009).

principios del siglo XX la independencia epistemológica de la lingüística y formulaba teorías de análisis muy formalistas que iban a generar numerosas corrientes en diversos países del mundo, los filósofos empezaban a trabajar en hipótesis muy diferentes, que serían retomadas décadas después por los fundadores del cognitivismo lingüístico.

Desde Platón, un intenso idealismo ha caracterizado los estudios filosóficos. Casi siempre se ha considerado en el marco de la filosofía que los objetos del mundo tienen una existencia autónoma, independiente del observador. Este hecho es reflejo fiel de la dicotomía platónica entre un mundo sensible y un mundo ideal, de objetos perfectos, presentada en *La República*; así, para la filosofía lo importante sería estudiar los objetos metafísicos y atemporales, y no los hechos mundanos, desprovistos de interés. Este planteamiento desterró de la especulación filosófica todos los elementos que tuvieran que ver con la corporeidad y con los aspectos más terrenales de la naturaleza humana, de modo que los objetos elevados (el alma, la belleza, la verdad) recibieron excluyentemente la atención de los pensadores (Muñoz Gutiérrez, 2001).

Sin embargo, el punto de vista del hablante y su subjetividad empiezan a ser considerados con mucha determinación por la filosofía en la primera mitad del siglo XX, hasta el punto de que podría decirse que el cuerpo pasa a ser el punto de partida para comprender cómo interpreta nuestra conciencia el mundo y cómo funciona el lenguaje, un lenguaje que se considera que está corporeizado (Johnson, 1987; Ziemke, 2003).

Uno de los precursores de este cambio de rumbo es Wittgenstein, autor que empieza a interesarse por el problema del lenguaje como herramienta de conocimiento. En 1922 este filósofo publica su *Tractatus logico-philosophicus*, obra en la que, con un estilo aforístico y fragmentario, el gran pensador de Viena intenta hallar las fórmulas lógicas que regulan el funcionamiento del lenguaje; si las matemáticas son un lenguaje ideal sin ambigüedades, encontrar la base matemática del lenguaje permitiría utilizarlo con gran precisión, sin errores de medida. A lo largo del texto, Wittgenstein comprueba que esa formalización del lenguaje es imposible, lo que le lleva a reorientar sus investigaciones (Beuchot, 2005: 223-233).

Tras ese primer intento, Wittgenstein se entrega a otras ideas que le conducirán a su gran obra *Investigaciones filosóficas*, publicada póstumamente en 1954. En este libro, el más influyente de la filosofía del lenguaje del siglo XX, Wittgenstein propone una concepción del lenguaje

creativa y profundamente subjetiva, en la que las lenguas son como juegos desarrollados por los hablantes durante su comunicación diaria. De este modo, el significado se vincula al contexto pragmático, por lo que las experiencias cotidianas pasan a ser fundamentales en las reflexiones sobre el lenguaje⁶⁶. Es precisamente en este trabajo en el que aparece la versión más primitiva de lo que con el tiempo habría de ser la teoría de prototipos⁶⁷.

Por otro lado, mientras Wittgenstein trabajaba en sus teorías E. Husserl fundaba la fenomenología, una de las más relevantes doctrinas filosóficas contemporáneas, que desarrollaron autores como M. Heidegger (con un enfoque existencialista) o M. Merleau-Ponty (Beuchot, 2005). A continuación, basándonos en el trabajo de Veyrat Rigat (1998), exponemos brevemente las principales ideas de la fenomenología y cómo han influido en la concepción del lenguaje.

- a) La fenomenología considera que los objetos del mundo clásico no tienen una existencia independiente del observador, puesto que un objeto es como es porque un sujeto, desde su corporeidad, lo percibe así. Por tanto los objetos no existen y pasan a ser 'fenómenos'.
- b) Por la propiedad anterior, se da una gran distancia entre sujetos y objetos. Para Husserl el puente entre ambos sería el significado, entendido como la voluntad de crear que caracteriza al sujeto.
- c) El mundo es concebido como un gran texto que debe ser interpretado por los sujetos y el lenguaje será la herramienta para hacerlo.
- d) Los fenómenos (objetos interpretados) dejan huella en el lenguaje que los interpreta, por lo que el entorno del sujeto y del objeto están fusionados en el acto lingüístico.

⁶⁶ En palabras de Wittgenstein: "Nosotros reconducimos las palabras de su empleo metafísico a su empleo cotidiano" (Wittgenstein, 1988: 125).

⁶⁷ Que Wittgenstein es el precursor de la teoría de prototipos es un hecho aceptado en lingüística cognitiva, aunque hay diversos investigadores ajenos a esta corriente que no están de acuerdo con esta tesis. Para un interesante análisis de este debate, véase el trabajo de Givón (1986). También hay autores que piensan que incluso la teoría cognitiva de la metáfora de Lakoff y Johnson se encuentra parcialmente enunciada en las *Investigaciones filosóficas*. Para esta cuestión véase el trabajo de Winiarska (2004).

e) Merleau-Ponty da un paso más y asegura que la constitución de los objetos no se realiza pensando, sino viviendo. Para este autor, la corporeidad y la percepción permiten que el lenguaje desempeñe su labor exegética (Merleau-Ponty, 1975).

f) El lenguaje debe tener una entidad dialógica y no monológica ya que la constitución del 'yo' sólo puede hacerse a partir de la constitución del 'otro'.

g) En suma, el lenguaje es uno de los objetos de estudio nucleares de la fenomenología por una sencilla razón; en él podemos encontrar el rastro de lo que podemos percibir (puesto que lo percibido le deja huella), por lo que para conocer los fenómenos y, a partir de ellos, los objetos, habremos de acudir al lenguaje puesto que es su espejo más directo.

Como vemos, en estas ideas se encuentran muchas de las claves de la lingüística cognitiva, como la idea de que el lenguaje es un medio de creación (a partir de las metáforas y metonimias) que está influido por las experiencias vitales de los hablantes. También se encuentra en la fenomenología un planteamiento próximo al de la iconicidad: la idea de que forma y contenido son inseparables, razón por la cual se influyen mutuamente. Y naturalmente el punto de vista, la corporeidad y la subjetividad son conceptos básicos tanto de esta perspectiva filosófica como de la lingüística cognitiva.

En definitiva, todas estas nuevas ideas, adscritas a lo que en filosofía se conoce genéricamente como experiencialismo, son el antecedente más claro del modelo cognitivista de estudio del lenguaje.

2.13. Conclusiones

A lo largo de este capítulo hemos examinado las principales características de la lingüística cognitiva con el objeto de establecer cuál va a ser la base teórica de nuestra tesis doctoral. Consideramos que este modelo ofrece herramientas de análisis enormemente útiles para estudiar los verbos de percepción, razón por la cual, y como veremos a lo largo de los próximos capítulos, pensamos que se trata de la elección teórica más adecuada.

Para la lingüística cognitiva, el mundo ofrece un caos fenomenológico que el ser humano debe categorizar para poder crear un lenguaje que

resulte eficaz en el ejercicio cotidiano de la comunicación. Como hemos visto, los hablantes perciben la realidad con su cuerpo, y a través del lenguaje y del resto de capacidades cognitivas transforman los estímulos en prototipos experienciales denominados modelos cognitivos idealizados (MCI). Estos prototipos, diseñados tanto con factores psicobiológicos constantes como con patrones culturales específicos de cada comunidad, constituyen la base del lenguaje y son la fuente de otros significados más abstractos que, por medio de las metáforas y las metonimias, van emergiendo con el tiempo en la conciencia de los hablantes. Así, las metáforas y las metonimias actúan como el eje entre la experiencia y el pensamiento y posibilitan que los distintos MCI mantengan múltiples relaciones de contacto, como redes conceptuales que se fusionan y superponen en nuestro sistema simbólico.

Naturalmente, debido a este modo de categorizar la realidad, el lenguaje no se comporta como un sistema impermeable de niveles discretos sino como un filtro cognitivo en el que se entrecruzan y relacionan de múltiples modos la sintaxis, la semántica y la pragmática, formando un tejido conceptual altamente icónico.

En el siguiente capítulo estudiaremos cómo se puede aplicar este modelo al estudio del cambio lingüístico, puesto que el propósito de nuestra tesis doctoral es analizar la evolución semántica (en sentido cognitivo) de los verbos de percepción más importantes de la lengua española.

CAPÍTULO 3: LA SEMÁNTICA DIACRÓNICA

3.1. El problema del cambio semántico

Que el significado de las palabras cambia con el tiempo es uno de los hechos más evidentes de la evolución de las lenguas naturales. A diferencia de lo que sucede con la morfosintaxis o los sistemas fonológicos (elementos lingüísticos que evolucionan con extrema lentitud), el significado se halla sometido a transformaciones constantes, perceptibles por cualquier hablante. Basta para comprobarlo con examinar el modo de hablar de los distintos miembros de una misma familia, puesto que es frecuente que las diferencias de edad suelen estar acompañadas por notables divergencias expresivas en lo que al empleo del léxico se refiere. Así, es habitual que las mismas realidades sean nombradas con términos distintos por cada integrante de la familia, de igual modo que ciertos usos semánticos son privilegiados o mitigados por cada uno de un modo particular.

Los cambios léxicos y semánticos, debido a su capital importancia, han sido ampliamente discutidos por diferentes teorías lingüísticas. En nuestra tesis doctoral vamos a trabajar con la última teoría sobre lexicología diacrónica, la propuesta por la lingüística cognitiva; no obstante, como ya hicimos en el capítulo precedente, también vamos a examinar otras posturas, de las que el modelo elegido toma en ocasiones conceptos y de las que en otros aspectos se distancia.

Para poder llevar a cabo nuestro recorrido es conveniente aclarar ciertos conceptos, puesto que en el terreno de la semántica histórica ha habido con frecuencia una gran confusión conceptual. Por ello, siguiendo a Silva (2006: 86-87), debemos establecer ciertas distinciones previas:

- a) Distinción entre mecanismos y motivaciones del cambio semántico. Una cosa es estudiar por qué surgen nuevos significados, es decir, cuáles son las causas o motivaciones del cambio, y otra es analizar cómo surgen esos nuevos significados, esto es cuáles son los mecanismos del cambio. Aunque estas

variables están relacionadas (las causas aclaran las razones de los cambios posibilitados por los mecanismos) es importante no confundirlas.

b) Distinción entre semasiología y onomasiología. Una cosa es estudiar la evolución de una única palabra en el tiempo y los distintos significados que ha desarrollado (polisemia) y otra muy distinta es estudiar cómo diversas palabras se complementan o rivalizan entre sí a la hora de lexicalizar un determinado concepto. El estudio de las palabras aisladas es semasiológico y el estudio de un grupo de términos en relación con un único concepto que debe ser nombrado es onomasiológico.

c) Distinción entre aspectos cualitativos y aspectos cuantitativos del cambio. Los aspectos cualitativos se relacionan con la naturaleza de las causas y mecanismos del cambio semántico y con sus pautas subyacentes, mientras que los aspectos cuantitativos tienen que ver con la influencia que los patrones de uso (efectos de prototipicidad, mecanismos preferentes cognitivamente, etc.) ejercen sobre las causas y mecanismos.

d) Distinción entre significado referencial y significado no referencial. No debe confundirse entre los significados referenciales (conceptuales, denotacionales) y los significados no referenciales (emotivos, estilísticos, sociolingüísticos y discursivos), mucho más abstractos que aquellos.

e) Distinción entre mecanismos lexicogenéticos y mecanismos sociolexicológicos. Una cosa son los mecanismos lexicogenéticos de formación de nuevos significados o palabras, y otra los mecanismos en virtud de los cuales los cambios individuales se propagan hacia la totalidad de la comunidad de habla, cambios denominados sociolexicológicos.

Todos estos conceptos, vinculados estrechamente con aspectos morfológicos, cognitivos, pragmáticos y sociolingüísticos, han aparecido desde siempre en las investigaciones semánticas de corte diacrónico, aunque, como vamos a ver, cada escuela las ha empleado de un modo particular.

3.2. Cambio semántico, cambio léxico y etimología

Desde que existen la gramática y la filología el ser humano ha reflexionado acerca del origen y naturaleza de las palabras. Podría decirse que los hablantes siempre han tenido claro que sus lenguas se componían de unos elementos muy concretos, los vocablos, con los que se podía expresar un número potencialmente infinito de mensajes, relacionados con objetos del mundo, con informaciones diversas e, incluso, con los propios sentimientos. Se entendía así que las palabras podían codificar experiencias semánticas, experiencias caracterizadas por su enorme abstracción. Por ello, la parte sémica de la lengua se percibía como muy vaporosa y etérea (a diferencia de lo que sucede con otras partes de la lengua como su sintaxis o su fonética, mucho más tangibles), razón por la cual se entendía que era algo inasible académicamente.

El hecho de que el significado sea algo tan abstracto explica que su estudio científico sea muy reciente. Mientras que los análisis sobre morfología y sintaxis se iniciaron hace muchos siglos y han tenido una enorme tradición, debemos esperar al siglo XIX para que aparezca la semántica. Antes de ese siglo los estudios sobre las palabras tenían un sesgo lexicológico muy formal, relacionado sobre todo con la etimología, es decir, con el estudio del origen de las palabras; como se creía que el significado era demasiado vago como para poder analizarlo y acotarlo con algún tipo de regla, los eruditos de la antigüedad se contentaban con establecer de dónde procedía cada palabra y cuál era su significado básico, sin entrar en mayores análisis.

Aun así, esto no significa que aquellos filólogos no tuvieran conciencia de que las palabras cambiaban de significado con el paso del tiempo. Ya Aristóteles había expuesto en su *Poética* que la metáfora, tal y como podía observarse en los textos de Homero, era el medio más frecuente para transformar el contenido literal de las palabras. Asimismo, en la antigua Grecia se iniciaron estudios sobre las figuras retóricas (continuados por la tradición posterior) para poder comprender por qué ciertas palabras tenían múltiples significados que orbitaban alrededor de algún valor central del que surgían (Warren, 1992: 1). De hecho, las reflexiones teóricas que sobre los tropos (metáfora, metonimia, antonomasia, hipérbole, etc.) hicieron los escritores de la antigüedad podrían entenderse como una primera clasificación, muy poco homogénea, de los

cambios de significado, clasificación que perdura hasta el siglo XIX (Svoboda, 1960: 249). Sin embargo, como acabamos de comentar, la principal preocupación de todos estos autores era determinar el valor original de las palabras, su valor etimológico⁶⁸, aquel del que derivaban todos los demás.

Naturalmente, el quehacer etimológico desarrollado en el mundo clásico carecía de la adecuada fundamentación científica, razón por la cual los filólogos partían a menudo más de su intuición que de un conocimiento profundo de las lenguas que estaban estudiando. Este modo de proceder dio lugar a lo que Geeraerts ha denominado 'etimología especulativa' (Geeraerts, 2010: 2). Por ejemplo, los estudiosos de la antigüedad pensaban que el sustantivo latino *mors*, que significaba MUERTE, procedía de *amarus* (AMARGO) o, quizá, del teónimo *Mars* (Marte, el dios de la guerra). El motivo radica en que la muerte es algo desagradable, igual que un sabor amargo, y en que Marte era una deidad que solía causar muerte y destrucción. Sin embargo, los filólogos de la Edad Media interpretaron el origen de *mors* de un modo distinto, influidos por sus propios dogmas culturales; en su opinión, este término estaba relacionado con *morsus* (MORDER), puesto que la muerte era la consecuencia derivada de que Eva mordiera el fruto prohibido en el Jardín del Edén (Geeraerts, 2010: 3). Lo interesante, como señala Geeraerts, no es el grado de rigor de estas etimologías, sino el hecho de que en ellas entran en juego los mecanismos lexicogenéticos que la semántica cognitiva propondrá siglos después, puesto que las etimologías de *mors* propuestas no son más que proyecciones metafóricas y metonímicas en el sentido más puramente conceptual.

El interés por el origen de las palabras tuvo especial importancia durante los siglos XVI y XVII. En esa época se desata un repentino interés por conocer el origen de las lenguas vulgares (es decir, las lenguas románicas), ya que muchos filólogos y sabios humanistas se entregaron a la tarea de rastrear el pasado de estas lenguas con el objeto de dignificarlas y ponerlas a la altura del latín, que seguía siendo la lengua

⁶⁸ Recordemos que *etimología* significa PALABRA VERDADERA, pues es un término formado a partir de *ετυμος* (VERDADERO, CIERTO) y *λόγος* (PALABRA) (Corominas y Pascual, 1980-1991). De este modo, el estudio etimológico busca hallar el significado "auténtico", diferenciándolo del resto de valores espurios que las palabras producen con el tiempo.

más empleada en el mundo científico pese a ser una lengua muerta desde el siglo VI (Fernández Jaén, 2009: 59). Se pensaba que estudiando la etimología de cada palabra se podía demostrar que una lengua tenía una gran antigüedad, algo muy trascendente en una época de intensas transformaciones políticas y religiosas⁶⁹. Aunque la lexicología de entonces seguía siendo imperfecta, se alcanzaron algunos frutos interesantes, como el *Tesoro de la lengua castellana o española* que publicó en 1611 Sebastián de Covarrubias, trabajo que constituye el primer gran diccionario etimológico de la lengua española. Por tanto, comprobamos que mientras que la etimología y la lexicología (en su sentido más puramente morfológico) tienen siglos de vida, la semántica, tanto sincrónica como diacrónica, es muy tardía.

En el capítulo precedente anunciábamos que para Geeraerts (1999), la semántica ha pasado por cinco grandes períodos: la semántica preestructuralista, la semántica estructuralista, la semántica generativa, la semántica lógica y la semántica cognitiva. Pues bien, de estas cinco tendencias sólo tres han tenido desarrollo de tipo histórico, la preestructuralista, la estructuralista y la cognitiva. Tanto la semántica generativa como la semántica lógica son sincrónicas por definición, puesto que sus planteamientos teóricos, de marcado carácter matemático, no admiten fácilmente una aplicación diacrónica; si el significado se puede concebir como un núcleo irreducible de formalizaciones lógicas desconectado del contexto pragmático y de la psicología del hablante, cabe suponer que su naturaleza es esencialmente inalterable y, por tanto,

⁶⁹ En ese período se descubre América y se inician los procesos de colonización, procesos en los que tuvo gran importancia el uso de la lengua como herramienta de poder. Piénsese, por ejemplo, en la gramática que Nebrija publicó en 1492 y en la extrema politización de la lengua, como reflejo de una hegemonía nacional; una nación que tiene una lengua milenaria es por fuerza una nación también milenaria y, por ello, poderosa. En el plano religioso, la demostración de que una lengua era muy antigua resultaba muy pertinente, puesto que su avanzada edad la hacía más pura al estar más cerca de un hipotético origen divino. En su afán por buscar un pasado muy remoto para las lenguas vulgares, muchos estudiosos afirmaron cosas disparatadas. Por ejemplo, autores como Ximénez Patón o Gonzalo Correas llegaron a defender la tesis de que el español ya existía en la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos y que, por tanto, no tenía ninguna filiación con el latín (Azorín Fernández, 2000: 100).

atemporal⁷⁰. Por su parte, las otras tres teorías mantienen entre sí relaciones de convergencia y de divergencia de intensidad variable, que pasamos a examinar a continuación.

3.3. La semántica histórica preestructuralista

A lo largo del siglo XIX tiene lugar una auténtica revolución científica en numerosos campos del saber; la biología da pasos de gigante gracias a las teorías evolucionistas de Darwin, en química se producen notables avances en el estudio de los componentes del universo y la física prepara el terreno para el nacimiento, en 1900, de la mecánica cuántica, de la mano de M. Planck. Por otro lado, la filología y la ecdótica asisten a un intenso renacimiento, ya que empiezan a estudiarse con gran rigor científico numerosos textos, sobre todo medievales. Finalmente, surge, animada por los avances de las ciencias naturales, una nueva disciplina que se va a ocupar de reconstruir diversas lenguas desaparecidas (sobre todo el Proto-Indoeuropeo) y de establecer las leyes universales de los cambios fonéticos. Esta última ciencia, desarrollada principalmente en Alemania por los neogramáticos, es un claro precedente de la lingüística teórica que formulará Saussure al principios del siglo XX, y tiene un marcado carácter historicista y biológico (puesto que pretende establecer las relaciones de dependencia genética de las lenguas) muy del gusto de la época. En suma, da la impresión de que todas las disciplinas científicas se encuentran en el siglo XIX influidas por las ideas de A. Comte, el filósofo francés que fundó el positivismo, teoría epistemológica que sostiene que la ciencia debe aspirar a la objetividad total, estudiando tan sólo las hipótesis que sean concretas y demostrables empíricamente (Fernández Jaén, 2009: 60).

Es precisamente en este caldo de cultivo en el que por primera vez algunos investigadores van a plantearse la posibilidad de que el significado de las palabras pueda evolucionar en virtud de leyes estables, al igual que sucedía, según se creía entonces, con los cambios fonéticos. El significado va a empezar a verse como algo más o menos sistemático y

⁷⁰ A pesar de ello, existen algunos intentos de aplicar al estudio del cambio semántico los métodos de análisis de la semántica generativa, como los trabajos de McLaughlin (1970) y Voyles (1973). Se trata, en cualquier caso, de estudios aislados y poco productivos.

regular, lo que hará que los cambios semánticos se perciban como totalmente explicables y no como alteraciones arbitrarias y contingentes. Por tanto, la exactitud propia de las ciencias naturales se aplica al estudio del significado lingüístico, con el objetivo de encontrar las leyes universales de los cambios semánticos⁷¹ (Escoriza Morera, 2001; Fernández Jaén, 2009). De este modo surge la semántica como ciencia del significado lingüístico, una semántica que es intrínsecamente histórica en su formulación original, ya que para los primeros semantistas lo más importante era, como hemos anticipado, estudiar cómo y por qué cambian los significados de las palabras a lo largo del tiempo⁷².

El primer autor que estudió el significado desde un punto de vista histórico y formuló una teoría lingüística sobre su evolución fue C. K. Reisig, quien inició sus investigaciones en 1825 y publicó en 1839 su obra *Vorlesungen über lateinische Sprachwissenschaft*, trabajo en el que se justifica por primera vez la autonomía de la semántica (que Reisig denominaba semasiología) y la necesidad de concebirla como una disciplina histórica (Llamas Saíz, 2005: 17-18)⁷³. Después de Reisig muchos investigadores del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX se dedican a trabajar en semántica histórica, como R. Thomas (1894, 1896), H. Paul (1897, 1920), J. Stöcklein (1898), W. Wundt (1900), K. Jaberg (1901), K. Nyrop (1913), H. Sperber (1914, 1923), E. Wellander (1917), H. Falk (1920), G. Stern (1921,

Universitat d'Alacant

⁷¹ Una ley del cambio semántico es la propuesta, por ejemplo, por Stern (1921): todas las palabras inglesas que significaban RÁPIDAMENTE antes del año 1300 desarrollaron después el significado de INMEDIATAMENTE, mientras que las palabras introducidas en el inglés después de ese año no generaron ese valor. Los estudios posteriores han demostrado que Stern se equivocaba, pero este tipo de formulaciones axiomáticas son interesantes para comprender cómo hacían sus análisis los primeros semantistas.

⁷² Para una revisión historiográfica del origen y evolución de la semántica como disciplina pueden consultarse los siguientes trabajos: Escoriza Morera (2001), Fernández Jaén (2009), Geeraerts (1993, 1999, 2010), Larrivé (2008), Llamas Saíz (2005) y Silva (2006).

⁷³ En la bibliografía sobre la semántica del siglo XIX ha habido cierta discusión acerca de quién es el fundador de la semántica, C. K. Reisig o el francés M. Bréal, autor del conocido libro *Essai de sémantique*, publicado en 1897 y trabajo en el que aparece por vez primera el término *semántica*. Más allá de la confusión terminológica entre semasiología y semántica, hay investigadores que aceptan que se pueda considerar a Reisig el primer semantista, mientras que otros autores, como Larrivé, opinan que el único fundador de esta ciencia es Bréal, pues es él quien establece por primera vez los parámetros de esta ciencia de un modo totalmente organizado (Larrivé, 2008: 10).

1931) y A. Carnoy (1927)⁷⁴ (Warren, 1992; Geeraerts, 1993, 2010). Los trabajos de todos estos autores constituyen lo que se ha llamado semántica preestructuralista (que es, historiográficamente, la primera), semántica que posee las siguientes características generales (Geeraerts, 1993, 1999, 2010):

- a) Es una semántica de naturaleza histórica. Está interesada fundamentalmente en el origen de las palabras y en la evolución de los significados.
- b) Es una semántica de naturaleza psicológica. Considera que los distintos significados léxicos son reflejo de ideas y pensamientos.
- c) Busca explicar las necesidades comunicativas de los hablantes, las cuales subyacen en el significado lingüístico (valor expresivo del lenguaje).
- d) Parte, de un modo muy filológico, de textos antiguos o de etapas pasadas de una lengua viva. En esos textos se buscan siempre las primeras documentaciones léxicas y las pistas acerca de la evolución de los significados.
- e) Tiene en cuenta datos culturales y enciclopédicos, puesto que considera que el lenguaje y el contexto social y antropológico en el que se comunican los hablantes están indisolublemente unidos.
- f) Concede mucha importancia a los tropos y figuras retóricas, elementos a los que se les otorga un valor que va más allá de lo ornamental. Para estos autores, los tropos son los principales motivadores de los cambios semánticos.
- g) La semántica preestructuralista es semasiológica, es decir, está interesada primordialmente en estudiar cómo evoluciona el contenido semántico de cada palabra individual.

Teniendo en cuenta todos estos planteamientos, estos primeros semantistas intentan comprender la lógica que pauta el cambio semántico. De entre estos autores destacan muy especialmente dos: A.

⁷⁴ En el ámbito hispánico es obligatorio mencionar al filólogo y jesuita colombiano F. Restrepo, quien publicó en 1917 el que se puede considerar como el primer gran compendio de semántica del español (Restrepo, [1917] 1946). En esta obra este investigador ofrece un análisis del significado y su evolución acorde con las teorías preestructuralistas, puesto que para Restrepo en el significado convergen aspectos vinculados no sólo con el lenguaje, sino también con los procesos psicológicos de los hablantes y con las pautas sociales que acompañan y matizan cada acto comunicativo.

Darmesteter y M. Bréal. Darmesteter publica en 1887 un libro titulado *La vie des mots étudiée dans leurs significations*, y Bréal publica en 1897 su famoso *Essai de sémantique*. Estos dos trabajos clásicos contienen ideas revolucionarias sobre el cambio semántico y muchos de sus planteamientos se han revelado como extraordinariamente correctos con el devenir de la disciplina. En opinión de estos autores el significado es algo plástico y flexible que se transforma con el uso gracias a la influencia que ejercen sobre él las metáforas, las metonimias y el resto de tropos de la antigua retórica. El significado se concibe, pues, como algo dinámico, casi como un ser vivo que va cambiando evolutivamente para adaptarse a las necesidades expresivas de los hablantes⁷⁵.

Bréal no sólo llevó a cabo en su libro el primer intento sistemático de hallar las leyes del cambio semántico, sino que también estableció la primera clasificación de cambios semánticos de tipo semasiológico; esta clasificación constaría de cambios por matices peyorativos (que una palabra pase a significar algo negativo), por matices meliorativos (que pase a significar algo positivo), cambios por restricción semántica (que una palabra reduzca su campo de aplicación), cambios por generalización (que una palabra aumente su campo de aplicación), metáfora y contagio, es decir, metonimia (Bréal, 1976). Todos estos recursos han sido retomados por teorías posteriores y pueden entenderse como la clasificación más básica de los tipos de cambio semántico.

Darmesteter, por otro lado, introduce en la semántica histórica dos conceptos fundamentales: la irradiación (*rayonnement*) y el encadenamiento (*enchaînement*) (Darmesteter, 1950: 73-76). Se denomina irradiación a la capacidad que tiene una palabra de generar muchas metáforas, metonimias y demás juegos verbales, capacidad que hace que esa palabra sea especialmente proclive a generar cambios semánticos. Pensemos en el sustantivo *diente*; pese a que el significado de *diente* es muy simple, los dientes, por su forma, tamaño y función hacen que este término sirva para muchas creaciones léxicas, como en *diente de ajo*, *diente*

⁷⁵ Como comentábamos antes, la teoría de la selección natural que Darwin publica en 1859 influyó notablemente en la concepción de la lengua de estos autores. Baste como ejemplo esta reflexión de Darmesteter (1950: 27): “Le langage est une matière sonore que la pensée humaine transforme, insensiblement et sans fin, sous l’action inconsciente de la concurrence vitale et de la sélection naturelle”.

de sello (del borde dentado del sello), *diente de engranaje de una máquina*, etc. Es decir, observamos que *diente* “irradia” significación.

Pero los significados no sólo aparecen por irradiación a partir de un único concepto; a veces esos nuevos valores se encadenan mutuamente y forman redes semánticas progresivas. Este fenómeno, llamado encadenamiento, se sustenta en el hecho de que una nueva irradiación no tiene por qué producirse a partir del significado que motivó la irradiación original (el tamaño y la forma en el caso del *diente*) sino que puede también producirse a partir de otro significado intermedio. Entenderemos mejor este fenómeno revisando la evolución del sustantivo *timbre*, magníficamente analizada por Darmesteter (1950: 81-83).

En francés, *timbre* es una palabra muy polisémica (más que en español), polisemia que puede explicarse de este modo siguiendo el modelo de Darmester. *Timbre* procede etimológicamente del latín *tympalum*, que significaba TAMBOR O PANDERO. Por ello, a partir de una metonimia, *timbre* empezó a significar en francés CUERDA CON LA QUE SE TENSA EL TAMBOR (significado A). Por deslizamiento a partir de la idea de resonancia vibratoria del tambor *timbre* empezó a significar también CAMPANA SIN BADAJO GOLPEADA POR UN MARTILLO (significado B). A partir del significado B el encadenamiento se bifurca; unos significados se crean a partir del matiz del sonido de la campana y otros a partir de la forma redonda de la campana. Por la idea del sonido aparece un nuevo valor CUALIDAD SONORA DE UN OBJETO (significado C) y también TIPO DE VERSO QUE SE USA EN LOS VODEVILES (significado D). Por otra parte, la redondez de la campana genera la metáfora PARTE REDONDA DE UN CASCO DE ARMADURA (significado E). A partir de este valor la redondez y el sonido de B se olvidan, y la irradiación toma otros caminos. Así, la idea de ‘casco’ hace que *timbre* empiece a representar metonímicamente a los ORNAMENTOS VALIOSOS DE LOS CASCOS DE LOS CABALLEROS DE LA NOBLEZA (significado F). Por la idea de ‘ornamento de la nobleza’, el término pasa a significar MARCA OFICIAL DE UN DOCUMENTO (significado G) y de ahí OFICINA DONDE SE PONEN LAS MARCAS OFICIALES (significado H). También de ‘marca oficial’ surgen las metonimias INSTRUMENTO o CUÑO PARA TIMBRAR (significado I), y MARCA OFICIAL PARA UNA CARTA DE CORREOS, es decir, SELLO (significado J). Por último, de ‘sello postal’ se pasa, por generalización

semántica a cualquier SELLO OFICIAL DEL ESTADO (significado K). A continuación podemos ver gráficamente todo el encadenamiento semántico de *timbre*:

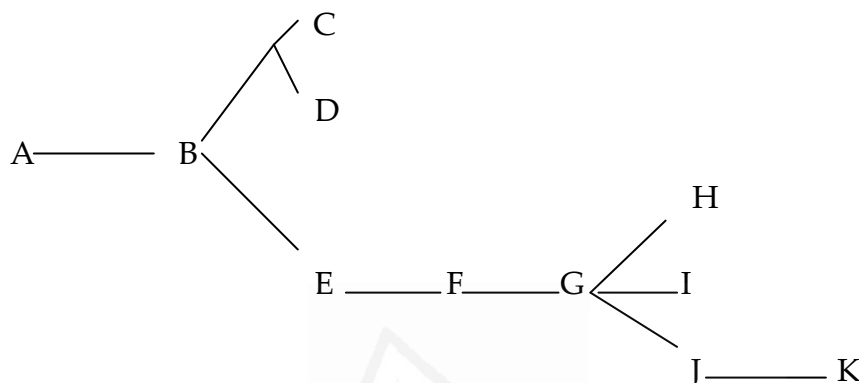


Figura 1. Red semántica de *timbre*.

Queda claro, pues, que el cambio semántico tiene fases y mecanismos constantes, por lo que no es algo tan azaroso como se creía en épocas anteriores; las palabras producen irradiaciones semánticas porque nuestro pensamiento tiende a establecer relaciones de comparación (metáforas), relaciones de proximidad (metonimias), concreciones semánticas (como el significado de VERSO de *timbre*, que es un sonido muy específico frente a la idea general del sonido), generalizaciones semánticas (la idea de 'sello general' a partir de sellos más concretos) y todo tipo de juegos creativos diseñados a partir de los significados previos. Por tanto, según Darmesteter, la polisemia puede entenderse como el resultado de la evolución diacrónica de un término a partir de las distintas irradiaciones que se producen desde un contenido puntual. Además, esa polisemia puede crecer o pararse; por ahora, *timbre* no ha seguido evolucionando, pero no puede asegurarse que no vuelva a irradiar o a tener otros encadenamientos, por medio de algún valor clásico (el de sonido, por ejemplo) o de otro nuevo. De este modo, los cambios se perciben como algo impredecible (no sabemos si se van a producir o no) pero totalmente explicable si tienen lugar, puesto que sus motivaciones psicológicas son constantes.

En suma, los semantistas preestructuralistas establecieron muchos de los conceptos fundamentales de la semántica histórica, conceptos que han sido retomados por las corrientes posteriores. Lo que sucede es que los planteamientos que vendrán después interpretarán estas ideas inaugurales de modos muy distintos. Así, mientras que unos las tendrán por insuficientes, otros las aceptarán y construirán a partir de ellas teorías muy sofisticadas.

3.4. La lexemática histórica y la semántica histórica estructuralista

Como vimos en el apartado 2.3., con el desarrollo de la semántica estructuralista el significado deja de ser algo psicológico, dinámico y creativo para pasar a convertirse en una estructura férrea muy difícil de alterar. Los estructuralistas, en su empeño por tratar el lenguaje como un entramado de relaciones lógicas, eliminarán de la lingüística los factores subjetivos, la influencia del uso pragmático y las idiosincrasias culturales de la comunidad de habla para dejar solamente el esquema básico de la lengua. De este modo, el significado, compuesto por semas, se vuelve algo teórico y alejado de la inmediatez de la comunicación.

La semántica histórica estructuralista (también denominada lexemática histórica) ha sido desarrollada fundamentalmente por E. Coseriu y por S. Ullmann, autores que se van a oponer en lo fundamental a las ideas preestructuralistas para diseñar un modelo de cambio semántico alternativo. Las principales propiedades de esta semántica histórica serían las siguientes (Geeraerts, 1993, 1999, 2010):

- a) A diferencia de la semántica preestructuralista, la lexemática histórica es onomasiológica, puesto que analiza los cambios teniendo siempre en cuenta todas las relaciones de oposición conceptual que mantienen las palabras entre sí en el sistema de la lengua.
- b) Este modelo considera que la semántica es una variable lingüística autónoma y que, en consecuencia, el significado lingüístico no se puede explicar utilizando postulados psicológicos.
- c) La lexemática histórica considera que el estudio del cambio semántico consiste fundamentalmente en explicar “el mantenimiento, la aparición, la desaparición y la modificación, a lo largo de la historia de una lengua, de las oposiciones léxicas

distintivas" (Coseriu, 1977: 43). Por tanto, según esta orientación teórica, no se puede hacer semántica histórica si antes no se ha establecido completamente la semántica sincrónica. Es decir, se debe describir cómo son las oposiciones de las palabras en el presente, para luego determinar si esas oposiciones han sido siempre iguales o han sufrido alguna alteración con el paso del tiempo.

Esta última propiedad tal vez explique el origen relativamente tardío de la lexemática histórica, que fue enunciada en 1964 cuando Coseriu publica un artículo titulado "Pour une sémantique diachronique structural", traducido al español varios años después (Coseriu, 1977). En este trabajo el lingüista rumano explica detalladamente cómo aplicar los presupuestos teóricos de la semántica estructural inspirada en la fonología para establecer cómo evolucionan los campos léxicos onomasiológicamente. Al descartar cualquier injerencia en el sistema de tipo subjetivo o pragmático, el modelo coseriano postula que sólo las oposiciones basadas en semas deben ser el objeto de estudio de la lexemática histórica. Veamos algunos ejemplos de este tipo de análisis.

En latín existía para BLANCO y NEGRO un sema de oposición basado en el brillo; había un 'blanco con brillo' (*candidus*) y un 'blanco sin brillo' (*albus*), y también un 'negro con brillo' (*niger*) y otro sin brillo (*ater*) (Coseriu, 1977); pues bien, en el caso de estas oposiciones, desapareció con el tiempo el sema de 'brillo', de modo que todas las lenguas románicas heredaron un único término para los dos valores: *blanco* y *negro* (español), *blanc* y *noir* (francés), *blanc* y *negre* (catalán), *bianco* y *nero* (italiano), *alb* y *negru* (rumano), etc. (Fernández Jaén, 2009: 71).

En otras ocasiones, en lugar de desaparecer una oposición, se crea una nueva, como sucedió en latín con el sustantivo *puer*. *Puer* significaba CHICO JOVEN, desde el nacimiento hasta los 17 años, pero en español ese contenido semántico se lexicalizó con una oposición nueva basada en el sema 'pequeño'; un chico pequeño es un *niño*, mientras que un chico joven (hasta la adolescencia, aproximadamente) es un *muchacho* (Fernández Jaén, 2009: 71).

Esta metodología se puede aplicar también a campos léxicos de mayor alcance. Por ejemplo, Escobedo Rodríguez (1980) nos ofrece un estudio de lexemática histórica canónico de los *verbos loquendi* del español. Sin recurrir a ningún tipo de explicación contextual o cultural, este autor

reconstruye diacrónicamente las relaciones de oposición establecidas entre numerosos verbos vinculados a la noción de habla, verbos caracterizados por poseer siempre el contenido EMITIR PALABRAS (Escobedo Rodríguez, 1980: 115). Dentro de este heterogéneo conjunto de verbos, destacarían principalmente tres, *pronunciar*, *hablar* y *decir*, que serían los archilexemas del campo léxico (Σ), es decir, los verbos menos marcados y que más relaciones opositivas pueden mantener con el resto. Así, por ejemplo, *responder* tendría en común con *hablar* el sema EMITIR PALABRAS, aunque se diferenciaría de él por poseer el sema PARA SATISFACER LA PREGUNTA HECHA, de igual modo que el archilexema *pronunciar* (EMITIR SONIDOS ARTICULADOS) se opondría a otros verbos como *balbucear*, *charlar* o *atestiguar* por diversas oposiciones estructurales. El resultado final de este trabajo es una red lógica de oposiciones establecidas alrededor de los tres archilexemas, oposiciones en virtud de las cuales algunos verbos abandonan la categoría (como *bendecir*, que deja de ser un verbo de habla en el siglo XVII) y otros pasan a formar parte de ella.

El carácter intrínsecamente onomasiológico de la lexemática histórica deriva, como se deduce de lo expuesto, de la asunción estructuralista de que no es posible explicar la evolución de un término aislado, sino que hay que partir en todo momento de todas las palabras vinculadas en un determinado campo léxico. Por ello, esta semántica no suele tomar en consideración los aspectos semasiológicos del cambio lingüístico.

La lexemática histórica de Coseriu ha recibido diversas críticas, que se pueden resumir básicamente en una: se trata de un modelo discutible, fundamentalmente, por su férrea negativa a tener en cuenta los aspectos culturales, pragmáticos y psicológicos relacionados con los cambios semánticos; las lenguas cambian debido al uso lingüístico, por lo que sólo teniendo en cuenta todos los factores implicados en dicho uso se puede analizar completamente cómo y por qué se produce un determinado cambio. De hecho, incluso un autor próximo al estructuralismo como J. R. Lodaes reconoce que los aspectos históricos y, por tanto, culturales, son necesarios para establecer adecuadamente la evolución de los campos léxicos (Lodaes, 1992).

Pero quizá el mayor inconveniente del modelo de Coseriu sea el carácter excesivamente idealizado de las oposiciones léxicas distintivas que se establecen entre las palabras; en efecto, si el significado de una

palabra está desconectado de la realidad y depende exclusivamente de los semas que comparte (y no comparte) con otras palabras, ¿cómo es posible que podamos entender una palabra que no conocíamos al escucharla por primera vez o al estudiar una lengua extranjera? En estos casos no tenemos por qué conocer el resto de unidades para entender una en concreto; se puede deducir por contexto o por etimología el significado de *hidroavión* sin necesidad de conocer *avioneta* o *ala delta*. Por otro lado, un estudiante de inglés puede aprender lo que significa *tree* sin conocer previamente palabras como *bush* o *plant*. Además, el número de oposiciones que puede establecerse entre las palabras es potencialmente infinito, por lo que si el significado depende de ellas podría pensarse que es, en última instancia, inalcanzable (Teixeira, 2004: 201-202).

Por su parte, S. Ullmann (1951,1965) propuso una clasificación de los tipos de cambio semántico muy conocida, inspirada en los planteamientos estructuralistas aunque algo más flexible que la lexemática diacrónica de Coseriu. Ullmann reconoce que diversos aspectos psicológicos (como, por ejemplo, los miedos) o sociales pueden influir en la evolución semántica, aunque no les concede a estos factores extralingüísticos un peso decisivo en la evolución de las lenguas⁷⁶. Por ello, este autor, pese a reconocer el interés de ciertas aportaciones preestructuralistas como las de Meillet o Sperber, se separa finalmente de esos presupuestos teóricos para desarrollar una clasificación de los tipos de cambio semántico completamente funcionalista (Geeraerts, 1983: 219). A continuación ofrecemos esquematizada la clasificación de Ullmann, tal y como la presenta en su primera versión (Ullmann, 1951: 220-244):

⁷⁶ Ullmann (1951, 1965) considera que existen seis tipos de causas para el cambio semántico: causas lingüísticas, causas históricas, causas sociales, causas psicológicas (entre las que se encontrarían los miedos y los tabúes, por ejemplo), la influencia extranjera y la necesidad de un nombre nuevo. No obstante, estas seis causas podrían reducirse, puesto que las causas históricas, la necesidad de un nombre nuevo y la influencia extranjera son sólo variaciones de una causa única, la necesidad de verbalizar un nuevo concepto (Silva, 2006: 88), fenómeno estrechamente relacionado con la onomasiología.

1. Cambios por conservadurismo lingüístico		
2. Cambios por innovación lingüística		
	Transferencia de <i>significante</i> basada en relaciones asociativas entre <i>significados</i>	Transferencia de <i>significado</i> basada en relaciones asociativas entre <i>significantes</i>
Relaciones paradigmáticas: similitud	Metáfora	Etimología popular
Relaciones sintagmáticas: contigüidad	Metonimia	Elipsis
3. Transferencias compuestas		

Figura 2. Tipos de cambio semántico según Ullmann.

Como vemos, Ullmann distingue tres grandes tipos de cambio semántico. En primer lugar están los cambios por conservadurismo lingüístico. Estos se producen cuando los cambios en el referente de una palabra no van acompañados por cambios en el nombre de esa palabra. Un ejemplo clásico lo encontramos en el sustantivo *pluma*, con el significado de ELEMENTO PARA ESCRIBIR; en un primer momento una pluma era, literalmente, la pluma de un ave empleada como instrumento de escritura. Lo interesante es que pese a que las plumas iniciales han sido sustituidas gradualmente por plumas estilográficas, plumas de madera y bolígrafos, la inercia lingüística ha hecho que *pluma* conserve su significado (sigue siendo un instrumento de escritura) aunque el referente original (la pluma del ave) ya no sea frecuente (Geeraerts, 1997: 85).

Los cambios por innovación lingüística tienen lugar cuando la red de asociaciones de una palabra o de una idea influye en su desarrollo, de tal manera que surgen nuevos significados o nuevos significantes. En el caso de la transferencia de nombres, el vínculo asociativo entre dos significados origina que el nombre de uno de ellos sea usado por el otro,

mientras que en el caso de la transferencia de significados, un vínculo asociativo entre dos nombres de conceptos distintos posibilita que uno de esos conceptos pueda ser expresado por el otro nombre. En ambos casos el vínculo asociativo puede producirse por similitud o por contigüidad, de modo que habría cuatro posibles cambios: metáfora, metonimia, etimología popular y elipsis (Geeraerts, 1997; Silva, 2006).

Las metáforas y metonimias se producirían, por tanto, en las transferencias de los nombres o significantes influidas por vínculos de significado. Lo que conviene resaltar es que para Ullmann una metáfora o una metonimia siempre se origina por un vínculo entre diversas palabras, y nunca dentro de una sola, como proponían los autores preestructuralistas; por ello, al igual que sucede en el modelo de Coseriu, la tesis estructuralista de que en todo cambio hay un campo léxico subyacente se mantiene.

Por otro lado, las transferencias de significado inspiradas por los significantes pueden ser de dos tipos. En primer lugar, tenemos la etimología popular, basada en la similitud. Una etimología popular es el resultado de una asociación no etimológica entre dos palabras que altera una de ellas. Por ejemplo, el término inglés *boon* significó en un primer momento RUEGO o SÚPLICA, después OBJETO PERDIDO o SOLICITADO y, por último, FAVOR o COSA DIGNA DE AGRADECERSE, valor este último afianzado por etimología popular con el francés *bon* (BUENO); como se aprecia, aunque los dos vocablos no están relacionados etimológicamente, su similitud establece un puente entre ellos (Ullmann, 1965). En segundo lugar, la elipsis se relaciona con la tendencia de las palabras a influir semánticamente sobre las palabras que tienen cerca en la cadena sintáctica (idea de contigüidad). Así, cuando dos palabras suelen ir juntas sucede en ocasiones que una de ellas se omite y le transfiere su contenido a la que queda. Un ejemplo de este fenómeno lo encontramos en el término inglés *main*. *Main* es un adjetivo que significa MAYOR O PRINCIPAL, pero también ha llegado a significar ALTA MAR, puesto que muchas veces precedía al sustantivo *sea* (mar) en la estructura *the main sea*, sustantivo que ha caído y ha dejado que el adjetivo represente al sintagma entero (Ullmann, 1965).

Por último, las transferencias compuestas constituyen cambios de significante y de significado al mismo tiempo. De este modo, una expresión como *un Rembrandt* procede tanto por contigüidad de nombre

(elipsis de *un cuadro de Rembrandt*) como por contigüidad de sentido (metonimia entre autor y producto) (Geeraerts, 1997: 86).

La clasificación de los cambios semánticos de Ullmann también ha sido criticada por diversos lingüistas (Geeraerts, 1983, 1997; Blank, 1999). Básicamente se ha puesto en tela de juicio su carácter estructural (al igual que sucede con la teoría de Coseriu), demasiado teórico y objetivista, que o excluye las consideraciones de tipo social y psicológico o las relativiza. Los cambios por conservadurismo, por otro lado, se pueden interpretar, en realidad, como el resultado de una innovación, puesto que la introducción de un nuevo concepto en el campo de aplicación semasiológica de una palabra es un acto de innovación lingüística. Además, el tratamiento de los aspectos onomasiológicos en esta tipología está incompleto, puesto que entre los cambios por innovación lingüística no se considera el cambio producido por la introducción en el sistema de un nuevo nombre.

En suma, la semántica histórica de inspiración estructuralista ha permitido desarrollar descripciones interesantes en diferentes lenguas aunque sus resultados no son todo lo explicativos que cabría esperar, debido fundamentalmente a su intensa separación entre componentes lingüísticos y componentes extralingüísticos (psicológicos, cognitivos, sociales). Por otro lado, este modelo, si bien sigue empleándose en la actualidad, se ha visto paulatinamente desplazado por otro mucho más reciente que, inspirado en los planteamientos defendidos por los autores preestructuralistas, es capaz de dar respuesta a numerosos problemas de la semántica histórica y de llevar a cabo análisis diacrónicos sumamente interesantes. Nos referimos a la semántica histórica de tipo cognitivo.

3.5. La semántica histórica cognitiva

Como ya explicamos en el capítulo anterior, la lingüística cognitiva estudia el lenguaje partiendo de la tesis de que éste se encuentra regido por los mecanismos generales de la cognición humana. Por este motivo, y ante el hecho evidente de que las lenguas cambian con el paso del tiempo, desde muy pronto una de las preocupaciones fundamentales de los lingüistas cognitivos fue intentar dar respuesta al problema de cuáles eran las causas y los procesos psicológicos que propiciaban y permitían los cambios lingüísticos. Así, la lingüística cognitiva ha tenido un gran

desarrollo en su vertiente diacrónica, fruto del cual son algunas de las más originales teorías sobre la evolución lingüística de los últimos años.

Teniendo en cuenta las ideas de diversos autores fundamentales (Anttila, 1992; Blank, 1999; Cifuentes, 1990, 2002; Geeraerts, 1997, 2010; Gyóri, 2000, 2002; Kiefer, 2001; Koch, 1997; Lichtenberk, 1991; Rastier, 1999; Silva, 2006; Sweetser, 1990; Traugott y Dasher, 2002), podríamos decir que las principales hipótesis para estudiar el cambio semántico desde la lingüística cognitiva son las siguientes:

- a) Para comprender los cambios semánticos es imprescindible entender previamente cómo funciona la mente de hablantes y oyentes. Por tanto, la semántica histórica cognitiva es, como la preestructuralista, de naturaleza psicológica.
- b) Deben existir mecanismos cognitivos constantes que explican con cierta regularidad los cambios, como las metáforas, las metonimias, la prototipicidad o el principio de eficiencia⁷⁷.
- c) El cambio semántico debe ser relativamente lógico y no totalmente aleatorio, puesto que los mecanismos relacionados con él son constantes. Esta circunstancia ha hecho que la vieja discusión decimonónica acerca de si existen leyes universales del cambio lingüístico se reabra en el marco de la lingüística cognitiva.
- d) Cognitivamente, los cambios semánticos demuestran que el significado no es estático, sino que es sumamente dinámico. De este modo, los hablantes pueden utilizar las mismas palabras en contextos nuevos, puesto que los significados de éstas se adaptan siempre a las situaciones dadas. Por ello, la mente humana puede fusionar con facilidad nuevos significados con los que ya posee (aumento del conocimiento).
- e) Según la lingüística cognitiva, entre los diferentes niveles del lenguaje (sintáctico, léxico, semántico, pragmático) no se establecen barreras nítidas, sino que hay zonas difusas de intersección (prototipicidad). Por este motivo, analizar el cambio semántico no puede consistir exclusivamente en estudiar de forma aislada el contenido semántico de las palabras, sino que debe ser un análisis

⁷⁷ El principio de eficiencia, en términos generales, sostiene que tanto el hablante como el oyente tienden de forma natural a optimizar el proceso de comunicación, favoreciendo todos los aspectos que aseguren el éxito del proceso comunicativo con el menor esfuerzo posible. Para una revisión crítica de este principio véase Silva (2006: 90).

global que tenga en cuenta las relaciones sinérgicas (icónicas) entre palabras, conceptos y estructuras.

f) Finalmente, para la lingüística cognitiva no hay diferencias claras entre sincronía y diacronía, lo que ha hecho que en ocasiones se hable de pancronía. La razón estriba en que los mecanismos que explican los cambios asentados que se producen en largos períodos de tiempo son los mismos que los que explican los cambios más cotidianos y efímeros. Por ello la distinción conceptual entre lo que es diacrónico y lo que es sincrónico se vuelve borrosa.

Aparte de estas máximas generales, otra de las preocupaciones básicas de la semántica histórica cognitiva es la de distinguir nítidamente entre causas y mecanismos de los cambios semánticos (distinción muy confusa en la clasificación de Ullmann), puesto que si el lenguaje es experiencial, cabe suponer que las razones últimas por las que cambia no radican en el sistema lingüístico en sí, sino que dependen del uso pragmático y de las estrategias comunicativas que regulan la comunicación.

Geeraerts (1997) reorganiza las causas y mecanismos de los cambios semánticos teniendo en cuenta todos los factores cognitivos que intervienen en los procesos comunicativos. En primer lugar, las causas del cambio deben subdividirse en dos variables: causas orientadas al hablante y causas orientadas al oyente. En efecto, en todo proceso verbal el principio de eficiencia (emplear las estrategias óptimas para que la interacción sea exitosa) puede orientarse en dos direcciones, hablante y oyente, actuando en cada caso de un modo distinto. A su vez, tanto en relación con el hablante como con el oyente, el principio de eficiencia opera en dos planos diferentes, el de la forma fonológica y el de la relación icónica entre forma y significado. Teniendo esto en cuenta, habría cuatro dominios conceptuales en los que se encontrarían las causas o motores de los cambios léxicos y semánticos.

Así, por lo que respecta al hablante, su actuación tenderá a optimizar los procesos de producción, tanto en los aspectos fonológicos como en los aspectos léxicos; la optimización fonológica impulsará al hablante a buscar la facilidad articulatoria y a emplear todo tipo de recursos lenitivos (suavidad en la pronunciación), mientras que la optimización léxica (relación entre forma y significado) le impulsará a organizar las palabras mediante prototipos, puesto que las estructuras prototípicas son estables y flexibles al mismo tiempo, lo que garantiza el equilibrio del

significado. Por su parte, el hablante tenderá a optimizar la percepción del mensaje; en el plano fonológico, pondrá en práctica todos los procesos reforzadores necesarios, y en el plano léxico buscará de forma natural el equilibrio isomórfico e icónico (búsqueda de biunivocidad entre forma y contenido). El siguiente cuadro resume las causas del cambio semántico tal y como las clasifica Geeraerts (1997: 118):

	Orientado al hablante: optimización de la producción	Orientado al interlocutor: optimización de la percepción
Concerniente a la forma fonológica	Facilidad de articulación: procesos lenitivos	Procesos reforzadores
Concerniente a la relación léxica “forma y significado”	Flexibilidad y estabilidad basadas en prototipos	Isomorfismo Iconicidad

Figura 3. Causas del cambio semántico en la propuesta de Geeraerts.

En segundo lugar, Geeraerts (1997: 94) también reorganiza los mecanismos del cambio léxico, que se pueden dividir, básicamente, en onomasiológicos y en semasiológicos. Los mecanismos onomasiológicos, relacionados con la lexicalización de conceptos preexistentes, consistirían en procesos de formación de palabras (por derivación y composición), creaciones léxicas, préstamos lingüísticos, deformaciones fonéticas y múltiples extensiones semánticas. Por otro lado, los mecanismos semasiológicos (los puramente semánticos) podrían ser tanto de significado referencial (especialización, generalización, metáfora, metonimia, cambios analógicos) como de significado no referencial (entre otros, cambios peyorativos y meliorativos, es decir, que una palabra adquiriera connotaciones positivas o negativas).

Todas estas propuestas permiten poner orden en ciertos aspectos del cambio léxico no demasiado bien descritos por teorías anteriores, y ofrecen un modelo teórico muy sólido con el que analizar la evolución semántica. Además, esta clasificación aún (como adelantamos en el apartado 2.10.1) tanto los aspectos icónicos del lenguaje (tendencia a

mantener el equilibrio entre forma y contenido) como los aspectos cognitivos (creación de polisemia, utilización de metáforas y metonimias conceptuales, etc.) al tener en cuenta que los procesos de eficiencia son distintos en virtud de quién los ponga en práctica, el hablante o el oyente.

Como vemos, las hipótesis cognitivas sobre el cambio semántico se caracterizan por asumir que en este tipo de procesos influyen todos los fenómenos psicológicos vinculados a la configuración del lenguaje humano. Pero la importancia de estas posturas no es exclusivamente teórica; la aplicación de todas las hipótesis de la lingüística cognitiva al estudio del cambio léxico-semántico no sólo es teóricamente plausible, sino que también es empíricamente comprobable. En efecto, los estudios diacrónicos de tipo cognitivo que se han desarrollado durante los últimos años ofrecen datos que confirman numerosas hipótesis, lo que ha hecho que Koch (1997) afirme que la semántica histórica cognitiva puede entenderse como el banco de pruebas experimental con el que demostrar los postulados teóricos más importantes de la lingüística cognitiva.

Las teorías cognitivas sobre el cambio lingüístico se articulan fundamentalmente en dos ámbitos, el de la aplicación de la teoría de prototipos al estudio de la evolución de las palabras y el de los estudios sobre gramaticalización. En los apartados que siguen explicaremos en qué consisten estos dos modelos⁷⁸.

3.5.1. La hipótesis de Geeraerts

En 1997, tras más de una década de trabajo, D. Geeraerts publicó su libro *Diachronic prototype semantics. A contribution to Historical Lexicology*, con el que se puede considerar que cristaliza el primer modelo de semántica histórica cognitiva

⁷⁸ Existen, no obstante, otras propuestas de semántica histórica post-estructuralista aparte de las dos mencionadas, como la semántica histórica de proceso creador de palabras de Tournier, la semántica histórica de palabras clave y de conceptos de Matoré y Stierle, la semántica histórica de fragmentación de Klein o la semántica del discurso de Busse. Se trata de teorías que no han alcanzado una expansión internacional semejante a las que vamos a examinar en las páginas siguientes, quizá en parte porque los trabajos teóricos están redactados en francés y alemán. Puede encontrarse una síntesis de estas teorías en el trabajo de Roth (1998).

(Silva, 1998: 279). Geeraerts diseña un modelo científico para explicar el cambio semántico sumamente sugestivo, en el que se fusionan las ideas de los autores preestructuralistas (que este autor recupera y reivindica) y las tesis de la lingüística cognitiva en general y de la teoría de prototipos en particular. Se trata, en su conjunto, de un trabajo que da forma a una hipótesis teórica sobre el cambio semántico de carácter universal, en el que los aspectos culturales y cognitivos del funcionamiento del lenguaje se sitúan en un primer plano.

Geeraerts, inspirándose en la estructuración de los paradigmas científicos descrita por el filósofo T. Kuhn, desarrolla su hipótesis a partir de la teoría de prototipos. Para ello, parte de las propiedades, tanto extensionales como intensionales, de la categorización de condiciones necesarias y suficientes (que analizamos en el apartado 2.2.) y las refuta a partir de la teoría de la categorización continua; de este modo cada una de esas propiedades se ve redefinida. Posteriormente, Geeraerts enuncia cuatro hipótesis relacionadas con cada una de esas propiedades de la categorización por prototipos, hipótesis que explican diferentes comportamientos de la evolución semántica. La figura 4 esquematiza las relaciones entre los cambios léxico-semánticos y los efectos de prototipicidad, tal y como se enuncian en la teoría de este autor (Geeraerts, 1997: 22-23):

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

	EN LA EXTENSIÓN (En el ámbito de la referencia)	EN LA INTENSIÓN (En el ámbito del sentido)
NO-IGUALDAD (Efectos de relevancia, estructura interna de centro y periferia)	(a) Diferencias de relevancia entre los miembros de una categoría (diferencia en el grado de representatividad) (1) El cambio semántico como modulación de centros prototípicos	(b) Agrupación de sentidos por semejanza de familia y por superposición. (2) El cambio semántico como alteración de la agrupación de sentidos por semejanza de familia
NO-DISCRECIONALIDAD (Problemas de demarcación, flexibilidad)	(c) Fluctuación en los límites de una categoría, ausencia de límites claros. (3) Cambios semánticos efímeros (poligénesis semántica)	(d) Ausencia de definiciones en términos de "condiciones necesarias y suficientes". (4) Naturaleza enciclopédica del cambio semántico

Figura 4. Efectos de prototipicidad y cambio semántico.

Como se puede apreciar, los cuatro axiomas en los que se basa la categorización prototípica (propiedades a, b, c, d) comportan cuatro consecuencias hipotéticas, capaces de explicar de forma general cómo evolucionan diacrónicamente las categorías léxicas.

La hipótesis (1) sostiene que todo cambio semántico se puede considerar como la alteración de un centro prototípico. En efecto, si consideramos que la configuración semántica de una palabra constituye una estructura radial con significados prototípicos centrales y significados gradualmente más periféricos, podemos suponer que, diacrónicamente, los significados prototípicos serán más estables, más frecuentes y, presumiblemente, más antiguos que los significados periféricos, por lo que los cambios tenderán a producirse sobre todo en la periferia de la

categoría. De este modo, numerosas palabras con una larga vida exhiben un significado central básico que apenas sufre modificaciones con el paso del tiempo y muchos otros significados menos centrales evolucionados del valor prototípico gracias a proyecciones metafóricas y metonímicas y a transformaciones esquemáticas, algunos de los cuales pueden desaparecer en un momento dado. Por ejemplo, desde hace 500 años el significado prototípico del verbo español *acostarse* es TUMBARSE EN UN LUGAR, significado que se mantiene constante; sin embargo este verbo también posee otros significados como INCLINARSE o LADEARSE UN EDIFICIO cuya existencia es más inestable (Fernández Jaén, 2006c).

La hipótesis (2) considera que, en el plano intensional, los distintos significados de una palabra mantienen entre sí relaciones de superposición y de semejanza de familia, en el sentido propuesto por Wittgenstein. Esto significa que, evolutivamente, el conjunto de sentidos de una palabra puede transformarse de un modo errático puesto que los nuevos cambios no tienen por qué producirse siempre a partir del significado prototípico, sino que también pueden originarse en otros significados intermedios. De este manera, la estructura diacrónica de una palabra puede formar una red nodular de sentidos, cuya semejanza con el núcleo prototípico puede ser inmediata (del significado A sale el significado B) o mediata (de B sale C, que mantendría una relación genética indirecta con respecto a A). Por supuesto, también es posible que un significado nuevo sea el producto de la fusión o superposición de varios significados previos.

Esta hipótesis, que guarda notables semejanzas con el modelo de irradiación y encadenamiento de Darmesteter, es muy interesante porque explica la aparente arbitrariedad con la que se forma en ocasiones la polisemia de una palabra; si un término tiene muchos y muy distintos significados en un momento de su historia se debe fundamentalmente a que en su desarrollo la ramificación de los centros prototípicos ha sido muy intensa, por lo que se han diluido las semejanzas de familia de los sentidos. Sin embargo, esta hipótesis permite reconstruir las relaciones de parecido de los significados a lo largo del tiempo, puesto que siempre se puede partir del centro prototípico para a partir de él, y con la ayuda de diccionarios y corpus documentales, describir las distintas extensiones metafóricas y metonímicas que han tenido lugar en cada momento.

La hipótesis (3) se relaciona con la ausencia de límites bien definidos para crear categorías. El hecho de que, sincrónicamente, haya muchas incertidumbres a la hora de delimitar una categoría, tiene una consecuencia diacrónica, consistente en que los límites de un significado cambiante tampoco están claros. Este fenómeno se denomina en el modelo de Geeraerts poligénesis semántica, fenómeno que “consists of the diachronic discontinuity of peripheral meanings based on the continuous transmisión of the more salient readings of a lexical item” (Geeraerts, 1997: 65). En efecto, pese a que el significado prototípico de una palabra tiende a ser estable, los significados periféricos pueden tener una existencia intermitente o una vida muy efímera. De hecho, un significado nuevo puede incluso ser creado *ad hoc* en un determinado momento, sin que eso asegure que se vaya a lexicalizar de forma permanente. Por ejemplo, en la expresión “tengo la cafetera que me va a estallar” (para indicar que se tiene un gran dolor de cabeza) se emplea el término *cafetera* con el significado de CABEZA gracias a una metáfora conceptual, pero eso no significa que el sustantivo *cafetera* contenga de modo permanente el sentido de CABEZA (Cifuentes, 2002: 315). En este caso, este cambio semántico sería en extremo efímero y puntual.

Pero la poligénesis semántica explica además otro fenómeno sumamente interesante; en ocasiones, un significado periférico de una palabra desaparece y vuelve a reaparecer años después sin que se pueda establecer un vínculo directo entre el uso desaparecido y el actual. Esto se debe a que el núcleo prototípico es constante, razón por la cual un sentido marginal, pese a no utilizarse durante años o incluso siglos, puede reaparecer espontáneamente si vuelven a activarse las motivaciones conceptuales que lo hicieron surgir por primera vez. Estos fenómenos ilustran hasta qué punto las categorías semánticas son flexibles. Un ejemplo de significado transitorio de este tipo lo ofrece la palabra *testa* (CABEZA), de origen latino. En español antiguo existió el término *tiesta*, y en español moderno existe *testa*, pero la versión moderna no es continuación de la versión medieval sino que reaparece por poligénesis semántica a partir del italiano, reaparición debida a una antigua metáfora que relacionaba la cabeza con un *tiesto* (RECIPIENTE DE BARRO) (Fernández González, Hervás y Báez, 1984: 94-95). También puede señalarse el caso del verbo *acostarse*, cuyo significado ATRACAR EL

BARCO se ha documentado de forma irregular y discontinua a lo largo de la historia del español (Fernández Jaén, 2006c).

La hipótesis (4) pone de manifiesto la imposibilidad de separar con claridad el conocimiento lingüístico y el conocimiento enciclopédico (ambos son potencialmente igual de importantes). Debido a que en el ámbito del sentido no puede haber categorías cerradas elaboradas a partir de condiciones necesarias y suficientes, resulta teóricamente plausible suponer que para crear una categoría se deben tener en cuenta no sólo los factores puramente lingüísticos sino que también se debe atender a los elementos experienciales, subjetivos y pragmáticos. Basta para comprobarlo con recordar que las metáforas y las metonimias (que son los principales mecanismos que hacen que los significados se transformen), según la semántica cognitiva, suelen tener una motivación cultural. Un ejemplo interesante de evolución semántica fuertemente influida por variables culturales lo ofrece el verbo catalán *estimar*. Según ha estudiado Martines Peres (2000), este verbo tenía en un principio el significado prototípico de ESTABLECER EL JUSTO VALOR DE ALGO, que es, aproximadamente, el valor que pervive en español. Sin embargo, debido a la influencia que ejercía en la Edad Media la religión católica en España y a los modos que en materia de relaciones amorosas propugnaba este credo, *estimar* perdió su núcleo prototípico y desarrolló uno nuevo, pasando a significar AMAR A UNA PERSONA; como en el mundo medieval se creía que se debía amar siempre de modo “moderado y justo” el verbo que expresaba ese cálculo de lo que algo vale (*estimar*) pasó a representar metonímicamente el acto de amar (con exactitud y sin excesos). Hoy en día, perdida la motivación cultural de partida, *estimar* en catalán sigue significando de modo prototípico AMAR.

La semántica diacrónica de prototipos desarrollada por Geeraerts, tal y como la hemos presentado, permite describir numerosas evoluciones, tomando siempre como referencia las cuatro hipótesis fundamentales. Con frecuencia las palabras experimentan modulaciones semasiológicas a partir de un único prototipo que no cambia, de modo que se va desarrollando diacrónicamente una red de sentidos⁷⁹. En otras ocasiones,

⁷⁹ Esta tesis básica ya fue apuntada por Cifuentes (1990), quien considera que, en última instancia, la polisemia no es más que un prototipo que se halla en un constante proceso de sistematización.

se pueden producir reorganizaciones en la estructura interna de la categoría, con desprototipizaciones (sentidos que dejan de ser centrales) y cambios de prototipo (un valor periférico pasa a ser central)⁸⁰. Por ejemplo, el verbo catalán *arribar* significaba en un primer momento LLEGAR A LA COSTA, pero ese prototipo desapareció y el significado LLEGAR (generalización semántica a partir del significado anterior) pasó a ser el nuevo prototipo (Montserrat i Buendia, 2004, 2007). También tenemos un cambio de prototipo en la historia del verbo *acostarse*, cuyo significado central hasta el siglo XV era el de ACERCARSE A UN LUGAR para pasar a ser TUMBARSE posteriormente (Fernández Jaén, 2006c).

Otra posibilidad de evolución consiste en la división del núcleo prototípico; ocurre a veces que una palabra desarrolla dos significados centrales igual de importantes que coexisten en tensión homonímica. Es lo que sucede con el verbo portugués *deixar*, que ha desarrollado históricamente dos núcleos básicos rodeados de otros valores más marginales: el significado de ABANDONAR y el de NO INTERVENIR (Silva, 1998, 1999).

Otro fenómeno muy interesante tiene lugar cuando una determinada palabra desarrolla a partir de un valor central una periferia de sentidos para, con el tiempo, perder el valor nuclear (que pasará a ser expresado por otra palabra) y quedar únicamente con los significados periféricos. Dekeyser (1998) ha descrito varios casos como este en inglés, como por ejemplo el de la preposición *with*; en un primer momento esta preposición significaba CONTRA, valor del que surgen diacrónicamente otros como PROXIMIDAD, ASOCIACIÓN, etc. Tiempo después, la preposición *against* asumió el valor de oposición CONTRA, de manera que *with* sólo posee desde entonces los otros valores. Como se puede apreciar, el modelo de Geeraerts no sólo permite analizar fenómenos semasiológicos, sino que también se revela muy útil para describir procesos onomasiológicos de tipo histórico.

Pero la teoría de prototipos no sólo posibilita un análisis adecuado de la evolución de categorías léxicas plenas, sino que también puede emplearse para estudiar la evolución de conceptos gramaticales. Así,

⁸⁰ Naturalmente, los cambios de prototipo no se producen de forma súbita e inesperada sino que son el producto de una serie de transformaciones graduales. De hecho, como señala Dekeyser (1998), sólo puede haber un cambio de prototipo cuando todos los significados que quedan mantienen cierta coherencia interna.

diversos autores (aparte del propio Geeraerts) han desarrollado investigaciones de este tipo. Por ejemplo, Winters ha estudiado la evolución del subjuntivo en francés aplicando la teoría de prototipos (Winters, 1989), y también ha llevado a cabo análisis de cambios sintácticos sirviéndose de esta metodología cognitiva (Winters, 1992). En el caso del español, puede mencionarse el estudio de Company Company (1997), en el que se describe la evolución de diversas categorías gramaticales del español tales como la configuración de la estructura del sintagma nominal o la formación de los futuros románicos a partir del concepto de prototipo. Todos estos trabajos ponen de manifiesto lo íntimamente unidos que se hallan los diferentes planos del lenguaje y lo infructuoso que en muchas ocasiones resulta analizar la evolución de la sintaxis sin tener en cuenta aspectos semánticos. Consideremos un par de casos.

Un ejemplo particularmente interesante de evolución semántica de un elemento gramatical lo ofrece la partícula de polaridad negativa *pas* empleada en francés (Winters, 1992: 276). En latín, *passus* (étimo de *pas*) significaba prototípicamente PASO (medida del movimiento), aunque también poseía otros sentidos marginales como PISADA, RASTRO, HUELLA y MARCHA (distancia recorrida). En latín tardío y en los orígenes del francés el adverbio *non* se une a *passus* para negar a los verbos de movimiento; en esta fase, el valor nuclear de *passus* sigue estando vinculado al movimiento espacial. Posteriormente, {*non + passus*} empiezan a negar verbos en general, por lo que *passus* desarrolla dos núcleos homonímicos: PASO (medida del movimiento) y NEGACIÓN. Con el transcurso del tiempo, el prototipo de NEGACIÓN aumenta en uso y sus valores se ramifican, al tiempo que el significado espacial se debilita hasta desaparecer (pérdida de la idea de movimiento). De este modo, se produce una reorganización interna de la categoría en virtud de la cual el único prototipo de *pas* en francés moderno es NEGACIÓN. Finalmente, cabe reseñar que en el francés actual suele ocurrir (al menos coloquialmente) que la negación se efectúe únicamente con *pas*, sin que sea necesaria la presencia del adverbio (“Je mange pas”, No como).

Se aprecia, pues, que en la evolución de *pas* se produce un recorrido que va de lo marginal a lo nuclear; primero aparece una variación periférica que desencadena un significado marginal de negación y, con el tiempo, dicho uso marginal acaba invadiendo el centro de la categoría y

provoca un cambio de prototipo que reanaliza el elemento léxico de partida.

Estos fenómenos diacrónicos basados en la idea de categoría radial con centro y periferia son muy frecuentes. Company Company (1997) explica otros semejantes, como el que muestra la evolución de la categoría del complemento directo en español. En español medieval el empleo del clítico de dativo (*le, les*) para pronominalizar a un CD era muy extraño, pues su uso habitual consistía en representar al complemento indirecto (CI). Sin embargo, empezó a utilizarse de modo completamente marginal cuando el CD representaba a entidades inusuales dentro de la categoría funcional del CD (es decir, conceptos próximos semánticamente al dativo latino) y con verbos de transitividad débil o poco prototípica. Además, muchos de esos CD marcados o periféricos también empezaron a ir precedidos de la preposición *a*, lo que los hacía aún más parecidos a un dativo del latín. ¿Cuáles eran esos elementos que tendían a constituir complementos directos marcados con *a* y sustituibles por *le* o *les*? Básicamente, las personas muy individualizadas. Un individuo concreto es una entidad activa, autosuficiente y que, en teoría, puede reaccionar ante una acción ejercida sobre él, y estas no son características de un CD prototípico⁸¹. Por ello, ya que esos CD humanos tenían un comportamiento intermedio entre CD y CI, la lengua comenzó a marcar la zona fronteriza entre esas dos categorías con ciertas variaciones efectuadas en el interior de la categoría CD⁸². Veamos dos ejemplos (Company Company, 1997: 160):

- (1) E tomaron Ø el cavallero muerto e fueron faziendo muy grant duelo (Ferrand Martínez, *Libro del caballero Zifar*, 1300)
- (2) Es forçoso el ombre amar a la muger (Fernando de Rojas, *La Celestina*, 1499-1502)

⁸¹ En opinión de Dowty (1991) y de Primus (1999) el CD prototípico se correspondería con un PROTO-PACIENTE, función semántica caracterizada por su falta de control (queda subordinada al sujeto agentivo o PROTO-AGENTE) y por el hecho de poder resultar afectada, incluso físicamente, por la acción denotada por el verbo. Por tanto, los CD poco prototípicos marcados en español medieval aludían principalmente a entidades más agentivas que pasivas. Volveremos a tratar esta cuestión en el capítulo 5.

⁸² Para un profundo análisis cognitivo de las variaciones del CD (preposicional y no preposicional) en español véase el trabajo de Delbecque (1998b).

En (2) el CD humano *la muger* representa a una entidad muy concreta y activa, que no sólo es meta de la predicación sino que también puede generar una contrapartida agentiva sobre el sujeto. Todo ello hace que ese sintagma se marque como un CD periférico con *a*, próximo al CI. Sin embargo, el CD de (1), *el cavallero muerto*, al ser un cadáver, ya no representa cognitivamente a un antagonista pleno en la relación de transitividad, por lo que se manifiesta sintácticamente como un CD prototípico no marcado por la preposición *a*.

Lo curioso es que esos usos periféricos del CD medieval con *a* y con clíticos de dativo se han ido haciendo más frecuentes con el paso del tiempo, y en el español actual son muy habituales, hasta el punto de que quizá estén empezando a ocupar el núcleo de la categoría (Company Company, 1997: 161-162). Por todo ello, constatamos que existe una estrecha interrelación entre sintaxis y léxico, interrelación que puede muy bien analizarse diacrónicamente empleando la teoría de prototipos.

El modelo teórico propuesto por Geeraerts no es, desde luego, completamente original; basta con recordar las teorías de lingüistas como Bréal o Darmesteter para darse cuenta de que muchas ideas de este lingüista tienen antecedentes muy tempranos. Sin embargo, la originalidad de esta hipótesis radica en haber logrado recuperar, fusionar y sistematizar numerosas ideas enunciadas gradualmente durante más de cien años (desde la semántica preestructuralista hasta la semántica cognitiva, pasando por diversas aportaciones funcionalistas) para crear con ellas una propuesta teórica muy sólida (Cifuentes, 2002). Así, las principales virtudes teóricas de la semántica diacrónica de prototipos de Geeraerts se pueden resumir como sigue:

- 1) Esta semántica ofrece datos empíricos que permiten confirmar numerosas hipótesis cognitivas sobre la ordenación mental de la información. La existencia de prototipos en la evolución de las categorías léxicas (prototipos cuya mayor saliencia se puede medir estadísticamente) vendría a probar ideas sincrónicas sobre la configuración semántica, como las propuestas por E. Rosch. Tanto es así, que la semántica histórica de tipo cognitivo posee una función metateórica, puesto que describe procesos cognitivos que no son sólo lingüísticos, sino que son también generales en el marco del comportamiento comunicativo de la especie humana (Silva, 2006: 109).

2) La evolución lingüística se vuelve en esta teoría algo coherente e, incluso, relativamente predecible, puesto que la existencia de una organización prototípica asegura que las categorías evolucionen de una manera motivada por los valores previos. De este modo, esta semántica reafirma la tesis de que una categorización continua es más pertinente que una categorización discreta, al ser firme y flexible al mismo tiempo⁸³.

3) La hipótesis de Geeraerts es polivalente, puesto que permite describir con el mismo rigor cambios semánticos muy efímeros y cambios totalmente lexicalizados. Por ello, con este modelo se puede estudiar tanto el funcionamiento pragmático del uso cotidiano de las palabras (cambios *ad hoc*) como la evolución de éstas durante largos períodos de tiempo. De este modo, el cambio lingüístico se analiza como una transformación gradual de las categorías posible por la presencia dentro de éstas de múltiples variaciones constantes, de las cuales algunas perduran (e invaden incluso el núcleo prototípico) y otras se pierden⁸⁴.

4) Por último, esta teoría muestra hasta qué punto son universales los mecanismos del cambio semántico, tales como las metáforas y las metonimias.

En definitiva, la hipótesis propuesta por Geeraerts en su trabajo de 1997 constituye no sólo una espléndida aportación teórica al estudio de los cambios léxico-semánticos, sino también un trabajo científico de gran envergadura acerca del funcionamiento del lenguaje en su dimensión más antropológica.

⁸³ En palabras del propio Geeraerts: "Now, a prototypical structure for semantic categories allows language to have precisely these two things: flexibility without chaos, and stability without rigidity" (Geeraerts, 1992: 192-193).

⁸⁴ Si la diacronía lingüística no se entiende de este modo, la lengua queda definida como un sistema en el que emergen espontáneamente cambios consumados sin una transición previa repleta de formas vacilantes, polimorfismo y variación. Como afirma Company Company (1997: 164): "Un acercamiento a la diacronía en términos de un *continuum* categorial permite entender la historia de una lengua como transformación propiamente y no sólo como cambio cumplido o comparación de gramáticas cronológicamente sucesivas, en sí mismas sistemas cerrados".

3.5.2. La polisemia y los límites entre sincronía y diacronía

Como hemos comprobado al revisar los fundamentos teóricos tanto de la semántica preestructuralista como de la semántica histórica cognitiva, el resultado habitual de un cambio semántico es el desarrollo de una palabra polisémica, por lo que podría pensarse que la polisemia (diversos significados para un único término) es la meta natural de los cambios léxicos. También hemos comprobado que la polisemia, entendida como una categoría semántica de estructura radial con centro y periferia, constituye el modo más eficaz cognitivamente para almacenar la información, y también se ha demostrado que las palabras del nivel básico (las más frecuentes) no sólo son más breves que las del resto de niveles (iconicidad morfológica) sino que también son más polisémicas. Por todo ello, puede considerarse que la polisemia no es en absoluto una anomalía o una excepción en el sistema lingüístico, sino que es más bien la norma (Cuenca y Hilferty, 1999: 127-131), al tiempo que la monosemia absoluta (un solo significado por palabra) resulta muy inusual (Garachana y Hilferty, 1994: 73).

Las semánticas objetivistas de naturaleza estructuralista han tendido siempre a negar la existencia de la polisemia. Ello se debe a su necesidad teórica de mantener la correspondencia biunívoca entre una palabra y un solo significado, correspondencia que está en la base de la concepción saussureana del signo lingüístico (Cuenca y Hilferty, 1999: 130-131). Por esta razón, estas semánticas distinguen claramente entre significado y sentido, siendo el significado el núcleo semántico de una palabra de naturaleza lingüística y el sentido una mera asociación connotativa de carácter pragmático de tipo eventual. Veamos un ejemplo. La palabra *jirafa* posee un único significado, el de MAMÍFERO RUMIANTE AFRICANO DE LARGO CUELLO, pero, en determinados contextos, puede tener un sentido distinto, como en la oración *Almudena es una jirafa*, en la que significaría algo como MUJER DE INCREÍBLE ESTATURA. Pues bien, en el primer caso hablaríamos de auténtico significado lingüístico (codificado en el sistema) y en el segundo, al tratarse de un empleo ocasional, de sentido efímero de carácter enciclopédico. De este modo, para los autores estructuralistas *jirafa* tendría un único significado (ausencia de polisemia) y tantos sentidos como potenciales usos pragmáticos.

Frente a esta postura, los lingüistas cognitivos siempre han considerado que la polisemia es algo fundamental. Para ellos, y por las razones que hemos examinado en los apartados precedentes, la polisemia constituye una estructura compleja o estructura radial en la que los distintos significados mantienen múltiples relaciones. De esta manera, en lugar de una distinción discreta entre significado y sentido cabría hablar de una organización continua entre distintos significados, organizada en términos prototípicos. La polisemia así entendida se consideraría como un fenómeno gradual con distintos niveles de lexicalización o fijación psicológica (Langacker, 1987).

Si retomamos el ejemplo de *jirafa*, podríamos decir que su significado prototípico sería el de MAMÍFERO DE LARGO CUELLO, significado que coexistiría con el de PERSONA DE GRAN ESTATURA, que sería un significado mucho menos prototípico, creado por la metáfora conceptual LAS PERSONAS SON ANIMALES. Pese a ello, ambos significados (y otros muchos que podrían concebirse) conforman una estructura atómica o radial.

Por tanto, la ambigüedad contextual, las inferencias pragmáticas y las necesidades expresivas de los hablantes favorecen que los significados prototípicos muten con gran facilidad en el discurso lingüístico para posibilitar la emergencia de valores periféricos creados *ad hoc*. Ese es el caso de *jirafa*, como también es el caso de *cafetera* que examinamos antes, con el significado de CABEZA; al hablar, empleamos el conocimiento almacenado en el sistema cognitivo para verbalizar conceptos con gran rapidez, proceso en el que las metáforas y las metonimias juegan un papel decisivo.

Naturalmente, no todos los usos creados en el uso pragmático del lenguaje se afianzan en el sistema. Como demuestra Geeraerts con su hipótesis de la poligénesis semántica, muchos empleos son en extremo efímeros (desaparecen tras ser empleados), pero eso no quiere decir que no sean significados en sentido estricto (Croft y Cruse, 2008: 152). Por tanto, el nivel de fijación de un cambio semántico es, una vez más, una cuestión de grado; hay cambios que se asientan y pasan a formar parte de modo permanente de la polisemia de una palabra y cambios más débiles

que, pese a transmitir una abundante información⁸⁵, desaparecen sin dejar huellas a largo plazo.

Aparte de por estas cuestiones, la semántica se ha preocupado siempre por la naturaleza de la homonimia y por las relaciones que mantiene con la polisemia. En principio, dos palabras son homónimas cuando, pese a proceder de étimos distintos, tienen la misma forma fonológica. Por ejemplo, en español *pez* puede significar dos cosas, ANIMAL ACUÁTICO y SUSTANCIA RESINOSA DE COLOR AMARILLENTO; no obstante, ambos contenidos no forman parte de la polisemia de un único término, sino que pertenecen a dos palabras distintas que, diacrónicamente, han llegado a ser homónimas. Así, *pez* con el significado de ANIMAL ACUÁTICO procede del latín *piscem*, acusativo de *piscis*, mientras que *pez* con el significado de SUSTANCIA RESINOSA procede de *picem*, acusativo esta vez de *pix* (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 125).

Las relaciones entre polisemia y homonimia son uno de los problemas clásicos de la semántica. En principio la pauta básica para diferenciarlas es la que ya hemos adelantado; hablamos de polisemia cuando una palabra desarrolla múltiples significados debido a una serie de cambios semánticos, mientras que nos encontramos con una homonimia cuando dos palabras de origen independiente llegan a tener el mismo significante en un momento dado de su evolución⁸⁶.

Con todo, la semántica cognitiva reinterpreta en parte este planteamiento tradicional. Si la polisemia es una estructura cognitiva compleja de forma reticular en la que los distintos significados se agrupan siguiendo relaciones de parecido graduales a partir de uno o varios centros prototípicos, podemos suponer que en ocasiones un significado concreto se puede distanciar tanto de los valores previos que ya no sea deducible en absoluto su vinculación con el resto de significados. En estos casos, la polisemia se aproxima a la homonimia, puesto que ese significado lexicalizado pero muy opaco podría entenderse como una palabra independiente.

⁸⁵ Recordemos que la metáfora libre y poco lexicalizada (como explicamos en el capítulo 2) tiene la virtud de condensar mucha información, razón por la cual en muchas ocasiones una expresión de este tipo tiene como contrapartida en el plano literal una enrevesada paráfrasis.

⁸⁶ De hecho, como señala Cifuentes (1994: 187) el problema de la distinción entre polisemia y homonimia sólo tiene sentido en una concepción diacrónica de la lengua, puesto que en sincronía tal distinción no es pertinente.

Analicemos un ejemplo (Cuenca y Hilferty, 1999: 130). *Colonia* tiene en español actual dos significados, AGUA PERFUMADA (que deriva por metonimia de la ciudad de Colonia, donde se inventó) y LUGAR QUE HA SIDO COLONIZADO. Dado que resulta muy difícil establecer una relación de parentesco entre ambos significados, la mayoría de hablantes del español consideraría que hay dos colonias homónimas, de origen independiente. No obstante, la semántica histórica demuestra que esos dos valores sí están relacionados, puesto que el nombre de la ciudad alemana procede del latín *Colonia Agrippina*, nombre con el que los colonizadores romanos bautizaron a esa villa. Por tanto, *colonia*, estrictamente, sería una palabra polisémica, con un primer significado de LUGAR COLONIZADO (por metonimia) y otro posterior, el de AGUA PERFUMADA, derivado del primero también por metonimia. Por tanto, de una polisemia puede, al menos sincrónicamente, surgir una homonimia cuando la motivación subyacente entre dos significados se diluye por completo. Tanto es así que como señalan Cuenca y Hilferty (1999: 130) numerosas homonimias no son más que polisemias que han perdido la motivación original.

Como vemos, la polisemia es el producto habitual de los cambios semánticos. Según la lingüística cognitiva esos cambios y sus resultados siempre obedecen a causas psicológicas, relacionadas fundamentalmente con la eficiencia comunicativa y con la necesidad de transformar la experiencia cotidiana en conceptos más abstractos. No obstante, como han puesto de manifiesto en años recientes diversos investigadores, quizá el proceso evolutivo por el que las palabras cambian tenga también ciertas dosis de aleatoriedad no explicables por completo con parámetros comunicativos. En trabajos como los de Bernárdez (1995), Fernández Jaén (2008a), Grygiel y Kleparski (2005), Howard (2007) o Teixeira (2004), se emplean conceptos de la Teoría del Caos y de la física para analizar diferentes aspectos semánticos, metodología que ha revelado que muchos cambios lingüísticos quizá obedezcan a presiones de naturaleza mucho más abstracta.

La Teoría del Caos es una teoría matemática formulada en el siglo XX que, bajo el dominio general de lo que se conoce como Ciencias de la Complejidad, propone que en términos matemáticos es imposible predecir el comportamiento de los sistemas complejos del universo. Las matemáticas euclidianas y la física clásica de Newton consideraban que el

universo se debe de regir por leyes estables muy bien definidas que permiten predecir cómo se van a comportar los fenómenos del mundo. Además, ambos modelos estudiaban sólo los casos más ideales (como las figuras geométricas perfectas o las elipses que forman las órbitas planetarias) sin atender a los casos más erráticos o irregulares. Pues bien, frente a estas posturas, matemáticos del caos como el francés B. Mandelbrot demuestran que, en realidad, el universo tiende a comportarse de un modo caótico del todo impredecible, puesto que, en la mayoría de situaciones, existen múltiples variables que operan al mismo tiempo lo que hace que nunca se pueda saber con exactitud cuál va a ser el resultado de una transformación en la dinámica sucesión de los acontecimientos.

Un ejemplo muy conocido de este tipo de comportamiento caótico lo ofrece el tiempo atmosférico; aunque poseemos modernos satélites y numerosos aparatos técnicos para estudiar el clima, es imposible determinar con exactitud cómo va a ser el tiempo, puesto que son tantos los factores que interactúan en su configuración (temperatura, humedad, presión atmosférica, etc.) que hasta el más pequeño cambio puede reorganizar súbitamente el resultado final. En Teoría del Caos a la sensibilidad en las condiciones de partida (la extrema fragilidad del sistema que hace que incluso el más pequeño cambio pueda alterarlo todo) se la denomina efecto mariposa y al resultado inesperado (que llueva cuando todo apuntaba a que haría sol) atractor extraño. Pues bien, cuanto más complejo es un sistema, más posibilidades hay de que se surjan atractores extraños. Así, sistemas complejos serían, junto con el tiempo atmosférico, las ciudades (con su caos circulatorio, las mareas humanas, etc.), los fenómenos físico-químicos (la configuración atómica de un gas⁸⁷, por ejemplo) o el entramado neuronal de un cerebro humano (miles de neuronas interconectadas transmitiéndose información). El comportamiento de todos estos sistemas complejos resulta, por tanto, matemáticamente impredecible⁸⁸.

⁸⁷ De hecho, el sustantivo *gas* está emparentado con la palabra *caos*, pues ambos términos proceden etimológicamente del griego clásico *χάος* que significaba, entre otras cosas, ESTADO PRIMITIVO DEL UNIVERSO (Corominas y Pascual, 1980-1991), es decir, un estado desordenado extremadamente complejo.

⁸⁸ Pensemos en el humo de una hoguera que asciende por el aire, en el flujo de un riachuelo o en el vuelo de un pájaro; nunca podremos prever cómo será el siguiente movimiento de

En otras ocasiones diversos elementos muy simples se unen y del resultado de su fusión aparece un producto de una complejidad no esperable observando los elementos por separado. En estos casos hablamos de información emergente (Fernández Jaén, 2008a). Es lo que sucede al hacer un experimento químico; tenemos unos componentes es un estado predecible, pero al introducir otro se produce una reacción que hace que el sistema entre en transición de fase (y se produzca una explosión, por ejemplo). Pensemos también en lo que ocurre con el tráfico; todo marcha de un modo estable y de repente un vehículo se avería, corta una calle y se desata un monumental atasco con infinitas e impredecibles consecuencias (los trabajadores llegan tarde, la grúa tiene que ponerse en marcha, etc.). En definitiva, cuanto más complejo es un sistema tanto más caótica y potencialmente mudable es su organización.

No cabe duda de que el lenguaje humano es, con sus múltiples planos estructurales completamente interrelacionados, un sistema complejo⁸⁹, por lo que podemos aceptar teóricamente que en su evolución también puede haber imprevisibilidad y resultados emergentes (Teixeira, 2004; Fernández Jaén, 2008a).

La imprevisibilidad derivada de la sensibilidad a las condiciones de partida se puede constatar fácilmente. Basta para comprobarlo con examinar cómo un mismo término significa cosas distintas en dos lenguas que lo toman. Por ejemplo, el sustantivo *propina*, que en latín significaba OBSEQUIO o REGALO, significa en español PEQUEÑA GRATIFICACIÓN CON LA QUE SE RECOMPENSA UN SERVICIO EVENTUAL (concreción semántica), mientras que su cognado en portugués representa una TASA DE INSTRUCCIÓN (Grygiel y Kleparski, 2005: 56). Como vemos, una palabra puede ser étimo de muchas otras sin que el cambio semántico sea homogéneo o predecible

estos elementos. Somos capaces, por tanto, de predecir cómo va a ser el movimiento elíptico de un planeta, como ya demostró Newton, pero no podemos determinar hacia dónde se desviará en un momento dado el vuelo de un ave.

⁸⁹ Hemos dicho que las ciudades son un ejemplo claro de sistema caótico, y no es por casualidad, como nos recuerdan Grygiel y Kleparski (2005: 54), que ya Wittgenstein comparara de este modo el lenguaje con una enrevesada ciudad: "Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes" (Wittgenstein, 1953: 31).

(distintos atractores)⁹⁰. Por otro lado, en ocasiones la diferenciación en el significado de una misma palabra en dos lenguas tarda más en producirse. Por ejemplo, en catalán y en español medieval *acostarse* significaba prototípicamente ACERCARSE A UN LUGAR FÍSICO, valor nuclear que ha pervivido en catalán hasta nuestros días pero que fue debilitándose en español a partir del siglo XV hasta desaparecer por completo en el siglo XVII, quedando como nuevo prototipo el significado de TUMBARSE (Fernández Jaén, 2006c; 2008a).

En términos generales, la semántica cognitiva diacrónica parece acomodarse bastante bien a los planteamientos de las Ciencias de la Complejidad, sobre todo gracias a la teoría de prototipos. De hecho, la hipótesis de Geeraerts (1997) ha sido explícitamente comparada con la Teoría del Caos (Grygiel y Kleparski, 2005; Fernández Jaén, 2008a); en efecto, la evolución de las categorías léxicas que propone esta hipótesis guarda notables semejanzas con la evolución matemática de los sistemas complejos. Por ejemplo, los cambios de prototipo dentro de una categoría polisémica o las divisiones de un prototipo en varios núcleos no dejan de ser soluciones impredecibles debidas al frágil equilibrio que gobierna el significado (Teixeira, 2004). Son tantos los elementos que intervienen en la configuración del contenido léxico (gramaticales, pragmáticos, sociolingüísticos, psicológicos, etc.) que resulta normal que los resultados diacrónicos posean ciertas dosis de imprevisibilidad⁹¹. Incluso el concepto de poligénesis semántica explicado anteriormente puede interpretarse como un modo de información emergente (un significado antiguo vuelve a aparecer de modo inesperado). Por tanto, en los cambios de significado no sólo operan principios de eficiencia sino que también actúan leyes más abstractas que tienen que ver en términos generales con la dificultad intrínseca de que un sistema complejo se mantenga estable; las palabras polisémicas, como cualquier estructura fractal de la naturaleza, puede sufrir transiciones de fase (como un cambio de prototipo o una ramificación de significados) no sólo porque ese cambio sea rentable en

⁹⁰ No cabe duda de que este fenómeno puede favorecer la existencia de los llamados 'falsos amigos', es decir, palabras de forma casi idéntica en lenguas distintas cuyos significados no están relacionados.

⁹¹ Este extremo no es, desde luego, incompatible con la esencia del modelo de Geeraerts, puesto que para este autor la semántica de prototipos explica los cambios y predice ciertas tendencias, pero no determina de forma objetiva cómo van a evolucionar las palabras.

términos cognitivos sino también porque matemáticamente a partir de un cierto número de variables es lógico que el sistema tienda a autorregularse. Por tanto, pensamos que la hipótesis de Geeraerts y la Teoría del Caos son propuestas perfectamente compatibles.

El concepto de información emergente también ha sido muy empleado en la teoría de los espacios mentales, original aportación de Fauconnier (1984, 1997), ampliada posteriormente por Fauconnier y Turner (2002). Esta teoría considera que los conceptos abstractos y las contingencias hipotéticas (como dudas, deseos y otros elementos modales) son construidos y almacenados en la mente siguiendo una configuración espacial, algo mucho más plausible en términos filosóficos que lo que para estas representaciones semánticas proponen las teorías semánticas de tipo veritativo-condicional⁹². Pero además de eso, la propuesta de Fauconnier y Turner amplía algunos aspectos decisivos de la teoría de la metáfora conceptual de Lakoff y Johnson (1986); estos dos investigadores consideran, como explicamos en el capítulo 2, que la transformación de la información experiencial en información abstracta se efectúa por medio de la interacción de dos dominios (el de salida y el de llegada), entre los que se establecen diversas correspondencias epistémicas. Sin embargo, en opinión de Fauconnier y Turner, la representación mental del conocimiento no se desarrolla sólo con dos espacios (el físico de partida y el conceptual de llegada) sino que hay otros dos; así, habría en realidad cuatro espacios mentales, pues a los dos espacios clásicos de la propuesta de Lakoff y Johnson habría que añadir dos más: el espacio genérico y el espacio de mezcla. El espacio genérico contiene los elementos que son comunes a los espacios fuente y meta, mientras que el espacio de mezcla consistiría en un espacio cognitivo nuevo resultado de la interacción de los espacios fuente y meta. Y es precisamente en ese espacio de mezcla en el que emergen dosis de información (fuertemente influida por aspectos enciclopédicos del conocimiento de los hablantes) no siempre predecibles. Examinemos un caso concreto (Croft y Cruse, 2008: 272-273):

(1) Este cirujano es un carnicero.

⁹² Como hemos comprobado al estudiar las metáforas y las metonimias desde un punto de vista cognitivo, el conocimiento espacial parece ser primario en la configuración del pensamiento. Esta tesis, fundamental en la filosofía fenomenológica, ha sido desde siempre asumida por la lingüística cognitiva (Cifuentes, 1989: 182-187) y tiene una especial trascendencia metafísica en la Teoría de los Espacios Mentales (Fauconnier, 1984, 1997).

En este enunciado hallamos, gracias a la interacción de dos espacios cognitivos (el de la medicina y el de la carnicería), un significado como ESTE CIRUJANO ES UN CHAPUCERO. Pues bien, según la teoría de los espacios mentales, ese significado no se derivaría de ninguna proyección metafórica del dominio de salida al dominio de llegada, sino que sería un significado emergente que aparece sólo por la interacción simultánea de los dos dominios. Esto es algo lógico, a la vista de que la propiedad 'ser chapucero' no es en absoluto inherente a ninguno de los dos oficios: lo que hace que el cirujano sea poco profesional en este caso es su relación con el modelo cognitivo idealizado de CARNICERO. De este modo, en este enunciado habría cuatro espacios mentales, como mostramos a continuación:

- Espacio genérico (conceptos esquemáticos comunes): agente, individuo intervenido, instrumento cortante, espacio de trabajo, procedimiento (cortar carne).
- Espacio de entrada I (cirujano): cirujano, paciente, escalpelo, quirófano, sanar, cirugía.
- Espacio de entrada II (carnicero): carnicero, animal muerto, cuchillo de carnicero, carnicería, producir porciones comestibles, cortar carne.
- Espacio de mezcla: carnicero, paciente, quirófano, sanar, carnicería.

Como se puede apreciar, el contenido vinculado a la FALTA DE PROFESIONALIDAD (inexistente en los dominios por separado) emerge espontáneamente al mezclar propiedades concretas de los otros dos dominios. Se crea así un nuevo espacio mental que permite diseñar nueva información a partir de la preexistente. En consecuencia, el almacenamiento de información en el cerebro posibilita que aparezcan diversos contenidos cognitivos nuevos no siempre predecibles, producto de la interacción (como ocurriría en un experimento químico) de los espacios mentales construidos previamente.

La teoría de los espacios mentales puede muy bien emplearse para analizar cambios semánticos. De hecho, guarda algunas semejanzas con la hipótesis (2) del modelo de Geeraerts, puesto que ambos planteamientos asumen que un nuevo significado puede originarse en la fusión de varios significados previos. Grygiel (2004) ha aplicado la Teoría de los Espacios Mentales al cambio semántico y ha puesto de manifiesto la riqueza de

este modelo para explicar todo tipo de evoluciones léxicas (incluidas muchas que no reciben una explicación satisfactoria aplicando las teorías cognitivas de la metáfora). Como vemos, el cambio semántico y la polisemia que genera también pueden explicarse por la interacción caótica y no determinista de múltiples espacios conceptuales generados por nuestra experiencia.

En suma, la polisemia, lejos de ser una imprecisión del sistema lingüístico (cuya existencia incluso ha sido negada por algunas corrientes semánticas) constituye el estado natural del significado léxico. Las palabras monosémicas evolucionan y producen nuevos significados porque los hablantes las emplean en contextos nuevos debido a determinadas necesidades comunicativas; algunos de esos nuevos significados resultan tan rentables que se fijan, de modo que el vocablo que originalmente era monosémico se vuelve polisémico (carácter dinámico del cambio semántico). Incluso puede ocurrir que la red semántica de una palabra llegue a ser tan compleja que uno de sus significados resulte difícil de relacionar con el resto (opacidad), de modo que se transforme en una palabra nueva, homónima de aquella de la que deriva.

El hecho de que la polisemia sea una categoría compleja explica además el carácter en muchas ocasiones errático de sus diversas transformaciones, siguiendo en este sentido leyes generales como las enunciadas por la Teoría del Caos o la teoría de los espacios mentales (significados emergentes). Por todo ello, y teniendo en cuenta que los procesos que hacen que un significado cambie son los mismos tanto si se trata de un cambio efímero como si se trata de un cambio permanente, pensamos que la dicotomía de Saussure entre sincronía y diacronía podría sustituirse por el concepto global de pancronía⁹³, mucho más acorde con lo que muestran los hechos lingüísticos.

Como hemos comprobado, los planteamientos generales de la lingüística cognitiva explican con gran rigor cómo una palabra cambia de significado hasta generar polisemia, pero los cambios que analiza este modelo científico van más lejos puesto que en muchísimas ocasiones de

⁹³ El concepto de gramática pancrónica ha sido desarrollado por diversos autores, con algunas diferencias teóricas. Puede verse un estado de la cuestión sobre este asunto en Cifuentes (2003: 20-23).

un significado léxico-semántico se pasa a un significado puramente gramatical; basta con recordar la evolución de la partícula *pas* del francés que detallamos antes (de sustantivo en latín a partícula de polaridad negativa en francés actual). En estos casos, la semántica histórica cognitiva da un paso más, como veremos en el apartado siguiente.

3.6. La gramaticalización

El carácter híbrido de las categorías lingüísticas, producto de su configuración prototípica, resulta especialmente llamativo al examinar los casos en que una palabra con significado léxico pleno se convierte en algo mucho más funcional. Estos procesos, de gran trascendencia teórica, han sido agrupados bajo el marco común de la gramaticalización. En términos generales, se entiende por gramaticalización el proceso diacrónico por el cual una palabra con significado léxico pasa a tener un significado gramatical o una palabra con significado gramatical pasa a tener un significado aún más gramatical⁹⁴. Estos cambios lingüísticos son de gran interés porque muestran, como se ha puesto de manifiesto en años recientes, que los caminos o vectores subyacentes que pautan la transformación gradual de las palabras en entidades más abstractas son sorprendentemente regulares, lo que invita a pensar que la evolución gramatical de las lenguas quizá sea mucho más lógica de lo que parece a simple vista (Cuenca y Hilferty, 1999: 178).

En la actualidad son dos las grandes líneas de investigación que se están desarrollando en el terreno de la gramaticalización (Cifuentes, 2003: 23): una corriente pragmático-discursiva y otra corriente de naturaleza cognitiva. La primera de ellas, defendida por lingüistas como Bybee, Hopper (1987) y Hopper y Traugott (1993) entiende que los procesos de gramaticalización son el resultado del afianzamiento léxico de

⁹⁴ Esa es la definición clásica de Meillet, autor que también bautizó el fenómeno (*grammaticalisation* en francés) a principios del siglo XX. Se ha discutido mucho acerca de cuándo fue descrito por primera vez este hecho lingüístico, puesto que, aunque el desarrollo de la teoría de la gramaticalización se haya efectuado en las últimas décadas, lo cierto es que aparecen numerosas descripciones de procesos de gramaticalización (o muy parecidos) en obras que pueden remontarse al siglo X, si no antes (Cuenca y Hilferty, 1999: 155). Para una revisión sumaria de la historia de la gramaticalización pueden consultarse los trabajos de Cifuentes (2003: 17-18) o Silva (2006: 102-108).

implicaturas pragmáticas o discursivas de todo tipo; así, las inferencias que los hablantes obtienen mientras se comunican afectarían con el tiempo al diseño de la estructura gramatical (codificación de actitudes y razonamientos contextuales⁹⁵). Según este planteamiento, los hablantes cubrirían sus necesidades expresivas con los elementos léxicos que tienen a su alcance, de tal modo que con el tiempo las palabras acabarían por transformarse en elementos gramaticales especializados en codificar morfosintácticamente algo que, en origen, constituía una necesidad expresiva puntual⁹⁶.

Por su parte, la vertiente cognitiva, representada fundamentalmente por Heine, Lichtenberk (1991) o Sweetser (1990), defiende que la gramaticalización es el producto de la injerencia en el sistema gramatical de los mecanismos generales de la cognición humana, siendo la metáfora el principal activador de los procesos de cambio. Este planteamiento se nutre fundamentalmente de las investigaciones de Lakoff y Johnson, como ya anticipamos en el capítulo 2; así, si la metáfora conceptual permite expresar contenidos abstractos en términos de conceptos más reconocibles, cabe suponer que también posibilite la creación de conceptos gramaticales. Por ello, gracias sobre todo a trabajos como los de Claudi y Heine (1986) o Sweetser (1990) se han descubierto numerosos procesos regulares en la evolución semántica, como por ejemplo la tendencia en virtud de la cual los significados concretos suelen generar significados más abstractos, y de un modo casi siempre unidireccional⁹⁷.

⁹⁵ En esta perspectiva destaca muy especialmente la teoría de Traugott y Dasher (2002), denominada IITSC (Invited Inferencing Theory of Semantic Change).

⁹⁶ Por esta razón Givón (1979: 209) considera que el proceso de gramaticalización comienza en el discurso, para pasar después a la sintaxis, y de la sintaxis a la morfología, y de ésta a la morfofonología, pudiendo darse el caso, incluso, de llegar al grado cero (\emptyset), es decir, a la desaparición total del elemento gramaticalizado.

⁹⁷ La supuesta unidireccionalidad de los procesos de gramaticalización (consistente en que una vez iniciada una cadena de gramaticalización ésta es irreversible) es uno de los aspectos más polémicos de esta teoría, puesto que hay evidencias suficientes para pensar que no siempre es así. Por ejemplo, Koivisto-Alanko (2000a, 200b) ha demostrado que ciertos términos del inglés relacionados con el campo semántico de la percepción han evolucionado en un primer momento hacia un significado abstracto para volver con el tiempo a un contenido más concreto. Estos fenómenos no sólo evidencian que los distintos usos de una palabra (gramaticalizados y no gramaticalizados) pueden coexistir, sino que también ponen de manifiesto que aunque la tendencia general sea que los procesos de gramaticalización no

También se han descrito cadenas de gramaticalización (Heine, 1992) que establecen fases sucesivas de los cambios que suelen permitir la predicción de éstos, como esta conocida cadena metafórica (Claudi y Heine, 1986; Heine, Claudi y Hünemeyer, 1991):

PERSONA > OBJETO > ACTIVIDAD > ESPACIO > TIEMPO > CUALIDAD

Figura 5. Cadena metafórica.

Esta progresión de cambios semánticos se ha aplicado a la descripción de numerosos procesos de gramaticalización, lo que ha demostrado empíricamente su validez. Por ejemplo, numerosas preposiciones y locuciones prepositivas relacionadas con el espacio (como *enfrente*, *a espaldas de*, *de cara a*) tienen su origen en sustantivos relacionados con partes del cuerpo humano (Cifuentes, 2003), del mismo modo que el tiempo tiende a conceptualizarse habitualmente a partir de metáforas espaciales⁹⁸.

A pesar de que las dos orientaciones poseen planteamientos propios, lo cierto es que son perfectamente compatibles (Cifuentes, 2003: 23). De hecho, ambas comparten un denominador común: la subjetividad del hablante. En efecto, tanto en la postura pragmática como en la postura metafórica la presencia del punto de vista del hablante resulta decisiva; si emerge una implicatura que con el tiempo condicionará una estructura lingüística o si se desarrolla una metáfora con la que verbalizar un contenido nocional es siempre porque los hablantes interfieren en la configuración de la gramática, y esa interferencia es producto de procesos subjetivos, tales como creencias, opiniones, expectativas o todo tipo de mecanismos psicológicos.

Tanto es así, que Traugott (1989, 1995, 1999) ha propuesto lo que se conoce como hipótesis de la subjetivación, según la cual el causante de los cambios lingüísticos siempre es el emisor, pues es él quien impregna de subjetividad sus mensajes hasta el punto de llegar a alterar el significado lexicalizado de las palabras, que deja de ser objetivo (representación

revertien sucede en ocasiones que una palabra desarrolla usos que atentan contra las pautas generales.

⁹⁸ Recuérdese también la importancia de la dimensión espacial en la clasificación de los tipos de metonimia de Peirsman y Geeraerts (2006).

externa o neutral de un contenido conceptual) para volverse subjetivo (representación condicionada por el punto de vista del hablante) e incluso, en un estadio final, intersubjetivo, es decir, de una subjetividad compartida por más de un hablante o por una comunidad entera. De este modo, el cambio semántico puede entenderse como un proceso gradual de enriquecimiento expresivo, que puede culminar en un cambio sintáctico o gramatical⁹⁹.

Un ejemplo interesante de este tipo de cambio lo constituye el término *luego* (Cuenca y Hilferty, 1999: 165); *luego* procede etimológicamente del latín *locus* (LUGAR), por lo que en un primer momento era un término espacial. Posteriormente, se gramaticalizó en español, por lo que pasó a tener un valor temporal (Mi jefe volverá *luego*) para, finalmente, adquirir un contenido puramente gramatical, el de conjunción consecutiva (Mi jefe no llega, *luego* tenía más trabajo de lo que yo pensaba). Lo interesante es que este proceso se explica por la progresiva interiorización del significado por parte del hablante; para cambiar de lugar hace falta tiempo (creencia del hablante) por lo que *luego* pasa del dominio espacial al temporal, y por otro lado el tiempo indica posterioridad, lo que favorece que *luego* pueda codificar gramaticalmente consecuencias (dominio nocional).

El ejemplo de *luego*, además de confirmar el comportamiento estable de las cadenas de gramaticalización, muestra otro hecho muy frecuente; cuando una palabra cambia de dominio conceptual, suele experimentar un reanálisis o cambio de categoría. Así, *luego* pasa de sustantivo a adverbio de tiempo, y de adverbio a conjunción. También se comprueba con facilidad que los distintos resultados de los procesos de

⁹⁹ Es importante señalar que la idea de la subjetividad del lenguaje es fundamental en la Gramática Cognitiva de Langacker (1987, 1990a, 1991), sólo que este autor, a diferencia de Traugott, plantea esta hipótesis de un modo sincrónico. De este modo, para Langacker (1987: 215), la subjetivización consiste en reconstruir cognitivamente una escena de un modo subjetivo, es decir, alterar la configuración de su construcción sintáctica de manera que la presencia deíctica del conceptualizador sea dominante. Este planteamiento es decisivo para explicar las distintas variaciones constructivas de los elementos lingüísticos, por lo que lo retomaremos en capítulos sucesivos de nuestra tesis al analizar las conceptualizaciones posibles de los verbos de percepción. Por otra parte, si bien Langacker no estudia la intersubjetividad, su modelo no es incompatible con ella. De hecho, Verhagen, en un interesante trabajo (Verhagen, 2005), ha desarrollado el concepto de intersubjetividad basándose en parte en los trabajos de Langacker.

gramaticalización no son excluyentes, ya que es muy habitual que coexistan en un momento dado de su evolución. Por ello, en el español actual puede utilizarse *luego* como adverbio o como conjunción. Este hecho se relaciona con la teoría de prototipos, puesto que los distintos resultados de un proceso de gramaticalización pueden mantener múltiples relaciones estructurales en un determinado estadio sincrónico, algo similar a lo que sucede en la configuración interna de las categorías polisémicas (Cifuentes, 2003: 21). Es más, la línea divisoria entre cambio semántico y cambio por gramaticalización no siempre es del todo nítida, siendo la presencia o no de reanálisis o descategorización (frecuente en la gramaticalización pero anómala en los cambios semánticos que generan polisemia) uno de los criterios de distinción más claros (Cifuentes, 2002: 327).

Por tanto, los procesos de gramaticalización, pese a ser complementarios a los procesos de cambio semántico (debido a su motivación común), poseen un comportamiento propio, con consecuencias especiales. En ellos una palabra plena y libre se ve afectada por la subjetividad del hablante, lo que hace que pase a tener un contenido pragmático añadido que aumenta su potencial semántico. Esta generalización semántica, caracterizada por el aumento de abstracción, permite que dicha palabra pueda aparecer en contextos sintáctico-semánticos nuevos, lo que aumenta su frecuencia de uso. Este aumento de la frecuencia de empleo favorece por su parte la rutinización gradual de los valores abstractos, por lo que la necesidad expresiva de partida comienza a fijarse cognitivamente. Finalmente, en los últimos estadios del proceso, los nuevos usos (que en ocasiones coexisten con los valores más antiguos) inician procesos de cambio morfosintáctico e incluso fonético, como la limitación de los contextos sintácticos¹⁰⁰ (si el elemento se ha reanalizado y ha pasado a ser una conjunción, por ejemplo, tendrá menos potencial combinatorio que en sus usos como lexema pleno) o la erosión morfofonológica (pérdida de sustancia fónica y reducción de sílabas). Este proceso que hemos descrito es el responsable de la paulatina

¹⁰⁰ Esta consecuencia de la gramaticalización es especialmente interesante. Como señala Company Company (2004), la sintaxis suele cancelarse con gran facilidad cuando una palabra empieza a verse influida por la subjetividad del hablante, como les sucede a los verbos que pueden funcionar como marcadores del discurso. Volveremos sobre esto más adelante.

paradigmatización de las lenguas y del desarrollo de los sistemas morfológicos básicos.

La teoría de la gramaticalización goza en la actualidad de gran éxito en el panorama lingüístico internacional. La regularidad de los procesos de cambio que la gramaticalización muestra ha hecho que muchos lingüistas vean en esta teoría una especie de macroteoría universal para explicar la evolución gramatical. Tanto es así que aceptando una conocida metáfora de Sweetser (1990) podría decirse que una lengua en un concreto estadio sincrónico es algo similar a una partida de ajedrez a medias, siendo los procesos de gramaticalización las reglas del juego; por ello, aunque no sepamos con total exactitud cómo se ha llegado a ese resultado podremos suponerlo, del mismo modo que podremos imaginar cómo va a seguir evolucionando la partida¹⁰¹.

De hecho, la aparente universalidad de los mecanismos de cambio por gramaticalización¹⁰² ha motivado que recientemente Heine y Kuteva (2007) apliquen esta teoría al estudio del origen del lenguaje, partiendo de una simple hipótesis: si las pautas que guían la gramaticalización son constantes, recurrentes y, normalmente, unidireccionales, ¿podemos desandar el camino y llegar a punto de partida original, al origen mismo de la gramática? Los resultados de Heine y Kuteva, obtenidos tras el análisis de numerosas lenguas de todo el mundo, son sumamente sugestivos. De este modo, comprobamos que la teoría de la

¹⁰¹ Desde la década de los 90 existe una nueva disciplina, aún no del todo asentada, que mantiene muchos intereses comunes con la teoría de la gramaticalización y con la semántica histórica cognitiva: nos referimos a la pragmática histórica. Esta especialidad se ocupa de analizar cómo evolucionan diacrónicamente las convenciones lingüísticas asociadas al contexto, tales como cuestiones de cortesía, actos de habla, etc. Como es sabido, la base teórica de muchas teorías pragmáticas parte de la filosofía, hecho que quizá explique el tardío desarrollo de esta ciencia, habida cuenta de que habitualmente se ha pensado que los actos de habla son universales y, por tanto, atemporales (Ridruejo, 2002). Para un acercamiento a los intereses, conceptos y métodos de la pragmática histórica puede verse el trabajo de Fitzmaurice y Taavitsainen (2007).

¹⁰² Hemos de señalar que aún son muchas las pruebas empíricas que deben llevarse a cabo para confirmar la total universalidad de los procesos de gramaticalización. Una de las más interesantes tiene que ver con el comportamiento de las diferentes lenguas del mundo en lo que se refiere a cómo se gramaticalizan en ellas las palabras. En este sentido, Xing (2006), partiendo de la teoría de Traugott y Dasher (2002), ha defendido que los cambios semánticos y los resultados de la gramaticalización en chino son relativamente diferentes a los cambios en las lenguas indoeuropeas, lo que abre vías de análisis muy importantes.

gramaticalización, al igual que la teoría de prototipos o que la hipótesis de las metáforas conceptuales posee una notable importancia metateórica, pues su capacidad explicativa trasciende con creces lo meramente lingüístico.

3.7. Conclusiones

Como hemos comprobado a lo largo de este capítulo, las lenguas naturales son extremadamente flexibles, razón por la cual están cambiando constantemente. Dentro de ese proceso dinámico continuo es el plano léxico-semántico el que se transforma con mayor celeridad, siguiendo los dictados de la comunicación humana, motor último de todo cambio lingüístico. Ahora bien, a pesar de que los cambios léxico-semánticos son evidentes, hubo que esperar al siglo XIX para que los investigadores empezaran a estudiarlos de un modo sistemático. Se inicia así la semántica (histórica en un primer momento), disciplina que ha pasado por diversas fases. No obstante, ha habido una serie de asuntos teóricos (como la polisemia o la homonimia, o la importancia del contexto de uso en la evolución semántica) recurrentes en todas las ramificaciones teóricas, lo que ha generado debates interesantes sobre cómo describir los cambios semánticos. En cualquier caso, como señala Geeraerts (1999), en estos 120 o 130 años de investigación semántica se han hecho multitud de análisis (siguiendo múltiples posturas metodológicas) lo que, sumado, constituye un considerable legado empírico.

En nuestra tesis doctoral seguiremos las propuestas de la semántica histórica cognitiva y de la gramaticalización, pues creemos que es la perspectiva más sólida de todas las defendidas hasta ahora. Los verbos de percepción constituyen palabras muy complejas y polivalentes, y es este modelo, como hemos visto, el que mejor analiza la caótica evolución de las palabras y el que con más éxito hasta ahora ha descrito los guiones subyacentes (¿las leyes universales que buscaban los semantistas del siglo XIX?) que hacen que lo que parece inexplicable se vuelva totalmente lógico.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 4: PERCEPCIÓN FÍSICA Y LENGUAJE

4.1. Introducción: la importancia epistemológica de los procesos perceptivos

El estudio de la percepción física o sensorial es un campo de investigación realmente vasto ya que los procesos perceptivos, es decir, los mecanismos a través de los cuales un estímulo físico del mundo exterior es captado, descifrado e interpretado por un ente consciente, no sólo representan en términos biológicos una de las más sofisticadas elaboraciones de la naturaleza, sino que también influyen decisivamente, de múltiples modos y por diversas razones, en prácticamente todas las disciplinas científicas. Las ciencias de la vida se interesan por estos procesos porque gracias a su análisis pueden entenderse numerosos aspectos de la evolución natural, tales como la adaptación al medio o las técnicas de supervivencia que emplean los animales. La psicología también se ha ocupado siempre de la percepción, siendo además una de las ramas del saber que más descubrimientos ha hecho sobre su funcionamiento. Los psicólogos han descrito minuciosamente cómo son y cómo actúan los diversos sentidos corporales, al tiempo que han propuesto diferentes hipótesis acerca de cómo transforma el cerebro la información sensorial en información cognitiva, o lo que es lo mismo, en pensamiento. Por su parte, los antropólogos han observado con frecuencia la percepción desde el prisma de las convenciones culturales, describiendo las diversas maneras que tienen las culturas del mundo de actuar en relación con pautas sociales en las que intervienen los sentidos; ejemplos ilustrativos de ello son los trabajos en antropología de la comida o los estudios sobre la relación de las sociedades con los olores.

Las matemáticas y la física también se han interesado por los principios de la percepción. La psicofísica, rama de la física especializada en investigar la relación existente entre una magnitud física constante y su interpretación subjetiva por parte de un individuo, ha hecho

aportaciones muy interesantes, que han posibilitado que los psicólogos entiendan mejor ciertos procesos cognitivos. Las Matemáticas del Caos, de las que ya hemos hablado, han observado que los hechos geométricos no tienen un valor absoluto sino que su naturaleza depende, en última instancia, del observador que los percibe. Este último descubrimiento, avalado por las más recientes investigaciones en mecánica cuántica, ha permitido comprender que ni siquiera los objetos del mundo que pueden ser, eventualmente, estímulos para los sentidos constituyen categorías en sí mismas: percibir el mundo es percibirlo y crearlo al mismo tiempo, puesto que sólo hay una categoría cuando existe un yo categorizador.

Por lo que respecta a la filosofía, la percepción también ha sido siempre uno de sus más recurrentes motivos de reflexión, reflexión que desde la antigua Grecia no ha hecho más que aumentar hasta llegar al siglo XX, momento en el que las investigaciones fenomenológicas sitúan en un primer plano la percepción sensorial, tal y como comentamos anteriormente.

En cuanto a la lingüística, su interés por la percepción física ha sido realmente considerable desde hace varias décadas, si bien en otras épocas no era algo que se estudiara de forma sistemática. La semántica topológica, por ejemplo, siempre ha prestado atención a los sentidos (sobre todo a la vista), debido a que su concepción del lenguaje está muy influida por la idea del espacio. La Teoría de la Relevancia de Sperber y Wilson (1986), pese a estar inspirada por los modelos computacionales de la mente, también tiene en cuenta la decisiva importancia de los cinco sentidos corporales (llamados en este modelo 'sistemas de entrada') en el proceso gracias al cual el cerebro (o 'sistema central') recibe las señales del exterior que, debidamente procesadas y almacenadas, darán lugar al entorno cognitivo del hablante. Por último, para la lingüística cognitiva la percepción física es un tema capital, habida cuenta de que este modelo considera la experiencia corporal como uno de los principales activadores del diseño del lenguaje. Por este motivo, el modelo cognitivista ha dedicado un más que abundante número de trabajos a describir cómo influye la percepción en el uso de las lenguas.

En nuestra tesis doctoral investigamos los verbos de percepción, que son la más palpable muestra de la interacción directa entre experiencia física y codificación lingüística. Por ello en este capítulo analizaremos las principales propiedades de las distintas percepciones y de los sentidos

corporales implicados en ellas. Asimismo, estudiaremos cómo se interrelacionan esos sentidos entre sí y cómo dan lugar a una serie de patrones lingüísticos y conceptuales sumamente interesantes. Toda esta información, en la que habrá referencias no sólo a la lingüística sino también a otras disciplinas, es fundamental para conocer las peculiaridades de nuestro sistema sensorial, y el conocimiento del sistema sensorial permitirá, a su vez, comprender cómo funcionan los verbos de percepción desde un punto de vista sintáctico, semántico y pragmático y cómo se han modulado diacrónicamente.

4.2. Tipos de percepción y funcionamiento de los sentidos

Los seres humanos estamos sometidos en todo momento a un enorme conjunto de estímulos procedentes del mundo exterior. A veces nos acercamos a una estufa y notamos de inmediato su calor. En otras ocasiones, oímos un ruido ensordecedor que procede de la calle. Mientras paseamos por una ciudad o por un campo recibimos constantemente múltiples olores (humo, comida de un restaurante, el perfume de los viandantes, flores, etc.) y cuando comemos, experimentamos los sabores de la comida en la boca. Pero los estímulos no siempre proceden del exterior, ya que algunas experiencias sensoriales son interiores (o endógenas), como un dolor de cabeza o la sensación de hambre.

Naturalmente, no todas las sensaciones son iguales, ni cualitativa ni cuantitativamente; es más frecuente percibir un ruido o saborear una manzana que padecer un dolor en un dedo por haberlo aplastado con un martillo. Por otro lado, mientras que los sabores o los sonidos, por ejemplo, son estímulos que pueden ser muy agradables (razón por la cual procuramos obtenerlos) otras sensaciones como el dolor o el mareo nos desagradan y las evitamos en la medida de lo posible. Es evidente, por tanto, que las percepciones que nuestro cuerpo experimenta todos los días son excepcionalmente diversas.

A. R. Luria, uno de los fundadores de la neurociencia cognitiva, propuso una interesante clasificación de los tipos de sensaciones (Luria, 1978: 18-26). Según este investigador las sensaciones se dividen en tres clases: sensaciones interoceptivas, sensaciones propioceptivas y sensaciones exteroceptivas. Las sensaciones interoceptivas son aquellas que recibimos del interior de nuestro organismo y tienen por objeto

regular las necesidades elementales del cuerpo. Estas sensaciones le indican al cerebro cuál es el estado de las paredes del estómago y del intestino, del corazón, del sistema circulatorio y del conjunto de los órganos viscerales. Se trata de las sensaciones más antiguas en términos evolutivos, lo que explica que sean muy difíciles de describir de un modo psicológico¹⁰³, debido a su carácter atávico y poco racional.

Las sensaciones propioceptivas se encargan de interpretar las señales referidas a la ubicación del cuerpo en el espacio y de informar acerca de sus movimientos. De entre estas sensaciones destacan las relacionadas con el equilibrio y las vinculadas a la conciencia de nuestro propio cuerpo en el espacio y de las acciones que realiza. Estas sensaciones dependen de múltiples receptores, como los que se sitúan en tendones, músculos y ligamentos, los que están en el sistema vestibular (oído) y los propios del sentido de la vista (clave en la orientación espacial).

Por último, las sensaciones exteroceptivas son las que nos hacen llegar la información del mundo exterior. Es el grupo más numeroso ya que comprende las experiencias registradas a través de los cinco sentidos: vista, oído, tacto, olfato y gusto. Luria subdivide a su vez estas sensaciones en dos subgrupos: sensaciones por contacto, que son las generadas por el tacto y el gusto, y sensaciones a distancia, como las de la vista, el oído y, en menor medida, el olfato. Las sensaciones por contacto sólo pueden originarse si el estímulo entra en contacto directo con el órgano encargado de su descodificación, mientras que en las sensaciones a distancia media un cierto espacio físico (de mayor o menos extensión) entre órgano y estímulo. No obstante, las sensaciones exteroceptivas no sólo se producen en las cinco modalidades sensoriales mencionadas, sino que hay otras dos: las sensaciones intermedias o intermodales y los tipos inespecíficos de sensaciones.

Las sensaciones intermodales suceden cuando un individuo experimenta un estímulo en el que se fusionan propiedades de diversos sentidos al mismo tiempo. La percepción de estímulos no suele ser discreta, sino más bien continua y difusa; lo normal no es captar las

¹⁰³ De hecho, como afirma Luria (1978: 19), estas sensaciones se sitúan entre lo perceptivo y lo puramente emocional, razón por la cual verbalizarlas resulta muy complicado, debido a la subjetividad que las caracteriza. Como veremos en el capítulo 6, muchos usos del verbo *sentir* se distinguen por su vaguedad e indeterminación semántica cuando se trata de expresar sensaciones de este tipo.

sensaciones de modo nítidamente separado, puesto que nuestro sistema nervioso tiende a superponer la información sensorial. Tanto es así, que algunos investigadores consideran que no existen las sensaciones aisladas, sino tan sólo las percepciones multimodales o intermodales (Candau, 2003). Existen múltiples casos de este tipo. Por ejemplo, en la llamada sensibilidad vibratoria (notar a través de la piel la vibración de ciertas ondas sonoras muy intensas), se unen datos procedentes del tacto y del oído, mientras que las percepciones de ciertos olores o sabores muy fuertes o la visión de una luz cegadora pueden permitir que los sentidos del gusto, el olfato la vista y el oído se influyan y confundan.

En cuanto a la sensibilidad inespecífica, se trata de un fenómeno complejo, en el que una percepción resulta difícil de explicar. Un ejemplo interesante de sensación exteroceptiva inespecífica es el de la fotosensibilidad de la piel, consistente en la capacidad de percibir matices de colorido por medio del tacto. Se han propuesto diversas hipótesis al respecto, pero aún no está claro cómo se produce este fenómeno, si bien se supone que está relacionado con una posible evolución paralela del sistema nervioso y la epidermis a partir de una laminilla embrionaria (ectodermo), gracias a la cual pueden encontrarse en la piel de una persona algunos dispositivos fotosensibles muy rudimentarios capaces de activarse en determinadas condiciones (Luria, 1978: 25-26).

Hasta ahora, hemos empleado los términos sensación y percepción de un modo general, como si fueran sinónimos, pero lo cierto es que en la bibliografía especializada se suelen distinguir en virtud de un hecho concreto: su grado de elaboración cognitiva. Así, una sensación es toda experiencia perceptiva inmediata y elemental, generada por un estímulo aislado y más o menos simple. Por el contrario, una percepción es algo mucho más complejo, puesto que ésta incluye una interpretación racional del estímulo, que puede estar formado por múltiples sensaciones. De este modo, toda percepción es una experiencia ordenada y dotada de significado (Matlin y Foley, 1996: 2). Por ejemplo, el sonido que produce un objeto metálico al caer al suelo se percibirá como una sensación, mientras que una sinfonía musical, con sus centenares de sonidos debidamente armonizados, será una auténtica percepción auditiva. Lo mismo sucedería con un olor; las moléculas que lo componen pueden hallarse en una distribución aleatoria y generar así un olor inconcreto, o

pueden haber sido meticulosamente mezcladas para generar un aroma específico, como el de un perfume¹⁰⁴.

Como es natural, la interpretación de un estímulo como sensación o como auténtica percepción también dependerá de cuál sea el sujeto experimentante. Parece claro que sólo si el individuo en cuestión está dotado de un mínimo de capacidad simbólica será capaz de comprender la complejidad y trascendencia de ciertos fenómenos sensoriales. Esto explica que los animales más elementales, como los gusanos o los celentéreos, no puedan discriminar estímulos demasiado complejos, al carecer de un sistema nervioso lo suficientemente desarrollado. Al ir escalando en la secuencia evolutiva podemos encontrar criaturas gradualmente más dotadas para la abstracción cognitiva y, por consiguiente, para la comprensión sensorial compleja, como los pulpos (que se sitúan entre los animales marinos más inteligentes) o la práctica totalidad de los mamíferos (Tomasello, 2007).

En este sentido, no cabe duda de que el ser humano es el espécimen más capacitado para comprender e interpretar el medio físico. Tanto es así, que los seres humanos somos capaces de crear mundos virtuales, existentes tan sólo en nuestro pensamiento. En este sentido, Gärdenfors establece una clasificación de los tipos de sensaciones tripartita, en la que habría sensaciones, percepciones e imaginaciones (Gärdenfors, 2006: 43-79). Las sensaciones son siempre estímulos inmediatos conectados directamente con el entorno (sea por medio de la vista o de cualquier otra modalidad sensorial), y gracias a ellas el individuo es consciente de la existencia del mundo. Las percepciones son siempre, como decíamos antes, experiencias interpretadas; éstas no sólo conectan con el mundo sino que también se relacionan con nuestro conocimiento del mundo y con nuestra capacidad para representarlo en el pensamiento de forma abstracta. Toda percepción implica, por ello, la asignación de un significado añadido a un estímulo sensorial.

Finalmente, las imaginaciones (o imágenes) son productos cognitivos que no se basan directamente en las experiencias perceptivas, sino que

¹⁰⁴ No obstante, es importante señalar que la distinción entre sensación y percepción no es discreta, como se defendía en la psicología estructuralista, sino mucho más difusa. De hecho, la psicología gestáltica propone que hay que considerar los estímulos siempre en su conjunto, como una globalidad, y nunca como una suma de partes más simples (Blanco, 1996: 23).

parten de una representación mental totalmente separada del estímulo, en la que tiene más prominencia la subjetividad del individuo que la información del entorno. Al imaginar algo desconectamos la experiencia de nuestro mundo interior (donde tiene lugar la imaginación) del mundo exterior, lo que implica tener la capacidad de disociar la actividad puramente física y homeostática de la actividad conceptual. Cuando pensamos en algo que deseamos o en una situación hipotética, nuestra mente crea un espacio mental (en el sentido propuesto por Fauconnier) en el que podemos visualizar cosas que no se encuentran presentes en ese momento y en el que la lógica se subordina al punto de vista intransferible del sujeto. Las imaginaciones son, por ello, las manifestaciones sensoriales más elaboradas y, aparte de todos los mamíferos¹⁰⁵, tal vez sólo las tengan los pájaros (Gärdenfors, 2006: 44).

Como vemos, los seres vivos reciben la información del exterior a través de sus sentidos exteroceptivos y la evalúan e interpretan de un modo u otro en función de sus capacidades cognitivas. Este proceso, como es lógico, también se ve afectado por la modalidad sensorial implicada, puesto que los sentidos corporales no son equivalentes, lo que hace que la información que transmiten tampoco lo sea. Cada sentido posee unas concretas propiedades funcionales que determinan cómo será la descodificación del estímulo. A continuación comentaremos sucintamente cuáles son los principales rasgos distintivos de los cinco sentidos¹⁰⁶.

La vista es descifrada por el ojo, que es su órgano sensorial especializado. El estímulo visual consiste en unas ondas electromagnéticas que impactan sobre la córnea ocular para pasar a la retina y de ahí al córtex visual (ubicado en el lóbulo occipital del cerebro) a través del nervio óptico. La visión es posible, por tanto, porque los objetos emiten haces de luz que viajan a una velocidad increíble a través

¹⁰⁵ Incluso es posible que los mamíferos posean una capacidad imaginativa muy limitada. Esa es la opinión de V. S. Ramachandran: "Un mono, un delfín y un perro seguramente gozan de cierta forma rudimentaria de imaginación visual, pero sólo los seres humanos pueden crear detalles visuales simbólicos y manipularlos en la imaginación para probar yuxtaposiciones novedosas" (Ramachandran, 2012: 83).

¹⁰⁶ Para una exposición más detallada pueden consultarse los libros de Matlin y Foley (1996), Blanco (1996) y Morgado (2012). Sobre el sentido de la vista, también son interesantes los trabajos de Dawkins (1996), Pinker (2007) y Ramachandran (2008, 2012).

del espacio y se encuentran con un receptor capaz de traducirlos a sensaciones visuales. Este proceso, naturalmente, se produce a distancia, como ya anticipó Luria, puesto que entre órgano y estímulo puede haber una enorme separación.

El sentido de la audición depende de los oídos, dos órganos situados a los lados de la cabeza que constan de varias partes (oído externo, oído medio y oído interno). El estímulo auditivo es, en términos de física acústica, una variación en la amplitud y frecuencia de la presión del aire, que se traduce en un movimiento ondulatorio de las partículas que lo componen. A diferencia de la onda lumínica, que no se experimenta de forma táctil, la onda de aire impacta en sentido literal sobre el tímpano (situado en el extremo del oído medio) y lo hace vibrar. Esta fuerza también es la responsable de la existencia de la sensibilidad vibratoria antes comentada, y permite que incluso los sordos que no oyen puedan percibir en su cuerpo ciertas ondas sonoras muy intensas (Luria, 1978). Cuando el oído interno transforma la onda física en un estímulo eléctrico, éste llega al cerebro por medio del nervio auditivo y la sensación de oír tiene lugar. La zona del córtex responsable de la percepción auditiva se halla en el hemisferio izquierdo, concretamente en el lóbulo temporal.

El órgano encargado del sentido del tacto es la piel, especie de macro-órgano de percepción de gran tamaño que nos recubre por completo y en el que están subsumidos el resto de órganos sensoriales (Fernández Jaén, 2006a). La piel está repleta de terminaciones nerviosas que captan múltiples estímulos, como las propiedades de la superficie de los objetos, cambios de temperatura o el movimiento mecánico de los cuerpos junto a los que nos encontramos¹⁰⁷. A su vez, la piel también codifica la sensación del dolor procedente de una presión exterior muy intensa o de una alteración brusca de la temperatura. Sin embargo, otras sensaciones que parecen estar relacionadas con el tacto no lo están al depender de receptores sensibles que no se encuentran en la piel. Por ejemplo, la sensación de rotar o moverse (sensación propioceptiva) se produce por los movimientos del líquido que hay en el oído y es registrada, principalmente, por los nervios musculares (Blanco, 1996: 10).

¹⁰⁷ La percepción táctil de estos estímulos puede ser pasiva (los estímulos llegan al experimentante) o activa (el experimentante inicia el proceso de exploración con su cuerpo) (Matlin y Foley, 1996). Este hecho es de gran importancia para la configuración lingüística del verbo *tocar*, como explicaremos en el capítulo 7.

Por último, los sentidos del olfato y del gusto tienen un funcionamiento químico, razón por la cual también se les denomina sentidos químicos. El órgano del olfato está formado por un conjunto de células que se encuentran en la membrana mucosa de la cavidad nasal. Estas células captan y analizan los estímulos olfativos, formados por sustancias químicas vaporizadas que se esparcen por el aire. Por su parte, del sabor o sensación gustativa se ocupan unas células distribuidas por la lengua y la boca; éstas analizan las sustancias químicas que se disuelven gracias a la saliva durante el proceso de ingestión de alimentos. La relación entre estos dos sentidos es muy estrecha, hasta el punto de que con frecuencia los olores y los sabores se mezclan sin solución de continuidad.

Como se aprecia, son muchas las diferencias existentes entre las modalidades perceptivas. También hemos comprobado que la interpretación cognitiva del estímulo no siempre es objetiva, como lo demuestra la existencia de las sensaciones, las percepciones y las imaginaciones; el mismo estímulo puede desencadenar una experiencia muy distinta en sujetos diferentes, puesto que, en última instancia, los objetos son percibidos y juzgados al mismo tiempo. Así, el sonido que para una persona es el graznido de un ave, para otra no será otra cosa que un ruido indeterminado, del mismo modo que en un cuadro abstracto la disposición de los elementos permite que haya múltiples lecturas¹⁰⁸. El mundo es como es y como lo experimentamos individualmente, siendo los sentidos corporales los intermediarios entre estímulos objetivos (sean visuales, auditivos o de cualquier otro tipo) e interpretaciones conceptuales¹⁰⁹. En el apartado siguiente explicaremos qué repercusiones

¹⁰⁸ La tesis de que el mundo existe independientemente del observador se denomina en psicología de la percepción 'hipótesis del realismo ingenuo', hipótesis que ha sido ya superada. Sobre esta cuestión puede consultarse el libro de Kanizsa (1986), en el que se presentan diversos experimentos visuales que demuestran que los estímulos no son siempre tan claros y objetivos como pudiera parecer, o el trabajo de Arnheim (1979), en el que se aplican las teorías psicológicas de la percepción visual al análisis de las artes plásticas.

¹⁰⁹ El objetivo de la psicofísica es precisamente determinar si existe alguna relación constante entre determinadas propiedades de la materia (como la intensidad lumínica, el peso o la composición química) y la interpretación sensorial que de éstas hacen los seres humanos, es decir, si hay correlaciones atributo físico- sensación subjetiva que se mantengan inalterables al margen del contexto o de parámetros estrictamente individuales. Aunque se trata de un campo muy complejo, ya se han demostrado algunas constantes. Por ejemplo, todos los

tiene este hecho en el marco de la biología evolucionista para comprender si, aparte de distintos, los sentidos son también irregulares en su funcionamiento.

4.3. La jerarquía de los sentidos desde un punto de vista biológico

Como ha quedado de manifiesto en el apartado anterior, los cinco sentidos exteroceptivos no son equifuncionales puesto que cada uno de ellos posee rasgos propios. Tampoco son iguales en términos físicos sus estímulos; mientras que algunos están compuestos por ondas (de fotones o de partículas) como los de la vista y el oído, otros son sustancias químicas, como los del olfato. La cuestión que de inmediato se presenta es la siguiente: si los cinco sentidos son el vehículo natural para conocer el mundo, ¿cómo afecta a ese conocimiento el uso de cada uno? Parece lógico pensar que la información que podamos obtener utilizando, por ejemplo, la vista será muy diferente de la que obtendríamos empleando el tacto o cualquier otra modalidad sensorial. Por este motivo, podemos hablar de una jerarquía de los sentidos, puesto que para cada especie unos serán más útiles para explorar la realidad que los otros.

El problema de la jerarquía sensorial se relaciona directamente con los fundamentos de la biología evolucionista. Según expuso Darwin en *El origen de las especies* (1859), los animales deben adaptarse al medio para sobrevivir, y eso implica estar dotado de unos sentidos lo suficientemente desarrollados como para poder explorar el entorno con eficacia; sólo si se poseen canales de percepción adaptados se puede localizar la comida (sea la fruta que está en un árbol o una presa), se puede buscar refugio, se puede huir de los enemigos o se puede localizar a una pareja potencial (Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999). Los individuos incapaces de escudriñar su hábitat fracasarán en estas tareas y correrán el riesgo de desaparecer. Por este motivo, en la historia de la evolución se encuentran con frecuencia productos biológicos destinados a aprehender con exactitud los estímulos del exterior.

seres humanos interpretan como azules las luces de longitud de onda corta, mientras que ven rojas las luces de longitud de onda larga. Sobre psicofísica véase Blanco (1996).

López García (2005) ha propuesto una escala en la que se relaciona el nivel de desarrollo evolutivo con la riqueza sensorial. Esta escala se puede esquematizar como sigue (López García, 2005: 19):

ANIMALES INFERIORES >	ANIMALES SUPERIORES >	SER HUMANO
tacto olfato gusto	tacto, olfato, gusto oído vista	tacto, olfato, gusto oído, vista lenguaje

Figura 1. Jerarquía sensorial de López García.

Lo que esta escala sugiere es que los animales menos evolucionados, como los protozoos, sólo poseen los sentidos químicos y un elemental sentido del tacto. A partir de aquí, otros especímenes más desarrollados alcanzarán la vista y el oído, sentidos a distancia que dependen de ondas y que se descifran con órganos más complejos. Finalmente, puede mencionarse el caso del ser humano, que no sólo posee las cinco modalidades previas sino que también está dotado de lenguaje, una capacidad estrechamente vinculada a la percepción auditiva y visual¹¹⁰ y que muy bien podría considerarse un sexto sentido¹¹¹.

¹¹⁰ Nos ocuparemos de esta conexión en el apartado 4.5.7.

¹¹¹ La tesis de que el lenguaje es un sexto sentido (en términos biológicos) fue defendida de un modo sorprendentemente moderno por el filósofo mallorquín del siglo XIV Ramon Llull en su obra *Llibre de l'Affatus*. En este texto Llull pone en tela de juicio la doctrina que Aristóteles había expuesto en su obra *De Anima* según la cual los sentidos son cinco, estando el lenguaje en un plano diferente. Frente a eso, Llull defiende que el lenguaje es un sentido más, vinculado con el resto. Llull llega a esta conclusión partiendo de la idea de que cualquier sensación no puede consistir en la recepción pasiva de un estímulo exterior, sino que debe ser la actualización de una posibilidad interior (Gomila Benejam, 1992: 377). Dicho de otra manera, un sabor, por ejemplo, no existe porque haya un objeto que entra en nuestra boca y lo activa sino que existe porque tenemos la potencialidad de activarlo desde dentro. De este modo, teniendo en cuenta que el lenguaje es la emanación (de dentro afuera) de nuestros pensamientos interiores y que se vincula con los demás sentidos (por la respiración, por el oído...) Llull concluye que ha de ser un sentido más. Lo interesante de esta obra no es lo acertado o no de sus planteamientos (que quedaron refutados ya en su época) sino la audacia del filósofo mallorquín al insistir en la importancia del lenguaje como sistema para exteriorizar pensamientos, y su capacidad para poner de manifiesto que el

La zoología confirma empíricamente este planteamiento. El estudio de la anatomía y la etología de los animales permite describir tanto su sistema perceptivo como el modo en que lo emplean para adaptarse al ecosistema. Además, la evolución filogenética de los sistemas sensoriales puede reconstruirse mediante la observación de las especies que habitan el planeta y con el análisis del registro fósil. De este modo, se comprueba que los microorganismos son las criaturas más básicas en términos de percepción. Por ejemplo, las amebas (los protozoos más simples) no tienen en su morfología nada que se corresponda con un auténtico sistema sensorial, si bien sí son capaces de detectar fenómenos como la temperatura, y se sabe que pueden verse influidas por diversos estímulos químicos e incluso por la luz (Wolsk, 1973: 17-18).

Los poríferos, que son los menos desarrollados de los animales pluricelulares, no muestran mucha más complejidad que las criaturas unicelulares. Por ello, para encontrar un verdadero sistema nervioso primigenio hay que llegar a los celentéreos (hidras y medusas) que poseen ya múltiples receptores nerviosos con los que rastrear el entorno. Este salto cualitativo quizá esté motivado por el hecho de que estos animales nadan constantemente, lo que hace que puedan encontrarse en una mayor cantidad de ambientes distintos que deberán inspeccionar de algún modo (Wolsk, 1973: 19). Ascendiendo un poco más en la escala evolutiva, encontramos criaturas mucho más complejas. Los platelmintos y los anélidos (tipos de gusanos) tienen sistemas perceptivos mucho más elaborados, si bien la vista y el oído les son desconocidos. No obstante, estas criaturas, frente a las anteriores, se caracterizan por un rasgo anatómico absolutamente fundamental: el tener un cuerpo más o menos alargado con una cabeza terminal (Wolsk, 1973: 20). Tener un cuerpo coronado por una cabeza en uno de sus extremos representa un avance increíble en términos de percepción del medio; frente a lo que les sucede a las criaturas más elementales, cuya forma asimétrica y radial les impide tener conciencia de aspectos como la orientación espacial, los especímenes con cabeza poseen una comprensión ordenada del espacio y de la fuerza de la gravedad, algo de suma importancia en términos cognitivos. La trascendencia biológica de la cabeza también queda patente al comprobar

lenguaje humano guarda más relación con la naturaleza que con el espíritu (Gomila Benejam, 1992).

que en todos los animales que la tienen se concentran en ella los principales órganos de percepción (ojos, nariz, etc.). De hecho, esta circunstancia está implicada en el origen del sistema nervioso central (o encéfalo) de las criaturas más evolucionadas (Wolsk, 1973: 20).

A partir de gusanos y otros invertebrados, llegamos a múltiples especies, como los moluscos (almejas, octópodos, caracoles...), los artrópodos (con 400.000 especies conocidas en la actualidad) y, dando un paso más, anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Todas estas especies muestran ya sistemas de percepción ciertamente sofisticados que cubren las cinco modalidades sensoriales. Naturalmente, cada especie ha adaptado dichos sentidos a su medio vital (acuático, terrestre o aéreo) de modo que para algunos será más decisiva la vista o el oído y para otros el olfato o el tacto. Por ejemplo, para las criaturas marinas la agudeza visual no tiene demasiado sentido (es imposible ver nada a una cierta distancia dentro del agua) y por ello han desarrollado más los sentidos químicos del olfato y el gusto, que a veces mezclan junto con el tacto (Wolsk, 1973; 22-23). Un caso claro es el de los tiburones, que tienen una capacidad visual mínima pero que son capaces de detectar a sus presas con gran precisión gracias a su poderoso olfato y a su sensible piel, la cual percibe hasta el más leve movimiento del agua.

Otros animales voladores han adaptado su percepción para poder cazar. Muchas aves de presa tienen un oído limitado pero pueden localizar visualmente a mucha distancia a una presa en movimiento; su visión, por tanto, cubre un espacio pequeño pero calcula las distancias con una exactitud sin parangón en la naturaleza (Mosterín, 2006: 108). Hay pájaros que incluso han adaptado su visión al vuelo nocturno, lo que les permite desplazarse tomando como único punto de referencia la posición de las estrellas (Wolsk, 1973: 23). Pero la agudeza visual no sólo está al servicio de la caza o del desplazamiento: también se ha perfeccionado biológicamente para la autoprotección. Un gran número de animales herbívoros, como por ejemplo las gacelas, tienen dos ojos de gran angular situados a los dos lados de la cabeza que les ofrecen una visión panorámica de prácticamente 360º, idónea para descubrir con rapidez a cualquier depredador (Mosterín, 2006: 108)¹¹².

¹¹² Como se deduce de lo expuesto, los ojos pueden ser muy variados, en función de cómo sea el modo visual que necesita cada especie. Los ojos son además los órganos perceptivos

¿Y qué ocurre con el hombre? ¿Cuál es, de entre los sentidos exteroceptivos de la jerarquía sensorial, el más decisivo en su evolución? Para el ser humano, igual que para el conjunto de los primates, el sentido más importante ha sido y es el de la vista. Los primates más antiguos de los que tenemos noticia (como el *dryopithecus*, que habitó en el este de África y en Europa durante el período Mioceno) eran insectívoros que vivían en los árboles, y ya para ellos era más decisivo el sentido de la vista que cualquier otro para sobrevivir, pues era con ese sentido con el que cazaban a sus presas y pasaban con facilidad de una rama a otra. Con el paso del tiempo, la actividad de los primates pasó de ser nocturna a ser diurna, con lo que la vista mejoró todavía más. En el caso concreto del *Homo sapiens*, sus ojos se han ido desplazando progresivamente de una posición lateral en la cabeza a una posición frontal, que es la que nos permite a los hombres modernos la visión binocular (los dos ojos apuntando al mismo objeto) responsable de la percepción estereoscópica de las imágenes, forma de visión gracias a la cual captamos mejor las distancias y la forma de las cosas (Mosterín, 2006: 107-112).

Pero la capital importancia de la vista en nuestra especie se ha visto favorecida por otros factores evolutivos¹¹³. El *Homo sapiens* surgió hace aproximadamente 170.000 años en África, a partir de una mutación genética que sufrió el *Homo erectus*. Milenios atrás se había producido un hundimiento en el Valle del Rift que va de Afganistán a Tanzania, que secó la selva tropical y obligó a esta nueva especie a buscar alimento en otros lugares. Debido a esa necesidad, nuestros antepasados empezaron a caminar erguidos sobre sus cuartos traseros para poder recorrer mayores

más complejos de la naturaleza, un auténtico prodigio evolutivo. Los hay de múltiples tipos, desde ojos simples compuestos por células fotorreceptoras protegidas de la luz excesiva por células pigmentarias, hasta ojos compuestos por centenares de pequeños ojos más simples, como los de los insectos y los crustáceos (Mosterín, 2006: 107). Para llegar a los ojos más complejos de todos, los ojos de tipo cámara con lente (como los del ser humano), se calcula que han hecho falta hasta cuarenta líneas de evolución independientes (de ojos más simples a ojos poco a poco más elaborados) (Dawkins, 1996). Los ojos de tipo cámara se caracterizan por ser redondos (en lugar de planos, como los de algunas especies) y por tener una pequeña abertura de entrada para la luz, lo que permite filtrar los haces lumínicos y ganar en nitidez visual. Para un detallado análisis del funcionamiento del ojo humano véase Matlín y Foley (1996).

¹¹³ Para las breves notas paleoantropológicas que siguen nos basamos en López García (2002, 2005, 2010), Olarrea (2005) y Mosterín (2006).

distancias, pero los beneficios de esta locomoción bípeda (que sustituyó para siempre a la locomoción cuadrúpeda anterior, que sigue siendo la propia del resto de primates) no se quedaron sólo en la mera utilidad para desplazarse mejor. La posición erguida tiene ventajas añadidas. Por ejemplo, resulta útil para luchar contra el calor. En un entorno casi desértico como el que quedó tras el hundimiento del Valle del Rift, con altísimas temperaturas y extensas áreas sin sombra caminar erguido resultaba práctico para exponer menos porcentaje de piel al sol y minimizar de este modo el riesgo de deshidratación. Al caminar sobre dos piernas, nuestros antepasados ganaron en estatura y les quedaron también las manos libres; esta situación es enormemente ventajosa para múltiples actividades, entre otras para cazar de un modo más sofisticado (por la posibilidad de moverse blandiendo algún arma, como una lanza) y para pescar, al poder adentrarse en ríos y lagos con mayor comodidad. Tener las manos libres debió de resultar conveniente para muchas otras funciones cognitivas y sociales; de este modo podían manipular objetos al tiempo que explicaban a los más jóvenes cómo hacer ciertas tareas, actividad que está en la base de la cultura material y tecnológica de una comunidad. Finalmente, el bipedalismo le ofreció al ser humano una posición visual más elevada (al quedar la cabeza mucho más alta¹¹⁴), perfecta para cazar en la sabana africana, al ver desde una mayor distancia a las posibles presas¹¹⁵.

¹¹⁴ Algunos investigadores, entre los que destaca muy especialmente el psiquiatra Sigmund Freud (Vroon, van Amerongen y Vries, 1999: 126) han relacionado la escasa capacidad olfativa del *Homo sapiens* con el bipedalismo; al caminar sobre las dos piernas, la cabeza queda muy alejada del suelo, que es donde se concentran más sustancias con olor. De este modo, el bipedalismo mitigó el sentido del olfato y favoreció por otra parte el uso de los sentidos a distancia, principalmente la vista. Sobre la pobreza e indeterminación de los estímulos olfativos en el ser humano y sus repercusiones lingüísticas, volveremos a tratar en el capítulo 8.

¹¹⁵ El único inconveniente que en principio comportó el bipedalismo fue que hizo que la pelvis se estrechara, pues ésta tuvo que reconfigurarse completamente para poder soportar el peso de un cuerpo completamente erguido. Al estrecharse la pelvis, el canal uterino de las hembras también se estrechó, y esto ocasionó un problema biológico ciertamente interesante. Por un lado, la dieta había mejorado, puesto que gracias a la locomoción bípeda la capacidad de obtener alimentos se había refinado; esta mejora de la alimentación hizo que el tamaño del cerebro fuera en aumento, ya que una dieta más completa implica más nutrientes, lo que favorece la encefalización. Pero por otra parte, el canal del parto era cada vez más angosto, de modo que los niños tenían dificultades para nacer, al ser cada vez más

La vista es, pues, el sentido más desarrollado en nuestra especie, el sentido del que más dependemos en nuestra vida diaria. La vista juega también un papel muy importante en muchos de los procesos cognitivos de nuestro pensamiento, y ha llegado a ocupar un puesto central en la cultura humana, como comprobaremos después. De hecho, las funciones más centrales de nuestra cognición (comprensión del tiempo y del espacio, capacidad de razonar, procesamiento lingüístico) son reguladas por las mismas zonas del cerebro que se ocupan de los sentidos de la vista y del oído, es decir, de los sentidos más evolucionados. Para comprobarlo basta con examinar la anatomía de nuestro sistema nervioso central.

En términos esquemáticos, nuestro cerebro consta de dos partes bien diferenciadas: el sistema límbico y la corteza cerebral que lo recubre, dividida a su vez en dos hemisferios compuestos por diferentes lóbulos, el hemisferio izquierdo y el derecho (Matlin y Foley, 1996; Olarrea, 2005; Damasio, 2010). El sistema límbico, también llamado cerebro reptiliano o arquicórtex (literalmente, 'cerebro antiguo') es la zona del encéfalo más atávica, ya que entronca evolutivamente con el inicio de los primeros cerebros de la naturaleza, los que generaron los reptiles y anfibios prehistóricos. Esta zona del cerebro descifra los sentidos químicos, olfato¹¹⁶ y gusto, como ya lo hiciera con las criaturas menos evolucionadas, lo que indica claramente que esos sentidos fueron los primeros, puesto que aparecieron cuando se vivía en un medio marino en el que olor y sabor eran indistinguibles y la percepción química se hacía necesaria para conocer el entorno. Por su parte, la corteza cerebral o

voluminosas sus cabezas y más pequeño el lugar por el que debían salir. ¿Cómo se resolvió el problema? Lo que ocurrió fue que las crías empezaron a nacer prematuramente para poder atravesar sin problemas el canal uterino; de este modo, en lugar de nacer a los 20 meses (que era lo lógico para un primate de nuestro tamaño), empezaron a nacer a los 9. Así, los niños no nacían en un estado de desarrollo avanzado (cosa que sí les ocurre al resto de simios), sino totalmente inmaduros, con una nula autonomía y el cerebro todavía poco desarrollado. Este fenómeno, denominado neotenia, acabó ayudando mucho a la cohesión social de la especie humana, puesto que los niños no eran autosuficientes y los progenitores debían ocuparse de ellos durante los primeros meses de vida. También debió de resultar decisivo para el afianzamiento del lenguaje, habida cuenta de que los pequeños venían al mundo con la plasticidad cerebral aún muy activa, y se veían expuestos a la lengua del entorno en un momento especialmente receptivo. Sobre esta cuestión véase Olarrea (2005).

¹¹⁶ La vinculación de esta zona del cerebro con el olfato es tan estrecha que algunos autores han denominado al sistema límbico 'rinocéfalo', a partir de *ρίζ*, que significa NARIZ en griego.

neocórtex ('cerebro nuevo'), es un desarrollo muy posterior que no han logrado todas las especies. Esta zona del cerebro, dividida en diversos lóbulos, controla los sentidos superiores de la vista y el oído¹¹⁷, lo que confirma que estos sentidos son los últimos en llegar. Por tanto, vemos que se da una dualidad muy clara; por un lado, el sistema límbico se ocupa del olfato¹¹⁸, del gusto y de diversas funciones vitales muy primarias como el hambre, mientras que por otro, el neocórtex, último eslabón del desarrollo cerebral, se encarga de la vista, del oído y de las funciones más abstractas, como el pensamiento matemático o el lenguaje.

En suma, en este apartado hemos comprobado cómo los cinco sentidos no son iguales. Unos, los sentidos químicos y el tacto, son antiquísimos, puesto que ya se encontraban en los animales más simples de la escala evolutiva, aquellos que aparecieron en el agua. Otros, los sentidos de la vista y el oído, son muy posteriores, y sólo han sido asumidos por criaturas dotadas tanto de mayor capacidad cognitiva como de un desarrollo anatómico-funcional más avanzado, con ojos y oídos complejos. Pero la relación entre los sentidos no es jerárquica solamente por cuestiones filogenéticas; también lo es porque cada especie los emplea de forma distinta en función de sus necesidades. Por tanto, ningún animal posee una dotación sensorial homogénea en las cinco modalidades exteroceptivas: siempre habrá alguna en una posición más privilegiada que el resto. En el apartado siguiente seguiremos ocupándonos de la jerarquía de los sentidos, pero centrándonos en un ámbito que es ya únicamente humano: el del terreno de la investigación filosófica.

4.4. La jerarquía de los sentidos desde un punto de vista filosófico

Hacia el final del siglo XVII, el científico irlandés W. Molyneux le propuso al filósofo J. Locke uno de los problemas intelectuales más

¹¹⁷ También se ocupa de diversos procesos relacionados con el tacto, lo que ha llevado a Caplan (1973) a afirmar que el tacto tiene usos potenciales de tipo intelectual, como la vista y el oído.

¹¹⁸ Aunque sabemos que el sistema límbico está directamente relacionado con la percepción olfativa, ciertas investigaciones recientes sugieren que quizá haya otras partes del cerebro involucradas en su procesamiento. Parece, incluso, que la zona encefálica encargada de descifrar cada olor puede variar en función del contexto olfativo y de cuál sea la actividad que realiza el sujeto experimentante (Enríquez Andrade, 2004: 109).

relevantes y discutidos de la historia de la investigación científica en general y filosófica en particular. El planteamiento del problema es el siguiente; imaginemos que un hombre ciego de nacimiento que ha aprendido a distinguir a través del tacto las diferencias entre un cubo y una esfera recupera la vista en la edad adulta. ¿Será capaz de distinguirlos sin tocarlos? Tanto para Locke como para Molyneux la respuesta estaba clara: no podría reconocerlos sólo por la vista, sino que debería palparlos como hacía antes para saber cuál es el cubo y cuál la esfera¹¹⁹ (Martínez Liébana, 1999-2000). Desde que este experimento mental fue propuesto ha desatado muchísimas reflexiones en campos como la Filosofía de la mente, la psicología de la percepción o la Teoría del conocimiento. En nuestra opinión, este planteamiento hipotético es relevante para el estudio de la percepción sensorial porque sintetiza perfectamente dos líneas de reflexión decisivas, a saber:

- a) El problema del ciego de Molyneux incide directamente en el debate filosófico (iniciado en la Grecia Clásica, como veremos) acerca de si todos los sentidos son igual de válidos para obtener el conocimiento racional o si, por el contrario, sólo algunos permiten la obtención del auténtico conocimiento.
- b) Este problema también se relaciona con la discusión metafísica (de importancia capital en la obra de filósofos como Descartes, Hume o Kant) sobre si el conocimiento se adquiere *a priori* (es decir, de modo racional a partir del sujeto y sin que intervenga la experiencia) o *a posteriori* (después de que los sentidos exploren el mundo).

La primera cuestión se relaciona con lo examinado en el apartado precedente, sólo que en esta ocasión se sitúa en un plano puramente filosófico. En cuanto a la segunda, podemos vincularla a un hecho ya comentado y que puede parecer trivial pero que no lo es en absoluto: las diferencias físicas que se dan entre los estímulos que funcionan por ondas (vista y oído) y los que funcionan por contacto directo con la piel. Un

¹¹⁹ Por tanto, Locke defenderá una postura filosófica de tipo empírico. En lo que se refiere a la percepción sensorial, Locke siempre consideró que los sentidos funcionaban de forma nítidamente separada, tesis que ha sido puesta en entredicho por filósofos posteriores, como Merleau-Ponty, para quien lo característico de la percepción sensorial es tanto su vinculación con el pensamiento y con el lenguaje metafórico como su intrínseca intermodalidad (Cazeaux, 2002).

objeto luminoso (una imagen) se nos presenta como un todo simultáneo (un objeto tridimensional). Por otro lado, un sonido nos alcanza de un modo más tangible, puesto que en este caso las ondas son de partículas de aire; este hecho hace que dicho objeto sonoro se escuche remitiendo a un cierto paso del tiempo (el tiempo de la duración del sonido) que es algo procesal, no objetual como una imagen que ni empieza ni termina, sino que está ahí (Jonas, 1954; Roegiest, 2003; Enghels, 2007; Enghels y Roegiest, 2004). Por último, al tocar algo activamente percibimos sus propiedades externas de un modo más lento y parcial, y por tanto más subjetivo. Como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de nuestra tesis, estas circunstancias condicionan significativamente no pocos aspectos lingüísticos.

Concentrándonos ahora en el problema de la jerarquía sensorial, podemos decir que se trata de una discusión antigua aunque bastante estable, puesto que las posiciones defendidas han variado poco hasta la llegada del siglo XX, siglo en el que otras interpretaciones han aparecido. Korsmeyer (2002), en un interesante trabajo sobre los aspectos estéticos y filosóficos del sentido del gusto, ha reconstruido la historia de la especulación filosófica acerca de esta jerarquía. Las primeras clasificaciones de los sentidos realizadas con parámetros científicos se las debemos a los filósofos presocráticos. Ellos enunciaron los problemas teóricos básicos que suscitan los sentidos corporales y comenzaron las primeras investigaciones sobre la cuestión de la jerarquía que entre ellos se establece. De este modo, Platón y Aristóteles, los dos grandes filósofos del mundo antiguo, recibieron el problema totalmente planteado, y lo desarrollaron posteriormente con apreciaciones personales.

Platón expone sus ideas sobre el asunto fundamentalmente en su diálogo titulado *Timeo*. En él el filósofo griego defiende, como en tantos otros escritos suyos, la dualidad cuerpo-mente, paralela y complementaria a la dualidad del mundo sensible, el mundo que vemos y tocamos corporalmente, y el mundo inteligible, el lugar en el que están las ideas puras y el pensamiento. Así, el cuerpo pertenece al mundo sensible, perecedero e imperfecto, mientras que el espíritu (y por extensión, el conocimiento, la verdad y la belleza) pertenece al mundo ideal, que es eterno. En opinión de Platón, el alma racional debe gobernar el cuerpo, que está vinculado con lo terrenal, si aspira a alcanzar el conocimiento. Por este motivo, para Platón los sentidos químicos (olfato y

gusto) y el tacto son inferiores, porque están sujetos de forma irrenunciable a la corporeidad y no permiten llegar al conocimiento elevado¹²⁰, mientras que los sentidos de la vista y del oído son superiores a los otros, puesto que facilitan la contemplación del mundo y la audición interpersonal propia de la comunicación dialógica, caminos ambos necesarios en todo proceso de indagación filosófica

Esta jerarquía está reforzada por la propia estructura de nuestra anatomía. El cuerpo humano es vertical, siendo la cabeza el elemento situado a mayor altura. Esta verticalidad motiva también la jerarquía sensorial, ya que los sentidos superiores de la vista y el oído se encuentran en la cabeza (es decir, en la posición más elevada), mientras que los sentidos inferiores pertenecen al resto del cuerpo. En el abdomen está el estómago, encargado de la digestión (proceso que Platón consideraba antagónico al de la reflexión intelectual¹²¹) y en las extremidades y la piel, el tacto. Además, el hecho de que los órganos del olfato y del gusto se hallen en la cabeza no suponía ninguna contradicción para el filósofo griego, porque según su parecer los olores y los sabores pronto descendían al resto del cuerpo tras haber entrado en él por la parte más alta. De este modo, Platón relaciona la cabeza con lo bueno, es decir, con la sabiduría, y el cuerpo con lo malo (excesos, glotonería, placer carnal)¹²².

Aristóteles propugna en dos textos titulados *De Anima* y *De Sensu et Sensibilibus* una jerarquía de los sentidos similar (Vinge, 2009), aunque su punto de vista no es tan maniqueo como el de Platón; el estagirita sí llega a reconocer algunas virtudes de los sentidos del tacto, el olfato y el gusto, aunque, por supuesto, dichas virtudes no serían mayores que las que

¹²⁰ Curiosamente, Sócrates, el maestro de Platón, tuvo una opinión menos dura acerca del olfato. Para el pensador griego los olores no se relacionaban con la naturaleza intrínsecamente inferior de lo corporal, sino que eran tan sólo una señal que indicaba la clase social a la que se pertenecía (Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999: 15).

¹²¹ Tanto es así que incluso en el texto platónico del *Banquete* (cuya acción transcurre durante una cena) los personajes ignoran la comida y la bebida que tienen alrededor debido a la profunda concentración con la que discuten de filosofía (Korsmeyer, 2002: 35).

¹²² El paralelismo entre este planteamiento y el de las metáforas conceptuales ARRIBA ES LO BUENO y ABAJO ES LO MALO (examinadas en el capítulo 2) es evidente.

proporcionan la vista y el oído¹²³. Aristóteles presenta una jerarquía muy definida en la que la vista se encuentra en primera posición, puesto que es el sentido que aporta más información sobre la realidad. Aun así, el oído, que estaría en segundo lugar en cuanto a importancia cognitiva, también es sumamente trascendental; Aristóteles lo relaciona con la educación (algo fundamental en el mundo griego), puesto que está implicado en el habla y, por tanto, en la comunicación. En tercer lugar estaría el tacto. El filósofo griego lo compara con el sentido táctil de otros animales y concluye que, aunque no es un sentido tan valioso como la vista o el oído, el tacto humano sí exhibe un grado de desarrollo muy superior en comparación con otras especies, lo que desde su punto de vista revela un desarrollo intelectual también mayor. El cuarto elemento sería el gusto, sentido que Aristóteles no desliga del todo del tacto (e incluso los categoriza conjuntamente en no pocas ocasiones debido a que en ambos es necesario el contacto físico directo entre experimentante y estímulo). Se trata también de un sentido poco cognitivo¹²⁴ pero necesario en procesos tan fundamentales como los que intervienen en la alimentación.

¿Qué ocurre con el olfato? El pensador de Estagira lo ubica en una posición intermedia en la escala porque, por un lado, se trata de un sentido a distancia, lo que lo aproxima a los sentidos superiores y, por otro, es un sentido que no contribuye decisivamente al desarrollo del pensamiento. Por este motivo, para Aristóteles el olfato sería una suerte de mediador entre los sentidos superiores y los inferiores.

Si hay un denominador común en los trabajos de ambos filósofos es su convicción de que el factor de la distancia entre sujeto y objeto es fundamental. La vista y el oído funcionan con una clara separación entre el experimentador y lo experimentado, y esa separación permite que la reflexión sea más objetiva, puesto que el cuerpo, que es falible e inexacto, no interviene. Por el contrario, los sentidos corporales del tacto, del gusto

¹²³ Los sentidos superiores generarían belleza y conocimiento mientras que los inferiores únicamente experiencias agradables (el olor de un perfume, un sabor dulce, etc.), virtudes estas de menor calado metafísico (Korsmeyer, 2002: 46).

¹²⁴ Existen fenómenos lingüísticos que desacreditan en este punto al gran pensador griego. En español el verbo *saber* ha heredado de su étimo latino (*sapio*) dos núcleos semánticos prototípicos: el de la posesión de sabor y el de la posesión de conocimiento. Más concluyente es aún el caso del francés *savoir*, verbo que pese a proceder también de *sapio* sólo conserva en la actualidad el significado epistémico (Viberg, 1984: 158).

y, en menor medida, del olfato, no muestran con certeza cómo es el mundo sino tan sólo cómo lo percibe el cuerpo desde su propia subjetividad. Por ello, siguiendo a Enríquez Andrade (2004: 108), puede decirse que los estímulos de la vista y el oído son 'objetos' (existen de manera inequívoca al margen del observador), mientras que los estímulos del tacto y los sentidos químicos son 'efectos', interpretaciones activadas en un sujeto individual.

La tradición filosófica posterior ha mantenido esta jerarquía de forma prácticamente unánime, al menos en la filosofía occidental¹²⁵. Por ejemplo, Kant propone en su obra *Anthropologie in pragmatische Hinsicht* de 1800 una clasificación de los sentidos muy parecida a la de Aristóteles (Chernigovskaya, 2004). De este modo, mientras que en los siglos XVIII y XIX la filosofía seguía ignorando los sentidos químicos, la medicina empezó a interesarse mucho por ellos, sobre todo por el olfato (Vroon, van Amerongen y deVries, 1999: 16-24). En esa época aún no se sabía cómo se originaban las enfermedades infecciosas, de modo que los médicos se plantearon que quizá su origen se encontraba en los vapores pestilentes que circulaban por el aire. Esta idea les llevó a suponer que enfermedades como la peste, la malaria (que significa literalmente 'mal aire') o la fiebre puerperal se transmitían por el aire en forma de olores mefíticos. Esta idea, descartada por la ciencia posterior, hizo que en ese período comenzaran a emplearse con más asiduidad las técnicas de desinfección en la práctica clínica y que algunos científicos describieran normas para el mantenimiento de una higiene adecuada.

Ya en el siglo XX la escuela fenomenológica reformula el problema y, aunque toma en consideración el resto de sentidos, vuelve a defender que la vista es el sentido máximo. El filósofo H. Jonas ha sugerido que la causa de esta recurrente interpretación es que la vista parece no tener vinculación con el paso del tiempo, algo que no ocurre con el resto de sentidos; los sonidos, los olores, los sabores y las actividades táctiles son experiencias que tienen lugar necesariamente en el marco de una secuencia temporal. Sin embargo, la vista es instantánea y se produce sólo con abrir los ojos, como si los objetos fuesen fenomenológicamente

¹²⁵ Como comprobaremos en el apartado 4.5.3., hay culturas que le han concedido más protagonismo a otros sentidos, algo que queda de manifiesto en multitud de aspectos antropológicos.

atemporales¹²⁶ (Jonas, 1954). Esta circunstancia, en opinión de este pensador alemán, hace que con la visión la separación discreta entre sujeto y objeto sea todavía más intensa y, por ello, la posibilidad de conocimiento científico más factible.

Pero el siglo XX es también el siglo de la filosofía experiencialista, como vimos en el capítulo 2. Por ello, numerosos autores han defendido la caducidad de los planteamientos idealistas de otras épocas (en los que el cuerpo quedaba desterrado de la metafísica) y han propuesto teorías nuevas que vinculan la experiencia corporal con lo intelectual. Las ideas no existen en una indeterminación adimensional, en el sentido platónico, sino que son el producto de la interacción entre la experiencia corporal, la cultura de cada sociedad y los procesos de la cognición. La teoría de la metáfora de Lakoff y Johnson (1986) o las investigaciones de Johnson (1987), son buenos ejemplos de esta nueva filosofía encarnada o incorporada. Damasio (2006) ha puesto de manifiesto a partir de la neurología que el dualismo cartesiano, que propugnaba la separación entre cuerpo y mente, es inadecuado, en la medida en que la mente es un producto de la actividad cerebral. Además, algunos filósofos han considerado que el sentido del tacto es absolutamente necesario en la formación de los paradigmas filosóficos (Muñoz Gutiérrez, 2001; Martínez Liébana, 1999-2000). Incluso el filósofo B. O'Shaughnessy ha defendido la supremacía del tacto sobre cualquier otro sentido corporal, habida cuenta de que es el sentido que aporta un conocimiento más tangible de las cosas y, por ello, más fiable (O'Shaughnessy, 1989). De este modo, podríamos interpretar que, hasta cierto punto, el siglo XX les ha dado en parte la razón a Locke y Molyneux, puesto que finalmente el tacto y la corporeidad que representa han conseguido un lugar privilegiado en el ámbito de la investigación teórica sobre el problema de la obtención (y creación) del conocimiento humano. Además, la lingüística cognitiva ha logrado demostrar en los últimos años que la percepción física está tan fusionada con el lenguaje que numerosos aspectos semánticos y gramaticales de las lenguas sólo pueden explicarse completamente teniendo en cuenta la interrelación entre cuerpo y

¹²⁶ No obstante, existen opiniones divergentes. Por ejemplo, Caplan (1973) considera que el olfato y el gusto no mantienen ninguna relación con el paso del tiempo ni con ningún proceso abstracto, dado su anclaje neuronal al sistema límbico.

pensamiento. En el apartado siguiente revisaremos algunos de los elementos lingüísticos que responden a una fuerte motivación de tipo sensorial.

4.5. Percepción física y configuración lingüística

Como hemos visto, el cuerpo humano posee unas particularidades sensoriales y anatómicas muy concretas; es un cuerpo erguido en cuyo extremo superior se encuentra una cabeza que contiene un cerebro hipertrófico (es decir, inusualmente grande en proporción con el resto del cuerpo) alcanzado gracias al desarrollo cognitivo y a la buena alimentación de nuestros antepasados. En la cabeza hay dos oídos (a los lados) y dos ojos mirando al frente. Estos ojos y oídos captan desde esa posición privilegiada la información visual y sonora del entorno (la más primaria en nuestra filogenia), mientras que olfato, gusto y receptores nerviosos distribuidos por todo el cuerpo registran todo tipo de sensaciones más difusas. Teniendo en cuenta que estas características son las mismas en todas las personas, ¿podemos suponer que generan algún tipo de universal lingüístico?

La cuestión es muy compleja, pero con cierta prudencia puede darse una respuesta afirmativa a esta pregunta. Se han descrito diversos comportamientos lingüísticos relacionados de un modo más o menos directo con la percepción que parecen, si no absolutamente universales, sí al menos muy frecuentes, incluso en lenguas tipológicamente muy alejadas¹²⁷. Por ejemplo, Friedrich (1970) ya puso en relación la posición bípeda y la elevación de la cabeza con ciertos usos lingüísticos. Según este investigador, esta configuración anatómica influye en la comprensión de la realidad al menos por dos motivos: a) porque la verticalidad ofrece una profunda interiorización cognitiva de la fuerza de la gravedad, y b) por el hecho de que los ojos miren sólo en una dirección, dejando la parte trasera sin percepción visual. En opinión de Friedrich, estas circunstancias explican las preferencias semánticas que vinculan LO BUENO con lo elevado y LO MALO con lo que está debajo, o el hecho de que algo que va bien sea algo 'que avanza' (lo que está delante se ve y es más positivo),

¹²⁷ Puede encontrarse un amplio estado de la cuestión sobre los universales lingüísticos y su relación con la biología en Luque Durán (2001) y Moure (2001).

mientras que lo que es malo está detrás, como se aprecia en frases del tipo “Habla a mis espaldas”, “Lo traicionó por detrás”, etc¹²⁸.

Esta estructura corporal también es sumamente decisiva en nuestra interpretación conceptual de las dimensiones espaciales. Los seres humanos somos muy receptivos a todos los estímulos que hay a nuestro alrededor por lo que la conciencia del entorno hace que conceptualicemos nuestra posición física de forma egocéntrica, tomando nuestro cuerpo (nuestro yo) como centro del espacio. Tenemos la permanente sensación de ser el centro de todo, de que las cosas vienen a nosotros en lugar de ir nosotros hacia ellas. En lingüística cognitiva se conoce este fenómeno como principio de indexicalidad (Inchaurralde y Vázquez, 2000: 5-8), principio que explica numerosos aspectos del diseño gramatical. Por ejemplo, el hecho de que nos sintamos como el centro del universo hace que nuestro punto de vista sea preeminente en múltiples usos lingüísticos (subjektividad), algo que resulta fundamental en procesos de configuración lingüística, como vimos en el capítulo 3 al tratar el tema de la gramaticalización. Esta posición nuclear en la descripción de los eventos también interviene en la configuración del sistema deíctico de las lenguas naturales; lo primario es siempre la expresión del yo, y sólo posteriormente se lexicalizan deícticos que señalan a otras entidades (tú, él...) (Cifuentes Honrubia, 1989).

La centralidad del yo y el sentido de la vista también repercuten en la sintaxis. Así, el orden de palabras se encuentra influido por estas peculiaridades de nuestro sistema perceptivo-cognitivo, como lo demuestra el hecho de que de los diversos órdenes sintácticos básicos que son posibles (SOV, VSO, VOS, etc.), sea el SVO el más frecuente en las lenguas del mundo, dado que ese orden focaliza la presencia del sujeto, que es el elemento más decisivo en toda predicación (Padilla García, 2005: 44-48).

¹²⁸ Como vemos, el trabajo de Friedrich es un claro precedente de las metáforas orientacionales de Lakoff y Johnson. No obstante, no todas las lenguas conceptualizan el espacio a partir de un esquema antropomórfico (como el que subyace en los trabajos de Friedrich o Lakoff y Johnson): algunas lo hacen siguiendo un marco zoomórfico. Por ejemplo, en diversas lenguas africanas habladas por sociedades ganaderas, se usa como marco de referencia espacial la anatomía de los animales bovinos. Así, en estas lenguas decir que algo está “a la espalda” no significa que está detrás (perspectiva antropomórfica) sino que está encima (perspectiva zoomórfica), ya que la espalda de estos animales tiene una orientación horizontal, no vertical (Heine, Claudi y Hünemeyer, 1991: 126).

De todas maneras, estos ejemplos no deben hacer pensar que los elementos lingüísticos relacionados con la percepción o la anatomía han de ser casi por defecto fenómenos universales. En realidad, el contexto cultural propio de cada comunidad de hablantes es potencialmente igual de importante que los principios biológicos. Por ello, como tendremos ocasión de comprobar en las páginas que siguen, existen numerosos patrones de configuración sintáctico-semántica que parecen más el producto de una convención cultural o antropológica que el resultado de la actuación de un mecanismo obligatorio de índole natural: la lengua es parte esencial del individuo, y el individuo forma parte siempre de una estructura social que tiene sus propias reglas¹²⁹.

4.5.1. Lexicalización del color y simbolismo cromático

Uno de los dominios léxicos más discutidos en lingüística durante los últimos años es el de la expresión verbal de los nombres de los colores. De hecho, como vimos en el capítulo 2 al estudiar el origen de la teoría de prototipos, la investigación sobre el nombre de los colores se encuentra justo en el centro de no pocas discusiones académicas, relacionadas fundamentalmente con un problema concreto: ¿hasta qué punto la visión del mundo influye en el lenguaje? ¿O es el lenguaje el que influye sobre la percepción del mundo? Para la lingüística cognitiva, el mundo influye sobre la percepción y sobre el lenguaje, lo que origina cierta universalidad léxica. Sin embargo, otras teorías han defendido que lo que ocurre es justamente lo contrario: que es el lenguaje el que modifica el modo de captar el mundo del hablante. Esta última postura, denominada Hipótesis de Sapir y Whorf o Hipótesis del Relativismo lingüístico en su versión más fuerte, sostiene que el lenguaje es un molde de pensamiento autónomo que condiciona la interpretación de la realidad. Por ello, los

¹²⁹ El debate sobre si es más importante lo biológico o lo cultural en la etología del *Homo sapiens* no sólo está muy presente en la lingüística, sino que también existe en otras disciplinas. Por ejemplo, la antropología sensorial puede dividirse en la práctica en dos perspectivas claramente diferenciadas: la perspectiva naturalista y la perspectiva culturalista (Candau, 2003: 245). La naturalista opina que los factores culturales tienen una incidencia mínima en los procesos perceptivos, mientras que los antropólogos culturalistas consideran que los procesos perceptivos dependen más de las pautas culturales aprendidas en sociedad que de los propios sentidos físicos.

hablantes no ven el mundo “tal cual es”, sino como la lengua que hablan les impone. La consecuencia de este planteamiento es que la universalidad lingüística resulta improbable, puesto que cada lengua recrea el mundo de una forma completamente arbitraria, hasta el punto de poder modificar activamente la capacidad de pensamiento de los hablantes¹³⁰.

En términos generales, la escuela estructuralista asumió de forma más o menos tácita la hipótesis relativista, ya que ésta se acomodaba perfectamente a su propuesta de que hay una desvinculación absoluta entre mundo referencial y sistema lingüístico (Moure, 2001: 106). En este contexto, el estudio de la lexicalización de los colores resulta clave como prueba empírica: si los hablantes de diferentes lenguas lexicalizan los colores de forma distinta puede defenderse que las propiedades físicas de estos tienen una influencia cero en su verbalización, lo que constituiría una evidencia muy sólida a favor de la tesis de que el mundo no influye en la lengua, sino que es la lengua la que dirige la comprensión del mundo.

Examinemos un caso ilustrativo. L. Hjelmslev, uno de los más conspicuos representantes del estructuralismo europeo, analizó de un modo relativista la lexicalización de los colores en galés (Hjelmslev, 1974). En esta lengua celta, verde es *gwyrdd* o *glas*, azul es también *glas*, gris es *glas* o *llwyd* y castaño se dice *llwyd*. Como se aprecia, unas pocas palabras cubren un espectro cromático que abarca desde el verde hasta el castaño. Lo interesante a juicio de Hjelmslev es que esta disposición léxica parece completamente libre; en galés un único término (*glas*) puede comprender los colores verde, azul y gris, algo que no ocurre, por ejemplo, en español¹³¹. Los ejemplos de este tipo pueden multiplicarse. En ruso hay muchísimos términos para los colores (cinco sólo para expresar diferentes tipos de marrón), mientras que en otros idiomas, como el mbembe, hay muy pocos; esta lengua nigeriana posee dos palabras para expresar seis

¹³⁰ Actualmente la versión fuerte de esta hipótesis ha sido descartada. No obstante, algunos lingüistas siguen defendiendo versiones más débiles, ejemplificadas a menudo con fenómenos procedentes de lenguas poco descritas de África, de Oceanía o de otros lugares. Para un estado de la cuestión sobre ello, véase Luque Durán (2001), Moure (2001) o Candau (2003).

¹³¹ Puede verse un amplio análisis de los nombres de los colores en español realizado con los parámetros estructuralistas en Espejo Muriel (1990, 1996).

colores básicos: *okora* significa rojo, naranja y amarillo y *obina* verde, azul y negro (Luque Durán, 2001: 179-180).

Sin embargo, los experimentos posteriores de Berlin y Kay (1969) demostraron algo completamente distinto. Estos investigadores estudiaron los nombres de los colores de un total de 98 lenguas siguiendo una serie de pautas, como considerar sólo los colores que son nombrados por una única palabra (verde, no verde manzana) o aquellos que son conocidos por todos los hablantes (parámetro que descarta, entre muchos otros, colores como el fucsia o el beige), tras lo cual descubrieron que las lenguas lexicalizan sus colores fundamentales a partir de una lista reducida de once posibilidades: blanco, negro, rojo, amarillo, verde, azul, marrón, rosa, naranja, gris y morado. Pero lo más sorprendente es que los términos para designar estos colores no aparecen en las diferentes lenguas del mundo de forma aleatoria, sino que su lexicalización se rige por una escala jerárquica unidireccional, como se aprecia en la figura siguiente (Berlin y Kay, 1969: 4):

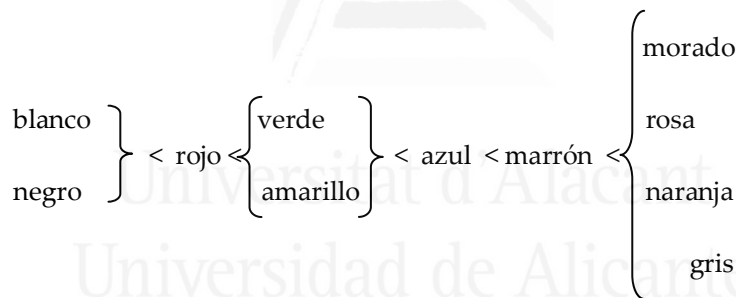


Figura 2. Escala del color de Berlin y Kay.

Esta escala de lexicalización es implicativa, lo que significa que la presencia en una determinada lengua de un término que comprende una parte de la jerarquía implica por defecto la existencia de todos los elementos que estén a su izquierda. Por ejemplo, en una escala como $\alpha < \beta < \gamma$, la aparición en una lengua de β significa que también tiene que tener la forma α , pero no necesariamente la γ . Por supuesto, si otra lengua tiene la forma γ , deberá poseer también forzosamente las formas α y β . De esta manera, las lenguas que sólo tienen un término para indicar color

lexicalizarán siempre el blanco o el negro. Si tienen dos, serán siempre blanco y negro¹³². Si aparece un tercero, será el rojo, y así sucesivamente, hasta llegar a la posibilidad de tener los once, como en español. Esta jerarquía tiene también valor predictivo, puesto que los fenómenos diacrónicos la confirman; cuando una lengua que no tiene los once términos desarrolla uno nuevo, lo hace siguiendo el patrón de Berlin y Kay, lo cual demuestra que esta jerarquía es universal¹³³.

El trabajo sobre los colores de estos dos científicos supone una fuerte recusación de la hipótesis relativista. Es innegable que los hablantes emplean el lenguaje de forma muy variada, como lo es también que la pluralidad (de sonidos, configuraciones gramaticales o significados) es dominante en las lenguas del mundo, algo que los propios Berlin y Kay reconocen. Pero tampoco cabe duda de que universales implicativos como el de los nombres de los colores ponen de manifiesto que existen pautas cognitivas que son idénticas en todos los hablantes del mundo con independencia de cuál sea su lengua materna¹³⁴ y que dichas pautas permiten crear productos lingüísticos aparentemente insensibles a la variación sociolingüística.

Pero la universalidad lingüística motivada por los colores no se encuentra únicamente en la jerarquía de Berlin y Kay, sino que también se manifiesta en aspectos mucho más abstractos, relacionados con la elaboración semántica. S. Derrig, en un trabajo pionero (Derrig, 1978), ha estudiado los dominios semánticos que se asocian habitualmente con los colores, y ha demostrado que éstos suelen coincidir en muchas lenguas. Así, el blanco se relaciona metafóricamente con nociones como la

¹³² En la lengua dani de Nueva Guinea no hay términos para los colores, sino que se usan las palabras CLARO y OSCURO para expresar la información cromática (López García, 1991: 129).

¹³³ Por este motivo, Williams (1976) considera que la jerarquía de Berlin y Kay puede entenderse como una ley del cambio semántico, en el sentido propuesto por los semantistas preestructuralistas.

¹³⁴ López García, basándose en el trabajo de Rosch (1973), explica de este modo la causa fisiológica de la universalidad de los nombres de los colores: "La visión del color por parte del ojo humano se organiza siguiendo tres ejes de coordenadas, uno de luminosidad (negro / blanco), y dos de matiz (rojo / verde y amarillo / azul), y tales que cada sensación de color resulta de una combinación de las respuestas de dichos ejes: por ello cuando estas respuestas son netas (en los extremos de cada eje) los colores se perciben mejor y las lenguas tienden a reflejarlo" (López García, 1991: 129).

INOCENCIA y la ESTUPIDEZ. El negro evoca cosas como la MALDAD, la IGNORANCIA y, en general, todo lo que es tenebroso. El rojo significa con mucha frecuencia CÓLERA o ENFADO, aunque también se emplea para expresar nociones del SEXO. El azul y el verde proyectan imágenes de INEXPERIENCIA o INCULTURA, mientras que el amarillo se asocia a la MADUREZ. A esto cabe añadir que los términos que expresan conceptos que tienen que ver con la luz y la claridad suelen evolucionar semánticamente hacia la idea de la INTELIGENCIA, mientras que la oscuridad codifica metafóricamente la IGNORANCIA y la OPACIDAD¹³⁵.

Estas correspondencias psicofísicas entre ciertos colores y ciertos prototipos semánticos suponen una nueva prueba en contra del relativismo lingüístico; nada hay más subjetivo que la valoración que de las sensaciones que producen los colores puede hacerse, y sin embargo los hablantes de lenguas muy distintas tienden a expresar las mismas nociones al percibirlos. Este comportamiento lingüístico demuestra que por encima de las peculiaridades idiosincrásicas propias de cada comunidad de habla, hay patrones cognitivos comunes que influyen en la interpretación de la realidad. En el apartado siguiente comprobaremos que estos mecanismos cognitivos no sólo vehiculan la creación de universales en un dominio sensorial (la vista, en el caso de los colores), sino que también regulan y estructuran experiencias más complejas que atañen a varios sentidos a la vez.

4.5.2. La sinestesia

Al examinar la clasificación de los tipos de sensaciones propuesta por Luria, vimos que las experiencias sensoriales con mucha frecuencia se mezclan, dando lugar a sensaciones multimodales. Esta multimodalidad es completamente normal puesto que, como también hemos adelantado, el sistema nervioso suele recibir la información de las percepciones exteroceptivas de manera simultánea, por lo que en ocasiones resulta difícil separar una sensación de otra. Pues bien, el término técnico para este tipo de sensaciones múltiples es sinestesia, del griego *σύν* (junto) y *αίσθησις* (sensación). Las sinestесias, en un grado moderado, son

¹³⁵ Sobre esta cuestión pueden consultarse también, en otros muchos, los siguientes trabajos: Wierzbicka (1990), Sabban (1994) y Sjöström (1999).

completamente normales; sin embargo, hay sinestesias mucho más intensas, que hacen que quienes las padecen (los sinestetas) puedan vivir situaciones como ver sonidos, experimentar sabores al escuchar una palabra o atribuir colores a los números. La sinestesia es un fenómeno que se conoce desde el siglo XIX pero que no ha sido estudiado con detalle hasta bien entrado el XX (Ramachandran, 2008: 65). En la actualidad, las investigaciones sobre este fenómeno son extensas, sobre todo en ciencias como la neurología, la psicología y la lingüística.

¿Por qué se producen las sinestesias? Antes de que se investigara científicamente el asunto se creía que los sinestetas, durante sus fases multimodales, estaban bajo la influencia de alguna sustancia alucinógena que les hacía atravesar esas etapas de interrelación sensorial¹³⁶, aunque en muchas otras ocasiones se pensaba que estaban simplemente locos. Otra hipótesis sostenía que las sinestesias son producto del recuerdo. Por ejemplo, podría suceder que una persona viera durante su infancia un número pintado de un determinado color (en el colegio, en un cartel luminoso, etc.) y que esa imagen le vuelva cada vez que ve dicho número. Otra explicación se basa en el lenguaje metafórico. En todas las lenguas existen enunciados del tipo “un olor fuerte” o “un color chillón” en los que se aplica un adjetivo sensorial a un sustantivo con el que, en principio, es incompatible. Según esta hipótesis, la sinestesia estaría más en el lenguaje que en el cerebro, por lo que las sinestesias no serían auténticas percepciones sensoriales (Ramachandran, 2008: 65-66).

Actualmente nuestro conocimiento de este fenómeno es mucho más preciso. Cacciari (2008: 434) resume en los siguientes puntos las principales características biológicas de la sinestesia:

- a) El origen de la sinestesia suele estar en la infancia¹³⁷.
- b) La sinestesia es involuntaria y puede ser suprimida sólo en condiciones muy específicas.

¹³⁶ Idea bastante lógica, puesto que existen numerosas sustancias, como el LSD, que producen automáticamente estados sinestésicos en quienes las toman (Ackerman, 1992; Ramachandran, 2008, 2012).

¹³⁷ De hecho, hay investigaciones que sugieren que todos los bebés son sinestetas y que el sentido dominante en su primer contacto con el mundo es el olfato (Ackerman, 1992: 333). Sólo con la maduración posterior el niño aprendería a ordenar el cúmulo de sensaciones que le rodea.

- c) Las sensaciones sinestésicas no ocurren en un plano mental, sino que son muy reales y discretas (el sinesteta las experimenta físicamente).
- d) Las sinestesias son muy específicas: los atributos de la asociación sensorial vivida son concretos y susceptibles de ser recordados.
- e) La frecuencia de la sinestesia no ha sido establecida con exactitud, pero se calcula que hay un sinesteta cada 2.000 personas¹³⁸.
- f) La sinestesia es más frecuente en niños que en adultos.
- g) La sinestesia es seis veces más frecuente en mujeres que en hombres.
- h) La sinestesia a veces se encuentra en diversos miembros de una misma familia. Esto es habitual debido a que se puede heredar genéticamente.

¿Cómo se producen las sinestesias desde un punto de vista neurológico? El científico R. E. Cytowic considera que la causa se halla en el cerebro antiguo. En opinión de Cytowic el neocórtex de los sinestetas no es capaz de controlar completamente el sistema límbico, por lo que éste, que como ya hemos explicado se encarga de los sentidos químicos, tiene una gran influencia en los procesos perceptivos, hasta el punto de que puede fusionar las distintas modalidades sensoriales (Cytowic, 1989). El resultado según este investigador sería que el cerebro de los sinestetas funcionaría de manera “primitiva”, pues se comportaría como en los orígenes evolutivos de la especie, cuando la diferenciación entre los distintos sentidos aún no era nítida.

Más recientemente, el neurocientífico V. S. Ramachandran ha desarrollado otras interpretaciones basadas en múltiples experimentos clínicos. Este autor ha propuesto la llamada teoría de la activación cruzada, que sostiene que los sinestetas tienen interconectadas, debido a un gen defectuoso, zonas adyacentes del cerebro que regulan procesos cognitivos como la comprensión del tiempo, la visión de los colores o la interpretación de las formas geométricas. De este modo, si una persona ve un determinado número siempre de un color (lo cual constituye la sinestesia más frecuente) es porque el área cortical del color, ubicada en el

¹³⁸ Ramachandran (2008: 67) considera que el fenómeno es mucho más frecuente: en su opinión una de cada doscientas personas es sinesteta.

giro fusiforme, se sitúa al lado del área que regula la comprensión visual de los números¹³⁹, estando ambas conectadas debido a ese fallo genético (Ramachandran, 2008, 2012).

Si el gen que produce la sinestesia es defectuoso, ¿por qué la evolución natural no lo ha descartado? ¿Qué razón puede haber para que, en mayor o menor grado, la sinestesia siga siendo algo relativamente frecuente? Ramachandran considera que hay razones adaptativas para la supervivencia de esta peculiaridad neurológica. La sinestesia no sólo se produce por una hiperconectividad en el giro fusiforme sino que también es el resultado de diversas interconexiones entre el giro angular y la zona parietoccipital temporal, que regula la conciencia de lo secuencial (cadenas numéricas, días de la semana, etc.). Una sinestesia en esta zona permite superponer patrones visuales y temporales, y esto es de enorme utilidad en un entorno arbóreo como en el que vivieron los primeros primates; la fusión de lo visual y lo temporal favoreció la abstracción cognitiva necesaria para poder coordinar los movimientos al saltar de rama en rama, por lo que esa interconexión sobrevivió e hizo que la zona parietoccipital del cerebro se desarrollara muchísimo en nuestra especie (Ramachandran, 2008: 75).

Lo interesante es que esa zona de conexión cruzada quizá haya permitido el desarrollo de otras funciones cognitivas del ser humano, como el pensamiento metafórico. Una sinestesia, en última instancia, no es más que la fusión de dos cosas que en principio deben estar separadas. En opinión de Ramachandran ese es el fundamento de las metáforas (al menos en un sentido tradicional), ya que metaforizar implica encontrar vínculos entre realidades que no tienen por qué estar relacionadas¹⁴⁰. Por ello, para este científico, el lenguaje humano y el pensamiento abstracto quizá se deban a una exaptación¹⁴¹ biológica a partir del mecanismo

¹³⁹ El número coloreado, sea el 2, el 5 o el 9, no es elegido por su condición de número sino por su forma visual en tanto que número. Tanto es así que estos sinestetas dejan de ver en color ese número concreto si se le presenta en números romanos, es decir, con letras en lugar de cifras (Ramachandran, 2008: 71).

¹⁴⁰ Danesi (1989) llega a una conclusión similar, pues considera que la compleja estructura conceptual de una metáfora sólo puede darse si actúan simultáneamente en su producción los dos hemisferios cerebrales, los cuales están especializados en tareas cognitivas concretas y suelen funcionar de modo independiente.

¹⁴¹ En biología evolutiva se denomina exaptación o preadaptación al proceso por el cual un órgano pasa a desempeñar una función distinta de aquella para la que evolucionó. Por

cerebral que posibilitó el percibir mejor un entorno complejo como es el de la vida en los árboles gracias a la fusión de informaciones procedentes de distintas fuentes sensoriales.

Esta fascinante hipótesis parece tener a su favor un hecho muy curioso: muchos escritores de gran relevancia experimentaban sinestesias (Ackerman, 1992; Chernigovskaya, 2004; Ramachandran, 2008). Así, genios de la literatura como J. W. Goethe, V. Nabokov, W. Faulkner, V. Wolf, C. Baudelaire o J. Joyce¹⁴² han compartido, además de su talento creativo, su condición de sinestetas¹⁴³. De hecho, los poetas simbolistas franceses consumieron con frecuencia sustancias químicas que favorecían la multimodalidad, como si sintieran que en ese estado la inspiración para encontrar combinaciones metafóricas sorprendentes aumentaba. Por ello, resulta plausible la posibilidad de que los mecanismos neurológicos implicados en la generación de sinestesias también hayan tenido peso específico en el desarrollo de la abstracción lingüística.

No resulta extraño, teniendo en cuenta lo anterior, que en un primer momento los trabajos lingüísticos publicados sobre sinestesia se dedicaran a estudiar este proceso en la poesía. Ullmann (1957) analizó las metáforas sinestésicas en los poemas de dos grandes autores románticos, J. Keats y L. Byron, y desde entonces son numerosos los trabajos de investigación sobre la constitución léxica de estos fenómenos. La metodología empleada suele tener en cuenta cómo se relacionan adjetivos que aluden a un determinado sentido con sustantivos que no pueden

ejemplo, dos de los huesos de la mandíbula inferior de los reptiles primitivos se convirtieron con el tiempo en los huesos del oído medio de los mamíferos (Ramachandran, 2008: 75-76). Por ello, un sistema que había evolucionado para masticar pasó a servir para la audición. Sobre este concepto véase Olarrea (2005).

¹⁴² De hecho, este escritor irlandés utilizaba frecuentemente en sus obras símbolos basados en los sentidos corporales. Por ejemplo, los juegos metafóricos inspirados por el olfato son muy frecuentes en los cuentos recogidos en *Dubliners*, tal y como ha puesto de manifiesto Río Molina (2003).

¹⁴³ Se cree que importantes filósofos y científicos como Aristóteles o Newton experimentaban sinestesias (Chernigovskaya, 2004; Ramachandran, 2012: 125), lo que reforzaría todavía más la hipótesis de que este fenómeno está relacionado con la capacidad de relacionar distintas realidades para proponer conclusiones, sea con un objetivo artístico o intelectual. También se ha constatado que la sinestesia es más frecuente entre los pintores y los músicos que entre las demás personas. En el caso de los músicos, grandes compositores como J. Sibelius, Rimsky-Korsakov, F. Liszt o D. Ellington eran capaces de percibir colores en las notas musicales (Morgado, 2012: 192), capacidad que pudo ayudarles para crear sus obras.

aceptarlos de un modo literal, tal y como apreciamos en secuencias como éstas¹⁴⁴:

- (1) Esta chaqueta es de un color rojo muy *chillón*.
- (2) Este vino tiene un olor muy *fuerte*.
- (3) En la reunión propuso una idea *estridente*.
- (4) Esta película me resulta *insípida*.

En estas oraciones aparecen unos adjetivos que aluden a propiedades reconocibles por los sentidos; *chillón* se relaciona con el oído, *fuerte* con el tacto, *estridente* con el oído e *insípida* con el gusto. Lo sorprendente es que estas propiedades se atribuyen a bases nominales que sólo las pueden aceptar de un modo figurado. Así, por ejemplo, la oración de (2) nos habla de un vino que huele de un modo intenso e incluso desagradable, y es esa intensidad la que se conceptualiza por medio de un término que denota fuerza. Por supuesto, no todas las sinestesias léxicas son iguales, puesto que algunas se encuentran más gramaticalizadas que otras (Abelin, 1988); de este modo, mientras que las sinestesias de (1) y (2) son muy frecuentes y están parcialmente convencionalizadas, las de (3) y (4) son mucho menos idiomáticas.

Pero sin duda uno de los trabajos más influyentes sobre la configuración lingüística de la sinestesia es el de Williams (1976). En este artículo no sólo se analiza cómo se construyen las sinestesias, sino que también se propone un principio general para explicar su funcionamiento, principio que el autor representa del siguiente modo (Williams, 1976: 463):

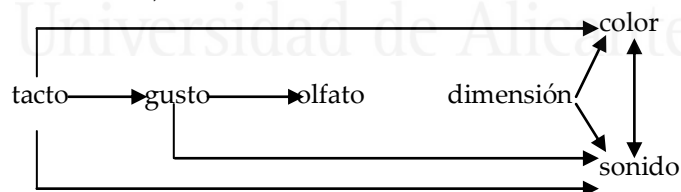


Figura 3. Direccionalidad de Williams.

¹⁴⁴ El libro de Marks (1978) es uno de los primeros trabajos extensos sobre la composición léxica de las sinestesias. También son interesantes a este respecto artículos como los de Abelin (1988), Marks (1996), Popova (2005) y Cacciari (2005, 2008), y todos los trabajos recogidos en Plümacher y Holz (2007).

Esta jerarquía léxica, denominada habitualmente en la bibliografía como direccionalidad de Williams, establece que la formación de estructuras con significado multimodal no es arbitraria, debido a que los datos confirman que hay transferencias metafóricas dominantes. Los sentidos físicos situados en el extremo izquierdo suelen ser los más proclives a generar adjetivos susceptibles de actuar en metáforas sinestésicas, mientras que los ubicados en el polo opuesto tienden a ser los sentidos receptores de las transferencias metafóricas. Además, las transferencias no se hacen de cualquier modo, ya que, según observa Williams, existen itinerarios de cambio semántico preestablecidos. Éstos se explican como sigue (Williams, 1976: 464):

- 1) Si un adjetivo del tacto se proyecta a otro sentido, puede orientarse al gusto (un sabor *puntiagudo*), al color (un rojo *duro*) o a los sonidos (una sinfonía *blanda*). Salvo en algunas raras excepciones (dibujó unos ángulos *afilados*), los términos táctiles no modifican a los conceptos visuales o directamente al olfato.
- 2) Los términos del gusto no modifican al sentido del tacto (unidireccionalidad) ni a los colores; sólo se transfieren al olfato (un aroma *agrío*) y al oído (una melodía *dulce*).
- 3) En inglés no es frecuente que los adjetivos propios del olor generen sinestesias. Con todo, ejemplos del tipo un 'negocio *pestilente*' o una 'idea *apestosa*' sí son posibles en español¹⁴⁵.
- 4) Los adjetivos relacionados con las dimensiones espaciales (información propioceptiva) se pueden transferir a los colores (un color *llano*) y a los sonidos (un estruendo *profundo*). En opinión de

¹⁴⁵ Este hecho es trascendente por dos razones. Una, porque, como vemos, los pocos casos posibles suelen indicar casi exclusivamente que la base nominal es mala o negativa. Y dos, porque se vuelve a confirmar que el léxico del olfato es extremadamente difuso y limitado, sobre todo en contraste con el resto de sentidos. En el capítulo dedicado a *oler* explicaremos por qué ocurre esto y qué consecuencias se derivan de ello. En cualquier caso, también es necesario señalar que las sinestesias pueden estar influidas por patrones culturales, de manera que es posible encontrar sociedades cuyas lenguas manifiesten sinestesias que son poco frecuentes en otras culturas. Por ejemplo, los dogon de Mali perciben una íntima conexión entre los olores y los sonidos, puesto que ambos estímulos se propagan por el aire. Por esta razón, los dogon hablan de olores 'que se oyen' o de palabras que 'se huelen'. Incluso relacionan una voz hermosa con un olor agradable (Fox, 2006). El caso de los dogon muestra que la hipótesis de Williams tal vez responda más a un patrón cultural (quizá propio de las sociedades occidentales) que a un principio biológico.

Williams, casos como los de ‘*altas temperaturas*’ no serían una excepción, puesto que el adjetivo *alto* no señala en estos casos estatura sino tan sólo gradación cuantitativa.

5) Los colores se proyectan sólo al sonido (una música *brillante*).

6) Los adjetivos de la audición se proyectan sólo al color (un azul *ruidoso*)¹⁴⁶.

Como vemos, esta jerarquía también supone una contestación a la hipótesis relativista. La formación de metáforas sinestésicas, pese a lo que pudiera parecer, tampoco es totalmente libre, puesto que hay unos patrones mucho más frecuentes que otros. Este hecho vuelve a demostrar, como ocurría con la jerarquía de Berlin y Kay que, al margen de conductas culturales, la condición biológica de los hablantes le ofrece al lenguaje ciertos límites bastante rígidos. ¿Cuál es el límite en este caso? La propia corporeidad. En efecto, del mismo modo que en las metáforas ontológicas de Lakoff y Johnson (1986) se toma un concepto muy tangible para describir una categoría muy abstracta (LA MENTE ES UNA MÁQUINA, por ejemplo), en las sinestesias tendemos a emplear lo más concreto (el cuerpo y los sentidos químicos) para describir experiencias y realidades abstractas, vinculadas a los sentidos más inasibles, la vista y el oído. Por ello, la direccionalidad de Williams invierte hasta cierto punto la jerarquía de los sentidos que comentábamos en apartados precedentes; en las sinestesias los sentidos más importantes son tacto y gusto, quedando en un plano ancilar los sentidos a distancia de vista y oído (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 125). ¿Se mantiene esta configuración básica en todas las metáforas conceptuales que genera el campo de la percepción? Lo comprobaremos en el próximo apartado.

4.5.3. Metáforas de la percepción

¹⁴⁶ La ecuación metafórica COLOR = SONIDO es muy frecuente en las lenguas del mundo, aunque cada una la conceptualiza de un modo particular. Por ejemplo, el inglés y el español expresan estas metáforas sinestésicas de formas distintas (Barcelona, 1998: 368). En inglés es frecuente que se metaforicen los colores llamativos como tipos de sonido o muy intensos (a *loud colour*) o muy agudos (a *shrill colour*). Por otro lado, en inglés también es posible conceptualizar los colores como seres vivos que emiten sonidos muy fuertes. Pues bien, esta última posibilidad, que quizá es el producto de la metonimia AGENTE EMISOR POR ACCIÓN SONIDO, es la única que se da en español, lo que explica que se pueda decir color *llamativo* (que llama porque una entidad animada emite un sonido) pero no *color *alto* (de volumen), algo que sí es posible en inglés.

El dominio conceptual de la percepción es capaz de generar multitud de términos, que pueden ser sustantivos (luz, color, sensación, aroma, ruido...), adjetivos (luminoso, brillante, áspero, agudo...) o adverbios (claramente, delicadamente...). Todo este conjunto de palabras, asociado a la experiencia sensorial de todos los días, es capaz de proyectarse hacia numerosas expresiones metafóricas que, en un sentido cognitivo, permiten producir un gran caudal de nociones abstractas. El estudio de las metáforas conceptuales de la percepción ha crecido notablemente durante los últimos años y en la actualidad ocupa una posición nuclear en el ámbito de la lingüística cognitiva.¹⁴⁷

Sweetser (1990) analizó, empleando la teoría cognitiva de la metáfora, las proyecciones metafóricas derivadas de la percepción sensorial en las lenguas indoeuropeas. En este trabajo, auténtico clásico sobre el tema, esta investigadora propuso la metáfora conceptual LA MENTE ES UN CUERPO. Esta metáfora, de marcada inspiración fenomenológica, se basa en la tesis de que los conceptos abstractos de la mente son frecuentemente conceptualizados a partir de las nociones del cuerpo; de este modo, tendríamos en primer término una correspondencia ontológica (la que establece una equivalencia entre el funcionamiento del cuerpo y el de la mente) y, posteriormente, múltiples correspondencias epistémicas, las cuales relacionan cada propiedad del cuerpo con su correlato nocional. A partir de este marco general, Sweetser ofrece un inventario de metáforas conceptuales asociadas a los cinco sentidos. Dicho inventario se resume así (Sweetser, 1990: 38):

- a) Metáforas del sentido de la vista: conocimiento, imágenes mentales, supervisión, control, manipulación mental.
- b) Metáforas del sentido de la audición: conocimiento, obediencia.
- c) Metáforas del sentido del tacto: emoción, subjetividad.
- d) Metáforas de los sentidos del olfato y del gusto: emoción, evocación, preferencias personales.

Como se puede apreciar, estas metáforas reflejan claramente la jerarquía de los sentidos derivada de la biología y compartida en lo

¹⁴⁷ La bibliografía sobre ello es muy extensa. Véanse, entre otras, las siguientes referencias: Kennedy (1984), Lakoff y Johnson (1986, 1999), Sweetser (1990), Bat-Zeev Shyldkrot (1989), Sjöström (1999), Ibarretxe-Antuñano (1999a, 2002, 2008), Yu (2004), Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996) y Fernández Jaén (2008b).

fundamental por la filosofía. A continuación estudiaremos estas proyecciones metafóricas por separado para, finalmente, ofrecer un análisis acerca de su universalidad.

4.5.3.1. Metáforas de la visión

El léxico relacionado con la vista suele proyectarse al terreno del conocimiento, de lo epistémico, proyección totalmente motivada teniendo en cuenta que ese es el sentido que nos aporta un conocimiento más inmediato y objetivo de la realidad¹⁴⁸. Esta circunstancia explica que en numerosas lenguas del mundo sean posibles oraciones como éstas:

- (1) Acabo de ver la solución del problema.
- (2) Juan lo vio claro al instante.
- (3) He visto en su expresión que me está mintiendo.
- (4) Teresa ha iluminado mis dudas con su explicación.

Todos estos enunciados son materializaciones de una metáfora conceptual de carácter general: VER ES CONOCER. Como se aprecia, en esas oraciones el verbo *ver* (junto con otros elementos léxicos como el adverbio *claro*, que actúa como modalizador) expresa la idea de la posesión de conocimiento, descubrimiento y certeza. Por otra parte, en (4) el verbo *iluminar* se utiliza metafóricamente para indicar que el sujeto sintáctico *Teresa* aclara ciertas dudas; al “iluminarlas” éstas se ven mejor, y lo que se ve bien es susceptible de ser comprendido con mayor facilidad¹⁴⁹.

¹⁴⁸ La bibliografía sobre la relación entre el sentido de la vista y la expresión lingüística del conocimiento es realmente abundante. Pueden consultarse sobre ello, por ejemplo, los siguientes trabajos: Dundes (1972), Manns (1983), Danesi (1985b, 1990), Tyler (1984), Paes de Barros (1985), Ong (1991), Gallup y Cameron (1992), Sjöström (1999), Yu (2004), Lien (2005), Ibarretxe-Antuñano (1999a, 2002, 2008), Hanegreefs (2008), Fernández Jaén (2006a) y Ballester (2009).

¹⁴⁹ Naturalmente, también existe como contrapartida la metáfora NO VER ES NO COMPRENDER. La oscuridad se relaciona fácilmente con la falta de entendimiento, como lo demuestran ciertos procesos diacrónicos. Por ejemplo, el adjetivo *obcecado*, que en español actual significa IRRACIONAL, procede del latín *occæco* (CEGAR, PRIVAR DE LUZ). Asimismo, *ofuscar* (NO ENTENDER, ESTAR CONFUSO) tiene su origen en *offusco* (OSCURECER), derivado a su vez de *fuscus* (OSCURO) (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 129).

Aparte de por la gran frecuencia de uso del léxico de la visión con un significado próximo a la idea de conocimiento¹⁵⁰, la íntima conexión entre lo visual y lo intelectual queda de manifiesto en numerosos procesos etimológicos¹⁵¹. La raíz indoeuropea **weid-* significaba VER y SABER (Delamarre, 1984: 291), y de ella han surgido derivados tanto con significado visual como con significado epistémico. Por lo general se conserva el significado visual en las lenguas eslavas y romances, mientras que surgen valores relacionados con el conocimiento en griego y en las lenguas celtas y germánicas (Luque Durán, 2001; Ballester, 2009):

- (5) griego: *εἶδον* (VER); perfecto *οἶδα* (CONOCER) > español *idea*
- (6) neerlandés: *weten* (CONOCER)
- (7) alemán: *wissen* (CONOCER)
- (8) ruso: *videt'* (VER)
- (9) inglés: *wise* (SABIO), *wit* (SABIDURÍA, CHISPA)
- (10) latín: *video* (VER)
- (11) irlandés: *fios* (CONOCIMIENTO)

Pero hay otros casos. Por ejemplo, la forma morfológica *sé* de primera persona procede etimológicamente de *tengo visto* en lenguas como el armenio, el gótico, el griego o el sánscrito (Vendryes, 1932: 196; Alinei, 1996: 538-539). Además, el sánscrito desarrolló a partir de **weid-* la forma *vedah* (CONOCIMIENTO) (Roberts y Pastor, 1996: 190; Bordelois, 2006: 134).

No obstante, la raíz **weid-* produjo otras extensiones metafóricas en las lenguas indoeuropeas. Como mostró Wood (1899: 324), de esta raíz emergen muchas formas verbales que significan IR; es lo que sucede con la antigua palabra germánica *witan*, que significaba tanto IR, como CUIDAR, MOSTRAR EL CAMINO, GUIAR (Wood, 1899; Bordelois, 2006). Esta polisemia de *witan* se explicaría, de acuerdo con la interpretación de Wood, por el hecho de que los significados visuales y epistémicos de los verbos de visión indoeuropeos proceden de

¹⁵⁰ Un dato interesante en relación con el volumen de uso de los verbos que expresan VISIÓN y de los que expresan CONOCIMIENTO lo ofrece Usonienè (2003: 194); en el British National Corpus (BNC) el verbo *see* precede a *know* en la lista de frecuencia.

¹⁵¹ Además de los trabajos que iremos citando a continuación, para un detallado examen de los aspectos etimológicos del léxico de la percepción se pueden consultar los siguientes trabajos: Kroesch (1911), Prévot (1934), Buck (1949), Guiraud (1964), Ibarretxe-Antuñano (1999a: 90-106) y Allan (2008).

significados previos que se originan en un prototipo semántico vinculado a la idea de MOVIMIENTO. En efecto, para mostrar el camino o guiar a alguien hace falta moverse (IR), de modo que entre las acciones de locomoción, los propósitos de dicha locomoción, el uso del sentido de la vista (para saber por dónde se va) y el conocimiento derivado de 'llegar' hay establecidos vínculos metonímicos muy estrechos. Tanto es así que Wood (1899: 324), adelantándose sorprendentemente a las cadenas metafóricas que defiende en la actualidad la teoría de la gramaticalización, propuso una secuencia evolutiva para explicar cómo se llegó a los significados visuales y epistémicos a partir de verbos de movimiento originales: IR > PERSEGUIR > IR A PARAR A MANOS DE > ALCANZAR > OBTENER > ENCONTRAR > RECIBIR > AGARRAR > COMPRENDER > PERCIBIR > SABER > VER.

Como se puede apreciar, de verbos que significaban solamente IR se fue pasando por efecto de extensiones metafóricas y metonímicas a formas más precisas de movimiento, como PERSEGUIR o ALCANZAR. De la noción del logro tras llegar a la meta emergen valores como OBTENER y ENCONTRAR. La idea de que dos entidades alejadas se junten permite configurar, asimismo, nociones como RECIBIR y, a partir de ellas, conceptualizaciones más agentivas como AGARRAR. Finalmente, de la idea de coger o asir algo se deriva el concepto de lo epistémico (COMPRENDER¹⁵²) y de él los contenidos sensoriales (PERCIBIR, VER). La documentación escrita de las lenguas conocidas permite corroborar que estas expansiones metafóricas suceden fácilmente. Por ejemplo, los verbos visuales *see* (inglés), *sehen* (alemán), *zien* (neerlandés) y *se* (sueco y danés) proceden de la raíz **sekhwan*, que había originado mucho antes de que esas lenguas existieran el verbo latino *sequor* (MARCHAR DETRÁS DE, SEGUIR), verbo de movimiento que es

¹⁵² Estas proyecciones semánticas siguen presentes en el español de hoy en expresiones como "Ramón no lo coge" (NO LO ENTIENDE) o "ya lo capto" (LO ENTIENDO). Sweetser (1990) ha analizado la vinculación metafórica entre las nociones de COGER y ENTENDER y considera que estas correspondencias ontológicas son frecuentes porque los seres humanos tendemos a conceptualizar las formas de conocimiento como OBJETOS; así, de igual modo que al agarrar algo el sujeto controla el objeto agarrado, al "agarrar" metafóricamente una idea expresamos que la controlamos, es decir, que la comprendemos. En el trabajo de S. Kroesch (1911) puede consultarse un detallado análisis etimológico de la metáfora COMPRENDER ES COGER y de sus relaciones con verbos de percepción de numerosas lenguas.

étimo del español *seguir* (Bordelois, 2006: 137). Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, todas estas conexiones son persistentes en algunos procesos históricos, e incluso han dejado huella en la sintaxis de los verbos de percepción.

En español el verbo *ver*, evolucionado a partir de *video*, tiene por núcleo prototípico su contenido visual. No obstante, este verbo muestra usos enteramente epistémicos desde las primeras manifestaciones escritas. Esto quizá se deba a que ya *video* era capaz de significar en latín COMPRENDER (Bordelois, 2006: 134), de modo que el derivado romance heredó esa capacidad. En nuestro corpus encontramos ocurrencias de este tipo desde el siglo XIII. A continuación ofrecemos una muestra de textos de diversas épocas:

(12) El amor d'este mundo faze ensordar los oídos de non oír la sapiencia, e faze cegar el viso de non veer la lumbre de la verdat (Anónimo, *Bocados de oro*, 1250)

(13) Pues quando el apuramiento de la lexadumbre, y el onme es quanto de la lexedumbre, estonçe vienen las almas vidas perdurables que se non demudan nin se desfazen, y llegasse la claridad a la claridad y la lexedumbre a la lexedumbre, estonçe veen los corazones las verdades encubiertas (Anónimo, *Libro de los buenos proverbios que dijeron los filósofos y sabios antiguos*, 1250)

(14) El mayor daño que vy / en esta noble doncella / que crueza mucha en ella / he fallado fasta aquí (Fernando de la Torre, *Libro de las veynte cartas e quisiones*, 1449)

(15) Las cosas sobredichas, que son dela calidad e importancia que vedes, os ha mandado comunicar su Majestad (Anónimo, *Cortes de Valladolid de 1523*, 1523)

(16) Y también porque él, de suyo, no es muy cierto en el razonar y en el entender, unas vezes siente uno y otras vezes el mesmo siente lo contrario, siempre con dubda y con temor de afirmarse en ninguna cosa; de do nace, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres (Fernán, Pérez de Oliva, *Diálogo de la dignidad del hombre*, 1530)

(17) Y a los principios, ante que otra cosa anteponga, se haga una sangría y, si el tumor fuere en crecimiento, otra sangría se le haga y,

si fueres avisado y sabio en el arte, en la natura verás insignias que te guíen (Francisco de la Reina, *Libro de albeitería*, 1564)

(18) Si vees y conoces en ti estos señales dichos, ten por cierto que estás envuelto y ligado con cadena de avaricia (Jaime Montañés, *Espejo de bien vivir y para ayudar a bien morir*, 1573-1577)

(19) comenzó a ver su conducta bajo diverso aspecto, a temblar por lo que iba a suceder como había temblado por lo pasado y a encontrar mil dudas y tropiezos, donde su pasión sólo había visto antes resolución y caminos llanos (Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bembibre*, 1844)

(20) Esta síntesis la veo clara en San Fernando: ¿quién me lo negará? (Benito Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, 1898)

En todos estos ejemplos *ver* posee un significado metafórico o metonímico que le hace aproximarse a la idea del CONOCIMIENTO. Este cambio semántico se observa por el hecho de que los complementos directos pueden referirse a conceptos abstractos que no pueden verse literalmente (“la lumbre de la verdad”, “las verdades encubiertas”, “una síntesis”, etc.). De todas maneras, incluso aunque el CD se refiera a un concepto visible, se desprende siempre del contexto un logro epistémico, es decir, algún proceso de comprensión cognitiva. Se aprecia claramente en el ejemplo (17), donde las “insignias (o señales) que guían” sólo puede verlas (literalmente) quien “sea avisado y sabio en el arte”. Finalmente, existen indicios formales que refuerzan el matiz epistémico de *ver*, como su aparición junto a *conocer* (18) o la presencia del adjetivo *clara* (20), adjetivo que, en este caso, se comporta como un evidencial¹⁵³.

El carácter fuertemente epistémico que ha gramaticalizado *ver* le permite cancelar en determinados contextos una de sus propiedades gramaticales más distintivas: su transitividad. Por razones que expondremos en el capítulo 5, *ver* requiere en condiciones normales la presencia explícita de un complemento directo, debido a que es un verbo resultativo cuyo marco semántico se define por la existencia de un objeto percibido. Sin embargo, en ocasiones el valor epistémico de *ver* es tan marcado que puede aparecer sin CD, desarrollando un funcionamiento

¹⁵³ Nos ocuparemos de la categoría de la evidencialidad al final de este capítulo.

enteramente modal relacionado con la capacidad intelectual del sujeto. Como se puede apreciar en los ejemplos medievales (21) y (22), *ver* funciona de acuerdo a un esquema que se podría parafrasear por la perífrasis modal {*poder ver*}, poseyendo el verbo perceptivo el significado de CONOCER o COMPROBAR. En ambos casos no hay CD, y además aparecen dos adjuntos circunstanciales (“segund” y “qual”) que perfilan la manera en que se produce (o podría producirse) la constatación epistémica del sujeto perceptor:

(21) E como se vio apoderado de los Reinos, e que ninguno non avía que le dixese de non, alçóse rey, e tomó la corona que tiene, e tiénela segund vós hora vedes (Pedro de Corral, *Crónica del rey don Rodrigo, postrimero rey de los godos (Crónica sarracina)*, 1430)

(22) Ved, señor, aquellos muros / de sus muy viejas paredes / yo ge las paré qual vedes / con estos mis dientes duros (Anónimo, *Cancionero de Pero Guillén*, 1492)

Por último, la metáfora VER ES CONOCER se puede fusionar con otra metáfora relacionada con los verbos de visión, aunque mucho más inusual: VER ES VISUALIZAR. Observemos el siguiente ejemplo:

(23) A ratos, por cualquier sensación física, por encontrar una postura cómoda en la cama, me parecía que no podía pasar nada, y que al día siguiente me levantaría y sería un día como los otros. Pero otras veces, al recordar cualquier cosa, me sentía retroceder en la noche, alejarme de la claridad, hundirme en todo aquello, que era como una consecuencia de mi cuarto, de estar allí metido, y no veía la posibilidad de salir (Rosa Chacel, *Estación. Ida y vuelta*, 1930)

Como ya hemos explicado, las imaginaciones cognitivas son, en opinión de Gärdenfors (2006), imágenes creadas por los hablantes que sólo existen en su pensamiento. Estas imaginaciones se configuran de un modo topológico (espacio mental), pues responden a una configuración fuertemente visual. A ese proceso de recrear en la conciencia una imagen o escena de un modo plástico y tridimensional se le denomina *visualizar*¹⁵⁴. Visualizamos algo cuando lo actualizamos en nuestra mente,

¹⁵⁴ La habilidad humana para visualizar cosas de un modo topológico es muy importante para comprender numerosos usos gramaticales. Guarddon Anelo (1998) ha estudiado la influencia de las visualizaciones en el funcionamiento de las preposiciones espaciales de

al margen de que se trate de una situación real o hipotética (situación irreal o contrafactual). De este modo, *ver* puede significar por un proceso metonímico VISUALIZAR, puesto que toda visualización parte, en última instancia, de una imagen vista en algún momento. En el ejemplo (23) *ver* expresa la ausencia de certeza epistémica derivada de la incapacidad del sujeto para visualizar una circunstancia potencial; el sujeto se encuentra en una situación desesperada de la que es incapaz de salir porque no sabe cómo hacerlo ni sabe si podría conseguirlo. En este caso el contenido epistémico (negado) no deriva de la presencia de un CD metafórico, sino que se concreta con un CD mucho más dinámico (“la posibilidad de salir”) que representa una escena en la que el sujeto “no consigue verse”, es decir, una escena que no puede visualizar¹⁵⁵. De esta manera, el valor intelectual de *ver* se ha establecido a partir de la capacidad del sistema cognitivo humano para imaginar situaciones potenciales: si la visualización es posible, aumenta el conocimiento (“vemos” en nuestra conciencia algo nuevo o “nos vemos” a nosotros mismos), pero si no es posible, nuestro conocimiento no aumenta (“no lo vemos”).

Con respecto al resto de extensiones metafóricas que propone Sweetser a propósito de la visión (supervisión, control...), puede decirse que también son muy habituales, aunque quizá no tanto como la de VER ES CONOCER y sus derivados. Un caso muy interesante lo hallamos en la evolución semántica del verbo inglés *watch*. En inglés medieval, *watch* significaba PERMANECER DESPIERTO y PERMANECER ALERTA. En ambos casos el estado expresado por el verbo requiere que el sujeto

varias lenguas, tanto indoeuropeas como pertenecientes a otras familias lingüísticas, y ha demostrado que parece haber tendencias conceptualizadoras universales relacionadas con la visualización, algo que también queda reforzado por sus análisis sobre las consecuencias de interpretar ciertos conceptos locativos como objetos semánticos. La conclusión más relevante del estudio de esta autora es que las visualizaciones (recreación de imágenes “fieles” a la realidad) ofrecen productos lingüísticos diferentes de los que ofrecen las idealizaciones, los cuales son mucho más abstractos y esquemáticos. Por otra parte, Zwaan y Taylor (2006) han evidenciado experimentalmente que la comprensión de oraciones que contienen escenas de movimiento activa las zonas del cerebro que controlan la creación de imágenes visuales. Parece, por tanto, que la conexión entre el significado y la visualización es muy estrecha incluso en un plano neurológico.

¹⁵⁵ La capacidad del ser humano para visualizarse a sí mismo en situaciones hipotéticas y para concebir el ‘yo’ como una estructura desdoblada es decisiva para entender el proceso de gramaticalización de los valores pseudo-atributivos de *ver*. Nos ocuparemos de ello en el capítulo 6.

mantenga activo su sentido de la vista; si se está despierto se tienen los ojos abiertos y se ve, mientras que estar alerta exige siempre concentración visual. A partir de estos núcleos semánticos prototípicos, *watch* va a desarrollar otros significados, hasta que, por un proceso metonímico, la idea de la visión atenta pasa a ser central (y periféricos los matices de intencionalidad) y el verbo asume el significado básico de MIRAR CON ATENCIÓN, que es el utilizado en inglés actual (Sweetser, 1990; Poch y Verdaguer, 1996).

Algo parecido ocurre con el verbo latino *vigilo*, que significaba tanto PERMANECER DESPIERTO como VIGILAR o CONTROLAR (con la vista), razón por la cual generó los verbos *velar* y *vigilar*, que expresan en español esas nociones. No en vano, de la raíz indoeuropea **wer* (PERCIBIR, GUARDARSE DE) surge el español *guardar* y el francés *garder*, verbos que conservan los dos valores de CONSERVAR y VIGILAR. *Garder*, a su vez, dio lugar en francés a *regarder* (MIRAR) gracias a la idea de vigilar reiteradamente. Por otro lado, de la misma raíz procede el italiano *guardare* (MIRAR) (Bordelois, 2006: 135) y el sustantivo catalán *esguard* (MIRADA). Incluso una locución como *estar en guardia* puede interpretarse como sinónima de *tener los ojos abiertos*, pues ambas unidades fraseológicas expresan por igual la idea de una VIGILANCIA consciente. Como se aprecia, el sentido de la vista se relaciona frecuentemente con procesos que tienen relación con acciones o estados en los que la visión es decisiva, entre los que destacan los procesos que indican control o atención voluntaria sobre un determinado objeto¹⁵⁶. En todos estos casos, la noción de lo visual es el denominador común de las múltiples extensiones potenciales¹⁵⁷.

¹⁵⁶ De hecho, incluso la predicación expresada por *velar*, que podría parecer intrínsecamente inagentiva (y por ello carente de propósito) al tratarse de un proceso normalmente involuntario, con frecuencia aparece en contextos pragmáticos en los que es recuperable una intención semejante a la intención que entra en juego con *vigilar*. Por ejemplo, es frecuente velar (permanecer voluntariamente despierto) para cuidar de una persona enferma o de los niños.

¹⁵⁷ Debido a la importancia que la visión tiene en nuestra vida, muchas actividades cotidianas se basan directamente en ella, algo que el lenguaje tiende a reflejar. Así, en español existen muchos verbos que conceptualizan acciones relacionadas, de un modo u otro, con la vista. Por mencionar sólo algunos ejemplos, *acechar* expresa una acción en la que la vista sirve a un fin amenazador o intimidatorio. *Espiar* indica ver algo para obtener una información y sacar provecho de ella (monetario, político, etc.), mientras que *observar* suele

4.5.3.2. Metáforas de la audición

El sentido del oído, por su parte, desarrolla fundamentalmente dos ideas abstractas: el conocimiento y la obediencia. La primera de ellas vuelve a poner de manifiesto la trascendencia de los sentidos a distancia en lo referente al conocimiento objetivo del entorno; con mucha frecuencia obtenemos la información por cosas que se escuchan, ya sean simples sonidos que indican algo de manera inequívoca o mensajes verbales que personas más informadas nos transmiten. Esta circunstancia permite que también exista una metáfora conceptual como OÍR ES CONOCER, de la que los siguientes enunciados son buenos ejemplos:

- (1) Alejandra lo oyó todo.
- (2) He escuchado en la radio que va a llover.
- (3) Daniel escuchó la lección y comprendió aquella parte del problema.

En (1) el sujeto percibe por el oído una información (representada sintácticamente por los objetos directos correferenciales de carácter inestable *lo* y *todo*¹⁵⁸) procedente de una determinada escena (un diálogo entre diversas personas, una confidencia, etc.), de modo que dicha información pasa a formar parte automáticamente de su conocimiento. Además, la relación causal entre oír un hecho y conocerlo es tan estrecha, que la extensión semántica de lo auditivo a lo epistémico se produce de modo casi instantáneo¹⁵⁹. En (2) el sujeto elidido posee una información que también ha recabado por un medio auditivo (la radio); en este caso, dicha información aparece en forma de cláusula completiva en función de complemento directo, lo que supone no sólo una forma explícita de revelar cuál es esa información (a diferencia de lo que ocurre en (1),

vincularse a la visión minuciosa de un objeto para llevar a cabo un análisis científico. Para un análisis detallado de estos y otros verbos de visión del español véase Hanegreets (2008).

¹⁵⁸ Estudiaremos este tipo de complementos en el apartado 5.4.1.

¹⁵⁹ Resulta muy ilustrativo a este respecto lo que sucede en la lengua kambaata, hablada en el sur de Etiopía. En esta lengua africana se usa el verbo *maccoo*, que expresa los significados de OÍR y ESCUCHAR, en estructuras en las que habitualmente las lenguas europeas prefieren usar verbos que comportan modalidad epistémica, tales como *conocer*, *saber* o *entender*. Por ello, una oración interrogativa como “Kambaatiss-áta maccoo-tán?”, aunque significa literalmente “¿Tú oyes kambaata?”, debe interpretarse como una pregunta acerca de si se conoce o entiende dicha lengua (Treis, 2007, 2010).

donde el contenido del objeto directo resulta inaccesible) sino también un modo de confirmar que el sujeto ha entendido perfectamente lo que ha escuchado¹⁶⁰. Finalmente, en la oración de (3) *escuchar* expresa conocimiento tanto por la naturaleza de su complemento (*lección* implica conocimiento susceptible de ser leído o escuchado¹⁶¹) como por la presencia de otra oración en la que se afirma que aquella lección magistral le permitió al sujeto comprender algo que antes no entendía.

El sentido del oído también es capaz de motivar en numerosas lenguas metáforas y procesos de lexicalización fuertemente vinculados al conocimiento y a conceptos que tienen relación con el pensamiento y la abstracción intelectual. La razón es que el proceso de la audición está implicado activamente en muchos aspectos de la cognición, incluido el lenguaje oral. Ackerman (1992: 209) ofrece varios ejemplos interesantes. En la lengua árabe el término para señalar que algo es absurdo y que carece de lógica significa literalmente 'incapaz de oír'. De hecho, la palabra *sordo* y sus cognados léxicos poseen matices próximos a la idea de la ausencia de lógica o inteligencia. En inglés, *surd* alude a una imposibilidad matemática (un sinsentido numérico), mientras que el adjetivo *absurdo*, derivado del latín *surdus* (cuyo significado era SORDO o MUDO), es en realidad una traducción de la expresión árabe *jadr asamm*, que significa RAÍZ SORDA y que es a su vez traducción del griego clásico *ἄλογος* (MUDO, INEFABLE, IRRACIONAL). Como se puede apreciar, el dominio cognitivo de lo audible se entremezcla con facilidad con la expresión del conocimiento¹⁶² y del sentido común en virtud de metáforas

¹⁶⁰ De la relación entre las cláusulas flexionadas y la codificación de la información en términos cognitivos volveremos a tratar con más detalle en el capítulo 5.

¹⁶¹ Además, el sustantivo *lección*, procedente del latín *lectio*, no sólo alude a una parte de un texto y por relación metonímica al conocimiento que éste contiene, sino que también significa ACCIÓN DE LEER, es decir, la actividad de hacer que algo pueda ser escuchado. Por tanto, en el mismo término convergen las dos nociones, tanto la auditiva como la epistémica.

¹⁶² No obstante, conviene señalar que los verbos de audición, a pesar de su filiación diacrónica con la expresión de lo epistémico, raramente suelen evolucionar hacia contenidos cognitivos que requieran una fuerte agentividad (Evans y Wilkins, 2000; Vanhove, 2008; Guerrero, 2010). Un contenido como COMPRENDER denota capacidad para entender algo, pero no necesariamente capacidad para hacer algo (conocimiento activo e instrumental), y los verbos de audición suelen vincularse sobre todo a formas de conocimiento más receptivas que activas. Lo mismo sucede con los empleos de *oler* en los que desarrolla contenidos epistémicos, tal y como comprobaremos en el capítulo 8.

como OÍR ES COMPRENDER o SABER y NO OÍR ES NO ENTENDER o NO TENER LÓGICA¹⁶³.

Esta inferencia de tipo epistémico (oír algo y entenderlo) se documenta muy ampliamente en español medieval. A continuación ofrecemos algunos ejemplos con *oír* de nuestro corpus:

(4) Demandó a cabillo todas sus potestades / “Oit –dixo-, “amigos, quantos aquí estades / un mandado me vino, quiero que lo oyades / como creo, non cuido que sabor end’ayades” (Anónimo, *Libro de Alexandre*, 1240-1250)

(5) O si alguno dixiere que los romanos fueron mas tollerables enemigos a nuestros parientes et nuestros padres que los godos son a nosotros, oya et entienda en quanto le parecerá la cosa seyer fecha en otra manera que non se ha cerca del mismo la hora (Juan Fernández de Heredia, *Traducción de la Historia contra paganos*, de Orosio, 1376-1396)

(6) E despues que el mançebo oyo estas cosas, non deseo hablar ninguna otra cosa (Anónimo, *Barlaam e Josafat (manuscrito S)*, 1400)

(7) E luego, los dichos Juan de Música, dicho Vlayar, e Juan Alos dyxyeron que lo oyan e que consentían e consentyeron en la dicha sentençia (Anónimo, *Actos de jurisdicción e apeamiento*, 1498)

Estos cuatro ejemplos son representativos de los matices intelectivos que puede adquirir el verbo *oír*. Lo primero que debe destacarse es que la metáfora OÍR ES CONOCER no anula el significado auditivo del verbo, que se mantiene intacto; de este modo, en estos textos los sujetos realmente captan sonidos diversos. Lo que sucede es que de esa captación se deriva automáticamente una consecuencia cognitiva: la comprensión de un hecho o la obtención de datos antes desconocidos.

En (4) una persona ha recibido una información y desea compartirla con sus compañeros, quienes pasarán a tener también esa información en cuanto la oigan. El conceptualizador de (6) asegura que un muchacho estuvo oyendo ciertas cosas, de modo que en el momento en que terminó de oírlas quedó tan satisfecho con lo escuchado que no quiso responder

¹⁶³ De hecho, en español existe una unidad fraseológica que plasma esta idea: *hacer oídos sordos*. Esta expresión se emplea para indicar que una persona ignora voluntariamente un mensaje que puede ayudarle a entender algún aspecto de la realidad.

nada; así, comprobamos que a veces la reacción verbal propia de todo diálogo puede anularse si uno de los participantes considera que todo queda claro con lo que ha oído. Por último, en los ejemplos (5) y (7) vemos la relación de causa-efecto que la metáfora OÍR ES CONOCER activa. (5) muestra al verbo *oír* unido copulativamente a *entender*; en este caso el orden sintáctico reproduce icónicamente gracias al principio del orden secuencial (ver apartado 2.10.2) el modo en que se consume el proceso de comprensión: primero se oye una cosa y acto seguido se comprende. La misma pauta hallamos en (7), sólo que en un contexto judicial; dos hombres oyen todo el proceso e inmediatamente aseguran que “consienten”, afirmación que ratifica que ambos han entendido perfectamente la sentencia.

La existencia de vínculos intensos entre la audición y el conocimiento también puede rastrearse en procesos diacrónicos de naturaleza semasiológica. En (5) aparece el verbo epistémico *entender*. Este verbo, que en español moderno posee múltiples valores relacionados con el conocimiento, era un verbo auditivo en español medieval; concretamente era un verbo que indicaba, como *escuchar*, ATENCIÓN AUDITIVA. Resulta interesante el hecho de que *entender* proceda del latín *intendo*, que significaba TENDER HACIA, EXTENDER¹⁶⁴; esta etimología pone de manifiesto que también los verbos de audición pueden surgir de verbos que expresan algún tipo de movimiento, como ocurre con los verbos de la vista en opinión de Wood (1899).

Durante la Edad Media, sobre todo en Aragón y León, *entender* mantuvo su significado auditivo (García Martín, 1992: 467), significado que sólo evolucionó hasta los contenidos epistémicos siglos después. Es más, el uso de *entender* en el ejemplo (5) podría ser el auditivo, lo que reforzaría nuestra tesis de que la relación entre OÍR y COMPRENDER es casi simultánea en el tiempo: puede que en ese texto lo que se afirma es que el sujeto primero oye (sin atención) para luego pasar a entender (con atención), actitud que permitirá, a la postre, comprender lo escuchado. Por tanto, la evolución semántica de *entender* (de lo auditivo a lo

¹⁶⁴ En francés *entendre* conservó significados derivados de *intendo* como TENSAR, o EXTENDER durante un período que se prolongó más allá de la Edad Media (Piron, 2002a: 75).

epistémico) prueba que este proceso de cambio semántico es productivo en español.

Curiosamente, este proceso no es unidireccional, como lo demuestra una interesante reorganización onomasiológica en francés. En esta lengua el verbo de percepción auditiva *ouïr* (surgido del mismo étimo que *oír*) dejó de utilizarse en el siglo XVII porque fue sustituido por *entendre*, verbo prototípico de la audición en francés actual (Picoche, 1990; Blumenthal, 2002; Piron, 2002a). Teniendo en cuenta que *entendre* es cognado de *entender*, puede afirmarse que la evolución de ambos ha seguido caminos contrarios, lo que demuestra que en las lenguas románicas, al menos con el sentido del oído, la evolución de lo perceptivo a lo cognitivo puede invertirse. De hecho, en español moderno son frecuentes los usos de *entender* con un significado que parece remitir por poligénesis semántica a su valor auditivo original; esta situación es muy clara, por ejemplo, cuando alguien afirma que “no ha entendido” tras escuchar algo que se ha dicho en un entorno ruidoso.

En cuanto a la idea de obediencia, se trata de una extensión semántica muy frecuente que tiene su origen en la metonimia PRECONDICIÓN POR RESULTADO (Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 72); escuchar algo con atención no sólo tiende a desencadenar un proceso intelectual (se entiende lo que se escucha) sino que también suele comportar una determinada reacción por parte de quien escucha y entiende lo escuchado (Ibarretxe-Antuñano, 2002; Viejo Sánchez, 2004). Este encadenamiento pragmático (AUDICIÓN → COMPRENSIÓN → REACCIÓN¹⁶⁵) posibilita que los verbos auditivos puedan funcionar con frecuencia con significados como OBEDECER o RESPONDER. Es lo que ocurre en los ejemplos que ofrecemos a continuación:

- (8) Álvaro tiene que escuchar más a su jefe.
 (9) ¿Es que no me has oído?

¹⁶⁵ No obstante, los verbos de la audición no son los únicos verbos de percepción que pueden generar el significado de OBEDECER. Por ejemplo, el verbo de percepción visual *observar* también genera en español ese significado, y por el mismo proceso inferencial, sólo que a partir de una experiencia visual (VISIÓN → COMPRENSIÓN → REACCIÓN). Así, una oración como “El bombero observó las medidas de seguridad antes de entrar en el edificio” significa que el bombero tuvo en cuenta esas medidas, las comprendió y actuó en los términos que éstas estipulan. Por tanto, en español también es posible la metáfora VER ES OBEDECER (Ibarretxe-Antuñano, 2002).

En (8) *escuchar* es utilizado con un contenido próximo al del verbo *obedecer*, circunstancia reforzada por la perífrasis verbal {*tener que* + infinitivo}, que expresa siempre modalidad deóntica (expresión de la obligatoriedad); para señalar que una persona debe ser más diligente con las indicaciones que le hace su superior podemos decir que debe escucharle porque, por un proceso de inferencia pragmática, el acto de escuchar presupone inclusivamente comprender lo que el jefe dice y también hacerlo. Por otro lado, la interrogación de (9) podría muy bien dirigirse a alguien que ha desobedecido un mandato o que tarda en realizar una tarea que tiene encomendada.

Esta capacidad metonímica de los verbos de audición también puede rastrearse en la etimología. Uno de los ejemplos de cambio semántico de este tipo más elocuentes es el que ocurrió en latín. En la lengua latina el verbo *audio*, que había evolucionado a partir de la raíz indoeuropea **au-* que expresaba de forma genérica la idea de PERCIBIR (Roberts y Pastor, 1996:15), significaba OÍR y ESCUCHAR, aunque también podía desarrollar otros significados perceptivos como el de VER (multimodalidad). Por supuesto, por la razón que estamos explicando, *audio* también se utilizaba para expresar la idea de obediencia, hasta el punto de que a partir de él se formó el verbo *oboedio*, que significaba específicamente OBEDECER y del que surgen verbos románicos como el español *obedecer* o el francés *obéir* (Viejo Sánchez, 2004). Algo semejante ocurre en danés; en esta lengua nórdica el verbo que significa OBEDECER es el verbo *lystre*, el cual procede de la raíz indoeuropea **klei-*, de la que también surgen verbos con significado auditivo, como κλύω (OÍR, ESCUCHAR) del griego clásico (Sweetser 1990: 34-35). Además, *lystre* es cognado del inglés *listen* (ESCUCHAR). Por otra parte, el verbo griego ακούω (OÍR, ESCUCHAR) dio lugar con el tiempo a υπακούω (OBEDECER) (García Hernández, 1977: 118), verbo emparentado con el sustantivo υπακοή (OBEDIENCIA, SUMISIÓN).

El verbo *escuchar* es especialmente apto para codificar la metáfora OÍR ES OBEDECER, puesto que este verbo está especializado en señalar que una audición es consciente, atenta y, por tanto, muy activa. La propia etimología de *escuchar* ratifica esta posibilidad. Este verbo es la

adaptación fonética del antiguo *ascuchar*¹⁶⁶, forma derivada del latín vulgar **ascūltare*, procedente del latín *auscultō*, que significaba tanto ESCUCHAR CON ATENCIÓN como OBEDECER (Corominas y Pascual, 1980-1991). Lo más interesante es que se puede constatar que la motivación semántica del verbo latino queda de manifiesto al explorar su origen indoeuropeo. *Auscultō* es una unidad léxica creada por la fusión de la forma **ous-* (OREJA, OÍDO) y la raíz **klei-* (INCLINARSE). Se obtiene de este modo el étimo **aus-klit-ō-* que significaba, literalmente, MANTENER INCLINADO EL OÍDO (Roberts y Pastor, 1996: 86). Consecuentemente, el latín transformó esa imagen en el contenido auditivo de ESCUCHAR CON ATENCIÓN, dado que el oído “se inclina” (voluntariamente) con algún propósito al que se dedica atención cognitiva¹⁶⁷. Por supuesto, a partir de ese núcleo prototípico surgió metonímicamente la expresión de la obediencia, por los motivos que ya hemos indicado. Como vemos, de nuevo confirmamos que el significado inicial de un verbo de percepción se relaciona con el movimiento, un movimiento de inclinación en este caso.

La metáfora OÍR ES OBEDECER aparece asociada al verbo *escuchar* desde el siglo XIII. Veamos algunos ejemplos de nuestro corpus¹⁶⁸:

(10) E dixo Abraham: Si a Moysen e a los prophetas no escuchan, no escucharan al que resucitare de muert a uida (Anónimo, *El Nuevo Testamento según el manuscrito escorialense I-j-6*, 1260)

(11) Et leuo salmanasar los fijos de israel atierra de sur et poble los en ela & en abor Ryos de gozan enlas çiuudades delos medos porque non escucharon la palabra de su seynnor dios. Mas traspasaron el paramiento de su seynnor dios. No fizieron las cosas

¹⁶⁶ García Martín (1992: 465) ha observado que la forma *ascuchar* era preferente en León, mientras que las zonas central y oriental se inclinaron antes por *escuchar*.

¹⁶⁷ Repárese en que la imagen esquemática original sigue siendo muy transparente en el verbo *auscultar*, evolucionado de *auscultō* y cognado de *escuchar*. El DRAE (1992: 232) define este verbo así: “*Med.* Aplicar el oído a la pared torácica o abdominal, con instrumentos adecuados o sin ellos, a fin de explorar los sonidos o ruidos normales o patológicos producidos en los órganos que las cavidades del pecho o vientre contienen”.

¹⁶⁸ Los usos de la metáfora OÍR ES OBEDECER son, en términos absolutos, muy escasos. De hecho, la muestra que presentamos cubre gran parte de todos los ejemplos encontrados. Teniendo en cuenta que hemos analizado más de 1350 ejemplos de *escuchar* que abarcan desde el siglo XIII hasta el XX queda claro que esta expansión semántica ha sido poco frecuente en la historia de este verbo.

que les auia mandado moisés sieruo de dios nin las escucharon
(Anónimo, *Biblia. Escorial I.j.8*, 1300)

(12) Asy dize Adonai el tu dios que te ensseño para aproue(e)char
que te encamjno por la uja que deues ssegujr. ques y tu escuchases
los mjs mandamientos seria commo el rrio la tu pax & la tu justia
commo las hondas del mar (Anónimo, *Biblia romanceada. Real
Academia de la Historia*, 87, 1400)

(13) & yo he uso fablado maytinando & fablando & non me oystes
(...) & habjtaredes en la tierra que dy a uso & a uuestros padres. &
non jnclynastes los uuestros oydos njn me escuchastes (Anónimo,
Biblia romanceada, Real Academia de la Historia, 87, 1400)

(14) Et ende le puso fuero e juicio, e ende lo prouo. Et dixo: sy
obedecer obedescietes el mandado del Señor tu Dios, e el derecho
çerca del fizieres, e escuchares preçeptos e guardares todos sus
fueros; alguna delas dolencias que puso en Egipto non porne sobre
ty (Anónimo, *Biblia Escorial I-j-4: Pentateuco*, 1400)

(15) Tan saludable era este consejo como yo poco cuerdo para
seguirle, pues sólo escuché a mi pasión (Mariano Antonio Collado,
*Traducción de las aventuras de Telémaco seguidas de las de Aristonoo de
Fénelon*, 1843)

(16) Ahora bien, señores; si los judíos han sido castigados con tal
rigor porque no han escuchado al Salvador, tiemblo por una
infinidad de cristianos que no le oyen (Juan Francisco Guerra,
Manual de oratoria sagrada o año predicable, parte tercera, tomo II, 1855)

(17) Me engaña Rosalía, me engañan mis amigos y todos juegan
con este pobre hombre, que no entiende de quisicosas... ¿Quién me
dice la verdad?... ¿Qué voz escucharé de las que suenan en mi
alma?, ¿la que dice: mátala, o la que dice: perdónala? (Benito Pérez
Galdós, *Tormento*, 1884)

(18) Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros
malos caminos, y de vuestras malas obras: y no atendieron, ni me
escucharon, dice Jehová (Anónimo, *Biblia Reina-Valera*, 1909)

(19) Para que así no haya en ti mendigo; porque Jehová te bendecirá con abundancia en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, Si empero escuchares fielmente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te intimo hoy (Anónimo, *Biblia Reina-Valera*, 1909)

(20) Por cuanto no habían atendido la voz de Jehová su Dios, antes habían quebrantado su pacto; y todas las cosas que Moisés siervo de Jehová había mandado, ni las habían escuchado, ni puesto por obra (Anónimo, *Biblia Reina-Valera*, 1909)

Como se puede apreciar, en todos estos ejemplos *escuchar* (e incluso *oír* en ocurrencias como (16)) significa con gran nitidez OBEDECER. Algunos indicios formales refuerzan la conceptualización evocada y el deslizamiento semántico. El adverbio “fielmente” que aparece en (19) sólo tiene sentido en un contexto en el que el verbo posee un significado que trasciende el de la mera percepción auditiva, ya que ese adverbio expresa el modo en que se escucha, y anticipa la lealtad con la que se ejecutará el mandato escuchado. En (12) *escuchar* aparece en una prótasis condicional, contexto sintáctico que indica una posibilidad irreal, situación que, no siendo imposible con el valor auditivo, sí encaja mejor con un significado reactivo; de este modo, la apódosis introduce la consecuencia que se derivaría de obedecer lo establecido en la prótasis. Por otro lado, en (17) el sujeto duda sobre qué voz debe escuchar. Como es evidente, en ese texto no hay audición en sentido literal sino que, gracias a una extensión metafórica en virtud de la cual la voz representa un DESEO, *escuchar* expresa la idea de obediencia a una pulsión interior; en este caso concreto, el hablante se debate entre dos deseos de signo opuesto. Algo semejante hallamos en (15), ejemplo en que aparece un sujeto que afirma que sólo escucha “a su pasión”, es decir, que sólo obedece sus propios criterios.

El complemento directo en estos ejemplos verbaliza la fuente de la orden, aquello a lo que se obedece. En principio, la naturaleza de esa fuente de mando puede ser muy diversa, como hemos comentado anteriormente; se puede obedecer al jefe, el consejo del médico, las sugerencias de un policía o, en general, el mandato de cualquier persona que en un momento dado esté en disposición de ordenar algo. Sin embargo, nuestra exploración empírica muestra con gran claridad que

casi siempre que se emplea la metáfora OÍR ES OBEDECER aquello que se obedece es una petición de índole religiosa. De los once ejemplos citados, únicamente el (15) y el (17) no pertenecen a textos bíblicos o sagrados. Este predominio del contexto religioso con esta metáfora, especialmente durante la Edad Media, resulta muy interesante.

Viejo Sánchez (2004) ha propuesto una posible explicación, elaborada a partir del análisis de la traducción al español de los verbos hebreos de audición que aparecen en el *Antiguo Testamento*. Según ha observado esta investigadora, resulta impropio traducir verbos hebreos de audición como *ʾzn*, *qšb* o *šm* con el verbo *escuchar*, puesto que esos verbos se utilizan en situaciones en las que lo que se escucha son los mandatos divinos, sobre todo cuando se solicita al pueblo de Israel que obedezca las disposiciones de Yavé y lo reconozca como su único dios. Como señala Viejo Sánchez (2004: 281), en estos contextos no se solicita sólo atención auditiva sino que también se espera que aquel que escucha obedezca las peticiones escuchadas; en un ámbito religioso, la voz de la divinidad (transmitida directamente o por mediación de los apóstoles y predicadores) no es una simple voz, sino que se ha de considerar como un mandato intrínseco, por lo que traducir esos verbos por un verbo auditivo puede ocultar parte de la información pragmática¹⁶⁹.

¹⁶⁹ Como es lógico, la situación puede invertirse. Durante los rezos son los fieles los que piden, en todas las religiones, que “su voz sea escuchada”. De esta forma la persona que reza espera que la divinidad le conceda algún bien. Los ejemplos con la metáfora OÍR ES OBEDECER en los que quien obedece es la propia deidad son muy escasos. A continuación ofrecemos uno, perteneciente al dominio de la mitología romana:

(1) Entre tanto apresurábase su hijo a abrazarle lleno de impaciencia por volverle a ver: ¡desdichado! Ignoraba que corría a su perdición. Llegó el padre salvo al deseado puerto; daba gracias a Neptuno por haber escuchado sus votos; mas en breve conoció cuán funestos le eran (Mariano Antonio Collado, *Traducción de las aventuras de Telémaco seguidas de las de Aristonoo de Fénelon*, 1843)

Naturalmente, también puede suceder que alguien escuche la voz de una entidad negativa. En (2) se obedece a la serpiente, símbolo del pecado en la religión católica:

(2) Como violó la ley y escuchó a la serpiente, causadora de la muerte humana, le retiraste el gozo del paraíso (Luis Maldonado, *La plegaria eucarística. Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*, 1967)

La interpretación de Viejo Sánchez permite comprender que la extensión a la idea de OBEDIENCIA que genera en ocasiones *escuchar* puede activarse automáticamente si el CD introduce una entidad o voz que representa por defecto un ser superior al que se le debe rendir pleitesía. Ello explica que *escuchar* en los ejemplos citados signifique OBEDECER, pues los complementos remiten a este tipo de fuente: se escucha “a Moisés” (10), “la palabra de Dios” (11), “los mandamientos” (12), “los preceptos” (14), “al Salvador” (16), “la voz de Jehová” (19), etc. Se trata, por tanto, de órdenes o voces que no pueden ignorarse en un ámbito religioso¹⁷⁰.

Por último, quisiéramos destacar el ejemplo (13). En este texto del siglo XIV aparece la expresión “inclinarse los oídos” y acto seguido el verbo *escuchar*. Tal y como explicamos antes, el étimo indoeuropeo de *escuchar* es la forma hipotética **aus-klit-ō-* que significaba INCLINAR EL OÍDO. Pues bien, no deja de ser sorprendente que en este texto medieval aparezca la estructura analítica “inclinarse los oídos” precisamente para expresar la noción de ESCUCHAR; de este modo, primero se “inclinan los oídos” (es decir, se escucha atentamente) y después, siguiendo el orden causal, “se escucha” (es decir, se obedece). En nuestra opinión este ejemplo no sólo muestra claramente la metáfora OÍR ES OBEDECER sino que también puede considerarse un texto probatorio para la semántica cognitiva diacrónica; el hecho de que milenios después de que desapareciera la lengua prehistórica en que se utilizó **aus-klit-ō-* vuelva a emplearse la misma imagen esquemática (asociada a la conciencia corporal y al movimiento) para codificar el mismo significado demuestra que las imágenes mentales y las motivaciones conceptuales que estas

¹⁷⁰ Con todo, algunos ejemplos de nuestro corpus son ambiguos en este sentido, ya que no se sabe con certeza absoluta que la extensión a la OBEDIENCIA se ha consumado, por más que pueda parecerlo. Veamos el siguiente ejemplo:

(1) En pos de Jehová vuestro Dios andaréis, y á él temeréis, y guardaréis sus mandamientos, y escucharéis su voz, y á él serviréis, y á él os allegaréis (Anónimo, *Biblia Reina-Valera*, 1909)

En esta ocurrencia se refieren las cosas que debe hacer el siervo de dios, entre las cuales está el “escuchar su voz”. Aunque puede interpretarse como una orden (OBEDECER SU VOZ), pensamos que, en este caso, la orden se orienta a la idea literal de escuchar su voz, ya que todo el texto es una sucesión de peticiones, y ya hay otras indicaciones específicas referidas al cumplimiento de las órdenes divinas (“guardaréis sus mandamientos”).

promueven no son simples abstracciones teóricas, sino que son realidades cognitivas. Su aparición en textos de diferentes épocas es una confirmación axiomática de que los presupuestos teóricos de este modelo semántico son válidos.

4.5.3.3. Metáforas del tacto

Los verbos relacionados con el sentido del tacto parecen por lo general incapaces de codificar la modalidad epistémica (grado de conocimiento del hablante¹⁷¹), por lo que suelen desarrollar con el paso del tiempo contenidos metafóricos relacionados con las emociones y los procesos subjetivos. En opinión de Sweetser esto se debe a que el tacto, como ya señalaran Platón y Aristóteles, es impreciso a la hora de recabar información del mundo exterior, por lo que aquello que tocamos físicamente suele provocar más un estado subjetivo (cómo percibimos individualmente lo tocado) que una aprehensión objetiva¹⁷². Además, dichos estados subjetivos se relacionan habitualmente con experiencias interoceptivas o propioceptivas, como el dolor, el cansancio o el bienestar; si tocamos o entra en contacto con nuestra piel algo agradable, experimentaremos alivio o relajación, mientras que si es desagradable nos causará desazón o dolor, en un sentido físico o abstracto.

Estas circunstancias explican usos figurados como éstos:

- (1) A Claudia le tocó el corazón aquella película.
- (2) Pedro se siente feliz con su nuevo trabajo.
- (3) Los sindicalistas tocaron el problema de las pensiones en la reunión.

¹⁷¹ Esta hipótesis tiene algunos contraejemplos, incluso con el verbo *tocar* (capítulo 7). Una excepción interesante aparece con el verbo *palpar*, puesto que este verbo está especializado en codificar acciones táctiles que pretenden conocer algo o descubrir una información (Salvador Caja, 1984), como ocurre en las exploraciones manuales que hacen los médicos.

¹⁷² No obstante, existen diversos hechos cognitivos que relativizan esta idea general. Uno de los más interesantes es la relación que se da entre el tacto y la comprensión de la numeración matemática. Kinadjian-Rance (2007) ha llevado a cabo experimentos longitudinales con niños de entre tres y cinco años que demuestran que los niños necesitan tocar físicamente distintos objetos (o sus dedos) para aprender a contar. Sólo cuando el niño sabe escribir puede empezar a desprenderse de ese apoyo al trabajar con números. Este hecho revela que las experiencias tangibles pueden ser decisivas en el aprendizaje de categorías complejas, sobre todo a edades tempranas en las que la abstracción aún no está del todo desarrollada.

(4) Marta está a dieta, pero esos pasteles la tientan.

En todas estas oraciones encontramos usos metafóricos proyectados desde el dominio fuente de las experiencias táctiles. Aunque de los verbos *sentir* y *tocar* nos ocuparemos con detalle en capítulos posteriores, podemos adelantar algunos datos. En (1) el sujeto *aquella película* le toca el corazón a un paciente (*Claudia*) no en un sentido literal, sino en un plano figurado. En términos pragmáticos, resulta muy difícil manipular con las manos o con cualquier otra parte del cuerpo un objeto sin alterarlo en alguna medida, razón por la cual se forma la metáfora AFECTAR ES TOCAR (Ibarretxe-Antuñano, 1999a, 2002), a partir de una metonimia de tipo EFECTO POR CAUSA (Peirsman y Geeraerts, 2006); expresamos por medio de la causa (la acción de tocar algo) el efecto o resultado (alterarlo). En el caso de (1) esta afectación es metafórica, puesto que la película no afecta al experimentante de un modo literal, sino que le afecta emocionalmente.

La oración de (2) es de tipo atributivo o pseudo-copulativo. El sujeto *Pedro* experimenta un estado de felicidad motivado por un nuevo trabajo. La sensación de felicidad es subjetiva y estrictamente intransferible por lo que el sujeto la conceptualiza empleando el verbo *sentir* de un modo reflexivo; Pedro se siente a sí mismo, es decir, expresa la conciencia de atravesar un determinado estado mental que sólo él puede experimentar. *Sentir*, en este caso, actúa como un verbo del tacto muy general o incluso, aceptando la propuesta de Evans y Wilkins (2000: 554) y de Iwasaki (2002: 33), como un verbo de sexto sentido o verbo propioceptivo, o lo que es lo mismo, un verbo táctil que expresa las sensaciones que son interiores y que no proceden del mundo externo. Este parámetro, como es lógico, opone *sentir* a *tocar*, verbo este último más vinculado a los estímulos tangibles del entorno¹⁷³.

En (3) el verbo *tocar* representa la metáfora TRATAR UN ASUNTO ES TOCAR (Ibarretxe-Antuñano, 2002), generada de nuevo por la metonimia EFECTO POR CAUSA. Las discusiones sobre un tema pueden conceptualizarse como objetos que van cambiando hasta llegar a una forma definitiva, que puede corresponderse con un acuerdo sobre algo o con una conclusión. Por ese motivo, el verbo *tocar* resulta operativo en

¹⁷³ Este hecho es, en nuestra opinión, absolutamente decisivo para entender las diferencias cognitivas entre los usos atributivos de *ver* y *sentir*. Nos ocuparemos de ello en el capítulo 6.

este contexto, puesto que el hecho de que ejercer el sentido del tacto sobre algo voluntariamente suele modificar el estado inicial de lo tocado permite proyectar una imagen de cambio y desarrollo en ciertos dominios nocionales vinculados a las negociaciones y a los discursos argumentativos: los asuntos, las discusiones y los razonamientos¹⁷⁴ son ontológicamente OBJETOS y para que cambien (esto es, para que avancen) hay que “tocarlos”¹⁷⁵.

Por último, la oración que aparece en (4) nos ofrece un ejemplo interesante de la metáfora TENTAR ES TOCAR (Ibarretxe-Antuñano, 2002). *Los pasteles*, que son una entidad inanimada, tientan a *Marta* con su aspecto delicioso. Lo interesante es que el verbo *tentar* posee dos núcleos semánticos fundamentales heredados de su étimo (el verbo latino *tempto*): PALPAR y ESTIMULAR o INSTIGAR. Como vemos, los significados relacionados con el tacto coexisten fácilmente con los vinculados a las tentaciones, algo que quizá se deba a las tradiciones culturales de occidente en las que se relaciona lo negativo (la comida, el placer, etc.) con la corporeidad.

4.5.3.4. Metáforas del olfato y el gusto

Por lo que respecta a los sentidos químicos, Sweetser considera que, al igual que el sentido del tacto, no son capaces de generar experiencias físicas susceptibles de ser metaforizadas y convertidas en conceptos intelectivos. Para esta lingüista, las metáforas asociadas al olfato y al gusto se caracterizan nuevamente por su fuerte subjetividad, próxima en ocasiones a la expresión de lo emocional. No obstante, un examen de los datos que ofrecen los corpus textuales permite comprobar que, si bien es cierto que no son habituales, sí existen proyecciones metafóricas irradiadas desde estos sentidos que codifican formas de conocimiento, incluso conocimiento totalmente objetivo.

¹⁷⁴ Como comprobaremos en su momento, el verbo *tocar* es empleado de este modo en muchos textos académicos para aludir al desarrollo de los argumentos que el autor defiende.

¹⁷⁵ En español cuando una negociación entre varias partes no avanza se dice que está “estancada”, del verbo *estancar*, que significa literalmente “detener y parar el curso y corriente de un líquido” (RAE, 1992: 907). De este modo, la negociación se detiene porque se interrumpe su desarrollo natural.

En el caso del olfato, podemos encontrar enunciados como los siguientes¹⁷⁶:

- (1) El profesor olió el engaño de su alumno.
- (2) Rosa se huele que Fernando no va a venir.
- (3) La policía está olfateando por la zona.
- (4) El detective husmeó en sus trapos sucios.

En todas estas oraciones los verbos *oler*, *olfatear* y *husmear* se emplean con significados relacionados con formas de conocimiento. En términos conceptuales, podemos representar la información como si fuera un olor, a partir de una metáfora que proponemos enunciar como EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR. De esta metáfora general pueden derivarse múltiples correspondencias epistémicas entre el dominio fuente y el dominio destino. Por ejemplo, en (1) el profesor detecta el engaño metafóricamente, del mismo modo que en ocasiones detectamos de modo inesperado un determinado olor. Por ello, en este caso tendríamos la metáfora DESCUBRIR ES OLER. En (2) encontramos la metáfora SOSPECHAR ES OLER; en este caso el sujeto *Rosa* no posee certeza sobre la información que tiene (representada por una oración sustantiva), por lo que ésta no es más que una sospecha o conjetura. La motivación de esta metáfora se halla en el hecho de que los olores le resultan al ser humano difusos y difíciles de describir, dificultad que se traslada al plano metafórico en ejemplos como este. Por su parte, en las oraciones de (3) y (4), los verbos *olfatear* y *husmear* (verbos marcadamente agentivos) se emplean de manera figurada para señalar el esfuerzo que tanto la policía como el detective están realizando para una encontrar una realidad oculta (un secreto, unos delincuentes, etc.); del mismo modo que los perros, por ejemplo, pueden con mucho esfuerzo encontrar gracias a su olfato el rastro de una presa de caza o a personas sepultadas en las ruinas de un terremoto, los seres humanos podemos utilizar ese bagaje cultural para diseñar una metáfora como AVERIGUAR o INVESTIGAR ES OLER. Como se aprecia, además de contenidos más subjetivos (como RECORDAR o SUGERIR ES OLER y otros que estudiaremos en el

¹⁷⁶ Sobre los usos metafóricos de los verbos del olfato, véanse estos trabajos: Ibarretxe-Antuñano (1997, 1999a, 1999b, 2000, 2002, 2003, 2008) y Fernández Jaén (2006b, 2008b). Trataremos con detalle este tipo de metáforas en el capítulo 8.

capítulo dedicado a *oler*) los verbos del olfato también son capaces de expresar la posesión o búsqueda de información¹⁷⁷.

Finalmente, el sentido del gusto se muestra muy limitado en sus posibilidades conceptuales. Aun así, en español podemos documentar algunas metáforas, como EXPERIMENTAR ES PROBAR y DISGUSTARSE ES PROBAR (Ibarretxe-Antuñano, 2002)¹⁷⁸:

(5) En los años 70 Miguel y Juan probaron las mieles del éxito.

(6) esto es amor, quien lo probó lo sabe (Lope de Vega)

(7) A la secretaria le supo mal llegar tarde a la reunión.

En la oración de (5) la expresión, muy gramaticalizada, *probar las mieles del éxito* muestra claramente que en ocasiones el verbo *probar* se asocia a representaciones metafóricas que utilizan el dominio experiencial de lo gustativo; cuando probamos o saboreamos algo que nos gusta, tendemos a recrearnos en dicha percepción, intentando en lo posible retenerla para poder disfrutarla al máximo. Esta experiencia tan sencilla contiene dos matices que son decisivos en la metáfora EXPERIMENTAR ES PROBAR: el placer experimentado y el tiempo que éste dura. Cuando afirmamos que alguien “ha probado el éxito”, nuestro interlocutor infiere gracias a la metáfora conceptual subyacente que esa persona ha vivido una situación particularmente feliz o productiva y que dicha situación tuvo una cierta duración en el tiempo, es decir, que no fue algo totalmente fugaz (con independencia de que terminara o no).

Esta configuración cognitiva se aprecia muy claramente en el célebre verso de Lope de Vega que reproducimos en (6). Este endecasílabo cierra un soneto en el que el genial escritor explica qué es, según su propia andadura vital, el amor. Tras unas estrofas en las que el poeta articula una definición de este sentimiento universal, llegamos al último verso, el cual busca la empatía del receptor al hacerle partícipe de la explicación lírica formulada; cualquiera que ‘lo haya probado’ (es decir, que haya vivido

¹⁷⁷ O incluso ideas relacionadas con la intuición o la precognición. Por ejemplo, en vasco existe la metáfora PROFETIZAR ES OLER (Ibarretxe-Antuñano, 2002), puesto que los verbos del olfato de esta lengua pueden producir contenidos epistémicos muy sofisticados, de los que suele encargarse el sentido de la vista en otros idiomas. Es lo que ocurre en español con el término *prever* (literalmente “ver con anterioridad o anticipación”).

¹⁷⁸ Mención aparte merece la expresión del conocimiento a través del sentido del gusto que representa el verbo *saber*, el cual aglutina, como ya señalamos, significados gustativos y epistémicos.

un amor), sabe que Lope está en lo cierto. Los amores se convierten, gracias a esta metáfora, en objetos deleitosos que degustamos mientras podemos y tanto tiempo como podemos.

Pero los sabores no siempre son agradables. Existen muchas sustancias que en ocasiones tomamos, sea de forma voluntaria o involuntaria (como venenos o medicamentos), cuyo sabor nos resulta repugnante. En un dominio figurado, esta experiencia está en la base de la metáfora DISGUSTARSE ES PROBAR, de la que es un ejemplo el enunciado de (7). El sujeto *llegar tarde a la reunión* le produce un 'mal sabor de boca' a la *secretaria* (PACIENTE); en determinadas circunstancias comemos por error un alimento en mal estado o un producto que no nos gusta (con el consiguiente malestar que esto provoca), y metafóricamente ciertos acontecimientos de nuestra vida (acontecimientos que representamos en nuestro sistema cognitivo como ALIMENTOS), como llegar con retraso a una reunión, también nos causan desasosiego y enfado. Esta es la razón, además, de que en la estructura idiomática {*saberle [algo] mal a alguien*} el sujeto sintáctico suela ser un infinitivo, como en (7), o una oración completiva en función de sujeto (*Al jefe le supo mal que la secretaria llegara tarde*), puesto que dicho sujeto ha de representar en términos conceptuales el evento que origina el estado de desazón del paciente.

4.5.3.5. Metáforas de la percepción: entre lo biológico y lo antropológico

El inventario de metáforas propuesto por Sweetser (1990) parece confirmar, desde el ámbito de la lingüística, la jerarquía sensorial de la biología, al menos de la biología humana. La vista vuelve a revelarse como el sentido más importante y el que más fácilmente vincula lo perceptivo y lo intelectual. En un segundo plano, el oído también es muy trascendente, algo que se refleja en sus contenidos epistémicos y en su empleo en contextos sociales (como lo prueba la metáfora OÍR ES OBEDECER). Finalmente, tacto, olfato y gusto, aunque son sentidos que pueden ocasionalmente codificar la expresión del conocimiento, parecen por lo general más proclives a las metáforas subjetivas. Este hecho permite suponer que la propuesta de Sweetser tiene carácter general. Además, como hemos explicado, son numerosas las lenguas que muestran procesos de extensión metafórica semejantes. Por este motivo,

hasta hace relativamente poco, se consideraba que la tesis de Sweetser podía entenderse como un universal lingüístico.

Sin embargo, actualmente sabemos que no lo es. El estudio de los verbos de percepción y de las metáforas relacionadas con los cinco sentidos en lenguas de Asia, de Australia, de Oceanía, de Sudamérica y de otros lugares del mundo ha mostrado abundantes excepciones a esta jerarquía, hasta el punto de que quizá la hipótesis original acabe siendo modificada a la luz de ciertos descubrimientos que se están produciendo.

De entrada, no todas las lenguas favorecen la metáfora VER ES CONOCER. Muchas lenguas lexicalizan los contenidos epistémicos a partir del sentido de la audición, puesto que en las sociedades en que estas lenguas se hablan este sentido es más apreciado desde un punto de vista cultural. El excelente trabajo de Evans y Wilkins (2000) resulta paradigmático en este contexto. Según demostraron estos dos investigadores tras estudiar unas 60 lenguas de Australia, en las lenguas habladas en este país los verbos de percepción auditiva son los que se encargan de conceptualizar el conocimiento, mientras que sus verbos de visión no expresan modalidad epistémica, sino tan sólo contenidos figurados relacionados con la atracción sexual, la supervisión y la agresión. Así, por ejemplo, los verbos *yangkura*, *awe* y *kulini* (pertenecientes respectivamente a los idiomas *ngar*, arándico y *pitjantjatjara*) poseen simultáneamente los significados de OÍR, ESCUCHAR y ENTENDER. Otro fenómeno interesante lo hallamos en la lengua *walmajarri*. En esta lengua el sustantivo *pina*, que significa OREJA, genera múltiples extensiones de naturaleza intelectual que quedan lexicalizadas en sus derivados morfológicos; por este motivo, la palabra *pinajarti*, que significa literalmente 'teniendo una oreja' se usa con el significado adjetival de INTELIGENTE, mientras que *pina-rrri* alude al CONOCIMIENTO.

Pero las lenguas australianas no son las únicas en las que ocurre esto: la misma jerarquía se constata en sistemas lingüísticos de otros lugares del mundo¹⁷⁹. Los indios *suya* de Brasil tienen el verbo *ku-mba*, que significa OÍR, ENTENDER y SABER (Seeger, 1975). Los *sedang moi* de Indochina consideran que el sentido del oído está implicado en la

¹⁷⁹ Puede encontrarse un estado de la cuestión acerca de la relación entre la percepción auditiva y la expresión del conocimiento en Ibarretxe-Antuñano (2008).

capacidad de razonamiento, por lo que una expresión como *oh ta ay tue(n)*, cuyo significado literal es 'no tiene oído', se emplea para indicar que una persona no es muy inteligente (Devereux, 1991). En la lengua *ommura*, hablada en Papúa Nueva Guinea, los procesos intelectuales están asociados a la audición, por lo que los conceptos epistémicos, tales como pensamientos o intenciones, se encuentran 'en la oreja'. Además, el verbo *iero* en esta lengua significa OÍR, ENTENDER y SABER (Mayer, 1982). Tal y como ha estudiado Reichel-Dolmatoff (1981), los desana, aborígenes del Amazonas colombiano, defienden en su cultura que el desciframiento de la audición es la función más importante del cerebro y que el sentido del oído es el más relevante en términos cognitivos, ya que vincula los dos hemisferios cerebrales y facilita el pensamiento abstracto. La visión tampoco es la fuente primordial de información en las lenguas drávidas (habladas en la India y en otros países asiáticos), en las que lo epistémico se codifica a partir de los verbos que significan DECIR o HACER (Tyler, 1984). Finalmente, podemos mencionar el caso del hebreo antiguo, cuya expresión del conocimiento se efectuaba a partir de la audición y no de la visión, como sí ocurría en griego clásico (Manns, 1983; Ong, 1991).

Las excepciones a la propuesta de Sweetser no acaban aquí, ya que existen lenguas en las que los sentidos del tacto, olfato y gusto ocupan la posición más preeminente de la jerarquía, puesto que en esos idiomas son los sentidos químicos y el tacto los que se proyectan a los dominios intelectivos. También sucede que estas lenguas poseen repertorios léxicos para describir olores, sabores y sensaciones táctiles mucho más detallados de los que documentamos en las lenguas europeas. Examinemos algunos casos.

En la cultura Tzotzil de México se considera que la fuerza del cosmos procede del calor, por lo que es el tacto el sentido más valorado en esa cultura, lo que hace que toda la cosmovisión de los Tzotzil se base en conceptos térmicos¹⁸⁰ (Classen, 1993). Los Ongee, nativos de las Islas

¹⁸⁰ En este sentido, es muy interesante el caso de las lenguas *mankon* y *meta?* de Camerún, cuya jerarquía habitual de los sentidos es esta: oído > tacto > gusto > olfato > vista. Sin embargo, durante las ceremonias para entronizar a un nuevo cacique son los verbos del tacto los más importantes y los que expresan las nociones fundamentales, de modo que en esas ceremonias los verbos de percepción de estas lenguas responden a una jerarquía distinta: tacto > oído > gusto > olfato. Como se aprecia, los verbos de visión ni siquiera se

Andamán situadas en el Océano Índico, establecen los parámetros de su vida utilizando los olores (Classen, Howes y Synnott, 1994; Howes, 2002). En esta sociedad la experiencia olfativa es primaria para la comprensión de la realidad, razón por la cual los Ongee conceptualizan con olores el tiempo, el espacio y a las personas; de este modo, para los Ongee el ciclo vital es oloroso (del nacimiento de un niño destaca su olor¹⁸¹, el desarrollo del individuo se describe con sus cambios de olor y la muerte representa la pérdida del olor), el tiempo se mide con las variaciones aromáticas que la jungla experimenta durante el transcurso de las estaciones, y el espacio para esta sociedad es un concepto dinámico (nunca estático, como se muestra, por ejemplo, en los mapas) que se va transformando a medida que fluyen los olores de los lugares¹⁸².

Incluso hay lenguas que no tienen verbos de percepción claramente lexicalizados. En la lengua kobon hablada en Papúa Nueva Guinea el verbo *nōŋ* se utiliza para todas las modalidades perceptivas¹⁸³, siendo

emplean en esos casos, por lo que no aparecen en la secuencia; cuando se realiza la transmisión de poder de un cacique a otro sólo se usan los verbos de percepción “invisibles”, es decir, los que no se relacionan con la vista (Fogwe Chibaka, 2010).

¹⁸¹ Tanto es así que la identidad de las personas se marca con su olor. Por ello, cuando un ongee quiere referirse a sí mismo se toca la punta de la nariz, gesto que significa al mismo tiempo YO y MI OLOR (Fox, 2006). Algo semejante sucede en la cultura de los bororo de Brasil y en la de los serer ndut de Senegal, sociedades que también relacionan identidad y olor corporal. Los bororo asocian el olor del cuerpo con la fuerza vital y el olor del aliento con el alma. Por su parte, los serer ndut consideran que cada persona actúa movida por dos fuerzas con olor; una es física (olor del cuerpo y el aliento) y la otra es espiritual. El olor espiritual sobrevive a las personas, según los serer ndut, para aparecer reencarnado en sus descendientes. De este modo, los familiares pueden saber qué antepasado se ha reencarnado en un niño al reconocer en él el olor del familiar desaparecido (Fox, 2006).

¹⁸² Por supuesto, el léxico de la lengua de los Ongee refleja todas estas categorizaciones. Consideremos algunos términos (Howes, 2002). La palabra Ongee para CRECIMIENTO o DESARROLLO (en el sentido vital) es *genekula* que significa ‘proceso del olfato’. Los Ongee cazan guiándose por los olores por lo que CAZAR se expresa con el verbo *gitekawabe* que quiere decir literalmente ‘liberar un olor que causa un flujo de muerte’. Finalmente, un ejemplo de la concepción dinámica del espacio se halla en la palabra *kwayaye*, que significa tanto ‘emisión de un olor’ como ‘reflujo y corriente de las mareas’; los olores son siempre fluidos e inasibles, lo que hace que los Ongee destaquen siempre cognitivamente los aspectos más difusos y cambiantes de la realidad.

¹⁸³ En javanés encontramos un caso de sincretismo semántico parecido. En esta lengua el término *rasa* puede referirse indistintamente al sentido del gusto, al sentido del tacto y a las sensaciones emocionales. De este modo, el sabor de un plátano es *rasa*, el tacto de la arena es *rasa* y emociones como la felicidad o la tristeza se expresan con la misma palabra. Por este

ciertas marcas morfológicas las encargadas de especificar de qué sentido se trata (Viberg, 1984). En kalam, otra lengua papuásica, no hay ningún verbo que signifique OÍR o VER; esta lengua cuenta con una forma general que significa PERCIBIR, a la que se le añaden adjuntos nominales para expresar los distintos sentidos. De este modo, *wdn n*, significa 'ojo percibir', es decir VER, mientras que *tmwdn* es 'percibir con el oído', o lo que es lo mismo OÍR¹⁸⁴ (Foley, 1986: 117). El caso del kobon y del kalam demuestra, por tanto, que ni siquiera es imprescindible que haya una diferenciación lingüística nítida entre los diferentes sentidos (ausencia de jerarquía). Pero lo más sorprendente es que un fenómeno similar al atestiguado en kobon y kalam (aunque mucho más reducido) se encuentra en ruso. En esta lengua los verbos *čuvstvovat'* y *oščitit'* se emplean indistintamente para expresar percepciones pasivas del tacto, el gusto y el olfato, si bien en sí mismos no describen ningún tipo de modalidad sensorial (Moiseeva, 1998). El caso del ruso, por tanto, supone una recusación a la afirmación de Sweetser de que "in all Indo-European languages, the verb meaning 'feel' in the sense of tactile sensation is the same as the verb indicating general perception" (Sweetser, 1990: 35).

Por lo que respecta al gusto, también hallamos sociedades que basan en este sentido su interpretación del mundo o que lo consideran algo tan fundamental como para crear un abanico de palabras muy complejo con el que describir los sabores. Por ejemplo, los Hindu de la India poseen una cosmovisión igual de elaborada que la de los Tzotzil o los Ongee sólo que construida sobre el sentido del gusto (Pinard, 1991). También es necesario mencionar el caso del coreano. Esta lengua posee un elaboradísimo sistema léxico para nombrar los sabores, mucho más

motivo, en javanés la clasificación de los sentidos no consta de vista, oído, tacto, olfato y gusto, sino que está formada por vista, oído, habla, olfato y rasa (Geertz, 1989). Naturalmente, este hecho favorece también que en la conceptualización javanesa de las modalidades perceptivas no haya una distinción discreta entre sensaciones exteroceptivas y propioceptivas.

¹⁸⁴ Este mismo mecanismo se utiliza para lexicalizar otras sensaciones más subjetivas. Por ejemplo, la estructura *mapnn* es literalmente 'percibir con el hígado', y se emplea con el significado de LAMENTAR (Foley, 1986: 117). Como se aprecia, las sensaciones propioceptivas también pueden actuar como marco semántico para crear usos semánticos abstractos, como el representado por LAMENTAR. Al analizar el verbo *sentir* (que también ha desarrollado este significado en español) volveremos sobre esta conexión.

complejo que el que puede encontrarse en cualquier lengua occidental¹⁸⁵ (Ong, 1991; *ápu*d Backhouse, 1994: 10). En coreano hay diversos términos centrales en este dominio conceptual, que son los que expresan las nociones de DULCE, AGRIO, SALADO, APROPIADAMENTE SALADO, AMARGO, CALIENTE y ASTRINGENTE. A partir de estos términos se crean otros por un proceso de sufijación morfológica, y de éstos también se forman otras palabras, gracias a una serie de mecanismos de alternancia vocálica y consonántica. El resultado es un sofisticado sistema de verbalización de las experiencias gustativas compuesto por unos 90 vocablos. Además, estas palabras del coreano conforman un caso interesante de simbolismo fonético, puesto que las alternancias vocálicas se relacionan con la intensidad de los sabores, su pureza (si un sabor está mezclado con otros o no) y su potencial para ser saboreado. Como vemos, en algunas lenguas el léxico del sabor puede ser mucho más preciso que el de los colores en otras.

El caso más extremo de inversión de la jerarquía sensorial que se puede concebir lo ofrece la literatura. En la novela *El perfume. Historia de un asesino* del escritor alemán P. Süskind (1985) se narra la historia de J. B. Grenouille, un muchacho de París dotado desde su mismo nacimiento de un increíble sentido del olfato. Tal es su capacidad olfativa que el resto de sus sentidos, así como su capacidad lingüística, están subordinados a la información que le proporciona su nariz. Gracias a esta portentosa capacidad, Grenouille se propondrá crear el más hermoso perfume de la historia, con el que poder doblegar a su antojo el espíritu humano.

Lo interesante de la novela de Süskind desde un punto de vista lingüístico es que en ella la modalidad epistémica, cuando la narración refiere los pensamientos del protagonista, se construye a partir de elementos léxicos relacionados únicamente con el sentido del olfato, hasta el punto de que todos los mecanismos verbales que indican certeza y todas las metáforas conceptuales relacionadas con el conocimiento parten de las experiencias olfativas de Grenouille (Popova, 2003). Esta es la razón por la que en esta novela podemos leer cosas como éstas: “Así aprendió a hablar. Las palabras que no designaban un objeto oloroso, o sea, los

¹⁸⁵ Las diferencias entre la gastronomía occidental y la oriental en materias como tipo de alimentos empleados o especias preferidas son de suma importancia a la hora de comprender cómo se conceptualizan en las distintas lenguas los olores y los sabores. Para una aproximación a este asunto véase Luque Durán (2001: 192-196).

conceptos abstractos, ante todo de índole ética y moral, le presentaban serias dificultades. No podía retenerlas, las confundía entre sí, las usaba, incluso de adulto, a la fuerza y muchas veces impropriamente: justicia, conciencia, Dios, alegría, responsabilidad, humildad, gratitud, etcétera, expresaban ideas enigmáticas para él. Por el contrario, el lenguaje corriente habría resultado pronto escaso para designar todas aquellas cosas que había ido acumulando como conceptos olfativos” (Süskind, 1985: 35); “Casi siempre los seres humanos tenían un olor insignificante o detestable (...) Todos sus olores carecían de interés y eran repugnantes... y por ello ahora ocurrió que Grenouille, por primera vez en su vida [tras ver a una bella muchacha], desconfió de su nariz y tuvo que acudir a la ayuda visual para creer lo que olía” (Süskind, 1985: 54); “No necesitaba luz para ver a su alrededor. Incluso antes, cuando aún caminaba de día mantenía los ojos cerrados durante horas y se dejaba guiar por el olfato” (Süskind, 1985: 144); “En el universo interior de Grenouille no había nada, ninguna cosa, sólo el olor de las cosas. (Por esto, llamar a este universo un paisaje es de nuevo una manera de hablar, pero la única adecuada, la única posible, ya que nuestra lengua no sirve para describir el mundo de los olores.)” (Süskind, 1985: 153).

Como se puede apreciar, en el sistema cognitivo de Grenouille el olfato ocupa la posición más destacada, razón por la cual Popova (2003) ha propuesto para describir la modalidad epistémica que caracteriza al personaje del autor alemán la metáfora OLER ES VER. Sin embargo, como señala Ibarretxe-Antuñano (2008), esta metáfora no es del todo acertada porque sigue presuponiendo que la vista es el sentido más importante para conocer el mundo, como si Grenouille ‘viera el mundo’ con su nariz, cuando lo cierto es que no lo ve con el olfato sino que lo conoce con el olfato, prescindiendo casi siempre de la información visual por ser superflua y ambigua para él.

Todas las excepciones presentadas sobre la jerarquía de Sweetser son suficientes para asumir que ésta no forma un universal lingüístico. Por ello, Ibarretxe-Antuñano (2008) ha propuesto la metáfora general PERCIBIR ES CONOCER, la cual integraría todas las metáforas conceptuales relacionadas con la percepción y con el conocimiento, como VER ES CONOCER, OÍR ES CONOCER u OLER ES CONOCER. Lo decisivo es que podemos comprobar que todas las culturas del mundo utilizan las experiencias corporales para diseñar a partir de ellas ideas,

pensamientos y, en última instancia, conocimiento (cognición corporeizada), si bien cada una lo hace a partir de un sentido distinto. Los sentidos corporales, a pesar de lo que cabría esperar a la luz del evolucionismo biológico, no forman una jerarquía estable con la vista como elemento fundamental, puesto que los factores culturales juegan un papel igual de importante que los estrictamente biológicos en la etología de nuestra especie (Ibarretxe-Antuñano, 2008).

¿Cuáles son las convenciones antropológicas que posibilitan que sentidos diferentes a la vista puedan proyectarse al dominio de lo intelectual? Las sociedades humanas forman grupos muy complejos en los que actúan creencias, leyes y costumbres sumamente variadas. Algunas de esas costumbres o creencias pueden estar relacionadas con una determinada modalidad sensorial, de manera que la comunidad valore dicha modalidad de un modo especialmente positivo, fenómeno que está en la base de numerosos procesos de gramaticalización; si un elemento de la realidad circundante genera una apreciación colectiva lo suficientemente rica, puede desencadenar un proceso de subjetivación que conduzca a cambios semánticos o gramaticales en los que se reproduzca icónicamente la motivación cultural de partida.

Este proceso es muy fácil de explicar cuando se trata de la vista. El sentido visual es muy apreciado en numerosas culturas, sobre todo las occidentales¹⁸⁶, por ser elemental en la interacción con el mundo. Pero este sentido también juega un papel decisivo en no pocas manifestaciones propias del acervo cultural; la vista es necesaria para disfrutar de las artes plásticas (desde la pintura hasta la arquitectura), para aprender en los colegios y demás centros educativos¹⁸⁷, e incluso para practicar determinadas religiones en las que lo iconográfico es fundamental. La vista también ha sido fuertemente idealizada debido a que sin ella no se puede leer, y la escritura es básica en las culturas occidentales, en las que se entiende que ésta es depositaria del conocimiento científico y de la palabra divina (en las sagradas escrituras). Además, no cabe duda de que

¹⁸⁶ Tanto es así que Jay (1993: 4) las califica de 'ocularcéntricas'.

¹⁸⁷ No cabe duda de que el empleo de imágenes, dibujos y todo tipo de información visual (en detrimento de métodos basados principalmente en la acción de escuchar al profesor) está muy arraigado en la praxis pedagógica de Europa y EEUU. López García ha desarrollado, incluso, un modelo de estudio de español como lengua extranjera que se basa en la interacción entre la vista y la gramática (López García, 2005).

modernamente la televisión y el cine son canales de comunicación y entretenimiento muy poderosos que refuerzan la valoración positiva que del sentido visual se tiene en Europa y buena parte de América (Ong, 1991; Allan, 2008). Por todo ello, resulta lógico que metáforas como VER ES CONOCER y otras parecidas sean muy frecuentes.

Hay otro ámbito cultural que también podría hacer suponer que la jerarquía clásica de los sentidos es completamente universal: el ámbito de las relaciones sociales entre los miembros de una comunidad. Según Hall (1966) la vista y el oído son los sentidos dominantes en las interacciones humanas de carácter formal, en las que las personas implicadas deben mostrar respeto mutuo al no conocerse demasiado; vista y oído son sentidos a distancia y esa distancia representa conceptualmente la falta de familiaridad que gobierna esa situación. Por el contrario, el tacto, el olfato y el gusto (sentidos de contacto y poca distancia) aparecen en contextos familiares y amistosos¹⁸⁸, definidos por la cercanía, física y conceptual, que se da entre los participantes¹⁸⁹. De este modo, la proximidad se interpreta como una señal de afecto y la distancia como un indicador de respeto e incluso de indiferencia¹⁹⁰. Los rituales que suelen pautar el uso de abrazos, besos, saludos y apretones de manos son representativos de este hecho.

Las culturas occidentales sienten un gran apego a lo visual, tanto por factores biológicos como culturales, pero ese apego no se extiende por

¹⁸⁸ La lengua española ha codificado icónicamente la relación entre la distancia y el nivel de cortesía en su morfología verbal. Cuando se usa el tuteo en español, el verbo aparece en 2ª persona, como en “Tú tienes un negocio” (poca distancia entre los hablantes), mientras que cuando se usa el pronombre *usted*, aparece en 3ª (la persona del ausente), ya que más distancia representa más respeto (“Usted tiene un negocio”) (Moure, 2001: 123).

¹⁸⁹ Que la cercanía física implica cercanía conceptual es un hecho decisivo para entender el funcionamiento sintáctico-semántico del verbo *tocar*, tal y como explicaremos en el capítulo 7.

¹⁹⁰ Este principio puede afectar a muchos elementos de la sociedad e incluso puede repercutir en el diseño de las ciudades. Por ejemplo, en el Japón antiguo la capital y los alrededores estaban organizados en función del grado de afecto y lealtad al shogun (el antiguo mandatario). Así, las ciudades se organizaban en círculos concéntricos alrededor de la ciudad de Ado (actual Tokio); los nobles más queridos por el shogun vivían cerca de Ado, formando una especie de círculo de protección alrededor de la capital, que actuaba como núcleo. Por otra parte, en las zonas del norte y del sur y en las ciudades ubicadas tras las montañas vivían los ciudadanos de los que se desconfiaba y aquellos cuya lealtad era dudosa (Hall, 1966: 139).

igual al resto de sentidos. Además, hay un sentido físico que provoca mucho recelo en estas sociedades: el olfato. A pesar de que el olfato es de gran utilidad adaptativa¹⁹¹ y de que los olores que circulan por el aire nos proporcionan mucha información útil¹⁹², las sociedades occidentales los ven con malos ojos. Howes (1986) divide las culturas humanas en dos tipos: las culturas que valoran los olores y las culturas que los rechazan. No cabe duda de que las culturas occidentales pertenecen al segundo tipo. En los países europeos, en EEUU y en otros lugares del planeta los olores, tanto corporales como ambientales, están vetados socialmente, y los habitantes de estos países hacen todo lo posible por minimizarlos y sustituirlos por fragancias a su juicio más admisibles¹⁹³. Prueba de ello es la importante industria del perfume que existe en el mundo occidental, la cual genera increíbles beneficios económicos; los hombres y mujeres occidentales consumen habitualmente perfumes, desodorantes, ambientadores (para el coche, para el cuarto de baño, para el salón...), aguas de colonia muy variadas, cremas perfumadas, lociones para el

¹⁹¹ Hall (1966: 44) sintetiza de este modo el valor evolucionista del sentido del olfato: "Odor is one of the earliest and most basic methods of communication (...) Serving diverse functions it not only differentiates individuals but makes it possible to identify the emotional state of other organisms. It aids in locating food and helps stragglers to find or follow the herd or the group as well as providing a means of marking territory. Smell betrays the presence of an enemy and may even be used defensively, as in the case of the skunk".

¹⁹² Ackerman (1992: 61-62) relata una anécdota sumamente esclarecedora. En 1976 un matemático de treinta y tres años fue atropellado mientras daba un paseo. En el accidente su cabeza sufrió un golpe y como resultado de ese golpe el hombre perdió por completo su capacidad olfativa, patología denominada anosmia. Siete años después del atropello, el joven matemático denunció al conductor del coche y ganó el juicio. Alegó que en esos siete años sin oler había estado a punto de morir en varias ocasiones: no había sido capaz de detectar el olor del humo de un incendio que se desató en su edificio, se había intoxicado con comida en mal estado al no haber notado su fetidez y tampoco había olido varios escapes de gas en su vivienda. Pero quizá lo peor de todo era que ya no podía experimentar el universo de sensaciones subjetivas que el olfato evoca.

¹⁹³ También existen sociedades que conceptualizan a hombres y mujeres de forma distinta basándose en los sentidos. En estos casos, los olores suelen denotar cosas no demasiado positivas. En la cultura kwoma de Papúa Nueva Guinea los hombres se relacionan con la vista, que es el sentido del control, mientras que las mujeres se asocian al olfato; las mujeres pueden ser seductoras, como ciertos olores, pero también dañinas, como las sustancias que huelen mal (Howes, 2002: 76-77). Como vemos, la distinción de género de los kwoma parte de la valoración (positiva en el caso de la vista y negativa en el caso del olfato) de dos sentidos y de la asignación cultural de dicha valoración a hombres y a mujeres.

afeitado y un sinnúmero de artículos semejantes destinados a enmascarar los olores del entorno. Todo ello viene reforzado por estudiadas campañas publicitarias que favorecen la recepción positiva por parte de la sociedad de estos productos. La paradoja que esto genera no deja de ser llamativa: la cultura occidental (la cultura ocularcéntrica) cree que los olores son irrelevantes o antiestéticos, e invierte mucho dinero para cambiar unos, los naturales, por otros, los artificiales (Lorig, 1999; Harrison, 2007). En este ámbito cultural los aromas deben estar controlados en todo momento.

Resulta fácil poner en paralelo toda esta situación antropológica con las metáforas perceptivas de Sweetser; en ambos casos se establece una división dicotómica que separa lo racional, lo intelectual y lo objetivo (vista y oído) de lo emocional, lo corpóreo y lo subjetivo (tacto, olfato y gusto). Incluso la racionalidad de la vista y el oído parece estar presente en la cortesía social, la cual determina que la distancia física ha de ser mayor en las situaciones de sesgo respetuoso que en las situaciones amistosas. Sin embargo, esta escena y las metáforas conceptuales que puede motivar no son universales, puesto que abundan las sociedades que actúan de acuerdo con otros principios.

Retomemos el caso de los olores. Hay muchas culturas, como han analizado Howes y otros antropólogos, en las que los olores naturales del cuerpo no sólo no resultan desagradables sino que son muy apreciados y tenidos en cuenta¹⁹⁴. Ya anticipamos el caso de los Ongee, pero hay más (Ackerman, 1992: 41). En una tribu de Nueva Guinea los habitantes se despiden poniendo una mano en la axila del otro, para frotarla y retener de este modo el olor del amigo que se marcha. En otras culturas los miembros de la comunidad se huelen directamente o se frotan las narices. Los desana amazónicos, de los que ya hemos hablado, piensan que todos los miembros de una tribu tienen el mismo olor, circunstancia que condiciona ciertas conductas sociales como por ejemplo las relacionadas con el matrimonio, puesto que sólo se pueden casar personas con olores diferentes¹⁹⁵ (Fox, 2006). Incluso es perfectamente posible que la

¹⁹⁴ Almagor (1990) las denomina 'sociedades olfativas'.

¹⁹⁵ Esta misma prohibición también existe en la sociedad de los negrito batek de la Península Malaya, sólo que esta tribu la aplica con mucho más rigor. Para los negrito batek las personas con el mismo olor no sólo no pueden casarse, sino que es necesario que no estén cerca, porque la proximidad entre ellas puede causar enfermedades (Fox, 2006).

costumbre occidental de besar tenga por objeto oler a la otra persona. Cuando los europeos llegaron al Nuevo Mundo en el siglo XVI y conquistaron el territorio de los guaraníes se produjo un fenómeno muy curioso. En esta cultura no existe la costumbre de besar por lo que en la lengua guaraní no había ninguna palabra para referirse a esta acción. Cuando los nativos vieron a los europeos besarse decidieron utilizar el verbo (*a*) *hetû* que significaba OLER para nombrar al beso occidental; ante los ojos de los guaraníes, los colonos se olían unos a otros al saludarse o despedirse (Tovar, 1949).

Pero la relación entre la acción de besar y la de oler se puede encontrar en más lenguas, lo que prueba que puede haber una conexión antropológica entre ambas. En tribus de Borneo, del río Gambia, de África Occidental, de Birmania, de Siberia o de la India la palabra empleada para BESO también significa OLOR, y tanto en japonés como en carolino (lengua hablada en las Islas Carolinas, las cuales forman un archipiélago ubicado en el oeste del Océano Pacífico) un mismo verbo posee los significados de OLER y BESAR (Tovar, 1949; Ackerman, 1992). Parece, entonces, plausible que el placer que provoca un beso responda en realidad al placer, más o menos inconsciente, de oler a una persona por la que se siente afecto (Ackerman, 1992: 41). Por todo ello, creemos que, con una presencia variable, también se da en diferentes lenguas del mundo la metáfora BESAR o SALUDAR ES OLER.

Queda claro, pues, que no todas las sociedades se comportan del mismo modo en relación con los sentidos; si en muchas lenguas los verbos del tacto o del olfato tienen valores epistémicos y abstractos o una gama de conceptualizaciones más rica se debe a que en esas sociedades la comprensión cognitiva de los sentidos químicos o del tacto tiende a ensalzarlos. Pero, ¿qué ocurre con el oído? ¿Por qué la audición es más valorada que la visión en ciertas comunidades? Evans y Wilkins (2000: 580-585) han propuesto seis factores culturales que pueden explicar esta preferencia por lo auditivo que se manifiesta en una considerable cantidad de lenguas del mundo:

- a) Cuando se presta atención a algo por medio de la vista, el acto de prestar atención puede ser descubierto, al haber signos visibles, principalmente los movimientos de los ojos y de la cabeza. Esto no ocurre cuando se presta atención de modo auditivo; en estos casos la recepción es interna y no ostensible. Ciertas culturas valoran más

la atención auditiva porque la interpretan como un signo de inteligencia y sutileza.

b) El modo de conversar que es predominante en Europa no es asumido por otras culturas. En general, los europeos se comunican de modo proyectivo, lo que implica que se suele hablar cara a cara y con mucho contacto directo. Además, en estos casos el hablante suele ser pragmáticamente el elemento principal. Por el contrario, sociedades como las de los aborígenes australianos prefieren una comunicación no diádica, en la que no hay demasiada proximidad física entre los participantes (que pueden ser muchos) y en la que el control situacional lo tiene el oyente.

c) En las culturas occidentales se tiende a utilizar los verbos de visión de manera metafórica para aludir a objetos que no se encuentran físicamente presentes en el contexto comunicativo y para hablar de los recuerdos. Sin embargo, otras culturas utilizan en estos casos los verbos de la audición, ya que éstos no focalizan la corporeidad concreta de la realidad evocada (la imagen); recordamos algo que ya ha sucedido, por lo que es más lógico utilizar un verbo auditivo que no remite a una visión, sino a la escucha de la descripción de aquello que ya no se ve.

d) Muchas sociedades consideran que es decisivo conocer el folclore propio, la cultura local del país, y que para ello son indispensables las historias, anécdotas y mitologías que generación tras generación los padres les cuentan a sus hijos. Cada río, cada bosque y cada pueblo tienen siempre su propia leyenda. Todo ese bagaje cultural es difícil de adquirir visualmente, por lo que en estas culturas la audición se vincula con la sabiduría.

e) Las comunidades australianas consideran que la audición es decisiva en los procesos de socialización. Los niños deben aprender en la escuela a prestar atención a los maestros, no sólo para aprender de ellos sino también para interiorizar ciertas normas de conducta necesarias para vivir en sociedad. Contrariamente, en las culturas occidentales (y de un modo creciente) la información visual tiene mucha más incidencia que la oral en estos procesos sociológicos (imitación de lo que se ve, educación escolar basada en imágenes y dibujos, etc.).

f) Las sociedades de los aborígenes australianos son, como tantas otras, esencialmente ágrafas. El papel de la escritura es mínimo por lo que tanto el conocimiento como la tradición literaria se transmiten oralmente. Por supuesto, las sociedades en las que el texto escrito es omnipresente suelen prescindir en mayor medida de este modo de transmisión cultural.

No cabe duda de que todas estas circunstancias permiten comprender por qué ciertas comunidades privilegian el sentido del oído y desarrollan a partir de él múltiples extensiones metafóricas de carácter cognitivo, siempre en detrimento de la vista, que quedaría en un plano secundario. A estos datos aportados por Evans y Wilkins se puede añadir otro también muy trascendente: la recepción del mensaje divino. Desde un planteamiento antropológico, podemos aceptar que los dogmas vertebrales de los credos religiosos se propagan fundamentalmente por el oído gracias a la atención auditiva de los fieles, sea en una misa, en una oración colectiva o en una ceremonia en la que el rabino lee la Tora. Este hecho también puede representar una forma de presión sobre la comprensión cognitiva del mundo que experimentan los hablantes; el mensaje de la divinidad es muy importante, y se obtiene escuchando, de modo que debe haber una conexión entre escuchar y conocer¹⁹⁶.

Hace unos años Vanhove (2008) propuso algunas ideas sumamente interesantes sobre este asunto. Esta lingüista ha estudiado las extensiones metafóricas de los verbos de visión, de audición y de aprehensión (aquellos que expresan la acción de coger cosas, como *agarrar*, *asir*, etc.) de 25 lenguas del mundo que cubren ocho ámbitos tipológicos: lenguas

¹⁹⁶ De todas maneras, esto no significa que en muchas religiones, como la católica, el sentido de la vista no sea importante. A decir verdad, lo es en gran medida. Por ejemplo, en los evangelios se utilizan mucho los verbos de visión (incluso como sinónimos de verbos epistémicos como *saber*) para aumentar el grado de verosimilitud del mensaje; así, los apóstoles no sólo escriben la palabra divina porque la oyeron, sino también porque vieron a Jesús pronunciarla (Manns, 1983). Por otro lado, los *Vedas*, libros sagrados escritos en sánscrito que se emplean en el vedismo (antigua religión previa al hinduismo) toman su nombre de la palabra *vedah* (CONOCIMIENTO) que procede, como explicamos antes, de la raíz **weid-* de la que surgen muchos verbos visuales indoeuropeos (Bordelois, 2006: 134). Podríamos decir que, en general, hay religiones que confían más en la palabra dicha por quien tiene más conocimiento y otras que se basan fundamentalmente en testimonios de testigos directos de los milagros. Esta es, muy probablemente, la razón por la que el hebreo construye el conocimiento desde el oído (importancia de escuchar al rabino) mientras que el griego o el latín parten más de lo visual.

indoeuropeas, lenguas afroasiáticas, lenguas del Congo, lenguas del Sáhara, lenguas austronesias, lenguas esquimales, lenguas chino-tibetanas y lenguas criollas. Tras desarrollar su análisis, Vanhove llega a la conclusión de que la expresión del conocimiento a través del sentido del oído parece más general, al menos cuantitativamente, que la expresión proyectada desde la vista, ya que son más las lenguas que poseen la metáfora conceptual OÍR ES CONOCER que las que poseen otras basadas en la vista como VER ES CONOCER. Prácticamente todas las lenguas desarrollan en algún momento una metáfora epistémica basada en lo auditivo, con total independencia de los factores culturales que puedan estar implicados¹⁹⁷. A ello hay que añadir que los cambios lingüísticos que operan en los verbos estudiados parecen no ser totalmente impredecibles. Por estas razones, la autora propone dos axiomas sobre el comportamiento de verbos de visión, audición y aprehensión que se pueden formular así (Vanhove, 2008):

- a) Si una lengua tiene un verbo de aprehensión que se proyecta hacia el dominio de la percepción mental (o cognitiva), también debe tener otro elemento léxico con una asociación semántica similar para los sentidos de la vista y del oído, pero lo contrario no sucede. De este modo, la relación entre estos tres marcos semánticos es jerárquica y, a la luz de los datos, posee esta direccionalidad implicativa: oído < vista < aprehensión¹⁹⁸.
- b) Todas las lenguas del mundo (o al menos una gran parte de ellas) tienen una asociación semántica entre el sentido del oído y la

¹⁹⁷ Vanhove relativiza la hipótesis de Evans y Wilkins acerca de la influencia de la cultura en los procesos de proyección metafórica. Seis de las lenguas estudiadas (las africanas sar, kasem, swahili, wolof, yulu y el criollo palenquero) han desarrollado metáforas epistémicas a partir tanto de la vista como del oído, a pesar de ser lenguas sin tradición escrita que, además, han tenido un contacto mínimo (o nulo, según el caso) con las lenguas occidentales. Este hecho prueba que no existe ningún determinismo de carácter cultural en el desarrollo de este tipo de metáforas.

¹⁹⁸ Classen (1993), en un análisis etnológico sobre la jerarquía sensorial en inglés, ya propuso una jerarquía en la que el oído estaba por delante de la vista: oído → vista → olfato → temperatura → gusto → tacto. Esta hipótesis parece verse refrendada por los resultados de Vanhove. Por otro lado, la idea de situar en un mismo eje los verbos de percepción, de conocimiento y de aprehensión ya fue propuesta por Wood (1899), como explicamos anteriormente, si bien la orientación de su cadena implicativa era inversa a la de Vanhove.

percepción mental, resultado del desarrollo de una palabra polisémica, de una heterosemia o de un cambio semántico.

Estas dos máximas de Vanhove funcionan del mismo modo que universales como la escala de Berlin y Kay o la direccionalidad de Williams: como leyes lingüísticas semejantes a las que intentaban encontrar los filólogos del siglo XIX.

Recientemente, Guerrero (2010) ha continuado el análisis iniciado por Vanhove, estudiando un dominio tipológico no considerado por su predecesora: el de las lenguas amerindias. De este modo, Guerrero investiga la expresión lingüística de los contenidos epistémicos y cognitivos inspirada en la percepción y las partes del cuerpo de las lenguas yuto-aztecas, y los resultados de su trabajo demuestran que en esta familia lingüística el oído es el sentido dominante para la verbalización de la percepción física y la percepción intelectual. De hecho, incluso las emociones tienden a codificarse a partir de los oídos y la audición. Después del oído son ciertos conceptos corporales como el CORAZÓN o la SANGRE los más activos en los procesos de lexicalización de nociones cognitivas por cambio semántico. Por tanto, la vista juega un papel absolutamente periférico en el esquema de la expresión de contenidos abstractos en estas lenguas mesoamericanas.

Hay una característica en los cambios semánticos de las lenguas yuto-aztecas que llama la atención de Guerrero: que elementos que significan SANGRE o CORAZÓN puedan conducir a contenidos epistémicos. Esta circunstancia resulta interesante porque en la inmensa mayoría de lenguas del mundo, incluidas aquellas que parten en estos casos del tacto, el gusto o el olfato, estos conceptos fuente expresan valores relacionados con la emoción, el miedo o los sentimientos, pero no valores de tipo mental; los oídos, los ojos y la piel están fuera y son visibles, lo que favorece una proyección lingüística hacia lo intelectual, pero la sangre, el corazón y otros constituyentes anatómicos parecidos están dentro del cuerpo, razón por la cual se generan desde ellos conceptos más individuales¹⁹⁹. Sin embargo, estas lenguas de Centroamérica no operan

¹⁹⁹ Nos encontramos ante una oposición basada en la (inter)subjetividad. La parte exterior del cuerpo es intersubjetiva porque puede verla todo el mundo (su interpretación conceptual puede compartirse con más personas) de modo que es más fácil de relacionar con lo epistémico, mientras que los órganos internos son sólo subjetivos: el estado del corazón, por ejemplo, pertenece a la propiocepción individual, de ahí que conceptos como

así, y en ellas términos habitualmente asociados a los sentimientos como sangre o corazón se han gramaticalizado para expresar ideas y formas de conocimiento.

El trabajo de Guerrero, por todo lo dicho, parece reforzar la hipótesis de Vanhove en virtud de la cual el oído es el sentido más apto para expresar el conocimiento de modo lingüístico. Al mismo tiempo, este análisis abre nuevas vías de investigación, puesto que pone de manifiesto que los sustantivos que designan órganos internos pueden utilizarse para expresar conceptos intelectivos, algo muy infrecuente en términos de tipología léxica.

En estos apartados hemos recorrido la constelación de metáforas conceptuales que suelen generar los verbos de percepción y el léxico de los sentidos. Hemos comprobado que estas palabras suelen proyectarse a dominios conceptuales más abstractos, y que estas proyecciones parecen mucho más estables de lo que podría pensarse. Queda, sin embargo, un tipo de uso nocional de los verbos de percepción visual por estudiar, del que nos ocupamos en el apartado siguiente.

4.5.3.6. La percepción social

Como hemos comprobado en las páginas precedentes, los sentidos están implicados en muy diversos comportamientos sociales. Los olores (o su ausencia) determinan relaciones múltiples, el contacto físico se lleva a cabo a partir de criterios bien establecidos, inspirados por factores específicos como el grado de familiaridad entre los participantes o su relación profesional y, por lo general, el modo en que las personas se escuchan cuando hablan o comparten mesa en un restaurante deja entrever un complejo sistema de reglas para tener una convivencia respetuosa.

Los verbos de visión no han permanecido separados de estos rituales de funcionamiento colectivo, lo que ha generado un proceso de cambio semántico muy interesante en numerosísimas lenguas, proceso que desemboca en la metáfora conceptual VER ES VISITAR. En muchas

ese no suelen desarrollar matices intelectuales sino sólo experiencias subjetivas. Recordemos que esto es lo que sucede, por ejemplo, en kalam, lengua en la que el hígado se usa como concepto a partir del cual expresar el significado emocional de LAMENTAR (Foley, 1986).

lenguas del mundo existen verbos de la vista que han desarrollado significados como VISITAR A ALGUIEN, TENER UNA CONVERSACIÓN CON ALGUIEN, CONOCER A UNA PERSONA, etc. Este dominio semántico, que siguiendo a Ibarretxe-Antuñano (1999a: 72) y a Larsson (2009: 13) podemos denominar percepción ‘de relación social’, se origina gracias a la actuación de una metonimia del tipo SUBEVENTO POR EVENTO COMPLEJO²⁰⁰: la precondition para poder visitar a alguien o para mantener algún tipo de relación social con una persona es estar físicamente con esa persona²⁰¹. De este modo, los verbos del sentido de la vista conservan en estos usos metonímicos su significado sensorial, sólo que ese contacto visual imprescindible (subevento) representa por completo a toda la escena subsiguiente (evento complejo).

Este evento complejo, como es lógico, forma a veces frames o guiones culturales que se componen de fases que se repiten con un orden establecido, como ocurre al ir a ver al médico, cuando se visita a un enfermo o cuando se mantiene una conversación con una persona a la que se acaba de conocer. Todas estas escenas recurrentes se corresponden con lo que Tomasello ha llamado ‘instituciones sociales’, que son “conjuntos de prácticas comportamentales guiadas por distintos tipos de normas y reglas que los individuos reconocen mutuamente” (Tomasello, 2010: 13). Como señala este autor, las normas de tales instituciones son de obligado cumplimiento, hasta el punto de que su vulneración puede llevar al ostracismo social a quien las desoye. Por ejemplo, sería impensable en la cultura occidental que una persona le pidiera matrimonio a otra nada más conocerla o que un testigo interrumpiese constantemente al juez durante un juicio.

La metáfora VER ES VISITAR se encuentra en el verbo español *ver*, en el inglés *see* o en el francés *voir*, aparte de en otras muchas lenguas de Europa. Es más, parece que ya en los primeros dialectos indoeuropeos se

²⁰⁰ O por un evento perceptivo generado por una metonimia POTENCIAL POR ACTUAL (véase el apartado 2.9.7.3).

²⁰¹ Cucatto y Cucatto (2004: 34) consideran que esa experiencia sensorial ineludible es una ‘fase preparatoria’ para el encuentro. Estas investigadoras han observado asimismo que formas gramaticalizadas del verbo *ver* aparecen con mucha frecuencia en las despedidas: “A más vernos”, “Nos vemos”, “Hasta la vista”, etc. Esto que sugiere que el hablante conceptualiza los encuentros futuros como un nuevo contacto visual. Lo mismo ocurre en otras lenguas, como al decir en inglés “See you”.

documentan formas emparentadas con los posteriores verbos de visión que desarrollaron este significado. Como explicamos anteriormente, algunos análisis sugieren que los contenidos visuales de ciertos verbos indoeuropeos proceden de raíces cuyo significado original estaba vinculado al movimiento (IR). Teniendo en cuenta que para visitar a alguien es necesario con frecuencia desplazarse, resulta muy natural que de IR se pasara a VISITAR, acción que representaría un movimiento con un propósito determinado. Por ejemplo, el antiguo término gótico *ga-weisōn*, cognado de la raíz **weid-*, significaba IR A UN LUGAR, CUIDAR A ALGUIEN y VISITAR (Wood, 1899: 324).

La forma de codificar lingüísticamente los roles sociales puede diferir notablemente de una lengua a otra. Como es sabido, las sociedades orientales son por regla general mucho más estrictas en lo referente a sus pautas de cortesía y comportamiento en público que las occidentales, circunstancia que explica que en las lenguas habladas en estas culturas la lexicalización de elementos especializados en marcar rasgos sociales esté muy formalizada. Un ejemplo ilustrativo vinculado a la percepción lo ofrece el taiwanés. En esta lengua la metáfora VER ES VISITAR se expresa con dos verbos visuales distintos, conceptualización que obedece a un criterio de respeto por la jerarquía social: cuando la persona que visita y la persona visitada pertenecen al mismo nivel (y se consideran, por tanto, iguales) se emplea el verbo *khoann*, mientras que cuando el visitado es superior al visitante, es necesario utilizar *kinn* (Lien, 2005: 121).

El verbo *ver* se ha utilizado para expresar este tipo de contenidos desde los primeros textos que conocemos. En nuestro corpus hemos encontrado ejemplos de la metáfora VER ES VISITAR desde el siglo XIII. Nuevamente, podemos suponer que *ver* es la continuación románica de *video*, pues ya en latín *video* podía expresar nociones como IR A VER A ALGUIEN. Asimismo, el latín contaba con el verbo *viso* (MIRAR ATENTAMENTE, VENIR A VER, VISITAR) y *visito*, derivado frecuentativo de *viso* que significaba FRECUENTAR, VER A MENUDO (Bordelois, 2006: 134), verbo este último que es étimo del actual *visitar*. Queda claro, por tanto, que la expresión de la percepción social en latín era muy activa, por lo que no resulta extraño que ya en la Edad Media los textos en español ofrezcan ejemplos:

- (1) nos rogavades que creyesemos a Ferrant Garceç (de Rueda) de lo que nos dixiesse de la vuestra parte, el qual nos dixo que por

raçon que aviades entendido que Don Johan Manuel vinia a estas partes non vos podiades veer agora con nos (Anónimo, *Don Jaime a Juan García de Loaysa*, 1296)

(2) & de muyt riqua presa a todos fue agradable la licencia cortesament dada de yr a ueyer lures²⁰² casas assi que aquellos que deseauan ueyer lures amigos (Juan Fernández de Heredia, *Gran crónica de España*, I. Ms. 10133 BNM, 1385)

(3) & apres torno en espanta & embio dezir al rey que su muller era muyt mal enferma & que auia deseo de ueyer asu fija (Juan Fernández de Heredia, *Gran crónica de España*, I. Ms. 10133 BNM, 1385)

(4) E, por la opinjon increíble de las sus obras, la reyna Sabba de la real ciudad de Ethiopia ujno a ueyer Salamon (Anónimo, *Obra sacada de las crónicas de San Isidoro, de Don Lucas, Obispo de Tuy*, 1385-1396)

(5) & pulso dara syn relación. mayor mente que yo non amonesto que los fisicos non vean a los enfermos njn que los curen desde lueñe (Alfonso Chirino, *Espejo de medicina*. BNM 3384, 1454)

(6) Gastón no modificó estensiblemente sus costumbres. Nos veíamos a la hora de las comidas y después de la cena nos decíamos “hasta mañana” (Rafael López de Haro, *Yo he sido casada*, 1930)

En estas ocurrencias pueden apreciarse diversas modulaciones de la metáfora VER ES VISITAR. Como es obvio, el evento complejo de carácter social a que da acceso el verbo *ver* puede variar sensiblemente. En (2) lo que se visita son las casas de unos amigos, mientras que en (4) se visita a una persona con algún propósito determinado. (5) muestra, en cambio, una visita más especializada: la de un médico a sus pacientes²⁰³. En

²⁰² *Lur* es un posesivo de origen aragonés. Su origen se remonta a la forma *illōrum*, genitivo plural del pronombre latino *ille* (Alvar y Pottier, 1983: 100). Se documenta hasta el siglo XIV.

²⁰³ Muchas visitas tienen, por tanto, un propósito de carácter técnico, pues se visita a un experto para preguntarle sobre algún asunto especial. La existencia de esta metonimia ha generado otra en virtud de la cual *ver* significa CONSULTAR UNA FUENTE DE INFORMACIÓN, como un libro por ejemplo. Se trata de una extensión metonímica relativamente inusual puesto que para expresar este valor suele emplearse *mirar* por ser un

cualquier caso, la naturaleza de estas interacciones sociales puede ser más abstracta. Así, en (3) lo que se afirma es que una madre enferma quiere ver a su hija; en este caso el marco activado por el verbo de percepción contiene información relativa a las relaciones familiares y afectivas.

Es interesante resaltar que las estructuras sintácticas cuando *ver* significa VISITAR tienden a reproducir icónicamente ciertos aspectos de la escena representada, como se observa muy claramente en estos textos. En (1) encontramos un ejemplo de la unidad fraseológica *verse con alguien*. La motivación que ha iniciado al proceso de gramaticalización que ha creado esta estructura léxica es la asunción de que para que una situación social como la que evoca VER ES VISITAR (ver a alguien para hacer un negocio, para hacerle una consulta, etc.) se produzca es imprescindible que haya, como mínimo, dos participantes²⁰⁴. De este modo, la forma pronominal de *ver* junto con un complemento comitativo con *con* resulta idónea para verbalizar ese contenido, de ahí que se haya gramaticalizado para expresar ese contacto social. El hecho de que este ejemplo sea del siglo XIII demuestra, además, que esta unidad fraseológica quedó fijada en fecha temprana.

En los demás ejemplos también hallamos marcas semejantes. Antes comentamos que en los antiguos dialectos indoeuropeos el significado VISITAR surgía en verbos de movimiento. Ello explica que *ver* suela

verbo mucho más agentivo que señala la atención con que actúa el sujeto. Veamos, con todo, un ejemplo con *ver* de nuestro corpus:

(1) Y por no andar yo más al retortero no quiero pasar a otros setenarios cuasi sin cuento; mas ved vosotros a Macrobio para ver qué recibe el hombre de los siete planetas, y Gregorio Nacienceno, que pone otros veinte y cinco setenarios (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

En este ejemplo aparece *ver* en imperativo, algo posible debido a que significa CONSULTAR, contenido que encaja fácilmente en el contexto de una orden o consejo. Naturalmente, “Macrobio” y “Gregorio Nacienceno” son metonimias de las obras escritas por esos autores, obras a las que remite el autor del texto. Nótese el doble uso de *ver*; por un lado, significa CONSULTAR y, por otro, representa el aumento de conocimiento que se obtendrá tras la consulta con un complemento directo formado por una oración interrogativa indirecta parcial (“qué recibe el hombre...”), complemento que es intrínsecamente epistémico, como tendremos ocasión de comprobar en el capítulo 5.

²⁰⁴ Por este motivo Bordelois (2006: 140-141) considera que la vista es, como el tacto, un sentido recíproco, que involucra en ciertas ocasiones a dos sujetos muy activos que actúan simultáneamente.

aparecer en estos casos en estructuras proyectadas hacia el futuro, como la perífrasis verbal {*ir a* + infinitivo} (2), o en estructuras de finalidad (4); para visitar a alguien hay que ir hacia esa persona, de modo que la meta del movimiento (la visita) se conceptualiza como un período de tiempo futuro. En consecuencia, suele haber siempre con esta configuración metafórica una intención determinada, lo que explica la ubicación de *ver* en adjuntos de finalidad. Por último, la imprescindible presencia de dos individuos en toda visita permite entender que *ver* aparezca, como en (6), en forma recíproca; de esta manera el conceptualizador señala que ambos sujetos son, en términos de dinámica de fuerzas (Talmy, 1988, 2000a), equivalentes, pues ambos son AGENTES y PACIENTES al mismo tiempo. Esto supone que con frecuencia no hay un sujeto que visita a una persona pasiva en este marco semántico, sino que son los dos implicados los que actúan simultáneamente para llevar a término una acción conjunta.

A veces la metáfora VER ES VISITAR cambia ligeramente su configuración conceptual y pasa a expresar el significado de VER ES CONOCER A ALGUIEN. De esta manera *ver* no señala que una persona visita a otra sino que indica que un individuo conoció en un momento dado a otro o tuvo noticia de su existencia por la razón que sea. Este valor también aparece en nuestro corpus desde el siglo XIII:

(7) Et el omne de buena parte ama al omne de buena parte de una vez que se vean, et por conosçençia de un día et non más (Anónimo, *Calila e Dimna*, 1251)

(8) Ca el de n̄ngun hombre ha miedo tanto es poderoso de su persona & yo no vy tan probado cavallero en mj vida (Anónimo, *Historia de la linda Melosita. Toulouse, Johann Paris, 1499. British Library lb.42463*, 1489)

(9) y lo peor es, para renegar, porque jamás vide jugador que no fuese renegador, o blasfemador (Pedro de Luján, *Coloquios matrimoniales*, 1550)

(10) yo soy de la villa de Mega, y os vide, siendo donceles, en Gravelingas donde distes admiracion convuestros estremados fechos a quantos allí os vieron (Jerónimo de Urrea, *Primera parte del libro del invencible caballero don Clarisel de las Flores*, 1574)

(11) ¡Oh! Tú, el héroe más grande que han visto los siglos (Benito Pérez Galdós, *El terror de 1824*, 1877)

Las dos variaciones semánticas (VER ES VISITAR y VER ES CONOCER A ALGUIEN) son muy parecidas y, de hecho, en tiempos futuros son con frecuencia indistinguibles, como lo prueba el siguiente ejemplo en el que, sin un contexto más definido, ambos valores se fusionan:

(12) Hemos ido a ver al hijo recién nacido de Julia.

Sin embargo, en términos generales se puede afirmar que mientras que la acción de VISITAR puede ser relativamente variada en lo que respecta a su comportamiento aspectual, en la medida es que se trata de un proceso muy agentivo, el contenido expresado por CONOCER A ALGUIEN impone una cierta limitación designativa relacionada con el hecho inequívoco de que el acto de conocer a una persona se produce en términos absolutos en un momento dado del tiempo, es decir, que solamente cuando el acto social por el que se conoce a alguien ha terminado puede afirmarse rectamente que se conoce a esa persona. Por este motivo los hablantes tienden a localizar la acción de CONOCER A ALGUIEN en el pasado, y a considerarla como un hecho concluido. La consecuencia más obvia de esta circunstancia semántica es que *ver* con esta metáfora suele aparecer en pasado y en tiempos perfectivos. Como se puede apreciar, en cuatro de las cinco ocurrencias reproducidas ((8), (9), (10), (11)) sucede esto. Por su parte, el ejemplo (7) muestra el verbo en forma recíproca, situación que se explica, otra vez, por la existencia de varios sujetos que se conocen a un tiempo sin que ninguno sea el promotor único del proceso.

Otro hecho destacable es que es habitual que con este significado el CD de *ver* sea un término estereotipado y representativo de un arquetipo cultural. Cuando se afirma, como en (8) y (9), que el sujeto nunca vio “tan probado caballero” o semejante “jugador” se está aludiendo a una entidad hipotética que actúa como término de comparación prototípica²⁰⁵ para ensalzar (o denigrar) a alguien. Análogamente, en (11) se utiliza esta

²⁰⁵ La comparación prototípica es aquella en la que el segundo término de comparación es un concepto fuertemente representativo de la cualidad que se está comparando. Es lo que ocurre en secuencias como “Más blanco que la nieve”, “Negro como el azabache”, etc. (RAE, 2009: 3430-3432).

metáfora para engrandecer la figura de un “héroe”: si no se ha conocido otro mayor es porque el que se conoce ahora es insuperable.

En suma, el ser humano es una especie social que vive en comunidad, razón por la cual debe aceptar reglas de convivencia más o menos fijadas que organizan la interacción con los demás. Muchas de esas instituciones sociales requieren forzosamente la presencia de otras personas, de modo que el verbo *ver*, como tantos otros verbos de percepción visual, ha desarrollado por vía metonímica un modo muy eficaz de aludir a esas situaciones y a todo su marco cultural subyacente: haciendo referencia tan sólo al contacto visual podemos activar en la mente del receptor toda la compleja situación que se derivó de ese contacto (visitar a alguien para pedirle consejo, tener una charla con un amigo, conocer a la esposa del vecino, etc.). Por todo ello, la expresión de la percepción social es una muestra más de la eficacia comunicativa que el lenguaje alcanza gracias a los procesos de extensión semántica.

4.5.4. El proceso de selección de propiedades de Ibarretxe-Antuñano

Para la lingüística cognitiva la metáfora es el medio cognitivo natural para transformar los significados concretos en significados abstractos, y la polisemia léxica es su resultado lógico. El cambio semántico se articula, por ello, a partir de dos dominios conceptuales, el fuente y el meta, entre los que se establecen múltiples correspondencias. De este modo, las experiencias físicas son la base conceptual en la que se apoyan las ideas abstractas. Sin embargo, existen extensiones metafóricas de ciertos verbos de percepción en las que la información sensorial de partida no desaparece por completo. Observemos las siguientes oraciones (Ibarretxe-Antuñano, 2000: 415):

(1) ¿Quién ha tocado mis vestidos?

(2) Supo tocarle el corazón y consiguió su permiso.

Como se aprecia, mientras que en (2) el significado de *tocar* es completamente nocional (EMOCIONAR), en (1) el verbo, pese a poseer el significado transformado de DESORDENAR aún conserva un valor físico, puesto que para desordenar algo hay que tocarlo previamente en alguna medida.

Para Ibarretxe-Antuñano este tipo de fenómenos demuestra que la metáfora conceptual no es el único mecanismo que existe para

transformar los significados; entre los valores prototípicos de partida y los valores puramente metafóricos ha de haber un paso intermedio, que la autora denomina proceso de selección de propiedades. Éste predice que, en ocasiones, en una transferencia semántica el dominio de partida no elimina por completo sus rasgos físicos, sino que mantiene algunos de ellos en la proyección. En el ejemplo (1) el contenido táctil se mantiene intacto, por más que haya una derivación hacia un contenido cognitivo nuevo.

Este proceso es posible a juicio de Ibarretxe-Antuñano porque todos los sentidos físicos tienen un número finito de rasgos prototípicos de los que se seleccionan algunos en concreto en cada proceso de cambio semántico, de modo que en virtud de cuáles sean los rasgos activados, el producto resultante será híbrido (parte física más parte abstracta) o totalmente metafórico (eliminación de los rasgos físicos). En opinión de esta lingüista, los rasgos prototípicos posibles de los cinco sentidos son éstos (Ibarretxe-Antuñano, 1999a, 2003)²⁰⁶:

<contacto>: si el PR²⁰⁷ ha de tener contacto físico con el OP²⁰⁸ para ser percibido.

<cercanía>: si el OP ha de estar cerca del PR para ser percibido.

<interior>: si el OP ha de introducirse en el órgano de percepción del PR para ser percibido.

<límite>: si el PR es consciente de los límites impuestos por el OP cuando se percibe.

<situación>: si el PR es consciente del lugar en el que está el OP al ser percibido.

<detección>: cómo lleva a cabo la P²⁰⁹ el PR: cómo el PR se da cuenta de la presencia del OP y lo distingue de otros posibles Ops.

<identificación>: el nivel de habilidad del PR a la hora de discriminar el OP en la P.

<voluntariedad>: si el PR puede elegir el llevar a cabo la P o no.

<dependencia>: si la P depende del PR directamente, o si está mediatizada a través de otro elemento.

²⁰⁶ En otros trabajos la autora ha hecho modificaciones a esta lista. Por ejemplo, ha introducido el rasgo [\pm proximidad] para analizar el tacto, como veremos enseguida.

²⁰⁷ PR: persona receptora.

²⁰⁸ OP: objeto percibido.

²⁰⁹ P: acto de percepción en sí mismo.

<efecto>: si la P causa algún cambio en el OP.

<brevedad>: la duración necesaria que ha de tener la relación entre la P y el OP para poder llevarse a cabo la percepción.

<evaluación>: si la P valora el OP.

<corrección de hipótesis>: cómo de correctas, exactas y precisas son las hipótesis formuladas sobre el OP en la P al compararlas con el objeto real de la P. Está compuesta de las propiedades <identificación> y <dependencia>.

<subjetividad>: el grado de influencia que ejerce el PR sobre la P. está compuesta de las propiedades <cercanía> e <interior>.

Ibarretxe-Antuñano describe los cinco sentidos exteroceptivos adjudicándoles en términos absolutos el valor de 'sí' o 'no' a cada una de estas propiedades fundamentales. La misma autora reconoce que no todas las propiedades son igual de relevantes, ya que algunas son pertinentes sólo para ciertos sentidos pero, con todo, considera que la descripción de las percepciones puede hacerse mediante la comprobación de si se cumplen en ellas o no estos rasgos. El resultado del análisis sería el siguiente (Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 161):

Visión	Oído	Tacto	Olfato	Gusto
<contacto no>	<contacto no>	<contacto sí>	<contacto no>	<contacto sí>
<cercanía no>	<cercanía no>	<cercanía sí>	<cercanía sí>	<cercanía sí>
<interior no>	<interior sí>	<interior no>	<interior sí>	<interior sí>
<dependen. sí>	<dependen. no>	<dependen. sí>	<dependen. sí>	<dependen. sí>
<situación sí>	<situación sí>	<límite sí>	<detección sí>	<detección sí>
<detección sí>	<detección sí>	<detección sí>	<identific. no>	<identific. sí>
<identific. sí>	<identific. sí>	<identific. sí>	<voluntario no>	<voluntario sí>
<voluntario sí>	<voluntario no>	<voluntario sí>	<corr. hip. sí>	<brevedad sí>
<evaluación sí>	<corr. hip. sí>	<efecto sí>	<subjetivo sí>	<evaluación sí>
<corr. hip. sí>		<brevedad sí>		<subjetivo sí>

Figura 4. Rasgos de los sentidos físicos en la hipótesis de Ibarretxe-Antuñano.

Los rasgos agrupados en la tabla anterior conforman el núcleo de propiedades prototípicas de cada uno de los sentidos. De este modo, los verbos de percepción pueden evolucionar en dos fases sucesivas. En ocasiones el significado básico cambia debido a una selección de propiedades concretas que, aunque no altera del todo el contenido físico de origen, sí lo transforma. Es lo que sucede en el ejemplo (1): aunque el verbo *tocar* sigue conservando un contenido físico, su significado nuclear ha cambiado hasta alcanzar el significado DESORDENAR gracias a que los rasgos [+ contacto], [+ proximidad] y [+ efecto] han sido seleccionados y resultan dominantes. Lógicamente, esta selección de rasgos es de naturaleza metonímica; en este caso concreto, la metonimia subyacente tendría la forma RESULTADO POR ACCIÓN²¹⁰, puesto que se expresa cómo han quedado los vestidos (desordenados) a través de la acción preliminar (tocarlos).

Pero puede haber un paso posterior, en el que actúe la metáfora cognitiva; cuando esto ocurre, el significado se desliza por completo a un dominio abstracto y los rasgos físicos dejan de ser literales. Así, en el ejemplo (2) *tocar* mantiene los mismos rasgos que en (1) sólo que éstos están usados metafóricamente, de ahí que el significado AFECTAR EMOCIONALMENTE emerja. Por tanto, los verbos de percepción evolucionan siguiendo estas dos pautas: pueden seleccionar unos rasgos en concreto de todas sus particularidades prototípicas para generar un significado nuevo de carácter híbrido o pueden dar un paso más y transformar esa selección de propiedades en una metáfora.

El planteamiento de Ibarretxe-Antuñano es sin duda interesante y constituye una teoría explicativa acerca de la formación de la polisemia léxica que puede, en principio, aplicarse a cualquier tipo de categoría, no sólo a los verbos de percepción. Sin embargo, pensamos que es necesario poner de manifiesto algunas consideraciones sobre este modelo.

En primer lugar, conviene señalar que el proceso de selección de propiedades es una hipótesis totalmente esencialista o preconceptual en términos epistemológicos. Esto significa que los rasgos prototípicos definen características constitutivas de la percepción en general, no de los verbos que las reflejan. Los verbos de percepción, en tanto que núcleos de

²¹⁰ O CAUSA POR EFECTO, siguiendo a Peirsman y Geeraerts (2006).

un predicado, están indisociablemente anclados a una conceptualización, en la que hay agentes, pacientes, desarrollo aspectual y temporal, etc., pero los rasgos prototípicos de Ibarretxe-Antuñano operan en una fase prelingüística en la que esas nociones gramaticales no aparecen adecuadamente definidas. Por ejemplo, decir que la vista tiene el rasgo [+voluntario] es describir el proceso visual únicamente en términos biológicos (en oposición a otros sentidos), puesto que lingüísticamente el carácter agentivo de muchos verbos de visión es discutible.

En segundo lugar, los rasgos prototípicos no muestran asimetrías en los cinco sentidos. Todos ellos parecen equivalentes, puesto que todos se definen a partir de los mismos rasgos, de modo que lo realmente distintivo es su concreta configuración. Como hemos tenido ocasión de comprobar, los sentidos nunca funcionan de modo homogéneo, ya que siempre es posible hallar una jerarquía implícita en la que algún sentido domina sobre el resto, pero esta situación no se percibe en la figura 4; podría deducirse de esas propiedades elementales que no hay diferencias funcionales trascendentes en los sentidos físicos.

Por otro lado, algunas de las propiedades propuestas resultan equívocas conceptualmente. Pensemos por ejemplo en la propiedad [brevedad]. Ibarretxe-Antuñano entiende que este rasgo indica que la percepción sólo es posible si ésta tiene una mínima duración pero, ¿qué significa realmente esto? Como ya hemos explicado toda percepción tiene por defecto un cierto desarrollo temporal, siendo, aun así, la vista el sentido más aparentemente instantáneo debido a que las imágenes se perciben como un todo simultáneo debido a la naturaleza física de la luz. Por ello, ¿por qué sólo tacto y gusto están marcados por este rasgo? Además, no deja de ser contraintuitivo que sean precisamente estos sentidos los descritos como breves, teniendo en cuenta que las acciones táctiles y gustativas son, con mucha frecuencia, acciones morosas que se extienden fácilmente en el tiempo²¹¹. Problemas de interpretación similares se presentan al considerar otros rasgos como los de [voluntariedad], [cercanía] o [subjetividad]; todos ellos resultan muy difíciles de adscribir discretamente a unos sentidos y no a otros puesto

²¹¹ Tanto es así que en español existen numerosos verbos del sentido del tacto que codifican la duración o repetición de la acción táctil como *acariciar*, *palpar* y todos los que terminan con el sufijo iterativo *-ear* que expresa repetición cíclica (*toquetear*, *manosear*, etc.) (González Pérez, 2006).

que al pasar a un plano lingüístico las barreras entre rasgos y sentidos físicos se difuminan. Así, hay verbos auditivos agentivos (y voluntarios, por ello) del mismo modo que hay percepciones táctiles involuntarias, la cercanía es variable en muchos contextos (¿puede verse algo si está a mucha distancia?) y la subjetividad puede hacer acto de presencia en cualquier modalidad sensorial, sobre todo si tenemos en cuenta que la realidad exterior no tiene, como explicamos al inicio de este capítulo, una existencia objetiva sino que siempre es una recreación mental del sujeto experimentante.

En suma, creemos que en esta hipótesis faltan las consideraciones sintácticas y pragmáticas. Si pensamos en verbos de percepción en términos cognitivos, estamos pensando en escenas configuradas gestálticamente en las que hay unos elementos perfilados y un frame o marco de fondo. Esa configuración pauta usos relacionados con la agentividad, con la duración eventiva y con muchos otros aspectos semánticos y se ve, además, influida por el contexto; dependiendo de las circunstancias una escena sensorial se puede configurar de un modo o de otro, siendo las estructuras (que poseen, recordémoslo, significado propio) las que vehiculan dicha configuración. Por ello, nos parece problemático hablar de rasgos prototípicos en el vacío, ya que las propiedades siempre funcionan en bloque y asociadas a estructuras sintácticas que las limitan y que vienen impuestas por el uso. A ello hay que añadir que el proceso de selección de propiedades carece de confirmación empírica; los rasgos más prototípicos lo son porque los hechos lo muestran, de manera que una teoría como esta debería basarse en algún corpus que confirmara la exactitud del planteamiento teórico.

El proceso de selección de propiedades de Ibarretxe-Antuñano es una teoría cognitiva sobre el cambio semántico, pero se aproxima en parte a los modelos de la semántica estructural en la medida en que funciona con rasgos binarios (es decir, marcados como 'sí' o 'no') que se seleccionan individualmente y no en grupo (con forma de MCI), igual que ocurre con los semas estructuralistas. Aun así, el interés de esta teoría radica en que ofrece una interpretación original de ciertos cambios semánticos en los que el significado nuevo conserva parte de su semantismo físico de partida. De todas maneras, cabe preguntarse hasta qué punto es necesario acudir a una descripción basada en rasgos discretos; la metonimia que los configura en el proceso de selección puede ser suficiente para explicar los

casos de cambio en los que permanecen matices físicos. Además, metonimias y metáforas no funcionan de manera lineal (primero una configuración metonímica y sólo después una metáfora cognitiva) sino que pueden actuar de modo inverso o paralelo.

En definitiva, los verbos de percepción resultan enormemente flexibles en su desarrollo diacrónico y pueden, por ello, generar numerosos significados nuevos que, en ocasiones, mantienen intacta parte de su naturaleza sensorial. Aun así, hay otras proyecciones de las que aún no hemos hablado: las que van de un sentido a otro. A veces un verbo de percepción desarrolla un significado perceptivo pero vinculado a otra modalidad sensorial. En el próximo apartado estudiaremos estos cambios semánticos y explicaremos si también obedecen a un patrón más o menos predeterminado.

4.5.5. Multimodalidad diacrónica

Es muy frecuente que los verbos de percepción sean polisémicos, y también es frecuente que entre sus múltiples significados haya valores asociados a otros modos de percepción. Este hecho suele consumarse diacrónicamente, como todos los estados polisémicos: un verbo tiene un significado perceptivo A y desarrolla progresivamente otro distinto B. Por ejemplo, Holmér (1970) ha analizado muchos textos del griego, del latín, del francés y de otras lenguas románicas en los que un verbo visual funciona con un significado auditivo. Veamos algunos de los fragmentos que este investigador propone:

- (1) Και επέστρεψα βλέπειν την φωνην (*Apocalipsis* I, 12)
- (2) *Vidistis* toto sonitus percurrere coelo / Fulminaque aetheria desiluisse domo (Propercio)
- (3) À-t-on jamais rien *vu* de plus impertinent? (Molière)
- (4) *Vide* dalla sua bocca una boce con un tuono grandissimo procedere, e con quella un vento impetuossissimo (Boccaccio)
- (5) Se vos eu *vejo* cantar (Gil Vicente)
- (6) Yo *vi* los verdes prados / llamar tus plantas bellas / por florecer con ellas / de su nieve pisados (Lope de Vega)

En todos estos textos encontramos verbos de visión (en cursiva) empleados en un contexto sintáctico o pragmático que parece indicar que tienen significado auditivo. En (1) tenemos un fragmento de la versión

griega de la Biblia que puede traducirse como “Y en ese momento me di la vuelta para ver aquellas voces”. El verbo βλέπω significaba en griego clásico VER y también MIRAR y ADIVINAR, pero en este caso lleva un complemento directo que indica sonido. En (2) ocurre algo parecido con el verbo latino *video*, sólo que en este caso lo que se oye es un evento de infinitivo con sujeto en acusativo²¹²: se ve “el estruendo correr por el cielo”. La misma situación se da en los ejemplos (5) y (6), en los que la acción vista sólo puede percibirse con el oído (*cantar* y *llamar*). Por su parte, en (3) Molière utiliza el verbo *voir* en un contexto teatral, de manera que lo visto es en realidad un hecho narrado (algo que dice un personaje) por lo que sería más lógico utilizar un verbo de audición²¹³. Pero quizá el ejemplo más inequívoco sea el de Boccaccio, reproducido en (4); aquí observamos claramente el verbo prototípico de la visión en italiano (*vedere*) con un complemento sonoro (una *voz*). Pero a diferencia del ejemplo bíblico, en este aparecen inmediatamente otros términos que refuerzan la imagen auditiva: la *boca* de la que sale la voz y el *tono*.

Naturalmente, muchos de estos deslizamientos semánticos de lo visual a lo auditivo pueden parecer creaciones *ad hoc*, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter simbólico y literario de estos textos. Además, en algunos ejemplos, como en el de Molière, el verbo visual tiene un significado más cognitivo que perceptivo, lo que favorece la posible ambigüedad entre vista y oído, habida cuenta de que ambos sentidos pueden emplearse en contextos epistémicos, tal y como ya hemos explicado. De todas maneras, el fenómeno es interesante, y pasajes como el de *Il Filocolo* de Boccaccio prueban que este tipo de evolución es posible.

Rogers (1971, 1972) considera, a partir del modelo de la semántica generativa, que los diferentes verbos de percepción de una lengua no son

²¹² Estudiaremos las propiedades de este tipo de estructuras en el próximo capítulo.

²¹³ Piron (2002a: 77-79) ha analizado la evolución semántica de *voir*, y considera que este verbo ha desarrollado en la historia del francés todas las modalidades sensoriales. De este modo, *Voir* ha tenido un significado visual desde el francés antiguo, significado prototípico que ha convivido con otros valores sensoriales con el paso del tiempo. Durante los siglos XVII y XVIII se documentan empleos del verbo con modalidad gustativa, olfativa e incluso táctil, mientras que los significados auditivos de *voir* no aparecieron hasta el siglo XVIII. Piron basa su análisis en la consulta de diccionarios del francés de diferentes épocas, aunque pensamos que una reconstrucción diacrónica como la propuesta debería basarse en algún tipo de corpus.

más que variaciones en la estructura superficial de un único verbo general subyacente que se encontraría en la estructura profunda del lenguaje. Según esta interpretación, la polisemia y la multimodalidad serían el producto de las distintas proyecciones a la estructura superficial de ese verbo común. Desde un punto de vista cognitivo-funcional, lo que se considera que sucede es que las lenguas conceptualizan los verbos de percepción de un modo particular (influido por factores culturales) y, una vez lexicalizados, el uso vuelve borrosas las fronteras entre ellos, lo que permite que haya deslizamientos intermodales.

¿Cómo se producen estas evoluciones semánticas? ¿Hay algún orden o cualquier sentido puede proyectarse hacia cualquier otro? Como cabría esperar, el desarrollo de la multimodalidad no es azaroso. Para empezar, no todas las posibilidades sintácticas de los verbos de percepción pueden proyectarse por igual. Los verbos de percepción física pueden funcionar como acciones muy agentivas (como ocurre con *mirar*), como estados inagentivos (como sucede con *sentir*) y como experiencias potenciales en las que se predica la existencia de un estímulo (como con ciertos usos de *oler*)²¹⁴. Pues bien, de estas tres variantes son las estativas las que más fácilmente generan multimodalidad (Viberg, 1984); los estímulos alcanzan a un receptor involuntario y en función de con qué sentido lo descifre, la percepción pertenecerá a una modalidad sensorial o a otra. Esa ausencia de control sobre la percepción es la causa de que los verbos de percepción estativos sean más proclives a generar este tipo de cambios semánticos, puesto que el sujeto debe clasificar los estímulos que le llegan, lo que no siempre es fácil. Por el contrario, en una acción típicamente agentiva, el sujeto controla su percepción, de modo que es un único sentido el implicado en el proceso, sentido que no se puede confundir con ningún otro debido a la atención cognitiva con que el sujeto procede.

Por otro lado, como ha mostrado Å. Viberg (1984), también con respecto al desarrollo de la multimodalidad las lenguas del mundo exhiben una ordenación subyacente. Tras analizar los verbos de percepción de 53 lenguas del mundo, Viberg concluye que los cinco sentidos no son iguales en este dominio, puesto que hay unos más propensos al deslizamiento intermodal que otros. Por ello, este

²¹⁴ Esta es, sin duda, una de las cuestiones más estudiadas de los verbos de percepción. Nos ocuparemos de ella en el capítulo 5.

investigador propuso una jerarquía proyectiva que explica qué sentidos son más polisémicos y hacia qué sentidos se deslizan. La jerarquía se representa de la siguiente manera (Viberg, 1984: 136):

vista > oído > tacto > olfato / gusto

Figura 5. Jerarquía multimodal de Viberg.

Esta jerarquía unidireccional establece que los verbos que tienen un significado relacionado con los sentidos de la izquierda pueden generar nuevos significados que cubran la totalidad o parte de los valores sensoriales ubicados a la derecha, pero no a la inversa. Así, un verbo visual puede, en principio, desarrollar significados de cualquier otro sentido, del oído al gusto. Los verbos de audición admiten usos táctiles e incluso olfativos y gustativos, pero no producen significados visuales. Un verbo del tacto sólo puede desarrollar un significado nuevo de sentido químico. Por último, los verbos del olfato y del gusto pueden confundirse con el paso del tiempo.

El planteamiento es interesante aunque impreciso. Los datos lingüísticos permiten comprobar que, con mucha frecuencia, aparecen saltos en esta secuencia diacrónica, lo que llevó a Viberg a reformular su jerarquía, añadiéndole más dimensiones. La jerarquía revisada queda así (Viberg, 1984: 147):

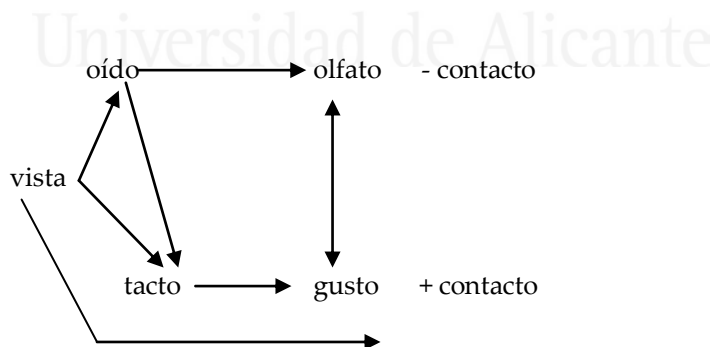


Figura 6. Jerarquía multimodal de Viberg (revisada).

La versión corregida mantiene el fundamento básico de la anterior, aunque contiene variables nuevas. La vista sigue siendo el sentido privilegiado, y los verbos que la expresan pueden evolucionar con considerable libertad en su desarrollo histórico, estándoles, no obstante, muy vetada la extensión hacia el olfato²¹⁵. El oído puede generar los sentidos de tacto y olfato²¹⁶, mientras que el tacto, si cambia, lo hace hacia el dominio de lo gustativo. Por último, nuevamente vemos cómo olfato y gusto son fácilmente intercambiables, fenómeno también presente en la direccionalidad de Williams. Esta jerarquía mejorada también tiene en cuenta el hecho de que los sentidos sean a distancia o por contacto, circunstancia que explica algunas preferencias semánticas; parece lógico que los sentidos a distancia (vista, oído y olfato) tengan una gran potencialidad conectiva y que los sentidos de contacto estén más restringidos, como lo demuestra el hecho de que el tacto y el olfato, por ejemplo, no suelen vincularse conceptualmente. Esta jerarquía propuesta por Viberg no constituye un universal absoluto, sino más bien un esquema de cambios prototípicos. De todas maneras, su valor predictivo es considerable, y ni siquiera las lenguas australianas, que en tantos aspectos difieren de algunas tendencias semánticas muy generales, la contradicen (Evans y Wilkins, 2000).

Si los verbos de percepción son con frecuencia polisémicos cabe imaginar que en muchas lenguas dos o tres verbos básicos sean capaces de expresar, al menos en su valor estativo, las cinco modalidades sensoriales. La pregunta que de inmediato se plantea es cómo se gramaticaliza esa disposición léxica. Teóricamente, podríamos suponer

²¹⁵ Resulta especialmente interesante la relación lingüística entre vista y tacto. Lakoff (1993: 230-231) ha propuesto la metáfora VER ES TOCAR para explicar numerosos usos sintácticos de los verbos de percepción y del léxico de los ojos, sobre todo los relacionados con las estructuras que indican movimiento de la mirada o con los que introducen lugares en los que se ubica la mirada. Siguiendo a Lakoff, podríamos afirmar que oraciones del español como “Diego miró al muchacho *con dureza*”, “no le quitó el ojo *de encima*”, “lo entendió al primer *golpe de vista*” o “tuvieron un *contacto ocular*” son posibles porque los ojos se conceptualizan como órganos del tacto. Algo parecido propone Le Breton, quien llega a afirmar que “le regard est un contact, il touche l’autre et la tactilité qu’il revêt est loin de passer inaperçue dans l’imaginaire social” (Le Breton, 2006: 70). Para un análisis de las expresiones en español basadas en la metáfora VER ES TOCAR, puede consultarse el trabajo de Rivano (1997).

²¹⁶ Por ejemplo, en la lengua de los kwoma de Nueva Guinea el verbo *meeji* significa tanto OÍR como OLER (Howes, 2002: 79).

que la organización es arbitraria; puede que una lengua tenga un verbo X para la vista y el oído y otro Y para tacto, olfato y gusto. Otra lengua podría tener un verbo Z para la vista y otro N para el resto de sentidos, del mismo modo que una tercera lengua hipotética podría poseer un verbo T para el tacto y otro L para vista, oído, olfato y gusto. Sin embargo, una vez más, la relatividad lingüística se ve anulada por las pruebas empíricas.

El trabajo de Viberg (1984) muestra con gran claridad que no todas las situaciones potenciales son factibles. En términos generales, la gran mayoría de lenguas tiene verbos diferenciados para vista y oído, siendo los sentidos del tacto, olfato y gusto los que pueden integrarse más fácilmente bajo un mismo término. De hecho, como muestra el lingüista sueco, sólo una pequeña minoría de las lenguas estudiadas ha desarrollado sistemas léxicos en los que los verbos de la vista y el oído contienen otros valores semánticos de percepción. Por ejemplo, en kurdo hay un verbo para ver, sentir (con el tacto), saborear y oler, y otro para oír. En swahili un mismo verbo expresa ver y tocar, mientras que otro codifica el oído, el olfato y el gusto. Y, por supuesto, debemos mencionar de nuevo el caso único del kobon, lengua que posee un solo un verbo para todos los sentidos. Por todo ello, si entendemos que la muestra tipológica analizada por Viberg es representativa, podríamos afirmar que de las lenguas actuales tan sólo un 2% carece de dos verbos especializados únicamente en la vista y el oído (Maslova, 2004).

En cualquier caso, es posible que nuevas investigaciones hallen datos incompatibles con los argumentos generales de Viberg. Maslova (2004) ha defendido que es posible una evolución semántica de lo auditivo a lo visual, situación no contemplada en la jerarquía de este lingüista. Según los análisis de esta autora, en la lengua kolyma de Rusia el verbo del oído puede proyectarse hacia cualquier otro sentido, incluido el de la vista. Este resultado puede tener, como señala Maslova, notables implicaciones para la tipología lingüística, circunstancia reforzada por las tesis ya explicadas de Vanhove (2008); tal vez la vista sigue pareciendo el sentido fundamental porque aún hay muchos vacíos en el conocimiento científico de las lenguas del mundo. Además, muchas de las lenguas que actualmente se hablan carecen de un sistema de escritura, por lo que es muy complicado describir con rigor sus procesos de evolución semántica.

El propio Viberg toma en consideración un caso particular que representa una excepción a su propuesta: el verbo latino *sentio*. En latín *sentio* tenía el significado genérico de PERCIBIR POR LOS SENTIDOS, lo que hacía que pudiera cubrir cualquier modalidad sensorial en sus usos como verbo de estado inagentivo. Las lenguas románicas han tomado el verbo latino y lo han reformulado de diferentes maneras. En italiano, *sentire* significa prototípicamente OÍR, aunque también puede significar SENTIR (con el tacto), DEGUSTAR u OLER²¹⁷. En portugués y en español *sentir* puede hacer referencia a los mismos sentidos físicos que su cognado italiano, con la diferencia de que ninguno de ellos parece más prominente que el resto. Por otro lado, ambas lenguas poseen un verbo específico para OÍR, eventualidad onomasiológica que explica que *sentir* no posea con mayor intensidad ese valor en estas lenguas. Por último, en francés y en rumano los verbos *sentir* y *simți* se emplean indistintamente con los significados de SENTIR, DEGUSTAR y OLER, aunque en francés es el valor de OLER el más prototípico (Viberg, 1984: 149).

El caso de *sentio* y sus derivados romances parece poner de manifiesto que no tiene por qué haber obligatoriamente una lógica implícita en la emergencia de multimodalidad, puesto que hay verbos estativos que pueden funcionar con cualquier significado sensorial sin que sea recuperable un patrón estable. A eso hay que añadir que los estudios de corpus sobre verbos como los mencionados ofrecen a veces resultados mucho más complejos de lo que la jerarquía de Viberg permite predecir, tal y como comprobaremos más adelante. Aun así, no deja de ser cierto que el caso de verbos como *sentir* es especial y que en términos generales el trabajo de Viberg resulta muy útil para analizar y comprender muchos cambios semánticos de los verbos de percepción.

En definitiva, queda claro que los verbos perceptivos no sólo se vinculan con gran facilidad con dominios conceptuales como el conocimiento o la obediencia, sino que también son capaces de desarrollar otros significados perceptivos diferentes. La polisemia resultante no es, además, completamente libre a la luz de los datos ofrecidos por Å. Viberg, y aunque aún hay fenómenos que ponen a prueba el establecimiento de una jerarquía completamente estable (procedentes en algunos casos de familias lingüísticas poco exploradas) lo

²¹⁷ La misma situación se da en catalán.

cierto es que tampoco parece que la multimodalidad semántica sea totalmente azarosa. Por último, de todas las formas sintácticas en que se manifiestan los verbos de percepción, es la variante estativa la que permite de manera más natural la multimodalidad; con un verbo de percepción agentivo el sujeto, que es la parte más prominente de la escena, se encuentra anclado en una situación pragmática muy concreta, y el sentido con el que explora la realidad está más definido. Por el contrario, los usos estativos privilegian en mayor grado la naturaleza del estímulo y la ausencia de control del perceptor, de ahí que la indeterminación de la escena posibilite la presencia de multimodalidad.

4.5.5.1. El verbo *catar*

En español existe un verbo que ha experimentado diversas modulaciones diacrónicas que se relacionan con los procesos explicados en los apartados precedentes: nos referimos al verbo *catar*. En efecto, *catar* muestra en su desarrollo semasiológico tanto extensiones metafóricas hacia dominios abstractos como evoluciones multimodales.

Catar procede del verbo latino *capto*, que era a su vez el frecuentativo de *capio*. El significado prototípico de *capio* y *capto* era COGER o TRATAR DE COGER, por lo que eran verbos de aprehensión. A juicio de Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 132-133), *catar* ha evolucionado del siguiente modo. En la Edad Media *catar* significaba MIRAR y se oponía a *ver*, puesto que *catar* funcionaba como un verbo de visión altamente agentivo orientado al sujeto²¹⁸; no obstante, ya en el siglo XIV parece que las diferencias conceptuales entre *catar* y *ver* empiezan a diluirse, lo que hace que ambos verbos sean parcialmente equivalentes. A partir del significado de MIRAR, *catar* evoluciona hacia otros significados, como BUSCAR, PROCURAR, GUARDARSE DE ALGO y TENER EN CUENTA. Finalmente, en el siglo XVI pasa a significar PROBAR UN ALIMENTO, significado que perdura hasta la actualidad. Por otro lado, mientras los valores visuales de *catar* desaparecen, se forman los de *mirar* (verbo que significaba en origen ADMIRAR y, a partir del XIII, CONTEMPLAR), de modo que la relación que se establecía entre *ver* y

²¹⁸ En el próximo capítulo desarrollaremos estos conceptos.

catar en la Edad Media pasa a ser formulada por *ver* y *mirar* desde el siglo XVI.

Lo interesante de esta evolución es que permite comprobar que un único verbo de significado perceptivo puede generar otros valores nuevos para, con el tiempo, regresar a un significado sensorial. *Catar* desarrolla su valor fundamental de MIRAR a partir de una metonimia desde su étimo latino; la atención que se necesita para 'coger algo' se traslada a otro dominio, el de la vista, por lo que *catar* pasa a significar MIRAR, es decir, 'percibir por la vista con mucha atención'. Asimismo, el matiz de atención consciente y prolongada favorece que el verbo cambie de significado y pase a desarrollar otros nuevos. Tanto es así que puede observarse que todos los significados medievales de *catar* (BUSCAR, PROCURAR, GUARDARSE DE ALGO y TENER EN CUENTA) tienen como denominador común, como ya notó Wood (1899), el hecho de que en todos ellos el sujeto debe concentrar su atención en un objeto definido y con un objetivo concreto, ya sea localizar algo (BUSCAR), evitar un peligro (GUARDARSE DE ALGO) o tomar en consideración una información (TENER EN CUENTA). Comprobamos, pues, que el núcleo prototípico de *catar* ha sido siempre constante (PRESTAR ATENCIÓN), de modo que lo único que ha cambiado ha sido el marco semántico al que se ha proyectado ese núcleo.

Por último, *catar* desarrolló su significado actual de PROBAR ALGO, de modo que se convirtió en un verbo monosémico del sentido del gusto²¹⁹. Es posible que este cambio estuviera reforzado en el plano onomasiológico por la emergencia de los significados visuales de *mirar*; en cualquier caso, *catar* ha conservado el valor prototípico de la ATENCIÓN en su significado gustativo, puesto que este verbo, frente a otros como *degustar* o *saborear*, activa un MCI asociado a degustaciones especializadas que requieren concentración, como probar un vino o un alimento con algún propósito especial.

La diacronía de *catar* es interesante porque confirma alguna de las regularidades de cambio semántico que hemos examinado. En primer lugar, la evolución de este verbo desde el latín se adecua a la primera máxima de Vanhove (2008); si un verbo de aprehensión desarrolla valores

²¹⁹ En el apartado 5.8. explicaremos por qué los verbos del sentido del gusto suelen ser monosémicos.

más abstractos, los verbos del oído y de la vista de esa misma lengua también han tenido que desarrollarlos. *Capto* era un verbo de aprehensión en latín, verbo que dio lugar en español antiguo a un verbo con contenido mucho más epistémico como el *catar* medieval de significado visual²²⁰. Teniendo en cuenta que tanto los verbos fundamentales de visión y audición del latín como del español también han producido extensiones metafóricas hacia dominios epistémicos, queda demostrado que el axioma de Vanhove se cumple en este caso.

Por otra parte, la evolución de *catar* encaja con una de las predicciones de la escala multimodal de Viberg (1984). Según expusimos en el apartado anterior, un verbo visual puede generar prácticamente cualquier otro sentido físico a lo largo de su desarrollo, si bien no de un modo aleatorio. Una de las proyecciones posibles es la que va directamente de lo visual a lo gustativo (ver figura 6). En el caso de *catar*, su primer significado prototípico en el romance castellano es MIRAR (percepción visual) para pasar al valor dominante de PROBAR ALGO (percepción gustativa) varios siglos después, tras un proceso intermedio mucho más polisémico en el que el verbo produjo otros significados distintos conectados por el nodo conceptual de la ATENCIÓN.

Finalmente, queremos mencionar la evolución de un verbo derivado por prefijación de *catar*: el verbo *acatar*. Hoy en día *acatar* significa OBECEDER UNAS REGLAS ESTABLECIDAS, pero en la Edad Media significaba MIRAR ATENTAMENTE²²¹ (Rodríguez Fernández, 1991,1992; Levin, 2002). Lo interesante de la evolución de este verbo es que es una prueba de que la proyección metafórica PERCEPCIÓN VISUAL >

²²⁰ No es el único caso de este tipo. *Percibir*, que en español actual tiene un significado perceptivo multimodal (EXPERIMENTAR POR LOS SENTIDOS), deriva del latín *percipio* (formado a partir de *capio*) que significaba COGER (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 133). Incluso el verbo epistémico *comprender* procede del latín *comprehendo* (COGER, ASIR) (Garachana Camarero, 1997: 210).

²²¹ Rodríguez Fernández (1991, 1992) ha desarrollado un análisis histórico de los verbos de percepción visual del español siguiendo el modelo de la semántica estructural. En este estudio la autora atribuye a *acatar* los semas 'mirar atentamente', 'acción visual móvil' y 'con respeto'. De este modo, *acatar* se comportaría de un modo muy parecido al actual *mirar*, pues focalizaba la atención cognitiva hacia el objeto percibido, el movimiento de la cabeza y los ojos para lograr el contacto visual y un último matiz de respeto, originado por la cortesía social imperante en la Edad Media. Volveremos a discutir algunos de estos conceptos acerca de los verbos visuales con movimiento orientado en el capítulo 5.

OBEDIENCIA también ha sido productiva en español, como anticipamos antes. Comprobamos por tanto que no sólo los verbos auditivos pueden dar lugar de manera permanente a verbos de obediencia, sino que los verbos visuales también pueden hacerlo.

En síntesis, volvemos a constatar que el cambio semántico en general y el de los verbos de percepción en particular manifiesta un equilibrio situado entre dos tensiones: la del polo del orden lógico, motivada por la existencia de límites de categorización, y la del polo del caos, de la imprevisibilidad (véase el capítulo 3). Las palabras evolucionan porque las utilizamos constantemente para satisfacer nuestras necesidades comunicativas; dado que el uso pragmático (influido por factores antropológicos) que podemos hacer de ellas es potencialmente infinito, es natural que la diacronía léxica muestre dosis de imprevisibilidad muy grandes. Pero por otra parte, los datos parecen sugerir de manera persistente que por muy arbitraria que parezca la semántica histórica de las palabras, siempre son recuperables por medios inductivos patrones generales de funcionamiento posibilitados por las limitaciones cognitivas de nuestra especie.

4.5.6. El cuerpo humano y los conceptos fuente

Al examinar en el capítulo 3 la teoría de la gramaticalización vimos que es muy frecuente que una palabra libre desde un punto de vista sintáctico y plena desde un punto de vista semántico dé lugar con el paso del tiempo a una forma más gramatical. Este proceso se activa por causas subjetivas, en la medida en que son los hablantes quienes a partir del uso pragmático redefinen el MCI de un término y lo utilizan para fines expresivos nuevos que, al final, pueden reanalizar la palabra de partida. Lo interesante es que no todas las palabras parecen igual de aptas para desencadenar procesos de gramaticalización, puesto que hay en todas las lenguas algunas más preferentes que otras en estas transiciones de lo léxico a lo gramatical.

En gramaticalización se conoce como ‘conceptos fuente’ a las palabras especialmente sensibles a ser manipuladas por los hablantes para convertirse en otras categorías (Heine, Claudi y Hünnemeyer, 1991: 32). Se trata normalmente de vocablos muy comunes (del nivel básico) y muy sencillos morfofonológicamente que “se refieren a algunas de las más

elementales experiencias humanas, y son normalmente obtenidos a partir de los estados físicos, el comportamiento o el entorno inmediato del ser humano, suministrando puntos de referencia concretos para la orientación humana al evocar asociaciones, y por ello pueden ser aprovechados para comprender conceptos menos concretos" (Cifuentes Honrubia, 2003: 29).

Los conceptos fuente son muy variados, ya que se pueden referir a fenómenos naturales como *tierra* o *cielo*, a nombres de roles humanos, como *padre*, *madre* o *hijo*, o a verbos muy elementales, como los que indican movimiento o estado (*ir*, *venir*, *permanecer*...) (Cifuentes Honrubia, 2003: 30). Pero sin duda los conceptos fuente más comunes son los que se basan en las partes del cuerpo humano. Como ya explicamos anteriormente, el cuerpo es el elemento axial para la comprensión de la realidad, debido a que todo el conocimiento parte en primer término de la propia corporeidad. Por esta razón no es extraño que los conceptos somáticos funcionen con mucha frecuencia como base para cambios por gramaticalización. De este modo, sustantivos como *cabeza*, *mano*, *pie* o *boca* suelen activar procesos de este tipo en muchísimas lenguas del mundo (Heine, Claudi y Hünemeyer, 1991).

¿Qué relación se establece entre los conceptos fuente somáticos y la percepción? De todos los órganos del cuerpo es con gran diferencia el ojo el más productivo para la gramaticalización de todo tipo de estructuras. Nuevamente, la vista parece el sentido máximo en una posible escala de preferencias semánticas, siendo el sustantivo *ojo* la pieza clave para generar nuevos conceptos. El órgano ocular está implicado en muchos procesos de gramaticalización porque existe una base cultural muy sólida que lo interpreta como un símbolo de numerosas realidades. Los ojos se relacionan con la luz, con la inteligencia, con la belleza y con muchos otros aspectos del imaginario colectivo. Además, como ya hemos anticipado, el ojo es un órgano excepcionalmente complejo en términos biológicos, y esa complejidad parece favorecer la recepción positiva que de él tienen los hablantes. El ojo humano es como una pequeña cámara fotográfica especialmente diseñada para captar el mundo, que contiene aproximadamente el 70% de los receptores sensoriales de todo el cuerpo (Wilentz, 1971). Los ojos funcionan, en síntesis, como las ventanas que conectan la realidad con el pensamiento, y se puede considerar, incluso, que son la parte más externa del cerebro (Hanegreefs, 2008; Morgado,

2012: 144), pues contienen la retina que no es otra cosa que una proyección del cerebro hacia la parte anterior de la cabeza que se produce durante la fase embrionaria de la gestación de un ser humano.

Por todo ello, la palabra *ojo* aparece en muchas estructuras gramaticalizadas del español (Julià Luna y Romero Aguilera, 2010); hay locuciones adverbiales como *ojo avizor*, *a ojo de buen cubero* o *con otros ojos*, locuciones clausales como *bailar los ojos*, locuciones nominales como *ojo de besugo* o *cuatro ojos*, y muchísimas locuciones verbales como *costar un ojo*, *no pegar ojo* o *mirar con buenos ojos*. Aparte de las locuciones, existen abundantes formas fijas como paremias, fórmulas rutinarias o compuestos sintagmáticos que contienen una referencia a los ojos. Algunas de ellas son: *ver la paja en el ojo ajeno*, *dichosos los ojos* u *ojo de buey*.

Naturalmente, todas estas formas idiomáticas se han producido gracias a una metáfora o metonimia inicial. Nissen (2006), basándose en Pustejovsky (1995), ha analizado las motivaciones cognitivas gracias a las cuales *ojo* puede desencadenar una gama tan rica de estructuras léxicas. Este autor parte de las tres perspectivas que Pustejovsky propone para analizar el léxico: la perspectiva partitiva, la perspectiva operativa y la perspectiva télica. La partitiva hace hincapié en las partes del ojo y en los constituyentes anatómicos que están relacionados con él; la operativa o funcional perfila la operatividad del ojo, y la télica, por último, enfatiza la finalidad con la que se usan los ojos. En cada uno de esos ámbitos las metáforas y las metonimias (no siempre fáciles de delimitar, en opinión de Nissen) activan un elemento concreto del MCI del OJO, y todas las variaciones posibles conducen a la enorme diversidad lingüística antes mencionada. Por ejemplo, estructuras como *no tener ojos en la cara*, *costar un ojo de la cara* o *ser todo ojos* pertenecen a la perspectiva partitiva; otras como *hacer algo con los ojos cerrados* o *no pegar ojo* se forman en el dominio operativo. Finalmente, la perspectiva télica explica la formación de estructuras como *dar crédito a los ojos*, *ver las cosas con otros ojos* o *abrirle los ojos a alguien*²²².

Como se aprecia, el ojo actúa frecuentemente como la figura perfilada del dominio cognitivo de la VISIÓN y de lo que ésta puede hacer.

²²² Nissen considera que la metáfora cognitiva VER ES SABER es producto de una variación de la perspectiva télica en virtud de la cual los ojos se conceptualizan como un instrumento para conocer el mundo (Nissen, 2006: 105).

Teniendo en cuenta que la vista es el sentido más inmediato y directo para conocer el entorno no resulta extraño que el sustantivo *ojo* también se haya reanalizado para convertirse en una interjección muy parecida a *¡atención!* o *¡cuidado!* En efecto, la interjección *¡ojo!* es muy activa en el español actual en contextos de modalidad deóntica, es decir, de obligación o necesidad. Por ello suele acompañar a verbos en imperativo para reforzar la idea de la urgencia (y diligencia) con que algo debe hacerse (Vázquez Veiga y Alonso Ramos, 2004). Esta interjección también puede indicar prudencia, y puede funcionar como una advertencia en oraciones como “¡Ojo con hacer ruido!”. Todos estos valores pragmáticos tienen como denominador común la presencia de la vista; una advertencia exige de aquel a quien se dirige atención, y la atención sensorial puede representarse metonímicamente con el órgano (el ojo en este caso²²³) que de modo más elemental tiende a emplearse para atender o prestar atención²²⁴.

Pero la importancia de los ojos en la descripción y análisis de las lenguas y de la cognición general de nuestra especie no acaba aquí. Hay otra característica del ojo humano que puede aportar mucha información sobre el funcionamiento del lenguaje, del pensamiento y de la comunicación: nos referimos a los peculiares movimientos del globo ocular. Los ojos se mueven constantemente (incluso mientras dormimos), y según investigaciones muy recientes, esos movimientos tal vez respondan a patrones mentales concretos, paralelos a ciertos usos lingüísticos. De entre los diferentes movimientos que ejecuta el globo ocular destacan muy especialmente los movimientos sacádicos, que son los rápidos movimientos que hacen los ojos con una frecuencia aproximada de 3 o 4 veces por segundo. Esos movimientos, muy bruscos, pueden apreciarse con facilidad cuando se miran los ojos de una persona que está leyendo o que lleva a cabo cualquier otra actividad que requiera

²²³ No debe pensarse que esta selección metonímica es universal. En inglés, por ejemplo, el sustantivo *eye* no se emplea como interjección, sino que lo más habitual es usar la expresión *Watch out!*; como se aprecia, el inglés no perfila el órgano en sí en esta interjección, sino su capacidad de mirar atentamente (Nissen, 2006: 97).

²²⁴ Este mismo proceso motiva la gramaticalización de marcadores discursivos a partir de formas de modalidad deóntica de verbos de percepción. Volveremos sobre este asunto en el capítulo 5.

concentración visual; los ojos se mueven todo el tiempo, describiendo pequeñas ráfagas que recorren intermitentemente el objeto observado.

Pues bien, ciertos investigadores han hecho durante los últimos años experimentos psicolingüísticos que parecen mostrar una correlación entre los movimientos sacádicos y algunos fenómenos lingüísticos, como la comprensión semántica de palabras y estructuras (la frecuencia de los movimientos varía en función de dicha comprensión) (Richardson, Dale y Spivey, 2007). En este sentido, también es interesante la hipótesis del ojo colaborativo propuesta por M. Tomasello (2010). Esta hipótesis se basa en otra particularidad anatómica del ojo humano: el tamaño de su esclerótica (es decir, de la parte blanca). Existen más de 200 especies de primates, y todos ellos tienen ojos muy oscuros puesto que su esclerótica no es visible. Sin embargo, la esclerótica del *Homo sapiens* es casi tres veces más grande, lo que permite que los movimientos de los ojos sean fáciles de detectar, incluso a cierta distancia. De este modo, los seres humanos podemos saber qué está mirando otra persona sólo con percibir sus movimientos oculares, mientras que los demás primates tienen que observar el movimiento de la cabeza de sus congéneres para recabar esa información. Además, los experimentos muestran que los niños también son capaces de seguir la mirada de los adultos aunque sus cabezas no se muevan, dato que refuerza la idea de que esta configuración anatómica de la esclerótica puede deberse a un proceso de selección natural²²⁵ (Tomasello, 2010: 95-96).

La hipótesis del ojo colaborativo sostiene que la razón por la que la evolución humana ha promovido esta morfología de su órgano visual es que ésta es útil para sobrevivir; si los movimientos de los ojos de un individuo son evidentes, los demás miembros del clan podrán obtener información vital para el bien común, como por ejemplo, saber dónde hay comida o descubrir a un depredador (alguien lo ve y los demás lo intuyen

²²⁵ En psicología de la percepción se ha discutido mucho sobre si la percepción es instintiva o es algo que se aprende con la experiencia. Esta discusión, expuesta sintéticamente en el problema del ciego de Molyneux, es especialmente importante cuando se analizan los procesos perceptivos de los niños. Por ejemplo, Wertheimer (1961) ha defendido experimentalmente que los recién nacidos son capaces de orientar los ojos y los oídos en el espacio, lo que evidenciaría que la percepción es instintiva. Sobre esta cuestión pueden consultarse otros trabajos posteriores al de Wertheimer, como los de Butterworth y Castillo (1976) y Slater (2002).

al ver la mirada del otro). Se trata, en suma, de un instrumento de enorme utilidad para llevar a cabo una comunicación rápida y eficaz que permita el afianzamiento de los lazos sociales de los miembros de la comunidad y la ejecución grupal de tareas (Tomasello, 2010: 96).

Queda de manifiesto, por todo lo dicho, que el protagonismo del ojo en la vida humana, no sólo para la visión sino también para la comprensión de la realidad y para la cooperación social, es considerable. Por este motivo, no resulta extraño que muchas lenguas recurran a este órgano para codificar, por la vía de la gramaticalización, conceptos abstractos y expresiones idiosincrásicas, ya sea resaltando la forma y utilidad biológica de los ojos o poniendo el acento en los fines con los que miramos las cosas. De hecho, la relación entre los ojos, la vista y el lenguaje es tan estrecha que algunos investigadores creen que en ella se encuentra la explicación misma del origen del lenguaje.

4.5.7. Percepción y origen del lenguaje

El problema del origen del lenguaje es un asunto tan complejo como fascinante. De hecho, es posible que no haya en el marco de las ciencias humanas una cuestión más trascendental. El lenguaje humano, tal y como han puesto de manifiesto ciencias que van desde la lingüística hasta la neurología, es el atributo más distintivo de la especie humana, su más notoria seña de identidad, por lo que dar una respuesta al enigma de su aparición permitiría entender multitud de aspectos decisivos de la naturaleza del *Homo sapiens*. Lejos ya del año 1866 en el que la Société de Linguistique de París prohibió a sus miembros por vía estatutaria la publicación de trabajos que versaran sobre esta cuestión alegando para ello que cualquier hipótesis sobre ese problema no podría pasar nunca de una mera especulación indemostrable²²⁶ (Iacoboni, 2009: 87), la investigación científica sobre el origen de la capacidad lingüística se halla hoy en día en un momento especialmente productivo.

¿Existe alguna vinculación hipotética entre el origen del lenguaje y la percepción sensorial? La respuesta es que sí. Desde el punto de vista de la

²²⁶ Prohibición que, por cierto, fue aplaudida por otras instituciones académicas como la British Academy o la Linguistic Society of America, cuyos miembros aprobaron poco después medidas similares (Iacoboni, 2009: 87-88; López García, 2010: 21).

lingüística cognitiva, el lenguaje se encuentra íntimamente entrelazado con el resto de sistemas cognitivos generales de nuestra especie, de modo que al analizar estos procesos cognitivos se pueden obtener resultados que arrojen algo de luz sobre el origen mismo del lenguaje.

En primer lugar, hay un hecho que no han pasado por alto numerosos investigadores: si el sistema perceptivo del ser humano ha privilegiado mucho la visión a lo largo de su evolución filogenética, ¿por qué las lenguas naturales son, salvo que medie alguna patología como la sordera, orales y no gestuales? Sería perfectamente asumible que el lenguaje fuera visual y que en lugar de sonidos empleara signos manuales, dada la pertinencia de la vista en muchas facetas de la vida humana. Sin embargo, el hecho es que las lenguas responden a un esquema oral, en el que los hablantes emiten sonidos articulados que constituyen la base física sobre la que se construye la extraordinaria arquitectura semiótica que denominamos lengua.

Esta situación es paradójica sólo en apariencia, puesto que existen muchas razones adaptativas que pudieron favorecer el empleo de sonidos en lugar de signos en las primeras manifestaciones lingüísticas de nuestros antepasados. Gallup y Cameron (1992: 95) exponen diversas causas. Un lenguaje oral permite la comunicación mientras se tienen las manos libres, lo que ayuda a comunicarse al mismo tiempo que se hace otra actividad. Esta circunstancia vuelve mucho más sencillas tareas cotidianas como cazar en grupo, construir un refugio o adiestrar en alguna tarea a jóvenes aprendices. Una lengua auditiva también facilita la comunicación con un compañero sin mirarlo, de modo que ambos pueden hablar mientras atienden con la vista a otra cosa, como a una presa que hay que capturar. Los sonidos se pueden modular en intensidad, algo enormemente útil en muchas situaciones; elevando el volumen, se puede mandar información a bastante distancia (por medio de gritos), y si se quiere una comunicación más discreta, se puede hablar con susurros. También hay que considerar que los primeros homínidos con lenguaje vivían bajo la constante amenaza de los depredadores, por lo que una lengua oral resultaba más segura, ya que los sonidos son más difíciles de localizar que los cuerpos en movimiento. Finalmente, otro hecho decisivo es la falta de luz. Antes de la invención del fuego, se disponía únicamente de la luz solar, de manera que una comunicación dependiente del sentido de la vista estaba limitada a un número reducido

de horas diarias; en cambio, una lengua oral podía usarse en cualquier momento.

Todas estas circunstancias pudieron sin duda favorecer que el diseño final del lenguaje fuese oral y no gestual. Aun así, esto no significa que la vista no haya tenido importancia en el origen y propagación de las primeras lenguas de la historia. En años recientes diversos científicos han sugerido que el sentido de la vista y el entramado neuronal responsable de ella han sido fundamentales para el desarrollo del lenguaje. T. Givón, uno de los más importantes promotores de la lingüística cognitivo-funcional, ha defendido que el lenguaje es una extensión evolutiva del sistema neurológico que procesa la visión en el cerebro de los primates (Givón, 2002, 2009). Las lenguas son demasiado complejas como para suponer que su origen es el producto de una única línea de desarrollo evolutivo, lo que ha llevado a Givón a proponer que el lenguaje tuvo que aparecer gradualmente gracias a la actuación solidaria de múltiples factores, tanto culturales como biológicos, de entre los que destacan los relacionados con el desarrollo del cerebro. De este modo, pudo ir formándose poco a poco la sintaxis, que sigue siendo el elemento más opaco y difícil de explicar evolutivamente del lenguaje natural.

Para Givón, la sintaxis es el resultado de la paulatina elaboración de unas necesidades comunicativas que encontraron en la mente de los hablantes y en su configuración biológica todo lo necesario para desarrollarse; nuestros antepasados construyeron el lenguaje apoyándose en su sistema neurocognitivo, que les permitía usar la memoria para recordar palabras (los elementos más antiguos y primarios²²⁷), representar mentalmente eventos, y encadenar conceptualmente con el paso del tiempo dichos eventos en estructuras con mayor condensación informativa, como las oraciones subordinadas. Además, la necesidad de

²²⁷ Los lingüistas cognitivos consideran que las primeras formas lingüísticas tuvieron que ser necesariamente sustantivos. Los nombres forman una categoría abierta y fácil de modular, capaz de expresar de forma autónoma todo tipo de realidades (Langacker, 1987, 1991). Además, los sustantivos pueden desencadenar procesos de gramaticalización que conduzcan a verbos, adjetivos, adverbios, marcadores discursivos, conjunciones subordinantes y prácticamente cualquier categoría gramatical, mientras que resulta mucho más difícil que una categoría distinta se convierta diacrónicamente en sustantivo (Heine y Kuteva, 2007). Por estas razones, "en la medida que los objetos tienen calidades, se localizan, se relacionan y participan en situaciones-tipo, el núcleo nominal constituye el punto de arranque de un sistema categorial elemental" (Delbecque, 2008: 45-46).

transmitir esos contenidos a otros individuos de la especie de un modo rápido hizo que esa capacidad de representación de la realidad se afianzara psicológicamente.

A la estabilización de ese proceso cognitivo debió de ayudar, a juicio de Givón, el sistema neurológico que controla la percepción visual. Hoy se sabe que ésta se procesa en el cerebro en dos zonas diferentes (muy próximas a las áreas de Broca y Wernicke, las secciones corticales más importantes para el procesamiento lingüístico), una para la visión de objetos y otra para la comprensión de la movilidad espacial, y quizá se encuentre aquí el soporte para la configuración básica de cualquier oración, puesto que se ha demostrado que ambas zonas se activan mutuamente: el cerebro comprende las palabras (objetos de la realidad) y simultáneamente comprende que éstas se relacionan con acciones verbales (objetos en movimiento). Por tanto, el desarrollo gradual de la complejidad sintáctica fue posible porque el diseño del cerebro permitió y aun reforzó que así ocurriera²²⁸.

Pero tal vez el descubrimiento científico más revolucionario en relación con el origen del lenguaje y con su dependencia de la percepción sensorial sea el que G. Rizzolatti llevó a cabo en los años noventa del pasado siglo junto con su equipo de la Universidad de Parma. Rizzolatti descubrió unas neuronas (en cerebros humanos y en los cerebros de otros primates) que se activan tanto cuando un individuo hace algo como cuando otro individuo ve a un semejante hacer esa misma acción. Estas

²²⁸ López García (2010) también ha propuesto una hipótesis que concede a la visión un enorme protagonismo en el surgimiento del lenguaje. Para este autor, el lenguaje se desarrolló de forma progresiva tomando como referencia las costumbres comunicativas de nuestros antepasados. Sin embargo, López García considera que en ese proceso gradual de tipo darwinista tuvieron lugar dos saltos bruscos de tipo exaptativo; en el primero, la sintaxis visual que caracteriza a los primates dio lugar repentinamente al protolenguaje no recursivo (es decir, carente de sintaxis) que poseen todavía hoy los monos. Un segundo salto exaptativo (hace unos 100.000 años) permitió que apareciera la sintaxis recursiva, entendida como una duplicación del código genético, que para este lingüista funciona de un modo parecido a la gramática de las lenguas naturales. Es innecesario señalar que esta hipótesis de López García (por lo demás, muy difícil de demostrar empíricamente) es del todo incompatible con los planteamientos generales que la lingüística cognitiva defiende en relación con el origen del lenguaje; los procesos de categorización, conceptualización y gramaticalización que desde el cognitivismo se supone que dieron lugar al lenguaje humano debieron de ser progresivos y motivados, por lo que no es necesario acudir a la idea (fuertemente generativista) de un salto exaptativo.

neuronas, bautizadas como neuronas espejo, han revolucionado la investigación cognitiva puesto que desde que se conocen, numerosos comportamientos como la empatía, la imitación o el aprendizaje han empezado a entenderse de un modo nuevo. Parece que la imitación y la compasión (en su sentido original griego) no son conductas arbitrarias, sino que vienen en parte impuestas por nuestro cerebro: vemos algo y nos sentimos impelidos a hacer lo mismo, o bien sentimos algo parecido a lo que siente el otro. Las consecuencias de este descubrimiento son múltiples, y afectan a campos como la psicología, la sociología o la pedagogía²²⁹.

Las neuronas espejo se encuentran muy cerca del área de Broca en el cerebro humano, lo que ha llevado a Rizzolatti y a sus colaboradores a suponer que entre el lenguaje y la visión se establece una conexión evolutiva (Rizzolatti y Buccino, 2005). El área de Broca procesa muchas funciones cognitivas (tanto en quienes tienen una lengua oral como una lengua de señas), como la imitación y el reconocimiento del movimiento, de modo que la coordinación visual y motora del cuerpo depende en gran medida de ella. De este modo, podemos suponer que el lenguaje fue en un primer momento gestual; un individuo hacía un movimiento simbólico con un determinado significado y un receptor lo veía, interpretaba e imitaba casi al mismo tiempo. Teniendo en cuenta, además, que las neuronas espejo se encuentran precisamente en esa zona y que instan a los miembros de un grupo a imitarse mutuamente, es perfectamente posible que el lenguaje sea el resultado de una exaptación biológica de ese mecanismo cortical (Rizzolatti y Buccino, 2005; Olarrea, 2005: 113-117). Por tanto, quizá las primeras lenguas de la humanidad fueron sistemas gestuales, y sólo con el tiempo pasaron a ser predominantemente orales, a causa posiblemente de las ventajas adicionales que ofrece el procesamiento auditivo.

La etimología parece reforzar la tesis de que una evolución de lo visual a lo auditivo es perfectamente factible, ya que en algunas lenguas los verbos de visión se han transformado con el tiempo en verbos de habla. Vendryes (1932) ya observó que con frecuencia usamos la lengua para explicar precisamente aquello que vemos; por ese motivo, se

²²⁹ Para un profundo análisis de qué son estas neuronas, cómo funcionan y cómo se relacionan con el lenguaje véase el trabajo de Iacoboni (2009).

establece una íntima conexión entre visión y habla que favorece que se pueda pasar del dominio de lo visual al de lo verbal. Por ejemplo, la raíz de la palabra irlandesa *fethim* (OBSERVO, VEO) produjo en galés el compuesto *dywedyd*, que significa DECIR. De la raíz de significado visual **spec-* surge el término escandinavo *spâ* (PROFECÍA, PREDICCIÓN), e incluso la raíz **weid-* ha dado lugar directamente a verbos de habla, tal y como se aprecia en el verbo irlandés *adfeit som* (ÉL CUENTA) o en el infinitivo del antiguo eslavo *povêdati*, que significaba CONTAR (Vendryes, 1932: 206).

En suma, el origen del lenguaje humano es una incógnita que la ciencia lingüística aún no puede resolver, si bien no dejan de ser propuestas constantemente nuevas hipótesis (y cada vez más sofisticadas) que quizá acaben por desentrañar la cuestión. Dentro de las líneas de trabajo que se están abriendo en la actualidad, parecen ganar terreno aquellas que relacionan el origen del lenguaje con mecanismos generales del sistema nervioso de los primates; las neuronas espejo o el funcionamiento cortical de la comprensión visual y auditiva son dispositivos biológicos que pudieron motivar y condicionar las primeras manifestaciones lingüísticas. Una vez más, constatamos la existencia relativa de una jerarquía sensorial, esta vez vinculada al surgimiento de las lenguas; parece que es la vista el sentido que con mayor probabilidad influyó en el diseño del lenguaje, seguida muy de cerca por la audición²³⁰. Todos los datos de tipo lingüístico que hoy pueden describirse, tales como universales sintácticos, metáforas del conocimiento o procesos de gramaticalización parecen reforzar esta tesis.

4.6. Percepción, información y gramática: la evidencialidad

Cuando afirmamos algo como “Luis se ha comprado un coche nuevo” estamos transmitiendo información. Esa información podemos poseerla porque hemos visto a Luis con un coche diferente del que suele conducir. También es posible que el propio Luis nos haya comentado que ha cambiado de vehículo, o puede que, sencillamente, hayamos visto un coche nuevo en la plaza de aparcamiento de Luis. Pero la cosa puede

²³⁰ Para Caplan (1973) el tacto también es un apoyo decisivo para los signos lingüísticos, como lo demuestra el sistema de escritura braille que utilizan los ciegos.

complicarse. Quizá el cambio de coche de Luis sea una deducción obtenida por diversos indicios previos entre los que no se establece un vínculo obvio; a) Luis se queja mucho últimamente de que dispone de poco dinero debido a un gasto considerable y b) el coche de Luis está muy deteriorado, por lo tanto, puede inferirse que Luis ha cambiado de coche. Incluso podría suceder que la aseveración “Luis se ha comprado un coche nuevo” fuese falsa, una mentira emitida por cualquier motivo, lo que haría de esa situación un estado de cosas virtual. Pues bien, de lo que no cabe duda es de que en muchas de esas posibilidades intervienen los sentidos; puedo haber visto a Luis con el coche (vista), me lo puede haber dicho (oído) o puede que haya visto, tocado e incluso olido algo en el garaje que me ha dado la pauta.

Todos estos procesos pueden explicarse con la clasificación de Gärdenfors (2006) que examinamos al inicio de este capítulo; las sensaciones simples y aisladas son lo menos importante en el contacto con el entorno, siendo lo decisivo para una especie altamente racional como el *Homo sapiens* las percepciones y las imaginaciones. Cada dato sensorial que captamos del exterior es procesado e interpretado por el cerebro para transformarlo en información (una percepción), y con mucha frecuencia la información ni siquiera procede de un estímulo concreto sino que emerge en el propio sistema cognitivo al encadenarse datos previos (una deducción hipotética con forma de imaginación). Estos procesos demuestran que la información que los hablantes poseen no es objetiva al cien por cien, sino que es una constante interpretación subjetiva condicionada por las fuentes de información de que se disponga.

Si nos centramos en los aspectos lingüísticos de estos mecanismos cognitivos y los relacionamos con la morfosintaxis llegamos de modo inevitable a una pregunta: si la información es subjetiva, ¿la lengua que la codifica también lo es? Del estudio de la subjetividad en la gramática se han encargado numerosos modelos lingüísticos, entre los que habría que destacar la teoría de la modalidad, por ser uno de los más consolidados. La modalidad es un fenómeno que alude a la actitud del hablante en relación con el discurso lingüístico. Se trata de un concepto que ha sido ampliamente estudiado y por el que se han interesado diversas disciplinas científicas, como la lógica, la psicología, la semiótica, la sintaxis o la semántica formal (Ruiz Gurillo, 2006: 57). Pero, ¿cómo se manifiesta esta subjetividad?

En todo acto comunicativo, un determinado locutor puede dirigir su punto de vista hacia dos elementos; por un lado, puede proyectar su subjetividad hacia su interlocutor (el oyente), y por otro, puede dirigir su percepción de las cosas hacia el código lingüístico (el enunciado). Cuando la subjetividad se orienta hacia el oyente hablamos de modalidades de la enunciación, mientras que cuando se proyecta hacia el enunciado aparecen las modalidades del enunciado (Otaola, 1988; Ruiz Gurillo, 2006: 57-67).

Las modalidades de la enunciación son las responsables de que existan los contenidos básicos en términos comunicativos que expresan las oraciones. Así, tendríamos modalidades de la enunciación declarativa, interrogativa, imperativa, exclamativa, dubitativa y desiderativa (Otaola, 1988: 101). El hablante codifica su punto de vista y sus necesidades pragmáticas de un determinado modo para transmitirle a su receptor un mensaje específico, como por ejemplo que desea darle una información (enunciación declarativa), que desea obtener una información (enunciación interrogativa) o que desea que él haga una determinada acción (enunciación imperativa). Como es bien sabido, no existe una relación biunívoca entre forma proposicional y modalidad de la enunciación, ya que una misma modalidad se puede expresar sintácticamente de múltiples maneras. Un ejemplo clásico de ello lo tenemos en la modalidad imperativa, que puede mostrarse de un modo más o menos directo en función de lo cortés que desee ser el hablante (Ruiz Gurillo, 2006: 60-61)²³¹.

En cuanto a las modalidades del enunciado, se ha venido hablando en la bibliografía especializada de tres tipos básicos, algunos de los cuales ya han sido mencionados en algunos apartados previos de este capítulo: si el hablante cree que su enunciado es verdadero tenemos modalidad epistémica, si cree que es probable modalidad alética y si considera que es necesario modalidad deóntica (Otaola, 1988: 102). Como vemos, el locutor al emitir su mensaje no transmite únicamente una información dirigida al oyente con la intención de que comprenda su enunciado, sino que también hace explícito su punto de vista con respecto al grado de certeza o pertinencia de lo que dice. De este modo, en el discurso lingüístico se

²³¹ Los actos de habla indirectos del tipo “¿Puedes acercarme el libro?” en lugar del imperativo “Acércame el libro” son una buena muestra de este fenómeno pragmático.

hallan una serie de marcas que indican qué juicio de valor tiene el hablante acerca de la validez o necesidad de sus propias enunciaciones.

Las modalidades epistémica y alética han sido objeto de discusión teórica ya que en opinión de algunos autores entre ellas no se establece una distinción discreta sino una diferenciación continua o gradual; entre un conocimiento totalmente cierto y uno dudoso o contingente se dan diferencias de grado, puesto que el conocimiento no se concibe habitualmente en términos absolutos. Por ello, resulta más operativo seguir la concepción propuesta por Bybee, Perkins y Pagliuca (1994), según la cual debemos hablar tan sólo de modalidad epistémica, entendida como un continuo con dos polos opuestos, el de la máxima certeza y el de la máxima duda, polos entre los cuales se extendería todo un conjunto de hipótesis y probabilidades. De este modo, la modalidad epistémica se ocuparía del nivel de conocimiento del hablante y del grado de compromiso con respecto a lo que dice, y se opondría a la modalidad deóntica (lo que debe ser o suceder).

Como podemos apreciar, el hablante puede tener una certeza mayor o menor al transmitir un mensaje. Si retomamos el caso hipotético de Luis y su coche nuevo, esta idea queda absolutamente clara; la aseveración “Luis se ha comprado un coche nuevo” no puede ser igual de fiable si el hablante ha visto a Luis con el coche o si Luis le ha dado esa información que si, pongamos por caso, el hablante lo supone o intuye por diversas pistas. Esta circunstancia favoreció que hace unos años apareciera una teoría nueva fuertemente vinculada a la modalidad epistémica: la teoría de la evidencialidad. La evidencialidad consiste en el estudio sistemático de las evidencias o fuentes de información que usan los hablantes y de las marcas lingüísticas que remiten a esas fuentes, denominadas evidenciales. Se trata de una teoría sumamente interesante que ha tenido durante los últimos años un gran impacto en la ciencia lingüística, sobre todo en los análisis tipológicos²³².

Willett (1988) y Frawley (1992) han propuesto las clasificaciones lingüísticas de los tipos de evidencia más conocidas. Willett (1988)²³³ habla de evidencias directas e indirectas. Las evidencias directas son

²³² Puede hallarse un exhaustivo estado de la cuestión sobre la evidencialidad en el libro de González Vázquez (2006).

²³³ La clasificación de Willett ha sido revisada y perfeccionada en trabajos posteriores como los de Plungian (2001) o Dendale y Tasmowski (2001).

aquellas que proceden de la experiencia sensorial inmediata, sea a través de la vista, del oído o de cualquier otro sentido. Estas evidencias tienen carácter testimonial, puesto que el hablante ha de estar presente en los hechos que actúan como fuente de información. Las evidencias indirectas, por su parte, se dividen en dos tipos: las evidencias referidas (también llamadas reproducidas) y las evidencias inferidas. Las primeras se originan en otro hablante (sea una segunda o tercera persona) que es quien transmite la información, o incluso del saber popular o del folclore, mientras que las segundas son el resultado de una inferencia o razonamiento deductivo.

Como vemos, Willett articula su clasificación a partir del hecho de que la evidencia sea directa o indirecta y basa en esa circunstancia la naturaleza particular de cada una, pero Frawley (1992) opera de otro modo. Para este autor lo decisivo es si la fuente de la evidencia es el 'yo' o es 'otro'. A partir del yo el conocimiento puede ser inferencial o sensorial; una persona presencia cosas físicamente y también hace razonamientos en función de los datos que posee. Si la fuente es el otro, la información procede de los demás, no de uno mismo; para Frawley aquí se encontrarían todas las evidencias externas, desde las citas, hasta informes o rumores.

Estas dos tipologías de las evidencias, pese a ser distintas, comparten un rasgo metodológico: las dos son clasificaciones estructuralistas basadas en CNS (Bermúdez, 2004). De este modo, por ejemplo, entre una evidencia directa y una indirecta, siguiendo a Willett, no habría casos intermedios, como tampoco los habría entre las evidencias indirectas referidas e inferidas o entre las evidencias basadas en el yo o en el otro de Frawley: cada fuente de conocimiento es un cajón estanco, y las distintas opciones funcionan en bloque, sin zonas difusas.

En cuanto a los evidenciales, esto es, los elementos morfosintácticos y semánticos que indican cuál es la evidencia en la que se basa una enunciación, pueden estar más o menos gramaticalizados. En opinión de Lazard (2001) el nivel de gramaticalización de la evidencialidad es gradual, por lo que algunas lenguas tendrán un sistema de evidenciales totalmente gramaticalizado en forma de sufijos (enclíticos, con mucha frecuencia), otras utilizarán únicamente determinadas palabras y estructuras convencionalizadas para expresar información sobre el nivel de certeza epistémica (como marcadores discursivos) y por último habrá

lenguas en las que la evidencialidad vendrá siempre activada por términos polisémicos y polivalentes no especializados tan sólo en expresar la actitud modal del hablante. En opinión de algunos autores, sólo podemos hablar de categoría evidencial en una lengua cuando dicha lengua dispone de un paradigma morfológico específicamente gramaticalizado para señalar la fuente del conocimiento, postura defendida por ejemplo por Aikhenvald (2004). Sin embargo, otros lingüistas sostienen puntos de vista menos restrictivos, y admiten que la evidencialidad puede producirse por mecanismos léxicos muy variados, no siendo imprescindible que haya morfemas específicos. Es lo que se ha denominado en ocasiones 'estrategias de evidencialidad' (González Vázquez, 2006: 33).

De entre las lenguas del mundo que poseen evidenciales totalmente gramaticalizados²³⁴ destaca especialmente una, debido a la extraordinaria sofisticación de su categoría evidencial. Se trata de la lengua Tuyuca, hablada en la ribera del río Vaupés, entre Colombia y Brasil. Según ha estudiado Barnes (1984), esta lengua posee diversos sufijos que se añaden a los verbos para indicar la procedencia de la información y su eventual exactitud modal. De esta manera, en Tuyuca existen cinco tipos de evidencia: visual, no visual, aparente, informado y asumido. Consideremos los siguientes ejemplos (Barnes, 1984: 257):

- (1) díga apé-wi
- (2) díga apé-ti
- (3) díga apé-yi
- (4) díga apé-yigi
- (5) díga apé-hiyi

Todas estas oraciones en Tuyuca tienen el mismo contenido proposicional: ÉL HA JUGADO AL FÚTBOL. Sin embargo, la fuente del conocimiento y el grado de modalidad epistémica es diferente. La oración de (1) indica que el sujeto vio la escena y que está seguro de que ese hecho es verdadero. La certeza en el ejemplo (2) también es muy alta ya que el sujeto ha escuchado personalmente el ruido del partido y al propio jugador, aunque no ha llegado a verlo. En (3) la certeza disminuye un

²³⁴ La categoría morfológica de la evidencialidad se encuentra en numerosas lenguas del mundo, como en lenguas balcánicas, tibeto-birmanas o en lenguas habladas en Sudamérica. González Vázquez (2006) sintetiza en su trabajo las principales características de muchas de ellas.

poco: el sujeto ha visto físicamente evidencias de que se ha producido el juego (las zapatillas de fútbol, la ropa, etc.) pero no ha visto ni oído nada del partido. Por otro lado, la modalidad en (4) señala que el locutor de la frase ha recibido la información de otra persona (fuente indirecta), por lo que no puede asegurar que el hecho se produjera, puesto que la responsabilidad en relación con la veracidad de esos datos recae en el otro hablante, no en el locutor. Finalmente, la oración de (5) codifica una certeza esencialmente subjetiva: en este caso el locutor lanza una hipótesis acerca de lo que ha debido de suceder basada únicamente en inferencias (no están las zapatillas de fútbol, no hay nadie en casa, etc.). Lo interesante es que toda esta información relacionada con la fuente del conocimiento se encuentra en unos sufijos (-wi, -ti, -yi, -yigi, -h̄yi) especializados en explicitar cuál es la fuente de información. Comprobamos, consecuentemente, que la categoría evidencial del Tuyuca es altamente icónica, ya que cumple a la perfección con el principio del isomorfismo lingüístico: a cada fuente de información le corresponde un único sufijo (correspondencia biunívoca entre forma y contenido).

¿Cuál es el nivel de gramaticalización de la evidencialidad en español? La lengua española, como otras muchas lenguas europeas, carece de evidenciales morfológicos. En español la evidencialidad se expresa mediante elementos léxicos y gramaticales diversos, no tan icónicos como los del Tuyuca o los de otras lenguas del mundo. Veamos algunos ejemplos (Ruiz Gurillo, 2006). Los marcadores discursivos *claro*, *evidentemente*²³⁵ o *por supuesto* se refieren a evidencias directas y expresan habitualmente un alto grado de certeza epistémica. *Al parecer* o *por lo visto*²³⁶ son marcadores de evidencia indirecta reproducida; al utilizarlos

²³⁵ Que el adjetivo *claro* y el adverbio *evidentemente* (formado a partir del adjetivo *evidente*) se hayan gramaticalizado hasta convertirse en evidenciales de evidencia directa no resulta extraño en absoluto teniendo en cuenta su significado original. *Claro* suele vincularse metafóricamente con el conocimiento en virtud de la metáfora VER ES CONOCER; para poder ver hace falta claridad, por lo que en un plano abstracto esta claridad también se relaciona con la ausencia de dificultades para obtener un conocimiento. Por su parte, *evidente* procede del adjetivo latino *evidens* (relacionado con *video*) que significaba, entre otras cosas, VISIBLE (que puede verse y, por tanto, conocerse) (Fernández Jaén, 2008b: 68). Para un análisis semejante del adjetivo inglés *clear*, véase Shindo (2000).

²³⁶ Nótese que en *por lo visto* se emplea el verbo *ver* como prueba de una percepción directa, sólo que se trata de una percepción que no ha tenido el enunciador, sino otra persona. Para

el hablante alude a una información que procede de otra persona o del contexto inmediato, de modo que su grado de responsabilidad epistémica con respecto a dicha información disminuye. Estos elementos, también denominados marcadores citativos, son muy útiles en diversos contextos pragmáticos. Por ejemplo, si el hablante desea ser cortés con su receptor puede emplear uno de estos marcadores y atenuar así su aseveración, evitando imponer su punto de vista.

Por último, marcadores como *a mi entender* expresan una evidencia indirecta inferida. Los hablantes pueden poseer un conocimiento de las cosas de naturaleza más hipotética, debido a que el contacto con la realidad ofrece constantemente indicios de acontecimientos muy variados, gracias a los cuales los hablantes pueden metarrepresentar cosas que han sucedido y el modo en que han sucedido. De esta manera, el puro razonamiento intelectual puede ser una fuente de información, si bien una fuente más subjetiva y difícil de confirmar. Aparte de marcadores como *a mi entender*, hay muchos otros elementos lingüísticos que funcionan como evidenciales de este tipo: la perífrasis {*deber de* + infinitivo} o los verbos modales *creer*, *suponer* o *imaginar* son mecanismos lingüísticos que ponen de manifiesto el carácter especulativo de ciertos enunciados.

Una de las discusiones teóricas más relevantes sobre la evidencialidad es si ésta constituye una categoría independiente de la modalidad epistémica o no. Para lingüistas como Aikhenvald (2004), De Haan (1997), Lazard (2001) o van der Auwera y Plungian (1998) se trata de categorías claramente separadas. En opinión de estos autores, no existe una relación necesaria entre fuente de información y nivel de certeza epistémica por lo que, con independencia de que ambas categorías puedan interaccionar²³⁷, conviene considerarlas por separado. Por el contrario, otros investigadores han defendido que ambas categorías están indisociablemente unidas, puesto que al señalar la fuente de información el hablante hace ostensible su grado de compromiso con la certeza de su aseveración, de manera que cada evidencial comporta inevitablemente

un detallado análisis de este marcador véase Marcos Sánchez (2005) y Ruiz Gurillo (2006: 75-78).

²³⁷ Van der Auwera y Plungian (1998: 85-86) consideran, por ejemplo, que la modalidad y la evidencialidad se superponen cuando coinciden la necesidad epistémica y una evidencia de tipo inferencial.

una evaluación subjetiva acerca de la fiabilidad de dicha fuente (González Vázquez, 2006: 20-21). Esta segunda postura, que es la más extendida en la investigación actual, puede dividirse asimismo en dos vertientes. Por un lado, para lingüistas como Givón (1982), Palmer (1986) o Willett (1988), la evidencialidad es en realidad un subdominio de la modalidad epistémica; de este modo, los evidenciales serían en realidad manifestaciones de la subjetividad del hablante en relación con su nivel de conocimientos, por lo que las fuentes de información no existirían como tales, sino que serían tan sólo expresiones que el sujeto emplea para especificar lo seguro que está de algo. Por otra parte, Bybee, Perkins y Pagliuca (1994) o Nuyts (2001), entre otros autores, han argumentado a favor de una interpretación invertida: para ellos es la modalidad la que pertenece al ámbito de la evidencialidad. Este planteamiento considera que todos los enunciados deben poseer, de un modo u otro, un evidencial, porque el juicio modal del hablante con respecto a la verdad de su enunciado debe proceder por defecto de alguna fuente de información, sea directa, referida, o creada (una inferencia).

Si se asume que las dos categorías se encuentran íntimamente unidas, se puede llegar a la conclusión de que existe una correlación lógica entre tipo de fuente y nivel de certeza. En este capítulo hemos comprobado que la vista y el oído, por ejemplo, se proyectan frecuentemente al ámbito del conocimiento, con lo cual no resulta ilógico suponer que existe una relación causal obligatoria entre ciertas evidencias y el nivel de compromiso epistémico del hablante. En este sentido, González Vázquez propone, basándose en Givón (1989: 138), la siguiente escala (González Vázquez, 2006: 106):

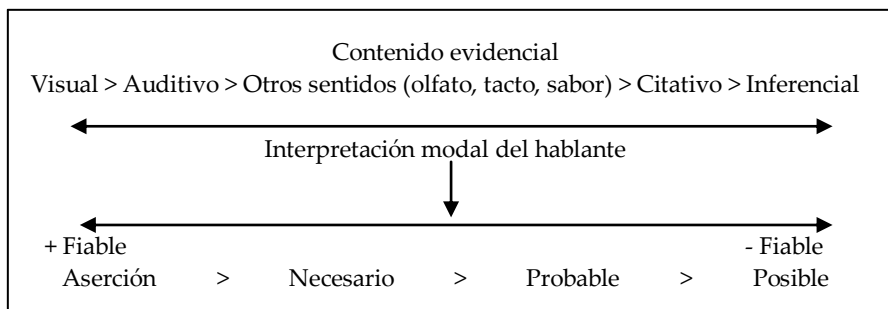


Figura 7. Escala modo-evidencial.

Esta escala modo-evidencial sitúa en el polo de la máxima fiabilidad a las evidencias directas, fundamentalmente aquellas que proceden de la vista y del oído; ser testigo presencial de cualquier hecho parece el modo más eficaz de conocerlo objetivamente. Las evidencias citativas o reproducidas se hallarían en una posición intermedia; su grado de precisión informativa dependerá siempre, en última instancia, de lo fiable que sea la persona que refiere los datos. Por último, las fuentes inferenciales o deductivas han de ser forzosamente las menos fiables, habida cuenta de que parten de razonamientos intrínsecamente subjetivos, frente a las fuentes basadas en datos externos (indicios visuales, auditivos, etc.) que son intersubjetivas, lo que quiere decir que diversas personas pueden compartirlas y contrastarlas para llegar a conclusiones similares.

La escala de González Vázquez encaja muy bien con las líneas maestras de otras clasificaciones de la lingüística cognitiva, como la de los universales perceptivos de Sweetser o la jerarquía multimodal de Viberg. Sin embargo, nuevamente pueden aducirse suficientes excepciones como para poder descartarla como universal lingüístico. González Vázquez (2006) señala el caso de numerosas lenguas del mundo en las que la relación entre evidencia e interpretación modal es otra. Por ejemplo, en las lenguas patwin, quiang, bora, koreguaje o búlgaro, los evidenciales de evidencia directa basados en los sentidos físicos tienden a indicar incertidumbre, mientras que en otras lenguas como el nganasa, el shipibokonibo o el kham, las evidencias citativas son las que codifican mayor certeza modal. Consecuentemente, la validez de esta escala no es absoluta sino, en todo caso, estadística; es posible que ciertas pautas sean más frecuentes que otras o más prototípicas en términos cognitivos y pragmáticos, pero eso no impide que haya alternativas. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que determinados factores culturales pueden influir en la relación establecida entre fuente informativa y grado de certeza. Ya hemos mencionado que en muchas sociedades la información transmitida oralmente de generación en generación o del maestro al alumno tiene mayor peso específico que la información que alguien puede recabar por sí solo. Por este motivo, no es extraño que para ciertas comunidades las fuentes citativas, es decir, las informaciones que aquellos que son más sabios transmiten, sean consideradas *a priori* como

más fiables que cualquier evidencia sensorial o cualquier deducción individual.

Aparte de los tipos de evidencia mencionados hasta aquí se han descrito otros en la bibliografía que terminan de poner de manifiesto la enorme complejidad de este fenómeno. Por ejemplo, es necesario mencionar el caso de la modalidad endofórica (Bermúdez, 2004; González Vázquez, 2006). La evidencia endofórica se define como aquella que procede de una experiencia directa pero en la que no intervienen los sentidos. Se opone, por tanto, a la evidencia directa sensorial de Willett (1988), y expresa la comprensión presencial de contenidos no perceptibles físicamente, como imaginaciones, deseos o intenciones. La evidencialidad endofórica está presente en diversas lenguas amerindias como el quechua o el poma oriental y en lenguas del Tibet como el lhasa o el sherpa, y demuestra que la comprensión de los acontecimientos depende con frecuencia más de procesos cognitivos abstractos que de los datos sensoriales concretos. También resulta interesante la denominada miratividad, tipo de evidencia que expresa una información que se obtiene de forma repentina e inesperada (Delancey, 1997)²³⁸.

Anteriormente hemos explicado que el español es una lengua en la que la evidencialidad ni está gramaticalizada por completo ni es obligatoria. Los hablantes del español no han de utilizar un mecanismo morfológico para especificar en todos los enunciados de dónde procede la información que están transmitiendo. Sin embargo, esa situación sí se da en otras lenguas, por lo que resulta decisivo analizar cómo se gramaticalizan los paradigmas derivativos de tipo evidencial, ya que es posible que los procesos diacrónicos a través de los cuales una unidad léxica plena se transforma con el tiempo en una marca de evidencialidad puedan explicar fenómenos evolutivos más generales.

En nuestro caso, dado que nuestra tesis doctoral aborda la evolución de los verbos de percepción, nos interesa muy especialmente conocer cómo se forman los mecanismos morfológicos de la evidencia directa sensorial en las lenguas que poseen esta categoría. En este sentido, es de enorme interés el reciente trabajo de De Haan (en prensa). En este artículo, De Haan analiza la formación de los sufijos de evidencia directa

²³⁸ Más adelante demostraremos que ciertos usos lingüísticos del verbo *oler* funcionan como evidenciales de miratividad.

visual de numerosas lenguas y llega a conclusiones muy interesantes. A diferencia de lo que podría pensarse, los evidenciales morfológicos de evidencia visual no suelen evolucionar a partir de verbos de percepción de la vista. De hecho, parece que sólo en la lengua amerindia Maricopa (hablada en California) se ha gramaticalizado un sufijo de este tipo tomando como base un verbo que significa VER. Según expone De Haan, los sufijos de evidencia directa visual se gramaticalizan mayoritariamente a partir de deícticos que señalan orientación personal y espacial; la experiencia directa se conceptualiza no a partir de la percepción misma (un eventual verbo visual) sino tomando como referencia la presencia de un yo ubicado frente a los hechos. De esta manera, los sufijos que expresan evidencia directa fueron en origen deícticos que indicaban YO-AQUÍ, lo que hace que la gramaticalización de estos evidenciales se vea motivada por la organización egocéntrica del lenguaje (principio de indexicalidad): si un YO estuvo presente en una determinada escena, conoció los hechos personalmente, de ahí que ese deíctico pueda activar una inferencia pragmática con la forma ecuativa YO = PRESENCIA DIRECTA.

Esta interpretación de De Haan es tan sólida que incluso el caso mencionado del Maricopa puede reinterpretarse e integrarse en ella. Como señala el autor, en esta lengua lo que se gramaticaliza no es sólo el verbo *-yuu* (VER), sino este verbo junto con el morfema de primera persona *-?*, combinación que conduce al evidencial *-?yuu*. Por lo tanto, lo decisivo en este sufijo de evidencia directa no es el verbo que expresa visión, sino el deíctico que indica primera persona. Así, en Maricopa este evidencial se ha formado por una relación metonímica que selecciona una organización deíctica basada en el yo como expresión más lógica para codificar aquello que se conoce por contacto testimonial.

Si los verbos de percepción no suelen activar cadenas de gramaticalización orientadas hacia la evidencialidad, ¿qué contenidos pueden gramaticalizar? Para De Haan, los verbos de percepción codifican las consecuencias de la percepción. Si el verbo *ver* y otros verbos visuales suelen generar, como ya sabemos, contenidos epistémicos, se debe en opinión de este investigador a que la consecuencia más inmediata de ver algo es conocerlo. Del mismo modo, otros significados ya estudiados en apartados precedentes como el de OBEDECER que producen muchos verbos auditivos serían el resultado del mismo proceso inferencial:

escuchar algo y entenderlo desencadena habitualmente una acción posterior (idea de obediencia). Esta teoría no es incompatible con los postulados generales de lingüistas como Sweetser o Evans y Wilkins, e incluso podría decirse que el trabajo de De Haan los refuerza. Lo único que sucede es que para De Haan evidencialidad y modalidad epistémica son categorías separadas: una cosa es utilizar un verbo de percepción como medio para indicar certeza (o cualquier otro contenido) y otra muy distinta es pretender producir un sufijo gramaticalizado de evidencia directa a partir de él. Para este cometido es más icónico emplear un elemento intrínsecamente especializado en expresar presencia directa, como un deíctico de primera persona²³⁹. De todas maneras, también conviene señalar que los verbos de percepción pueden estar implicados en estructuras más o menos gramaticalizadas con contenido evidencial, al menos en lenguas de evidencialidad no obligatoria como el español. Basta con recordar el caso del marcador citativo *por lo visto*²⁴⁰.

La categoría de la evidencialidad sigue siendo analizada actualmente y se está aplicando a lenguas muy variadas, tanto con sistema morfológico obligatorio como sin él. Una de las conclusiones a las que puede llegarse es que esta propiedad lingüística es mucho más caótica de lo que podría suponerse a la luz de planteamientos formalistas. Tanto es así que para algunos autores (Bermúdez, 2004; Fernández Jaén, 2008b) la evidencialidad es una categoría flexible que no admite fácilmente análisis en términos de CNS. Pensemos simplemente en las evidencias directas. ¿Toda evidencia directa ha de conducir siempre a algún tipo de conocimiento? ¿Todos los sentidos son iguales en tanto que fuentes de información? Si pensamos en todas las jerarquías sensoriales que hemos estudiado en las páginas precedentes, podemos fácilmente imaginar que la tarea de clasificar los tipos de evidencia directa dista mucho de ser

²³⁹ No deja de ser interesante el hecho de que en algunas lenguas los verbos de percepción puedan gramaticalizarse para convertirse en elementos deícticos, como ocurre en la lengua Dani (De Haan, en prensa). Este fenómeno diacrónico prueba que la presencia obligatoria de un PERCEPTOR con los verbos perceptivos constituye un esquema experiencial que también puede tomarse como base para producir una referencia deíctica.

²⁴⁰ En diversos puntos de nuestra tesis iremos explicando ciertos usos de los verbos de percepción del español como evidenciales. Para un acercamiento al empleo evidencial de los verbos de percepción de lenguas como el español, el inglés o el alemán pueden verse, por ejemplo, los siguientes trabajos: Bermúdez (2004), Fernández Jaén (2008b), Gisborne (1996, 1998), Miller (2008), Whitt (2009, 2010, 2011).

sencilla. Además, los distintos tipos de evidencia pueden mezclarse o superponerse: a veces, una evidencia directa sirve para hacer una deducción, en otras ocasiones, el relato de alguien es más clarificador que cualquier imagen directa y por supuesto hay razonamientos lógicos que superan a cualquier fuente externa. Y no se puede olvidar la importancia de la cultura; un europeo, pongamos por caso, considerará la vista casi siempre como la evidencia más fiable, mientras que para un ongee la fuente más epistémica será el olfato.

A ello hay que añadir que dependiendo del contexto una fuente sensorial puede ser más eficaz que las otras. Los seres humanos recibimos todos los datos sensoriales al mismo tiempo, y destacamos el que resulta más oportuno según las circunstancias. Por ejemplo, un olor puede señalar la presencia de fuego en un momento dado con más rapidez y anticipación que la vista o el oído. Ya De Haan (1997: 158) se había dado cuenta de que los hablantes suelen disponer de varias fuentes de información simultáneamente, de modo que tienden siempre a destacar la más fuerte, lo que no significa que las fuentes más débiles carezcan de importancia o no estén funcionando en ese momento.

En definitiva, la evidencialidad es otra interesante muestra de la elaborada interrelación entre percepción sensorial, lenguaje y cognición. Esta categoría, junto con otros fenómenos como la lexicalización de los colores, las sinestesias, las metáforas perceptivas, la multimodalidad o los conceptos fuente, permite comprender hasta qué punto los aspectos biológicos, lingüísticos y antropológicos de la percepción sensorial están inextricablemente fusionados.

4.7. Conclusiones

En este capítulo nos hemos centrado en la percepción sensorial desde diversos ángulos teóricos. Hemos comprobado lo complejos que son los procesos biológicos implicados en la percepción y lo diversos que son los sentidos del cuerpo en términos funcionales. También hemos recorrido diversos planteamientos desarrollados por los filósofos, lo que nos ha permitido constatar que algunas ideas que sobre los sentidos tiene la ciencia actual son considerablemente antiguas, algo que confirma su intrínseca importancia epistemológica. Finalmente, hemos pasado revista

a las principales manifestaciones lingüísticas vinculadas con la percepción sensorial y hemos reflexionado sobre su formación y naturaleza.

La conclusión a la que llegamos es que en el desarrollo de todos los elementos lingüísticos que de un modo u otro se relacionan con la percepción física parecen actuar dos fuerzas antagónicas. Por un lado, tenemos la presión de lo natural; los factores biológicos, anatómicos, filogenéticos y neurológicos que nos caracterizan como especie conducen a una relativa universalidad lingüística (jerarquías implicativas, metáforas recurrentes, conceptos fuente, etc.) en el marco de la percepción. Pero por otra parte, tenemos la presión de lo cultural, de lo antropológico, de lo pautado en sociedad²⁴¹. Esta contra-fuerza explica las aparentes contradicciones de las tendencias generales y demuestra que, en última instancia, el lenguaje es un fenómeno puramente subjetivo, por lo que dependiendo de cómo experimenten los hablantes el mundo, la sociedad y su propia condición biológica, la estructuración lingüística reproducirá de un modo más dominante factores naturales o factores culturales.

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

²⁴¹ Si no existiera dicha presión el ser humano podría llegar a lo que Sinha (1999) ha denominado 'solipsismo neuronal', es decir, a un estado en el que la conciencia se interpretaría tan sólo como un proceso del cerebro. Sin embargo, la cognición no es sólo individual, sino que también es supraindividual y, por ello, social (Bernárdez, 2008). En consecuencia, el lenguaje se ve influido en igual medida por factores biológicos internos y por factores culturales externos.

CAPÍTULO 5: LOS VERBOS DE PERCEPCIÓN COMO CATEGORÍA LINGÜÍSTICA

5.1. Los verbos de percepción física como objeto de investigación

Los verbos de percepción física se pueden definir como las unidades léxicas que expresan lingüísticamente el contacto con el entorno que se realiza mediante los cinco sentidos corporales (Cano Aguilar, 1981: 147), por lo que existen verbos de percepción visual, auditiva, táctil, olfativa y gustativa. Estos verbos constituyen un dominio conceptual especialmente interesante para la lingüística en general y para la lingüística cognitiva en particular porque su estudio pone en evidencia la intensa interacción que se establece entre la experiencia sensorial, el lenguaje y la cognición. Los verbos de percepción más representativos son, además, de los verbos más empleados en el discurso cotidiano en todas las lenguas del mundo, lo que explica que suelen ser unidades muy sencillas morfológicamente, propiedad que encaja con las predicciones de la morfología natural (ver capítulo 2). Así, por ejemplo, el verbo fundamental para la vista es en casi todas las lenguas monosílabo o bisílabo: *ver* (español), *see* (inglés), *voir* (francés), *veure* (catalán), *sehen* (alemán), *se* (sueco y danés), *xem* (vietnamita), *kàn* (chino), *lihat* (malayo), etc. Esta situación se observa claramente al considerar la sencillez morfofonológica de los verbos objeto de nuestra tesis; *ver*, *mirar*, *oír*, *escuchar*, *sentir*, *tocar* y *oler* son verbos monosílabos o bisílabos (con la excepción del trisílabo *escuchar*), razón por la cual se pueden incluir en el sistema léxico más elemental e icónico de la lengua española, junto con otros verbos también muy frecuentes y polisémicos como *ser*, *tener* o *decir*.

Los verbos de percepción han sido estudiados en el marco de numerosos ámbitos de investigación, tales como la universalidad léxica (Wierzbicka, 1980, 1996), traducción y comparación lingüística (Kryk, 1978; Schepping, 1985; Rojo y Valenzuela, 1999, 2004-2005; Santos, 1998; Usoniené, 2001, 2003; Miller y Lowrey, 2003; Soares, 2007; Enghels y Vanderschueren, 2009), desarrollo del lenguaje infantil (Goodluck y

Roeper, 1979; Johnson, 1999; De Villiers y De Villiers, 1999), trastornos afásicos (Gallardo Paúls y Marín Jordà, 2005), enseñanza de lenguas (Scovel, 1971), crítica literaria (Barrado, 2003), lexicografía (Corazzari, Monachini, Roventini y Calzolari, 1996) y lógica y filosofía (Castañeda, 1977; Barwise, 1983; Vlach, 1983; Higginbotham, 1984; Asher y Bonevac, 1985; Safir, 1993; Mulligan, 1996). Sin embargo, los aspectos más analizados de los verbos de percepción tienen que ver fundamentalmente con tres fenómenos: a) la complementación sintáctica de estos verbos en sus usos transitivos, b) la naturaleza semántica de sus papeles temáticos y c) su relación con la agentividad y con el aspecto verbal.

En las páginas que siguen revisaremos estos últimos puntos y estudiaremos las principales nociones sintácticas de los verbos de percepción. Si en el capítulo 4 nos ocupábamos preferentemente de las propiedades conceptuales de los procesos perceptivos (rasgos semánticos, estructuración metafórica, patrones culturales, etc.), en el presente nos centraremos en los aspectos formales, analizando cómo transforma el sistema cognitivo humano las experiencias corporeizadas que entran en juego en la percepción física en estructuras variables que reproducen icónicamente la conceptualización de la realidad que llevan a cabo los hablantes al verbalizar sus impresiones sensoriales. De este modo, obtendremos una perspectiva amplia y abarcadora del comportamiento lingüístico de estos verbos.

5.2. Características fundamentales

Uno de los problemas clásicos en el estudio de los verbos de percepción ha sido el de cómo clasificarlos desde un punto de vista gramatical, puesto que su comportamiento morfosintáctico es tan heterogéneo que resulta muy difícil establecer una tipología única para acotarlos. En efecto, estos verbos pueden expresar todo tipo de predicaciones, desde las acciones más prototípicas hasta los estados, pueden funcionar como verbos auxiliares, como verbos pseudo-copulativos y como marcadores del discurso. Admiten toda clase de complementos, como complementos nominales (concretos o abstractos), cláusulas de infinitivo y gerundio, oraciones sustantivas enunciativas, interrogativas indirectas, etc. Si a ello añadimos que estos verbos pertenecen, como acabamos de comentar, a una de las categorías léxicas

más utilizadas en todas las lenguas (lo que favorece que sean muy polisémicos), queda claro que los verbos de percepción física son unidades lingüísticas de una enorme complejidad²⁴².

Viberg (1984), basándose en datos procedentes de numerosas lenguas del mundo, ha propuesto una de las taxonomías de los verbos de percepción más conocidas, en virtud de la cual habría tres tipos básicos: verbos de percepción activa, verbos de percepción pura (o verbos de experiencia) y verbos de percepción copulativa. Como señala Horno Chéliz (2008), esta tipología se fundamenta en la teoría aspectual de los eventos defendida por primera vez en el trabajo clásico de Vendler (1967). De este modo, los verbos de percepción activa representan un evento de actividad, en el que aparece un sujeto animado que realiza voluntariamente una acción con alguno de sus órganos perceptivos durante un cierto período de tiempo con el fin de examinar un estímulo determinado. Ejemplos españoles de verbos de percepción activa de diferentes sentidos serían *mirar* (vista), *saborear* (gusto) o *acariciar* (tacto).

Los verbos de percepción pura funcionan aspectualmente como un logro, no como una actividad. Por ello, en estos casos nos encontramos con un evento de experiencia involuntaria, en el que un sujeto percibe un estímulo sin pretenderlo. Estas percepciones tienen lugar cuando un estímulo alcanza un órgano corporal y dicho órgano lo descifra de forma espontánea, sin que el sujeto pueda evitarlo. Se trata, además, de eventos muy breves, que comienzan y terminan rápidamente en un concreto punto temporal. Ejemplos de este tipo los tenemos en ciertos usos del verbo *sentir*, verbo multimodal capaz de expresar prácticamente cualquier modo de percepción, y en muchos ejemplos de *ver*, *oír*²⁴³ y *oler*.

²⁴² Para una aproximación a las múltiples propiedades de los verbos de percepción se pueden consultar, entre otros, los siguientes trabajos: Rogers (1971, 1972), Caplan (1973), Cooper (1974a, 1974b), Scovel (1971), Viberg (1984, 2001), Dik y Hengeveld (1991), Bat-Zeev Shyldkrot (1981, 1984, 1989, 1997), Doménech Soler (1992), Achard (1996), Sabban (1994), Dupas (1997), Naukkarinen (1997), Rodríguez Espiñeira (2000, 2002a, 2004), Felser (1999), García-Miguel (2005), Roegiest (2003), Noël (2003); Fernández Lagunilla (2006), Grezka (2006, 2009), Garrudo Carabias (1999); Ibarretxe-Antuñano (1999a, 2003, 2008), Silva (2004b, 2005), Gisborne (1996, 2010), Hanegreefs (2008), Horno Chéliz (2002-2004, 2008) y Fernández Jaén (2006a, 2006b, 2008b).

²⁴³ Los verbos *ver* y *oír* pueden expresar, al menos sintácticamente, tanto percepción pura como percepción activa. Nos ocuparemos de esta cuestión en el siguiente apartado.

Por último, los verbos de percepción copulativa representan un estado y no estrictamente un evento, por lo que se trata de predicaciones que no experimentan un desarrollo interno (estructuración subeventiva), al formar conceptualizaciones estables que carecen de la perspectiva de un inicio y un fin en la secuencia temporal²⁴⁴. Esta posibilidad se subdivide a su vez en dos tipos. Por un lado los verbos de percepción copulativa pueden conceptualizar una capacidad del sujeto, la capacidad de poseer determinado sentido. Es lo que sucede en una oración como “María no oye sin su audífono”, en la que *oír* lexicaliza la capacidad misma de la audición. Por otra parte, estos verbos también pueden tener un sujeto sintáctico que representa el estímulo sensorial. En estos casos el verbo posee una estructura intransitiva que focaliza la presencia del estímulo y su propia potencialidad para ser percibido, quedando el perceptor fuera de la escena, simplemente relegado al papel de conceptualizador. Es lo que sucede en oraciones como “Esta canción se oye bien”, “Desde aquí se ve la montaña” o “La camisa huele a rosas”, en las que los sujetos *canción*, *montaña* y *camisa* representan los objetos que pueden ser percibidos por el oído, la vista o el olfato²⁴⁵.

Esta clasificación no debe tomarse como algo cerrado sino más bien como un contínuum de fronteras difusas en el que las distintas variantes a veces se superponen. Incluso es frecuente que los verbos de percepción pueden encajar en varios de estos grupos, o en los tres. Aun así, y por las razones que expusimos en el capítulo 4, el número de variables en la lexicalización de estas tres formas sintácticas no es ilimitado, ya que hay tendencias predominantes. Lo más frecuente es que los verbos de la visión y la audición tengan términos específicos para todas o algunas de

²⁴⁴ Por este motivo, De Miguel (1999) los denomina estados permanentes.

²⁴⁵ Otros lingüistas han propuesto términos similares para estos verbos. Los verbos de percepción activa también han sido denominados verbos no estativos (Caplan, 1973), verbos activos (Rogers, 1971), actividades (Scovel, 1971) y verbos agentivos (Felser, 1999). Los verbos de percepción pura se han llamado en algunos estudios verbos estativos (Caplan, 1973), verbos cognitivos (Rogers, 1971), estados (Scovel, 1971) y verbos no agentivos (Felser, 1999). Finalmente, los verbos de percepción copulativa también se llaman verbos descriptivos (Rogers, 1971; Felser, 1999), flip verbs (Cooper, 1974a, 1974b; Rogers, 1972), Psych-Movement verbs (Postal, 1971) y verbos resultativos (Scovel, 1971). Asimismo, Viberg (1984) y Whitt (2010, 2011) clasifican estos tipos en dos clases más generales: los verbos de percepción orientados al sujeto (activos y pasivos) y verbos de percepción orientados al objeto (con sujeto-estímulo).

estas posibilidades conceptuales, mientras que los verbos del tacto, el olfato y el gusto pueden por lo general agruparse más fácilmente en un único verbo, sobre todo en los usos estativos. Con todo, muchas lenguas configuran sus verbos de percepción de un modo particular.

Por ejemplo, el swahili dispone de tres verbos de percepción visual para cada uno de los valores, el verbo *tazama* (percepción activa), el verbo *ona* (percepción pura) y el verbo *onekana* (percepción copulativa) (Viberg, 1984: 139), frente a la lengua hindi que cuenta con un único lexema, el verbo *dekhna*, para expresar las tres modalidades de la visión (Viberg, 1984: 133). Con el resto de sentidos sucede lo mismo. En inglés la audición se expresa con tres verbos, *listen to* (actividad), *hear* (logro involuntario) y *sound* (percepción copulativa), mientras que en quechua los valores auditivos de actividad y logro se lexicalizan con el verbo *uyariy*, verbo al que se le puede añadir un sufijo para obtener el valor copulativo *uyarikuy* (Viberg, 1984: 135). En cuanto a los sentidos del tacto, olfato y gusto, lo más frecuente es que una sola palabra desempeñe todos los valores, e incluso hay lenguas en las que un único verbo representa las tres posibilidades (actividad, logro y percepción copulativa) de estos tres sentidos. Es lo que sucede en sueco, cuyo verbo multimodal *känna* se emplea indistintamente para los sentidos del tacto, el olfato y el gusto y para todas sus posibilidades sintáctico-semánticas (Viberg, 1984: 138).

La flexibilidad construccional que caracteriza a los verbos de percepción está motivada por su propia naturaleza semántica y por las condiciones pragmáticas que pautan el uso que los hablantes hacen de ellos. En toda escena de percepción podemos encontrar ciertos elementos constantes, los cuales darán lugar a las distintas conceptualizaciones posibles en función de cómo sean percibidos y de cuáles sean más prominentes gestálticamente.

En primer lugar tenemos un PERCEPTOR, que es un tipo de EXPERIMENTADOR que representa a la entidad animada y habitualmente humana que percibe algo a través de alguno de sus sentidos. Asimismo hay un PERCEPTO, el objeto o estímulo percibido por el PERCEPTOR (Bolinger, 1974). A esto hay que sumar un FACTOR DE DISTANCIA (Bat-Zeev Shyldkrot, 1989), la distancia que media entre PERCEPTOR y PERCEPTO. Esa distancia es importante porque puede condicionar la percepción e incluso anularla; por ejemplo, para oír algo quizá pueda haber cierta distancia, pero para escucharlo con atención la

distancia ha de ser menor²⁴⁶. Además, el espacio físico que separa a PERCEPTOR y PERCEPTO posibilita que ciertos verbos de la visión como *look* o *mirar* hayan desarrollado estructuras preposicionales que representan la trayectoria espacial que recorre la mirada hasta alcanzar al PERCEPTO²⁴⁷ (Miller, 2003; Hanegreefs, 2005, 2006a, 2006b, 2007, 2008). Por último, también aparece en la escena un FOCO DE ATENCIÓN (Yamamura y Omori, 2007; Hanegreefs, 2008), que consiste en el elemento más destacado por el PERCEPTOR, es decir, el punto de referencia del proceso. La naturaleza del FOCO DE ATENCIÓN puede ser muy diversa, puesto que este puede consistir en un objeto definido y tangible, o en un proceso más abstracto (un suceso, un movimiento, etc.). La línea divisoria entre el PERCEPTO y el FOCO DE ATENCIÓN es, en realidad, muy borrosa (o incluso nula, en el caso de que ambas nociones coincidan), pero

²⁴⁶ Esta circunstancia es tan decisiva en la conciencia experiencial de los hablantes que algunas lenguas la han codificado gramaticalmente. Un caso ilustrativo lo ofrece la lengua tatuyo de Colombia. La lengua tatuyo pertenece al grupo de lenguas que tienen sufijos gramaticalizados obligatorios para expresar evidencialidad, y análisis recientes (Gómez-Imbert, 2003) han mostrado que en tatuyo la evidencia directa recabada a través de los sentidos es de carácter dual en función de la distancia que haya entre el hablante y aquello que percibe, por lo que hay dos marcajes gramaticales para las evidencias directas: uno si la percepción es plena (a poca distancia) y otro si la percepción es distante. Así, la percepción plena, que es la no marcada, tiene morfema \emptyset , mientras que cuando la percepción es distante se emplea el morfema *rahá*. De este modo, la oración “ká--robio ehá- \emptyset --bó” significa UNA MUJER LLEGA, algo que se afirma porque se está viendo de forma precisa esa situación. Por otro lado, un enunciado como “ehá-rahá--bó” significa ELLA LLEGA, aunque en este caso tal afirmación posee menor compromiso epistémico (esto es, menor certeza) al ser algo que se ve a más distancia y de lo que, por ello, no se puede estar tan seguro.

²⁴⁷ Por ese motivo existe una estrecha vinculación entre los verbos de percepción y los verbos de movimiento, algo que ya había sugerido Wood (1899) (véase el capítulo anterior). Grüber (1967) estudió la oposición del inglés entre *see* y *look* a partir de un planteamiento generativista y llegó a la conclusión de que *see* era en su estructura profunda un verbo de movimiento, dado que en sus usos intransitivos *see* puede ir complementado por sintagmas preposicionales contruidos con preposiciones típicamente direccionales como *into* o *through*. El fenómeno ha sido constatado en numerosas lenguas del mundo. Por ejemplo, en la lengua toba hablada en Argentina, Bolivia y Paraguay es frecuente que los verbos de la vista y del oído aparezcan con sufijos que denotan movimiento, lo que permite que estos verbos pasen a tener usos metafóricos que los habilitan para expresar nociones no estrictamente sensoriales. Por ejemplo, BUSCAR se dice en toba “i-la-lec” que significa literalmente MIRAR SOBRE o ENCIMA DE ALGO, del mismo modo que “n-lo-shiguem”, es decir MIRAR PARA ARRIBA, significa PRESTAR ATENCIÓN (Messineo y Manelis Klein, 2005).

por lo general se puede determinar. Imaginemos que un grupo de personas observan un cuadro; ese cuadro sería el PERCEPTO compartido intersubjetivamente por todos los PERCEPTORES, pero es posible que cada observador se fije en una parte concreta de la figuración de la pintura, por lo que habría un único PERCEPTO y diversos FOCOS DE ATENCIÓN. La distinción entre estos dos conceptos es decisiva para el análisis de las estructuras relacionadas con los verbos perceptivos y, en general, con la estructuración discursiva de la información.

Por todo lo dicho, queda claro que la percepción no es estable, sino que varía dependiendo de las condiciones contextuales en que se produce, las cuales pueden influir notablemente en ella; a veces un PERCEPTOR controla totalmente la situación y puede escudriñar el PERCEPTO (o el FOCO DE ATENCIÓN en él contenido) con toda comodidad. En otras ocasiones el PERCEPTO es huidizo, o breve, o esporádico, lo que dificulta su aprehensión, del mismo modo que a veces la distancia cancela las posibilidades de éxito del PERCEPTOR, por ejemplo si se quiere mirar algo que está muy lejos. En suma, toda conceptualización de un evento de percepción funciona como una escena asimétrica en la que aparece, en términos de Gramática cognitiva (Langacker, 1987, 1991, 1999), una figura perfilada de la que emana la energía de la predicación (denominada 'trayector') sobre un fondo o base ('landmark'), de modo que en virtud de qué aspectos sean más prominentes y de cuál sea la relación entre ellos la imagen evocada por la predicación tendrá una configuración u otra.

Otra de las cuestiones más debatidas en los estudios sobre verbos de percepción es la de cómo asignar papeles semánticos al PERCEPTOR y al PERCEPTO, problema que se relaciona a su vez con el modo en que se materializan estos dos conceptos sintácticamente. En principio parece lógico que el PERCEPTOR se identifique con el proto-rol de PROTO-AGENTE, mientras que el PERCEPTO se correspondería con un PROTO-PACIENTE (Dowty, 1991; Primus, 1999); un PROTO-AGENTE representa en términos cognitivos a una entidad que se caracteriza por tener control sobre una acción, por tener una intención, por ser causa de un evento y por tener una existencia independiente de ese evento. Por su parte, el PROTO-PACIENTE representaría a la entidad controlada y afectada por el evento, entidad que puede verse alterada de modo físico por el PROTO-AGENTE. En consecuencia, la relación entre estos dos proto-roles

es desigual, ya que uno de ellos, el agentivo, posee mayor prominencia conceptual que el otro. Naturalmente, en el plano sintáctico, el PROTO-AGENTE suele funcionar como sujeto oracional y el PROTO-PACIENTE tiende a ser el complemento directo. Veamos algunos ejemplos:

- (1) Sonia saboreó el helado con mucho placer.
- (2) Luis tocó tanto el jarrón que acabó rompiéndolo.
- (3) El sumiller degustó los vinos para poder elegir el más apropiado.

Como se puede apreciar, en estos casos encontramos tres sujetos sintácticos (*Sonia, Luis y el sumiller*) que encajan perfectamente con la noción teórica del PROTO-AGENTE; los tres son el motor de la predicación, controlan la acción por completo (hasta el punto de que pueden ser responsables de sus consecuencias, como se aprecia en el ejemplo (2) en el que la oración consecutiva “que acabó rompiéndolo” deriva de la acción intensiva previa de *tocar*) y tienen una intención, lo que hace que incluso pueda haber una oración subordinada de finalidad complementando la predicación principal, como ocurre en (3). A su vez, los complementos directos *el helado, el jarrón y los vinos* serían los PROTO-PACIENTES, puesto que se encuentran en una situación de total subordinación y cambian de estado tras la acción perceptiva. Pero lo cierto es que fuera de los casos más prototípicos con verbos del tacto y del gusto, esta idealización esquemática no siempre es tan clara. Observemos las siguientes oraciones:

- (4) José Miguel vio el partido de fútbol en su casa.
- (5) El estudiante ha mirado el cuadro durante una hora.
- (6) A Carolina le encanta escuchar buena música.
- (7) En cuanto abrí la puerta olí el perfume que llevabas.

En estos casos la relación entre PERCEPTOR y PERCEPTO es menos típica. De entrada, ninguno de los sujetos sintácticos (*José Miguel, el estudiante, Carolina* o el sujeto elidido *yo*) realiza ninguna acción en sentido estricto, puesto que su vinculación con el evento es más abstracta. Es cierto que los sujetos de (4), (5) y (6) tienen una intención (disfrutar del partido, analizar el cuadro o deleitarse con la música), pero para llevarla a cabo no actúan en sentido literal, o al menos su actuación no es evidente. El caso de (7) es aún menos prototípico porque no hay intencionalidad alguna, y el evento tiene una duración mínima, ya que oler algo de forma inesperada se conceptualiza como un logro instantáneo en el que el sujeto

no puede intervenir (Fernández Jaén, 2008b)²⁴⁸. Por su parte, los PERCEPTOS *partido de fútbol, el cuadro, buena música y el perfume* tampoco se corresponden con un auténtico PROTO-PACIENTE, puesto que no se ven afectados por la acción sensorial en ningún grado y existen con total independencia de que sean percibidos o no²⁴⁹.

En ocasiones, los PERCEPTOS resultan tan ajenos al PERCEPTOR o son tan difíciles de detectar debido a las condiciones contextuales que la oración tiende a conceptualizarse de un modo distinto, tal y como se ejemplifica a continuación:

(8) Desde aquí se ve la catedral.

(9) La cima fue vista por el escalador tras superar el campamento base.

(10) De madrugada aún se oían las notas de la orquesta.

(11) La cocina huele a quemado.

Todas estas oraciones pertenecen a lo que Viberg (1984) denomina percepción copulativa con sujeto-estímulo, percepción de carácter estativo; los sujetos sintácticos *la catedral, la cima, las notas de la orquesta y la cocina* representan a los PERCEPTOS semánticos. ¿Por qué aquí el PERCEPTO se conceptualiza como sujeto de la oración? ¿Dónde queda entonces el PERCEPTOR? En estos casos el PERCEPTOR entiende en el plano experiencial que el estímulo es incontrolable, y que percibirlo no depende tanto de él como de las circunstancias. La oración de (8) podría

²⁴⁸ En el capítulo 8 volveremos sobre esta idea.

²⁴⁹ Por este motivo, este tipo de eventos se pueden incluir dentro de los llamados 'procesos adherentes'. Estos procesos tienen lugar cuando se establece una relación entre las entidades sujeto y objeto de tal modo que el sujeto no altera físicamente al objeto, sino que es el objeto el que mantiene algún tipo de relación no palpable con el sujeto (Moreno Cabrera, 2003: 161). De este modo, verbos de percepción como *oír, escuchar, oler, sentir* o *ver* serían predicados adherentes de tipo cognitivo (captación abstracta de un fenómeno sensorial). Por lo tanto, comprobamos que la noción misma de la transitividad es gradual, puesto que el grado de afectación del objeto no se puede establecer en términos absolutos. En este sentido, Tsunoda (1985) propuso interesantes reflexiones sobre la transitividad, la cual desde su punto de vista no es una dicotomía discreta sino un continuo en el que el grado de afectación del objeto es variable, al igual que otros aspectos implicados en los predicados transitivos, como el nivel de intencionalidad del sujeto. Para Tsunoda la transitividad respondería a una escala que iría de más a menos agentividad: ACCIÓN EFECTIVA > PERCEPCIÓN > ACTIVIDAD > CONOCIMIENTO > SENSACIÓN / SENTIMIENTO > RELACIÓN. Para un análisis de este problema completado con diversas reflexiones críticas sobre la escala de Tsunoda, véase el trabajo de Malchukov (2005).

emitirse desde una habitación de hotel desde la que es visible una catedral, pero resultaría anómala si el hablante la emitiera delante mismo de la puerta de la catedral; delante de ella controlaría la percepción visual, por lo que usaría una estructura transitiva como la de (4), mientras que desde la habitación que la catedral quede a la vista o no es una eventualidad que no depende del PERCEPTOR, lo que permite que la escena se configure de modo que el propio estímulo visual sea el sujeto, quedando el PERCEPTOR en segundo plano, fuera de escena. Lo mismo ocurre en (9), sólo que en este caso la posibilidad de ver la cima depende de una condición concreta (superar el campamento base), por lo que a partir de ese paso la percepción será posible, e incluso parcialmente controlable²⁵⁰. En (10) las notas musicales son audibles incluso desde lejos sin que el PERCEPTOR pueda evitarlo, mientras que en (11) el olor que despiden de la cocina invade el espacio físico y alcanza a quien pase por allí de forma totalmente aleatoria²⁵¹.

Por todo ello, resulta muy operativa la escala de agentividad de Van Valin y LaPolla (1997: 114) que sostiene que el papel temático del sujeto

²⁵⁰ Por esa razón la oración de (8) es una pasiva refleja y la de (9) una primera de pasiva con complemento agente (*el escalador*). En percepciones visuales y auditivas de tipo copulativo las pasivas reflejas indican estados sin desarrollo temporal, es decir, indican que un estímulo existe de forma durativa (sin límites temporales definidos) y que puede percibirse si se dan las condiciones necesarias, mientras que las primeras de pasiva expresan logros, percepciones que se dan de forma automática en cuanto se cumple una determinada condición; una vez satisfecha dicha condición (superar el campamento base, en este caso), el PERCEPTOR puede ejercer cierto control sobre la acción perceptiva (en cuanto el escalador ve la cima tras superar el campamento es libre de recrearse con su contemplación), razón por la cual puede aparecer opcionalmente en forma de complemento agente. Para un detallado análisis de estas estructuras, véanse los trabajos de Maldonado (1999, 2009) y Fernández Lagunilla (2005, 2006), y el estudio tipológico de Horno Chéliz (2008).

²⁵¹ Como se puede apreciar, con frecuencia los estímulos sensoriales parecen ser los elementos activos de la escena (los trayectors), puesto que son ellos los que alcanzan a un PERCEPTOR involuntario, ya sea en forma de ondas sonoras, olores o de otro tipo de composición. De este modo, el PERCEPTOR actúa como PACIENTE del proceso, pues es el elemento afectado por la percepción. Esta idea no es nueva en absoluto. De hecho, ya Aristóteles definió en su *Física* las sensaciones como una forma de movimiento (*κίνησις*) que actuaba sobre el cuerpo del experimentador (Moreno Cabrera, 1997: 92-93). Esta hipótesis de la sensación como movimiento nos permitirá explicar más adelante numerosos fenómenos relacionados con los verbos *sentir*, *tocar* y *oler*. Sobre la bidireccionalidad que se establece entre PERCEPTOR y PERCEPTO y sobre cómo el PERCEPTO puede provocar un determinado estado mental en el PERCEPTOR hasta convertirlo en un PACIENTE, véase Croft (1991, 1993). Retomaremos esta idea en el apartado 5.8.

sin-táctico con los verbos de percepción es gradual, pudiendo ir de lo más agentivo (un AGENTE), hasta lo más inagentivo (el ESTÍMULO o el PACIENTE), habiendo casos intermedios. Además, esta escala encaja con los rasgos prototípicos de los proto-roles de Dowty y Primus y con sus consecuencias aspectuales: cuanto más se acerca el sujeto al PROTO-AGENTE, mayor control y transitividad (acciones), y cuanto más se acerca al PROTO-PACIENTE, menor control y mayor tendencia a la intransitividad (estados), tal y como se aprecia en la figura que proponemos a continuación:

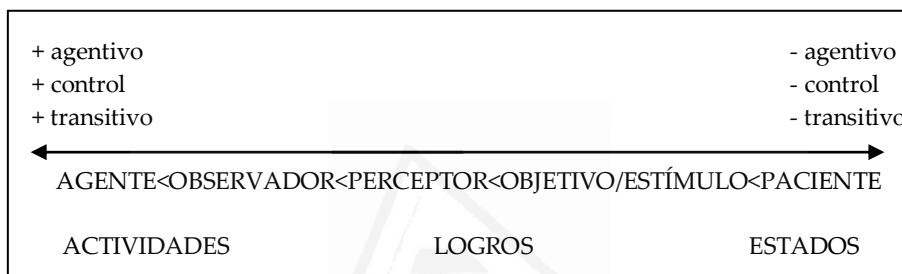


Figura 1. Escala gradual de agentividad con verbos de percepción.

Esta concepción continua de la agentividad con la percepción sensorial explica adecuadamente todos los casos. Los eventos de percepción del tipo *tocar*, *saborear* y *degustar* estarían en el extremo izquierdo de la escala, al ser acciones prototípicas. Verbos como *mirar* o *escuchar* serían también altamente agentivos (puesto que focalizan la acción voluntaria que mantienen el PERCEPTOR con respecto al estímulo), aunque sus acciones resultarían un poco menos prototípicas al no quedar afectado el PERCEPTO, por lo que en estos casos los sujetos actuarían como OBSERVADORES. *Ver* y *oír* se hallarían en una zona intermedia que oscilaría, según el caso, entre lo bastante agentivo y lo totalmente inagentivo²⁵². Por último, *oler* tiende a estar en el extremo derecho, debido a que el olfato es el sentido menos controlado por el ser humano, razón por la cual su configuración prototípica es intransitiva, si bien también

²⁵² Naturalmente, en los casos de percepción pura el sujeto funcionaría como PERCEPTOR, al carecer por completo de intención y control. En el apartado siguiente explicaremos las razones que explican este comportamiento tan flexible de *ver* y *oír* con respecto a su agentividad potencial.

puede aparecer esporádicamente con estructuras transitivas como las de (7)²⁵³.

En suma, puede afirmarse que aunque los elementos implicados en los eventos perceptivos son reducidos, las circunstancias propias de la experiencia corporal permiten que su configuración sea muy diversa, lo que provoca, a su vez, que los verbos encargados de describir dichos eventos puedan manifestar muy diversas disposiciones formales. También queda claro que los distintos sentidos, con sus marcadas diferencias biológicas y psicofísicas, favorecen construcciones cognitivas muy difíciles de parametrizar de manera unívoca. La consecuencia de ello es que tanto las estructuras sintácticas como los papeles semánticos que acompañan a los verbos de percepción no admiten una descripción discreta, sino que hay que acudir nuevamente a concepciones graduales para explicar su funcionamiento. En el apartado siguiente examinaremos algunas de las hipótesis que se han ido proponiendo durante los últimos años para explicar los aspectos más controvertidos de la gramática de nuestros verbos.

5.3. Dicotomías recurrentes

En la bibliografía sobre verbos de percepción es frecuente encontrar oposiciones binarias que pretenden describir de forma ordenada las relaciones que se establecen entre los distintos verbos de la categoría. Estas oposiciones se defienden con frecuencia a partir de análisis de tipo heurístico, en los que el investigador inventa oraciones y determina si estas son naturales o no; de este modo, se pretende constatar la validez científica de dichas oposiciones y su potencial predictivo. Sin embargo, cuando se examinan estas hipótesis desde planteamientos funcionales basados en el estudio de datos extraídos de corpus queda claro que buscar, en ocasiones con un excesivo impulso estructuralista, dicotomías perfectas en las que cuadren de modo inequívoco los distintos verbos es una tarea compleja y muchas veces especiosa. Los verbos de percepción no se pueden describir fácilmente con rasgos discretos ya que su comportamiento responde a una estructura radial configurada prototípicamente, estructura que, como sabemos, resulta incompatible

²⁵³ Expondremos los análisis en que se basa esta interpretación en el capítulo 8.

con cualquier análisis demasiado rígido. Por otro lado, los verbos de percepción de los distintos sentidos son muy diferentes (al reproducir icónicamente en su comportamiento morfosintáctico ciertos aspectos de su condición biológica), eventualidad que termina de dificultar la obtención de criterios homogéneos para analizarlos. Con todo, algunas de las dicotomías propuestas son interesantes para entender los verbos de percepción física, siempre y cuando se tomen como algo gradual carente de límites definidos²⁵⁴.

Una de las dicotomías más exploradas es la oposición percepción directa / percepción indirecta. Como explicamos en el capítulo 4, los verbos de percepción evolucionan semánticamente con mucha facilidad y dan lugar a empleos nuevos de tipo metafórico. Por ello, esta oposición busca distinguir de forma nítida los usos de los verbos de percepción en los que dicha percepción es física (directa) de aquellos en los que la percepción no es física (indirecta). Esta distinción aparece por primera vez en la obra filosófica del fenomenólogo E. Husserl (Guasti, 1993: 6; Hanegreefs, 2008: 29), y es de vital importancia para entender las distintas conceptualizaciones de los verbos de percepción, sobre todo en relación con los sintagmas que estos pueden llevar como complemento directo.

La percepción directa, por tanto, será aquella en la que el PERCEPTOR experimenta de forma objetiva el PERCEPTO, ya sea por medio de la vista o de cualquier otro sentido. Como comprobaremos en el apartado próximo, existen diversas posibilidades en este contexto, con distintas características; así, tenemos percepción directa cuando el CD es un nombre concreto (es decir, una entidad física susceptible de ser percibida), y también con eventos contruidos con infinitivo y gerundio, en los que el sentido implicado percibe una secuencia de hechos²⁵⁵. En opinión de Rodríguez Espiñeira (2000), la percepción directa también puede producirse en mundos virtuales, como cuando soñamos o imaginamos algo²⁵⁶, o incluso en situaciones en que una persona experimenta una ilusión óptica; en todos estos casos, el PERCEPTOR

²⁵⁴ Hanegreefs (2008: 23-47) ofrece un exhaustivo estado de la cuestión sobre estas oposiciones, centrado en su incidencia en la percepción visual.

²⁵⁵ Estas posibilidades también pueden darse en estructuras estativas, como en "Se oye música" o en "Desde aquí se ve trabajar a los obreros".

²⁵⁶ Observación que coincide con la teoría de las sensaciones de Gärdenfors (2006).

experimenta una visión que para él es real, puesto que esa visión forma parte de un espacio mental que está activado en su sistema cognitivo.

Por su parte, la percepción indirecta es aquella en la que el PERCEPTO es fuente de deducciones e inferencias para el PERCEPTOR. En estas percepciones el sujeto no sólo recibe un estímulo, sino que también lo interpreta siguiendo su conocimiento enciclopédico del mundo. Se trata, por tanto, al igual que ocurre con las percepciones de las que habla la psicología, de procesos más cognitivos que perceptivos. Existen numerosas construcciones sintácticas que evidencian que el PERCEPTO no sólo se percibe, sino que también se comprende racionalmente. La más canónica en numerosas lenguas del mundo es la estructura en la que el CD del verbo de percepción es una oración subordinada flexionada, fundamentalmente una sustantiva enunciativa; en el momento en que el PERCEPTO tiene forma de oración con verbo conjugado la percepción es indirecta por cuanto que esa estructura imposibilita por defecto una percepción exclusivamente física (Delbecque y Lamiroy, 1999; Rodríguez Espiñeira, 2000, 2004).

No obstante, la distinción entre percepción directa e indirecta es más compleja de lo que parece a simple vista. Tal y como han puesto de manifiesto diversos autores (Willems, 1983; Hanegreefs, 2008; Carrasco Gutiérrez, 2011a), esta dicotomía debe entenderse como un continuo progresivo, puesto que hay muchos casos que se resisten a un análisis único. Por ejemplo, consideremos las siguientes oraciones:

(1) Veo que llevas una falda nueva.

(2) Veo que la reunión se va a alargar bastante.

Aunque ambas oraciones puedan parecer idénticas, lo cierto es que hay una importante diferencia entre ellas de orden conceptual. Las dos representan percepciones indirectas por el hecho de llevar un complemento oracional, pero mientras que en la oración (1) el conceptualizador ha percibido algo físicamente (una falda) que le ha hecho enunciar su constatación intelectual de ese hecho de la realidad, la oración (2) contiene un complemento cognitivo que no parte de una realidad visual intersubjetiva; el hablante de (2) ha sacado una conclusión (la reunión se va a alargar) basándose en su experiencia personal y en pistas que no son evidentes (son las cinco y aún no ha llegado el jefe, no funciona el ordenador, el informe debe estar listo para mañana, etc.). Así,

ver puede expresar percepción indirecta tanto a partir de una visión literal como a partir de un razonamiento puramente subjetivo.

Por esta razón, Willems (1983: 155) ha distinguido entre percepción física directa e indirecta y percepción cognitiva. La percepción física directa es la que tiene lugar cuando se percibe algo sin la intervención de un proceso mental, como en “Vi un rascacielos en Nueva York”. La percepción física indirecta se ejemplifica con la oración de (1); hay una visión literal y gracias a ella el hablante constata intelectualmente un hecho de la realidad inmediata. Por último, la percepción cognitiva es para Willems la que aparece en casos como los de (2), es decir, cuando intervienen la deducción y la inteligencia pero no a partir de datos externos²⁵⁷. La interpretación de Willems es muy interesante y, de hecho, se puede confirmar utilizando la teoría de la evidencialidad: de esta manera, el ejemplo (1) sería un caso de evidencia inferida basada en una percepción directa y el (2) se correspondería con una evidencia inferida obtenida gracias a un razonamiento²⁵⁸.

Finalmente, también podemos hablar de percepción indirecta cuando el PERCEPTO, siendo un sintagma nominal, es inaccesible a los sentidos por ser de naturaleza metafórica o metonímica; ejemplos como “He visto la bondad en su mirada”, “Esta actuación me huele a premio” o “Desde el otro lado de la habitación sentía su nerviosismo” no pueden considerarse percepciones directas.

Otra dicotomía muy analizada es la oposición percepción resultativa / percepción no resultativa (Hanegreefs, 2008: 38-42). Algunos verbos de percepción como *ver*, *oír*, *sentir* y *oler* no pueden concebirse sin la existencia de un PERCEPTO, puesto que su predicación lo presupone de forma lógica. Por este motivo, estos verbos son resultativos, puesto que se definen por la presencia del estímulo, el cual siempre es percibido. De este modo, cualquier persona que no sea ciega o sorda, por ejemplo, percibe automáticamente ciertos estímulos sólo por estar cerca de ellos o

²⁵⁷ Dretske (1969) propone una distinción parecida a la de Willems, percepción primaria / percepción secundaria, aunque su punto de vista es más filosófico que lingüístico. Carrasco Gutiérrez (2011a) ha llevado a cabo un interesante análisis de *ver* aplicando el modelo de Dretske cuyos son resultados son en términos generales coincidentes con los de Willems (1983) o Hanegreefs (2008).

²⁵⁸ A una conclusión similar llega Gisborne (2010) analizando los complementos oracionales del verbo inglés *see*.

tener los ojos abiertos ante su presencia. Sin embargo, los verbos de percepción más agentivos no son siempre resultativos, ya que al focalizar la intención del OBSERVADOR el proceso se divide temporalmente en dos fases; 1) intención voluntaria de percibir con atención un estímulo y 2) percepción consumada. Con los verbos de percepción agentivos nada garantiza la culminación del proceso (la percepción no siempre se alcanza), mientras que con los verbos resultativos, que son de naturaleza más estativa, la consumación de la percepción es instantánea. Esta dicotomía es decisiva para entender el comportamiento aspectual de los verbos de percepción, y explica adecuadamente casos como estos:

(3) En cuanto abrí los ojos vi su rostro.

(4) Miré durante un rato pero no vi nada.

(5) El ruido era tan fuerte que no pude escuchar la conversación.

El ejemplo (3) muestra un uso resultativo con *ver*; el hablante expresa que vio el rostro simplemente por abrir los ojos, sin que hubiera por su parte voluntad ni atención cognitiva. Contrariamente, los ejemplos de (4) y (5) muestran usos no resultativos de *mirar* y *escuchar*. En (4) *mirar* sólo representa la primera fase de su conceptualización, es decir, el deseo del OBSERVADOR de lograr percibir algo, percepción que no llega a cumplirse por las razones contextuales que sean, como lo demuestra la presencia negada de *ver*. Lo mismo ocurre en (5), sólo que en este caso la acción sensorial pretendida es auditiva; el OBSERVADOR desea escuchar una conversación (primera fase) y el ruido ambiental se lo impide (ausencia de éxito de la segunda fase del proceso). Por tanto, la dicotomía resultativo / no resultativo opone percepciones que son finitas, perfectivas y cerradas (resultativas) a percepciones que son abiertas y en las que la captación del PERCEPTO no está asegurada²⁵⁹ (no resultativas) (Collinot, 1966; Hanegreefs, 2008).

Siguiendo los razonamientos de Rogers (1971), también podemos hablar de una dicotomía como percepción accidental / percepción no accidental. Esta dualidad, basada en la oposición anterior, presupone que el hecho de que ciertas percepciones sean resultativas permite que puedan ocurrir accidentalmente. Por ello, un determinado PERCEPTOR

²⁵⁹ Naturalmente, cuando la segunda fase de los verbos de percepción agentivos sí se alcanza, dichos verbos presuponen inclusivamente a sus correspondientes correlatos resultativos. Dicho de otro modo, *ver* y *oír* no presuponen *mirar* y *escuchar*, pero las acciones de *mirar* y *escuchar* sí presuponen forzosamente *ver* y *oír* (Fernández Jaén, 2006a).

puede ver, por ejemplo, algo de forma involuntaria, con las consecuencias que esa percepción desencadene. En este caso, las diferencias fisiológicas entre la vista y el oído son decisivas, hasta el punto de que para Rogers la percepción accidental es posible con la vista pero no con el oído; una persona puede mirar algo azarosamente y desviar después la vista²⁶⁰, pero parece poco probable que alguien escuche con atención un PERCEPTO auditivo (una conversación, una canción, etc.) por accidente, puesto que a diferencia de lo que ocurre con la visión, que es objetual (y por ello se consume de manera instantánea), los sonidos son procesales, de modo que escucharlos requiere de un cierto espacio de tiempo. Por tanto, no es asumible una escucha involuntaria, en la medida en que quien escucha ha de permanecer atento durante un mínimo lapso temporal.

Todas las oposiciones consideradas hasta ahora tienen en común que el rasgo distintivo que genera el binomio está relacionado de un modo u otro con la voluntad del PERCEPTOR; las percepciones directas, resultativas y accidentales son incontroladas y en ellas el sujeto carece de responsabilidad sobre el proceso, mientras que las percepciones indirectas, no resultativas y no accidentales comportan la presencia de un PERCEPTOR activo que toma decisiones, que examina el contexto de la percepción y que tiene un objetivo determinado. En consecuencia, pensamos que la dicotomía más importante de todas las que se han propuesto en la literatura sobre verbos de percepción es la oposición percepción activa / percepción pasiva.

Muchos autores han considerado que, dado que la recepción de un estímulo puede ser involuntaria o voluntaria, los verbos que vehiculan lingüísticamente estas experiencias serán, en la sintaxis, verbos estativos (para percepciones involuntarias) y verbos agentivos (con percepciones activas). Sin embargo, la agentividad con verbos de percepción no funciona de manera bipolar, tal y como explicamos en el apartado precedente, sino de forma gradual, razón por la cual esta oposición activo / pasivo debe tomarse como algo mucho más complejo de lo que puede parecer superficialmente.

²⁶⁰ Argumentando a favor de esta idea, Rogers (1971) señala el hecho de que incluso los ciegos, que no ven, pueden hacer el acto físico de mirar algo si ese algo les llama la atención por algún motivo (ha hecho un ruido, tiene un olor peculiar, etc.).

La hipótesis de que pares verbales como *ver / mirar, oír / escuchar, sentir / tocar, oler / olfatear* y otros semejantes representan dualidades permanentes entre un término no marcado de carácter estativo e inagentivo (*ver, oír, sentir, oler*) frente a otro marcado fuertemente activo (*mirar, escuchar, tocar, olfatear*) ha sido muy defendida²⁶¹. De ser correcta esta interpretación, cabría esperar que los verbos de percepción pasiva se comportaran gramaticalmente como estados aspectuales (con todas las propiedades sintácticas que ello ocasiona), mientras que los verbos de percepción activa deberían actuar como verbos agentivos prototípicos que cumplieran con todos los rasgos asociados a los predicados cuyo sujeto funciona como un PROTO-AGENTE. Pues bien, este extremo falla con gran frecuencia. De entrada, como señalamos anteriormente, sólo algunos verbos del tacto y del gusto admiten un empleo como auténticas acciones, ya que al resto, por agentivos que puedan llegar a ser, les está vetada la capacidad de poder alterar causativamente al PERCEPTO, lo que explica que verbos altamente agentivos como *mirar* o *escuchar* no puedan llevar sujetos que representen a AGENTES, sino sólo a OBSERVADORES. A ello se puede añadir que muy habitualmente verbos aparentemente pasivos aparecen en estructuras sintácticas que indican agentividad, hecho que pone en tela de juicio la exactitud de la dicotomía percepción activa / percepción pasiva.

En efecto, si aplicamos un test de agentividad sintáctica a verbos supuestamente pasivos como *ver* y *oír* obtenemos datos sorprendentes, puesto que dicho análisis revela claramente que *ver* y *oír* pueden funcionar, al menos en un plano aspectual, como predicados activos. Por ejemplo, podemos emplear las pruebas de agentividad reunidas en Rodríguez Espiñeira (2002a) para comprobar si *ver, mirar, oír, escuchar, sentir, tocar* y *oler* pueden comportarse de modo agentivo. Las pruebas en cuestión consisten en lo siguiente:

- a) Prueba de las estructuras progresivas. En teoría, los verbos estativos no pueden combinarse con perífrasis aspectualmente progresivas, ya que un estado carece de desarrollo temporal interno. En cambio, un verbo agentivo puede aparecer fácilmente en estructuras de este tipo, debido a que toda acción tiene lugar en

²⁶¹ La defienden, entre muchos otros, autores como Grüber (1967), Scovel (1971) o Gallardo Paúls y Marín Jordà (2005).

un determinado marco temporal del que se puede especificar el punto de desarrollo eventivo.

b) Prueba de la función de complemento de verbos de ruego. Si un verbo puede funcionar como complemento verbal de un verbo de ruego, mandato o promesa, se deberá a que se trata de un verbo agentivo, puesto que los estados, al representar propiedades inherentes, no pueden imponerse o solicitarse.

c) Prueba de la sustitución de predicados por proverbios. Si se puede sustituir una predicación por los proverbios *hacer* (agentivo) o *suced* (inagentivo) en estructuras ecuacionales con el verbo *ser*, se deberá a que el sujeto de esas predicaciones es un AGENTE.

d) Prueba del imperativo. Cabe esperar que sólo los verbos activos admitan el modo imperativo, ya que los estados no pueden imponerse ni se pueden representar como algo obligatorio o necesario (modalidad deóntica).

e) Prueba de la construcción final. Si un verbo puede ir acompañado por una oración subordinada de finalidad con la forma {*para* + infinitivo} estará mostrando su valor agentivo, puesto que sólo puede haber una intención final cuando el sujeto controla la acción, tal y como hemos comentado a propósito de la oposición percepción resultativa / percepción no resultativa.

f) Prueba de los elementos de intencionalidad. Sólo los verbos agentivos van acompañados en la secuencia sintáctica por sintagmas preposicionales, locuciones o adverbios que indican intención o voluntad, como por ejemplo *con entusiasmo*, *voluntariamente*, *a propósito*, etc.

Pues bien, la aplicación de estas pruebas revela que, en términos generales, *ver*, *oír* y *oler* (aparte de los verbos netamente agentivos *mirar*, *escuchar* y *tocar*) encajan con las particularidades esperables de un verbo de actividad. Podemos comprobarlo examinando oraciones como las siguientes:

(6) Ayer estuve viendo un documental (estructura progresiva²⁶²)

²⁶² Jørgensen (1999) ha analizado el uso de estructuras progresivas en inglés y ha demostrado que, frente a lo que opinan otros investigadores, el verbo *see* las admite perfectamente.

- (7) El dependiente me pidió que oliera aquella nueva fragancia (verbos de ruego)
- (8) Lo único que hace Eduardo en todo el día es ver películas (uso del proverbio)
- (9) ¡Oye lo que te dice tu padre! (imperativo²⁶³)
- (10) Pedro vio la obra de teatro para poder escribir la crítica (construcción final)
- (11) Sergio ha oído con interés esa canción (elemento de intencionalidad)

La aplicación de estas pruebas no da resultados homogéneos para todos los verbos²⁶⁴, y es cierto que algunas de ellas funcionan mejor que otras²⁶⁵, pero no cabe duda de que en términos generales este

²⁶³ Que el verbo *oír* permite el imperativo resulta especialmente lógico, teniendo en cuenta que los verbos de audición adquieren muy a menudo el significado marcadamente agentivo de OBEDECER, sin perder por ello su significado auditivo.

²⁶⁴ Por ejemplo, la prueba de los complementos con verbos de ruego ofrece resultados peculiares con el verbo *ver*. En principio es posible encontrar enunciados válidos como “Tomás le suplicó al médico que viera a su hermana”, lo que sucede es que en estos casos *ver* tiene un significado metonímico que excede el simple valor visual; aquí *ver* significa EXAMINAR CON LA VISTA y, aunque el contenido perceptivo se mantiene, el verbo se ha deslizado a un valor altamente agentivo (EXAMINAR), de modo que es lógico que pueda aparecer en estas construcciones. La metáfora VER ES EXAMINAR se forma, en consecuencia, por una metonimia en virtud de la cual el medio para examinar algo (la vista) sustituye al fin deseado (saber cómo es algo). Esta asociación semántica está en la base del significado de un verbo como *observar*, especializados en expresar una visión concentrada para descubrir algo (Hanegreefs, 2008), y ya existía en latín, lengua que poseía el verbo visual *considero*, que significaba EXAMINAR y TASAR, y que se empleaba en los contextos comerciales en los que el comprador debía valorar la mercancía antes de pagarla (García-Hernández, 1999-2000). La metáfora VER ES EXAMINAR es muy frecuente en el español actual. En nuestro corpus sólo hemos hallado dos ejemplos, si bien uno de ellos se remonta al siglo XIV, lo que prueba que este cambio semántico se consolidó muy temprano. Ofrecemos dicho ejemplo a continuación:

(1) Et sobreseo algunos moros de los de vuestra tierra vinieron veer una puebla que yo fasía (Anónimo, *Carta de Don Juan Manuel al Rey de Aragón*, 1341)

Nótese que en este texto *ver* forma parte de un adjunto de finalidad, puesto que se sobrentiende la presencia (vacilante en la Edad Media) de la preposición *a*. Nuevamente constatamos que los elementos que indican finalidad (peticiones y ruegos incluidos) tienden a alterar el significado visual de *ver* para acercarlo al de EXAMINAR.

²⁶⁵ Fernández Lagunilla (2006: 358) considera que estas pruebas para examinar el grado de agentividad de un predicado son poco eficaces porque siempre es posible encontrar un contexto o proponer un ejemplo en el que funcionen. En nuestra opinión, sin embargo, este tipo de test gramatical sí resulta útil por mucho margen de error que contenga, puesto que

tipo de análisis muestra con claridad que la dicotomía percepción activa / percepción pasiva no funciona de manera sistemática, por cuanto que los verbos supuestamente inagentivos de las series pares admiten sin problemas empleos activos.

Para resolver las contradicciones teóricas que plantean estos ejemplos refractarios, Horno Chéliz (2002-2004) ha propuesto una interesante hipótesis inspirada por los análisis del aspecto verbal en español de De Miguel (1999). En opinión de Horno Chéliz, el verbo *ver*²⁶⁶ puede funcionar como un evento de actividad porque su estructura aspectual interna es doble. Por un lado, *ver* funciona como un verbo de logro ingresivo en los casos en los que indica sólo percepción pura inagentiva; así, en un primer momento este verbo señala únicamente la captación resultativa de un elemento físico ubicado cerca del hablante. Pero, por otra parte, esa percepción puede reanalizarse como un segundo proceso durativo si la percepción inicial, que es intrínsecamente breve y puntual, continúa en el tiempo; de esta manera, *ver* pasaría a un segundo empleo en el que se focaliza la duración voluntaria de la percepción, siendo esa duración temporal la que permite que el verbo se comporte como un predicado agentivo. Lo ejemplificamos a continuación:

(12) En cuanto Claudia llegó al parque vio al perro.

(13) Claudia vio al perro y siguió viéndolo mientras este se iba.

En (12) tenemos un uso prototípico de *ver* como verbo de percepción visual pasivo; el sujeto *Claudia* percibe el objeto *perro* sólo por el hecho de tener capacidad visual, produciéndose además esa visión de manera instantánea (logro). Pero el ejemplo de (13) muestra un uso sintáctico en el que *ver* ya no funciona como verbo pasivo; puesto que la percepción del perro continúa, esta se convierte en una actividad prolongada en el tiempo y pasa por ello a desarrollarse como un suceso activo, razón por la cual *ver* puede aparecer en la perífrasis durativa {*seguir* + gerundio}.

Esta teoría de Horno Chéliz es plausible porque algunos verbos que suelen codificar logros aspectuales debido a su naturaleza semántica no admiten esta segunda fase de tipo durativo que sí admiten *ver* y *oír*. Es lo

algunos verbos como *sentir* (estativo) se adecuan a lo que el test presupone (inagentividad), siendo casi imposible el poder inventar ejemplos contradictorios (Fernández Jaén, 2006a).

²⁶⁶ Y por extensión también *oír*, por más que esta investigadora no se ocupe de este verbo en su artículo.

que observamos en las oposiciones de los siguientes ejemplos (Horno Chéliz, 2002-2004):

- (14) El bebé nació.
- (15) *El bebé nació y siguió naciendo.
- (16) Juan oyó un ruido
- (17) Juan oyó un ruido y siguió oyéndolo.

¿De qué depende que el verbo que puede expresar un logro ingresivo pueda pasar a una segunda fase durativa? En opinión de Horno Chéliz, la causa radica en la presencia en el evento de un participante animado; si el sujeto es activo, la primera fase puede continuar si dicho sujeto fija su atención cognitiva en el PERCEPTO que ha detectado en un primer momento. Como es lógico, esto no puede pasar si el sujeto sintáctico representa a una entidad que es PACIENTE del predicado y que carece de voluntad²⁶⁷.

De lo que acabamos de exponer se desprende que los verbos de percepción que tienen el doble empleo activo / pasivo necesitan estar insertos en una secuencia temporal para poder cubrir las dos fases propias de un evento compuesto (logro inicial y proceso durativo), puesto que el anclaje en un suceso que se desarrolla temporalmente es la diferencia más decisiva entre un estado y una actividad (Vendler, 1967). En el ejemplo (13) dicho patrón dinámico se obtiene del contexto y de la información enciclopédica contenida en el MCI de PERRO; los perros son animales autónomos que se mueven a voluntad y que actúan libremente, de modo que “ver un perro” puede representar, metonímicamente, una situación que se puede parafrasear como VER UN PERRO MIENTRAS SE MUEVE, es decir, al afirmar que se ha visto un perro queda sobrentendido que este ejecutaba algún movimiento o que la escena tenía algún desarrollo.

Además de los sustantivos que representan objetos tridimensionales que tienen movilidad propia (perros, pájaros, etc.), con los verbos de percepción visual y auditiva menos agentivos es frecuente en muchas lenguas del mundo que el complemento directo aparezca representado precisamente por sustantivos eventivos (Fernández Lagunilla, 2006;

²⁶⁷ De hecho, como señala la propia Horno Chéliz, los verbos del tipo *nacer* y otros parecidos que sólo permiten la fase de logro suelen ser verbos inacusativos cuyos sujetos representan a la entidad (pasiva) en la que se manifiesta el cambio de estado que expresa el predicado.

Enghels, 2007a), sustantivos caracterizados por poseer una estructura interna dinámica que se puede descomponer en una primera fase puntual (logro) y en una segunda fase que se extiende indefinidamente en el tiempo²⁶⁸. Pertenecen a este tipo de sustantivos complementos directos muy habituales de *ver* y *oír* como *película*, *canción*, *espectáculo*, *historia*, *cuento*, etc.: todos esos sustantivos conceptualizan entidades que sólo existen en su desarrollo temporal, siendo ese desarrollo el que captan voluntariamente los PERCEPTORES en oraciones como estas:

(18) Vimos el partido de tenis en casa.

(19) Carlos oyó la ópera por la radio.

(20) El niño estuvo oyendo el relato con los ojos abiertos.

En todos estos casos, los sujetos han experimentado un primer logro ingresivo de tipo visual o auditivo, pero después han continuado concentrados en esa percepción para seguir atentamente el progreso temporal de esas entidades (el partido, la ópera, el relato).

Queda claro, por todo lo dicho, que *ver* / *mirar*, *oír* / *escuchar* y otras parejas verbales parecidas no representan una dicotomía perfecta, de acuerdo con lo que sería esperable desde un planteamiento estructuralista, puesto que los verbos de ambos binomios pueden funcionar como acciones, si bien acciones distintas²⁶⁹. En el caso de *ver* y *oír* (los verbos más problemáticos), su potencial para aparecer en

²⁶⁸ Resulta muy interesante a este respecto el comportamiento lingüístico del verbo inglés *watch*. En inglés la percepción visual se cubre con tres verbos básicos, no con dos: *see*, *watch* y *look*. *Look* es el término marcado del trinomio porque representa los usos más agentivos, mientras que *see* y *watch* expresan percepciones visuales que oscilan entre lo pasivo y lo activo. Lo curioso es que *watch* no puede llevar como complemento directo sustantivos que expresen entidades objetuales sin movimiento propio si estas no aparecen en un contexto dinámico, algo que sí le está permitido a *see* (Poch y Verdaguer, 1997a). De este modo, es factible decir en inglés tanto "I watched the film" como "I watched the birds", puesto que tanto la película como los pájaros comportan forzosamente movimiento, pero resulta imposible algo como "*I watched the chair", debido a que las sillas no se mueven por sí solas. Para que este ejemplo anómalo fuera posible habría que incardinar el elemento *chair* en un contexto dinámico, como por ejemplo en "I watched the chair falling down". Comprobamos, pues, que la distinción entre PERCEPTOS que evocan movimiento y PERCEPTOS objetuales sin movimiento intrínseco es tan importante cognitivamente que algunas lenguas han gramaticalizado verbos de percepción específicos para cada posibilidad.

²⁶⁹ *Mirar* y *escuchar* representan una agentividad más acusada, lo que les permite aparecer sin complemento directo para focalizar la voluntad agentiva del sujeto, tal y como explicaremos posteriormente.

estructuras sintácticas típicamente activas como las estudiadas en los test de agentividad radica en que, con mucha frecuencia, estos verbos no expresan la mera constatación fisiológica de la existencia de objetos o sonidos en el mundo sino que se encargan de conceptualizar cómo los sujetos oracionales dejan de ser simples PERCEPTORES involuntarios para convertirse en OBSERVADORES activos que registran conscientemente el desarrollo temporal de ciertas realidades (películas, canciones, etc.)²⁷⁰. Por lo tanto, la lengua no suele expresar sólo percepciones resultativas puntuales sino que tiende a verbalizar situaciones pragmáticamente más relevantes, como la visión o audición de acontecimientos y sucesos que ocurren durante ciertos intervalos de tiempo y que despiertan el interés de los hablantes.

En suma, ¿a qué tipo de eventos pueden dar lugar los verbos de percepción física del español? Vendler (1967) distinguió cuatro tipos de evento, delimitados en función de los rasgos 'proceso' y 'definido'; el rasgo proceso señala duración en el tiempo, mientras que definido indica si el marco temporal del evento tiene límites marcados o no. De este modo, habría cuatro eventos posibles²⁷¹:

²⁷⁰ Existe otro argumento muy sólido a favor de la inexistencia de una distribución permanente entre usos activos y pasivos para los pares *ver / mirar*, *oír / escuchar* que es de sesgo diatópico. En algunas zonas del dominio hispanohablante, los elementos teóricamente activos de la oposición son los que están especializados en la expresión de la percepción pasiva. Por ejemplo, en Panamá *mirar* se usa como verbo estativo, de modo que una oración como "Ayer te miré" señala solamente que el sujeto vio un momento a otra persona de manera fugaz (Horno Chéliz, 2002-2004). Por otro lado, diversos informantes nos aseguran que usos parecidos a los panameños se dan en Galicia actualmente, y que en la provincia de Albacete aún es posible escuchar oraciones en las que el verbo *catar* (antiguo verbo de percepción visual activa, como veremos más adelante) se emplea con significado pasivo, como en "Que no te cate cogiendo galletas", donde *catar* significa DESCUBRIR o VER DE FORMA INVOLUNTARIA. Por último, también podemos mencionar que en Cataluña es cada vez más frecuente el empleo de *mirar* con sustantivos eventivos ("Estoy mirando una película"), algo que en principio es anómalo ya que los complementos de *mirar* no suelen tener carácter dinámico.

²⁷¹ Es evidente que la propuesta de Vendler es genuinamente estructuralista, al partir de oposiciones discretas. Este modo de proceder en el estudio del aspecto verbal es muy frecuente, y muchos de los desarrollos posteriores de las tipologías sobre los eventos se caracterizan por mantener esta metodología. Sin embargo, el estudio del aspecto es demasiado complejo como para que sea posible descubrir una estructura de relaciones lógicas inalterable que dé cuenta de todas las combinaciones posibles. Por ese motivo, Coll-Florit (2006) ha propuesto un modelo de estudio del aspecto verbal basado en la teoría de

Tipo de evento	Proceso	Definido
Estado	-	-
Actividad	+	-
Realización	+	+
Logro	-	+

Figura 2. Tipos de eventos (Vendler, 1967)

Pues bien, aplicando esta tipología a los verbos de percepción del español obtenemos la siguiente clasificación (Devís Márquez, 2010b):

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

prototipos que resuelve muchos de los problemas empíricos que se pueden apreciar en otras teorías más formales. Esta autora ha llevado a cabo numerosos análisis que muestran de manera convincente que los distintos eventos que cada verbo puede formular no son equivalentes, puesto que siempre hay alguno más frecuente y primario en la constelación de valores que todo verbo puede activar. Esta idea es clave para entender, por ejemplo, el funcionamiento del verbo *oler* (del que nos ocuparemos en el capítulo 8), verbo que puede expresar en la práctica muchos matices eventivos pero que propende a uno en particular de forma clara (el estativo), circunstancia que demuestra que las configuraciones sintácticas aspectuales también pueden analizarse con éxito empleando la categorización continua y las organizaciones radiales del significado.

Verbos de percepción	Tipo de evento
<i>ver, oír, escuchar</i>	Actividades Realizaciones Eventos compuestos
<i>tocar, oler</i>	Actividades Logros
<i>mirar</i>	Actividades
<i>sentir</i>	Logros Eventos compuestos
<i>saber</i>	Estados

Figura 3. Eventos aspectuales con verbos de percepción.

Como se puede apreciar, de todos estos verbos sólo *ver, oír* y *escuchar* pueden ser, a juicio de Devís Márquez, realizaciones. Esto significa que únicamente estos tres verbos admiten PERCEPTOS dotados de un límite temporal intrínseco. Es lo que sucede en los siguientes casos:

- (21) Vi el partido de fútbol.
- (22) Oí una canción italiana.
- (23) Escuché una conferencia sobre literatura.

Las predicaciones anteriores no sólo tienen duración temporal, sino que también están dotadas de un límite inherente impuesto por la propia naturaleza semántica de los PERCEPTOS *partido, canción* y *conferencia*: esos tres estímulos constan siempre de una estructura delimitada con un inicio y un final convencionalmente establecidos, por lo que los PERCEPTORES no sólo los reciben voluntariamente sino que también los experimentan conscientes de que esa percepción responde a un patrón temporal cerrado de antemano. Este uso, en principio, no parece posible con el resto de verbos, los cuales, a causa de su peculiar configuración conceptual, únicamente pueden representar actividades durativas pero sin límite marcado, como se aprecia a continuación:

- (24) Estoy oliendo tu guiso.
- (25) El médico tocó el brazo del paciente.

(26) Hemos mirado ese cuadro durante una hora.

En estos enunciados, *oler*, *tocar* y *mirar* poseen PERCEPTOS que muestran que su comportamiento sintáctico es agentivo y durativo, pero en los tres ejemplos está ausente cualquier indicio de un límite temporal; la acción voluntaria de oler un guiso puede durar unos segundos o unos minutos (dependiendo de quién sea el sujeto y de cuáles sean sus intenciones) pero no es una actividad cuya duración esté pautada *a priori*. Igualmente, *tocar* o *mirar*, sea un brazo o un cuadro, son actividades que pueden ser más o menos duraderas, en función del contexto²⁷².

Finalmente, *ver*, *oír*, *escuchar* y *sentir* pueden funcionar como eventos compuestos en los términos defendidos por Horno Chéliz, es decir, con una configuración doble con fase de logro y fase durativa, mientras que el verbo *saber*, asociado al gusto, sólo puede comportarse como un verbo de estado, debido a que la posesión o no de sabor es una propiedad que, de tenerse, no puede estar sujeta a cambios.

Este análisis es muy interesante y clarificador pero la investigación empírica lo matiza. Por ejemplo, para Devís Márquez, *tocar* y *oler* pueden expresar logros (“Toqué de repente su brazo”, “Olí de repente el gas de la cocina”) pero no eventos compuestos, puesto que al contacto resultativo inicial no suele seguirle una fase durativa. Esta aseveración es muy discutible, especialmente en el caso de *oler*; las actividades olfativas muchas veces se originan por la percepción involuntaria de un olor (logro) que hace que el PERCEPTOR se interese por dicho olor y pase a olerlo voluntariamente (actividad). También resulta llamativo que sólo se le adjudique la capacidad de actuar como un estado al verbo *saber*, habida cuenta de que prácticamente todos los verbos de percepción²⁷³ pueden funcionar de ese modo. Es más, ese uso es relativamente frecuente con *oír*, *escuchar*, *ver* y *sentir*, y completamente dominante con *oler*, tal y como

²⁷² Un ejemplo de actividad con *ver* sería, por ejemplo, este: “Estoy viendo los árboles”. Aquí la acción visual puede prolongarse más o menos en el tiempo, puesto que no hay ningún límite en la conceptualización.

²⁷³ *Mirar* es, sin duda, el que más difícilmente puede funcionar como un estado (a diferencia de *escuchar*) porque su conceptualización prototípica está absolutamente centrada en el sujeto agentivo (Hanegreefs, 2008), y su PERCEPTO más habitual es una entidad objetiva muy concreta, lo que dificulta que dicha entidad pueda promocionar a la función de sujeto-estímulo en una estructura estativa. Esta posibilidad sí se da con *escuchar*, que lleva un PERCEPTO auditivo que puede ser sujeto (Se escucha muy bien el concierto desde la última fila / *Se mira muy bien el cuadro desde aquí).

comprobaremos en el último capítulo de nuestra tesis. Consecuentemente, queda claro que la relación entre los verbos perceptivos y los eventos es más variable de lo que cualquier análisis formal puede poner de manifiesto.

Finalmente, podemos mencionar una última dicotomía relacionada con los verbos de percepción: localización / orientación (Hanegreefs, 2008: 43-47). Esta dualidad se vincula con la conexión ya mencionada entre los verbos perceptivos y la distancia en el espacio. Los dos elementos fundamentales de las escenas con nuestros verbos son el PERCEPTOR y el PERCEPTO, elementos dotados de autonomía que se ubican en determinadas coordenadas espaciales. La localización establece que algunos verbos de percepción perfilan la posición del PERCEPTOR, siendo esa posición clave para poder determinar, a su vez, la posición del PERCEPTO. De este modo, el PERCEPTOR funciona como el punto de referencia deíctico por medio del cual es posible determinar dónde está el PERCEPTO. Por otro lado, la orientación se da con otros verbos de la categoría que no perfilan propiamente la ubicación relativa de PERCEPTOR y PERCEPTO, sino la orientación vectorial que se establece entre ellos; de esta manera, estos verbos expresan cómo es el camino que separa a sujeto de objeto.

En el caso del binomio *ver* / *mirar*, los análisis de Hanegreefs evidencian que *ver* se comporta en español como verbo de localización mientras que *mirar* lo hace como verbo de orientación. *Ver* es un verbo que suele ir acompañado en la cadena sintáctica por circunstanciales locativos que ofrecen información precisa sobre la posición del PERCEPTOR, lo que demuestra que para el conceptualizador esa información es muy pertinente; teniendo en cuenta que *ver*, en tanto que verbo resultativo, no puede concebirse sin PERCEPTO, y teniendo presente también que ese PERCEPTO no existe independientemente de su relación obligatoria con el sujeto²⁷⁴, resulta del todo comprensible que la escena verbalizada tienda a explicitar dónde está el PERCEPTOR. Veamos algunos ejemplos:

(27) Antonio vio los fuegos artificiales desde la azotea.

²⁷⁴ Es decir, no es posible, ontológicamente, que haya un PERCEPTO si no hay un PERCEPTOR. En la oración "Francisco ve un barco en el puerto", *barco* es PERCEPTO tan sólo porque está siendo observado por Francisco; si este aparta la mirada, el objeto pasa a ser un elemento más del entorno.

(28) El biólogo vio los pájaros a cierta distancia.

(29) A la izquierda se ve la casa de mis abuelos.

En (27) y (28) tenemos dos PERCEPTORES que ven un determinado objeto desde una posición específica, la cual se codifica con los adjuntos *desde la azotea* y *a cierta distancia*, mientras que en el ejemplo (29) el circunstancial *a la izquierda* señala la posición del PERCEPTO, que en este caso funciona como sujeto-estímulo por tratarse de una oración pasiva refleja (uso estativo). En este último caso, la posición del PERCEPTOR se deduce por las circunstancias contextuales: si la casa es visible, y si la casa está a la izquierda, el conceptualizador está forzosamente en una posición cercana a la del objeto. Por tanto, con los verbos de percepción con localización es frecuente que aparezcan elementos léxicos (adverbios, sintagmas preposicionales, etc.) que ajusten la información deíctica de la escena.

En cuanto a *mirar*, este es un verbo de orientación. *Mirar* perfila gestálticamente al OBSERVADOR, que es quien desea escudriñar visualmente un PERCEPTO. Por ello, lo más destacado con este verbo es la distancia entre ambos²⁷⁵ y el modo en que el OBSERVADOR orienta sus ojos para lograr su propósito. En tanto que verbo no resultativo, nada garantiza que la percepción vaya a alcanzarse con éxito²⁷⁶, por lo que en ocasiones *mirar* es intransitivo; mientras que *ver* no puede concebirse sin el PERCEPTO, *mirar* con frecuencia no va acompañado por un complemento directo, puesto que lo más importante es la intención del sujeto. De este modo, *mirar* está capacitado para aparecer en español en estructuras intransitivas y con complementos preposicionales que representan la orientación de la mirada, algo imposible con *ver*²⁷⁷. Las siguientes alternancias lo prueban:

²⁷⁵ Esa distancia, al materializarse lingüísticamente, se puede considerar tal y como propone Hanegreets (2008: 43) como un caso de 'fictive motion', en el sentido defendido por Talmy (2000a).

²⁷⁶ Es más, a veces se ejecuta la acción de mirar sin un propósito determinado.

²⁷⁷ García-Miguel (2005: 183) cita un texto de la escritora mexicana E. Poniatowska contenido en su obra *Querido Diego, te abraza Quiela y otros cuentos* en el que aparece *ver* acompañado por un sintagma encabezado por la preposición direccional *a*. El enunciado en cuestión es el siguiente: "Ella también comía viéndolo a la cara". La estructura es sorprendente, y sin duda en ella *ver* tiene un significado orientado, pero se trata de un uso tan extraño que pensamos que no tiene suficiente entidad como para recusar la hipótesis fundamental de Hanegreets (2008).

- (30) Mateo se pasa la tarde mirando por el balcón.
 (31) *Mateo se pasa la tarde viendo por el balcón.
 (32) Tomás ha mirado hacia la catedral.
 (33) *Tomas ha visto hacia la catedral.
 (34) A Pedro le gusta mirar antes de comprar.
 (35) # A Pedro le gusta ver antes de comprar.

Como se aprecia, mientras que las oraciones de (30) y (32) son perfectamente coherentes, las de (31) y (33) son agramaticales; el carácter local de *ver* le impide ir complementado por sintagmas precedidos por preposiciones que indican movimiento orientado como *por* y *hacia*. En (34) y (35) tenemos usos intransitivos en los que ni siquiera aparece un sintagma preposicional. En el primer caso, *mirar* representa metonímicamente las acciones propias de un sujeto mientras compara productos antes de hacer una compra; lo decisivo es la actitud del sujeto, no aquello que vaya a adquirir, información que puede suprimirse. Esto es extraño con *ver* puesto que, si bien este verbo puede desarrollar un significado semejante al de *mirar* (EXAMINAR ALGO) por el mismo proceso metonímico, la presencia del PERCEPTO es inexcusable, razón por la cual la oración de (35) resulta llamativa, incluso aunque el PERCEPTO sea consabido pragmáticamente.

Esta oposición que acabamos de explicar es válida para analizar las distintas conceptualizaciones de los verbos de visión, pero ¿sirve para verbos de otros sentidos? Con el resto de verbos de percepción la oposición localización / orientación no ofrece una vía de análisis tan operativa. El oído, el tacto, el olfato y el gusto no tienen un órgano biológico tan marcadamente directivo como los ojos, por lo que sus verbos específicos no pueden generar estructuras icónicas como sintagmas preposicionales de dirección vectorial para representar sintácticamente la orientación del órgano perceptivo. Por esta razón, esta dicotomía no es tan clara fuera de los verbos visuales.

Ahora bien, las nociones de localización y orientación son interesantes para examinar el peculiar comportamiento gramatical de los verbos no visuales. Por ejemplo, esta distinción no existe en el par *oír* / *escuchar* (ambos son locales), hecho que permite que los dos verbos sean más fácilmente intercambiables al no haber una configuración entre ellos tan decididamente distinta e incompatible. En cuanto a *sentir*, *tocar* y *oler*, comprobaremos en los próximos capítulos que, si bien no hay

propiamente una oposición entre localización y orientación, sí la hay entre la posición del conceptualizador y el origen y orientación del estímulo; veremos que mientras que con algunos verbos el hablante suele ser el origen del flujo de energía que se proyecta sobre el estímulo, con otros el conceptualizador representa a la entidad pasiva localizada en un punto del espacio a la que llegan estímulos que actúan como fuerza causal. De este modo, no puede hablarse en sentido estricto de orientación con estos verbos (opuesta a una localización) pero sí de una localización relacionada con fuerzas orientadas que a veces emanan de ella y otras veces llegan a ella.

En este apartado hemos revisado las principales oposiciones teóricas que se han propuesto en la literatura científica para describir el funcionamiento de los verbos de percepción, y la conclusión que extraemos es que estas dicotomías son provechosas en la medida en que ofrecen pautas de análisis interesantes, pero que no sirven para llevar a cabo descripciones cerradas sobre estos verbos; la realidad lingüística, y muy especialmente cuando se consideran los verbos de percepción en su conjunto, se resiste a encajar en parámetros discretos, por lo que estas teorías solamente son el punto de arranque de los análisis, no la respuesta definitiva al problema de cómo se produce el uso lingüístico.

5.4. Complementos de los verbos de percepción

El ser humano, durante su actividad cotidiana, está sujeto a la influencia de múltiples elementos que proceden del mundo exterior; los hablantes están rodeados de objetos que se mueven, de fuerzas de la naturaleza, de máquinas como coches y autobuses, de otros hablantes, etc. Todos esos elementos envuelven al hablante y ocupan sus sentidos debido al principio de indexicalidad: el punto de vista del yo lo invade todo y organiza egocéntricamente la información sensorial circundante (Cucatto y Cucatto, 2004). El estudio de los complementos con verbos de percepción tiene precisamente por objeto analizar cómo codifican los hablantes su relación con los elementos del entorno, siendo decisivo en esa codificación el punto de vista subjetivo y la posición egocéntrica del cuerpo. De este modo, algunos complementos focalizarán la presencia de un objeto en movimiento, otros la cercanía de un objeto sin movimiento y otros secuencias mucho más complejas.

El hablante puede elegir la manera de representar su contacto con la escena, y es libre de conceptualizarla de un modo u otro en función de cómo sea su percepción de ésta y de qué elementos desee destacar. Por este motivo, desde un planteamiento cognitivista (Langacker, 1987, 1991, 1999), las distintas organizaciones sintácticas a que dan lugar los verbos de percepción no son equivalentes, puesto que todas ellas remiten a una imagen distinta diseñada desde el prisma de un conceptualizador ubicado en unas determinadas coordenadas espacio-temporales.

La variedad de estructuras de complementación que ofrecen los verbos perceptivos es realmente amplia. A continuación ofrecemos una serie de oraciones con el verbo *ver* que muestra las principales posibilidades:

- (1) Veo a Paula.
- (2) Veo a Paula bailando.
- (3) Veo a Paula bailar.
- (4) Veo a Paula que baila.
- (5) Veo cómo baila Paula.
- (6) Veo que Paula baila / está bailando²⁷⁸.
- (7) No veo si Paula baila.
- (8) Veo quién le ha dicho a Paula que baile.
- (9) A Paula se la ve bailar.
- (10) Veo a Paula como una gran bailarina.
- (11) A Paula se la ve contenta mientras baila.
- (12) Lo veo todo.

Aunque aparentemente todas estas oraciones puedan parecer simples modificaciones de una o dos estructuras básicas, lo cierto es que no lo son, puesto que cada cambio estructural obedece a un cambio conceptual (iconicidad). De hecho, la ordenación que hemos elegido para presentar los ejemplos no es aleatoria, sino que responde a una gradación de más a menos complejidad, que parte de la percepción física directa, pasa por diversas modulaciones de percepción indirecta y cognitiva, y llega a

²⁷⁸ En este ejemplo el complemento tiene forma de oración subordinada sustantiva enunciativa introducida por elnexo *que*. Esta estructura también puede aparecer en español con elnexo *como* (sin tilde) con el verbo *ver* (no con otros verbos), variante que no debe confundirse con ejemplos como el de (5), en los que aparece una oración interrogativa indirecta parcial. Un ejemplo de sustantiva con *como* sería este: "Ya verás como no tienen el pedido preparado".

percepciones valorativas, estativas e inestables. El denominador común de todas estas estructuras es su relación con la transitividad (Hanegreefs, 2008) y con la presencia de un PERCEPTOR y un PERCEPTO configurados de un modo u otro según la perspectiva subjetiva del conceptualizador y de la información que posea. En los próximos apartados estudiaremos ordenadamente todas estas variaciones a partir de un planteamiento cognitivo, y comprobaremos qué tipo de conceptualización construye cada una.

5.4.1. Objetos definidos

El complemento directo de un verbo de percepción puede ser un sintagma nominal, acompañado o no de determinantes, y un pronombre:

- (13) He visto un perro de pura raza.
- (14) Ayer oímos algunos ruidos extraños.
- (15) El perfume que he oído me encanta.

En los ejemplos (13) y (14) los sustantivos *perro* y *ruidos* funcionan como núcleos de los respectivos grupos nominales de que forman parte; estos sustantivos van acompañados de actualizadores y determinantes que les dotan de univocidad, es decir, de concreción referencial, tales como indefinidos (un, algunos), adjetivos (extraños) y complementos preposicionales (de pura raza). En el ejemplo (15), el pronombre relativo *que*, cuyo antecedente es el sustantivo *perfume*, funciona como CD de *oler*, constituyendo también para dicho verbo de percepción un complemento definido.

Siempre que el CD tenga la disposición sintáctica de un sintagma nominal puede considerarse que representa, en términos cognitivos, al PERCEPTO particular y único que pretende resaltar el conceptualizador; los sustantivos evocan entidades concretas, ancladas al espacio-tiempo y dotadas de límites claros, por lo que se puede considerar que son, en términos semánticos, 'entidades de primer orden' (Lyons, 1977). Siguiendo a Langacker (1991: 24), puede decirse que los sustantivos perfilan una parte muy concreta de un dominio de la experiencia, un punto focalizado a partir de un conjunto más amplio y difuso de conocimientos enciclopédicos. Por esta razón, cuando el CD es nominal se constata que para el hablante dicho CD condensa toda la información que

desea transmitir, y por ello ese punto de referencia se convierte en el elemento más prominente de la escena.

Ello no significa que dicho elemento no forme parte de alguna secuencia mayor, sino que tan sólo implica que la secuencia temporal en la que se inscribe el elemento perfilado carece de importancia para el hablante, razón por la cual no la explicita, dejándola como fondo inactivo de la predicación. Tal vez el perro de la oración de (13) estuviera jugando o comiendo cuando el hablante lo ve, pero dicha información no se conceptualiza por ser innecesaria en ese momento.

Los sustantivos que eventualmente desempeñan la función de CD de un verbo de percepción pueden representar en términos semánticos tanto a objetos como a procesos (Enghels, 2007; Enghels y Roegiest, 2004). Los objetos se caracterizan por ser entidades tridimensionales y tangibles dotadas o no de movimiento propio, mientras que los procesos se corresponden con los sustantivos eventivos de los que ya hemos hablado, los cuales consisten en entidades léxicas más abstractas que expresan conceptos intrínsecamente temporales, como películas, sonidos, etc. Naturalmente, cada verbo de percepción propenderá a uno u otro tipo en función de sus propiedades constitutivas. Por ejemplo, *oír* y *escuchar* tienden a seleccionar sustantivos eventivos que expresan formas de sonido (canción, himno, música, ruido, etc.), e incluso cuando sus complementos son objetos (*oír a los niños, oír la puerta, etc.*) estos verbos expresan la audición de sonidos dinámicos que transcurren temporalmente, puesto que en estos casos tiene lugar una proyección metonímica que hace que el objeto sustituya al sonido que produce (*oír a los niños implica oír los sonidos que estos hacen*) (Enghels, 2007; Enghels y Roegiest, 2004)²⁷⁹.

²⁷⁹ Este fenómeno es propio también de los verbos del olfato; como los sonidos y los olores son intangibles, con frecuencia no aludimos a ellos, sino a la fuente de donde proceden (Miller, 2008). Esta situación no se da con los verbos visuales, lo que explica que las alternancias de (1) y (2) sean posibles, pero no la de (3):

- (1) Oigo el motor / Oigo el ruido del motor.
- (2) Huelo el pastel / Huelo el olor del pastel.
- (3) Veo a Juan / # Veo la imagen de Juan.

Como se puede apreciar, mientras que con el oído y el olfato se puede alternar entre la mención de la fuente y la mención del estímulo mismo (el ruido y el olor), el carácter resultativo y directo de la percepción visual hace que la imagen y su referente sean indisolubles.

Dentro del amplio conjunto de elementos léxicos que pueden acompañar al núcleo en un sintagma nominal con función de CD dependiente de un verbo de percepción (demostrativos, indefinidos, posesivos, numerales, adjetivos, etc.) destaca por su peculiar funcionamiento una estructura denominada oración relativa atributiva²⁸⁰. En principio, el núcleo nominal de un CD puede ir restringido por una oración de relativo restrictiva, como sucede en los siguientes casos:

(16) Vi a un vecino que era muy simpático.

(17) Hemos visto a un técnico que trabaja en la empresa de Samuel.

Estas oraciones muestran dos relativas que limitan el alcance denotativo de sus antecedentes (vecino y técnico), los cuales funcionan como núcleo del CD que rige el verbo *ver*. Sin embargo, en ocasiones la oración de relativo expresa una noción que no se limita a dar una referencia concreta sobre el antecedente sino que lo enmarca en una secuencia eventiva. Es lo que sucede en la oración de (4) que citamos antes y que reproducimos a continuación:

(4) Veo a Paula que baila.

En este caso la relativa *que baila* más que delimitar la noción expresada por el antecedente (que es, además, una entidad delimitada *per se* al tratarse de un nombre propio), lo relaciona con una acción dinámica (bailar) de la que dicho antecedente es la parte más destacada; de este modo, esta relativa crea un espacio mental que completa la información de la escena señalando qué hace el núcleo *Paula*. Naturalmente, Paula sigue siendo el FOCO DE ATENCIÓN del PERCEPTOR, pero dicho foco se entiende a la luz de una situación más amplia que queda parcialmente evocada por la relativa atributiva.

Como es lógico, no todas las oraciones de relativo que inciden sobre un elemento que funciona como CD de un verbo de percepción tienen la capacidad para expresar este matiz dinámico. Hanegreefs (2008: 104)

²⁸⁰ Tal y como indica Hanegreefs (2008: 104) esta estructura ha recibido otras denominaciones, como relativa predicativa, relativa completiva, relativa presentadora y pseudo-relativa. Sobre esta compleja estructura pueden consultarse los siguientes trabajos: Schwarze (1974), van der Auwera (1985), Kleiber (1988), Guasti (1993), Cinque (1995), Brucart (1999: 428-435), Rafel (1999) y Hanegreefs (2008: 104-109).

considera que hay tres rasgos básicos que definen a las relativas atributivas²⁸¹:

- a) La relativa atributiva denota siempre eventos, es decir, acontecimientos durativos.
- b) El tiempo verbal de la relativa atributiva tiene que ser igual que el de la oración principal.
- c) El antecedente de la relativa atributiva tiene que estar formado obligatoriamente por una entidad que se pueda percibir por alguno de los sentidos corporales.

Si observamos los enunciados (16) y (17) comprobamos que las relativas en ellos contenidas no pueden interpretarse como relativas atributivas porque no satisfacen alguno de los requisitos que acabamos de comentar. Por ejemplo, la oración de relativo de (16) nunca podría funcionar como un evento porque su verbo es estativo (ser), y como ya hemos explicado los estados son, aspectualmente, atemporales. Por su parte, la oración de (17) no es una relativa atributiva porque en ella el verbo subordinado (trabaja) y el verbo regente (hemos visto) no coinciden en tiempo verbal, lo que impide una visión física directa: para que haya una auténtica relativa atributiva, la acción perceptiva y la acción expresada por la relativa deben ser simultáneas²⁸².

Como hemos mostrado en el ejemplo (15), un pronombre, relativo o de cualquier otro tipo, puede ocupar perfectamente la función de un CD definido. No obstante, hay ciertos pronombres y ciertas construcciones que representan una complementación del verbo que, siendo definida, no resulta en absoluto unívoca. Veamos algunos ejemplos:

- (18) Lo veo todo desde aquí.
- (19) Lo que he oído en clase me parece interesante.
- (20) Entré en el agua y toqué algo con la mano.

²⁸¹ Hay otras características sintácticas asociadas a estas estructuras, pero son en realidad detalles derivados de las propiedades fundamentales. Por ejemplo, el antecedente de la relativa atributiva suele funcionar como sujeto de la acción subordinada (aunque existen algunas excepciones), algo lógico teniendo en cuenta que estas estructuras conceptualizan eventos. Hanegreefs (2008: 105-106) sintetiza y ejemplifica adecuadamente estas características secundarias.

²⁸² Es más, esta simultaneidad entre el tiempo del verbo de percepción y el tiempo del verbo subordinado es una característica común a todas las estructuras sintácticas que expresan percepción directa o indirecta, ya sean eventos de infinitivo o gerundio u otras estructuras con verbo flexionado.

En la lengua española hay pronombres neutros, ciertos sintagmas nominales y algunas estructuras enfáticas que representan complementos cuyo referente es inaccesible o generalizado. Estos complementos, denominados complementos inestables, se caracterizan por tener una forma finita y perfectamente delimitada, pero un contenido completamente infraespecificado, lo que dota de ambigüedad a la oración. Los ejemplos más claros son el pronombre clítico *lo*, el relativo *lo que*, los demostrativos neutros *eso* y *esto*, los indefinidos *algo*, *nada*, *todo*, el sintagma *las cosas* (con significado indefinido) y la forma enfática “*lo + adjetivo + {que / de SN}*” (como en “ya veo lo interesante del problema”) (Hanegreefs, 2008: 133-137). Las oraciones cuyo complemento directo es inestable focalizan precisamente dicha inestabilidad a partir del pronombre que la conceptualiza, por lo que su significado queda como en suspenso al no ser recuperable un referente concreto para esos complementos. Precisamente por este motivo, una de las discusiones más frecuentes con este tipo de complementos es si estos sustituyen a objetos definidos o a complementos proposicionales como oraciones subordinadas.

Para Delbecque (1998a) y Delbecque y Lamiroy (1999: 2014) *lo* y *lo que*, por ejemplo, remiten siempre a una hipotética oración sustantiva en función de CD, por lo que su referencia nunca debe reducirse a un único sintagma nominal sino a una proposición completa. Si aceptamos este análisis, se entiende lo interesantes que son estas estructuras, por cuanto que expresan una situación muy peculiar cognitivamente; cuando la complementación es inestable, el PERCEPTOR tiene un FOCO DE ATENCIÓN perfectamente delimitado, pero que ni está anclado temporalmente ni activa en la mente del receptor ningún MCI en particular. De este modo, estas estructuras generan una expectativa que no se concreta, o porque no puede concretarse, adquiriendo así un valor de generalización, o porque el conceptualizador prefiere concentrar una amplia información en un objeto definido que evidencie que tal información existe pero que se va a omitir en el marco discursivo. Este tipo de complementación es relativamente frecuente con los verbos de percepción y prueba que a veces no es una tarea sencilla determinar cuál

es el PERCEPTO, ya sea por su naturaleza difusa o, contrariamente, por su naturaleza excesivamente vasta e inabarcable²⁸³.

En suma, los objetos definidos son complementos directos que representan un elemento de la realidad muy concreto (sea estable o inestable) que actúa como FOCO DE ATENCIÓN del conceptualizador, quedando en un segundo plano la situación eventiva en que dicho foco se manifiesta. Sólo cuando el objeto definido es complementado por una relativa atributiva puede vislumbrarse en la construcción sintáctica el marco dinámico subyacente. En el apartado siguiente estudiaremos los complementos verbales en los que el marco eventivo pasa a ser totalmente explícito, y comprobaremos hasta qué punto es rica en expresividad la gramática del español al codificar este tipo de complementos.

5.4.2. Eventos

Observemos atentamente las siguientes oraciones:

- (21) Vimos a los jardineros trabajar.
- (22) He oído crujir la pared.
- (23) Entonces sintió vibrar el suelo.
- (24) Voy a escuchar a Manuel tocar la guitarra.

En estos ejemplos encontramos diversas manifestaciones de uno de los fenómenos sintácticos más complejos de las lenguas románicas: las llamadas estructuras de infinitivo con sujeto en acusativo. En estas construcciones, formadas en español como calcos de las construcciones equivalentes en latín²⁸⁴, un verbo de percepción va complementado simultáneamente por un infinitivo y por un sintagma nominal (precedido en ocasiones por la preposición *a*) que funciona como el sujeto lógico de dicho infinitivo. El funcionamiento sintáctico de estas construcciones es

²⁸³ Para entender lo provechosa comunicativamente que es esta última posibilidad sólo hay que pensar en un caso como este: "Fui a Egipto y lo vi todo". En este ejemplo, el CD inestable *todo* está lejos de carecer de contenido, pero se trata de un contenido muy extenso que resultaría en la práctica muy difícil de explicitar. Además, el indefinido *todo* activa numerosas inferencias pragmáticas relativas a qué es lo que hay que ver en Egipto, de modo que el receptor entiende sin problema que ese CD se refiere únicamente a lo que se espera ver en un viaje de estas características (monumentos, etc.).

²⁸⁴ Sobre el origen histórico de estas construcciones se pueden consultar estas referencias: Rodríguez Espiñeira (1985), Herrero Ruiz de Loizaga (2005: 104-112), Luque Castro (2008).

tan peculiar que podemos afirmar que no hay en la bibliografía sobre verbos de percepción una cuestión más discutida²⁸⁵.

La singularidad de estas estructuras radica en que su análisis pone en jaque la coherencia de la sintaxis funcional clásica. En principio parece lógico suponer que el sintagma nominal en estos casos debe funcionar como CD del verbo perceptivo²⁸⁶ pero, si esto es así, ¿qué función desempeña el infinitivo? Este, en tanto que forma no personal del verbo, está habilitado para desempeñar las funciones sintácticas propias de un sustantivo, por lo que también podría interpretarse como el CD del verbo regente. Esta situación es ciertamente paradójica, puesto que en teoría es imposible que un mismo verbo posea dos complementos directos si estos no están coordinados copulativamente. ¿Cómo analizar la estructura? ¿Es el sintagma nominal el sujeto lógico del infinitivo? ¿Puede llevar, en ese caso, un sujeto lógico preposición? La construcción es tan compleja que desde hace años numerosos lingüistas le han dedicado su atención con el objeto de explicar su peculiar comportamiento.

Existen diversas hipótesis para analizar estas estructuras, enunciadas desde planteamientos teóricos muy distintos²⁸⁷. Alarcos Llorach (1970b) propuso, dentro del modelo funcionalista de la tradición española, una interpretación muy elegante. En su opinión el infinitivo nunca funciona como un verbo independiente, por lo que el sintagma nominal no puede ser su sujeto lógico. De este modo, para Alarcos el sintagma nominal debe

²⁸⁵ La bibliografía sobre este tipo de estructuras y sobre las relaciones que mantienen con el resto de complementos de los verbos de percepción (sintagmas nominales, oraciones subordinadas, etc.) es verdaderamente abundante. Para una revisión de distintas propuestas teóricas sobre ello (generativistas, estructuralistas y cognitivas) y para un análisis de esta cuestión aplicado a múltiples lenguas, se pueden consultar, entre muchas otras, las siguientes referencias: Granville Hatcher (1944a, 1944b); Alarcos Llorach (1970a, 1970b); Akmajian (1977); Kirsner (1977); Kirsner y Thompson (1976); Suñer (1978); Lemhagen (1979); Declerck (1981, 1982); Van der Leek y Jong (1982); Ruwet (1984); Kiyosawa (1986); Fujimoto (1987); Souesme (1990); Dik y Hengeveld (1991); Fernández Lagunilla y De Dios López (1991); Van der Meer (1994); Labelle (1996); Girard (1998); Felser (1998, 1999); Rodríguez Espiñeira (2000, 2002b, 2004); Rodríguez Espiñeira y Pena (2011); Devís Márquez (1998, 2010a); Miller (2003); Ono (2004); Bermúdez (2004); Azpiazu Torres (2005); Marsac (2006); Enghels (2007a); Vesterinen (2007, 2010); Mckay (2009); Larsson (2009).

²⁸⁶ Algo esperable, puesto que dicho sintagma admite la sustitución por los clíticos de acusativo: "*vi a las mujeres tejer una alfombra*" > "*las vi tejer una alfombra*".

²⁸⁷ Rodríguez Espiñeira (2004: 141-156) y Devís Márquez (2010a) ofrecen un detallado estudio contrastivo de las diversas teorías propuestas.

funcionar necesariamente como CD del verbo de percepción, siendo el infinitivo un C. Predicativo orientado a dicho CD. Así, el infinitivo actuaría como una predicación secundaria, es decir, como una referencia atributiva al estado en que se encuentra el CD.

Por su parte, los lingüistas generativos han defendido otro punto de vista, según el cual el sintagma nominal y el infinitivo forman una cláusula reducida, es decir, una predicación esquemática²⁸⁸. En virtud de este análisis, el sintagma nominal tendría una función doble, puesto que sería a un tiempo sujeto del infinitivo y CD del verbo de percepción; de este modo, ambos elementos constituirían una predicación semánticamente plena pero formalmente incompleta, al hallarse el verbo de ésta en infinitivo (forma no flexionada sin marcas verbales propias) (Hernanz, 1999). Las relaciones entre el verbo de percepción y los otros dos sintagmas pueden visualizarse, en consecuencia, de dos formas distintas:

- a) Veo a Silvia [nadar] (Predicación secundaria)
- b) Veo [[a Silvia] [nadar]] (Cláusula reducida)

En la primera posibilidad *a Silvia* es el CD de *ver* mientras que *nadar* expresaría cuál es el estado que se predica de Silvia. Sin embargo, siguiendo la segunda interpretación, *a Silvia nadar* formaría un gran CD de *ver*, constituido internamente por dos elementos que funcionarían como sujeto y predicado de una oración simplificada²⁸⁹.

Los lingüistas cognitivos han asumido otro criterio para interpretar estas construcciones. A juicio de diversos autores (Langacker, 1987, 1991, 1999; Achard, 1996; Silva, 2004, 2005, 2008; Hanegreefs, 2008), las estructuras que nos ocupan representan la conceptualización de un evento, entendido como la captación sensorial directa de un suceso del

²⁸⁸ Los autores de la escuela generativa se han ocupado con gran interés de estas construcciones porque han visto en ellas una prueba formal a favor de su hipótesis de que la sintaxis es una proyección a la estructura superficial de un contenido interno o estructura profunda. En ese contexto, las cláusulas reducidas serían proposiciones completas en la estructura profunda que se han proyectado a la sintaxis de manera parcial, quedando su verbo en forma no flexionada. La primera aplicación al español de esta hipótesis fue, hasta donde tenemos noticia, la de Molina Redondo (1971), seguida posteriormente por muchos otros trabajos, como los de Guasti (1989, 1993). Actualmente, abundan estos análisis formalistas, entre los que destacan muy especialmente los trabajos de Felser (1998, 1999).

²⁸⁹ Bosque (1989: 97-103) y Devís Márquez (2010a) resumen de manera certera los problemas y ventajas descriptivas que plantean ambas propuestas.

mundo. Por ello, la cuestión decisiva para explicar estas construcciones radica en entender qué papel conceptual desempeñan tanto el sintagma nominal como el infinitivo en relación con el verbo de percepción y con la escena evocada.

Estas construcciones de infinitivo con sujeto en acusativo han recibido diversas denominaciones, como estructuras con sujeto elevado²⁹⁰ o acciones²⁹¹, aunque en toda nuestra tesis doctoral nos referiremos a ellas como eventos. Los eventos son, por tanto, conceptualizaciones que codifican una percepción directa de la realidad, y más concretamente, la percepción de un hecho. En tanto que expresiones que se refieren a acontecimientos externos que están ubicados en unas determinadas coordenadas espacio-temporales, los eventos expresan percepciones puramente físicas e (inter)subjetivas, rasgo que comparten con los complementos nominales. Sin embargo, a diferencia de estos, los eventos no tienen una configuración semántica con límites definidos, razón por la cual se trata de 'entidades de segundo orden' (Lyons, 1977).

¿Por qué los eventos siempre expresan una percepción directa? La razón estriba en la propia naturaleza gramatical de sus elementos internos. Los sintagmas nominales, como ya hemos explicado, fuerzan a una lectura física en la medida en que se refieren siempre, a menos que medie un uso metafórico, a conceptos perfectamente delimitados que pueden percibirse por medio de los sentidos. Por otro lado, el infinitivo, en tanto que forma no personal del verbo, carece de flexión de persona, de tiempo, de modo y de aspecto²⁹², por lo que es incapaz de formar un predicado por sí mismo. De este modo, tanto el sujeto lógico como el

²⁹⁰ Esta denominación, habitual en los análisis cognitivistas, procede en realidad del modelo generativo (Bermúdez, 2004).

²⁹¹ Labelle (1996) distingue al tratar estas construcciones entre 'acontecimientos' y 'acciones'. Los acontecimientos tendrían lugar cuando el sujeto lógico precede al infinitivo (veo a Luis correr), mientras que hablaríamos de acciones cuando va pospuesto (veo correr a Luis). Labelle justifica su distinción con criterios semánticos que son relativamente coincidentes con los que emplearemos en nuestra tesis, aunque compartimos con Hanegreefs (2008) la opinión de que las denominaciones que sugiere esta autora son poco adecuadas, por cuanto que los verbos de percepción que pueden ir complementados por estas estructuras casi nunca funcionan de manera agentiva.

²⁹² O, si se prefiere, puede decirse que es neutro aspectualmente en contraposición con el gerundio, que tiene aspecto durativo, y con el participio, que tiene aspecto perfectivo (RAE, 2009).

infinitivo dependen del verbo principal, siendo esa ligazón sintáctica la que explica que el verbo de percepción siempre conserve su significado sensorial intacto y que las dos piezas del evento representen a entidades que se perciben directamente, puesto que carecen de autonomía y están subordinadas al verbo perceptivo²⁹³. En definitiva, si con las estructuras de relativa atributiva la escena en la que participa el elemento percibido quedaba únicamente sugerida, con las estructuras de evento dicha escena se conceptualiza por completo, y forma con su sujeto lógico un complemento directo global más o menos lexicalizado, como tendremos ocasión de comprobar.

Teniendo en cuenta los distintos análisis que ofrece la bibliografía, podemos determinar que las principales características de estos complementos son las siguientes:

- a) Expresan hechos que tienen lugar en el medio físico y que, por ello, pueden percibirse con algún sentido corporal. Esta propiedad descarta automáticamente diversas estructuras. Por ejemplo, los eventos nunca pueden construirse con infinitivos compuestos (*vi a Luis haber corrido) ya que el valor perfectivo del infinitivo compuesto señala que el evento ya ha tenido lugar y que, por ello, ya no es visible. Tampoco es posible el empleo de verbos modales (*vi a Luis poder correr), porque el modal en este caso expresa potencialidad de realización de la acción, no la acción misma.
- b) Los eventos tienen desarrollo temporal interno, puesto que siempre expresan hechos que suceden en un determinado periodo de tiempo. Esta circunstancia excluye a los verbos estativos para formar eventos (*vi a Luis ser alto) por cuanto que los estados carecen de desarrollo eventivo.
- c) La percepción sensorial y el transcurso del evento han de ser simultáneos en el tiempo. Si no es así, la lectura física directa es imposible (*vi a Luis correr mañana).
- d) El estado mental del PERCEPTOR es irrelevante; éste percibe el evento pero no lo evalúa o interpreta. Además, el evento puede ser

²⁹³ Rodríguez Espiñeira (2000, 2004) define el sujeto lógico como elemento 'pivote', puesto que en realidad es él el que garantiza que la estructura en su conjunto forme un complemento que se percibe de manera directa; el pivote sólo admite una lectura física, por lo que a partir de él el PERCEPTOR tiene acceso a la secuencia de sucesos que tiene lugar en ese momento y en la que está involucrada el pivote sintáctico.

subjetivo o intersubjetivo en función del sentido que esté implicado en su captación.

e) El evento tiene lugar independientemente del acto de percepción. Asimismo, los eventos con verbos perceptivos no se ven afectados en ningún grado por el hecho de ser percibidos (proceso adherente).

f) El evento de un verbo de percepción no puede estar negado pero sí puede ser un evento negativo (Carrasco Gutiérrez, 2011a)²⁹⁴. Un evento negado es aquel que no ha tenido lugar, de manera que estos eventos no pueden complementar a un verbo de percepción, puesto que no se puede percibir algo que no ha ocurrido (*vi a Luis no correr). Sin embargo, los verbos de percepción sí admiten en determinados contextos pragmáticos eventos negativos, es decir, eventos que consisten en la no realización de una acción. Por ejemplo, puede que Luis esté preparado para correr, se haya vestido para ello y haya calentado, pero quizá en el último momento se retire de la carrera por un tirón en la pierna. Pues bien, toda esa secuencia de acontecimientos forma el evento NO CORRER, evento negativo que sí se puede percibir (una vez vi a Luis no correr por culpa de un tirón).

g) Los eventos son capaces de expresar aspectualmente actividades, realizaciones y logros, siendo esto último lo más frecuente, puesto que los logros comportan una duración puntual (Rodríguez Espiñeira, 2000). Por ejemplo, “vi a Antonio comer” sería una actividad, “vi a Antonio derribar la pared” sería una realización y “vi a Antonio llegar” sería un logro.

Aparte de todas las propiedades que hemos examinado hasta ahora, existen otras características sintácticas de los eventos que ponen de manifiesto su notable complejidad: nos referimos a la capacidad que tienen estas construcciones de asumir diversas disposiciones formales en relación con la ubicación de sus constituyentes. De hecho, estas variaciones, de las que nos ocupamos a continuación, son absolutamente

²⁹⁴ Sobre la posibilidad de negar los eventos con infinitivo se ha discutido mucho en la bibliografía. Para un análisis de distintas propuestas aplicadas a lenguas como el español, el inglés, el francés o el portugués, véanse los siguientes trabajos: Felser (1999), Castillo (2001), Miller (2004), Miller y Lowrey (2003) y Freire (2009).

decisivas para entender en toda su magnitud la importancia semántica de estos complementos de los verbos perceptivos.

En primer lugar, los eventos pueden estar formados únicamente por el infinitivo. En estos casos el sujeto lógico no se perfila, por ser innecesario para el conceptualizador o por ser inexistente, al tratarse de un evento impersonal. Siguiendo la notación al uso en gramática cognitiva, denominaremos esta variante evento de tipo VV. Ofrecemos algunos ejemplos a continuación:

(25) Pasamos la tarde viendo llover.

(26) Cuando llueve me gusta oír relampaguear.

(27) El jefe veía trabajar desde su despacho.

En todos estos ejemplos, el evento consta sólo del infinitivo²⁹⁵. En (25) y (26) nunca podría haber sujeto lógico, puesto que los verbos que expresan procesos meteorológicos son intrínsecamente impersonales. (27), sin embargo, muestra un evento agentivo (trabajar) que sí podría ir acompañado en la conceptualización por un sujeto lógico (quien trabaja), aunque en este caso el hablante ha omitido esta información, por parecerle irrelevante: lo importante es expresar cómo el jefe controla la acción misma de trabajar (FOCO DE ATENCIÓN) siendo algo secundario y, por ello, susceptible de ser eliminado, quién trabaja. Los eventos de tipo VV son los más cohesionados, puesto que el verbo de percepción y el infinitivo forman un complejo verbal muy consistente, ya que el infinitivo depende por completo del verbo principal. Por este motivo, Silva (2005) considera que los eventos VV son mono-oracionales. Rodríguez Espiñeira (2000, 2004) defiende a este respecto que en estos casos resulta poco probable que el infinitivo funcione como CD del verbo de percepción, circunstancia que evidenciaría que verbo de percepción e infinitivo forman un todo fuertemente lexicalizado. Si aplicamos la prueba de la sustitución por el clítico de acusativo tal y como propone esta investigadora, comprobamos que la estructura resultante es, cuando menos, llamativa:

(27) El jefe veía trabajar desde su despacho > # El jefe lo veía desde su despacho.

Por este motivo, para Rodríguez Espiñeira (2004) los eventos VV tienen significado genérico, valor reforzado por la ausencia del elemento

²⁹⁵ Por esta razón también se los denomina eventos 'escuetos' (Hanegreefs, 2008: 94).

pivote, ausencia que, asimismo, facilita tanto que haya una gran integración funcional entre verbo principal e infinitivo (forma mono-oracional) como la presencia de infinitivos avalentes (verbos meteorológicos, por ejemplo).

Con el resto de eventos, el sujeto lógico siempre es explícito. Ahora bien, su posición en la secuencia sintáctica no es fija, puesto que el sujeto lógico puede ir pospuesto al infinitivo o antepuesto a él²⁹⁶. De esta manera, el siguiente tipo de evento es el VVO, en el que el elemento pivote está pospuesto al infinitivo:

(28) Oí cantar a los niños.

(29) Hemos visto encenderse las bombillas.

Aunque en este tipo de eventos se perfila el sujeto lógico, el hecho de que el infinitivo le preceda indica en términos de iconicidad que este elemento es más importante que el otro, es decir, que el infinitivo sigue siendo el FOCO DE ATENCIÓN. Si tenemos en cuenta el principio de proximidad (explicado en el capítulo 2) comprenderemos esta idea; el infinitivo sigue estando más cerca del verbo de percepción que el sujeto lógico, lo que demuestra que es el elemento destacado por el conceptualizador. Por consiguiente, los eventos VVO siguen siendo, al igual que los VV, complejos verbales mono-oracionales que actúan como un gran PERCEPTO global completamente dependiente del verbo de percepción.

Queda claro que la ordenación de los elementos implicados no es aleatoria, debido a que la importancia objetiva que cada uno tiene en el plano semántico afecta a su colocación. Así, los elementos más importantes se sitúan cerca del verbo principal, mientras que los que aportan matices más periféricos pueden encontrarse a más distancia sintáctica (orden icónico). Esto explica que al llegar al último tipo de evento, el tipo VOV, la situación cambie completamente. En este caso el sujeto lógico se antepone al infinitivo, lo que modifica de un modo muy trascendental la conceptualización cognitiva de la escena:

²⁹⁶ Esta variabilidad no se da en lenguas como el inglés o el neerlandés, en las que la posición del sujeto lógico con eventos es rígida (Engels, 2007b: 73). Esta diferencia (lenguas con posición fija / lenguas con posición variable) hace que el estudio de la posición del sujeto lógico sea muy pertinente en las lenguas que sí permiten alterar su ubicación, puesto que si se asume un punto de vista teórico de tipo cognitivo hay que suponer forzosamente que esa variación no es arbitraria, sino que tiene una motivación semántica.

(30) Rafael vio al director pronunciar un discurso.

(31) Escuchamos al juez leer la sentencia.

(32) El muchacho sintió su corazón acelerarse.

Cuando el pivote va inmediatamente después del verbo, pasa a ser el elemento central del PERCEPTO. En términos de Langacker (1987, 1991, 1999), diríamos que en una oración como la de (30), por ejemplo, *Rafael* es el trayector, es decir, la fuente de energía. Este trayector orienta su flujo de fuerza hacia un objeto definido, *el director*, que funciona como CD; este CD es el punto de anclaje referencial, aquello que más le interesa destacar al conceptualizador²⁹⁷, razón por la cual se sitúa después de *ver*. De este modo, el infinitivo simplemente quedaría relegado a un plano secundario, puesto que sólo sería el marco eventivo en el que interviene el sujeto lógico, marco elaborado por el pivote y accesible gracias a él. Por este motivo, dicho sujeto lógico tendría una doble función: es el CD del verbo de percepción y, al mismo tiempo, funciona como un segundo trayector, el trayector de *pronunciar un discurso* (landmark). La relación de grado establecida entre los eventos VOV y las oraciones con relativa atributiva es ahora absolutamente clara; los eventos VOV terminan de mostrar la situación dinámica en la que interviene el objeto percibido, la cual sólo se encuentra parcialmente evocada por las relativas, si bien en ambos casos el elemento más importante de la escena es el pivote, el sujeto lógico.

Como vemos, entre los eventos VOV y los eventos VV(O) se establecen muchas diferencias importantes. El esquema VOV es mucho más complejo porque en él sí tenemos un CD prototípico (conmutable por clíticos de acusativo), además de un infinitivo que actualiza una situación concreta en la que aparece dicho CD. Por otro lado, en términos de iconicidad, la eventualidad de que el sujeto lógico preceda al infinitivo (orden OV en lugar de VO) acerca el evento a la estructura canónica de una oración, el orden SV (sujeto y verbo)²⁹⁸ (Cifuentes Honrubia, 2000;

²⁹⁷ Incluso se puede considerar que con eventos VOV el sujeto lógico está tan destacado que representa metonímicamente al evento entero (Langacker, 1991, 1999; Bermúdez, 2004).

²⁹⁸ Roegiest (2003), Enghels (2007a) y Enghels y Roegiest (2004) han propuesta una hipótesis acerca de las diferencias entre los verbos de visión y audición que se basa en este matiz. Según estos investigadores los verbos de visión suelen seleccionar eventos VVO mientras que los verbos auditivos exigen por lo general eventos de tipo VOV. A juicio de Roegiest y Enghels la causa de esta diferencia estadística radica en la naturaleza fisiológica de cada

Delbecque, 2005; Silva, 2005; Padilla García, 2005; Hanegreefs, 2008). En efecto, el hecho de que el orden OV se asemeje al orden prototípico de un predicado favorece que cognitivamente estos eventos se interpreten como esquemas más independientes del verbo de percepción. Esto último, por supuesto, está reforzado por el hecho de que el orden VOV realce gestálticamente al sujeto lógico; al ser éste un CD inequívoco, la estructura resultante ya no forma un complejo verbal cerrado de tipo mono-oracional, como sí sucede en los casos de VV(O), sino que se vuelve una estructura más libre e independiente (en un plano semántico) del verbo matriz, es decir, una estructura bi-oracional (Silva, 2005).

Finalmente, nos queda por comentar una última variación de los eventos con infinitivo: aquella en la que el sujeto lógico es pronominal²⁹⁹. En estos casos, la posición de los elementos es inamovible, puesto que el

sentido. El hecho de que la visión sea objetual (percepción de objetos tridimensionales) favorece que el PERCEPTOR ejerza más control sobre el evento, por lo que el sujeto lógico tiende a posponerse. Por contra, la audición es procesal, de manera que es el estímulo el que alcanza activamente al PERCEPTOR, lo que se traduce en la tendencia a que el sujeto lógico se anteponga al infinitivo y se aproxime a un sujeto prototípico. Esta hipótesis se ve reforzada por otras evidencias, como la propensión de *ver* a ir complementado por infinitivos inacusativos con valor pasivo, mientras que *oír* requiere infinitivos inergativos, marcadamente agentivos.

²⁹⁹ El portugués conoce un tipo de evento que no se da en las demás lenguas románicas: el evento VSV. En la lengua portuguesa existen dos tipos de infinitivo, el infinitivo flexionado y el infinitivo no flexionado, por lo que, a su vez, hay dos tipos de eventos en los que el sujeto lógico antecede al infinitivo: uno con infinitivo flexionado (VSV) y otro con infinitivo no flexionado (VOV). Veamos unos ejemplos tomados de Silva (2005: 856):

(1) A Maria viu os miúdos correrem (VSV)

(2) A Maria viu os miúdos correr (VOV)

Los estudios de Silva (2004, 2005, 2008) muestran que el evento VSV es todavía más independiente con respecto al verbo de percepción que el evento VOV, puesto que el hecho de que el infinitivo tenga flexión morfológica propia (de persona y número) intensifica la falta de integración en un compuesto mono-oracional con el verbo regente.

Por otro lado, en nuestro corpus hemos encontrado un evento con *ver* que responde al esquema OVV:

(3) Bajo los montes muy altos / Un azor vide volar (Anónimo, *Romances*, 1550)

En este texto del siglo XVI el sujeto lógico se encuentra en la primera posición, por lo que queda convertido en el elemento más destacado por el conceptualizador. Se trata, sin embargo, de un uso que en el español actual resultaría anómalo, ya que cuando el CD se antepone al verbo del que depende, se altera su ubicación natural lo que, por el principio de iconicidad (véase el apartado 2.10.2), hace que aparezca un clítico de acusativo correferencial (a un azor lo vi volar). De todos modos, al tratarse de un texto en verso, quizá la dislocación del objeto sea simplemente el resultado de un hipérbaton estilístico.

pronombre debe estar obligatoriamente antepuesto al infinitivo (Hanegreefs, 2008: 85). Lo comprobamos con oposiciones como estas:

(33) Lo vi llegar > *Vi llegarlo.

(34) Los escuchamos salir > *Escuchamos salirlos.

Consecuentemente, siempre que el sujeto lógico sea pronominal, será el punto destacado por el conceptualizador, y tendrá la máxima importancia, igual que sucede con los eventos VOV. Ello es posible porque, como ya comentamos a propósito de los complementos definidos, los pronombres representan, junto con los sustantivos, entidades perfectamente cerradas y específicas.

Todos los eventos considerados hasta ahora tienen en común el contener un infinitivo como elemento verbal, pero también es posible que el verbo que aparece en el evento sea un gerundio. Lo vemos en los siguientes ejemplos:

(35) Vi a Paquita comprando en la tienda.

(36) Los vecinos oyeron a José Carlos hablando con Ernesto.

Diversos autores (Demonte y Masullo, 1999; Hernanz, 1999) han defendido que las construcciones de evento con infinitivo y gerundio son sinónimas, por lo que las oraciones de (35) y (36) se podrían sustituir por estas otras: “Vi a Paquita comprar en la tienda” y “Los vecinos oyeron a José Carlos hablar con Ernesto”. Sin embargo, otros investigadores (Langacker, 1991; Di Tullio, 1998, 2000; Verhaert, 2008) consideran que la alternancia infinitivo / gerundio en estos casos no es aleatoria, puesto que cada forma verbal da acceso a una imagen mental distinta³⁰⁰.

Aunque tanto el infinitivo como el gerundio son formas verbales no finitas, media entre ellas una diferencia de tipo aspectual que resulta clave en la cuestión que estamos tratando; mientras que el infinitivo expresa predicaciones generales sin indicar ningún marco de referencia

³⁰⁰ Desde un punto de vista diacrónico es interesante resaltar que la construcción de evento con gerundio equivale semánticamente en español a las estructuras del latín en las que al verbo de percepción lo complementaba una cláusula de participio de presente. Veamos un ejemplo, extraído de Luque Castro (2008: 302):

(1) Ut neque eum querentem quisquam audierit (Nepote)

Este texto se puede traducir así: “Que nadie lo escuchó quejándose”. Esta estructura latina era muy inusual y, de hecho, quizá sólo fuera una imitación del equivalente en griego, lengua en la que sí era frecuente. Lo que deseamos destacar es que esta forma del latín continuó en lenguas románicas como el francés, mientras que el español recurrió al gerundio para cubrir esa conceptualización (Luque Castro, 2008: 302).

aspectual, el gerundio sí expresa aspecto, concretamente aspecto durativo. Esta diferencia ha llevado a interpretar que la escena expresada por los eventos con infinitivo es totalizadora o sinóptica, mientras que la escena con eventos con gerundio se produce “in medias res” (Hanegreefs, 2008). De este modo, el infinitivo evoca el suceso percibido en su conjunto, señalando perfectamente el marco temporal en que tiene lugar, y el gerundio muestra el suceso en curso, mientras sucede. Por consiguiente, los eventos de gerundio no perfilan el acontecimiento entero, sino tan sólo uno de los momentos de su desarrollo, momento que queda ampliado perceptivamente hasta el punto de que el inicio y el fin del evento desaparecen. Por este motivo, en el ejemplo (35) se expresa que se vio al sujeto lógico realizando una acción de forma durativa (quizá mientras cogía un artículo de la tienda) y no que se vio el proceso de comprar íntegramente (llegar a la tienda, coger el producto y pagar).

Este matiz aspectual, denominado por Verhaert (2008) efecto ‘zooming in’ (por cuanto que el gerundio amplía un punto de la escena como si lo enfocara con un zum), explica que ciertos verbos que admiten que sus complementos estén modificados por gerundios no puedan ir complementados por infinitivos, al ser incapaces de expresar la captación del proceso entero. Es lo que expresan las siguientes oraciones:

(37) La policía sorprendió al ladrón robando.

(38) *La policía sorprendió al ladrón robar.

(39) Encontramos a los alumnos pintando.

(40) *Encontramos a los alumnos pintar.

Los enunciados (38) y (40) son agramaticales porque los predicados *sorprender* y *encontrar* expresan logros, y los logros, por ser puntuales en el tiempo, permiten la presencia del gerundio, que también expresa un punto temporal, pero no la de infinitivos que denotan eventos dilatados en el tiempo.

Además de por el distinto punto de vista al percibir el suceso, los eventos de infinitivo y gerundio se diferencian por otras muchas particularidades³⁰¹. Ambos comparten los rasgos generales de los eventos

³⁰¹ Hanegreefs (2008: 97-99) resume todas las pruebas sintácticas que demuestran que ambas formas no son equivalentes. Para un estudio más detallado referido al español, véanse los trabajos de Di Tullio (1998, 2000) y de Fernández Lagunilla (2003).

con verbos de percepción de los que ya hemos hablado³⁰², pero aun así forman estructuras conceptualmente distintas. Por ejemplo, el evento con gerundio no admite fácilmente la posposición del sujeto lógico (Di Tullio, 1998). Por esa razón el siguiente ejemplo resulta antinatural:

(41) # Vimos montando en bicicleta a César.

Los eventos con gerundio implican que el conceptualizador ha centrado su interés en una parte concreta de la situación percibida, por lo que el marco eventivo en sí tiene menos importancia que el sujeto lógico, que representaría el FOCO DE ATENCIÓN: el conceptualizador se concentra en un momento concreto del evento, de modo que el elemento activo de éste (el sujeto lógico) se convierte en el segundo trayector y debe, por ello, anteponerse al gerundio. Esto es lo que explica que el orden prototípico con eventos de este tipo sea el VOV.

Pero sin duda la principal diferencia entre estas dos formas no flexionadas es que el gerundio forma eventos más independientes con respecto al verbo de percepción que los infinitivos. La razón principal estriba en que el gerundio, a diferencia del infinitivo, goza de cierta autonomía sintáctica, ya que posee una flexión específica de tipo aspectual que le permite funcionar como un elemento independiente dentro de la oración, principalmente desempeñando funciones de complemento circunstancial de modo (Hanegreefs, 2008). Por ello, el gerundio no sólo funciona como el landmark sobre el que se perfila el trayector sino que también aporta matices propios de tipo modal y aspectual; de esta forma, todos los eventos con gerundio son bi-oracionales³⁰³, puesto que los gerundios nunca están incrustados por completo en el ámbito sintáctico del verbo principal³⁰⁴.

³⁰² Por ejemplo, los gerundios compuestos tampoco pueden aparecer como eventos porque de ese modo se vulneraría la simultaneidad temporal entre el verbo de percepción y el evento percibido. Por eso es agramatical esta oración: “*Vi a Juan habiendo entrado empapado” (Di Tullio, 1998: 198).

³⁰³ Gómez Castejón (2007) ha defendido con diversos argumentos sintáctico-semánticos que los eventos de gerundio en inglés se pueden considerar mono-oracionales.

³⁰⁴ Conviene destacar que esta distribución complementaria entre eventos con infinitivo y gerundio que ofrece el español no existe en todas las lenguas. El inglés y el francés sí tienen esta alternancia, pero algunas lenguas románicas no la tienen. Así, el italiano y el portugués de Europa sólo permiten el infinitivo con los eventos, mientras que el portugués de Brasil únicamente forma eventos con el gerundio (Di Tullio, 1998: 200; Rodrigues, 2002). Por otro lado, algunos estudios han comparado las estructuras de evento con gerundio en distintas

Tras todo lo dicho, creemos que queda suficientemente claro que los eventos constituyen uno de los complementos más importantes de los verbos de percepción. Se trata en todos los casos posibles de percepciones directas de acontecimientos del entorno, pero en función de cómo enfoque su atención el conceptualizador, de cuál sea el elemento más destacado de la escena y del grado de agentividad del elemento percibido la imagen resultante y, por ello, la construcción sintáctica que la exprese, responderá a una configuración o a otra. De todos modos, por complejos que sean los eventos, en ellos no interviene la capacidad intelectual del PERCEPTOR, quien queda relegado al papel de testigo de una escena. En el próximo apartado estudiaremos los complementos que sí reflejan la capacidad epistémica de los hablantes.

5.4.3. Propositiones flexionadas

Por muchas diferencias que haya entre los complementos de los verbos de percepción formados por objetos definidos y por eventos, hay una propiedad que estos dos PERCEPTOS comparten: en ambos casos, el complemento representa a una entidad conceptual que existe (con límites más o menos definidos) en el medio físico, independientemente del PERCEPTOR. Sin embargo, cuando el complemento del verbo de percepción es una cláusula con verbo flexionado, la percepción se vuelve automáticamente más abstracta, puesto que las oraciones subordinadas no representan fenómenos que están en el mundo anclados a un espacio y un tiempo, sino razonamientos epistémicos, conceptos e inferencias que tienen lugar en el pensamiento. Por esta razón, los complementos oracionales son indirectos por defecto, lo que los convierte en 'entidades de tercer orden' o 'metafenómenos' (Lyons, 1977; Delbecque y Lamiroy, 1999; Rodríguez Espiñeira, 2000)³⁰⁵.

lenguas. Por ejemplo, Borgonovo (1996) ha analizado desde un planteamiento generativista las diferencias que existen entre los eventos con gerundio en inglés y en español.

³⁰⁵ La tesis de que los complementos flexionados de los verbos de percepción no pueden expresar percepción directa sino sólo percepción indirecta, es asumida por casi todos los lingüistas que han estudiado este problema, ya sean autores generativistas (Akmajian, 1977; Guasti, 1993), defensores del funcionalismo holandés (Dik y Hengeveld, 1991) o lingüistas cognitivos (Delbecque y Lamiroy, 1999; Silva, 2004, 2005, 2008; Rodríguez Espiñeira, 2000; Bermúdez, 2004; Vesterinen, 2007, 2010; Hanegreets, 2008).

Los complementos de percepción indirecta en español tienen contenido proposicional (de muy diversa índole), por lo que en nuestra tesis nos referiremos a ellos con la etiqueta general de proposiciones flexionadas. Éstas pueden manifestarse de varias maneras:

- (42) Hemos visto quién ha venido.
- (43) Ya veremos cuánto dinero ganamos.
- (44) El profesor vio cómo se esforzaban los alumnos³⁰⁶.
- (45) Ya verás como no quiere participar.
- (46) Veo que ya te encuentras mejor.
- (47) El capitán vio que la batalla estaba perdida.
- (48) Vamos a ver si todo está preparado.

Los ejemplos (42), (43) y (44) están formados por oraciones interrogativas indirectas parciales. Todas estas oraciones contienen un pronombre interrogativo y un verbo conjugado. Si retomamos la diferenciación ya explicada de Willems (1983) entre percepción física directa e indirecta y percepción cognitiva, podemos afirmar que las interrogativas indirectas parciales pueden codificar tanto percepción física indirecta como percepción cognitiva. En (42) *ver* desarrolla un valor epistémico próximo a CONOCER gracias a la presencia de una interrogativa parcial; en este caso, se ha visto un objeto real (una persona) y se expresa esa certeza provocada por una visión directa, sólo que se hace a través de una interrogativa porque se desconoce la identidad de la persona que ha venido o se quiere omitir esa información. Por tanto (42) indica conocimiento por un indicio visible, pero conocimiento procesado por el pensamiento (comprensión de un hecho).

Los ejemplos de (43) y (44) también contienen sendas interrogativas indirectas, pero en este caso el referente de los pronombres interrogativos es más abstracto. Los sujetos se hacen una pregunta sobre el PERCEPTO, y expresan su punto de vista sobre él. De este modo, la oración de (43) indica que los sujetos han llegado a la conclusión de que sólo conocerán

³⁰⁶ Los complementos del verbo de percepción en las oraciones (42), (43) y (44) son interrogativas indirectas parciales con pronombres interrogativos, pero también podrían ser oraciones exclamativas indirectas, dotadas de pronombre exclamativo. Aunque existe esta posibilidad, lo cierto es que en la práctica los dos tipos de oración subordinada se parecen muchísimo (siendo con frecuencia indistinguibles), y además, los matices semánticos que las dos variaciones aportan son semejantes. Por esa razón, siguiendo a Hanegreefs (2008), asumiremos en nuestra tesis la decisión de no diferenciarlas.

algo (cuánto dinero van a ganar) tras un proceso que aún está por venir. El ejemplo (44) denota mayor certeza epistémica, pero se trata de un conocimiento más subjetivo pese a estar basado en la visión de un hecho del mundo; este profesor en cuestión ha visto los resultados académicos de los alumnos y ha concluido que éstos se han esforzado (juicio axiológico). En términos generales, puede afirmarse que las interrogativas indirectas parciales conceptualizan el esfuerzo mental del hablante para llegar a una conclusión cognitiva, estando ese esfuerzo más o menos basado, según el caso, en indicios visibles: si hay un indicio visual, la percepción será física indirecta, y si no lo hay o está atenuado será percepción cognitiva (Hanegreefs, 2008).

Lo mismo puede decirse cuando la proposición flexionada es una oración sustantiva completiva, (ejemplos (45), (46) y (47)), vaya introducida por el nexos *como* o por el nexos *que*. A veces la oración subordinada codifica lingüísticamente un juicio, opinión o razonamiento inspirado por un hecho físicamente perceptible (percepción indirecta) y en otras ocasiones tan sólo representa un juicio subjetivo desconectado de huellas externas (percepción cognitiva)³⁰⁷. Los enunciados (45) y (47) son

³⁰⁷ En su clasificación de los tipos de complementos de los verbos de percepción, Dik y Hengeveld (1991) distinguen dos variantes cuando el complemento es una cláusula flexionada que no se corresponden exactamente con la clasificación de Willems (1983). Estos investigadores diferencian entre la percepción mental de un contenido proposicional y la recepción del contenido proposicional de un acto de habla. En el primer caso, la oración subordinada indica la conclusión cognitiva a la que llega el sujeto al percibir un determinado estímulo. Es lo que mostramos en (1):

(1) Vi que Jesús salía del cine.

En este caso, el sujeto ve directamente a un individuo realizando una acción y consigna este hecho con una subordinada enunciativa. Pero en la segunda posibilidad, el complemento no representa la comprensión epistémica de un hecho, sino una información que procede de algo que ha dicho o escrito otra persona. Lo mostramos en (2) y (3):

(2) He visto que van a inaugurar una exposición de pintura renacentista.

(3) He oído que muy probablemente vas a cantar en el coro.

La oración de (2) puede referirse a la información contenida en un periódico; el sujeto lee una noticia sobre una exposición y refleja ese aumento de conocimiento con una cláusula flexionada. (3), por su parte, señala que la fuente de la que se extrae la información contenida en el complemento no procede de un razonamiento propio, sino de algo dicho por otras personas. Naturalmente, en ambos casos el hablante no es responsable de la certeza de esas informaciones, de modo que su compromiso epistémico con lo dicho disminuye en comparación con ejemplos como (1). Esta distinción de Dik y Hengeveld es sumamente

buenos ejemplos de percepción cognitiva; en ambos casos el PERCEPTOR formula una opinión muy modalizada que parte de su conocimiento enciclopédico del mundo o de evidencias difíciles de percibir e interpretar. Quizá la persona a la que se refiere la oración de (45) tenga un carácter particularmente esquivo para el trabajo en equipo y por ello el hablante anticipa que no querrá participar (juicio epistémico), y es posible que, mientras que los soldados aún tienen esperanzas de ganar la batalla en (47), el capitán, mucho más experimentado, ya haya comprendido inequívocamente gracias a determinadas pistas que esa lucha está condenada al fracaso. Contrariamente, el ejemplo (46) expresa una percepción física indirecta intersubjetiva; hay señales visibles muy claras que cualquier hablante puede reconocer que conducen a la constatación de que esa persona ya se encuentra recuperada, quizá de una dolencia previa: está comiendo, tiene mejor color de cara, etc.

Si tanto las interrogativas indirectas parciales y las completivas enunciativas pueden expresar los mismos tipos de percepción, ¿qué diferencia hay entre ellas? La diferencia más sobresaliente, según Hanegreefs (2008), está relacionada con la cantidad de esfuerzo de procesamiento mental que necesita invertir el PERCEPTOR; mientras que las interrogativas requieren un cierto esfuerzo, las completivas son más neutras en este sentido, ya que tienden a señalar comprensiones cognitivas mucho más automáticas y resultativas, procedan o no de datos externos.

Finalmente, los verbos de percepción también pueden ir complementados por oraciones interrogativas indirectas totales como la de (48). En este caso la interrogativa no contiene ningún pronombre interrogativo, por lo que es introducida por la conjunción *si*. Estos complementos, a diferencia del resto de cláusulas flexionadas, activan siempre una lectura meramente cognitiva³⁰⁸. De hecho, como señala Hanegreefs (2008: 128-129), la conjunción *si*, al estar relacionada con la noción de la condicionalidad, proyecta el complemento flexionado hacia el futuro (espacio contrafactual), de modo que el requisito de simultaneidad entre verbo de percepción y complemento (obligatorio

interesante y supone una versión distinta de la distinción entre evidencias inferidas y evidencias referidas.

³⁰⁸ Por ese motivo, Schepping (1985) denomina a estas oraciones 'complementos epistémicos'.

para que haya percepción física³⁰⁹) se anula, lo que ocasiona que estos complementos únicamente expresen procesos cognitivos. Tanto es así, que los contextos más frecuentes en los que aparecen estos complementos son contextos de futuro³¹⁰ y contextos intrínsecamente cognitivos como las proposiciones con polaridad negativa (Hanegreefs, 2008):

(49) Ya veremos si nuestro partido gana las elecciones.

(50) Vamos a ver si resolvemos el problema.

(51) He venido para ver si ya está reparado mi coche.

(52) Hay que ver si Elisa ha llegado ya.

(53) No veo si entiendes lo que digo.

Las oraciones de (49) y (50) contiene estructuras de futuro (*veremos* y la perífrasis {*ir a* + infinitivo}) que favorecen una lectura netamente intelectual del verbo *ver* y de su complemento. En (51) aparece una estructura de finalidad introducida por la preposición *para*, la cual también se relaciona con el futuro y define el carácter epistémico del PERCEPTO. Por su parte, la oración de (52) tiene modalidad deóntica, modalidad que también se vincula fácilmente con la noción de futuridad: aquello que tiene que suceder (comprobar si Elisa ha llegado) se ubica siempre en un futuro más o menos inmediato, de manera que el contenido de esa proposición ha de ser cognitivo, puesto que aún no ha tenido lugar. Finalmente, la negación del verbo de percepción (ejemplo (53)) permite que haya complementos cognitivos al impedir una

³⁰⁹ Esta obligatoriedad deriva del hecho de que los verbos *ver* y *oír* son predicados restrictivos en lo que a la interpretación temporal de sus complementos flexionados se refiere (RAE, 2009). Esto significa que la concordancia de tiempos entre estos verbos y el verbo flexionado de sus complementos oracionales está pautada por la naturaleza semántica del verbo principal. En el caso de *ver* y *oír*, estos predicados imponen una orientación obligatoria de simultaneidad (el tiempo de la percepción y el de la situación percibida debe ser el mismo), lo que implica que el verbo subordinado debe aparecer conjugado en un tiempo compatible con la perspectiva impuesta por el verbo de percepción regente.

³¹⁰ La noción del futuro gramatical se relaciona con mucha frecuencia con los contenidos epistémicos. Ya en latín *video* y *audio* mostraban ese valor mental cuando la relación con su complemento oracional no era de simultaneidad (Luque Castro, 2008: 300). Para diversas reflexiones sobre la relación entre el futuro y la expresión del conocimiento pueden consultarse los siguientes trabajos: Delbecque (2006), Bermúdez (2004), Lapaire (2004), Fernández Jaén (2008b).

interpretación física; en este ejemplo concreto, *ver* asume un contenido semántico muy próximo al del verbo *saber*³¹¹.

Como podemos apreciar, las proposiciones flexionadas son capaces de activar múltiples matices semánticos. No obstante, todas las variantes que hemos considerado tienen algunos rasgos en común que sintetizamos a continuación basándonos en los estudios existentes:

- a) Las proposiciones flexionadas son los complementos más independientes de los verbos de percepción. En estos casos la separación entre PERCEPTOR y PERCEPTO es máxima (ambos están separados por el nexos subordinante y no hay elemento pivote), lo que, gracias al principio icónico de la distancia, permite que el PERCEPTO sea completamente autónomo. Así, la cláusula subordinada tiene verbo flexionado, sujeto prototípico y marcas de tiempo, aspecto y modo. En suma, las proposiciones flexionadas generan una imagen mental independiente, con trayector y landmark propios.
- b) Entre el verbo de percepción y el verbo de la subordinada puede haber o no simultaneidad temporal. Cuando la percepción sea física indirecta, sí la habrá (Veo que te estás yendo), pero esta circunstancia sintáctica es opcional cuando la percepción es cognitiva (Veo que te irás mañana / Veo que te fuiste hace un mes³¹²).
- c) A diferencia de lo que acontece en los eventos, el PERCEPTOR de una cláusula flexionada desempeña un papel muy activo en el proceso. De este modo, el estado mental del sujeto y sus conocimientos resultan decisivos para analizar el contenido del

³¹¹ Todos los casos que hemos propuesto son muy claros, pero en ocasiones las proposiciones flexionadas acortan sus diferencias conceptuales con otros complementos de los que hemos hablado. Pensemos en una oración como esta: “Le hemos visto cómo lo ha hecho”. En este caso, pese a la presencia de una interrogativa indirecta parcial, la estructura se aproxima conceptualmente a una relativa atributiva, puesto que el FOCO DE ATENCIÓN del verbo perceptivo es pronominal y está antepuesto (Hanegreefs, 2008: 119). Gracias al análisis de casos como este, Hanegreefs llega a la conclusión de que la percepción física indirecta (con cláusulas flexionadas) es la zona de transición gradual entre la percepción física directa y la percepción cognitiva.

³¹² Para un análisis muy detallado de las posibilidades semánticas que tiene en español la ausencia de correferencia temporal entre el verbo de percepción y el verbo de su subordinada, véase Cipria (2003).

PERCEPTO, habida cuenta de que con estos complementos el PERCEPTOR no es un testigo, sino un intérprete de la realidad.

d) Las cláusulas flexionadas pueden tener indistintamente polaridad positiva o negativa (Vi que María estaba comiendo / Vi que María no estaba comiendo).

e) Las proposiciones flexionadas tienen valor de verdad. Esto significa que su contenido puede ser juzgado como verdadero o falso.

f) Contrariamente a lo que ocurre con los eventos, las proposiciones flexionadas son capaces de expresar estados (Veo que tu primo es muy alto / *Veo a tu primo ser muy alto).

g) En términos generales, las proposiciones flexionadas expresan el conocimiento del PERCEPTOR, no sólo sus percepciones físicas³¹³.

Como hemos comprobado en las páginas precedentes, la complementación de los usos transitivos de los verbos de percepción es un asunto enormemente complejo, pero esa complejidad, con todo, no es azarosa, puesto que responde a las necesidades expresivas que afectan a unos verbos encargados de codificar procesos tan abstractos como los implicados en la percepción física. Queremos en este punto resaltar otro hecho que no es en absoluto irrelevante: la complejidad sintáctico-semántica de los complementos estudiados es gradual, pues oscila entre dos polos, el de la máxima integración conceptual entre PERCEPTOR y PERCEPTO y el de la mínima integración. Según la lingüística cognitiva

³¹³ Bermúdez (2004) ha interpretado las diferencias entre los eventos con infinitivo y gerundio y las proposiciones flexionadas en términos de evidencialidad. Para este autor, las proposiciones flexionadas siempre son evidencias indirectas que expresan inferencias y conocimientos (asunción que coincide con las teorías que hemos explicado), mientras que los eventos representarían evidencias diferentes. Los eventos con infinitivo serían para Bermúdez evidencias directas sensoriales, puesto que el pivote promueve esa lectura y el infinitivo carece de autonomía aspectual. Sin embargo, los eventos con gerundio serían evidencias directas que conducen a un razonamiento mental (o evidencia endofórica), ya que el gerundio mantiene parte de su independencia verbal por tener aspecto durativo. Esta hipótesis de Bermúdez nos parece poco convincente, porque los argumentos gramaticales aducidos no bastan para defender esa distinción entre los eventos de infinitivo y gerundio. Además, Bermúdez sólo analiza eventos con sujeto lógico pronominal (la veo trabajar / trabajando) en los que ese sujeto es por definición el elemento destacado, pero creemos que su análisis se resentiría si tuviera en consideración los eventos de tipo VV(O). Por todo ello, en nuestra opinión, todos los eventos codifican evidencia física directa, lo que no significa que ésta no pueda admitir diversas modulaciones en su conceptualización.

(Givón, 1980; Dirven, 1989), el nivel de complejidad formal de los complementos de un verbo es icónicamente paralelo al nivel de complejidad de la relación semántica entre verbo y complemento. Asumiendo este axioma, puede afirmarse que cuanto más complejo es un proceso perceptivo en términos biológicos y psicofísicos, tanto más amplio será el potencial de complementación del verbo que exprese ese proceso³¹⁴.

De este modo, los complementos de los verbos de percepción se pueden situar en un contínuum basado en su grado de independencia con respecto al verbo principal, estando basada esa independencia en un criterio de iconicidad lingüística: cuanto más estrecha es la relación semántica entre PERCEPTOR y PERCEPTO, más estrecha es la integración sintáctica, y a la inversa. A continuación ofrecemos, basándonos en Hanegreefs (2008: 149), la escala de cohesión sintáctica entre verbo de percepción y complemento. Añadimos a dicha escala los objetos definidos y las relativas atributivas (RA):

³¹⁴ Esta idea ya ha sido apuntada por varios autores (Cooper, 1974a, 1974b; Fernández Jaén, 2006a), y el hecho de que sólo los verbos más generales de la vista y del oído (junto con ciertos verbos marcadamente multimodales como *sentir*) puedan cubrir con facilidad todas las variantes de complementación analizadas parece confirmarla. Otro dato a favor es que el estudio de la complementación con verbos de percepción de algunas lenguas no indoeuropeas arroja datos semejantes a los descritos en lenguas como el español, el inglés, el alemán o el francés. Por ejemplo, Guerrero Valenzuela (2006) ha estudiado la complementación de estos verbos en yaqui (una lengua yuto-azteca), y ha llegado a la misma conclusión que estamos exponiendo: cuanto más estrecha es la cohesión semántica entre PERCEPTOR y PERCEPTO, más integrada está la estructura sintáctica. No obstante, es necesario señalar que algunas lenguas configuran sus complementos perceptivos de formas que no se ajustan a esta hipótesis. Schüle (2000) sintetiza algunos casos. El ruso emplea estructuras finitas tanto para proposiciones como para eventos, marcando la diferencia con dos complementos sintácticos distintos. El japonés dispone de una enorme variedad de estructuras finitas para todos los valores. Finalmente, el camboyano codifica las proposiciones con un marcador y los eventos con la ausencia de dicho marcador. En consecuencia, más que de una configuración universal deberíamos hablar de una configuración prototípica. Para un estudio en profundidad de esta cuestión véase el trabajo de Horie (1993).

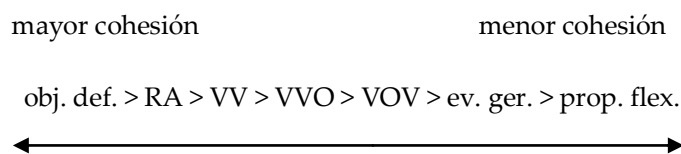


Figura 4. Escala de integración de los complementos de los verbos de percepción.

Como se puede apreciar, los complementos directos formados por un sustantivo definido o por un pronombre constituyen los PERCEPTOS más integrados con el verbo de percepción. A partir de ellos se despliega una serie de estructuras cuya función semántica consiste en ir mostrando, cada vez de un modo más explícito, la situación eventiva en la que está inmerso el elemento percibido. Así, primero se encuentra la relativa atributiva, que muestra dicha situación de un modo incompleto. Después emergen los eventos con infinitivo, que perfilan toda la escena, pero de maneras distintas; mientras que los eventos VV y VVO conceptualizan la situación como algo global que se percibe simultáneamente y en donde ningún elemento tiene más importancia que otro, los eventos VOV muestran una escena dominada activamente por un sujeto lógico, que es el segundo trayector de la construcción total, circunstancia que aumenta la desunión sintáctica con el verbo matriz. Los eventos con gerundio, que privilegian marcadamente el orden VOV (o con sujeto lógico pronominal), suponen un paso más en el grado de libertad del PERCEPTO en la medida en que están formados por una forma verbal durativa e intrínsecamente independiente. Por último, en el polo de menor cohesión gramatical, encontramos las proposiciones flexionadas, las cuales gozan de una independencia conceptual máxima al poseer verbo flexionado y argumentos propios, lo que favorece que la escena por ellas activada pueda analizarse como un suceso desconectado de su propio conceptualizador.

5.4.4. Diacronía construccional de *ver*

Una vez explicadas las diferentes configuraciones de los verbos de percepción y las diversas conceptualizaciones construccionales de sus

complementos podemos examinar en un plano histórico el comportamiento del verbo *ver*. La siguiente tabla muestra la frecuencia absoluta de las distintas opciones:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto definido	4	13	21	19	10	2	10	20
Evento inf. VOV	1	-	4	1	-	-	1	-
Evento inf. VVO	-	-	3	-	1	-	2	3
Evento inf. VV	-	1	2	2	-	1	-	-
Evento inf. sujeto pronominal	-	1	2	2	-	-	1	3
Relativa atributiva	-	-	1	1	-	1	-	2
Interrogativa indirecta parcial	1	2	1	8	3	-	-	1
Oración completiva	3	4	16	15	7	4	4	5
Interrogativa indirecta total	-	-	-	4	2	-	-	2
Compl. inestable	2	1	1	5	3	-	1	3
Estativo suj-estímulo	-	-	1	-	9	1	3	2
Estativo capacidad	-	-	-	-	-	1	-	1
Oración impersonal	-	-	-	-	-	-	-	1

Figura 5. Construcciones de *ver* en el tiempo.

Un examen atento de este cuadro permite comprobar que el verbo *ver* poseía todas las posibilidades de configuración actuales en la Edad Media. De todas las conceptualizaciones las más frecuentes son la complementación con objetos definidos y con oraciones completivas en función de CD. Estos dos patrones sintácticos, representantes

fundamentales de la percepción directa y de la percepción indirecta, forman el prototipo conceptual de *ver*; los hablantes de español tienden a utilizar este verbo predominantemente para expresar la visión de objetos y la comprensión de hechos. Estas dos nociones centrales, a su vez, están rodeadas de variaciones; las variaciones de la percepción directa son los eventos y los objetos con relativas atributivas (también bastante documentados aunque de un modo más irregular), mientras que las variantes de la percepción indirecta son otras formas de complementación con proposiciones flexionadas. En este sentido, debemos señalar que si bien las interrogativas indirectas parciales están muy bien documentadas desde el siglo XIII, las indirectas totales empiezan a documentarse en el siglo XVI³¹⁵, diferencia que quizá radique en la naturaleza fuertemente epistémica de estas últimas, las cuales suelen aparecer en contextos futuros y potenciales; todo ello puede hacer que sus contextos de uso sean más restringidos y, por ello, de aparición más tardía.

Hay una circunstancia que nos ha llamado la atención con respecto a los complementos de objeto definido: la inmensa mayoría de sintagmas nominales en función de CD de *ver* durante los primeros siglos son de tipo objetual (sustantivos que se refieren a entidades tangibles y tridimensionales, como personas, árboles, casas, etc). Son por el contrario mucho más infrecuentes los sustantivos eventivos que introducen realidades cambiantes formadas por subeventos que se suceden en el tiempo. Tal vez esto se deba a que los complementos directos eventivos más prototípicos son realidades de aparición reciente, como películas, anuncios de televisión, etc. Con todo, hemos hallado unos pocos textos

³¹⁵ Tenemos en el corpus un caso del siglo XV, pero no lo incluimos en el cómputo global porque contiene un anacoluto. El texto es el siguiente:

(1) Otrasy hordeno e mando que despues que asy fueren lleuadas las dichas monedas, los dichos monederos que las sellaren las lleuen a mostrar alas dichas mis guardas e criador, alas quales mando que las vean sy estan bien selladas e acunadas e sy estan bien redondas en tal manera que sean bien fechas (Anónimo, *Ordenamiento sobre la fabricación y valor de la moneda*, 1471)

En esta ocurrencia *ver* actualiza un significado completamente epistémico, asimilable a COMPROBAR. Concretamente, aquello que debe comprobarse se manifiesta con dos oraciones interrogativas indirectas totales unidas copulativamente. Sin embargo, aparece al mismo tiempo junto al verbo (que es núcleo de una completiva dependiente de un verbo causativo) el clítico de acusativo *las*, correferente con *monedas*. Aun así, esta anomalía, que quizá obedezca al estilo poco cuidado del texto, no cancela el funcionamiento esperable de las interrogativas indirectas totales.

antiguos en los que el CD parece codificar un concepto netamente visual pero más abstracto y dinámico. Un caso especialmente ilustrativo es el que se muestra en (1). En este texto del siglo XIII unos moros ven una “fiera hazaña”; en este contexto, la hazaña ha de entenderse como algo durativo, una secuencia de acontecimientos conceptualizada como algo único:

(1) Quando vyeron los moros atan fyera fazaña / que sus armas matavan a su misma conpañã / desçercaron la peña, salieron de montaña / teniën que les avya el Crÿador grand saña (Anónimo, *Poema de Fernán González*, 1250)

En relación con los eventos de infinitivo³¹⁶, puede comprobarse que aparecen en nuestro corpus todas las variantes ya en los siglos XIII, XIV y XV. Esta evidencia empírica demuestra que *ver* había afianzado antes de esa época las configuraciones más complejas de los eventos. Hay que tener en cuenta que los tipos de evento que explicamos anteriormente no son equivalentes en cuanto a su complejidad interna, por lo que tampoco lo son en términos diacrónicos. A partir de los análisis de Silva (1998, 1999, en prensa) sobre los eventos con verbos causativos podemos asumir que la cadena de gramaticalización de los eventos de infinitivo con verbos de percepción en español funciona del siguiente modo:

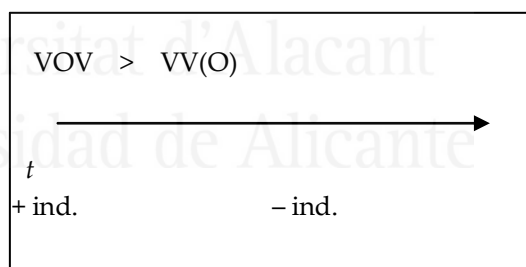


Figura 6. Unidireccionalidad de la gramaticalización de eventos.

³¹⁶ No hemos incluido los eventos de gerundio en la tabla porque sólo hemos encontrado dos casos, ambos del siglo XX y con sujeto lógico pronominal. Por tanto, parece que el evento con gerundio es cuantitativamente mucho más inusual que con infinitivo.

Lo que esta trayectoria de evolución permite predecir es que los eventos más independientes en el plano sintáctico del verbo perceptivo regente (es decir, los eventos VOV y con sujeto pronominal) están menos gramaticalizados que aquellos en los que el sujeto lógico está pospuesto o no existe (VVO y VV), por lo que serán en teoría más antiguos. En nuestro corpus sólo aparece un ejemplo de evento en el siglo XIII, y es de tipo VOV, con lo que la teoría parece confirmarse. A pesar de ello, ya en el siglo XIV hallamos otro de tipo VV, de modo que pensamos que aunque el tipo VOV es el más primario ya debía de coexistir con las variantes mono-oracionales más gramaticalizadas desde la alta Edad Media, lo que permite especular con la hipótesis de que todas las configuraciones se consolidaron antes del siglo XIV o incluso del XIII.

Otra cosa que debe ponerse de relieve es que *ver* es un verbo predominantemente transitivo. Esta propiedad de nuestro verbo ya había sido defendida en el trabajo sincrónico de Hanegreefs (2008), y nuestro análisis tan sólo la confirma en una dimensión histórica; *ver* tiende a aparecer con un CD (del tipo que sea), y sólo cuando su significado se gramaticaliza puede cancelar su transitividad. Vimos algunos ejemplos de ello en el capítulo 4 a propósito de los significados epistémicos de *ver*. Ofrecemos otro a continuación:

(2) Jorja: Ya te has callao si no quieres que... (Abalanzándose a ella)
/ Pola: ¿A mí, tú? Ahora verás... (Jacinto Benavente, *Señora ama*, 1908)

Este fragmento pertenece a una obra teatral, por lo que reproduce un diálogo espontáneo. Aquí la forma de futuro *verás* funciona como un marcador discursivo completamente gramaticalizado, razón por la cual no admite ninguna complementación, dado que su significado es completamente pragmático. Aunque, como se explicará en el apartado 5.7., este marcador suele utilizarse como mecanismo de cortesía para alcanzar un consenso entre varios hablantes, en este caso se emplea como una señal de agresión, puesto que el marcador informa al receptor de la actitud beligerante del interlocutor y de su determinación de agredirle de algún modo.

La habitual transitividad de *ver* explica que los usos estativos, tanto de sujeto-estímulo formados por oraciones de pasiva refleja y por oraciones pasivas como aquellos en los que se predica la capacidad visual del sujeto (véase apartado 5.2.), sean muy periféricos con este verbo. Prueba de ello

es que solamente hemos documentado en nuestro corpus 18 casos. Más extraño aún es el uso de una estructura impersonal con *ver*. A continuación mostramos el único ejemplo que hemos documentado:

(3) El acto ha terminado con orden. Entre la ocurrencia se veía á muchas Señoras (Maestre, *Política lerrouxista*, 1910)

A primera vista podría pensarse que nos encontramos ante un enunciado en pasiva refleja con sujeto paciente (estímulo visual). Sin embargo, la estructura es impersonal puesto que no hay concordancia de número entre el verbo y su supuesto sujeto (verbo en singular y complemento en plural), por lo que “á muchas Señoras” sólo puede ser CD de *ver*³¹⁷. Esta idea queda reforzada por la presencia de la preposición *a* (propia de los complementos directos semánticamente animados), la cual no puede aparecer en las pasivas reflejas:

(4) *Se lavó al coche.

(5) *Se compran a los libros antiguos.

(5) *Desde allí se vieron a las auroras boreales.

¿Por qué son tan inusuales las estructuras impersonales con la marca oracional *se* cuando se trata del verbo *ver*? La razón estriba en el carácter resultativo del verbo. Como explicamos anteriormente, *ver* se define por la presencia necesaria de un PERCEPTOR que capta visualmente un PERCEPTO; si se quiere encubrir al PERCEPTOR, puede emplearse la conceptualización estativa con sujeto-estímulo (pasiva refleja), de manera que sigue siendo recuperable semánticamente la existencia de un sujeto que ve. Pero si se usa una oración impersonal, no se encubre el PERCEPTOR, se elimina, quedando sólo el PERCEPTO en función de complemento directo. Por este motivo, esta estructura resulta antinatural con *ver*, en la medida en que este verbo exige por su propia configuración conceptual la presencia, por oculta que esté, de un sujeto que posibilite la existencia del proceso visual.

Además de todas estas ocurrencias de carácter netamente físico, también hemos encontrado en nuestro corpus bastantes ejemplos metafóricos, algunos de los cuales se comentaron en el capítulo anterior al estudiar las metáforas de la vista. A continuación presentamos una tabla con la frecuencia absoluta de aparición tanto de los significados

³¹⁷ Además se puede hacer la sustitución del CD por el clítico correspondiente: “Se veía *a muchas señoras*” > “Se *las* veía”.

nocionales más importantes de *ver* (usos epistémicos y de percepción social) como de otros menos frecuentes. También mostramos los casos en que algún tipo de complementación se ha utilizado con un sentido metafórico (un evento, por ejemplo). Hemos de precisar que bajo el rótulo de 'objeto abstracto' hemos incluido todos los casos en que el CD es un sintagma nominal metafórico, incluyendo en esa categoría los ejemplos de la metáfora VER ES CONOCER:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto abstracto	4	-	5	9	2	-	6	6
VISITAR	1	4	1	-	-	-	1	2
EXAMINAR	-	1	-	-	-	1	-	-
Estativo suj- estímulo metaf.	-	-	-	2	1	-	1	-
Estativo capacidad metaf.	-	-	-	1	-	-	-	2
Inestable metaf.	-	-	-	-	-	-	1	-
Evento inf. VVO metaf.	-	-	-	-	-	-	1	-
Evento inf. pronominal metaf.	-	-	-	-	-	-	-	2

Figura 7. Usos metafóricos de *ver*.

Es patente, a la vista de estos datos, que los ejemplos con CD nominal metafórico y los casos de percepción social (VER ES VISITAR) son los más frecuentes y constantes desde el siglo XIII, por las razones cognitivas y antropológicas que se expusieron en el capítulo 4. La metáfora VER ES EXAMINAR no parece haber tenido mucho peso específico en la evolución del verbo dada su presencia discontinua. Pese a ello, se documenta desde el siglo XIV, lo que demuestra que es una extensión igual de temprana que las dos más dominantes. El resto de casos son decididamente periféricos y de origen muy posterior, pues todos los usos abstractos de formas elaboradas de complementación (eventos) o de

empleos intransitivos de estado no aparecen hasta el siglo XVI. Se deduce de esa información que estas conceptualizaciones tienen unos significados tan especializados que no resultan rentables para producir a partir de ellos proyecciones metafóricas con contenidos semánticos nuevos. En consecuencia, las expresiones metafóricas procedentes de metáforas conceptuales como VER ES CONOCER o VER ES VISITAR, cuyo funcionamiento viene en parte heredado del latín, son más antiguas que aquellas que parten de una construcción más marcada.

5.4.5. El infinitivo con sujeto en nominativo

Como hemos podido constatar, el verbo *ver* tenía en los siglos XIII, XIV y XV una configuración sintáctico-semántica idéntica a la que tiene actualmente, pues poseía, a la luz de la información que dan los textos escritos, todas las opciones de complementación sintáctica modernas. Asimismo, ya podía expresar contenidos abstractos de muy diversa índole, incluidos los relacionados con la expresión del conocimiento y con la percepción social. Parece, por tanto, que *ver* codificó muy pronto toda su estructuración interna y que sus extensiones metafóricas y metonímicas pronto quedaron lexicalizadas. Entonces, ¿puede considerarse que *ver* no ha evolucionado durante los últimos 800 años? Las evidencias empíricas parecen sugerirlo. Sin embargo, hay una construcción con *ver* (y también con *sentir*, como se comprobará en el próximo capítulo) que sí ha sido sensible a la variación diacrónica: nos referimos a la estructura con eventos de verbo estativo.

En el apartado 5.4.2. explicamos que los eventos formados con un verbo de estado eran imposibles con los verbos de perceptivos, debido a que los eventos expresan por definición sucesos reales que tienen desarrollo temporal. Ello excluye automáticamente verbos del tipo *ser*, *estar* o *parecer*, puesto que estos predicados verbalizan conceptualizaciones atemporales (Vendler, 1967; De Miguel, 1999), carentes de fases subeventivas susceptibles de ser registradas visualmente o de cualquier otro modo. Esta circunstancia explica la agramaticalidad de oraciones como las siguientes:

- (1) *Vi a Luis Miguel ser alto.
- (2) *Estuvimos viendo a Marta parecer rubia.
- (3) *Te veo estar feliz últimamente.

Como es evidente, ninguno de los contenidos proposicionales expresados por esos eventos puede, en sentido estricto, verse: 'ser alto', 'parecer rubio' y 'estar feliz' son predicados que carecen de cambios internos, ya que denotan que una entidad posee una cualidad (el atributo) de manera indefinida. De este modo, los verbos de estado no pueden formar eventos, porque éstos son intrínsecamente dinámicos. Ya Dretske observó (Dretske, 1969: 32) que la percepción de un evento implica la percepción de algún cambio, y eso es precisamente lo que los verbos de estado no introducen. Éstos se caracterizan por expresar fundamentalmente dos cosas, que una entidad está en un lugar o que tiene una determinada cualidad (Moreno Cabrera, 2003), y ninguna de ellas satisface el requisito de la transición subeventiva de una situación a otra nueva.

Pues bien, durante la Edad Media y parte del Renacimiento *ver* sí podía construirse con eventos de este tipo. La Real Academia Española ha denominado estas estructuras 'construcciones de infinitivo con sujeto en nominativo' (RAE, 2009: 2013-2014); esta denominación se debe a que el sujeto lógico en este caso puede conmutarse por pronombres que no sólo expresan CD sino que pueden introducir sujetos prototípicos, algo imposible en las construcciones de infinitivo con sujeto en acusativo. Lo comprobamos a continuación:

(4) Vi el triunfo del escuadrón ser muy probable > {*lo vi / vi esto*} ser muy probable

(5) Vi a Ramón pintar la pared > {*lo vi /*vi esto*} pintar la pared

Como se puede apreciar, sólo cuando el verbo es de tipo estativo puede emplearse un pronombre neutro demostrativo como *esto* para sustituir al sujeto lógico, puesto que cuando el evento es de sujeto en acusativo y expresa acciones o movimientos el pivote sintáctico únicamente se puede conmutar por clíticos de complemento directo.

La Real Academia afirma que estas estructuras de sujeto en nominativo se dieron en la lengua antigua (con verbos de percepción y también con otros predicados distintos) y llegan al siglo XIX. La institución académica señala igualmente que de manera excepcional pueden documentarse usos semejantes en el español del siglo XX (RAE, 2009: 2013-2014). Veamos algunos de los ejemplos citados por la Academia:

(6) Non pude aver conclusión / aunque los vi ser placentes / a definir responsión / con graçiosos continentes (Marqués de Santillana, *Triumphete de Amor*, 1430)

(7) Onde es menester que los acometamos muy de rezió, ca los veo estar muy firmes que non se quieren arrancar (*Crónica popular del Cid*, 1512)

(8) ¿Quién te movió a matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? (Miguel de Cervantes, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 1615)

En nuestro corpus de *ver* esta variante aparece muy poco. A continuación ofrecemos una tabla con la distribución de los casos encontrados que muestra también su configuración:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
VOV	1	-	1	1	-	-	-	-
VVO	-	-	1	-	-	-	1	-
Sujeto lógico pronominal	-	1	1	-	-	-	-	-

Figura 8. Eventos de infinitivo con sujeto en nominativo por siglos.

Puede comprobarse que casi todos los casos pertenecen a los siglos XIII, XIV y XV; esta mayor incidencia sugiere, en concordancia con el parecer de la RAE, que el fenómeno que estamos describiendo es fundamentalmente medieval. Por otro lado, el estudio de la configuración interna de estos eventos muestra dos cosas destacables. En primer lugar, ningún ejemplo responde a la conceptualización VV. Se trata de una consecuencia derivada de la propia naturaleza del verbo de estado que actúa como núcleo del evento; los verbos de estado, especialmente los copulativos, no pueden aparecer sin su sujeto (lógico o gramatical) debido a que estos verbos funcionan como enlace entre un atributo y una base de atribución hacia la que se orienta dicho atributo. Además, con el verbo

ser, la presencia del sujeto lógico es aún más decisiva cuando el sujeto y el atributo son correferenciales. Por todo ello, la configuración mono-oracional escueta es en estos casos completamente anómala:

(9) *He visto ser médico.

(10) *Has visto estar cansado.

(11) *Hemos visto parecer.

En segundo lugar, la configuración más frecuente es la que destaca la presencia del sujeto lógico (tipo VOV y con sujeto pronominal). Esta circunstancia no es aleatoria, pues tiene una motivación directa relacionada con el nivel de gramaticalización de la estructura, tal y como explicamos antes; los eventos de tipo VOV y los que tienen sujeto pronominal son los que tienen un menor nivel de cohesión y fijación formal, puesto que sus componentes conservan su libertad sintáctica. Sin embargo, la configuración VVO es de tipo mono-oracional, por lo que funciona como un todo muy cohesionado. Por lo tanto, comprobamos que los eventos de infinitivo con sujeto en nominativo se muestran en general poco gramaticalizados.

A continuación, reproducimos todos los ejemplos de nuestro corpus:

(12) Ya oí tus enxemplos, pero oíte dezir que non ha cosa que más faga al omne ser bien andante et rico et abonado et en buen estado que buen seso. Et si así es, ¿por qué veemos el necio aver tanta de honra et riqueza, et quanto cobdiçia, quanto non puede aver el cuerdo et el entendido et sabio et de buena mantenençia? (Anónimo, *Calila e Dimna*, 1251)

(13) Et desde que la mala beguina la vio estar triste, fuesse para en el logar pora do su marido avía de venir (Juan Manuel, *El conde Lucanor*, 1325-1335)

(14) E bien saben los guerreros que todos miran a la bandera (...) e si la veen estar firme, o yr adelante, eso mesmo (Gutierre Díaz de Games, *El Victorial*, 1431-1449)

(15) Vi tal graçiossa / serrana estar / que nunca su par / vy ni tan fermossa (Mendo de Campo, *Poesías*, 1440)

(16) Porque si a noticia de algunos lo que me dexiste veniese, más creerían que fue por el aparejo que en mí hallaste que por la pena que en Leriano viste, lo que con razón assí debe pensarse, viendo

ser tan justo que mi grandeza te posiese miedo, como su mal osadía (Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, 1482-1492)

(17) y cuanto a los hombres, te sabré decir que abren puerta a la murmuración (...) viendo a los malos por malos medios valer más y a los buenos con su bondad excluidos y desechados (Mateo Alemán, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, 1599)

(18) Hánmele prometido galán, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerrogativas de que vienen llenas las cartas; tantos hipérbolos como dicen los retratos, que se han visto infinitas veces ser engañosos (María de Zayas y Sotomayor, *Desengaños amorosos. Parte segunda del Sarao y Entretenimiento honesto*, 1647-1649)

(19) Había, por otra parte, falta de lisura en nuestra conducta, pues veíamos ser necesaria la entrega de Cádiz y de las personas de la real familia á los franceses (Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*, 1847-1849)

Estas ocurrencias permiten confirmar que la construcción de infinitivo con sujeto en nominativo puede presentar algunas variaciones significativas. Por lo general, el verbo que forma el evento es un verbo copulativo, sea *ser* ((16), (18), (19)) o *estar* ((13), (14), (15)). Sin embargo, también son posibles otros verbos de comportamiento estativo. En (12) encontramos el antiguo verbo de posesión *aver*³¹⁸; este verbo se interpreta como estativo porque la posesión se conceptualiza como un estado en el que una entidad (lo poseído) está junto a otra (el poseedor)³¹⁹. Por otro lado, (17) muestra el verbo *valer*, verbo que, en este caso particular, expresa que el sujeto posee una determinada cualidad, si bien esta no se menciona.

Por otra parte, aunque lo más frecuente es que el sujeto lógico esté formado por un sintagma definido (un sustantivo o un pronombre), también cabe la posibilidad de que se construya con una oración sustantiva, como ocurre en (16). En este ejemplo, el evento consta del verbo *ser*, del atributo *justo* y del sujeto oracional “que mi grandeza te

³¹⁸ Para un detallado análisis del funcionamiento de *aver* y de su sustitución por *tener* consúltese el trabajo de Garachana Camarero (1997).

³¹⁹ Puede encontrarse una revisión actualizada sobre la relación entre la existencia y la posesión en Cifuentes Honrubia (2010).

posiese miedo". Este texto muestra que el sujeto sobre el que recae la cualidad predicada por el atributo puede ser una entidad de tercer orden; de esta manera, la conceptualización se vuelve más abstracta y se acerca a un proceso muy modalizado que le sirve al sujeto del verbo de percepción para emitir un juicio valorativo sobre el contenido proposicional expresado por la sustantiva.

Finalmente, el ejemplo presentado en (18) es un poco más complejo. De entrada, su configuración sintáctica es muy extraña, razón por la cual no hemos incluido este ejemplo en la tabla de la figura 5. La disposición del texto es la siguiente; el sujeto lógico del evento es el pronombre relativo *que* cuyo antecedente es ambiguo, ya que puede ser "hipérboles" (exageraciones) o "retratos". Asimismo, este pronombre es sujeto de una oración de pasiva refleja con el verbo *ser*, por lo que nos encontramos con un evento estativo configurado con una construcción estativa. Por último, aparece el atributo que califica al antecedente: "engañosos". Esta construcción, como la de (16), parece conceptualizar la escena de un modo más epistémico que perceptivo. De hecho, la estructura es intersubjetiva, puesto que el CD representado por el relativo es el sujeto-estímulo de una construcción (la pasiva refleja) que ubica en primer término su presencia dejando en el marco subyacente al conceptualizador, con lo que se consigue que el proceso de atribución se considere de carácter general.

Después de este análisis, queda claro que estos eventos se comportan de un modo sorprendente. Antes de pasar a proponer una explicación para este fenómeno, debemos aclarar un punto previo. ¿Existen actualmente estos eventos? Más específicamente, ¿son posibles? La opinión generalizada es que estas construcciones no pueden darse en el español de hoy y, si con carácter excepcional se registra algún caso, los hablantes lo perciben como arcaizante y antinatural (Herrero Ruiz de Loizaga, 2005; RAE, 2009; Rodríguez Espiñeira y Pena, 2011). A pesar de ello, Carrasco Gutiérrez (2011b) ha defendido recientemente que estas estructuras pueden producirse hoy en día, puesto que, en opinión de esta lingüista, los estados se pueden percibir por la vista si se dan unas determinadas condiciones pragmáticas.

La hipótesis de Carrasco Gutiérrez no niega que el evento sea un estado en estos casos, pero sí establece que un estado es susceptible de ser captado visualmente si aparecen en la secuencia sintáctica expresiones

temporales que introduzcan alguna ruptura en el proceso atemporal de partida. Dicho de otro modo: si existen indicios de que el estado tiene un origen o un final (o ambos), se puede considerar que ese estado consta en realidad de subestados, por lo que formaría una secuencia con cambios internos que sí puede verse directamente. Repárese en los siguientes contrastes (Carrasco Gutiérrez, 2011b: 202):

(20) *La vimos estar nerviosa / La vimos estar nerviosa hasta las 20:00.

(21) *La vimos estar en la cafetería / La vimos estar en la cafetería desde las 19:00.

Si la propuesta de Carrasco Gutiérrez es correcta, la agramaticalidad de los primeros ejemplos de los dos pares quedaría resuelta por la presencia en los segundos de los adjuntos “hasta las 20:00” y “desde las 19:00”. Esos complementos circunstanciales situarían el estado atemporal *estar* {*nervioso* / *en la cafetería*} en un marco eventivo dinámico en el que el estado terminaría o se iniciaría en un momento puntual, cambio que el conceptualizador registra con sus ojos.

La propuesta tiene, con todo, dificultades de aplicación. Como la propia autora reconoce, muchos estados que expresan propiedades o localizaciones espaciales no encajan bien en un esquema temporal de este tipo. Por ello, Carrasco da como agramaticales secuencias como estas:

(22) *María fue nerviosa hasta las 20:00.

(23) *Vimos estar El Guernica en el Casón del Buen Retiro entre 1981 y 1992.

En nuestra opinión, la explicación ofrecida por Carrasco Gutiérrez no es adecuada³²⁰, y ello por dos razones. En primer lugar, los datos

³²⁰ Sí coincidimos con esta investigadora en que enunciados como “Vi ser infiel a Juan” o “Lo vimos ser policía por un día” (Carrasco Gutiérrez, 2011b: 200) no contienen eventos de infinitivo con sujeto en nominativo, puesto que las predicaciones ‘ser infiel’ o ‘ser policía’ en estos casos concretos no se deben interpretar como estados, sino como auténticas acciones; en los dos ejemplos los eventos se refieren a procesos agentivos pautados culturalmente que sí se pueden percibir por la vista. Por ejemplo, “ver a alguien ser policía” significa en este contexto que esa persona se disfrazó como un policía o se comportó como tal durante un determinado período de tiempo. Por otro lado, hemos encontrado en nuestro corpus algunos ejemplos difíciles de interpretar, como el que sigue:

(1) Y á lo que dice el Padre que el Maestre lo curó mejor que si tomara agua del palo, fue el caso que como el Rey de Castilla estuviese cuartanario, viendo el ejército tan pujante que

extraídos de nuestro corpus muestran claramente que los ejemplos de evento de infinitivo con sujeto en nominativo carecen sistemáticamente de referencias temporales que sugieran que el estado tiene alguna demarcación temporal interna. En segundo lugar, si la explicación fuera válida, corpus como *CORDE* o *CREA* ofrecerían sin duda ejemplos contemporáneos de esta estructura, al tiempo que los hablantes la aceptarían como una alternativa expresiva totalmente natural. Carrasco Gutiérrez ha planteado su trabajo de un modo hipotético-deductivo, y no ha considerado las fuertes evidencias empíricas en su contra.

A la luz de los datos, entendemos que la presencia en el español medieval del evento de infinitivo con sujeto en nominativo y su paulatina desaparición es un fenómeno diacrónico de variación prototípica. Es muy probable que el latín fuera muy flexible en lo que respecta a la posibilidad de que verbos de estado complementaran a verbos como *video* en estructuras de evento. El hecho es que el antiguo idioma castellano muestra durante los siglos XIII, XIV y XV una relativa inestabilidad en la codificación de ciertos contenidos visuales y epistémicos, por lo que podemos suponer que esa variabilidad (quizá más intensa en los siglos iniciales de la lengua española de los que no tenemos constancia escrita) tal vez se debiera a que el español estaba paradigmaticando un sistema que había heredado del latín y que necesitaba ajustes sintácticos.

En principio la extrañeza que generan los infinitivos con sujeto en nominativo radica en el propio significado construccional de los eventos. Como ya sabemos, la naturaleza gramatical de una construcción como {verbo de percepción + sujeto lógico + infinitivo} impone una lectura de percepción física directa. Teniendo en cuenta que los estados son predicados sin desarrollo, esta estructura no se amolda a la expresión de estos contenidos proposicionales. ¿Qué estructura resulta más adecuada? Obviamente, una proposición flexionada; los complementos oracionales

traía ser desbaratado, tomó tanta alteración, que nunca más le volvió la cuartana (Anónimo, *Sermón de Aljubarrota, con las glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza*, 1545)

Aparentemente nada impide interpretar este texto como un caso de infinitivo con sujeto en nominativo, pero el hecho de que el evento tenga diátesis pasiva (ser desbaratado) parece remitir a un proceso agentivo. En cualquier caso, aun asumiendo que este texto y los propuestos por Carrasco (ser infiel / ser policía) sean posibles, es obvio que son construcciones periféricas con el verbo *ver*.

introducen, también gracias a su propio significado construccional, un espacio idóneo para codificar la percepción de un estado. Debe tenerse presente que ver un estado equivale en realidad a comprenderlo o a constatar su existencia, de manera que los complementos con verbo flexionado, que son intrínsecamente indirectos, resultan adecuados para introducir ese contenido. Por tanto, la construcción de infinitivo con sujeto en nominativo es poco productiva por estas dos razones:

- a) Los eventos son construcciones preparadas para nociones durativas que se perciben directamente, y los estados no se perciben sino que se comprenden (percepción cognitiva).
- b) Para la percepción indirecta y cognitiva de naturaleza epistémica hay alternativas construccionales (las cláusulas flexionadas), por lo que no parece muy natural emplear una estructura intrínsecamente durativa (un evento) para algo que no se puede ver sino que ha de comprenderse.

Las predicciones de estos dos axiomas ayudan a interpretar los siguientes ejemplos:

(24) *El profesor vio a los alumnos estar contentos.

(25) El profesor vio que los alumnos estaban contentos.

(24) es un ejemplo anómalo porque el contenido proposicional estativo 'estar contento' no puede verse directamente, pues carece de dinamismo eventivo. En cambio, (25) es posible porque la sustantiva completiva indica que el profesor vio ciertos indicios y a partir de ellos llegó a la conclusión de que los alumnos estaban contentos. Consecuentemente, el estado propiamente dicho nunca se percibe; a lo sumo se perciben pistas que conducen a la constatación epistémica o a la evidencia inferencial.

¿Qué ocurre, por tanto, con esta construcción? Creemos que durante los primeros siglos de vida del español, las distintas estructuras de complemento de verbos de percepción aún no estaban completamente definidas, lo que borraba las fronteras entre ellas y favorecía su uso indistinto (prototipicidad). Recordemos que esto no es nada sorprendente, ya que las lenguas del mundo son libres de conceptualizar la percepción sensorial con un tipo de construcciones o con otro, por lo que algunas tienden a recurrir a infinitivos y formas verbales no finitas, como por ejemplo el japonés, para expresar contenidos que otras prefieren codificar con complementos oracionales. Pues bien, pensamos

que los eventos con sujeto en nominativo no son más que un producto de la inestabilidad del sistema durante sus primeros tiempos.

Como hemos visto, algunos de los ejemplos son claramente epistémicos, idea que ha sido reconocida por los estudios de sintaxis histórica del español (Herrero Ruiz de Loizaga, 2005), lo que prueba que los hablantes empleaban esta posibilidad en ocasiones en las que querían expresar ideas más intelectivas que perceptivas³²¹. Cuando dichos hablantes fueran comprobando con el tiempo que la estructura de evento era más apropiada para percepciones directas y que los complementos oracionales eran más adecuados para percepciones indirectas (incluidas las relacionadas con los estados) probablemente fueran estableciendo una correspondencia permanente entre forma y contenido (construcción), hasta que esa correspondencia de conceptualizaciones homogéneas quedó gramaticalizada. De este modo, la estructura de evento con sujeto en nominativo, que tal vez fuera relativamente frecuente antes de que el español pasara a escribirse, fue poco a poco desapareciendo, para terminar como una posibilidad arcaica que sólo muy esporádicamente puede volver a resurgir en el español moderno. Esta interpretación también puede ayudar a entender por qué no se documentan en nuestro corpus ejemplos de eventos de carácter metafórico hasta el siglo XVI (ver figura 7). Es perfectamente plausible que los hablantes no emplearan de modo abstracto este tipo de complementos hasta que su contenido específicamente visual no estuviera asentado y claramente diferenciado de los complementos de percepción indirecta, y ello no sucedió precisamente hasta la decadencia en los siglos XVI y XVII de los eventos de infinitivo con sujeto en nominativo.

En el ejemplo (16) comprobábamos que los eventos de infinitivo con sujeto en nominativo adquirirían eventualmente un significado muy modalizado, puesto que el elemento atributivo puede interpretarse como un juicio de valor aplicado a una entidad del mundo. Es posible que esta

³²¹ Tanto es así, que Herrero Ruiz de Loizaga (2005: 112) cita un ejemplo en que el verbo *ver* tiene por complemento una oración sustantiva y un evento de sujeto en nominativo unidos copulativamente:

(1) E veres catando con reposado ojo de la investigativa que se pueden apuestos trabajos a muchas obras aplicar e cada uno de los estados poder de aquellos tomar exenplo (Enrique de Villena, *Los doze trabajos de Hércules*, 1417).

posibilidad expresiva también forzara la desaparición de estos eventos puesto que, como veremos en el apartado próximo, existe un tipo de conceptualización que va más allá de la percepción directa, de la percepción indirecta y de la percepción cognitiva para llegar a la expresión de la pura subjetividad del hablante. Por este motivo, los eventos de sujeto en nominativo tampoco podían perdurar por la vía de especializarse en ese contenido, al tener competencia directa.

5.4.6. Los verbos visuales agentivos: aspectos diacrónicos

En el capítulo 4, al hablar de las metáforas visuales, explicamos que es frecuente que las lenguas del mundo lexicalicen verbos muy específicos que se ocupan de expresar ciertas acciones que se llevan a cabo con la vista. De este modo, verbos como *vigilar*, *espíar*, *acechar* y otros muchos representan en español procesos muy agentivos en los que es fundamental el uso de los ojos. En principio, puede haber tantos verbos visuales de este tipo como objetivos que se deben alcanzar con la vista se puedan conceptualizar. Cada lengua será, además, libre de codificar esas percepciones en función de su cultura (más o menos ocularcéntrica) y de sus necesidades.

Vendryes (1932) observó que frente a la percepción visual neutra o pasiva (representada en español por *ver*) que se expresa en la mayoría de lenguas por uno o dos verbos, la percepción visual agentiva puede multiplicar muy fácilmente el número de términos. Los verbos españoles mencionados y otros que se podrían añadir, son prueba de que en la lengua española también abundan estos verbos tan agentivos. Vendryes también señala que el origen etimológico de muchos de esos verbos es dudoso o desconocido, lo que invita a pensar que algunos son creaciones procedentes del argot de cada época. Además, muchos de esos verbos han desaparecido durante la evolución de las lenguas indoeuropeas porque llegaron a adquirir un significado muy negativo. Un ejemplo muy interesante lo ofrece el antiguo verbo griego *λάω* (Vendryes, 1932: 202); este verbo significaba MIRAR, pero sólo se documenta en tres ocasiones en los textos de Homero, y siempre en relación con la mirada de animales salvajes, como perros o águilas. Por tanto, puede suponerse que el verbo se especializó en expresar la acción visual de criaturas peligrosas (quizá mientras acechaban a sus presas), lo que hizo que los hablantes lo

marcaran sociolingüísticamente como un término tabú. Como consecuencia de ello, el verbo acabó desapareciendo.

Como se ha anticipado, el principal verbo agentivo de tipo visual que posee el español es *mirar*, cuya etimología no tiene relación con ningún contenido negativo. *Mirar* deriva del verbo deponente latino *miror*, que significaba ASOMBRARSE DE ALGO, SORPRENDER, ADMIRAR y VER CON ASOMBRO. Este significado aún perdura en el *Poema de mio Çid* (principios del siglo XIII), aunque, como explicamos en el apartado 4.5.5.1, ya en el siglo XIII se vuelve dominante el significado de CONTEMPLAR, para, de ahí, llegar a su significado moderno en el siglo XV (Corominas y Pascual, 1980-1991; Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 133).

Hanegreefs (2008) ha realizado un profundo análisis sincrónico de *mirar*; basándonos en su trabajo, podemos resumir de este modo las tres principales características del verbo:

- a) Es un verbo no resultativo que focaliza la voluntad agentiva del sujeto, no el logro de la percepción visual.
- b) Es un verbo orientado, por lo que suele ir complementado por sintagmas preposicionales que señalan la orientación de la mirada. Incluso al tener un CD, éste suele ser preposicional.
- c) Con frecuencia es intransitivo (predominio en la escena de la actitud del OBSERVADOR).

Pues bien, el análisis de nuestro corpus de ejemplos antiguos prueba que *mirar* tenía entre los siglos XIV y XV todos los usos modernos. Es más, en el siglo XV también encontramos complementos flexionados³²² (percepción cognitiva), como en (5), y ocurrencias metafóricas y metonímicas en las que el verbo significa COMPROBAR, PREOCUPARSE POR ALGO, PROCURAR o PRESTAR ATENCIÓN. Veamos algunos ejemplos:

³²² Aunque en un contexto poético, también hemos hallado un ejemplo de *mirar* en el que está complementado por un evento de infinitivo, combinación sintáctica extremadamente periférica con este verbo:

(1) los salados abismos miraremos / entre dos sierras de agua abrir cañada / que de temor Carón suelta sus remos (Francisco de Aldana, *Poesías*, 1560-1578)

(1) El señor mjrando en todo lo que el escudero avia dicho: dize le (Anónimo, *Esopete ystoriado. Toulouse, Johann Paris, 1488. Manchester, John Rylands Library, 1482*)

(2) y quanto en hauerle de procurar collocacion de mayor dignidad, viniendo caso de vaccacion o promocion de alguna obispado, miraremos en lo que se podra fazer... (Anónimo, *Instrucciones de Fernando para el infante don Enrique, 1485*)

(3) Y esto mismo le diréis sobre lo que alla creen nos ha seydo indignamente reportado de otras cosas del dicho rey y duque; que nos no podriamos creer de aquellos otra cosa, sino que han de mirar por el bien nuestro y de nuestros reynos y stado, como nos miramos y miraremos siempre por ellos y por su stado y cosas (Anónimo, *Instrucciones de Fernando a Martín Díez para la reina de Nápoles, sobre varios asuntos, 1488*)

(4) Y porque, en lo passado, las cosas del dicho arzobispo no se han mirado ni tratado en aquella corte como fuera razon, porque siempre se han opuesto en ellas cardenales (Anónimo, *Fernando a López de Haro, 1493*)

(5) -Hermano, esperemos aquí un poco y miraremos cómo salen al torne (Anónimo, *Libro del conde Partinuplés, 1500*)

El verbo *mirar* expresa que el OBSERVADOR concentra su atención en un objeto delimitado. Se trata de una atención muy consciente y voluntaria que está destinada a una finalidad. Desde un punto de vista diacrónico, la concentración necesaria para ejecutar la acción de *mirar* se ha generalizado, por lo que puede aplicarse metonímicamente a cualquier acto que implique atención; por ese motivo el verbo ha pasado a desarrollar significados como COMPROBAR (con la vista) o PRESTAR ATENCIÓN, tal y como se aprecia en la muestra presentada. Este tipo de significado nocional suele comportar también matices compromisivos. Cuando se mira algo, la atención se proyecta hacia un fin (que se puede alcanzar o no), de manera que con frecuencia el acto de comportarse con diligencia y atención se expresa como algo que se realizará en el futuro. En (2) el enunciador se compromete a buscar trabajo para una persona recomendada, por lo que su afirmación de que “miraremos” que se puede

hacer se puede interpretar como una tarea que se deja pendiente para cuando sea posible realizarla.

El ejemplo (4) es especialmente interesante. *Mirar*, cuando conserva su significado visual, no admite por lo general la estructura con sujeto-estímulo (pasiva refleja); la razón se encuentra en que al ser un verbo que conceptualiza la actitud activa del sujeto dejando en segundo plano el objeto percibido no suele configurarse de modo que el estímulo pase a ser sujeto sintáctico; el punto de vista del conceptualizador es dominante en la escena, y por ellos resulta poco prototípico expresar la existencia de estímulos que pueden verse con un verbo que está especializado en la representación del OBSERVADOR y de sus propósitos³²³. Sin embargo, en (4) sí tenemos esa estructura. En este caso es totalmente factible porque *mirar* en esta ocurrencia tiene el significado de TRATAR o EXAMINAR UN ASUNTO³²⁴, valor que sí se puede conceptualizar fácilmente con una pasiva refleja para resaltar la enorme importancia de los “asuntos” tratados. De hecho, el significado de *mirar* está reforzado por el hecho de que el verbo va unido copulativamente a *tratar*.

Por último debemos señalar que si bien *mirar* no ha evolucionado a partir de un contenido negativo, en la actualidad es frecuente utilizarlo con matices de ese tipo. Esto es especialmente claro en la estructura, parcialmente gramaticalizada, {*mirar mal* [a alguien]} que significa TENER ANTIPATÍA HACIA UNA PERSONA. A continuación tenemos un ejemplo:

(6) Diego me mira mal. ¿Se habría hecho ideas sobre mi amor a la patria? (Félix de Azúa, *Diario de un hombre humillado*, 1987)

Este significado aparece de nuevo por una metonimia que sustituye la manera en que se mira (una manera negativa, representada por el adverbio *mal*) por el estado resultante: sentir antipatía por una persona. Se trata de un significado relativamente antiguo y que incluso se utiliza en ocasiones en un sentido más subjetivizado próximo al de

³²³ Aun así, en nuestro corpus aparece algún caso:

(1) Mas luego que se miran las vanderas / de vna misma señal roja bordadas / y sobre el tafetan de las primeras / las Lises de oro, y rosas encarnadas (Lope de Vega Carpio, *Jerusalén conquistada*, 1609)

³²⁴ El verbo *tocar* ha desarrollado mucho este mismo significado, como explicaremos en el capítulo 7.

CONSIDERAR o JUZGAR. En (7) la valoración (negativa) se proyecta sobre una opinión con contenido proposicional, por lo que el CD es una oración sustantiva y no un objeto definido:

(7) les ha faltado este recurso, y se han hecho este otro de la excomunión, ganando todo el gremio de curiales, porque estos atentos, solo á las cuestiones, miran muy mal que los príncipes manden, que no vengan causas á Roma (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1768*, 1768)

La conclusión que podemos obtener de estas consideraciones sobre *mirar* es que el verbo no ha experimentado prácticamente ningún cambio semasiológico desde que en la Edad Media asumió sus últimos cambios (tras significar CONTEMPLAR), cambios que guían su funcionamiento desde entonces. Por tanto, parece claro que tanto *ver* como *mirar* afianzaron pronto su diseño definitivo.

5.5. La percepción valorativa

Como hemos comprobado en apartados anteriores, el grado de implicación efectiva de los sentidos en ciertas conceptualizaciones de los verbos perceptivos es ciertamente limitado, pues cuando se llega a la percepción cognitiva con proposiciones flexionadas la experiencia sensorial es prácticamente nula, ya que queda relegada al papel de un activador de inferencias. Sin embargo, existen usos muy frecuentes de ciertos verbos de percepción física que parecen aún más abstractos que los usos de percepción cognitiva. En estos casos podemos hablar de percepción valorativa o percepción imaginativa (Rochette y Rodrigues, 2005; Hanegreefs, 2008), variante que muy habitualmente se ha confundido con la percepción cognitiva aunque, como vamos a comprobar, mantiene con ésta muchas e importantes diferencias.

La percepción valorativa es aquella en la que el PERCEPTOR evalúa subjetivamente el PERCEPTO y le atribuye una cualidad³²⁵. Se trata de un proceso fuertemente axiológico y modalizado en el que el verbo perceptivo se reanaliza hasta convertirse en un verbo de actitud

³²⁵ Ibarretxe-Antuñano (1999a, 1999b, 2000, 2002, 2003, 2008) no toma en consideración la percepción valorativa en los términos que ahora vamos a explicar. Lo más parecido a este tipo de percepción que hay en el trabajo de esta autora es el rasgo de <corrección de hipótesis> (véase el capítulo 4).

proposicional, como *juzgar* o *considerar*. Es lo que ocurre en ejemplos como estos:

(1) Alfredo ve fatal esa solución.

(2) Todos vemos muy bien que haya decidido quedarse.

En estos dos ejemplos el verbo *ver* ha alcanzado un grado de subjetividad máximo, hasta el punto de que ha quedado desconectado por completo de su significado visual de partida. Lo que se enuncia en (1) y (2) son dos juicios u opiniones sobre una determinada realidad. En (1) el PERCEPTOR *Alfredo* examina subjetivamente un PERCEPTO (*esa solución*) y llega a una conclusión sobre este, la cual se manifiesta en forma de C. Predicativo orientado al CD (*fatal*). De esta manera, *ver* ya no significa aquí PERCIBIR POR LA VISTA, sino que gracias a un proceso de subjetivación (Traugott, 1989, 1995; Traugott y Dasher, 2002) ha pasado a significar JUZGAR. La misma situación se da en (2), sólo que en este caso el PERCEPTO tiene forma de oración sustantiva completiva, lo que indica que el PERCEPTOR valora una proposición factual (su decisión de quedarse). Constatamos, por tanto, que la valoración del sujeto puede recaer sobre PERCEPTOS de muy variada naturaleza, desde objetos definidos hasta hechos completos. Ahora puede entenderse con mayor claridad que los eventos de infinitivo con sujeto en nominativo no podían mantenerse para expresar opiniones subjetivas, puesto que una estructura de CD con C. Predicativo evoca el proceso de juzgar algo de un modo más eficaz y coherente en términos sintácticos³²⁶.

El estudio de la percepción valorativa comporta dos problemas decisivos, magníficamente analizados por Hanegreets (2008: 137-147). En primer lugar, resulta en ocasiones extremadamente difícil distinguir la percepción cognitiva de la percepción valorativa; ambas expresan un procesamiento mental del PERCEPTO por parte del PERCEPTOR, siendo la principal diferencia entre ellas que la percepción valorativa desemboca, al menos pragmáticamente, en un juicio de valor más o menos explícito. El segundo problema deriva del primero: no existe una relación biunívoca entre ciertas estructuras formales y la percepción valorativa, de manera que es el contexto el que suele determinar si el enunciado se corresponde con un tipo de percepción o con otro.

³²⁶ Resultaría extremadamente llamativa una secuencia como “*Alfredo ve ser fatal esa solución”, por ejemplo.

En opinión de Hanegreefs (2008) el elemento más importante en el continuo prototípico que se extiende entre la percepción cognitiva y la valorativa es el nivel de subjetividad de la predicación: cuanto más subjetivo sea el enfoque del PERCEPTOR, menos importante será el uso objetivo de los sentidos (la vista, el oído, etc.), puesto que todo dependerá del punto de vista psicológico del sujeto³²⁷. Este aumento de la subjetividad debilita el contenido semántico original del verbo por un proceso de gramaticalización y hace que, cuando dicho debilitamiento es total, el verbo se reanalice como un verbo de actitud proposicional, reanálisis que, además, le permite al verbo encajar en construcciones diferentes de las que asume en sus usos meramente perceptivos.

¿Qué estructuras pueden presentar los verbos de percepción cuando expresan percepción valorativa? Hay múltiples opciones, aunque en todos los casos es capital que el contexto pragmático refuerce la interpretación evaluativa. Quizá el esquema más frecuente sea el ya anticipado en (1) y (2): {verbo de percepción + CD + C. Predicativo de CD}. No obstante, conviene aclarar que no todos los predicativos pueden aparecer con este tipo de percepción:

(3) Vi el cuadro guardado en un baúl.

(4) Vi el cuadro muy feo.

En las dos oraciones tenemos la misma estructura: el verbo *ver*, un CD que representa a los PERCEPTOS (*el cuadro*) y dos predicativos (*guardado en un baúl* y *muy feo*). Sin embargo, la oración de (3) constituye una percepción física directa con objeto definido, mientras que la de (4) es una auténtica percepción valorativa. Esto se debe a que en (3) el predicativo únicamente especifica el lugar en el que se encontraba el PERCEPTO en el momento en que fue visto por el PERCEPTOR; por ello, en este caso *ver* conserva intacto su significado visual. Además, el predicativo, en la medida en que sólo activa un marco local para ubicar el CD, es un elemento secundario, por lo que puede suprimirse sin que la oración cambie de significado³²⁸.

³²⁷ Constatamos, una vez más, el parecido que se da entre esta hipótesis lingüística y la clasificación de las sensaciones de Gärdenfors (2006). Estableciendo un paralelismo, diríamos que la percepción valorativa no genera percepciones (que dependen en mayor o menor medida de la realidad) sino imaginaciones puramente individuales.

³²⁸ En diversos estudios se considera que cuando el predicativo es un participio introduce una predicación secundaria que presupone la existencia de una acción previa que ha

Pero el análisis de (4) es otro. En este caso el predicativo codifica un juicio modal sobre el PERCEPTO, juicio que además nunca puede ser resultativo (algo que sí puede ocurrir en (3)), puesto que toda valoración requiere necesariamente de un cierto período de tiempo para poder ser formulada. De esta manera, *ver* en (4) expresa la opinión completamente subjetiva que el sujeto tiene del cuadro. Esa opinión se manifiesta con un adjetivo descriptivo (*feo*) intensificado por el adverbio de cantidad *muy*, intensificación que consolida la lectura estrictamente valorativa de la predicación. Finalmente, el verbo *ver* ya no funciona en este ejemplo como un verbo visual, por lo que el predicativo es obligatorio en la estructura, puesto que la percepción valorativa no puede darse sin él: ver el cuadro en el baúl implica 'ver el cuadro' (físicamente), pero ver el cuadro muy feo no implica necesariamente 'ver el cuadro' (puede ser un cuadro imaginario, un cuadro fotografiado, un cuadro a medio hacer, etc.). Consecuentemente, podemos afirmar que los predicativos que aparecen con la percepción valorativa han de ser predicativos obligatorios, mientras que la percepción física requiere predicativos opcionales³²⁹.

¿Qué estructuras morfosintácticas pueden funcionar como predicativo obligatorio en una percepción valorativa? La nómina de posibilidades es amplia. En términos generales, cualquier estructura adscriptiva o categorizadora como sintagmas nominales, adjetivos calificativos o sintagmas preposicionales³³⁰ puede evocar un espacio mental que sirva

desembocado en un estado perfectivo; de este modo, "vi el cuadro guardado en un baúl" implica que alguien lo guardó allí anteriormente (acción previa resultativa). Por este motivo, este tipo de ejemplos tienden a desencadenar una lectura temporal ("vi el cuadro cuando estaba guardado en un baúl"). Rodríguez Espiñeira y Pena (2011) ofrecen una síntesis de las propiedades de los participios como predicativo de un CD subordinado a un verbo de percepción y de sus diferencias aspectuales con respecto a los eventos con infinitivo.

³²⁹ Para un análisis detenido de las diferencias entre predicativos opcionales y obligatorios puede consultarse el trabajo de Demonte y Masullo (1999) y la última gramática de la Real Academia Española (RAE, 2009).

³³⁰ Willems y Defrancq (2000) han llevado a cabo un análisis de los tipos de elemento atributivo que pueden acompañar a los PERCEPTOS con los verbos de percepción. En su opinión, los predicativos de la percepción valorativa se rigen por un criterio esencialmente aspectual: cuanto más permanente es la cualidad que denota el elemento léxico, más fácilmente activa un significado de opinión, mientras que los elementos que expresan rasgos transitorios suelen asociarse a percepciones físicas. Es lo que ocurre con los ejemplos (3) y (4); *en el baúl* perfila una localización transitoria que se percibe visualmente, pero *muy feo* conceptualiza un cualidad permanente desde el punto de vista del PERCEPTOR (juicio

para perfilar una cualidad susceptible de ser predicada del PERCEPTO (Rodríguez Espiñeira, 2000; Hanegreefs, 2008). Ofrecemos algunos ejemplos a continuación:

(5) Te veo más delgado desde que haces ejercicio.

(6) Los electores ya ven presidente a Julián.

(7) La muchacha sintió a su padre en las nubes.

Los predicativos *más delgado*, *presidente* y *en las nubes* expresan la valoración personal que hacen los sujetos de los complementos directos. En (5) el PERCEPTOR enuncia una opinión basándose en datos visuales intersubjetivos; ello implica que cualquiera que conozca al sujeto en cuestión y que haya observado los cambios en su peso puede llegar a una valoración similar. Las valoraciones de (6) y (7) son mucho más abstractas. De hecho, la oración de (6) forma parte de un significado que a veces genera el verbo *ver*, el significado de VISUALIZAR. En este caso, los electores consideran que Julián llegará a ser presidente porque son capaces de visualizarlo en esa coyuntura en su imaginación. Por último, la oración de (7) expresa un juicio acerca del despiste que tiene el padre de una chica; ésta percibe ciertos matices del comportamiento de su progenitor que le hacen considerar que está “en las nubes”. La fuerte modalización de este ejemplo procede del empleo de *sentir* en lugar de *ver*; como veremos posteriormente, *sentir* es por naturaleza un verbo anclado a una subjetividad muy intensa, por lo que los juicios con él expresados no son habitualmente intersubjetivos, sino marcadamente subjetivos.

En ocasiones el C. Predicativo viene introducido por el nexos modal *como*³³¹. Este nexos, cuyo significado prototípico está relacionado con la comparación lingüística, cambia notablemente el significado de la escena. Como han descrito diversos autores (Delbecque, 2010; Hanegreefs, 2008), los predicativos obligatorios con verbos de actitud proposicional o con los

subjetivo). La interpretación de Willems y Defrancq es muy interesante, pero aun así existen suficientes contraejemplos como para no considerarla un principio general (Hanegreefs, 2008).

³³¹ Ello es obligatorio con la percepción valorativa expresada con *mirar* (Rodríguez Espiñeira, 2002a). Veamos un ejemplo extraído de nuestro corpus:

(1) de donde procede, que aun siendo Esclavos se tienen en mas que ellos, y les miran con desprecio como incapaces, y sin discernimiento de racionalidad (Antonio de Ulloa, *Noticias americanas*, 1772)

verbos de percepción en sus empleos valorativos cambian de significado si llevan el nexa *como*, pues este elemento modaliza aún más el proceso mental de juicio epistémico y lo vuelve más abstracto. El nexa en cuestión actualiza en la escena su valor primario de comparación, lo que hace que la adjudicación de la cualidad al PERCEPTO aparezca como más costosa y falible, al haber sido atribuida tras una fase previa de contraste entre varias opciones. En cambio, cuando el nexa no está presente (nexa \emptyset), la predicación de dicha cualidad es más automática, porque se infiere que al sujeto no le ha costado tanto esfuerzo de procesamiento emitir su juicio. Comparemos las siguientes oraciones:

(8) Ruth ve \emptyset posible que llueva.

(9) Ruth ve como posible que llueva.

En las dos oraciones el PERCEPTOR *Ruth* expresa un juicio, aunque los dos juicios enunciados no son equivalentes. En (8) la atribución de la cualidad *posible* a la hipótesis de que quizá llueva se presenta como intuitiva o poco razonada; tal vez Ruth ha visto el cielo algo oscuro y con esa sola evidencia ha emitido su aserción sobre la posibilidad de tener lluvia. Sin embargo, el nexa *como* en (9) reelabora el proceso de razonamiento a la luz de una comparación implícita; de este modo, la emisión de ese punto de vista sólo se produce cuando se han tomado en consideración diversos factores de manera sucesiva (consultar el parte meteorológico, comparar el día con otros anteriores en los que ha llovido, consultar la temperatura, etc.), razón por la cual ese enunciado codifica una reflexión más elaborada. Téngase en cuenta, además, que la presencia de *como* aumenta la distancia sintáctica entre el verbo de percepción y el C. Predicativo, de manera que gracias de nuevo al principio de iconicidad, el predicativo se vuelve más independiente de su verbo y, por ello, más intenso en su valor funcional³³².

Otro uso interesante de la percepción valorativa es el que acontece cuando el PERCEPTOR que lleva a cabo la valoración axiológica y el PERCEPTO valorado se corresponden de manera correferente con la

³³² La validez de esta interpretación está reforzada por el estudio de Usoniené (2001). Esta investigadora ha descrito usos modalizadores semejantes de la conjunción *as* con los verbos de percepción del inglés.

misma entidad. Cuando esto ocurre, la estructura resultante pasa a tener valor reflexivo³³³:

(10) Felipe se ve gordo cuando se mira en el espejo.

Este ejemplo es muy interesante. En él, el verbo *ver* conserva intacto su significado visual y, al mismo tiempo, manifiesta un valor netamente valorativo. El sujeto *Felipe* se mira a sí mismo y, a tenor de lo que observa en su propia imagen, considera subjetivamente que está gordo. Por supuesto, otros hablantes pueden concordar con esa opinión al verle, o pueden tener opiniones diferentes (intersubjetividad). Lo más trascendente de estos ejemplos es que son el punto de arranque de un proceso de gramaticalización que conduce a la conversión de ciertos verbos perceptivos en verbos pseudo-copulativos (Demonte y Masullo, 1999; Morimoto y Pavón Lucero, 2007; Hanegreefs, 2008). Lo observamos a continuación:

(11) Ana se ve guapa cuando se mira al espejo.

(12) Ana se ve guapa en la fiesta.

La oración de (11), al igual que la de (10), muestra el verbo *ver* con un doble significado, visual y modal. De esta manera, en esos dos casos no hay solamente una valoración sino que también hay una visión directa: *Felipe* y *Ana* se ven a sí mismos literalmente, por lo que el pronombre personal átono *se* desempeña la función de CD y tanto *gordo* como *guapa* desempeñan la función de predicativos de ese CD. Sin embargo, (12) ejemplifica una situación distinta; en este caso *ver* se ha desesemantizado casi por completo, por lo que su funcionamiento transitivo ha desaparecido. Debido al debilitamiento sintáctico motivado por el aumento de subjetividad, el verbo *ver* se ha reanalizado como un mero enlace entre una base de atribución, *Ana*, y una concreta cualidad suya (la cualidad de *guapa*), que funciona como atributo. En suma, la evolución de los usos perceptivos hasta usos pseudo-copulativos es factible porque la

³³³ Como bien indica Hanegreefs (2008: 146), esta posibilidad pertenece al fenómeno llamado por Langacker 'egocentric viewing arrangement' (Langacker, 1991: 499-500), según el cual cuando sujeto y objeto coinciden en la misma entidad, las fronteras entre ambos se vuelven completamente borrosas, lo que comporta que haya un aumento enorme de subjetividad. Verse y oírse a uno mismo constituye una experiencia en la que no hay una separación discreta entre PERCEPTOR y PERCEPTO, de manera que es lógico que estas construcciones tiendan a verbalizar con frecuencia más interpretaciones subjetivas que percepciones objetivas.

percepción valorativa actúa como paso intermedio entre ambos: primero se da un uso visual transitivo (Ana se ve en el espejo), después se añade la valoración de una cualidad del sujeto procedente del propio sujeto (Ana se ve guapa en el espejo) y, por último, el verbo se desemantiza para servir de puente entre la cualidad propiamente dicha y su base, desapareciendo el proceso de valoración (Ana se ve guapa en la fiesta³³⁴). Una prueba sintáctica confirma el proceso de cambio, pues debido a la gramaticalización del verbo, *ver* con su valor pseudo-copulativo deja de aceptar el refuerzo pronominal {*a sí mismo*}, refuerzo que sí admite cuando mantiene su carácter transitivo (CD con C. Predicativo):

(11') Ana se ve guapa a sí misma cuando se mira al espejo.

(12') *Ana se ve guapa a sí misma en la fiesta.

Finalmente, la percepción valorativa puede adquirir una forma mucho más asertiva cuando se expresa con una construcción de estado con pasiva refleja (construcción copulativa). En este caso, el predicativo expresa una cualidad del PERCEPTO tan palmaria que el conceptualizador no se manifiesta explícitamente ni se hace responsable de su juicio, pues considera que su opinión es clara y fácil de compartir intersubjetivamente. Veamos dos ejemplos:

(13) Este problema de matemáticas se ve fácil.

(14) A Patricia se la ve nerviosa.

Estas oraciones contienen un juicio parecido al que contienen estas otras: “Veo fácil este problema de matemáticas”, “Veo nerviosa a Patricia”. La diferencia esencial emana de la sintaxis; al promocionar el PERCEPTO a la función de sujeto sintáctico, el conceptualizador queda fuera de escena, de modo que la valoración expresada por el predicativo se generaliza por completo³³⁵. Así, se señala que la cualidad del PERCEPTO es incuestionable (certeza epistémica), por lo que se puede

³³⁴ Para un análisis de estas cuestiones consúltese el libro de Morimoto y Pavón Lucero (2007). Más adelante retomaremos este tema, y compararemos los usos pseudos-copulativos de *verse* y *sentirse*.

³³⁵ Esta combinación es muy frecuente con *ver* porque este verbo basado en la vista puede ser (inter)subjetivo. Sin embargo, *sentir*, mucho más anclado a la subjetividad propioceptiva del hablante, no la admite (# Este problema de matemáticas se siente fácil). También es interesante destacar que el empleo de la voz media con verbos de percepción no genera conceptualizaciones epistémicas equivalentes en todas las lenguas, como ha demostrado, por ejemplo, González Romero (2000) al comparar estas construcciones en inglés y en español.

encubrir al PERCEPTOR que la juzga, en la medida en que cualquiera en esas condiciones llegaría a la misma conclusión³³⁶. El uso fusionado de la percepción valorativa y la percepción estativa es interesantísimo, e incluso se ha propuesto que es una manera gramatical para expresar evidencialidad (Gisborne, 1998, 2010; Gisborne y Holmes, 2007; Miller, 2008; Whitt, 2009, 2010, 2011; Fernández Jaén, 2008b).

En suma, queda claro que la percepción valorativa supone un paso más en el grado de subjetividad que pueden expresar los verbos de percepción; mientras que con la percepción indirecta y la percepción cognitiva el verbo expresa o bien la constatación de un hecho a partir de una percepción física o bien un razonamiento basado en la lógica que regula el mundo (Rodríguez Espiñeira, 2000), con la percepción valorativa el conceptualizador expone un punto de vista totalmente individual que ni siquiera tiene por qué guiarse por el pensamiento lógico. Los predicativos del CD, por ello, vehiculan juicios individuales y no certezas compartidas. Aun así, algunas conceptualizaciones de la percepción valorativa, como aquella en la que se presenta en forma estativa, sí pueden relativizar la opinión subjetiva para volverla más intersubjetiva, tal y como acabamos de comprobar. Finalmente, también hemos observado que el aumento de la subjetividad posibilita que los verbos de percepción evolucionen diacrónicamente hasta convertirse en verbos pseudo-copulativos carentes por completo de conexión con proceso perceptivo alguno.

Por todo lo dicho, es evidente que los usos de percepción valorativa que un verbo de percepción puede generar deben de ser tardíos en el tiempo, ya que se trata de empleos que se originan gracias a un gran aumento del nivel de subjetividad, y la subjetividad, de acuerdo con las pautas de la gramaticalización, transforma las unidades léxicas de un modo gradual.

¿Desde cuándo se documenta la percepción valorativa con el verbo *ver*? Nuestras indagaciones empíricas arrojan algunas conclusiones. En primer lugar, hemos de decir que la percepción valorativa ha sido una conceptualización bastante periférica en la evolución de *ver*, pues sólo

³³⁶ Como comprobaremos oportunamente, no sucede lo mismo cuando el verbo estativo es *oler*, puesto que este verbo no es tan marcadamente epistémico como *ver* / *verse*, lo que le permite expresar muchos más matices semánticos como evidencial

hemos encontrado 15 ocurrencias. Sin embargo, estas ocurrencias se distribuyen de un modo muy homogéneo en el tiempo, lo que permite suponer que *ver* había desarrollado plenamente este uso modalizado antes de que el español quedara reflejado en los textos. Esta es la distribución en valores absolutos:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Percepción valorativa	1	1	-	4	2	-	3	4

Figura 9. La percepción valorativa de *ver* por siglos.

Al igual que ocurre con el resto de significados abstractos y subjetivos, el verbo *ver* se documenta con el funcionamiento de un verbo de actitud proposicional desde el siglo XIII, y de ahí en adelante con relativa estabilidad. Veamos algunos casos:

(15) Huéspedes, dixo el rey, ¿qué puede esto seer? / Pésame de mi fija, que non me viene veyer / querría desta cosa la verdat entender / que veyo a uos tristes, mala color tener (Anónimo, *Libro de Apolonio*, 1240)

(16) ca sabed que se yo por cierto por caballeros de Granada que se vinieron para aquí a Lorca fuyendo que todo su proposito de los moros es que de la ora que ellos vean acordada la guerra entre el Rey de Castiella et los suyos que entren por la tierra et que vayan conquiriendo lo que pudiere et don Johan otrosi que non se querra deseretar abra de faser alguna cosa de lo que non querria (Anónimo, *De Pedro Martínez Calvillo al Rey de Aragón, pidiéndole auxilio contra los moros*, 1334)

(17) Procurá salir, señor, de la batalla, que vos veo malherido y aréys entrar aquella gente que en vuestro socorro viene (Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, 1547)

(18) Cansado ya, y derribado el cuerpo con la vejez, no podia obedecer al alma, que se estaua siempre fresca para acometer estos ejercicios de la obediencia, sin otros particulares que el

acostumbraua, y en que le pusieron los maestros que tuuo, ayunos extraordinarios mas de los que tiene la Orden, vigiliias, y silicios, pobreza, y dormir en el suelo, y otras asperezas que aconsejan los maestros, para los que veen de mas animo, y de mas largo espiritu, y como le pusieron en ello, con ello se quedò, como si fueran reglas infalibles (Fray José Sigüenza, *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1600)

(19) Yo entonces, viendo la puerta abierta para mi deseo, comencé á decirle deste modo (...) (Jerónimo Alcalá Yáñez y Ribera, *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Primera parte*, 1624)

(20) No veo la felicidad en el matrimonio (Benito Pérez Galdós, *Tristana*, 1892)

(21) Y parece honrado y decente. No le veo muy aferrado á la infantil manía del matrimonio (Benito Pérez Galdós, *Tristana*, 1892)

(22) En todas las islas, por todo el mundo, ese constitutivo era la religión, constitutivo que veíamos amenazado en cada guerra, porque a nosotros no nos ha movido nunca el afán materialista de poseer nuevas tierras sino solamente la gloria de nuestra Bandera y la defensa de la Cruz (Anónimo, *Logroño participa con animación y brillantez inusitadas en el entusiasmo nacional*, 1939)

(23) No me digas cosas tan amargas. Cada vez te veo más triste (Ricardo León, *Cristo en los infiernos*, 1941)

(24) Si fuera otra cosa realizarían gestiones de colocación en otras empresas, lo que rara vez acontece, denotando esta pasividad sus propósitos de reanudar sus labores así que vean satisfechas sus pretensiones (Carlos García Oviedo, *Tratado Elemental de Derecho Social*, 1946)

En todos estos ejemplos *ver* se comporta como un verbo de actitud proposicional, pues codifica inequívocamente un juicio modal acerca de una entidad particular (CD). Como puede apreciarse, el elemento que introduce de manera explícita la valoración efectuada por el conceptualizador es un C. Predicativo obligatorio del CD, función sintáctica que admite algunas modulaciones formales. Lo más frecuente es que el predicativo esté formado por un adjetivo calificativo, como

“triste” ((15), (23)), “malherido” (17) o “satisfecho” (24). No obstante, el predicativo también puede construirse con sintagmas más elaborados que activan otros matices. En (18) aparece la estructura “de más ánimo”. Ese sintagma preposicional establece que la valoración que efectúa el sujeto se basa en una comparación implícita; se lleva a cabo un examen de todos los candidatos y se selecciona a los que tienen más ánimo, es decir, a los más adecuados dentro de un conjunto.

Otro ejemplo muy interesante es el de (20). En este caso la valoración del conceptualizador se expresa de un modo marcadamente visual, puesto que el predicativo tiene forma de circunstancial de lugar (“en el matrimonio”). El sujeto está expresando su opinión sobre qué es la felicidad y señala que él no consigue “verla” en el matrimonio (considera que el matrimonio no da la felicidad). La evaluación se construye aquí a partir de dos nociones: la capacidad de *ver* para significar VISUALIZAR y la metáfora LOS CONCEPTOS SON OBJETOS QUE SE UBICAN EN LUGARES. De este modo la felicidad sería un objeto que el sujeto no es capaz de visualizar (topológicamente) en el lugar MATRIMONIO. Teniendo en cuenta que la gramática cognitiva considera que entre el espacio y la posesión hay vínculos inherentes (Cifuentes Honrubia, 2010) puede entenderse que la disociación entre ‘felicidad’ y ‘matrimonio’ que establece el hablante parte de una concepción muy primaria de la posesión: a juicio del conceptualizador la felicidad y la vida matrimonial no se relacionan porque no es capaz de imaginar una dentro de la otra³³⁷.

Otro hecho destacable es que la percepción valorativa se puede interpretar como una forma de evidencialidad en español. La valoración enunciada por el sujeto tras un proceso subyacente de reflexión puede tener su origen en evidencias visuales o puede proceder de razonamientos más abstractos desconectados por completo de la percepción propiamente dicha. En la muestra de ejemplos presentada hallamos ocurrencias de los dos tipos. En (17), por ejemplo, el hablante juzga que su interlocutor está demasiado malherido como para poder continuar luchando. Por supuesto, esta opinión (que es meramente subjetiva, puesto que el aludido podría discrepar y pensar con otro

³³⁷ Inversamente, si el hablante considerara lo contrario podría decir que la felicidad “está en el matrimonio” (se ubica en él y por tanto le pertenece).

criterio que aún puede luchar un poco más) se basa en indicios visuales, como ver las heridas y los signos de cansancio del luchador.

Pero en otras ocasiones la visión no tiene presencia alguna, como ocurre en el ejemplo (19) en el que se utiliza la expresión, parcialmente gramaticalizada, {*ver la puerta abierta a* [algo]}. De este modo se verbaliza una opinión sobre un estado de cosas que resulta favorable para el conceptualizador; concretamente, éste asegura ver “la puerta abierta a su deseo”, lo que significa que el hablante considera que la ocasión es propicia para alcanzar su propósito sobre un determinado asunto. Algo parecido ocurre en (16), donde los enemigos pueden ver “acordada la guerra” en un momento dado, es decir, que pueden pensar que la guerra ha empezado, aunque no sea cierto. Naturalmente, ni en este texto ni en el anterior hay visión real de nada, puesto que los juicios epistémicos de los hablantes son exclusivamente inferenciales y abstractos.

Por último, el carácter marcadamente subjetivo de la percepción valorativa explica que haya una cierta preferencia a que este tipo de predicaciones aparezcan en primera persona, del singular o del plural; dado que los procesos evaluativos que introduce *ver* en estos casos son intransferibles por pertenecer al punto de vista único de un conceptualizador, no resulta extraño que el verbo se presente con mucha frecuencia conjugado en la primera persona, que es la que remite a un ‘yo / nosotros’ individual. De los diez ejemplos mostrados, siete están en esta situación, sea con el sujeto en singular ((15), (17), (19), (20), (21), (23)) o en plural (22).

En definitiva, el verbo *ver*, como hemos ido constatando en diversas partes de nuestra tesis, muestra un comportamiento como el actual ya en la Edad Media. Llegamos a esta conclusión tras analizar numerosos textos medievales que permiten comprobar que incluso en el siglo XIII nuestro verbo muestra con firmeza usos completamente cargados de subjetividad y potencial metafórico, entre los que destaca su valor como verbo de actitud proposicional con percepción valorativa por ser un uso paradigmático de los empleos completamente (inter)subjetivos del idioma.

5.6. Percepción y causatividad

Otro aspecto muy destacado en los estudios sobre los verbos de percepción es su estrecha relación con los verbos causativos. Los verbos causativos, tales como *provocar*, *originar*, *motivar* o *suscitar*, son unidades léxicas que codifican eventos que desencadenan otros eventos de los que son causa directa; de este modo, los verbos causativos se diferencian de los no causativos en que estos últimos denotan eventos que suceden por sí mismos, sin que sea necesario explicitar la causa (Lavale Ortiz, 2007). La conexión conceptual entre verbos causativos y perceptivos se manifiesta fundamentalmente por el hecho de que las dos categorías admiten la complementación alternativa de eventos y proposiciones flexionadas, lo que sugiere que debe haber relaciones conceptuales comunes en los dos tipos de predicado³³⁸.

De nuevo, frente a interpretaciones generativistas (Guasti, 1993), diversos investigadores adscritos al modelo cognitivo-funcional (Achard, 1996; Silva, 2004b, 2005; Rodríguez Espiñeira, 2004; Vesterinen, 2010) han propuesto interpretaciones semánticas para explicar las diferencias entre verbos causativos como *dejar* y *hacer* y los verbos de percepción cuando van complementados por eventos o cláusulas flexionadas. Sean las siguientes oraciones:

(15) Jaime dejó caer al suelo la estructura.

(16) Jaime hizo caer al suelo la estructura³³⁹.

(17) Jaime vio caer al suelo la estructura.

(18) Jaime oyó caer al suelo la estructura.

(19) Jaime dejó que su hijo fuera al cine.

(20) Jaime hizo que su hijo fuera al médico.

(21) Jaime vio que su hijo iba al cine.

³³⁸ Tanto es así que Davies (1995) considera que los verbos de percepción sólo son un subtipo dentro del conjunto de los verbos causativos. Para un examen de las propiedades compartidas por los verbos causativos y los verbos de percepción pueden consultarse, entre otros, estos trabajos: Abeillé, Godard y Miller (1995), Achard (1996), Silva (2004a, 2004b, 2005), Guasti (1993), Martineau (1990, 1992a, 1992b), Rodríguez Espiñeira (2004). Por otro lado, puede verse un completo estado de la cuestión sobre el fenómeno de la causatividad y su expresión en español en Lavale Ortiz (2007).

³³⁹ La estructura analítica {*hacer* + infinitivo}, conocida también como 'causativa romance', es la construcción causativa más prototípica y frecuente en español (Lavale Ortiz, 2007: 175).

En los ejemplos (15), (16), (17) y (18) encontramos eventos con infinitivo, pero mientras que en (17) y (18) el evento existe independientemente del PERCEPTOR, quien tan sólo lo registra visual y auditivamente (Roegiest, 2003), en (15) y (16) *Jaime* no es el PERCEPTOR del evento, sino su CAUSA: de esta manera, *Jaime* es el causante de que la estructura (el sujeto lógico) caiga³⁴⁰. Ahora bien, entre (15) y (16) se establece una diferencia capital que se puede explicar empleando la dinámica de fuerzas de Talmy (1988, 2000a); mientras que en (15) se conceptualiza la escena de modo que la estructura parece tender hacia la caída (quizá ya estaba muy deteriorada), en (16) la estructura ejerce una contra-fuerza (es una estructura muy sólida), por lo que para lograr que caiga es necesario que la CAUSA sea más fuerte. Por esa razón, en (15) el verbo causativo es *dejar*, verbo que expresa metafóricamente la idea de permisión (se desbloquea la barrera que impide que el evento llegue a su estado natural), mientras que en (16) es *hacer* para representar la idea de una acción intensa que busca anular un estado que se resiste a cambiar. Así, *Jaime* sería el 'agonista' y *la estructura* el 'antagonista', y la oposición entre *dejar* / *hacer* se articularía en función de si el 'antagonista' opone una contra-fuerza o no.

Por otro lado, los enunciados (19), (20) y (21) muestran complementos flexionados totalmente autónomos. En (21) *Jaime* percibe físicamente un hecho sin intervenir en él y verbaliza su comprensión de ese hecho con una sustantiva completiva (percepción indirecta). Sin embargo, las sustantivas completivas de (19) y (20) expresan escenas muy distintas. En el ejemplo (19) *Jaime* es CAUSA pasiva de que su hijo vaya al cine; el muchacho desea ir y el padre simplemente permite que el acontecimiento ocurra; nuevamente *dejar* representa de manera metafórica el permiso para que un suceso se culmine. Pero en (20), el hijo no quiere que el suceso ocurra (no quiere ir al médico, eventualidad que funciona a modo de contra-fuerza), por lo que la CAUSA ha de ser más decidida,

³⁴⁰ Por ese motivo, Rodríguez Espiñeira (2004) defiende que los eventos con verbos de percepción tienen modalidad epistémica (se percibe algo y aumenta el conocimiento), mientras que con verbos causativos tienen modalidad deóntica (lo expresado por el evento debe ocurrir y el sujeto principal se encarga de que ocurra, por lo que el evento no existe hasta que la CAUSA lo desencadena). Naturalmente, como consecuencia de lo anterior, los eventos percibidos son simultáneos al acto de percepción y los eventos causados son por definición posteriores a la acción que los promueve.

circunstancia que se manifiesta con el verbo *hacer*, verbo que expresa en este caso la presión sobre el ente causado. Una vez más, el contenido proposicional configurado en las dos completivas representa un estado de cosas que es estimulado por una fuerza externa, sólo que en un caso la inercia natural de los acontecimientos es liberada (el chico quiere ir al cine y va) y en otro hay que vencer una resistencia previa (el chico no quiere ir al médico y va)³⁴¹.

Naturalmente, también cabe preguntarse si el orden de los elementos internos de los eventos con verbos causativos es pertinente para su interpretación (como ocurre cuando dependen de un verbo perceptivo) o no³⁴². Veamos los siguientes ejemplos, que adaptamos al español a partir del trabajo de Silva (2005: 867):

- (22) María dejó caer el libro (VVO)
- (23) # María dejó el libro caer (VOV)
- (24) María hizo caer el libro (VVO)
- (25) # María hizo el libro caer (VOV)
- (26) Roberto dejó el agua derramarse (VOV)
- (27) El presidente hizo a los soldados regresar (VOV)

Como señala Silva (2005), cuando los sujetos lógicos son inanimados, el evento tiende a adoptar la forma VVO, puesto que el pivote sintáctico no representa a una entidad agentiva que pueda llevar a cabo la acción expresada por el infinitivo, lo que imposibilita que éste se encuentre en la posición dominante, que es la posición antepuesta. De este modo, (22) y (24) son válidas porque el sujeto lógico inanimado *el libro* se pospone al infinitivo *caer*, mientras que (23) y (25) resultan anómalas por el motivo

³⁴¹ El hecho de que las completivas con verbos de percepción expresen situaciones que no se ven afectadas por el PERCEPTOR explica que en estos casos el verbo del complemento flexionado vaya en indicativo (Veo que sale). Contrariamente, cuando la completiva depende de un verbo causativo, el verbo subordinado está en subjuntivo (Hago que salga), con lo que se indica que el sujeto de la oración matriz tiene una influencia directa sobre el acontecimiento expresado por el complemento oracional (Rodríguez Espiñeira, 2000, 2004).

³⁴² Nosotros adoptamos el modelo cognitivista para interpretar esta variación sintáctica, aunque existen otras propuestas. Por ejemplo Wind (1996) ofrece un análisis de la posición del sujeto lógico con infinitivos subordinados a verbos causativos y de percepción siguiendo el modelo del Programa Minimalista de Chomsky.

contrario³⁴³. Por supuesto, tanto (26) como (27) son perfectamente naturales porque sus sujetos lógicos representan entidades con movimiento propio que sí pueden actuar como el FOCO DE ATENCIÓN del conceptualizador (orden VOV). En (26) *el agua* se representa como una entidad activa (quizá porque está llenando un recipiente), y eso permite tanto que vaya delante de su infinitivo como que se emplee el verbo *dejar*, que siempre libera la contra-fuerza propia del elemento causado. El caso de (27) es aún más prototípico, puesto que en él el sujeto lógico es humano, por lo que aquello que se predica es que *el presidente* autoriza que *los soldados* (el segundo trayector) regresen, siendo esos soldados sujetos autosuficientes para realizar la acción contenida en el infinitivo. Comprobamos, por tanto, que también los eventos con verbos causativos organizan su estructura interna de manera motivada para representar icónicamente la imagen mental activada en cada caso.

Como vemos, los verbos perceptivos y causativos comparten diversos complementos sintácticos (con motivaciones semánticas distintas), pero ¿guardan alguna otra vinculación al margen de esa coincidencia formal? En realidad, los dos tipos de verbos están más relacionados de lo que a simple vista pudiera parecer, puesto que ambos se ubican en el continuo prototípico de la causatividad, sólo que en lugares distintos. Siguiendo a Croft (1991), podemos aceptar que existen al menos cuatro eventos de causación distintos, a saber: causación física, causación volitiva, causación afectiva y causación inductiva. La causación física es aquella en la que interactúan dos entidades sin intención ni voluntad, de modo que una modifica a la otra (el meteorito destruyó el edificio). En la causación volitiva aparece un elemento dotado de consciencia que altera otra entidad voluntariamente (Isidro destruyó los documentos). La causación afectiva se caracteriza por poner en relación un estímulo o estado de cosas con una entidad que lo percibe y cuyo estado mental cambia tras esa percepción (los ruidos asustaron al niño). Por último, la causación inductiva pone en juego a dos entidades dotadas de capacidad intelectual y de voluntad, de manera que una de ellas influye sobre la otra (Alfredo convenció a Sergio para que leyera el libro).

³⁴³ Recordemos que cuando el sujeto lógico se antepone al verbo adopta semánticamente el rol de un segundo trayector, es decir, de una entidad próxima al sujeto prototípico. Dado que los libros no tienen dinamismo propio, resulta contraintuitivo que ocupen esa posición.

Pues bien, como es obvio, los verbos causativos *dejar* y *hacer* pueden codificar muchas de esas posibilidades, algo mucho más complicado con los verbos de percepción. Los verbos visuales, auditivos y olfativos, al codificar eventos adherentes, parecen encajar sólo en el esquema afectivo; el PERCEPTO puede influir en el estado mental del PERCEPTOR (aumentando su conocimiento, por ejemplo) pero resulta en general poco probable que sea el PERCEPTOR quien altere voluntariamente el PERCEPTO. Los verbos del tacto sí generan en ocasiones variantes más agentivas. Por ejemplo, cuando *tocar* significa AFECTAR, expresa una causación física o volitiva, dependiendo del caso³⁴⁴. En cuanto a los verbos del gusto, como comprobaremos en el apartado 5.8., oscilan entre la causación volitiva y la afectiva, oscilación que permite que estos verbos desarrollen diacrónicamente usos que van de lo perceptivo a lo estrictamente psicológico.

Los verbos de percepción son unidades léxicas complejas fundamentalmente por su semántica y por su potencial sintáctico. No obstante, en este apartado hemos comprobado que también son complejos por mantener relaciones de contacto con los verbos causativos, otra de las categorías absolutamente primarias en la cognición humana.

5.7. Los verbos de percepción como marcadores del discurso

De acuerdo con lo expuesto en el capítulo 3, la gramaticalización es la tendencia natural de las categorías lingüísticas a evolucionar diacrónicamente hasta convertirse en categorías distintas de índole gramatical. En principio, existe una relativa libertad en los procesos de gramaticalización; los sustantivos pueden transformarse con el tiempo en adjetivos, adverbios o conjunciones, los adjetivos generan con frecuencia pronombres y afijos morfológicos, e incluso categorías muy gramaticales como las preposiciones o los pronombres pueden dar lugar a categorías todavía más gramaticalizadas como morfemas verbales y nexos subordinantes. Sin embargo, algunos procesos de cambio son más sorprendentes: este es el caso de los verbos que se transforman en

³⁴⁴ Volveremos sobre ello posteriormente.

marcadores discursivos³⁴⁵. Aunque este proceso es bastante frecuente en las lenguas del mundo, su motivación es difícil de determinar, por lo que algunos autores consideran que es una vía de gramaticalización poco convencional (Cuenca y Marín, 2000: 218). Aun así, es necesario reconocer que el verbo español ha mostrado a lo largo de su historia una gran flexibilidad a la hora de producir marcadores discursivos, puesto que la lista de elementos de este tipo que posee actualmente la lengua española es muy amplia (Company Company, 2004).

En el caso concreto de los verbos de percepción, ¿han dado lugar a marcadores del discurso? La respuesta es afirmativa; los verbos *ver*, *mirar* y *oír* son fuente de ciertos marcadores particularmente activos en el español de hoy, fundamentalmente en contextos orales y coloquiales. De este modo, estos verbos han generado marcadores como estos: (*vamos*) *a ver*, *verás*, *mira*³⁴⁶, *bien mirado*, *oye* y *oiga*, entre otros. La investigación sobre estos marcadores (en español y en otras lenguas) va en aumento³⁴⁷, y cada vez son más los lingüistas interesados en analizar las causas pragmáticas que hacen que estos verbos se reanalicen como elementos puramente discursivos.

Como es esperable, todos los marcadores mencionados poseen las características propias de todo marcador del discurso, características

³⁴⁵ Asumimos la definición de marcador del discurso propuesta por Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4057): “Los ‘marcadores del discurso’ son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional –son, pues, elementos marginales– y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación”.

³⁴⁶ Gras Manzano (2010) ha estudiado a partir de la Gramática de Construcciones de Goldberg (1995) la estructura {*mira que si* + proposición} (por ejemplo “Mira que si me toca la lotería...”). Esta construcción, fuertemente gramaticalizada, está especializada en transmitir en el discurso pragmático una serie de matices modalizados, como sorpresa o temor. Naturalmente, comparte con el marcador *mira* el contenido fáctico de apelación al interlocutor.

³⁴⁷ Para una aproximación al estudio de los marcadores del discurso provenientes de verbos de percepción pueden consultarse, entre muchos otros, los siguientes estudios: Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999); Company Company (2004); Pons Bordería (1998); Waltereit (2006); Mair (1994); Dostie (1993, 1998, 2004); Marín Jordà (2004, 2005); Rossari (2006); Cuenca y Marín (2000); Gallardo Paúls y Marín Jordà (2005); Montolío Durán y Unamuno (2000); Sancho Cremades (2006); Chodorowska-Pilch (2008); Marcos Sánchez (2011); González Melón y Hanegreefs (2011).

derivadas del proceso de gramaticalización previo. En términos generales, todos estos elementos se caracterizan por lo siguiente:

- a) Fijación formal. Las formas verbales implicadas han perdido su flexión morfológica de persona, tiempo y número.
- b) Uso parentético. Con frecuencia estos marcadores se sitúan entre pausas, de manera que funcionan como elementos aislados de la cadena sintáctica (función conectiva o supraoracional).
- c) Significado pragmático. Debido al aumento de la subjetividad de la estructura (proceso de subjetivación en los términos defendidos por Traugott), estos verbos pasan de un significado semántico a un significado cada vez más pragmático (pragmatización).
- d) Pérdida de capacidad sintáctica. Al pasar a tener funciones discursivas independientes de la oración, los verbos de percepción que se gramaticalizan pierden su capacidad para seleccionar argumentos propios, como sujeto o complemento directo.
- e) Erosión. Algunos marcadores de este tipo que han llegado a un nivel máximo de gramaticalización manifiestan huellas de erosión morfofonológica; esto significa que su valor es tan exclusivamente pragmático que empiezan a perder sílabas y sustancia fónica³⁴⁸.

¿Qué funciones aportan los marcadores evolucionados a partir de verbos de percepción? Los valores discursivos son diversos y dependen del verbo original implicado. Así, (*vamos*) *a ver* y *verás*, formados con el verbo *ver*, heredan de su base previa su carácter intersubjetivo y epistémico. En primer lugar, *vamos a ver* y *a ver* son dos marcadores especializados en interacciones que buscan un consenso entre varias partes, por lo que se considera que refuerzan la convergencia comunicativa entre los hablantes (González Melón y Hanegreefs, 2011). Al emplear estos marcadores el emisor reorganiza su discurso y señala tanto que su siguiente aseveración es pertinente dentro del tema que se está discutiendo como que se trata de una reformulación fácil de comprender y compartir (intersubjetividad). Ello es posible porque las formas (*vamos*) *a ver* proceden de una construcción perifrástica de futuro,

³⁴⁸ El caso del marcador catalán *anem a veure* es muy claro: de *anem a veure* se ha pasado a *a veure*, y de aquí a *avere* (Cuenca y Marín, 2000: 230). Este proceso de erosión es en general más infrecuente en español. Aun así, Cuenca y Marín (2000: 230-231) citan los casos (documentados en la novela *El Jarama* de R. Sánchez Ferlosio) de *oy* y *yé*, posibles casos de erosión de *oye*.

es decir, de una estructura prospectiva (Montolío Durán y Unamuno, 2000: 605), estructura que revestida del carácter cognitivo que tiene *ver* en futuro (recuérdese lo comentado a propósito de las interrogativas indirectas totales como complemento de este verbo) favorece un contenido pragmático muy concreto; al emplear (*vamos*) *a ver* invitamos al oyente a entender nuestro próximo argumento y a estar de acuerdo con él. Por todo ello, este marcador es especialmente frecuente en la interacción profesor-alumno y en los debates de actualidad³⁴⁹ (Montolío Durán y Unamuno, 2000; Marín Jordà, 2004, 2005; González Melón y Hanegreefs, 2011).

Por su parte, *verás* ha generado modos de empleo relacionados con la cortesía lingüística. Según el estudio de Chodorowska-Pilch (2008), este marcador permite suavizar la certeza epistémica con la que el emisor expresa su punto de vista; de ese modo, la opinión del emisor resulta menos amenazadora para la imagen pública del receptor. Cuando un hablante emplea *verás* al exponer una opinión obtiene dos efectos complementarios. En primer lugar, intersubjetiviza su argumento, puesto que *verás* incluye al receptor por ir en segunda persona³⁵⁰. Por otra parte, al ser una forma de futuro, *verás* vuelve a desencadenar una lectura intelectual, por lo que el receptor infiere que su interlocutor presupone que va a entender su razonamiento. En suma, *verás*, al igual que (*vamos*) *a ver*, es un marcador que reorienta el discurso y promueve la llegada a una conclusión compartida.

Mira, en cambio, es una partícula que no busca el consenso. Este marcador, procedente del imperativo de segunda persona del singular de

³⁴⁹ En opinión de Montolío Durán y Unamuno (2000) este marcador también tiene contenido sociolingüístico, porque normalmente es utilizado por el hablante que tiene un mayor control de la situación comunicativa. Por tanto, el marcador no sólo reorganiza el discurso, sino que también pauta las relaciones sociales establecidas entre los participantes. Esta situación es especialmente fácil de apreciar en el contexto de una clase, en la que el profesor siempre es quien controla el progreso de la transmisión de información.

³⁵⁰ El uso de verbos en segunda persona del singular como marcadores discursivos es muy habitual, no sólo con los verbos de percepción, sino también con verbos epistémicos. De este modo, aparte de *verás* tenemos en español otras formas como *ves*, *fijate*, *sabes*, *entiendes*, etc. Todos estos marcadores se pueden incluir dentro de lo que Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4171) denominan 'enfocadores de la alteridad', marcadores que tienen como denominador común el que se orientan al oyente para reclamar su atención, con el propósito comunicativo que sea. También se encuentran en esta categoría los marcadores procedentes de verbos de percepción auditiva *oye*, *oiga*, *escucha* y *escuche*.

tuteo de *mirar* y de naturaleza marcadamente interjectiva (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999; Pons Bordería, 1998; Sancho Cremades, 2006), no focaliza el tema objeto de la conversación, como hacen los marcadores gramaticalizados con *ver*, sino el punto de vista individual del hablante; del mismo modo que *ver*, en tanto que verbo resultativo, se define por la presencia del PERCEPTO, sus marcadores del discurso también destacan la presencia del tema del que se dialoga, el cual tiene más importancia que los puntos de vista individuales. Sin embargo, *mirar* no es un verbo resultativo, porque su conceptualización prototípica se orienta al sujeto, siendo el objeto algo secundario e incluso fácil de suprimir³⁵¹. De este modo, *mira* se utiliza para defender una opinión personal en el seno de una conversación, por lo que este marcador intensifica la divergencia comunicativa en lugar de la convergencia (González Melón y Hanegreefs, 2011). Estas peculiaridades de *mira* explican que este marcador sea especialmente frecuente en tertulias y situaciones comunicativas informales en las que cada hablante pretende imponer su criterio³⁵².

Bien mirado es un marcador más complejo que *mira* y con más matices pragmáticos. Según Marcos Sánchez (2011), este elemento supraoracional ha generado durante su largo proceso de gramaticalización una gran variedad de significados discursivos, agrupados fundamentalmente en torno a dos dominios: un valor correctivo y de reconsideración y un valor epistémico. En efecto, con *bien mirado* el hablante puede reformular su enunciado para expresarlo con mayor claridad. Por otra parte, este marcador también puede funcionar a juicio de Marcos Sánchez como un evidencial relacionado con la modalidad epistémica, de modo que su uso en ciertos contextos encajaría con el de los marcadores de refuerzo argumentativo (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999); al emplear *bien mirado* el emisor muestra su seguridad ante lo que está diciendo, ya que el marcador apela semánticamente al campo de la VISIÓN, con lo que ello implica en cuanto a certeza y veracidad.

Por último, *oye* y *oiga* (junto con otras variaciones como *oigan*, *oíd* y *oír*), también son marcadores interjectivos que se dirigen al oyente. Una vez

³⁵¹ Recuérdese que *mirar* con frecuencia se emplea de modo intransitivo (Hanegreefs, 2008).

³⁵² Un funcionamiento parecido manifiesta *mire*, sólo que en este caso el marcador resulta un poco más cortés por tratarse de una forma asociada al tratamiento de usted.

más, la forma verbal de partida es el imperativo, es decir, la forma conativa por excelencia. En términos generales, los marcadores procedentes de *oír* manifiestan un menor nivel de desemantización que aquellos que proceden de verbos visuales (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4184; Gallardo Paúls y Marín Jordà: 2005). Esta propiedad quizá tenga su explicación en el hecho de que los marcadores *oye* y *oiga*, pese a haber perdido el potencial sintáctico propio de un verbo pleno, siguen conservando en parte su semantismo auditivo, puesto que al solicitar la atención del receptor con estas partículas se está reclamando que éste escuche literalmente algo que se va a decir. Por ello, la vinculación de *oye* y *oiga* con la audición nunca desaparece por completo.

Oye, al igual que *mira*, es un marcador que introduce una determinada información en el discurso, información que el hablante juzga como pertinente en ese contexto; de esta manera, el hablante defiende una opinión personal³⁵³. Sin embargo, mientras que *mira* procura acercar al interlocutor al ámbito del hablante, *oye* y las demás formas derivadas de *oír* pretenden introducir al hablante en la esfera del oyente (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4184); este matiz favorece que en ocasiones *oye* active un significado relacionado con la cortesía, habida cuenta de que el hablante busca reconciliar su postura con la del receptor. Con todo, también es cierto que *oye* introduce a veces en la conversación un matiz de disconformidad mucho más beligerante o exhortativo, principalmente cuando aparece en la posición inicial de enunciados reactivos que contradicen una opinión inmediatamente anterior.

También es interesante destacar que *oye* posee muchas más posibilidades de ubicación sintáctica en el discurso que *mira*; puede combinarse con estructuras asertivas, interrogativas e imperativas, y también puede aparecer al inicio del enunciado o en posición final absoluta, desarrollando en este caso un valor de reiteración sobre lo dicho

³⁵³ Gallardo Paúls y Marín Jordà (2005) han llevado a cabo un análisis del empleo de *mira* y *oye* por parte de hablantes con afasia de Broca. Como es sabido, los hablantes aquejados por esta patología conservan intacta su capacidad de comprensión lingüística, pero tienen gravemente mermada su capacidad para producir enunciados gramaticalmente complejos. Los resultados de estas dos investigadoras demuestran que estos afásicos tienden a sobreexplotar el uso de estos marcadores para compensar el déficit sintáctico que padecen. Este comportamiento de los afectados por esta enfermedad confirma la utilidad de estos marcadores para establecer conexiones interpersonales entre los hablantes, utilidad en parte promovida por su carácter intrínsecamente apelativo.

(Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4186). De todas maneras, más allá de las diferencias que haya entre *mira* y *oye*, ambos marcadores coinciden en muchos de sus usos pragmáticos y, de hecho, los dos suelen aparecer juntos en numerosos enunciados, lo que revela la gran cercanía conceptual que hay entre ellos (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4186).

En conclusión, los verbos de percepción *ver*, *mirar* y *oír* han generado marcadores del discurso muy activos en español porque son capaces de codificar de un modo muy directo contenidos relacionados con el conocimiento. Esta particularidad hace que las formas del imperativo de *mirar* y *oír* y que ciertas estructuras de futuro de *ver* se revelen como especialmente útiles para introducir contenidos procedimentales y modales en el discurso relacionados con la petición de atención cognitiva o con el deseo de compartir ideas y razonamientos. Por todo ello, estas formas verbales se han ido subjetivizando progresivamente hasta que se han reanalizado (con una desemantización variable) en forma de marcadores del discurso. También queremos señalar que el hecho de que sólo los verbos españoles más prototípicos de la vista y el oído hayan conducido a este tipo de partículas por medio de un proceso de gramaticalización refuerza una de las ideas que estamos defendiendo en nuestra tesis doctoral: que en todos los fenómenos relacionados con los verbos perceptivos es recuperable una jerarquía subyacente. De nuevo, la vista y el oído ocupan una posición privilegiada, mientras que los verbos del tacto, el olfato y el gusto, mucho más anclados a la propiocepción corporal y carentes del factor de distancia que parece ineludible para formar un marcador 'enfocador de la alteridad', no son empleados por los hablantes para desempeñar funciones pragmáticas en el tejido conversacional³⁵⁴.

³⁵⁴ Esta situación no se da en italiano. En esta lengua el verbo *sentire* (cognado del español *sentir*) se emplea frecuentemente como marcador discursivo en contextos en los que la lengua española emplea *oye*, *mira* o *escucha* (Engels y Jansegers, en prensa). Si bien *sentire* tiene un significado auditivo muy dominante en italiano, no deja de ser un verbo multimodal que puede expresar cualquier tipo de percepción física (táctil, gustativa, olfativa, etc.), por lo que no deja de ser interesante que haya producido usos pragmáticos de este tipo. Esta situación no se da, por ejemplo, en catalán, lengua en la que *sentir* también tiene un significado prototípicamente auditivo pero que ha gramaticalizado este tipo de marcadores a partir de *oír* o *escoltar*.

5.8. Los verbos de percepción del gusto

La experiencia gustativa es muy diferente del resto de procesos en los que intervienen los demás sentidos. En un plano puramente fenomenológico, el sentido del gusto sólo puede actuar cuando introducimos voluntariamente una determinada sustancia en nuestra boca y la masticamos para que se disuelva. Cuando esto ocurre, las papilas gustativas analizan las sustancias químicas del alimento y se activa la sensación del sabor. Este proceso, como es evidente, tiene poco que ver con los mecanismos que entran en juego con la vista, el oído, el tacto o el olfato; el sentido del gusto sólo existe cuando el individuo lleva a cabo conscientemente una serie de acciones con un propósito muy definido. Por ello, fenómenos como la percepción involuntaria o la percepción a distancia no existen en relación con el gusto.

Estas restricciones fisiológicas del gusto se reflejan icónicamente en los verbos que verbalizan este sentido. Los principales verbos del gusto en la lengua española son *degustar* y *saborear*, ambos verbos agentivos (pueden expresar tanto acciones como realizaciones), transitivos y monosémicos. Consecuentemente, podemos afirmar que la complejidad que caracteriza a los verbos de percepción (variación sintáctica, polisemia, alta frecuencia de uso) está ausente cuando el sentido es el del gusto, puesto que los verbos prototípicos de esta categoría son elementos léxicos muy marcados contextualmente, muy sencillos en términos estructurales y muy concretos en sus capacidades de designación. Esta situación explica tanto que *degustar* y *saborear* no compartan la sencillez morfológica del resto de verbos perceptivos (puesto que son poco icónicos al tener tres y cuatro sílabas respectivamente), como que no hayan generado una configuración interna polisémica con el paso del tiempo.

Ahora bien, esto no significa que los verbos del gusto no puedan evolucionar diacrónicamente; estos verbos pueden gramaticalizarse, lo único que ocurre es que cuando lo hacen el resultado de dicho proceso de cambio suele ser una unidad verbal muy distinta de la unidad de partida. Este fenómeno se observa con mucha claridad al estudiar la evolución histórica del verbo *gustar*.

Gustar, procedente del verbo latino *gusto* que significaba PROBAR o COMER UN BOCADO, es en el español actual un verbo psicológico intransitivo que expresa la emoción o sentimiento que una entidad le

genera a otra, siendo la entidad estímulo el sujeto sintáctico y el experimentante el CI. Así, en “me gusta el cine”, *el cine* es el estímulo-sujeto que le causa un estado psicológico a un paciente representado por el pronombre átono de dativo *me* (Whitley, 1995; Fernández Jaén, 2006a). Lo interesante es que, como se colige del étimo de *gustar*, este verbo era en origen un verbo perceptivo del sentido del gusto. De hecho, la forma indoeuropea **geus*, de cuyo grado cero sufijado **gus-tu-* procede el *gusto* latino, ya significaba DEGUSTAR o PROBAR, semantismo que pervivió en lenguas antiguas, como en el sánscrito *jósati* (PRUEBA) o en el gótico *kiusan* (PROBAR) (Roberts y Pastor, 1996: 60).

Según las investigaciones de Melis (1998), ampliadas y confirmadas por Vázquez Rozas y Rivas Muiño (2007), durante la Edad Media y buena parte del Renacimiento *gustar*³⁵⁵ significaba en español PERCIBIR EL SABOR DE LAS COSAS, PROBAR. Veamos un ejemplo:

(1) Esto vos ganó vuestra madre Eva / por querer gustar fruta devedada (Anónimo, *Dança General de la muerte*, 1430-1440)

Como se aprecia en este texto, *gustar* funciona como un verbo transitivo con significado gustativo, y su CD (*fruta devedada*) es el objeto sobre el que actúa el sujeto agente. Este uso prototípico podía dar lugar a ciertas extensiones metafóricas, sobre todo cuando, por la acción de una metáfora ontológica, el CD dejaba de ser un objeto físico susceptible de ser probado para pasar a ser una entidad abstracta. Veamos un par de ejemplos citados por Vázquez Rozas y Rivas Muiño (2007: 146):

(2) E como por los dichos zapateros fueron tasados los preçios a que se les diesen las coranbres que avían de gustar en la dicha villa y comprar de los dichos cortadores Della (Anónimo, *Libro de acuerdos del concejo madrileño*, 1464-1485)

(3) Ni aunque el Ebro yo gustasse / con frios muy trabajosos / y en los inviernos lluviosos / la nieves Tracias pasase (Juan del Encina, *Cancionero*, 1481-1496)

Como se puede apreciar, en los ejemplos (2) y (3) *gustar* no tiene un significado físico, en la medida en que los complementos directos *coranbres* y *el Ebro* no se pueden probar con el gusto, de ahí que el verbo se

³⁵⁵ Desde el siglo XIII hasta el siglo XV *gustar* aparecía con la forma *gostar* (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 143).

haya deslizado a un contenido nocional en virtud de la metáfora PROBAR ES CONOCER.

Gustar en este período de tiempo no sólo poseía el uso transitivo que acabamos de examinar, sino que también tenía otra estructuración posible, puesto que a veces seleccionaba un suplemento introducido por la preposición *de* (Melis, 1998). Con este régimen sintáctico, *gustar* podía expresar la percepción física gustativa y matices que ya anticipaban valores más psicológicos, como mostramos en los siguientes enunciados (Melis, 1998: 298):

(4) y gustaré de valerme y tener en mi compañía a v. m. (Carta 237, Sombrerete, 1579 MÉXICO)

(5) digo que si v. m. gusta enviarle, que yo gustaré mucho de que se venga a mi casa (Carta 96, México, 1586 MÉXICO)

Por tanto, durante los primeros siglos de empleo, *gustar* era un verbo de percepción del gusto cuya estructura argumental admitía tanto un CD nominal como un suplemento con *de*. Sin embargo, ya en el siglo XVI este verbo empieza a generar un significado nuevo a partir de un proceso metafórico y metonímico: el significado TOMAR PLACER (Melis, 1998). De este modo, se focaliza el placer obtenido con un estímulo, y no el modo en que se ha obtenido (el sentido del gusto, según el prototipo del verbo). Se trata de una innovación que acabará modificando completamente al verbo y que ninguna lengua románica salvo el español ha experimentado (Melis, 1998; Vázquez Rozas y Rivas Muiño, 2007).

Inicialmente, la sintaxis de *gustar* no sufrió ningún cambio pese al nuevo valor que el verbo desarrolla. De este modo, durante años *gustar* conservará su esquema sintáctico fundamental (CD / suplemento con *de*), esquema que permitirá expresar tanto los usos puramente perceptivos como los valores asociados a apreciaciones psicológicas sobre determinados estímulos. Pero en la segunda mitad del siglo XVIII se produce un cambio gramatical muy trascendente; *gustar* comienza a construirse con estructuras intransitivas en las que el estímulo que genera el estado de afecto emocional funciona como sujeto y la persona que experimenta dicho afecto se manifiesta como CI³⁵⁶ (Melis, 1998). Lo

³⁵⁶ Vázquez Rozas y Rivas Muiño (2007) comparten la datación de Melis (1998) aunque señalan que el CORDE permite documentar ese uso (si bien de forma muy esporádica) en

sorprendente, como señala Melis, es que una vez que las dos estructuras coexisten de manera activa, la variante nueva de carácter intransitivo se impone a la estructura antigua con gran celeridad, de modo que en la primera mitad del siglo XIX los usos sintácticos originales han desaparecido casi por completo³⁵⁷. De este modo, el esquema formal que tiene *gustar* en la actualidad es el resultado de una rápida evolución consumada en pocas décadas.

Hemos dicho que la evolución que *gustar* ha experimentado en español no se ha dado en sus cognados del resto de lenguas románicas. Este hecho podría hacer pensar que la diacronía que exhibe *gustar* es periférica o poco productiva. En efecto, la mayoría de lenguas indoeuropeas poseen verbos psicológicos o propioceptivos³⁵⁸ como *gustar* o *encantar* que han evolucionado de una estructura estativa que expresa con un caso oblicuo al experimentante del estímulo, a estructuras personales de tipo transitivo. Por ejemplo, el verbo inglés *like* tenía en inglés antiguo la estructura estativa con CI, pero durante los siglos XIV y XV se reanalizó y pasó a funcionar como un verbo transitivo, construcción que pervive hasta la actualidad (Vázquez Rozas y Rivas Muiño, 2007). Con todo, existen muchas lenguas en el mundo que sí conservan las estructuras intransitivas con verbos psicológicos, como el

textos de los siglos XVI y XVII. Veamos uno de ellos (Vázquez Rozas y Rivas Muiño, 2007: 151):

(1) Bartola – A lo de ser Merlinico / no me respondes... / Amarinda- Bartola. / no me debe de gustar / supuesto que no respondo (Anónimo, *Baile (El hidalgo de la Mancha)*, 1673)

La existencia de ejemplos aislados de la estructura antes del siglo XVIII no supone una corrección al trabajo de Melis, sino sólo la confirmación de que los procesos de cambio lingüístico obedecen a procesos prototípicos y no a transformaciones absolutas y repentinas compartimentadas en períodos de tiempo cerrados.

³⁵⁷ Como indica Melis (1998), hay una circunstancia onomasiológica que pudo influir en la transformación acelerada de la sintaxis de *gustar*: el marcado descenso en la frecuencia de uso de los verbos psicológicos *placer* y *pesar*. Estos dos verbos, contruidos con el esquema estativo con CI, habían conocido un paulatino descenso en su uso, descenso que llega a una situación máxima en el siglo XVIII. Por ello, es factible asumir que *gustar* retomó el esquema sintáctico de estos dos verbos para dar continuidad a la estructura estativa y a su vinculación con la expresión de emociones y sentimientos, puesto que esa vinculación parecía eficaz coceptualmente.

³⁵⁸ En opinión de Vázquez Rozas y Rivas Muiño (2007: 154) los predicados psicológicos se pueden incluir en la categoría de los verbos propioceptivos tal y como la define Iwasaki (2002).

japonés, el quechua, el georgiano, las lenguas semíticas y las lenguas del sudeste asiático (Bossong, 1998; Vázquez Rozas y Rivas Muiño, 2007: 154-155), por lo que puede decirse que ambas construcciones, la transitiva y la estativa, rivalizan entre sí a la hora de estructurar la configuración de los verbos que expresan sentimientos y emociones.

¿A qué se debe esta alternancia? ¿Por qué las dos estructuras son aptas para codificar estos contenidos? Vázquez Rozas y Rivas Muiño (2007: 156-160) han propuesto una hipótesis construccionista, basada en los estudios de Croft (1993) sobre la causatividad. En opinión de Croft (1993) la causación puede ser voluntaria o involuntaria. En el caso concreto de los predicados mentales, tenemos un experimentador y un estímulo entre los que se establece alguna relación; si el verbo es activo, el experimentador se comporta como un agente que desea escudriñar el estímulo, por lo que es el iniciador del proceso y su causa. Sin embargo, el flujo de energía puede proceder del estímulo y afectar causativamente al experimentador, siendo el estado mental (de gusto, miedo, etc.) el resultado de dicha afectación. Pues bien, en opinión de Croft (1993), esta bidireccionalidad genera las dos estructuras que estamos comentando. Sean los siguientes ejemplos:

(6) Álvaro ama la buena cocina.

(7) A Álvaro le gusta la buena cocina.

En (6) el experimentador orienta su atención voluntariamente hacia el estímulo (la buena cocina) para tomar conciencia de él y alcanzar algún estado mental (causación volitiva). Sin embargo, en la oración de (7) es el estímulo el que afecta al experimentante sin que este pueda evitarlo (causación afectiva). Las dos estructuras expresan una emoción individual, pero mientras que la primera se conceptualiza como una acción durativa con el verbo activo *amar*, *gustar* en la segunda perfila el evento como un estado permanente del experimentador. Teniendo en cuenta esta diferencia, se entiende perfectamente que muchas lenguas, el español entre ellas, prefieran seleccionar esquemas intransitivos con experimentante en forma de CI para los verbos psicológicos que expresan una 'causa emocional'³⁵⁹: dado que el experimentante no es libre de

³⁵⁹ Melis (1998) denomina a los verbos psicológicos 'verbos causativo emocionales' para acentuar su relación con la causatividad.

decidir si algo le gusta o no, el estímulo se le impone de manera involuntaria y termina por modificar su estado psicológico³⁶⁰.

Esta idea, totalmente compatible con lo que hemos comentado en apartados precedentes acerca de la relación que se establece entre sintaxis y nivel de agentividad, explica, además, que la estructura {sujeto + verbo psicológico + CI} se afianzara en *gustar* en el siglo XVIII; en el momento en que los hablantes emplearon el verbo con las dos construcciones se dieron cuenta de que la construcción intransitiva resultaba más natural para verbalizar un evento esencialmente involuntario como el de *gustar* que las estructuras activas con CD o suplemento. Así, el significado intrínseco de la construcción se acomodó de manera natural a la imagen evocada por *gustar* y ésta pasó a ser la estructura fundamental del verbo³⁶¹ (Vázquez Rozas y Rivas Muiño, 2007). Por tanto, las dos estructuras son válidas para expresar estas nociones, como lo demuestra el hecho de que verbos psicológicos de muchas lenguas hayan pasado a lo largo de su historia por ellas, de manera que la elección de un esquema construccional o de otro dependerá de cómo conceptualizan los hablantes de las distintas lenguas los eventos 'causativo emocionales'; si los hablantes focalizan la consciencia del experimentador y su deseo de conocer el estímulo, la estructura que emplearán será la activa con CD, y si por el contrario hacen hincapié en la ausencia de control que caracteriza a los estados mentales vinculados a gustos y emociones, seleccionarán una estructura intransitiva con CI.

Los verbos del sentido del gusto son, en tanto que verbos perceptivos, mucho más sencillos morfosintácticamente que los verbos de los demás sentidos físicos debido a las limitaciones que la experiencia que transmiten les impone. Por ese motivo, son verbos monosémicos y con

³⁶⁰ Vendryes (1932) observó que las lenguas caucásicas han organizado su conjugación a partir de una antigua oposición (especialmente visible en georgiano) basada en formas directas y formas indirectas; las directas serían agentivas y las indirectas las pasivas. Pues bien, no deja de ser curioso que en estas lenguas se prefieran las formas indirectas para expresar sentimientos y gustos psicológicos, como deseos o creencias. A juicio de Vendryes, este hecho revela que los hablantes a menudo (y teniendo la opción de conceptualizar la información de forma activa o pasiva) tienden a expresar que los sentimientos y emociones se dirigen hacia el paciente o se le imponen contra su voluntad.

³⁶¹ Nótese en que este proceso de ajuste entre formas sintácticas y contenidos conceptuales es similar al que hemos defendido para explicar la desaparición de los eventos de infinitivo con sujeto en nominativo.

escasa variación formal. Sin embargo, como hemos podido comprobar, el placer que se obtiene con los sabores constituye una vivencia psicológica lo suficientemente rica como para que un verbo del gusto pueda gramaticalizarse hasta convertirse en un verbo 'causativo emocional'. Este proceso, que hemos ejemplificado con *gustar*, pone de manifiesto que también el sentido del gusto puede generar imágenes mentales que gracias a los principios rectores del cambio semántico de tipo cognitivo (extensiones metafóricas, aumento de la subjetividad, alta frecuencia de uso) sean capaces de conducir a productos lingüísticos polivalentes y estructuralmente complejos. Aun así, es necesario destacar que en una escala de importancia sintáctico-semántica, los verbos del gusto se encontrarían en la última posición si los comparamos con los verbos de percepción física de los otros sentidos (Fernández Jaén, 2006a).

5.9. Conclusiones

En el capítulo 4 estudiamos los elementos conceptuales, culturales, antropológicos y biológicos que se relacionan con los sentidos exteroceptivos y con los verbos encargados de codificarlos, y constatamos que éstos no son equivalentes puesto que existen múltiples escalas inclusivas y jerarquías funcionales que los organizan de un modo asimétrico. En este capítulo, dedicado a los aspectos gramaticales de los verbos de percepción, hemos llegado a un resultado similar.

Desde un punto de vista sintáctico, los verbos investigados en nuestra tesis doctoral se pueden situar en una escala vertical en cuyo extremo superior se encontrarían los verbos de la vista y el oído, en la zona intermedia los verbos del tacto y el olfato y, finalmente, los verbos del gusto. Sólo los verbos visuales y auditivos poseen una ductilidad absoluta en lo referente a su configuración sintáctica, habida cuenta de que pueden presentarse con todas las construcciones y complementos posibles. Los verbos del tacto y el olfato, al expresar sensaciones fisiológicas de menor calado en nuestra cultura y con menor incidencia epistémica, ven limitada su potencialidad gramatical, por lo que no pueden aparecer con tanta variedad de complementos como los verbos de la vista y el oído. Por último, los verbos del gusto están prácticamente limitados a un significado literal, verbalizado por una estructura transitiva con objeto definido.

En suma, entendemos que es muy difícil analizar los verbos perceptivos sin tomar en consideración toda la amplia gama de matices que pueden expresar y las múltiples características que definen cada acto de percepción física. La lingüística cognitiva se revela de este modo como una herramienta de análisis inapreciable, que es capaz de interpretar la motivación semántica que justifica cada estructura y cada configuración de estos verbos.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

JORGE FERNÁNDEZ JAÉN



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 6: SENTIR Y SUS RELACIONES CON LOS DEMÁS VERBOS DE PERCEPCIÓN

6.1. El verbo *sentir*: estado de la cuestión y generalidades

Sentir es un verbo multimodal que codifica en español la percepción física de manera genérica, ya que puede expresar potencialmente cualquier significado de tipo sensorial. *Sentir* ha heredado la capacidad para significar PERCIBIR POR LOS SENTIDOS de su étimo, el verbo latino *sentiō*, que equivalía fundamentalmente a SENTIR, SER SENSIBLE A ALGO, DARSE CUENTA DE ALGO. Lo más llamativo es que, una vez más, la raíz indoeuropea de la que emerge *sentiō* tenía un significado asociado al movimiento; *sentiō* deriva de la raíz **sent-* que significaba TOMAR UNA DIRECCIÓN, DIRIGIRSE A UN LUGAR (Roberts y Pastor, 1996: 155).

Como explicamos en el capítulo 4 a propósito del origen de los verbos de visión y audición, existe un vínculo muy estrecho entre el movimiento, la percepción y el conocimiento. Pues bien, *sentir* no es una excepción dentro de esta tendencia; este verbo procede, en su etimología remota, de un lexema de movimiento, y es capaz de actualizar no sólo valores perceptivos sino también, como se verá en este capítulo, significados fuertemente epistémicos, algo que puede haber desarrollado a partir de *sentiō*, verbo que también tenía esa capacidad. De hecho, la raíz **sent-* originó, por efectos metonímicos diversos, términos relacionados tanto con el movimiento como con la inteligencia. Por ejemplo, en avéstico *hant-* significa LLEGAR, mientras que en irlandés antiguo *sēt* significaba CAMINO (el lugar por el que se pasa). Otros casos ilustrativos lo ofrecen las palabras *sinn* del germánico y *sen* del occitano antiguo. *Sinn* significa SENTIDO y SIEN (Roberts y Pastor, 1996:155), conceptos que, lógicamente, se encuentran conectados por una relación de adyacencia metonímica: el sentido intelectual está en la cabeza, y ahí está la sien. Por su parte, *sen* significa SENTIDO y JUICIO, concepto este último marcadamente epistémico.

El verbo *sentir* y sus homólogos en otras lenguas han sido poco estudiados hasta fechas recientes, por lo que los trabajos publicados que analizan estos verbos de manera específica son muy escasos. Se pueden mencionar las siguientes referencias sobre *sentir* (en diversas lenguas romances) y sobre verbos como *feel*: Badyńska-Lipowczan (1996), Valentim (2002), Paulin (2003), Franckel (2004), Delmas (2006), Vesterinen (2007), Chaput (2009), De Meyer (2009), Theissen (2011), Verbeke (2011) y Enghels y Jansegers (en prensa).

Quizá la escasez de investigaciones monográficas sobre *sentir* se deba a la intrínseca dificultad que entraña su análisis. Este verbo posee por prototipo semántico, como se comprobará en este capítulo, un significado fuertemente abstracto, poco relacionado con la percepción puramente física. Por ese motivo es habitual que las ocurrencias de *sentir* sean ambiguas o difíciles de describir de manera objetiva. De hecho, según nuestras exploraciones inductivas, un alto porcentaje de los empleos de *sentir* admite al mismo tiempo dos o más interpretaciones distintas, del mismo modo que muchas ocurrencias presentan tanta ambigüedad que son en la práctica casi inanalizables³⁶². Este comportamiento funcional del verbo no debe entenderse como una anomalía semántica, puesto que en realidad no es más que una consecuencia inevitable de la propia naturaleza conceptual del verbo. En este sentido, la ambigüedad inherente de *sentir* constituye una pauta funcional en sí misma³⁶³.

Derivado, además, de esa naturaleza polivalente, el verbo *sentir* posee unas propiedades gramaticales excepcionalmente diversas: admite todas las formas de complementación de los verbos de percepción (de los

³⁶² Por ese motivo en los cuadros de cómputo de las frecuencias absolutas que se presentarán en las páginas siguientes sólo se registran los usos inequívocos, mientras que se prescinde de cualquier significado mínimamente ambiguo para no desvirtuar el estudio de la prototipicidad de los valores más concretos. También debemos hacer constar que pese a que hemos analizado casi 1500 ocurrencias de *sentir*, a efectos de cómputo sólo hemos considerado poco más de un tercio de esa cifra, puesto que en algunas partes de este capítulo compararemos *ver* y *sentir*, y hemos considerado que era necesario contar con una cantidad de ejemplos semejante para ambos verbos para que la comparación fuera operativa. Hay que tener en cuenta, además, que con más de 500 ocurrencias ya se alcanza una visión estadísticamente fiable de la prototipicidad de un verbo, algo especialmente evidente con *sentir*, por las razones que se expondrán a continuación.

³⁶³ Comparte este parecer Valentim, quien afirma que “parece, assim, impossível estabelecer para esta unidade lexical uma caracterização unitária que, à primeira vista, mobilize os traços semânticos relativos a cada um destes empregos possíveis (Valentim, 2002: 510).

objetos definidos a las formas flexionadas, pasando por todo tipo de eventos, incluidos los de infinitivo con sujeto en nominativo), tiene usos como verbo de estado, tanto con sujeto-estímulo como de capacidad, funciona muy habitualmente como verbo pseudo-copulativo y ha producido gracias a procesos diacrónicos de subjetivación valores nocionales que activan formas sintácticas específicas. Teniendo en cuenta que todas estas variaciones pueden expandirse, asimismo, hacia usos metafóricos y que no existe en relación con este verbo una correspondencia biunívoca entre forma y contenido³⁶⁴, queda claro que *sentir* se caracteriza por tener una configuración interna multidimensional muy difícil de parametrizar.

Por otro lado, *sentir* es un verbo estativo³⁶⁵, lo que lo opone al verbo agentivo *tocar* con el que comparte algunas zonas de designación relacionadas sobre todo con la expresión lingüística de las experiencias táctiles. En efecto, tanto *sentir* como *tocar* expresan el contacto que los seres humanos mantienen en su día a día con el entorno, pero mientras que *tocar* se utiliza únicamente para verbalizar los procesos que ocurren fuera del cuerpo (el contacto con los objetos por medio de la piel), *sentir* se halla más infraespecificado, lo que le permite referirse tanto a acciones táctiles exteroceptivas como a procesos interoceptivos y propioceptivos, tales como alteraciones en los órganos internos, dolores y experiencias sensoriales mucho más difusas e indeterminadas. Tanto es así, que podría decirse que *sentir* verbaliza simplemente la conciencia del hablante acerca de la existencia del mundo y de la existencia material de su propio cuerpo

³⁶⁴ Por ejemplo, cuando *sentir* tiene un CD inestable es con frecuencia casi imposible determinar si responde a un significado físico (y si es así, es complicado precisar de qué sentido depende) o a un significado más abstracto. Lo mismo sucede si el complemento es una oración completiva, como explicaremos en este capítulo, porque aunque estas proposiciones flexionadas introducen por defecto una percepción cognitiva, se pueden relacionar con situaciones conceptuales muy diversas cuando acompañan a nuestro verbo.

³⁶⁵ Esa es la causa de que *sentir* no cumpla algunas de las pruebas de agentividad sintáctica que explicamos en el capítulo 5. Lo observamos a continuación:

- (1) # Pilar me pidió que sintiera el viento en la cara (verbos de ruego)
- (2) # Lo que hace Sebastián es sentir frío (uso del proverbio)
- (3) # ¡Siente este calor! (imperativo)
- (4) # El niño sintió a propósito un dolor en la rodilla (elemento de intencionalidad)

No cabe duda de que en ciertos contextos muy concretos esos enunciados podrían ser perfectamente válidos, pero es evidente que, en términos generales, *sentir* se comporta como un predicado de estado sin desarrollo eventivo.

dentro de ese mundo. *Sentir* es, por tanto, el verbo más elemental, en términos cognitivos, de la conciencia y la autoconciencia³⁶⁶.

Por todo ello, con mucha frecuencia las vivencias físicas que codifica *sentir* no son sensaciones sino proto-sensaciones (Fontanille, 1999) o sensaciones inabarcables (Doménech Soler, 1992); debido a que poseemos piel por todo nuestro cuerpo y a que nuestro organismo dispone de muchísimas terminaciones nerviosas, sentimos permanentemente todo tipo de cosas, algunas muy difíciles de explicar, lo que condiciona el uso del lenguaje. En este capítulo estudiaremos las posibilidades semánticas de *sentir* y comprobaremos que este verbo se ha especializado en español en la expresión de todo aquello que es intrínsecamente subjetivo.

6.2. *Sentir*: verbo multimodal

Como se explicó en el capítulo 4, *sentir* es, en el marco de las lenguas románicas, un verbo capaz de expresar todas las modalidades sensoriales, si bien de maneras diferentes en cada una. La razón se encuentra, como ya apuntó Viberg (1984), en el carácter estativo del verbo; su pasividad aspectual favorece las evoluciones semánticas intermodales, que pueden producirse, cuando se trata de *sentir* y sus cognados, con relativa libertad³⁶⁷.

En el caso concreto del *sentir* español, este verbo se ha relacionado habitualmente con el sentido del tacto, aunque también se asume en la bibliografía y en los diccionarios que puede desarrollar significados auditivos, olfativos y gustativos. Nuestras investigaciones confirman este extremo, como se comprueba en los textos siguientes:

³⁶⁶ La mera conciencia de la presencia del entorno es la forma más elemental de percepción que existe, como vimos en el capítulo 4 al estudiar la jerarquía biológica de los sentidos. El ser humano es el único animal (o el que mejor lo ha logrado) que ha podido alcanzar no sólo una conciencia del mundo sino también una conciencia del 'yo'. En palabras de A. Damasio: "La conciencia es un estado mental o, dicho de otro modo, si no hay mente no hay conciencia; pero es un estado mental particular, puesto que se halla enriquecido con una percepción del organismo particular en el que funciona la mente, y ese estado mental incluye el conocimiento de que tal existencia está ubicada, de que hay objetos y acontecimientos a su alrededor. La conciencia es un estado mental al que se le ha añadido un proceso en que uno se siente a sí mismo" (Damasio, 2010: 241).

³⁶⁷ Recientemente Enghels y Jansegers (en prensa) han comparado la polisemia de *sentir* y *sentire* en español, francés e italiano.

(1) Tiene en sí gran fuerza este olor³⁶⁸ y hase experimentado diversas veces hasta el día de hoy y algunas en esta casa de San José de Avila en diferentes partes y días se ha sentido de improviso, como si allí estuviera su cuerpo (Anónimo, *Deposición de la hermana Teresa de Jesús, sobrina de la santa en el proceso de Ávila*, 1596)

(2) Aguzaron todos el oído, imponiendo silencio; pero no percibieron ningún rumor; mas Zoilo insistía en que había sentido algarazara de tropa (Benito Pérez Galdós, *Vergara*, 1899)

(3) Desde mañana iré al colegio. Cuando faltábamos a clase, cuando hacíamos rabona, íbamos al río Beiro: allí he sentido este olor húmedo, fresco y loco por vez primera (Luis Rosales, *El contenido del corazón*, 1940-1974)

(4) Se conmovió al desembarcar –el marinero quedó a bordo-, y le pareció sentir en los labios el sabor del beso impensado (José Luis Sampedro, *Congreso en Estocolmo*, 1952)

En estos ejemplos *sentir* muestra significados asociados a las modalidades perceptivas del olfato ((1) y (3)), el oído (2) y el gusto (4) de manera muy clara. ¿Qué ocurre con la vista? ¿Puede asumir este verbo significados visuales? Algunos autores, como Bordelois (2006: 138), consideran que *sentir* no puede expresar la captación de imágenes. Bordelois propone una explicación para este hecho de carácter biológico; según esta investigadora, durante los primeros meses de vida los seres humanos dependemos de los sentidos químicos, del tacto y del oído, pero no de la vista, que es un sentido que se desarrolla posteriormente. Teniendo en cuenta que los verbos propioceptivos como *sentir* conceptualizan las sensaciones más elementales y corpóreas, parece razonable suponer que les está vetada la expresión de lo visual.

³⁶⁸ Obsérvese que se conceptualiza el olor como una entidad ‘con fuerza’, que inunda un lugar e impone su presencia (hasta el punto de que *sentir* aparece en una construcción de pasiva refleja que focaliza la presencia del olor al adjudicarle la función de sujeto sintáctico). En el capítulo 8 explicaremos por qué ocurre esto y qué consecuencias lingüísticas desencadena.

Nuestro análisis muestra, sin embargo, que en algunas ocasiones *sentir* sí parece expresar contenidos relacionados con la vista³⁶⁹. Podemos observarlo en los siguientes ejemplos:

(5) & mientras que los romanos esperaban que las flechas de los partos menguarían & que uniesen las manos con ellos siempre esperaban. mas cuando sintieron que cerca de los arqueros eran muchos camellos cargados de flechas innumerables. de las cuales ellos tomaban cuando les fallecían las flechas. & que no se movían de su lugar. Crasso leyendo esta cosa se contristó mucho (Juan Fernández de Heredia, *Gran crónica de España, I. Ms. 10133 BNM*, 1385)

(6) “Bien sentiste por la lumbre / el lustre de mi figura” (Francisco de Ávila, *La vida y la muerte o Vergel de discretos*, 1508)

(7) Y el ropante, en ver esto medio muerto / que hasta allí tal cosa no sintiera / de verse en un tal riesgo no pensado / no menos que una estatua se a quedado (Cristóbal de Tamariz, *Novelas en verso*, 1580)

Como se puede apreciar, *sentir* parece referirse a procesos visuales en estos tres textos. En el ejemplo (5) el verbo tiene como CD una oración completiva. Lo llamativo es que el contenido proposicional representado por este complemento flexionado sólo ha podido percibirse por los ojos, lectura favorecida por el propio contexto. En el ejemplo se describe una situación bélica en la que dos bandos enemigos separados por una cierta distancia se observan mutuamente para planificar el siguiente ataque; de este modo, la información acerca de cómo se están armando con flechas los enemigos no puede ser registrada si no es por medio de la vista. En (6) el sujeto siente “el lustre de una figura” (es decir, el brillo de la piel) gracias a que hay cerca un fuego que ilumina dicha figura, de ahí que interpretemos que *sentir* se ha deslizado al dominio de la percepción visual. Finalmente, (7) muestra un uso de *sentir* en el que la sintaxis invita a suponer que el verbo actúa de un modo semejante a un verbo visual. *Sentir* tiene un CD inestable (“tal cosa”) correferencial con otro CD inestable previo (“esto”) dependiente de *ver*. Esta circunstancia promueve

³⁶⁹ Idea que también comparten Piron (2002a) y Enghels y Jansegers (en prensa).

una lectura visual de *sentir*, reforzada por su relación contextual con el verbo visual anterior.

Incluso sucede en ocasiones que *sentir* dispone de múltiples complementos unidos copulativamente, cada uno de los cuales representa un sentido distinto:

(8) y cuanto más se acercan los navíos a estas tierras tanto mayor sientes la templanza y suavidad de los aires y claridad de los cielos y amenidad de olores que salen de las arboledas y florestas dellas (Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, 1527-1561)

En este caso, el verbo está acompañado por tres complementos, de naturaleza táctil, visual y olfativa respectivamente. Por supuesto, en esta ocurrencia, al igual que en las anteriores, nos encontramos ante usos esencialmente inagentivos, ya que el sujeto recibe involuntariamente todos estos estímulos.

¿Cuál es, de entre todos los sentidos corporales, el que con mayor frecuencia representa *sentir*? A partir de nuestra exploración empírica podemos concluir que los empleos con significado visual, olfativo y gustativo son muy escasos, siendo más frecuentes los usos auditivos y táctiles (o propioceptivos). De ellos nos ocuparemos en los próximos apartados.

6.3. Significados auditivos: el trinomio *sentir*, *oír* y *escuchar*

Tal y como hemos adelantado, *sentir* es utilizado en ocasiones como un verbo auditivo. Ahora bien, ¿qué tipo de predicados representa? ¿Puede *sentir* expresar audiciones prolongadas o conscientes? ¿Ha desarrollado significados de tipo epistémico? ¿Puede significar OBEDECER? Para entender el funcionamiento del *sentir* auditivo hay que recordar previamente cómo funciona en términos generales la audición, para después comparar el verbo *sentir* con *oír* y *escuchar*. De esta manera, podrá entenderse no sólo cómo se comporta *sentir* sino que también podrá explicitarse cuáles son las relaciones onomasiológicas que mantiene con los otros dos verbos auditivos. Es necesario precisar que pese a que *sentir* significa con relativa frecuencia OÍR, su carácter auditivo es bastante periférico dentro de su configuración polisémica, a diferencia de lo que sucede con *sentir* en catalán o con *sentire* en italiano, lenguas en las que

estos verbos tienen por prototipo semántico precisamente el valor auditivo³⁷⁰.

Como ya se explicó en el capítulo 4, la audición constituye un proceso fisiológico en el que los oídos registran una onda sonora que impacta sobre el tímpano. Las ondas sonoras tienen una limitada duración temporal por lo que la audición se convierte en una percepción muy ligada al paso del tiempo, puesto que dura solamente el tiempo que tarda la vibración de las partículas de aire en desaparecer. Consecuentemente, la audición es monodimensional en la medida en que se basa en una única magnitud muy concreta que se prolonga durante un lapso de tiempo variable. Además, al ser los oídos unos órganos carentes de movilidad que siempre están activos, es habitual que la audición sea involuntaria.

A su vez, el proceso auditivo puede descomponerse en cuatro fases sucesivas que reproducen icónicamente las relaciones causales (y temporales, por tanto) que permiten que los verbos del oído puedan dar lugar a significados como *COMPRENDER* y *OBEDECER*. Como es lógico, dependiendo de cuánto dure una determinada emisión de sonido habrá más o menos posibilidades de cubrir una mayor parte de esas fases, que son siempre unidireccionales.

Dichas fases consisten en lo siguiente:

Fase A: Se relaciona con el inicio mismo de una emisión de sonido o con sonidos muy breves. Lingüísticamente, si un verbo codifica esta fase tan sólo expresa la captación momentánea de dicho sonido.

Fase B: El sonido se prolonga lo suficiente como para que aquel que lo percibe puede prestarle atención.

³⁷⁰ En el caso del italiano, este valor es tan dominante que el verbo ha lexicalizado metáforas asociadas al campo de la COMUNICACIÓN. De este modo, *sentire* puede significar *TOMAR DECLARACIÓN A UN TESTIGO* o *CONSULTAR AL MÉDICO*, significados relacionados con situaciones en las que la información transmitida mediante el habla es decisiva: así, el verbo que representa la audición de lo que el testigo o el médico dice (que siempre es una información vital) pasa a representar el proceso comunicativo mismo (Enghels y Jansegers, en prensa). Desde un punto de vista teórico, lo más interesante es que el caso de *sentire* demuestra que la percepción social (apartado 4.5.3.6) puede conceptualizarse con verbos auditivos y no sólo con verbos visuales, por más que esto último sea lo más frecuente en las lenguas de Europa.

Fase C: Tras un mínimo período de tiempo (o no tan mínimo, dependiendo de la naturaleza conceptual de lo que suena), el oyente puede comprender aquello que ha oído. De este modo, en esta fase se pasa de una simple sensación a una auténtica percepción auditiva, ya que se dota de un significado estructurado al conjunto de sonidos lineales que se han registrado.

Fase D: Una vez que las fases anteriores, que son inclusivas, han tenido lugar, puede llegarse a una última parte, que es la parte reactiva: si una persona ha oído algo que se prolonga en el tiempo, ha podido prestarle atención y ha podido llegar a entenderlo, puede, finalmente, actuar de determinada manera en relación con esa nueva información que ha recabado.

Pues bien, nuestra hipótesis es que el funcionamiento de *sentir*, *oír* y *escuchar* sólo puede entenderse si los tres verbos se proyectan sobre la dimensión temporal del proceso auditivo para describir qué fases de este pueden lexicalizar. A continuación mostramos un esquema en el que aparece la línea temporal (*t*) con sus cuatro fases sucesivas y diferentes líneas discontinuas que representan la o las fases que, prototípicamente, pueden cubrir los tres verbos:



Figura 1. Continuo auditivo de *sentir*, *oír* y *escuchar*.

Esta idealización esquemática se basa en nuestras propias observaciones empíricas. *Sentir* tiende a introducir percepciones fugaces y momentáneas que se corresponden aspectualmente con logros ingresivos. *Oír*, que es el más elemental de los tres, puede potencialmente cubrir todo el continuo, desde los simples logros auditivos, hasta los contenidos epistémicos que se alcanzan en la fase C o los valores reactivos, como el significado OBEDECER, propios de la fase D. Por su parte, *escuchar* permite verbalizar también casi todo el continuo, aunque lo más frecuente es que se ocupe de las fases B, C y D. A continuación profundizaremos ejemplificadamente en esta interpretación.

Si nuestra propuesta es correcta, es esperable que *sentir* con este significado manifieste sintáctico-semánticamente el carácter inagentivo y puntual del proceso auditivo. En efecto, tanto por el contenido léxico de los complementos que lo acompañan en estos contextos como por otros indicios formales, queda claro que *sentir* es prácticamente incapaz de conceptualizar fases distintas de la A³⁷¹. Por eso, casi todos los ejemplos de nuestro corpus son textos en los que *sentir* aparece en tiempos perfectivos del pretérito y con complementos que representan sonidos fugaces. Lo vemos a continuación:

(9) Y hiciéronlo así y, en haciéndolo, sintieron un gran ruido y restrallido con que desapareció, huyendo (Juan de Arce de Otárola, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, 1550)

(10) Y como quisiese herirle de otro golpe, sintió detrás de sí un gran ruido de cavallo, y volviendo a ver lo que era, vio un cavallero que venía a encontrarle con una gruessa lança por detrás (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, 1555)

(11) Un día que en la corte caballeros della fazian gran fiesta, y fecho de armas, sintieron en el çielo vn gran estampido (Jerónimo de Urrea, *Primera parte del libro del invencible caballero don Clarisel de las Flores*, 1574)

(12) Como ya fué de día, levantóse y preguntó á otros enfermos (que dormían en la sala, cada uno en su alcoba), si habían sentido

³⁷¹ Piron (2002a: 76) explica que *sentir* en francés podía expresar audición atenta y voluntaria (próxima a la de *écouter*) durante el siglo XVI, aunque no ofrece ningún texto que lo confirme.

aquella noche alguna cosa (Juan Valladares de Valdelomar, *Caballero venturoso*, 1617)

(13) Estuvo allí hasta poco antes de anochecer, trayendo a la memoria los sucesos que habían pasado por ella, y pensando a vueltas de ellos en quién sería tan sabia mujer (...) cuando sintiendo tropel de caballos y gente, algo temerosa, mira a la parte donde había sentido el ruido y vió salir de entre los árboles hasta diez o doce hombres (María de Zayas y Sotomayor, *Desengaños amorosos. Parte segunda del Sarao y Entretenimiento honesto*, 1647-1649)

(14) -¿Pues no lo sabes? ¿No sentiste la voz de unos señores ingleses? (Benito Pérez Galdós, *La batalla de los Arapiles*, 1875)

(15) De improviso los dos se estremecieron y se miraron, porque habían sentido pasos (Benito Pérez Galdós, *Gloria*, 1876-1877)

(16) Cuando ya iba camino de mi fonda sentí detrás de mí un siseo penetrante. Volvime... ¡Oh sorpresa!... era Graziella (Benito Pérez Galdós, *La Primera República*, 1911)

(17) Mozo I.º Creo que se han ido por otra vereda / Novio No. Yo sentí hace un momento el galope (Federico García Lorca, *Bodas de sangre. Tragedia en tres actos y siete cuadros*, 1933)

En todos estos casos *sentir* tiene complementos introducidos por sustantivos que designan formas de sonido inespecíficas (ruidos, siseos, voces) y habitualmente breves. Por ejemplo, los “pasos” que se oyen en (15) son sonidos puntuales que no se pueden retener en el tiempo, por lo que únicamente se pueden percibir momentáneamente (logro aspectual). Por otro lado, el carácter inconcreto de otros sonidos registrados por *sentir* no deriva tanto de su potencial duración sino del hecho de ser sonidos difíciles de percibir, sobre todo por encontrarse a cierta distancia. En (12) el CD es el sintagma inestable “alguna cosa”; puesto que los enfermos están en sus habitaciones, cualquier cosa que oigan será, por lo general, poco precisa al haber puertas y paredes entre ellos y la fuente del sonido.

También es frecuente, como se puede observar en la muestra de ocurrencias, que el contexto ofrezca pistas adicionales para interpretar *sentir* como un verbo auditivo. En algunas ocasiones ciertos

complementos circunstanciales revelan que el sonido es inesperado, algo que encaja en el marco de una predicación involuntaria. Así, en (15) se señala que el sonido emergió “de improviso”, es decir, repentinamente, lo que se traduce en una captación sensorial instantánea que no podía preverse. En otras ocasiones el sonido genera cierta alarma en quien lo oye (puede proceder de un enemigo o de algo peligroso), de manera que el perceptor se da la vuelta o busca a su alrededor para averiguar qué ha provocado el ruido (ejemplos (10), (13) y (16))³⁷².

¿Puede *sentir* ir acompañado por eventos de infinitivo o gerundio cuando significa OÍR? Se trata de una posibilidad de complementación muy infrecuente pero que se documenta en nuestro corpus. A continuación mostramos algunos ejemplos:

(18) Su marido estaba en casa y, supuesto que yo no sé para qué me llamaban, si era trampa, pudiera ser, cuando todo me corriera viento en popa, si me sintieran dentro hablando con la señora, me zamarrearan de manera que, a buen librar, no me dejaran hueso en su lugar ni narices en la cara (Mateo Alemán, *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache. Atalaya de la vida humana*, 1604)

(19) Corrió hacia ella, porque la había sentido gemir... (Benito Pérez Galdós, *Tormento*, 1884)

Universitat d'Alacant

³⁷² Aunque es una posibilidad extremadamente periférica, en algunas ocasiones el sintagma nominal que actúa como CD con el *sentir* auditivo tiene carácter metafórico. A continuación ofrecemos uno de los pocos ejemplos que hemos hallado en nuestro corpus:

(1) ¿No has sentido en la noche / cuando reina la sobra / una voz apagada que canta / y una inmensa tristeza que llora? (Gustavo Adolfo Bécquer, *Artículos y escritos diversos*, 1870)

Lo interesante es que incluso en estas circunstancias, el esquema cognitivo que impone el significado auditivo tiende a conservarse de un modo muy gráfico. En este poema el autor habla de una “voz” y de una “tristeza”, pero lo hace con elementos léxicos que remiten a la audición literal (la voz “canta” y la tristeza “llora”, es decir, ambas llevan a cabo acciones audibles). *Sentir*, al igual que les sucede a *oír* y *escuchar* cuando tienen complementos abstractos (e incluso cuando se convierten en marcadores del discurso, como explicamos en el capítulo anterior) parece conservar siempre parte de su significado básico. Se diría, incluso, que las experiencias auditivas están ancladas a su naturaleza biológica y no pueden prescindir de las referencias que esta impone. Por este motivo a veces resulta muy difícil discriminar con los verbos auditivos si se está ante un uso perceptivo o ante una proyección metafórica.

(20) No puedo asegurarte si le veía despierta o le veía dormida. ¿Hablé yo? ¿Me levanté y anduve? Conservo una idea vaga de haber sentido sus pasos alejándose hacia el despacho, a no sé qué hora de la noche (Benito Pérez Galdós, *Realidad. Novela en cinco jornadas*, 1889)

(21) Mi hermana misma, que es la más diplomática, fue a abrir. Entonces sentimos a Juan despotricando y mi cuñado frunció el ceño porque no le gustan las historias sentimentales (Carmen Laforet, *Nada*, 1945)

(22) ¡Ah, si tuviese al cuello el cascabel que le quiso poner Dios! Todos lo sentiríamos llegar y nos precaveríamos (Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, 1948)

(23) Justina se ponía trás ellos, sin que la hubiesen sentido venir (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, 1956)

Cuando el complemento de *sentir* es un evento auditivo, se conservan algunos de los matices que hemos comentado a propósito de los casos en que el CD es un sustantivo definido. Por ejemplo, se mantiene con frecuencia la idea de que el sonido (emitido por el sujeto lógico) es inopinado. Por ese motivo el sujeto de (18), pongamos por caso, tiene cuidado para que no le sientan “hablando con la señora”; es consciente de que el sonido se propaga sin control y de que corre peligro si es descubierto. Nótese que en este texto, como en otros de los presentados, encontramos eventos con gerundio que son, como se explicó en su momento (apartado 5.4.2), mucho más dinámicos que los de infinitivo, pues presentan la escena aumentada y sin límites definidos gracias al efecto zum del gerundio (Verhaert, 2008). De este modo, se describe la situación amplificada mientras se percibe en el breve intervalo en que sucede.

Si los eventos son periféricos con el valor auditivo, los complementos flexionados lo son en mayor medida. Además, ocurre con frecuencia que es complicado determinar si el sentido físico implicado en esa secuencia es el oído o cualquier otro de los que activa *sentir*:

(24) Cuenta Valerio que un ombre que avia nonbre Oportuno era muy fermosso ademas e ahun que era casto. E sintiendo que las

mugieres avian temptaçion por su hermosura, e los parientes dellas avian sospecha e celos del, e fizose llagar con una lançeta la cara todo en manera que la fizo muy fea (Clemente Sánchez de Verdial, *Libro de los exemplos por A. B. C.*, 1400-1421)

(25) Ya habrás sentido / que mi hermana ha pretendido / verse esta noche en sus brazos (Lope de Vega Carpio, *El maestro de danzar*, 1594)

(26) -No hay hueso en su cuerpo que no esté hecho polvo. ¿No has sentido cómo rodó por la escalera? (José de Espronceda, *Sancho Saldaña o El Castellano de Cuellar*, 1834)

(27) Disponíase Pío Cid a emprender la ascensión, cuando el tío Rentero le retuvo, diciéndole que él no se quedaba solo ni tampoco le dejaba ir, pues había sentido que les rondaban los lobos (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

(28) Al cabo de mucho rato, Joaquín levantó la cabeza y vió que Mariona no estaba a su lado. Recordó haber sentido como ella se separaba; y luego su caminar hacia la casa (Ignacio Agustí, *Mariona Rebull*, 1944)

En todos estos textos encontramos complementos oracionales con *sentir* que introducen una información que se comprende (percepción cognitiva); lo que sucede es que esa información se ha obtenido, de un modo u otro, por el sentido del oído. En (24) un joven señala que se enteró de una serie de informaciones relacionadas con el hecho de que despertaba pasiones (entre las mujeres) y recelos (entre los parientes) a partes iguales. El texto es ambiguo pero pensamos que es dominante la idea de que esa información fue recibida por testimonios de terceros (y fue oída, por tanto).

Si el caso de (24) es ambiguo, ya que la completiva puede codificar una evidencia inferida (el joven imagina lo que afirma aunque no está seguro), el carácter reproducido o citativo del uso de *sentir* que aparece en (25) es indudable. En ese texto, perteneciente a una obra de teatro, un personaje afirma que otro habrá sentido sin duda “cuáles son los propósitos de su hermana”; de este modo lo que se asegura es que se habrá enterado de dichos propósitos porque alguien se los habrá contado. Como vemos, estos usos de *sentir* pueden catalogarse como una forma no

gramaticalizada de evidencialidad reproducida (informaciones de terceros, rumores, saber popular, etc.).

Pero además de esos valores la construcción {*sentir* + cláusula flexionada} en un contexto auditivo también puede funcionar como un evidencial de evidencia directa. Lo vemos en (26), (27) y (28), enunciados en los que encontramos oraciones completivas e interrogativas indirectas parciales que constatan que el sujeto ha percibido una información sonora y que la ha interpretado de manera racional (percepción cognitiva). El caso de (27) es especialmente elocuente. En ese texto unos hombres están escalando un monte y uno muestra su miedo y su deseo de permanecer parado porque ha sentido “que les rondan lobos”. Como es lógico, esa afirmación parte de la audición de ciertos sonidos que llevan a la conclusión de que los lobos están acechando.

A continuación mostramos en términos absolutos las ocurrencias por siglos del *sentir* auditivo de la muestra de nuestro corpus que hemos computado:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto definido	-	-	4	1	4	-	11	1
Evento inf. VVO	-	-	-	-	1	-	-	-
Evento inf. pronominal	-	-	-	-	-	-	-	1
Evento gerundio VOV	-	-	-	-	-	-	1	-

Figura 2. Significados auditivos de *sentir* por siglos.

Como se puede apreciar, los complementos más frecuentes con la metáfora SENTIR ES OÍR son los complementos definidos formados por sintagmas nominales de tipo eventivo que representan sonidos (voces, pasos, ruidos, etc.). Estos valores se documentan desde la Edad Media y tienen una vida discontinua (poligénesis semántica): en ocasiones son infrecuentes, pero en otras épocas (como en el siglo XIX, al menos en el marco de la literatura realista) resurgen con intensidad.

En cuanto a los eventos y a los complementos flexionados, nuestras observaciones confirman su poca productividad. De hecho, en la muestra computada no aparece ni un caso inequívoco con complemento oracional razón por la cual la figura 2 muestra eventos pero no oraciones completivas o interrogativas indirectas. El verbo *sentir* cuando significa OÍR se ha especializado, en la diacronía del español, en conceptualizar los sonidos repentinos, esto es, los sonidos inesperados y generalmente breves. Por ello, cuando un sonido no tiene duración, la escena que representa no puede ser conceptualizada como un todo dinámico en el que el elemento que produce el sonido se perfila como el AGENTE de dicho proceso (evento con sujeto lógico). Naturalmente, esto también limita la presencia de complementos oracionales ya que estos, cuando dependen del sentido del oído, suelen señalar que la constatación cognitiva procede de la audición atenta de algo mínimamente prolongado en el tiempo (el relato de una persona, por ejemplo) y eso es precisamente lo que *sentir* no suele codificar. Aun así, de manera excepcional, como hemos visto en textos como el de los lobos, unos pocos sonidos muy efímeros pueden bastar para alcanzar una conclusión epistémica.

Con respecto a *oír*, se trata del verbo más flexible del trinomio, pues puede expresar cualquier tipo de percepción auditiva en español, incluso la percepción agentiva atenta³⁷³. De hecho, en la práctica los verbos *oír* y *escuchar* son prácticamente intercambiables: ambos ocupan fácilmente cualquier parte del continuo de la audición, continuo que al ser monodimensional³⁷⁴ y al carecer de límites definidos entre cada una de las

³⁷³ Recordemos que esta posibilidad deriva, según Horno Chéliz (2002-2004), del hecho de que cuando el sustantivo que funciona como CD es eventivo el verbo puede referirse sólo a la captación de la fase inicial (logro) o al desarrollo durativo posterior de la entidad implicada. Por ello, ya que el estímulo se prolonga en el tiempo, puede ser observado atentamente, lo que hace que el verbo (*oír* en este caso) acepte las propiedades sintácticas propias de los predicados agentivos (véase el apartado 5.3).

³⁷⁴ Precisamente el carácter monodimensional de la onda sonora que interviene en una audición es la clave teórica, a nuestro entender, para explicar las diferencias entre los pares *ver* / *mirar* y *oír* / *escuchar*. La percepción visual se consume con objetos que son tridimensionales y que no se desvanecen tras ser percibidos, lo que explica dos cosas: a) que la percepción visual se conciba como algo instantáneo (véanse los capítulos 4 y 5) y b) que el PERCEPTOR pueda percibir el objeto de manera general o mucho más detallada, centrándose en alguna de sus partes. Estos dos hechos están en la base de la percepción orientada al sujeto y de la orientada al objeto, conceptos que explican las diferencias entre *ver* y *mirar*. Por todo ello, estos dos verbos visuales raramente pueden solaparse, puesto que

subfases en que puede dividirse favorece la superposición de ambos verbos (prototipicidad con fronteras difusas). Esto no es algo específico de la lengua española; ya en latín *audio* y *auscultō* podían intercambiarse sin problemas para expresar ciertos contenidos, sobre todo en relación con las nociones de prestar atención con el oído y comprender lo escuchado (Viejo Sánchez, 2004).

Numerosos textos de nuestro corpus muestran la equivalencia entre *oír* y *escuchar*. El que reproducimos a continuación es especialmente significativo:

(29) La alabanza exige un foro, un público, una asamblea. Está sobrentendido que se realiza delante de un grupo que escucha, oye, entiende el elogio hecho de alguien o de algo (Luis Maldonado, *La plegaria eucarística. Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*, 1967)

En este texto encontramos tres verbos íntimamente relacionados, *oír*, *escuchar* y *entender*, verbo este último que tenía significado auditivo en la Edad Media (ver apartado 4.5.3.2). Lo que nos interesa destacar es que el hecho de que los tres verbos aparezcan coordinados de manera asindética prueba su equivalencia conceptual, ya que los tres desencadenan matices auditivos y epistémicos al mismo tiempo. Es más, los tres verbos parecen representar con esa organización lineal el continuo auditivo: un elogio es una forma de sonido que empieza (fase A) y que dura, por lo que puede ser escuchado con atención (fase B), comprendido (fase C) e incluso respondido de algún modo por el sujeto (fase D). Pues bien, los tres verbos parecen capaces de expresar todo el proceso. Además, no deja de ser llamativo que *escuchar* preceda en el orden sintáctico a *oír*, circunstancia que demuestra que los dos son tan próximos que no siempre se establece entre ellos una ordenación causal en la que *oír* cubre las fases A y B y *escuchar* las fases C y D.

Por lo que respecta a la complementación sintáctica con *oír* y *escuchar* en sus empleos transitivos, ambos verbos pueden ir acompañados por todo tipo de complementos. La lista de oraciones que aparece a continuación muestra las distintas posibilidades con *oír* siguiendo una

cada uno focaliza procesos muy diferentes en relación con el objeto percibido. Sin embargo, la onda sonora es un continuo único sin límites definidos, de modo que la línea divisora entre un verbo auditivo pasivo (orientado al sujeto) y otro activo (orientado al objeto) se vuelve muy borrosa. Por ello *oír* y *escuchar* pueden solaparse con relativa facilidad.

ordenación que va de los complementos menos cohesionados con el verbo a los más cohesionados, es decir, aquellos que forman junto al verbo auditivo un todo muy fusionado e interdependiente:

- (30) Oigo que Víctor está tocando el piano (oración completiva)
- (31) Oigo cómo Víctor toca el piano (interrogativa indirecta parcial)
- (32) Oigo a Víctor tocando el piano (evento gerundio VOV)
- (33) Oigo a Víctor tocar el piano (evento infinitivo VOV)
- (34) Oigo tocar el piano a Víctor (evento infinitivo VVO)
- (35) Oigo tocar (evento infinitivo VV)
- (36) Oigo a Víctor que toca el piano (objeto definido con relativa atributiva)
- (37) Oigo la música {del piano} (objeto definido)
- (38) Oigo el piano (objeto definido)
- (39) Oigo a Víctor (objeto definido humano)

Queda claro que *oír* admite todas las formas de complementación en un contexto de audición prolongada y agentiva, desde aquellas en las que la distancia conceptual entre el OBSERVADOR y la escena auditiva es máxima (complementos flexionados) hasta aquellas en las que dicha distancia se reduce. Como se aprecia en los ejemplos, los objetos definidos representan la mayor cohesión posible, pues conceptualizan la escena resaltando únicamente el objeto sonoro, el cual se convierte en la parte perfilada de la imagen mental. Ese objeto definido puede presentarse fundamentalmente de dos modos cuando el verbo es auditivo: con un sustantivo eventivo que representa el sonido (ejemplo (37)) o por medio del objeto del que surge el sonido gracias a la metonimia PRODUCTOR POR PRODUCTO. Ahora bien, esta última posibilidad puede dividirse en dos variantes cuando se trata de sonidos en los que intervienen personas: en la primera se alude metonímicamente al instrumento sonoro (ejemplo (38)) mientras que en la segunda se alude a la persona misma que ejecuta el sonido o que lo produce (hablando o de cualquier otra manera) (ejemplo (39)).

Esta última posibilidad de conceptualización es sumamente interesante desde un punto de vista cognitivo porque abre la posibilidad de que el conceptualizador reconstruya la escena destacando más el PRODUCTOR del sonido que el sonido percibido en sí. Como señala Bermúdez (2004) al estudiar estas conceptualizaciones con *ver*, en estos casos tiene lugar una operación metonímica en virtud de la cual se toma

el objeto percibido como el único representante de todo el proceso, de modo que ese objeto se convierte en el punto de referencia de la escena. En términos semánticos esto implica que lo más relevante informativamente es la entidad definida y no el proceso dinámico en que interviene (recuérdese lo comentado a este respecto en el capítulo 5).

Centrándonos en el verbo *escuchar*, que representa el polo opuesto a *sentir* dentro del continuo de la audición, este verbo suele introducir una conceptualización adicional: la conceptualización intransitiva. En efecto, de igual modo como le ocurre a *mirar*, *escuchar* puede cancelar su transitividad para orientarse solamente al sujeto OBSERVADOR; se señala así que ese sujeto está muy concentrado en su escucha. Como es evidente, cuando *escuchar* se comporta de este modo a veces aparecen elementos sintácticos (adjuntos, complementos predicativos) que señalan cómo es el estado de atención prolongada del sujeto, al tiempo que el verbo se vuelve no resultativo al no haber garantías de que la audición (o la comprensión intelectual de lo escuchado) se alcance con éxito. Veamos algunos ejemplos:

(40) Et dixieron los vieios et todo el pueblo non escuches ni otorgues (Anónimo, *Biblia. Escorial I.j.8*, 1300)

(41) Pardiós que quiero scuchar, sepamos qué es lo que había aqueste loco de / atar (Jaime de Huete, *Comedia Vidriana*, 1535)

(42) En qué manera los que hablaban en lenguas no eran entendidos de los que escuchaban, entendiéndose ellos á sí mesmos (Juan de Valdés, *Comentario o declaración familiar y compendiosa sobre la primera epístola de san Pablo apóstol*, 1557)

(43) que el acólito, como de ordinario es novicio y le han enseñado a no scuchar ni hablar, en esto hacen mill faltas y dejan muchas personas desconsoladas (San Juan Bautista de la Concepción, *De los oficios más comunes*, 1607)

(44) Como ha tan poco que estás / en mi servicio, no sabes / mi tormento y penas graves / Pues escucha y las sabrás (Alonso de Castillo Solórzano, *El mayorazgo figura*, 1637)

(45) Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; con el alma

en los ojos y las lágrimas en éstos, escuchaban inmóviles (Luis Coloma, *Pequeñeces*, 1891)

Cuando una persona escucha algo con atención suele adoptar una actitud muy activa; debe suspender momentáneamente otras actividades para poder centrar su atención sobre el sonido, ya que éste, al ser una onda que no se repite, sólo se puede captar una vez, por lo que el sujeto debe esforzarse voluntariamente por prestar atención porque si no lo hace quizá no logre alcanzar una información determinada. Esta actitud se traduce, como hemos explicado, en el cambio de orientación de la conceptualización del verbo, que pasa de estar orientado al objeto a estar orientado al sujeto, lo que comporta una tendencia a que no aparezca ningún CD.

Los ejemplos que mostramos confirman la existencia de este marco subyacente. Por ejemplo, en (45) aparece el adjetivo “inmóviles” con función de C. Predicativo orientado al sujeto; por las razones que se acaban de comentar, este elemento sintáctico activa una información adicional de carácter atributivo que especifica cuál es el estado del sujeto mientras escucha (de quietud, para concentrarse mejor). Por otro lado, que *escuchar* con el significado intransitivo de PRESTAR ATENCIÓN constituye una acción en sí misma queda de manifiesto en un ejemplo como (43) donde se afirma que hay individuos a los que se les ha enseñado “a no escuchar”. Como es evidente, en este caso el verbo no posee sólo su valor perceptivo sino que se reviste del MCI propio de este significado de atención máxima. Por ello, el estado de atención (y las acciones y conductas que suele comportar, como el estar quieto y concentrado) se puede conceptualizar como una acción susceptible de ser aprendida: es obvio que no se puede aprender a percibir sonidos por el oído, pero sí a adoptar actitudes receptivas ante lo que dicen los demás.

El carácter no resultativo de este valor se aprecia muy bien en (42). En ese texto unos sujetos están escuchando con interés pero aun así no logran entender nada. Por tanto, en ese caso el verbo expresa más una actitud que un resultado. Contrariamente, a veces el hablante es consciente de que si presta atención con el oído obtendrá una información. Lo apreciamos en (41) y (44), donde a la acción de escuchar le sigue inmediatamente una consecuencia epistémica: alcanzar un conocimiento. En ambos casos aparece el verbo *saber* detrás de *escuchar* para introducir

la consecuencia derivada de prestar atención (enterarse de algo). Como vemos, estos textos demuestran que el continuo auditivo no altera la secuencia lógica de sus fases: primero se presta atención y después se comprende (y aprende) lo escuchado.

Finalmente, la ocurrencia medieval que tenemos en (40) presenta el continuo auditivo en su totalidad. En ese fragmento aparece un consejo que “los viejos” dan a la población: “no escuches ni otorgues”. Si descomponemos de manera analítica esa secuencia podemos recuperar las cuatro fases del continuo auditivo. Lo que los ancianos recomiendan es que no se preste atención a ciertas personas. Para prestar atención auditiva hay que oír lo que el otro dice, siendo su emisión un sonido que se inicia en un momento dado (fase A). Después, si la emisión continúa y no queda convertida en un simple sonido aislado, hay que prestar atención (fase B) para sólo después comprender lo escuchado (fase C). Por último, puede llegarse a la fase D, consistente en reaccionar de algún modo ante lo oído, fundamentalmente obedeciendo lo que se ha dicho. Pues bien, en este texto se pide que el proceso en su totalidad no tenga lugar, incluida la fase de reacción final. Por ese motivo, se utiliza después de *escuchar* el verbo *otorgar* que significa precisamente responder afirmativamente ante algo o ser condescendiente con algo. Por consiguiente, ese verbo representa la eventual respuesta reactiva a que *escuchar* podría haber conducido.

Por último, aunque se trata de un valor muy periférico, *escuchar* puede lexicalizar solamente la fase A del proceso, es decir, la audición breve e incontrolada de un sonido. Estos ejemplos inagentivos demuestran que *escuchar* es completamente intercambiable con *oír* e incluso con *sentir* cuando tiene significado auditivo. A continuación ofrecemos algunos ejemplos:

(46) Dales vna señal para que luego / que el son escuchen, juntos
acometan / al Abisinio, Maronita, y Griego / y que à cuchillo sus
escuadras metan (Lope de Vega Carpio, *Jerusalén conquistada*, 1609)

(47) ¿No escucháis la bolina y la algazara / que suena dentro desta
casa? (Miguel de Cervantes Saavedra, *Comedia famosa intitulada La
gran sultana, doña Catalina de Oviedo*, 1615)

(48) -¿No habéis escuchado? –preguntó uno- (Rosalía de Castro, *La hija del mar*, 1859)

En (46) nos encontramos en un contexto de guerra. Antiguamente los soldados hacían sonar instrumentos diversos como campanas o trompetas para generar señales acústicas que indicaran a la tropa qué tenía que hacer³⁷⁵. Se trataba de sonidos breves y poco precisos, por lo que en ese texto *escuchar* sólo alude a la fase de logro ingresivo. Además de este tipo de contextos, hemos observado en nuestro corpus que es frecuente que *escuchar* se comporte como un verbo inagentivo cuando aparece en oraciones interrogativas como (47) y (48); no cabe duda de que en esos ejemplos no se pregunta acerca de si se ha prestado atención a un sonido durativo, sino que se desea si saber si alguien más ha percibido momentáneamente un sonido puntual o desconocido.

De todas las posibilidades formales que tiene *escuchar*, ¿cuáles son las más prototípicas? A continuación mostramos una tabla con la frecuencia absoluta de casos de *escuchar*. La prototipicidad interna de este verbo es tal, que sólo hemos computado poco más de 200 ocurrencias, cantidad suficiente para constatar qué valores son los más frecuentes. También hemos incluido las variantes estativas y los casos en los que *escuchar* se emplea metafóricamente:

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

³⁷⁵ Volveremos a tratar esta cuestión en el próximo capítulo al estudiar los significados musicales de *tocar*.

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto definido	1	-	3	7	8	2	16	28
Objeto definido humano	-	-	1	5	6	1	9	20
Uso intransitivo (prestar atención)	-	-	-	6	8	1	5	5
Evento inf. VV	-	-	-	-	-	-	-	-
Evento inf. VVO	-	-	-	-	-	-	-	1
Evento inf. VOV	-	-	-	-	-	-	-	-
Evento inf. pronominal	-	-	-	-	-	-	-	-
Oración completiva	-	-	-	-	-	-	-	-
Int. Ind parcial	-	-	-	-	-	-	-	-
Int. Ind total	-	-	-	-	-	-	-	-
Inestable	-	-	-	2	2	-	-	2
Estativo sujeto-estímulo	-	-	-	-	1	-	2	1
Percepción involuntaria	-	-	-	-	1	-	-	1
Objeto metafórico	-	-	-	-	-	-	-	4
Objeto humano metafórico	-	-	-	1	1	-	1	-
OBEDECER	-	-	-	-	-	-	-	2

Figura 3. Conceptualizaciones de *escuchar* en el tiempo.

Esta tabla nos permite extraer algunas conclusiones. Como queda de manifiesto, la estructura más documentada con *escuchar* desde que el verbo se registra por escrito es aquella en la que aparece como CD un sustantivo perfectamente delimitado que representa un sonido durativo

al que se le puede prestar atención. Este tipo de complementación representa el 69,4 % del total, por lo que la consideramos su prototipo semántico. A su vez, ese prototipo se subdivide en dos variantes: sonidos en general (42,2 %) y sonidos producidos por personas, es decir, monólogos, explicaciones, declaraciones, etc. (27,2 %). Por tanto, la principal imagen mental que activa *escuchar* es aquella en la que el sujeto presta atención a sonidos importantes para él o a personas que le hablan, perfilando de manera única el objeto directo y eliminando toda la información superflua (el evento subyacente).

Después de la complementación definida, el significado más frecuente es el intransitivo (16,2 %): la atención que los hablantes prestan en ocasiones es tan marcada que se conceptualiza el acto de prestar atención en sí, dejando en un plano secundario el eventual sonido que se desea escuchar y comprender. Las demás posibilidades (tanto físicas como metafóricas) son decididamente periféricas con *escuchar*, como se ve en la figura 3: eventos, cláusulas flexionadas y percepciones involuntarios e inagentivas son muy infrecuentes. Incluso valores estativos con sujeto-estímulo del tipo “se escuchan las campanas” son extraños con este verbo, lo que demuestra que el punto de vista del conceptualizador es dominante, lo que dificulta que el propio estímulo se conceptualice como sujeto gramatical.

En este apartado hemos estudiado el funcionamiento auditivo de *sentir*, oponiéndolo a *oír* y a *escuchar*, y hemos comprobado que los tres verbos se sitúan en el continuo físico del sonido, pero de formas distintas. *Sentir* se ocupa únicamente de las percepciones efímeras que representan logros aspectuales; ello le impide aparecer con complementos que representan objetos eventivos que tienen duración temporal (una canción, una conferencia, etc.) y le dificulta el tener complementos más complejos, tales como eventos o cláusulas flexionadas. Por su parte, *oír* y *escuchar*, quizá por evolución a partir del par *audio* y *auscultō*, tienen un comportamiento más homogéneo, puesto que los dos pueden lexicalizar cualquier fase del continuo.

El comportamiento de *escuchar* permite, además, comprender en toda su dimensión qué es lo más frecuente en términos conceptuales cuando se expresan los polos opuestos del continuo auditivo. Hemos observado que tanto *sentir* como *escuchar* tienden a los complementos definidos, lo que invita a pensar que el oído, a diferencia de la vista,

privilegia la atención a objetos concretos dejando al margen secuencias más elaboradas. Por medio del oído percibimos sensaciones múltiples en nuestra vida cotidiana y también percibimos sonidos estructurados que nos interesan especialmente, como algunas melodías o las palabras de los demás. Pues bien, ese tipo de cosas son las que introducen *sentir* y *escuchar* prototípicamente, puesto que lo que suele interesar a los hablantes son los sonidos en sí mismos, no cómo actúan las fuentes de dichos sonidos (sean humanas o no) mientras los emiten³⁷⁶.

6.4. *Sentir* y la percepción física: de la sensación a la constatación

Hasta ahora hemos analizado los significados perceptivos de *sentir* relacionados con la vista, el olfato, el gusto y, sobre todo, el oído. En este apartado nos ocuparemos de la relación que se establece entre nuestro verbo y el tacto. Como veremos, *sentir* no se puede interpretar, en sentido estricto, como un verbo del tacto, sino que ha de entenderse, como ya se indicó anteriormente, como un verbo propioceptivo en los términos propuestos por Iwasaki (2002). De este modo, *sentir* explicita la conciencia del hablante de la existencia de su cuerpo sensible.

El científico cognitivo P. Gärdenfors (2006: 149-150) ha distinguido dos formas distintas de conciencia: la conciencia como 'experiencia' y la conciencia como 'reflexión', también llamada 'conciencia de uno mismo'. La experiencia se refiere a la capacidad de los seres vivos para percibir por los sentidos sensaciones básicas, tales como los olores, los sabores, el calor, el frío, un dolor, etc. Por el contrario, la conciencia reflexiva es más abstracta, puesto que exige capacidad de auto-conocimiento y una inteligencia lo suficientemente avanzada como para interpretar los estímulos sensoriales. Como es evidente, esta diferenciación de Gärdenfors encaja con su clasificación de los tipos de sensaciones (ver capítulo 4): las sensaciones son simple 'experiencia', mientras que las

³⁷⁶ Por ejemplo, en la oración "Sandra ha escuchado atentamente al profesor" se transmite perfectamente toda la información necesaria sin necesidad de precisar la escena dinámica en la que el profesor, forzosamente, se encontraba cuando fue escuchado. En un contexto neutro no tendría mucho sentido decir algo como "Sandra ha escuchado atentamente al profesor hablar" puesto que la relación metonímica que se establece entre *escuchar* y el CD "el profesor" activa suficientemente las inferencias necesarias para comprender qué ha hecho Sandra y qué le interesaba percibir por los oídos.

percepciones y las imaginaciones, que se consuman en el mundo interior del individuo, pertenecen al dominio de la conciencia reflexiva.

Pues bien, *sentir* puede expresar en español ambas formas de percepción. Si nos centramos en la conciencia como simple experiencia, comprobamos que *sentir* muestra eventualmente ese tipo de mecanismo fisiológico. Desde un punto de vista lingüístico, lo que las diversas posibilidades constructivas revelan es que el hablante puede conceptualizar esos procesos físicos de múltiples maneras, empleando en cada caso una configuración u otra.

La complementación con objetos definidos es la forma más elemental de verbalizar una impresión perceptiva inconcreta del tipo que estamos comentando:

(49) & se faga commo vnguento E desto puesto en vn paño tamaño que tome el dolor todo & continuarse a fasta que sienta prouecho para gota (Gómez de Salamanca, *Compendio de medicina. Salamanca, Biblioteca Universitaria 2262, 1453*)

(50) e si pusieres los dos dedos de las dos manos conprimiendo, sentirás so los dedos ondeamiento aguanoso (Anónimo, *Traducción de la Cirugía Mayor de Lanfranco, 1495*)

(51) Pero si el torneo mucho más durara, los cavalleros rezién venidos lo librarán mal, que no pudieran sino morir, porque ya andavan muy cansados, tanto que todos sentían ya su flaqueza (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia, 1514*)

(52) Ó sentirás dolor en el cuerpo, ó tribulación en el espíritu (Fray Luis de Granada, *Traducción de la imitación de Cristo de Kempis, 1536*)

(53) Donde hay espíritu hay libertad (...) no de ley, sino de carga y pesadumbre; que ni sentirás el ayuno, ni las viglias, ni los azotes, ni los demás trabajos que por su amor tomares (Fray Juan de los Ángeles, *Diálogos de la conquista del reino de Dios, 1595*)

(54) Podrá el muchacho no saberlo decir, pero bien lo verá o, por lo menos, sentirá el frío que le acomete cuando le quitan la ropa (San Juan Bautista de la Concepción, *Errores en el gobierno y en la dirección de almas, 1609-1610*)

(55) Los que hayan sentido un terremoto, comprenderán el miedo miserable que respiran estos discursos (Pedro Antonio de Alarcón, *De Madrid a Nápoles pasando por París*, 1861)

(56) Sin duda todo se debe al olor bastante desagradable de las tripas que ha herido el olfato de esa dama, la cual acaso esté encinta y haya sentido entonces algún trastorno interno (Vicente Blasco Ibáñez, *Traducción de Las mil y una noches*, 1916)

En todos estos textos *sentir* expresa la conciencia sensorial del sujeto acerca de fenómenos fisiológicos muy diversos y generales, desde dolor (52), frío (54), trastornos internos (56) y diversas formas de agotamiento, hambre, cansancio y bienestar físico ((49), (51) y (53)). Como se puede apreciar, estas sensaciones no son exactamente táctiles, ya que no se localizan en una zona concreta del cuerpo. De hecho, ni siquiera se producen fuera del cuerpo, sino que son respuestas biológicas del organismo ante sus propios procesos internos de adaptación al medio.

No obstante, a veces *sentir* expresa una sensación que se produce gracias a una acción ejecutada con la piel y los músculos. Por ejemplo, en (50) se describe una sensación “acuosa” que se obtiene empleando voluntariamente el sentido del tacto. Por supuesto, aparte de las sensaciones interoceptivas y exteroceptivas examinadas, *sentir* también puede referirse a manifestaciones propioceptivas canónicas en las que el verbo refleja la conciencia del hablante acerca de la ubicación de su cuerpo y de los trastornos externos que pueden alterarla. Es lo que ofrece la ocurrencia (55), en la que se siente “un terremoto”, es decir, una fuerza exterior que puede modificar la posición natural del enunciador.

El ocasiones, el hablante desea expresar la sensación física que le invade involuntariamente de un modo más detallado; en esos casos recurre al uso de eventos con infinitivo y gerundio, los cuales conservan los matices físicos de la situación evocada al tiempo que añaden una dimensión más dinámica. Se trata de una conceptualización muy infrecuente con *sentir*. A continuación mostramos algunos ejemplos:

(57) Y en breve sentí arrastrarse / como en la yerba un gusano / áspera y fría una mano / que por mis miembros trepó (Nicomedes Pastor Díaz, *Poesías*, 1828-1849)

(58) Calleja se lanzó á los placeres como se lanzaría por la llanura el potro lleno de sangre y brío que, harto de tascar el freno, lo sintiera caer repentinamente partido en pedazos (Carlos Coello, *Cuentos inverosímiles*, 1872-1878)

(59) Y, en prueba de ello, de vez en cuando, sentíais caer sobre vosotros menudas chinas (afortunadamente eran menudas), desprendidas por los apurados cuadrúpedos que hacían equilibrios en lo alto (Pedro Antonio de Alarcón, *La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, 1874)

(60) Concha, arrastrándose sobre las piedras, le preguntó si iba a morir, el Arcángel tampoco respondió, pero Concha sintió caer dos lágrimas en sus manos (Ramón María del Valle-Inclán, *Sonata de otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*, 1902)

(61) y allí la vieras toda / toda solteramente siendo araña / y después la sintieras penetrando en el ojo / y después la sintieras caminar hacia adentro (Luis Rosales, *La casa encendida*, 1949-1967)

En estos casos la escena no sólo muestra un sintagma nominal que representa el CD que se experimenta físicamente sino que también ofrece información sobre el movimiento (voluntario o no) que ejecuta dicho objeto sobre el cuerpo del PERCEPTOR. Conviene poner de manifiesto (aunque nos ocuparemos de ello con más detalle en el próximo capítulo al estudiar el funcionamiento del verbo *tocar*) que el cuerpo, debido al principio de indexicalidad, se interpreta como centro del espacio, por lo que con frecuencia los eventos de carácter físico se refieren a movimientos que suceden fuera del cuerpo y que van hacia él sin que el hablante pueda evitarlo. Buena prueba de ello es la presencia en varios de los ejemplos reproducidos del verbo *caer* como infinitivo del evento; en (58), (59) y (60) aparecen sujetos lógicos que 'caen', desencadenando una sensación física en el PERCEPTOR. El verbo *caer* establece en este contexto un matiz de azar y, por tanto, de proceso involuntario, de manera que la sensación que se activa no depende en modo alguno del sujeto que la experimenta.

El ejemplo de (61) es especialmente interesante. En ese fragmento, perteneciente a un poema, se propone una imagen muy surrealista en la que una araña se introduce por el ojo de una persona. Lo que nos interesa resaltar es el juego que el poeta lleva a cabo con dos eventos sucesivos

que introduce para describir cómo es la sensación “real” que experimenta el sujeto, juego literario que confirma las diferencias conceptuales entre el infinitivo y el gerundio en los eventos (véase el capítulo 5). En un primer momento, el sujeto siente la araña “penetrando en el ojo”, expresión en la que el gerundio amplifica la secuencia y la muestra de cerca mientras sucede. Esa cercanía conceptual coincide con el punto de vista del enunciador quien, al tener la araña sobre su ojo, puede percibir de un modo muy próximo cómo entra a través de él. Por tanto, el gerundio refuerza icónicamente la proximidad de la sensación. Sin embargo, una vez que la araña ya ha entrado por completo, el sujeto puede sentirla “caminar hacia adentro”; de este modo, el paso al infinitivo aumenta la distancia entre el PERCEPTOR y el sujeto lógico (la araña), puesto que introduce una percepción sensorial más global, con un principio y fin delimitados. Por tanto, el gerundio se emplea mientras la araña está penetrando, pero una vez dentro, su deambular “alejándose” (y aumentando la distancia) se expresa con un infinitivo sin desarrollo aspectual.

Si los eventos no son muy habituales con *sentir* cuando el verbo tiene significado propioceptivo, los complementos flexionados tampoco lo son. Con todo, en nuestro corpus aparecen algunos casos:

(62) -¡Ah! –exclamó el embozado, sintiendo que se ahogaba bajo la presión de aquellos dedos duros y fríos y forcejeando por desasirse- (Rosalía de Castro, *Flavio*, 1861)

(63) Sólo una vez en su vida, confesado por él, llegó no a perder la serenidad, sino a tener miedo y a sentir que le temblaban las carnes, y no de frío (José María de Pereda, *La puchera*, 1889)

En estas circunstancias, sigue habiendo estímulos físicos completamente tangibles; la oración completiva tan sólo expresa la constatación epistémica que experimenta el PERCEPTOR. Si alguien siente, como sucede en (63), “que le tiemblan las carnes”, no sólo está percibiendo ese cambio involuntario en su estado físico sino que también ha pasado a tener conciencia racional de ese hecho. Las cláusulas flexionadas codifican la confirmación de que las sensaciones tienen lugar, y se pueden interpretar, por ello, como formas de evidencia directa en español.

El siguiente cuadro presenta el número de ocurrencias de *sentir* con significado físico de la muestra computada:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto definido	-	1	5	10	2	-	4	5
Evento pronominal	-	-	-	-	-	-	1	-
Oración completiva	-	1	1	-	-	-	-	-
Int. ind parcial	-	-	-	1	-	-	-	-

Figura 4. Usos propioceptivos de *sentir*.

Como se puede apreciar, en términos absolutos los ejemplos de carácter físico no son muy habituales con nuestro verbo. Aun así, se documentan desde la Edad Media (incluso con cláusulas flexionadas), lo que invita a pensar que estos valores fueron de los primeros que el verbo introdujo.

Esta última idea enlaza con una de nuestras hipótesis sobre *sentir*: entendemos que el valor propioceptivo del verbo constituye el primer prototipo semántico de la categoría léxica. Según los principios de la semántica cognitiva, la direccionalidad de las proyecciones metafóricas va de lo concreto a lo abstracto; por supuesto es posible que todos los valores de *sentir* (concretos y abstractos) sean herencia de *sentio*, pero en cualquier caso la evolución del verbo, en español o en latín, tuvo que partir de un prototipo físico. De este modo, el significado cognitivo de ‘experiencia’ propuesto por Gärdenfors (2006) debió de ser el núcleo semántico original del verbo; la conciencia sensible de los hablantes, su permanente sensación de que ciertas cosas les afectan incontroladamente y las sensaciones procedentes del interior del organismo formarían el cúmulo de experiencias que aglutinaría *sentir* en un primer momento. Con el paso del tiempo, de este prototipo se fue pasando a significados cada vez más subjetivos, lo que permitió que *sentir* produjera una compleja gama de posibilidades expresivas, cuyo denominador común es la presencia

inevitable de una profunda subjetividad, la subjetividad que emana del significado de partida³⁷⁷.

6.5. Percepción abstracta

Cuando una persona siente cansancio de forma física, como ocurre en algunos de los ejemplos con objeto definido que hemos estudiado en el apartado precedente, experimenta una sensación muy difusa. ¿Cómo se puede definir la sensación de TENER CANSANCIO? El concepto del CANSANCIO FÍSICO, pese a su aparente simplicidad, representa una realidad muy esquivada, debido a que es una vivencia profundamente individual que parte de la información que los receptores nerviosos de todo el cuerpo envían al cerebro. El CANSANCIO es, por tanto, una interpretación del sistema nervioso más que un fenómeno constante. A ello hay que sumar que no se puede medir de manera objetiva: el estado físico que para una determinada persona es CANSANCIO para otra, quizá más joven o en mejor forma física, no tiene por qué serlo.

La naturaleza relativa de ciertas sensaciones propioceptivas explica la primera evolución semántica de *sentir*, la que conduce a los significados abstractos y emocionales. En este estadio *sentir* ya no expresa 'experiencias' sino que introduce percepciones 'de uno mismo' (Gårdenfors, 2006), es decir percepciones reflejas en las que el hablante toma conciencia de su estado hasta el punto de que puede verbalizarlo.

Como es obvio, los procesos más elementales de este significado son las emociones humanas. Estas, que a veces permanecen vinculadas a ciertas sensaciones físicas asociadas³⁷⁸, constituyen ya sensaciones que se

³⁷⁷ Podría pensarse que los significados auditivos, olfativos o gustativos de *sentir* podrían haber tenido también carácter prototípico en un primer momento. Sin embargo creemos que en español (no así en otras lenguas románicas) todos esos significados sensoriales, que por otro lado no son más que concreciones metonímicas del núcleo propioceptivo, se han mantenido siempre en la periferia de la categoría, como lo prueba su escasa presencia en nuestro corpus y el hecho de que tales significados no hayan generado contenidos abstractos significativos en la lengua española.

³⁷⁸ Por ejemplo la emoción del 'miedo' suele desencadenar sensaciones muy físicas, como sudoración, taquicardia, etc. Tanto es así que muchos ejemplos de nuestro corpus con objeto definido son difíciles de interpretar precisamente porque resulta complicado discernir si se habla de un fenómeno únicamente abstracto o con vinculación, por leve que sea, a un proceso fisiológico. Examinemos un caso:

activan en el mundo mental del sujeto por lo que son, en principio, intransferibles³⁷⁹. Casacuberta (2000: 190-197) considera que existen siete emociones básicas: miedo, tristeza, alegría, repugnancia, sorpresa, ira y vergüenza. Pues bien, el verbo *sentir* expresa con mucha frecuencia este tipo de emociones:

(64) ¿Acaso es justo sintáis pesar de suerte tan venturosa? (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, 1617)

(65) Si se hubiera tratado de la dirección económica de una provincia, don Basilio habría sentido tristeza del bien ajeno (Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, 1885-1887)

(66) Una mínima y estúpida vergüenza de coqueta, tal que la habría sentido por partida doble (Felipe Trigo, *Jarrapellejos*, 1914)

(67) Ante las figuras de cera todos hemos sentido una peculiar desazón (José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, 1925)

(68) Todos hemos sentido alguna vez pudor estrechando una mano (Luis Rosales, *El contenido del corazón*, 1940-1974)

(69) ¡Qué alegría da volver a Madrid! Vosotros quizá no la sintáis. Yo, sí (Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia*, 1952)

(70) Estoy como en tierra desconocida, y aunque no descarto el pavor, mientras no lo haya sentido ante la muerte no podré responderle (Gonzalo Torrente Ballester, *Don Juan*, 1963)

En opinión de Oakley y Jenkins (1996) una emoción se puede definir a partir de tres parámetros, que serían los siguientes:

a) Una emoción es un fenómeno que se produce cuando una persona evalúa, de manera consciente o inconsciente, una situación

(1) A lo menos dexadme yr con vos, para que os pueda servir, que más quiero morir que bivar sin vuestra señoría. E si lo contrario hazéys, al punto que acabaré mis días no sentiré mayor dolor que agora siento (Anónimo, *Traducción de Tirante el Blanco de Joanot Martorell*, 1511)

En este texto literario se habla de un sufrimiento por amor, y no hay duda de que *dolor* parece tener un significado netamente emocional. No obstante, el contexto es lo suficientemente ambiguo como para que quepa una lectura más literal (por ejemplo al compararse el personaje con el anciano que será “al final de sus días”). Además, las emociones muy intensas, como los desamores, generan con frecuencia desórdenes físicos.

³⁷⁹ En el apartado 6.8 comprobaremos que existe una excepción.

que es importante para lograr un objetivo. De este modo, la emoción es positiva si el objetivo se puede alcanzar y es negativa si el objetivo no se logra.

b) Las emociones se vinculan a la capacidad psicológica de decidir y planificar. Una emoción determinada ayuda a optar por una posibilidad en detrimento de otras alternativas, imprimiendo a la opción elegida la sensación de que es “urgente”.

c) Las emociones son estados mentales que a veces están acompañados por cambios corporales o acciones diversas.

Lo que nos interesa destacar de las propiedades de las emociones es su naturaleza recreada (y evaluada) por el individuo. Cuando alguien dice que “siente alegría” está emitiendo una afirmación muy modalizada en la que el término ‘alegría’ lexicaliza un estado mental. Ese proceso de conceptualización sólo es posible si se da, previamente, un proceso (por inconsciente que sea) de evaluación de lo que se siente. Como es lógico, el estímulo que provoca la emoción puede ser más físico o más abstracto, pero es indudable que debe existir para que la interpretación cognitiva del ser auto-consciente pueda tener lugar³⁸⁰.

Si asumimos que las emociones básicas son estados psicológicos o incluso espacios mentales (Fauconnier, 1984, 1997; Fauconnier y Turner, 2002), se entiende la facilidad que tienen los hablantes para transformar las emociones básicas en emociones mucho más elaboradas. En este sentido el estudio de *sentir* es de gran utilidad para analizar las complejas interpretaciones que la mente de los hablantes realiza de las sensaciones que experimenta. Se producen, diríamos, ‘espacios de mezcla emocionales’: de la conjugación de diversos factores emergen manifestaciones de la auto-conciencia muy sofisticadas³⁸¹. Lo comprobamos en ejemplos como los siguientes:

³⁸⁰ El ser humano da aquí un salto que, probablemente, lo distancia de otros animales superiores. Por ejemplo, muchos mamíferos manifiestan emociones básicas (Casacuberta, 2000) pero carecen de símbolos para aludir a ellas.

³⁸¹ Contrariamente, a veces el hablante es incapaz de concretar cómo es su emoción por lo que se limita a emplear un CD genérico, como *sensación*, *sentimiento*, etc. Observemos un caso:

(1) Cuando desperté me pareció que algo marchaba mal en el curso de las cosas. Tenía una sensación parecida a la que hubiera sentido de decirme alguien que Angustias iba a volver (Carmen Laforet, *Nada*, 1945)

- (71) El sexto, sentirás dentro de ti deseos de padecer y hacer la voluntad de Dios (Miguel de Molinos, *Guía espiritual*, 1675-1676)
- (72) Va bien que sintáis interior confianza y seguridad de saber el oficio de cestero (Pedro Montengón, *Eusebio*, 1786)
- (73) Plegue al cielo que no hayan visto lo infinito sin poder recorrerlo; que no hayan sentido el amor intenso sin poder apagarlo (Emilio cautelar, *Recuerdos de Elda o Las fiestas de mi pueblo*, 1879)
- (74) De nada nos serviría el haber sentido el deber si no hubiéramos sentido á la vez el medio de cumplirlo con alguna facultad (Adolfo Bonilla y San Martín, *Concepto y teoría del derecho*, 1897)
- (75) El príncipe puso tanto calor en sus palabras y tanta tristeza en su ademán, que los enanos sintieron compasión de él y acabaron por decirle que se la llevase, que Blanca Nieves estaría bien guardada en su palacio (Anónimo, *Cuentos clásicos*, 1900)
- (76) Sabrá usted tan bien como yo que los vascos nunca hemos sentido gran entusiasmo por el Ejército ni por la Marina de guerra (Pío Baroja, *Las inquietudes de Shanti Andía*, 1911)
- (77) No puede sorprender que un cierto número de patronos españoles no haya sentido la curiosidad de aquilatar las ventajas o desventajas que puedan resultar de su intervención asidua en la institución (...) (Anónimo, *La Organización permanente del Trabajo*, 1922)
- (78) Quien en su curiosidad por las cosas de la vida antigua haya sentido una decepción siempre reiterada (...) (Ramón Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares. Orígenes de las literaturas románicas*, 1924-1957)

En este texto literario el narrador siente algo extraño, pero es una impresión tan indefinida que sólo puede referirse a ella con un sustantivo inconcreto como *sensación*. Este CD representa un pleonismo o acusativo interno del verbo, puesto que es un CD que está contenido por defecto en su semántica interna. Con *sentir* este tipo de complementos son infrecuentes, pero con *oler* (“olí un olor”) son mucho más habituales por las razones que se expondrán en el capítulo 8.

(79) No era más fácil para ella el que no sintiera remordimientos, sino sólo pena de haberle herido mortalmente y de haber perdido una amistad profunda y vieja (Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, 1951)

(80) Hoy basta con que quede en vuestra conciencia la necesidad de esa reforma. Y con que sintáis en vosotros mismos la parte de responsabilidad que os corresponde en preparar los caminos al Redentor (VV. AA., *La palabra de Cristo. Adviento y Navidad*, 1953)

(81) supongamos, digo, que por último, viéndome caído, haya sentido la necesidad de descargar su conciencia (Francisco Ayala, *El fondo del vaso*, 1962)

(82) En efecto, parece increíble que Candelario se haya dejado despojar de su industria, de fama que salió de las fronteras de España, en tan corto período de tiempo, y que no haya sentido después, siquiera, la tentación de volver a por sus fueros (Julio Escobar, *Itinerarios por las cocinas y las bodegas de Castilla*, 1965)

Las emociones básicas responden a pulsiones muy elementales en el marco de los procesos de regulación del organismo y de la supervivencia en el ecosistema; sin embargo, las emociones que aparecen en estos ejemplos presentan matices mucho más complejos y requieren de quien las experimenta capacidades cognitivas superiores. Los deseos, la confianza, el amor, la decepción, los remordimientos, las tentaciones, etc., son conceptos que ha lexicalizado el *Homo sapiens* para aludir a estados mentales en los que se fusionan aspectos procedentes de emociones más primarias. Por ejemplo, un concepto como la CURIOSIDAD contiene al mismo tiempo sensaciones de sorpresa, de alegría o incluso de miedo. O pensemos en un concepto tan elusivo como el AMOR, que admite interpretaciones que entroncan prácticamente con cualquier emoción básica.

Algunas de estas emociones exigen dotes de planificación y conciencia del paso del tiempo. Sentir “el deber” (74) implica la habilidad para imaginar situaciones venideras potenciales, del mismo modo que sentir “remordimientos” (79) equivale a tener la capacidad de recordar el pasado e interpretarlo desde la perspectiva del presente. En otras ocasiones los sintagmas nominales definidos no bastan para expresar la

emoción que se desea transmitir, por lo que dichos núcleos nominales se encuentran restringidos por complementos preposicionales. En textos como los presentados, por ejemplo, en (71) y (81) la emoción se concreta en una acción específica: de este modo, la expresión “sentir la necesidad de descargar la conciencia”, activa una conceptualización altamente desarrollada que representa una sensación individual que no se reduce a una emoción o a un conjunto de emociones superpuestas, sino que evidencia la voluntad del sujeto de actuar de un determinado modo (codificado en el infinitivo) en relación con una conclusión a la que el hablante ha llegado en su fuero interno.

En nuestro corpus hemos observado que es frecuente que aparezcan, cuando *sentir* tiene por CD sustantivos que expresan emociones abstractas, adjetivos o sintagmas preposicionales como “interior”, “en su interior”, “dentro de sí”, etc. (tenemos un ejemplo en la ocurrencia (72)) que intensifican el carácter corporeizado de estas emociones. Se desprende de estos ejemplos la idea de que la conceptualización tiene en su MCI información relativa a la sensibilidad interoceptiva del hablante. Esta idea se ve con mayor claridad en la abundancia de ejemplos en los que se utilizan sensaciones físicas con un sentido metafórico. En efecto, muchas veces el espacio mental del hablante no se corresponde con un estado psicológico para el que la lengua española dispone de sustantivos lexicalizados, como *sorpresa* o *tentación*; cuando esto sucede, los hablantes tienden a recurrir a imágenes muy corpóreas utilizadas de un modo intensional. Veamos algunos casos:

(83) Y pienso yo que Fortuna tan presto me lo ha trocado, aunque lo viese claro apenas lo creyera, que más dolor sentiría de tu pérdida que de mi pena (Juan de Flores, *Grimalte y Gradisa*, 1495)

(84) - Ahora estamos ambos de acuerdo, padre –repuso el duquecito / - No podemos dejar de estarlo cuantos sintamos en el corazón los latidos del amor a nuestro prójimo (Wenceslao Ayguales de Izco, *La Bruja de Madrid*, 1850)

(85) ¿No habéis sentido nunca una caída sin asidero en la memoria? (Luis Rosales, *El contenido del corazón*, 1940-1974)

(86) El dolor que sentisteis al ver nacer el Niño Jesús en tanta pobreza, se cambió luego en alegría celestial oyendo la armonía angélica (Vicente Molina, *Misal completo en castellano*, 1943)

(87) Es triste y doloroso pensar, amados hijos, que innumerables hombres, aun habiendo sentido la amargura de falaces ilusiones y penosas desilusiones (...) se hayan cerrado el camino a toda esperanza (VV.AA., *La palabra de Cristo. Adviento y Navidad*, 1953)

En estos textos, los dolores físicos³⁸², un sabor amargo o la sensación interna de los latidos del propio corazón se transforman, debido a una proyección metafórica de tipo ontológico, en emociones abstractas. El texto de (85) va más lejos, y emplea la sensación propioceptiva de caer sin tener un lugar al que agarrarse para referirse al hecho de bucear por los propios recuerdos. Todos estos ejemplos confirman que la experiencia corporal es siempre el punto de partida para diseñar significados más abstractos, sobre todo con un verbo estativo como el que estamos analizando.

Por último, *sentir*, junto con complementos definidos de naturaleza abstracta, puede dar lugar a usos epistémicos. En principio, según se deduce de las jerarquías sensoriales descritas en el capítulo 4, podría pensarse que los verbos anclados a emociones viscerales no pueden generar estos significados. Sin embargo, nuestro análisis muestra inequívocamente que *sentir* es utilizado con mucha frecuencia en contextos claramente intelectivos. La explicación radica, entendemos, en el hecho de que el verbo denota primariamente la conciencia de la existencia de algo. De este modo, si aquello de cuya existencia se tiene constancia es, metafóricamente, un concepto teórico o un hecho que actúa como foco informativo, nada impide que *sentir* adquiriera significados como DESCUBRIR, SOSPECHAR o CONOCER. Se trata, como se ve, de significados de conocimiento involuntario, circunstancia que viene impuesta por el carácter estativo del verbo, que impide que *sentir* funcione, por lo general, como un verbo que comporte un conocimiento

³⁸² El sustantivo *dolor* se emplea tan frecuentemente con un significado emocional que actualmente se ha convertido, como se recoge en múltiples diccionarios, en una palabra polisémica que significa tanto MOLESTIA FÍSICA como PENA o AFLICCIÓN.

instrumental agentivo, como *saber*³⁸³. Las siguientes ocurrencias lo muestran:

(88) Como el Rey oyese esta razón, luego pensó en su corazón que hera traición, ca sabía él que los griegos non se partirían de allí después de tantas pérdidas avidas sin matar a él e a todos e destruir la çibdad, ca él por ligera cosa tobiera aquella pleitesía; pero sintiendo el engaño e temiéndose d'éstos que beyéndole sin fijos lo podrían fazer mucho mal en uno con el pueblo menudo y desafiar la paz, respondióles (...) (Lope García de Salazar, *Istoria de las bienandanzas e fortunas*, 1471-1476)

(89) La cigüeña començando a comer primero de aquella vianda et alauando la como era buena et sabrosa. rruega ala rraposa que coma della. La qual sintiendo la bulrra & viendo se escarnescida: dize se que la cigüeña le dixo assi (...) (Anónimo, *Esopete ystoriado*. Toulouse, Johann Paris, 1488. Manchester, John Rylands Library, 1482)

(90) después que le prometiéredes / provecho / y avisaros hes de él / que no sinta en lo que hiciéredes / vueso hecho (Gil Vicente, *Tragicomedia de don Duardos*, 1525)

(91) mas después que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego sintimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucía (Fray Luis de Granada, *Manual de diversas oraciones y espirituales ejercicios*, 1559)

(92) Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y, puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado, como discreto (Miguel de Cervantes Saavedra, *La Galatea*, 1585)

(93) y los representantes, gente perdidísima y que se vende por dineros, y siempre mirarán aquello donde sintieren mayor esperanza de ganancia, y lo abrazarán sin otro respecto (Juan de Mariana, *Tratado contra los juegos públicos*, 1609)

³⁸³ Sobre las relaciones entre la expresión verbal del conocimiento y la noción de la agentividad se puede consultar el trabajo de Palancar (2005). Nos ocuparemos de nuevo de esta cuestión en el capítulo 8 al estudiar los usos epistémicos de *oler*.

(94) Pues tú, que sentías sus defectos, ¿los padecías y no él, que los tenía? (Baptista Remiro de Navarra, *Los peligros de Madrid*, 1646)

(95) los Reyes de Inglaterra habían buscado alianzas honrosas, habían sentido la superioridad de España (Nicomedes Pastor Díaz, *Discurso sobre el matrimonio de S. M. y el de su augusta hermana*, 1846)

En estos textos *sentir* se reviste de un significado claramente intelectual, puesto que señala que el conceptualizador descubre informaciones ocultas, como burlas y engaños. En algunos ejemplos este matiz de descubrimiento involuntario se construye con una imagen muy literal, como sucede en los empleos abstractos que hemos explicado anteriormente. En (91) se señala que se ha descubierto cierta información, lo que se expresa con una metáfora muy física: “sentir el anzuelo debajo del cebo”; el carácter epistémico del contexto se refuerza inmediatamente después gracias a la presencia de *ver* con una oración completiva y por el evidencial “claramente”. *Sentir* también puede señalar una intuición o sospecha más que un descubrimiento, comportamiento que lo acerca a *oler*, como se verá en el capítulo 8. En (93) la “esperanza de ganancia” no se tiene con seguridad, sino que sólo se vislumbra. La subjetividad propia de *sentir* impide habitualmente que el verbo dé lugar a conocimientos que impliquen mucho compromiso epistémico por parte del hablante, por lo que es frecuente que el verbo no introduzca certezas demostradas sino sospechas diversas.

En otras ocasiones *sentir* se aproxima semánticamente a un verbo de conocimiento distinto, equiparable a DARSE CUENTA DE ALGO, con frecuencia tras un proceso de análisis previo. (94) y (95) son buena prueba de ello. En esos casos los complementos “sus defectos” y “la superioridad de España” representan la confirmación de una realidad que se conoce gracias a la experiencia; tratar con una persona puede volver evidente para el conceptualizador los defectos que esa persona tiene, de igual modo que, en un contexto bélico o político, puede llegarse a la conclusión de que un país es superior a otro después de conocerlo con cierta profundidad. Por lo tanto, *sentir* admite usos epistémicos en los que se expresa un descubrimiento involuntario y en los que se constata una deducción lógica o una interpretación basada en la experiencia (conocimiento empírico).

Por último, aunque se trata de una opción muy inusual, *sentir* puede poseer significados epistémicos mucho más marcados, próximos a los que tiene *saber*. El texto reproducido en (96), en el que *sentir* aparece en una oración final, muestra este funcionamiento:

(96) y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamos y sintiésemos a qué fin lo decía (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 1568-1575)

Hasta ahora nos hemos centrado en los casos en los que *sentir* tiene complementos definidos, aunque con percepción abstracta también puede ir acompañado por eventos (de infinitivo y gerundio) y por cláusulas flexionadas. En el caso de los eventos, éstos introducen, igual que en la percepción física, matices dinámicos al mostrar la escena con mayor perspectiva mientras el sujeto lógico ejecuta alguna acción en un plano metafórico:

(97) pues cuando se les quitó de delante se quedaron acusando a sí mismos de no le haber conocido, habiendo sentido abrasárseles los corazones con los ardores que sus palabras encendieron en ellos (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(98) Hecha la cuenta, y admitido yo por mayoría muy crecida, á la par que me llené de inefable gozo, sentí avivarse mi enojo contra Martinez de la Rosa (Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*, 1847-1849)

(99) pero tú amas al mundo y rehúsas alejarte de él, porque sola conmigo sentirías consumirse tu alma de fastidio... (Rosalía de Castro, *Flavio*, 1861)

(100) -¡Ah!, exclamó Bonis, como si hubiera sentido a su amada envenenarle la boca al darle un beso... (Leopoldo Alas "Clarín", *Su único hijo*, 1891)

(101) Con esto crecía en Elisa la dulce lástima agradecida y apasionada, y cada encuentro de aquellos lo empleaba ella en acumular amor, locura de amor, en aquellos pobres ojos que tantos años había sentido acariciándola con adoración muda, seria, absoluta, eterna (Leopoldo Alas "Clarín", *El señor y lo demás son cuentos*, 1893)

(102) cual si aquellas fértiles montañas fuesen estrechándose más y más cada vez, encerrándome en su seno, hemos sentido doblarse el cuerpo en el terror del silencio (Julia Peguero de Trallero, *El sentimiento de lo bello en el orden social*, 1923)

Puede observarse que es frecuente que los sujetos lógicos se refieran a partes del cuerpo del conceptualizador o a conceptos que le son propios en términos abstractos, como “el alma” (99). Los infinitivos implicados, por su parte, suelen representar procesos muy físicos, como “abrasar” (97), “acariciar” (101) o “doblar” (102). Todo ello pone de manifiesto que también estos eventos, que expresan emociones muy abstractas, se forman a partir de la experiencia tangible.

Con respecto a los complementos flexionados, introducen percepciones cognitivas, igual que con los valores propioceptivos, pero a diferencia de aquellos, con contenido abstracto no existe ninguna experiencia física que active la constatación epistémica, por lo que el proceso se modaliza considerablemente; por ello, estas cláusulas flexionadas representan evidencias inferidas y formas de conocimiento que no se basan en la experiencia corporal directa. Como quedará de manifiesto en los ejemplos que reproducimos a continuación, con este tipo de complementos *sentir* alcanza un significado epistémico muy lexicalizado:

(103) y entonces sentiré, señora mía / si la crueldad es muerta, o si porfía (Jorge de Montemayor, *Traducción de los Cantos de amor de Ausiàs March*, 1560)

(104) Filateles.- Algo habréis vos amado en este mundo; si no, mirad la significación de vuestro nombre y veréisos llamado amador de la honra, y bien habréis sentido qué cosa sea el amor (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(105) De lo cual no os debéis maravillar, si es que alguna vez habéis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero y la rabia de una mujer engañada (Miguel de Vervantes Saavedra, *Las dos doncellas*, 1613)

(106) y le enviaba alegre y aun le daba algún plato de su mesa o hacía alguna otra demostración, para que sintiese el criado que no se le hacía ningún agravio y que aquellas reprensiones eran no sólo

prudentes, que necesarias (Fray Gregorio de Alfaro, *Vida del ilustrísimo señor don Francisco de Reinoso, obispo de Córdoba*, 1617)

(107) Y si esos hombres no son graves filósofos de profesión, sino actores preocupados y espectadores curiosos del mundo en que viven, sentirán que llega a su alma el aguijón de la profunda inquietud moral de nuestro tiempo (Pedro Laín Entralgo, *Ética para españoles [ABC, 9 de julio de 1958]*, 1958)

(108) Y, ya en la alfombra deslizante de las expeditivas evidencias, sentí que mi vida habría podido ser distinta (...) (Juan García Hortelano, *El gran momento de Mary Tribune*, 1972)

Estas ocurrencias muestran el verbo *sentir* con el significado de verbos como *saber*, *comprender* o *conocer*. La idea vertebral es que el complemento, sea una interrogativa indirecta (total o parcial) o una completiva con *que*, introduce un contenido proposicional que, con mayor o menor esfuerzo cognitivo, ha pasado a formar parte del conocimiento del conceptualizador. Muchas de estas oraciones, como hemos dicho, pueden interpretarse como evidencias inferidas, en virtud de las cuales el sujeto llega a una conclusión. Por ejemplo, (108) muestra a un sujeto que emite una afirmación que se corresponde con una conclusión sobre su propia vida extraída a partir de una serie de razonamientos previos³⁸⁴.

Para terminar, ofrecemos una tabla con la frecuencia absoluta de los usos abstractos de *sentir*:

³⁸⁴ Debemos señalar que, de acuerdo con la naturaleza intrínsecamente ambigua de *sentir*, algunos ejemplos con oración subordinada (lo hemos comentado en la introducción a este capítulo) se prestan a varias lecturas. Veamos un caso especialmente gráfico:

(1) Y al hundiros en la gloria del agua para el baño, mucho más si fue en río, mucho más si en la inmensidad viva y fresca del mar, ¿no habéis sentido como si quisiera deshacerse la carne y mezclarse inacabablemente con el agua, y perderse con su substancia, y ser agua, agua bajo el sol? (Gregorio Martínez Sierra, *Granada*, 1920)

En principio, este texto debe leerse en clave metafórica, idea reforzada por el hecho de que la oración subordinada es una condicional contrafáctica precedida del adverbio relativo *como*, estructura que activa una situación irreal. Sin embargo, la escena recreada parece inspirarse en diversas sensaciones físicas, relacionadas con el bienestar que produce darse un baño. Por ello, en este tipo de casos pensamos que se superponen las dos interpretaciones.

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Objeto definido abstracto	-	4	5	30	9	5	29	47
Evento inf. metafórico VVO	-	-	-	1	-	-	3	2
Evento inf. metafórico VOV	-	-	-	-	-	-	2	-
Oración completiva (contexto abstracto)	-	-	1	-	-	-	1	2
Int. ind parcial (contexto abstracto)	-	-	-	2	-	-	-	1
Int. ind total (contexto abstracto)	-	-	-	1	-	-	-	-

Figura 5. Usos abstractos de *sentir*.

A la vista de estos datos, queda de manifiesto que los usos metafóricos y nocionales de *sentir* son mucho más habituales que todos los demás que hemos analizado en los apartados precedentes. De entre todos ellos, las conceptualizaciones con un CD definido que representa emociones o conceptos abstractos son las más frecuentes desde la Edad Media. Es más, este significado es el prototipo de *sentir* pues representa 34,8 % de la muestra computada. Incluso los eventos y las cláusulas flexionadas son relativamente frecuentes en comparación con los datos que sobre este tipo de estructuras muestran los significados auditivos y propioceptivos.

En suma, *sentir* tuvo en un primer momento un prototipo físico de carácter estativo en virtud del cual podía (y puede) expresar la percepción física de manera general. Con el paso del tiempo, ese valor inicial fue dando lugar a usos más abstractos. En un primer momento, el verbo empezó a emplearse para referirse a ciertos estados emocionales primarios, como la alegría o el miedo. Muy probablemente el nodo conceptual que favoreció esa conexión fuese el hecho de que muchas de

esas emociones van acompañadas de reacciones fisiológicas involuntarias, y un verbo estativo que significaba PERCIBIR POR LOS SENTIDOS resultaba idóneo para expresar esas emociones. Una vez que el verbo introdujo esos contenidos en su estructura polisémica interna, los hablantes pudieron reformular cognitivamente esas vivencias emocionales para referirse a estados más subjetivos cada vez, desconectados ya de cualquier vínculo con los procesos corporales. Finalmente, de los conceptos emocionales se llegó, enfatizando la experiencia psicológica de que sentir algo equivale a tener constancia de su existencia, a la expresión de la modalidad epistémica. Con todo, el MCI del verbo continúa imponiendo referentes muy corporeizados por lo que sigue siendo frecuente que las conceptualizaciones de este tipo hagan referencia a partes del cuerpo y a procesos muy relacionados con las sensaciones internas, siendo precisamente estas referencias el sustrato conceptual sobre el que se apoyan muchos usos abstractos de *sentir*.

6.6. Usos pseudo-copulativos: *verse* frente a *sentirse*

Las formas reflexivas *verse* y *sentirse* han producido en la lengua española unidades verbales pseudo-copulativas que tienen la capacidad sintáctica de establecer una relación entre una cualidad (atributo) y una base de atribución (el sujeto). En el apartado 5.5 explicamos cómo funciona el proceso de gramaticalización que produce el reanálisis funcional en estos casos. Lo recordamos brevemente. En primer lugar, los verbos se utilizan de modo literal (con su significado perceptivo) y de manera reflexiva. Posteriormente, el sujeto evalúa subjetivamente la percepción que tiene de sí mismo y, por último, el verbo se desemantiza y pasa a ser el enlace entre sujeto y cualidad atribuida. En este apartado estudiaremos este proceso en *verse* y *sentirse* con el objeto de determinar cuáles son las diferencias conceptuales entre los dos términos. Nuestra hipótesis es que el diferente comportamiento de estos verbos deriva de las características cognitivas y perceptivas propias de la visión y de la percepción propioceptiva, puesto que cada una de estas modalidades sensoriales condiciona el funcionamiento atributivo resultante.

Verse es, a juicio de Morimoto y Pavón Lucero (2007), un verbo pseudo-copulativo no aspectual (es decir, que no aporta significado aspectual a la atribución) que se engloba en la categoría de los verbos de

percepción y presentación. Este verbo puede tener sujetos humanos y no humanos (“Carolina se ve guapa”, “La pared se ve sucia”) y, como hemos dicho, parte de la configuración transitiva de tipo reflexivo.

Para entender en toda su magnitud cómo se produce el proceso de gramaticalización que genera *verse* hay que partir de un punto previo relacionado con las características cognitivas que emanan de la predicación transitiva de base. Cuando una persona se ve a sí misma se produce lo que se conoce en la teoría de los espacios mentales como una ‘doble referencia’ (Fauconnier, 1984, 1997). Veamos un par de ejemplos:

(109) Hitchcock se vio a sí mismo en esa película

(110) Mateo se ve en el espejo

En estas dos oraciones los sujetos ven, literalmente, una imagen de sí mismos; de este modo, se puede considerar que el sujeto está desdoblado en dos espacios mentales distintos, lo que abre la posibilidad de que uno de los sujetos haga evaluaciones sobre ‘el otro’. El ejemplo (109), que tomamos de Croft y Cruse (2008: 59), es muy claro. Como se sabe, el director de cine Alfred Hitchcock solía aparecer fugazmente en sus películas; así, en ese enunciado hay dos Hitchcocks (doble referencia), cada uno en un espacio mental diferente: está el Hitchcock director de cine en el espacio mental de la REALIDAD y el Hitchcock personaje en el espacio mental de la FICCIÓN. Se concluye, pues, que sólo si se asume esta multiplicidad de espacios mentales puede tener coherencia semántica dicho enunciado. El caso de (110) es similar; está el Mateo de la REALIDAD y el Mateo duplicado en el espacio mental de un REFLEJO.

Como hemos afirmado, de este marco inicial se pasa a un marco de percepción valorativa en virtud del cual uno de los sujetos (el del espacio REAL o espacio BASE) evalúa al otro. Pues bien, lo decisivo es que esa evaluación se produce en los términos habituales de la percepción visual; se escudriña el PERCEPTO y se enuncia una valoración en forma de C. Predicativo. Es importante tener presente dos cosas: a) que esa evaluación es fuertemente objetiva y epistémica en la medida en que depende de la vista (sentido a distancia que ofrece información fiable) y b) que esa evaluación es (inter)subjetiva, puesto que puede hacerla el propio sujeto viéndose a sí mismo o cualquier otra persona. Lo comprobamos a continuación. Imaginemos que el sujeto de (110) considera, a tenor de cómo se ve, que está gordo; en tal caso, esa percepción valorativa puede proceder de sí mismo o de otro hablante (intersubjetividad interpersonal):

(111) Mateo se ve gordo {en el espejo}

(112) Ana ve gordo a Mateo

Lakoff (1996) ha profundizado en esta peculiar capacidad del ser humano para conceptualizarse a sí mismo de manera dual y ha propuesto para explicarla la metáfora de LA PERSONA DIVIDIDA. Para Lakoff los hablantes conceptualizan la reflexividad a partir de dos conceptos separados: el SUJETO y UNO MISMO. El SUJETO comprende la conciencia, la percepción, la racionalidad, en definitiva, la subjetividad del hablante. Por el contrario en UNO MISMO hallamos el cuerpo en sentido biológico, la parte mecánica y emotiva del ser. Pues bien, para este lingüista la relación que existe entre el SUJETO y UNO MISMO es, metafóricamente, espacial, en todas sus dimensiones. De este modo:

a) UNO MISMO es el lugar donde está el SUJETO.

b) Si el SUJETO está dentro de UNO MISMO su visión es más subjetiva.

c) Si el SUJETO está fuera de UNO MISMO su visión es más objetiva³⁸⁵.

Esta hipótesis de Lakoff permite comprender perfectamente la motivación semántica que permite la gramaticalización de *verse*; cuando una persona se ve a sí misma, su SUJETO está fuera de su UNO MISMO, por lo que el yo racional puede valorar el cuerpo físico de forma objetiva. Además, el yo en estos casos se alinea junto al punto de vista de otros conceptualizadores potenciales, lo que favorece la intersubjetividad (subjetividad múltiple) ejemplificada en contrastes como los de (111) y (112). Naturalmente, como señala Lakoff, el proceso se considera altamente epistémico porque la evaluación parte de la metáfora conceptual VER ES CONOCER.

Una vez que el proceso de (inter)subjetivización está consumado, el verbo puede desemantizarse, lo que culmina en el reanálisis que transforma *ver* en *verse* (paso de verbo transitivo a verbo pseudo-copulativo). Como es lógico, los atributos que *verse* suele introducir tienden a denotar o bien propiedades objetivas susceptibles de ser

³⁸⁵ Lakoff considera que su propuesta se encuentra reforzada por los estudios sobre el cerebro. Algunas investigaciones con escáner sugieren que la conciencia no es única y monolítica sino que depende de la activación de numerosas áreas cerebrales entre las que puede haber solapamientos (Lakoff, 1996: 118). Ello invita a pensar que la conciencia del individuo es siempre de carácter múltiple.

percibidas por cualquier observador o bien situaciones potenciales que pueden imaginarse topológicamente gracias a la metáfora VER ES VISUALIZAR. Veamos algunos ejemplos de nuestro corpus:

(113) Amigo, dixo al metge que la hauié guarida / ruégote que me digas dó sseyo, que mal só desmarrida / veyo de mis gentes e de mi logar partida / ¡si Dios non me valiere, tengo que só perdida!
(Anónimo, *Libro de Apolonio*, 1240)

(114) Y por ser calidad en los reyes la de no podellos forçar, tanto para codiciar, quanto de aborrecer, el no dexarse persuadir en lo que les conviene, tirándoles esto a cualquiera suerte de miserias en que se veen, ha de dar Vuestra Alteza a los theólogos oýdos de obediencia³⁸⁶ en el aprovalle (...) (Bernardino de Mendoza, *Teórica y práctica de guerra*, 1595)

(115) Sólo alcanzo que si dentro de un año no muere, nos hemos de ver tú y yo en la mayor afrenta que hombres en el mundo se han visto (María de Zayas y Sotomayor, *Desengaños amorosos. Parte segunda del Sarao y Entretenimiento honesto*, 1647-1649)

(116) Doña Beatriz se había visto separada de su amante por escaso arroyo (Enrique Gil y Carrasco, *El Señor de Bembibre*, 1844)

(117) los maestros y maestras que al amparo del precepto contenido en el art. 180 de la Ley de Instrucción pública, estaban en aptitud con sólo poseer el título (...) se han visto privados de hacer uso de su derecho (Anónimo, *Colección legislativa de primera enseñanza*, 1887)

(118) En el fondo, ni un minuto me había visto libre de aquello, de aquella tristura y aquella roencia (Elena Quiroga, *Escribo tu nombre*, 1965)

Todos los sintagmas que introducen el estado que se predica del sujeto en estos ejemplos aluden a propiedades o situaciones hipotéticas que pueden visualizarse o que pueden deducirse por indicios visuales, lo que

³⁸⁶ Repárese en la expresión “dar oídos de obediencia”, relacionada con la metáfora OÍR ES OBEDECER. También es interesante el hecho de que se emplea la estructura analítica de transferencia {*dar oídos*}, la cual parece entroncar con las nociones del movimiento que están implicadas en el origen indoeuropeo del verbo auditivo *escuchar* (apartado 4.5.3.2).

confirma que este uso pseudo-copulativo proviene de una percepción ocular. Por ejemplo, en (114) y (115) el estado atribuido se conceptualiza de manera locativa con sendos sintagmas preposicionales (“en miserias” y “en una afrenta”) lo que sugiere una representación tridimensional; de este modo, el sujeto ‘se ve’ en esa situación concreta, es decir, es capaz de imaginarse a sí mismo en esa situación potencial, de manera que ese estado posible representa una cualidad suya.

Algo semejante ocurre en (113), texto del siglo XIII muy interesante en el que aparece la construcción pseudo-copulativa con *ver* en sus mismos inicios de gramaticalización. Nuestra interpretación es que, aunque en el texto no aparece el incremento pronominal (quizá porque la construcción aún era vacilante o porque se trata de un texto en verso y el autor lo ajustó eliminando esa sílaba), debe suponerse que podría restituirse, de modo que la oración podría quedar así: “[me] veo partida de mis gentes y de mi lugar”. El sujeto poemático está expresando sus preocupaciones, y en un momento dado afirma que teme que la separen de su hogar. Esa afirmación se basa en la capacidad de esa mujer para imaginar un estado futuro (cualidad predicada) que no le gusta: el estar lejos de su casa. Así, el personaje visualiza esa situación topológicamente y se imagina a sí misma en ella.

Por último, en (116), (117) y (118) hallamos atributos que pueden deducirse por señales visibles. Por ejemplo, la cualidad “libre” puede adjudicarse a un sujeto a partir de un proceso de evaluación previo de ciertos hechos observables (cómo se comporta, qué piensa, etc.). Por supuesto, todas estas cualidades son intersubjetivas, pues las puede atribuir por medio de la percepción valorativa otro conceptualizador (“Antonio ve libre a Salvador”).

Con respecto a *sentirse*, Morimoto (2006) y Morimoto y Pavón Lucero (2007) se cuestionan su estatus como verbo pseudo-copulativo. Estas autoras consideran que *sentirse* no es un auténtico verbo pseudo-copulativo porque sólo admite sujetos humanos seleccionados por la semántica el núcleo verbal. Este fenómeno se da incluso con atributos que denotan propiedades susceptibles de ser predicadas de ciertos entes inanimados. Consideremos un ejemplo propuesto por estas investigadoras (Morimoto y Pavón Lucero, 2007: 63-64):

(119) # El palacio se siente indefenso

Mientras que el mismo enunciado con *verse* o con un sujeto humano sería perfectamente natural (“El palacio se ve indefenso”, “Carlos se siente indefenso”), cuando se utiliza *sentirse* la oración resulta anómala. Estas evidencias llevan a Morimoto y a Pavón Lucero a concluir que la mayoría de supuestos empleos pseudo-copulativos de *sentirse* son en realidad usos predicativos sin gramaticalizar.

En nuestra opinión, estas lingüistas no han tenido en cuenta las restricciones conceptuales que *sentir* impone al proceso de conversión en verbo atributivo; de igual modo que *ver* transfiere su marco semántico a la variante reflexiva de la que luego surge por un proceso de desemantización el funcionamiento pseudo-copulativo, *sentir* también imprime algunos matices cognitivos muy particulares. Además, negar la gramaticalización de *sentirse* equivale a afirmar, como lo hace Morimoto (2006), que en una oración como “Raquel se siente sola”, *sentirse* conserva intacto su significado predicativo, lo que equivale a asegurar que Raquel ‘se siente’ a sí misma de manera física. Esta propuesta nos parece problemática porque es evidente que *sentirse* se ha desemantizado casi por completo en estos contextos. Lo importante, en nuestra opinión, es descubrir por qué *verse* tiene más posibilidades de expresión sintáctica que *sentirse* y por qué la atribución con *verse* admite una generalización absoluta incluso con entes inanimados (“El palacio se ve indefenso”) y *sentirse* no. A continuación ofrecemos nuestra interpretación al respecto.

Hemos explicado que *sentir* representa la auto-conciencia reflexiva del hablante, su certeza de existir como cuerpo. Esta circunstancia explica por sí sola que los entes inanimados, que carecen de conciencia, no puedan ser sujetos de *sentirse*. Además, *sentir* verbaliza con mucha frecuencia contenidos sensoriales interoceptivos y propioceptivos, o lo que es lo mismo, muestra lingüísticamente las sensaciones más viscerales de los hablantes. Por ese motivo, el proceso de evaluación que lleva a la formulación de una cualidad (el posterior atributo) sólo puede llevarse a término ‘desde dentro’. En términos de Lakoff, diríamos que con *sentirse*, a diferencia de con *verse*, el SUJETO ha de permanecer forzosamente dentro de UNO MISMO, que es su ubicación obligatoria. Los procesos sensoriales internos, los dolores y las emociones abstractas que derivan diacrónicamente de ellos, pertenecen a cada hablante y no se pueden percibir desde el exterior ni se pueden intersubjetivizar, puesto que nadie puede percibir las salvo cada hablante individual: el desdoblamiento que

verse permite es imposible con *sentirse*, ya que la interocepción y la conciencia del yo son indivisibles. Esto explica, por ejemplo, que la alternancia intersubjetiva no sea factible en estos casos:

(120) Mateo se siente gordo.

(121) # Ana siente gordo a Mateo

El hecho de que con *sentirse* la evaluación sea interior implica, de acuerdo con Lakoff, que es un proceso subjetivo; mientras que si alguien se ve gordo tal opinión puede ser compartida al estar basada en signos visibles (percepción desde fuera más objetiva), cuando alguien se siente gordo dicha consideración es axiológica, puesto que se basa sólo en apreciaciones subjetivas falibles y arbitrarias.

En consecuencia, *sentirse* sí se puede interpretar, desde nuestro punto de vista, como un verbo pseudo-copulativo; en un primer momento el sujeto se siente a sí mismo de manera física (un malestar, sensaciones propioceptivas, etc.) y después, tras un proceso de subjetivización, el verbo se reanaliza como pseudo-copulativo para pasar a codificar un atributo (de carácter más o menos abstracto, según el caso) que el propio yo se adjudica a sí mismo sin basarse, necesariamente, en sensaciones físicas. Como vemos, *sentirse* es la más palpable muestra en español de la conciencia 'de uno mismo' que propone Gärdenfors (2006). Es más, *sentirse* introduce un conocimiento solipsista, el conocimiento de uno mismo como límite.

Los atributos que acompañan a *sentirse* son en español excepcionalmente diversos en lo que respecta a su configuración sintáctico-semántica. También debemos señalar que la línea divisoria entre los usos predicativos de *sentirse* y los pseudo-copulativos no siempre es nítida (ausencia de CNS), si bien en nuestro análisis hemos englobado todos los casos en la misma categoría³⁸⁷. A continuación ofrecemos una muestra:

(122) e si la parte que se sintiere agraviada non ficiere sus diligencias por manera que dentro delos dichos diez dias se pueda veer e determinar el pleyto, mandamos que dende en adelante la

³⁸⁷ Lógicamente, cuando *sentirse* conserva parte de su significado literal, la cualidad se expresa con un C. Predicativo y no con un atributo. Por ejemplo, en la oración "Eduardo se siente cansado", si el cansancio procede de sensaciones físicas el *se* se interpreta como CD y *cansado* como su predicativo.

tal sentencia quede firme e sea passada en cosa juzgada (Anónimo, *Ordenamiento de las Cortes de Toledo de 1480*, 1480)

(123) Mas el Esopo sintiendo se escarnesçer por palabras de rreyr estaua osado & a todos mjraua cruelmente (Anónimo, *Esopete ystoriado. Toulouse, Johann Paris, 1488. Manchester, John Rylands Library*, 1482)

(124) pues quando los tales dolientes assi se sintieren enfermos, es les necesario que se curen por via de vnturas (Ruy Díaz de Isla, *Tratado llamado Fruto de todos los autos contra el mal serpentino. Madrid, BN R2480*, 1542)

(125) ¿Qué es la causa que no perseveramos en servirle todos los días de nuestra vida? Si es porque nos sentimos pagados y queremos ser de la condición de los villanos, que nos queremos alzar con los bienes ajenos sin trabajar primero (San Juan Bautista de la Concepción, *Exhortaciones a la perseverancia*, 1610-1612)

(126) Y lo que más es, aunque el embiado por Visitador ó Tasador de los Indios apruebe estas convenciones hechas entre los Indios y sus Encomenderos, y las mande tener y guardar por tasa para lo de adelante, como muchas veces lo suelen hacer, no por eso tendrán fuerza y valor para excluír á los Indios de reclamar contra ella, si se sintieren perjudicados (Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana*, 1648)

(127) La naturaleza nos incita a la vida agresiva; aspiramos a universalizar nuestros gestos y nuestras fórmulas, obligando brutalmente a que los demás nos imiten; nos sentimos espontáneamente llevados a imponer nuestra peculiaridad (José Ortega y Gasset, *Personas, obras, cosas*, 1904-1916)

(128) A medida que el momento se acercaba, me sentía intranquilo y febril (Pío Baroja, *Las inquietudes de Shanti Andía*, 1911)

(129) Me he sentido escritora, y un escritor, aunque, si es buen escritor, escribe para sí mismo, no se resigna más tarde al inédito (Rafael López de Haro, *Yo he sido casada*, 1930)

(130) Katharine se sintió transportada a otro mundo; no podía creerlo: iba a realizar su dorado sueño, su loca ambición (Maribel, *Katharine Hepburn*, 1939)

(131) En la banqueta de rejilla yo me sentía regresar a mi origen y los años se iban borrando con las horas (Luis Rosales, *El contenido del corazón*, 1940-1974)

(132) si no os habéis sentido en algún otro momento como seres de un futuro hecho ya presente que juzgan, con rigor y piedad, a gentes muy antiguas y acaso iguales a vosotros, el experimento ha fracasado (Antonio Buero Vallejo, *El tragaluz. Experimento en dos partes*, 1967)

A la vista de estos ejemplos, queda claro que los predicativos y atributos que representan el estado del sujeto sólo pueden proceder de una subjetividad muy marcada que no guarda ninguna relación con indicios externos. Al sentirse “agraviado”, “enfermo” o “perjudicado” el conceptualizador evalúa su estado, a partir de impresiones propias más o menos físicas y llega a una conclusión fuertemente modalizada. La ausencia de objetividad en el proceso implica, además, que el hablante puede equivocarse; por ejemplo, alguien puede sentirse enfermo sin estarlo realmente.

El proceso de evaluación es tan decididamente subjetivo que con mucha frecuencia el hablante necesita recurrir a descripciones más detalladas de las que ofrecen los sintagmas adjetivales. En (127) el sujeto se siente “llevado a imponer su peculiaridad”, del mismo modo que en (130) la protagonista se siente “transportada a otro mundo”. Es muy habitual, por otro lado, que los adjetivos posean complementos preposicionales con un infinitivo como término, lo que muestra una escena muy elaborada (véase la muestra de ejemplos). A veces incluso un infinitivo funciona como atributo, de modo que la cualidad se conceptualiza como una secuencia eventiva en curso. El enunciador de (131) quiere describir cómo es su estado emocional en un momento dado, y lo hace con una estructura que reproduce dinámicamente un recuerdo del pasado; así, el sujeto se siente “regresar a mi origen”. Es obvio que en estos casos los atributos no se corresponden con propiedades sencillas, sino que activan imágenes mentales tan detalladas que solamente se

pueden explicitar con estructuras informativamente más densas y que activen múltiples espacios mentales, como el espacio de la INFANCIA, en este texto. Esta misma posibilidad también puede codificarse con un complemento comparativo con *como* que introduce la situación a que equivale el estado mental del hablante (132).

Aunque es una alternativa menos habitual, *sentirse* también admite atributos nominales. En (129) tenemos un ejemplo muy claro: la mujer se siente “escritora”. El sustantivo *escritor* activa un MCI que resulta incompatible con una apreciación subjetiva (se es o no escritor, de igual modo que se es o no médico). Por ello, la mujer no asegura que sea escritora ni que vaya o pueda serlo (afirmación que podría estructurarse con *verse* al ser algo que se puede visualizar: “me veo escritora”), simplemente afirma que en su interior emocional siente que lo es.

En definitiva, pensamos que *verse* y *sentirse* pueden interpretarse como verbos pseudo-copulativos, sólo que con propiedades semánticas muy distintas. El siguiente cuadro resume las principales diferencias:

	<i>verse</i>	<i>sentirse</i>
Perspectiva	dualista	solipsista
Modalidad	(inter)subjetiva	subjetiva
Cualidad atribuida	+ objetiva	+ axiológica

Figura 6. Diferencias conceptuales entre *verse* y *sentirse*.

Como se puede apreciar, todas las diferencias proceden de las características elementales de los sentidos implicados. Mientras que la vista es más objetiva, la propiocepción, unida indefectiblemente a la corporeidad, es más subjetiva, lo que comporta diferencias notables en cuanto a la (inter)subjetividad en el uso de estos verbos. Por otro lado, con *verse* el sujeto puede desdoblarse en dos espacios mentales separados, algo que cuando se trata de *sentirse* no es posible³⁸⁸.

³⁸⁸ Por todo lo dicho, creemos que *verse* admite los sujetos inanimados precisamente porque se basa en una visión ‘externa’: podemos decir “El palacio se ve indefenso” porque siempre

Para terminar, debemos mostrar la frecuencia absoluta de aparición de los dos verbos en nuestro corpus. La figura 7 contiene los datos:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
<i>verse</i>	1	-	-	1	1	-	3	4
<i>sentirse</i>	-	-	7	5	3	1	11	38

Figura 7. *Verse* y *sentirse* en el tiempo.

Aunque tanto *verse* como *sentirse* se documentan de manera continuada desde la Edad Media, lo que confirma que la lexicalización de estas estructuras se produjo tempranamente, resulta claro que *sentirse* es mucho más habitual. Esta evidencia empírica quizá responda a la necesidad constante de los hablantes de expresar cómo se encuentran y cómo es su estado emocional: la comunicación de las propias vivencias psicológicas parece ser una de las más elementales funciones que debe satisfacer el lenguaje. En el próximo apartado estudiaremos de nuevo la percepción valorativa con *sentir*, pero orientada esta vez hacia objetos ‘externos’ al conceptualizador.

6.7. Percepción valorativa con *sentir*

En apartados precedentes hemos puesto de manifiesto que *sentir* expresa la certeza que tienen los hablantes de que las cosas existen, lo que les permite conocerlas en alguna medida. Asimismo, de la constatación epistémica puede pasarse a un proceso de evaluación modal por el que se atribuye una cualidad a los objetos percibidos. Hemos analizado cómo funciona esta percepción valorativa cuando el hablante la proyecta sobre sí mismo; en este apartado comprobaremos que también puede orientarla hacia otros objetos. *Sentir*, por todo ello, funciona con gran frecuencia como un verbo de actitud proposicional, de igual modo que pueden hacerlo *ver* o *mirar*. Además, de la misma manera que sucede con *ver*, el

hay conceptualizadores “fuera” de la entidad que actúa como base de atribución, algo que no ocurre con *sentirse*.

modo más frecuente para codificar la percepción valorativa con *sentir* es recurrir a la construcción con CD y predicativo obligatorio:

(133) Tan rompidas he sentido vuestras palabras, tan temblante me ha parecido la fría, turbada lengua (...) que a poco juzgara yo esser de muy poco juicio si no juzgase haver de juzgar todos los que vieren este vuestro tan desemejante semblante de lo vuestro (Luis Escrivá, *Veneris tribunal*, 1537)

(134) Pues ¡cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado! (Fray Luis de Granada, *Manual de diversas oraciones y espirituales ejercicios*, 1557)

(135) Lanzado de todas partes, repelido de todos los amores por los torvos enigmas del recelo y sintiendo roto el nexo de su vida emocional de hombre con su vida de ensueños de poeta, una desolada seducción de horror de abismo atraíale al teatro (Felipe Trigo, *Los abismos*, 1913)

(136) Era noche cerrada y tenía que abandonar el seguro del tajo, donde, rodeado de hombres, aunque los sintiera distantes de mil modos, se encontraba más a gusto (José Luis Martín Vigil, *Los curas comunistas*, 1968)

En todos estos textos encontramos una serie de entidades más o menos abstractas que son valoradas desde la subjetividad única que impone *sentir*, siendo los complementos predicativos orientados a los objetos los elementos encargados de mostrar cuál es el juicio modal del hablante. Aunque es muy inusual, *sentir* también selecciona en algunas ocasiones predicativos introducidos por el nexo *como*, lo que modaliza todavía más el proceso de valoración (apartado 5.5). (137) muestra un caso:

(137) El pueblo ha sentido la revolución como una poderosa emoción colectiva (Jesús Fueyo Álvarez, *Desarrollo político y orden constitucional*, 1964)

En ocasiones, tras el proceso cognitivo de evaluación que lleva a cabo el hablante puede llegarse a una consideración o valoración que exige una estructura más abarcadora que la que ofrece el CD con C. Predicativo; cuando esto ocurre, la percepción valorativa con *sentir* se acompaña de

una oración completiva en la que se deposita la opinión del hablante. Estos ejemplos, que son relativamente habituales, resultan especialmente interesantes porque muestran una posibilidad expresiva que ningún otro verbo de percepción del español posee, aparentemente, cuando expresa percepción valorativa. Consideremos algunos ejemplos:

(138) Y pues no sintieron ellos que aquesto era disparate, no quiero yo detenerme en esto porque tal es (Alonso de Fuentes, *Suma de Filosofía natural*, 1547)

(139) e también para que quedasen allí las personas sospechosas que sentíamos que serían amigos del Diego Velásquez e de Narváez (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 1568-1575)

(140) El número de febrero pasado nos muestra que por lo menos hay científicos que sienten con gran convicción que la ciencia puede aportar bendiciones a la humanidad (Anónimo, *J'accuse les hommes de science...*, 1968)

Parece claro que en estos contextos *sentir* equivale conceptualmente a CREER, JUZGAR, OPINAR o CONSIDERAR, y que las cláusulas completivas son los complementos independientes que contienen de manera estructurada la opinión de los hablantes. Podría suponerse que no hay ninguna diferencia significativa entre estos ejemplos y los estudiados anteriormente en los que una oración subordinada introducía una inferencia o una constatación de tipo abstracto. Sin embargo, ambas situaciones, por más que a veces puedan confundirse por efectos de prototipicidad³⁸⁹, son distintas; cuando la completiva señala un contenido inferido que experimenta metafóricamente el conceptualizador, la información cifrada en esa oración es el resultado de un razonamiento

³⁸⁹ Creemos que el siguiente texto es un buen ejemplo de caso límite en el que las dos lecturas, inferencial y valorativa, parecen fusionarse:

(1) y el cirurgiano moje el dedo en el agua y pruebe en la lengua y tienta si esta fuerte, y si sintiere que esta fuerte echen mas agua (Pedro Arias de Benavides, *Secretos*. BNM R4277, 1566)

Aquí los dos valores conceptuales se superponen, puesto que la completiva señala tanto una constatación (basada en un sabor físico, en este caso) como una valoración.

automático y resultativo: se perciben ciertas cosas y el hablante alcanza una conclusión (evidencia inferida). Sin embargo, con la percepción valorativa la información contenida en la subordinada se obtiene tras un proceso activo de evaluación modal mucho más costoso; estas oraciones representan juicios que son producto de actos conscientes de reflexión. En consecuencia, las dos estructuras son esencialmente distintas en un plano semántico.

Según hemos podido comprobar en nuestras indagaciones empíricas, durante los siglos XVI y XVII *sentir* con percepción valorativa muestra con bastante frecuencia una posibilidad sintáctica que, al menos en nuestro corpus, no se documenta en épocas posteriores: nos referimos a la aparición de *sentir* con un régimen de suplemento con *de*. De este modo, el verbo se acerca estructuralmente a otros verbos modales y de actitud proposicional que rigen esa misma preposición. Como se sabe, ciertos verbos que expresan juicio o posesión de información, como *opinar*, *conocer*, *discrepar* o *saber*, necesitan la preposición *de* para construir sus complementos actanciales (RAE, 2009); por ello, es muy revelador que *sentir*, durante el llamado Siglo de oro de la literatura española, tuviese ese régimen formal. Este hecho es, en consecuencia, una prueba tangible del potencial epistémico que *sentir* ha activado a lo largo de su evolución histórica. A continuación reproducimos varios ejemplos:

(141) Lo que siento deste moço Gayo César es que en la audacia de su lengua muestra quán valerosa ha de ser su persona (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(142) Por vuestra vida, que me digáys lo que dello sentís y no lo que sienten ellos, por que, estando ostinados en essa costumbre que tan por de caballeros tienen, no podrán ver bien las faltas della (Jerónimo de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, 1566)

(143) Bien creemos que vosotros, como amigos y amados del celestial Esposo, no vituperaréis ni sentiréis mal de la variedad de los vestidos de su Esposa, antes los estimaréis y honraréis con aquella caridad que se goza con la verdad (Pedro de Ribadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*, 1583)

(144) Filótimo.- ¿De la mágica sentís ser buena sciencia o mala?
(Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(145) No sé lo que sentís destas palabras. A mí espelúzame el
cabello y hácenme temblar de tal furor (Fray Alonso de Cabrera,
Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos de Adviento, 1598)

(146) Por lo cual, aun los que no eran herejes, ni sentían mal de la
potestad del Papa, no servían de voluntad al Emperador (Fray
Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador
Carlos V*, 1604-1618)

(147) Otros no han sentido bien desta demolición, porque, siendo
preciso que en los tratados de la Paz, si se hacen, se haya de
restituir a la Saboya a Verceli, será fuerça o no bolver a levantar el
Fuerte o levantarle con mucho gasto i costa (José Pellicer de Ossau
Salas i Tovar, *Avisos de 1644*, 1644)

(148) Aquel garbo, aquel sosiego / su agrado, ¿no hace dichosa / mi
pasión? ¿Qué sentís dello? (Agustín Moreto, *El desdén, con el desdén*,
1654)

(149) que por la natural inclinación que siempre tuvo a la Pintura,
solicitó saber lo que de ella habían sentido los antiguos escritores,
que la admiraron de más cerca (Pedro Calderón de la Barca,
Memorial dado a los profesores de pintura, 1677)

Se aprecia con mucha claridad que en todos estos textos el sintagma encabezado por la preposición *de* introduce un argumento verbal que materializa un elemento sobre el que el conceptualizador tiene una opinión personal. Como es lógico, este suplemento puede entenderse como un suplemento indirecto, puesto que coexiste con un CD, el CD que representa la opinión propiamente dicha. En consecuencia *sentir* en estos casos se comporta como un verbo trivalente o triactancial, con esta estructura: {*sentir* + CD + suplemento con *de*}.

Si nos centramos en los textos, podemos obtener algunas evidencias adicionales que demuestran que *sentir* posee el comportamiento que estamos defendiendo. En casi todos los ejemplos aparecen sucesivamente los complementos y los suplementos. No obstante, es interesante destacar que con frecuencia el CD es formalmente inestable, algo especialmente

frecuente cuando *sentir* aparece en una oración interrogativa; de este modo, el CD *lo que* y *qué* (ejemplos (141), (142), (145), (148) y (149)) introduce catafóricamente la opinión que el hablante ignora y desea conocer, siendo el suplemento el encargado de especificar el asunto sobre el que se desea recabar una valoración personal. Naturalmente, también es posible, como sucede en (141), que tras el CD inestable aparezca una estructura correferencial con este que especifique la opinión que se tiene; en (141) dicha opinión adopta la forma de una oración completiva (“lo que siento de él es que...”).

Las preguntas sobre qué se siente de algo muestran que existen diversos puntos de vista sobre el mismo tópico discursivo. En (142) el hablante quiere conocer la opinión de su interlocutor y no la de terceros (“decidme lo que de ello sentís y no lo que sienten ellos”). Por el contrario, otras veces el hablante desea precisamente saber la opinión de personas ausentes, por considerar que dicha opinión tiene autoridad sobre la materia; esto se aprecia con claridad en (149), texto en el que el hablante desea conocer el punto de vista de “los antiguos escritores” sobre la pintura.

Sentir, cuando funciona de este modo, también puede adoptar una configuración estativa sin CD, en la que sólo aparece el suplemento que señala sobre qué se tiene una opinión³⁹⁰. Cuando esto sucede, no se explicita cuál es el juicio modal (no hay CD), pero sí es habitual que aparezcan adverbios de modo que señalan si la opinión es buena o mala. En (143) y (146) se siente “mal” sobre algo, mientras que en (147) se siente “bien”; esta conceptualización focaliza, por tanto, el estado del sujeto y su propiedad permanente (sin cambios eventivos) de OPINAR BIEN / MAL DE ALGO³⁹¹.

³⁹⁰ Incluso hemos encontrado un ejemplo en el que no aparece ni CD ni suplemento:

(1) “Hombre honrado yo tengo entendido desta tierra todo el cumplimiento entre todas las provincias del mundo, y que la gente es de buena habilidad y ingenio, [y las mugeres veo también que son hermosas y de apuesta y agraciada representación.”] Y así él me replicó: “Por cierto, señor, así es como sentís (...)” (Cristóbal de Villalón, *El Cróton de Cristóforo Gnofoso*, 1553-1556)

³⁹¹ Esta capacidad estativa de *sentir* es tan marcada que a veces el verbo deja de significar OPINAR y pasa a significar SABER (estado epistémico sin cambios internos). Veamos un ejemplo:

(1) Por ser tan eventajadas para el rey Francisco estas condiciones, y tan graves de cumplir para el Emperador, ninguno de los que bien sentían de negocios podía creer

Por último, debemos centrarnos en el texto número (144), consistente en una oración interrogativa muy singular, en la que el CD de *sentir de* es un evento de infinitivo con sujeto en nominativo. Ya explicamos en el apartado 5.4.5 que estos eventos son complementos de transición, pues oscilan entre lo perceptivo y lo cognitivo durante los primeros siglos de vida de la lengua española; tras un largo período de inestabilidad, estas estructuras fueron desapareciendo, puesto que los eventos de infinitivo se especializaron en la percepción directa y los complementos flexionados en la percepción indirecta. Esta ocurrencia pertenece al siglo XVI, época en la que todavía se documentan casos aislados con el verbo *ver*, y tiene, como es esperable dado el valor modal de *sentir*, un significado completamente epistémico; por ello, la oración podría parafrasearse de este modo: “¿Sentís de la magia que es una buena ciencia o mala?”. Como vemos, en el ejemplo original, la opinión que se quiere conocer se expresa con el verbo *ser* junto con su sujeto lógico “la magia” y con dos atributos unidos por una disyunción (“buena” o “mala”).

El ejemplo (144) no es el único caso de evento de infinitivo con sujeto en nominativo que aparece en nuestro corpus, ya que hemos encontrado alguno más, también de la época de transición al español moderno:

(150) Y así lo debemos nosotros estar siempre que sintiéremos ser voluntad de Dios el padecer por su amor (San Juan Bautista de la Concepción, *Apuntes sueltos en torno a la reforma*, 1609)

En este enunciado el CD de *sentir* es un evento de infinitivo (verbo *ser*) con sujeto en nominativo de tipo VVO, cuyo sujeto lógico es otro infinitivo (“padecer”). Como se puede apreciar, *sentir* no denota ningún tipo de percepción física sino que sólo expresa una valoración personal relacionada con un tema teológico. *Sentir* desempeña una función totalmente modalizada, lo que confirma que estos eventos de infinitivo estativo se empleaban, poco antes de desaparecer, de un modo epistémico que en español moderno se codificaría con una cláusula flexionada. Por todo ello, los eventos de este tipo con *sentir* confirman nuestro planteamiento de que se trata de estructuras que son producto de una

que habían de ponerse en ejecución (Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, 1604-1618)

Como se puede apreciar, en este caso el suplemento “de negocios” no expresa un tema sobre el que se opina sino sobre el que se tienen conocimientos. Nuevamente, el adverbio “bien” matiza cómo es el estado intelectual de los sujetos de *sentir*.

cierta inestabilidad construccional, propia del español medieval y parte del clásico.

Las conceptualizaciones que hemos descrito no agotan el potencial sintáctico de *sentir* cuando se comporta como un verbo de conocimiento; en realidad, los usos posibles son muy variados. Los dos textos que aparecen a continuación muestran algunas variaciones más:

(151) ¿Qué decís, señora Camila, que me irritáis a que diga todo lo que siento en esta materia? (Antonio de Eslava, *Noches de invierno*, 1609)

(152) Toma del artículo lo que tú sentirás que he querido poner, y lo demás échalo a ese triste olvido, donde deben ir, a purificarse, tantas y tantas cosas, salidas de mis manos (Pedro Salinas, *Carta de Salinas*, 1936)

Sentir tiene tan desarrollada su capacidad para introducir matices intelectivos y valorativos que con frecuencia expresa esos matices de formas muy singulares. En (151) aparece una estructura similar a la que tiene el verbo cuando exige la preposición *de*; la diferencia radica en que, en este caso, la preposición seleccionada es *en*. La variación responde a una conceptualización alternativa: mientras que *de* activa una significación meramente relacional entre el verbo y aquello de lo que se opina, *en* conceptualiza el tópico informativo de manera espacial, expresando el tema como si fuera un LUGAR³⁹².

El ejemplo (152) es muy particular sintácticamente. Su significado modal se basa en la aparición de un CD inestable (“lo que”) y de una oración completiva que, en principio, podría funcionar como predicativo del CD, ya que podemos hacer la siguiente conversión:

(152') Toma lo que sientas *que he querido poner* / lo que sientas *puesto*

En cualquier caso, el texto es muy complejo y admite otras interpretaciones, como tomar “que he querido poner” como una oración de relativo especificativa. Lo que deseamos resaltar es la extraordinaria

³⁹² Conviene recordar que la preposición *de* procede de la preposición latina *dē*, que poseía primariamente un contenido locativo, pues significaba DESDE ARRIBA. Por tanto, vemos que, diacrónicamente, suele haber una vinculación semántica muy marcada entre lo locativo y lo epistémico en lo que se refiere al uso de las preposiciones.

flexibilidad gramatical que manifiesta *sentir* con respecto a sus utilizaciones como verbo modal, epistémico y de actitud proposicional.

Por último, vamos a mostrar los datos relativos a la aparición de estos valores en el tiempo. La siguiente tabla muestra la frecuencia absoluta de la muestra computada:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Percepción valorativa, OPINAR	-	-	3	2	7	1	3	2

Figura 8. Percepción valorativa por siglos.

Si comparamos estos datos con los ofrecidos en el apartado 5.5 a propósito de la percepción valorativa con *ver*, podemos constatar que, en términos totales, ambos verbos tienen una frecuencia de uso muy parecida. Con todo, sí podemos destacar que los ejemplos de *ver* con percepción valorativa se documentan desde el siglo XIII mientras que los de *sentir* no aparecen en nuestro corpus hasta el XV. Este hecho quizá se deba a que *ver* posee un comportamiento marcadamente epistémico desde sus mismos orígenes mientras que *sentir* quizá necesitara más tiempo para evolucionar hacia los significados intelectivos y valorativos, al partir de un prototipo semántico mucho más corpóreo y emocional.

Como ha quedado de manifiesto, *sentir* no sólo actualiza significados de tipo propioceptivo, auditivo y afectivo, sino que también ha generado con el transcurrir del tiempo valores específicamente modales que van más allá de los usos epistémicos que son producto de la presencia de un CD abstracto (ver apartado 6.5): en estos casos *sentir* se comporta como un auténtico verbo de conocimiento y de actitud proposicional que verbaliza el proceso psicológico subyacente por el que un hablante llega a una valoración u opinión sobre algo. Dicho proceso también se puede generalizar, de modo que *sentir* se equipara a un verbo epistémico estativo parecido a *saber*. El verbo *sentir* codifica la certeza de que algo (físico o no) existe para el conceptualizador; pasar de esa certeza a una constatación epistémica y de ella a un juicio axiológico no es más que un proceso de gramaticalización natural.

6.8. La subjetividad compartida

En apartados anteriores hemos explicado que los fenómenos que codifica *sentir* suelen ser sensaciones físicas y emociones psicológicas que pertenecen exclusivamente a quien las experimenta; la interocepción y la propiocepción están indefectiblemente unidas al cuerpo individual del hablante, por lo que sólo él puede sentir lo que pasa en su interior, sea algo físico o abstracto. De hecho, el verbo *sentir* se utiliza precisamente para transmitir de algún modo (muy subjetivo) cómo son esas sensaciones que se viven durante las interacciones con el entorno, lo que explica el carácter modalizado y difuso de la mayoría de empleos de este verbo: una persona siente algo y lo verbaliza del modo que más se ajusta a su realidad sensorial y psicológica, sea por medio de objetos definidos, de eventos, de cláusulas flexionadas o de atributos elaborados en estructuras pseudo-copulativas. Consecuentemente, nadie puede sentir el interior de otra persona puesto que los procesos que denota *sentir* no se pueden intersubjetivizar.

No obstante, en ocasiones parece que *sentir* sí introduce emociones que una persona experimenta tomándolas de otra de alguna manera. Observemos con atención las siguientes oraciones:

(153) Cumbre de las gerarchías / de nuestras tiniebras luz / madre de nuestro Mexías / tú que más parte sentías de la pasión de la cruz (Fray Íñigo de Mendoza, *Coplas de Vita Christi*, 1467-1482)

(154) Que esto me da tanta pena, juntamente con la que sentirán mis padres y mis hermanos y amigos con mi pérdida, que la lengua se me turba, y casi me falta poder para dezíroslo (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, 1555)

(155) Bien que deberán usar en ello de dos precauciones, la una de no hacer esse estrago sino en los brutos que están a su disposición, pues si son ajenos, aunque estos como meros autómatos no lo sientan, lo sentirán sus dueños (Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, 1750)

En estos tres textos aparece *sentir* para indicar que una persona siente lo mismo que siente otra; a pesar de ello, los objetos sentidos son

completamente subjetivos y conservan las peculiaridades esperables de acuerdo a lo que hemos explicado hasta ahora (perspectiva axiológica, carácter intransferible del objeto, etc.), lo que entra en conflicto con una lectura intersubjetiva, puesto que esta implica siempre una atención conjunta. En (153) se alude a la virgen María y se señala que ella “siente una gran parte de la pasión”. Como es sabido, dentro del dogma católico la pasión se refiere al sufrimiento de Jesucristo durante su martirio y crucifixión. Pues bien, ¿cómo puede alguien sentir “parte” (aunque sea metafóricamente) de un sufrimiento ajeno? En (154) el enunciador siente pena por una pérdida, y señala que sus padres, hermanos y amigos también sentirán pena al conocer la suya. Por último, en (155) se habla de unos animales que padecen y del padecimiento que ello produciría en sus amos. Es más, Feijoo, asumiendo un postulado filosófico defendido por R. Descartes, afirma que los animales son autómatas sin alma y que por ello no “lo sienten” (el daño), aunque eso no impide que los dueños, conmovidos, sí lo sientan.

¿Cómo son posibles estas oraciones en términos conceptuales? Hemos explicado con diversos argumentos que los complementos de *sentir* no pertenecen más que a quien los experimenta “desde dentro”: ¿cómo puede alguien sentir las mismas cosas que siente otro? La explicación se encuentra, a nuestro juicio, en los procesos funcionales que promueven las denominadas neuronas espejo, de las que hablamos en el apartado 4.5.7; cuando las personas realizan determinados movimientos, en los cerebros de aquellos que las ven se activan los mismos circuitos neuronales asociados al movimiento, como si el cerebro imitara lo que observa. Esto es posible por las neuronas espejo, especializadas en esta reproducción imitativa de las imágenes exteriores.

Lo más trascendente es que en la actualidad se sabe que las neuronas espejo no sólo imitan movimientos, sino que también activan zonas cerebrales relacionadas con las emociones. Por ello, al ver un sufrimiento ajeno, nuestro cerebro pone en funcionamiento las mismas zonas del sistema nervioso que intervienen cuando se sufre, lo que produce la emoción de la lástima y la pena por el dolor del otro. Es importante insistir en que este mecanismo de empatía se produce en un nivel completamente fisiológico, ya que “tanto cuando sentimos nuestro propio dolor como cuando somos testigos del de los demás, están activas las mismas zonas cerebrales, lo cual significa que compartir de forma

indirecta los sentimientos de los demás no es una consideración abstracta, sino un equivalente suavizado de nuestros propios sentimientos” (Keysers, 2010: 41). Por lo tanto, las neuronas espejo son, en sentido estricto, la “puerta” que conecta la interocepción de una persona con la de otra.

La existencia de las neuronas espejo nos ayuda a entender, en todas sus dimensiones, los ejemplos anteriores. La virgen siente parte de la pasión porque la contempla. De hecho, el sustantivo *compasión*, que el DRAE define como “sentimiento de conmiseración y lástima que se tiene hacia quienes sufren penalidades o desgracias” (RAE, 1992: 522), procede del término latino *compassio*, que equivalía a SUFRIMIENTO COMÚN CON OTRO, formado a su vez con la preposición *cum* (EN COMPAÑÍA DE) y la adaptación del sustantivo griego *πάθημα*, que significaba TODO LO QUE UNO EXPERIMENTA o SIENTE, SUFRIMIENTO, y que es étimo de *pasión*. Por todo ello, la compasión es, literalmente, la capacidad, motivada por las neuronas espejo, para sentir en uno mismo el sufrimiento ajeno, de ahí que los padres se apenen al ver apenado al hijo y que los amos de los animales sufran cuando sufren éstos³⁹³.

Pues bien, *sentir* ha producido en su evolución en español un significado que lexicaliza precisamente la idea de EXPERIMENTAR EL DOLOR DEL OTRO: el significado LAMENTAR. Este significado expresa, estrictamente, un contenido subjetivo que es compartido por los demás conceptualizadores pero sin llegar a ser intersubjetivo³⁹⁴, situación semántica que creemos que sólo se puede explicar a la luz del funcionamiento de las neuronas espejo, que actuarían como motivación inicial para que se produzca el proceso de subjetivación que lleva a este nuevo valor. Se trata del significado más gramaticalizado de *sentir* en

³⁹³ El ejemplo (75) citado anteriormente es una clara muestra de ello.

³⁹⁴ Es obvio, como señala Guerrero Valenzuela (2010), que la gramaticalización de LAMENTAR responde a un proceso de intersubjetivación tal y como lo conciben Traugott y Dasher (2002) y Verhagen (2005). De este modo, la intersubjetivación es el proceso por el que el significado gramaticaliza inferencias pragmáticas que demuestran que el emisor le está prestando atención al receptor (Traugott y Dasher, 2002: 30): cuando alguien siente algo que sucede a otro, el conceptualizador es explícito en su atención hacia aquel que le escucha (la persona que sufre). Sin embargo, cuando señalamos que no hay intersubjetividad es sólo para reforzar nuestra hipótesis de que el contenido que se percibe ‘en el otro’ es intrínsecamente subjetivo y, por ello, difícilmente interpretable como una información objetiva que se puede compartir fácilmente.

español y probablemente sea, como señalan Enghels y Jansegers (en prensa), el contenido más subjetivo que se ha formado en el conjunto de todos los verbos derivados de *sentio* en las lenguas romances³⁹⁵.

Tras analizar nuestro corpus hemos llegado a la conclusión de que el significado LAMENTAR pone en marcha un marco semántico muy elaborado que consta, al menos en su formulación prototípica, de dos componentes:

- a) Una persona que sufre y otra persona que sufre por ver al otro. A veces la persona que ve al otro es el causante de su sufrimiento.
- b) El hecho que causa el sufrimiento de la persona que sufre, que funciona como CD de *sentir*.

Este esquema, que proponemos denominar 'efecto espejador', parte con mucha frecuencia de esos elementos ya que resulta muy complicado usar *sentir* con este significado sin que haya un tercero que activa las neuronas espejo del observador. Naturalmente, el nivel de abstracción del proceso compasivo es gradual: a veces es más concreto, como al lamentar que alguien se haya tropezado, y otras veces es más abstracto, como cuando se lamenta que alguien tenga que irse de una fiesta. Aun así, hemos de suponer por defecto que siempre se inicia en una alteración física en el sistema nervioso provocada por la actuación de las neuronas espejo, ya que si no es muy difícil explicar por qué un verbo ligado a la percepción física propioceptiva ha podido desarrollar ese significado. A continuación mostraremos diversos ejemplos para cubrir dos objetivos: 1) comprobar si el 'efecto espejador' se cumple siempre o no y 2) describir la variedad de conceptualizaciones que *sentir* adopta cuando posee este contenido.

Una de las maneras más básicas en que se construye LAMENTAR es con el CD inestable *lo*³⁹⁶:

³⁹⁵ Para expresar este contenido algunas lenguas romances recurren a otros verbos. Por ejemplo, en francés se emplea *ressentir* en estos casos (Enghels y Jansegers, en prensa).

³⁹⁶ La complementación inestable con *lo* es de las más abundantes, en general, con LAMENTAR. Sin embargo, la presencia de otros complementos inestables alternativos es inusual. El siguiente ejemplo es una de las pocas excepciones que hemos registrado:

(1) todos los reyes y monarcas del mundo se armaron y conjuraron contra ella, viendo que esta doctrina escupía sus dioses, escarnecía sus solemnidades, y abominaba sus sacrificios, y pisaba las estatuas de sus ídolos: lo cual los paganos sentían tanto, como nosotros sentiríamos si nos obligasen á hacer con la imagen del

(156) No puede usted pedirme comprensión para unos hechos que rozan, si es que no están de lleno incluidos, con el articulado del Código Penal. Yo lo siento. Lo siento profundamente. Había llegado a tomarle cariño, como me ocurre siempre con mis discípulos (Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio*, 1961)

(157) La conversación duró varias horas y, al anochecer, el novelista se había despedido de los contertulios con la expresión de disculpa de un hombre que no puede disponer libremente de su tiempo: “Lo siento, pero mi mujer me espera en el hotel (...)” (Juan Goytisolo, *Señas de identidad*, 1966)

Como ya se explicó en el capítulo 5, los complementos inestables sustituyen pronominalmente contenidos proposicionales inconcretos. Cuando aparece con el significado LAMENTAR, *lo* es correferente con la hipotética causa del malestar del ‘otro’. En (156) el escritor le está dando una mala noticia a su interlocutor; al decir *lo siento* el *lo* representa todo aquello que el escritor va a hacer que va a perjudicar al otro, de forma que *sentir* se anticipa a expresar que aquel que es causa del agravio ‘lo siente’ como si fuera propio al imaginar a la otra persona padeciendo dicho agravio. Por tanto, aunque el problema lo genere quien habla (el AGENTE o CAUSA), el causante puede igualmente lamentar su actuación, no por la actuación en sí misma, sino por las consecuencias que esta tendrá en el interlocutor. Algo parecido ocurre en (157); el hombre dice *lo siento* al despedirse, porque presupone que su marcha puede, teóricamente, molestar a sus acompañantes, y esa eventual molestia es la que él experimenta emocionalmente al verse reflejado en el otro. Como vemos, sin la presencia de otra persona, el marco de LAMENTAR no funciona adecuadamente.

No obstante, a veces el sufrimiento emerge en el conceptualizador siendo el otro la causa. En estos casos el ‘efecto especular’ se debilita. Veamos un ejemplo:

Crucifijo lo que nosotros hacíamos con las de sus dioses (Fray Luis de Granada, *Segunda parte de la Introducción del Símbolo de la Fe*, 1583)

En este texto el relativo neutro *lo cual* alude deícticamente a la situación que genera el lamento de los paganos. Repárese en que *sentir* aparece dos veces seguidas con el significado LAMENTAR, en la segunda de las cuales carece de CD alguno, puesto que se supone que tiene un funcionamiento próximo al del *sentir* con un CD inestable previo.

(158) Según eso, gran contador es, porque muy bien sabe medio partir y multiplicar; pero no deje de ir, que lo sentiremos todos mucho (Juan Orozco, *Vejamen en casa del contador Agustín de Galarza*, 1650)

Como se puede apreciar, aquellos que *lo sienten* son los hablantes, pues el malestar deriva en este caso de una posible actuación del otro (NO IR), correferente con *lo*. A pesar de ello, podría interpretarse el enunciado de otra manera; quizá el lamento parte de la certeza de que si el otro no va se va a perder algo interesante, lo que puede ser negativo para él. Así las cosas, los hablantes sentirían ese daño en el otro. Aun así, es cierto que este tipo de ejemplos exhibe una atenuación del efecto de espejo, si bien sigue siendo necesaria la presencia de dos personas para que el significado de *sentir* sea operativo. También puede observarse, tanto en este texto como en el (156), que aparecen adverbios y expresiones de cuantificación³⁹⁷ (“mucho”, “profundamente”) que señalan que el proceso denotado por *sentir* es muy intenso: de este modo, se conserva un cierto matiz físico, lo que parece remitir al carácter corpóreo y fisiológico de la motivación original (sentir en el cuerpo lo que siente físicamente el otro).

Aparte del CD inestable *lo*, el complemento de LAMENTAR puede ser cualquier tipo de complemento verbal, desde los sustantivos definidos hasta las cláusulas flexionadas. Cuando el objeto es definido, la causa del proceso se conceptualiza de manera sintética:

(159) ELE.- Chrisothemis, bien parece quan poco has sentido la muerte de tu padre, pues por amenazas te parece que se deua dexar el dolor della (Fernán Pérez de Oliva, *La venganza de Agamenón*, 1528)

(160) Si el cielo me otorgara / que en viéndote, señora, yo muriera / descansado acabara / y el morir no sintiera (Pedro Padilla, *Romancero*, 1583)

(161) Diosa mía, yo me acabo / ten de mi desgracia duelo / mas por mucho que la sientas / es cierto, que más la siento (Alonso de Castillo Solórzano, *Donaires del Parnaso. Primera parte*, 1624)

³⁹⁷ Algo muy frecuente con el significado LAMENTAR.

(162) Ya os conozco / quizá si no os conociera / no hubiera sentido tanto / la caduca intención vuestra (Antonio Coello y Ochoa, *El catalán Serrallonga y bandos de Barcelona. Jornada I*, 1634)

Mientras que los complementos inestables con *lo* son muy habituales con LAMENTAR, los complementos definidos son bastante inusuales. Esto parece indicar que el proceso de la empatía resulta demasiado abstracto, por lo general, como para que sea posible etiquetarlo con un sustantivo concreto y delimitado. En estos ejemplos, “la muerte”, “la desgracia” y “la caduca intención” son los hechos que provocan un sufrimiento en la persona que padece. En (160) el CD es un infinitivo sustantivado: “el morir”. De este modo, el complemento muestra la causa del lamento de manera más dinámica puesto que un infinitivo posee desarrollo eventivo (algo de que carecen por lo general los sustantivos que acompañan el significado LAMENTAR), lo que permite conceptualizar el lamento mientras sucede, como algo que se está produciendo en ese momento.

En cuanto al ‘efecto especular’, vemos que en algunos casos se mantiene perfectamente. Por ejemplo, en (159) un hijo lamenta poco “la muerte de su padre”; como es evidente, la muerte de un familiar, presenciada por su hijo, es, sin duda, uno de los acontecimientos que más puede afectar a una persona. En este caso la afectación emocional es mínima, lo que se le reprocha al personaje, que debería ‘sentirla’ más. El texto presentado en (161) también es muy revelador. En él se juega con el significado de LAMENTAR haciendo hincapié en el carácter dual de la imagen evocada; de este modo el poeta gradúa, en un juego claramente conceptista, el nivel de dolor por ‘el otro’ de las personas implicadas. Así, el hablante afirma que el otro (una diosa) siente (LAMENTA) su desgracia, pero que él la lamenta todavía más, quizá por ser causa, por segunda vez, del sufrimiento de ella.

Como acabamos de precisar, que el CD de *sentir* sea un infinitivo sustantivado permite representar la escena con el dinamismo que suele estar presente cuando se siente algo del otro “en tiempo real”, es decir, mientras se le ve; por ello el uso de infinitivos como complemento de LAMENTAR es muy abundante en nuestro corpus:

(163) antes por su mansedumbre y humildad, y por los demás servicios que nos hacen tienen merecida qualquiera gracia, y así es

forzoso que sientan verse castigar y hostigar sin haver delinquido contra lo que dispone el derecho (Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana*, 1648)

(164) y temo / como la verdad te informe / que sientas saber quién es / quien en pena tan inorme / con su sangre les infunde / nuevo espíritu a las flores (Pedro Calderón de la Barca, *La púrpura de la rosa*, 1659)

(165) Dieron las gracias al prior y dijeron hubieran sentido mucho no haber oído tan ajustadas décimas y, más, por ser de mujer (Ana Francisca Abarca de Bolea, *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*, 1679)

(166) ¿qué extraño es que Fr. Gerundio sintiera no poder visitar el lugar de su nacimiento teniéndole tan cerca? (Modesto Lafuente, *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, 1842)

(167) Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre, que me diese lindos nietos (Juan Valera, *Pepita Jiménez*, 1874)

(168) ¡Oh! ¡cuánto hubiera sentido morirme sin decirte estas cosas! Mi pena más grande (...) era la de verme al borde del sepulcro y no tener un instante a mi disposición para poder decir esto que te digo (Benito Pérez Galdós, *Gloria*, 1876-1877)

(169) Mi querido Pedro: imagínate cuánto habré sentido no verte en Nueva York (Jorge Guillén, *Carta de Guillén*, 1948)

En muchos de estos ejemplos el 'efecto especular' está atenuado; cuando eso sucede, el lamento emerge en el conceptualizador y se consume en él. Aun así, siempre aparece otra persona en la escena en relación con la cual se produce el lamento. Por ejemplo, los enunciadores de (165) afirman que les hubiera molestado no haber escuchado unos versos. Evidentemente no hay un dolor ajeno que se experimenta por empatía, pero sí hay otras personas, las poetas, que actúan como punto de referencia del proceso: el lamento se produce porque existe el otro, que es quien ejecuta la acción que los hablantes se alegran de haber presenciado. Algo parecido sucede en (167) y (168), pues en ambos casos hay un 'otro'

que no sufre en sentido literal, pero que es el contrapunto necesario para que el lamento del conceptualizador tenga sentido. Si alguien lamenta quedarse sin un heredero es porque ello ocasionaría problemas a terceros, siendo esa afectación a los demás la que pone en marcha el proceso compasivo. Igualmente, decir algo a alguien antes de morir puede aliviar en el futuro alguna pena del otro, por lo que imaginar que eso no sucede genera malestar en el conceptualizador, pero siempre en relación con la persona que se vería eventualmente perjudicada.

Los ejemplos (163) y (169) también son muy interesantes porque en ellos el infinitivo que ejerce la función de complemento es *ver*, con dos significados que ya hemos analizado. En (163) los sujetos lamentan “verse castigar”; como se aprecia, el CD tiene forma pseudo-copulativa (con el infinitivo “castigar” como atributo dinámico) con el valor añadido de VISUALIZAR. Los sujetos lamentan encontrarse en una situación negativa en la que están inmersos, por lo que pueden ‘verse en ella’. Se diría, incluso, que el efecto especular actúa, utilizando la terminología lakoffiana presentada antes, entre el SUJETO del espacio mental del mundo REAL y el UNO MISMO que está en el espacio mental de la situación hipotética; los hablantes activan su empatía “viendo” su propia imagen duplicada en otro espacio mental distinto (sienten empatía hacia sí mismos). Por supuesto, el infinitivo, carente de límites temporales concretos, refuerza el carácter de acontecimiento ‘activo’ de dicha situación. Por su parte, el ejemplo de (169) muestra el verbo *ver* con el significado de la percepción social; si el sujeto lamenta ‘no haber visto’ a su amigo en Nueva York es porque verlo hubiera supuesto una situación social muy agradable para ambos. En este caso, el malestar abstracto procede del conceptualizador aunque, dado el carácter habitualmente recíproco de la metáfora VER ES VISITAR (consultar capítulo 4) es posible imaginar que la misma sensación de desazón posee el ‘otro’, y por los mismos motivos que su amigo.

Por último, debemos considerar los casos en que el CD de LAMENTAR es una oración completiva. Cuando el complemento está flexionado, contiene toda la información proposicional relativa al suceso que causa el padecimiento. Lo observamos a continuación:

(170) Escribió al rey de Inglaterra y a las señorías de Génova, Florencia, Venecia y a todos los potentados de Italia sus confederados, tuviesen por bien de no hacer guerra ni molestar las

tierras del rey de Francia. Porque siendo su prisionero, sentiría mucho que alguno se atreviese a querer ofender sus gentes (Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, 1604-1618)

(171) porque, como toda obra de un grande artífice se debe ceñir a los primores del arte, sintiera mucho este zeloso prelado que un hijo suyo, y a quien todos los doctos bien intencionados le han tributado millares de millares de elogios, padeciese la menor decadencia de sus créditos (Benito Jerónimo Feijoo, *Theatro Crítico Universal o discursos varios en todo género de materias*, 1739)

(172) Os dejo, milord; me intereso demasiado en vuestro bien para que quiera obstinarme en inquietaros; pero permitidme que os diga solamente que por hacer testamento no moramos, y sintiera que murieseis sin dejar a vuestra familia alguna prueba de vuestra generosa compasión (Pedro Montengón, *Eusebio*, 1786)

(173) y tubimos que apearnos todos, y usar de martillos, y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del gato, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruajes (Modesto Lafuente, *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, 1842)

(174) -¿Es verdad que sentirías que te separaran de tu pobre madre? (Francisco Navarro Villoslada, *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*, 1855-1895)

(175) Adiós, adiós, adiós todos: el lector y yo, cogidos familiarmente del brazo como viejos amigos, os despedimos al partir la diligencia, y sentimos que vuestro paseo por esta historia haya sido tan breve (Benito Pérez Galdós, *Rosalía*, 1872)

(176) En fin, en mi ministerio se ha trabajado. Sólo siento que mis años y achaques no me permitan desplegar mayor actividad, y me alegraré de tener un sucesor que no levante mano hasta poner a nuestro ejército en el pie de magnificencia que le corresponde (Benito Pérez Galdós, *Memorias de un cortesano de 1815*, 1875)

(177) -Usted me ha asaltado a la puerta del Círculo en una noche en que yo no tenía otro ideal que el de las pieles rojas y los topos:

dormir. Usted, y sentiría que se vanagloriara de mi declaración, me ha quitado el sueño (Enrique Jardiel Poncela, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, 1931)

Tal y como hemos indicado, la oración subordinada presenta estructuradamente el hecho que genera el malestar del conceptualizador. Llegados a este punto, y antes de centrarnos en los complementos flexionados requeridos por el significado LAMENTAR, podemos sintetizar las principales diferencias entre las distintas alternativas con CD oracional que *sentir* permite. Sean las siguientes oraciones:

- (178) Sentí que los niños jugaban (percepción auditiva)
- (179) Sentí que temblaban las paredes (percepción propioceptiva)
- (180) Sentí que el partido estaba ganado (percepción abstracta)
- (181) Sentí que el libro era muy aburrido (percepción valorativa)
- (182) Sentí que no pudieras viajar a Japón (LAMENTAR)

De acuerdo con el parecer de casi todas las teorías gramaticales modernas (véase el capítulo 5) una oración flexionada que funciona como CD de un verbo de percepción no puede interpretarse como una percepción directa, lo que convierte ese CD en un metafenómeno propio de una percepción indirecta o cognitiva. Ahora bien, eso no quiere decir que en el caso de *sentir* no haya diferencias conceptuales muy acusadas en función de cuál sea el significado que el verbo posee en cada caso particular. Así, las oraciones subordinadas de (178) y (179) funcionan como percepciones indirectas de carácter evidencial (evidencia física directa, o incluso evidencia citativa en el caso de (178)) que conducen a una constatación epistémica. La oración de (180) ya no depende de un hecho físico procedente del mundo exterior o de la interocepción del hablante, sino que es una conclusión subjetiva basada en una serie de conocimientos intuitivos u opiniones del hablante (procedentes o no de la realidad inmediata) y en las reglas culturales que gobiernan el entorno del hablante. Ello explica que ese ejemplo se pueda interpretar como una evidencia inferencial: veo ciertas cosas (a los jugadores en plena forma, el marcador a su favor, etc.) y concluyo que el partido va a ser un triunfo para mi equipo. Como ya explicamos, esta inferencia es resultativa en la medida en que habitualmente tiene lugar de manera inconsciente.

La situación en (181) y (182), sin embargo, es muy distinta. En (181) el contenido de la oración subordinada expresa una valoración muy

modalizada que se ha emitido tras un proceso detenido de reflexión voluntaria, probablemente tras leer buena parte del libro en cuestión. De este modo, este complemento es un juicio axiológico totalmente subjetivo (sólo surge en la mente individual del hablante y es ajeno a consideraciones externas), mientras que el de (180) es, como hemos apuntado, una conclusión más racional, basada en gran parte en las pautas lógicas que regulan la realidad (como las reglas del fútbol).

¿Y qué sucede cuando el complemento oracional depende del significado LAMENTAR? En estas circunstancias el hecho contenido en la sustantiva no es el producto de la subjetividad del hablante, ni es una opinión, ni es una inferencia basada en señales (sean físicas o abstractas): en estos casos la completiva representa un suceso que preexiste al acto de 'sentirlo'. *Sentir*, cuando tiene el significado de LAMENTAR, se comporta como un verbo emocional gracias a la influencia, como hemos visto, de las neuronas espejo. De este modo, lamentar algo implica tener constancia de su existencia, y sentir, posteriormente, cierta pena derivada de ese hecho. Consecuentemente, el contenido de la oración subordinada no es el producto de la mente del hablante, puesto que introduce un hecho anterior al proceso denotado por *sentir*, de manera que el conceptualizador sólo puede observarlo y lamentarlo *a posteriori*.

Analicemos el ejemplo (182). El acontecimiento que activa el sentimiento de pena es que alguien a quien el conceptualizador aprecia no ha podido realizar un viaje a Japón. Pues bien, el suceso en cuestión (no haber ido al país asiático) es anterior en el tiempo al acto de lamentarlo. Ya Bybee y Terrell (1990) pusieron de manifiesto que el *sentir* emocional con oración subordinada podía incluirse dentro de los casos de verbo con complementación presupuesta. Los complementos oracionales presupuestos son aquellos que expresan hechos anteriores a su valoración modal; por consiguiente, el contenido semántico de la subordinada se considera verdadero, ya que existe al margen de que sea o no lamentado, algo que no ocurre cuando la completiva es un juicio de opinión o un proceso inferencial creado *ad hoc* en la mente; si alguien afirma que siente que un libro es aburrido, dicha aseveración puede ser cierta o no, pero si se siente que alguien no haya hecho un viaje, la información proposicional NO HABER HECHO EL VIAJE no se pone en duda, pues es una información conocida de antemano por las dos personas

implicadas, tanto por la que no hizo el viaje ('el otro') como por la que lo lamenta por empatía.

Por todo ello, la teoría de la complementación presupuesta de Bybee y Terrell parece estar en consonancia con nuestra hipótesis del 'efecto especular': tenemos dos personas implicadas y un acontecimiento cierto (presupuesto) de carácter negativo que afecta a una de ellas, con frecuencia en relación con la otra. Algunos de los ejemplos citados lo confirman. Por ejemplo, en (173), (175) y (176) lo que se señala en el complemento oracional se considera verdadero (no había una fragua en aquel lugar, el paseo por la historia literaria ha sido breve y la edad no le permite al enunciador de (176) continuar trabajando). Es cierto que el efecto de espejo, que es muy claro en (175) y (176), textos en los que hay personas perjudicadas (los lectores y aquellos que no se beneficiarán de que el anciano continúe al frente del ministerio), no se aprecia del todo bien en (173), pero eso sólo demuestra que este efecto, que es el prototipo de partida para el significado LAMENTAR, se puede esquematizar y generalizar con el paso del tiempo.

Por otra parte, en el resto de ejemplos citados de nuestro corpus observamos que *sentir* está conjugado en tiempos potenciales, como el condicional o el imperfecto de subjuntivo, algo además bastante frecuente con LAMENTAR según hemos observado en nuestras indagaciones empíricas. De este modo, el contenido de la sustantiva deja de estar presupuesto y pasa a convertirse en un hecho posible en un marco futuro. Esta alternativa sintáctica es una forma de lamentar algo antes de que suceda, desde la perspectiva del presente: el hablante imagina una situación hipotética (pero plausible) y la lamenta sin saber si sucederá o no. ¿Puede mantenerse en estas circunstancias el marco especular? Ejemplos como el (170) demuestran que sí. En él, el hablante asegura que "lamentaría mucho que alguien pudiese ofender a sus gentes". Como se ve, aunque el hecho representado aún no ha tenido lugar, el conceptualizador se anticipa a él y manifiesta su deseo de que aquello no ocurra, pues lo lamentaría. Lógicamente, la razón de esa desazón surge por empatía hacia las gentes que, teóricamente, podrían quedar ofendidas.

Como hemos explicado, LAMENTAR es el significado más gramaticalizado de todos los que ha producido *sentir* en su historia. ¿Desde cuándo se documenta? Veamos el siguiente cuadro:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
LAMENTAR	-	-	-	7	17	5	13	8

Figura 9. LAMENTAR en el tiempo.

A diferencia de lo que ocurre con los demás significados abstractos y subjetivos de *sentir*, que ya se documentan, aunque sea de manera limitada, en la Edad Media, los ejemplos de LAMENTAR son, a tenor de la muestra computada, más tardíos en el tiempo, evidencia que está en consonancia con lo esperable desde los presupuestos teóricos de la semántica histórica cognitiva. El proceso diacrónico de subjetivación que ha dado lugar a este significado es complejo, por lo que resulta natural que la documentación escrita tarde en aparecer. Aun así, desde el siglo XVI LAMENTAR se documenta de manera continuada y con cierta abundancia; no en vano, este significado supone el 13,5 % del total de la muestra computada, lo que representa una frecuencia relativa bastante elevada en un verbo tan polisémico como *sentir*.

En definitiva, el significado LAMENTAR es el resultado más complejo de la evolución histórica de nuestro verbo. La motivación de partida reside en las neuronas espejo, que están en la base de la dotación neuronal de nuestra especie que nos permite experimentar y compartir las emociones de los demás. De este modo surge un patrón prototípico, que hemos denominado 'efecto especular', que está compuesto por una persona que sufre, por otra que ve ese sufrimiento y lo reproduce en su propia cognición y por el acontecimiento que es causa de ese sufrimiento. Una vez que este marco se afianzó conceptualmente, los hablantes han podido invertir el proceso compasivo (alteración del esquema de imagen inicial), de modo que el sufrimiento emerge en el propio conceptualizador, por lo que no se puede interpretar como un 'reflejo' activado por la imagen de otro. De todas maneras, como hemos podido observar, incluso en estos casos suele aparecer en la escena la otra persona, lo que refuerza nuestra hipótesis de que es inusual que

LAMENTAR se construya sin la presencia de varios individuos relacionados en un contexto compartido³⁹⁸.

6.9. Significados periféricos de *sentir*

Todos los significados de *sentir* que hemos descrito hasta aquí, con todas sus posibilidades expresivas y sus matices semánticos, comparten un denominador común: son transitivos. Independientemente de que sea complicado establecer cuál es el principal significado del verbo en muchas ocurrencias, la presencia de un CD es una marca sintáctica objetiva que establece una conceptualización esquemática que permanece en la base de cualquier variante formal. Incluso con un significado tan problemático como el propio de la complementación inestable³⁹⁹, siempre se pueden recuperar, como mínimo, ciertas pautas expresivas constantes por el hecho de que el verbo lleve un CD. Por ejemplo, el comportamiento transitivo (y habitualmente resultativo) de *sentir* asegura la presencia de

³⁹⁸ Todas las posibilidades expresivas que hemos descrito no agotan el potencial semántico de *sentir* cuando expresa aflicción. Algunos diccionarios recogen para este verbo otras acepciones como “padecer un dolor” o “formar queja de algo”. Aunque consideramos que esas acepciones sólo son variaciones de LAMENTAR, el hecho es que, de manera excepcional, nuestro corpus muestra ocurrencias que parecen encajar en esas acepciones de un modo bastante exacto. Por ejemplo, en el siguiente texto *sentir* se aproxima al contenido QUEJARSE o MOLESTARSE POR ALGO:

(1) El visorey dijo a Manuel de Estacio que no se sintiese por haber nombrado a Serna por Capitán, que hecha más gente lo sería; mas todavía mostró Estacio quedar sentido (Pedro Cieza de León, *Las guerras civiles peruanas*, 1553-1584)

En este otro ejemplo *sentir* parece actualizar, de manera estativa, el contenido DOLERSE o SUFRIR:

(2) Pero quizá había llegado su alma, a fuerza de tanto sufrir, a perder por último su vigor, o tal vez las pasiones que la habían agitado tanto en los días anteriores habían dejado su corazón fatigado en aquel vacío lóbrego, en aquella fría insensibilidad que es el resultado seguro de haber sentido con demasía (José de Espronceda, *Sancho Saldaña o El Castellano de Cuéllar*, 1834)

Repárese en que en este texto la predicación que representa *sentir* significa que el estado del sujeto ha sido de sufrimiento, hasta el punto de que ese sufrimiento intensificado (*sentir* “con demasía”) ha provocado una consecuencia (dejar el corazón “lóbrego y frío”).

³⁹⁹ Debemos precisar que la complementación inestable con *sentir* es muy frecuente, algo que encaja con la naturaleza prototípicamente difusa de este verbo. En la muestra computada hemos encontrado 27 casos muy claros, aparte de un buen número de ejemplos más dudosos.

un sujeto PERCEPTOR y de un ESTÍMULO percibido, lo que compone una escena dominada por la relación establecida entre sujeto y objeto.

Ahora bien, ¿tiene muchos usos intransitivos *sentir*? De acuerdo con lo explicado en el capítulo 5, los verbos de percepción se conceptualizan intransitivamente sobre todo de dos maneras: formando una oración pasiva refleja (uso estativo de sujeto-estímulo) y con el valor de verbo de capacidad sensorial. El siguiente cuadro contiene las cifras totales de todos los ejemplos inequívocos de este tipo que hemos encontrado en nuestro cómputo, incluidos los casos de carácter metafórico. Debemos precisar que no hemos clasificado los valores por sentidos (oído, propiocepción, etc.):

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
Estativo sujeto-estímulo	-	-	-	-	-	-	2	-
Estativo de capacidad	-	-	-	1	-	2	-	-
Est. Suj-estímulo metafórico	-	-	-	-	-	-	1	-

Figura 10. Usos estativos de *sentir*.

Como se ve, sólo hay 6 ocurrencias, lo que supone el 1,6 % del total. ¿Qué significa esto? La conclusión que extraemos en relación con los casos con sujeto-estímulo es que el verbo *sentir* no admite con facilidad generalizaciones que encubran al PERCEPTOR; al percibir algo de manera subjetiva, domina en la escena el punto de vista de quien experimenta el estímulo. Dicho en otros términos, resulta muy difícil desvincular el estímulo de quien lo experimenta porque los estímulos de *sentir*, a diferencia de los de *ver*, sólo se producen en la propiocepción individual. Por tanto, aunque las estructuras de pasiva refleja son perfectamente válidas en términos gramaticales con *sentir*, se emplean muy poco al presentar la escena de un modo que es contrario al esquema

subjetivo prototípico del verbo. En cuanto a los usos de capacidad, debemos recordar que *sentir* se define precisamente por señalar la conciencia, siempre estativa, de que las cosas existen, tanto en el plano físico como en el plano nocional. Por ello, el valor de capacidad sensorial, que representa la capacidad de experimentar en general, está de algún modo subsumido en el significado del verbo, por lo que su empleo es muy infrecuente.

A pesar de todo ello, estos valores se dan en algunas ocasiones, y en circunstancias concretas pueden ser muy expresivos. Veamos un par de casos:

(183) Si se atribuyen sentidos y afectos humanos al cielo, al aire, al sol, al mar, a la tierra, a una planta, a un arroyo, etc., es necesario que los afectos, los pensamientos y todo lo demás corresponda proporcionadamente y convenga con el objeto animado, de suerte que el entendimiento conozca y confiese que el cielo, el aire, la planta, el sol, el mar, etc., si tuviesen alma, sentido y habla, verdaderamente hablarían, sentirían y obrarían de aquella misma manera como el poeta lo finge (Ignacio de Luzán, *La Poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, 1737-1789)

(184) Pasmosa fue la lucha. Firmes se mantenían ambos. Ninguno cejaba ni caía. Hubieran semejado dos estatuas de bronce, si no se hubiera sentido el resoplido de la fatigada respiración de los combatientes y si no se hubiera visto correr abundante sudor por sus encendidas mejillas (Juan Valera, *El Caballero del Azor*, 1896)

El texto presentado en (183) muestra el verbo *sentir* con valor de capacidad, en un contexto metafórico. El autor reflexiona acerca de la esencia de la poesía y construye un argumento basándose en un símil; piensa en cómo serían las conductas de los entes naturales (el cielo, el aire, etc.) si tuvieran atributos humanos. De este modo, se puede definir el talento del poeta como un estado semejante al de la capacidad de hablar, sentir y obrar que mostrarían los fenómenos naturales si dispusieran de dichas capacidades. Aquí *sentir*, igual que *hablar* y *obrar*, conceptualiza un estado, una potencialidad sensorial para percibir en general que no se concreta en ningún sentido, por lo que carece de transitividad. Por medio de este juego el autor del texto logra crear una imagen mental que nos sugiere que la percepción de la realidad que tiene un poeta es análoga a la

que tendría, si esto fuera posible, la naturaleza misma. Por tanto, se puede suponer que los poetas lo son por cómo sienten (como la naturaleza) y no por qué sienten o por cómo lo expresan.

En cuanto al texto de (184), en él aparece *sentir* con el sujeto-estímulo “el resoplido de la fatigada respiración de los combatientes”⁴⁰⁰. Lo interesante es que el texto describe un combate entre dos hombres mientras tiene lugar, por lo que la estructura pasiva refleja pone en primer término el estado de los luchadores, focalizando el sonido que hacían (“el resoplido”⁴⁰¹) y lo que se veía de ellos (el evento de infinitivo “correr abundante sudor”). De este modo, el PERCEPTOR queda en un segundo plano, que se corresponde, en la lógica narrativa, con la posición de un testigo alejado de dicho combate. Por tanto, esta conceptualización refuerza el dinamismo de la escena y su carácter objetivo, ya que lo gestálticamente relevante es el ESTÍMULO en sí, no la persona que lo percibe.

En cualquier caso, el hecho de que las estructuras estativas de este tipo sean infrecuentes, refuerza nuestra hipótesis de que el prototipo de *sentir* está relacionado con el punto de vista inevitable del sujeto en cuya sensibilidad corpórea se manifiesta la realidad sensorial, sujeto que es muy difícil de encubrir.

6.10. Conclusiones

Sentir es el verbo multimodal por excelencia en español⁴⁰². Como hemos comprobado a lo largo de este capítulo, este verbo puede expresar todas las modalidades sensoriales, incluida la visual, y ha desarrollado además el comportamiento de un verbo propioceptivo. Por ello, *sentir* explicita la (auto)conciencia de la realidad física. Aparte de su significado perceptivo, *sentir* también ha desarrollado, gracias a ciertas proyecciones metafóricas y debido a un paulatino aumento de la subjetividad, significados mucho más intensionales.

⁴⁰⁰ Pensamos que esa lectura es dominante contextualmente, aunque en sentido estricto la oración también se podría interpretar como una oración impersonal, en cuyo caso “el resoplido” sería CD.

⁴⁰¹ Por tanto, *sentir* es auditivo en este caso.

⁴⁰² Uno con menos posibilidades sintáctico-semánticas es *notar*.

En primer lugar, de lo perceptivo se ha llegado a lo emocional y a lo abstracto. Así, *sentir* facilita la verbalización de experiencias psicológicas muy complejas por medio del empleo de términos concretos (tristeza, felicidad, etc.) o de paráfrasis más elaboradas; las emociones son esquivas y *sentir* demuestra que cada hablante las expresa de acuerdo con su propia e intransferible vivencia personal. En segundo lugar, tras constatar la existencia de sensaciones y emociones, el sujeto puede evaluarlas, lo que conduce a los empleos modales y epistémicos de *sentir*, que pueden orientarse hacia el propio conceptualizador (uso pseudo-copulativo) o hacia fenómenos externos (percepción valorativa). Finalmente, gracias a un mecanismo como el que ofrecen las neuronas espejo, se ha gramaticalizado más tardíamente un valor de *sentir* que se aproxima a lo intersubjetivo, aunque sin llegar a serlo por completo: el significado LAMENTAR. Gracias a él los hablantes pueden manifestar explícitamente su compasión por los demás y aquellas cosas que les molestan por la razón que sea, siempre y cuando sea en relación con un tercero ('efecto especular').

Por último, a la luz de los resultados de nuestro análisis de corpus, queda claro que *sentir* tiene por prototipo semántico (al menos en términos estadísticos) la expresión de la subjetividad del hablante. Esta subjetividad se manifiesta principalmente en forma de complementos nominales definidos de carácter abstracto, aunque también es muy frecuente que se presente con la forma pseudo-copulativa y con el significado LAMENTAR. Por el contrario, los valores epistémicos y cognitivos de *sentir* son mucho más periféricos, circunstancia que se aprecia muy bien al considerar, por ejemplo, la escasez de oraciones completivas (en todas las modalidades sensoriales posibles) que se documentan en nuestro corpus. Esta escasez contrasta con lo que mostramos a propósito de *ver*, verbo que sí aparece con mucha frecuencia con complementos flexionados. En consecuencia la distribución conceptual entre *ver* y *sentir* queda definitivamente delimitada: *ver* muestra lo objetivo y lo cognitivo de manera preferente, mientras que *sentir* cubre la expresión de lo subjetivo (afectos, emociones y empatía).



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 7: EVOLUCIÓN DIACRÓNICA DEL VERBO *TOCAR*

7.1. El verbo *tocar*: caracterización general

El verbo *tocar* es el elemento más destacable de la categoría de los verbos del tacto en español. En términos generales, nos encontramos ante una unidad verbal que tiene la capacidad de aparecer en eventos marcadamente agentivos; *tocar* admite los sujetos AGENTES y tiene potencial causativo, puesto que la predicación expresada por este verbo puede incluir la alteración física del PACIENTE. *Tocar* también puede interpretarse como un verbo resultativo, ya que la acción se define prototípicamente por la existencia del objeto tocado. Sin embargo, *tocar* tiene muchos más matices que no siempre han sido destacados en la bibliografía, algunos de los cuales, como comprobaremos en las próximas páginas, son igual de importantes que los relacionados con la manipulación voluntaria efectuada con el sentido del tacto. Además, *tocar* ha producido en español la polisemia más intrincada de todos los verbos de percepción, lo que ha favorecido que este verbo posea actualmente un amplio abanico de posibilidades construccionales.

En este capítulo estudiaremos la semántica de *tocar* desde sus orígenes, analizaremos la motivación cognitiva de sus valores abstractos y procuraremos reconstruir la historia semántica de este complejo verbo.

7.2. Estado de la cuestión

Son muy pocos los estudios científicos que se han publicado sobre *tocar*. En la mayoría de trabajos que tratan este verbo, como por ejemplo el artículo de Sosa Acevedo (2011) (por citar un caso reciente), encontramos análisis que con frecuencia sólo se ocupan de algún aspecto puntual del funcionamiento de *tocar* pero que no llevan a cabo una interpretación global de esta unidad léxica. Tampoco con el equivalente de nuestro verbo en otras lenguas hallamos una situación mejor. Existen algunos

análisis sobre *toucher* (Vandeloise, 1993, 1996; Piron, 2002a; Lebaud, 2004), sobre *touch* y la expresión de la percepción táctil en inglés y otras lenguas (Viberg, 1984; Ibarretxe-Antuñano, 2006) y sobre los verbos que expresan contacto físico en sueco (Viberg, 1999, 2004), pero la bibliografía sigue siendo insuficiente, sobre todo en comparación con los textos publicados en los últimos años sobre los verbos de la vista y el oído.

Centrándonos en el caso del español *tocar*, contamos con tres análisis interesantes: el efectuado por Ibarretxe-Antuñano (1999a, 2000, 2002, 2003) en el marco de su hipótesis de la selección de propiedades y el estudio estructuralista de Salvador Caja (1984), ampliado posteriormente por González Pérez (2006).

En el capítulo 4 describimos el funcionamiento general del modelo defendido por Ibarretxe-Antuñano. Como allí señalamos, esta investigadora ha propuesto un conjunto de rasgos constitutivos de los cinco sentidos corporales que pueden ser combinados gracias a efectos metonímicos y metafóricos para generar los usos abstractos de los verbos de percepción. Con respecto al sentido del tacto, Ibarretxe-Antuñano considera que este sentido posee las siguientes propiedades prototípicas (Ibarretxe-Antuñano, 1999a, 2000: 413): [+ contacto], [+ brevedad], [+ superficial], [+ límites], [+ efecto] y [+ proximidad]. De este modo, un verbo como *tocar* tendría los siguientes significados: 'contacto físico' (valor prototípico), 'estar adyacente', 'lindar' ([± contacto] [+ proximidad] [+ límites]), 'aludir', 'mencionar' ([+ contacto] [+ proximidad] [+ brevedad]), 'afectar' ([+ contacto] [+ proximidad] [+ efecto]), 'conocer por experiencia' ([+ contacto] [+ proximidad]), 'concernir', 'corresponder' ([+ contacto] [+ proximidad]), 'alcanzar', 'llegar' ([+ contacto] [+ proximidad] [+ límites]), 'estimular', 'persuadir' ([+ contacto] [+ proximidad] [+ efecto]) y 'ser parientes' ([+ proximidad]).

Ya explicamos anteriormente nuestras reservas ante este modo de proceder excesivamente teórico y ajeno a manifestaciones sintácticas o pragmáticas. Aunque en términos generales estamos de acuerdo con la polisemia propuesta por esta autora (si bien introduciremos cambios en nuestra interpretación eliminando algunos de estos significados por considerarlos variaciones de otros y añadiendo algunos distintos) creemos que la mera selección de unos rasgos de este tipo no permite entender en toda su complejidad la rica estructura interna de *tocar*. A ello debemos añadir que algunos de esos rasgos son insuficientes para

interpretar nuestro verbo (pues les faltan matices cognitivos) mientras que otros, como los rasgos [brevedad] o [límites], son, en nuestra opinión, innecesarios.

Por su parte, Salvador Caja (1984) propuso una interpretación sincrónica del campo léxico de los verbos del tacto en español utilizando el modelo de la semántica estructuralista europea. Como es esperable en este marco teórico, Salvador Caja desarrolló su trabajo a partir de una serie de semas que permiten delimitar la organización estructural de los verbos implicados. Los semas considerados por este lingüista fueron estos: S1 'ejercitar el tacto', S2 'reiteradamente', S3 'con toda la mano', S4 'para conocer', S5 'a ciegas', S6 'presionando', S7 'ajando el objeto' y S8 'cariñosamente', 'suavemente'. Aplicando estos semas a un conjunto de verbos del tacto del español, Salvador Caja (1984: 70-72) propuso la siguiente configuración:

	S1	S2	S3	S4	S5	S6	S7	S8
<i>tocar</i>	+							
<i>toquetear</i>	+	+						
<i>palpar</i>	+		+	+				
<i>tentar</i>	+				+			
<i>tentalear</i>	+	+			+			
<i>manosear</i>	+	+	+				+	
<i>sobar</i>	+	+	+			+		
<i>sobajar</i>	+	+	+			+	+	
<i>acariciar</i>	+							+

Figura 1. Campo léxico del tacto según Salvador Caja.

Como se puede apreciar, *tocar* sería el archilexema (Σ) del campo léxico, pues se definiría exclusivamente por el S1 ('ejercitar el tacto') que sería el sema fundamental o archisemema⁴⁰³. El resto de semas,

⁴⁰³ Para referirse a esta misma idea, Sosa Acevedo (2011: 109) ha calificado *tocar* de 'verbo de contacto puro'. Esta calificación neutra contrastaría con la de otros verbos de contacto como *golpear*, que sería un 'verbo de contacto por impacto'.

denominados semas diferenciadores, introducen las pautas de oposición que permiten perfilar los distintos contenidos semánticos de las unidades verbales. Por ejemplo, entre *sobar* y *sobajar* sólo habría un sema pertinente de diferenciación, el S7 ('ajando el objeto'), sema que establecería la única diferencia entre los dos verbos.

Este tipo de análisis, como ya pusimos de manifiesto anteriormente, es excesivamente abstracto y poco explicativo. En el uso real de los verbos todos ellos pueden manifestar rasgos que en esa representación no aparecen. ¿Es privativo el sema 'reiteradamente' de los verbos marcados en la tabla? Es obvio que los demás pueden aceptarlo. De igual modo, ¿carece *tocar* de matices asociados a la duración de la acción táctil o al propósito con el que se lleva a cabo? Podría pensarse que por el hecho de ser el archilexema de la categoría este verbo se mantiene como no marcado o neutro cuando, como comprobaremos enseguida, su semántica contiene numerosos matices pragmáticos.

Tomando como punto de arranque el trabajo de Salvador Caja, González Pérez (2006) analizó el mismo campo léxico pero de un modo diacrónico. Centrándonos en las consideraciones de *tocar*, esta investigadora asegura que este verbo, por ser el más básico del campo léxico, pertenece a la esfera no intencional del tacto (junto con *rozar* y *acariciar*), frente a una dimensión intencional que contendría verbos como *toquetear*, *manosear* o *palpar*. El carácter no intencional de *tocar* derivaría del hecho de que se trata de un verbo no marcado que es capaz de representar el conjunto de su campo léxico. González Pérez considera, asimismo, que su polisemia es la más activa de todos los verbos de su ámbito significativo tanto por su antigüedad como por su alta frecuencia de uso. Buena prueba de ello es que el verbo ya muestra casi todos los usos actuales durante los siglos XIII y XIV.

El trabajo de González Pérez, pese a ser decididamente estructuralista, plantea cuestiones interesantes. La autora se pregunta en qué medida la propia disposición interna del campo, en los términos descritos por Salvador Caja, puede determinar la evolución de la categoría o las líneas diacrónicas de su desarrollo, reflexión que se aproxima a las hipótesis cognitivistas sobre el cambio semántico. Por otro lado, González Pérez toma en cuenta mecanismos de conceptualización como metáforas y metonimias para explicar el surgimiento de ciertos verbos. Por ejemplo, a su juicio el verbo *acariciar* está especializado en las acciones táctiles

afectuosas por un proceso de extensión metonímica. *Acariciar* deriva del adjetivo italiano *caro* (QUERIDO); así, este verbo de adjetivo significa TOCAR CON CARIÑO gracias a la activación de una metonimia ACTO POR ACCIÓN (González Pérez, 2006: 844) en virtud de la cual el verbo sustituye el acto de amar a alguien por la acción efectuada para demostrarlo (tocar de una determinada manera).

En cualquier caso, y dejando al margen las reflexiones específicamente estructuralistas, el análisis de *tocar* presentado en este estudio está incompleto. De entrada, la autora sólo toma en consideración algunos de los significados que ha producido el verbo en su desarrollo, pero no todos. Concretamente, se comentan los siguientes: 'hacer sonar un instrumento', 'estar una cosa cerca de otra', 'entrar en contacto dos cosas', 'corresponder', 'ejercitar el tacto'. De otra parte, no se profundiza en estos valores ni en su motivación conceptual. Además, la consideración de que *tocar* es un verbo no intencional requiere mayores justificaciones de las que ofrece la autora; este verbo admite usos carentes de un propósito definido como veremos en este capítulo, pero por causas conceptuales concretas y no porque se trate de un verbo archilexemático al que se le atribuye por defecto un carácter no marcado.

Todos estos trabajos son muy útiles para analizar el verbo *tocar* porque proponen caracterizaciones semánticas generales sobre este verbo. Sin embargo, pensamos que la interpretación diacrónica de *tocar* debe llevarse a cabo mediante otros procedimientos que den cuenta de un modo más comprensivo cómo se ha comportando históricamente nuestro verbo y por qué ha dado lugar a unos significados tan aparentemente inconexos.

7.3. Planteamiento e hipótesis

Para llevar a cabo nuestro estudio sobre *tocar* tomaremos en consideración las teorías de Geeraerts (1997) sobre la evolución diacrónica de las categorías léxicas, el principio de indexicalidad (apartado 4.5.) y la estructuración de los esquemas de imagen⁴⁰⁴ (Johnson, 1987). Partimos de

⁴⁰⁴ En el capítulo 2 explicamos en qué consiste este concepto. Podemos recordarlo con esta acertada caracterización de Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 23): "[los esquemas de imagen son] un complejo unificado de propiedades que organizan nuestra experiencia y comprensión y manifiestan una pauta repetida. Esa pauta emerge de nuestros movimientos

la idea de que la polisemia actual de *tocar* es el resultado de la variación diacrónica de una serie de significados nucleares y de imágenes esquemáticas motivadas por la experiencia corporal; sobre ese núcleo operarían las extensiones metafóricas y metonímicas que han ido modulando en español con el paso del tiempo el diseño de nuestro verbo.

Pensamos que este modo de trabajar es el que puede arrojar más luz sobre un verbo tan complejo como *tocar*. Como muestra de esta complejidad, podemos observar los significados que de *tocar* registra el diccionario de la Real Academia Española (RAE, 1992: 1987-1988): “1. Ejercitar el sentido del tacto. 2. Llegar a una cosa con la mano, sin asirla. 3. Hacer sonar según arte cualquier instrumento. 4. Interpretar una pieza musical. 5. Avisar haciendo seña o llamada, con campana u otro instrumento. 6. Tropezar ligeramente una cosa con otra. 7. Golpear una cosa, para reconocer su calidad por el sonido. 8. Acercar una cosa a otra. 9. Ensayar una pieza de oro o plata en la piedra de toque, para conocer la proporción de metal fino que contiene. 10. Alterar el estado o condición de una cosa. 11. Saber o conocer una cosa por experiencia. 12. Estimular, persuadir. 13. Tratar o hablar leve o superficialmente de una materia. 14. Haber llegado el momento oportuno de ejecutar algo. 15. Tirar un poco hacia afuera de los guarnes de un aparejo y soltar en seguida para facilitar su laboreo. 16. Empezar a flamear una vela que va en viento cuando comienza a perderlo. 17. Dar suavemente con la quilla en el fondo. 18. Dar toques o pinceladas sobre lo pintado. 19. Pertenecer por algún derecho o título. 20. Llegar o arribar, sólo de paso, a algún lugar. 21. Ser de la obligación o cargo de uno. 22. Importar, ser de interés. 23. Caber o pertenecer parte o porción de una cosa que se reparte entre varios. 24. Caer en suerte una cosa. 25. Estar una cosa cerca de otra. 26. Ser uno pariente de otro. 27. Hallar el galgo el rastro de la caza”.

Esta lista de acepciones, que presentamos simplificada, plantea de inmediato una duda: ¿cómo es posible que un único verbo posea tantos significados y tan dispares? Aun asumiendo que en esa enumeración

en el espacio y nuestra experiencia en la manipulación de objetos, de las interacciones perceptivas y del hecho de vivir en una determinada sociedad. Los esquemas de imágenes constan de unos pocos elementos básicos relacionados por estructuras definidas pero con cierta flexibilidad”. En los trabajos de Peña Cervel (2003, 2012) puede encontrarse un amplio análisis sobre los esquemas de imagen y su interacción con la expresión lingüística de contenidos abstractos.

haya repeticiones y significados que solamente son variaciones de otros más generales, nos encontramos ante una diversidad designativa muy considerable⁴⁰⁵. Para entenderla, habremos de encontrar el mecanismo constante que ha propiciado la alta variabilidad de la estructura interna del verbo *tocar*.

En primer lugar, debemos reflexionar acerca de la propia experiencia psico-biológica asociada al tacto. Como explicamos en el capítulo 4, las terminaciones nerviosas de la piel le permiten al ser humano tener conciencia no sólo de la existencia de los elementos del entorno (como ocurre con las sensaciones introducidas con *sentir*) sino también de sus procesos dinámicos y de las alteraciones que pueden provocar en su cuerpo. El tacto nos hace percibir cambios de temperatura, movimientos o roces de todo tipo y también nos hace sentir dolor si ciertas magnitudes sobrepasan unos umbrales de tolerancia, por ejemplo si se ejerce demasiada presión sobre la piel. Estas experiencias se consideran incontrolables; el principio de indexicalidad establece que el cuerpo es el centro de la comprensión cognitiva del mundo, de modo que se comporta como una suerte de receptáculo pasivo al que llegan procedentes del exterior las sensaciones, sensaciones que, en este caso, generan cambios más o menos permanentes en el cuerpo sobre el que inciden.

Pero el cuerpo también emplea el tacto de manera voluntaria o consciente. Las personas pueden examinar con el tacto los objetos, de múltiples modos y para múltiples fines. Cuando ocurre esto es frecuente que los objetos tocados experimenten cambios de estado, puesto que el sujeto agentivo que los manipula acaba alterándolos; esto se debe a que las acciones táctiles suelen comportar el uso físico de la fuerza, entendida como una aplicación concentrada de la energía corporal.

Estas nociones, vinculadas intrínsecamente a toda experiencia táctil, ya sea activa o pasiva, se reducen en el plano cognitivo a una imagen esquemática que se puede representar así⁴⁰⁶:

⁴⁰⁵ Como se verá en este capítulo, en nuestra opinión *tocar* ha desarrollado 15 significados distintos. La complejidad de los verbos del tacto ha sido reconocida por algunos lingüistas. Piron (2002a: 80-81), por ejemplo, considera tras estudiar la semántica histórica de *toucher* que este verbo es el más peculiar de todos los verbos de percepción del francés.

⁴⁰⁶ Es importante recordar que los esquemas de imagen son preconceptuales, es decir, que son formas de conocimiento del medio físico que se aprenden con la experiencia motora del cuerpo durante la niñez, incluso antes de poder conceptualizarlos verbalmente (Peña Cervel,

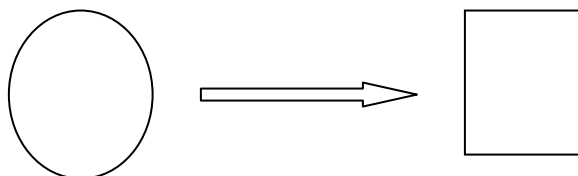


Figura 2. Elementos fundamentales de la percepción táctil.

En toda escena en la que interviene el tacto encontramos tres elementos obligatorios: una entidad que ejerce la fuerza⁴⁰⁷ (el círculo) una entidad que recibe la fuerza (el cuadrado) y una distancia variable entre ambas que la entidad activa ha tenido que salvar para poder alcanzar a la entidad pasiva. Hemos de señalar que mientras que la existencia de las entidades activa y pasiva ha sido reconocida por muchos autores, la presencia de una distancia y, por tanto, de un movimiento en la conceptualización de nuestro verbo, ha sido muy cuestionada, aunque trataremos de demostrar con diversos argumentos semánticos que la noción de una trayectoria vectorial es necesaria para entender el verbo *tocar*. Sobre este marco o MCI prototípico pueden actuar múltiples variaciones, que podemos organizar en torno a dos ideas:

- a) La orientación del movimiento del elemento activo en relación con la ubicación del conceptualizador.
- b) El nivel de afectación causativa.

La primera noción tiene que ver con el hecho de que en ocasiones son los objetos los que alcanzan al hablante (conceptualizador de la escena) sin que este pueda evitarlo, mientras que la segunda se relaciona con el nivel de alteración que la entidad activa le provoca a la entidad pasiva,

2012: 71). Esto explica que muchas veces estos esquemas generen conceptualizaciones sin que el hablante se percate de ello, debido a que esas conceptualizaciones proceden de nociones que tiene interiorizadas desde una edad muy temprana. En este capítulo comprobaremos que los múltiples significados de *tocar* no son tan distintos si se reducen a sus esquemas de imagen fundamentales, lo que prueba que en la base de todos ellos se encuentra una motivación corporal básica.

⁴⁰⁷ Un trayector en términos de Langacker (1987, 1991) o un agonista en términos de Talmy (1988, 2000a).

que puede ser gradual (de máxima alteración a alteración nula⁴⁰⁸). Pues bien, nuestra hipótesis es que todos los significados que *tocar* ha generado con el paso del tiempo son modificaciones de este esquema de imagen. Las modificaciones, a su vez, vendrán activadas por procesos relacionados con la estructuración metafórica y metonímica del lenguaje, con los efectos de prototipicidad y con la dinámica de fuerzas (Talmy, 1988, 2000a), y siempre estarán pautadas por los dos factores mencionados. Pensamos que si entendemos cada uno de los significados de nuestro verbo como una modulación más o menos abstracta de este esquema general, toda la polisemia de *tocar* se vuelve un producto lógico y coherente, el producto de un proceso de semasiología diacrónica perfilado por la experiencia corporal de los hablantes e influido también por diversas presiones culturales que favorecen la motivación metafórica.

7.4. Semántica histórica de *tocar*

Tocar es un verbo que empieza a documentarse en el siglo XIII. Actualmente se acepta la interpretación etimológica que considera que este verbo, al igual que sus cognados romances, tiene un origen onomatopéyico iniciado en el latín vulgar, pues se formaría a partir de *jtoc!*, onomatopeya que imita el sonido producido por un golpe seco, como el que se le da a una campana; de este modo, el primer significado de *tocar* fue GOLPEAR⁴⁰⁹ (Corominas y Pascual, 1980-1991; Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 146; Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 96-98). Se supone asimismo que de esta misma onomatopeya surgen todos los cognados romances de *tocar*, como el francés *toucher*, de cuya forma antigua *touchier* procede el inglés *touch* (Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 96).

⁴⁰⁸ El nivel de afectación se relaciona con lo que Vandeloise (1996) ha llamado 'mínima transmisión de energía' de la predicación. A juicio de este investigador, aunque el verbo *toucher* del francés muchas veces conserva el patrón básico con 'fuerza' y 'distancia', a veces sólo queda la 'distancia' o el 'contacto', pero se pierde la noción de fuerza. Nuestro análisis de *tocar* corrobora este comportamiento lingüístico.

⁴⁰⁹ Existe una interpretación alternativa. Hay quien ha considerado que *tocar* y sus equivalentes romances proceden del antiguo bajo alemán **tokkôn* o **tukken* (*token* y *tucken* en el antiguo alemán medio), palabras que significaban DIBUJAR o TIRAR DE ALGO CON FUERZA y COGER FLORES O FRUTA. Sin embargo hoy en día esta interpretación ha sido rechazada porque no parece muy plausible una evolución semántica desde TIRAR hasta GOLPEAR (Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 96-97).

Queda claro, a tenor de lo expuesto, que el verbo prototípico del tacto en latín no dio origen directo a sus homólogos posteriores. En latín el significado de TOCAR se expresaba con el verbo *tango*, del que derivan sustantivos como *tacto* y adjetivos como *táctil* y *tangible*. Lo más interesante desde un punto de vista lexicológico es que este verbo poseía todos los significados que *tocar* ha producido después en español. Es más, de *tango* surge *tañer*, verbo que, aunque actualmente sólo se utiliza (y de un modo muy esporádico) con el valor de TOCAR UN INSTRUMENTO DE CUERDA O PERCUSIÓN, tenía en la Edad Media muchos de los significados táctiles (literales y metafóricos) propios de *tocar* (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 146-147). Por tanto, comprobamos que durante los primeros siglos del español medieval hubo una tensión onomasiológica entre *tañer* y el incipiente *tocar*, tensión que se resuelve a favor de *tocar* en el siglo XVI, según ciertos investigadores (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 146-147). Lo sorprendente es que la lengua española en lugar de afianzar el verbo *tañer*, que ya era muy polisémico al haber heredado de su étimo gran parte de su potencial semántico, generó un verbo nuevo que, con el tiempo, reconstruyó en su estructura conceptual los significados de los anteriores *tango* y *tañer*.

Independientemente de lo aleatorio que pueda parecer este proceso diacrónico, el hecho de que un verbo nuevo vuelva a producir, tal vez por contagio con el antiguo *tañer*, una polisemia extinta con tanta precisión muestra que entre los significados táctiles y los significados metafóricos que vamos a ir explicando en las próximas páginas se establecen vínculos conceptuales muy estables que fuerzan a una permanente poligénesis semántica.

7.4.1. Esquema agentivo

La primera imagen esquemática que el proceso denotado por *tocar* puede activar en la mente de los hablantes es aquella en la que una entidad activa altera físicamente a la entidad pasiva (antagonista) tras

superar una cierta distancia. Podemos representarlo del siguiente modo⁴¹⁰:

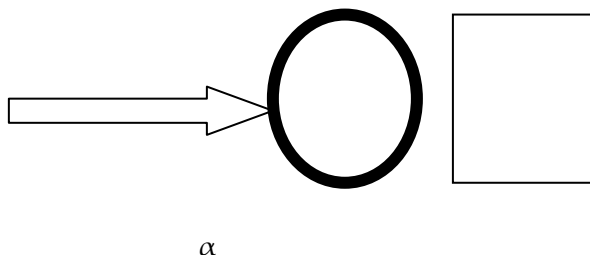


Figura 3. Imagen esquemática de la predicación agentiva de *tocar*.

Este marco semántico de tipo transitivo ha sido especialmente productivo en español, puesto que muchos de los significados de *tocar* solamente son variaciones semánticas sobre este patrón común. Lógicamente, casi siempre que nos encontremos dentro de este esquema el sujeto sintáctico será un AGENTE prototípico o una CAUSA, dependiendo de si la transferencia de energía es voluntaria o no, mientras que el objeto tenderá a ser un PACIENTE.

El primer significado que tuvo *tocar* y que se puede considerar su primer prototipo semántico está directamente relacionado con su origen onomatopéyico: nos referimos al significado GOLPEAR (Corominas y Pascual, 1980-1991). *Tocar* procede, como hemos indicado, de *¡toc!*, onomatopeya del sonido producido por un golpe, de modo que el verbo se puede interpretar como un verbo denominal (creado sobre la base de un sustantivo previo) que, gracias a la actuación de una metonimia de CAUSA POR EFECTO, representa el efecto de un golpe (el sonido producido) por medio de la causa (dar un golpe). Resulta muy difícil encontrar en los corpus usos de *tocar* con este significado, lo que invita a pensar que tuvo una vigencia efímera. No obstante, como veremos, del valor GOLPEAR han surgido otros significados muy importantes de este verbo. Con todo, el significado original de GOLPEAR aún subsiste en

⁴¹⁰ El símbolo α indica que la entidad pasiva experimenta algún cambio durante el proceso. Por otro lado, presentamos con un bordeado más grueso, en esta figura y en las siguientes, el elemento más destacado gestálticamente en la escena (la 'figura' de Langacker).

español en ciertas estructuras⁴¹¹. Una de las más habituales es la que se ofrece en (1), (2) y (3):

(1) Ciertos chacoteros, cansados de ir haciendo el asno por la ciudad, a la media noche tocaron a la puerta de un doctor, llamándolo con grande instancia (Juan de Timoneda, *Buen aviso y portacuentos*, 1564)

(2) nos vinimos derecho a casa y así que estuvimos en la sala, todavía con la espada y golilla, tocaron a la puerta de en medio (Raimundo de Lantery, *Memorias*, 1705)

(3) La delación fue hecha, y aquella tarde, cuando Martín se preparaba a salir, los esbirros del célebre Tribunal tocaron a la puerta de su casa (Benito Pérez Galdós, *El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871)

En estos ejemplos lo que se expresa es que los sujetos golpearon las puertas con el objetivo de hacer que emitieran un ruido que alertara a los habitantes de las casas correspondientes de su presencia. Todavía hoy se emplea esta estructura, que ha quedado parcialmente gramaticalizada, aun cuando es evidente que la costumbre de golpear físicamente las puertas de las viviendas cuando se quiere llamar a alguien no es en la actualidad tan frecuente como en otras épocas.

Lo más interesante desde un punto de vista conceptual es la presencia en estos casos de la preposición *a*. Esta preposición no es una marca expletiva sino que, gracias al principio de iconicidad, introduce una dimensión operativa en la escena representada. Vandeloise (1993, 1996) analizó la presencia de esta preposición tras el verbo *toucher*, y ya observó que su ubicación en la secuencia sintáctica introduce matices dinámicos relacionados con el nivel de transferencia de energía. De forma más específica, Delbecque (1998b) ha investigado la presencia de *a* en las

⁴¹¹ En algunos textos el significado GOLPEAR reaparece pero fusionado con otros significados al mismo tiempo. El siguiente ejemplo es muy ilustrativo. Unas personas van por la calle cuando de repente les caen unas piedras encima. En ese momento una le pregunta a la otra si alguna le ha dado, a lo que el interlocutor responde:

(1) –No, hijo: no me ha tocado más que una china en el cogote, que no me ha hecho sangre (Benito Pérez Galdós, *Misericordia*, 1897)

Como es obvio, *tocar* en este caso puede tener varios significados, todos ellos dentro del marco agentivo, incluido GOLPEAR.

construcciones transitivas, y ha constatado que la preposición perfila un espacio mental dinámico en la escena al tiempo que dota de autonomía semántica al PACIENTE; de este modo la preposición se opondría al grado cero (\emptyset), quedando establecida una alternancia funcional de la lengua⁴¹².

Si aplicamos esta hipótesis al caso que nos ocupa, comprobamos que las estructuras del tipo *tocar a la puerta* se explican por la necesidad de marcar de algún modo el MCI subyacente del significado GOLPEAR. Repárese en el siguiente contraste:

(4) El alguacil tocó \emptyset la puerta.

(5) El alguacil tocó a la puerta.

En ambos casos el sujeto actúa voluntariamente, proyectando su fuerza sobre el objeto 'puerta'; sin embargo, la preposición introduce una imagen distinta del evento expresado. En (4) la acción de golpear se concibe como un hecho neutro, carente de matices pragmáticos y orientado exclusivamente al sujeto. Por el contrario, (5) contiene la imagen topológica que es inherente a la preposición *a*, por lo que la escena evoca el movimiento direccional del alguacil y, por un proceso de enriquecimiento pragmático, una intención por la que efectúa la acción de golpear. Además, la preposición refuerza el carácter de PACIENTE afectado del complemento directo, al acercarlo categorialmente (véanse los capítulos 3 y 5) a un complemento indirecto en el que se deposita la energía transferida. En definitiva, la preposición refuerza la imagen del significado GOLPEAR, demuestra que hay una distancia inevitable que el AGENTE tiene que superar para llevar a cabo la acción y abre la

⁴¹² Sosa Acevedo (2011) ha estudiado también esta alternancia a propósito de los verbos *golpear* y *tocar* utilizando un marco teórico próximo al de la Gramática del Papel y la Referencia (Van Valin y LaPolla, 1997). Aunque concordamos con algunas de las ideas expuestas por esta autora, como su defensa de que la preposición introduce la noción de DESTINO de un movimiento, en términos generales pensamos que su trabajo plantea algunos inconvenientes. Uno de los principales es que Sosa Acevedo no toma en consideración el hecho de *tocar* significó durante los primeros años de uso precisamente GOLPEAR, de modo que las aparentes contradicciones que el comportamiento sintáctico de *tocar* muestra (como su carácter asociado al movimiento) podrían explicarse por esta circunstancia semántica. Por ello, para Sosa Acevedo "tocar a la puerta" sería un uso del significado táctil de *tocar* basado en la instanciación de una construcción conativa, idea que no compartimos.

posibilidad de intuir en el sujeto un propósito determinado, gracias a la introducción de un espacio dinámico temporal.

Como hemos anticipado, el significado GOLPEAR resulta esquivo ya en el siglo XIII, por lo que pensamos que en esa época ya se había consumado un cambio de prototipo en el interior de la estructura semántica de *tocar*, siendo el significado general de EJERCER EL SENTIDO DEL TACTO el nuevo núcleo de la categoría. Este significado, que se documenta por primera vez en los siglos XIII y XIV, es una generalización semántica consumada a partir del significado anterior: en lugar de un contacto físico brusco y resultativo (un golpe), el verbo pasó a expresar los contactos físicos en su totalidad, independientemente de su naturaleza⁴¹³. La imagen fundamental de este nuevo valor, que como vamos a comprobar admite múltiples alteraciones semánticas, es la idea general de tocar un objeto o manipularlo, con una intención o sin ella, utilizando una parte del cuerpo. Como es obvio, se trata de un significado totalmente operativo en la actualidad y muy frecuente. Veamos algunos ejemplos de nuestro corpus:

(6) El luego el dicho alcalde tomo en sus manos la dicha carta de privilegio e inspeculola e toco la e fallola entera, sana, entera non rota ni rasa (Anónimo, *Copia notarial de un privilegio de Enrique IV*, 1456)

(7) El sobredicho día y año sobredicho, en el dicho lugar de yermo de Amamio, los sobredichos nombrados, vecinos de las dichas aldeas de Araya y Albeniz, en este dicho ynstrumento e ygoalamiento contenidos, et cada vno dellos por sis y por sus subcesores, juraron a Dios e a Santa Maria et a esta señal de cruz que con sus manos derechas tocaron corporalmente (...) de hauer por firme, estable y valedero agora e todo tiempo todo el dicho apeamiento (...) (Anónimo, *Sentencia arbitraria*, 1456)

(8) Por cierto todo lo que es dicho fue considerado e apuntado como de varón tan señalado e doto; pues que en las obras de Natura tan maravillosas cosas vemos por nuestros ojos e tocamos con nuestras manos, que una sola basta a tener la mente del

⁴¹³ Creemos que esta generalización podría explicarse, incluso, por una metonimia de PARTE ESPACIAL POR EL TODO, puesto que un mínimo contacto en una parte física de un objeto pasó a designar los contactos de todo tipo.

hombre en grandísima admiración (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(9) Yo juro que, después que soy casada con mi señor y marido Cepión Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningún hombre nacido ha llegado a mí ni ha tocado mis carnes, sino es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina (Juan de Timoneda, *El Patrañuelo*, 1566)

(10) Y porque los ángulos AEB, AFB son rectos, las líneas AE, AF tocarán el cilindro en un solo punto (Pedro Ambrosio Onderiz, *La Perspectiva y Especularia de Euclides*, 1585)

(11) Tomad, señora, esa mano, o, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605)

(12) ¿Qué otra cosa es guiarlos por el desierto y con la vara dividir las aguas, la Serpiente de metal con que sanaron de las veneníferas heridas de aquellos Áspides, la ley, el Maná y las demás sombras, sino la verdad que ya tocáis con las manos, tantas veces repetida que no parece que la escribieron como futura, sino como ya pasada? (Lope de Vega Carpio, *Pastores de Belén, prosas y versos divinos*, 1612)

(13) Al jugador, acostumbrado a gastar en su hábito perverso todo cuanto posee o encuentra a su alcance, no sirve obligarle a que sólo aventure cantidades cortas, sino que es preciso prohibirle que toque a los naipes o a los dados (Antonio Alcalá Galiano, *Lecciones de Derecho Político*, 1843-1844)

(14) creímos dar con el juicio y la razón, y dimos con el sofisma y la extravagancia: presumimos encontrar la firmeza en los principios, y casi tocamos la traición con las manos (Serafín Estébanez Calderón, *Escenas andaluzas*, 1847)

(15) Los caballeros, después de saludar respetuosamente la imagen de cristo quitándose los birretes y murmurando en voz baja una corta oración, reconocieron el terreno con una ojeada, echaron a

tierra sus mantos, y aperciéndose mutuamente para el combate y dándose la señal con un leve movimiento de cabeza, cruzaron los estoques. Pero apenas se habían tocado los aceros (...) la luz se apagó de repente (Gustavo Adolfo Bécquer, *El Cristo de la calavera*, 1862)

(16) Refiérese que en sus frecuentes paseos solitarios, lo mismo que en su habitación, solía elegir un blanco en los árboles ó en la pared, al cual lanzaba su bastón desde cierta distancia. “Si doy en él, pensaba, mi alma será salva; si no le toca, se condenará” (José María de Pereda, *Manías*, 1880)

(17) ¿No habían estado mil veces solos, muy cerca uno de otro, no se habían tocado, no había ella, tal vez con imprudencia, aventurado caricias inocentes, someros halagos que hubieran hecho brotar el fuego si lo hubiera habido allí escondido...? (Leopoldo Alas “Clarín”, *La Regenta*, 1884-1885)

(18) -Sí; habita en el mundo que vivimos, en el que tocamos (José Luis Sanpedro, *Congreso en Estocolmo*, 1952)

(19) - ¿Y qué pinta eso aquí? / -¡Nada; no lo toques! (Miguel Delibes, *La mortaja*, 1948-1963)

Esta variada muestra permite conocer la flexibilidad de esta conceptualización. Como se puede apreciar, en algunos ejemplos hallamos un uso prototípico del significado EJERCER EL TACTO. Por ejemplo, en (6) un sujeto explora con sus manos una carta para comprobar si está en buen estado. Este ejemplo es interesante porque permite comprobar que *tocar*, frente a la opinión de González Pérez (2006), puede aparecer en una dimensión intencional; en este texto, el propósito de la acción táctil es exploratorio, propósito que queda reforzado por la presencia junto a *tocar* del verbo *inspeccionar*. Es muy frecuente que cuando *tocar* expresa este contenido se especifique con qué parte del cuerpo se lleva a cabo la acción; por ello es muy habitual encontrar el adjunto “con las manos”, tal y como ocurre en (7) y (8).

Por supuesto, con este significado sigue quedando como información de fondo del MCI la idea de una distancia entre sujeto y objeto. Aunque el significado EJERCER EL TACTO no suele hacer referencia a esa distancia, en ocasiones hay huellas sintácticas que la activan en la escena. Un caso

muy ilustrativo aparece en (9), texto en el que una mujer asegura que ningún hombre la ha tocado desde que se casó⁴¹⁴. Lo interesante es que la mujer utiliza la expresión “ningún hombre nacido ha llegado a mí”, en la que el verbo *llegar* alude precisamente a la distancia que hay que cubrir para que un contacto de este tipo pueda tener lugar. Este texto demuestra que esa distancia forma parte del conocimiento enciclopédico del hablante cuando usa *tocar*, por más que esté casi siempre latente en MCI.

Aparte de esta configuración fundamental, la escena representada puede experimentar diversos cambios. Por ejemplo puede suceder que los dos elementos de la escena se toquen recíprocamente de modo que ambos sean AGENTES y PACIENTES. Así, al igual que ocurre con ciertos usos de *ver* en su valor de percepción social, la dinámica de fuerzas se vuelve simétrica. Esta variación puede apreciarse en el ejemplo (17), en el que aparece una estructura recíproca con el pronombre *se*. Curiosamente, la misma situación puede darse aunque las dos entidades implicadas sean simples objetos inanimados; es el caso de (15), ocurrencia en la que son unos “aceros” (metonimia de unas espadas) los que se tocan. El uso de una conceptualización recíproca en este contexto literario en el que se está describiendo una batalla es muy acertado, por cuanto que de ese modo se incide en la igualdad de fuerzas de los dos oponentes. Algo semejante aparece en (16), ejemplo en el que un objeto inerte (un bastón) toca otro objeto inanimado; la principal diferencia radica en que en este caso sí hay claramente un trayector (el bastón) y un objeto afectado.

Este último ejemplo permite constatar un hecho muy interesante: en ocasiones se diluye el carácter agentivo de la conceptualización hasta el punto de que sólo queda de ella la idea de un contacto espacial dinámico entre dos entidades inanimadas o abstractas. Esto demuestra que el significado EJERCER EL TACTO puede volverse más esquemático para conservar tan sólo dos conceptos elementales, el contacto y el movimiento, prescindiendo de los factores más corpóreos. El texto reproducido en (10), que pertenece a un tratado de geometría, es buena prueba de ello. En este caso se afirma que unas líneas tocan un cilindro (círculo) “en un solo punto”. Como es evidente, la idea del contacto se

⁴¹⁴ Nótese que en ese contexto *tocar* introduce un conjunto de conocimientos enciclopédicos relacionados con la cortesía social, al tiempo que permite, por vía metonímica, inferir que hay intenciones de carácter sexual en el contacto físico.

mantiene, al igual que la imagen topológica de un desplazamiento o trayectoria, pero han desaparecido las nociones asociadas al cuerpo o a la voluntad de explorar un objeto con la piel.

Tocar cuando significa EJERCER EL TACTO puede expresar aún otros matices. En el ejemplo (13) aparece el complemento directo con la preposición *a*. Ya hemos comentado este fenómeno a propósito del significado GOLPEAR, y una interpretación semejante se obtiene con este otro contenido semántico. Esta ocurrencia habla de lo que ha de hacerse con un jugador empedernido. El autor señala que para liberar al jugador de su hábito no basta con prohibirle que juegue, sino que hay que llegar al extremo de prohibirle “tocar a los naipes o a los dados”. La presencia de la preposición tiene una fuerte justificación semántica; gracias a ella, se intensifica la naturaleza activa del complemento directo, al tiempo que se alude a la intención del sujeto a la hora de tocar esos objetos. De este modo, los naipes y los dados se transforman en entidades activas que representan metonímicamente el MUNDO DEL JUEGO en su conjunto, mientras que el jugador adopta una actitud muy dinámica en el proceso, como es esperable en el contexto de los juegos de azar. Es claro que en este caso podría prescindirse de la marca preposicional, pero su utilización refuerza la imagen codificada por la oración. No obstante, hemos de precisar que el uso de la preposición con este significado es muchísimo menor que con el de GOLPEAR, cuya imagen cognitiva de partida parece exigirla con mayor intensidad.

En otras ocasiones se conserva intacto el significado táctil pero no se explicita cuál es el objeto tocado⁴¹⁵. Es lo que encontramos en (18), donde se habla de la percepción táctil de un modo general⁴¹⁶. Pero otras veces ocurre algo muy distinto, ya que no sólo hay un CD tangible que puede tocarse, sino que se trata de un objeto muy sensible o importante que debe mantenerse a salvo. Como ya anticipamos en el capítulo 4, es frecuente que las acciones táctiles alteren el objeto tocado. Por ello, es habitual dar órdenes de sesgo negativo con *tocar*, para evitar de este modo que un objeto valioso sufra daños. Esta situación se aprecia muy

⁴¹⁵ Este fenómeno pertenece a lo que Porto Dapena (1992: 24) ha llamado estructuras transitivas absolutas.

⁴¹⁶ En este caso la acción táctil sí sería ‘no intencional’ en el sentido defendido por González Pérez (2006).

bien en (19) y es la antesala del significado TOCAR ES AFECTAR que explicaremos después.

Por último, el significado EJERCER EL TACTO puede utilizarse metafóricamente. Ahora bien, en estos casos, la imagen esquemática original se conserva por completo, hasta el punto de que si no fuera por la naturaleza abstracta del CD no podría tenerse la certeza de estar ante un uso nocional. Puede comprobarse con las ocurrencias (12) y (14). En ambas se tocan objetos literalmente intangibles (“la verdad” y “la traición”), por lo que estos textos se convierten automáticamente en proyecciones metafóricas del prototipo físico de partida para pasar a introducir matices informativos relacionados con el conocimiento o la intuición. Lo más destacable es que el requisito cognitivo que impone la hipótesis de la invariabilidad (que la proyección metafórica hacia el dominio destino conserve la estructura básica del dominio fuente) se satisface con *tocar* de un modo extremo, como lo prueba el hecho de que en estos dos ejemplos aparece de nuevo el adjunto “con las manos”, a pesar de que el verbo actúa ya en un plano puramente intensional. Esta circunstancia hace que en muchas ocasiones resulte difícil determinar si un texto ha perdido por completo el semantismo físico o si conserva parte de él.

Sweetser (1990) considera que los verbos del tacto no suelen desarrollar en las lenguas indoeuropeas significados relacionados con el conocimiento. Los ejemplos (12) y (14) parecen una prueba a favor de la hipótesis de que *tocar* sí es capaz de generar usos con modalidad epistémica, pues en ellos se introduce un complemento directo abstracto que sólo admite una interpretación nocional. Creemos que aunque estas extensiones no son muy frecuentes con los verbos del tacto pueden documentarse suficientes casos como para hablar de una metáfora como TOCAR ES CONOCER. Lo cierto es que no hay motivo para que no pueda establecerse semánticamente un puente entre el dominio de la experiencia corpórea y el del conocimiento. En el capítulo 4 hablamos de las teorías de algunos filósofos para los que tocar las cosas es la manera más elemental de conocer la realidad. Es obvio que el conocimiento así obtenido es de carácter empírico y, quizá, mucho más subjetivo que el que se recaba por los sentidos a distancia. O puede simplemente que el tacto ofrezca informaciones distintas (y complementarias) a las que ofrece, por ejemplo, la vista. Pero en cualquier caso, el tacto proporciona

conocimiento experiencial a los hablantes, por básico que sea, de manera que la motivación cognitiva para una metáfora como TOCAR ES CONOCER existe.

Aparte de los textos mencionados hemos encontrado otros similares en nuestro corpus, como estos:

(20) Mas, ¡ay!, ¿qu'indigna flaqueza / es la qu'en tu centro toco?
(Cristóbal Suárez de Figueroa, *La constante Amarilis*, 1609)

(21) ¿Qué novedad, Almendro, es la que toco? (Pedro Calderón de la Barca, *La humildad coronada. Auto Sacramental*, 1644)

(22) Y aunque a cada paso toco / estorbos insuperables / no es mi espíritu de aquellos / que aterran dificultades (Vicente García de la Huerta, *Poesía*, 1779)

La forma *toco* de primera personal del singular es de las más proclives, según nuestras observaciones, para desencadenar matices epistémicos, como se puede observar en estos ejemplos. En los tres se tiene conocimiento intelectual de un concepto abstracto aunque, nuevamente, la conceptualización conserva la imagen original del tacto, como se aprecia en (20); al indicar que el sujeto tocó *en tu centro*⁴¹⁷ se hace referencia al interior mismo del cuerpo, de modo que “la flaqueza” que se “toca” (conoce) se conceptualiza como un órgano corporal que se podría corresponder, incluso, con el corazón. Por otro lado, el ejemplo de (22) contiene un matiz de descubrimiento; a medida que se camina por la vida, “los estorbos” se van “tocando” (descubriendo). *Tocar* aquí no sólo actúa como un verbo epistémico, sino que también introduce un matiz de logro resultativo (se descubre repentinamente cada uno de esos estorbos). Por supuesto, la elección del sustantivo *estorbo* para expresar los

⁴¹⁷ Esta expresión era muy habitual en la poesía española de los siglos XVI y XVII. En la poesía amorosa de la época el amante buscaba una fusión absoluta con la amada, una fusión que fuera más allá de lo espiritual; la unión de las almas le parece insuficiente al poeta y busca unirse corporalmente a su amada hasta llegar a ser un solo cuerpo. En este contexto, el “centro” alude al interior propioceptivo, a aquello que sólo pertenece a cada individuo y que nadie más puede experimentar. Puede recordarse a este respecto un famoso soneto del poeta del siglo XVI Francisco de Aldana, cuyo último terceto explica el desencanto del cuerpo (velo mortal) al no poder alcanzar el interior mismo del cuerpo amado: “que no pudiendo, como esponja el agua / pasar del alma al dulce amado centro / lloira el velo mortal su avara suerte”.

problemas vitales del conceptualizador no es arbitraria, pues va en consonancia con el carácter táctil del verbo; así, los estorbos son, en un plano literal, objetos con los que se puede tropezar accidentalmente, y se convierten gracias a la metáfora ontológica LOS PROBLEMAS SON OBJETOS en inconvenientes vitales.

Aparte de este tipo de proyecciones metafóricas, que *tocar* admite un funcionamiento completamente cognitivo lo demuestra el hecho de que, en algunas ocasiones a lo largo de su historia, ha seleccionado como complemento directo proposiciones flexionadas. Este fenómeno, del que no hay, que sepamos, reflexión alguna hasta ahora en los estudios gramaticales del español, es una confirmación inobjetable del potencial epistémico de *tocar*. A continuación mostramos algunos ejemplos de nuestro corpus⁴¹⁸:

(23) Hasta aquí son palabras del Santo, y no es necesario declararlas, sino advertirlas: porque no ay quien no toque con la mano que los sucessos de la vida del hombre son varios, y inciertos (Fray Juan Márquez, *El gobernador cristiano*, 1612-1625)

(24) Yo veo y toco, que Orsiní hace diez cosas, y escribe otras diez diferentes (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1769*, 1769)

(25) No encuentro qué motivo haya para negarle a la Sociedad Cántabra, el que tenga las referidas juntas en la Corte (...) ni hallo razón para que la clase de alumnos caballeros de la nobleza, concedida a la Sociedad del Reino de Jaén, y a la de las provincias

⁴¹⁸ Hemos encontrado un texto medieval que parece contener una oración sustantiva completiva con el nexa *que* elidido:

(1) Pero, mesquino, toco / se me yria con ella / mas en esto so loco (Anónimo, *Historia troyana en prosa y verso*, 1270).

Si restauramos el hipotético nexa, la oración podría ser esta: “toco que se me iría con ella”. Como se sabe, en español moderno es perfectamente normal que ese nexa subordinante desaparezca en este tipo de oraciones (sobre todo en contextos de ruego o súplica), por lo que nuestra lectura puede ser correcta. Además, la oración subordinada parece aludir a una información que ha recabado el sujeto. Si nuestra interpretación es acertada, quedaría probado que la polisemia de *tocar*, al menos en su vertiente agentiva, ya estaba totalmente consumada hasta en sus usos más subjetivos y gramaticalizados en el siglo XIII.

de Vizcaya se niegue a la de las Montañas: sólo si toco que la no concesión de estos puntos, será bastante a deshacer una obra que lleva excelentes principios y en que se creía el restablecimiento de aquella arruinada provincia (Antonio Montes, *Carta a Rodríguez Campomanes*, 1776)

No cabe duda de que estos textos son sorprendentes. El verbo *tocar*, al igual que le ocurre a *mirar* e incluso en buena medida a *escuchar*, es un verbo sustancialmente agentivo y orientado al sujeto, lo que hace que la mayor importancia conceptual de sus predicaciones recaiga en el AGENTE. De este modo, los PERCEPTOS tienden a ser entidades perfectamente delimitadas (sintagmas nominales). Sin embargo, en este caso, *tocar* lleva por CD unas oraciones subordinadas completivas. Ya hemos visto que esta posibilidad puede darse con *mirar* cuando tiene significados metafóricos, pero parece en principio incompatible con un verbo del tacto. Sin embargo, estas ocurrencias demuestran que esa situación es posible y que, aunque sea de un modo muy periférico, *tocar* permite la presencia de estos complementos.

Las oraciones sustantivas introducen obligatoriamente una percepción mental debido a que son entidades intensionales. Cuando *tocar* lleva estos complementos flexionados expresa por defecto una percepción cognitiva, ya que la percepción indirecta le está vetada; alguien puede ver, pongamos por caso, unas pistas para extraer de ellas una conclusión (“Veo que tu primo ha estado aquí”), pero no parece factible un contexto en el que la subordinada materialice las conclusiones extraídas tras una exploración manual⁴¹⁹. Por ello, en estos ejemplos la sustantiva expresa hechos puramente abstractos, como la certeza lapidaria de que la vida del hombre está llena de sorpresas (23).

Otra prueba clara de que *tocar* desempeña en estos ejemplos funciones epistémicas la brinda el ejemplo (24), en el que está unido copulativamente a *ver* en un uso claramente cognitivo. No obstante, todo esto que estamos comentando no significa que *tocar* haya perdido su vinculación con lo táctil; los elementos del dominio fuente de la proyección metafórica siguen siendo recuperables. Obsérvese, por

⁴¹⁹ Es más, si un médico, por ejemplo, llegara a una conclusión tras examinar con las manos a un enfermo, probablemente enunciaría esa deducción con *ver* o con un verbo de actitud proposicional.

ejemplo, que en (23) aparece el adjunto “con la mano”, tan propio de los contextos físicos del significado EJERCER EL TACTO.

El siguiente significado derivado del esquema agentivo que vamos a considerar es el que responde a la metáfora conceptual AFECTAR ES TOCAR. Como explicamos en el apartado 4.5.3.3., la experiencia táctil suele comportar en un plano fenomenológico la alteración material del objeto tocado⁴²⁰. Por ese motivo se tiene mucho cuidado al manipular los objetos valiosos o delicados y son frecuentes las prohibiciones explícitas en relación con acercarse demasiado a ciertas cosas (como ocurre en los museos). Esa experiencia tangible está muy afianzada en la información enciclopédica del MCI de *tocar*, de ahí que desde fecha temprana nuestro verbo haya dado lugar a este nuevo significado, a partir de la metonimia EFECTO POR CAUSA (Ibarretxe-Antuñano, 1999a). Naturalmente, el grado de afectación que recibe el PACIENTE es variable; a veces será una alteración física (más o menos permanente) y a veces se tratará de una afectación abstracta⁴²¹. Veamos algunos ejemplos:

(26) Sé que los godos tomaron a Roma, pero no tocaron en la iglesia de Sanct Pedro, no tocaron en las reliquias de los sanctos, no tocaron en cosas sagradas (Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, 1527-1529)

(27) Lo segundo, deve llorar el buen príncipe si le han tocado en la honrra (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(28) El qual ençendido en más rabia le mandó echar a unos alanos, los quales no tocaron a él aunque avía tres días que no comían (Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la lengua española castellana*, 1611)

(29) -Al menos –tartamudeó la marquesa-, cuéntele usted lo que me pasa... Puede ser que Dios le toque al corazón (Benito Pérez Galdós, *La de Bringas*, 1884)

⁴²⁰ Es decir, se activa lo que Ibarretxe-Antuñano (1999a) denomina como rasgo [+ efecto].

⁴²¹ Recordemos que Ibarretxe-Antuñano (1999a) explica esta posibilidad aduciendo que cuando la afectación es física sólo ha operado una selección de propiedades metonímica, mientras que se llega al valor más abstracto y emocional (la película me tocó) gracias una metaforización posterior.

(30) -Siéntese y perdone, pero Carlos pone el grito en el cielo si tocamos algunos de sus papeles (Max Aub, *La calle de Valverde*, 1961)

La alteración del objeto en estas ocurrencias es diversa, tanto en lo referente a su intensidad como en relación con su naturaleza semántica. En (26), (28) y (30) se altera físicamente algo, pero de formas distintas. Así, mientras que en (26) y (30) las reliquias y los papeles sólo experimentan cambios superficiales de ubicación, el cambio que podría haberse producido en (28) hubiera sido permanente, puesto que habría consistido en graves heridas producidas por “los alanos” (perros). Pero esta imagen esquemática puede subjetivarse y volverse metafórica, como en (27) y (29); en estos ejemplos de afectación figurada, *tocar* guarda relación con la honra de una persona (pauta social) o con un contexto religioso (Dios “toca” un corazón y lo conmueve). El ejemplo de (27) es peculiar porque no se sabe con certeza si el clítico *le* tiene función de CD o CI; si es un CD (leísmo masculino) se entendería que se afecta directamente a una persona en su conjunto, de manera que el circunstancial locativo “en la honra” especificaría qué parte (moral) es la dañada. Pero si se interpreta el *le* como un CI, nos encontramos ante un uso de la metáfora AFECTAR ES TOCAR en transitividad absoluta, situación sintáctica periférica por cuanto que es esperable que con este significado el CD sea explícito.

A partir del significado AFECTAR ES TOCAR se desarrolla un nuevo cambio semántico que propicia la aparición del valor TRATAR UN ASUNTO ES TOCAR⁴²². Este significado se construye con el mismo procedimiento cognitivo que aquel del que deriva: mediante una metonimia EFECTO POR CAUSA (Ibarretxe-Antuñano, 2002). Además, la idea de la alteración del PERCEPTO se mantiene. Lo que sucede es que sobre esa conceptualización opera un cambio adicional por la vía de una nueva metáfora ontológica, de la que ya hablamos en el apartado 4.5.3.3.: la metáfora por la que los asuntos de los que se habla o se discute son OBJETOS FÍSICOS. Las conversaciones, exposiciones académicas y

⁴²² Con todo, el significado TRATAR UN ASUNTO también puede proceder de otros significados que implican una manipulación brusca del objeto:

(1) Al llegar aquí tocamos a las puertas de un gran misterio (Juan Donoso Cortés, *Bosquejos histórico-filosóficos*, 1848-1853)

En este ejemplo *tocar* introduce un tema del que se va a hablar, pero lo hace a partir del significado literal de GOLPEAR.

narraciones son OBJETOS que se alteran para que adopten nuevas formas al ser comunicadas y para que avancen en su desarrollo. El significado TRATAR UN ASUNTO ES TOCAR supone un paso más en la expansión semasiológica del verbo y mantiene una relación indirecta con respecto al prototipo EJERCER EL TACTO. Consideremos algunos textos:

(31) Pánfilo.- Paréceme, señor Policronio, que si tarde comenzastes a leer, os habéis dado mucha priesa, pues tan resolutamente tocáis en tan varios autores (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(32) -En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo -dijo a esta sazón el cura-, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605)

(33) Sólo este punto de tu vida toco / que lo demás quiero callarlo agora (Andrés de Rey de Artieda, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, 1605)

(34) Por el contrario, yo estoy pronto a mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España que, habiendo predicado las mismas festividades y con las mismas llamadas circunstancias sobre las cuales bobearon y desbarraron sin tino otros predicadores que los precedieron, ellos o las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca o, si las tocaron, fue con un aire de burla y de desprecio que hizo visible, y aun risible, a todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758)

(35) Y con esto tocamos un aspecto muy delicado de la cuestión (Gonzalo Torrente Ballester, *La safafuga de J.B.*, 1972)

En todos estos casos aparecen complementos que representan cuestiones que deben ser desarrolladas verbalmente de manera durativa durante un período de tiempo. Se trata de comentarios, reflexiones o materias que van cambiando a medida que se exponen, por lo que su codificación semántica como OBJETOS que se transforman por medio de acciones táctiles se muestra muy adecuada. Es importante resaltar que nos encontramos ante un significado muy gramaticalizado, por lo que no

sorprende que con frecuencia *tocar* carezca de complemento directo cuando activa este valor; el significado TRATAR presupone en sí mismo UN TEMA O ASUNTO, por lo que a veces, como ocurre en (31) y (32) el potencial transitivo del verbo queda cancelado. En esas dos ocurrencias se hace referencia al tópico discursivo a través de sendos sintagmas preposicionales introducidos por *en*; estos sintagmas introducen, por medio de una referencia locativa (“en varios autores”, “en materia”), la cuestión sobre la que se conversa.

Esta última idea permite constatar una pauta que suele estar asociada al significado TRATAR UN ASUNTO ES TOCAR: cuando se emplea este significado se suele conceptualizar el lapso de tiempo en el que se desarrolla ese tema (la conversación, la argumentación, el monólogo, etc.) como un CAMINO por el que se va pasando mientras se construye el asunto tratado. De este modo, los hablantes tienden a hacer referencia a las distintas partes de su argumento por medio de deícticos espaciales. Este fenómeno, denominado deíxis textual (Cifuentes Honrubia, 1989: 104-108), demuestra que incluso con este contenido tan abstracto es recuperable el movimiento de partida y la distancia recorrida que están implicados en la imagen esquemática de *tocar*. A continuación ofrecemos varios ejemplos que incluyen referencias deícticas de este tipo, así como otras expresiones léxicas que activan la imagen conceptual de un CAMINO (en cursiva):

(36) Muchas otras causas ponen los santos doctores para desaconsejar las segundas nupcias (...) y sumamente de todos los escritores eclesiásticos y gentílicos que en esta materia han tocado, lo cual yo no tengo de traerlo *acá*, porque no escribo exhortaciones (...) (Juan Justiniano, *Instrucción de la mujer cristiana*, de J. L. Vives, 1528)

(37) Y éstos, después de tornados en España e haber sembrado en ella tal enfermedad, de ahí pasó a Italia y a otras partes, como *adelante* diré sin desacordarme de hacer relación particularmente, *donde* convenga, de once cosas notables que en este capítulo se han tocado (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(38) en lo cual se halló presente e non obstante que la muerte del visorrey Blasco Núñez Vela e otras cosas que se han tocado *de*

*suso*⁴²³ se tornarán aquí a memorar, dice el cronista que por ser persona de crédito, quiso ponerlo aquí (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(39) Ahora, con no menor brevedad trataré de los indios y de sus rictos y costumbres, para que cuando comience la conquista, el lector vaya advertido de muchas cosas que se tocarán *de paso* (Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 1560)

(40) pero quiero añadir aquí lo que tocamos arriba (Pedro de Ribadeneira, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados*, 1595)

(41) Y, pues se han tocado ya las cosas generales, *se venga* a las especiales (Alonso López Pinciano, *Filosofía antigua poética*, 1596)

(42) Y aunque los dichos sucesos son notorios, y por esto se pudie escusar de referirlos, pero porque es justo que los entendáis más distintamente, se tocarán aquí los más sustanciales (Luis Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, rey de España*, 1619)

(43) Y á esto último se inclinan más los AA. a que han tocado este punto, del qual Yo volveré más *de espacio* á decir lo que siento *en otro lugar* (Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana*, 1648)

(44) Aun en las materias mismas, que han tocado otros, se puede decir con verdad, que es autor original, porque *el rumbo* por donde lleva la pluma siempre es nuevo, el método distinto, la claridad superior; y aun en assumptos comunes, como son los que pertenecen a la Ethica y Política, *a cada passo* le sugiere su perspicaz inventiva singularísimas y hermosísimas sentencias (Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro Crítico Universal*, VII, 1736)

(45) *En el tomo 5, disc. 15, núm. 56*, tocamos y probamos este punto con los varios experimentos que allí pueden verse (Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro Crítico Universal*, VII, 1736)

⁴²³ *De suso* es una locución adverbial que significaba en español antiguo ARRIBA, en un sentido espacial. La forma *suso* procede del latín *sūsum* (HACIA ARRIBA), y tuvo vigencia sobre todo en la Edad Media. En el Renacimiento empezó a desaparecer (Alvar y Pottier, 1983: 307-308), por lo que el ejemplo que citamos quizá pertenezca a la época en que ya empezaba a considerarse una expresión obsoleta.

(46) Y *aquí* tocamos con una cuestión importante y que más de una vez ha de *venirme* a la pluma *en el curso* de esta historia (Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 1880-1881)

Como vemos, es muy frecuente conceptualizar los textos que exponen narraciones o argumentos como caminos; estas ocurrencias contienen adverbios de lugar y sintagmas locativos, y por ellas “se pasa” y “se vuelve” siguiendo un “rumbo”. En los ejemplos (39) y (43) aparecen dos locuciones adverbiales (“de paso” y “de espacio”) que entendemos que se encuentran poco gramaticalizadas, de modo que conservarían su significado espacial de partida⁴²⁴. Incluso podemos interpretar la expresión “aquí tocamos con una cuestión importante” de (46) como un uso en el que *tocar* se aproxima funcionalmente al verbo *encontrarse*, puesto que rige la misma preposición que este para introducir los obstáculos con los que alguien se encuentra; naturalmente, el “obstáculo” en este caso es la cuestión con la que se tropieza el sujeto mientras “camina” por su exposición.

Por último, *tocar* ha producido un significado dentro del esquema agentivo que procede directamente del significado de GOLPEAR, tal y como ha puesto de manifiesto Ibarretxe-Antuñano (1999a: 97-98). Se trata de un valor que perdura hasta nuestros días y que ha logrado invisibilizar por completo la motivación semántica que lo hizo aparecer: nos referimos al significado causativo HACER SONAR UN INSTRUMENTO MUSICAL ES TOCAR, al que nos referiremos a partir de ahora sólo con la palabra MUSICAL.

El significado MUSICAL apareció gracias a una concreción semántica desencadenada por una metonimia del tipo EL TODO POR LA PARTE; de este modo, en lugar de golpear un objeto cualquiera se golpea uno en concreto: una campana o cualquier otro instrumento de percusión. Este significado es muy antiguo y ha pasado, en nuestra opinión, por tres fases evolutivas:

- 1) Primera fase: sólo se empleaba este significado con instrumentos de percusión que había que golpear (máxima motivación semántica).

⁴²⁴ Puede encontrarse un interesante análisis de los procesos de gramaticalización que permiten transformar las expresiones espaciales y temporales en adverbios en el trabajo de Ruiz Gurillo (en prensa).

2) Segunda fase: el significado MUSICAL empieza a generalizarse, y pasa a designar el proceso causativo por el que se hace sonar a cualquier instrumento, sea de percusión o no.

3) Tercera fase: *tocar* puede emplearse en contextos en los que se hace sonar un objeto que no es un instrumento propiamente dicho⁴²⁵. Un caso paradigmático es el de “tocar el timbre de una casa”; estrictamente, esta oración debería indicar que se golpeó el timbre para hacerlo sonar (repárese en el contraste con “tocar a la puerta”), pero gracias a la paulatina generalización del valor MUSICAL, la idea primigenia (producir un sonido con un golpe) ha desaparecido por completo.

El significado MUSICAL admite dos configuraciones fundamentales. La primera es aquella en la que aparece el instrumento tocado o la melodía resultante⁴²⁶ en forma de complemento directo:

(47) Y puestos los unos contra los otros, Giontes tocó una trompa que tenía, y los cavalleros movieron al más correr de sus cavallos, Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula, libros I y II*, 1482-1492)

(48) Grande era el alegría de la doncella y mayor el corage d’el cavallero de la Mula Blanca, después que supo que su compañero iba preso, y así con gran furia tocó la bozina (Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *Torneo y Máscaras Ofrecidos por la Reina María de Hungría al Emperador Carlos V y al Príncipe Felipe*, 1552)

(49) Algún tanto consolado Pelio Roseo con estas palabras, poniendo fin a sus secretos suspiros, salió de la sepultura, y, andando por las puertas de la cuadra, vino a hallar en el medio la

⁴²⁵ Incluso puede ocurrir que el instrumento musical se conceptualice como sujeto sintáctico, de modo que *tocar* pase a significar genéricamente SONAR. Veamos un ejemplo:

(1) pues no se puede dudar que las mismas Castañuelas no tocarán de diversa manera en las manos de una Joven (Francisco Agustín Florencio, *Crotología ó ciencia de las Castañuelas*, 1792)

⁴²⁶ O también, aunque es menos frecuente, el nombre del músico que ha compuesto las obras que se van a interpretar:

(1) El cantaor canta todos los estilos; el guitarrista, cuando el cantaor se enjuaga la boca, toca a Falla y a Tárrega (Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia*, 1952)

Como se puede apreciar, el complemento directo de *tocar* en este caso es el nombre de los autores de las melodías (metonimia PRODUCTOR POR PRODUCTO).

puerta de la cruz. Y como tocó la aldaba, de la parte de dentro le respondió una sosegada voz que así dijo: ¿Quién llama a la cruzada puerta? (Pedro Hernández de Villaubrales, *Peregrinación de la vida del hombre*, 1552)

(50) Hecho esto tocarán todas las músicas juntas que hubiere un poco (Anónimo, *El sumario de lo que contiene la historia de la comedia del duque don Alonso y desta cassa*, 1535-1622)

(51) -No está bien templado ese instrumento, venga; y lo templó y tocó de admiración (Juan Antonio de Valencia, *Diario de noticias de 1677 a 1678*, 1677-1678)

(52) En seguida tocarán marcha todas las bandas (Anónimo, *Código de justicia militar*, 1890)

(53) le vio pasar con pena, y si la dejaran le habría tocado el himno de Riego (Benito Pérez Galdós, *Los Ayacuchos*, 1900)

(54) Si tocamos apenas una cuerda de violín, dará un sonido débil y si la tocamos con fuerza, el sonido será más fuerte (Juan Benejam, *La escuela práctica: obra destinada a promover la enseñanza primaria moderna mediante ejercicios*, 1904-1905)

En estos textos se hacen sonar diversos instrumentos musicales que no son de percusión, y también hallamos complementos directos que expresan metonímicamente no el instrumento tocado, sino el resultado musical (un himno, por ejemplo). Esto demuestra la diversidad que admite el valor MUSICAL, producto de la generalización del significado⁴²⁷. Naturalmente, el contenido más primario de GOLPEAR PARA HACER SONAR sigue existiendo; en (49) y (54) “la aldaba” y “la cuerda del violín” se golpean (con mayor o menor suavidad) para que suenen, por lo que en estos casos hay una superposición (segundo axioma de la hipótesis de Geeraerts) de los significados GOLPEAR y MUSICAL.

⁴²⁷ A partir de este esquema también se han formado estructuras idiomáticas, como la locución {tocarle las palmas [a alguien]}. Veamos un ejemplo:

(1) Me tocaron las palmas, y en las dos corridas me pegaron de firme: molido a golpes (P. Golete, *Taurinas*, 1944)

En este caso, el sonido producido por la acción de golpear las palmas de las manos se lleva a cabo con el propósito de animar a alguien mientras desarrolla alguna actividad, generalmente de carácter artístico.

En la segunda configuración no aparece ningún CD; esto implica que cuando *tocar* (que recordemos que es un verbo resultativo que debe llevar cuando conserva intacto su contenido perceptivo un CD explícito) no aparece con un PERCEPTO determinado, su significado se desliza a la noción MUSICAL. La razón de este comportamiento estriba en la concreción metonímica que pauta este uso, del mismo modo que ocurre con el valor TRATAR UN ASUNTO: MUSICAL no es más que la reducción a una única opción (un instrumento) de las múltiples posibilidades combinatorias de *tocar*, de modo que si no se explicita otro CD, puede inferirse que es un CD preestablecido y de alguna manera contenido en el verbo. Por supuesto, el contexto pragmático termina de motivar esa interpretación. Veamos algunos ejemplos:

(55) Asy vateado el niño, tocaron los menestrillas, e dançó el Rey e la Reyna (Pedro Carrillo de Huet, *Crónica del halconero de Juan II*, 1454)

(56) Debo a los músicos tres noches de función; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago (Mariano José de Larra, *Empeños y desempeños*, 1832)

(57) y un día tocó mal, y como nos burlásemos de él, cogió la corneta, y sopló y nos dijo: “Chicos, ha tenido una pena y se ha reventado la pobrecilla mía...” (Emilia Pardo Bazán, *Un viaje de novios*, 1881)

(58) No había esa mañana tamborileros, pero el capellán de doña Mariquita, don Bartolomé Otalauruchi, un señor gordote, con la boquita muy chiquita, cogió un chistu y un tamboril, que eran suyos propios, y tocó requetesuperior, entre aplausos (Rafael Sánchez Mazas, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, 1956)

(59) yo le oigo porque sólo delante de mí canta, pero toca muy bien, hay que decirlo, y en el canto afina (Rafael Sánchez Mazas, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, 1956)

En ocasiones, como ocurre en (57), (58) y (59) se compensa la falta de especificidad de esta conceptualización introduciendo un adjunto circunstancial que especifica el modo en que se ejecutó la acción musical. Sin embargo, la situación más frecuente cuando no se señala el instrumento que se toca o el resultado de la acción (la pieza musical, la

melodía, etc.) es indicar por medio de una estructura de finalidad introducida generalmente por la preposición *a* cuál es el fin por el que se hace sonar algo⁴²⁸. Esta variante ha sido relativamente frecuente desde el inicio del significado MUSICAL y ofrece múltiples posibilidades, algunas de las cuales se han lexicalizado con el paso del tiempo:

(60) Los enemigos, en viendo los nuestros tocaron a mucha prisa arma por todo su campo (Diego Núñez Alba, *Diálogos de la vida del soldado*, 1552)

(61) creo que si esta armada tuviera ruín suceso, mudara de opinión, porque la poca sangre que aquel día derramaron les dolió de manera que á otras dos armas que después han tocado, no han acudido tan bien como á la pasada (Anónimo, 1582, *Junio 7.- D. Lorenzo Noguera participa desde la ciudad de Punta Delgada*, 1582)

(62) yendo contentos y alegres / y el rey muy regozijado / en la real capitana / al arma, al arma, han tocado (Maestro Arze, *Historia de la destrucción de Troya*, 1582)

(63) y porque el viento ha faltado / paran en Puerto Figuera / donde los han auisado / que en Lepanto el enemigo / está surto y sosegado / y entendiendo aqueste auiso / luégo á leuar han tocado (Pedro Padilla, *Romancero*, 1583)

(64) El día siguiente a la noche ubo comedia, y al fin della tocaron un revato falso que a las damas y a quien no lo savía dio arta pena, porque dezían avía en la costa de Denia 14 galiotas de moros (Anónimo, *Jornada de su Majestad y Alteza desde Madrid a Valencia a casarse el rey con la reina Margarita*, 1599)

(65) Los moros que iban con él dieron luego voces, y los cristianos tocaron arma (Luis de Mármol Carvajal, *Rebelión y castigo de los moriscos*, 1600)

⁴²⁸ Es muy inusual, pero pueden coexistir el CD y la estructura de finalidad, como se aprecia en este ejemplo:

(1) y así una mañana que se habían tocado las campanas a rebato y las trompetas a ponerse a punto, con esta consideración (...) salió Pánfilo armado de una jacerina (Lope de Vega Carpio, *El peregrino en su patria*, 1604)

(66) De manera que, visto el daño que se recibía y el poco fruto que hacían, y porque las más de las escalas eran cortas y a los que por ellas subían los derribaban muertos o heridos, tocaron a recoger y retirarse (Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, 1604-1618)

(67) Viernes 25 de junio, ya que amanecía, tocaron al arma en el campo cuando los turcos llegaban a la trinchea (Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, 1604-1618)

(68) el inmenso tropel de paisanos que rodeaba los estandartes de los concejos no pudo resistir la investida de los formidables lanceros del maestre, y al retroceder llenos de pánico terror, sembró el desórden en las filas de los cordobeses; entonces tocaron á degüello los dos hermanos Fernandez, y deponiendo las ballestas echaron mano á las espadas, cebándose sin duelo en aquel paisaje á quien acusaban de su orfandad (Nicasio Camilo Jover, *Las amarguras de un rey*, 1856)

(69) Con estas escelentes condiciones le encontró “el Regatero” cuando tocaron á matar (José Santa Coloma, *Fiestas reales de toros*, 1878)

(70) Con forzado júbilo disimulaban los españoles la tristeza de la patria ausente, y así, cuando las cornetas, á las diez en punto, tocaron á silencio y se dio por terminada la huelga, los más divertidos cayeron en opacas añoranzas (Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauén*, 1905)

(71) Al amanecer, las cornetas tocaron diana cerca y lejos (Benito Pérez Galdós, *De Cartago a Sagunto*, 1911)

Como es notorio, esta variante pertenece casi exclusivamente al ámbito militar. En un contexto bélico, un ejército puede hacer sonar un instrumento para avisar a las tropas de manera acústica de que hay que realizar una acción conjunta. Fundamentalmente se trata de coger las armas porque un ataque enemigo es inminente. Otra forma de expresarlo es indicar que se toca “a rebato”, es decir, que se toca para que los soldados se prevengan de inmediato con beligerancia y dureza. Nótese

que los sustantivos actuales *alarma* (APARATO DE ALERTA) y *arrebato* (FUROR) son el producto de la lexicalización de la preposición *a* que introduce el sintagma de finalidad junto con los sustantivos *arma* y *rebato*. No debe olvidarse que *rebato* (ALARMA OCASIONADA POR ALGÚN PELIGRO) procede del término árabe *ribāt* que significa ATAQUE REPENTINO; de este modo, cuando se tocaba “a rebato”, se advertía de un ataque que estaba a punto de producirse, lo que ocasionaba que los soldados pasaran a un estado de gran nerviosismo y agresividad. Por tanto, el significado de FUROR propio de *arrebato* tiene su origen en ese estado de agitación derivado de la certeza de un ataque. Un uso similar al de tocar “a rebato” tiene la expresión tocar “a degüello” (68).

Como es lógico, estas estructuras presentan variaciones. Aunque por lo general la preposición suele aparecer, a veces se suprime, por lo que sólo queda el núcleo nominal que representa la causa por la que se toca el sonido. Esto puede apreciarse en ejemplos como (60), (61) o (64). En otras ocasiones la estructura está tan gramaticalizada que puede interpretarse como una locución. Un caso muy habitual es el presentado en (71); *tocar diana* es la expresión empleada en el ejército español para despertar a los soldados, y tiene carácter idiomático. Otras veces, el núcleo de la estructura de finalidad introduce una conceptualización mucho más dinámica, puesto que el elemento que verbaliza la orden transmitida es un infinitivo (conceptualización eventiva); de este modo, se puede tocar “a recoger” o “a matar”. Por supuesto, también es posible que, por medio de una metonimia, el sustantivo empleado represente la acción pretendida. Cuando se toca, como en (70), “a silencio”, se señala que ha llegado la hora de retirarse, expresando metonímicamente el resultado (que haya silencio) por medio de la acción ordenada (marcharse).

Por último, nuestras observaciones inductivas revelan dos hechos interesantes: en esta conceptualización el verbo suele aparecer conjugado en tiempos perfectivos del pretérito y suele ser impersonal. Este comportamiento no es más que un reflejo icónico de la escena establecida por esta conceptualización; cuando se usa esta variante, el conceptualizador tiende a codificar la acción como algo sucedido en el pasado y de escasa duración temporal; debido a que los avisos sonoros de este tipo son inesperados, no suelen predecirse, por lo que no suelen aparecer en tiempo futuro. Por otra parte, la señal acústica sólo dura unos segundos, por lo que se concibe como un logro (Vendler, 1967), como algo

súbito, lo que explica su carácter prototípicamente perfectivo. Además, el conceptualizador destaca la acción en sí, siendo irrelevante quién es el AGENTE que la ejecuta (información que incluso puede desconocerse), de ahí que estas expresiones con mucha frecuencia carezcan de sujeto. De hecho, incluso aunque sea habitual que el verbo esté en tercera persona del plural (véase la muestra presentada), estos usos no son personales, ya que pese a que *tocar* tiene en ese contexto un sujeto gramatical recuperable a través de las desinencias de la conjugación (un hipotético “ellos”), se trata de un sujeto tácito de interpretación inespecífica (RAE, 2009), que no se corresponde en realidad con ninguna persona en particular.

Hemos observado que el significado MUSICAL con estructura de finalidad tiende a producir locuciones y unidades idiomáticas. Por ello no sorprende que en ocasiones aparezcan estas configuraciones con su forma original pero empleadas en un contexto metafórico. Podríamos interpretar estos usos, de los que ofrecemos dos casos en (72) y (73), como un estadio intermedio entre la estructura libre y el resultado gramaticalizado de, por ejemplo, los términos *alarma* y *arrebato*. En (72) aparece la construcción “tocar a rebato” empleada con un significado léxico de carácter unitario; en este texto el autor ironiza con las precariedades de los padres, y lo hace empleando esta expresión para señalar que justo cuando el padre cree que va a poder descansar (después de que se callen los niños), comienza repentinamente “un mal de la madre” (sujeto sintáctico de *tocar*). Por todo ello en ese ejemplo, la expresión “tocar a rebato” se subjetiviza y pasa a significar que la madre SE ENFURECIÓ. Por su parte, el texto de (73) emplea la expresión “tocar a silencio” para aludir a la nueva actitud de respeto que unas personas de repente manifiestan acerca de los libros de un autor, sobre los que previamente habían vertido opiniones muy duras. El SILENCIO se concibe entonces como el cese de las críticas:

(72) -No es penitencia para menos –respondió el Cojuelo-.
Diferentemente le sucede a esotro pobre y casado que vive en esotra casa más adelante, que después de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oído de niños tiples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, ahora que se iba a trasponer un poco, le ha

tocado a rebato un mal de madre de su mujer (Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, 1641)

(73) La Luna corre aunque los perros ladren: sigue su carrera burlando de su algazara; se hace sorda, porque sus ladridos no la hacen fuerza. ¿Fuera bueno que interrumpiese su curso, porque los gozquillos levantasen el grito? ¿Bueno fuera escondiese sus luces, porque haya quien se disguste de las claridades? No es razón: siga el autor sus obras, que ya puede girar seguro, porque los apologistas han tocado a silencio (Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias*, 1730)

En definitiva, el esquema agentivo de *tocar* le permite al verbo adoptar numerosas formas y contenidos. Bajo el denominador común de una configuración dinámica en la que un elemento se desplaza hasta alcanzar otro desde el punto de vista activo del conceptualizador, se despliega un considerable abanico de posibilidades de abstracción variable. El núcleo prototípico es EJERCER EL TACTO (tras imponerse al antiguo núcleo GOLPEAR) y, a partir de él, surgen esquematizaciones, proyecciones metafóricas y metonímicas y construcciones diversas que se entretajan en una estructura radial de superposiciones conceptuales.

7.4.2. Esquema estático

La segunda imagen esquemática que vamos a considerar difiere enormemente de la anterior. Se trata de una imagen en la que hay dos o más entidades pasivas que se encuentran muy cerca la una de la otra en el espacio físico. Lo simbolizamos del siguiente modo:

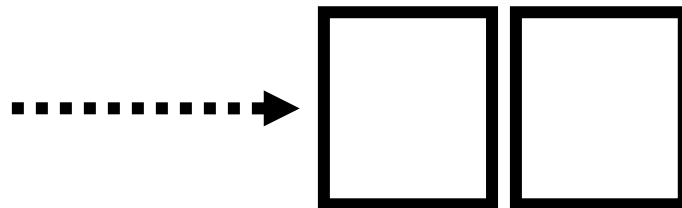


Figura 4. Imagen esquemática de la predicción estática de *tocar*.

Existen notables diferencias entre esta conceptualización y la agentiva. En primer lugar, en esta posibilidad no hay ningún tipo de movimiento, lo que representamos con la flecha discontinua; la trayectoria espacial propia del MCI de *tocar* se encuentra en este caso inactiva en el fondo del marco semántico. Por otro lado, las entidades implicadas carecen de movimiento y de agentividad, por lo que el contacto físico entre ellas es involuntario y totalmente circunstancial, lo que se corresponde con un estado. Ello explica, además, que las dos entidades sean equivalentes en términos conceptuales (dos cuadrados perfilados), circunstancia muy trascendente para comprender el funcionamiento de esta conceptualización; aquí no hay agonista ni antagonista, sino que sólo aparecen dos objetos estáticos muy cerca uno del otro hasta el punto de que entran en contacto, siendo precisamente ese contacto físico el nudo semántico que permite que el verbo *tocar* pueda generar esta imagen⁴²⁹. En nuestra experiencia cotidiana observamos que las cosas están a veces muy juntas, y usamos el verbo *tocar* para comunicarlo aun cuando sabemos que ninguna de las partes “toca” en realidad nada. Diríamos que la transmisión de fuerza con este esquema es ‘cero’. Esta imagen es muy periférica dentro de la categoría semántica de *tocar*, lo que demuestra que la idea de un desplazamiento vectorial (físico o metafórico) es clave en el prototipo del verbo. De hecho, este es el único esquema que carece de ese vector.

El primer significado que se configura sobre este patrón es la expresión ESTAR UNA COSA AL LADO DE OTRA. Este significado, que ha sido reconocido en todos los trabajos previos sobre *tocar*, tiene valor estativo en el plano aspectual; ello implica que el verbo vehicula predicados carentes de duración temporal y de límites definidos (Vendler, 1967). Se expresa así que en el medio físico dos entidades están muy cerca la una de la otra sin que ninguna de ellas ejerza fuerza o manifieste movilidad. Veamos dos ejemplos:

⁴²⁹ Nuestro análisis coincide en este punto con las observaciones de Vandeloise (1996) a propósito de los usos estativos de *toucher*. En palabras de este autor (Vandeloise, 1996: 561): “the concept of contact makes it easy to find the commonality between the kinetic and the static usages of the verb *toucher*”.

(74) Allí se tocan Aragón, Cataluña y Valencia, y desde aquel punto hasta la embocadura del Cenia lindan Valencia y Cataluña (Antonio José Cavanilles, *Observaciones sobre la historia natural*, 1795)

(75) Un corte dado en dirección conveniente nos hace ver que la médula está formada también por sustancia blanca, que aquí es la exterior, y gris, que es la interna. Esta última afecta la forma de dos medios cilindros huecos que se tocarán por su parte convexa (Anselmo González Fernández, *Memorándum elemental de zoología*, 1890)

Como se puede apreciar, en ambos casos las realidades implicadas son de la misma naturaleza e iguales en cuanto a su prominencia conceptual; así, en (74) son provincias las que se encuentran cerca “tocándose”, mientras que en (75) son los cilindros (quizá unas vértebras) de la médula espinal los que se hallan en contacto por una de sus partes. No hay movimiento alguno (los objetos ocupan una posición inamovible) y todos son idénticos hasta el punto de que en ambos casos *tocar* aparece en una estructura recíproca, la cual, como ya hemos explicado, señala inequívocamente que los sujetos son equivalentes. Pero a diferencia de las estructuras recíprocas que denotan una acción cuyos sujetos son AGENTES y PACIENTES al mismo tiempo (“las espadas de los guerreros se tocaban”), en este caso no hay transferencia de energía, sino solamente adyacencia estática.

Aparte de la configuración recíproca, ¿puede el significado ESTAR UNA COSA AL LADO DE OTRA adoptar una estructuración transitiva con sujeto y complemento directo? En principio es posible, pero estamos de acuerdo con Vandeloise (1996) al asumir que sólo habrá valor estativo cuando el sujeto no haya experimentado ningún movimiento previo. De lo contrario, nos encontraríamos ante un caso (muy esquemático) del valor EJERCER EL TACTO, como el del ejemplo (10) analizado anteriormente, que adaptamos ahora como (76) para verificar el contraste:

(76) Las líneas tocaron un punto del círculo.

(77) Mi pueblo toca el tuyo.

Es evidente que sólo en (77) aparece un uso estativo de *tocar* puesto que el pueblo es un concepto abstracto en cuyo MCI no hay ninguna idea vinculada al movimiento. Sin embargo, como explicamos en el apartado anterior, las líneas de un dibujo remiten cognitivamente a una imagen

topológica que sí se puede relacionar con un movimiento abstracto o 'movimiento ficticio' talmyano; tendemos a percibir movimiento al considerar el concepto LÍNEA pero no al pensar en un PUEBLO⁴³⁰. Todo esto ha llevado a Vandeloise (1996) a preguntarse si en los usos estativos como los de (77) el CD funciona como PACIENTE o como LUGAR; a la vista de estas consideraciones, creemos que concebir el CD como un LUGAR es lo más coherente, sobre todo si tomamos en consideración que el sujeto en este caso tampoco es un AGENTE⁴³¹.

Hemos asegurado que lo esperable dentro del esquema estático es encontrar dos entidades que son equivalentes en cuanto a su semántica. ¿Por qué razón ocurre esto? Para entenderlo hemos de examinar cómo categorizamos los seres humanos las relaciones espaciales. Lakoff y Johnson (1999) descubrieron que las personas suelen establecer relaciones de similitud entre las cosas que están cerca. Cuando vemos con frecuencia dos objetos muy juntos, nuestro cerebro tiende a crear una conexión natural entre ellos, e incluso puede interpretar que los dos objetos son parecidos⁴³². Lakoff y Johnson (1999) propusieron la metáfora conceptual

⁴³⁰ Por eso la oración de (1) es aceptable y la de (2) resulta imposible:

(1) Las líneas tocaron un punto del círculo {tras recorrer 50 metros}

(2) *Mi pueblo toca el tuyo {tras recorrer 50 metros}

Si introducimos en la escena información sobre la distancia recorrida comprobamos que los usos estativos son incompatibles con ella.

⁴³¹ De este modo, el CD actuaría como referencia deíctica para ubicar al sujeto (percepción localizada). Vandeloise (1996: 557-558) propone un ilustrativo ejemplo que adaptamos al español. Imaginemos un dibujo en el que hay un árbol que tiene a ambos lados dos sillas idénticas. Una de ellas, que tiene clavada una flecha, está pegada al tronco del árbol, y la otra se encuentra a un par de metros de distancia. En ese contexto, una oración como

(1) La flecha toca(α) la silla que toca(β) el árbol

mostraría el uso deíctico de *tocar* enfrentado al uso agentivo: mientras que *tocar* (α) introduce un AGENTE y un PACIENTE (la flecha y la silla), *tocar* (β) sólo determina qué silla es la afectada por la flecha por medio de una referencia espacial.

⁴³² El psicólogo D. Casasanto (2008) ha realizado experimentos que parecen desmentir esta hipótesis. Este investigador mostró a los informantes diversas imágenes en las que aparecían dos objetos a diferentes distancias. Según sus resultados, los sujetos del experimento consideraban que los dibujos se parecían más cuanto más separados se encontraban, y a la inversa, cuanto más próximos más diferentes les parecían. Es evidente que si comparamos dos cosas muy parecidas (como por ejemplo los rostros de dos hermanos gemelos) teniendo las dos partes muy cerca en el plano visual podremos apreciar mejor las sutiles diferencias que, inevitablemente, siempre habrá entre ellas. Por el contrario, si vemos primero la foto de un gemelo y luego la del otro (sin tener nunca las dos a la vista simultáneamente) nos resultará más difícil apreciar esas diferencias. Estos resultados no contradicen, en nuestra

LA SIMILITUD ES PROXIMIDAD precisamente para explicar ciertos usos lingüísticos relacionados con la equifuncionalidad y la vinculación conceptual que parecen estar relacionados con la proximidad física. Uno de los ejemplos más evidentes de esta configuración metafórica lo ofrece el principio de proximidad de la teoría de la iconicidad lingüística (apartado 2.10.2): las funciones más dependientes e interconectadas suelen estar muy juntas en la cadena sintáctica, mientras que aquellas funciones entre las que no median ligazones gramaticales pueden presentarse muy distanciadas.

Pues bien, teniendo en cuenta que, en su sentido literal, la metáfora ESTAR UNA COSA AL LADO DE OTRA ES TOCAR introduce varias entidades físicas que se hallan muy cerca, no es anómalo que tendamos a usar esta conceptualización para hablar de objetos que pertenecen a la misma categoría y que poseen un estatus semejante: las provincias que comentábamos antes o los huesos de la columna vertebral no mantienen ninguna diferencia jerárquica entre sí, de modo que tendemos a agruparlos bajo un marco común.

Lo más interesante es que este mismo principio permite proyectar la variante espacial del valor estativo a un plano nocional, siendo el fruto de esa proyección el significado SER O PARECER ES TOCAR. En efecto, los dos objetos que tenemos en esta configuración (que son parecidos y que pertenecen a una noción compartida por el hecho de estar cerca), pueden transformarse metafóricamente en una base de atribución y en su cualidad predicada⁴³³. Pensemos, por ejemplo, en la estructura interna de una oración ecuativa como la siguiente:

(78) Roberto es camarero

Si reducimos esa oración a una imagen sencilla obtenemos una entidad A (Roberto) que se corresponde correferencialmente con una entidad B (camarero). Esa correspondencia viene introducida por el verbo

opinión, la hipótesis de Lakoff y Johnson; Casasanto ha pasado por alto que Lakoff y Johnson no hablan de parecidos literales cuando las cosas están cerca, sino de idealizaciones semánticas que no actúan sobre la percepción visual sino sobre la cognición.

⁴³³ La misma idea fue apuntada por Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 147), aunque estos investigadores no hablan de un uso atributivo de *tocar* sino sólo de un acercamiento espacial metafórico entre dos entidades. En nuestra opinión, hay que eliminar de esa interpretación el matiz de movimiento, puesto que consideramos que este significado atributivo sólo es posible en un esquema estático.

ser que tan sólo actúa como enlace que señala que las dos entidades representan el mismo referente.

Si comparamos esta idealización con la presentada en la figura 4 puede entenderse nuestro planteamiento. Los dos cuadrados simbolizan las dos entidades correferentes (sujeto y atributo) y la adyacencia locativa la relación de atribución gracias a la metáfora LA SIMILITUD ES PROXIMIDAD. La propiedad establecida por el atributo se expresaría, además, por otra metáfora complementaria: LOS ESTADOS SON OBJETOS QUE PUEDEN TOCARSE⁴³⁴. De este modo, *tocar* puede representar de manera excepcional predicados en los que sea recuperable un comportamiento atributivo o pseudo-atributivo. Considérense los siguientes ejemplos:

(79) Título de arras & de fealdad & de cosas que tocan a arras & a fealdad (Anónimo, *Fuero General de Navarra*, 1300-1330)

(80) La razón de esto es, que pronunciándose cualquiera de estas diez y siete letras de que usamos hablando sola, si no hay cuidado de estorbarlo tocarán un poco a los finales de sus pronunciaciones en el sonido de alguna vocal (Juan Pablo Bonet, *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar los mudos*, 1620)

(81) Pero el mismo Santillana da noticia de otros dos Poetas, anteriormente á Jordi, y Febrer, y acaso tocarán á este siglo (Fray Martín Sarmiento, *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, 1745)

Sin duda en estos textos *tocar* evoca una imagen muy compleja, pero entendemos que de ellos se desprende de manera dominante un matiz pseudo-atributivo. En los tres ejemplos aparecen sujetos gramaticales y sintagmas que parecen introducir una cualidad, semejanza o pertenencia de dichos sujetos. Los sujetos serían “las cosas” (por medio del relativo *que*), “las letras” y “los poetas”, y aquello que se predica de ellos sería, respectivamente, ‘su parecido con las arras y con cosas feas’, ‘su parecido a los finales de la pronunciación de las vocales’ y ‘su pertenencia a una época determinada’. Por supuesto, esa relación se construye a partir de una escena asociada al contacto, puesto que los sujetos “tocan” dichas cualidades o características, de modo que su proximidad fuerza a esa

⁴³⁴ Volveremos a tratar la metáfora LOS ESTADOS SON OBJETOS más adelante.

vinculación conceptual. Si nuestra interpretación es correcta, quedaría demostrado que *tocar* permite (si bien de forma extremadamente periférica) usos pseudo-atributivos y que esos usos se gramaticalizaron ya en español medieval, puesto que un texto de principios del siglo XIV (79) contiene esta conceptualización.

Nuestra experiencia corporal de todos los días nos informa de que el sentido del tacto suele implicar movimientos en el espacio, pero también nos hace comprender que las cosas pueden estar azarosamente unas junto a otras. Esa evidencia experiencial explica la tendencia de la cognición humana a realizar asociaciones intrínsecas entre las cosas que habitualmente se encuentran cerca, tendencia que, a su vez, permite la creación de usos lingüísticos como los examinados en este apartado.

7.4.3. Esquema de movimiento vectorial

El esquema agentivo presupone la existencia de una distancia que separa al sujeto que toca y al objeto tocado. Esa distancia puede rastrearse, como hemos visto, en determinadas huellas sintáctico-semánticas, como deícticos que organizan espacialmente el desarrollo de la escena o la presencia de verbos que evocan movimientos previos a *tocar*. Sin embargo, en dicho esquema la trayectoria no es decisiva para entender el funcionamiento del verbo. Por el contrario, en el esquema de imagen con movimiento vectorial del que nos vamos a ocupar ahora la trayectoria es el elemento fundamental. En esta conceptualización no sólo tenemos un sujeto que, al menos en un plano físico, se comporta habitualmente como un AGENTE, sino que también se encuentra perfilado como figura gestáltica el CAMINO recorrido. Por su parte, el objeto funcionaría, del mismo modo que en ejemplos como el (77), como el LUGAR o META del movimiento, la zona a la que se dirige el sujeto sintáctico. Por supuesto, ese LUGAR también puede designar a una parte del trayecto recorrido, es decir, una de las múltiples paradas que el sujeto va superando mientras se desplaza.

El verbo *tocar* admite este funcionamiento porque es capaz de remarcar la distancia obligatoria entre sujeto y objeto para categorizar a partir de ella un MOVIMIENTO, mientras deja en un segundo plano el eventual contacto entre las dos entidades. Este matiz es interesante porque gracias a él *tocar* deja de ser en esta conceptualización un verbo

resultativo; el verbo introduce un movimiento voluntario, pero el objeto (META) puede alcanzarse o no, por lo que *tocar* focaliza la intención y actitud del sujeto más que el logro consumado de su acción. La representación prototípica de esta imagen quedaría así:

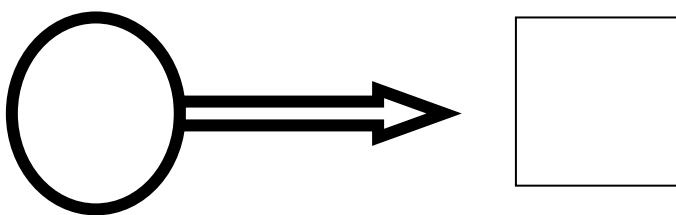


Figura 5. Imagen esquemática de *tocar* con movimiento vectorial.

No obstante, hemos de precisar que en ocasiones el sujeto sintáctico no representa una entidad animada dotada de voluntad. Cuando se da esta circunstancia la idea de voluntad agentiva desaparece, de modo que la trayectoria se perfila aún más y pasa a ser el núcleo de la conceptualización. ¿Cómo se configura el verbo *tocar* cuando posee el significado vectorial? A continuación ofrecemos una muestra:

(82) Mirad cualquiera de nosotros que tocamos en la tierra de Cartago (Anónimo, *Baldo*, 1542)

(83) Y este cordel ha de ser muy largo, que toque hasta el suelo y aún passe mucho más (Anónimo, *Los veintiún libros de los ingenios y máquinas de Juanelo Turriano*, 1605)

(84) Y quando se querrá nivelar, convendrá que el peso cuelgue tanto que toque en la línea de la planicie (Anónimo, *Los veintiún libros de los ingenios y máquinas de Juanelo Turriano*, 1605)

(85) Con tanto, al dar las diez tocamos en las puertas de Córdoba (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626)

(86) y llegados allí hicieron alto, sacaron la provisión que traían de la última aldea que tocaron y la fueron aligerando (Braulio Foz, *Vida de Pedro Saputo*, 1844)

(87) resueltos a morir y protegidos por la sombra, comenzaron a escalar el enhiesto peñón del Segre, a cuya cima tocaron a punto de la medianoche (Gustavo Adolfo Bécquer, *La cruz del diablo*, 1860)

(88) aquél es el Cuerno de Bezana, y a su mismo pie hay otras dos maravillas naturales: la cueva de Sotos-Cueva, cuyo fin nadie ha tocado, porque probablemente acaba en maravilla mayor (José María de Pereda, *Peñas arriba*, 1895)

(89) Y he aquí que Alah les asignó un viaje feliz, y tocaron en Iskandaria con buena salud (Vicente Blasco Ibáñez, *Traducción de Las mil y una noches*, 1916)

(90) A las seis tocamos puerto (Ramón María del Valle-Inclán, *Las galas del difunto*, 1926-1930)

(91) Antes de llegar a Santo Domingo, estos tres barcos habían tocado la isla en Xaraguá, con gran contento de Roldán (Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 1940-1947)

En todos estos ejemplo *tocar* desarrolla significados como LLEGAR A UN LUGAR o PASAR POR UN LUGAR. En algunas ocurrencias es difícil dictaminar si nos encontramos ante el significado vectorial o ante un uso del valor EJERCER EL TACTO en el que el sujeto es inanimado (“las líneas tocan esa parte del círculo”). Aunque en ambos casos, como hemos explicado, es recuperable la trayectoria, consideramos que el verbo pertenece al patrón vectorial cuando la distancia es el elemento destacado por el conceptualizador. Ello se puede observar, por ejemplo, examinando la naturaleza sintáctico-semántica del objeto META.

En efecto, el carácter espacial del objeto sobre el que el trayector orientado su flujo de energía es tan dominante con el esquema vectorial que el hablante tiende a conceptualizarlo con estructuras marcadamente locativas. Es muy frecuente que el elemento que se “toca” se exprese con sintagmas preposicionales con *en* (véase la muestra de ejemplos), incluso aunque el sujeto sea inanimado, como en (84). También hemos encontrado un caso (ejemplo (83)) que contiene una meta expresada con un sintagma encabezado por *hasta*; como se sabe, esta preposición introduce un límite en el espacio, de manera que la preposición instaure, por sí sola, la imagen de un CAMINO DELIMITADO.

Cuando la META se explicita en forma de complemento directo, el núcleo de ese complemente suele ser un sustantivo de significado local, como ciudades o aldeas ((82), (85), (86), (89)). En (91) coexisten al mismo tiempo un CD local (una isla) y un complemento locativo que restringe la referencia de la isla (“en Xaraguá”). También pueden aparecer como CD ubicaciones de otro tipo, como “el fin de una cueva” (88) o “el puerto” al que se dirige una embarcación (90). Pero quizá la prueba más inequívoca de que *tocar* se puede transformar en un predicado de movimiento vectorial es que con este patrón puede adquirir propiedades sintácticas de las que carece con otros significados, lo que lo acerca al funcionamiento gramatical de verbos prototípicos del movimiento en español. Tenemos un ejemplo en (87). En este texto *tocar* aparece complementado por un suplemento introducido por la preposición *a*⁴³⁵: “a cuya cima [de la montaña] tocamos”. En este caso la preposición no introduce, como podría pensarse, un CD preposicional (algo además muy ilógico, puesto que la cima no es “tocada” en sentido estricto) sino que evoca el lugar al que se dirige el sujeto; el sintagma locativo se vuelve actancial (suplemento obligatorio) porque el verbo lo requiere necesariamente (iconicidad). Este esquema es propio de algunos verbos de movimiento, como *llegar* (*llegar a un lugar*) y el hecho de que *tocar* lo acepte al verbalizar este significado demuestra que la trayectoria de su MCI es un elemento susceptible de ser destacado en la experiencia cognitiva de los hablantes.

Hemos explicado anteriormente que *tocar* en estos ejemplos cancela su carácter resultativo, por lo que la intención de alcanzar un lugar no siempre conduce al éxito. El texto de (88) lo muestra con mucha claridad: muchas personas han intentado *tocar* (ALCANZAR) “el fin de una cueva”, pero nadie lo ha logrado todavía. Por otra parte, si bien es frecuente que el objeto hacia el que se dirige el sujeto se identifique con una META FINAL, no es imprescindible que sea así, ya que también puede corresponderse, como hemos adelantado, con una zona de paso, tal y como podemos constatar en la ocurrencia número (86); “la aldea que se ha tocado” no constituye un destino definitivo, sino sólo una parte más de un largo camino que se está recorriendo.

⁴³⁵ Recordemos que esta preposición tiene un significado muy direccional, heredado del latín.

Por último, lo más frecuente cuando *tocar* genera uno de estos significados vectoriales es que el verbo aparezca en tiempos perfectivos del pretérito (ocho casos de los diez presentados). Una acción como LLEGAR o ALCANZAR tiende a conceptualizarse como un logro resultativo (Vendler, 1967) en la medida en que el logro aspectual es instantáneo en el tiempo: cuando el sujeto alcanza una meta, esa llegada se conceptualiza como un suceso sin desarrollo temporal interno, y el tipo de evento prototípico para los predicados que denotan brevedad y perfectividad son los logros.

Este marco de tipo espacial puede utilizarse para diseñar contenidos más abstractos empleando diversas proyecciones metafóricas; la cadena de gramaticalización que va del ESPACIO a categorías más abstractas se confirma con *tocar*. Veamos algunos textos:

(92) Y aun estas conjeturas se terminan en ciertas nociones universales, porque todas las naturalezas específicas y aun las más de las razones genéricas ínfimas están tan lexos de nuestro conocimiento que ni aun las tocamos con la duda (Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, 1729)

(93) ¡Oh, si esto fuese todo, y si sólo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah!, tocamos a otro inconveniente (Mariano José de Larra, *Ya soy redactor*, 1833)

(94) Mas su imperio no tendrá más que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo (Mariano José de Larra, *Traducción de El dogma de los hombres libres: palabras de un creyente de M. F. Lamennais*, 1836)

(95) Ciertamente, estas ventajas no se tocarán en el acto, pero este inconveniente, que recaerá tan solo sobre los autores de la reforma, ni oscurece las ventajas (...) ni debe arredrar á los que están dispuestos á sacrificarlo todo al bien del país (Laureano Figuerola, *Decretos*, 1868)

(96) Sus disparos de usted son temibles cuando puede disparar con soltura; pero ahora ha tocado usted fondo y puede uno acercarse impunemente (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

(97) Y así tocamos nuestro límite y agotamos toda nuestra energía
(Luis Rosales, *Cervantes y la libertad*, I, 1960)

Las características descritas en relación con los usos físicos del patrón vectorial se han extrapolado a ámbitos de carácter abstracto. De este modo, las METAS del movimiento han dejado de ser lugares físicos para convertirse, gracias a un proceso de metaforización, en nociones diversas. Concretamente, la cadena metafórica ESPACIO > TIEMPO > CUALIDAD (Claudi y Heine, 1986; Heine, Claudi y Hünemeyer, 1991) explica algunos de estos procesos. Por ejemplo, en (94) se toca (llega) “al término de ese tiempo”, es decir, se expresa que se alcanza un intervalo temporal, el momento de hacer determinada cosa. El ejemplo de (97) muestra otro proceso similar, pero esta vez del ESPACIO se llega a la CUALIDAD; de este modo, se indica que el sujeto puede alcanzar su propio límite, o lo que es lo mismo, puede llegar a conocer su capacidad para un determinado esfuerzo.

Nuevamente, hallamos expresiones que perfilan la noción de TRAYECTO. En (93) y (94) vuelve a aparecer un suplemento con *a* de carácter locativo, sólo que esta vez asociado a un dominio semántico metafórico. Repárese, además, en que en (93) encontramos un diálogo, por lo que el LUGAR al que se ha llegado es un tema nuevo; como se ve, se recupera aquí la concepción topológica de la argumentación que explicábamos a propósito del significado TRATAR UN ASUNTO. En (92) se conceptualiza el conocimiento como un CAMINO, de modo que ciertos conceptos están “tan lejos” que aún no pueden tocarse (alcanzarse en el espacio); esta conceptualización permite definir la posesión de un conocimiento como un destino al que se ha llegado tras superar una distancia y el desconocimiento como el estar lejos de aquello que se desea saber. Algo similar sucede en (95), sólo que aquí el CAMINO se refiere a un proceso de cambio político; el tiempo que transcurre desde que se aprueban unas reformas hasta que éstas dan sus frutos se concibe como una distancia más o menos extensa. Esa imagen hace predecir que las “ventajas” de las reformas sólo se “tocarán” con el tiempo, puesto que el camino “es largo” (muy complejo).

Finalmente, la ocurrencia (96) contiene un ejemplo de la locución *tocar fondo*, que significa LLEGAR UNA SITUACIÓN A SU PEOR ESTADO POSIBLE. *Tocar* ha gramaticalizado esta estructura idiomática

precisamente porque tiene la capacidad para resaltar un componente de distancia, de tipo vertical en este caso. Para Lakoff y Johnson (1986) LO BUENO ESTÁ ARRIBA y LO MALO ESTÁ ABAJO, lo que permite construir una dimensión espacial que gradúe el nivel de calidad de un determinado concepto. Pues bien, al señalar que alguien “toca fondo” se indica que ha alcanzado el punto más bajo de la escala, por lo que se infiere que su situación no puede ser peor. Como se puede apreciar es la naturaleza espacial de la configuración lo que favorece esa lectura, y *tocar* puede codificarla gracias a su patrón vectorial.

En suma, este marco semántico de *tocar* es interesante porque resalta la noción de la distancia que media entre sujeto y objeto y amplía el potencial sintáctico del verbo de un modo notable. Por supuesto, el sujeto, que puede ser un AGENTE, se corresponde con la entidad que alcanza la META o intenta alcanzarla. Por ello, la idea de voluntad aún está presente con este patrón, del mismo modo que el cuerpo del conceptualizador sigue teniendo movilidad propia. En los próximos apartados estudiaremos otros esquemas muy distintos en los que el conceptualizador adopta un valor semántico diferente del examinado hasta ahora.

7.4.4. Esquema de flujo invertido pasivo

Obsérvese la oración de (98):

(98) Íñigo paseaba por la selva y le tocó una serpiente en la pierna.

En este texto *tocar* funciona como un verbo transitivo dentro del marco EJERCER EL TACTO, puesto que la serpiente toca físicamente un objeto (al viajero Íñigo, representado por el clítico de acusativo *le*) en un lugar (la pierna). Sin embargo, en esta oración el punto de vista del conceptualizador se sitúa en una perspectiva pasiva; es la serpiente el elemento activo que alcanza el cuerpo del excursionista sin que este pueda evitarlo. Esta situación sigue perteneciendo al dominio semántico de la percepción táctil agentiva, pero a diferencia de los enunciados en los que el conceptualizador describe la escena desde el punto de vista del AGENTE, en el (98) su descripción está invertida, debido a que el trayector transfiere su energía desde fuera.

El esquema de imagen que vamos a estudiar en este apartado es una proyección metafórica de esta configuración sintáctica del significado

prototípico EJERCER EL TACTO. En este marco el conceptualizador es pasivo y el sujeto sintáctico le alcanza tras superar una distancia. Lo observamos en la siguiente figura:

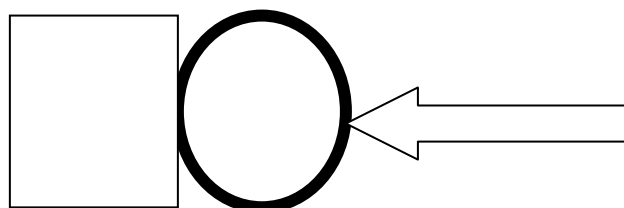


Figura 6. Esquema pasivo de *tocar* de carácter metafórico.

¿Por qué de todas las posibilidades léxico-construccionales que *tocar* permite en su funcionamiento agentivo se ha gramaticalizado esta para transmitir contenidos exclusivamente abstractos? La razón estriba, a nuestro juicio, en la conciencia cognitiva del cuerpo. Es evidente que con frecuencia usamos nuestro tacto voluntariamente, pero no lo es menos que también percibimos constantemente presiones y alteraciones en nuestro cuerpo que son incontroladas por venir de agentes externos que nos rodean. El cuerpo humano está recubierto por la piel y ofrece información sensorial muy diversa al cerebro permanentemente (recuérdese lo comentado a este respecto en los capítulos 4 y 6). Podría decirse que los seres humanos estamos diseñados para experimentar múltiples percepciones en cualquier parte de nuestra anatomía y en cualquier momento. Teniendo en cuenta que el principio de indexicalidad postula que la conciencia corporal (como centro del espacio) determina el punto de referencia para interpretar la realidad, no resulta extraño que la subjetividad psicológica derivada del hecho de tener sensibilidad táctil por todo nuestro cuerpo haya enriquecido semánticamente una conceptualización en la que el hablante constata cómo algo entra en contacto con su piel. Esta experiencia cotidiana es tan frecuente que la lengua la ha metaforizado para pautar nociones diversas.

¿Cuál es el contenido fundamental de esta conceptualización de flujo invertido pasivo? Hay dos aspectos nucleares. El primero es la falta de

control del conceptualizador⁴³⁶. Cuando una entidad animada (como una serpiente en un paraje selvático) nos toca, tendemos a concebir ese proceso como un hecho incontrolado; durante la experiencia cotidiana cabe la posibilidad de que muchos objetos nos toquen azarosamente puesto que nuestro cuerpo es sensible en todas sus partes y ocupa una considerable volumen en el espacio. En consecuencia, con este valor el conceptualizador funciona como un complemento indirecto que carece de control sobre el evento, evento que se vuelve por ello intransitivo. Por otra parte, el esquema de flujo invertido pasivo de carácter metafórico no implica afectación al PACIENTE en ningún grado (afectación 'cero').

Por todo ello la idea matriz de este esquema de imagen es la de la CORRESPONDENCIA: una entidad activa (trayector) alcanza a un PACIENTE que no tiene control y pasa a estar junto a él. El PACIENTE, al no experimentar ningún cambio de estado, se convierte en un LUGAR, el elemento locativo al que llega el sujeto, o lo que es lo mismo, desempeña la función de PROTO-RECIPIENTE (Dowty, 1991). Este comportamiento básico representa el núcleo de la categoría, y de sus diversas formulaciones se obtienen los significados que estudiamos a continuación.

El primer significado que se construye con este esquema de imagen es el de CORRESPONDER ES TOCAR. En la estructura {*corresponderle* [algo] [a alguien]} el beneficiario (o persona perjudicada, según el caso) recibe una entidad (sujeto) que le ha sido asignada por un proceso que no depende de él. Esa involuntariedad es la que explica que el conceptualizador se alinee junto al PACIENTE. Pues bien, *tocar* puede significar CORRESPONDER porque ha transformado metafóricamente la experiencia física en la que las cosas tocan al PACIENTE de forma incontrolada en una escena más elaborada en la que el trayector no toca físicamente, sino que sólo alcanza (tras cubrir una distancia metafórica) al experimentante que funciona como complemento indirecto. Este proceso de cambio por gramaticalización es posible gracias a la subjetivación que activa el principio de indexicalidad: primero tocan físicamente ciertas cosas al PACIENTE y después (cambio semántico) le tocan objetos nocionales (idea de correspondencia). Gracias a este significado *tocar*

⁴³⁶ Esta idea también es decisiva para comprender el funcionamiento de *oler*, como explicaremos en el capítulo 8.

desencadena matices originales, relacionados sobre todo con la posesión. Veamos algunos ejemplos:

(99) Y estando así juntos y congregados los dichos señores corregidor, capitán a gerra y diputados, aviendo echado suertes en rason de la precedencia de asientos proponer y resolver según costumbre y sacado, en primer lugar, a la villa de San Vicente, en segundo a la de Santander, en el tercero a la de Laredo y en el quarto a esta de Castro. Tomaron cada uno de dichos diputados el que les tocó y se hicieron las proposiciones (Anónimo, *Acta de Junta*, 1676)

(100) ¿Qué te parece la superioridad de alma de la bella mujer que me ha tocado en suerte? (José Selgas y Carrasco, *Un rostro y un alma*, 1874)

(101) Ya comprenderás que sus conquistas han ido desmereciendo en importancia según le iban pesando los añitos. Á mí me ha tocado ser la última (Benito Pérez Galdós, *Tristana*, 1892)

(102) Cuatro criados del Sr. D. Beltrán andamos en este trajín del reparto, y a mí me ha tocado la tierra de Vizcaya (Benito Pérez Galdós, *Vergara*, 1899)

(103) Al novillero ese le tocó un toro con unos pitones exageradísimos; mi amigo estaba asustado (Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia*, 1952)

(104) Y ya ve usted, ni aun así deja uno de luchar ni de tener disgustos. Por eso es por lo que digo que me ha tocado el seis doble en esta vida (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, 1956)

(105) -Hombre, pues no es ningún plato de gusto, tampoco, el que a ellos les cae –decía el de la armónica-. Ellos son los primeros que les toca fastidiarse por narices (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, 1956)

(106) Es el ciclo fatal de la vida: juventud, madurez, agonía, muerte... A nosotros nos ha tocado vivir la época de los últimos estertores... Como Roma al fallecimiento de Teodosio y Bizancio bajo la dinastía de los Constantinos... (Juan Goytisolo, *Señas de identidad*, 1966)

Siempre que *tocar* significa CORRESPONDERLE ALGO A ALGUIEN el sujeto sintáctico “que toca” pertenece a una categoría en la que hay más elementos que, potencialmente, podrían “tocar” al PACIENTE. Este hecho conecta en ocasiones con la idea de un REPARTO, mientras que otras veces el elemento destacado se convierte en trayector por casualidad (como la serpiente en la selva; puede tocar la pierna una serpiente, la rama de un árbol, etc.). En los ejemplos mencionados, “las tierras” o “los toros” que les han correspondido a los PACIENTES podrían haber sido distintos. Que este proceso es aleatorio lo prueba la presencia en algunos ejemplos, como el (99) y el (100), de expresiones como tocar “en suerte”, lo que demuestra que el conceptualizador es consciente de su falta de control ante el proceso denotado por el verbo.

Otro hecho destacable es que con frecuencia aquello que “toca” pasa a ser automáticamente una propiedad del PACIENTE. Este fenómeno se explica por la concepción topológica de la posesión. En muchas lenguas del mundo (como el francés entre las románicas) se expresa que un objeto A pertenece a un poseedor B diciendo que “A está en B”; nuestro cerebro no sólo establece SIMILITUD entre las entidades que están juntas, sino que también determina que lo que está en un lugar (el PACIENTE que actúa como PROTO-RECIPIENTE) pertenece a ese lugar⁴³⁷. Así, “la tierra” que le toca al PACIENTE en (102) pasa a ser una propiedad (alienable) de este.

Por otra parte, la naturaleza conceptual del sujeto puede variar mucho con este significado. El sujeto puede ser un objeto material, como el toro que le corresponde a un torero (103) o la tierra de la que acabamos de hablar, pero también puede ser un concepto más abstracto. Dentro de esta posibilidad, hallamos cierta variedad construccional. El elemento que “toca” se puede conceptualizar con un sustantivo definido usado metafóricamente, como sucede en (104). En esta ocurrencia un hombre se queja de la vida tan difícil que ha tenido. Para expresar cómo ha sido utiliza una expresión inspirada por una situación de reparto material prototípica: el reparto de las fichas del juego del dominó. Como es obvio, si las fichas son buenas, las posibilidades de éxito en la partida aumentan,

⁴³⁷ En el capítulo 8 trataremos de nuevo este patrón semántico. Puede verse en Cifuentes Honrubia (2010) un interesante y original análisis de la relación entre la POSESIÓN la EXISTENCIA y la LOCALIZACIÓN.

mientras que si son malas el jugador en cuestión tiene todas las de perder. Pues bien, “el seis doble” simboliza en el juego del dominó la peor suerte posible (información enciclopédica), y es esa idea la que metafórica aquí el conceptualizador para describir sus desdichas, con lo que consigue desplazar la responsabilidad de su mala vida al mero azar.

Pero la situación puede complicarse. Con mucha frecuencia aquello que le corresponde a alguien es una situación más compleja que no puede reducirse a un sintagma con sustantivo definido. En esos casos, el hablante puede emplear un infinitivo para materializar qué es aquello que le ha tocado. Encontramos tres ejemplos en (101), (105) y (106): los sujetos que alcanzan al PACIENTE son, respectivamente, “ser la última conquista”, “fastidiarse” y “vivir en esta época”. De inmediato se constata que los tres sujetos contienen infinitivos de carácter estativo; esto indica que al sujeto le ha tocado experimentar de manera durativa y sin límites temporales definidos una cualidad o situación estable. Este es el único tipo de infinitivo que CORRESPONDER ES TOCAR admite, puesto que los estados carecen de agentividad; ello significa que el requisito de ‘no afectación causativa’ de este significado se mantiene (ausencia de cambio aspectual interno).

¿Cómo es posible que un estado “toque” a alguien? Es perfectamente factible porque en estos casos *tocar* contiene la metáfora conceptual LOS ESTADOS SON OBJETOS QUE SE MUEVEN. Montserrat i Buendía (2007: 150-180) ha analizado los usos del verbo deíctico *venir* en catalán en los que un estado “viene” hacia el PACIENTE. Es lo que ocurriría en oraciones españolas como estas:

(107) A Joaquín le vino de repente el cansancio.

(108) Me vino un gran deseo de ir al cine.

Montserrat i Buendía considera que en este tipo de ejemplos los estados se conceptualizan como objetos materiales que se desplazan por el espacio, de manera que desde el punto de vista del conceptualizador parece que esos estados se dirigen hacia él sin que pueda evitarlo (falta de control). Así las cosas, nuestro análisis revela que esta metáfora puede ser aún más corpórea (cognición corporeizada) ya que los ESTADOS no sólo “vienen” al hablante sino que también lo “tocan”⁴³⁸. Lógicamente, ese

⁴³⁸ E incluso a veces “chocan” contra el conceptualizador. En efecto, el verbo *chocar* ha producido en español usos en los que el hablante verbaliza una impresión procedente del

contacto explícita, gracias a los matices semánticos de la adyacencia de los que hemos hablado, que el ESTADO pasa a ser algo propio del PACIENTE, una de sus cualidades. Como vemos, la diferencia entre este significado y el de TOCAR ES SER (apartado 7.4.2) está relacionada con el punto de vista del conceptualizador y con cuál es la 'zona activa' de la escena: mientras que en "Yo toco la buena vida" el elemento destacado es el AGENTE en "Me toca vivir bien" se focaliza la fuerza conceptual del propio estado, la involuntariedad del proceso y la "distancia" que recorre el estado hasta el PACIENTE. Teniendo en cuenta lo poco rentable que es la variante agentiva (lo confirma su escasez en el corpus) estamos de acuerdo con Montserrat i Buendía (2007: 151) cuando apunta que los seres humanos tendemos a conceptualizar el TIEMPO como un ESPACIO por el que van los ESTADOS, pero que se trata de un espacio pasivo ya que el tiempo es incontrolable (transcurre con una lógica intrínseca ajena al conceptualizador); por ello, es más natural que los estados avancen hacia nosotros que no que nosotros avancemos hacia ellos o estemos junto a ellos.

El significado CORRESPONDER ES TOCAR ha dado lugar por la vía de la gramaticalización a una unidad fraseológica que sintetiza perfectamente la esencia de esta conceptualización: nos referimos a la expresión {*tocarle* [a alguien] *la china*}. Esta expresión, que significa CORRESPONDERLE A ALGUIEN UNA TAREA MUY DURA, parte de una situación inicial literal, que funciona como contexto pragmático y como motivación para activar la subjetividad del hablante. Las *chinas* son unas piedrecitas pequeñas y redondeadas que se encuentran por todas partes. En sus juegos infantiles los niños cogen una de estas piedras cuando tienen que decidir algo y hacen lo siguiente: uno de los niños esconde la china en una mano y los demás deben decir dónde está, de modo que pierde el niño que elige la mano que tiene la china (DRAE,

exterior como una entidad que choca contra él. De este modo se infiere que esa información le resulta sorprendente, por lo que no sólo le "toca" sino que también le "impacta con un choque". Veamos un ejemplo:

(1) Es el único crío que conozco al que le gusta la ensalada. Mis hijos la detestan, yo no soy ninguna fan y me choca que Diego la devore a no importa qué hora (Carmen Rico Godoy, *Cómo ser una mujer y no morir en el intento*, 1990)

Como se ve, *chocar* tiene por sujeto una oración sustantiva que representa una información que sorprende al conceptualizador, hasta el punto de que se refiere a dicha información en términos de afectación física.

1992: 646). Como se puede apreciar, *tocarle al alguien la china* es una expresión idéntica a las que hemos explicado; *tocar* significa CORRESPONDER y aquel al que le corresponda la china es el PACIENTE. Sin embargo, la estructura se ha gramaticalizado porque, por una extensión metonímica, la china se ha convertido en un símbolo de CUALQUIER TAREA INCÓMODA, con lo que el significado de la expresión se ha vuelto idiomático:

(109) Nada, nada; al que le toca la china se tiene que aguantar
(Benito Pérez Galdós, *Tormento*, 1884)

(110) -Así tenía que acabar. Se le había metido en la cabeza lo de ser heroína del pueblo, y claro, le ha tocado la china (Ignacio Aldecoa, *El fulgor y la sangre*, 1954)

En estas dos ocurrencias se aprecia perfectamente el funcionamiento de esta locución. Cabe destacar la presencia en (109) de la afirmación “se tiene que aguantar”, que refuerza el MCI de la expresión al señalar lo inconveniente de la tarea asignada.

Aparte de esta unidad fraseológica, la metáfora conceptual CORRESPONDER ES TOCAR tiene otra variación muy frecuente, tanto que se podría interpretar como una conceptualización independiente. Se trata de la variante en la que el sujeto que alcanza por casualidad (o suerte) al PACIENTE es un PREMIO (concreción metonímica). Esta posibilidad es muy habitual en español moderno, hasta el punto de que casi nunca se utilizan otros verbos como *corresponder* o *lograr* cuando se habla de la obtención de premios. Ahora bien, el requisito para que esta conceptualización resulte natural es que sea activa la idea de la involuntariedad del proceso⁴³⁹; por este motivo, lo más frecuente es que este uso aparezca cuando el premio pertenece a una rifa o a un sorteo (máximo azar). Veamos un ejemplo:

⁴³⁹ Por nuestro conocimiento enciclopédico del mundo sabemos que hay reconocimientos y premios que se conceden por méritos objetivos, tales como los doctorados honoris causa y los galardones de gran prestigio internacional. Se presupone que esos premios comportan de algún modo esfuerzo por parte del galardonado (quizá el esfuerzo de toda una vida), por lo que *tocar* no encaja en este contexto. Lo apreciamos en el ejemplo siguiente:

(1) #A Gabriel García Márquez le tocó el Premio Nobel de Literatura en 1982.

Como es evidente, un enunciado así choca contra el prototipo semántico de PREMIO NOBEL, que incluye nociones como el esfuerzo y el mérito, una cierta edad, etc. Por todo ello, en estos casos se utilizan expresiones como “ganó el Premio Nobel”, “se le otorgó el Premio Nobel”, etc.

(111) -Mala suerte hemos tenido, no nos ha tocado nada; puedes romper el papel que te di con el número (Julia de Asensi, *Las estaciones. Cuentos para niños y niñas*, 1907)

En este texto unas personas han jugado a un juego de azar y han perdido, de modo que no toca “nada”. Dentro de los juegos existentes hay uno especialmente conocido y practicado en las sociedades occidentales: la lotería. Este juego se ha convertido en una especie de prototipo o juego paradigmático, lo que ha favorecido que la expresión {*tocarle* [a alguien] *la lotería*} se haya gramaticalizado con el tiempo. Así, la lotería representa genéricamente la idea de TENER MUCHA SUERTE, por lo que la locución puede emplearse en contextos en los que se ha perdido la idea de CORRESPONDENCIA. Tenemos un caso a continuación:

(112) Silda, lo dicho, dicho: has caído de pie; te ha tocado la lotería (José María de Pereda, *Sotileza*, 1885-1888)

Aquí *tocar la lotería* no se emplea con el significado de CORRESPONDER sino que se usa para señalar que una persona ha tenido mucha suerte; si *tocar la china* es una expresión especializada en indicar mala suerte, *tocar la lotería* posee la misma motivación pero de signo contrario (tener buena suerte). El contenido de *tocar la lotería* se ve reforzado asimismo por la presencia en la secuencia de otra expresión idiomática, *caer de pie*, la cual también expresa el hecho de tener mucha suerte.

Aparte de los significados que se engloban en la noción de CORRESPONDENCIA hay otros dentro del esquema de flujo invertido pasivo que carecen de ese matiz. Se trata de significados que mantienen la perspectiva incontrolada y la imagen de una trayectoria que va hacia el conceptualizador pero que implican una diferencia decisiva: en estos valores existe un vínculo intrínseco entre el sujeto sintáctico que “toca” y el PACIENTE. Dicho de otro modo: sigue habiendo azar, pero un azar impuesto por factores semánticos que existen previamente.

En este contexto hay que estudiar una interesante extensión metafórica de *tocar*: el significado SER PACIENTE DE ALGUIEN ES TOCAR. Si retomamos lo que expusimos a propósito del esquema estático, se puede entender cuál es la motivación de este significado. Nuestra cognición tiende a establecer relaciones de similitud entre las cosas que están cerca, lo que permite que *tocar* desempeñe eventualmente funciones pseudo-copulativas. También hemos visto que la adyacencia locativa favorece la

expresión de la posesión (algo que me “toca” me pertenece). Pues bien, por estas razones, *tocar* ha dado lugar a unos significados que fusionan ambas ideas, de manera que ha llegado a expresar la existencia de vínculos de parentesco entre las entidades implicadas. En efecto, un pariente es una persona que tiene un parecido con otra (similitud) y que le pertenece, al menos en un plano abstracto. Por eso decimos cosas como “es mi primo”, “han llegado *nuestros* abuelos”, etc.

La hipótesis de que la adyacencia física desencadena el significado de SER PARIENTE ya fue apuntada por Ibarretxe-Antuñano (1999a), quien adjudica el rasgo [+ proximidad] a esta metáfora. Hay, además, fuertes evidencias etimológicas que muestran la íntima conexión entre el contacto y el parentesco. Quizá la más notoria en español sea la que ofrece la etimología de *herencia*. Como se sabe, la herencia es el conjunto de bienes que un difunto lega a sus familiares (los *herederos*). Pues bien, no deja de ser sintomático que *herencia* proceda del sustantivo latino *haerēntia* (COSAS VINCULADAS), derivado a su vez del verbo *hæreo* que significaba ESTAR FIJO O ADHERIDO A ALGO (Corominas y Pascual, 1980-1991; Pascual, 2001-2002). Por tanto, un *heredero* sería, según la lógica de su origen léxico, alguien ‘que está pegado a alguien’. Queda, pues, perfectamente claro que las relaciones genealógicas se conceptualizan con frecuencia a partir de nociones relacionadas con la proximidad espacial e incluso con el contacto físico.

Si esta interpretación es correcta, podría pensarse que la metáfora SER PARIENTE ES TOCAR debería pertenecer, igual que SER ES TOCAR, al esquema de imagen estático. Sin embargo creemos que eso no es exacto porque este significado no se explica sólo por la adyacencia metafórica de las personas emparentadas sino que también depende de la trayectoria invertida. Es evidente que la noción espacial de origen explica la motivación semántica fundamental que activa el proceso de enriquecimiento subjetivo por el que *tocar* lexicaliza este significado, pero aun así pensamos que la mera adyacencia no explica el comportamiento sintáctico-semántico del verbo: es necesario enmarcar ese contacto metafórico en la dimensión dinámica de un movimiento. De este modo, podríamos decir que son LOS ESTADOS DE PARENTESCO los que van (movimiento vectorial metafórico) hacia el PACIENTE, debido a que los vínculos familiares, como el paso del tiempo, no se controlan ni se eligen, al venir impuestos por condiciones biológicas ajenas al hablante, lo que

fuerza a una conceptualización inagentiva. Esta hipótesis puede probarse con dos argumentos distintos: uno conceptual y otro gramatical.

Desde una perspectiva semántica, es frecuente referirse a los lazos de parentesco en términos espaciales, lo que demuestra que la trayectoria del MCI de *tocar* se mantiene intacta; de este modo, el nivel de parentesco se conceptualiza como una DISTANCIA: los familiares directos “están cerca” mientras que aquellos con los que se mantienen lazos menos fuertes “están lejos”. Este mismo principio se puede aplicar a cualquier persona (un amigo, un compañero de trabajo, etc.) con la que se tenga alguna relación social, aunque no sea un familiar⁴⁴⁰. Se puede constatar con estos ejemplos:

(113) Nuestro linaje *viene de lejos*.

(114) Claudio es un pariente *lejano*.

(115) Es un amigo muy *próximo*.

(116) María y Gloria *se han distanciado*.

Por otro lado, la propia configuración sintáctica reafirma nuestra idea de que existe un movimiento involuntario latente. Prueba de ello es que el significado SER PARENTE ES TOCAR suele configurarse de manera inagentiva; así, el PARENTESCO es quien “toca” al PACIENTE, o lo que es lo mismo, es el familiar el elemento perfilado de la predicación. Lo vemos en estos enunciados:

(117) A Isabel ese niño le toca muy de cerca.

(118) #Isabel toca ese niño muy de cerca⁴⁴¹.

Este contraste prueba que el sujeto sintáctico no puede ser un AGENTE, circunstancia que encaja con la idea de que es el ESTADO (representado metonímicamente por el familiar en cuestión) el que “llega” (idea de trayectoria) hacia su DESTINO (el pariente). En consecuencia, defendemos que la conceptualización de este significado depende al mismo tiempo de la proximidad y del desplazamiento

⁴⁴⁰ Recuérdese lo comentado en el capítulo 4 en relación con la proximidad física y la cortesía.

⁴⁴¹ Aun así, hemos encontrado un ejemplo de este tipo en el que el pariente es quien “toca” a su familiar:

(1) Huelgo de ver tan bien enjerta la doctrina de ese caballero, a quien toco en sangre (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

A pesar de ello, creemos que se trata de una configuración muy periférica que muy difícilmente podría surgir en el español actual, pues probablemente un hispanohablante de hoy afirmaría algo como “ese caballero me toca en sangre”.

invertido, lo que explica que el régimen de *tocar* en estos casos no sea transitivo (como en (118)).

Este significado que acabamos de analizar es muy inusual en la historia del verbo *tocar*. Ofrecemos a continuación un ejemplo de nuestro corpus:

(119) No me tocáis en linñaje (Jaime de Huete, *Comedia Vidriana*, 1535)

Como se puede apreciar en los ejemplos mencionados, es muy frecuente que con este significado aparezca algún complemento preposicional que refuerce el deslizamiento semántico, ya sea para especificar la DISTANCIA exacta a la que “está el pariente” (“muy de cerca”) o para indicar el LUGAR en el que “toca” el parentesco (“en linaje”, “en sangre”).

El último significado que genera la imagen esquemática de flujo invertido pasivo es RESPECTAR ES TOCAR⁴⁴². Esta conceptualización se explica del mismo modo que la del parentesco familiar: existen múltiples unidades en una categoría y una de ellas se atribuye a un PACIENTE, habiendo un vínculo intrínseco entre sujeto y complemento indirecto. Sin embargo, mientras que en SER PARIENTE ES TOCAR hay una gran concreción semántica (el sujeto siempre alude a una relación familiar) en RESPECTAR ES TOCAR aquello que guarda una relación inherente con el conceptualizador es de naturaleza diversa e inconcreta. Podría decirse que los dos significados se forman con los mismos principios cognitivos, sólo que uno es concreto y el otro es de carácter general. Observemos algunos textos para comprender cómo funciona esta metáfora:

(120) Et a mayor testimoniança et firmeza de todo lo que sobredicho es, quoanto a nos toqua et pertenesçe, nos los dichos ffijosdalgo, alcalde, mayoresales (...) (Anónimo, *Venta al monasterio de un derecho a riego en Ymas*, 1321)

⁴⁴² La estrecha vinculación entre el significado RESPECTAR y la percepción sensorial queda patente en la etimología del propio verbo *respectar*. Este procede del latín *respecto* (frecuentativo de *respicio*), verbo que significaba MIRAR, MIRAR ATRÁS, FIJAR LA VISTA EN. *Respicio* (VOLVER A MIRAR HACIA) se había formado a partir de la amalgama de *re* y *specio* (MIRAR), vocablo evolucionado a partir de la raíz indoeuropea **spec* (Bordelois, 2006: 136), raíz muy relacionada con la percepción visual y de la que son cognados modernos términos como *aspecto* (lo que uno muestra a los demás) y *espejo* (lugar para verse).

(121) Puso por ferme fiador al sobredicho Veltran d'Andia, su hermano, el quoyal, present en el logar, tanto por lo que a el toqua e pertenece como ferme e fiador sobredicho y tutor, obligo todos e quoalessquiere sus bienes propios e de la dicha tutoria... (Anónimo, *Contrato matrimonial*, 1489)

(122) Dilata la esperança del mal que espero porque, esperando más, pene más, pues yo quiero; y, si no lo quieres hacer por mí, hacerlo te conviene por lo que toca a ti (Pedro Hernández de Villalumbrales, *Peregrinación de la vida del hombre*, 1552)

(123) En lo que toca a ir esta mujer a misa, era hablar en cosas excusadas (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(124) Esto es quanto a vos toca, que en mi favor no alego, dicho se está, quán mal se compadecen amor y letras (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626)

(125) Lo bien dispuesto destas remito a vuestro gusto, y lo que toca a mí, que será obedeceros, fiádmelo, señora, que como esclavo vuestro, ni huiré de la prisión dichosa en que me veo cautivo, ni faltaré a vuestras órdenes mientras tuviere aliento (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626)

(126) Por lo que toca al corregidor, dicho se está que había guardado silencio durante aquel episodio (Pedro Antonio de Alarcón, *El sombrero de tres picos*, 1874)

En ocasiones, durante el transcurso de una exposición o relato, se menciona a una persona que tiene una relación intrínseca con la situación descrita, por la razón que sea. En estos casos se señala que parte de esa situación le "toca" o corresponde a esa persona (PACIENTE). Lo interesante es que esta conceptualización posee siempre un sujeto sintáctico inestable, fundamentalmente los relativos *cuanto* y *lo que*; ello se debe a que la situación pragmática es suficientemente amplia y unívoca como para que el sujeto tan sólo deba indicar que una porción inespecífica de ésta se encuentra relacionada obligatoriamente con la persona representada por el complemento indirecto. El sujeto, por consiguiente, tan sólo vincula una parte inconcreta de la información con aquella persona a la que atañe.

En (121) se está elaborando un contrato matrimonial. En un momento dado, se menciona a una persona que ha sido designada por el contrayente para desempeñar ciertas funciones legales. Pues bien, esta persona es el hermano del contrayente. De este modo, queda delimitado un vínculo permanente entre ese hermano y el contexto, de manera que parte del enlace “le toca” por definición. ¿Qué parte? Ninguna en concreto; la conexión es abstracta, ya que deriva del hecho de que esa persona es familia del novio, de modo que un sujeto infraespecificado basta para expresarla. De hecho, la vinculación es tan fuerte entre el hermano y el contexto que *tocar* va unido copulativamente al verbo de posesión *pertenecer*.

Todo ello no impide que, con carácter excepcional, la información sintáctica precise el contenido del pronombre que actúa como sujeto. Lo vemos en (125); en este caso el hablante introduce una oración de relativo explicativa inmediatamente después de la construcción con *tocar*, oración que precisa cuál es la situación que está estrechamente ligada a él (“obedeceros”). También puede ocurrir, como se observa en (123), que el PACIENTE de la predicación no sea una persona sino un infinitivo; no hay duda de que es una posibilidad muy llamativa en un plano sintáctico, por cuanto que no es usual que un infinitivo (“ir esta mujer a misa” en dicho ejemplo) funcione como CI. Por este motivo pensamos que el hecho de que el significado RESPECTAR ES TOCAR permita esta opción construccional corrobora nuestra hipótesis de que en estos casos se da una notable abstracción en el sujeto sintáctico, hasta el punto de que se refiere a conceptos generales que pueden afectar a eventos de infinitivo en su conjunto aparte de a personas.

Como es obvio, el significado RESPECTAR ES TOCAR es muy limitado en sus condiciones de empleo; suele manifestarse en tercera persona del singular del presente de indicativo (véase la muestra) y, como hemos explicado, con sujetos inestables de carácter pronominal. Teniendo presente que también tiende a aparecer la preposición *a* que introduce el complemento indirecto, no sorprende que una construcción tan rígida se haya gramaticalizado hasta dar lugar a la locución preposicional *por lo que toca a* (RAE, 1992: 1783). Esta locución está especializada en introducir en el discurso a una entidad que guarda relación con lo que se narra, y habitualmente se sitúa en posición inicial absoluta en el enunciado. Entre los matices pragmáticos que puede introducir destaca su valor digresivo,

tal y como se aprecia en (126); el narrador va desarrollando su relato y en un momento dado introduce información pertinente sobre un personaje (el corregidor) por medio de esta locución. Nótese que el significado de RESPECTAR no se ha diluido por completo, puesto que permanece latente, en la medida en que hay una relación directa entre esa parte de la historia y el personaje introducido por la locución.

El esquema de flujo invertido pasivo muestra que la transitividad propia de los otros esquemas de imagen no es tan decisiva con el verbo *tocar*; la variedad de significados presentada en este apartado lo confirma. De este modo, *tocar* posee sintácticamente dos conceptualizaciones básicas, dejando al margen el nivel de afectación: una en la que el conceptualizador se sitúa en la perspectiva del AGENTE y otra en la que se sitúa en el punto de vista del PACIENTE. En el primer caso, el conceptualizador enfoca la escena desde el prisma dinámico del trayector que se dirige al objeto, lo que se traduce en estructuras transitivas. En el segundo, el conceptualizador está inmóvil junto a un PACIENTE al que llegan múltiples entidades dinámicas, algunas materiales, otras abstractas, algunas aleatorias, otras pertenecientes de antemano al PACIENTE. Por lo tanto, *tocar* no es un predicado tan agentivo como podría suponerse a partir de un análisis apriorístico.

7.4.5. Esquema de flujo invertido reactivo

La última imagen esquemática que vamos a analizar se construye del mismo modo que la examinada en el apartado anterior; una entidad alcanza metafóricamente al PACIENTE tras cubrir una distancia. El conceptualizador vuelve a situarse en la perspectiva del PACIENTE y la construcción sigue siendo, por todo ello, intransitiva. Ahora bien, existe una diferencia fundamental entre esta imagen y la otra: en esta el sujeto sintáctico sí afecta al PACIENTE (alteración causativa). Si pensamos en la escena literal de la que este nuevo valor depende se comprenderá esta idea. Retomemos el caso de Íñigo y su excursión por la selva; una serpiente puede tocarle en una pierna sin que haya mayores consecuencias, pero no cabe duda de que ese contacto puede afectar al viajero en mayor medida. De este modo, la única diferencia entre el esquema de flujo invertido reactivo y el pasivo es que, en un plano notional, en este caso la entidad representada por el sujeto sintáctico sí

altera el estado del PACIENTE, con lo que se produce un cambio. Lo vemos en la siguiente figura:

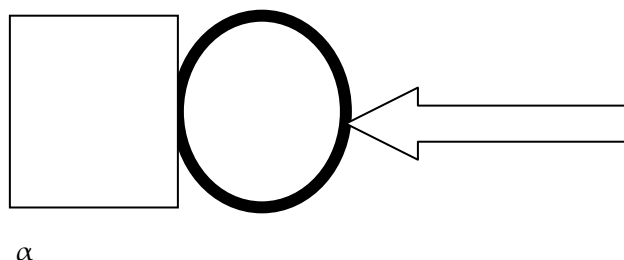


Figura 7. Esquema reactivo de *tocar* de carácter metafórico.

Como se puede apreciar, ahora no hay únicamente una CORRESPONDENCIA más o menos arbitraria entre una entidad y su destino (aquel al que “toca”) sino que en esta ocasión la entidad no sólo llega al PACIENTE sino que también lo cambia en una dimensión abstracta. ¿Qué tipo de alteración origina el proceso semántico denotado por *tocar*? La afectación causativa se traduce en una reacción obligatoria por parte del PACIENTE: esto significa que la entidad (habitualmente humana) a la que llega la entidad dinámica abstracta debe responder al proceso de una determinada manera. Naturalmente, las nociones presentadas antes (posesión derivada de la adyacencia, vínculo obligatorio entre las dos entidades en algunas ocasiones y azaroso en otras, etc.) se mantienen en este marco, pero con la diferencia crucial de que el PACIENTE pasa a adoptar una actitud reactiva tras el proceso de transferencia.

¿Qué tipo de entidades abstractas pueden alterar al PACIENTE para instarle a ejecutar una determinada acción? Como es lógico, las OBLIGACIONES. En efecto, *tocar* en este caso se transforma en un verbo de modalidad deóntica que expresa obligación (Rigau, 2005); por este motivo, lo que en el plano físico es una afectación en el cuerpo causada por un agente del medio natural, en el plano metafórico se transforma en una tarea que es adjudicada al PACIENTE sin que este pueda evitarlo

(falta de control). Consecuentemente, nos hallamos ante la metáfora LAS OBLIGACIONES SON OBJETOS QUE SE MUEVEN POR EL ESPACIO⁴⁴³.

Este significado de *tocar*, al que nos referiremos con la palabra DEÓNTICO, es muy interesante porque cubre en español actual el vacío que dejó la desaparición hacia el siglo XVII del antiguo verbo deóntico *caler* (Conde Noguero, 2008), que significaba SER NECESARIO⁴⁴⁴. En muchas lenguas se expresa la obligación de manera sintética por medio de verbos especializados en señalar que una determinada tarea es necesaria y que alguien debe ocuparse de ella. En español medieval y clásico se empleaba *caler* con estas funciones, mientras que en francés se usa *falloir* y en catalán *caldre*. Sin embargo, como ha puesto de manifiesto Conde Noguero, *caler* desaparece para ser parcialmente sustituido por *convenir* o *caber* (si bien se trata de verbos mucho más atenuados en cuanto a su valor deóntico que *caler*). Una vez que el español dejó de contar con *caler*, quedó con la estructura perifrástica {*tener que* + infinitivo} para verbalizar la expresión de la obligación, estructura que sigue siendo muy frecuente en la actualidad.

Pues bien, entendemos que la gramaticalización de los significados deónticos de *tocar* puede haberse visto influida por la circunstancia onomasiológica de que *caler* desapareciera. De este modo, la semántica pasiva de *tocar* pudo dar lugar a un marco semántico adecuado para codificar la expresión sintética de la obligatoriedad cuando su verbo especializado dejó de utilizarse. A continuación ofrecemos una muestra de ejemplos de *tocar* con el significado DEÓNTICO; de igual modo que con significados previos como RESPECTAR, con el significado DEÓNTICO *tocar* se comporta como un verbo terciopersonal de sintaxis muy restringida:

⁴⁴³ Esta idea ya fue parcialmente sugerida por Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 147). Estos autores consideran que algunas cosas te “tocan” porque “te caen encima”: así, te puede caer “una obligación”.

⁴⁴⁴ La etimología de *caler* es muy interesante porque muestra la motivación semántica que dio lugar al significado deóntico. *Caler* procede del verbo latino *caleo*, que significaba ESTAR CALIENTE, ESTAR ENARDECIDO, ARDER o ESTAR MADURO. De este modo, algo es necesario porque ‘está caliente o maduro’, es decir, se encuentra en un estado que requiere por parte del observador alguna actuación (enfriar el objeto, recogerlo si es una fruta, apaciguarlo si es una persona agitada, etc.).

(127) y he dicho esto de todas, porque a Rojas es a quien ha tocado decillas y a nosotros el alaballas (Agustín de Rojas Villadrando, *El viaje entretenido*, 1603)

(128) lo que a mí pertenece es suplicarte que mudes de consejo, y con tal desengaño quiero que assí lo hagas; mas lo que toca a tí es sólo obedecerme (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626)

(129) -El que le toca de vosotros aora, lea el processo y sentencia que á dado Dios contra este desdichado (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626)

(130) En cosas de monarquía no has de hablar palabra; si oyeres algo de esto, decir que nos hemos de morir, y que sólo nos toca el obedecer (Fulgencio Afán de Ribera, *Virtud al uso y mística a la moda*, 1729)

(131) En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros a la brillante luz del sol del medio día, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde (Ramón de Mesonero Romanos, *Escenas y tipos matritenses*, 1842-1851)

(132) Era la primera vez que oían llamar a su puerta a semejante hora. -Voy a ver... -dijo la intrépida Navarra, encaminándose hacia la plazoletilla. -¡Quita! ¡Eso me toca a mí! -exclamó el tío Lucas con tal dignidad, que la señá Frasquita le cedió el paso (Pedro Antonio de Alarcón, *El sombrero de tres picos*, 1874)

(133) me retiro, pues esta tarde celebra solemne rosario la hermandad del Socorro de Nuestra Señora del Traspaso, y me toca predicar (Benito Pérez Galdós, *Napoleón en Chamartín*, 1874)

(134) A ti te ha tocado esta obligación, como a mí me han tocado otras, bien rudas por cierto, y no hay remedio (Benito Pérez Galdós, *Torquemada en la Cruz*, 1893)

(135) Al que se niegue ó proteste del esfuerzo que le toque, hay que destruirle y despreciarle si cobra sueldo del Estado (Vital Fité, *Las desdichas de la patria*, 1899)

(136) pero si lo común en las que nacen con ese sino es vivir primero la mitad buena y luego la mala (...) a mí me ha tocado el poner la mitad mala antes que la buena, y en esta estoy ahora... (Benito Pérez Galdós, *La de los tristes destinos*, 1907)

(137) Elvira aprovechó su traje de samaritana, sólo que no llevaba ánfora, y le tocó estar medio en cuclillas muy cerca de donde estaría el Niño, ofrendándole un cesto con panes redondos (Elena Quiroga, *Escribo tu nombre*, 1965)

(138) Su familia fue a menos durante la otra reconquista; les tocó ser afrancesados, y aunque lo fueron honradamente y sin malicia, adquirieron una fama de lo peor (Ángel Palomino, *Torremolinos, Gran Hotel*, 1971)

El prototipo construccional del significado DEÓNTICO es {CI – *tocar* – infinitivo}, aunque este esquema admite algunas modificaciones. El infinitivo funciona como sujeto sintáctico (a veces sustantivado con el artículo *el*) y codifica de manera dinámica la tarea que el PACIENTE tendrá que realizar⁴⁴⁵. Dicha tarea puede pertenecerle por defecto (idea de posesión) o puede haberle sido asignada de manera más casual. Como es lógico, los infinitivos que aparecen con este significado conceptualizan siempre acciones prototípicas, a diferencia de lo que ocurre cuando aparecen con el significado CORRESPONDER; el PACIENTE tiene que hacer en el futuro la acción descrita por el infinitivo, por lo que tiene que tratarse de infinitivos con desarrollo eventivo que introduzcan acciones durativas con cambios internos (“obedecer”, “predicar”, etc). Es más, aunque el infinitivo sea un verbo copulativo, si se desprende por el contexto que no expresa un estado sino una acción, se considerará que ese verbo materializa una imposición agentiva.

Esto último se observa perfectamente en los ejemplos (137) y (138), cuyos sujetos son “estar medio en cuclillas” y “ser afrancesados”. Como es evidente, estos dos eventos significan que les fue forzoso a los conceptualizadores comportarse de un determinado modo, lo que indica agentividad consciente. Por ejemplo, “ser afrancesado”, según el conocimiento enciclopédico de los hablantes, se puede traducir como

⁴⁴⁵ A veces, como ocurre en (132), el sujeto es un deíctico (*eso*) que remite a la acción que se está presenciando.

comportarse de acuerdo a las normas sociales de los franceses. Por otro lado, este significado puede presentarse de un modo muy simbólico con expresiones metafóricas, como en (136), pero aun así puede recuperarse una cierta actitud activa por parte del PACIENTE, aunque se esté hablando de manera poética de los esfuerzos de la vida.

Aunque es mucho más infrecuente, con este valor el sujeto también puede construirse con un sintagma nominal⁴⁴⁶. En (134) y (135) los sujetos son una “obligación” y un “esfuerzo”, respectivamente. Esta variante no es más que una conceptualización alternativa de la escena, mucho más cerrada; en lugar de presentar la tarea de modo dinámico mediante un infinitivo, se expresa con un sustantivo definido que activa un MCI que evoca de manera más velada tanto la existencia de una tarea como la actitud de diligencia que ha de tener el PACIENTE en relación con ella. Repárese en que en los dos casos el contexto ofrece indicios léxicos (“renegar” por lo que ha tocado, no haber “más remedio” que hacerlo) que muestran que el proceso es una imposición externa que requiere una obligada e insoslayable reacción.

Otras veces simplemente se omite el sujeto por ser innecesario o consabido. En (129) se apela “al que le toque”; la identidad del PACIENTE se puede deducir precisamente por el hecho de que sólo una persona puede ser el referente del pronombre relativo, por cuanto que los asistentes están actuando de acuerdo a un ciclo alternante. Así, en ese momento, la persona a la que le “ha tocado” sólo puede ser una, la que sigue al último que actuó. Naturalmente, el contexto permite conocer cuál

⁴⁴⁶ Cuando ocurre esto puede resultar más difícil distinguir entre CORRESPONDER y DEÓNTICO. Si el sujeto es un infinitivo la distinción es clara porque el infinitivo con CORRESPONDER expresa estados y el de DEÓNTICO acciones agentivas. Pero si el sujeto es un sintagma nominal la interpretación depende mucho más del contexto. Si el sujeto es un sustantivo como *trabajo*, *tarea*, etc., se impone el valor DEÓNTICO, pero repárese en lo que ocurre en el siguiente texto:

(1) Francia tiene su aspecto acogedor, cariñoso, de obreros que trabajan, de personas inteligentes que escriben, de mujeres que aman, pero tiene también un lado de cuchillo que no hay quien se lo perdone. Hay que arrancárselo de raíz. Este lado es el que nos ha tocado a nosotros los españoles durante la guerra (José Herrera Petere, *Niebla de cuernos*, 1940)

Tocar aquí es ambiguo porque no se puede discernir por completo (fronteras difusas entre significados) si “el lado” que ha tocado implica que ha correspondido a los pacientes sufrir la dureza bélica de los franceses (un estado que CORRESPONDE) o si expresa la reacción combativa que se debe adoptar contra ellos (DEÓNTICO).

es la tarea, por lo que ésta podría restituirse: “al que le toque [leer], que lea”.

Finalmente, el significado DEÓNTICO le permite al verbo *tocar* reanalizarse para adquirir el comportamiento sintáctico de perífrasis verbales de obligación como {*haber que* + infinitivo} o {*tener que* + infinitivo}. De este modo, *tocar* elimina al PACIENTE e introduce la expresión generalizada de una obligación. En estos casos el sujeto puede ser de nuevo un infinitivo o también una oración completiva con el verbo en subjuntivo (para señalar la injerencia causativa) que verbaliza con mayor precisión semántica cuál es la actividad que debe llevarse a cabo. La estructura sería esta: { \emptyset – *tocar* + infinitivo / oración completiva}. Veamos dos ejemplos:

(139) ¿Que ahora \emptyset toca tragar? Pues se traga, que uno sabe hacer a todo (Miguel Delibes, *Diario de un emigrante*, 1958)

(140) -Ya estoy aquí –dijo-. –Ahora \emptyset toca que me cuentes (Héctor Aguilar Camín, *El error de la luna*, 1995 MÉXICO)

En ambos casos *tocar* introduce un mandato pero sin señalar quién es el PACIENTE; de ese modo, el predicado se vuelve de aplicación general, por lo que afecta teóricamente a un número indefinido de personas⁴⁴⁷. Esta situación también facilita la presencia de una cláusula flexionada como sujeto, puesto que cuando sí hay CI explícito, la presencia de un sujeto oracional se vuelve mucho más marcada. Se puede apreciar en (141):

(141) #Ahora me toca que me lo cuentes.

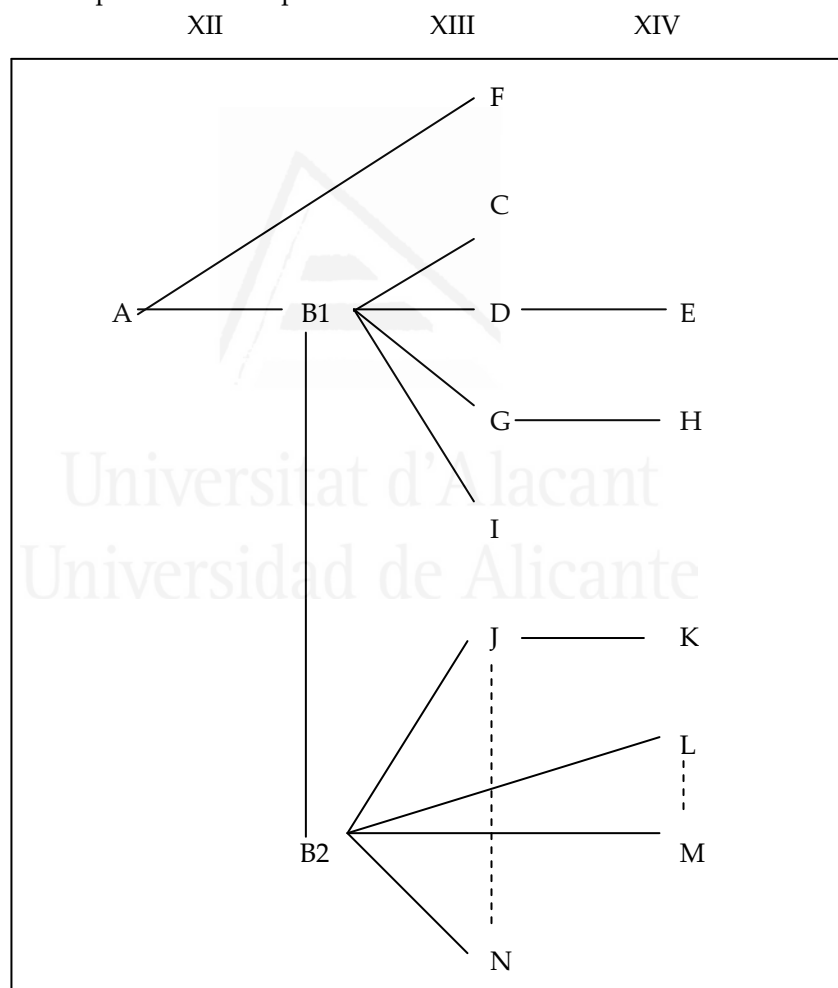
Es probable que una alternativa con infinitivo como “ahora me toca saberlo” fuera más aceptable.

Como hemos podido ver a lo largo de estas páginas, el verbo *tocar* posee en español muchos y muy diversos significados; algunos son transitivos y otros intransitivos, algunos conservan matices físicos y otros no, algunos son emocionales y otros son epistémicos, algunos son dinámicos y otros son estáticos, pero todos ellos se hallan entrelazados en una categoría nodular configurada a partir de unas imágenes cognitivas muy sencillas y recurrentes; gracias a la gradación prototípica de

⁴⁴⁷ Por supuesto, el ejemplo (139) también se puede interpretar como un caso de encubrimiento gramatical en el que el hablante se refiere a sí mismo en tercera persona.

magnitudes como la afectación causativa y debido a que el pensamiento humano tiende a diseñar contenidos nuevos utilizando la experiencia acumulada, el verbo *tocar* ha alcanzado una complejidad estructural y semántica tan notable.

¿Cómo se ha configurado, entonces, la polisemia de nuestro verbo? El proceso completo puede reconstruirse empleando el modelo de prototipicidad diacrónica de Geeraerts (1997). La siguiente figura muestra la red de significados de *tocar*; las líneas discontinuas unen significados especialmente próximos conceptualmente:



A: GOLPEAR
 B1: EJERCITAR EL TACTO (punto de vista activo)
 B2: EJERCITAR EL TACTO (punto de vista pasivo)
 C: CONOCER
 D: AFECTAR
 E: TRATAR UN ASUNTO
 F: MUSICAL
 G: ESTAR UNA COSA AL LADO DE OTRA
 H: SER O PARECER
 I: LLEGAR
 J: CORRESPONDER
 K: GANAR UN PREMIO
 L: TENER PARENTESCO
 M: RESPECTAR
 N: DEÓNTICO

Figura 8. Estructura diacrónica de *tocar*.

Tocar surge, como explicamos, por onomatopeya a partir de *¡toc!*, y desarrolla metonímicamente el significado GOLPEAR (primer prototipo de la categoría léxica). De este significado surgen también metonímicamente otros dos: HACER SONAR UN INSTRUMENTO MUSICAL y EJERCER EL TACTO. Este último empezará a ser muy utilizado, de modo que ya en el siglo XIII será el nuevo núcleo de la categoría (cambio de prototipo), mientras que GOLPEAR caerá en desuso, apareciendo sólo de manera esporádica (poligénesis semántica) en oraciones como “tocar a la puerta”. El carácter general y altamente esquemático de EJERCER EL TACTO hará que este significado se ramifique, tanto desde un marco activo como desde su valor pasivo, y dé lugar a múltiples extensiones metafóricas y metonímicas que se consolidan durante la Edad Media y el siglo XVI. Naturalmente, a medida que los significados se lexicalizan, la complejidad de la red semántica aumenta, al haber relaciones cada vez más indirectas con respecto al prototipo (semejanzas de familia), del mismo modo que el potencial sintáctico del verbo se diversifica.

La figura 8 muestra, en suma, que la aparente arbitrariedad de la polisemia de *tocar* queda resuelta si se analiza su configuración como un

proceso de evolución semasiológica creado a partir de un significado inicial del que surgen, con el tiempo, nuevos significados gracias a la actuación de procesos cognitivos de cambio semántico (metáforas, metonimias y alteración de esquemas de imagen) y a la influencia de ciertos aspectos de la percepción, relacionados sobre todo con la conciencia del propio cuerpo. En la actualidad todos los significados de *tocar* (a excepción de GOLPEAR) son activos, y aunque los procesos de expansión de los núcleos prototípicos no sean en absoluto evidentes para los hablantes, la categoría sigue conservando su unidad interna gracias a que es fácil encontrar unos pocos nodos (contacto, afectación, etc.) que confirman que todos los significados están relacionados por medio de relaciones de familia (Kleiber, 1995: 154-158), por indirectas que sean.

7.4.6. La construcción *tocar a*

Como hemos podido observar en los apartados precedentes, el verbo *tocar*, visto desde una perspectiva actual, parece refractario a cualquier análisis (si bien la semántica cognitiva diacrónica nos ha permitido poner orden en el caos), puesto que exhibe una multiplicidad de matices semánticos y de posibilidades morfosintácticas muy considerable que hace que, eventualmente, se superpongan en el plano del significante fónico estructuras muy distintas. Basta con considerar las diferentes conceptualizaciones en las que *tocar* va acompañado de un sintagma preposicional con *a*; dado que a veces los significados se asemejan considerablemente al compartir rasgos semánticos y motivaciones experienciales, puede resultar complicado determinar cuáles son los distintos valores de esas estructuras preposicionales; aun así, toda esa diversidad puede reducirse a pocas y muy unívocas opciones:

Tipo de construcción	Ejemplo
<i>tocar a</i> : CD preposicional	El gato tocó a su dueño.
<i>tocar a</i> : CCF (MUSICAL)	Ahora tocarán a silencio.
<i>tocar a</i> : suplemento (LLEGAR)	Israel ya ha tocado a la cima.
<i>tocar a</i> : CI (significados pasivos)	Ese trabajo toca al conserje.

Figura 9. Estructuras de *tocar* con la preposición *a*.

Como vemos, *tocar* admite sintagmas con *a* para desempeñar diversas funciones sintácticas, lo que no es más que un indicador de su gran flexibilidad conceptual. Hay, sin embargo, una estructura con *a* que no encaja con ninguna de esas opciones. Veamos algunos casos:

(142) ¿A cuánto tocamos? / MANU / A chiquito de blanco cada uno.
Del superior, superior. ¡Cosa rica! (Federico Romero y Guillermo Fernández-Shaw, *El caserío. Comedia lírica en tres actos*, 1926)

(143) -Pues no te digo que no; cuantos más chicos vengan, a más tocamos (Carmen Martín Gaité, *Entre visillos*, 1958)

(144) Agustinillo (Intencionadamente.) Un día tenemos que cenar sardinas arenques, ¡como los desgraciaos! / Juan (Sentándose.) ¡Cállate! / Agustinillo ¿A cuántas tocamos hoy, madre? / Lola (Sentándose.) Los hombres, a tres (Lauro Olmo, *La camisa*, 1962)

Los usos de *tocar* que se registran en estas ocurrencias son muy extraños porque no se corresponden exactamente con ninguno de los significados que hemos estudiado hasta ahora. En estos ejemplos *tocar* se utiliza en un contexto muy claro de REPARTO, idea que también puede codificar el significado CORRESPONDER⁴⁴⁸. Sin embargo, el funcionamiento de estas ocurrencias no encaja en esa posibilidad semántica.

⁴⁴⁸ Algo que se aprecia perfectamente en un ejemplo como este:

(1) Pero la junta de abastos habrá dicho: "hay poco vino; si lo repartimos ahora, apenas tocarán tres gotas a cada uno (...)" (Benito Pérez Galdós, *Zaragoza*, 1874)

En primer lugar, en estos casos el conceptualizador tiene con mucha frecuencia un punto de vista activo en la escena, lo que entra en conflicto con CORRESPONDER. Es más, esta estructura suele aparecer casi siempre en español en primera persona del plural (véanse los ejemplos). Por otro lado, la estructura encabezada por *a* no desempeña ninguna de las funciones recogidas en la figura 9. ¿Qué función tiene? En opinión de la Real Academia (RAE, 2009: 1431-1432), el sintagma preposicional actúa como una expresión cuantificadora cuyo núcleo ha de ser un sustantivo contable o un pronombre de significado semejante como *cuánto*; de este modo, el sintagma expresa la cantidad de cosas que corresponden a cada una de las personas que participan en un reparto. En estos casos, puede aparecer opcionalmente un CI, aunque ello no es obligatorio; naturalmente, si aparece, la estructura se vuelve pasiva de inmediato (cambio de conceptualización). Así, puede decirse en español tanto (145) como (146):

(145) Tocamos a 5 € cada dos personas.

(146) Nos toca a 5 € cada uno.

Además, según señala la RAE y tal y como puede apreciarse en (145) y (146), es frecuente, dado el semantismo propio de un REPARTO que introduce el sintagma preposicional, que aparezcan grupos nominales formados con el cuantificador *cada* que señalen el carácter distributivo de la predicación.

¿Cómo se ha formado esta estructura? Aunque es evidente que esta variación formal de *tocar* guarda relación semántica con algunos de los significados de este verbo, nos encontramos ante una construcción fuertemente gramaticalizada que no se adecua por completo al funcionamiento global del verbo.

Ibarretxe-Antuñano (1999a: 73) propuso una posible explicación para el surgimiento de lo que nosotros hemos denominado significado DEÓNTICO que quizá pueda ofrecer una pista para interpretar la construcción que estamos tratando. En opinión de esta autora el verbo *tocar* puede expresar que una acción debe ser efectuada gracias al significado MUSICAL; de igual modo que se puede *tocar a misa* (es decir, para señalar que ha llegado el momento de ir a misa), se puede tocar un instrumento para señalar, metafóricamente, que debe hacerse cualquier otra cosa. Veamos el ejemplo propuesto por Ibarretxe-Antuñano (1999a: 73):

(147) Tocan a pagar

La hipótesis es muy interesante, pero nos parece incorrecta por razones sintácticas. Como hemos explicado, MUSICAL es un significado de conceptualización agentiva; ello significa que siempre puede haber un CD, se explicite o no (“tocan [la campana] a pagar”). Es obvio que la estructura pudo gramaticalizarse hasta cancelar la transitividad del verbo, pero aun así no puede explicarse que DEÓNTICO sea un significado en el que la acción que debe hacerse funcione como sujeto sintáctico. Como se ve, la interpretación de Ibarretxe-Antuñano establece que la acción obligatoria (“pagar”, en el ejemplo mencionado) forma parte del sintagma preposicional con función de circunstancial de finalidad, y eso es precisamente lo que nunca sucede con DEÓNTICO. Por todo ello, defendemos que DEÓNTICO es una abstracción del esquema pasivo de *tocar* (ver el apartado 7.4.5.)

Ahora bien, la interpretación de Ibarretxe-Antuñano quizá sí permita explicar el origen de la construcción de reparto *tocar a*, pues es posible que el significado MUSICAL con CCF motivara el proceso de gramaticalización que dio lugar a esta estructura. Siempre se tocaban las campanas, o cualquier otro instrumento, en la antigüedad, se hacía para señalar que había que realizar alguna tarea; pues bien, es posible que esa asociación entre el sonido y la acción posterior subjetivara el verbo *tocar* y le permitiera codificar una posibilidad sintáctica especializada en una acción muy concreta: repartir algo. Es posible que una vez establecida esa conexión cognitiva, el verbo se reanalizara, con lo que pudo asumir pautas formales incompatibles con el significado de partida, como la capacidad de aparecer en primera persona⁴⁴⁹ o la posibilidad de introducir en el sintagma con *a* elementos que se reparten y no acciones que deben llevarse a cabo. Si esta hipótesis es correcta, la estructura cuantificadora con *a* sería el resultado de la gramaticalización de un complemento circunstancial de finalidad⁴⁵⁰.

⁴⁴⁹ Aunque en principio no es imposible que MUSICAL posea un sujeto en primera persona del singular o del plural (“Toco / tocamos la campana a misa”) nuestras observaciones empíricas (véase el apartado 7.4.1.) demuestran que este significado suele presentarse en tercera persona, siendo además con mucha frecuencia impersonal.

⁴⁵⁰ Aparte de *tocar a* en español moderno se utiliza para expresar repartos la expresión *salir a* (“Salimos a 15 €”) (RAE, 2009). Pues bien, quizá la construcción distributiva con *salir* se formara de idéntico modo. *Salir* es un verbo intransitivo de movimiento que se utiliza muy

En cualquier caso, nada impide que la estructura *tocar a* se haya visto influida por el resto de significados de *tocar*. En efecto, no cabe duda de que en una oración como “tocamos a dos bombones” subyacen matices semánticos muy importantes en otros significados del verbo, como la idea de CORRESPONDENCIA (por ser un reparto), el matiz de POSESIÓN (el elemento introducido por el cuantificador pertenece a alguien) e incluso el valor DEÓNTICO (el reparto se aproxima a un imperativo pragmático, pues es algo que debe hacerse). Por todo ello, independientemente de que *tocar a* proceda o no de MUSICAL (lo que nos parece plausible en términos sintácticos), no cabe duda de que la gramaticalización de esta variante se vio reforzada por los demás significados de la estructura interna de *tocar*.

7.5. Prototipicidad diacrónica de *tocar*

En la figura 8 hemos presentado la red semántica de *tocar* en su dimensión histórica siguiendo los postulados de Geeraerts (1997). En dicha figura hemos situado unas referencias cronológicas: los siglos XII, XIII y XIV. ¿Por qué motivo sólo esos siglos? Como explicamos en la introducción de este capítulo, se acepta en la bibliografía que *tocar* poseía en los siglos XIII y XIV prácticamente todos sus significados. Por lo tanto, es lógico asumir que la red evolutiva, que siempre tarda un cierto tiempo en formarse, tuvo que iniciar su desarrollo antes de esa fecha (en el siglo XII como mínimo, pero probablemente mucho antes). En términos textuales, esto significa que no podemos documentar empíricamente el proceso, puesto que no podemos hallar textos de un siglo que contengan sólo ejemplos con el primer significado original de GOLPEAR (primera etapa en la que el verbo era monosémico), para pasar después a documentar gradualmente textos que posean los ejemplos con los nuevos significados que van surgiendo, textos, además, más modernos cuanto más distanciado del significado inicial es el significado que registran. Esta

habitualmente con expresiones de finalidad (“Salí a verte”); por ese motivo, la estructura de cuantificación con este verbo también pudo formarse, como con *tocar*, tomando como punto de partida el sintagma preposicional con función de CCF.

situación, que puede darse⁴⁵¹, no es en absoluto habitual. La razón estriba en que *CORDE* únicamente empieza a registrar textos de *tocar* en una época en la que el proceso evolutivo descrito en este capítulo ya estaba prácticamente consumado. Por tanto, los textos antiguos del español, incluso los pocos del siglo XIII que tenemos en nuestro corpus, muestran una variedad de usos de *tocar* que confirma este hecho.

Estas circunstancias no restan poder explicativo al modelo de la semántica cognitiva diacrónica. Antes al contrario, refuerzan su validez científica; que no haya textos escritos de la época en que una red polisémica se ha formado sólo supone un inconveniente logístico que se puede compensar aplicando los axiomas de la hipótesis de Geeraerts y de la gramaticalización (ver capítulo 3), los cuales permiten reconstruir cómo debió de suceder algo aunque no haya textos suficientes para comprobarlo. Sólo es necesario recordar algunos principios:

- a) Los significados van, en sus proyecciones metafóricas y metonímicas, de lo concreto a lo abstracto (unidireccionalidad). Eso ayuda a reconstruir el orden inevitable en que tuvieron que ocurrir los cambios.
- b) Las relaciones de familia entre los significados pueden ser mediatas e inmediatas; por ello, los significados más parecidos deben agruparse en torno a nodos semánticos muy concretos.
- c) La modalidad deóntica es anterior en el tiempo a la modalidad epistémica, a partir de la que evoluciona (Bybee, Perkins y Pagliuca, 1994). Consecuentemente, hay que asumir que antes de que *tocar* tuviera significados epistémicos (algo que, como hemos visto, sucede muy pocas veces) ya debía haber gramaticalizado el valor DEÓNTICO.
- d) Las imágenes esquemáticas en que se basa *tocar* están motivadas por la conciencia del cuerpo, lo que impone ciertas restricciones conceptuales y favorece determinados procesos metafóricos.

En definitiva, las teorías cognitivas sobre el cambio lingüístico son tan explicativas que pueden aplicarse con éxito a un verbo tan complejo como *tocar* incluso aunque los textos sólo ofrezcan una diversidad semántica

⁴⁵¹ Sí hemos logrado un análisis de esa precisión en nuestro estudio de *oler*, tal y como se verá en el próximo capítulo. También puede encontrarse un estudio de *acostarse* igualmente preciso en Fernández Jaén (2006c).

tan avanzada que resulte complicado discernir en qué orden se formó. Debe tenerse en cuenta, además, que *tocar* convivió durante los primeros siglos de su empleo con *tañer*, verbo que tenía significados parecidos durante la Edad Media. No cabe duda de que esta circunstancia puede tener responsabilidad en la escasa documentación medieval de *tocar*. Naturalmente, también es posible que la polisemia de *tocar*, tal y como la hemos reconstruido, se afanzara con gran rapidez debido a que muchos de sus significados (como los táctiles y los musicales) ya estaban en *tañer*, de manera que la tensión onomasiológica entre ambos verbos pudo acelerar la lexicalización de los significados abstractos de *tocar*.

Con respecto a la frecuencia de uso, podemos afirmar que es muy difícil de precisar dada la carencia de materiales de que disponemos. Además, algunos significados, como CORRESPONDER o DEÓNTICO, se documentan casi exclusivamente con el verbo en tercera persona, mientras que otros, como MUSICAL, requieren en ciertos casos los tiempos perfectivos. Por ello, no es una tarea sencilla determinar qué valores son los más frecuentes. Aun así, hay algunas tendencias que hemos observado y que se pueden explicar a partir del siguiente cuadro, que contiene el cómputo absoluto de una pequeña muestra de nuestro corpus:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX	S. XX
GOLPEAR	-	-	-	-	-	-	-	-
EJERCER TACTO	-	-	1	8	8	6	15	25
OBJETO METAFÓRICO	-	-	-	-	-	-	6	1
AFECTAR	-	-	-	2	1	-	3	5
TRATAR ASUNTO	-	-	1	7	4	2	2	4
MUSICAL CD	-	-	-	1	1	-	4	2
MUSICAL sin CD	-	-	-	-	-	-	-	3
ESTAR UNA COSA AL LADO DE OTRA	-	-	-	-	-	-	-	-
SER ES TOCAR	-	-	-	-	-	-	-	-
LLEGAR	-	-	-	1	1	-	2	5

LLEGAR METAFÓRICO	-	-	-	-	-	2	2	3
CORRESPONDER	-	-	-	1	2	1	5	8
PREMIO	-	-	-	-	-	-	1	-
SER PARIENTE	-	-	-	-	-	-	-	-
RESPECTAR	-	-	-	-	-	-	-	-
DEÓNTICO	-	-	-	-	3	-	3	2
<i>tocar a</i>	-	-	-	-	-	-	-	2

Figura 10. Muestra de la frecuencia absoluta de *tocar*.

Este cuadro confirma varias ideas que hemos explicado en el curso de nuestro análisis. En primer lugar, es obvio que EJERCER EL TACTO es el prototipo de la categoría, lo que confirma, asimismo, que GOLPEAR había caído en desuso antes del siglo XIII. También se observa que los significados metafóricos del esquema agentivo son bastante frecuentes, lo que confirma el carácter vertebral de ese esquema básico. Por otro lado, el esquema pasivo de *tocar* (en todas sus posibilidades) está bien representado con CORRESPONDER, hecho que evidencia que se trata de una posibilidad conceptual muy activa. Algo similar se observa con el marco vectorial (LLEGAR y LLEGAR METAFÓRICO). Finalmente, constatamos que el esquema estático es el más periférico (ningún caso en la muestra computada), lo que supone una confirmación empírica de que *tocar* pone en marcha un MCI que contiene, esté activo o latente, un trayecto espacial que hay que recorrer.

7.6. Conclusiones

El estudio histórico de *tocar* nos ha permitido comprobar hasta qué punto la conciencia del propio cuerpo, en los términos defendidos por el principio de indexicalidad, es decisiva para entender cómo se comporta este verbo. A diferencia de *sentir*, *tocar* conceptualiza los procesos táctiles exteroceptivos que se ejecutan con la piel. A partir de este marco, el verbo ha generado numerosos significados metafóricos vinculados por la imagen fundamental de una entidad que se desplaza hasta alcanzar otra,

a la que puede afectar o no. No obstante, precisamente por el hecho de que el cuerpo es sensible por todas partes y constituye el punto de referencia espacial para expresar la realidad, las experiencias pasivas en las que los objetos alcanzan (y eventualmente afectan) al hablante han permitido que el verbo genere históricamente significados pasivos muy interesantes, entre los que cabe destacar, por su complejidad semántica y por su originalidad, DEÓNTICO, significado gracias al cual se pudo compensar en español la desaparición de *caler*.

Sin embargo, aunque *tocar* ha generado usos intransitivos gracias al carácter inagentivo que en ocasiones expresa su marco semántico, hay un verbo que ha llevado la pasividad y la falta de control de la percepción mucho más lejos en su desarrollo histórico y en su configuración interna: nos referimos a *oler*, del que nos ocupamos en el último capítulo.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 8: EVOLUCIÓN DIACRÓNICA DEL VERBO OLER

8.1. Olfato y lenguaje: una relación compleja

Como tuvimos ocasión de comprobar en el capítulo 4, la relación que se establece entre el lenguaje y el olfato es difusa y, en general, esquiva. Si bien existen lenguas que disponen de un repertorio léxico elaborado para expresar las vivencias olfativas, el hecho es que, en la mayoría de sistemas lingüísticos, las palabras no parecen capaces de codificar cómo son los olores que percibimos. Los seres humanos somos potencialmente capaces de discriminar miles de olores distintos (Matlin y Foley, 1996; Morgado, 2012) pero, paradójicamente, nos mostramos muy torpes a la hora de nombrarlos. En este sentido, Boisson (1997) ha observado que el léxico de los colores es muy sistemático y preciso (como demostraron los experimentos de Berlin y Kay), lo que contrasta enormemente con la inestabilidad que caracteriza al léxico descriptivo de los olores. Aun así, existen lenguas que poseen unidades léxicas que expresan nociones olfativas extraordinariamente precisas⁴⁵². Ya comentamos el caso paradigmático de los Ongee, pero hay otros.

Muchas lenguas bantúes de Gabón disponen de términos concretos para nombrar muchos olores, como los olores corporales (Hombert, 1992). El totonaco, hablado en México, dispone de 21 términos para olores, con los que se pueden expresar conceptos olfativos muy precisos (Enríquez Andrade, 2004, 2009a, 2009b). En samoano también existen diversos términos olfativos como *poapo* (OLER A PESCADO), *sogo* (OLER A ORINA) y *elo* (OLER A CARNE PODRIDA). Este grado de lexicalización del olfato resulta muy inusual en las lenguas de Europa, aunque se puede

⁴⁵² De acuerdo con Hombert (1992), consideramos que una lengua posee nombres específicos del olfato cuando tiene palabras de uso frecuente y coloquial para referirse a los olores. Por tanto, los términos técnicos que usan los especialistas que trabajan con fragancias (perfumistas, sumilleres, etc.) no se pueden considerar términos generales del sentido olfativo.

encontrar alguna excepción. Por ejemplo, en sueco *lukta* es el verbo prototípico de la percepción olfativa, y coexiste con verbos de nivel subordinado como *stinka* (APESTAR), *dofta* (OLER DE MODO AGRADABLE) y *osa* (OLER A QUEMADO) (Luque Durán, 2001: 191). Sin embargo, la opinión más extendida en la bibliografía es que la categorización lexicalizada de los olores resulta prácticamente inexistente en las lenguas indoeuropeas⁴⁵³ (Dubois, 2000; Enríquez Andrade, 2004).

La cuestión que nos podemos plantear es esta; ¿hay pocos términos de olor en las lenguas porque el olfato es poco importante cognitivamente o porque los hablantes tienen dificultades intrínsecas para crear palabras en este ámbito conceptual? Es verdad, tal y como explicamos en el capítulo 4, que las llamadas sociedades 'oculocéntricas' no suelen prestarle mucha atención consciente a los olores naturales, pero no es menos cierto que nuestro sistema cognitivo tiene serias dificultades para categorizarlos.

Hay oficios que requieren una nariz adiestrada capaz de descifrar aromas complejos. Por ejemplo, los perfumistas, los químicos y los sumilleros entrenan a menudo sus sentidos del olfato y, como prueban numerosos experimentos, su capacidad olfativa es más aguda que la de las personas corrientes (Cain, 1979). Sin embargo, incluso los profesionales del olfato tienen problemas para detectar las distintas sustancias que componen un olor. Hace unos años, Brud (1986) hizo un experimento con 120 perfumistas, a los que les pidió que indicaran qué sustancias contenían 20 olores distintos. Pues bien, los 120 encuestados dieron en total una cifra de 507 sustancias, lo que demostró que ni siquiera ellos eran capaces de detectar con objetividad los productos que componen un olor. Esta investigación y otras parecidas que se han llevado a cabo (Monopoli y Cacciari, 2009; Cacciari, 2010) muestran claramente que los profesionales del olfato también exhiben grandes dosis de subjetividad cuando intentan analizar un olor. Vroon, van Amerongen y de Vries (1999: 27) citan otro experimento en el que los informantes olieron isobutiraldehído; tras olerlo, los sujetos del

⁴⁵³ Incluso parece que los pocos términos que tienen estas lenguas están desapareciendo. Hombert (1992) ha detectado este descenso de palabras de olor en francés y Enríquez Andrade (2009b) en español. En opinión de este autor, términos como *carcavinar* (HEDER LAS SEPULTURAS), *fato* (OLOR MUY DESAGRADABLE), *husmo* (OLOR QUE DESPIDE LA CARNE) y *miasma* (EFLUVIO QUE DESPRENDEN LOS CUERPOS ENFERMOS) se encuentran en un claro retroceso en el español actual.

experimento lo calificaron con expresiones como “chocolate”, “bocadillo de crema de cacahuete”, “algo mareante y seco”, “leche pasada”, “bacalao”, “endibia” y “cacao”.

Otra evidencia de que la lengua tiene problemas para diseñar términos olfativos específicos la hallamos al estudiar cómo describen los hablantes los olores. A la hora de explicar cómo es un aroma las personas tienden a emplear adjetivos de otros campos sensoriales, fundamentalmente del gusto, aunque también del tacto e incluso de la vista⁴⁵⁴ (Morrot, 2001; Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999). De este modo, es frecuente escuchar cosas como “un olor dulce”, “un olor suave” o “una fragancia luminosa”; la experiencia olfativa se le revela al conceptualizador como inasible, de modo que necesita recurrir a adjetivos de otros sentidos físicos para cubrir el vacío léxico al que le conducen los olores. Queda demostrado, por tanto, que Williams (1976) tenía razón al ubicar el olfato en una posición no productiva de su direccionalidad sinestésica (apartado 4.5.2.), puesto que este sentido recibe adjetivos de otros sentidos pero no influye directamente sobre ellos. Por tanto, por familiar que sea un olor para el hablante, siempre le resultará costoso nombrarlo, e incluso con frecuencia tendrá la sensación de tener el nombre de ese olor “en la punta de la nariz” (Lawless y Engen, 1977; Morrot, 2001; Monopoli y Cacciari, 2009; Cacciari, 2010).

Una de las causas para esta imprecisión lingüística en el campo de los olores es de naturaleza fisiológica. A diferencia de la vista, el oído, o el tacto, cuyos estímulos son objetivos e independientes del observador, los olores son más intangibles; las fragancias se componen de partículas invisibles que se desplazan por el aire y que generan una sensación abstracta en quien las huele, por lo que resulta improbable que el hablante pueda identificar esas sustancias y otorgarles la entidad de

⁴⁵⁴ Las zonas del cerebro que se encargan de descifrar los sentidos del olfato y el gusto están muy próximas, lo que explica que haya frecuentemente interconexiones entre ellas que favorecen la superposición sinestésica de esos sentidos. Sin embargo, la vinculación neuronal entre olfato y vista es más indirecta, ya que ambos sentidos se procesan en zonas muy separadas: el sistema límbico subcortical (olfato) y el lóbulo occipital del neocórtex (vista) (Matlin y Foley, 1996). Pese a ello, algunos investigadores defienden que sí que hay algunas conexiones entre esas zonas que favorecen que los olores sean interpretados en términos visuales. Por ejemplo, Morrot (2001) ha estudiado experimentalmente las experiencias olfativas con el vino, y ha observado que la identificación de los olores es más precisa cuando el informante ve el vino que cuando se le oculta su color.

objetos categorizables⁴⁵⁵. Cuando una persona trata de identificar un olor, por lo general trata de identificar en realidad la fuente de ese olor, es decir, la sustancia que despiden las partículas que huelen. De este modo, al detectar un aroma, identificamos la fuente, no el olor mismo que es, en un plano psicofísico, prácticamente imposible de interpretar (Morrot, 2001; Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999). Esta circunstancia se traduce en un efecto lingüístico evidente: la mayoría de términos de olor se refieren, por efecto de una metonimia de tipo PRODUCTO POR PRODUCTOR (Peirsman y Geeraerts, 2006), a la fuente del aroma. Así, si alguien afirma “que ha olido un pollo asado”, lo que está afirmando es que ha olido la fuente del olor a pollo (es decir, el pollo en sí), y no las partículas que éste emite, que son en realidad lo que ha percibido con su nariz.

¿De qué depende, en última instancia, el éxito a la hora de identificar un olor determinado? Hay varios factores que pueden influir (Cain, 1979). Por ejemplo, es decisiva la frecuencia de aparición del olor; es esperable que aquellos olores más habituales sean identificados y lexicalizados con mayor facilidad. Hay que tener presente que para que una entidad del mundo tenga asociada una palabra (categorización léxica) es imprescindible que haya una relación estable entre entidad y vocablo, por lo que sólo si un olor es recurrente podrá ser nombrado con una palabra específica. A ello se debe añadir que siempre será más sencillo localizar olores simples que olores compuestos; las sustancias odorantes pueden estar constituidas por unos pocos elementos o pueden, por el contrario, estar formadas por numerosos componentes, por lo que cuanto más simple es la composición química de un olor, tanto más factible será que

⁴⁵⁵ Esto ha llevado a Candau y Wathélet (2011) a plantearse la existencia misma de las categorías del olor. En opinión de estos investigadores, los planteamientos psicofísicos de categorización que se utilizan con los colores no sirven para estudiar los olores, porque las experiencias olfativas son siempre subjetivas y sociales, por lo que cualquier experimento sobre los olores debería tomar en consideración el contexto pragmático, algo innecesario cuando se trata de identificar colores. La estrecha relación entre olores y roles sociales queda de manifiesto en las culturas occidentales tanto en el deseo de esconder los olores del cuerpo como en la búsqueda de perfumes originales que realcen la presencia de quien los lleva. Está demostrado que los perfumistas buscan crear aromas nuevos y audaces, mientras que los publicistas enfatizan siempre la idea de que un buen perfume es como una “firma olfativa”, una marca de exclusividad y elegancia personal (Cacciari, 2010). Recuérdese también lo comentado en el capítulo 4 a propósito de las pautas sociales vinculadas al olor que ponen en práctica todas las sociedades ‘olfativas’.

los hablantes se acostumbren a él y puedan nombrarlo. Un caso elocuente es el del chocolate; este producto tiene una composición muy sencilla, lo que permite que sea muy fácil de identificar (Cain, 1979: 468).

La naturaleza química del olfato explica que los olores sean difíciles de nombrar, pero también hay que tener en cuenta otro problema para poder entender en toda su magnitud por qué los experimentos con olores suelen arrojar resultados vagos y contradictorios: el aspecto emocional de la olfacción. Cuando olemos algo el olor entra en contacto con la parte más primitiva de nuestro sistema nervioso, produciéndonos intensos estados emocionales, recordándonos situaciones pasadas y modificando (consciente o inconscientemente) nuestra conducta (Ackerman, 1992; Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999; Morrot, 2001). Por ello, y en mucha mayor medida que con el resto de sentidos corporales, el olfato es inseparable de la situación contextual.

Hace unos años, Hombert y Mouéle (*ápu*d Enríquez Andrade, 2004: 110-111) intentaron estudiar los términos de olor de varias lenguas africanas. Para ello trasladaron al ámbito de lo olfativo los procedimientos metodológicos que suelen emplearse para estudiar los colores; de este modo, crearon artificialmente un muestrario de olores del entorno natural que presentaron a los informantes del estudio en unos frascos. Los investigadores reprodujeron químicamente los olores con la mayor objetividad posible, pensando que los hablantes los reconocerían sin problema y les darían nombre. Lo curioso es que aunque la composición de los olores del muestrario era muy parecida a la de los olores “reales”, el experimento fracasó. Por ejemplo, los hablantes de la cultura Li Wanzi no fueron capaces de identificar el olor *tela* con el que designan a un tipo de animal de su hábitat; a pesar de que la reproducción del olor era muy precisa, los sujetos del experimento no asociaron el contenido de aquel frasco con *tela*. La razón estriba en que *tela* en la lengua de los Li Wanzi es un concepto que no alude sólo al animal en cuestión, sino que también engloba el rastro que ha dejado al pasar por un lugar. Además, el concepto *tela* se asocia indisolublemente al contexto de la caza, por lo que fuera de situación, oliendo una sustancia en un frasco, el hablante no era capaz de percibir todos los matices enciclopédicos que el MCI de *tela* activa. En consecuencia, debemos comprender que “es necesario tomar en cuenta dos hechos: el concepto psicológico de olor, elaborado en la cultura Li Wanzi, está bien abstraído y nombrado de manera diferente

que la fuente (el animal), pero incluye informaciones relativas a la situación en la cual se presenta el olor y en la cual es reconocido. Por otra parte, la ficción de haber puesto en la muestra aquello que se consideraba como <<tela>> ha fallado, porque las dimensiones que aseguraban la <<validez ecológica>> del uso del término (situación y temporalidad) y por lo tanto su significación no han podido ser representadas” (Enríquez Andrade, 2004: 111).

En sus estudios sobre los términos de olor del totonaco, Enríquez Andrade (2004) ha intentado subsanar los problemas de los métodos inspirados por el estudio de los colores. Para ello, ha llevado a los informantes a los entornos reales y allí, sobre el terreno, les ha pedido que identifiquen los aromas que perciban. De este modo, los experimentos ofrecieron resultados mucho más ajustados a la realidad psicológica de los hablantes del totonaco. Pese a ello, el propio Enríquez Andrade reconoce que el estudio científico de los nombres de los olores aún tropieza con dificultades importantes. En su opinión, estas serían las principales (Enríquez Andrade, 2004: 105-107):

- a) Ausencia de muestrario. A diferencia de lo que ocurre con los colores, de los que hay un muestrario objetivo (en términos físicos) y consensuado por los investigadores, no hay un marco de referencia estable para estudiar los nombres de los olores en las lenguas del mundo, dado que los procesos psicofísicos implicados en el olfato son demasiado variables.
- b) Desconocimiento de la fisiología del olfato. Aunque la ciencia médica y la biología están avanzando mucho en el estudio de los procesos olfativos⁴⁵⁶, el hecho es que todavía hay muchos aspectos de la neurofisiología del sentido del olfato que no se conocen adecuadamente.
- c) Ausencia de nombres de olor en las lenguas indoeuropeas. El hecho de que las lenguas indoeuropeas tengan muy pocos términos de olor (o ninguno, como en francés actual) supone un inconveniente a la hora de investigar la semántica olfativa desde un marco comparativo.

⁴⁵⁶ Prueba de ello es que el Premio Nobel de Fisiología o Medicina del año 2004 fue otorgado a los científicos R. Axel y L. B. Buck por sus descubrimientos sobre los receptores odorantes y la organización del sistema olfativo.

A estas dificultades podemos añadir algunas más (Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999: 25-27):

d) Los olores pueden producir reacciones psicológicas inconscientes, puesto que a veces olemos cosas sin saberlo. Por este motivo, todo estudio sobre el olor debería hacerse en un entorno completamente inodoro, circunstancia que entra en conflicto con lo comentado anteriormente (necesidad de un contexto real).

e) No sólo el contexto influye en la apreciación (si es de día, si es de noche, etc.): también influyen los aspectos individuales de los informantes, lo que dificulta aún más diseñar un muestrario objetivo. Por ejemplo, se ha demostrado que las mujeres tienen más capacidad olfativa que los hombres. Además, el olfato de una misma persona puede variar según cómo sea su estado físico (si está enfermo, si tiene hambre, etc.).

En suma, los olores son huidizos y muy difíciles de categorizar, puesto que el olfato humano ha evolucionado para detectar olores (con mayor o menor precisión) pero no para describirlos (Morgado, 2012: 87). Las lenguas que carecen de nombres concretos para ellos tienen que recurrir a paráfrasis y estructuras analíticas para nombrarlos, construidas habitualmente con términos procedentes de otros dominios de la percepción. Por su parte, las lenguas que sí tienen términos específicos de olor también muestran ciertas indeterminaciones expresivas, sobre todo en relación con el contexto en que esas palabras se emplean. Por todo ello, parece claro que el olfato es el sentido lingüísticamente más escurridizo, un auténtico “sentido mudo” (Ackerman, 1992: 21).

8.2. Naturaleza del olfato humano

De lo comentado en el apartado anterior se colige que las características biológicas y funcionales del olfato son las principales responsables de que las lenguas tengan dificultades para codificar los tipos de olor. El lenguaje, según los axiomas de la lingüística cognitiva, reproduce la visión del mundo del hablante, de ahí que sea lógico que un sentido difuso y en buena medida desconocido como el olfato resulte difícil de verbalizar. Aun así, hemos de señalar que no todas las peculiaridades del olfato humano son pertinentes para comprender la relación entre olores y lenguas. De todas las propiedades del olfato que ha

descrito la bibliografía⁴⁵⁷ creemos que sólo cuatro son auténticamente decisivas para entender el funcionamiento del léxico de los olores y de los verbos de percepción olfativa: escasa importancia cognitiva, brevedad de la olfacción, vaguedad referencial y falta de control (Fernández Jaén, 2008b).

De la primera propiedad ya hablamos en el capítulo 4; debido a la particular evolución de los primates en general y de nuestra especie en particular, han sido los sentidos de la vista y el oído los que mayor protagonismo han tenido en nuestro contacto con el mundo, en nuestra supervivencia y en nuestro consiguiente desarrollo. Desde que el ser humano pasó a ser bípedo, la cabeza se alejó del suelo, lo que hizo que la vista mejorase (al tener mayor perspectiva) y que el olfato se mitigase, ya que es en el suelo donde más sustancias olorosas se concentran debido a que la mayoría de partículas del olor pesan más que el aire⁴⁵⁸ (Lorig, 1999; Vronn, van Amerongen y de Vries, 1999). De esta manera, nuestra anatomía favoreció a la vista y al oído y empobreció al olfato. Todo ello, como ya comentamos, explica que esos dos sentidos sean más fáciles de vincular con el conocimiento que el olfato, salvo que medie algún tipo de presión cultural de índole antropológica.

La segunda propiedad es sumamente interesante y ha sido muy discutida en psicología. El ser humano no es capaz de mantener una percepción olfativa durante mucho tiempo puesto que, transcurridos unos pocos minutos, hasta el olor más intenso tiende a desaparecer para cualquier persona. Pensemos en un individuo que entra en una habitación en la que hay un fuerte olor a carne quemada; ese estímulo olfativo será inmediatamente percibido por esa persona, pero tras unos momentos⁴⁵⁹, no lo notará. De hecho, sólo si abandona la estancia y

⁴⁵⁷ Matlin y Foley (1996) y Vronn, van Amerongen y de Vries (1999) ofrecen un exhaustivo estado de la cuestión sobre el sentido del olfato, desde un planteamiento psico-biológico. Ibarretxe-Antuñano (1997, 1999a, 1999b) también ha sintetizado de forma certera cuáles son los rasgos constitutivos del olfato (ver capítulo 4).

⁴⁵⁸ Esta circunstancia afecta a otras especies. Los monos tienen menos capacidad olfativa que los perros, puesto que suelen vivir en los árboles, alejados del suelo, y la mayoría de pájaros carecen de narices desarrolladas. Por el contrario, los animales que están siempre en contacto con la tierra o el agua suelen tener un excelente olfato; es el caso de serpientes, insectos, elefantes y otros muchos especímenes (Ackerman, 1992: 50).

⁴⁵⁹ Matlin y Foley (1996: 425) consideran que la adaptación tarda diez minutos de media en consumarse.

vuelve a entrar en ella al cabo de un rato podrá volver a experimentar esa olfacción. Este fenómeno, denominado 'adaptación' (Matlin y Foley, 1996: 424-426), demuestra que, a diferencia de otros animales, el *Homo sapiens* tiene un olfato muy limitado.

El tercer rasgo se asocia al carácter fuertemente subjetivo del sentido del olfato. Para los seres humanos los olores tienen un gran poder de evocación, puesto que con frecuencia nos recuerdan a personas, a lugares, a épocas de nuestra vida o a cualquier otra circunstancia. Este poder de sugestión de los estímulos olfativos entronca directamente con nuestras pasiones más atávicas, lo que explica que en ocasiones un simple olor sea suficiente para hacernos desear algo o para repudiarlo. Pero como contrapartida, nuestro olfato es poco agudo, de manera que nuestros juicios sobre los olores normalmente no sobrepasan la mera apreciación individual; casi nunca sabemos a qué huelen las cosas o de dónde proceden los olores, ni por qué nos gustan o nos disgustan. Por ello, los objetos olfativos son muy difíciles de conocer intelectualmente, frente a la objetividad que caracteriza a los estímulos de los sentidos superiores, y nos limitamos a hacer comentarios subjetivos sobre ellos.

Por último, una característica muy importante del sentido del olfato es la falta de control que caracteriza a las percepciones olfativas. Los olores nos asaltan de forma inesperada debido a que nuestro órgano olfativo, la nariz, siempre está abierto y activo y a que las partículas que transportan los olores viajan por el aire de manera errática. Además, la nariz, a diferencia de los ojos, carece de movilidad, lo que refuerza aún más que sea un órgano pasivo (Morgado, 2012). Por estas razones es muy difícil prever cuándo se va a experimentar una sensación olfativa. Todo ello permite que el olfato humano funcione en ocasiones como una alarma cognitiva: detectamos involuntariamente muchos olores, lo que facilita el descubrimiento de estímulos desagradables de los que hay que huir (el olor de algo podrido, de un incendio, de una sustancia tóxica, etc.), razón por la cual el olfato sí ha ayudado en nuestra evolución (al señalarnos aquello que era nocivo o peligroso⁴⁶⁰), si bien no del mismo modo que los sentidos superiores.

⁴⁶⁰ El olfato no sólo avisa de la presencia de olores perniciosos: a veces ayuda a reconocer un olor que es saludable. La hipótesis de la transmisión social de preferencias alimenticias (Morgado, 2012: 89) se basa precisamente en la capacidad de los mamíferos para recordar los olores y saber si un aroma es nuevo oliéndolo en el aliento de un congénere. Hoy se

En definitiva, comprobamos que nuestro sentido del olfato es mucho más limitado que el de otros seres vivos que dependen más de él, aunque eso no significa que no nos proporcione una percepción más completa y rica del entorno. En los apartados que siguen llevaremos a cabo un análisis de la evolución semántica del verbo *oler*, el verbo prototípico del olfato en español. Este análisis nos mostrará que la indeterminación que caracteriza a la expresión léxica de los olores también afecta al comportamiento sintáctico-semántico de *oler*. No obstante, el desarrollo evolutivo de nuestro verbo también pondrá de manifiesto la riqueza expresiva de la conceptualización de la experiencia olfativa en español (si bien a partir de un verbo y no de términos específicos) y la gran plasticidad del lenguaje para transformar las informaciones más difusas de nuestra percepción en herramientas comunicativas.

8.3. Investigaciones sobre *oler*: estado de la cuestión

Muchos investigadores han señalado lo poco estudiado que está el sentido del olfato⁴⁶¹, sobre todo en comparación con los demás sentidos físicos. La tradición académica ha relegado a un injusto segundo plano a este sentido y se ha centrado en los sentidos de la vista y el oído dando por sentado que éstos son mucho más interesantes y dignos de atención. Esta situación de asimetría entre la cantidad de bibliografía sobre unos sentidos y otros también se da en lingüística; mientras que los estudios sobre los verbos de visión y audición son muy abundantes, las investigaciones sobre los verbos de los llamados sentidos inferiores son ciertamente escasas. En el caso concreto de los verbos del olfato, el déficit científico es absolutamente innegable.

piensa que la habilidad de las ratas y otros animales para detectar en el aliento de los demás el olor de los alimentos ha ayudado en la evolución de esas especies; si un animal huele un alimento nuevo porque lo ha comido un compañero, podrá comer lo mismo cuando lo encuentre, con lo que asegurará su supervivencia ya que sabe, gracias a su memoria olfativa, que ese alimento no es venenoso ya que no mató al otro individuo. Por lo tanto, el olfato es una alarma en un doble sentido: avisa tanto de lo que hay que evitar como de aquello que debe buscarse.

⁴⁶¹ Entre otros, Sperber (1974), Dupire (1987) y Dubois (2000). Vroon, van Amerongen y de Vries (1999: 25) llegan a afirmar que, en la fecha de publicación de su libro, el número total de trabajos científicos sobre el olfato no sobrepasaría en todo el mundo unos cuantos centenares.

En la mayoría de trabajos sobre verbos de percepción no se hace referencia alguna al olfato. Cuando sí aparece alguna mención, ésta habitualmente es de poca entidad, y suele consistir en alguna consideración sintáctica (como que dicho verbo admite tanto empleos transitivos como intransitivos) o en una breve reflexión acerca del hecho de que ese verbo, en clara oposición a los verbos de la vista y el oído, no permite empleos cognitivos sino sólo usos vinculados a las emociones subjetivas⁴⁶². En el caso concreto de los estudios sobre la lengua española, la bibliografía existente es muy limitada; aunque el verbo *oler* se menciona en algunos trabajos, por lo general se trata de reflexiones fugaces y poco detalladas. Aun así, existen algunos estudios de amplio alcance sobre la expresión lingüística del olfato en nuestra lengua.

R. González Pérez dedicó su tesis doctoral (González Pérez, 1991) al estudio diacrónico de los términos valorativos de olor en español empleando la lexemática histórica de inspiración coseriana (véase el capítulo 3). Este trabajo, que no explora el verbo *oler*, se ocupa de determinar cuáles son los adjetivos que a lo largo de la historia de la lengua española han calificado los aromas y de reconstruir el campo léxico que éstos han configurado alrededor de una serie de archilexemas o términos no marcados. I. Ibarretxe-Antuñano también dedicó su tesis de doctorado a la configuración lingüística de los sentidos (Ibarretxe-Antuñano, 1999a), haciendo especial hincapié en el olfato y el tacto. De este trabajo surgieron otros que elaboraron y desarrollaron las ideas teóricas planteadas (Ibarretxe-Antuñano, 1999b, 2000, 2002, 2003, 2008) de modo que la hipótesis propuesta por la autora se ha ido enriqueciendo paulatinamente. Este modelo, sintetizado en la llamada hipótesis de selección de propiedades (comentada en el capítulo 4), dedica mucha atención a *oler*, pero sus conclusiones no están completas puesto que el trabajo se efectuó sin un corpus documental. Además, como comentamos oportunamente, el modelo de Ibarretxe-Antuñano prescinde por lo general de reflexiones construccionistas (decisivas, como veremos, para entender el funcionamiento de nuestro verbo) para centrarse en los aspectos conceptuales y semánticos de los principales verbos del olfato

⁴⁶² Hay, con todo, algunos trabajos sobre el inglés o el francés en los que sí se profundiza en los verbos olfativos, como por ejemplo estos: Naukkarinen (1997), González Orta (2003-2004) y Theissen (2011).

del español, el inglés y el euskera. Finalmente, podemos mencionar otros trabajos (Cipria, 2003; García-Miguel, 2005; Fernández Jaén, 2006a) que contienen análisis parciales de diversos aspectos del verbo *oler*, alusivos principalmente a los problemas de interpretación que generan sus complementos sintácticos y su relación con la transitividad.

Una de las principales lagunas en el análisis de *oler* radicaba en la ausencia de estudios inductivos de cierta envergadura sobre este verbo. En trabajos previos (Fernández Jaén, 2006b, 2008b) presentamos los primeros resultados de la que es, que sepamos, la primera investigación de corpus de *oler* efectuada desde el planteamiento teórico de la lingüística cognitiva. En esos artículos nos ocupábamos de diferentes aspectos de *oler* y analizábamos de un modo variacionista las diferentes conceptualizaciones a que da lugar este verbo. En los apartados que siguen presentaremos, ampliado, este análisis.

8.3.1. Etimología de *oler*

El verbo español *oler* procede del verbo latino *oleo*. En latín, *oleo* era un verbo intransitivo que significaba prototípicamente TENER OLOR, SER OLOROSO. Era, por tanto, un verbo estativo. Para los usos transitivos vinculados al sentido del olfato el latín recurría al verbo *olfacio*, verbo que no tuvo continuación en la lengua española⁴⁶³ (Corominas y Pascual, 1980-1991); en su tránsito al romance hispánico *olfacio* retrocedió en uso a favor de *oleo*, de manera que este recogió todos los valores, tanto los transitivos como los intransitivos⁴⁶⁴.

Tal y como mostró F. A. Wood hace años en un interesante trabajo (Wood, 1899), los términos que designan olor y los verbos básicos con el significado de OLER proceden diacrónicamente en las lenguas indoeuropeas de palabras previas que suelen significar HUMO, VAPOR o

⁴⁶³ Corominas y Pascual (1980-1991) señalan que ya en los textos de Berceo (S. XIII) aparece *oler* con todos los valores modernos. Nuestro análisis empírico lo confirma.

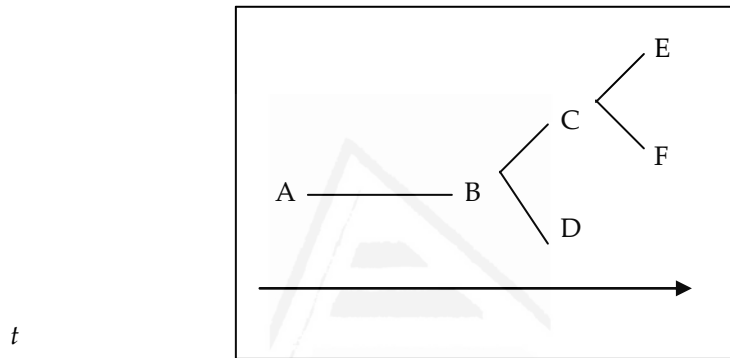
⁴⁶⁴ En la lengua española existen otros dos verbos del olfato mucho más inusuales y limitados semánticamente: *olfatear* y *husmear*. *Olfatear* es un verbo denominal formado a partir de *olfato* (del latín *olfactus*), mientras que *husmear* es un derivado del sustantivo griego *οσμή* (OLOR, AROMA) (Corominas y Pascual, 1980-1991). Ambos verbos son marcadamente agentivos y sólo se aplican, en sentido literal, a los animales. Únicamente cuando se emplean en sentido metafórico con el significado de INDAGAR, RASTREAR ALGO puede tener sujetos humanos.

EXHALACIÓN. Se trata, como se ve, de conceptos volátiles e inasibles, como los olores, lo que motiva los procesos metafóricos y metonímicos que transforman esas palabras en elementos léxicos asociados al olfato.

Actualmente se asume que el verbo latino *oleo* procede de la raíz indoeuropea **od-*, y más concretamente de su variante con sufijo **od-ē-* (Roberts y Pastor, 1996: 117). No obstante, hay una interpretación alternativa que queremos resaltar. A juicio de Wood (1899: 311), *oleo* se formó en realidad tomando como punto de partida la raíz **ol-* que aparece en otros verbos latinos. Así, esta raíz se encuentra en *adoleo*, (CONVERTIR EN VAPOR, QUEMAR) y en *adolesco* que significaba, entre otras cosas, HUMEAR, ARDER. Asimismo, la raíz **ol-* tiene vinculaciones lexicológicas con el griego clásico, pues la hallamos en *ελθειν*, aoristo de *ερχομαι* (IR, VENIR), y en *ελαυνω* (IMPULSAR, EMPUJAR). En opinión de Wood la raíz **ol-* también denotaba con frecuencia la idea de FALLECER y DESTRUIR, como lo prueban los verbos *abolesco* (DESAPARECER), *aboleo* (DESTRUIR) y *ολλυμι* (DESTRUIR, PERDER).

Como podemos apreciar, esta raíz y sus derivados expresaban significados tan dispares como CONVERTIR EN VAPOR, HUMEAR, IR, IMPULSAR, DESAPARECER y DESTRUIR. ¿Tienen algo en común esos valores? En principio puede parecer que no, pero si aplicamos el modelo de prototipicidad diacrónica de Geeraerts (1997) podemos comprobar que esa diversidad semántica forma una estructura radial en la que un núcleo básico ha desencadenado el resto de significados. En nuestra opinión, el valor prototípico en esa constelación de elementos es el significado de CONVERTIR EN HUMO o HUMEAR (significado A). De esa idea es fácil pasar por una metonimia al significado de IR(SE) (significado B); el humo es volátil, por lo que no se puede retener (el humo 'se va'). De IRSE se pasa, de nuevo metonímicamente, a la idea de DESAPARECER (significado C), puesto que lo que se va deja de estar presente. Además, la vinculación entre el HUMO prototípico y la idea de la DESAPARACIÓN permanece latente (poligénesis semántica) en el español actual, como lo demuestran usos muy frecuentes del tipo "El director del colegio se esfumó" (literalmente, 'se convirtió en humo'). De IRSE también emerge la noción de IMPULSAR (significado D); IRSE implica movimiento e intención télica, conceptos con los que se crea la idea de IMPULSO o PROPÓSITO. Por último, desde DESAPARACIÓN se llega al significado de DESTRUIR (significado E) y FALLECER (significado F); las cosas que

son destruidas y los seres que fallecen 'desaparecen'. Es más, tanto el verbo *desaparecer* como el verbo *irse* son empleados habitualmente como eufemismos para sustituir el verbo *morir*, lo que demuestra que la vinculación semántica entre todos estos conceptos es operativa. Naturalmente, la diferencia principal entre DESTRUIR y FALLECER es que el primero es un evento causativo (se hace desaparecer algo) y el segundo no lo es (algo desaparece / fallece / se va). Por tanto, siendo *t* el tiempo, proponemos la siguiente estructura radial:



- A: HUMEAR (prototipo)
- B: IRSE
- C: DESAPARECER
- D: IMPULSAR
- E: DESTRUIR
- F: FALLECER

Figura 1. Red semántica de la raíz *ol-.

¿De dónde procedería, entonces, el significado OLER? Ese significado pudo surgir por un proceso metonímico a partir del prototipo A (HUMO); el humo es invisible y huidizo, como los olores. Wood (1899: 311) considera que la idea de exhalación, vinculada al vapor y al humo, y el matiz del movimiento (irse, subir, etc.) eran los elementos decisivos desde los que se formó en latín *oleo*, ya que los aspectos de los olores más decisivos en la experiencia humana son su carácter invisible y su

fugacidad, algo demostrable a partir de la exploración de los datos, como veremos.

Frente a este punto de vista, la hipótesis más extendida, como ya hemos dicho, es que *oleo* emerge de **od-*. Existen indicios sólidos para aceptar esta idea (Roberts y Pastor, 1996: 117; Ibarretxe-Antuñano, 1999a: 99). El verbo del griego clásico *ὄζω*, que significaba OLER, está emparentado con esa raíz, al igual que el sustantivo *ὄσμη* (OLOR). También lo está el lituano *úodžiu* (OLER) y el sustantivo español *ozono* (GAS CON UN OLOR FUERTE). Todo apunta, pues, a que la etimología basada en **od-* es correcta. Aun así, las conexiones semasiológicas entre los verbos que comparten la raíz **ol-* y su relación evidente (incluso en español actual) con el campo semántico del OLOR son pruebas suficientes como para suponer que, tal vez, haya algún vínculo histórico entre ambas raíces. Corominas y Pascual (1980-1991) apuntan a que el sustantivo latino *odor* (OLOR) pasó a ser *olor* en latín vulgar por contagio fonético con *oleo*. Por ello, pensamos que no es descabellado imaginar que hace bastantes siglos pudiera haber algún tipo de interacción léxica entre **ol-* y **od-* que dejara huella en alguna medida en el diseño semántico de *oleo* y, por ende, de *oler*.

En suma, hay dos hechos destacables en la etimología de *oler*, uno de tipo onomasiológico y otro de tipo semasiológico. *Oleo* coexistió con *olfacio* hasta que el primero aumentó en frecuencia de uso en detrimento del segundo y logró hacerlo desaparecer (tensión onomasiológica). Por otra parte, la raíz indoeuropea **ol-*, compartida por tantos verbos, experimentó con el tiempo una evolución semasiológica en la que se encuentran las pistas más pertinentes para comprender el funcionamiento global del verbo *oler* en español, independientemente de que éste proceda o no de esa raíz.

8.3.2. Estructura de *oler*

El verbo *oler* asumió, como acabamos de explicar, todas las posibilidades sintácticas de la percepción olfativa una vez que *olfacio* desapareció. Por ello, *oler* es capaz de expresar todas las variantes de la tipología de Viberg (1984), de modo que tiene usos como percepción activa, usos como percepción pura y usos como verbo de estado. Lo ejemplificamos a continuación:

- (1) Luis olió el perfume para decidir cuál regalarle a su novia.
- (2) Luis olió el perfume en cuanto se acercó a su vecina.
- (3) Luis no puede oler porque está resfriado.
- (4) La camisa huele a perfume.

En el ejemplo (1) *oler* funciona como un evento de actividad; Luis es un OBSERVADOR agentivo que examina voluntariamente un objeto oloroso, ejerciendo sobre dicho objeto una acción controlada. Por el contrario, en (2) Luis ya no es un sujeto OBSERVADOR sino un mero PERCEPTOR involuntario que detecta un olor porque la fuente de dicho olor se aproxima a él. Por ello, la olfacción que expresa (2) es, aspectualmente, un logro ingresivo, de duración puntual, frente a lo expresado en (1) que es una acción dilatada en el tiempo.

La oración de (3) es un claro ejemplo de percepción copulativa entendida como capacidad; como es sabido, un resfriado puede anular temporalmente la capacidad de percibir los olores⁴⁶⁵, situación que también se expresa con *oler*.

Por último, en (4) encontramos un ejemplo copulativo en el que el sujeto sintáctico *la camisa* constituye el estímulo sensorial o fuente de olor. Esta posibilidad sintáctica admite tres conceptualizaciones fundamentales en español (Fernández Jaén, 2008b):

1. Sujeto-estímulo + verbo: La comida huele.
2. Sujeto-estímulo + verbo + suplemento con *a*: La cocina huele a cebollas fritas.
3. Sujeto-estímulo + verbo + *como* {SN...n}: Este pañuelo huele como el jazmín.

A su vez, estas variantes prototípicas pueden dar lugar a otras conceptualizaciones:

4. Ø + verbo: Aquí huele mucho.
5. Ø + verbo + suplemento con *a*: Huele a quemado.
6. Ø + verbo + *como* {SN...n}: Huele como la casa de mis abuelos.

Naturalmente, las variantes 2 y 3, o 5 y 6 pueden fusionarse (presencia de la conjunción comparativa *como* en el suplemento con *a*). Veamos algunos ejemplos:

⁴⁶⁵ Como ya anticipamos en el capítulo 4, la patología consistente en una pérdida (temporal o permanente) del sentido del olfato se denomina 'anosmia' (Matlin y Foley, 1996: 430). La patología contraria (hipersensibilidad olfativa) se llama 'hiperosmia' (Vroon, van Amerongen y de Vries, 1999: 26).

(5) La habitación olía como a desinfectante.

(6) Desde que he llegado huele como a lejía.

Como se aprecia, las variantes 4, 5 y 6 sólo se diferencian de las primeras en que carecen de sujeto explícito. Esto ha llevado a muchos gramáticos a suponer que estas estructuras son impersonales. Esa es la opinión, por ejemplo, de la Real Academia Española (RAE, 2009); esta institución añade que, en estos casos, *oler* debe llevar circunstanciales locativos (“Aquí huele a pescado”) para especificar dónde se encuentra el olor, adjuntos que, de no aparecer explícitos, han de sobrentenderse (percepción localizada). Lo que sucede a juicio de la Real Academia es que, cuando aparece un elemento locativo, éste señala el lugar en el que está el olor, por lo que la presencia del sujeto explícito se vuelve en ese caso innecesaria⁴⁶⁶. Este fenómeno, denominado ‘inversión locativa’ (RAE, 2009: 3074), predice que en ciertas estructuras presentativas (como la que representa *oler* en su valor copulativo) puede aparecer un adjunto de lugar desempeñando el papel de TEMA o TÓPICO discursivo, por lo que el resto de la oración pasa a constituir un mero comentario de algo que acontece en ese lugar. De este modo, el sujeto-estímulo explícito se vuelve irrelevante, puesto que el lugar y el evento que en él ocurre cobran más protagonismo en términos informativos.

En nuestra opinión no hay motivo para interpretar estas estructuras sin sujeto explícito como impersonales, puesto que, en términos cognitivos, el sujeto se puede recuperar por defecto pues siempre sería, en ausencia de otro elemento, *el olor*. En “aquí huele a quemado” el elemento que huele es el olor mismo, sólo que por estar subsumido de manera lógica en el adverbio de lugar tendemos a no mencionarlo; aun así, podría aparecer, siempre y cuando fuese un sujeto inestable o poco unívoco⁴⁶⁷. En nuestra tesis, como se verá inmediatamente, hemos constatado que es muy extraño que el sujeto no aparezca o no sea recuperable por el contexto cuando *oler* posee esta construcción, evidencia empírica que va

⁴⁶⁶ Es más, el lugar y la fuente del olor pueden coincidir conceptualmente, lo que hace que sea extraño explicitar las dos cosas, como se ve a continuación:

(1) Huele la casa (“la casa” es sujeto)

(2) Huele Ø en la casa (“en la casa” es el lugar donde está el olor).

(3) *Huele la casa en la casa.

⁴⁶⁷ Volveremos sobre ello posteriormente.

en contra de la opinión académica. Incluso hemos documentado algún texto en que sujeto-estímulo y elemento locativo coexisten.

De este modo, la variante 1 es la más sencilla, puesto que consta únicamente del sujeto (sea explícito o no) y del verbo. No aparece ningún complemento acompañando al núcleo verbal aunque sí es muy frecuente el empleo de algún adverbio que matice si el olor es agradable o no, como *bien, mal, estupendamente*, etc. Es importante resaltar que en español, como en muchas lenguas del mundo, cuando se emplea esta estructura y no se especifica lo contrario *oler* significa siempre OLER MAL. Por tanto, en el ejemplo “La comida huele” se estaría diciendo que huele de un modo desagradable a menos que se emplee algún sintagma que cancele esa inferencia⁴⁶⁸. En opinión de Boisson (1997) esta tendencia de los verbos de percepción olfativa a expresar que las cosas huelen mal es prácticamente universal, hecho que quizá se deba a la función antropológica del olfato como alarma sensorial que alerta de la presencia de elementos perjudiciales o peligrosos.

Por su parte, las variantes 2 y 3 añaden un elemento que no aparece en la variante 1: un sintagma que especifica cuál es el tipo de olor que reproduce el sujeto-estímulo. En 2 el tipo de olor viene representado por una estructura preposicional regida encabezada por la preposición *a*, mientras que en 3 el olor que reproduce el sujeto-estímulo se verbaliza con una estructura modal introducida por el nexos comparativo *como*. En ambos casos estos sintagmas representan una hipótesis acerca de cuál es el olor percibido; dado que nuestro olfato no es muy agudo, casi nunca estamos seguros de a qué huelen las cosas, por lo que es habitual que el hablante especule subjetivamente sobre la naturaleza de los olores que recibe.

⁴⁶⁸ El hecho de que lo más frecuente sea percibir olores desagradables ha favorecido que numerosas lenguas hayan lexicalizado verbos específicos con el significado de OLER MAL. Ibarretxe-Antuñano (1999a: 99) menciona algunos casos: latín *pūteo* (ESTAR PODRIDO, HEDER), francés *puer* y *empester* (APESTAR), italiano *puzzare* (APESTAR), portugués *empestar* (APESTAR) y español *apestar*. En nuestra lengua también existe el verbo *heder* (OLER MAL), procedente del verbo latino *foeteo* (HEDER, REPUGNAR), cognado del adjetivo *foetidus*, de donde procede el español *fétido*. A juicio de Corominas y Pascual (1980-1991), el verbo *heder* fue retrocediendo en el habla de la gente educada, de modo que al final *oler* pasó a desempeñar todos los contenidos olfativos, con independencia de que el olor sea agradable o desagradable. Esta situación no se dio en el resto de lenguas romances, que conservan dos verbos diferenciados, uno para OLER en general y otro para OLER MAL.

Por tanto, las conceptualizaciones 2 y 3 constituyen una estructura evidencial de modalidad epistémica variable (Fernández Jaén, 2008b), que señala tanto la fuente de la información (un olor) como la información, más o menos fiable, que de ésta obtiene el hablante. El suplemento de 2 puede indicar una alta certeza o una certeza menor, puesto que en algunas ocasiones el conceptualizador de la escena estará seguro de cuál es el olor que reproduce el sujeto-estímulo y en otras no lo estará, de manera que la fiabilidad de la información que proporciona el suplemento es relativa y dependerá siempre del contexto. Pero en el caso de la estructura con *como*, independientemente de que se fusione con el suplemento, la certeza epistémica disminuye aún más con respecto a 2, puesto que en este caso la hipótesis acerca de la fuente del olor está fuertemente modalizada y no admite una lectura objetiva.

Como explicamos en el capítulo 5 y hemos comprobado en otros capítulos de nuestra tesis, los complementos que *como* encabeza con los verbos de percepción tienen siempre un valor intrínsecamente subjetivo. Este nexo activa una comparación tácita entre varias opciones potenciales por lo que la aserción es incompatible con un juicio definitivo. Si alguien afirma que “huele a gasolina”, el olor en cuestión puede ser a gasolina o no, pero si lo que se afirma es que “huele como a gasolina”, el olor ya no puede ser un elemento objetivo (la gasolina) sino que pasa a ser un olor más indefinido que ha sido juzgado subjetivamente por el hablante: puede ser gasolina o cualquier otra cosa, siendo lo decisivo el proceso cognitivo de percepción valorativa expresado por el emisor. Las estructuras con *como* son, en consecuencia, evidenciales de inferencia, en la medida en que nunca aluden a fenómenos intersubjetivos sino tan sólo a valoraciones muy personales.

En la variante 3 el núcleo de la estructura comparativa suele ser un sintagma nominal, como en el ejemplo anterior (“huele como el *jazmín*”), pero hay otras posibilidades sintácticas, como por ejemplo estas:

- (7) Olía como cuando frías verdura.
- (8) Hueles como si acabaras de salir del mar.
- (9) Con este perfume huelo como a obtener un ascenso.

En el momento en que la percepción sensorial pasa a un segundo plano porque la valoración del conceptualizador es dominante, la estructura con *como* genera un espacio mental abstracto que admite todo tipo de estructuras sintácticas como oraciones subordinadas, flexionadas

(7 y 8) o no (9). De este modo, el complemento de *oler* genera un espacio metafórico en el que el conceptualizador vuelca las valoraciones e imágenes que el olor le evoca. En (7) el olor le recuerda al hablante una escena del pasado, y la hace presente en una estructura temporal mediatizada por *como*. En (8) el olor es muy abstracto, tanto que el hablante debe construir una situación hipotética muy elaborada para poder dar cuenta de cómo interpreta su impresión olfativa. Esto lo consigue con una oración condicional contrafáctica precedida de *como*⁴⁶⁹, estructura que, como sabemos, fuerza a una lectura cognitiva. Así, una proposición contrafactual como “si acabaras de salir del mar” es el espacio mental (Fauconnier, 1984, 1997) que más se ajusta a la sensación subjetiva que se despierta en el conceptualizador al percibir ese aroma. Finalmente, (9) presenta la sensación olfativa como un juicio modal acerca de lo que el hablante considera que debe ocurrirle (conseguir un ascenso). En este caso, puesto que ese acontecimiento está a punto de resolverse (quizá el hablante se dispone a solicitarle un ascenso a su jefe), se prefiere el uso de un infinitivo, mucho más dinámico que las cláusulas flexionadas.

En suma, *oler* es un verbo de percepción física que puede expresar todas las posibilidades sintácticas de la tipología de Viberg. Existe una variante que codifica la percepción pura que podemos denominar *oler-1*, y otra que expresa la percepción olfativa activa, que sería *oler-2*. Estas dos variantes son transitivas, y se componen de un sujeto gramatical que puede ser un mero PERCEPTOR (*oler-1*) o un OBSERVADOR agentivo (*oler-2*), y de un PERCEPTO, que es el olor percibido. Naturalmente, la distancia semántica entre ambas variantes es difusa y reversible; algo que empieza siendo una percepción olfativa pura, puede convertirse en una percepción activa (percibimos un olor y nos concentramos después en él) y a la inversa (tras oler voluntariamente algo, lo ignoramos) (Fernández, 2006a, 2008b).

Por otro lado, llamaremos *oler-3* a la variante copulativa, variante intransitiva en la que hay un sujeto sintáctico que representa al estímulo y que puede tener tres alternativas en función de la actitud y punto de vista

⁴⁶⁹ En este caso *como* no funciona como una conjunción comparativa, sino como un adverbio relativo que introduce una oración subordinada de relativo libre, es decir, sin antecedente (RAE, 2009).

del conceptualizador; si sólo indica la presencia de un olor (sea bueno o malo) se dará la variante 1, y si desea especificar a qué huele el sujeto-estímulo puede optar por las variantes 3 o 4, dependiendo de lo que seguro que esté de su afirmación (grado de compromiso epistémico) o de si prefiere emitir un juicio valorativo más modalizado sobre el aroma que capta.

8.4. Evolución semántica de *oler*

Aparte de por su enorme versatilidad sintáctica, *oler* también se caracteriza por su potencial semántico, hecho que queda patente en la polisemia que este verbo ha desarrollado a lo largo del tiempo. A continuación vamos a analizar la evolución diacrónica de *oler*, estudiando cuáles son los significados prototípicos y estableciendo qué otros valores han emergido de ellos durante el transcurso de los siglos. Asumimos nuevamente los postulados de la semántica cognitiva y del modelo teórico de Geeraerts (1997). Con este análisis pretendemos demostrar fundamentalmente dos cosas: que el verbo *oler* ha evolucionado en español a partir del latín siguiendo un modelo prototípico, y que este verbo muestra icónicamente en su comportamiento sintáctico, semántico y pragmático una gran influencia de las condiciones biológicas y conceptuales que caracterizan al olfato humano y que sintetizamos en el apartado 10.2.

8.4.1. Significados activos

El olfato humano es un sentido esencialmente involuntario; la nariz siempre está operativa y recibe olores constantemente sin que podamos impedirlo. Este hecho explica que los eventos agentivos con *oler* sean relativamente periféricos. No obstante, se trata de una conceptualización que aparece ya en el siglo XIII. Veamos algunos ejemplos de diversas épocas:

- (1) & que duerma sobre comer en lecho mollido & en logares frios.
& que se banne en agua calient. & non este mucho en el banno por que non desgaste el banno la humida & huela flores que huelan bien segunt perteneçe al tienpo (Anónimo, *Poridat de poridades*, 1250)

(2) y la rayz dela yerua mora: y escudete / sean fechos poluos / y oliendo traen sueño (Anónimo, *Sevillana medicina de Juan de Aviñón*, 1381-1418)

(3) & con vinagre derramado por de suso: & ahun con culantro / & fojas de carrasca / camphora & con cortezas de granadas / tamarizes / ebano / murta: con tales cosas deue ser perfumada la casa. & se deuen leuar en la mano: & oler muchas vezes (A. Velasco de Taranto, *Tratado de la epidemia y pestilencia*, 1410)

(4) E olió el ampolla e vido que era vino muy fino (Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera (corbacho)*, 1438)

(5) Y tomó un pan y oliólo, y santiguase pensando que era cosa que havían fecho los pecados (Anónimo, *Libro del conde Partinuplés*, 1500)

(6) Et ha otra virtud esta confaçion / que sy la pones Alas narices / & la huelas fazer te ha dormir (Anónimo, *Macer herbolario*, 1500)

(7) Guillermo Parisiense escribe que conoció un hombre que, con sólo ver la medicina o purga, sin que la gustasse ni oliesse (...) purgava como otro que la huviese rescebido y tomado (Pedro Mejía, *Silva de varia lección*, 1540-1550)

(8) Déxamela tornar a oler; veamos (Juan de Timoneda, *La comedia de los Menemnos. Traducción de Plauto*, 1559)

(9) Mazcan el alimento con la boca, respiran, beven y huelen con aquella, que propiamente se llama mano (Jerónimo de Huerta, *Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio*, 1599)

(10) - ¿A mí con eso? –dijo Sancho-. No toméis menos sino que se me fuera a mí por alto dar alcance a su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que, en dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? (Miguel de Cervantes, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 1615)

(11) “Pues mirad – le dije – qué cordial olor tienen”; y echéelos en la mano; él los llegó a oler (Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, 1618)

(12) un día que estaba constipado me obstiné en oler, casi todo el día de seguido, una calcinación de cobalto de Saxonía (Luis Proust, *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*, 1791)

(13) Yo meto en él la cabeza para oler el cedro (Benito Pérez Galdós, *Tormento*, 1884)

(14) - Mentira –replicó Fortunata, oliendo su propio vestido-. Está bien limpia (Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, 1885-1887)

El verbo *oler* en sus usos agentivos activa un MCI que contiene todas las particularidades que están asociadas al uso voluntario del olfato. Como hemos dicho, los seres humanos tenemos un olfato muy limitado e impreciso, por lo que no podemos recabar demasiada información de algo oliéndolo. Además, al tratarse de un sentido sobre el que no ejercemos casi ningún control, los procesos olfativos en nuestra especie casi nunca tienen forma de predicados agentivos. Por ello, las acciones olfativas que *oler* expresa tienen lugar en circunstancias muy específicas que quedan de manifiesto en el contexto pragmático que la sintaxis representa (iconicidad).

Casi siempre que nos proponemos oler algo de forma voluntaria (acción que requiere, además, cierto esfuerzo físico) es porque tenemos un motivo para hacerlo. Por ello, es frecuente que *oler* aparezca en contextos que refieren la razón por la cual se huele algo. En los ejemplos (1), (2), (3) y (6) se solicita al OBSERVADOR que huelga con fines terapéuticos; se describen sustancias de herbolario que son muy beneficiosas si se huelen de determinada manera⁴⁷⁰. El carácter medicinal de esas sustancias establece que deben olerse (como cualquier medicamento) con una determinada frecuencia, por lo que no es extraño que en el ejemplo (3) aparezca incluso el adjunto de cantidad “muchas veces”, frecuencia que

⁴⁷⁰ En nuestro corpus documentamos bastantes ejemplos con la forma de imperativo sintáctico en presente de subjuntivo *huela* y *huelan* (como el ejemplo (1)) en este contexto médico. En ocasiones, este empleo es claramente prototípico. Por ejemplo, de las 85 ocurrencias de *huela* analizadas procedentes de tratados científicos y técnicos del siglo XV, 81 son casos de percepción activa en un ámbito clínico.

forma parte de la posología del medicamento. En ocasiones, sin embargo, la acción de *oler* se repite no con fines curativos sino porque una única olfacción es insuficiente para obtener la información que se busca. Esa es la razón por la que en el ejemplo (8) *oler* aparece como verbo auxiliado en la perífrasis verbal de repetición {*tornar a* + infinitivo}; como el olfato humano es poco agudo, se hace necesario en ocasiones repetir la olfacción varias veces hasta llegar al resultado deseado. La idea de que se pretende alcanzar algún conocimiento oliendo el estímulo queda patente en este ejemplo por la presencia del marcador discursivo *veamos* (ubicado inmediatamente después de la perífrasis), dado que este marcador anticipa una conclusión epistémica intersubjetiva.

La relación entre oler una sustancia con detalle y la obtención de un conocimiento derivado de la olfacción previa se observa perfectamente en el ejemplo (4); el sujeto huele una ampolla y a continuación aparece el verbo *ver* con una completiva enunciativa (percepción cognitiva, en este caso) que afirma que el OBSERVADOR ha determinado que lo contenido en la ampolla es “vino muy fino”.

Con frecuencia, este valor activo de *oler* viene acompañado por una estructura de finalidad, o forma parte de ella⁴⁷¹. Tenemos tres ejemplos en (10), (11) y (13) donde *oler* aparece con tres estructuras de finalidad introducidas por las preposiciones *a* y *para*. En cualquier caso, no es imprescindible que aparezcan estas estructuras finales, puesto que pueden darse por supuestas en el contexto pragmático. En (14) un hablante le recrimina a una mujer que su bata huele mal, de manera que ésta huele intensamente su ropa, para después apostillar “Está bien limpia”. En este caso el carácter télico de la acción olfativa es evidente, tanto que Pérez Galdós no ha sentido la necesidad de introducir un complemento de finalidad explícito. No obstante, puede suceder que el motivo por el que se huele sea poco importante, del mismo modo que puede no haber un motivo en particular. (5) muestra un acto olfativo aparentemente atélico, aunque es posible que el sujeto huelga el pan para deleitarse con su olor. En (7), por su parte, puede extraerse la conclusión de que el OBSERVADOR no huele ni gusta la medicina (uso transitivo de *gustar*) porque no lo necesita (ausencia de propósito).

⁴⁷¹ Recordemos que la presencia de elementos de finalidad es una de las pautas sintácticas para determinar el carácter agentivo de un verbo, como explicamos en el capítulo 5.

El ejemplo de (12) es especialmente interesante. Las acciones olfativas que podemos llevar a cabo los seres humanos son imperfectas, difusas y breves debido a la adaptación sensorial. A causa de ello, una persona no puede en principio ejecutar acciones olfativas demasiado ambiciosas y duraderas. (12) nos muestra a un individuo que se empeña en oler una sustancia química durante todo un día, puesto que piensa que esta sustancia puede aliviarle un constipado. Lo llamativo es la presencia del verbo *obstinarse*, acompañado por un suplemento cuyo núcleo no flexionado es *oler*; este verbo sugiere la idea de una acción olfativa intensísima, repetitiva y casi irracional, puesto que se deduce del contexto que el sujeto es consciente de que su olfato no está preparado para una olfacción de esa naturaleza.

Algunos animales, en cambio, sí son capaces de controlar a voluntad su potente olfato, por lo que en nuestro corpus son muy habituales las ocurrencias en las que el sujeto de *oler* no es una persona sino un animal, tal y como puede comprobarse en el ejemplo (9). A continuación ofrecemos dos ejemplos más, en los que aparecen como sujetos un buitre y unos caballos:

(15) y así quiere también, como Alejandro de Alés, que haya medio en que esté intencionalmente, como el color en el aire, so pena que no puede salvar que los buitres huelan de tan lejos al olor real que se habrá ya desvanecido (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(16) Tampoco se les consentirá que se huelan uno á otro cuando se encuentran de cara algunos caballos (José Hidalgo y Terrón, *Obra completa de equitación*, 1889)

En (15) son unos buitres los que huelen. Comprobamos que mientras que el ser humano tiene un olfato limitado y no puede oler nada que se encuentre muy lejos, los buitres sí pueden detectar un olor a distancia. El texto de (16) contiene una estructura recíproca cuyo CD es el pronombre personal *se* duplicado en el sintagma correferencial “uno á otro”; ciertos animales tienen tendencia a olerse mutuamente cuando se encuentran, situación que se describe en este caso por medio de la conceptualización

recíproca (los sujetos son al mismo tiempo OBSERVADORES y ESTÍMULOS)⁴⁷².

La escena activada por la percepción agentiva de *oler* muestra a un sujeto OBSERVADOR que concentra su atención y esfuerzo en un PERCEPTO oloroso con algún propósito determinado. Esta imagen se ha proyectado en español a un plano metafórico por medio de una metáfora conceptual (Lakoff y Johnson, 1986) en virtud de la cual el PERCEPTO deja de ser un olor para convertirse en una entidad más abstracta, fundamentalmente una forma de conocimiento. Se crea así la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR, en la que el dominio fuente son los olores y el dominio destino los conocimientos. De esta manera, se establecen múltiples correspondencias epistémicas entre ambos dominios, responsables de las expresiones metafóricas basadas en la correspondencia ontológica general que iguala olor y conocimiento abstracto. Así, todas las peculiaridades de los usos activos de *oler* se trasladan al plano figurado (hipótesis de la invariabilidad) y dan lugar al significado nocional AVERIGUAR o INVESTIGAR ALGO ES OLER⁴⁷³ (Fernández Jaén, 2008b). Este nuevo significado, proyectado de la percepción activa de *oler*, empieza a documentarse en el siglo XVI, y es un valor muy periférico como lo demuestra su escasa aparición en nuestro corpus.

Universitat d'Alacant

⁴⁷² Aunque es algo bastante inusual, *oler* también puede emplearse de manera reflexiva, de modo que el OBSERVADOR y el ESTÍMULO se confunden en la misma entidad. A continuación ofrecemos un ejemplo:

(1) – Lo que sé decir –dijo Sancho- es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa / - No sería eso –dijo don Quijote-, sino que tú debías de estar romadizado o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605)

Hemos analizado este ejemplo como un caso de percepción voluntaria, aunque también se podría interpretar como una percepción pasiva. Sin embargo, pensamos que la detección del olor propio no suele producirse involuntariamente. El contexto literario del ejemplo (don Quijote desconfiando de su escudero Sancho) está lo suficientemente abierto como para que quepan las dos lecturas.

⁴⁷³ Esta extensión metafórica es frecuente desde los orígenes de las lenguas indoeuropeas. Por ejemplo, el verbo *jadati* del checo antiguo procede directamente de la raíz **od-* asociada al olfato, y significaba prototípicamente INDAGAR (Roberts y Pastor, 1996: 117).

Oler, con el significado de AVERIGUAR o INVESTIGAR, actúa de un modo completamente agentivo. De hecho, como se aprecia en los ejemplos (17), (18), (19) y (20), con este valor el verbo tiende a estar en gerundio, para expresar que el proceso de indagación está sucediendo en ese momento de forma durativa. También es muy frecuente que *oler* se coordine copulativamente en estos casos con otros verbos de significado semejante, como *escudriñar* (18) y *buscar* (20), verbos que refuerzan la idea de que *oler* expresa una acción muy concentrada que pretende revelar una determinada información:

(17) Los alguaciles indios andan oliendo a los que encuentran por las calles o en las calzadas (Alonso de Zurita, *Relación de los señores de la Nueva España*, 1585)

(18) Pero mirad que no os dan licencia para ser fiscal de vidas ajenas, ni que andéis como perro ventor oliendo y escudriñando lo que el otro hace, y como vive, para sacarlo de rastro como hacen los soplones y malsines (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598)

(19) porque cuando la suavidad de los dones espirituales se siente y se gusta, ¿qué hay en esta temporalidad que pueda detener el ánimo, Esposa de Cristo, para que no corra en su seguimiento? Allí se regala y recrea con la blandura de los unguentos y, oliendo con el olfato de la discreción, recibe suavemente el olor de la caridad (Fray Juan de los Ángeles, *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, 1607)

(20) Y viéndose abatidos y deshonrados, han tomado el oficio de diablos para vengarse de las pobres almas inocentes, corriendo el día y la noche por las calles, mercados y plazas públicas de la ciudad, oliendo y buscando gente que traer a prisión (Carlos García, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, 1619)

(21) Llegado que es el señor Rector, empieza el cocinero del Colegio a oler y a buscar al nuevo que tiene colgado de la cintura un manojo de llaves muy grandes (Manuel Lanz de Casafonda, *Diálogos de Chindulza: sobre el estado de la cultura española en el reinado de Fernando VI*, 1761)

El ejemplo de (19) contiene asimismo la expresión metafórica “olfato de la discreción”. En ese ejemplo la voluntad agentiva del sujeto se deduce por el contexto y por esa expresión figurada; el sujeto se halla en un entorno divino y refrena su deseo de explorarlo todo porque considera que eso sería poco adecuado. Por ello examina los aromas de la caridad de manera consciente pero “discreta”, evitando actuar de un modo ostensible.

De igual modo que al oler una sustancia nada garantiza que el OBSERVADOR llegue a saber qué es (vaguedad olfativa), en un plano epistémico el conocimiento que *oler* puede expresar con este significado tampoco está asegurado. *Oler* en este caso focaliza las intenciones del sujeto (igual que *mirar* o *escuchar*), por lo que tenemos una predicación no resultativa. A su vez, la intención de conocer algo vuelve a facilitar que *oler* forme parte de estructuras de finalidad:

(22) Embió a vn su criado a q[ue] oliesse lo que passaua (Alonso López Pinciano, *Filosofía antigua poética*, 1596)

En este texto un señor envía a su sirviente para que averigüe qué está sucediendo, y por ese motivo *oler* funciona como verbo de una oración subordinada de finalidad, siendo su CD un complemento inestable (“lo que passaua”); el señor desconoce lo que ocurre, aunque imagina que es un suceso importante, de manera que el complemento idóneo para referirse a esa información proposicional desconocida es el relativo neutro *lo que*. Naturalmente, la predicación está abierta, ya que nada garantiza que el criado vaya a enterarse de aquello que desea saber su señor. Por el contrario, en otras ocasiones *oler* sí expresa la obtención total de la información tras el proceso de búsqueda. Veamos algunos casos:

(23) Dan el mando de media compañía al hombre que puede coger cincuenta mil soldados en la palma de la mano y sembrarlos sobre el campo de batalla, sin que ninguno caiga fuera de su natural puesto... a mí, que salgo al campo, doy un resoplido, huelo media España y ya sé por dónde anda el enemigo (Benito Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, 1874)

(24) - ¿Y a qué vienen esos consejeros del diantre? / - Según he olido, les manda Napoleón para que nos emboben (Benito Pérez Galdós, *Napoleón en Chamartín*, 1874)

(25) - Otra nueva trapisonda tenemos. Basta con oler la carta para convencerse de ello (José María de Pereda, *La Montálvez*, 1888)

En los tres ejemplos *oler* posee una elevada modalidad epistémica. (23) nuestra a un sujeto que asegura, hiperbólicamente, que con sólo oler el terreno es capaz de averiguar dónde se encuentran los enemigos, por lo que *oler* en este caso se emplea como símbolo de las habilidades castrenses de un militar⁴⁷⁴. En (24) *oler* significa AVERIGUAR de un modo inequívoco; un subordinado ha estado haciendo averiguaciones sobre las intenciones de unos consejeros y le relata a su superior posteriormente lo que “ha olido”. El último ejemplo contiene un uso simbólico del sustantivo *carta*, que representa metonímicamente una compleja situación social. La revuelta que se avecina es tan evidente, que el sujeto de la escena asegura que sólo examinando la carta de manera superficial se comprende de inmediato lo grave que es la situación. Si el escritor hubiera querido indicar que la inminencia de la revuelta sólo puede ser comprendida por alguien muy perspicaz, quizá hubiese empleado otro verbo como *examinar* o *analizar*, pero el empleo de *oler* actualiza el MCI de lo que es vaporoso e inconsistente, por lo que si el olfato basta para, metafóricamente, comprender la gravedad de la situación, es porque ésta es muy flagrante (intersubjetividad).

Por último, debemos destacar que con la metáfora AVERIGUAR ES OLER, nuestro verbo está habilitado para llevar complementos flexionados (puesto que con este significado *oler* posee un funcionamiento cognitivo) algo imposible en sus usos puramente perceptivos. A continuación tenemos un ejemplo:

⁴⁷⁴ De hecho, incluso puede aparecer la metáfora AVERIGUAR ES OLER con un uso copulativo de capacidad, para señalar de forma general que el sujeto es muy hábil investigando cosas ocultas. El siguiente texto es muy claro a este respecto:

(1) Iba diciendo que Ventura me besó las manos y después se las besó al padre de la Constitución, que así llama a Gallego la gente apostólica, y de esta manera le calificó en su infame delación el religioso agonizante Fray José María Díaz y Jiménez, a quien nuestro soberano llama el número uno de los podencos por lo bien que huele, rastrea, señala y acusa toda conspiración y astucia de esos tontainas de liberales (Benito Pérez Galdós, *Los Apostólicos*, 1879)

Nótese que el sujeto es comparado con un podenco (símbolo metonímico del olfato agudo en el mundo animal) y que *oler* aparece en la primera posición de una enumeración de verbos relacionados con el dominio conceptual de AVERIGUAR.

(26) no porque los curas fuesen generalmente amigos del poderoso y cortesanos de la abundancia y del lujo, sino porque es claro que, siendo misión de una parte del clero pedir para los pobres, para las causas pías, no han de postular donde no hay de qué, ni han de andar oliendo dónde se guisa (Leopoldo Alas "Clarín", *El señor y lo demás son cuentos*, 1893)

El CD de *oler* en este texto es la interrogativa indirecta parcial "dónde se guisa". El hecho de que el PERCEPTO tenga forma de cláusula flexionada indica automáticamente que *oler* tiene un significado epistémico; el sujeto utiliza su sentido del olfato para enterarse de dónde hay alguna casa en la que haya comida. *Oler* en este caso fluctúa entre la percepción indirecta y la percepción cognitiva; si consideramos que el sujeto utiliza físicamente su olfato para hacer estas averiguaciones, el valor sería de percepción indirecta, pero es igualmente posible que el concepto del olfato se emplee de un modo enteramente metafórico y que *oler* posea únicamente un significado intelectual relacionado con la búsqueda de información. Este ejemplo demuestra, al igual que muchos de los anteriores, que si bien el verbo olfativo *oler* no suele utilizarse en contextos vinculados al conocimiento, esa utilización no es imposible sino sólo poco prototípica, pues el hecho es que nuestro verbo puede expresar tanto nociones epistémicas como ir complementado por complementos directos totalmente desconectados de la percepción sensorial.

El olfato humano, a diferencia del de otros animales como los buitres o los caballos, es impreciso, limitado y poco eficaz para transmitirnos información objetiva. Además, es un sentido que siempre está activado y sobre el que no tenemos control dada nuestra morfología biológica. Por todas estas razones, los usos de *oler* como predicado agentivo son muy limitados, tanto en los usos físicos como en los metafóricos. Con todo, estos empleos existen, y muestran en su estructura sintáctica y en su entorno pragmático numerosos elementos que remiten a las peculiaridades mencionadas, como estructuras durativas (gerundio), adjuntos de cantidad y perífrasis de repetición que señalan que hay que ejecutar la acción varias veces para analizar bien el olor y complementos de finalidad que introducen el motivo por el que el OBSERVADOR realiza el esfuerzo olfativo. En un plano abstracto, estos matices se mantienen, siendo lo que cambia la naturaleza del PERCEPTO que se

quiere conocer (no un olor, sino un conocimiento). El olfato del *Homo sapiens* está destinado por su propia naturaleza a ser un sentido pasivo que recibe accidentalmente ciertos olores que descifra con mucha dificultad, de suerte que podemos afirmar que las percepciones activas que hemos estudiado en este apartado sólo representan excepciones puntuales en el estado natural de pasividad de nuestro olfato.

8.4.2. Significados pasivos, indeterminados y de capacidad sensorial

Si, como hemos comprobado, los empleos agentivos de *oler* resultan infrecuentes por las circunstancias experienciales que impone la biología humana, podemos suponer que los usos pasivos serán mucho más habituales. En estos ejemplos seguiremos encontrando un predicado transitivo, pero, a diferencia de lo que ocurre en los casos activos, con esta conceptualización el sujeto ya no es un OBSERVADOR sino sólo un PERCEPTOR involuntario; los olores llegan a la nariz del conceptualizador de manera incontrolada y éste los registra instantáneamente. Sin embargo, como comprobaremos en estas páginas y en el apartado 8.5.2., estos empleos de *oler* también son muy periféricos en la estructura nodular interna de la configuración conceptual de nuestro verbo. A pesar de ello, el MCI del significado pasivo ha permitido en la evolución histórica de *oler* que se gramaticalicen algunos significados y estructuras.

Los empleos pasivos de *oler* también se documentan desde los orígenes mismos del verbo. Nuevamente, en nuestro corpus ya tenemos ocurrencias desde el siglo XIII. A continuación ofrecemos diversos ejemplos de distintas épocas:

(27) Catad vuestras cargas que non llegue(n) fuego a ella[s], ca yo huelo fumo de sándalo (Anónimo, *Sendebat*, 1253)

(28) ca oteando gran claridad y oyr grandes bozes & oliendo fuertes olores (Anónimo, *Sevillana medicina de Juan de Aviñón*, 1381-1418)

(29) E como un día a ora de nona aquel obispo estúdiase en oración en una cámara, olió a desora un tan grant hedor que lo non podía sufrir (Anónimo. *El libro de confesión de Medina Pomar*, 1456)

(30) E assí partiendo por sus venturas, falló en un camino una enjundia de puerco que cayó a unos mulateros, y como la olió bolvióla de una parte a otra (Anónimo, *Vida de Hisopo*, 1520)

(31) Y el licenciado tomó el lobo, llevándolo delante de sí, ayudado de la misma agua, e metido en la mar hasta que le daba a los pechos, enderezando el lobo hacia un grand tiburón; e como olió al lobo o le vido, vínose derecho a él (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(32) También se tenga gran cuydado que no se huelan cosas que traen mal olor, que sin dubda bastan a matar al hombre (Cristóbal Méndez, *Libro del ejercicio corporal y de sus provechos*, 1553)

(33) mas con el aviso que dio un mozo de casa que olió el humo primero que otro, se levantó la gente, y lo remediaron (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

(34) Dize también que se caça acaso entre otras fieras cercando grande distancia de montes, porque este animal, con su perfetíssimo olfato, oliendo al hombre se esconde en profundas cuevas y quiebras, donde no puede ser visto (Jerónimo de Huerta, *Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio*, 1599)

(35) Por no oler tan mal olor / las narices tapa el cielo (José de Valdivielso, *Del hijo pródigo. Acto sacramental*, 1622)

(36) Y el perro así que olió gente forastera, se vino a nosotros como un rayo (Raimundo de Lantery, *Memorias*, 1705)

(37) sobresaltáronse los del baile, y fue que nuestro compañero oliendo la despensa, donde había empanadas y perniles como demás cosas, ató su faja á una pata del gato, y por listones que rompió en la celosía metióle, y sacar pudo con el animal, que agarraba sin soltar, cuatro empanadas y una sarta de embutido blanco (Javier Fuentes y Ponte, *Murcia que se fue*, 1872)

(38) Y si va bien perfumada, me parece que estoy oliendo una caja de perfumes (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

Una de las características comunes a todos los empleos pasivos de *oler* es la ausencia sistemática de elementos morfosintácticos que indiquen intencionalidad por parte del sujeto; en ninguno de los ejemplos precedentes hallamos marcas que se puedan asociar a la agentividad gramatical. De este modo, el prototipo de los valores pasivos de *oler* es el predicado que expresa un logro aspectual: el PERCEPTOR recibe involuntariamente un estímulo y lo descifra de manera automática en un mínimo intervalo de tiempo, sin que haya desarrollo temporal en el predicado. Así, los ejemplos (29), (30) y (33) nos muestran este comportamiento; en los tres el verbo está en pretérito indefinido, forma temporal que se ajusta icónicamente al contenido expresado, puesto que el pretérito indefinido representa un evento que empieza y termina casi en el mismo punto temporal (idea de logro automático que no se puede sostener de manera durativa).

En otras ocasiones el verbo no aparece en pretérito indefinido sino en gerundio (ejemplos (28) y (37)) o en la perífrasis aspectual {*estar* + gerundio} (ejemplo (38)); de este modo, no se conceptualiza el hecho de haber percibido un olor de manera instantánea sino que se describe con detalle por medio del efecto *zum* que activa el gerundio (Verhaert, 2008) cómo era el momento en el que se produjo la captación del olor. El ejemplo (37) es especialmente gráfico en este sentido. Un individuo huele inesperadamente una despensa y se determina a robar en ella. El gerundio amplifica semánticamente el momento en el que dicho sujeto descubre la despensa por medio de su olfato y dilata en la narración un acontecimiento que fue en términos temporales brevísimo, quedando la escena evocada descrita con mucho más detalle. Además, este ejemplo muestra que el flujo cognitivo es en esta ocasión justo el inverso que en los casos de percepción activa: cuando la percepción es activa, primero encontramos el deseo de oler y las intenciones por las que se huele y después, y sólo a veces, la acción sensorial consumada, pero cuando la percepción es pasiva, lo primero que sucede es la culminación resultativa de la olfacción, para emerger posteriormente las decisiones que desencadene esa percepción olfativa (primero huelo y después decido robar en la despensa). Por lo tanto, queda claro que en todos los usos pasivos de *oler* tenemos una conceptualización resultativa, puesto que la escena se define siempre por la presencia del estímulo y no por la voluntad del sujeto.

El ejemplo (27) muestra la escena en presente de indicativo (“huelo”). Esta es otra forma alternativa de presentar la olfacción de un modo detallado; en lugar de utilizar el gerundio, se emplea un presente continuo que muestra cómo es el momento en el que el sujeto percibe el olor. Como vemos, una de las características de esta conceptualización es que el olor constituye una entidad activa que alcanza a un receptor pasivo e incluso inmóvil⁴⁷⁵. Por supuesto, en función de cómo sea el olfato que recibe el olor, el proceso será más o menos intenso. Así, con la percepción pasiva de *oler* vuelven a ser muy frecuentes los casos en los que los sujetos del verbo son animales dotados con un agudo sentido del olfato. En los ejemplos (31), (34) y (36) encontramos diferentes animales que perciben, de manera involuntaria en este caso, determinados olores. El ejemplo (31) es particularmente llamativo, puesto que en él un tiburón localiza rápidamente a un lobo en el agua. Se trata de un proceso de descubrimiento muy rápido, tanto que el narrador duda acerca de con qué sentido lo detectó, y por eso introduce la estructura disyuntiva “olió al lobo o le vido”, puesto que no es capaz de determinar con qué sentido lo percibió el escualo. Lo interesante es que esa disyunción equipara los dos sentidos del tiburón (vista y olfato) en términos cognitivos, situación poco probable si el sujeto fuera humano.

El fragmento reproducido en (32), que pertenece a un libro médico en el que se explica cómo mantener la salud, también es muy interesante. En este texto se previene de ciertos olores que deben evitarse por ser muy dañinos. El hecho de que se advierta de este peligro pone en evidencia el carácter completamente incontrolado de nuestro olfato; las personas no pueden evitar oler algo si está en el ambiente, de manera que una advertencia como esta sería innecesaria con un sentido más activo, o al

⁴⁷⁵ Con el funcionamiento pasivo, es muy habitual que el CD lleve la preposición *a*. Veamos un ejemplo de entre los muchos que aparecen en nuestro corpus:

(1) y ya que el coche había parado, llegaron cuatro caballeros, porque iban a caballo, trabaron conversación con ellas y, oliendo a fiambre, tomaron y, con gran carcajada, merendaron y bebieron (Francisco bernardo de Quirós, *Aventuras de don Fruela*, 1656)

En este texto la preposición *a* no tiene ningún significado diacrítico, sino que sólo refuerza cognitivamente la autonomía del olor, el cual se convierte en un elemento marcadamente agentivo que alcanza al PERCEPTOR pasivo. De este modo, la preposición *a* en estos casos señala que el estímulo tiene fuerza propia, al igual que ocurre con otros muchos complementos preposicionales (Delbecque, 1998b).

menos se presentaría de otro modo⁴⁷⁶. Este ejemplo demuestra que el olfato tiene una función semejante a la de una alarma que avisa de la presencia de sustancias peligrosas, y el hecho de que el verbo aparezca en una estructura de pasiva refleja evidencia que se trata de una recomendación para todo el mundo (consejo médico⁴⁷⁷), razón por la cual el ESTÍMULO pasa a ser sujeto sintáctico, quedando generalizado el PERCEPTOR.

Como hemos visto hasta ahora, *oler* es un verbo que representa procesos difíciles de controlar y de retener en el tiempo, pero la naturaleza difusa del olfato humano favorece que este verbo sea peculiar en otros aspectos. Las ocurrencias de *oler* son con frecuencia muy ambiguas (lo anticipamos en el capítulo 1), hasta el punto de que a veces no hay suficiente contexto como para estar seguro de que se está ante una percepción pura o activa. En este sentido, hay un tipo de ejemplos que muestra el carácter poco concreto que en ocasiones tiene *oler* debido a la propia naturaleza experiencial de las olfacciones: nos referimos a los casos, muy abundantes en nuestro corpus, de acusativo interno. Como es sabido, un acusativo interno es un CD que “se encuentra de alguna manera contenido en el propio significado léxico del verbo” (Porto Dapena, 1992: 24), lo que implica que en estas ocasiones pese a que *oler* posee un comportamiento transitivo, el CD no muestra en realidad ninguna información concreta, dada su semántica tautológica y pleonástica (Fernández Jaén, 2008b). Hemos visto ya dos casos de este tipo en los ejemplos (28) y (35), pero mostramos algunos más a continuación:

(39) Muy a vagar pasé allén la puente / oliendo del jardín los
dulçes olores (Francisco Imperial, *Poesías*, 1409)

⁴⁷⁶ Por ejemplo, es más fácil no tocar algo peligroso que no olerlo.

⁴⁷⁷ El uso pragmático de este consejo médico era tan frecuente en el español clásico que ha dado lugar a una estructura gramaticalizada que se emplea en la lengua española para advertir de que a alguien le está vetada determinada actividad o un tipo de alimento: la fórmula {[eso] *ni olerlo*}. Veamos un ejemplo:

(1) ¿Mercado? ¡ni que lo huela! (Ramón de la Cruz, *El mercado del lugar*, 1767)

En este texto se le prohíbe a alguien que se acerque al mercado, prohibición que se construye con esta expresión idiomática. Como se ve, aquello que se prohíbe funciona como sujeto de la estructura y es correferencial con el clítico *lo* que acompaña al verbo.

(40) nin puede oler los olores de honestad e pudiciçia (Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera (Corbacho)*, 1438)

(41) olió olores muy sabrosos e oyó cantos muy dulces (Alfonso Martínez de Toledo, *Vida de San Ildefonso*, 1444)

(42) E alçó e olió el Señor el olor suave (Lope García de Salazar, *Istoria de las bienandanzas e fortunas*, 1471-1476)

(43) y por esso en algunas partes donde las colmenas estan en lugares desiertos donde ay estas alimañas ponen cerca delas colmenas trapos mojados en çufre derretido que esten colgando porque el viento lleue aquel olor atoda parte y lo huelan (Gabriel Alonso de Herrera, *Obra agricultura*, 1513)

(44) yendo a Granada, estava tras un vallado un perro muerto, y olió aquél péssimo olor y fue causa de morir d'ello (Cristóbal Méndez, *Libro del ejercicio corporal y de sus provechos*, 1553)

Todas estas ocurrencias contienen estructuras transitivas, pero los complementos se refieren a olores indeterminados. Nuevamente, *oler* se comporta como un verbo inagentivo, expresando a veces un logro aspectual (ejemplos (41), (42) y (44)), o focalizando la escena de un modo detallado, sea con un gerundio (ejemplo (39)) o con el verbo en presente durativo (ejemplo (43)). Sin embargo, a veces los acusativos internos aparecen en expresiones activas:

(45) & duerma quanto pudiere & huela buenos holores delos que oviere de aver de cosas calientes (Alfonso Chirino, *Menor daño de la medicina*, 1429)

(46) & tome la mumia & huela olores calientes (Anónimo, *Tratado de patología*, 1500)

Estos últimos ejemplos, procedentes de tratados clínicos, permiten comprobar que incluso aunque la olfacción sea activa y se alcance con éxito, nada garantiza que el OBSERVADOR pueda llegar a categorizar qué tipo de olor ha percibido. De este modo, los acusativos internos son una prueba firme a favor de nuestra hipótesis de que los olores son casi siempre demasiado difusos como para poder identificarlos de manera unívoca.

Siguiendo este último razonamiento, resulta lógico que también clasifiquemos junto a la percepción involuntaria todas aquellas percepciones incontroladas cuyo objeto sea imposible de determinar⁴⁷⁸. De este modo, hemos incluido dentro de esta categoría numerosos casos de percepción inestable, percepción cuyos complementos directos son tan inespecíficos como los acusativos internos que acabamos de analizar. A continuación ofrecemos dos ejemplos extraídos de nuestro corpus:

(47) & cata si huele lo que camia a azedo (Anónimo, *Tratado de patología*, 1500)

(48) No güelo nada que estoy romadizada (Sebastián de Horozco, *Libro de los proverbios glosados*, 1570-1579)

Estos textos son muy difíciles de clasificar, puesto que oscilan entre la percepción pasiva, la percepción inestable y la percepción copulativa de capacidad sensorial. (48), concretamente, es muy curioso porque no admite fácilmente un único análisis. En principio es un caso de percepción copulativa de capacidad; el sujeto padece una anosmia por un resfriado⁴⁷⁹, de manera que su capacidad olfativa se encuentra temporalmente anulada. Sin embargo, el hecho de que haya un CD inestable unido a la falta de control del sujeto y al hecho de que, a diferencia de otros sentidos⁴⁸⁰, la línea divisoria entre la incapacidad

⁴⁷⁸ También hemos incorporado a esta categoría los casos en que *oler* está sustantivado, ya que en esas situaciones el verbo sigue conservando su potencial de complementación, aunque con frecuencia no aparezca CD alguno. Veamos un ejemplo de entre los muchos encontrados:

(1) E ansí como un omne lieva ley a otro por entendimiento, bien ansí un seso lieva ventaja a otro por virtud e logar, ca oler sobrepuja al gostar por virtud, ca obra de más lexos, e por logar, ca es más alto, e ansí es de cada uno de los otros (Enrique de Villena, *Tratado de Astrología*, 1428)

En esta ocurrencia del siglo XV, en la que el autor reflexionaba sobre la jerarquía de los sentidos, aparece *oler* utilizado como sustantivo, y más concretamente como sujeto sintáctico. Sin embargo, conserva su semantismo de percepción pasiva, por lo que podría llevar un CD inestable o genérico (Ca oler [las cosas] sobrepuja al gostar[las]).

⁴⁷⁹ *Romadizarse* significa 'Contraer romadizo', es decir, acatarrarse (RAE, 1992: 1807).

⁴⁸⁰ Por ejemplo, con *ver* y *oír*, la diferenciación entre un uso inestable y un uso de capacidad es muy evidente. 'No ver' y 'no oír' implican con mucha frecuencia (aunque no siempre) ser ciego o sordo (estado permanente), mientras que cuando las circunstancias contextuales dificultan eventualmente la visión o la audición ("No veo nada desde esta distancia", "El ruido me impide oír lo que dices", etc.) tendemos a emplear complementos inestables. Debemos tener presente que los usos inequívocos de capacidad representan siempre estados

sensorial y el estado natural del olfato (caracterizado por su imprecisión) sea muy fina, hace que proponer un análisis definitivo resulte problemático. Por ello, hemos optado por incluir los ejemplos de percepción copulativa de capacidad en la clasificación de percepciones pasivas e indeterminadas, clasificación cuyo núcleo conceptual es la ausencia de control sobre el sentido del olfato.

Los significados pasivos de *oler* que estamos examinando han dado lugar diacrónicamente a un significado nuevo, generado gracias a la metáfora conceptual EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR; si una determinada información se conceptualiza como un olor, ello significa que dicha información puede ser percibida de forma involuntaria, al igual que sucede con las olfacciones pasivas. De este modo, el sujeto alcanza la información sin pretenderlo. Sin embargo, el hecho de que con mucha frecuencia no seamos capaces de determinar qué es lo que olemos, hace que esta variación semántica conserve la idea de indefinición de este tipo de percepciones, de manera que obtenemos la metáfora SOSPECHAR ES OLER. Así, con el significado de SOSPECHAR *oler* expresa transitivamente que el PERCEPTOR posee algún tipo de información o conocimiento, si bien se trata de un conocimiento intuitivo, dudoso o parcial (una simple sospecha⁴⁸¹). Este significado empieza a documentarse

atemporales, algo que no ocurre cuando la complementación es inestable, puesto que en estos casos hay desarrollo temporal e incluso agentividad. Por esta razón nos preguntamos si los únicos casos posibles de uso copulativo de capacidad con *oler* serían aquellos que expresara una anosmia crónica. Téngase en cuenta, además, que si al complemento inestable *nada* le cambiamos la polaridad, no obtenemos exactamente el significado contrario cuando se trata de *oler*:

- (1) No huelo → NO OLER (estado permanente e intransitivo, 'no tener capacidad olfativa')
- (2) No huelo nada → NO OLER (circunstancia eventual, uso transitivo)
- (3) Lo huelo todo → ¬ OLER (no significa 'tener capacidad olfativa')

Por todas estas razones, creemos que, al menos con *oler*, sólo podemos aceptar como ejemplo claro de uso copulativo de capacidad los casos en que no hay ningún CD, puesto que si lo hay, aunque sea un CD inestable, el significado de la estructura no es exactamente el de ser incapaz de oler. Además, un ejemplo prototípico debería señalar incapacidad olfativa permanente. Por todo ello, hemos agrupado en nuestro análisis bajo la misma categoría los usos pasivos, inestables y de capacidad.

⁴⁸¹ La asociación entre los verbos del olfato y el contenido de SOSPECHAR es muy frecuente en las lenguas del mundo. Por ejemplo, el inglés posee la locución *smell a rat* que significa precisamente SOSPECHAR ALGO (Garrudo Carabias, 1999: 197). También conviene mencionar que la relación entre la percepción sensorial y las sospechas queda de manifiesto

en el siglo XV y tiene diferentes modulaciones. Mostramos una amplia muestra a continuación:

(49) nin puede oler los olores de honestad e pudiciçia (Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera (Corbacho)*, 1438)

(50) para que los privados del rey tuviesen parte y arte en él, que es lo que mucho desde arriba se viene oliendo (Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, 1527-1561)

(51) que la voz común era que iba de socorro á la Tercera para asegurarla, pero que el que esto escribe sospechaba por lo que iba oliendo, oyendo y viendo por algunas señales, que el designio era otro (Anónimo, 1583, *Marzo 16*, 1583)

(52) Yo bien olí la miseria de la casa, pero como traía picado el molino comílo con buen aire (Francisco Narváez de Velilla, *Diálogo intitulado el capón*, 1597)

(53) Diferentemente se aprouecharon de las narices los Papas que nosotros, pues con diez varas de ellas no olimos lo que traýamos entre manos (Francisco de Quevedo y Villegas, *Sueño del Juicio*, 1606)

(54) En aquellos nueve años anduve yo tras Dios desta manera: aquí lo güelo, aquí me da su aire, allí lo veo, aquí se me esconde (San Juan Bautista de la Concepción (Juan García López), *Memoria de los orígenes en la descalcez trinitaria*, 1607)

(55) El otro no hacía más de sacudirse, cuando la luz del farol de una demandante los acabó de rematar la poca paciencia que los había quedado, pues vieron lo que rato había que olían (Francisco Santos, *Día y noche de Madrid*, 1663)

(56) Ella, que huele los albores del primer amor, le dice que no se atreverá a decirla nada (Francisco Santos, *Las tarascas de Madrid*, 1665)

en la propia etimología del verbo *sospechar*. Este procede del latín *sub-spicio*, derivado de *specio*, que significaba MIRAR. Así, *sub-spicio* tenía el contenido de MIRAR POR DEBAJO, es decir, de iniciar una búsqueda por lugares inusuales debido a alguna intuición pendiente de confirmación (Bordelois, 2006: 136).

(57) Pero, ¿cómo se compone esto con el chiste, que hace parte de la historieta, de que llevándole el diablo acuestas sobre el mar, con un ardid quiso hacerle pronunciar el nombre de Jesús, para dexarle caer sobre las ondas, y el obispo, oliendo la maula, le dixo, como si le batiera con el azicate: Arre diablo, con que lo hizo avivar el passo, y guardar sus engañifas para mejor ocasión? (Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, 1742)

(58) -Lo que yo digo. Esta situación, de por fuerza se la tienen que llevar los demonios / -Hasta que llegue la nuestra... / -No, pues cuando éste lo huele... Por Madrid andaré buena la cosa (Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*, 1883)

(59) Me ha dado en la nariz (con malicia, llevándose el dedo a la punta de aquella facción). No aseguro nada; es que yo, con mi experiencia de esta casa, lo huelo, lo huelo, Ramón... No sé..., puede que me equivoque (Benito Pérez Galdós, *Miau*, 1888)

(60) Soy tan feliz, que á veces paréceme que vivo suspendida en el aire, que mis piés no tocan la tierra, que huelo la eternidad y respiro el airecillo que sopla más allá del sol (Benito Pérez Galdós, *Tristana*, 1892)

(61) Despejada mi razón, he visto claro que si la diamantisa huele dinero, estamos perdidos (Benito Pérez Galdós, *Mendizábal*, 1898)

(62) Su instinto de hombre desordenado adivinó u olió allí una mujer ordenada y casera (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

En todos estos ejemplos podemos apreciar una constante falta de seguridad con respecto a lo que se percibe. Esa inseguridad epistémica se obtiene por medio de múltiples estructuras metafóricas, apoyadas sobre la base conceptual de la experiencia olfativa. En algunos casos, el complemento directo es inestable (ejemplos (51), (53), (58) y (59)). En otros, como en el ejemplo (49) (ya citado anteriormente), es un acusativo interno, complemento que refuerza la idea de un conocimiento abstracto o incompleto. Sin embargo, a veces el complemento tiene un núcleo nominal más reconocible.

En los ejemplos (54), (56), (57), (60) y (61) encontramos los siguientes objetos definidos: “Dios”, “los albores del primer amor”, “la maula” (trampa), “la eternidad” y “el dinero”. En todos los casos, el conocimiento que el conceptualizador tiene de esos fenómenos es intuitivo, ya sea porque se trata de entidades intrínsecamente abstractas o nocionales o porque falta una confirmación definitiva.

Desde un punto de vista temporal, *oler* en estos casos no suele expresar logros, puesto que las sospechas no tienen lugar de manera instantánea en un punto del tiempo, sino que son procesos mentales que se gestan largamente. En el ejemplo (50) y en el (57) *oler* aparece en estructuras con gerundio, lo que evidencia que el estado de duda puede extenderse durante un intervalo temporal más o menos largo.

En ocasiones, *oler* con este valor de SOSPECHAR o INTUIR se relaciona en el cotexto con otros verbos que matizan el MCI que está activado. El ejemplo que aparece en (55) es muy ilustrativo; unos individuos tienen dudas con respecto a algo, y sólo confirman sus sospechas cuando la luz de un farol ilumina la escena. De este modo, *ver* tiene valor de constatación epistémica (VER ES CONOCER), mientras que *oler* representa la falta de seguridad. En (62) *oler* aparece en una estructura disyuntiva junto con *adivinar* (con el significado de SOSPECHAR), de modo que la propia sintaxis confirma el deslizamiento semántico que ha experimentado *oler*. Es necesario tener en cuenta otro hecho destacable; el verbo *sospechar* tiende a tener como CD oraciones sustantivas enunciativas que representan la proposición que constituye la sospecha que tiene el sujeto. Este uso es posible con *oler*, como veremos enseguida, aunque no siempre se utiliza esa forma de complemento cuando la sospecha no puede formularse con un simple sintagma nominal. La ocurrencia (62) se podría parafrasear por algo como “adivinó u olió que era una mujer ordenada y casera”, aunque con el empleo sintético que la oración ofrece es suficiente para hacer notar que lo expresado por el verbo es una suposición.

Esta última observación nos lleva a una idea decisiva; cuando *oler* significa SOSPECHAR suele aparecer en el marco semántico algún tipo de valoración subjetiva. Dicho de otro modo: la sospecha suele desencadenar apreciaciones axiológicas (aumento de la subjetividad). Esta circunstancia explica que muy frecuentemente aparezcan en la

escena elementos modalizadores, como adverbios de modo⁴⁸². Tenemos un ejemplo en (52). En él el enunciador afirma: “Yo bien olí la miseria de la casa”. Como es obvio, el adverbio *bien* en este caso no señala cómo se produjo el proceso expresado por el verbo, sino que indica cuál es el punto de vista del sujeto con respecto a lo que está pensando; el estado de miseria de la casa en cuestión es un estado de cosas subjetivo, no intersubjetivo, por lo que se trata de una sospecha que procede más de un razonamiento individual que de datos del mundo exterior. Por consiguiente, muy a menudo con la metáfora OLER ES SOSPECHAR encontramos ejemplos de percepción valorativa, en los que el sujeto manifiesta una sospecha o intuición que, en realidad, es un juicio de valor. Ofrecemos algunos ejemplos a continuación:

(63) Que pienso que te han olido por santera (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554)

(64) Mis hermanas me ayudaban poco, antes creo que ellas descomponían la paz y armaban las pendencias, y sabido el porqué, no era otro sino que me olían dama y orgullosa de condición y no podían llevar mis cosas (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(65) Y como me olieron a víspera de novia, iban y venían pretendientes como la vanagloria (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

En estos ejemplos se expresa una sospecha (o conocimiento apriorístico) en forma de percepción valorativa. El hablante juzga unos complementos directos humanos, y les atribuye una cualidad en forma de C. Predicativo, ya sea un C. Predicativo preposicional (“por santera”, “a víspera”) o nominal y adjetival (“dama y orgullosa”). De esta manera, se está afirmando que se tienen indicios para pensar que esa cualidad atribuida puede predicarse del complemento.

Finalmente, como ya hemos anticipado, *oler* cuando significa SOSPECHAR admite los complementos flexionados que expresan percepción indirecta o cognitiva:

⁴⁸² También es muy frecuente la aparición de pronombres átonos expletivos que modalizan la enunciación, como se aprecia en este ejemplo:

(1) Desde que yo vi que no respetaban ni al Niño, y que habían tenido que fugarse, ya me olí yo la quema... (Julián Zugasti y Sáenz, *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, 1876-1880)

(66) ¿Qué era aquello, sino que si la mujer huele que hay entrada para algún gusto o deleite (...) es más cerrada que trozo de nogal rollizo? (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(67) Salomón quiso matar a Jeroboán, porque olió que se avía de dividir en él el Reyno después de sus días (Fray Juan Márquez, *El gobernador crsistiano*, 1612-1625)

(68) Ténganos Dios de su mano y nos libre como él lo hizo, que en oliendo que le querían prender, se escapó sin parecer más, dejando hecho aquel buen recado (Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos. Tomos I, II, III y IV*, 1654-1658)

(69) El verdadero aguador se compenetra con estos tres elementos hasta tal punto, que de él tanto puede decirse que es hombre como que es cesta o garrafa; huele donde tienen sed y cuando ve que nadie tiene sed pregona, y con sus pregones despierta el apetito (Ángel Ganivet, *Granada la Bella*, 1896)

(70) Al darte la credencial demuestra que no es rana... Ya ha olido el hombre que tú vas para personaje (Benito Pérez Galdós, *Mendizábal*, 1898)

En estos textos aparecen cláusulas flexionadas en función de CD; en los ejemplos (66), (67), (68) y (70) encontramos oraciones completivas introducidas por el nexa *que*, mientras que en (69) aparece una oración interrogativa indirecta parcial⁴⁸³. El contenido proposicional codificado por estas estructuras es en todos los casos el de una sospecha o suposición, por lo que la certeza con la que el hablante emite estas aserciones no puede ser nunca absoluta (ausencia de compromiso epistémico).

Como hemos visto, la metáfora general EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR ha permitido que *oler* signifique SOSPECHAR. Para ello, se ha focalizado en la proyección metafórica desde el dominio fuente hasta el dominio destino la idea de que habitualmente el ser humano es incapaz de interpretar o analizar los olores que recibe. No obstante, como sabemos, en algunas ocasiones el hablante sí está seguro de qué es lo que

⁴⁸³ En el ejemplo que ofrece el CORDE el pronombre *dónde* aparece sin tilde.

huele⁴⁸⁴; por este motivo, *oler* también ha desarrollado durante su evolución diacrónica la metáfora DESCUBRIR ES OLER. Se trata de una metáfora muy parecida a la anterior en su configuración semántica; las dos necesitan tener un objeto explícito (transitividad) que represente la forma de conocimiento, y en las dos el sujeto es pasivo en cuanto a la recepción del estímulo. La diferencia fundamental, muy estrecha a veces⁴⁸⁵, es que con el significado de SOSPECHAR el conceptualizador nunca tiene una certeza absoluta en relación con lo que percibe, mientras que cuando *oler* significa DESCUBRIR el conocimiento sí se alcanza de forma objetiva. Este nuevo valor, que también aparece en nuestro corpus desde el siglo XV, puede presentar diversas manifestaciones formales, de las que ofrecemos a continuación una amplia muestra:

(71) y por eso mira por nosotros y sednos favorable agora que le son venidos dineros, antes que se los huelan las bagasas (Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, 1528)

(72) También me consolé porque olí en la carta la devoción y espíritu de V. S. (Fray Luis de Granada, *Epistolario*, 1538-1589)

(73) Pues calla, que creo que todo no será menester: tu sciencia y la mía, porque Lydorio es sabio y virtuoso y leal y antiguo criado de casa; y con saber todos los rincones d'ella, si nos huele nos tiene de hazer daño para nuestro pellechar (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554)

(74) Pero andando muchas veces al derredor dellos, olieron la virtud divina presente (Fray Luis de Granada, *Segunda parte de la Introducción del Símbolo de la Fe*, 1583)

(75) Luego corrió la fama del forastero recién venido á la tierra: rico, magnánimo, generoso, y en cuatro días le olieron como abejas la miel toda la germanía del lugar (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la cuaresma*, 1598)

⁴⁸⁴ Se activa, por tanto, lo que Ibarretxe-Antuñano ha denominado rasgo de [+ detección] (Ibarretxe-Antuñano, (1999a).

⁴⁸⁵ Como explicamos en el capítulo 1, la línea divisoria entre estos dos significados en ocasiones es prácticamente nula, por lo que es imprescindible acudir al contexto para determinar qué significado prevalece.

(76) Quando vinieron los hermitaños de Italia no se como olieron tan presto a los que de aca se auian apartado del mundo (Fray José Sigüenza, *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1600)

(77) tenemos un corregidor en esta ciudad que a cincuenta pasos huele cuerpos malhechores (Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina*, 1605)

(78) Esta vanidad y propia estimación le trajo algún tiempo distraído, pero no pasó de ahí ni se entendió jamás que en su trato y conversación se mezclase alguna cosa fea ni poco honesta, ni se olió en él semejante descuido (Fray Gregorio de Alfaro, *Vida del ilustrísimo señor don Francisco de Reinoso, obispo de Córdoba*, 1617)

(79) Perdíase el crédito, faltaban los dineros, retirábanse los amigos como olían la necesidad (Fray Gregorio de Alfaro, *Vida del ilustrísimo señor don Francisco de Reinoso, obispo de Córdoba*, 1617)

(80) principalmente, como era tan cumplida de narices, olió luego el dinero que le daba el suegro, y sin reparar en el gasto de casa ni en las muchas deudas que se debian, fuélo aplicando para un faldellin de damasco con unos franjones de oro (Jerónimo Alcalá Yáñez y Ribera, *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Primera parte*, 1624)

(81) El pretendiente mulato, que no se descuidaba de pasear la puerta de su dama, como buen galgo olió lo que pasaba (Jerónimo Alcalá Yáñez y Ribera, *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Primera parte*, 1624)

(82) ¡Vive Cristo, que ha olido la trapaza! (Alonso de Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, 1637)

(83) Pero no le duró mucho el alegría porque dentro de quince días di fin al corto caudal, y así que olió mi pobreza me dijo que buscara posada (Anónimo, *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1646)

(84) Que en quanto á lo primero es necesario que los Consejeros Reales sean dotados de grande ingenio, instruidos en buenas artes, expertos en todas cosas con el largo uso de ellas y versados

diligentísimamente en las historias y que no solamente huelan y penetren con sagacidad lo que tienen presente, sino también lo que en lo de adelante puede ser útil á la República para congeturarlo, prevenirlo y proveerlo (Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana*, 1648)

(85) tiene vuesa merced cincuenta costales de raçones por que pocos menos tenía en cima de paxa quando olió al enemigo (Marcos Fernández, *Olla podrida a la española*, 1655)

(86) Porque si le huelen el humor reirán el chiste y despreciarán el aviso; pues los más hombres son poco advertidos (Diego de Torres Villarroel, *Correo del otro mundo*, 1725)

(87) y á mi me olió unos doblones uno que tenía el juicio encetado de esa manía, y aunque me hizo con sus palabras, y argumentos muy posible esa transformacion, nunca quise ver sus milagros, porque me había de llevar mi dinero (Diego de Torres Villarroel, *Anatomía de todo lo visible e invisible*, 1738-1752)

(88) Yo, a cien leguas de distancia, olí la trampa (Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, 1753)

(89) Vosotros / habéis olido el sarao / de esta noche y la merienda / y yo no quiero llevaros (Ramón de la Cruz, *El cortejo escarmentado*, 1773)

(90) Pero le olió bien pronto don Gonzalo; y aquéllos sus intentos de atormentar a Magdalena con la conquista de Osmunda (...) trocáronse súbito en un arrebató de despecho que acabó por inflamar su mimosa pasión en un infierno de deseos (José María de Pereda, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, 1879)

(91) olió el Julián lo que pasaba, y huyó (Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 1880-1881)

(92) Pero yo no necesito verlas cuando se completan, hombre; yo las huelo antes, amigo Baltasar (Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*, 1883)

(93) ¿Quién es aquí el ofendido? ¡Yo, yo! Que siento la ofensa, que la preveo, que la huelo en el aire... (Leopoldo Alas "Clarín", *La Regenta*, 1884-1885)

(94) Era la primera declaración terminante y apasionada que Amparo había oído, porque hasta aquella fecha el otro no se había apeado de sus infolios jurídicos: súpola bien, gustóle el mozo, y continuó la intriguilla; hasta que se olió desde la otra casa (José María de Pereda, *La puchera*, 1889)

(95) soy ya perro viejo, y huelo a largas distancias las perrerías de los demás (José María de Pereda, *La puchera*, 1889)

(96) Juana la Larga (...) aceptó el presente con gratitud y complacencia, pero como no era larga solamente de cuerpo, sino que lo era también de previsión, y si vale decirlo así, de olfato mental, al punto olió y caló las intenciones que don Paco traía y sobre las cuales había ya sospechado algo (Juan Valera, *Juanita la Larga*, 1895)

Muchos estudios, entre los que destaca el de Sweetser (1990), han sugerido que los verbos de percepción olfativa no pueden expresar contenidos epistémicos. Se diría, incluso, que el sentido del olfato es completamente refractario a cualquiera forma de conocimiento⁴⁸⁶. Sin embargo, creemos que los ejemplos expuestos demuestran claramente que en el caso del español esto no es exacto, ya que *oler* vehicula con frecuencia conceptualizaciones marcadamente epistémicas en las que el sujeto oracional posee alguna información objetiva más o menos abstracta. Esto no significa, naturalmente, que *oler* pueda codificar todas las estructuras de conocimiento que el lenguaje permite, puesto que este verbo tiene, en realidad, algunas restricciones importantes que lo diferencian de otros verbos que expresan posesión u obtención de información.

Palancar (2005) ha propuesto, tras estudiar los verbos *saber* y *conocer*, que en términos lingüísticos existen tres tipos de conocimiento: el Conocimiento de Habilidad, el Conocimiento Objetivo y el Conocimiento Experiencial. El Conocimiento de Habilidad tiene lugar cuando un

⁴⁸⁶ Ya expusimos pruebas muy sólidas de que esta hipótesis no es correcta en el capítulo 4.

individuo posee los conocimientos necesarios para llevar a cabo una tarea compleja con la que alcanzar un determinado objetivo; estarían dentro de este conocimiento actividades como preparar una ensalada, hacer la cama o conducir un camión. El Conocimiento Objetivo es más abstracto, puesto que consiste en poseer información sobre las entidades del mundo. Por ejemplo, para preparar una ensalada hay que tener claras ciertas ideas, como que las lechugas son comestibles o que la sal potencia el sabor de los alimentos, ideas todas ellas que forman parte de ese Conocimiento Objetivo. De este modo, el Conocimiento Objetivo se diferencia del de Habilidad sobre todo en que es más amplio y más fácil de compartir intersubjetivamente. Por último, el Conocimiento Experiencial es similar al Objetivo, sólo que mucho más individual, en la medida en que se basa en ideas que obtenemos con la experiencia cotidiana. Si alguien va a preparar una ensalada, no sólo debe poseer conocimientos sobre cómo se hace una ensalada o sobre qué es y qué no es comestible, sino que también debe saber cosas como estas: qué ensaladera es más apropiada en este caso, si esta ensaladera es de su propiedad o no, si a sus invitados les gusta o no la ensalada, etc. Todo este bagaje forma el conocimiento Experiencial, el cual también es, como el Objetivo, fácil de compartir con los demás.

Pues bien, si aplicamos esta clasificación a los empleos epistémicos con *oler* comprobamos que nuestro verbo puede expresar tanto Conocimiento Objetivo como Experiencial, pero no Conocimiento de Habilidad. La razón estriba en la naturaleza aspectual que impone *oler* cuando expresa conocimiento; de igual modo que cuando olemos algo (en un sentido físico) involuntariamente y sabemos de inmediato de qué olor se trata esa percepción funciona como un logro sin desarrollo temporal, cuando lo que se recibe pasivamente es algún tipo de conocimiento *oler* también tiende a actuar como un logro ingresivo. De este modo, la metáfora *DESCUBRIR ES OLER* suele aparecer con el verbo en tiempos perfectivos, ya que la obtención de ese conocimiento es el resultado de un proceso esencialmente instantáneo. Esa es la razón por la que *oler* no puede expresar Conocimiento de Habilidad, puesto que éste representa un estado temporal durativo, y *oler* no encaja en esa forma de conocimiento

permanente⁴⁸⁷. En síntesis, *oler*, como verbo epistémico transitivo, verbaliza el modo en que se obtiene de forma automática en un momento dado una información relativa a las propiedades de una entidad, ya sean objetivas o más experienciales y subjetivas.

En virtud de lo expuesto y a la luz del análisis empírico, podemos afirmar que los usos de la metáfora *DESCUBRIR ES OLER* tienen por prototipo sintáctico los tiempos perfectivos del pretérito, es decir, las formas temporales que expresan logros aspectuales en el sentido de Vendler (1967). De los 26 textos que hemos citado, por ejemplo, 16 son logros (ejemplos (72), (74), (76), (78), (80), (81), (82), (83), (85), (87), (88), (89), (90), (91), (94) y (96)); en todos estos casos, *oler* aparece en pretérito indefinido o en pretérito perfecto, lo que señala que la obtención del conocimiento que representa el complemento directo se produjo rápidamente en el pasado, quedando cerrada en un mínimo intervalo temporal.

En casi todos los ejemplos restantes *oler* aparece en presente, de indicativo o de subjuntivo. Con frecuencia se emplea el presente porque *oler* se encuentra incrustado en una estructura contrafactual en la que se describe una situación en la que se obtendría un determinado conocimiento si se cumplieran ciertas condiciones. En los ejemplos (73) y (86) *oler* aparece en la prótasis de una oración condicional; de este modo,

⁴⁸⁷ El verbo español paradigmático para la expresión del Conocimiento de Habilidad es *saber*, puesto que este verbo, vinculado como sabemos con la percepción gustativa, lexicaliza formas de conocimiento objetivas que representan estados de conocimiento estables en el tiempo. Esto distingue a *saber* de *conocer*, que es más subjetivo (Palancar, 2005). Así se explican oposiciones como las siguientes:

- (1) Sé alemán.
- (2) *Conozco alemán.
- (3) Sé cuál es la fórmula del agua.
- (4) # Conozco cuál es la fórmula del agua.
- (5) Conozco al presidente del consejo.
- (6) *Sé al presidente del consejo.

Como se aprecia, *saber* puede expresar conocimientos estables como saber alemán y saber una fórmula química, pero no funciona bien cuando se trata del conocimiento experiencial y subjetivo de conocer a una persona, conocimiento que requiere de experiencias compartidas. Por otro lado, mientras que *conocer* sí permite el Conocimiento Experiencial, como se muestra en (5), no funciona adecuadamente con los conocimientos estativos (ejemplos (2) y (4)).

el presente tan sólo evoca la situación potencial, no el acto de descubrimiento epistémico en sí, el cual, de tener lugar, tendería a ser un logro ingresivo. (71) muestra nuestro verbo en una estructura temporal que aún no ha sucedido (lo que la acerca al contenido hipotético de una prótasis condicional), algo que favorece que el verbo vaya en presente de subjuntivo. En (84) se describen las virtudes que han de tener unos individuos para ocupar un determinado cargo, y en el curso de esa descripción se hace referencia a su capacidad para 'oler', es decir, a su capacidad intelectual. Por ello, al tratarse de la descripción de unas personas hipotéticas aparece *oler* en presente de subjuntivo. Los ejemplos (92) y (93), procedentes del género narrativo, forman parte de un diálogo; por este motivo, *oler* aparece en presente, puesto que se está exponiendo una descripción "en tiempo real". Algo semejante ocurre en (95). En este texto, un hombre habla en primera persona de sus habilidades para detectar los desmanes que hacen los demás comparándose metafóricamente con un perro. Para ello, expresa en presente de indicativo su capacidad para descubrir realidades ocultas, siendo *oler* el verbo encargado de materializar esa capacidad intelectual⁴⁸⁸.

De todas las ocurrencias citadas sólo dos no parecen cuadrar con las propiedades prototípicas de los usos epistémicos de *oler*. El ejemplo de (75) muestra el verbo en pretérito indefinido ("olieron") sólo que en este caso no parece que la conceptualización represente un logro, sino que se aproxima a una actividad o incluso a una realización, puesto que del contexto se desprende que los sujetos tenían una intención determinada (carácter télico de la estructura). En este ejemplo se habla de la llegada de un desconocido a un pueblo y de la expectación que este despierta. Así, es tal la expectación que todos los habitantes escudriñan al forastero movidos por su curiosidad. *Oler* representa este proceso de examen (su complemento directo es el clítico *le* correferente con el recién llegado) y, aunque podría interpretarse como un descubrimiento instantáneo, en cuyo caso la oración sólo significaría que los ciudadanos se percataron de la presencia del forastero, nos inclinamos a pensar que *oler* en este

⁴⁸⁸ Cuando *oler* se emplea con el significado de DESCUBRIR es muy frecuente que aparezcan en escena símiles que comparan a las personas con animales dotados de un olfato muy desarrollado. El ejemplo (95) es un buen exponente de esta tendencia tan habitual. Otro ejemplo lo ofrece (75), en el que se compara a las personas con abejas que huelen la miel a distancia.

ejemplo remite a un proceso cognitivo más elaborado, de tal manera que llega a significar EXAMINAR UN OBJETO con un determinado propósito (o lo que es lo mismo, averiguar lo más posible del desconocido).

El ejemplo de (79), por último, es el único en el que *oler* aparece conjugado en una forma imperfectiva (pretérito imperfecto de indicativo). Ello se debe a que el verbo aparece en una construcción temporal que señala en qué momento se produce la situación descrita en la oración principal. De este modo, se señala que los amigos se iban “como olían la necesidad”, es decir, en cuanto descubrían esa necesidad. *Oler*, consecuentemente, está expresando la situación que daba lugar a la huida de los amigos, y lo hace de manera imperfectiva para dotar de dinamismo a la escena. Este ejemplo y el número (75) no son, por ello, casos extraños o imposibles con *oler* cuando significa DESCUBRIR, sino que constituyen únicamente usos más periféricos dentro del marco prototípico, que fuerza a usos perfectivos (o en presente, si se dan determinadas condiciones pragmáticas).

¿Qué tipo de entidades o fenómenos experienciales se conocen cuando *oler* significa DESCUBRIR? Con mucha frecuencia lo que se descubre es una realidad oculta, que se vuelve evidente para el PERCEPTOR en un determinado momento. En muchos casos se trata de objetos materiales como dinero o riquezas (ejemplos (71), (80) y (87)); en otros, lo que se le desvela al sujeto es la presencia de ciertas personas (ejemplos (73), (75), (76), (77), (85) y (90)). A veces, lo que se descubre son entidades perceptibles pero más difusas, próximas a sucesos conceptualizados como sintagmas nominales eventivos, como trampas o engaños (ejemplos (82) y 88)), ofensas (ejemplo (93)), determinadas intenciones subrepticias (ejemplo (96)) o incluso una fiesta (ejemplo (89)). Finalmente, es habitual que *oler* también tenga como CD en estos casos fenómenos más abstractos. En (72) y (74) lo que se conoce inesperadamente son atributos religiosos como “la devoción”, “el espíritu” y “la virtud divina”. (83) muestra el descubrimiento de la pobreza de un lugar, mientras que en (94) lo que se revela es una intriga amorosa. Este último ejemplo es especialmente interesante porque en él *oler* aparece en una estructura impersonal (la intriga “se olió”), lo que indica que dicha intriga fue descubierta intersubjetivamente por varios individuos a la vez, algo que también sucede en el ejemplo (78), sólo que en este caso la polaridad de la oración es negativa (no se olió “semejante descuido”). Por último,

también son frecuentes con este valor los complementos inestables (ejemplos (81), (84) y (91)).

Al igual que sucede con otros valores de *oler*, cuando aparece la metáfora *DESCUBRIR ES OLER* es habitual que el contexto ofrezca indicios formales que refuerzan el cambio semántico que ha tenido lugar. En el ejemplo (76) aparece el adjunto modal “tan presto” que insiste en el carácter resultativo y perfectivo del logro epistémico, pues señala que la obtención de ese conocimiento ocurrió de manera prácticamente instantánea. La ocurrencia que aparece en (84) muestra al verbo *oler* unido copulativamente a *penetrar* (con un significado cognitivo relacionado con la inteligencia), de manera que se intensifica el contenido metafórico de *oler*. Además, en esa oración se encuentra el sintagma preposicional con función circunstancial “con sagacidad”, el cual termina de cerrar la conceptualización evocada, puesto que la sagacidad es una característica asociada a la intuición intelectual. De hecho, la coherencia de este ejemplo es absoluta, ya que el adjetivo *sagaz*, que actualmente significa *ASTUTO*, procede del término latino *sagax* que significaba en origen *QUE TIENE BUEN OLFATO* (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996: 142); de esta manera observamos que un adjetivo latino vinculado a la capacidad olfativa ha evolucionado en español hasta convertirse en un adjetivo que expresa una cualidad intelectual, la cualidad de descubrir cosas intuitivamente⁴⁸⁹.

El carácter más intuitivo que racional del conocimiento que el olfato proporciona queda perfectamente de manifiesto en el ejemplo (92). En este texto se opone el conocimiento intuitivo al conocimiento constatado gracias a un juego con los verbos *oler* y *ver*, cada uno de los cuales representa una forma diferente de conocer la realidad. Así, el sujeto de esta ocurrencia afirma que no necesita ver una realidad oculta para conocerla, pues él es capaz de olerla “antes”. *Oler*, por tanto, representa un conocimiento *a priori*, en el que no interviene la experiencia, experiencia que sí es necesaria cuando *ver* desarrolla sus contenidos epistémicos. Tanto es así, que en el ejemplo (96) llega a hablarse para explicar esta propiedad de *oler* de un “olfato mental”. En este caso aparece, además, *oler* unido copulativamente a *calar*, verbo que vuelve a

⁴⁸⁹ No obstante, *sagaz* con el significado original aún se emplea en español cuando se habla de los perros en el ejercicio de husmear rastros (RAE, 1992: 1827).

afirmar el significado de DESCUBRIR; el PERCEPTOR asegura que “olió y caló” las intenciones de otra persona “sobre las cuales había ya sospechado algo”. La presencia de *sospechar*, opuesto conceptualmente a *oler* y *calar*, crea una tensión lógica que apuntala semánticamente el significado del MCI que *oler* ha activado.

Como es esperable, el significado DESCUBRIR ES OLER también permite que el PERCEPTO sea una cláusula flexionada que codifica la forma de conocimiento obtenida. No es el complemento más frecuente, pero encontramos algunos casos en nuestro corpus:

(97) E en besándole, diz que hera ella dueña tan umana e de sutil sentido, que le olió que avía mamado leche agena, de otra muger (Gutierrez Díaz de Games, *El Victorial*, 1431-1449)

(98) Aunque no fuera más que por la ortografía, cualquiera que no estuviese arromadizado podría oler que, si fuera cosa mía la Derrota, no permitiría que se imprimiese como se imprimió (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758)

(99) y al tiempo que en la huerta paseaba / la femenil comunidad en tropa / oliendo que eran hembras en la ropa (Félix María de Samaniego, *El jardín de Venus*, 1797)

(100) ¿Y cómo ha olido que estoy aquí? (Benito Pérez Galdós, *Rosalía*, 1872)

En estos cuatro textos el CD de *oler* es una oración sustantiva introducida por el nexos *que*. Estas oraciones ofrecen explícitamente la información que ha descubierto de modo intuitivo el sujeto PERCEPTOR. En (97) no sólo aparece el complemento directo flexionado sino que también se codifica quién es el PACIENTE que padece esa percepción intelectual en forma de complemento indirecto (*le*); el resultado es una conceptualización que expresa un conocimiento proposicional junto con la fuente de la que ese conocimiento emana, que es una persona. Como podemos apreciar, el CI en este caso puede interpretarse como un PROTO-RECIPIENTE en el sentido propuesto por Dowty (1991), puesto que el PERCEPTOR ha deducido sin pretenderlo gracias a su “sutil sentido” algo que ha hecho una persona, siendo esa persona el

‘recipiente’ metafórico que contenía todo lo necesario para llevar a término la deducción.

El caso de (98) también es digno de interés. El conceptualizador expone unos hechos que considera que son tan claros que todo el mundo puede entenderlos. Para defender el carácter epistémicamente intersubjetivo de esos hechos el emisor recurre a un símil olfativo; de este modo, asegura que cualquiera que no esté “arromadizado podría oler” esta información. Nuevamente se nos presenta una especie de olfato mental o sagacidad intelectual, sólo que extendida a múltiples sujetos potenciales. Nótese, asimismo, que *oler* en este caso aparece en una perífrasis modal junto al verbo *poder* (elemento auxiliar) que está en condicional, lo que refuerza el carácter hipotético de la aseveración.

Por último, los ejemplos (99) y (100) conservan el valor cognitivo que estamos explicando. En (99) se explicita cuál es la fuente de la que se extrae la deducción epistémica (“en la ropa”), mientras que en (100) la ocurrencia tiene forma de oración interrogativa directa; el hablante está sorprendido de que otras personas hayan descubierto su presencia, por lo que formula una pregunta para averiguar cómo “lo han olido”. En definitiva, *oler* es un verbo perfectamente capaz de expresar conocimiento, en la medida en que la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR permite la creación de correspondencias epistémicas que seleccionan el hecho de que, en ocasiones, sí estamos seguros de qué son y de cómo son las cosas que percibimos. Además, como vamos a comprobar a continuación, el significado de DESCUBRIR que *oler* ha producido en español no sólo aparece en ciertos usos de este verbo, sino que también se ha manifestado por medio de una estructura fraseológica: la locución verbal *oler el poste*.

Durante los siglos XVI y XVII se produce la gramaticalización o fraseologización (Ruiz Gurillo, 1997) de esta estructura idiomática, cuyo significado es el de DETECTAR UN PELIGRO, por lo que se puede considerar que esta estructura guarda vínculos semánticos importantes con el significado DESCUBRIR ES OLER. Según Traugott (1989, 1995, 1999) y Traugott y Dasher (2002), el proceso diacrónico que conduce a la gramaticalización de una nueva unidad léxica se inicia en una estructura libre sintácticamente y literal semánticamente. Esta estructura original desencadena en un momento dado una implicatura conversacional particularizada debido a que el hablante la interpreta de un modo

original, fundamentalmente por medio de alguna proyección metafórica o metonímica (subjetivación). Una vez que esa implicatura conversacional ha emergido, el significado literal de la estructura y el significado contextual coexisten, de manera que la estructura se vuelve polisémica. Finalmente, la implicatura se afianza de manera permanente (implicatura conversacional generalizada), lo que hace que la estructura se gramaticalice, lo que conduce a un grado elevado de fijación formal y de idiomatización conceptual. Esto último implica que la estructura léxica ya no puede experimentar cambios morfosintácticos y que su significado es unitario, pues no se forma con la suma de los significados de sus constituyentes (Ruiz Gurillo, 1997, 2001).

Los contextos en que las palabras se enriquecen con las inferencias de los hablantes para cambiar, con el tiempo, de significado, son múltiples, y con frecuencia contienen la motivación pragmática y cognitiva que explica el proceso de gramaticalización. En el caso particular de *oler el poste* conocemos perfectamente dónde se encuentra el embrión de la locución: en la novela anónima *Lazarillo de Tormes*. Como es bien sabido, esta breve novela escrita en la primera mitad del siglo XVI narra en primera persona las desventuras del joven Lázaro, un muchacho que necesita servir a diversos amos durante su juventud para poder ganarse la vida. Con el primero de ellos, un anciano ciego, Lázaro padece un sinnúmero de calamidades, causadas en su mayor parte por la avaricia de su amo. En un famosísimo pasaje de la obra, Lázaro le roba al ciego una longaniza para aliviar su permanente hambre; éste, que sospecha que su sirviente le ha robado, introduce su larga nariz en la garganta del muchacho para olerla y determinar si se la ha comido. Una vez descubierto el engaño, escarmienta al joven quien, tras esa paliza, se determina firmemente a vengarse de su amo.

Pues bien, al final de la primera parte de la obra, el protagonista encuentra el modo de vengarse de la crueldad del ciego. Mientras ambos se resguardan de la lluvia junto a un pequeño riachuelo, Lázaro le dice a su amo que hay una parte del riachuelo más estrecha por la que podrán pasar sin mojarse dando un salto. Sin embargo, no hay un paso angosto, sino un poste de piedra al otro lado del riachuelo. Lázaro sitúa al descuidado ciego delante del poste y le insta a saltar hacia él con todas sus fuerzas. El resultado es que el ciego se golpea fuertemente en la

cabeza y cae al suelo medio muerto. En ese preciso momento, Lázaro exclama lo siguiente:

(101) - ¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? ¡Olé, olé⁴⁹⁰! –le dije yo (Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, 1554)

Esta anécdota literaria sin duda causó mucho impacto en los lectores de la época, hasta el punto de que sirvió de modelo para generar la locución que estamos tratando. Si asumimos que el texto que acabamos de citar funciona como contexto original que va a generar la primera implicatura conversacional particularizada, podemos suponer que el significado literal se basa en una metáfora olfativa; el ciego olió (esto es, descubrió) la longaniza, pero no el poste, de manera que no pudo evitar el accidente. El poste representa metonímicamente el PELIGRO, de modo que de su detección olfativa depende el poder sortearlo. Se genera de este modo una inferencia lógica, en virtud de la cual *oler el poste* equivale a DETECTAR EL PELIGRO y no olerlo implica por defecto (puesto que la oposición entre olerlo y no olerlo es discreta) CAER EN EL PELIGRO. Los hablantes de la época comprendieron bien esta inferencia y la generalizaron, hasta que la estructura *oler el poste* quedó gramaticalizada.

De este modo, el significado unitario de la locución verbal no equivale a la suma de las partes, puesto que una vez que la implicatura original se generaliza, el poste y la olfacción se vuelven opacos y dejan de remitir a los elementos reales de la situación inicial. Esto permite que la locución sea idiomática. Por otra parte, la fijación morfosintáctica no sólo obedece a los principios generales de la gramaticalización⁴⁹¹, sino que también se ve reforzada por el carácter ecoico o de cita de esta unidad fraseológica, en la medida en que esta locución verbal reproduce fielmente un texto previo muy conocido. Por tanto, vemos claramente que una obra literaria activó la subjetividad de los hablantes, quienes enriquecieron expresivamente la oración de partida hasta convertirla en un elemento

⁴⁹⁰ Imperativo morfológico de *oler*. En la primera mitad del siglo XVI la morfología del verbo español aún tenía muchas vacilaciones, y era normal que el morfema *-d* del imperativo desapareciera (Lapesa, 1981: 393-394).

⁴⁹¹ Según esos principios la locución no admite ningún tipo de alteración en su forma. Por ese motivo, no son posibles variaciones como **oler el pilar*, **olfatear el poste* u **oler los postes*. Por supuesto el CD original (el poste) tampoco se puede suprimir, puesto que en este caso la locución verbal es transitiva y el CD ha quedado fijado como marca obligatoria.

léxico. Nuestro corpus contiene diversos ejemplos de esta locución durante el Siglo de Oro de los que reproducimos varios a continuación:

(102) En la voluntad os tocó, pues, con cebo de amor, llegastes y quedastes oliendo el poste como el amo de Lazarillo (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(103) Hubo estafa cruel y estorsion como el brazo; mas cuando ya conocí que nos acercábamos a las gurapas, olí el poste y di codazo a la comodidad (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, 1617)

(104) Finalmente, tras rendir al trabajo y sudor de sus acciones y razonado palabras generales llenas de mentirosa alabanza, le entretienen días y meses y van dando siempre más largas, hasta que se cansa el presumido pretendiente; si ya oliendo el poste, no se retira antes que la dilación le solicite manifiesto desengaño (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, 1617)

(105) La hija, que olió el poste y hendía un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo que el padre la menearía el zarzo (Francisco de Quevedo y Villegas, *Cuento de cuentos*, 1626)

(106) Los holandeses olieron el poste, y echaron de ver no pretendían otra cosa que hacer Señor de Holanda al Palatino, con lo cual le despidieron sin efectuar nada (Andrés de Almansa y Mendoza, *Cartas. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes*, 1626)

Como es lógico, la locución *oler el poste* suele aparecer en tiempos perfectivos puesto que, al igual que ocurre con la metáfora DESCUBRIR ES OLER, la detección de un peligro es automática y no se puede extender en el tiempo de modo durativo. Esto explica que los ejemplos (103), (105) y (106) sean logros ingresivos prototípicos. Por su parte, los ejemplos (102) y (104) tienen el verbo en gerundio, debido a que más que señalar el descubrimiento de un riesgo o amenaza, como ocurre en el resto de casos, en estos ejemplos la locución manifiesta una función modal que describe la actitud de alerta del sujeto. No obstante, el ejemplo (104) también puede interpretarse como el inicio mismo del descubrimiento, es decir, que la locución describiría dinámicamente el primer momento de la detección del engaño y su posterior confirmación. Nótese además que en el ejemplo (102) se hace mención al suceso original

de la obra literaria que actúa como fuente, matiz intertextual que confirma la procedencia de la locución.

La locución verbal *oler el poste* no ha sobrevivido hasta nuestros días. Tampoco podemos determinar con precisión hasta qué punto fue frecuente su uso en los siglos XVI y XVII, o si llegó a emplearse en la calle o quedó relegada a los registros escritos. El hecho es que su escasa presencia en nuestro corpus parece indicar que la vitalidad de la construcción fue efímera. Aun así, hemos documentado un ejemplo en el siglo XIX:

(107) Ustedes no sólo no tienen el tacto que se necesita para distinguir los estilos, y aun por eso han dado que reír a todos con decir que “olieron el poste al engendro”, sino que son tan pobres hombres que se le colgaron al principio al Licenciado Palomeque o a otro de su color (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823)*, 1820-1823)

Este texto decimonónico presenta algunas dificultades de análisis. En principio, el uso que se hace de la locución es perfectamente correcto, pues esta conserva el significado idiomático DETECTAR EL PELIGRO. Sin embargo, la unidad fraseológica aparece entrecomillada, por lo que entendemos que cabe la posibilidad de interpretarla como una referencia culta a la tradición literaria más que como un uso léxico normal. Aun así, pensamos que el hecho de encontrar un ejemplo de esta locución en el siglo XIX confirma que ésta tuvo cierto peso específico en el español clásico. Además, el ejemplo (107) podría incluso interpretarse como un caso de poligénesis semántica (Geeraerts, 1997), en la medida en que supone la reactivación de una unidad semántica mitigada en su uso durante un cierto tiempo.

En este apartado hemos estudiado todos los valores de *oler* que, siendo transitivos, se caracterizan por la pasividad de los PERCEPTORES. En algunos casos, el olor recibido no llega a identificarse, mientras que en otros sí se identifica. Este MCI ha dado lugar diacrónicamente a significados nuevos que han transformado las características experienciales de partida en información nocional. Debemos señalar, sin embargo, que los casos puramente físicos de percepción pasiva con *oler* son muy raros, más incluso que los de percepción activa si atendemos a la información que se desprende de las evidencias empíricas. En realidad, la

mayoría de ejemplos que hemos categorizado en este apartado son ejemplos con complementos inestables (que a veces se pueden solapar con los usos de capacidad), tautológicos (acusativos internos) o metafóricos. Por ello, el comportamiento pragmático de *oler* sigue confirmando nuestra hipótesis de que las experiencias olfativas son demasiado difusas como para poder conceptualizarlas de forma objetiva. Si la percepción activa representaba un breve paréntesis en la pasividad general del olfato, la percepción pasiva se comporta como una estructura miscelánea en la que, bajo el denominador común de la transitividad y la involuntariedad, se aglutinan diversas modulaciones semánticas de nuestro verbo. Nos encontramos, por todo ello, ante usos aún muy periféricos y, en términos estrictamente sensoriales, poco productivos. ¿Cuál será, entonces, la conceptualización que exige de manera natural *oler*? Lo veremos en el próximo apartado.

8.4.3. Significados copulativos

Tanto los usos activos como los pasivos que hemos examinado hasta ahora son transitivos, lo que significa que en ambos casos el esquema fundamental de la construcción es binario o dual, pues siempre parte de un sujeto (OBSERVADOR o PERCEPTOR) y un objeto (ESTÍMULO). Sin embargo, los empleos copulativos de *oler* son completamente distintos; en estos casos la construcción tiene un único argumento básico, ya que consta sólo de un sujeto sintáctico que representa al ESTÍMULO. En términos de la Gramática cognitiva de Langacker (Langacker, 1987, 1991, 1999) podemos decir que la escena se ha configurado de un modo diferente desde un punto de vista gestáltico; ahora el trayector o fuente de energía es el estímulo mismo, de modo que el conceptualizador queda fuera de escena (percepción objetiva con déixis epistémica) y el ESTÍMULO pasa a la función de sujeto gramatical. A diferencia de lo que ocurre con los usos copulativos de *ver*, *oír*, *escuchar* y *sentir*, *oler* no necesita recurrir a la estructura primera de pasiva o a la pasiva refleja para conseguir que el ESTÍMULO se convierta en sujeto⁴⁹², circunstancia

⁴⁹² Esto no quiere decir que esta posibilidad no exista. En nuestro corpus encontramos algunos casos de *oler* en una pasiva refleja, como este:

que revela que este verbo ha heredado de su étimo latino *oleo* el doble régimen sintáctico transitivo y estativo.

La construcción copulativa materializa una escena semántica en la que el olor es el protagonista, el elemento más destacado por el conceptualizador. El PERCEPTOR no tiene por qué aparecer en la secuencia y, si lo hace, se muestra en forma de pronombre personal átono con función de complemento indirecto. De este modo, el olor es la CAUSA cognitiva y el origen del flujo de energía, mientras que el PERCEPTOR no es más que el PROTO-RECIPIENTE humano (Dowty, 1991) al que llega activamente ese olor. Constatamos, así, que Aristóteles tenía razón al considerar, como ya comentamos en un capítulo previo, que ciertas sensaciones físicas eran 'formas de movimiento' que ejercía presión sobre el cuerpo sensible, el cual actuaría en este caso como un mero receptor para ese estímulo (Moreno Cabrera, 1997).

Como explicamos anteriormente, en nuestra opinión debemos distinguir entre tres conceptualizaciones en los usos copulativos con *oler*: la conceptualización que sólo contiene el sujeto, y aquellas en las que,

(1) El beneficio destas narices es, ser camino por donde / van los olores delas cosas que se huelen al organo deste sentido (Bernardino de Montaña de Monserrate, *Anothomia*. BNM R3398, 1551)

Es posible, incluso, que *oler* aparezca en una estructura impersonal con *se*, algo que, como hemos visto, resulta natural en usos cognitivos del verbo (como en la metáfora DESCUBRIR ES OLER), pero que es muy inusual cuando *oler* conserva su significado olfativo, como en el siguiente ejemplo:

(2) Verdad que a Marcones le sudaba la mano y le olía muy mal la ropa; pero mucho influía en las nuevas repugnancias de Inés algo que no se olía ni se palpaba (José María de Pereda, *La puchera*, 1889)

En (2) el CD de la oración impersonal es el relativo *que*, cuyo antecedente es el indefinido *algo*. No obstante, esta estructura también podría interpretarse como una pasiva refleja (en cuyo caso *que* sería sujeto-estímulo de *oler* y no CD), ya que en estas oraciones, cuando el CD es singular, es imposible distinguir una impersonal de una pasiva refleja, algo que no ocurre cuando el CD es plural ya que en esos casos la concordancia con el verbo es un indicio formal decisivo (Se olió las manzanas / Se olieron las manzanas). Aun así, todos estos ejemplos son completamente periféricos en el MCI de *oler*, debido a que resulta ilógico recurrir a mecanismos sintácticos de pasivización para hacer estativo un verbo que, como este, puede expresar estatividad intrínsecamente debido a su desarrollo diacrónico. A pesar de ello, el hecho de que las oraciones impersonales con *se* y las pasivas reflejas se relacionen con la transitividad (o por tener CD o por tener un sujeto sintáctico que es semánticamente un CD), permite que estas estructuras se analicen como alternativas de conceptualización de los usos transitivos de *oler*. En apartados anteriores ya analizamos algún texto con este criterio.

además, aparece un suplemento con *a* o un complemento con *como* (o la fusión de ambos). Las tres se documentan ampliamente en español desde el siglo XIII y, como veremos, son responsables de diversas modulaciones diacrónicas.

La primera conceptualización, que siguiendo la nomenclatura empleada a propósito de otros fenómenos por Delbecque (2010) y Hanegreefs (2008) podemos llamar 'conceptualización escueta', se caracteriza, como hemos dicho, por tener por único argumento sintáctico el sujeto-estímulo. Se trata de una conceptualización localizada en el espacio y en la que o bien el olor se mueve de manera no vectorial⁴⁹³ hasta llegar al órgano olfativo de alguna persona o bien el conceptualizador se acerca inadvertidamente a la fuente-estímulo y la detecta. A continuación aparece una amplia representación de esta estructura:

(108) los poluos della huelen muy bien (Alfonso X, *Lapidario*, 1250)

(109) & fazer uso a tardar las canas. & usat cosas que huelan bien (Anónimo, *Poridat de poridades. Escorial L.III.2*, 1250)

(110) & huela flores que huelan bien (Anónimo, *Poridat de poridades. Escorial L.III.2*, 1250)

⁴⁹³ La única percepción estrictamente vectorial que tenemos en español es la que ofrece *mirar*, ejemplo perfecto de percepción orientada (Hanegreefs, 2008). Con el resto de sentidos puede haber o no movimiento, pero nunca hay orientación porque ningún órgano perceptivo a excepción de los ojos se orienta en el espacio formando una línea imaginaria. A pesar de que este hecho es muy evidente en términos lingüísticos (al menos en la gramática de las lenguas habladas en las sociedades ocularcéntricas), desde un punto de vista neurofisiológico la cuestión no está tan clara. Vroon, van Amerongen y Vries (1999: 103-106) defienden que el ser humano sí es capaz de detectar la orientación de los olores. Para probarlo estos investigadores llevaron a cabo una serie de experimentos, y comprobaron que con ciertos olores muy fuertes los sujetos sí eran capaces de señalar de dónde procedía en términos espaciales el estímulo, e incluso podían con frecuencia especificar la fosa nasal por la que lo habían percibido. Para estos científicos la explicación radica en que el ser humano no sólo percibe los olores con la nariz, sino que también los percibe con un segundo órgano auxiliar: el nervio trigémino. Este nervio del cerebro se activa ante sustancias cuyo olor es particularmente desagradable, como el ácido sulfúrico que contienen los huevos podridos, y permite que el sistema cognitivo no sólo huela esos elementos sino que incluso los localice en el espacio. Esta configuración biológica puede tener una motivación adaptativa dado que, como ya hemos mencionado, el olfato ha funcionado en la filogénesis de nuestra especie como una alarma ante olores desagradables, para indicar la presencia de sustancias peligrosas, y no hay duda de que no basta con saber que algo peligroso está cerca, sino que también es importante saber dónde está.

(111) Enel .xix. grado sube una muger desnuda que / se unta con unguentos que huelen bien (Alfonso X, *Picatrix. Roma, Vaticana, Reg. Lat. 1283*, 1256)

(112) e otrossí porque aquello que cortarién d'allí non fumeassen en la tienda e fiziessen fumo que oliesse mal (Alfonso X, *General Estoria. Primera parte*, 1275)

(113) los cuerpos. dellos podridos & oliendo mal (Alfonso X, *General Estoria. Segunda parte*, 1275)

(114) Texí mio lecho con cuerdas, e guisé·l con tapetes pintados, aduchos de Egipto; e porque oliesse bien, rocié·l con especias de mirra e de áloe e de cinamomo (Alfonso X, *General Estoria. Tercera parte*, 1280)

(115) Et estava lleno de gujanos et olía peor que ninguna cosa mala nin por podrida que fuese (Juan Manuel, *El Conde Lucanor*, 1325-1335)

(116) El / quinto catamiento es según el olor del vino ca el / de buen olor es mas callente de calentura natural / que el que non ha buen olor: y non huele nada (Anónimo, *Sevillana medicina de Juan de Aviñón*, 1381-1418)

(117) e que aquel fuego echava de sí un fumo que olía muy mal (Pedro de Corral, *Crónica del rey don Rodrigo, postrimero rey de los godos (Crónica sarracina)*, 1430)

(118) asý lo aborreció quemando, que jamás non fuese su camarero nin en su conpañía, que persona que tal olía da señal de omne carnal (Anónimo, *Traducción del Libro de las donas de Francesc Eiximenis*, 1448)

(119) Mirobolanum es así dicho porque se faze de látide que huele bien (Anónimo, *Las Etimologías romaneadas de San Isidoro*, 1450)

(120) Oleum es llamado lo que es olio puro por sise e non es mezclado a otra cosa ninguna. Mas 'ungüento' es toda cosa confecta de olio común que es acrecida por mezclamiento de otras espeçias, que toma olor muy fuerte e huele a lexos (Anónimo, *Las Etimologías romaneadas de San Isidoro*, 1450)

(121) & echen esto todo en aquella / agua que suelen / beber delas cosas que / huelen bien (Anónimo, *Tratado de las fiebres de Ischaq Israeli. Bibl. Escorial M.I.28*, 1450-1500)

(122) é en igual manera mouido é rebuelto el cieno huele mal, é el unguiento da olor suave⁴⁹⁴ (Pero Díaz de Toledo, *Diálogo é razonamiento en la muerte del marqués de Santillana*, 1458)

(123) & algunas vezes se corrompe & es quando / las cosas que huelen bien dize que fieden (Anónimo, *Gordonio. BNM I1315*, 1495)

(124) & es mucho alta Et / faz la flor blanca asyn commo / mayor Et amas valen Et / huelen bien (Anónimo, *Macer herbolario. Colombina*, 7627, 1500)

(125) Toma el olibano & ayuntalo con otra o no espeçia / que huela bien (Anónimo, *Libro de recetas. Salamanca, Universitaria 2262*, 1500)

(126) Los membrillos mientra mas tiempo que se cogieron mas olorosos son: y mas huelen cogidos que enel aruol (Gabriel Alonso de Herrera, *Obra agricultura. Alcalá, 1513*, 1513)

(127) Están en medio d'ella dos islas pequeñas aunque ay árboles que su corteza huele mucho y es suave (Martín Fernández de Enciso, *Suma de geografia que trata de todas las partidas y provincias del mundo*, 1519)

(128) y destos cedros que así huelen, hay muchos e grandes en el golfo de Urabá (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(129) -Ay, quán mal huele Ø por aquí (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554)

(130) Los claveles de las Indias tienen el tallo colorado, con muchos ramos que salen dél, las hojas, delgadas y picadas menudo, y que

⁴⁹⁴ Nótese que la estructura con verbo de apoyo {*dar olor*} puede ser sinónima del uso copulativo de *oler*. La diferencia estriba en que la estructura analítica focaliza la fuerza del estímulo, su independencia conceptual. Por ello el conceptualizador dice que el sujeto-estímulo *da* el olor, puesto que el verbo *dar* es el verbo prototípico de la transferencia voluntaria en español. Este hecho refuerza nuestra idea de que, en estos casos, el olor (y metonímicamente la fuente del olor) es un auténtico trayector langackeriano.

huelen mucho (Juan de Jarava, *Historia de yerbas y plantas con los nombres griegos, latinos y españoles*, 1557-1567)

(131) La rayz dura mucho, no huele, y quiere poca agua (Gregorio de los Ríos, *Agricultura de jardines*, 1ª parte, 1592)

(132) olía el romero, el tomillo, las rosas, el azahar y los preciosos jazmines; olian las tiernas manzanas y las amarillas ciruelas (Bernardo de Valbuena, *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*, 1608)

(133) Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son mejor huelen (Miguel de Cervantes Saavedra, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 1615)

(134) No tienen buen olor ni buen sabor, generalmente, los metales, por la sulfuriedad que a todos acompaña, aunque el oro huele y sabe bien, por su excelentísimo (135) temperamento, o, por lo menos, no sabe ni huele mal (Álvaro Alonso Barba, *Arte de los metales*, 1640)

(136) Este pájaro, con tanta pluma, su carne vale muy poco, que es negra, y al instante que le matan huele mal (Francisco Santos, *Día y noche de Madrid*, 1663)

(137) Allí rompe el alabastro de sus delicias, y evapora en fragancias su unguento; para que donde suelen oler tan mal los regalos, huelan las lágrimas mejor una vez (Francisco Garau, *El sabio instruido de la Gracia*, 1703)

(138) ¿No has notado qué bien huelen las rosas? (Emilia Pardo Bazán, *Un viaje de novios*, 1881)

(139) Pasó de mano en mano el leve fardo, hasta llegar a Josefina, que lo devolvió a la portadora muy de prisa, declarando que olía mal (Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*, 1883)

(140) Si flores naturales, pocas y de las que no huelan, para no perturbar el aroma ni el gusto de los manjares (Ángel Muro, *El Practicón. Tratado completo de cocina*, 1891-1894)

(141) ¡ Y tú qué guapo... y qué bien hueles, condenado! (Benito Pérez Galdós, *El abuelo (novela en cinco jornadas)*, 1897)

(142) Eres una babosa perfumada... hueles horriblemente... (Benito Pérez Galdós, *El abuelo (novela en cinco jornadas)*, 1897)

Tras examinar todas estas ocurrencias hay varias cosas que llaman la atención. En primer lugar, casi todos los ejemplos tienen el verbo *oler* en presente, ya sea de indicativo o de subjuntivo, y en los pocos casos en que el verbo está en pasado, aparece conjugado en formas imperfectivas. Asimismo, también hemos citado casos con *oler* en gerundio, forma no personal del verbo con aspecto durativo. Esta circunstancia se opone a lo que hemos observado a propósito de otros usos de *oler* (como cuando significa DESCUBRIR) en los que la conjugación propende a las formas perfectivas. Más adelante propondremos una explicación para todo ello (apartados 8.5.1. y 8.5.2).

Otro hecho destacable es que, como pone de manifiesto la muestra presentada, los ejemplos de esta conceptualización en los que no aparece o no es recuperable por contexto un sujeto son muy raros. De hecho, de todos los ejemplos citados sólo en el (129) el sujeto está ausente⁴⁹⁵. Por tanto, nuestro análisis empírico va en contra, como hemos adelantado, de la propuesta ya mencionada de la RAE (2009) y de otros gramáticos a favor de considerar los usos copulativos de *oler* como impersonales. Es más, incluso hemos documentado ampliamente ocurrencias con el verbo en segunda persona del singular (ejemplos (141) y (142)), fenómeno que confirma de manera clara que la conceptualización copulativa de *oler* admite perfectamente la presencia de sujeto en todos los casos, incluso en una persona gramatical habitualmente incompatible con la impersonalidad como la segunda persona. En cuanto al fenómeno de la inversión locativa, comprobamos que se cumple en el ejemplo (129) (su sujeto es Ø debido a la presencia del adverbio “aquí”) pero no en el (137), en el que el sujeto y el lugar (el adverbio relativo “donde”) coaparecen.

¿Cómo se configura, entonces, esta conceptualización? Como puede verse, lo prototípico es que aparezca el sujeto-estímulo y, de manera subsidiaria, algún adverbio que especifica si el olor es agradable o

⁴⁹⁵ Se trata, además, de un texto teatral, en el que se reproduce un diálogo que aspira a parecer espontáneo. Esto nos lleva a pensar que, tal vez, los casos sin sujeto recuperable sean más frecuentes en los contextos orales.

desagradable. En este sentido, los adverbios *bien* y *mal* son los más frecuentes (véase la muestra de ejemplos), aunque también pueden aparecer otros adverbios modales, como *peor* (115), *tal* (118), *mejor* (133), *así* (128) y *horriblemente*⁴⁹⁶ (142), y el adverbio de cantidad *mucho* (ejemplos (127) y (130)), el cual no incide sobre la calidad del olor, sino sobre su intensidad. En todos los casos el sintagma adverbial presenta una valoración general del estímulo. Incluso podemos encontrar la locución adverbial *a lexos* (ejemplo (120)) para señalar que el olor es tan intenso que puede percibirse desde cierta distancia, algo muy inusual puesto que el olfato humano no suele detectar estímulos demasiado alejados del PERCEPTOR⁴⁹⁷.

No obstante, la presencia de adverbios o adjuntos de modo no es en absoluto imprescindible. En el ejemplo (132) aparece la descripción de un entorno campestre, llevada a cabo por medio de la enumeración de diversos nombres de elementos naturales del entorno, como el romero, el tomillo, las rosas o las manzanas y especificando que todos ellos “olían”. La viveza de esta descripción no se basa en la presencia de adverbios que expliquen cómo eran esos aromas, sino que depende de la imaginación sensitiva del receptor; cualquiera que sepa cómo huelen esas cosas puede imaginar su fragancia intrínseca activada por el clima del momento

⁴⁹⁶ Existen en español algunas construcciones parcialmente gramaticalizadas que desempeñan la función de estos adverbios. Es especialmente frecuente en nuestro corpus la estructura *oler a chamusquina*, que puede emplearse tanto en sentido literal como figurado (en cuyo caso se aproxima al valor metafórico OLER ES PARECER que estudiaremos después). Veamos un ejemplo:

(1) Ora daba una voltereta un par de pollos en la tartera en que se asaban; ora revolvió, dentro de una enorme cazuela, un trozo de carne mechada, porque se le antojaba que olía a chamusquina (José María de Pereda, *Tipos y paisajes*, 1871)

Por el contrario, si el olor es agradable, se emplea la locución *oler a gloria*:

(2) Nunca he visto aire más ligero, ni cielo más claro; la flor de las acacias del paseo de Recoletos olía a gloria (Emilia Pardo Bazán, *Insolación*, 1889)

⁴⁹⁷ Por eso, Fray Antonio de Guevara afirmaba lo siguiente en el siglo XVI:

(1) Por rica y por bien conficionada que esté una poma, y por más y más que huela, no olerá un tiro de piedra, mas la buena fama huele por todo el reyno y la mala por todo el mundo (Fray Antonio de Guevara, *Epístolas familiares*, 1521-1543)

Al margen del contenido moral del fragmento, este texto es muy interesante porque ilustra con claridad la conciencia que el ser humano tiene de las limitaciones de su olfato. De este modo, se afirma que por intenso que sea un olor (repárese en la anáfora de *más*) este no olerá “un tiro de piedra”, es decir, no podrá ser percibido más allá de una pequeña distancia.

descrito. Se obtiene así una escena muy eficaz comunicativamente, elaborada con una gran concisión semántica; el MCI del *romero*, el *tomillo* o las *rosas* contiene por defecto información sobre su olor, puesto que el olor es uno de los elementos gestálticamente más destacados para configurar esos conceptos y por ello siempre es fácil de recordar.

Esta apelación a los olores propios de las cosas también aparece en el ejemplo (126), en el que se explica que los membrillos despiden más olor después de cogerse que en el árbol. Nuevamente, sólo tenemos el sujeto y el verbo en presente, pero esos elementos sintácticos son suficientes ya que el conceptualizador considera que el olor del membrillo es intersubjetivo y que todo el mundo puede imaginarlo sin necesidad de recibir indicaciones sobre cómo es.

Finalmente, en ocasiones lo que se predica no es la existencia de un olor, sino su ausencia. En los ejemplos (116), (131) y (140) encontramos elementos con polaridad negativa que indican que el sujeto-estímulo no emite olor alguno. Como es lógico, esta información sólo es pertinente con sujetos que en condiciones normales despiden un olor reconocible, olor que pauta nuestro MCI (esto es, nuestra categorización) de esos elementos. En (116) se nos habla de un vino que “no huele nada”; no hay duda de que su particular aroma es una de las propiedades más distintivas del vino, de ahí que sea pertinente desde un punto de vista informativo señalar que un vino carece de olor. Algo semejante ocurre en los otros dos ejemplos. En el (131), perteneciente a un tratado de agricultura, se explican las propiedades de una raíz que “no huele”, mientras que en el (140) son unas flores las que no despiden olor. Como vemos, la alusión a la falta de olor sólo es operativa cuando es esperable que ese elemento huelga de una determinada manera, pero no lo sería en los casos en que esa información es, cognitivamente, irrelevante o incognoscible⁴⁹⁸.

⁴⁹⁸ Nuestro sistema cognitivo sólo conceptualiza partiendo de su fragancia objetos que emiten un olor tan destacado y reconocible que hasta un olfato limitado como el humano puede registrarlos. Hay que tener en cuenta que casi todos los fenómenos orgánicos de la naturaleza huelen en mayor o menor medida, independientemente de que las personas sean conscientes de ello. De hecho, uno de los olores que los hablantes nunca perciben es el de su propio cuerpo, aunque sí detectan el olor del de los demás del mismo modo que los demás huelen el suyo (Schiffman, 1994: 246). Por ello, el olor es un rasgo que no se perfila en el MCI de PERSONA, razón por la cual sería extraña una oración como esta:

(1) # He conocido a una chica que no huele.

Como ya hemos mencionado, muchos estudios sobre los verbos del olfato defienden que estos verbos están especializados en remarcar que los olores son desagradables si no se especifica lo contrario. De este modo, es muy habitual encontrar construcciones copulativas que señalan que el sujeto-estímulo despide un mal olor sin que aparezca en la construcción ningún adverbio de modo como *mal*. Veamos un ejemplo:

(143) E allí quemavan las tripas e lo menudo, lançándoles azeite ençima porque más aína ardiesen e non oliesen tancto (Enrique de Villena, *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*, 1427-1428)

En este caso, *oler* significa OLER MAL, puesto que al no haber ningún elemento modal que indique otra cosa, el significado se actualiza automáticamente. Por supuesto la propia semántica del sujeto (“las tripas”) y la situación descrita ayudan a que esta inferencia tenga lugar.

En todas las ocurrencias presentadas hasta este momento sólo aparecen el verbo, el sujeto-estímulo y, eventualmente, algún complemento circunstancial. No obstante, hay otro elemento sintáctico que puede aparecer: el PACIENTE de la predicación:

(144) E á y sabios de los que esta estoria esponen que muestran y aun esta otra tercera razón, e mandó Nuestro Señor Dios assar aquellas carnes buenas en el santuario porque oliesen bien a los omnes mismos (Alfonso X, *General estoria. Primera parte*, 1275)

(145) & los que mueren sienten / grant ahogamiento ene. Seneldo / & huele les mal las bocas (Alfonso Chirino, *Menor daño de la medicina. Escorial, b.IV.34.*, 1429)

(146) & lo que huele bien / a vno / a otros habobjnable (Alfonso Chirino, *Espejo de medicina. BNM 3384*, 1454)

(147) Descúbrese el vino por los ojos, que luego se hacen como bezos colorados; por las narices, que el huelgo les huele mal (Fray Martín de Córdoba, *Jardín de nobles doncellas*, 1468)

(148) Y aun darte he unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco (Fernando de Rojas, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, 1499-1502)

Mientras que sí es frecuente decir “He comprado una flor que no huele” (puesto que el rasgo ‘olor’ es prototípico en el MCI de FLOR), la oración propuesta llama la atención.

(149) y assí començó de tomar y traer algunos en secreto por los engañar, a los quales demandava si le olía mal la boca (Anónimo, *Vida de Ysopo*, 1520)

Todos estos textos contienen algún sintagma que representa genéricamente al PACIENTE, elemento de la escena que, por supuesto, puede desempeñar distintas funciones semánticas. En (144) el sintagma dativo “a los omnes” posee la función de DESTINATARIO; el verbo *oler* aparece dentro de una oración de finalidad, y esos “omnes” son las personas para las que se lleva a cabo la acción causativa para lograr que algo huelga bien, es decir, son los beneficiarios del hecho de que el sujeto-estímulo emita buen olor.

En otras ocasiones, la relación que se establece entre la fuente del olor y el PACIENTE es de posesión inalienable (o lo que es lo mismo, posesión inherente), lo que significa que el dativo alude al poseedor intrínseco del sujeto que huele. Según los planteamientos de la Gramática cognitiva, puede decirse que en estos casos el poseedor es un LUGAR y lo poseído es un elemento ubicado en ese lugar. Asumiendo el patrón conceptual POSESIÓN ↔ EXISTENCIA ↔ LOCALIZACIÓN (Cifuentes Honrubia, 2010), podemos analizar la presencia del olor como un estado que existe necesariamente en un lugar al que pertenece por estar localizado en él. En el caso de los olores, los sujetos-estímulo suelen ser partes del cuerpo y el LUGAR la persona a la que pertenecen. En los ejemplos (145), (148) y (149) el sujeto es “la boca”, mientras que en (147) es “el huelgo” (el aliento); en todos estos casos los pronombres *les*, *le* y *te* sustituyen a los poseedores de las bocas y el aliento.

Todos estos ejemplos siguen representando la escena de manera objetiva; se predica la existencia aspectualmente estativa de un olor y se especifica quién se beneficia de ese olor o a quién pertenece la parte del cuerpo que lo despide. Sin embargo el ejemplo de (146) es ligeramente distinto. Es claro que sigue habiendo un sujeto-estímulo y un PACIENTE, pero la relación entre ellos ya no es objetiva sino que se ha subjetivado, puesto que el PACIENTE valora axiológicamente el estímulo (valoración reforzada por la presencia del adverbio modal *bien*). En ese ejemplo se señala que no todo el mundo tiene por qué coincidir a la hora de juzgar si un olor es agradable o no, por lo que los olores que para una persona

huelen bien pueden ser desagradables para otra⁴⁹⁹. De este modo la conceptualización pasa de tener una configuración objetiva a tener una configuración subjetiva, en la medida en que el conceptualizador ya no se encuentra deícticamente fuera de la escena, sino dentro de ella (Langacker, 1987, 1990a, 1991, 1999), de manera que el propio hablante se representa a sí mismo en la construcción lingüística. Este proceso de subjetivización asociado a la construcción copulativa es decisivo para comprender determinados significados metafóricos de *oler* como luego veremos, si bien es frecuentemente utilizado, como en el ejemplo (146), cuando el verbo conserva su significado literal. Ofrecemos a continuación otros ejemplos de este tipo:

(150) ¿Para qué me besas si te huelo mal? (Feliciano de Silva, *Segunda Celestina*, 1534)

(151) A la Emperatriz estábanle aderezadas para comer unas perdices, las cuales, traídas a la mesa, una dama que estaba cortando la comida metió el dedo en los obispillos de las perdices, y llegándole a la nariz, no le olieron bien, y diólas de mano para que traxesen otras (Luis de Pinedo, *Libro de chistes*, 1550)

(152) Asomó mi despensero con un platillo de mondongo (...) A mí me olió de manera, que deseaba que el pícaro me lo quitara de delante (Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, 1618)

En los tres casos *oler* expresa un proceso físico (el olor existe y es perceptible), pero además de eso también aparece una valoración subjetiva sobre cómo es ese olor efectuada por el PACIENTE. De este modo, *oler* se aproxima a los verbos de actitud proposicional, puesto que el conceptualizador emite un juicio sobre el estímulo, sólo que de un

⁴⁹⁹ El siguiente ejemplo es muy elocuente:

(1) –Apártese vuestra señoría de este humo, que hiede, y es muy dañoso / Respondió que no le hacía al caso, que mejor le olía que encienso (Melchor de Santa Cruz de Dueñas, *Floresta española*, 1574)

En esta ocurrencia se contraponen dos puntos de vista sobre un olor. Así, lo que para uno es un hedor desagradable y peligroso para otra persona es un aroma agradable. El primer punto de vista sería objetivo, mientras que el segundo es subjetivo pues aparecen dos elementos modalizadores: el dativo *le* y una estructura comparativa (intrínsecamente subjetiva) que establece que para ese conceptualizador el olor en cuestión es más agradable que el incienso.

modo pasivo: el olor se manifiesta (trayector) y el PERCEPTOR lo evalúa. En (150) el olor valorado es el que procede de una persona, mientras que en (151) y (152) son dos platos de comida⁵⁰⁰ los que son considerados por parte del PACIENTE. Por supuesto, de nuevo hallamos en los tres ejemplos marcas sintácticas de modalidad que materializan tanto el PACIENTE (los pronombres átonos *te, le, me*) como el juicio emitido: los adverbios *bien y mal* y la estructura intensiva {*de [tal] manera que*}.

A la luz de las dificultades que tiene nuestra especie para apreciar los olores no resulta sorprendente que a menudo los hablantes se limiten a indicar que los olores existen, pasando a una segunda fase de valoración con menor frecuencia y casi siempre con el propósito de especificar si ese olor les gusta o no. Con todo, la lengua española permite, como señalamos antes, ser más explícito (aunque no necesariamente más preciso) a la hora de hablar de un olor. Ello se consigue en la segunda conceptualización copulativa prototípica de *oler* por medio de un suplemento con la preposición *a*⁵⁰¹, que activa un espacio mental en el que el conceptualizador puede describir cómo es ese olor o indicar cuál es su origen⁵⁰². Veamos algunos ejemplos:

⁵⁰⁰ Nótese la función de alerta del olfato ya comentada en estos ejemplos: se huele un alimento y se concluye tras un proceso cognitivo de evaluación que no se puede tomar.

⁵⁰¹ Aunque no es muy habitual, un mismo uso de *oler* puede tener como complemento un sintagma modal y un suplemento con *a* unidos copulativamente:

(1) Además ¡olía tan bien el primo y a cosas tan frescas y al mismo tiempo tan delicadas y elegantes! (Leopoldo Alas "Clarín", *La Regenta*, 1884-1885)

En este ejemplo el sujeto-estímulo ("el primo", metonimia de su propio olor) es analizado tanto con un complemento de modo (*bien*) como con un suplemento mucho más elaborado conceptualmente que completa la descripción que efectúa el hablante.

Por otro lado, también es posible que en lugar de un suplemento con *a* la hipótesis sobre el tipo de olor venga introducida por un sintagma preposicional encabezado por *de*. A continuación ofrecemos uno de los poquísimos ejemplos en que ocurre esto:

(2) Sacaba aguas para oler de rosas, de azahar, de jazmín, de trébol, de madre selvia y clavellinas, mosquetadas y almizcladas, polvorizadas con vino (Fernando de Rojas, *La Celestina*. Tragicomedia de Calisto y Melibea, 1499-1502)

⁵⁰² Algunos ejemplos son difíciles de analizar porque oscilan entre diversas variaciones. Por ejemplo, aunque no contiene un suplemento, hemos incluido dentro de esta categoría esta ocurrencia:

(1) ponido & quemargelo con estos fierros mucho fata que toda la carne huele quemada (Anónimo, *Libro de los caballos*, 1275)

En este texto el C. Predicativo "quemada" se aproxima más al valor conceptual representado por el suplemento que a los elementos modales de la conceptualización

(153) De natura es calient & humida. & fallanla en la ysla a que dizen aquiuetuz, que quiere tanto decir como piedra de pez. & esto es porque huele a pescado fresco (Alfonso X, *Lapidario*, 1250)

(154) & con mucho beber non cae al perlado beber tan sin guisa que aya ende olor malo njn le car andar oliendo a vino (Anónimo, *Castigos*. BNM ms. 6559, 1293)

(155) así fierva entre ellas la obra, oliendo su miel al odorante tomillo (Enrique de Villena, *Traducción y glosas de la Eneida*. Libros I-III, 1427-1428)

(156) Verguença avremos de llamar hombre a aquel que huele a olores de mujer (Anónimo, *Floresta de philósophos*, 1430)

(157) & aun toda la Ribera ala piedra [a]sufre del Rayo huele (Alfonso Gómez de Zamora, *Morales de Ovidio*. BNM ms. 10144, 1452)

(158) Otrosí saves que quando se soltó el león del Çid en Valençia, con el espanto salteste por las neçesarias avaxo, que quando de allí saliste tus paños no olían a musgo (Lope García de Salazar, *Istoria de las bienandanzas e fortunas*, 1471-1476)

(159) y con el gran temor que llevaba cayó en un lugar assaz deshonesto donde salió no oliendo a perfumes (Anónimo, *Corónica del Çid Ruy Díaz*, 1498)

(160) E en este monte nacen unas toronjas verdes & huelen a clavos de girofre (Anónimo, *Libro de astrología*, 1500)

(161) huele todo su cuerpo a culantro & ronquecera (Anónimo, *Tratado de patología*, 1500)

(162) ¡Oh cómo huele a los suaves perfumes de quien la embía! (Pedro Manuel de Urrea, *La penitencia de amor*, 1514)

escueta (los adverbios *bien*, *mal*, etc.). De hecho, sería fácilmente parafraseable por “a quemado” (suplemento además muy frecuente). El hecho de que se trate de un ejemplo del siglo XIII quizá explique su carácter vacilante.

(163) y no por otra cosa esta ceremonia tomó principio sino por ver si la muger olía a vino (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(164) y como se vertió el agua no olía la casa a menjuí (Feliciano de Silva, *Segunda Celestina*, 1534)

(165) por la costa, todos los más de los árboles que hay son a la manera de fresnos en la hoja, e muy tiernos de quebrar, e huelen a hinojo (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(166) algunas veces, con necesidad, los cristianos han comido estos alcatraces; pero no los han por buen manjar, porque saben al pescado e huelen mucho al marisco (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(167) Y es verdad que estando un día o dos sin se lavar, como acaece, o por andar camino u otras causas, que naturalmente huelen a monte (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(168) Smyrnio o levístico es yerva que huele a la myrra, semejante al apio (Juan de Jarava, *Historia de yerbas y plantas con los nombres griegos, latinos y españoles*, 1557-1567)

(169) A hombre huele Ø por aquí, y por su mal (Juan de Timoneda, *Comedia de Anfitrión. Traducción de Plauto*, 1559)

(170) A un pobre hombre escuchábale un señor de mala gana, y despidióle, diciendo que se desviase de allí, que olía a ajos (Melchor de Santa Cruz de Dueñas, *Floresta española*, 1574)

(171) Los guayabos son otros árboles que comúnmente dan una fruta ruin llena de pepias recias, del tamaño de manzanas pequeñas. En Tierrafirme y en las islas, es árbol y fruta de mala fama, dicen que huelen a chinches (José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1590)

(172) y supuesto que las tales enfermedades, o lo son, o huelen a pestilencia, será muy justo declarar qué disposición aya hallado en

las gentes este influxo del cielo (Manuel de Escobar, *Tratado de la esencia, causa y curación de los bubones y carbuncos pestilentes*, 1600)

(173) Y al cielo olió el palacio consagrado (José de Valdivielso, *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca San José*, 1604)

(174) -Par Dios, señor –replicó Sancho-, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios: porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605)

(175) si el que pasa es próspero, queda el mesón oliendo a bienes, y si pobre, la casa huele a trapos y la cama a piojos (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(176) Aquí el ronco faisán sonaba, allí las suaves calandrias se oían, acullá cantaban los zorzales, las mirlas y las abubillas, y hasta las industriosas abejas á nuestras espaldas con blando susurrar de una florecilla en otra iban saltando: todo olía á verano (Bernardo de Valbuena, *Siglo de Oro en las selvas de Erífle*, 1608)

(177) Digo, pues, que, estando en este mesón, entró en él acaso un[a] doncella (...) y al pasar junto a mí me pareció que olía a un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia (Miguel de Cervantes Saavedra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, 1616)

(178) Que los micos orientales huelen a almizcle (Lope de Vega Carpio, *La Dorotea*, 1632)

(179) el otro olía a escarpines (Francisco Santos, *Las tarascas de Madrid*, 1665)

(180) Sus cuerpos huelen a especia, y sus almas están oliendo a azufre (Diego de Torres Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte*, 1727-1728)

(181) Los ricos bronce niquelados, que todavía olían a embalaje (Benito Pérez Galdós, *La familia de León Roch*, 1878)

(182) Casi todo el día se lo pasaba en las iglesias, asimilándose su polvo, impregnándose de su olor de incienso y cera, por lo cual D. Pedro, cuando recibía la visita de ella, ponía muy mala cara diciéndole: “Hermana, hueles a sacristía (...)” (Benito Pérez Galdós, *Tormento*, 1884)

(183) estaba el comedor oscuro como boca de lobo y en la cocina olía Ø a quemado (Benito Pérez Galdós, *Tormento*, 1884)

(184) - A bebida hueles... no sé a qué... a ron... qué sé yo (Leopoldo Alas “Clarín”, *La Regenta*, 1884-1885)

(185) El Magistral arrancó un botón de rosa, con miedo de ser visto; sintió placer de niño con el contacto fresco del rocío que cubría aquel jebecillo de rosal; como no olía a nada más que a juventud y frescura, los sentidos no aplacaban sus deseos (Leopoldo Alas “Clarín”, *La Regenta*, 1884-1885)

(186) Y el cura metió una mano en el bolsillo interior de su larga y mugrienta levita de alpaca, y sacó de aquella cueva que olía a tabaco (...) un cucurucho que debía de contener onzas de oro (Leopoldo Alas “Clarín”, *Su único hijo*, 1891)

(187) ¿A qué olía aquel hombre? Olía a ella, a los ungüentos con que la frotaba (Leopoldo Alas “Clarín”, *Su único hijo*, 1891)

Un examen detenido de todos estos ejemplos revela que se mantienen algunas constantes. *Oler* sigue apareciendo en casi todos los casos (hay alguna excepción, como la forma de pretérito indefinido “olió” que aparece en el ejemplo (173)) en presente, en gerundio o en formas imperfectivas de pasado. En cuanto a la presencia de sujeto explícito, éste aparece en todos los casos excepto en los ejemplos (169) y (183), ocurrencias en las que sí aparecen adjuntos de lugar (inversión locativa).

Si examinamos el contenido semántico evocado por el suplemento, podemos observar que su fiabilidad al acotar la naturaleza del olor que representa el sujeto-estímulo es gradual. El compromiso epistémico del conceptualizador varía sustancialmente de una ocurrencia a otra, pues oscila entre una alta certeza y una inseguridad que se traduce en un símil o expresión aproximativa. Por ello, sólo cuando el olor es inequívoco e

intersubjetivo puede afirmarse que el suplemento codifica una evidencia sensorial.

Muchos de los ejemplos de nuestra muestra tienen, sin embargo, una alta modalidad epistémica. En ellos, el suplemento menciona metonímicamente a su fuente en virtud de la metonimia PRODUCTO POR PRODUCTOR, mientras que el sujeto funciona como la base locativa (de acuerdo con la interpretación de la RAE) en la que se encuentra el olor. En estos casos, los olores son familiares y fáciles de mencionar por su fuente natural, por lo que la aserción se considera objetiva y cierta. Así, el olor puede ser inequívocamente “a vino” ((154), (163)), “a azufre” ((157), (174), (180)), “a tomillo” (155), “a menjuí” (164), “a tabaco” (186), “a quemado” (183), “a pescado” y “a marisco” ((153), (166)), “a ajo” (170), “a chinches” (171) “a almizcle” (178) y a especias y sustancias variadas ((160), (161), (165), (168)). En algunas ocasiones, como en el ejemplo (182), el suplemento sustituye metonímicamente a la fuente real, aunque manteniendo la certeza epistémica; por ello, “a sacristía” se refiere en realidad a los olores habituales en una iglesia (incienso, etc.). En todos estos ejemplos el sujeto representa el LUGAR nocional en el que se encuentran las partículas de olor verbalizadas a partir de la fuente.

No obstante, con mucha frecuencia el olor no se puede lexicalizar de manera exacta con un término que aluda claramente al olor en cuestión. Por ello, en muchos ejemplos el suplemento actúa como hipótesis subjetiva sobre la esencia del aroma percibido, lo que comporta que la composición semántica del suplemento suela ser incompatible con una lectura cerrada. En primer lugar, observamos que es frecuente que el núcleo del suplemento sea tautológico, como los acusativos internos en los usos transitivos de *oler*. En los ejemplos (156), (159), (162) y (172) los sustantivos que describen el olor son ellos mismos formas de olor (“olores”, “perfumes”, “pestilencia”), de manera que se establece una especie de correferencia conceptual entre sujeto y suplemento; este fenómeno muestra con claridad que el conceptualizador tiene dificultades para concretar cuál es el olor captado, por lo que recurre a una paráfrasis.

En otras ocasiones, el conceptualizador evoca en el suplemento una entidad porque el olor le recuerda a ella. En (167) se habla de cosas que huelen “a monte”. Esta apreciación es fuertemente subjetiva, puesto que MONTE es un concepto que aglutina múltiples realidades que abarcan una amplia selección de flora y fauna. Un monte no es una entidad

individual en términos olfativos, sino un conjunto de estímulos, una realidad sensorial muy evocadora y sugestiva. Este proceso metonímico es muy frecuente, por lo que también lo encontramos en los ejemplos (169), (175) o (176). De este modo, “a hombre”, “a bienes, a trapos y a piojos” y “a verano” son los conceptos prototípicos que representan del mejor modo posible a juicio del hablante su sensación olfativa. Por supuesto, ninguno de esos elementos emite un olor que sea intersubjetivo, ya que todos ellos son fenómenos de olor difuso que le han venido a la mente al PERCEPTOR de manera estrictamente individual.

Existen otras señales que confirman que el proceso sensorial es muy subjetivo. A veces el suplemento equivale semánticamente a un adverbio de modo, por lo que más que especificar cuál es el olor se señala que este es desagradable o agradable. En (179) se afirma que el sujeto huele “a escarpines”; a la luz del contexto, y teniendo presente que los escarpines son un tipo de calzado, se infiere⁵⁰³ que en este caso el suplemento sólo establece que el estímulo huele mal. (158) muestra un caso semejante, sólo que con contenido eufemístico. Para evitar señalar que “los paños” huelen mal, el conceptualizador recurre a la figura retórica de la lítotes, consistente en afirmar algo negando su contrario (“no huele a musgo”). Otras veces el conceptualizador vacila explícitamente. Tenemos un buen ejemplo en la ocurrencia (184); el hablante sabe que lo que huele es bebida, pero su limitado olfato le impide ser más preciso, por lo que exclama que “no sé a qué... a ron... qué sé yo”. Como vemos, el emisor lleva a cabo una tentativa de concreción (“a ron”) pero pronto la vaguedad del estímulo le hace desistir. También puede suceder que el propio hablante se interrogue sobre el olor antes de responder, como se ve en (187). La pregunta “¿a qué olía aquel hombre?”, que precede a la eventual respuesta, permite entrever el proceso de evaluación subjetiva que permite llegar a una conclusión.

Por último, hay casos en los que el olor que manifiesta el suplemento es decididamente abstracto e imposible de verbalizar. Esto puede deberse sencillamente a que el sustantivo empleado carece de olor o a que tiene un olor mínimo muy difícil de describir. En (173) se dice que un palacio huele “a cielo”; esta afirmación es tan inconcreta que permite que cada

⁵⁰³ La inferencia se activa por una metonimia basada en la adyacencia locativa: el calzado (CONTENEDOR) representa al CONTENIDO, los pies, que es lo que huele mal.

hablante la interprete de un modo distinto, si bien se deduce que se trata de un buen olor, dada la imagen que el MCI del concepto CIELO activaba en la religiosa sociedad del siglo XVII. En (181) el sujeto huele “a embalaje”, olor extremadamente ambiguo. Por último, los dos ejemplos más profundamente modalizados son los que aparecen en (177) y (185), pues en ellos el suplemento dibuja una elaborada escena. En (177) el olor de una muchacha huele “a un prado lleno de flores por el mes de mayo”. Si en ocasiones el hablante emplea un concepto definido (un monte, por ejemplo) para referirse a un olor que le recuerda a él, en este caso el conceptualizador ha dado un paso más, y describe con todo lujo de detalles la escena que le hace recordar esa fragancia. La descripción es tan detallada que incluso contiene una referencia temporal (“el mes de mayo”). Además, el carácter marcadamente axiológico de la oración se ve reforzado por el hecho de que *oler* y su suplemento son el núcleo de una oración subordinada sustantiva dependiente del verbo modal *parecer*, utilizado como verbo de actitud proposicional. Por su parte, en (185) el suplemento “a juventud y frescura” condensa todo un mundo de referencias culturales que no se refiere sólo a determinados perfumes.

Como vemos, el nivel de subjetividad con la estructura con suplemento es gradual. Por ello, como ocurre con la estructura ‘escueta’, esta variante sintáctica también admite la presencia de un PACIENTE, elemento que intensifica aún más el aumento de la subjetividad, como se aprecia en los siguientes ejemplos:

(188) Si no está roto el que le di, por su vida que me le envié con un poco de almizcle, porque después que tomé en las manos su carta, me huelen a sudor de jalma (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(189) A Arenillas llegué a las doce del día a lo menos, entre once y mona, cuando canta el gocho. Holguéme de ver en campo raso tantos campesinos que me olían a camisa limpia (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(190) Es la sal desta comida / la que en sal se conuirtió / que en sal el cielo la echó / porque le olió a corrompida (José de Valdivielso, *El villano en su rincón. Acto sacramental*, 1622)

(191) me huele el cuerpo a cera (Diego de Torres Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte, 1727-1728*)

(192) - Me ha olido a estofado de vaca... (Benito Pérez Galdós, *La de Bringas, 1884*)

El funcionamiento del PACIENTE es en estos casos idéntico que en la variación sin suplemento. Nuevamente, el dativo puede representar al poseedor de “las manos” y del “cuerpo” (ejemplos (188) y (191)) o puede introducir, en tanto que marca sintáctica de modalidad, un juicio valorativo (ejemplos (189), (190) y (192)). La diferencia más interesante con respecto a la conceptualización escueta es que la percepción valorativa en este caso se expande más allá de una mera consideración general propiciada por algún adverbio de modo; ahora el suplemento da cabida a una observación más compleja. Por ejemplo, en el texto de (189) el suplemento “a camisa limpia” explicita una opinión que desencadena matices que no se limitan a enmarcar una simple impresión sensorial. Igualmente, en el ejemplo (192) “a estofado de vaca” no es sólo una valoración acerca de si la comida es buena o no, sino que es también una especulación sobre qué comida es. Estos empleos de *oler*, una vez más, se aproximan funcionalmente a la percepción valorativa, y se pueden interpretar como evidenciales de inferencia a base de indicios directos.

Por último, la estructura copulativa puede volverse intrínsecamente subjetiva. Cuando el verbo va complementado por el suplemento con *a*, cabe la posibilidad, como hemos podido observar, de que el conceptualizador determine con precisión cuál es el olor percibido (percepción objetiva). Sin embargo, si el sintagma en el que el hablante transmite su análisis del estímulo va precedido por el nexos *como*, la información pasa a ser siempre subjetiva, como se puede apreciar en los siguientes ejemplos:

(193) Et si la metieren en el fuego, sale della una olor muy mala; que huele cuemo carne podrida (Alfonso X, *Lapidario, 1250*)

(194) es la piedra a que dizen buluquixmen que quiere decir tanto; como canforenna, porque quando la echan en el fuego; sale una

olor della⁵⁰⁴ que huele como camfora muy fuert (Alfonso X, *Lapidario*, 1250)

(195) Piedra es negra de color & muy liuiana de peso. Et quando la queman faze llama; & sal della fumo que huele como pez quando la meten en el fuego (Alfonso X, *Lapidario*, 1250)

(196) & sy la manteca non fuer fresca & fuere vieja que huele como azeda lauala con tantas aguas que tire el mal olor (Pero López de Ayala, *Libro de la caça de las aves. BL Add. 16392*, 1386)

(197) Luego moíllava, Commo leon olía (Anónimo, *Poema de Yosef*, 1400)

(198) Sandarica. tambien color de cinabrio o bermellón que huele como açufre (Alfonso de Palencia, *Universal vocabulario en latín y en romance*, 1490)

(199) Ay en ella una fruta que la casca d'ella huele como menjuý (Martín Fernández de Enciso, *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo*, 1519)

(200) y de fuera de la cámara estaban dos catauros, que son a manera de cestas llenas de cortezas de encienso, o de tales árboles que olían como encienso (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(201) Su sabor más puntual, o a lo que más quiere parescer, es al melocotón, e huele, juntamente, como durazno e membrillo (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(202) Hay cierto género de guayabos que huele, la flor dellos, como jazmines o mejor (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

⁵⁰⁴ Son muchas las metáforas conceptuales que demuestran que los olores se comportan como una entidad activa en estos casos (trayector). En este ejemplo, se dice que el olor 'sale' de la fuente que lo emite, lo que significa que en la conciencia experiencial los hablantes conceptualizan los olores como OBJETOS QUE SE MUEVEN POR SÍ SOLOS. Metáforas semejantes aparecen en muchos de los ejemplos que reproducimos.

(203) La fructa es tamaña como un huevo e de aquella hechura, e huele muy bien, como una camuesa (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(204) Algo menudo hay que huele en la boca como almizcle (José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1590)

(205) Es grande su ligereza en caçar, y assí suele henchir su cueva de pezes, de tal manera que se corrompen y huelen muy mal, y como se sustenta d'ellos viene ella a tener tan mal olor que se tuvo por adagio para decir que huele un hombre muy mal dezir: "huele como nutria" (Jerónimo de Huerta, *Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio*, 1599)

(206) E este olio es de mal hedor fedondio que huele así commo piedra sofre (Anónimo, *Libro de los olios. Salamanca, Universitaria R-3612*, 1600)

(207) Acula, quijones, yerua que huele como anís (Juan Alonso y de los Ruyzes de Fontecha, *Diez privilegios para mujeres preñadas*, 1606)

(208) Hay otra especie de hurón que llamamos patialbillo; su color es castaño oscuro, y por debajo del cuello es blanco; huele su pellejo como almizcle (Alonso Martínez de Espinar, *Arte de Ballestería y Montería*, 1644)

(209) Paladeó el Burdeos, dando con la lengua en el cielo de la boca, y jurando que olía y sabía como las violetas que le traía Vélez de Rada a veces (Emilia pardo Bazán, *Un viaje de novios*, 1881)

(210) En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta (Leopoldo Alas "Clarín", *La Regenta*, 1884-1885)

(211) Cuando despertó se sintió anegada en sudor frío y tuvo asco de su propio cuerpo y aprensión de que su lecho olía como el fétido humor de los hisopos de la pesadilla... (Leopoldo Alas "Clarín", *La Regenta*, 1884-1885)

(212) Paseó una mirada de águila... del Retiro por la plana primera del papel impreso, que olía así como a petróleo (Leopoldo Alas "Clarín", *Pipá*, 1886)

La presencia en todos estos casos de *como* imposibilita que la enunciación sea fiable denotativamente; el complemento, por tanto, ha de interpretarse como una apreciación enteramente subjetiva. El suplemento con *a* desempeña una función categorizadora, en la medida en que introduce una noción semántica que pretende determinar con la mayor exactitud posible la categoría olfativa a la que pertenece el sujeto-estímulo. Sin embargo, los complementos con *como* son aproximativos e indirectos, debido a que el nexos actualiza siempre una comparación, de modo que entran en juego como mínimo dos entidades, la percibida y la evocada por el complemento, las cuales no pueden ser correferenciales. Por todo ello, la presencia de *como* fuerza por defecto a una interpretación modalizada imposible de intersubjetivizarse. ¿Cómo interpretar, si no, un ejemplo como el de (210)? Se habla del olor de un pañuelo, y se dice que huele “como aquella carta”, información intransferible que sólo pertenece al sujeto implicado en esa situación.

Ninguna de las sustancias olorosas descritas en los complementos de estas ocurrencias (azufre, jazmín, anís, almizcle, incienso, etc.) puede corresponderse, por tanto, con el olor percibido por el conceptualizador; este recurre a ellas para verbalizar de algún modo cómo es el olor que nota. Se trata de un caso muy evidente de vacío léxico, pues el hablante se siente incapaz de explicar cómo es el olor y recurre a una comparación con una sustancia con olor parecido según su criterio personal.

Los ejemplos (199), (200), (201), (202), (203) y (204) permiten asistir directamente a ese proceso de vacío léxico tan propio de la expresión lingüística de los olores. Todas esas ocurrencias pertenecen a tratados del siglo XVI en los que se describe el paisaje y el entorno natural del continente americano descubierto después de Colón⁵⁰⁵. El narrador se halla inmerso en un mundo desconocido y relata cómo es mediante detalladas descripciones. Pero cuando tiene que aludir a los olores de ese nuevo mundo, la lengua se revela muy limitada, no sólo porque las lenguas indoeuropeas apenas tienen términos específicos de olor sino también porque los colonizadores desconocían las lenguas indígenas, por lo que el escritor tiene que recurrir a permanentes comparaciones entre aquellos aromas y los de productos europeos (incienso, membrillo, etc.). A veces, como en el ejemplo (202), el PERCEPTOR llega incluso a

⁵⁰⁵ Tratados muy frecuentes en esa época.

manifestar que el olor se aproxima al del “jazmín”, para acto seguido afirmar por medio de una disyunción que es así “o mejor” (juicio subjetivo imposible de compartir). Por tanto, el lector de esos tratados puede imaginar de forma aproximada cómo son esos olores exóticos, pero sabiendo que ese complemento modal con *como* únicamente introduce una aproximación parcial que no representa la auténtica realidad psicofísica.

Al igual que ocurre con el suplemento, este complemento también explicita a veces que el olor es malo. En estos casos, el conceptualizador no necesita esforzarse en exceso al buscar en su memoria un olor parecido, pues basta con introducir como término de comparación cualquier sustancia prototípicamente pestilente. Es lo que se aprecia en (193) y en (205). Al comparar el olor con el de “la carne podrida” se está haciendo más hincapié en lo desagradable del olor que en la exactitud del símil. El texto de (205) es bastante singular, pues en él se explica el origen de un refrán del español clásico: *oler como nutria*. La nutria, tal y como se detalla en ese párrafo, es un animal que huele muy mal, y por ello se emplea metonímicamente como un exponente representativo del mal olor. De esta manera, comparar cualquier olor con el de una nutria equivale, gracias a un proceso inferencial, a afirmar que se trata de un olor terrible.

El complemento modal puede recrear un espacio mental (Fauconnier, 1984, 1997) mucho más sofisticado. En (195) al hablante no le basta con asegurar que ese humo que describe huele como “pez” (tipo de sustancia resinosa), sino que precisa por medio de una oración adverbial que huele “como pez cuando la meten en el fuego”. Los ejemplos de (209) y (211) son aún más subjetivos, pues los complementos que aparecen conceptualizan una escena muy rica en información semántica. En (209) el sujeto está describiendo un vino⁵⁰⁶, y asegura que huele y sabe⁵⁰⁷ “como las violetas que le traía Vélez de Rada a veces”. Es obvio que un

⁵⁰⁶ Recuérdese lo comentado al principio de este capítulo a propósito de la fuerte subjetividad que desencadena la descripción de los vinos incluso entre enólogos y sumilleres.

⁵⁰⁷ El verbo *saber*, que siempre funciona, como hemos explicado, como un estado copulativo permanente en sus usos gustativos, comparte con *oler* los complementos de categorización. Por ello, el suplemento y el complemento con *como* permiten describir tanto olores como sabores, razón por la cual los dos verbos pueden unirse copulativamente.

complemento como ese, repleto de univocidad, información enciclopédica y referencias deícticas, no puede referirse a un olor determinado, ni siquiera a un olor complejo descrito con minuciosidad; ese complemento describe una situación contrafactual, una experiencia recordada por el olor. Según los principios de cantidad y distancia de la iconicidad lingüística (véase el capítulo 2), cuanto más cantidad fónica tiene un elemento lingüístico y cuanto más distante está de su sintagma regente, más denso e independiente es. En consecuencia, este complemento constituye un espacio mental paralelo a la predicación principal, en el que el conceptualizador rememora una vivencia personal que añora: de esta manera, ante la imposibilidad de describir el olor mismo, se describe una escena en la que se olió algo parecido. El ejemplo de (211) es similar, aunque en este caso el olor que describe con gran detalle el complemento se parece al experimentado durante una pesadilla⁵⁰⁸. Por ello, “como el fétido humor de los hisopos de la pesadilla” es una recreación elaborada de otro espacio mental, el espacio mental de un mal sueño⁵⁰⁹.

Finalmente, quisiéramos reseñar que la conceptualización con *como* puede coexistir simultáneamente con el suplemento con *a*, e incluso con los adverbios modales que habitualmente aparecen en la construcción escueta. Prueba de ello son los ejemplos (203) y (212). En el (203) el sintagma “muy bien” precede al complemento con *como*, mientras que en el (212) las tres posibilidades describen “el papel impreso” al mismo tiempo: “olía así como a petróleo”. Como es evidente, el olor del papel es muy abstracto, lo que explica que el conceptualizador recurra a elementos que rebajan su modalidad epistémica ante lo que dice. Por ello introduce un adverbio de modo en primer lugar que focaliza la idea de que se va a proponer una valoración cualitativa, para después utilizar una referencia definida (un sustantivo) introducida por el suplemento pero subjetivizada por *como*, siendo la entidad término de comparación *el petróleo*. La elección del petróleo activa un MCI que intensifica la modalización efectuada, puesto que esta sustancia está asociada culturalmente a muchos materiales que se producen con él (como la gasolina o ciertos plásticos), los cuales se caracterizan por un olor “familiar” a la materia

⁵⁰⁸ En términos psicofísicos es perfectamente posible soñar con un olor o incluso imaginarlo. Es lo que se conoce como ‘alucinaciones olfativas’ (Engen, 1972: 450).

⁵⁰⁹ La posibilidad de considerar los sueños como espacios mentales está contemplada en la teoría de Fauconnier (1984, 1997).

prima. Así, al comparar el olor del papel con el del petróleo, y al materializar esa comparación con un adverbio y una marca aproximativa, el narrador consigue evocar múltiples y etéreas sensaciones.

Por último, en la conceptualización con el complemento modal también puede aparecer el dativo. En (213) los pronombres átonos *les* y *os* vuelven a representar a los poseedores de “la boca”. En este caso, la comparación tácita que activa *como* se materializa explícitamente en dos términos de comparación: un hombre (aquel con el que habla el conceptualizador) y “todos los hombres”. Naturalmente, en este caso el olor no se describe, sino que sólo se generaliza, en la medida en que se supone que ese olor es compartido por muchos hombres:

(213) – Perdonadme, señor marido, que, en verdad, yo pensaba que a todos los hombres les olía la boca, como a vos os huele (Juan de Timoneda, *Buen aviso y portacuentos*, 1564)

Hasta ahora hemos estudiado los usos copulativos con sujeto-estímulo en los que *oler* mantiene intacto su significado físico. Hemos comprobado que en estos empleos pragmáticos el ESTÍMULO se comporta como una entidad activa que se expande por el aire (lo que permite que sea percibida) y que incluso es capaz de modificar el estado psicológico del PERCEPTOR, hasta el punto de que por ese olor éste puede sacar conclusiones (evidencialidad) o emitir juicios (percepción valorativa). A continuación vamos a analizar las proyecciones metafóricas que han aparecido en español a partir de esta construcción intransitiva fundamental. Debemos adelantar que muchas de las ocurrencias nocionales generadas a partir de la conceptualización copulativa pueden ser difíciles de delimitar, puesto que las fronteras entre ellas no siempre están del todo definidas (prototipicidad).

Hemos observado que los olores son generalmente tan inclasificables que el conceptualizador enuncia su presencia sin describirlos, y cuando sí procura categorizarlos raramente puede ser preciso en su caracterización. Todo este cúmulo de experiencias cotidianas está en la base de un cambio semántico que empieza a documentarse en el siglo XVI y en virtud del cual *oler* desarrolla un significado semejante al del verbo copulativo *parecer*, tanto en su funcionamiento atributivo como en su valor como evidencial. Diversas investigaciones recientes, entre las que cabe destacar el estudio de Cornillie (2007), han puesto de manifiesto que el verbo

parecer no sólo establece una relación entre una cualidad (el atributo) y una entidad que posee esa cualidad (el sujeto), sino que también se emplea para especular acerca de la realidad por medio de inferencias. Observemos las siguientes oraciones:

(1) El incendio parece extinguirse por sí solo.

(2) Parece que va a llover.

En ambos ejemplos *parecer* va acompañado por atributos, uno en forma de infinitivo⁵¹⁰ y otro formado por una oración sustantiva enunciativa⁵¹¹, pero lo verdaderamente decisivo es que la presencia de ese atributo es imposible sin un conceptualizador que observa ciertos acontecimientos o que lleva a cabo un proceso de razonamiento utilizando ciertas evidencias sensoriales⁵¹². (1) sólo puede decirse si el hablante contempla directamente el incendio, mientras que la oración propuesta en (2) es el producto de una inferencia basada en una observación directa del tiempo, si bien también cabe la posibilidad de que parta de la información transmitida por otra persona (evidencia citativa). En consecuencia, *parecer* es un verbo que puede funcionar como un

⁵¹⁰ Incluso los verbos copulativos *ser* y *estar* pueden ser atributos de *parecer*, lo que permite la existencia de esta alternancia:

(1) Mateo parece enfermo / Mateo parece estar enfermo.

Como indica Miller (2008) la diferencia radica en que sin el verbo copulativo la inferencia que conduce a suponer que Mateo está enfermo se produce de un modo más rápido que si aparece el verbo, puesto que al aparecer *estar*, la distancia entre atributo y base de atribución es mayor (iconicidad) lo que indica que el razonamiento es más autónomo y más costoso. En español, esta posibilidad se da con *parecer* pero no con *oler* cuando desarrolla un valor parecido como evidencial. Sin embargo en inglés sí es posible que *smell* tenga este complemento con *to be*. Miller (2008) cita este ejemplo: "I peeked through a knothole in the fence to see three, yes, count them, three barbecue grills all fired up and cooking what smelled to be a grand feast".

⁵¹¹ Las oraciones de tipo (2) son muy difíciles de interpretar sintácticamente, por lo que ha habido abundante discusión sobre ellas en la bibliografía. En términos generales se considera que la oración tiene sujeto cero (\emptyset) y que la sustantiva es atributo. A favor de esta interpretación está el hecho de que la sustantiva se puede sustituir por el pronombre *lo*, el cual, como se sabe, sustituye siempre a los atributos con *ser*, *estar* y *parecer* (*lo parece*). Sin embargo la Real Academia Española en su última gramática (RAE, 2009) ha defendido que también es posible interpretar esa sustantiva como el sujeto gramatical de *parecer*, puesto que aparte de por *lo* esa oración también puede sustituirse por *esto*, demostrativo indefinido que puede desempeñar la función de sujeto.

⁵¹² Recordemos que Yamamura y Omori (2007) estudian el verbo *parecer* a la luz de las teorías lingüísticas sobre la percepción sensorial.

evidencial, ya sea de evidencia directa (con infinitivo) o inferida / reproducida (complemento flexionado) (Cornillie, 2007).

Teniendo en cuenta la estructura conceptual que manifiesta *parecer* cuando se comporta como un evidencial, no resulta extraño que *oler* haya generado un significado semejante con su construcción copulativa. Esta construcción, como hemos constatado en nuestro análisis, se caracteriza por señalar la presencia incontrolada y activa del ESTÍMULO (igual que ocurre con “el incendio” o “la lluvia” en los ejemplos de (1) y (2)), sobre el que posteriormente el conceptualizador puede hablar para categorizarlo o describirlo. Por supuesto, dando un paso más dentro del proceso gradual de la subjetivización, el conceptualizador puede juzgar el ESTÍMULO o extraer conclusiones basadas en esa percepción olfativa, tal y como hemos visto en ejemplos anteriores. Por todo ello, la construcción copulativa de *oler* ha dado lugar a una nueva metáfora cognitiva que mantiene esa configuración pero que elimina la presencia de un olor real: OLER ES PARECER (Fernández Jaén, 2008b). Como es lógico, los adverbios modales, el suplemento con *a* y el complemento con *como* desempeñan la función demarcadora de la cualidad predicada del sujeto-estímulo que en *parecer* representa el atributo. Esta metáfora es muy periférica en la estructura radial de *oler*, si bien su uso está suficientemente documentado. Veamos algunos ejemplos:

(214) pero que tal camino sean primero bien pensado, y que determinándoos de le hacer, nunca os aparte la cobdicia de la lealtad que debéis haber, ni la necesidad os pueda convencer ni oler tan poderosa que dé ocasión que seáis tenido por ingrato (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557)

(215) quien más se desvergonçó contra el virrey, y aun contra el rey, fue fray Pedro Muñoz, de la Merced, diziendo quán mal pago dava su majestad a los que tan bien le avían servido, y que olían más aquellas leyes a interesse que a sanctidad (Francisco López de Gómara, *La primera parte de la Historia natural de las Indias*, 1554)

(216) Parecíale a esta santa penitente que a las narices de Dios le olían muy mal los pecados (Fray Pedro Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, 1588)

(217) Daréis vuestra sangre á los predestinados, y verterla heis por la remisión de todos, oleréis á misericordioso (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598)

(218) nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios, cosa que me parece que huele algo a gentilidad (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605)

(219) Aun lo mismo que huele a estilo vano no saldrá todo junto atendiendo al gasto propio y al gusto ajeno (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(220) y crea que un sacristán a media legua me huele a requiliternam y a neque especias (Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina*, 1605)

(221) que no es bien que sepa nada / del desconcierto que ha habido / el que ha de ser su marido / y comblezo de algún conde / que lo ha hecho proveer donde / irá oliendo a proveído (Luis de Góngora y Argote, *Poesías de 1606*, 1606)

(222) sobre esto no hay mentir, pues tanto admira / que la misma verdad huele á mentira (Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *Los prodigios del amor*, 1619)

(223) Él la desgobernaba / y si ella se quejaba / oliendo a faraón, siendo el segundo / la despachaba para el otro mundo (Antonio Enríquez Gómez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, 1644)

(224) tengo duelo / no de verme en el suelo / aunque me haya rompido el brazo entero / sino de haber olido a caballero (Antonio Enríquez Gómez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, 1644)

(225) Entra el zapatero oliendo a cansado (Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana*, 1654)

(226) Esta polla se asó en la pastelería (...) y sucedióle lo que a los melones malos, que, de estar entre los buenos, huelen a buenos (Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*, 1660)

(227) Y para el porte y comercio político, les has de enseñar esa coplilla, que sobre oler á mística, es el centro de nuestra profesión (Fulgencio Afán de Ribera, *Virtud al uso y mística a la moda*, 1729)

(228) Sólo un tal Erasmo de Róterdam, cuyo nombre huele mejor a los humanistas que a los teólogos (...) dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758)

(229) De aquí el confundir la santidad con la maravilla y el quilatar la virtud por los prodigios, con que insensiblemente se fomenta la hipocresía de los que aspiran a ganarse el concepto de la gente con exterioridades devotas y penitentes, las cuales pueden ponerlos en lances de hacer o decir cosas que huelan a milagro, o a revelación y profecía (Pedro Montengón, *Eusebio*, 1786)

(230) Dije que el plan de nuestros enemigos estaba reducido: primero, a seducir a los ministros actuales para que entibiado su celo contra todo lo que pudiera oler a conspiración suya, quedasen libres del peligro tremendo en que se veían (Juan Romero Alpuente, *Intervenciones en las Cortes Extraordinarias*, 1821-1822)

(231) - Señor, con eso solo me va oliendo á mí ya á buen Regente (Modesto Lafuente, *Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, 1842)

(232) va a paseo a la Cascine en el primer coche que encuentra al paso, con tal que huela a noble (Pedro Antonio de Alarcón, *De Madrid a Nápoles pasando por París*, 1861)

(233) pero no han de hablar nada que huela a la menor burla (Sor Ángela de la Cruz, *Papeles de conciencia. Diario espiritual*, 1874-1878)

(234) - Afeminaciones, afeminaciones – gruñía entre dientes, convencidísimo de que la virtud en el sacerdote, para ser de ley, ha de presentarse bronca, montuna y cerril, aparte de que un clérigo no pierde, ipso facto, los fueros de hombre, y el hombre debe oler a

bravío desde una legua (Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, 1886)

(235) Emma se sentía fascinada; por el pronto, Minghetti, así, tan cerca, le olía a hombre nuevo (Leopoldo Alas "Clarín", *Su único hijo*, 1891)

(236) La cualidad esencial de un gobernante es la honradez, y don Bartolomé huele a honrado (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

En todas estas ocurrencias *oler* funciona como un verbo pseudo-copulativo que enlaza una propiedad con su base de atribución. La naturaleza semántica de la cualidad es variable, igual que con el verbo *parecer*, por lo que encontramos tanto sustantivos como adjetivos de muy diversa índole. Esa cualidad puede ser un sustantivo que expresa cognitivamente (Langacker, 1987, 1991) una cualidad estable, como "interés" (215), "mentira" (222), "faraón" (223), "caballero" (224), "conspiración" (230) o "burla" (233), pero también puede ser un adjetivo que denota una propiedad dinámica y relacional (más inestable, por tanto), como "poderosa" (214), "misericordioso" (217), "cansado" (225), "bueno" (226) u "honrado" (236). De este modo, *oler* permite construir un predicado que atribuye una cualidad a otra entidad de un modo abierto e intersubjetivo; frente al verbo *ser* que categoriza las cualidades de manera permanente y ajena a valoraciones subjetivas, *oler* y *parecer* muestran una cualidad predicada gracias a una experiencia que se puede compartir y que es falible. De hecho, precisamente por ese carácter abierto y poco epistémico del proceso de atribución le está permitido a *oler* desempeñar esta función sintáctico-semántica, puesto que este verbo siempre conserva en su MCI la idea de imprecisión e inseguridad que la experiencia olfativa impone. Por último, como se ve en el ejemplo (216), también los adverbios de modo pueden codificar el estado que se predica del sujeto, si bien de una manera mucho más genérica.

Hemos afirmado que desde un punto de vista semántico la metáfora OLER ES PARECER permite la presencia de cualidades que no se pueden entender de manera totalmente categórica, de modo que el predicado de *oler* con este valor manifiesta más subjetividad que los predicados con *ser* y *estar*. Además, esta subjetividad aumenta considerablemente cuando en

la escena aparece un dativo en función de CI, hasta el punto de que se puede considerar que, cuando ocurre eso, el verbo deja de ser pseudo-copulativo y pasa a funcionar como un verbo de actitud proposicional que vehicula una percepción valorativa⁵¹³. Este mismo fenómeno también sucede con *parecer* (Cornillie, 2007; RAE, 2009):

(3) Esa novela parece interesante.

(4) Esa novela me parece interesante.

Mientras que la oración de (3) contiene un proceso de atribución canónico, la de (4) muestra un comportamiento más abstracto. La presencia del CI *me* hace que la cualidad atribuida no se entienda como una propiedad que el sujeto parece exhibir ante el conceptualizador, sino como una opinión estrictamente personal. De este modo, en (4) aparece un juicio proposicional subjetivo y no intersubjetivo.

Pues bien, el mismo fenómeno hallamos con *oler*; en los ejemplos (214), (216), (218), (220), (228), (231) y (235) se vierte una opinión axiológica, de tal manera que los complementos que expresan la cualidad introducen una propiedad que es predicada sólo por un hablante, aquel al que se refieren los complementos indirectos (*os, le, me, etc.*). Por este motivo cuando se afirma, por ejemplo en (235), que a ella él “le olía a hombre nuevo”, se está enunciando un juicio de valor que procede de una persona (ella) y no una característica general de ese hombre susceptible de ser compartida. En (228) encontramos el mismo proceso, sólo que en este caso el adjetivo “mejor” denota una cualidad comparada entre dos grupos de personas (los humanistas y los teólogos), los cuales difieren sustancialmente a la hora de valorar la obra de Erasmo de Rotterdam. Este último ejemplo demuestra que con la percepción valorativa generada a partir de la metáfora OLER ES PARECER la predicación es individual, lo que permite que haya varias opiniones enfrentadas.

Aunque se trata de empleos extremadamente periféricos, el significado OLER ES PARECER es compatible con un suplemento cuyo núcleo

⁵¹³ Esta situación ya se daba en latín, sólo que en esta lengua se partía del verbo *videor*, forma pasiva de carácter estativo de *video* (Garelli, 2007). De este modo, expresiones como *mihi videtur* o *mihi visum est* podrían traducirse por “me parece”, en la medida en que el conceptualizador (representado por el dativo *mihi*) expresa una opinión o creencia a partir de un estímulo visual que se le presenta o manifiesta (Garelli, 2007; Bordelois, 2006: 134). Todo ello ha llevado a Garelli a suponer que *videor* tenía usos de evidencial en latín, sobre todo para expresar opiniones en primera persona.

contenga un infinitivo. Como explicamos en el capítulo 5, el infinitivo posee tanto propiedades verbales como propiedades nominales; su carácter verbal le permite tener argumentos propios, y su naturaleza nominal le habilita para desempeñar las funciones propias de un sustantivo. Así, el suplemento con infinitivo condensa una gran cantidad de información muy dinámica, y forma una estructura que con otros verbos sería poco natural. Veamos un ejemplo:

(237) Ya en la empresa que intento me desmayo / que esto huele a saber que soy lacayo (Alonso de Castillo Solórzano, *Aventuras del bachiller Trapaza*, 1637)

Este texto se sitúa en el límite de varios usos metafóricos de *oler* en su construcción copulativa, aunque entendemos que es predominante la idea de la atribución de una cualidad. El sujeto inestable “esto” alude a una serie de aventuras que ha vivido el conceptualizador; en un momento determinado, se dan indicios suficientes para pensar que la mentira que este intenta ocultar se va a descubrir, lo que lleva al conceptualizador a representar semánticamente esas aventuras como un OLOR (es decir, una evidencia informativa) que parece que está pasando de ser desconocido (ambigüedad del olfato) a ser cada vez más conocido y concreto, siendo el punto de máximo reconocimiento el saberse que en realidad ‘es un simple lacayo’. Pues bien, el hecho de que la cualidad sea dinámica (el aroma metafórico se está descifrando) hace que el infinitivo, que tiene carácter subeventivo, sea idóneo para expresarla. Asimismo, al ser un verbo, la consecuencia de ese descubrimiento puede codificarse como una oración sustantiva en función de CD dependiente de él (“que soy lacayo”).

Como acabas de comprobar, *oler* es un verbo capaz de formar predicados próximos funcionalmente a *parecer*, tanto en sus usos copulativos como en los evidenciales. La causa de que un deslizamiento semántico permita este reanálisis radica en que es el ESTÍMULO el trayector, es decir, la entidad que, con forma de sujeto sintáctico, se le impone al conceptualizador. En la actividad diaria los seres humanos estamos expuestos a olores que nos rodean y, en un plano metafórico, esos olores difusos que encontramos y analizamos se pueden convertir en indicios de múltiples informaciones, las cuales también pueden ser juzgadas, descritas (atribuyéndoles propiedades) y utilizadas como evidencia para llegar a un razonamiento (evidencialidad por inferencia).

Pues bien, esta misma estructura también favorece el que *oler* haya desarrollado a lo largo de su historia otro significado relacionado con la detección involuntaria de señales y con el carácter subjetivo de las olfacciones: la metáfora OLER ES RECORDAR.

En ejemplos anteriores hemos visto que es muy habitual que los olores activen en la conciencia recuerdos y situaciones vividas en el pasado. Además, como los olores son en sí mismos demasiado evanescentes como para que nuestro olfato pueda categorizarlos, en ocasiones verbalizamos la sensación olfativa con una descripción del recuerdo que nos evoca ese olor. Como es lógico, el carácter incontrolado del sentido del olfato hace que los recuerdos por él activados también sean incontrolados, de modo que la memoria olfativa se puede interpretar como una 'memoria involuntaria' (Río Molina, 2003: 213). Los olores, por tanto, no suelen ofrecer información objetiva al PERCEPTOR, pero sí le sugieren emociones y recuerdos muy personales⁵¹⁴. Como es obvio, la metáfora OLER ES RECORDAR guarda notables semejanzas conceptuales con la metáfora OLER ES PARECER, en la medida en que en ambas es nuclear la subjetividad asociativa del conceptualizador. Por ese motivo, muchos ejemplos se encuentran en el límite de las dos proyecciones, por lo que no siempre es tarea sencilla realizar un análisis. Sin embargo, podemos afirmar que, en términos generales, OLER ES RECORDAR es un significado mucho más subjetivo que el de PARECER, puesto que este último sí puede expresar, como hemos visto, valoraciones y predicaciones intersubjetivas, algo que cuando *oler* significa RECORDAR resulta más complicado.

La metáfora OLER ES RECORDAR o SUGERIR empieza a documentarse en el siglo XV. Veamos algunos ejemplos:

(238) ella ordenó que las mujeres se tocasen y cubriesen sus cabezas y los pechos, y que trajesen faldas largas, porque ninguna deshonestidad en ellas fuese notada que oliese a poca vergüenza (Fray Martín de Córdoba, *Jardín de nobles doncellas*, 1468)

⁵¹⁴ Sobre las relaciones psicológicas y lingüísticas entre el olfato y la memoria, véanse los siguientes trabajos: Sperber (1974), Ackerman (1992), Vroon, van Amerongen y Vries (1999: 125-160), Cacciari (2010), Chernigovskaya (2004), Fernández Jaén, (2008b), Monopoli y Cacciari (2009).

(239) que había trabajado de saber si tenían las gentes desta isla secta alguna que oliese a clara idolatría (Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, 1527-1550)

(240) A los dioses immortales invoco, y a ley de bueno te juro, que ni es ésta Roma, ni sabe a Roma, ni huele a Roma, ni remeda a Roma (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(241) ¿por qué quieren oler a la vanidad del mundo en la sepultura? (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(242) Si no tienes perdido el sentido del odorato, como a mí me huele essa ysla a sabios, assí te hedería a ti Roma a simples (Fray Antonio de Guevara, *Reloj de príncipes*, 1529-1531)

(243) Quanto se dize y replica / quanto se trata y platica / todo huele a casamientos (Cristóbal de Castillejo, *Diálogo de mujeres*, 1544)

(244) Cuando el cardenal Salviatis vino a España por legado, hallándose en las bodas del emperador Carlo Quinto en Sevilla, estando en buena conversación, dijo que Francia le olía a soberbia (Melchor de Santa Cruz de Dueñas, *Floresta española*, 1574)

(245) Acerca de la voluntad, se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios: ahora en lo temporal, como poseer algunas cosillas y asirse más a vnas que a otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas que todavía huelen y saben a mundo (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual. Segunda redacción*, 1578-1584)

(246) El primero que supo esta sciencia fue nuestro primer padre, y enseñóla al príncipe y cabeça de todos los astrólogos, n[uest]ro Dios, en la escuela del paraíso terrenal. Súpola Adán con toda la perfección que se podía saber, sin mescla de cosa que oliesse a superstición (Manuel Ledesma, *Discurso sobre las ciencias matemáticas*, 1592)

(247) Yo sé que olemos bien á Dios, porque le olemos á Cristo (Fray Alonso de Cabrera, *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos después de la Epifanía*, 1598)

(248) Así, Señor, cuando os vistiéredes las ropas del hermano Esaú, travieso, profano, cazador, vestíos de llagas, de vituperios, desnudez y confusión, que son ropas de pecador, y entonces oleréis á todos vuestros atributos y á todas las virtudes (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598)

(249) aunque en su persona nunca se vió cosa deshonestá ni que oliese a codicia (Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme. Década primera*, 1601)

(250) Llegó el rompimiento a tal extremo que, no viendo en su boca enmienda, me resolví a que oliese la casa a hombre (Anónimo, *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1646)

(251) de suerte que todos los Religiosos, y por todas partes, como más comodidad tuviesen, se ocupasen en la predicacion y conversion cristiana de Japoneses y Chinos, absteniéndose empero de todo género de tratos y contratos con ellos, que oliesen á mercancía, ó pudiesen dár sospecha (Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana*, 1648)

(252) Sacristanazos muy enamorados / están para los Corpus vinculados / si piensan que los quiero, es grande yerro / que a responsos me huelen, y a entierro (Francisco Bernardo de Quirós, *Aventuras de don Fruela*, 1656)

(253) Y queréis creer, Monsieur / que a hombre ordinario me oléis (Francisco Bances Candamo, *Por su rey y por su dama*, 1687)

(254) le dijo un día que no quería en su casa cosa que oliese a comercio (Raimundo de Lantery, *Memorias*, 1705)

(255) Todo lo que no les huele a antaño los ofende, y ellos nos apestan a los demás con sus antañadas (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758)

(256) A sermón me huele, porque esta divina paloma siempre bate las alas sobre la cabeza de los predicadores (José Francisco de Isla,

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes, 1758)

(257) Lo endemás, señora letrada, de persumir andar un pecador y una pecadora como nos figuramos a los santos en la gloria, no sé yo si huele a cosa de Inquisición (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes, 1758)*

(258) Sin duda sois español. Esto me olió a la pregunta de la moza de Pilatos (Pedro Montengón, *Eusebio, 1786)*

(259) El incensario se componia de dos vasos, de estos que se destinan para cosas privadas, pero necesarias; y las pastillas que se quemaban en él no olían á visperas solemnes (José Francisco de Isla, *Descripción de la máscara o mojiganga, 1787)*

(260) hoy, que ni se leen nuestras historias, ni nuestras comedias, ni nuestros romances y jácaras, tratándolo todo de barbarie e ignorancia, hoy, que es moda, gala y buena crianza celebrar todo lo que viene del otro lado de los Pirineos y olvidar afectadamente todo lo que huele a nuestro suelo (Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses, primera parte, 1808)*

(261) Yo propuse que se llamara El Azufrador, porque quisiera que oliese algo a mi antiguo y malogrado oficio (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823), 1820-1823)*

(262) Y es lo más gracioso del caso que te encontraste con esta magnífica finca en el mismo momento en que estabas derramando tu sangre por no admitir en tu seno cosa que oliese siquiera al nombre francés (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823), 1820-1823)*

(263) Queda, desde luego, sentado que en pizca alguna de lo por mí propuesto como doctrinal se encuentra nada que huelga a supositicio o arbitrario (Serafín Estébanez Calderón, *Escenas andaluzas, 1847)*

(264) - Sí que lo hemos observado todo, maese Sisnado; ¡no faltaba otra cosa! Hemos visto uno, dos, tres, cinco, veinte embozados, que entraban muy devotos... / - Justamente. ¿Y sabéis que eso me huele

a brujería? (Francisco Navarro Villoslada, *Doña Urraca de Castilla*, 1849)

(265) Tus letradurías me huelen a discurso o arenga (Fernán Caballero “Cecilia Böhl de Faber”, *Clemencia*, 1852)

(266) hace en el texto consideraciones políticas pero de tal linaje, que no huelan a partido (Joaquín Costa, *Historia crítica de la revolución española*, 1875)

(267) Y lo más extraño era que la joven tenía confianza porque veía en Pío Cid un amigo, tan desajeno de todo lo que oliese a amoríos, que se podía hablar con él como con un confesor (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898)

(268) Era la emigración de una familia entera. Tísicos colchones, jergones rellenos de escandalosa hoja de maíz, sillas de esparto, sartenes, calderas, platos, cestas, verdes banquillos de cama, todo se amontonaba sobre el carro, sucio, gastado, miserable, oliendo a hambre, a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras de la familia pisándole los talones (Vicente Blasco Ibáñez, *La barraca*, 1898)

(269) La dichosa carta de Uhagón me huele a verso (Benito Pérez Galdós, *La estafeta romántica*, 1899)

Cuando la construcción sintáctico-semántica da lugar a la metáfora OLER ES RECORDAR o SUGERIR la configuración conceptual de *oler* es parecida a la que tiene cuando significa PARECER (ausencia de CNS). De hecho, muchas ocurrencias admiten, como hemos dicho, las dos interpretaciones, fenómeno completamente normal en semántica de prototipos que responde a lo que Peirsman y Geeraerts (2006: 296) denominan ‘motivación múltiple’. Sin embargo, en términos generales los usos con el valor de RECORDAR pueden diferenciarse de los otros, debido a que en este caso la relación entre el estímulo y el concepto activado en el suplemento con *a* (omnipresente e insustituible con este significado) no es de ‘base de atribución’ y de ‘cualidad predicada’, sino

que se trata de una relación más disociada⁵¹⁵, puesto que el concepto que aparece en el complemento se conceptualiza como una entidad que ha sido recordada a partir del estímulo. Esto explica que en la mayoría de ejemplos el núcleo del complemento esté formado por un sustantivo o un adjetivo que nunca podría predicarse como cualidad del sujeto.

Para entender esta idea podemos observar un ejemplo como el de (259). En este texto se describe una iglesia en la que hay un incensario. El narrador explica que en él se queman unas pastillas olorosas, y asegura que estas “no huelen a *vísperas solemnes*”. Como es lógico, *vísperas solemnes* no puede interpretarse como una cualidad de las *pastillas*; lo que ha ocurrido es que el olor emitido por esas pastillas de incienso es distinto del que el conceptualizador asocia en sus recuerdos con las *vísperas religiosas*. Lo mismo ocurre en el ejemplo (250), en el que “a hombre” nunca podría funcionar como una propiedad de “la casa” (sujeto), sino sólo como una entidad a la que ésta puede recordar con una determinada apariencia. En (255) se habla de cosas que huelen “a antaño”, de modo que esas cosas (sujeto-estímulo) activan en la memoria del conceptualizador recuerdos del pasado. Igualmente, en (258), una muchacha le dice algo al conceptualizador y ese mensaje le recuerda (como un eco o cita intertextual) a⁵¹⁶ “la pregunta de la moza de Pilatos”. Incluso podemos observar un ejemplo como el de (247) en el que el escritor asegura que los seres humanos le olemos a Dios “a Cristo”; como es evidente, lo que el autor está afirmando (y más en el siglo XVI) es que las personas le ‘recuerdan’ a Cristo al creador, no que se le parecen.

Todos estos procesos de asociación son muy fáciles de explicar desde los postulados de la semántica cognitiva. Toda palabra lleva asociado un Modelo Cognitivo Idealizado o ‘frame’ (véase el capítulo 2), de modo que una palabra activa siempre que se emplea un conjunto de conocimientos enciclopédicos subyacentes. Esto implica que los conceptos forman redes en nuestro pensamiento y que cualquier MCI puede activar cualquier otro marco semántico con el que comparta algún nodo conceptual (Lakoff, 1987; Langacker, 1987, 1990b, 1991). Así, del mismo modo que un olor

⁵¹⁵ En opinión de Delbecque, el nexo *como* “disocia la idea del proceso y la de su término” (Delbecque, 2010). Esto significa que cuando aparece el nexo, se infiere que la imagen que este introduce es el producto de un proceso cognitivo subyacente muy complejo.

⁵¹⁶ Nótese que el verbo *recordar* puede regir la preposición *a* (me recuerdas *a mi primo*), coincidencia formal con *oler* que quizá haya reforzado este cambio semántico.

puede sugerir algo o hacer recordar una situación del pasado, un concepto nocional conceptualizado como un OLOR puede también activar subjetivamente otro MCI. Un ejemplo muy claro es el (252), en el que se afirma que los sacristanes “huelen a responso y entierro”; en este caso los sacristanes le recuerdan al conceptualizador ese contexto luctuoso porque una de las tareas de un sacristán es officiar entierros. Como vemos, el MCI de SACRISTÁN se asocia metonímicamente con el MCI de ENTIERRO, asociación subjetiva expresada gracias a un uso metafórico de *oler*.

Es muy habitual con este significado que el sujeto-estímulo sea de carácter inestable y poco concreto. Esa falta de especificidad refuerza nuestra tesis de que es difícil interpretar en estos casos el complemento como una cualidad predicada, puesto que el sujeto indefinido no admite fácilmente un proceso de atribución. Sólo en los ejemplos citados, encontramos como sujetos estos sintagmas: “todo” ((243), (255), (260)), “cosa” ((246), (254), (262)), “nada” (263), “eso” (264) y “lo que” (267). Además, conceptualizar en estos casos el estímulo de una manera imprecisa refuerza la idea de que se trata de una entidad abstracta que puede evocar cosas distintas en personas distintas. Por supuesto, una vez más la subjetividad de la predicación queda de manifiesto en los numerosos dativos que suelen aparecer en la escena (ejemplos (242), (244), (247), (253), (256), (258), (264), (265), (269)).

Por último, debemos mencionar que, si bien se trata de una conceptualización muy inusual, *oler* con el significado de RECORDAR o SUGERIR puede tener como núcleo del suplemento un infinitivo⁵¹⁷, como se aprecia en (270):

(270) pero a ti que te puedo hablar ingenuamente, te confieso como no me gusta que nos metan en descabelladas empresas. ¡Hum! Eso

⁵¹⁷ E incluso una oración sustantiva:

(1) –Eso es raro (indicó Moragas). Me huele a que lo matarían en otro sitio... (Emilia Pardo Bazán, *La piedra angular*, 1891)

En este texto dos individuos analizan la escena de un crimen y especulan acerca de qué ocurrió allí. *Oler* en este contexto codifica la conclusión (en forma de oración sustantiva) que uno de los hombres saca tras observar las pistas. En este caso *oler* refuerza el matiz de SUGERENCIA más que el del RECUERDO, de modo que se comporta claramente como un evidencial activado por una inferencia.

me huele a licenciarnos para el otro mundo (Ramón López Soler, *Los bandos de Castilla o El caballero del cisne*, 1830)

El proceso cognitivo que ha generado este uso de *oler* es el mismo que produce la metáfora conceptual OLER ES RECORDAR. La única diferencia es que, en este caso, el concepto sugerido por el sujeto-estímulo inestable “eso” (referido a una serie de acciones arriesgadas) es demasiado complejo como para poder sintetizarlo con un sustantivo. Por ello, el conceptualizador no selecciona una entidad estática, sino un infinitivo dinámico que evoca metonímicamente el escenario subeventivo que le ha venido a la mente: “licenciarnos para el otro barrio” (expresión eufemística que significa MORIR) representa, por tanto, la escena futura que el hablante asocia a llevar a cabo esas “descabelladas empresas”. Por ello el recuerdo se codifica como un espacio mental dinámico repleto de connotaciones culturales.

Para concluir, debemos analizar dos significados muy poco productivos que *oler* ha desarrollado a partir de la construcción intransitiva: las metáforas conceptuales OLER ES SER ALGO MALO y OLER ES SER ALGO BUENO. La metáfora general EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR puede utilizarse para diseñar expresiones en las que se juzgue como bueno o malo un determinado tipo de información. Como es evidente, estos deslizamientos semánticos son la contrapartida nocional de las olfacciones reales en las que un determinado olor le resulta agradable o desagradable al hablante. En este caso, a diferencia de lo que ocurre con metáforas previas como OLER ES PARECER o RECORDAR, se emite el juicio de modo poco preciso pero categórico, como veremos a continuación.

El significado OLER ES SER ALGO MALO aparece en nuestro corpus por primera vez en el siglo XVI. A continuación aparece una muestra de ocurrencias con este valor:

(271) Mas no sé cómo nuestro coloquio se pueda hacer sin dar que decir a la gente, porque si en casa lo meto no estando aquí mi marido parecerá mal, y si en la calle no olerá muy bien (Pedro de Luján, *Coloquios matrimoniales*, 1550)

(272) Y por el infinito olor de este sacrificio os pedimos no os huelan mal nuestras maldades (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598)

(273) ¡Oh hombre! no desconfíes aunque huelas mal á los ángeles, y aunque estés ligado y encarcelado en tus pecados (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598)

(274) Ahora, señor, gregüesco y pedotriba, todo ello me huele muy mal, pero pase (Rodrigo Caro, *Días geniales o lúdricos*, 1626)

(275) Póstumo, el oler tan bien / tengo por mala señal / porque siempre huelen mal / aquellos que huelen bien (Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, 1642-1648)

(276) Has leído este gracejo intrínsecamente, incluye la evidencia de lo que pasa. No lleva sal, porque cuando se escribió era tiempo de frialdades y, aunque tuviera mucha, siempre había de oler mal (Baptista Remiro de Navarra, *Los peligros de Madrid*, 1646)

(277) y cree, amigo Onofre –prosiguió Ruanillo-, que se me ofrecía harto que decir, pero no quiero detenerme en las calles de Madrid de noche, que huelen mal las verdades y temo la ronda del mal gusto no me encuentre y murmure las razones (Francisco Santos, *Día y noche de Madrid*, 1663)

(278) - Retirémonos, señora condesa –dijo D. Lino-. Esto me huele mal (Benito Pérez Galdós, *El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871)

(279) Las bromas de Cuco le asustaban; los Cafeteras, Pipas y Micheros, grandullones ya, le inspiraban poca confianza, y los Surbias, Coles, Muergos y Guarines, tropa menuda, con sus hembras y todo, le olían muy mal y le daban asco (José María de Pereda, *Sotileza*, 1885-1888)

(280) No sabía por qué le olía mal aquella sumisión absoluta (Leopoldo Alas “Clarín”, *Su único hijo*, 1891)

(281) ¡Qué mal huele la democracia! (Luis Coloma, *Pequeñeces*, 1891)

(282) - Por mucha tierra que usted le eche, siempre olerá mal el negocio (Benito Pérez Galdós, *Torquemada en el purgatorio*, 1894)

Todos los ejemplos poseen la conceptualización escueta, pues sólo constan del verbo, el sujeto-estímulo y un adverbio que introduce la valoración subjetiva (negativa) del conceptualizador. Este significado mantiene relaciones de contacto semántico muy estrechas con el resto de significados formados con la construcción copulativa, puesto que la apreciación de que ‘algo es malo’ ha de proceder por defecto de un punto de vista (inter)subjetivo. De hecho, la estructura conceptual interna de este valor guarda notables semejanzas con la que aparece en la metáfora OLER ES PARECER. Sin embargo, hay una diferencia formal muy importante entre ellas que justifica su consideración como variantes separadas; en OLER ES SER ALGO MALO la valoración del estímulo no sólo es siempre negativa (algo que no sucede con el valor de PARECER), sino que también es siempre totalizadora. Esto quiere decir que el adverbio de modo (*mal*, prototípicamente⁵¹⁸) califica el estímulo de manera global, e incluso superficial. Este proceso es, en realidad, el mismo que acontece cuando *oler* se usa en sentido físico; si el conceptualizador percibe un olor muy malo, tiende a señalar de manera genérica que es malo, sin entrar en valoraciones más profundas. De igual modo, los sujetos de estas oraciones (“la democracia”, “el negocio”, “las verdades”, etc.) son catalogados como negativos, pero sin profundizar en su naturaleza. Esta circunstancia es distinta con el valor de PARECER en el que, como hemos explicado, es recuperable una interpretación analítica por parte del conceptualizador, lo que hace que con frecuencia atribuya *a posteriori* una cualidad al estímulo en forma de suplemento. Por supuesto, una vez más la construcción sintáctica con el significado de OLER ES SER ALGO MALO puede hacer explícito al conceptualizador que emite su valoración por medio de dativos (ejemplos (272), (273), (274), (278), (279), (280)).

A pesar de que lo más frecuente es que el elemento modalizador sea en este caso el adverbio *mal*, cualquier suplemento cuyo núcleo denote metonímicamente un olor intrínsecamente desagradable puede aparecer con esta estructura. Veamos algunos ejemplos:

(283) El viaje de este pájaro al Norte paréceme a mí que significa una nueva y desesperada tentativa para el arreglo con D. Carlos, mediante un convenio de familia o pastel dinástico, que aún no has

⁵¹⁸ Con todo, nótese que en el ejemplo (271) no aparece *mal*, sino la lítotes “no oler bien”.

sido puesto al horno y ya huele a quemado (Benito Pérez Galdós, *De Oñate a la Granja*, 1876)

(284) Hay algo en Dinamarca que huele a podrido (Luis Coloma, *Pequeñeces*, 1891)

(285) Os digo que huele Ø a podrido en las Españas... (Benito Pérez Galdós, *Bodas Reales*, 1900)

Como se puede apreciar, los adjetivos “quemado” y “podrido” funcionan en estos textos como ejemplares representativos de un olor poco agradable. Además, estos adjetivos activan un marco semántico adicional vinculado con aquello que ‘se ha estropeado’. Cuando un alimento se pudre o se quema, deja de ser apto para el consumo, connotación que, metafóricamente, encaja muy bien en contextos como los presentes, asociados a las estrategias políticas y las traiciones personales. Este patrón conceptual puede sintetizarse en la conocida metáfora LAS IDEAS SON ALIMENTOS (Lakoff y Johnson, 1986); de este modo, si el acuerdo político o el pacto entre dos rivales no avanza, se puede afirmar que ‘se pudre’ o que ‘se quema’, y que por tanto ya no sirve (y empieza a ‘oler mal’).

Por otro lado, podemos observar, una vez más, que la alternancia excluyente entre sujeto y circunstancial locativo funciona de forma bastante sistemática. En el ejemplo (285) no hay sujeto explícito, pero sí aparece (introduciendo la referencia espacial en la que está el olor) el sintagma “en las Españas”. Con todo, también tenemos un ejemplo sorprendente como el de (284), uno de los poquísimos que hemos encontrado en el que aparecen al mismo tiempo el sujeto y el adjunto de lugar. En este caso, podemos observar que el sujeto es inestable (“algo”, correferente con el relativo “que”), lo que hace que recaiga el peso de la concreción referencial en el locativo (“en Dinamarca”). Ello quiere decir que aunque aparezcan los dos sintagmas (algo que, recordemos, es teóricamente imposible según el principio de la ‘inversión locativa’), uno de ellos debe ser impreciso si ambos sintagmas son, conceptualmente, equivalentes. Por este motivo, sería posible una oración como la de (5) pero no como la de (6):

(5) Dinamarca huele mal.

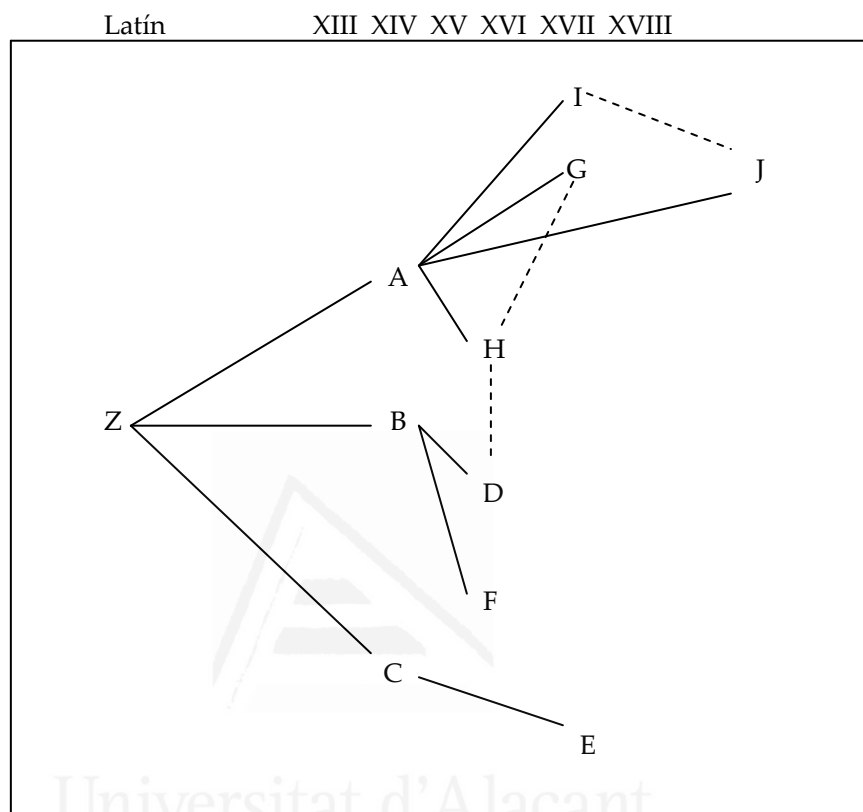
(6) *Dinamarca huele mal en la ciudad / en Copenhague

Finalmente, el significado OLER ES SER ALGO BUENO es, como hemos adelantado, la contrapartida de carácter positivo del significado anterior. Se trata de un valor extremadamente periférico, ya que sólo hemos encontrado un ejemplo del siglo XVIII en nuestro corpus:

(286) Este, pues, descolgando la mandíbula inferior, que era tan grande que se le bañaba en el pecho, hablando a pujos y como que los iba a hacer (porque su traza no era de hacer cosa que oliese bien), y como dando las boqueadas, me dijo (...) (Diego de Torres Villarroel, *Correo del otro mundo*, 1725)

El sujeto de este texto vuelve a ser de carácter inconcreto (“cosa”), mientras que el adverbio “bien” introduce una valoración general sobre ese estímulo que se refiere, por efecto de la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR, a su naturaleza positiva.

En los apartados precedentes, hemos explicado todos los significados que *oler* ha generado en español desde que se documenta su uso. Este análisis nos ha permitido comprender cuáles han sido las motivaciones metafóricas y metonímicas que han dado lugar a la polisemia actual del verbo y qué importancia intrínseca ha tenido el significado construccional en los procesos de cambio semántico. Para concluir, presentamos la red semántica diacrónica de *oler* que hemos diseñado a partir tanto de los datos absolutos de nuestro corpus (fechas de primera documentación) como de las relaciones de familia genéticas que mantienen entre sí los significados y que se pueden deducir empleando los axiomas del modelo de la hipótesis de Geeraerts (1997). Las líneas discontinuas indican, de nuevo, que entre esos significados hay vinculaciones conceptuales indirectas y zonas de intersección prototípica (fronteras borrosas):



Z: *oleo* (latín)

A: oler 3 (usos copulativos)

B: oler 1 (percepción pura, inestable y de estado)

C: oler 2 (percepción activa)

D: SOSPECHAR

E: AVERIGUAR

F: DESCUBRIR

G: PARECER

H: RECORDAR

I: SER ALGO MALO

J: SER ALGO BUENO

Figura 2. Estructura diacrónica de *oler*.

Como se puede apreciar, los significados físicos son los que se documentan en primer lugar y son también, como comprobaremos en el apartado 8.5.2., los más frecuentes en uso (prototipos de la categoría). Nuestro análisis también demuestra que *oler* ha evolucionado siguiendo una de las máximas fundamentales de la semántica cognitiva histórica, la que predice que las proyecciones semánticas entre diferentes dominios se producen unidireccionalmente de lo concreto a lo abstracto, en paralelo a un aumento gradual de la subjetividad hacia el término léxico por parte de los hablantes. Es necesario tener presente, como ha señalado Ibarretxe-Antuñano (1999a: 99), que el verbo *oleo* no tenía los significados que hemos estudiado, por lo que puede afirmarse que nuestro trabajo establece empíricamente el origen, ya en español, de todos estos valores. Ello explica, además, el predominio de los significados físicos durante los primeros siglos de empleo, puesto que, como es lógico, los cambios léxicos se producen con lentitud, ya que entre la emergencia de un cambio y su generalización social transcurre cierto tiempo, lo que explica que entre los primeros testimonios escritos de los valores prototípicos y los primeros testimonios de los significados periféricos medie un cierto período de tiempo.

En suma, la historia que hemos reconstruido puede resumirse así. Hace varios milenios, en un período prehistórico (esto es, carente aún de escritura) varios verbos con significados tales como HUMEAR, IRSE o DESAPARECER compartían en Proto-Indoeuropeo una misma raíz **ol-* (¿quizá **od-*?). La lengua latina lexicalizó un verbo para expresar de manera intransitiva la posesión de olor, quizá bajo la influencia semántica de **ol-*, mientras que utilizó otro (*olfacio*) cuando la olfacción constituía un evento transitivo. Consecuentemente, los verbos *oleo* y *olfacio* coexistieron durante siglos en tensión onomasiológica. Sin embargo, con el tiempo, *olfacio* fue utilizándose con menor frecuencia, de modo que *oleo* acabó asumiendo todos los valores sintácticos de la expresión básica del olfato en latín. Finalmente, el incipiente idioma castellano heredó en forma de étimo ese verbo del latín tardío y lo adaptó a un nuevo contexto sociocultural. Pero en la naciente lengua románica *oler* no mantuvo intacto su semantismo de partida, puesto que los hablantes empezaron a utilizar todas sus variantes sintácticas para expresar ideas nuevas a partir

de procesos cognitivos de categorización (metáforas y metonimias⁵¹⁹). De ese modo, *oler* transformó su contenido semántico original (formado por la experiencia) en una red de significaciones múltiples repleta de zonas de coincidencia, matices epistémicos y conceptualizaciones formales, red que quedó completamente asentada en español clásico (probablemente durante los siglos XVI y XVII) y que perdura hasta la actualidad.

8.5. Comportamiento pragmático de *oler*

Todo lo expuesto hasta aquí atañe a los aspectos gramaticales, semánticos y evolutivos de *oler*. Hemos visto cómo cada construcción sintáctica constituye un significado independiente (distintas conceptualizaciones) y cómo los significados metafóricos se diseñan a partir de los significados físicos respetando sus imágenes esquemáticas, tal y como propone la semántica cognitiva y la teoría de la metáfora conceptual de Lakoff y Johnson (1986). Pero para obtener un conocimiento completo del comportamiento de nuestro verbo debemos examinar cómo funciona *oler* en el contexto de uso, en la medida en que para el modelo cognitivo la sintaxis, la semántica y la pragmática son inseparables y operan conjuntamente. Además, sólo atendiendo a los

⁵¹⁹ La polisemia de *oler* que Ibarretxe-Antuñano (1999a, 1999b, 2000, 2003) plantea empleando su hipótesis del proceso de selección de propiedades (apartado 4.5.4) no coincide con la que nosotros describimos. Al margen del hecho de que nuestro punto de partida es construccional y diacrónico, hay diferencias notables entre ambos análisis. A juicio de esta investigadora *oler* posee los siguientes significados, originados por la selección de una serie de rasgos: *oler* físico-emisión ([+ prototípico] [-voluntario e]), *oler* físico-percepción-activa ([+prototípico] [+voluntario]), *oler* físico-percepción-pasiva ([+prototípico] [-voluntario p]), *rastrear* ([+detector] [+voluntario]), *indagar*, *averiguar* ([+detector] [+voluntario]), *adivinar*, *barruntar* ([+detector] [-voluntario p] [-discriminación] [+subjeto]), *sospechar* ([+detector] [-voluntario p] [-discriminación] [+subjeto]), *sugerir* ([-voluntario e] [-discriminación] [+subjeto]) *detectar*, *descubrir* ([+voluntario] [+detector]). Esta propuesta plantea diversos problemas. En primer lugar, ¿se pueden separar 'adivinar' y 'barruntar' de 'sospechar'? Se trata en realidad de un único valor (lo confirma el hecho de que los rasgos seleccionados son los mismos). 'Rastrear', por otro lado, no debería tener el rasgo [+detector] puesto que ese valor (AVERIGUAR ES OLER) focaliza la intención del sujeto, no el logro resultativo de la acción. Por otra parte, 'detectar' suele ser un valor involuntario, como hemos comprobado, por lo que el rasgo [+voluntario] nos parece discutible. Finalmente, esta tipología sólo considera un significado metafórico copulativo ('sugerir'), aunque como hemos demostrado hay muchos más, ya que el valor físico copulativo de *oler* es el auténtico prototipo de la categoría.

datos contextuales se puede determinar cuál es la conceptualización prototípica de *oler*.

8.5.1. El anclaje en el presente

En el empleo real del lenguaje los verbos se conjugan de múltiples maneras, en función de las necesidades comunicativas de los hablantes. Sin embargo, la semántica de cada verbo impone unas tendencias de uso que se pueden analizar empíricamente; por ejemplo, resulta lógico suponer que un verbo como *llegar* tienda a utilizarse en tiempos perfectivos, puesto que aspectualmente este verbo representa un predicado resultativo de naturaleza télica (un fin), que normalmente se concibe como un acción totalmente terminada (Vendler, 1967). Por tanto, aunque los contextos de habla son intrínsecamente ilimitados, algunos verbos propenden de forma lógica a unos usos fundamentales.

Con el objetivo de comprender si *oler* tiene alguna construcción dominante cuando los hablantes lo utilizan, vamos a ofrecer a continuación en diversas tablas los índices de frecuencia absoluta de nuestro verbo. Empezaremos por las formas del modo indicativo y potencial que aparecen en nuestro corpus:

Modo indicativo / potencial	Ocurrencias
Presente	602
Pretérito perfecto	27
Pretérito imperfecto	190
Pretérito pluscuamperfecto	8
Pretérito indefinido	139
Pretérito anterior	-
Futuro imperfecto	35
Futuro perfecto	1
Condicional simple	7
Condicional compuesto	-

Figura 3. Frecuencia absoluta de ocurrencias de indicativo / potencial.

Estos resultados muestran que *oler* suele ser utilizado de un modo altamente motivado, ya que los usos más habituales se explican por la semántica que expresan. Lo primero que se aprecia es que hay un predominio absoluto de ocurrencias en presente, algo que ya hemos observado en el transcurso del análisis diacrónico. Ello se explica por el fenómeno de la 'adaptación' que mencionamos en el apartado 8.2.; los olores son percibidos por las personas durante pocos minutos, razón por la cual *oler* suele aparecer en las formas verbales que indican presente continuo.

Las formas de pasado aparecen mucho menos (valor más periférico), siendo las del pretérito imperfecto las más documentadas. Frente a las escasas ocurrencias en pretérito perfecto y pluscuamperfecto, el imperfecto se documenta en mayor medida debido a que expresa percepciones durativas acaecidas en el pasado, algo que se ajusta más a los significados habituales de *oler*; las percepciones olfativas son efímeras, y a causa de la vaguedad referencial que las caracteriza, normalmente no se recuerdan con facilidad y no se suele hacer referencia a ellas. Aun así, cuando *oler* se utiliza en pasado tiende a estar en imperfecto para representar el período de tiempo en que el estímulo olfativo podía percibirse, percepción que suele conceptualizarse aspectualmente como un estado durativo, como veremos después.

Con todo, como se observa en la figura 3., el pretérito indefinido supone una excepción puesto que aparece en el corpus 139 veces. No obstante, hay una explicación para esta contradicción aparente relacionada con la motivación semántica que impone el significado; el pretérito indefinido expresa acción en el pasado perfectiva y alejada del momento de enunciación, lo que se corresponde con una visión resultativa de la predicación. Esto significa que formas como *olí* u *oliste* denotan que el evento expresado por el verbo se concibe como una secuencia terminada y puntual (un logro), algo que sucede de forma total en un instante preciso de tiempo. Por ello, de las 139 ocurrencias 36 se corresponden con una percepción pura (PP) y 37 se vinculan al significado de DESCUBRIR, que son las dos conceptualizaciones que se codifican prototípicamente con un evento culminativo; la falta de control del olfato humano hace que las percepciones puras sean breves e involuntarias, situación que se construye con un logro ingresivo, de igual modo que el significado de DESCUBRIR también representa un logro

involuntario (obtención espontánea de un conocimiento). Por todo ello, el 54,8% de las ocurrencias del indefinido están motivadas cognitivamente por tratarse de casos de percepción pura o de ejemplos del valor F (DETECTAR o DESCUBRIR), que son los significados que verbalizan eventos que se inician y culminan de modo casi instantáneo.

Con respecto a los tiempos en futuro y condicional, se comprueba fácilmente que son extremadamente inusuales, circunstancia que vuelve a explicarse por la adaptación sensorial y por el resto de propiedades del olfato que hemos explicado; la brevedad que caracteriza a las olfacciones y el hecho de que sea difícil prever un olor o establecer una hipótesis sobre él hace que esos tiempos resulten extraños pragmáticamente.

Cabe señalar que eso no sucede con los verbos de percepción de la vista y el oído. Su significado altamente epistémico los habilita para proyectarse fácilmente hacia el futuro, como lo demuestran varios fenómenos, relacionados sobre todo con el verbo *ver*. Aparte de la existencia de la forma prefijada *prever* (*ver* con anterioridad⁵²⁰) especializada en expresar un conocimiento previo en el tiempo, el verbo *ver* con un valor epistémico se utiliza con mucha frecuencia en futuro (el tiempo de lo contrafactual), hasta el punto de que la estructura perifrástica *a ver* y la forma verbal *verás* se han gramaticalizado hasta convertirse en marcadores del discurso⁵²¹ (véase el capítulo 5).

Otra prueba muy interesante de la flexibilidad temporal de *ver* la hallamos en su frecuente aparición con el marcador discursivo *ya*. Según ha estudiado Delbecque (2006), *ya* es un marcador que sitúa la acción

⁵²⁰ Existen algunas evidencias etimológicas en relación con esta idea. Por ejemplo, el sustantivo *expectativa*, que significa ESPERANZA DE RECIBIR UNA COSA, es cognado de *specio* (MIRAR), procedente a su vez de la raíz indoeuropea **spec-* de la que derivan numerosos términos relacionados con la vista. Una expectativa es una esperanza “puesta en el futuro”, por lo que resulta lógico que esa “mirada hacia el futuro” se haya lexicalizado a partir de un verbo de visión (Bordelois, 2006: 137).

⁵²¹ En Argentina está extendido el uso de una estructura idiomática que no existe en España: la locución *estar en veremos* (Cucatto y Cucatto, 2004). Esta expresión significa ESTAR UNA COSA PENDIENTE DE UNA RESOLUCIÓN y es otra prueba léxica más de que el verbo *ver* es muy fácil de asociar a los contextos futuros. Veamos un ejemplo extraído del CREA:

(1) La posibilidad de garantizar parte de los nuevos bonos que se emitan está en veremos (Prensa, *Clarín*, 08/05/2001, 2001 ARGENTINA)

Como se puede apreciar, esta locución localiza en el futuro la resolución epistémica de algo que no se sabe, siendo el verbo *ver* el encargado de expresar que en ese momento futuro se sabrá cómo queda la situación.

verbal en una base programática subyacente de carácter dinámico relacionada, fundamentalmente, con el paso del tiempo. Observemos las siguientes oraciones:

- (7) Ya es miércoles.
- (8) Laura ya ha cumplido doce años.
- (9) Ya he leído el capítulo cuatro del libro.

En todas estas oraciones puede recuperarse un vector temporal implícito activado por el marcador *ya*. Así, la predicación de (7) se inserta dentro del ciclo temporal de los días de la semana; *ya* no sólo indica deícticamente el día en que se encuentra el conceptualizador, sino que también señala que éste tiene conciencia cognitiva de que los días se suceden en forma de períodos repetidos de siete días. En (8) la edad se conceptualiza como un proceso temporal por el que se va transcurriendo a medida que se cumplen años, mientras que en (9), gracias a este marcador, podemos inferir que el sujeto pretende leer el libro entero, puesto que *ya* ubica la acción de leer en el guión temporal (o espacio mental dinámico) de la lectura completa del volumen. Esa inferencia, naturalmente, no se obtendría en un ejemplo como "He leído el capítulo cuatro del libro", oración que no presupone la intención del sujeto de leer todo el libro.

Pues bien, como demuestra Delbecque (2006), es muy frecuente en español coloquial que *ver* con un significado intelectual y en tiempos futuros vaya acompañado por *ya*, formando estructuras de alto valor epistémico como *ya veremos*, *ya veréis*, etc. Sin embargo, las construcciones similares con *oler* resultan extrañas, incluso cuando significa DESCUBRIR o AVERIGUAR, puesto que el MCI de *oler* activa en la mente del hablante un marco experiencial asociado indefectiblemente al momento presente:

- (10) # Ya oleremos quién gana las elecciones.
- (11) # Ya oleré qué está tramando cuando vea sus informes.

No obstante, sí es relativamente frecuente encontrar el marcador *ya* junto al verbo *oler* cuando este aparece en presente o en perífrasis verbales incoativas que señalan el inicio de un proceso. Veamos un par de ejemplos:

- (287) El cadáver ya huele que apesta... (Miguel Romero Esteo, *El vodevil de la pálida, pálida, pálida, pálida rosa*, 1979)

(288) Pero así mismo, le guste o no reconocerlo, el hombre está genéticamente incapacitado para leer entre líneas, para mirar de reojo inadvertidamente, para olfatear lo que ya comienza a oler a quemado dentro y fuera del horno (Begoña Amezttoy, *Escuela de mujeres*, 2001)

En (287) el proceso temporal subyacente que activa *ya* es el relacionado con el proceso de descomposición de un cadáver. De este modo, se señala que el cadáver ha llegado al estado a partir del cual su descomposición genera olores muy desagradables, tan desagradables, que aparece la oración consecutiva intesiva “que apesta” para señalar que se trata de un olor insoportable. Conviene resaltar, además, que en la oración principal no aparece ni el cuantificador intensivo propio de estas estructuras (algo muy frecuente en español) ni el adverbio que indica cuál es la cualidad que se ha intensificado hasta desencadenar la consecuencia. Esto último es posible porque *oler*, por las razones que hemos explicado, puede significar OLER MAL sin necesidad de que aparezca un sintagma que lo especifique, circunstancia que permite que el adverbio sea, en este caso, suprimido⁵²².

Por su parte, en (288) *oler* forma parte de la perífrasis incoativa {comenzar a + infinitivo}. Aquí *ya* señala el punto inicial de un proceso, el proceso de que algo empiece a quemarse (en este ejemplo, con sentido literal y con un sentido metafórico asociado a un contexto amoroso) y despida los olores habituales en estos casos. La imagen que activa *ya* queda reforzada por la propia perífrasis, especializada en generar el matiz aspectual de lo que está empezando a ocurrir. Comprobamos que *oler* sólo puede ir acompañado de *ya* cuando el marcador alude a ‘un momento inicial’ o al ‘momento presente de la fase temporal’, pero no cuando el instante activado se proyecta al futuro.

También resulta interesante la frecuencia de aparición en nuestro corpus de las ocurrencias en modo subjuntivo:

⁵²² Si añadiésemos esos dos elementos, la oración quedaría así: “El cadáver ya huele *tan mal* que apesta...”.

Modo subjuntivo	Ocurrencias
Presente	197
Pretérito perfecto	-
Pretérito imperfecto	94
Pretérito pluscuamperfecto	2
Futuro imperfecto	18
Futuro perfecto	-

Figura 4. Frecuencia absoluta de ocurrencias en subjuntivo.

A la vista de estos datos se comprueba rápidamente que el número de ocurrencias en subjuntivo desciende considerablemente con respecto al indicativo⁵²³. Esto resulta del todo lógico, teniendo en cuenta que este es el modo de lo potencial, de lo desiderativo, y la percepción de olores es un hecho que no es fácil de enmarcar en este tipo de contextos. En cualquier caso, de nuevo son el presente y los pretéritos imperfectivos los tiempos más documentados⁵²⁴, lo que reafirma que la percepción olfativa suele relacionarse con el momento presente y con eventos aspectualmente imperfectivos.

Por último, mostramos el número de ocurrencias correspondientes a las formas no personales y al imperativo morfológico de 2ª persona del plural:

⁵²³ Es más, como se puede comprobar en Fernández Jaén (2006b), la mayoría de formas verbales de *oler* en subjuntivo no tienen ninguna ocurrencia documentada en todos los textos españoles que se encuentran en el *CORDE*.

⁵²⁴ Conviene aclarar que una parte considerable de las ocurrencias en presente de subjuntivo recogidas se refiere a las formas *huela* correspondientes a la 1ª y 3ª persona del singular, utilizadas en tratados médicos como imperativo sintáctico para indicar que alguien debe oler una determinada sustancia para sanar (hemos visto varios ejemplos en los apartados del análisis histórico de *oler*). Si prescindieramos de esos tratados médicos el número de ocurrencias en subjuntivo descendería notablemente, lo que aumentaría todavía más el predominio de las formas en indicativo.

Formas no personales / Imperativo	Ocurrencias
Infinitivo simple	220
Infinitivo compuesto	1
Gerundio simple	223
Gerundio compuesto	3
Imperativo (<i>oled</i>)	3

Figura 5. Frecuencia absoluta de ocurrencias de formas no personales y de imperativo.

Los datos no dejan lugar a dudas; las formas compuestas (de carácter perfectivo) tienen una mínima representación, mientras que el infinitivo y el gerundio simples están ampliamente documentados, porque son formas que se relacionan fácilmente con el presente en multitud de estructuras, debido a su carácter temporalmente neutro (infinitivo) e intrínsecamente durativo (gerundio). De nuevo, *oler* se ajusta a las formas verbales de lo inmediato. En cuanto al imperativo, su escasa aparición no resulta anómala puesto que la percepción activa de *oler* es pragmáticamente inusual, lo que explica que sea infrecuente que se construya una orden con ella para varios individuos, al menos fuera del ámbito clínico.

En definitiva, observamos que *oler* se conjuga prototípicamente en presente y en modo indicativo porque las olfacciones resultan breves (inicio y término en el momento de habla), y poco valiosas en un plano cognitivo como para recordarlas en exceso o como para predecirlas en construcciones potenciales y contrafácticas (oraciones condicionales, tiempo futuro). Pero aún queda una cuestión por aclarar: ¿por qué los tiempos en pasado y futuro son casi siempre imperfectivos en el verbo *oler*? El estudio de la prototipicidad de nuestro verbo responderá esta pregunta.

8.5.2. Prototipicidad sintáctico-semántica

Ya conocemos los tiempos y modos verbales más frecuentes en el uso de *oler*, pero aún falta por examinar cuáles son los significados más importantes y representativos de este verbo y en qué construcciones sintácticas tiende a aparecer. La siguiente tabla muestra estos datos:

Significado	Ocurrencias	Porcentaje
PP (percepción pura, inest.)	212	12,5 %
PA (percepción activa)	304	17,9 %
A (variante 1 de <i>oler-3</i>)	438	25,9 %
B (variante 2 de <i>oler-3</i>)	301	17,8 %
C (variante 3 de <i>oler-3</i>)	32	1,8 %
D (SOSPECHAR)	54	3,1 %
E (AVERIGUAR)	11	0,6 %
F (DESCUBRIR)	113	6,6 %
G (PARECER)	42	2,4 %
H (RECORDAR)	164	9,6 %
I (SER ALGO MALO)	19	1,1 %
J (SER ALGO BUENO)	1	0,05 %

Figura 6. Frecuencia absoluta y relativa de los significados de *oler*.

Lo primero que se observa al analizar estos datos es que las variantes de *oler-3* son las más frecuentes (sobre todo la A) puesto que constituyen el 45,5 % del corpus. Por tanto, vemos que el significado prototípico de *oler* es el de la percepción copulativa en la que el sujeto sintáctico es el olor mismo. El hecho de que el prototipo de la categoría semántica de *oler* sea de naturaleza estativa explica la tendencia de este verbo a conjugarse en tiempos imperfectivos; los eventos de estado (como los representados por la conceptualización copulativa) al no ser ni actividades ni

realizaciones, se conceptualizan como eventos continuos en el tiempo (ausencia del rasgo 'proceso' de Vendler), significado que se expresa lingüísticamente con los tiempos imperfectivos en los que no hay delimitado un principio y un final (Vendler, 1967). Los olores suceden (*huelen*) o bien en presente o bien en pasado, pero de forma durativa.

También queda patente que el lenguaje está fuertemente corporeizado puesto que el valor focal expresado por *oler-3* (significados A, B y C) refleja las cuatro propiedades fisiológicas de las que hablamos en el apartado 8.2.: escasa importancia cognitiva, brevedad de la olfacción, vaguedad referencial y falta de control. Los seres humanos no podemos controlar nuestras percepciones olfativas, ni podemos retenerlas (adaptación) ni podemos analizarlas con exactitud o determinar con eficacia dónde está la fuente del olor. Todos esos rasgos explican no sólo la tendencia al presente, a lo imperfectivo y a lo real (modo indicativo) sino también el diseño sintáctico de las conceptualizaciones prototípicas; lo más frecuente en el empleo de *oler* es utilizar una estructura en la que la existencia del sujeto-estímulo es lo más importante, quedando el conceptualizador en un segundo plano, como mero enunciador de una percepción que entiende por la experiencia sensorial que es totalmente independiente de él. De este modo, la construcción nuclear de *oler* constituye la formulación cognitiva de la percepción olfativa humana.

La vaguedad referencial, es decir, la extrema dificultad que tiene la lengua española para nombrar los olores, también explica el hecho de que de las tres variantes de *oler-3* sea la A (sin complementos) la más frecuente. No podemos determinar con facilidad a qué huelen las cosas, por lo que en el uso cotidiano de nuestro verbo nos limitamos a indicar la existencia misma del olor, siendo más frecuente no emitir una hipótesis en forma de suplemento o complemento modal con *como* acerca del tipo de olor que hacerlo. Por ello, el prototipo de *oler* constituye un evidencial de evidencia directa pero de baja modalidad epistémica, lo que demuestra que no toda percepción sensorial conduce siempre a un conocimiento objetivo.

En cuanto a los significados metafóricos, puede afirmarse que son muy periféricos, lo que indica que *oler* es un verbo fuertemente vinculado al dominio de las experiencias perceptivas. Además, de los valores derivados diacrónicamente de los usos prototípicos son F (DESCUBRIR) y H (RECORDAR) los más frecuentes; de este modo, se constata que

incluso en el plano nocional *oler* tiende a la involuntariedad del conocimiento (DESCUBRIR) y a la falta de certeza de las impresiones, puesto que el significado de RECORDAR es mucho más subjetivo que el de, por ejemplo, PARECER, el cual es más intersubjetivo. Por último, no resulta extraño que el significado más periférico en la estructura nodular de *oler* sea el J (SER ALGO BUENO), habida cuenta de que el olfato favorece siempre la detección de estímulos negativos en lugar de positivos (alarma cognitiva), fenómeno que también queda plasmado en los contenidos metafóricos de nuestro verbo. A continuación ofrecemos los datos absolutos de todos los valores de *oler* agrupados por siglos, por lo que se podrá comprobar que su distribución diacrónica coincide con nuestra interpretación:

	S. XIII	S. XIV	S. XV	S. XVI	S. XVII	S. XVIII	S. XIX
PP /Inest.	7	2	44	76	43	7	33
PA	5	1	122	73	40	7	56
<i>oler</i> -1	21	5	47	220	87	3	55
<i>oler</i> -2	4	-	9	84	85	7	112
<i>oler</i> -3	6	2	1	13	4	-	6
D	-	-	3	3	15	11	22
E	-	-	-	1	1	1	8
F	-	-	1	25	35	14	38
G	-	-	-	14	14	2	12
H	-	-	1	35	46	21	61
I	-	-	-	3	6	-	10
J	-	-	-	-	-	1	-

Figura 7. Frecuencia absoluta de significados de *oler* por siglos.

Como se puede apreciar, durante los primeros siglos de empleo son dominantes los valores puramente físicos, entre los que destaca como conceptualización focal *oler*-1. Ese núcleo prototípico coexistirá junto con el resto de valores estativos y con los usos pasivos, inestables y activos, y juntos formarán la estructura vertebral de *oler*. Los cambios semánticos

que emergen de estos núcleos centrales se consuman siguiendo las predicciones de la hipótesis de Geeraerts (1997), puesto que, en la medida en que ninguno de ellos ha logrado desbancar en importancia a los significados físicos (lo cual daría lugar a un cambio de prototipo), todos orbitan alrededor de la categoría, manteniendo zonas de contacto con significados y estructuras de categorías próximas, como los significados de PARECER o los empleos evidenciales y de percepción valorativa.

Asimismo, observamos que mientras que todos los significados físicos se documentan en el siglo XIII, hay que esperar hasta el siglo XV para que aparezcan, tímidamente, las primeras ocurrencias metafóricas; de este modo, a diferencia de lo que sucede con *tocar* (verbo que se registra con casi todos sus usos semánticos desde los primeros textos) con *oler* hemos podido reconstruir documentadamente su evolución desde el momento inicial en el que el verbo sólo mostraba significados prototípicos. Finalmente, podemos constatar que los dos valores más periféricos de la categoría (significados I y J) manifiestan una documentación discontinua, evidencia que reafirma la hipótesis de la poligénesis semántica, en virtud de la cual los significados más alejados del prototipo se encuentran en la frontera misma de la categoría, por lo que su empleo es muy inestable y aleatorio; dado que las metáforas SER ALGO MALO y SER ALGO BUENO son poco productivas, su uso es intermitente, por lo que son conceptualizaciones que pueden aparecer en cualquier momento, desaparecer y volver a surgir si el hablante los necesita para satisfacer determinados propósitos comunicativos.

En definitiva, el verbo *oler* tiene un significado prototípico físico y estativo de carácter intransitivo, algo que lo diferencia considerablemente de otros verbos de percepción. Habitualmente los verbos de visión y de audición aparecen en construcciones transitivas con sujeto OBSERVADOR y objeto percibido (ESTÍMULO), construcciones que serían su prototipo (García-Miguel, 2005; Hanegreefs, 2008). Sin embargo, *oler* no se comporta de este modo ya que en su caso el flujo de energía (Langacker, 1987, 1991) no suele ir del sujeto al objeto, sino del ESTÍMULO (sujeto y trayector) al PERCEPTOR (conceptualizador pasivo).

8.6. *Oler* como evidencial

A lo largo de este capítulo hemos analizado numerosos usos de *oler* en los que ha desaparecido el significado sensorial de partida y ha surgido un contenido más abstracto. Pues bien, algunos de esos usos se pueden interpretar como formas de evidencialidad. La lengua española carece de morfemas específicos para señalar fuentes de información, pero ello no significa que la categoría de la evidencialidad sea desconocida en español; lo único que ocurre es que nuestra lengua debe recurrir a ciertos elementos léxicos para expresar estas funciones pragmáticas. En nuestra opinión, el verbo *oler* ha desarrollado diacrónicamente diversas conceptualizaciones que se pueden interpretar como evidenciales⁵²⁵.

En primer lugar, encontramos los significados nocionales promovidos por la construcción copulativa. Esta estructura en la que el propio sujeto es el ESTÍMULO es idónea para la expresión de la evidencialidad puesto que resalta, como ya hemos explicado, la presencia del estímulo que desencadena una valoración por parte del conceptualizador. De este modo, los usos de metáforas como OLER ES PARECER o RECORDAR funcionan como evidenciales, en la medida en que expresan evidencia inferida; se percibe un olor o una información codificada con la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR (fuente) y posteriormente el hablante enuncia la conclusión que obtiene tras razonar sobre lo que ha percibido. En estos casos es preceptiva la presencia de algún sintagma modal (prototípicamente con función de C. Predicativo orientado al sujeto) que explicita el proceso de inferencia del conceptualizador (Miller, 2008; Whitt, 2011).

Estos usos evidenciales de *oler* pueden ser, además, (inter)subjetivos. Son intersubjetivos cuando la escena carece de un deíctico que señale al hablante (deíxis epistémica); en estos casos el juicio modal se considera claro y susceptible de ser compartido con los demás hablantes. Por otra parte, la evidencia es subjetiva cuando aparece un dativo que señala a la persona que emite el razonamiento. Como ha demostrado nuestro análisis, *oler* ha desarrollado todos estos valores de manera progresiva

⁵²⁵ Los verbos de percepción de la vista y el oído se han relacionado habitualmente con la evidencialidad. Sin embargo, son muy pocos los estudios existentes sobre la relación entre evidencialidad y olfato. Sobre ello, pueden consultarse los siguientes trabajos: Gisborne (1998, 2010), Cipria (2002), Whitt (2010: 213-216), Miller (2008), Fernández Jaén (2008b).

con el paso del tiempo; durante los primeros siglos de empleo, *oler* activaba significados objetivos y asociados al MCI literal del verbo, pero con el tiempo, se han ido gramaticalizando usos cada vez más abstractos, subjetivos e, incluso, intersubjetivos.

No obstante, la construcción copulativa no es la única que ha generado formas evidenciales de *oler* (por más que sea la principal): hay otra construcción que puede interpretarse como evidencial con este verbo. Como hemos explicado en varias ocasiones a lo largo de nuestra tesis, los complementos flexionados de los verbos de percepción se interpretan por defecto como razonamientos intelectuales (percepción indirecta y cognitiva). Por ello, cuando *oler* posee, en sus usos transitivos, uno de estos complementos, pasa a comportarse como un evidencial. Es más; hay una conceptualización de *oler* que no sólo es evidencial, sino que responde a un tipo de evidencialidad muy particular: la miratividad (Delancey, 1997).

Tal y como explicamos en el capítulo 4, la miratividad es un tipo de evidencialidad cuya función “is to mark sentences which report information which is new or surprising to the speaker, regardless of whether the information source is first- or second-hand” (Delancey, 1997: 33). De este modo, las lenguas que poseen marcas de miratividad codifican morfológicamente las informaciones que son inopinadas o repentinas. Nuestro trabajo demuestra que *oler* tiene usos como evidencial mirativo cuando activa la metáfora DESCUBRIR ES OLER y aparece complementado por una oración sustantiva. Veamos un ejemplo, ya analizado anteriormente:

(100) ¿Y cómo ha olido que estoy aquí? (Benito Pérez Galdós, *Rosalía*, 1872)

Estos valores, que documentamos en nuestro corpus desde el siglo XV, no sólo muestran la obtención de una información a partir de un razonamiento basado en algún dato de la realidad, sino que también introducen el matiz modal de que la información recabada es sorprendente o inesperada. En este ejemplo, *oler* indica que una persona ha sacado una conclusión en forma de cláusula flexionada (“que estoy aquí”), y también permite inferir que para dicha persona la presencia del hablante resulta extraña. Como resulta esperable, el matiz de sorpresa que acompaña estos usos pragmáticos deriva de la falta de control del olfato humano; el olor (o evidencia externa en este caso) es un elemento

activo que llega al hablante y le permite obtener una información nueva y llamativa de forma instantánea sin que él pueda evitarlo (logro ingresivo).

Veamos dos ejemplos más:

(289) Por lo que hace a los parásitos, es cosa que mete miedo, porque con la nueva costumbre de comer a media tarde, se juntan como llovidos en oliendo que hay un par de principios en cualquier mesa (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823)*, 1820-1823)

(290) El olor del tabaco la ofende, y no puedes fumar delante de ella; si por no dejar de verla fumas lejos de su presencia, cuando te acercas huele que has fumado, y te rechaza (José María de Pereda, *El buey suelto...*, 1878)

En estos dos textos se repite la misma pauta, pues en ambos un sujeto descubre rápida e inesperadamente una información. En (289) el sujeto percibe la información nueva (“que hay un par de principios en cualquier mesa”) rápidamente (logro mirativo), tanto que *oler* aparece en la estructura {*en* + gerundio}, la cual expresa anterioridad temporal inmediata (RAE, 2009); así, el gerundio preposicional señala que entre la acción de “juntarse los parásitos” y el proceso epistémico denotado por *oler* media un lapso temporal mínimo, lo que indica que el evento (la acción de juntarse) es una consecuencia inmediata derivada de un hecho producido de un modo casi instantáneo por ser algo repentino. Por su parte, el ejemplo (290) muestra a un sujeto femenino que tiene la capacidad de descubrir si su marido ha fumado. Este ejemplo es especialmente interesante ya que en él la fuente de la deducción es físicamente olfativa: la mujer huele el olor a tabaco y expresa no esa olfacción, sino la conclusión epistémica en forma de cláusula flexionada que ese olor (evidencia sensorial) le hace sacar. Por supuesto, este ejemplo encaja en la evidencialidad mirativa no sólo por su carácter de logro resultativo sino también por el hecho de que la información recabada resulta llamativa, dado que se supone que el marido no fuma.

Para terminar, cabe hacerse una pregunta: ¿puede *oler* expresar evidencia directa con un evento? Estas estructuras son extremadamente raras con los verbos de percepción olfativa porque el sentido del olfato no tiene la suficiente precisión como para detectar un olor y poder establecer el patrón dinámico en que este se sitúa. Aun así, encontramos un ejemplo

en nuestro corpus, que interpretamos como una variación de la percepción involuntaria:

(291) luego se quita / porque a sus plantas hermosas / olió venir a las rosas (Vicente Sánchez, *Lira Poética*, 1678)

En este texto *oler* tiene como complemento un evento de tipo VVO, en el que el pivote o sujeto lógico son “las rosas”. No obstante, el ejemplo pertenece a un poema, por lo que no puede interpretarse literalmente. Lo que el autor ha querido resaltar es una personificación de las rosas, que son las entidades “que vienen a sus hermosas plantas”, y lo ha hecho por medio de esta conceptualización en la que se percibe directamente y con mucho deleite la venida de esas rosas, venida conceptualizada como un evento mono-oracional. De esta manera, el poeta refuerza la imagen lírica, mostrando una escena marcadamente dinámica. Con todo, entendemos que esta ocurrencia es una licencia artística, y que esta estructura no puede darse en otro tipo de contextos.

En suma, las particularidades psico-biológicas que impone el olfato humano han diseñado un marco semántico gracias al cual *oler* ha desarrollado con el transcurso de los siglos diversas conceptualizaciones que permiten cubrir necesidades comunicativas que otras lenguas marcan con sufijos obligatorios de evidencialidad. Concretamente, la construcción copulativa posee un significado intrínseco (significado construccional) que, unido al MCI de *oler*, ha dado lugar a funciones de evidencia inferida en español. Por otro lado, el hecho de que algunos olores inequívocos se perciban con exactitud ha favorecido que algunos usos metafóricos de *oler* puedan funcionar como evidenciales mirativos, siempre y cuando aparezca una cláusula flexionada que materialice la constatación epistémica de la información captada.

8.7. Conclusiones

Parece claro que la tesis cognitivista de que el lenguaje está corporeizado es muy pertinente en la investigación lingüística, ya que multitud de fenómenos no pueden explicarse satisfactoriamente sin atender a las propiedades de nuestro cuerpo, que son el nexo fundamental entre el mundo y nuestro pensamiento. En este capítulo hemos analizado la expresión lingüística que codifica el verbo *oler*, y

hemos comprobado que las propiedades biológicas del olfato humano han pautado la configuración sintáctico-semántica de este verbo, su evolución diacrónica y su utilización en los contextos de habla.

El español, a diferencia de otras lenguas del mundo, no posee términos de olor. Por ello, la gramática española ha tenido que adaptar el funcionamiento de su verbo prototípico del olfato, *oler*, para que pueda expresar de un modo más sintáctico los contenidos semánticos asociados a los olores para los que la lengua española carece de palabras. Así, *oler* posee una estructura copulativa que permite introducir estructuras con las que señalar cómo son los olores, con mayor o menor certeza epistémica. Algunas de estas conceptualizaciones se han gramaticalizado por medio de un proceso de subjetivación y han dado lugar a diversos cambios semánticos, muchos de los cuales funcionan como evidenciales.

Oler también puede funcionar como un verbo orientado al sujeto. En estos casos, es transitivo y tiene un CD que representa el estímulo. Estos usos pueden ser activos, pasivos, inestables o de capacidad, empleos todos ellos entre los que las fronteras establecidas pueden ser muy borrosas. Todas estas conceptualizaciones, que también pueden ser físicas o nocionales, tienden a reproducir icónicamente en la sintaxis toda la inseguridad que genera el olfato; por ese motivo, son frecuentes los acusativos internos, los complementos inestables y numerosos elementos léxicos que manifiestan que la percepción es incontrolada y subjetiva o activa e inusual.

También hemos comprobado que la idea de construcción que defiende la lingüística cognitiva explica perfectamente el funcionamiento de *oler*. Las propiedades del olfato humano (brevedad, falta de control, vaguedad referencial) quedan de manifiesto en la vida cotidiana (contexto pragmático) y quedan reflejadas tanto en la semántica (creación de una red polisémica altamente motivada) como en la sintaxis, que propende a los tiempos en presente, con valor estativo y modo indicativo.

En definitiva, el estudio del verbo *oler* ha revelado numerosas pautas de funcionamiento que se alejan de lo que es frecuente con los verbos de percepción de los sentidos superiores; a diferencia de otros verbos de la categoría, *oler* es esencialmente intransitivo, pues activa conceptualizaciones en las que el perceptor no ejerce ningún control. De este modo, el olfato humano, con todas sus imprecisiones, ha modulado

JORGE FERNÁNDEZ JAÉN

el verbo encargado de expresarlo de un modo que reproduce intensamente sus principales señas de identidad.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CONCLUSIONES GENERALES

Tal y como se explicó en el capítulo 1, el objetivo de nuestra tesis doctoral ha sido describir, reconstruir e interpretar el funcionamiento de los verbos españoles *ver*, *mirar*, *escuchar*, *sentir*, *tocar* y *oler* en su devenir diacrónico. Analizar estadios de lengua antiguos es un método científico idóneo para poder comprender cómo funcionan las categorías lingüísticas desde el punto de vista del momento presente y por qué han llegado a tener esa configuración. Para llevar a término nuestra tarea, hemos tomado como base teórica los presupuestos de la lingüística cognitiva, por ser el modelo que nos proporcionaba el conjunto de planteamientos teóricos más acorde con nuestras propias intuiciones. Tras un período de décadas, durante todo el siglo XX, en el que la lingüística se ha caracterizado por contemplar las lenguas naturales como objetos separados de la cognición y de la realidad social, los modelos cognitivo-funcionales en general y la lingüística cognitiva en particular han ido más allá, y han situado la información psico-biológica y los patrones antropológicos que son propios de la conducta del ser humano en el centro mismo de sus intereses. De este modo, los análisis cognitivos pueden ofrecer hipótesis que expliquen hasta sus últimas consecuencias el porqué del diseño del lenguaje y el porqué de su evolución.

Después de explorar un amplio corpus documental que abarca desde el siglo XIII hasta los siglos XIX y XX, y después de haber sometido toda esa base empírica a interpretaciones y análisis de corte cognitivo, estamos en condiciones de afirmar que la evolución de los verbos de percepción prototípicos de la lengua española confirma la pertinencia y exactitud de las asunciones teóricas de la lingüística cognitiva. Creemos, por tanto, que nuestras investigaciones aportan evidencias objetivas de que existe una íntima conexión entre la cognición, la percepción, la cultura enciclopédica y la estructuración semántica y gramatical. Hasta los aspectos más particulares del comportamiento de los verbos admite, en alguno de sus momentos históricos de desarrollo, una lectura cognitiva en el sentido más extenso de la palabra, por más que con el paso del tiempo

esa motivación inicial pueda diluirse (erosión y opacidad de la iconicidad original). Precisamente, nuestro trabajo ha procurado descubrir cuáles han sido los mecanismos que, siglo a siglo, han pautado el diseño de estos verbos, verbos que pueden parecer arbitrarios en su conformación (sobre todo *sentir*, *tocar* y *oler*, que son los más polisémicos) sólo si se consideran sincrónicamente.

En términos generales, pensamos que nuestra tesis doctoral ofrece pruebas empíricas acerca de los siguientes puntos:

- a) Carácter corporeizado del lenguaje. Las lenguas naturales están asociadas por defecto al sistema nervioso que las procesa. Ciertos aspectos de nuestro análisis lo confirman. Por tanto, el idealismo que desde la filosofía clásica hasta buena parte de la filosofía contemporánea ha caracterizado las reflexiones sobre el lenguaje puede ser sustituido por una visión experiencial basada en un cuerpo que actúa de soporte ineludible.
- b) Carácter social del lenguaje. Las lenguas son un sistema semiótico que se forja con el uso. Por ello, una lengua sólo es funcional dentro de un contexto social y cultural que le da sentido y que la necesita. Nuestro trabajo contiene análisis que refuerzan este planteamiento, relacionados sobre todo con la lexicalización de ciertas metáforas que sólo se justifican comunicativamente si se tiene en cuenta la realidad social a la que dan sentido.
- c) Carácter regular de la evolución del lenguaje. Entendemos que nuestro trabajo ofrece nuevos datos que permiten recusar la Hipótesis del Relativismo lingüístico: la cognición es la misma para todas las personas, siendo lo distintivo el conjunto de estímulos que llega al cerebro. Consecuentemente, el diseño lingüístico refleja los procesos de selección (conceptualización gestáltica) que cada comunidad idiomática lleva a cabo en su interacción con el medio. Aun así, la existencia de una disposición biológica común permite que haya motivaciones psicológicas constantes que se revelan en el hecho de que las categorías léxicas evolucionan siguiendo principios generales que se pueden describir.

Hemos alcanzado la constatación de estas evidencias tras un proceso inductivo, guiado por los axiomas generales de la lingüística cognitiva que expusimos en los capítulos 2 y 3. Los datos ofrecen las pistas sobre el uso de nuestros verbos, y las predicciones teóricas permiten

interpretarlos. De esta manera, nuestro trabajo es empírico y especulativo al mismo tiempo; a veces los datos ofrecen evidencias que ayudan a perfilar las hipótesis, mientras que en otras ocasiones los principios teóricos permiten interpretar comportamientos lingüísticos tangibles que, por diversas eventualidades filológicas (ausencia de textos, deficiencias de los corpus, etc.) resultan difíciles de explicar. Por consiguiente, la observación inductiva y la formulación de planteamientos abstractos son dos técnicas epistemológicas que mantienen una relación sinérgica, lo que redundará en una mejor comprensión del objeto de estudio.

En el capítulo 1 proponíamos tres grandes hipótesis que pretendíamos demostrar. El análisis que las confirma aparece en los capítulos 4, 5, 6, 7 y 8. En todos ellos hemos ofrecido tanto un atento examen de la principal bibliografía sobre nuestros temas de interés (semántica histórica, epistemología sobre los sentidos corporales y naturaleza de los verbos de percepción) como análisis lingüísticos ampliamente documentados con ejemplos reales. A continuación resumimos los principales hallazgos de nuestro trabajo en relación con las tres hipótesis de partida.

a) Factores biológicos en la evolución de los verbos de percepción.

Si el axioma experiencialista que asegura que la lengua está corporeizada es correcto, hemos de asumir por definición un criterio de análisis que tenga en cuenta este hecho tan trascendental. Una de nuestras principales convicciones teóricas ha sido que los verbos de percepción reproducen icónicamente (tanto en su semántica como en su sintaxis) múltiples factores asociados a diversos aspectos de la biología humana. Numerosos fenómenos lo prueban.

Como vimos en el capítulo 4, cada uno de los sentidos (vista, oído, olfato, gusto y tacto), se caracteriza por poseer ciertas particularidades funcionales. Así, la vista y el oído son sentidos a distancia que perciben los estímulos de manera objetiva. Sin embargo, los sentidos propioceptivos, interoceptivos y químicos (tacto, olfato y gusto) no desvinculan por completo a PERCEPTOR y a PERCEPTO, por lo que más que experimentar 'objetos' con ellos se experimentan 'efectos' consumados en el sujeto sensible (Enríquez Andrade, 2004). Esta circunstancia explica diversos hechos, como el potencial fuertemente epistémico de *ver* y *oír* (materializado en metáforas intelectivas que se documentan desde el siglo XIII). El factor distancia también explica que

algunos verbos de percepción visual, como *mirar* en español, se construyan muy frecuentemente con complementos preposicionales que definen un vector en el espacio. Incluso el verbo *tocar* remite en su MCI al inevitable recorrido que debe superarse para ejercer el tacto sobre un objeto determinado.

También hemos comprobado que los distintos sentidos no son equivalentes puesto que siempre hay una jerarquía implícita, motivada por factores de índole darwinista. El hecho de que el ser humano sea un animal bípedo, que ha dependido de la vista en su adaptación al nicho ecológico y que ha mitigado mucho su sentido del olfato (al tener la nariz alejada del suelo) permite comprender no sólo ciertas preferencias de uso en relación con los verbos de percepción (los verbos visuales y auditivos son mucho más habituales en términos absolutos, como lo confirma la enorme cantidad de datos sobre ellos que un corpus como *CORDE* contiene) sino también la peculiar configuración diagramática que los verbos manifiestan tomados en su conjunto.

Los verbos de la vista y el oído (los sentidos superiores en las sociedades occidentales) no sólo disponen de múltiples usos epistémicos, sino que también son los más flexibles en sus posibilidades de configuración sintáctica, puesto que admiten todos los tipos posibles de complementación (de objetos definidos a cláusulas flexionadas). *Sentir*, por ser un verbo estativo multimodal, también puede asumir todas las formas de complementación existentes, pero al llegar al olfato, el tacto y el gusto, comprobamos de inmediato que la situación cambia. *Tocar* y *oler* muy raramente admiten complementos de percepción indirecta (oraciones subordinadas), y cuando lo hacen suele ser en contextos nocionales, no físicos. En cuanto al antiguo verbo *gustar*, era, como casi todos los verbos del gusto actuales, monosémico y de muy limitada configuración sintáctica. Por tanto, hallamos una jerarquía construccional que reproduce, como un diagrama, las relaciones jerárquicas de tipo biológico siguiendo este principio: el nivel de complejidad formal de los verbos de percepción en español es directamente proporcional a la importancia biológica del sentido en cuestión, y a la inversa.

Otro hecho destacable guarda relación con el nivel de control que el PERCEPTOR puede tener con respecto al PERCEPTO. La vista y el oído permiten, por lo general, un gran control, lo que hace que *ver* perfile sobre todo la relación resultativa entre sujeto y objeto, y *mirar* y *escuchar* la

actitud atenta del sujeto. *Sentir* siempre es un verbo estativo, por lo que carece de control, pero al ser un verbo propioceptivo está anclado al 'yo' auto-consciente, por lo que la relación transitiva entre sujeto y objeto se mantiene. *Tocar* y *oler*, sin embargo, introducen cambios importantes. *Tocar*, aunque es protótipicamente agentivo, también posee numerosos significados pasivos en los que el conceptualizador recibe incontroladamente, debido al principio de indexicalidad, estímulos (con función de sujeto) que le alcanzan. Por fin, *oler*, verbo que representa el sentido más incontrolado de todos, tiene un funcionamiento fuertemente estativo, hasta el punto de que lo más frecuente es que se configure como un proceso atemporal cuyo único argumento es el propio olor, siendo también mucho más infrecuente que con *tocar* la presencia del PACIENTE. Por tanto, hemos comprobado que hay otra tendencia regular: un nivel de control alto de la predicación favorece los usos transitivos, mientras que un control limitado (o nulo) favorece las conceptualizaciones pasivas y estativas.

Finalmente, muchos otros caracteres de la biología humana explican otros matices. Por ejemplo, las diferencias físicas entre las ondas lumínicas y las ondas sonoras explican que *ver* no tenga alternancias metonímicas entre ESTÍMULO y PRODUCTOR (Veo a Juan / # Veo la imagen de Juan), algo que sí es muy frecuente con los verbos auditivos, que dependen de una onda de partículas que es sucesiva y no objetual. Asimismo, esta diferencia explica que *ver* y *mirar* permanezcan bien delimitados, cada uno en su conceptualización, mientras que *oír* y *escuchar*, por ejemplo, son fácilmente intercambiables al estar situados en un eje acústico que es monodimensional. Y no podemos olvidar la influencia que las neuronas espejo han tenido en la creación del significado LAMENTAR de *sentir*, uno de los resultados diacrónicos más originales de los verbos de percepción del español.

b) Aspectos culturales y antropológicos.

La biología, con todo, no es la única forma de presión que tiene el diseño lingüístico. Los seres humanos somos criaturas sociales que necesitan relacionarse con los demás para sobrevivir. Por este motivo, muchos comportamientos culturales y muchas costumbres antropológicas han acabado por quedar de manifiesto en la semántica y en la sintaxis de nuestros verbos.

Una de las evidencias más claras en este sentido es la existencia de la denominada percepción social (ver capítulo 4). El contacto directo con los demás (los amigos, los compañeros de trabajo, etc.) constituye un requisito obligatorio para poder estar integrado en una comunidad. Las comunidades dan forma, a su vez, a una serie de instituciones sociales (Tomasello, 2010) que todo el mundo debe respetar para poder ser aceptado. Pues bien, como hemos comprobado, el verbo *ver* ha lexicalizado metonímicamente (ya en la Edad Media) ese tipo de conducta, por medio de una serie de configuraciones especiales (estructuras recíprocas, comparaciones prototípicas, etc.) y de estructuras idiomáticas (*verse con alguien*, por ejemplo). El hecho de que otras culturas formen su percepción social a partir de verbos de otros sentidos sólo demuestra que, en este punto, tiene más peso específico la tradición cultural que cualquier imperativo biológico. Por ello, no sorprende el caso del italiano, que codifica parte de su percepción social con el auditivo *sentire*, o el de las lenguas de los Ongee y de otras sociedades olfativas, que parten de los términos de olor para cubrir esas necesidades léxicas.

Otro hecho muy interesante, en parte relacionado con el anterior, es el relativo a la metáfora OÍR ES OBEDECER. En el capítulo 4 constatamos que esta metáfora, que en principio no está limitada a ningún contexto en particular, se emplea casi siempre durante la época medieval (y también en siglos posteriores) para expresar la obediencia obligatoria a la voz divina, representada por la lectura de las sagradas escrituras o por la voz del pastor. De hecho, hemos observado que la praxis religiosa influye en los verbos de percepción, hasta el punto de que algunas religiones privilegian más la vista y otras el oído.

También de la época medieval data la costumbre de hacer sonar instrumentos musicales para avisar a la tropa de qué es lo que debe hacer o de qué es lo que sucede en relación con los enemigos. De este uso tan frecuente surgió hace siglos la estructura *tocar* con CCF introducido por *a*, la cual ha quedado gramaticalizada en diversas estructuras (como el sustantivo *alarma*). Lo que este comportamiento diacrónico sugiere es que, como hemos dicho, las disposiciones morfosintácticas que parecen extrañas o inmotivadas consideradas desde el prisma actual pueden remitir en origen a complejos protocolos sociales, a los que hay que recurrir para poder interpretar y analizar el proceso de cambio semántico que activan esas pautas antropológicas.

Por último, el hecho de que la sociedad española sea 'ocularcéntrica' (Jay, 1993) explica que *oler* sea utilizado muy habitualmente para expresar que algo es malo (el negocio huele mal, etc.). Como es lógico, no hay ningún principio obligatorio que fuerce a esa interpretación; si la sociedad española tuviese un mayor apego a los olores naturales, sin duda el verbo *oler* reflejaría, en su organización metafórica, esa situación.

c) Evolución diacrónica.

Nuestra tesis doctoral confirma, de acuerdo con lo esperable según los planteamientos de la semántica histórica de tipo cognitivo expuestos en el capítulo 3, que la evolución semántica, por contingente que pueda ser, siempre responde a principios generales vinculados a la manera en que los seres humanos conceptualizamos y recreamos el mundo. Los resultados globales a los que hemos llegado aportan datos concretos que validan la hipótesis de Geeraerts (1997) sobre la evolución por variación prototípica de las categorías léxicas, y los postulados defendidos por la gramaticalización (aumento de la subjetividad, evolución metafórica de lo concreto a lo abstracto, alteración de esquemas de imagen). En este sentido, son varias las consideraciones que debemos hacer.

En primer lugar, creemos haber descrito un comportamiento histórico de los verbos de percepción que quizá tenga alguna implicación teórica. Como se explicó en su lugar correspondiente, para Geeraerts las palabras poseen siempre un significado nuclear de partida. Este significado, que actúa como prototipo, puede cambiar con el tiempo porque los hablantes lo transforman metafóricamente y metonímicamente para poder expresar contenidos nuevos partiendo de la información previa. Ello hace que el término léxico adquiera variación interna, pues su significado base pasa a coexistir con una alternativa conceptual. Con el tiempo, del núcleo pueden surgir otras proyecciones metafóricas, y otras de éstas de modo que la expansión semasiológica de la categoría vaya formando una estructura radial en las que los distintos valores se encuentren entrelazados por relaciones de familia semánticas. Lo verdaderamente destacable es que, en principio, nada impide que la diversidad semántica que puede aparecer en la red sea enorme. Es más, esa diversidad a veces es tan considerable (piénsese en *tocar* observado sólo desde el presente) que no se puede deducir con facilidad cómo se han producido las múltiples modificaciones internas de la categoría.

Un análisis inductivo puede ayudar a reconstruir una red semántica de este tipo, por compleja que sea. Sin embargo, aunque se disponga de datos, en algunas ocasiones el estudio de la evolución de una categoría no da por resultado una red con significados muy alejados conceptualmente unos de otros, sino que muestra que unos contenidos más o menos constantes han experimentado modulaciones, pero siempre en torno a algunos nodos recurrentes. De este modo, hemos observado que mientras que *tocar* y *oler* sí han dado lugar con el paso de los años a una compleja estructura diacrónica constituida por significados muy diversos, *ver*, *mirar*, *oír*, *escuchar* y *sentir* no se han comportado así. Es evidente (véase el capítulo 6) que *sentir* ha evolucionado mucho; ha pasado de conceptualizaciones objetivas (de carácter perceptivo y propioceptivo) a variantes subjetivas e incluso a variantes que se aproximan a la intersubjetividad, confirmando uno de los más elementales caminos de la gramaticalización (capítulo 3). Sin embargo, lo que *sentir* ha hecho ha sido subjetivizar contenidos pero manteniendo las mismas motivaciones, hasta el punto de que las referencias corpóreas (sentí el amor “en las entrañas”, etc.) se resisten a desaparecer por completo. Lo mismo sucede con *ver*, *mirar* o *escuchar*: incluso en los significados más abstractos son recuperables matices muy transparentes que aluden a las propiedades del valor físico de partida. Por ejemplo, la metáfora VER ES VISITAR no cancela por completo la significación visual.

Esto nos lleva a concluir que las categorías léxicas que tienen, ya en sus orígenes, un significado muy abstracto (como el visual o el auditivo), no llegan a generar estructurales radiales complejas. Por el contrario, los verbos de percepción química, al partir de contenidos más corpóreos, sí consiguen desarrollar significados nuevos excepcionalmente diversos tanto en su forma como en su significado, algunos de los cuales pueden llegar a mantener entre sí mucha distancia conceptual. Por ejemplo, *a priori* parece extraño que un mismo verbo pueda significar GOLPEAR, TRATAR UN ASUNTO o CORRESPONDER, pero *tocar* lo permite con total naturalidad.

Nuestro trabajo prueba que el modelo de Geeraerts es de una excepcional utilidad para reconstruir la evolución de una palabra. Tanto si se dispone de datos desde el momento monosémico inicial (*oler*) como si los datos empiezan a aparecer cuando el proceso está prácticamente concluido (*tocar*), la aplicación de los axiomas defendidos por este autor

permite formular especulaciones adecuadas para determinar cómo se ha llegado al resultado polisémico final. Por tanto, el trabajo de Geeraerts tiene valor predictivo en el sentido de “ley general” que los semantistas del siglo XIX buscaban. Los cambios semánticos son imprevisibles y ni siquiera los términos cognados que comparten étimo evolucionan del mismo modo (carácter caótico del cambio semántico). Pero aun así la arbitrariedad del proceso es sólo aparente, puesto que siempre entran en juego los mismos mecanismos. La certeza de que los prototipo de partida son casi siempre contenidos muy físicos (GOLPEAR y PERCIBIR OLORES, en el caso de *tocar* y *oler*), la tendencia a que los valores prototípicos sean anteriores en el tiempo a los periféricos y más frecuentes estadísticamente y la evidencia de que el número de mecanismos de cambio es muy limitado (metáforas, metonimias y modificación de esquemas de imagen basados en la experiencia corporal) son suficientes pautas como para poder poner orden en la aparente disolución que gobierna el significado.

Nuestras investigaciones nos han permitido, además, confirmar dos tendencias generales sobre los verbos de percepción muy interesantes, enunciadas en trabajos como los de Wood (1899) y Vanhove (2008) (separados, como se ve, por cien años de investigación intermedia). La primera, defendida por Wood, es la existencia de un vínculo etimológico entre el movimiento y la percepción. Nuestro trabajo prueba que también los verbos de percepción españoles remiten en ocasiones a ese pasado indoeuropeo relacionado con la expresión del movimiento. Por ejemplo, hemos encontrado un ejemplo de *escuchar* en el que aparece la expresión “inclinarse los oídos”, que era precisamente la imagen esquemática primitiva de su remoto étimo. Por otro lado, ciertas expresiones del español actual como “Begoña se esfumó” (DESAPARECIÓ) o “el anciano se fue” (FALLECIÓ) confirman que continúan operativos los vínculos semánticos entre conceptos como el HUMO (relacionado con los olores) y contenidos como DESAPARECER (tanto física como metafóricamente). Por consiguiente, creemos que Wood tenía razón al establecer lazos lexicológicos entre verbos muy diferentes que compartían la raíz **ol-* de la que quizá surgiera con el tiempo *oler*.

Por otro lado, Vanhove ha defendido que, tal vez, la vista no sea el sentido más primario para la expresión del conocimiento en las lenguas del mundo, tal y como ha defendido Sweetser (1990). Esta investigadora

considera que los verbos del oído son los que expresan lo epistémico en la mayoría de lenguas, hipótesis que se está viendo reforzada por nuevas evidencias aportadas por diversos lingüistas. Esta autora propuso dos axiomas que la lengua española cumple (ver capítulo 4), pero lo más relevante es que incluso el verbo *sentir*, que tiene significados auditivos, también expresa con relativa frecuencia contenidos epistémicos y modales, lo que es un sólido argumento a favor de la postura de Vanhove. Es más, no parece que haya restricciones que impidan que cualquier verbo de percepción posea usos epistémicos; tanto es así, que nuestras investigaciones demuestran empíricamente que hasta los verbos de los sentidos químicos *tocar* y *oler* han producido en algunos momentos a lo largo de su historia contenidos epistémicos más o menos estables.

Para terminar, quisiéramos mencionar algunas líneas para futuras investigaciones que pensamos que pueden ser muy provechosas:

- a) Sería interesante analizar con corpus documentales la evolución de *catar* para poder describir con exactitud cómo ha evolucionado el verbo y cuáles han sido sus relaciones onomasiológicas con *mirar*. Asimismo, sería interesante estudiar la onomasiología diacrónica establecida entre *tocar* y *tañer*.
- b) Nuestro trabajo ha establecido un vínculo directo entre *tocar* y la modalidad deóntica. Podría ser interesante, y tipológicamente pertinente, investigar esa relación en otros sistemas lingüísticos.
- c) Creemos que los análisis llevados a cabo para todos nuestros verbos pueden exportarse a otras lenguas románicas con el objeto de trazar una panorámica más completa de la evolución histórica de la categoría de los verbos de percepción de origen latino.

Referencias bibliográficas

- Abeillé, A., D. Godard y P. Miller (1995): "Causatifs et verbes de perception en français", en J. Labelle (ed.): *Colloque lexique grammairre comparée*, Montréal: UQAM.
- Abelin, Å. (1988): "Patterns of Synaesthesia in the Swedish Vocabulary", *Studies in Computer-Aided Lexicology*, Department of Computational linguistics: University of Göteborg.
- Achard, M. (1996): "Two Causation / Perception Constructions in French", *Cognitive Linguistics*, 7, pp. 315-357.
- Ackerman, D. (1992): *Una historia natural de los sentidos*, Barcelona: Anagrama.
- Aijmer, K. (2004): "The interface between perception, evidentiality and discourse particle use – using a translation corpus to study the polysemy of *see*", *Tradterm*, 10, pp. 249-277.
- Aikhenvald, A. (2004): *Evidentiality*, Oxford: Oxford University Press.
- Akmajian, A. (1977): "The complement structure of perception verbs in an autonomous framework", en P. W. Culicover *et al.* (eds.): *Formal syntax*, New York / London / San Francisco: Academic Press Inc, pp. 427-460.
- Alarcos Llorach, E. (1970a): "Algunas construcciones del infinitivo", en *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid: Gredos, pp. 172-181.
- Alarcos Llorach, E. (1970b): "Términos adyacentes del infinitivo", en *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid: Gredos, pp. 182-199.
- Alinei, M. (1996): *Origini delle lingue d'Europa. La Teoria Della Continuità*, Bolonia: Il Mulino.
- Allan, K. (2008): *Metaphor and Metonymy. A Diachronic Approach*, Publications of the Philological Society.
- Almagor, U. (1990): "Odours, and private language: observations on the phenomenology of scent", *Human Studies*, 13, pp. 253-274.
- Alm-Arvius, C. (1993): *The English Verb See: A Study in Multiple Meaning*, Göteborg / Sweden: Acta Universitatis Gothoburgensis.
- Alvar, M. y B. Pottier (1983): *Morfología histórica del español*, Madrid: Gredos.
- Andrews, E. (1995): "Seeing is believing: visual categories in the Russian lexicon", en E. Coutini-Morava y B. Sussman Goldberg (eds.): *Meaning*

- as explanation. *Advances in linguistic sign theory*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 361-381.
- Anttila, R. (1992): "Field theory of meaning and semantic change", en G. Kellermann y M. D. Morrissey (eds.): *Diachrony within Synchrony: Language History and Cognition*, Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 23-83.
- Arnheim, R. (1979): *Arte y percepción visual. Psicología del ojo creador*, Madrid: Alianza Forma.
- Asher, N. M. y D. Bonevac (1985): "How extensional is extensional perception?", *Linguistics and Philosophy*, 8, pp. 203-228.
- Aske, J. (1989): "Path predicates in English and Spanish: A closer look", en *Proceedings of the Fifteenth Annual Meeting of the Berkeley Linguistic Society*, Berkeley: Berkeley Linguistics Society, pp. 1-14.
- Atkins, B. T. S. (1994): "Analyzing the verbs of seeing: A frame semantics approach to corpus lexicography", en C. Johnson *et al.* (eds.): *Proceedings of the Twentieth Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, Berkeley: Berkeley Linguistics Society, pp. 42-56.
- Austin, J. L. (1981): *Sentido y percepción*, Madrid: Tecnos.
- Azorín Fernández, D. (2000): *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Azpiazu Torres, S. (2005): "Acusativo con infinitivo en español", en L. Santos Río *et al.* (eds.): *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 49-58.
- Backhouse, A. E. (1994): *The lexical field of taste. A semantic study of Japanese taste terms*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bacon, J. (1978): "Seeing-of as Seeing-as", *Manuscrito*, II-1, pp. 59-63.
- Badynska-Lipowczan, B. (1996): "Quelques remarques sur sentir et ressentir en français et en italien", *Neophilologica*, 12, pp. 7-13.
- Báez Montero, I. C. (1990): "El predicativo del C.D con verbos de percepción en *El Conde Lucanor*", *Verba*, Anexo 32, pp. 23-32.
- Báez, I., C. Cabeza y M. I. Massone (2004): "Enhebrando el hilo de lo icónico", en A. S. Silva, A. Torres y M. Gonçalves (orgs.): *Linguagem, cultura e cognição. Estudos de Linguística Cognitiva, Volume II*, Coimbra: Almedina, pp. 563-581.
- Baker, C. F. (1999): *Seeing Clearly: Frame Semantic, Psycholinguistic, and Cross-linguistic Approaches to the Semantics of the English Verb See*, Berkeley: University of California dissertation.

- Ballester, X. (2009): "Hablar a primera vista", *Quaderns de Filologia. Estudis lingüístics*, XIV, pp. 13-31.
- Barcelona, A. (1998): "El poder de la metonimia", en J. L. Cifuentes (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 365-380.
- Barnes, J. (1984): "Evidentials in the Tuyuca verb", *International Journal of American Linguistics*, 50, pp. 255-271.
- Barrado, M. C. (2003): "Ver / mirar. Semiótica de la mirada en <<El seno nudo>> de Palomar de Italo Calvino", *Cuadernos de Filología Italiana*, 10, pp. 171-185.
- Barron, J. (2001): "Perception and raising verbs: synchronic and diachronic relationships", en M. Butt y T. H. King (eds.): *Time over matter*, Stanford / California: CSLI Publications, pp. 73-104.
- Barwise, J. (1983): "Scenes and other situations", *The Journal of Philosophy*, LXXVIII, pp. 369-397.
- Bat-Zeev Shyldkrot, H. (1981): "À propos de la forme passive <<se voir + Vinf>>", *Folia Linguistica*, XV, pp. 387-407.
- Bat-Zeev Shyldkrot, H. (1984): "La concurrence entre la proposition conjonctive et voir + la proposition infinitive", *The French Review*, 58-2, pp. 202-214.
- Bat-Zeev Shyldkrot, H. (1989): "Les verbes de perception: étude sémantique", en D. Kremer (ed.): *Actes du XVIIe Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes, Tome IV, Université de Trèves, Tübingen: Max Niemeyer Verlag*, pp. 282-294.
- Bat-Zeev Shyldkrot, H. (1997): "La grammaticalisation des auxiliaires; le cas de voir", *Scolia*, 10, pp. 205-224.
- Berlin, B. (1978): "Ethnobiological classification", en E. Rosch y B. Lloys (eds.): *Cognition and Categorization*, Hillsdale / New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, pp. 9-26.
- Berlin, B. y P. Kay (1969): *Basic color terms*, Berkeley / Los Angeles: University of California Press.
- Bermúdez, F. (2004): "La categoría evidencial del castellano: metonimia y elevación del sujeto", *Boletín de Lingüística*, 22, pp. 3-31.
- Bernárdez, E. (1995): "Catastrophes, Chaos, and Lexical Semantics", en B. Lewandowska-Tomaszczyk (ed.): *Lexical Semantics, Cognition and Philosophy*, Łódź: Łódź University Press, pp. 11-28.

- Bernárdez, E. (2008): *El lenguaje como cultura. Una crítica del discurso sobre el lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Beuchot, M. (2005): *Historia de la filosofía del lenguaje*, México: FCE.
- Bissell, C. H. (1944): "Faire, laisser, voir and entendre with a dependent infinitive", *The Modern Language Journal*, 28-4, pp. 325-337.
- Blanco, M. J. (1996): *Psicofísica*, Madrid: Universitas.
- Blank, A. (1999): "Why do new meanings occur? A cognitive typology of the motivations for lexical semantic change", en A. Blank y P. Koch (eds.): *Historical semantics and cognition*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 61-89.
- Blumenthal, P. (2002): "Ouïr et entendre", en H. Dupuy-Engelhardt y M-J. Montibus (eds.): *Parties du discours: sémantique, perception, cognition. Le domaine de l'audible. Actes d'Eurosem 2000*, Reims: Presses Universitaires de Reims, pp. 33-47.
- Boisson, C. (1997): "La dénomination des odeurs: variations et régularités linguistiques", *Intellectica*, 24, pp. 29-49.
- Boivin, M. C. (1998): "Complementation and interpretation: the concrete and imaginative readings of 'visual' perception verbs", *MIT Working Papers in Linguistics*, 25, pp. 103-123.
- Bolinger, D. L. (1974): "Concept and percept: Two infinitive constructions and their vicissitudes", en M. Onishi (ed.): *World Papers in Phonetics: Festschrift for Dr. Onishi's Kizyu*, Tokyo: Phonetic Society of Japan, pp. 65-91.
- Bordelois, I. (2006): *Etimología de las pasiones*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Borgonovo, C. (1996): "Gerunds and perception verbs", *Langues et linguistique*, 22, pp. 1-19.
- Bosque, I. (1989): *Las categorías gramaticales. Relaciones y diferencias*, Madrid: Síntesis.
- Bossong, G. (1998): "Le marquage de l'expérience dans les langues de l'Europe", en J. Feuillet (ed.): *Actance et valence dans les langues d'Europe*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 259-294.
- Bréal, M. ([1897] 1976): *Essai de sémantique*, Genève: Slatkine Reprints.
- Brinton, L. J. (2001): "From matrix clause to pragmatic marker. The history of look-forms", *Journal of Historical Pragmatics*, 2-2, pp. 177-199.

- Broccias, C. (2006): "Cognitive approaches to grammar", en G. Kristiansen *et al.* (eds.): *Cognitive Linguistics: Current Applications and Future Perspectives*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 81-115.
- Brucart, J. M. (1999): "La estructura del sintagma nominal: Las oraciones de relativo", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 395-522.
- Brud, W. S. (1986): "Words versus odors: How perfumers communicate", *Perfumer and Flavorist*, 11-4, pp. 27-44.
- Buck, C. D. (1949): *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages. A Contribution to the History of Ideas*, Chicago: University of Chicago Press.
- Bustos Guadaño, E. (1994): "Pragmática y metáfora", *Signa*, 3, pp. 57-75.
- Butterworth, G. y M. Castillo (1976): "Coordination of auditory and visual space in new-born infants", *Perception*, 5, pp. 241-256.
- Bybee, J., R. L. Perkins y W. Pagliuca (1994): *The Evolution of Grammar: Tense, Aspect and Modality in the Languages of the World*, Chicago: University of Chicago Press.
- Bybee, J. y T. D. Terrell (1990): "Análisis semántico del modo en español", en I. Bosque (ed.): *Indicativo y subjuntivo*, Madrid: Taurus, 145-163.
- Cacciari, C. (2005): "Il rapporto fra percezione e linguaggio attraverso la metáfora", en A. M. Lo Russo (ed.): *Metafora e conoscenza. Da Aristotele al cognitivismo contemporaneo*, Milano: Bompiani, pp. 321-348.
- Cacciari, C. (2008): "Crossing the Senses in Metaphorical Language", en R. W. Gibbs (ed.): *The Cambridge Handbook of Metaphor and Thought*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 425-443.
- Cacciari, C. (2010): "L'odore in parole: intorno ai rapporti fra percezione e linguaggio", en R. Galatolo y R. Lorenzetti (eds.): *Forme e spazi della comunicazione. Scritti in onore di Marina Mizzau*, Bologna: CLUEB, pp. 201-209.
- Cacciari, C. y M. C. Levorato (1992): "Per una semantica ingenua dei verbi di percezione", *Versus. Cuaderno di Studi Linguistici e Semiotici*, 59-60, pp. 121-139.
- Cacciari, C. y M. C. Levorato (1999): "I cinque sensi e la loro traduzione linguistica: uno Studio sui verbi dell'esperienza sensoriale", en A. Zuczkowski (ed.): *Semantica percettiva. Rapporti fra percezione visiva e linguaggio*, Pisa / Roma: Macerata, pp. 39-68.

- Cacciari, C. y M. C. Levorato (2000): "The semantic structure of vision verbs: A psycholinguistic investigation of Italian", *European Journal of Cognitive Psychology*, 12-1, pp. 87-106.
- Cain, W. S. (1979): "To Know with the Nose: Keys to Odor Identification", *Science*, 203, pp. 467-470.
- Calañas Contente, J. A. (2000): "Esquemas de predicado en los verbos de percepción física del léxico verbal básico alemán", en *Actas del XVI Congreso de AESLA, Logroño, abril de 1998*, pp. 949-958.
- Calzolari, N., O. Corazzari, M. Monachini y A. Roventini (1996): "Speech Act and Perception Verbs: Generalizations and Contrastive Aspects", en *EURALEX-96 Proceedings*, Göteborg: Göteborg University, pp. 73-83.
- Candau, J. (2003): "El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf", *Revista de Antropología Social*, 12, pp. 243-259.
- Candau, J. y O. Wathelet (2011): "Les catégories d'odeurs en sont-elles vraiment?", *Langages. Pour une linguistique des odeurs*, 181, pp. 37-52.
- Cano Aguilar, R. (1981): *Estructuras sintácticas transitivas en el español actual*, Madrid: Gredos.
- Caplan, D. (1973): "A note on the abstract readings of verbs of perception", *Cognition*, 2, pp. 269-277.
- Carnoy, A. (1927): *La science des mots: traité de sémantique*, Leuven: Editions Universitatis.
- Carrasco Gutiérrez, Á. (2011a): "Ver como verbo de percepción epistémica primaria", en *Actas del XXXIX Simposio Internacional de la SEL, Santiago de Compostela, 1-4 febrero de 2010*.
- Carrasco Gutiérrez, Á. (2011b): "La percepción de estados", en M. V. Escandell Vidal et al. (eds.): *60 problemas de gramática dedicados a Ignacio Bosque*, Madrid: Akal, pp. 198-204.
- Casacuberta, D. (2000): *Qué es una emoción*, Barcelona: Crítica.
- Casasanto, D. (2008): "Similarity and proximity: When does close in space mean close in mind?", *Memory & Cognition*, 36-6, pp. 1047-1056.
- Castañeda, H-N. (1977): "Perception, belief, and the structure of physical objects and consciousness", *Synthese*, 35, pp. 285-351.
- Castellà, J. M. (1992): *De la frase al text. Teories de l'ús lingüístic*, Barcelona: Empúries.
- Castillo, C. (2001): "The configuration of ECM structures", *Studia Linguistica*, 55-2, pp. 113-139.

- Cazeaux, C. (2002): "Metaphor and the Categorization of the Senses", *Metaphor and Symbol*, 17-1, pp. 3-26.
- Chamizo, P. J. (1998): *Metáfora y conocimiento*, Málaga: Universidad de Málaga, Anejo XVI de *Analecta Malacitana*.
- Chaput, L. (2009): "Une étude des comptes rendus de perception directe du verbe sentir", en *Actes du congrès annuel de l'Association canadienne de linguistique 2009*, Ottawa: Université Carleton.
- Chernigovskaya, T. (2004): "Cognitive Struggle with Sensory Chaos: Semiotics of Olfaction and Hearing", *Semiotica*, 150, pp. 61-75.
- Chocheyras, J. (1968): "Un nouvel outil grammatical en français moderne: le verbe voir", *Le français moderne*, 36, pp. 219-225.
- Chodorowska-Pilch, M. (2008): "Verás in Peninsular Spanish as a grammaticalized discourse marker invoking positive and negative politeness", *Journal of Pragmatics*, 40, pp. 1357-1372.
- Chuquet, J. (2003): "Look et see: deux orientations différentes du repérage", en J. Chuquet (ed.): *Verbes de parole, de pensée et de perception. Études syntaxiques et sémantiques*, Rennes: P. U. Rennes, pp. 157-172.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1989): *Lengua y espacio. Introducción al problema de la deixis en español*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1990): "La polisemia como prototipo diacrónico", *Anales de Filología Hispánica*, 5, pp. 99-119.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1994): *Gramática Cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid: Eudema.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1998): "Relaciones entre lenguaje y cognición: propuestas de metodología lingüística", *Revista Portuguesa de Humanidades*, II-1/2, pp. 49-85.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1999): *Sintaxis y semántica del movimiento. Aspectos de gramática cognitiva*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (2000): "El orden de palabras en la oración", en M. Alvar (dir.): *Introducción a la lingüística española*, Barcelona: Ariel, pp. 359-370.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (2002): "El canvi lingüístic en gramàtica cognitiva", en M. A. Cano et al. (eds.): *Les claus del canvi lingüístic*, Alacant: Symposia Philologica 5, pp. 301-330.

- Cifuentes Honrubia, J. L. (2003): *Locuciones prepositivas. Sobre la gramaticalización preposicional en español*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (2010): *Clases semánticas y construcciones sintácticas: alternancias locales en español*, Lugo: Axac.
- Cifuentes Honrubia, J. L. y J. L. Tornel Sala (1996): "El predicativo en español: iconicidad y gramática", *Lingüística Española Actual*, XVIII-1, pp. 17-47.
- Cinque, G. (1995): "The pseudo-relative and ACC-ing constructions after verbs of perception", en G. Cinque (ed.): *Italian syntax and universal grammar*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 244-276.
- Cipria, A. B. (2002): "Tensed complements of perception verbs: issues in their temporal interpretation", en J. Gutiérrez-Rexach (ed.): *From Words to Discourse: Trends in Spanish Semantics and Pragmatics*, Oxford: Elsevier, pp. 37-60.
- Cipria, A. B. (2003): "Spanish perception verbs and sequence of tenses", en R. Núñez-Cedeño, L. López y R. Cameron (eds.): *A Romance perspective on language knowledge and use. Selected papers from the 31st Linguistic Symposium on Romance Languages, Chicago 19-22 april 2001*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 253-272.
- Clark, R. y G. Jäger (2000): "A Categorical Syntax for Verbs of Perception", *Penn Working Papers in Linguistics*, 6-3, pp. 15-33.
- Classen, C. (1993): *Worlds of Sense. Exploring the Senses in the History and across Cultures*, London: Longman.
- Classen, C., D. Howes y A. Synnott (1994): *Aroma. The Cultural History of Smell*, London: Routledge.
- Claudi, U. y B. Heine (1986): "On the metaphorical base of grammar", *Studies in Language*, 10-2, pp. 297-335.
- Coll-Florit, M. (2006): *Estat de la qüestió de l'estudi de l'aspecte lèxic. Una proposta cognitiva de classificació dels esdeveniments*, UOC.
- Collinot, A. (1966): "L'opposition voir / regarder en français contemporain", *Bulletin Des Jeunes Romanistes*, 14, pp. 3-13.
- Company Company, C. (1997): "Prototipos y el origen marginal de los cambios lingüísticos. El caso de las categorías del español", en C. Company Company (ed.): *Cambios diacrónicos en el español*, México: UNAM, pp. 143-168.

- Company, C. (2004): "¿Gramaticalización o desgramaticalización? El reanálisis y subjetivización de verbos como marcadores discursivos en la historia del español", *Revista de Filología Española*, LXXXIV-1, pp. 29-66.
- Conde Noguerol, E. (2008): "Aproximaciones sintácticas en torno al verbo *caler*", *Res Diachronicae*, 6, pp. 4-20.
- Contreras Domingo, E. y A. L. Rodríguez Redondo (2001-2002): "A case study of evidentiality in old English perception verbs", *Journal of the Spanish Society for Medieval English Language and Literature*, 11, pp. 97-116.
- Cooper, W. E. (1974a): "Syntactic flexibility among English sensation referents", *Linguistics*, 133, pp. 33-38.
- Cooper, W. E. (1974b): "Primacy relations among English sensation referents", *Linguistics*, 137, pp. 5-12.
- Corazzari, O., M. Monachini, A. Roventini y N. Calzolari (1996): "Speech Act and Perception Verbs: Generalizations and Contrastive Aspects", en M. Gellerstam *et al.* (eds.): *Euralex '96: Proceedings I-II. Papers submitted to the Seventh EURALEX International Congress on Lexicography in Göteborg, Sweden*, Göteborg: Department of Swedish, Göteborg University, pp. 73-83.
- CORDE (Corpus Diacrónico del Español) [www.http://corpus.rae.es](http://corpus.rae.es).
- Cornillie, B. (2007): *Evidentiality and Epistemic Modality in Spanish (Semi-) Auxiliaries: A Cognitive-Functional Approach*, Berlin: Mouton de Gruyter.
- Corominas, J. y J. A. Pascual (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Gredos.
- Coseriu, E. (1977): "Para una semántica diacrónica estructural", en *Principios de semántica estructural*, Madrid: Gredos, pp. 11-86.
- Coseriu, E. (1990): "Semántica estructural y semántica <<cognitiva>>", en *Profesor Francisco Marsá / Jornadas de Filología*, Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 239-282.
- CREA (Corpus de Referencia del Español Actual) [www.http://corpus.rae.es](http://corpus.rae.es).
- Cristea, T. (1986): "Modalité et perception: remarques sur les valeurs du verbe *voir* en français contemporain", *RRL*, 31, pp. 245-254.

- Croft, W. (1991): *Syntactic Categories and Gramatical Relations: the Cognitive Organization of Information*, Chicago / London: University of Chicago Press.
- Croft, W. (1993): "Case marking and the semantics of mental verbs", en J. Pustejovsky (ed.): *Semantics and the Lexicon*, Dordrecht: Kluwer, pp. 55-72.
- Croft, W. (1995): "Autonomy and functionalist linguistics", *Language*, 71-3, pp. 490-532.
- Croft, W., H. Bat-Zeev Shyldkroy y S. Kemmer (1987): "Diachronic semantic processes in the middle voice", en A. G. Ramat *et al.* (eds.): *Papers from the VIIth International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 179-192.
- Croft, W. y A. D. Cruse (2008): *Lingüística cognitiva*, Madrid: Akal.
- Cruse, D. A. (1973): "Some thoughts on agentivity", *Journal of Linguistics*, 9, pp. 11-23.
- Cucatto, A. y M. Cucatto (2004): "La gramaticalización de la pieza léxica 'ver'. Del uso del sistema a la sistematización del uso", *Pragmalingüística*, 12, pp. 27-43.
- Cuenca, M. J. y J. Hilferty (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona: Ariel.
- Cuenca, M. J. y M. J. Marín (2000): "Verbos de percepción gramaticalizados como conectores, análisis contrastivo español-catalán", en R. Maldonado (ed.): *Revista Española de Lingüística Aplicada*, Logroño: Mugar Linotype, pp. 215-237.
- Cytowic, R. E. (1989): *Synesthesia: A union of the senses*, Nueva York: Springer.
- Damasio, A. (2006): *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona: Crítica.
- Damasio, A. (2010): *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?*, Barcelona: Destino.
- Danesi, M. (1985a): "Visual metaphors: Psycholinguistic observations", *Interfaces: Linguistics, Psychology and Health Therapeutics*, 12, pp. 20-29.
- Danesi, M. (1985b): "The metaphorical extension of vision: a linguistic universal?", *Geolinguistics*, II, pp. 1-12.
- Danesi, M. (1989): "The neurological coordinates of metaphor", *Communication and Cognition*, 22, pp. 73-86.

- Danesi, M. (1990): "Thinking is seeing: visual metaphors and the nature of abstract thought", *Semiotica*, 80-3/4, pp. 221-237.
- Danesi, M. (1995): "The Iconicity of Metaphor", en M. E. Landesberg (ed.): *Syntactic Iconicity and Linguistic Freezes: The Human Dimension*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 265-284.
- Darmesteter, A. ([1887] 1950): *La vie des mots étudiée dans leurs significations*, París: Librairie Delagrave.
- Davies, M. E. (1995): "The Evolution of the Spanish Causative Construction", *Hispanic Review*, 63-1, pp. 57-77.
- Dawkins, R. (1996): *Escalando el monte improbable*, Barcelona: Tusquets.
- Declerck, R. (1981): "On the role of progressive aspect in nonfinite perception verbs complements", *Glossa*, 15, pp. 83-114.
- Declerck, R. (1982): "The triple origin of participial perception verb complements", *Linguistic Analysis*, 10-1, pp. 1-26.
- De Haan, F. (1997): *Modality and negation: a typological study*, University Southern California: Ph. D. Dissertation.
- De Haan, F. (en prensa): "Visual Evidentiality and Its Origins", *Diachronica*.
- Dekeyser, X. (1998): "Loss of prototypical meanings in the history of English semantics or semantic redeployment", en R. M. Hogg y L. Van Bergen (eds.): *Historical Linguistics 1995. Selected Papers from the 12th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 63-71.
- Delamarre, X. (1984): *Le vocabulaire Indo-Européen. Lexique étymologique thématique*, París: Librairie d'Amérique et d'Orient.
- Delancey, S. (1997): "Mirativity: The grammatical marking of unexpected information", *Linguistic Typology*, 1, pp. 33-52.
- Delbecque, N. (1998a): "Los límites de la pronominalización: las completivas directas", en A. Ward (ed.): *Actas del XII congreso de la Asociación internacional de Hispanistas: Vol. 1: Medieval y Lingüística*, Birmingham: University of Birmingham, Dep.. of Hispanic Studies, pp. 117-128.
- Delbecque, N. (1998b): "La dimensión paradigmática de la alternancia A / Ø en la construcción transitiva, y más allá", en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 527-548.

- Delbecque, N. (2005): "El análisis de corpus al servicio de la gramática cognoscitiva: hacia una interpretación de la alternancia lineal SV / VS", en G. Knauer y V. Bellosta von Colbe (eds.): *Variación sintáctica en español: un reto para las teorías de la sintaxis*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag, pp. 51-74.
- Delbecque, N. (2006): "<<Ya>>: aclaración cognitiva de su uso y función", *Revista española de lingüística*, 36-1, pp. 43-72.
- Delbecque, N. (2008): "Semántica cognitiva y categorización lingüística", en M. J. Rodríguez Espiñeira y J. Pena Seijas (coords.): *Categorización lingüística y límites intercategoriales*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 19-56.
- Delbecque, N. (2010): "La alternancia Ø / como en complementos predicativos con verbos de proceso mental: una cuestión de ajuste focal", *Revista internacional de lingüística iberoamericana*, 16, pp. 49-77.
- Delbecque, N. y B. Lamiroy (1999): "La subordinación sustantiva: las subordinadas enunciativas en los complementos verbales", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 1965-2081.
- Delmas, C. (2006): "Variations autour de <<feel>>", en F. Fredet y A-M. Laurian (eds.): *Linguistique contrastive, linguistique appliquée, sociolinguistique: Hommage à Etienne Pietri*, Bern: Peter Lang, pp. 75-81.
- De Meyer, W. (2009): *Evolución diacrónica de la polisemia de sentir: estudio de índole semántico-sintáctica*, Universiteit Gent.
- De Miguel, E. (1999): "El aspecto léxico", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 2977-3060.
- De Miguel, E. (2009): "La Teoría del Lexicón Generativo", en E. de Miguel (ed.): *Panorama de la lexicología*, Barcelona: Ariel, pp. 337-368.
- Demonte, V. y P. J. Masullo (1999): "La predicación: Los complementos predicativos", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 2461-2523.
- Dendale, P. y L. Tasmowski (2001): "Introduction: evidentiality and related notions", *Journal of Pragmatics*, 33-3, pp. 339-348.
- Derrig, S. (1978): "Metaphor in the color lexicon", en D. Farkas, W. M. Jacobsen y K. W. Todrys (eds.): *Papers from the Parasession on the Lexicon*, Chicago: Chicago Linguistic Society, pp. 85-96.

- Devereux, G. (1991): "Ethnopsychological aspects of the terms 'deaf' and 'dumb'", en D. Howes (ed.): *The varieties of sensory experience. A sourcebook in the anthropology of the senses*, Toronto: University of Toronto Press, pp. 43-46.
- De Villiers, J. G. y P. De Villiers (1999): "The comprehension of perception verbs by young deaf children", en M. Almgren *et al.* (eds.): *Research on Child Language Acquisition*, Boston: Cascadilla, pp. 321-344.
- Devís Márquez, P. P. (1998): "Verbo de percepción más infinitivo en español", en *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos a la memoria profesor Braulio Justel Calabozo*, pp. 249-262.
- Devís Márquez, P. P. (2010a): "Estructuras de control con verbos de percepción en español", *Revista internacional de lingüística iberoamericana*, 16, pp. 101-127.
- Devís Márquez, P. P. (2010b): "Algunas características aspectuales de los verbos de percepción física en español: *ver* frente a *mirar*", *Verbum Analecta Neolatina*, XII-1, pp. 141-156.
- Dik, S. C. y K. Hengeveld (1991): "The hierarchical structure of the clause and the typology of perception verb complements", *Linguistics*, 29-2, pp. 231-259.
- Dirven, R. (1989): "A cognitive perspective on complementation", en D. Jaspers *et al.* (eds.): *Sentential complementation and the lexicon*, Dordrecht: Foris, pp. 113-139.
- Di Tullio, Á. L. (1998): "Complementos no flexivos de verbos de percepción física en español", *Verba*, 25, pp. 197-221.
- Di Tullio, Á. L. (2000): "Verbos de percepción en español: alcances de la alternancia entre infinitivo y gerundio", en A. Englebert *et al.* (eds.): *De la grammaire des formes à la grammaire du sens. Actes du XXIIe congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes: Travaux de la section "Morphologie et syntaxe"*, Tübingen: Niemeyer, pp. 147-154.
- Doménech Soler, M. I. (1992): *Verbos de percepción: un análisis semántico*, Valencia: Universidad de Valencia.
- Dostie, G. (1993): "Sens lexical et sens implicite en lexicographie: le cas de *Voyons!*", en A. Crochetière *et al.* (eds.): *Actes du XVe Congrès international des linguistes. Les langues menacées*, Sainte-Foy: Presses de l'Université Laval, pp. 261-265.

- Dostie, G. (1998): "Deux marqueurs discursifs issus de verbes de perception: de *écouter* / *regarder* à *écoute* / *regarde*", *Cahiers de Lexicologie*, 73-2, pp. 85-106.
- Dostie, G. (2004): *Pragmaticalisation et marqueurs discursifs. Analyse sémantique et traitement lexicographique*, Brussels: De Boeck / Duculot.
- Dotter, F. (1995): "Nonarbitrariness and iconicity: Coding possibilities", en M. E. Landsberg (ed.): *Syntactic Iconicity and Linguistic Freezes. The Human Dimension*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 47-55.
- Dowty, D. (1991): "Thematic Proto-Roles and Argument Selection", *Language*, 67-3, pp. 547-619.
- Dretske, F. (1969): *Seeing and knowing*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Dubois, D. (1997): *Catégorisation et cognition de la perception au discours*, Paris: Kimé.
- Dubois, D. (2000): "Categories as Act of Meaning: The Case of Categories in Olfaction and Audition", *Cognitive Science Quarterly*, 1, pp. 35-68.
- Dufaye, L. (2010): "CAN SEE / CAN HEAR- Quelques remarques sur la modalisation des verbes de perception", en J-C. Khalifa y P. Miller (dirs.): *Perception et structures linguistiques. Huit études sur l'anglais*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 231-248.
- Dundes, A. (1972): "Seeing is believing", *Natural History*, 81, pp. 8-12.
- Dupas, C. (1997): *Perception et langage. Etude linguistique du fonctionnement des verbes de perception auditive et visuelle en anglais et en français*, Louvain / Paris: Peeters.
- Dupire, M. (1987): "Des goûts et des odeurs: classifications et universaux", *L'Homme*, XXVII-4, pp. 5-25.
- Emanatian, M. (1997): "The Spatialization of Judgement", en W. A. Liebert, G. Redeker y L. Waugh (eds.): *Discourse and Perspective in Cognitive Linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 131-147.
- Engen, T. (1972): "The effect of expectation on judgements of odor", *Acta Psychologica*, 36, pp. 450-458.
- Enghels, R. (2007a): *Les modalités de perception visuelle et auditive. Différences conceptuelles et répercussions sémantico-syntaxiques en espagnol et en français*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag.
- Enghels, R. (2007b): "La semántica de los verbos de percepción y la variación de régimen en español", *Revue de linguistique romane*, 281-282, pp. 73-98.

- Enghels, R. y E. Roegiest (2004): "Percepción visual y percepción auditiva: la naturaleza del objeto", en E. Serra y G. Wotjak (eds.): *Cognición y percepción lingüísticas*, Valencia: Universidad de Valencia / Universität Leipzig, pp. 47-59.
- Enghels, R. y C. Vanderschueren (2009): "La construcción infinitiva tras verbos de percepción visual y auditiva: Un análisis comparativo entre el portugués y el español", *Revue Romane*, 44-1, pp. 25-46.
- Enghels, R. y M. Jansegers (en prensa): "Sentir: un verbo en la intersección de las lenguas románicas", en *Actas del XXVI Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Valencia, septiembre 2010)*.
- Enríquez Andrade, H. M. (2004): "La categorización de los olores en totonaco", *Dimensión Antropológica*, II-30, pp. 103-128.
- Enríquez Andrade, H. M. (2009a): "Los términos básicos de olor en lengua totonaca y sus usos lingüísticos", en R. Arzápalo Marín (ed.): *Lingüística Amerindia. Aportaciones recientes*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 267-288.
- Enríquez Andrade, H. M. (2009b): "El espacio semántico de los olores y su denominación traslingüística", en S. Cuevas Suárez (coord.): *La lengua y la antropología para un conocimiento global del hombre. Homenaje a Leonardo Manrique*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 267-280.
- Escobedo Rodríguez, A. (1980): "Estructura funcional del campo 'hablar' en español", *Revista Española de Lingüística*, 10-1, pp. 113-134.
- Escoriza Morera, L. (2001): "La variación lingüística en el marco de la semántica histórica francesa", en M. Maquieira Rodríguez et al. (eds.): *Actas del II Congreso Internacional de la sociedad Española de Historiografía Lingüística*, Madrid: Arco / Libros, pp. 399-406.
- Espejo Muriel, M. M. (1990): *Los nombres de los colores en español. Estudio de lexicología estructural*, Granada: Universidad de Granada.
- Espejo Muriel, M. M. (1996): *Los nombres de color en la naturaleza*, Granada: Universidad de Granada.
- Evans, N. y D. Wilkins (2000): "In the mind's ear: the semantic extensions of perception verbs in Australian languages", *Language*, 76-3, pp. 546-592.
- Fajardo Uribe, L. A. (2006): "La metáfora como proceso cognitivo", *Forma y Función*, 19, pp. 47-56.
- Falk, H. (1920): *Betydningslære*, Kristiania: Aschenhoug & Co.

- Farge, S. (2004): *Le lexique des verbes d'expérience visuelle en allemand*, Thèse de doctorat nouveau régime: Université Paul Valéry Montpellier 3.
- Fauconnier, G. (1984): *Espaces mentaux (Aspects de la construction du sens dans les langues naturelles)*, París: Minuit.
- Fauconnier, G. (1997): *Mappings in Thought and Language*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Fauconnier, G. y M. Turner (2002): *The way we think: Conceptual blending and the mind's hidden complexities*, New York: Basic Books.
- Felser, C. (1998): "Perception and control: a Minimalist analysis of English direct perception complements", *Journal of Linguistics*, 34, pp. 351-385.
- Felser, C. (1999): *Verbal complement clauses. A minimalist study of direct perception constructions*, Amsterdam: John Benjamins.
- Fernández González, A. R., S. Hervás y V. Báez (1984): *Introducción a la semántica*, Madrid: Cátedra.
- Fernández Jaén, J. (2006a): "Verbos de percepción sensorial en español: una clasificación cognitiva", *Interlingüística*, 16, pp. 1-14.
- Fernández Jaén, J. (2006b): "Análisis cognitivo del verbo oler", en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la SEL, León, 12-15 de diciembre de 2005*, pp. 542-561.
- Fernández Jaén, J. (2006c): "Semántica cognitiva diacrónica de acostarse", *ELUA*, 20, pp. 131-148.
- Fernández Jaén, J. (2007): "Lenguaje, cuerpo y mente: claves de la Psicolingüística", *Per Abbat*, 3, pp. 39-71.
- Fernández Jaén, J. (2008a): "Semántica histórica y Teoría del Caos", *Res Diachronicae*, 6, pp. 21-39.
- Fernández Jaén, J. (2008b): "Modalidad epistémica y sentido del olfato: la evidencialidad del verbo oler", *ELUA*, 22, pp. 65-89.
- Fernández Jaén, J. (2009): "Sobre filtros, cuitas y mudanzas: apuntes de Lexicología histórica", *Per Abbat*, 8, pp. 51-84.
- Fernández Lagunilla, M. (1992): "Sobre los complementos de infinitivo con verbos de percepción: propuesta de revisión de unos datos históricos a la luz de una hipótesis sincrónica", en M. Ariza *et al.* (eds.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Pabellón de España, pp. 391-402.
- Fernández Lagunilla, M. (2003): "Aproximación aspectual a la gramática de ver", en J. L. Girón Alconchel *et al.* (eds.): *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, Madrid: Editorial Complutense.

- Fernández Lagunilla, M. (2005): "Sobre las restricciones del verbo *ver* con la pasiva", en L. Santos Río *et al.* (eds.): *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 433-445.
- Fernández Lagunilla, M. (2006): "Relaciones entre el léxico y la sintaxis: a propósito de *ver*", en E. de Miguel, A. Palacios y A. Serradilla (eds.): *Estructuras Léxicas y Estructura del Léxico*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 347-367.
- Fernández Lagunilla, M. y F. F. de Dios López (1991): "Dos análisis gramaticales de ciertas construcciones completivas de infinitivo en español: a propósito de los verbos causativos y de percepción", *Revista española de lingüística*, 21-2, pp. 217-232.
- Fillmore, C. J. (1975): "An alternative to checklist theories of meaning", *Proceedings of the Berkeley Linguistic Society*, 1, pp. 123-131.
- Fillmore, C. J. (1982): "Frame semantics", en The Linguistic Society of Korea (ed.): *Linguistics in the morning calm*, Seoul: Hanshin, pp. 111-137.
- Fillmore, C. J. (1985): "Frames and the semantics of understanding", *Quaderni di Semantica*, 6-2, pp. 222-254.
- Fogwe Chibaka, E. (2010): "The 'Invisible' Perception Verbs Comparison in Mankon and Meta? Succession-Induction Traditional Rites", en A. Storch (ed.): *Perception of the Invisible. Religion, Historical Semantics and the Role of perceptive Verbs. Sprache und Geschichte in Afrika*, 21, pp. 293-311.
- Foley, W. A. (1986): *The Papuan languages of New Guinea*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Fontanille, J. (1999): "Modes du sensible et syntaxe figurative", *Nouveaux actes sémiotiques*, 61-63, pp. 1-68.
- Fox, K. (2006): "The Smell Report. An overview of facts and findings", *Social Issues Research Center*, <http://www.sirc.org/publik/smell.pdf>.
- Franckel, J. J. (2004): "Sentir / sens", *Linx*, 50, pp. 103-134.
- Franckel, J. J. y D. Lebaud (1990): *Les figures du sujet. À propos des verbes de perception, sentiment, connaissance*, París: Orphys.
- Franckel, J. J. y D. Lebaud (1995): "Les échappées du verbe *sentir*", en J. Bouscaren, J. J. Franckel y S. Robert (eds.): *Langues et langage. Problèmes et raisonnement en linguistique*, París: PUF, pp. 261-277.

- François, J. (2001): "Désémantisation verbale et grammaticalisation: (se) voir employé comme outil de redistribution des actants", *Syntaxe & Sémantique*, 2, pp. 159-175.
- Frawley, W. (1992): *Linguistic semantics*, Hillsdale: Laurence Erlbaum Associates.
- Freire, G. A. N. (2009): "Sobre percepção e negação de eventos no PB", *Interdisciplinar*, IV-9, pp. 67-77.
- Friedrich, P. (1970): "Shape in grammar", *Language*, 46, pp. 379-407.
- Fujimoto, S. (1987): "A unified semantics of perceptual and aspectual verb complementation", *English Linguistics*, 4, pp. 294-310.
- Gaatone, D. (1970): "Le rôle de voir dans les procédures de retournement de la phrase", *Linguistics. An International Review*, 58, pp. 18-29.
- Gaeta, L. (2001): "Per un approccio naturalista al conflitto morfologia-lessico", en Z. Fábíán y G. Salvi (eds.): *Semantica e Lessicologia Storiche. Atti del XXXII Congresso Internazionale di Studi, Budapest, 29-31 ottobre 1998*, Roma: Bulzoni, pp. 353-374.
- Gallardo Paúls, B. y M. J. Marín Jordà (2005): "Marcadores discursivos procedentes de verbos perceptivos en el discurso afásico", *Revista de investigación Lingüística*, VIII, pp. 53-94.
- Gallup, G. G. y P. A. Cameron (1992): "Modality Specific Metaphors: Is Our Mental Machinery 'Colored' by a Visual Bias?", *Metaphor and Symbolic Activity*, 7-2, pp. 93-98.
- Garachana Camarero, M. (1997): "Acerca de los condicionamientos cognitivos y lingüísticos de la sustitución de *aver* por *tener*", *Verba*, 24, pp. 203-235.
- Garachana Camarero, M. y J. Hilferty (1994): "Una representación de la polisemia en diacronía y sincronía", *Anuari de Filologia*, 17 / F-5, pp. 71-92.
- García Hernández, B. (1976): *El campo semántico de 'ver' en la lengua latina. Estudio estructural*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- García Hernández, B. (1977): "El campo semántico de 'oir' en la lengua latina. Estudio estructural", *Revista española de lingüística*, 7-1, pp. 115-136.
- García Hernández, B. (1999-2000): "Considerare como lexema visual y término técnico mercantil. El valor heurístico de un texto de Suetonio", *Voces*, 10-11, pp. 91-100.

- García Jurado, F. (2003): *Introducción a la semántica latina. De la semántica tradicional al cognitivismo*, Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos: Universidad Complutense de Madrid.
- García Jurado, F. (2006): "Estructura léxica y construcción conceptual: Lenguas antiguas y modernas", en E. de Miguel, A. Palacios y A. Serradilla (eds.): *Estructuras Léxicas y Estructura del Léxico*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 201-223.
- García Martín, J. M. (1992): "Características funcionales y semánticas de los verbos de percepción auditiva en español medieval (hasta 1400)", en M. Ariza et al. (eds.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Pabellón de España, pp. 463-478.
- García-Miguel, J. M. (2005): "Aproximación empírica a la interacción de verbos y esquemas construccionales, ejemplificada con los verbos de percepción", *ELUA*, 19, pp. 169-191.
- Gärdenfors, P. (2006): *Cómo el Homo se convirtió en Sapiens*, Madrid: Espasa Calpe.
- Garelli, M. (2007): "Verbos epistémicos latinos", en *Actas del III Coloquio Nacional de Investigadores en Estudios del Discurso*, Asociación Latinoamericana en Estudios del Discurso.
- Garrudo Carabias, F. (1999): "Coordenadas sintáctico-semánticas de los verbos de percepción física en inglés", en *Estudios funcionales sobre léxico, sintaxis y traducción*, Castilla La Mancha: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla La Mancha, pp. 181-204.
- Geeraerts, D. (1983): "Reclassifying Semantic Change", *Quaderni di semantica*, 2, pp. 217-240.
- Geeraerts, D. (1985): "Cognitive restrictions on the structure of semantic change", en J. Fisiak (ed.): *Historical Semantics-Historical Word-Formation*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 127-153.
- Geeraerts, D. (1988): "Where Does Prototypicality Come From?", en B. Rudzka-Ostyn (ed.): *Topics in Cognitive Linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 207-229.
- Geeraerts, D. (1990): "Homonymy, Iconicity, and Prototypicality", *Belgian Journal of Linguistics*, 5, pp. 49-72.
- Geeraerts, D. (1992): "Prototypicality effects in diachronic semantics: A round-up", en G. Kellerman y M. D. Morrissey (eds.): *Diachrony within Synchrony: Language History and Cognition*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 183-203.

- Geeraerts, D. (1993): "Des deux cotés de la sémantique structurale: sémantique historique et sémantique cognitive", *Histoire Épistémologie Langage. Histoire de la sémantique*, 15-I, pp. 111-129.
- Geeraerts, D. (1997): *Diachronic Prototype Semantics. A contribution to Historical Lexicology*, Oxford: Oxford University Press.
- Geeraerts, D. (1999): "Hundred Years of Lexical Semantics", en M. Vilela y F. Silva (orgs.): *Actas do 1º Encontro Internacional de Linguística Cognitiva*, Porto: Faculdade de Letras do Porto, pp. 123-154.
- Geeraerts, D. (2010): *Theories of Lexical Semantics*, Oxford: Oxford University Press.
- Geertz, C. (1989): *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- Gensini, S. (1995): "Criticisms of the Arbitrariness of language in Leibniz and Vico and the 'Natural' Philosophy of Language", en R. Simone (ed.): *Iconicity in Language*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 3-18.
- Girard, G. (1993): "What is there to be seen?", *Caliban*, 30, pp. 105-116.
- Girard, G. (1998): "Complements to perception verbs: an analysis of some parameters at work", *Topiques / Topics. Travaux du CIEREC 93*, pp. 9-27.
- Gisborne, N. (1993): "Nominalisations of perception verbs", *UCL Working Papers in Linguistics*, 5, pp. 23-44.
- Gisborne, N. (1996): *English Perception Verbs*, PhD: University College London.
- Gisborne, N. (1998): "The attributory structure, evidential meaning and the semantics of English SOUND-class verbs", *UCL Working Papers in Linguistics*, 10, pp. 389-414.
- Gisborne, N. (2010): *The Event Structure of Perception Verbs*, Oxford: Oxford University Press.
- Gisborne, N. y J. Holmes (2007): "A history of English evidential verbs of appearance", *English Language and Linguistics*, 11, pp. 1-29.
- Givón, T. (1979): *On Understanding Grammar*, Nueva York: Academic Press.
- Givón, T. (1980): "The binding hierarchy and the typology of complements", *Studies in Language*, 4-3, pp. 333-377.
- Givón, T. (1982): "Evidentiality and Epistemic Space", *Studies in Language*, 6-1, pp. 23-49.

- Givón, T. (1986): "Prototypes: between Plato and Wittgenstein", en C. Craig (ed.): *Noun classes and categorization*, Amsterdam / Philadelphia. John Benjamins, pp. 77-102.
- Givón, T. (1989): *Mind, Code and Context: Essays in Pragmatics*, Hillsdale (N. J.): Lawrence Erlbaum.
- Givón, T. (1991): "Isomorphism in the grammatical code: cognitive and biological considerations", *Studies in Language*, 15-1, pp. 85-114.
- Givón, T. (2002): "The visual information-processing system as an evolutionary precursor of human language", *Typological Studies in Language*, 53, pp. 3-50.
- Givón, T. (2009): *The Genesis of Syntactic Complexity. Diachrony, acquisition, neuro-cognition, evolution*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- Goded Rambaud, M. y R. Jiménez Briones (2002): "Lexical-semantic explorations in English verbs of physical contact: Iconicity and linguistic representations", en R. Mairal Usón y M. J. Pérez Quintero (eds.): *New Perspectives on Argument Structure in Functional Grammar*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 303-330.
- Goldberg, A. E. (1995): *Constructions. A Construction Grammar Approach to Argument Structure*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Goldsmith, J. (1979): "On the thematic nature of *see*", *Ling I*, 10-2, pp. 347-352.
- Gómez Castejón, M. Á. (2007): "Syntactic and Semantic Interaction in the Description of the English Gerund-Participle with Physical Perception Verbs", en J. Valenzuela, A. Rojo y P. Cifuentes (eds.): *Cognitive Linguistics: From Words to Discourse. International Journal of English Studies*, 7-1, pp. 35-45.
- Gómez-Imbert, E. (2003): "*Voir et entendre* comme sources de connaissance grammaticalement explicites", en C. Vandeloise (ed.): *Langues et cognition (Traité des Sciences Cognitives)*, París: Hermès, pp. 115-132.
- Gomila Benejam, A. (1992): "El <<Llibre de L'Affatus>> de Ramon Llull: La idea de un sexto sentido", *Revista de Historia de la Psicología*, 13-2 / 3, pp. 375-380.
- González, J. C., P. Bach, R. Haase y S. Haase (2005): "Perceptual recalibration in sensory substitution and perceptual modification", *Pragmatics & Cognition*, 13-3, pp. 481-500.
- González Melón, E. y H. Hanegreefs (2011): "Efectos discursivos de los marcadores *mira* y *a ver* en contextos argumentativos orales:

- divergencia vs. convergencia comunicativa”, en *Actas del XXXIX Simposio Internacional de la SEL, Santiago de Compostela, 1-4 febrero de 2010*.
- González Orta, M. M. (2003-2004): “The old english verbs of Smell Perception and Emission: analysis of the interface of their semantic and syntactic representation”, *Journal of the Spanish Society for Medieval English Language and Literature*, 12, pp. 33-48.
- González Pérez, R. (1991): *El campo léxico de la valoración del olor en español*, Madrid: Universidad Complutense.
- González Pérez, R. (2006): “Deslizamientos significativos en el campo de la percepción táctil”, en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la SEL, León, 12-15 de diciembre de 2005*, pp. 835-852.
- González Romero, L. (2000): “Argumentos implícitos con interpretación genérica: los verbos de percepción y conocimiento en las construcciones medias”, en B. Rodríguez Arrizabalaga y L. González Romero (coords.): *The syntax-semantics interface*, Huelva: Universidad de Huelva, pp. 85-102.
- González Vázquez, M. (2006): *Las fuentes de la información. Tipología, semántica y pragmática de la evidencialidad*, Vigo: Universidade de Vigo.
- Goodluck, H. y T. Roeper (1979): “Children’s grammar of perception verb complements”, en F. Eckman y A. Hastings (eds.): *Studies in the first and second language acquisition*, Rowley Mass: Newbury House, pp. 66-82.
- Granville Hatcher, A. (1944a): “Je le vois sourire; je le vois qui sourit; je le vois souriant. Part one”, *Modern Language Quarterly*, 5, pp. 275-301.
- Granville Hatcher, A. (1944b): “Je le vois sourire; je le vois qui sourit; je le vois souriant. Part two”, *Modern Language Quarterly*, 5, pp. 387-405.
- Gras Manzano, P. (2010): “Gramática en interacción: una propuesta desde la Gramática de Construcciones”, en J. Sueiro Justel *et al.* (eds.): *Lingüística e Hispanismo*, Lugo: Axac, pp. 283-298.
- Greška, A. (2006): “Étude du lexique de la perception: bilan et perspectives”, *Linguistics (Suвременa lingvistika)*, 61, pp. 45-67.
- Greška, A. (2009): *La polysémie des verbes de perception visuelle*, París: L’Harmattan.
- Grossmann, F. y A. Tutin (2010): “Evidential markers in French scientific writing: the case of the French verb *voir*”, en G. Diewald y E. Smimova

- (eds.): *Linguistic Realization of Evidentiality in European Languages*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 279-308.
- Grüber, J. S. (1967): "Look and see", *Language*, 43-4, pp. 937-947.
- Grygiel, M. (2004): "Semantic change as a process of conceptual blending", *Annual Review of Cognitive Linguistics*, 2, pp. 285-304.
- Grygiel, M. y G. A. Klepanski (2005): "Semantic change and chaos theory", *Studia Anglica Resoviensia*, 3, pp. 48-58.
- Guarddon Anelo, M. (1998): "Visualización, idealización y objetivación del espacio. Un análisis semántico", en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 615-628.
- Guasti, M. T. (1989): "Romance infinitive complements of perception verbs", *Working Papers in Linguistics*, 1-11, pp. 31-45.
- Guasti, M. T. (1993): *Causative and perception verbs: a comparative study*, Torino: Rosenberg & Sellier.
- Guerrero Valenzuela, L. G. (2006): "Verbos de percepción en yaqui", en Z. Estrada Fernández (ed.): *Memorias del VIII Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste*, Universidad de Sonora: Hermosillo, pp. 161-182.
- Guerrero Valenzuela, L. G. (2010): "El amor no surge de los ojos sino de los oídos: Asociaciones semánticas en lenguas yuto-aztecas", *Onomázein*, 21-1, pp. 47-69.
- Guiraud, C. (1964): *Les verbes signifiant "voir" en latin. Étude d'aspect*, París: Klincksieck.
- Gutiérrez Ordóñez, S. (1992): *Introducción a la Semántica Funcional*, Madrid: Síntesis.
- Gutiérrez Ordóñez, S. (2000): "¿Clases o prototipos?", en *De pragmática y semántica*, Madrid: Arco / Libros, pp. 353-394.
- Győri, G. (2000): "Semantic Change as Linguistic Interpretation of the World", en S. Niemeier y R. Dirven (eds.): *Evidence for Linguistic Relativity*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 71-90.
- Győri, G. (2002): "Semantic Change and Cognition", *Cognitive Linguistics*, 13-2, pp. 123-166.
- Haiman, J. (1980): "The Iconicity of Grammar: Isomorphism and Motivation", *Language*, 56-3, pp. 515-540.
- Haiman, J. (1983): "Iconic and economic motivation", *Language*, 59, pp. 781-819.

- Haiman, J. (1985): *Natural syntax. Iconicity and erosion*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hall, E. T. (1966): *The Hidden Dimension. Man's Use of Space in Public and Private*, London: The Bodley Head Ltd.
- Hanegreefs, H. (2005): "Acerca de los verbos *ver*, *mirar* y *observar*: descripción lexicográfica y análisis de corpus", en G. Wotjak y J. Cuartero Otal (eds.): *Entre semántica léxica, teoría del léxico y sintaxis*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 151-166.
- Hanegreefs, H. (2006a): "La construcción preposicional con *mirar*: análisis semántico-sintáctico", *Boletín de Lingüística*, XVIII-25, pp. 22-65.
- Hanegreefs, H. (2006b): "Acerca del significado de los verbos de percepción visual: análisis empírico", en M. Fernández Pérez (ed.): *Actas del VI congreso de lingüística general, Santiago de Compostela, 2-7 de mayo 2004*, Madrid: Arco / Libros, pp. 337-354.
- Hanegreefs, H. (2007): "La interrelación entre semántica y sintaxis: problemas candentes en la clasificación de los complementos preposicionales con *mirar*", en D. Trotter (ed.): *Actes de XXIVe congrès international de linguistique et de philologie romanes, Aberystwyth, 1-6 août 2004*, Tübingen: Niemeyer, pp. 93-105.
- Hanegreefs, H. (2008): *Los verbos de percepción visual. Un análisis de corpus en un marco cognitivo*, Katholieke Universiteit Leuven.
- Harrison, M. E. (2007): "The Scented Word: Language and the Problem of Olfactory Literacy", *Qualifying Portfolio PhD program*, Indiana University of Pennsylvania: www.doctormarlen.files.wordpress.com.
- Haser, V. (2003): "Metaphor in semantic change", en A. Barcelona (ed.): *Metaphor and Metonymy at the Crossroads. A Cognitive Perspective*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 171-194.
- Haser, V. (2005): *Metaphor, Metonymy and Experientialist Philosophy*, Berlin: Mouton de Gruyter.
- Hawking, S. W. (1990): *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*, Madrid: Alianza.
- Heid, U. (1994): "Relating lexicon and corpus: Computational support for corpus-based lexicon building in DELIS", en W. Martin *et al.* (eds.): *EURALEX 1994 Proceedings*, Amsterdam: Vrije Universiteit, pp. 459-471.
- Heine, B. (1992): "Grammaticalization chains", *Studies in Language*, 16-2, pp. 335-368.

- Heine, B., U. Claudi y F. Hünemeyer (1991): *Grammaticalization: A conceptual framework*, Chicago: University of Chicago Press.
- Heine, B. y T. Kuteva (2007): *The Genesis of Grammar. A Reconstruction*, Oxford: Oxford University Press.
- Helle, P. (2006): "A contrastive analysis of perception verbs in English and German", Munich: GRIN Publishing GmbH.
- Hernanz, M. L. (1999): "El infinitivo", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 2197-2356.
- Herrero Ruiz de Loizaga, F. J. (2005): *Sintaxis histórica de la oración compuesta en español*, Madrid: Gredos.
- Higginbotham, J. (1984): "La logique des comptes rendus de perception: une alternative extensionnelle à la sémantique des situations", *Communications*, 40, pp. 149-180.
- Higgins, R. (1981): "Proleptic Objects and Verbs of Perception in Zacapoaxtla Nahuatl", *Texas Linguistic Forum*, 18, pp. 69-88.
- Hilferty, J. (1995): "Metonímia i metàfora des d'una perspectiva cognitiva", *Caplletra*, 18, pp. 31-44.
- Hiraga, M. K. (1994): "Diagrams and Metaphors: Iconic Aspects in Language", *Journal of Pragmatics*, 22-1, pp. 5-21.
- Hjelmlev, L. (1974): *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos.
- Holmér, G. (1970): "Voir <<percevoir par l'ouïe>>", *Studia Neophilologica*, 42, pp. 90-104.
- Hombert, J-M. (1992): "Terminologie des odeurs dans quelques langues de Gabon", *Pholia*, 7, pp. 61-65.
- Hooper, R. (2004): "Perception verbs, directional metaphor and point of view in Tokelauan discourse", *Journal of Pragmatics*, 36-10, pp. 1741-1760.
- Hopper, P. (1987): "Emergent grammar", *Berkeley Linguistics Society*, 13, pp. 139-157.
- Hopper, P. y E. C. Traugott (1993): *Grammaticalization*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Horie, K. (1985): "Lexico-syntactic analysis of verbs of cognition, conception and perception", *Sophia Linguistica*, 18, pp. 39-48.
- Horie, K. (1993): *A Cross-Linguistic Study of Perception and Cognition Verb Complements: A Cognitive Perspective*, PhD thesis: University of Southern California.

- Horno Chéliz, M. C. (2002-2004): "Aspecto léxico y verbos de percepción: A propósito de *ver* y *mirar*", *Archivo de filología aragonesa*, 59-60 / 1, pp. 555-576.
- Horno Chéliz, M. C. (2008): "La interpretación estativa de la percepción visual desde un punto de vista tipológico", en A. Moreno Sandoval (ed.): *Actas del VIII Congreso de Lingüística General*, Madrid: UAM, pp. 995-1013.
- Hornstein, N., A. M. Martins y J. Nunes (2006): "Infinitival Complements of Perception and Causative Verbs: A Case Study on Agreement and Intervention Effects in English and European Portuguese", *University of Maryland Working Papers in Linguistics*, 14, pp. 81-110.
- Howard, H. (2007): "Sparseness and Entropy in Semantic Change: Precedents from Early Vision", en J. Valenzuela, A. Rojo y P. Cifuentes (eds.): *Cognitive Linguistics: From Words to Discourse. International Journal of English Studies*, 7-1, pp. 17-33.
- Howes, D. (1986): "Le sens sans parole: vers une anthropologie de l'odorat", *Anthropologie et sociétés*, 10-3, pp. 29-45.
- Howes, D. (2002): "Nose-wise: Olfactory Metaphors in Mind", en C. Rouby et al. (eds.): *Olfaction, Taste and Cognition*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 67-81.
- Howes, D. (2003): *Sensual Relations. Engaging the Senses in Culture and Social Theory*, Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Howes, D. (2005): *Empire of the Senses: The Sensual Culture Reader*, New York: Berg.
- Huang, C-R. y J-F. Hong (2005): "Deriving Conceptual Structures From Sense: A Study of Near Synonymous Sensation Verbs", *Journal of Chinese Language and Computing*, 15-3, pp. 125-135.
- Iacoboni, M. (2009): *Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros*, Buenos Aires / Madrid: Katz.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (1997): "Smelling and Perception: A Cross-Linguistic Study", *Cuadernos de Filología Inglesa*, 6-2, pp. 113-121.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (1998): "Predictable vs. unpredictable polysemy", *LACUS Forum*, 25, pp. 201-211.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (1999a): *Polysemy and metaphor in perception verbs: A cross-linguistic study*, PhD Thesis: University of Edinburg.

- Ibarretxe-Antuñano, I. (1999b): "Metaphorical mappings in the sense of smell", en R. W. Gibbs y G. J. Steen (eds.): *Metaphor in Cognitive Linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 29-45.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2000): "¿Es la metáfora el único proceso que interviene en el cambio semántico?", *Revista Española de Lingüística Aplicada. Volumen Monográfico*, pp. 409-418.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2002): "Mind-as-body as a cross-linguistic conceptual metaphor", *Miscelánea. A Journal of English and American Studies*, 25, pp. 93-119.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2003): "El cómo y el porqué de la polisemia de los verbos de percepción", en C. Molina et al. (eds.): *Cognitive Linguistics in Spain at the Turn of the Century*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, pp. 213-228.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2006): "Cross-linguistic Polysemy in Tactile Verbs", en J. Luchenbroers (ed.): *Cognitive Linguistics Investigations across Languages, Fields, and Philosophical Boundaries*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 235-253.
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2008): "Vision Metaphors for the Intellect: Are they Really Cross-Linguistic?", *Atlantis. Journal of the Association of Anglo-American Studies*, 30-1, pp. 15-33.
- Inchaurrealde, C. e I. Vázquez (eds.) (2000): *Una introducción cognitiva al lenguaje y a la lingüística*, Zaragoza: Mira Editores.
- Iordanskaja, L. N. (1979): "The semantics of three Russian verbs of perception: vosprinimat' '(to) perceive', oščuščat' '(to) sense' and čusvstvovat' '(to) feel'", *Linguistics*, 17 / 9-10, pp. 825-842.
- Iwasaki, S. (2002): "Proprioceptive-state expressions in Thai", *Studies in Language*, 26-1, pp. 33-66.
- Jaberg, K. (1901): "Pejorative Bedeutungsentwicklung im Französischen", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, XXV, pp. 561-601.
- Jay, M. (1993): *Downcast Eyes: The Denigration of Vision in Twentieth-Century French Thought*, Berkeley: University of California Press.
- Johnson, C. (1999): "Metaphor vs. conflation in the acquisition of polysemy: the case of see", en M. K. Hiraga et al. (eds.): *Cultural, Psychological and Typological Issues in Cognitive Linguistics*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 155-169.
- Johnson, M. (1987): *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination, and Reason*, Chicago: The University of Chicago Press.

- Jonas, H. (1954): "The Nobility of Sight", *Philosophy and Phenomenological Research*, 14-4, pp. 507-519.
- Jørgensen, E. (1999): "Verbs of physical perception used in progressive tenses", *English Studies*, 71-5, pp. 439-444.
- Julià Luna, C. y L. Romero Aguilera (2010): "Los somatismos que contienen la voz *ojo* en el *Diccionario de Autoridades*: análisis fraseográfico y semántico-cognitivo", en M. T. Encinas Manterola *et al.* (eds.): *Ars longa. Diez años de AJIHLE*, Buenos Aires: Voces del Sur, pp. 531-552.
- Kanizsa, G. (1986): *Gramática de la visión. Percepción y pensamiento*, Barcelona: Paidós.
- Katz, J. J. (1972): *Semantic Theory*, New York: Harper & Row.
- Katz, J. J. y A. Fodor (1963): "The structure of a semantic theory", *Language*, 39, pp. 170-210.
- Kay, P. (1975): "Synchronic variability and diachronic change in Basic color terms", *Language in Society*, 4, pp. 257-270.
- Kay, P., B. Berlin y W. Merrifield (1991): "Bio-cultural implications of systems of color naming", *Journal of Linguistic Anthro-pology*, 1-1, pp. 12-25.
- Kemmer, S. (1992): "Grammatical prototypes and competing motivations in a theory of linguistic change", en G. W. Davis y G. Iverson (eds.): *Explanation in historical linguistics*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 145-166.
- Kemmer, S. (1993): *The Middle Voice*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- Kennedy, J. M. (1984): *Vision and Metaphors: Empirical Investigations*, Toronto: Toronto Semiotic Circle.
- Keysers, C. (2010): "Las neuronas espejo: ¿somos éticos por naturaleza?", en M. Brockman (ed.): *La ciencia del futuro*, Barcelona: RBA, pp. 36-43.
- Khalifa, J-C. (2003): "Linguists were seen to scratch their heads. Le problème du <<passif en to>> des verbes de perception en anglais", en J. Chuquet (ed.): *Verbes de parole, de pensée et de perception. Études syntaxiques et sémantiques*, Rennes: P. U. Rennes, pp. 173-202.
- Kiefer, F. (2001): "Recent developments in historical semantics", en Z. Fábíán y G. Salvi (eds.): *Semantica e Lessicologia storiche. Atti del XXXII Congresso Internazionale di Studi. Budapest, 29-31 ottobre 1998*, Roma: Bulzoni, pp. 13-24.

- Kinadjian-Rance, A-A. (2007): "L'acquisition de la numération et le sens du toucher", en A-M. Laurian (ed.): *Les cinq sens et les sensations. Lexicographie contrastive*, Bern: Peter Lang, pp. 117-122.
- Kirsner, R. S. (1977): "On the passive of sensory verb complements", *LingL*, 8, pp. 173-179.
- Kirsner, R. S. y S. A. Thompson (1976): "The role of pragmatic inference in semantics: a study of sensory verb complements in English", *Glossa*, 10-2, pp. 200-240.
- Kiyosawa, Y. (1986): "Infinitival perception verb constructions in Portuguese, Descriptive and Applied Linguistics", *Bulletin of the ICU Summer Institute of Linguistics*, 19, pp. 127-138.
- Kleiber, G. (1988): "Sur les relatives du type Je le vois qui arrive", *Travaux de linguistique*, 17, pp. 89-115.
- Kleiber, G. (1995): *La Semántica de los prototipos. Categoría y sentido léxico*, Madrid: Visor Libros.
- Koch, P. (1997): "La diacronia quale campo empirico della semantica cognitive", en M. Carapezza et al. (eds.): *Linguaggio e Cognizione. Atti del XXVIII Congresso della Società di Linguistica Italiana*, Roma: Bulzoni, pp. 225-246.
- Koivisto-Alanko, P. (2000a): *Abstract Words in Abstract Worlds: Directionality and Prototypical Structure in the Semantic Change in English Nouns of Cognition*, Helsinki: Société Néophilologique de Helsinki.
- Koivisto-Alanko, P. (2000b): "Mechanisms of Semantic Change in Nouns of Cognition: a General Model?", en J. Coleman y C. J. Kay (eds.): *Lexicology, Semantics and Lexicography*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 35-52.
- Kopytko, R. (1986): "Perception verbs complements and diachronic syntax", *SAP*, 18, pp. 131-138.
- Kopytko, R. (1990): "The complements of perception verbs in English and Polish: a syntacto-semantic analysis", *Papers and Studies in Contrastive Linguistics*, 25, pp. 163-176.
- Korsmeyer, C. (2002): *El sentido del gusto. Comida, estética y filosofía*, Barcelona: Paidós.
- Kövecses, Z. (2000): *Metaphor and Emotion. Language, Culture, and Body in Human Feeling*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Kövecses, Z. (2005): *Metaphor in Culture. Universality and Variation*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Kövecses, Z. y G. Radden (1998): "Metonymy: Developing a cognitive linguistic view", *Cognitive Linguistics*, 9-1, pp. 37-77.
- Kroesch, S. (1911): "Semasiological Development of the Words for <<Perceive>> etc. in the Older Germanic Dialects", *Modern Philology*, VIII, pp. 1-48.
- Kryk, B. (1978): "Some remarks on the verbs of perception in English and Polish", *Papers and Studies in Contrastive Linguistics*, 8, pp. 113-131.
- Kryk, B. (1979): "How factive are *see*, *hear*, *feel* and their Polish equivalents?", *Papers and Studies in Contrastive Linguistics*, 9, pp. 147-164.
- Labelle, M. (1996): "Remarques sur les verbes de perception et la sous-catégorisation", *Recherches Linguistiques De Vincennes*, 25, pp. 83-106.
- Lacassain-Lagoin, C. (2010): "De l'expérience perceptive au compte rendu de perception: la complémentation en -ING après *look at* et *listen to*", en J-C. Khalifa y P. Miller (dirs.): *Perception et structures linguistiques. Huit études sur l'anglais*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 179-208.
- Lakoff, G. (1987): *Women, Fire, and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*, Chicago / London: The University of Chicago Press.
- Lakoff, G. (1990): "The invariance hypothesis: is abstract reasoning based on image-schemas?", *Cognitive Linguistics*, 1-1, pp. 39-74.
- Lakoff, G. (1993): "The metaphor system and its role in grammar", en K. Beals et al. (eds.): *What We Think, What We Mean, and How We Say It: Papers from the Parasession on the Correspondence of Conceptual, Semantic and Grammatical Representations*, Chicago: Chicago Linguistic Society, pp. 217-241.
- Lakoff, G. (1996): "Sorry, I'm Not Myself Today: The Metaphor System for Conceptualizing the Self", en G. Fauconnier y E. Sweetser (eds.): *Spaces, Worlds, and Grammar*, Chicago: Chicago University Press, pp. 91-123.
- Lakoff, G. y M. Johnson ([1980] 1986): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1999): *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*, Chicago: University of Chicago Press.

- Lambrecht, K. (2000): "Prédication seconde et structure informationnelle: la relative de perception comme construction présentative", *Langue française*, 127, pp. 49-66.
- Lang, E. (1990): "Primary Perceptual Space and Inherent Proportion Schema: Two Interacting Categorization Grids Underlying the Conceptualization of Spatial Objects", *Journal of Semantics*, 7, pp. 121-141.
- Langacker, R. W. (1966): "Les verbes *faire, laisser, voir, etc.*", *Langages*, 3, pp. 72-89.
- Langacker, R. W. (1987): *Foundations of Cognitive Grammar Vol. I. Theoretical Prerequisites*, Stanford / California: Stanford University Press.
- Langacker, R. W. (1990a): "Subjectification", *Cognitive Linguistics*, 1-1, pp. 5-38.
- Langacker, R. W. (1990b): *Concept, Image, and Symbol. The Cognitive Basis of Grammar*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter.
- Langacker, R. W. (1991): *Foundations of Cognitive Grammar Vol. II. Descriptive Application*, Stanford / California: Stanford University Press.
- Langacker, R. W. (1999): *Grammar and Conceptualization*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter.
- Langacker, R. W. (2006): "On the continuous debate about discreteness", *Cognitive Linguistics*, 17-1, pp. 107-151.
- Lapaire, J-R. (2004): "Imagistic dimensions of futurity: How English and French picture the future", en B. Lewandowska-Tomaszczyk y A. Kwiatkowska (eds.): *Imagery in Language. Festschrift in Honour of Professor Ronald W. Langacker*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 279-296.
- Lapesa, R. (1981): *Historia de la lengua española*, Madrid: Gredos.
- Larrivé, P. (2008): *Une histoire du sens. Panorama de la sémantique linguistique depuis Bréal*, Bruxelles: Peter Lang.
- Larsson, C. (2009): *No veo lo que dices. De la percepción visual directa a la percepción intelectual indirecta. Significados metafóricos del verbo ver – la relación entre la pragmática, la semántica y la sintaxis – en algunas construcciones transitivas en el español contemporáneo*, Göteborgs Universiteit.
- Lavale Ortiz, R. M. (2007): "Causatividad y verbos denominales", *ELUA*, 21, pp. 171-207.

- Lawless, H. y T. Engen (1977): "Association to Odors: interferente, Mnemonics, and Verbal Labeling", *Journal of Experimental Psychology: Human Learning and Memory*, 3-1, pp. 52-59.
- Lazard, G. (2001): "On the grammaticalization of evidentiality", *Journal of Pragmatics*, 33-3, pp. 359-368.
- Lebaud, D. (2004): "Toucher: le tango des sens. Problèmes de sémantique lexicale", *Linx*, 50, pp. 53-80.
- Le Breton, D. (2006): *La Saveur du Monde. Une anthropologie des sens*, París: Métailié.
- Le Clerc, C. (1998): "Complémentarité des méthodes de sémantique structurale et de sémantique prototypique illustrée dans le champ lexical des verbes de lumière français", en G. Wotjak (coord.): *Teoría del campo y semántica léxica*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 209-232.
- Lehmann, C. (1985): "Grammaticalization: Synchronic Variation and Diachronic Change", *Lingua e stile*, XX-3, pp. 303-318.
- Lemhagen, G. (1979): *La concurrence entre l'infinitif et la subordonnée complétive introduite par que en français contemporain*, Stockholm: Almqvist och Wiksell Stockholm.
- Lenneberg, E. H. (1975): *Fundamentos biológicos del lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Le Querler, N. (1989): "Quand voir, c'est pouvoir voir", *Langue Française*, 84, pp. 70-82.
- Levin, D. (2002): "Verbos de emoción: desde la historia hasta el funcionamiento", en M. T. Echenique Elizondo *et al.* (eds.): *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Gredos, pp. 2195-2199.
- Leza, C. (2002): "Gramatical Images of Perception and Legitimacy: An Example from Jacalteco Maya", *Texas Linguistic Forum*, 45, pp. 76-83.
- Lichtenberk, F. (1991): "Semantic change and heterosemy in grammaticalization", *Language*, 67-3, pp. 475-509.
- Lien, C. (2005): "Verbs of Visual Perception in Taiwanese Southern Min: A Cognitive Approach to Shift of Semantic Domains", *Language and Linguistics*, 6-1, pp. 109-132.
- Llamas Saíz, C. (2005): *Metáfora y creación léxica*, Pamplona: Eunsa.
- Llopis Ganga, J. (1996-1997), "El dativo de dirección: propuestas cognitivas", *ELUA*, 11, pp. 199-231.

- Lodares, J. R. (1992): "Lexicología histórica e historia social", en M. Ariza *et al.* (eds.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Pabellón de España, pp. 1145-1150.
- López García, Á. (1991): *Psicolingüística*, Madrid: Síntesis.
- López García, Á. (2002): *Fundamentos genéticos del lenguaje*, Madrid: Cátedra.
- López García, Á. (2005): *Gramática cognitiva para profesores de español L2*, Madrid: Arco / Libros.
- López García, Á. (2010): *El origen del lenguaje*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Lorig, T. S. (1999): "On the similarity of odor and language perception", *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 23, pp. 391-398.
- Lowrey, B. (2010): "Quelques remarques sur la complémentation des verbes de perception en moyen-anglais", en J-C. Khalifa y P. Miller (dirs.): *Perception et structures linguistiques. Huit études sur l'anglais*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 91-112.
- Luque Castro, A. (2008): "Sobre el desarrollo histórico de las estructuras de control y percepción en español y otros romances", en E. T. Montoro del Arco *et al.* (coords.): *Nuevas perspectivas en torno a la diacronía lingüística. Actas del VI Congreso Nacional de la Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española (Granada, 29-31 de marzo de 2006)*, Granada: Universidad de Granada, pp. 299-312.
- Luque Durán, J. de D. (2001): *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*, Granada: Método.
- Luria, A. R. (1978): *Sensación y percepción*, Barcelona: Fontanella.
- Lyons, J. (1977): *Natural Language and Universal Grammar. Essays in Linguistic Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Mair, C. (1994): "Is *see* becoming a conjunction? The study of grammaticalization as a meeting ground for corpus linguistics and grammatical theory", en U. Fries *et al.* (eds.): *Creating and using English language corpora. Papers from the Fourteenth International Conference on English Language Research on Computerized Corpora, Zürich 1993*, Amsterdam / Atlanta: GA, pp. 127-137.
- Malchukov, A. L. (2005): "Case Pattern Splits, Verb Types and Construction Competition", en M. Amberber y H. de Hoop (eds.): *Competition and Variation in Natural Languages: The Case for Case*, Amsterdam: Elsevier, pp. 73-117.

- Maldonado, R. (1999): *A media voz: problemas conceptuales del clítico se*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Maldonado, R. (2009): "Middle as a Basic Voice System", en L. Guerrero *et al.* (eds.): *Studies in Role and Reference Grammar*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.
- Manns, F. (1983): "En marge des récits de la résurrection dans l'évangile de Jean: le verbe *voir*", *Revue des Sciences Religieuses Strasbourg*, 57-1, pp. 10-28.
- Maraldi, M. (1980): "The Complement Structure of Perception Verbs in Latin", en G. Calboli (ed.): *Papers on Grammar*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 47-80.
- Marcos Sánchez, M. (2005): "A propósito del marcador *por lo visto*", en L. Santos Río *et al.* (eds.): *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 777-785.
- Marcos Sánchez, M. (2011): "Deliberar para (re)formular: a propósito del marcador *bien mirado*", en R. González Ruiz y C. Llamas Saíz (eds.): *Gramática y discurso. Nuevas aportaciones sobre partículas discursivas del español*, Navarra: EUNSA, pp. 135-157.
- Marín Jordà, M. J. (2004): *Discurs i gramaticalització: verbs de percepció usats com a marcadors discursius en el debat electoral*, València: Universitat de València.
- Marín Jordà, M. J. (2005): "Gramaticalització i funció discursiva dels verbs de percepció", *Caplletra*, 38, pp. 47-71.
- Marks, L. E. (1978): *The Unity of the Senses: Interrelations among the Modalities*, New York / San Francisco / London: Academic Press.
- Marks, L. E. (1996): "On Perceptual Metaphors", *Metaphor and Symbolic Activity*, 11-1, pp. 39-66.
- Marsac, F. (2006): *Les constructions infinitives régies par un verbe de perception*, Université Marc Bloch: UFR des Lettres.
- Martín Zorraquino, M. A. y J. Portolés Lázaro (1999): "Los marcadores del discurso", en I. Bosque y V. Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 4051-4213.
- Martineau, F. (1990): "La Construction <<accusatif avec infinitif>> avec les verbes causatifs et de perception en moyen français", *Revue québécoise de linguistique*, 19-1, pp. 77-100.
- Martineau, F. (1992a): "The Evolution of Complements of Causative and Perception Verbs in French", en P. Hirschbühler y K. Koerner (eds.):

- Romance Languages and Modern Linguistic Theory*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 161-174.
- Martineau, F. (1992b): "Mouvements verbaux et nominaux dans les constructions causatives et de perception", *Travaux de linguistique*, 25, pp. 93-110.
- Martines Peres, J. (2000): "L'expressió de les emocions i la creativitat lèxica: 'estimar' / 'amar', entre l'eufemisme i la metàfora cultural", en *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santander: Universidad Menéndez Pelayo, pp. 1221-1243.
- Martínez Liébana, I. (1999-2000): "El ciego de Molyneux: un problema metafísico sobre interconexión sensorial", *Contextos*, XVII-XVIII / 33-36, pp. 153-173.
- Marzo, D. (2008): "What is iconic about polysemy? A contribution to research on diagrammatic Transparency", en K. Willems y L. De Cuypere (eds.): *Naturalness and Iconicity in Language*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 167-187.
- Maslova, E. (2004): "A universal constraint on sensory lexicon, or when hear can mean 'see'?", en A. P. Volodin (ed.): *Tipologičeskie obosnovanija v grammatike: k 70-letiju professora Xrakovskogo V. S.*, Moscow: Znak, pp. 300-312.
- Mateu Fontanals, J. (2009): "Modelos cognitivos", en E. de Miguel (ed.): *Panorama de la lexicología*, Barcelona: Ariel, pp. 281-300.
- Matlin, M. W. y H. J. Foley (1996): *Sensación y percepción*, México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Matthews, G. B. (1974): "Moore on see: modes of polysemy", *The Journal of Philosophy*, 71, pp. 711-721.
- Mayer, J. (1982): "Body, psyche and society: Conceptions of illness in Ommura, Eastern Highlands, Papua New Guinea", *Oceania*, 52, pp. 240-259.
- Mckay, T. (2009): *Infinitival complements in german: 'lassen', 'scheinen' and the verbs of perception*, Cambridge: Cambridge Studies in Linguistics.
- McLaughlin, J. (1970): *Aspects of the History of English*, New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Melis, C. (1998): "Sobre la historia sintáctica de *gustar*", en C. García Turza et al. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, La Rioja: Universidad de La Rioja, pp. 295-305.

- Melis, G. (2010): "La perception et son sujet: l'investissement subjectif en syntaxe", en J-C. Khalifa y P. Miller (dirs.): *Perception et structures linguistiques. Huit études sur l'anglais*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 141-155.
- Merleau-Ponty, M. (1975): *Fenomenología de la percepción*, Barcelona: Península.
- Messineo, C. y H. E. Manelis Klein (2005): "Expresión de la TRAYECTORIA en verbos de movimiento y posición en Toba (flia guaycurú)", en *Memorias del Congreso de Idiomas Indígenas de Latinoamérica – II 27-29 de octubre de 2005*, University of Texas at Austin.
- Miller, G. A. (1991): "Lexical echoes of perceptual structure", en G. R. Lockhead y J. R. Pomerantz (eds.): *The perception of structure. Essays in honor of Wendell R. Garner*, Washington D. C.: American Psychological Association, pp. 249-261.
- Miller, G. A. y P. N. Johnson-Laird (1976): *Language and perception*, Cambridge: Harvard University Press.
- Miller, P. (2003): "La complémentation directe et indirecte des verbes de perception en anglais", en J. Pauchard (ed.): *Actes des Journées Scientifiques 2000 / 2001. La préposition dans la rection des verbes (domaine anglais)*, Reims: Presses Universitaires de Reims, pp. 115-135.
- Miller, P. (2004): "Negative complements in direct perception reports", en J. E. Cihlar et al. (eds.): *Proceedings of the 39th Annual Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago: Chicago Linguistic Society, pp. 287-303.
- Miller, P. (2008): "Prédication et évidentialité: de l'emploi copule des verbes de perception en anglais", *Faits de langue*, 31-32.
- Miller, P. y B. Lowrey (2003): "La complémentation des verbes de perception en français et en anglais", en P. Miller y A. Zribi-Hertz (eds.): *Essais sur la grammaire comparée du français et de l'anglais*, Paris: Presses Universitaires de Vincennes, pp. 131-188.
- Moiseeva, N. (1998): "Verbs of perception in Russian", en M. Giger et al. (eds.): *Lexicologie und Sprachveränderung in der Slavia*, Oldenburg: Bibliotheks – und Informationssystem der Universität Oldenburg, pp. 153-164.
- Molina Redondo, J. A. (1971): "La construcción <<verbo en forma personal + infinitivo>>", *Revista española de lingüística*, 1-2, pp. 275-298.

- Monachini, M. y A. Roventini (1994): "Italian Audition Verbs: A Corpus – and Frame – based Analysis", en W. Martin *et al.* (eds.): *EURALEX 1994 Proceedings*, Amsterdam: Vrije Universiteit, pp. 117-127.
- Monopoli, D. y C. Cacciari (2009): "Il linguaggio letterale e figurato nelle descrizioni dell'esperienza sensoriale: l'olfatto è davvero un senso <<senza parole>>?", *Paradigmi. Rivista di critica filosofica*, 1, pp. 147-162.
- Montolío Durán, E. y V. Unamuno (2000): "El marcador del discurso *a ver* (catalán *a veure*) en la interacción profesor / alumno", en J. J. de Bustos *et al.* (coords.): *Lengua, discurso, texto (I Simposio Internacional de Análisis del Discurso)*, Madrid: Visor, pp. 603-620.
- Montserrat i Buendia, S. (2004): "Evolució semàntica d'arribar en català (segles XIII-XVI): un exemple de canvi de prototipus", en J. L. Cifuentes Honrubia y C. Marimón Llorca (coords.): *Estudios de Lingüística: el verbo*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 421-442.
- Montserrat i Buendia, S. (2007): *La semàntica diacrònica cognitiva. Una aplicació a propòsit de venir, arribar i aplegar (segles XII-XVI)*, Barcelona: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana.
- Mora, F. (2001): *El reloj de la sabiduría. Tiempos y espacios en el cerebro humano*, Madrid: Alianza.
- Moreno Cabrera, J. C. (1997): "Tipología y semántica de las construcciones sensitivas", en J. A. de Molina Redondo *et al.* (coords.): *Estudios de lingüística general: conferencias [y] trabajos presentados en el II Congreso Nacional de Lingüística General: Granada, 25 al 27 de marzo de 1996*, Granada: Método, pp. 91-105.
- Moreno Cabrera, J. C. (2003): *Semántica y gramática. Sucesos, papeles semánticos y relaciones sintácticas*, Madrid: Antonio Machado Libros.
- Morgado, I. (2012): *Cómo percibimos el mundo. Una exploración de la mente y los sentidos*, Barcelona: Ariel.
- Morimoto, Y. (2006): "Análisis comparativo de *encontrarse* y *sentirse*: entre la predicación y la atribución", en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la SEL, León, 12-15 de diciembre de 2005*, pp. 1331-1342.
- Morimoto, Y. y M. V. Pavón Lucero (2007): *Los verbos pseudos-copulativos del español*, Madrid: Arco / Libros.
- Morrot, G., F. Brochet y D. Dubourdiou (2001): "The color of odors", *Brain and Language*, 79, pp. 309-320.
- Mosterín, J. (2006): *La naturaleza humana*, Madrid: Espasa Calpe.

- Moure, T. (2001): *Universales del lenguaje y linguo-diversidad*, Barcelona: Ariel.
- Muller, C. (1995): "Les relatives de perception: J'entends le garçon qui bégaie qui bégaie", en H. Bat-Zeev Shyldkrot y L. Kupferman (eds.): *Tendances récentes en linguistique française et générale*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 311-322.
- Mulligan, K. (1996): "Percepción, particulares y predicados", *Revista de Filosofía*, IX-16, pp. 105-120.
- Muñoz Gutiérrez, C. (2001): "Tocándonos... Un conocimiento desde el cuerpo", *A Parte Rei*, 14, pp. 1-11.
- Nagel, T. (2004): *La posibilidad del altruismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Naukkarinen, O. (1997): *Étude de quelques verbes de perception du français*, Helsinki: Yliopistopaino.
- Newmeyer, F. J. (1992): "Iconicity and Generative Grammar", *Language*, 68, pp. 756-796.
- Nissen, U. K. (2006): "<<¡Ojo!>> Un análisis contrastivo de metáforas y metonimias relativas al 'ojo' en español e inglés", en E. de Miguel *et al.* (eds.): *Estructuras Léxicas y Estructura del Léxico*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 95-109.
- Noël, D. (2003): "Revisiting the Passive of Infinitival Perception Verb Complements", *Studia Neophilologica*, 75, pp. 12-29.
- Nuyts, J. (2001): *Epistemic modality, language, and conceptualization: a cognitive-pragmatic perspective*, Amsterdam: John Benjamins.
- Nyrop, K. (1913): *Grammaire historique de la langue française IV: Sémantique*, Copenhagen: Gyldendalske Boghandel Nordisk Forlag.
- Oakley, K. y J. Jenkins (1996): *Understanding Emotions*, Cambridge: Blackwell.
- Olarrea, A. (2005): *Orígenes del lenguaje y selección natural*, Madrid: Equipo Sirius.
- Oliveira, R. (2008): *Temporalidade em orações completivas infinitivas subcategorizadas por verbos perceptivos e causativos – Análise de um corpus do Português Medieval*, Dissertação de Mestrado, Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas.
- Ong, W. J. (1991): "The Shifting Sensorium", en D. Howes (ed.): *The Varieties of Sensory Experience. A Sourcebook in the Anthropology of the Senses*, Toronto: University of Toronto Press, pp. 25-30.

- Ono, H. (2004): "On the semantic difference between the do- form and the doing- form in perception verb complements: from the viewpoint of 'perception' and 'cognition'", *Journal of Pragmatics*, 36, pp. 407-439.
- O'Shaughnessy, B. (1989): "The Sense of Touch", *Australasian Journal of Philosophy*, 67-1, pp. 37-58.
- Otaola, C. (1988): "La modalidad (con especial referencia a la lengua española)", *Revista de Filología Española*, LXVIII-1 / 2, pp. 97-117.
- Ozouf, C. (2004): "Caractère différentiel et relation d'équivalence entre voir et regarder", *Cahiers du CRISCO*, 16, pp. 1-25.
- Padilla García, X. A. (2005): *Pragmática del orden de palabras*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Paes de Barros, A. R. M. (1985): "Comprender é ver", *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, 8, pp. 67-78.
- Palancar, E. (2005): "Los verbos *saber* y *conocer* en español: Aspecto léxico y morfodinámica", en M. Lubbers Quesada y R. Maldonado (eds.): *Dimensiones del Aspecto en Español*, México: Universidad Autónoma de Querétaro / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 17-54.
- Palmer, F. R. (1986): *Mood and Modality*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Pamies, A. y E. Iñesta (2001): "El MIEDO en las unidades fraseológicas: enfoque interlingüístico", *Language Design*, 3, pp. 41-75.
- Pascual, J. A. (2001-2002): "Sobre *heredar*, *heredero*, *herencia* en la documentación latina medieval", *Voces*, 12-13, pp. 115-124.
- Paul, H. (1897): *Deutsches Wörterbuch*, Halle: Niemeyer.
- Paul, H. (1920): *Prinzipien der Sprachgeschichte*, Halle: Niemeyer.
- Paulin, C. (2003): "Polysémie et complémentation verbale: le verbe *feel* dans tous ses états", en C. Delmas y L. Roux (eds.): *Correct, incorrect en linguistique anglaise*, Saint-Étienne: Publications de l'Université de Saint-Étienne, pp. 129-155.
- Peirsman, Y. y D. Geeraerts (2006): "Metonymy as a prototypical category", *Cognitive Linguistics*, 17-3, pp. 269-316.
- Penttilä, E. (1956): "The Old English verbs of vision. A semantic study", *Mémoires de la Société néophilologique de Helsinki*, 18, pp. 1-209.
- Peña Cervel, M. S. (2003): *Topology and Cognition: What Image-schemas Reveal about the Metaphorical Language of Emotions*, Muenchen: Lincom.

- Peña Cervel, M. S. (2012): "Los esquemas de imagen", en I. Ibarretxe-Antuñano y J. Valenzuela (eds.): *Lingüística Cognitiva*, Barcelona: Anthropos, pp. 69-96.
- Pereira Maceda, M. (2009): "Un caso de variación no galego moderno: posibles realización do complemento directo dos verbos *oír* e *escoitar*", *Estudos de Lingüística Galega*, 1, pp. 125-146.
- Pérez Saldanya, M. (1998): "Iconicidad y cognición en morfología flexiva", en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 839-856.
- Picoche, J. (1990): "*Ouïr, entendre, comprendre*, Une vue psychomécanique sur le renouvellement du lexique", en H. Andersen y K. Koerner (eds.): *Historical Linguistics 1987. Papers from the 8th International Conference on Historical Linguistics, Lille, August 30-September 4, 1987*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 375-385.
- Picoche, J. (1996): "Signifié de puissance et primitives. L'exemple des verbes *rassembler, commencer, suivre* et *toucher*", *Journées de sémantique lexicale brestoises*.
- Pinard, S. (1991): "A Taste of India: On the Role of Gustation in the Hindu Sensorium", en D. Howes (ed.): *The Varieties of Sensory Experience: A Sourcebook in the Anthropology of the Senses*, Toronto: University of Toronto Press, pp. 221-238.
- Pinker, S. (2007): *Cómo funciona la mente*, Barcelona: Destino.
- Piron, S. (2002a): "Évolution sémantique des verbes de perception en français: une approche lexicale", en *Actes des XVIe Journées de Linguistique, 15-16 mars, AEDILL*, Québec / Canada: Université Laval, pp. 71-82.
- Piron, S. (2002b): "Les verbes de perception génériques en français. Une approche historique du lexique", en *ACFAS, Discipline Linguistique, 14-15 mai 2002*, Québec / Canada: Université Laval.
- Piron, S. (2004): "Contraintes syntaxiques et préférences sélectionnelles du verbe *entendre*", *JADT: 7e Journées internationales d'Analyse statistique des Données Textuelles*.
- Piron, S. (2008): "Description en sémantique cognitive et représentation des connaissances. Les sens sensoriels du verbe *entendre*", *Cahiers du Cental*, 5, pp. 73-84.
- Pizer, K. (1994): "Perception verb complementation: a construction-based account", *Chicago Linguistics Society*, 30, pp. 335-346.

- Plümacher, M. y P. Holz (eds.) (2007): *Speaking of Colors and Odors*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- Plungian, V. A. (2001): "The place of evidentiality within the universal grammatical space", *Journal of Pragmatics*, 33-3, pp. 349-358.
- Poch, A. e I. Verdaguer (1996): "The interaction of polysemy and complementation: a case study", *SEDERI: yearbook of the Spanish and Portuguese Society for English Renaissance Studies*, 7, pp. 73-79.
- Poch, A. e I. Verdaguer (1997a): "An analysis of the complementation of WATCH", en J. A. Gurpegui Palacios et al. (eds.): *XVIII Congreso de AEDEAN: Alcalá de Henares, 15-17 diciembre 1994*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, pp. 105-114.
- Poch, A. e I. Verdaguer (1997b): "A Semantically Motivated Account of the Complementation of Perception Verbs", en *Proceedings of the 20th International AEDEAN Conference*, Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 275-280.
- Pons Bordería, S. (1998): "Oye o mira o los límites de la conexión", en M. A. Martín Zorraquino y E. Montolío Durán (eds.): *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, Madrid: Arco / Libros, pp. 213-228.
- Popova, Y. (2003): "<<The Fool. Sees with his Nose>>: Metaphoric Mappings in the Sense of Smell in Patrick Süskind's *Perfume*", *Language and Literature*, 12-2, pp. 135-151.
- Popova, Y. (2005): "Image schemas and verbal synaesthesia", en B. Hampe y J. E. Grady (eds.): *From Perception to Meaning. Image Schemas in Cognitive Linguistics*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 395-419.
- Porto Dapena, J-Á. (1992): *Complementos argumentales del verbo: directo, indirecto, suplemento y agente*, Madrid: Arco / Libros.
- Postal, P. (1971): *Cross-Over Phenomena*, New York: Holt, Reinhart and Winston.
- Prévot, A. (1934): *Verbes grecs relatifs à la vision et noms de l'oeil*, París: Klincksieck.
- Primus, B. (1999): *Cases and Thematic Roles*, Tübingen: Niemeyer.
- Pustejovsky, J. (1991a): "The Syntax of Event Structure", en B. Levin y S. Pinker (eds.): *Lexical and Conceptual Structure*, Oxford: Blackwell, pp. 47-81.
- Pustejovsky, J. (1991b): "The generative lexicon", *Computational Linguistics*, 17, pp. 409-441.

- Pustejovsky, J. (1995): *The Generative Lexicon*, Cambridge: MIT Press.
- Quillian, R. (1968): "Semantic memory", en M. Minsky (ed.): *Semantic Information Processing*, Cambridge: MIT Press.
- Quirk, R. (1970): "Taking a deep smell", *JP*, 6, pp. 119-124.
- Rabatel, A. (2003): "Les verbes de perception en contexte d'effacement énonciatif: du point de vue représenté aux discours représentés", *Travaux de linguistique*, 1-46, pp. 49-88.
- RAE (1992): *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid: Espasa Calpe.
- RAE (2009): *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe.
- Rafel, J. (1999): "La construcción pseudo-relativa en romance", *Verba*, 26, pp. 165-192.
- Ramachandran, V. S. (2008): *Los laberintos del cerebro*, Barcelona: La Liebre de Marzo.
- Ramachandran, V. S. (2012): *Lo que el cerebro nos dice. Los misterios de la mente humana al descubierto*, Barcelona: Paidós.
- Rastier, F. (1991): *Sémantique et recherches cognitives*, París: Presses Universitaires de France.
- Rastier, F. (1999): "Cognitive semantics and diachronic semantics: the values and evolution of classes", en A. Blank y P. Koch (eds.): *Historical Semantics and Cognition*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 109-144.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1981): "Brain and mind in Desana shamanism", *Journal of Latin American Lore*, 7-1, pp. 73-98.
- Reisig, C. K. (1839): *Vorlesungen über die lateinische Sprachwissenschaft (abgehalten ab 1825)*, Leipzig: Lehnhold.
- Restrepo, F. ([1917] 1946): *Diseño de semántica general. El Alma de las palabras*, Bogotá: Librería Voluntad.
- Richardson, D. C., R. Dale y M. J. Spivey (2007): "Eye movements in language and cognition. A brief introduction", en M. González-Márquez et al. (eds.): *Methods in Cognitive Linguistics*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 323-344.
- Riddle, E. (1975): "Some Pragmatic Conditions on Complementizer Choice", *Papers of the Eleventh Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, II, pp. 467-474.
- Ridruejo Alonso, E. (2002): "Para un programa de pragmática histórica del español", en M. T. Echenique et al. (eds.): *Actas del V Congreso*

- Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Gredos, pp. 159-177.
- Rigau, G. (2005): "Estudi microsinàctic del verb *caldre* en el català antic i en l'actual", *Caplletra*, 38. pp. 241-258.
- Río Molina, B. (2003): "El sentido del olfato en *Dubliners*", en J. Simons *et al.* (eds.): *Silverpowdered Olivetrees: Reading Joyce in Spain*, Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 209-216.
- Rivano, E. (1997): *Metáfora y Lingüística Cognitiva*, Santiago: Bravo y Allende Editores.
- Rizzi, L. (1992): "Direct perception, government and thematic sharing", *GenGenP*, 0-0, pp. 39-52.
- Rizzolatti, G. y G. Buccino (2005): "The Mirror Neuron System and its Role in imitation and Language", en S. Dehaene *et al.* (eds.): *From Monkey Brain to Human Brain*, Cambridge: MIT Press, pp. 213-234.
- Roberts, E. A. y B. Pastor (1996): *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid: Alianza Editorial.
- Rochette, A. y P. de A. Rodrigues (2005): "Modes of judgment and the concrete and imaginative readings of perception verbs", en M-O. Junker *et al.* (eds.): *Proceedings of the 2004 Canadian Linguistics Association Annual Conference*, edición electrónica.
- Rodrigues, P. (2002): "Le gérondif comme complément des verbes de perception dans le portugais brésilien", *Revista Letras*, 57, pp. 271-292.
- Rodríguez Espiñeira, M. J. (1985): "Un ejemplo de reanálisis sintáctico: la construcción latina de 'Accusativus cum infinitivo'", *Verba*, 12, pp. 61-105.
- Rodríguez Espiñeira, M. J. (2000): "Percepción directa e indirecta en español. Diferencias semánticas y formales", *Verba*, 27, pp. 33-85.
- Rodríguez Espiñeira, M. J. (2002a): "Las oposiciones léxico-gramaticales entre *mirar / ver* y *escuchar / oír*", en *Homenaxe a Fernando R. Tato Plaza*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 437-489.
- Rodríguez Espiñeira, M. J. (2002b): "Alternancias de esquema sintáctico con predicados de valoración intelectual", en A. Veiga *et al.* (eds.): *Léxico y Gramática*, Lugo: Tris Tram, pp. 313-326.
- Rodríguez Espiñeira, M. J. (2004): *Lecciones de sintaxis española*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

- Rodríguez Espiñeira, M. J. y J. Pena (2011): "El contraste aspectual entre infinitivo y participio como predicados secundarios", en M. V. Escandell Vidal *et al.* (eds.): *60 problemas de gramática dedicados a Ignacio Bosque*, Madrid: Akal, pp. 191-197.
- Rodríguez Fernández, A. M. (1991): *El campo semántico de 'ver' en español (estudio diacrónico)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Rodríguez Fernández, A. M. (1992): "Evolución semántica de los verbos de visión en la Edad Media", en M. Ariza *et al.* (eds.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Pabellón de España, pp. 1297-1303.
- Roegiest, E. (2003): "Argument structure of perception verbs and actance variation of the Spanish direct object", en G. Fiorentino (ed.): *Romance objects. Transitivity in Romance languages*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 299-322.
- Rogers, A. (1971): "Three kinds of physical perception verbs", *CLS*, 7, pp. 206-222.
- Rogers, A. (1972): "Another look at flip perception verbs", *CLS*, 8, pp. 303-315.
- Rojo, A. y J. Valenzuela (1999): "Una comparación de los verbos de ver en inglés y español utilizando Frame Semantics", en G. Álvarez Benito *et al.* (eds.): *Lenguas en Contacto*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Rojo, A. y J. Valenzuela (2004-2005): "Verbs of sensory perception. An English-Spanish comparison", *Languages in Contrast*, 5-2, pp. 219-243.
- Rosch, E. (1973): "Natural Categories", *Cognitive Psychology*, 4, pp. 328-350.
- Rosch, E. (1975): "Cognitive representations of semantic categories", *Journal of Experimental Psychology*, 104, pp. 192-233.
- Rosch, E. (1977): "Human categorization", en N. Warren (ed.): *Studies in cross-cultural psychology*, New York: Academic Press, pp. 1-49.
- Rosch, E. (1978): "Principles of categorization", en E. Rosch y B. B. Lloyd (eds.): *Cognition and categorization*, Hillsdale: Erlbaum, pp. 27-48.
- Rosch, E. y C. B. Mervis (1975): "Family resemblances: studies in the internal structure of categories", *Cognitive Psychology*, 7, pp. 573-605.
- Rosch, E. y C. B. Mervis (1981): "Categorization of natural objects", *Annual Review of Psychology*, 32, pp. 89-115.
- Rossari, C. (2006): "La preuve et regarde: deux formes aux confins de leurs valeurs lexicales", en M. Drescher y B. Frank-Job (eds.): *Les marqueurs*

- discursifs dans les langues romanes. Approches théoriques et méthodologiques*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 107-119.
- Rost, C-A. (2002): "Expansão semântico-pragmática e mudança categorial de verbos de percepção: amostra sincrônica", *Working Papers em Lingüística UFSC*, 6, pp. 116-134.
- Roth, W. (1998): "A semântica histórica: um campo abandonado da lingüística?", *Filologia e Lingüística Portuguesa*, 2, pp. 61-79.
- Rouby, C., B. Schaal, D. Dubois, R. Gervais y A. Holley (2002): *Olfaction, Taste, and Cognition*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. J. (1999): *Introducción a la teoría cognitiva de la metonimia*, Granada: Método.
- Ruiz Gurillo, L. (1997): *Aspectos de fraseología teórica española*, Valencia: Universitat.
- Ruiz Gurillo, L. (2001): *Las locuciones en español actual*, Madrid: Arco / Libros.
- Ruiz Gurillo, L. (2006): *Hechos pragmáticos del español*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Ruiz Gurillo, L. (en prensa): "Espacio y tiempo en las locuciones adverbiales del español", en *VII Congreso Internacional de Lingüística Hispánica*, Leipzig.
- Ruwet, N. (1984): "Je veux partir / *Je veux que je parte. A propos de la distribution des complétives à temps fini et des compléments à l'infinitif en français", *Cahiers de Linguistique*, 7.
- Ruwet, N. (1991): *Syntax and Human Experience*, Chicago: University of Chicago Press.
- Ružičková, E. (1985): "Semantic analysis of the verbs *to see* and *to look at*", *Recueil Linguistique de Bratislava*, 8, pp. 90-94.
- Sabban, A. (1994): "Polysemie und Kognitive Semantik – am Beispiel französischer und spanischer Verben der Wahrnehmung", *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 104, pp. 227-251.
- Safir, K. (1993): "Perception, Selection, and Structural Economy", *Natural Language Semantics*, 2-1, pp. 47-70.
- Salvador Caja, G. (1984): *Semántica y lexicología del español. Estudios y lecciones*, Madrid: Paraninfo.
- Sancho Cremades, P. (2006): "Interjecciones intensificadoras en español y en catalán coloquiales. Los casos del esp. / cat. *mira*, esp. *vaya*, cat. *vaja* y esp. *Cuidado*", *LEA*, XXVIII-1, pp. 91-133.

- Santos, D. (1998): "Perception verbs in English and Portuguese", en S. Johansson y S. Oksefjell (eds.): *Corpora and Crosslinguistic Research: Theory, Method, and Case Studies*, Amsterdam: Rodopi, pp. 319-342.
- Santos Carvalho, C. (2006): "Usos de *ver* em sentenças complexas", *Estudos Lingüísticos*, XXXV, pp. 532-539.
- Santos Domínguez, L. A. y R. M. Espinosa Elorza (1996): *Manual de semántica histórica*, Madrid: Síntesis.
- Schepping, M-T. (1985): "The structure of a semantic field: verbs of visual perception in German and French", en G. A. J. Hoppenbrowers *et al.* (eds.): *Meaning and the lexicon*, Dordrecht: Foris, pp. 135-142.
- Schiffman, H. R. (1994): "The skin, body and chemical senses", en A. Colman (ed.): *Companion encyclopedia of psychology. Vol. 1*, London / New York: Routledge, pp. 224-250.
- Schüle, S. (2000): *Perception verb complements in Akatek, a Mayan language*, Tübingen: Universität Tübingen.
- Schwarze, C. (1974): "Les constructions du type <<Je le vois qui arrive>>", en C. Rohrer y N. Ruwet (eds.): *Actes du Colloque Franco-Allemand de Grammaire Transformationnelle. I. Études de Syntaxe*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag, pp. 18-30.
- Scovel, T. (1971): "A look-see at some verbs of perception", *Language Learning*, 21, pp. 75-84.
- Sears, E. (1993): "Sensory Perception and Its Metaphors in the Time of Richard of Fournival", en W. F. Bynum y R. Porter (eds.): *Medicine and the Five Senses*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 17-39.
- Seeger, A. (1975): "The meaning of body ornaments: A Suyá example", *Ethnology*, 14-3, pp. 211-224.
- Shindo, M. (2000): "Semantic Extension of Predication Related to Perception: The Case of *Clear*", *Papers in Linguistic Science*, 6, pp. 27-39.
- Sibley, F. N. (1955): "Seeking, scrutinizing and seeing", *Mind*, 64, pp. 455-478.
- Sibón, T. G. (1993): "Estudio lexemático sintáctico del sistema verbal. *Sentir, oír, escuchar* en el habla de Sevilla (nivel popular y culto)", *Sociolingüística andaluza*, 8, pp. 237-256.
- Silva, A. S. (1998): "Prototipicidad y cambio semántico: el caso ibérico de *deixar / dejar*", en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 279-294.

- Silva, A. S. (1999): *A semântica de deixar: Uma contribuição para Abordagem Cognitivo em Semântica Lexical*, Braga: Fundação Calouste Gulbenkian, Fundação para a Ciência e a Tecnologia.
- Silva, A. S. (2004a): "Verbos y construcciones causativas analíticas en portugués y en español", en J. L. Cifuentes Honrubia y C. Marimón Llorca (coords.): *Estudios de Lingüística: el verbo*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 581-598.
- Silva, A. S. (2004b): "Imagery in portuguese causation / perception constructions", en B. Lewandowska-Tomaszczyk y A. Kwiatkowska (eds.): *Imagery in Language. Festschrift in Honour of Professor Ronald W. Langacker*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 297-319.
- Silva, A. S. (2005): "Revisitando as construções causativas e perceptivas em português: significado e uso", en I. Duarte e I. Leiria (eds.): *Actas do XX Encontro Nacional da Associação Portuguesa de Linguística*, Lisboa: Associação Portuguesa de Linguística, pp. 855-874.
- Silva, A. S. (2006): *O Mundo dos Sentidos em Português: Polisemia, Semântica e Cognição*, Coimbra: Almedina.
- Silva, A. S. (2008): "The Portuguese inflected infinitive and its conceptual basis", en B. Lewandowska-Tomaszczyk (ed.): *Asymmetric Events*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 225-241.
- Silva, A. S. (en prensa): "Stages of grammaticalization of causative verbs and constructions in Portuguese, Spanish, French and Italian", *Folia Linguistica*.
- Simone, R. (1990): "The body of language. The paradigm of arbitrariness and the paradigm of substance", en R. Amacker y R. Engler (eds.): *Présence de Saussure*, Genève: Droz, pp. 121-141.
- Sinha, C. (1999): "Grounding, mapping, and acts of meaning", en T. Janssen y G. Redeker (eds.): *Cognitive Linguistics: Foundations, Scope, and Methodology*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 223-255.
- Sjöström, S. (1999): "From Vision to Cognition. A Study of Metaphor and Polysemy in Swedish", en J. Allwood y P. Gärdenfors (eds.): *Cognitive Semantics. Meaning and cognition*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 67-85.
- Slater, A. (2002): "Visual perception in the newborn infant: issues and debates", *Intellectica*, 34, pp. 57-76.
- Slobin, D. I. (2009): "Relations between Paths of Motion and Paths of Vision: A Crosslinguistic and Developmental Exploration", en V. M.

- Gathercole (ed.): *Routes to Language. Studies in honor of Melissa Bowerman*, New York / London: Psychology Press.
- Soares, R. I. F. (2007): *Verbos de percepção visual em português e alemão: a semântica de ver, olhar e sehen*, Coimbra.
- Sosa Acevedo, E. (2011): "Estudio léxico construccional de algunos patrones preposicionales con *a* en español", *Onomázein*, 24-2, pp. 101-124.
- Souesme, J-C. (1990): "Forme en -ing ou base verbale dans les subordonnées introduites par un verbe de perception?", *Recherches Anglaises et Nordaméricaines*, 23, pp. 77-104.
- Speas, M. (1990): *Phrase structure in Natural Languages*, Dordrecht: Kluwer.
- Sperber, D. (1974): *Le Symbolisme en général*, Paris: Hermann.
- Sperber, D. y D. Wilson (1986): *Relevance. Communication and Cognition*, Oxford: Blackwell.
- Sperber, H. (1914): *Über den Affekt als Ursache der Sprachveränderung*, Halle: Niemeyer.
- Sperber, H. (1923): *Einführung in die Bedeutungslehre*, Bonn: Dümmler.
- Stern, G. (1921): *Swift, Swiftly and their Synonyms. A Contribution to Semantic Analysis and Theory*, Göteborg: Göteborgs Högskolas Årsskrift, vol. 27.
- Stern, G. (1931): *Meaning and Change of Meaning, with Special Reference to the English Language*, Gothenberg: Elanders Boktryckeri Aktiebolag.
- Stöcklein, J. (1898): *Bedeutungswandel der Wörter: seine Entstehung und Entwicklung*, Munich: Lindaurische Buchhandlung.
- Suñer, M. (1978): "Perception verb complements in Spanish: same or different?", *Canadian Journal of Linguistics*, 23-1 / 2, pp. 107-127.
- Süskind, P. (1985): *El perfume. Historia de un asesino*, Barcelona: Seix Barral.
- Svoboda, K. (1960): "Sur la classification des changements sémantiques", *Le français moderne*, 28-4, pp. 249-258.
- Sweetser, E. (1990): *From etymology to pragmatics. Metaphorical and cultural aspects of semantic structure*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Taavitsainen, I. y S. Fitzmaurice (2007): "Historical pragmatics: What it is and how to do it", en S. Fitzmaurice e I. Taavitsainen (eds.): *Methods in Historical Pragmatics*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 11-36.
- Talmy, L. (1988): "Force Dynamics in Language and Cognition", *Cognitive Science*, 12, pp. 49-100.

- Talmy, L. (2000a): *Toward a Cognitive Semantics. Volume I: Concept Structuring Systems*, Cambridge / Massachusetts: The MIT Press.
- Talmy, L. (2000b): *Toward a Cognitive Semantics. Volume II: Typology and Process in Concept Structuring*, Cambridge / Massachusetts: The MIT Press.
- Taniguchi, K. (1997): "On the Semantics and Development of Copulative Perception Verbs in English: A Cognitive Perspective", *English Linguistics*, 14, pp. 270-299.
- Taylor, J. R. (1989): *Linguistic categorization. Prototypes in Linguistic Theory*, Oxford: Oxford University Press.
- Teixeira, J. (2004): "O equilíbrio caótico do significado linguístico", *Diacrítica. Ciências de Linguagem*, 18-1, pp. 189-207.
- Theissen, A. (2011): "Sentir: les constructions prédicatives de l'olfaction", *Langages. Pour une linguistique des odeurs*, 181, pp. 109-125.
- Thomas, R. (1894): "Über die Möglichkeiten des Bedeutungswandels I", *Bayerische Blätter für das Gymnasialschulwesen*, 30, pp. 705-732.
- Thomas, R. (1896): "Über die Möglichkeiten des Bedeutungswandels II", *Bayerische Blätter für das Gymnasialschulwesen*, 32, pp. 193-219.
- Tomasello, M. (2007): *Los orígenes culturales de la cognición humana*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Tomasello, M. (2010): *¿Por qué cooperamos?*, Buenos Aires / Madrid: Katz Editores.
- Tovar, A. (1949): "Semántica y etimología en el Guaraní", *Instituto Caro y Cuervo*, V, pp. 41-51.
- Traugott, E. C. (1989): "On the rise of epistemic meanings in English: an example of subjectification in semantic change", *Language*, 65-1, pp. 31-55.
- Traugott, E. C. (1995): "Subjectification in grammaticalization", en S. Wright y D. Stein (eds.): *Subjectivity and Subjectivization*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 31-54.
- Traugott, E. C. (1999): "The rhetoric of counter-expectation in semantic change: A study in subjectification", en A. Blank y P. Koch (eds.): *Historical Semantics and Cognition*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 177-196.
- Traugott, E. C. y R. B. Dasher (2002): *Regularity in semantic change*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Treis, Y. (2007): "Perception Verbs in Kambaata", *Paper Presented at the Conference "Perception of the Invisible"*, Nov. 14-17 2007.
- Treis, Y. (2010): "Perception Verbs and Taste Adjectives in Kambaata and Beyond", en A. Storch (ed.): *Perception of the Invisible. Religion, Historical Semantics and the Role of perceptive Verbs, Sprache und Geschichte in Afrika*, 21, pp. 313-346.
- Tsunoda, T. (1985): "Remarks on Transitivity", *Journal of Linguistics*, 21, pp. 385-396.
- Turner, M. (1990): "Aspects of the invariance hypothesis", *Cognitive Linguistics*, 1-2, pp. 247-255.
- Tyler, S. A. (1984): "The vision quest in the west, or what the mind's eye sees", *Journal of Anthropological Research*, 40, pp. 23-40.
- Ullmann, S. (1951): *The Principles of Semantics*, Oxford: Basil Blackwell.
- Ullmann, S. (1957): "Romanticism and synaesthesia: A comparative study of sense in Keats and Byron", *Publications of the Modern Language Association of America*, 60-3, pp. 811-827.
- Ullmann, S. (1965): *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid: Aguilar.
- Ungerer, F. y H-J. Schmid (1996): *An introduction to cognitive linguistics*, London: Longman.
- Usonienè, A. (1999): "Perception verbs revisited", *Lund University, Working Papers*, 47, pp. 211-225.
- Usonienè, A. (2001): "On direct / indirect perception with verbs of seeing and seeming in English and Lithuanian", *Lund University, Working Papers*, 48, pp. 163-182.
- Usonienè, A. (2003): "Extension of meaning. Verbs of perception in English and Lithuanian", en K. M. Jaszczolt y K. Turner (eds.): *Meaning through Language Contrast*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 193-220.
- Valentim, H. (2002): "Contributo para o estudo do verbo sentir – perspectiva enunciativa", en A. Gonçalves y C. N. Correia (eds.): *Actas do XVII Encontro Nacional da Associação Portuguesa de Linguística*, Lisboa: Edições Colibri, pp. 509-516.
- Van Beek, W. E. A. (2010): "Eyes on Top? Culture and the Weight of the Senses", en A. Storch (ed.): *Perception of the Invisible. Religion, Historical Semantics and the Role of perceptive Verbs, Sprache und Geschichte in Afrika*, 21, pp. 245-270.

- Vandeloise, C. (1993): "La préposition à pâlit-elle derrière *toucher*?", *Langages*, 110, pp. 107-127.
- Vandeloise, C. (1996): "Touching: A minimal transmission of energy", en E. H. Casad (ed.): *Cognitive linguistics in the Redwoods: The expansion of a new paradigm in linguistics*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 541-566.
- Van der Auwera, J. (1985): "The predicative relatives of French perception verbs", en M. Bolkenstein y L. J. Mackenzie (eds.): *Functional Grammar Series II: Predicates and terms in Functional Grammar*, Dordrecht: Foris, pp. 219-234.
- Van der Auwera, J. y V. A. Plungian (1998): "Modality's semantic map", *Linguistic Typology*, 2, pp. 79-124.
- Van der Leek, F. y J. A. Jong (1982): "The complement structure of perception verbs in English", *Linguistics in the Netherlands*, 13, pp. 103-114.
- Van der Meer, G. (1994): "Verbs of perception and their complementation", *English Studies*, 75-5, pp. 468-480.
- Vanhove, M. (2008): "Semantic associations between sensory modalities, prehension and mental perceptions: A crosslinguistic perspective", en M. Vanhove (ed.): *From Polysemy to Semantic Change. Towards a typology of lexical semantic associations*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 341-370.
- Van Valin, R. D. y R. LaPolla (1997): *Syntax: Structure, Meaning and Function*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Vázquez Rozas, V. y E. Rivas Muiño (2007): "Un análisis construccionista de la diacronía de *gustar*", en I. Ibarretxe-Antuñano *et al.* (eds.): *Language, Mind, and the Lexicon*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 143-164.
- Vázquez Veiga, N. y M. Alonso Ramos (2004): "Tratamiento lexicográfico de la interjección *¡ojo!* en un diccionario de marcadores del español", *Verba*, 31, pp. 399-430.
- Vendler, Z. (1967): *Linguistics in Philosophy*, New York: Cornell University Press.
- Vendryes, J. (1932): "Sur les verbes qui expriment l'idée de 'voir'", *Choix d'études linguistiques et celtiques*, pp. 115-126.
- Verbeke, C. (2011): *Sentir: ¿un verbo de percepción o un verbo de emoción?*, Universiteit Gent.
- Verfaillie, K. y A. Daems (1996): "The priority of the agent in visual event perception: On the cognitive basis of grammatical agent-patient asymmetries", *Cognitive Linguistics*, 7-2, pp. 131-148.

- Verhaert, A. (2008): *El gerundio no perifrástico del español. Cómo no ser demasiado explícito ni demasiado implícito*, Amsterdam / New York: Editions Rodopi.
- Verhagen, A. (2005): *Constructions of intersubjectivity: Discourse, Syntax and Cognition*, Oxford: Oxford University Press.
- Vesterinen, R. (2007): "Complementos finitos e infinitivos dos verbos perceptivos <<ver, ouvir e sentir>>: iconicidade linguística e subjectificação", *Revista portuguesa de humanidades*, 11-1, pp. 251-283.
- Vesterinen, R. (2010): "The relation between iconicity and subjectification in Portuguese complementation: Complements of perception and causation verbs", *Cognitive Linguistics*, 21-3, pp. 573-600.
- Vet, C. (1987): "Incorporation et grammaticalisation: verbes de mouvement et verbes de perception", en B. Kampers-Manhe y C. Vet (dirs.): *Études de linguistique française offertes à Robert de Dardel par ses amis et collègues*, Amsterdam: Rodopi, pp. 177-192.
- Veyrat Rigat, M. (1998): "Concepción fenomenológico-perceptiva del lenguaje", en J. L. Cifuentes Honrubia (ed.): *Estudios de Lingüística Cognitiva*, Alicante: Universidad de Alicante, pp. 353-363.
- Viberg, Å. (1984): "The verbs of perception: a typological study", en B. Butterworth *et al.* (eds.): *Explanations for language universals*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 123-162.
- Viberg, Å. (1999): "Polysemy and Differentiation in the Lexicon: Verbs of Physical Contact in Swedish", en J. Allwood y P. Gärdenfors (eds.): *Cognitive Semantics. Meaning and Cognition*, Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins, pp. 87-129.
- Viberg, Å. (2001): "Verbs of perception", en M. Haspelmath *et al.* (eds.): *Language typology and linguistic universals*, Berlin: Walter de Gruyter, pp. 1249-1309.
- Viberg, Å. (2004): "Physical contact verbs in English and Swedish from the perspective of crosslinguistic lexicology", en K. Aijmer y B. Altenberg (eds.): *Advances in corpus linguistics*, Amsterdam / New York: Rodopi, pp. 327-352.
- Viberg, Å. (2008): "Swedish verbs of perception from a typological and contrastive perspective", en M. Á. Gómez González *et al.* (eds.): *Languages and Cultures in Contrast and Comparison*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 123-172.

- Viejo Sánchez, M. L. (2004): "Algunas precisiones sobre la traducción de los procesos OÍR, ESCUCHAR y OBEDECER en las lenguas hebrea, latina y española", en C. Calvo *et al.* (eds.): *Lingüística diacrónica contrastiva. Quaderns de Filologia, Estudis Lingüístics*, IX, pp. 279-292.
- Vinge, L. (1975): *The Five Senses: Studies in a Literary Tradition*, Lund / Sweden: Publications of the Royal Society of Letters at Lund.
- Vinge, L. (2009): "The Five senses in Classical Science and Ethics", en D. Howes (ed.): *The Sixth Sense Reader*, Oxford / New York: Berg, pp. 107-118.
- Vlach, F. (1983): "On situation semantics for perception", *Synthese*, 54, pp. 129-152.
- Votre, S. J. (1998): "Trajetória de *saber e ver*", en S. J. Votre y M. E. Martelotta (orgs.): *Trajetórias de gramaticalização e discursivização*, Rio de Janeiro.
- Voyles, J. (1973): "Accounting for semantic change", *Lingua*, 31, pp. 95-124.
- Vroon, P., A. van Amerongen y H. de Vries (1999): *La seducción secreta. Psicología del olfato*, Barcelona: Tusquets.
- Waltereit, R. (2006): "Comparer la polysémie des marqueurs du discours", en M. Drescher y B. Frank-Job (eds.): *Les marqueurs discursifs dans les langues romanes. Approches théoriques et méthodologiques*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 141-151.
- Warren, B. (1992): *Sense developments. A contrastive study of the development of slang senses and novel standard senses in English*, Stockholm: Almqvist & Wiksell.
- Wellander, E. (1917): *Studien zum Bedeutungswandel Im Deutschen*, Uppsala Universitets Årsskrift 1917.
- Wertheimer, M. (1961): "Psychomotor coordination of auditory and visual space at birth", *Science*, 134, pp. 1692-1693.
- Whitley, S. M. (1995): "*Gustar* and other Psych Verbs. A problem in transitivity", *Hispania*, 78, pp. 573-585.
- Whitt, R. J. (2009): "Auditory evidentiality in English and German: The case of perception verbs", *Lingua*, 119, pp. 1083-1095.
- Whitt, R. J. (2010): *Evidentiality and Perception Verbs in English and German*, Bruxelles: Peter Lang.
- Whitt, R. J. (2011): "(Inter)Subjectivity and evidential perception verbs in English and German", *Journal of Pragmatics*, 43, pp. 347-360.

- Wierzbicka, A. (1980): *Lingua Mentalis. The Semantics of Natural Language*, Sydney: Academic Press.
- Wierzbicka, A. (1990): "The meaning of color terms: semantics, culture and cognition", *Cognitive Linguistics*, 1, pp. 99-150.
- Wierzbicka, A. (1992): *Semantics, Culture, and Cognition. Universal Human Concepts in Culture-Specific Configurations*, New York / Oxford: Oxford University Press.
- Wierzbicka, A. (1996): *Semantics. Primes and universals*, Oxford / New York: Oxford University Press.
- Wierzbicka, A. (1999): *Emotions across Languages and Cultures. Diversity and Universals*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilentz, J. (1971): *The senses of man*, New York: Crowell.
- Willems, D. (1983): "<<Regarde voir>>. Les verbes de perception visuelle et la complémentation verbale", en E. Roegiest y L. Tasmowski (eds.): *Romanica Gandesia XX. Verbe et phrase dans les langues Romanes*, Gent: R.U. Gent, pp. 147-158.
- Willems, D. (2000): "Les verbes de perception et le passif", *Études Romanes*, 45, pp. 171-183.
- Willems, D. y B. Defrancq (2000): "L'attribut de l'objet et les verbes de perception", *Langue française*, 127, pp. 6-20.
- Willett, T. (1988): "A Cross-Linguistic Survey of the Grammaticization of Evidentiality", *Studies in Language*, 12-1, pp. 51-97.
- Williams, J. M. (1976): "Synaesthetic adjectives. A possible law of semantic change", *Language*, 52, pp. 461-478.
- Wind, M. (1996): "Attract F, accusative Case-checking and the position of the subject in French Stylistic Inversion with Causative and Perception verbs", *Language, Information and Computation (PACLIC II)*, pp. 501-510.
- Winiarska, J. (2004): "Conceptual metaphor- The idea of cognitive linguists or the idea of Ludwig Wittgenstein?", en B. Lewandowska-Tomaszczyk y A. Kwiatkowska (eds.): *Imagery in Language. Festschrift in Honour of Professor Ronald W. Langacker*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 801-808.
- Winters, M. E. (1989): "Diachronic prototype theory: on the evolution of the French subjunctive", *Linguistics*, 27, pp. 703-730.
- Winters, M. E. (1992): "Schemas and prototypes: remarks on syntax change", en G. Kellermann y M. Morrissey (eds.): *Diachrony within*

- Synchrony: Language, History, and Cognition*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 265-280.
- Wittgenstein, L. ([1922] 2003): *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. ([1954] 2004): *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: Crítica.
- Wolsk, D. (1973): "Sensación y comportamiento: estructura y función", en M. Alpern *et al.* (eds.): *Procesos sensoriales*, Barcelona: Herder, pp. 9-28.
- Wood, F. A. (1899): "The semasiology of words for 'smell' and 'see'", *PMLA*, 14-3, pp. 299-346.
- Worms, E. (1942): "Sense of smell of the Australian Aborigines. A psychological and linguistic study of the natives of the Kimberley division", *Oceania*, 13, pp. 107-130.
- Wundt, W. (1900): *Völkerpsychologie: Eine Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythos und Sitte*, Leipzig: Kröner.
- Xing, J. Z. (2006): "Mechanisms of semantic change in Chinese", *Studies in Language*, 30-3, pp. 461-483.
- Yamamura, H. y H. Omori (2007): "La percepción y el fenómeno lingüístico –en torno al verbo <<parecer>>", *Lingüística hispánica*, 30, pp. 87-106.
- Yu, N. (2004): "The eyes for sight and mind", *Journal of Pragmatics*, 36, pp. 663-686.
- Ziemke, T. (2003): "What's that Thing Called Embodiment?", en R. Alterman y D. Kirsh (eds.): *Proceedings of 25th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*, Boston / Massachusetts: Lawrence Erlbaum, pp. 1305-1310.
- Zlatev, J. (2005): "What's in a schema? Bodily mimesis and the grounding of language", en B. Hampe y J. E. Grady (eds.): *From Perception to Meaning. Image Schemas in Cognitive Linguistics*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter, pp. 313-342.
- Zwaan, R. A. y L. J. Taylor (2006): "Seeing, acting, understanding: Motor resonante in language comprensión", *Journal of Experimental Psychology-General*, 135-1, pp. 1-11.